No 3080.51
V.1

THE TRUSTEES OF THE
PUBLIC LIBRARY
OMNIVM
LVX
CIVIVM
OF THE CITY OF
BOSTON
1852 1878

LOS HOMBRES

ESPAÑOLES, AMERICANOS Y LUSITANOS

TEATRO
LUSO HISPANO AMERICANO
LOS
ESPAÑOLES
AMERICANOS
Y
LUSITANOS
PINTADOS
POR
EL MISMOS
ESPAÑA
Planas
1881
J. RANGULI

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/loshombresespano00diaz

BIBLIOTECA HISPANO-AMERICANA

LOS HOMBRES

ESPAÑOLES, AMERICANOS Y LUSITANOS

PINTADOS POR SÍ MISMOS

COLECCION DE TIPOS Y CUADROS DE COSTUMBRES PECULIARES
DE ESPAÑA, PORTUGAL Y AMÉRICA
ESCRITOS POR LOS MAS REPUTADOS LITERATOS DE ESTOS PAISES

BAJO LA DIRECCION DE

D. NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA

Y

D. LUIS RICARDO FORS

É ILUSTRADA CON MULTITUD DE MAGNIFICAS LAMINAS DEBIDAS AL LAPIZ DEL REPUTADO DIBUJANTE

D. EUSEBIO PLANAS.

TOMO PRIMERO.

BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO-EDITORIAL DE JUAN PONS
OLMO, 13.

PUBLIC LIBRARY
OF THE
CITY OF BOSTON

ES PROPIEDAD DE JUAN PONS.

PRÓLOGO.

Es un hecho indudable que la civilizacion tiende á nivelar las costumbres y usos de los pueblos de la misma manera que la educacion obra el milagro de nivelar los caracteres. En los grandes centros de la elegancia y de la moda, el trato y las costumbres sociales son tan semejantes, que apénas hay motivo para notar á qué nacion pertenecen los comensales en un gran banquete ó los asistentes á un gran baile. Las diferencias, pues, de usos y costumbres y la formacion de lo que se llama tipos nacionales, y mas propiamente hablando debieran calificarse de provinciales, son hijas de falta de comunicacion recíproca de los pueblos, al modo que los caracteres extraños ó tipos individuales son efecto de aislamiento de las personas, ó de espíritu refractario á toda asimilacion.

En los tiempos en que cada ciudadano, iba, segun la expresion de Trueba, «de la pátria al cielo.» los tipos nacionales españoles, como los de todos los países, eran mas acentuados y los detalles que constituian el conjunto, mucho mas duraderos. Despues que comenzó la facilidad y frecuencia de las comunicaciones, comenzaron tambien á alterarse los detalles, de una manera al pronto imperceptible; pero al cabo de algun tiempo tal alteracion ha llegado á formar una variante de consideracion, si ya no es que casi destruye toda la primitiva originalidad.

Obras como la que ofrecemos á nuestros lectores, han de ser periódicas y cada vez mas frecuentes, en tanto que se opera el movimiento de fusion indispensable, hijo del progreso, porque el período de quince ó veinte años es bastante á introducir variaciones que alteran fundamentalmente muchos tipos. Y esto se notará si se comparan las descripciones hechas en la obra que con el título de «Los es-

pañoles pintados por sí mismos,» se publicó hace unos treinta años en la córte.

En muchas de nuestras provincias. (y tomaremos por ejemplo á Andalucía, riquísima en tipos especiales). hasta los vestidos característicos dejan de usarse; así vemos que el traje llamado andaluz va desapareciendo paulatinamente, dándose la extraña coincidencia de que los llamados majos, van vestidos completamente á la moda inglesa.

¿Qué tipo mas marcado que el del torero? Cierto que en su traje profesional no se ha introducido alteracion desde que la monterilla sustituyó al sombrero de tres picos; pero ¿cuántas no ha habido en sus costumbres? Antes iban los toreros á las plazas conducidos en calesa, vehículo que desapareció ya por completo, y en cambio ahora les conduce una elegante carretela de alquiler, con sus cocheros y lacayos en librea. En vez de reunirse en las tabernas, se les vé frecuentar las mesas de los cafés, como cada hijo de vecino, y estas y otras costumbres les van fusionando con la gran masa, hasta que lleguen á confundirse con ella; y buen camino llevan ya andado, cuando antes tenian á orgullo lucir la trenza ó coletilla, y ahora se la esconden y tapan con el sombrero.

Si despues de este se examina el tipo del barbero, acábase por llegar á parecidas conclusiones. El barbero era antes un tipo tan excepcional que no permitia confusion posible. La barbería estaba compuesta de muebles y detalles sacramentales en el oficio. Persianas, una vacía de laton y un jarro con sanguijuelas decoraban la puerta. El interior ostentaba invariablemente media docena de estampas iluminadas de la historia de Robinson, Abelardo ó del hijo pródigo, y otro tanto de jaulas con canarios y jilgueros, sin faltar un tordo y un perdigon, guitarra y juego de damas. Las tertulias se componian de clérigos, músicos, maestros de obras, dos ó tres militares retirados y una media docena de menestrales de la vecindad pertenecientes á varios oficios. Allí se hablaba de todas las cosas de este planeta y de *altri sitti;* pero sin disputar nunca, porque una palabra oportuna de *maese* ponia término á toda ágria discusion.

Todo esto ha desaparecido andando los tiempos. El Fígaro de Beaumarchais pasó ya de esta tierra al panteon de la historia, y solo queda el modelo clásico del barbero fuera de la oficina de las barbas, de un rapista que no afeita, ni sangra, ni trasquila, ni saca-muelas, pero que es un camarada agradable y un tercio para cualquier compañía. Queda la figura de maese Nicolás, como queda la del cura español, delineadas vagamente por Cervantes; pero que á leguas se reconocen como tipos de sus respectivas profesiones en relacion al trato social.

¿Qué diremos del antiguo ventero y de su pintada y estereotipada venta? ¿Del tabernero y su clásica taberna, tan concisa y gráficamente descrita por Baltasar del Alcázar? Las peregrinaciones en andariega mula ó caballo de alquiler por malos caminos y peores vericuetos, hicieron necesarias esas casas ó *alcázares de redencion* del sediento y fatigado viajero, donde tantos encuentros, aventuras y escenas trágicas y amorosas la hicieron lugar predilecto para el desarrollo de los dramas de nuestros grandes poetas. Al traer los caminos reales el servicio de mensagerías aceleradas, las ventas se transformaron en paradores y el ventero fué á esconderse entre breñas á llorar la quiebra del oficio. Finalmente, los paradores fueron vencidos á su turno por el espacioso y elegante *hotel* con mesa dispuesta á toda hora.

Segun la descripcion que de las tabernas hace el poeta Alcázar, la taberna española era en su tiempo exactamente como la inglesa de los siglos XVI y XVII. Se vendia vino simplemente, sin lujo ni comodidad, ni siquiera de una silla para sentarse:

«Porque allí llego sediento,
Pido vino de lo nuevo,
Mídenlo, dánmelo, bebo,
Págolo y voyme contento.»

Se conoce que ni la media vida, como llama el proverbio antiguo al pan y al vino, estaba allí completa, ni las aceitunas, ni otras agujas de ensartar el mosto adornaban los desolados mostradores, ni por consiguiente habia lugar para tertulias ni francachelas. En España, como en Inglaterra, tuvo que sufrir la taberna una transformacion y dar entrada á ciertos alimentos estimulantes y cierto lujo y buen gusto, que dieron orígen al *café* y mas tarde al *restaurant* como hoy los conocemos.

En medio de esto, aun quedan tipos casi inmóviles, cuales son, entre otros, las amas de huéspedes, los sacristanes, el zapatero remendon, las gitanas buñoleras, los adivinadores de buenas venturas, los memorialistas y otra porcion de gentes dadas á ejercicios y oficios precarios y de poca monta, si bien hasta el zapatero de portal, que antes tenia que ir á un café donde un patriota leía «El Correspon-sal» en alta voz, puede hojear hoy una magnífica revista ilustrada, y encontrar en la vecindad á cualquier rapaz que se la lea y le ponga, desde su mesilla, en comunicacion con todo el orbe civilizado.

Podrá decirse, que en cambio de los tipos que se modifican ó desaparecen, la civilizacion va creando constantemente otros nuevos. Hoy tenemos, por ejemplo, el corredor de bolsa, el telegrafista, el conductor de tramvias, el camarero de ho-

tel, el vendedor de periódicos, el editor, el diputado á córtes, el orador de ateneos, el explorador de tierras ignotas, el médico especialista, y otros muchos pertenecientes á las infinitas instituciones y profesiones introducidas por el progreso. No puede negarse esto, pero tambien podríamos decir, que estas profesiones no imprimen carácter como sucedia antiguamente. Podrá haber tantos tipos como profesiones; pero no llegan á ser clase y á formar una muchedumbre que se asimile en sus costumbres, trajes y hábitos, de modo que puedan sus individuos ser reconocidos fuera del ejercicio de sus profesiones. Tan cierto es esto, que aun en lo pasado, hemos visto infinitos oficios que no constituyeron tipos, apesar del transcurso de los años y de la falta de comunicacion con otros pueblos. En un sentido lato, es evidente que cada individuo es un tipo, y cada profesion tiene que exigir cierta igualdad de actos en todos los que la ejercen, que es lo que llamamos tipo de clase; pero cuando decimos tipos nacionales, queremos significar, que ciertos oficios ó profesiones han creado una manera de ser original y análoga entre un número de personas, bastante para llamar la atencion y ser estudiado por la regularidad que ofrece.

Hay mas; estos tipos son en parte realidad, y en parte creacion de la poesía, porque el arte se apodera de todo aquello que por sus manifestaciones constantes, llega á constituir entidades sociales características, y la poesía llega á su turno hasta á prestarles apariencia personal típica ó uniforme. Así, por ejemplo, puede haber y hay canónigos flacos y frugales en sus alimentos; pero la poesía los ha presentado de modo, que la imaginacion popular no los concibe sino gruesos y aficionados á la buena mesa. No de otro modo habria dicho casi axiomáticamente uno de nuestros grandes literatos y poetas en un intencionado *epitafio:*

«¿Canónigo y de repente
Fallecer en Noche Buena...?
Se le indigestó la cena.»

Por el contrario, el vulgo no puede figurarse á un maestro de escuela ó sacristan, sino delgados y pálidos.

El tipo nacional que mas ha ganado por esta parte de la poesía, es el del barbero de que ya nos hemos ocupado. Antes de Beaumarchais y de Rossini, el barbero, así en Sevilla como en cualquiera otra ciudad de España, era un hombre listo, alegre, agradable, hablador y campechano: pero de esto al concepto que llegó á formarse del barbero español en las naciones extranjeras, hay una diferencia enorme. Tanto se sublimó, que muchos extranjeros, creyendo á Fígaro perso-

naje verdadero y que tuvo su oficina en la calle de Francos de la ciudad del Bétis, han ido á Sevilla buscando la barbería para hablar con alguno de los descendientes del rapista y alcahuete del conde de Almaviva. Seguro es, que los extranjeros se imaginan al barbero español siempre fuera de su tienda, dando serenatas y ocupándose en tercerías, cosas que nada tienen que ver con el oficio: pero que artísticamente completan su figura.

Bajo este punto de vista, único en que los tipos despiertan interés y curiosidad, los creados por las necesidades de la civilizacion moderna, tienen que ser menos acentuados en sus contornos, puesto que fuera del ejercicio ó profesion determinada, en que todos han de hacer lo mismo con cortas diferencias, sus costumbres, hábitos, trajes é inclinaciones, aunque distintas individualmente, se acomodan y ajustan al nivel comun social.

Hé aquí la razon de que obras como la presente salgan á luz mientras quedan aun verdaderos tipos nacionales, siquiera sean un tanto modificados, pues así tendremos la historia de su transformacion hasta que se confundan y pierdan en la gran masa de los séres, asimilados por el trato y comunicacion de todos los pueblos, á cuyo contacto se desvanecen todas esas peculiaridades que en otras épocas diferenciaban á los hombres; los cuales, á este respecto, se asemejan á las piedras, que de mucho rodar y chocar unas con otras concluyen por pulirse y redondearse.

Pero mientras esta asimilacion no se consuma en absoluto, mientras no llega el dia de la homogeneizacion social, todo trabajo descriptivo de las clases que constituyen la gran masa de una nacion debe tender á estereotipar esas variantes que constituyen las tendencias, gustos, preocupaciones, vicios y hasta virtudes del gran conjunto, á fin de que sirvan no solo de términos comparativos para fijar las etapas del progreso de un pueblo, sino de estudio para la comparacion de épocas distintas y para el análisis y la síntesis en el oleaje de asimilaciones y descomposiciones sociales.

Estas ideas nos hacen creer que este libro viene á llenar un vacío en la biblioteca de cuantas personas se interesan en el movimiento de costumbres de nuestra raza.

Los Hombres Españoles, Americanos y Lusitanos, pintados por sí mismos, no constituyen simplemente una coleccion curiosa de artículos debidos á la pluma de muy distinguidos escritores hispano-lusitanos de ambos hemisferios; tiene esta obra mas alto significado y presta mayores utilidades que una galería mas ó menos completa de descripciones.

El libro de que son prólogo estos párrafos representa un trabajo de observacion sobre todas las mas importantes clases sociales de la raza ibérica en ambos lados del Atlántico; es un estudio sobre sus costumbres, tendencias, progresos y preocupaciones; es como si dijéramos un análisis concienzudo y minucioso de cada una de las partes componentes de la sociedad española, portuguesa y americana revelada en sus hombres; análisis hecho por observadores profundos é imparciales que se han dignado deferir á nuestras invitaciones y que, por último resultado, viene á constituir una síntesis bastante completa de la fisonomía general de nuestra Península y de la América latina. Por tal concepto, este libro tiene la importancia de un estudio general y profundo de las costumbres y caracteres de dichos países, resumiendo en sus páginas la índole y carácter típico de las sociedades que en ellos viven y se desarrollan.

El conocimiento que nuestros dilatados viajes por ambos hemisferios ha podido darnos en ellos, ha sido causa de la facilidad con que hemos obtenido el concurso de tantos escritores importantes cuyas firmas honran estas páginas.

Fuera prolijo encomiar con preferencia unos sobre otros los bocetos que aquellos literatos han trazado; y para no incurrir en omisiones involuntarias, ni establecer preferencias siempre odiosas y que pudieran interpretarse torcidamente, prescindimos de encarecer trabajo alguno. El lector podrá saborear el mérito de todos, mezclados sin órden alguno que pueda implicar primacías de ninguna clase. Al lado de la armoniosa prosa de Castelar, de los profundos estudios americanos del doctor Magariños Cervantes y de los aplaudidos Tejera, figuran las chispeantes poesías de Ricardo Sepúlveda y de Ramiro; junto á las valientes y sarcásticas estrofas del vate lusitano Guerra Junqueiro, insertamos la correcta prosa de Navarrete, Rodriguez Solís y tantos otros cuyos escritos han logrado aplauso público en este género de literatura.

En lo que á nosotros se refiere nos hemos reservado tan solo la descripcion de algunos tipos y costumbres que reputamos imprescindibles en esta obra y que han dejado sin describir nuestros ilustrados colaboradores.

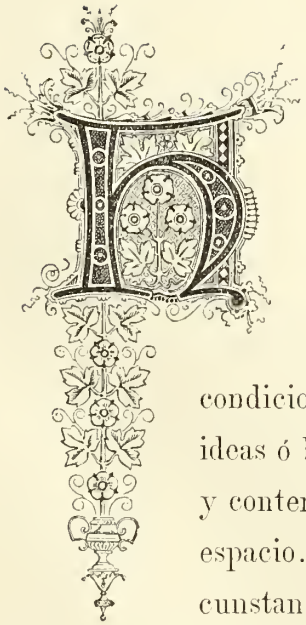
Tal es la índole y composicion de Los Hombres Españoles, Americanos y Lusitanos, pintados por sí mismos, cuyo texto é ilustraciones juzgamos de necesaria presencia en las mejores bibliotecas.

Nicolás Diaz de Benjumea.

Luis Ricardo Fors.

EL HOMBRE DE ESTADO.

POR D. EMILIO CASTELAR.



É ahí uno de los tipos, que mas en el mundo cambian y que toman aspectos mas vários de las circunstancias y demás medios ambientes, en que nacen y crecen. Un filósofo puede aparecer como ideal abstraccion, fuera casi del tiempo y del espacio, sin atencion á lo que ocurre á su alrededor; entregado, como sacerdote de lo infinito y de lo eterno, á la contemplacion mística del puro é incondicionado pensamiento. Pero el político nace para cumplir sus ideas ó las ideas de otro, realizándolas en breve período de tiempo y conteniéndolas dentro de las estrechas fronteras de un limitado espacio. Por consiguiente, su ministerio nace de necesidades circunstanciales y va derecho á la realidad impura y concreta, como necesitado de apreciar, mas que los ideales purísimos, lo eventual y transitorio.

Con solo mirar el mundo y la vida, encontrais en ella tipos correspondientes á la oposicion natural entre los estadistas y los filósofos: teoría los unos y práctica y realidad los otros. Por regla general, todo matemático sobresaliente en cálculos abstractos no aplica estos cálculos á la realidad y no resulta en la vida ni un gran

mecánico ni un excelente ingeniero. El hombre mayor en las ciencias físico-matemáticas, el que supo deducir de la caida de una manzana verdades tan profundas como exactas, el que dió el binomio y averiguó la gravedad universal, Newton, cuyo entendimiento no tropezaba con ningun misterio en la inmensidad de los espacios, tropezaba, nervioso y tímido, amedrentándose y retrocediendo, con cualquier objeto en la realidad concreta de la vida. Yo he visto muchos médicos sabedores de las mas altas teorías, que han estudiado el organismo nuestro y los humores por el organismo derramados, hasta el extremo de convertir la fisiología, con los milagros de su observacion prolija, en una ciencia cuasi exacta; yo los he visto desconocer por completo, ante una enfermedad á veces ligera, el remedio y aun el diagnóstico por los médicos mas romancistas conocidos y apreciados, en virtud de una larga é instructiva experiencia. El hombre de estado, pues, se parece al médico práctico que conoce las enfermedades sociales por los experimentos diarios y no por los estudios científicos.

¿Quiere decir esto que deban despreciar y desconocer los estadistas las teorías puras y las ciencias abstractas? De ninguna suerte. Casualmente, si hay profesion que pida universalidad de conocimientos y riqueza de ideas, es la profesion de dirigir á los pueblos y de organizar los estados. Quien personifica y encabeza una sociedad en cierto período de tiempo, ha de conocer en su conjunto las necesidades sociales; y para conocerlas, ha de estudiarlas en las mas opuestas y á veces mas contradictorias ciencias. La sociedad, abreviado universo, tiene algo de la riqueza infinita y de la variedad múltiple que tiene la naturaleza. Elevándoos un poco á las alturas, descubrireis junto á las cúpulas que parecen oraciones condensadas, las chimeneas despidiendo el humo de la hulla que significa y representa el trabajo moderno; junto al cuartel donde las armas resuenan y los caballos de combate relinchan, las dehesas donde abre á la vida los surcos de la tierra el arado y muge uncido á la yunta el buey, mientras la paloma doméstica desciende al bebedero y canta en los corrales el gallo madrugador; junto á las obras de arte, creaciones ideales de la divina inspiracion que acerca lo invisible al mundo y puebla de rosas místicas y de ángeles increados las tristes asperezas de nuestra vida, las cotizaciones, los valores, los cambios, la bolsa llena de afanados agentes, el bufete de los cálculos, el mostrador de las ventas, el mercado de las transacciones; junto á la universidad que despide y exhala ideas, y la sapientísima academia que parece un senado de patricios espirituales ¡ay! la ignorancia del pobre pueblo, la zahurda del gitano maldito, la taberna de la embriaguez embru-

tecedora, los antros donde se olvida la conciencia y se aprende el crímen: contradicciones, que obligan al estadista con perentoria obligacion á conocer desde los ideales del arte hasta los trabajos de la industria; desde los movimientos de los espíritus hasta los movimientos de los intereses; desde las escuelas, donde las nuevas inteligencias amanecen, hasta los presidios donde los criminales se pudren; desde las plegarias de la religion hasta los afanes de la bolsa; cuyos conocimientos, necesarios y saludables, respondiendo á nuestra doble naturaleza, ó no han de tener valor, ó han de participar de la idealidad y de la realidad para servir así á la ciencia pura como á la impura vida, en la precision de atender á las inmanentes aspiraciones y á los fines transitorios de una sociedad y de una época.

Nada cambia tanto como el estadista. Los filósofos de los tiempos pasados se parecen á los filósofos de los tiempos presentes, como una gota de agua á otra gota de agua. Hombres de reflexion y estudio, dados á escribir y hablar, necesitan para sus meditaciones de cierta reclusion monástica, y para su apostolado y propaganda necesitan de sus discípulos, que forman el organismo conocido con el nombre de escuela, es decir, el cuerpo de la filosofía. Los dos tipos de la idea inmanente y de la idea trascendente, que Rafael trazó con su creadora mano en las estancias vaticanas, responden á una con sus sendos aspectos, vários y contradictorios; sacerdotal, como el idealismo, uno, y jóven y robusto, como el naturalismo, otro, al concepto fundamental de los dos sistemas, el de la inmanencia y el de la trascendencia, que todavía se disputan, á guisa de contradiccion irreductible, la autoridad y el dominio sobre los eternos senos del humano espíritu. Pero ¡cómo cambian los hombres de estado! Comparad á los primeros de la historia con los últimos, comparad á Moisés con Bismarck; y advertireis la diferencia: mientras apénas advertireis diferencia ninguna, si comparais á Kant con Platon. Sacó Moisés á los israelitas del cautiverio de Egipto y sacó Bismarck á los alemanes del cautiverio de Austria; fundó aquel con un pueblo nuevo una nueva sociedad civil, y fundó este con un pueblo viejo una nueva sociedad política. Dado el tiempo de una y otra obra, se da la razon de la diferencia esencial entre ambos extraordinarios estadistas. Todo en Moisés leyenda y religion, todo en Bismarck política y cálculo. El jefe de los hijos de Israel nace, como todos los redentores de pueblos, en la esclavitud y en la desgracia; su pobre madre lo confía, desesperada por haber parido un esclavo, al rio de los misterios, en cuyas orillas, léjos de topar con las fauces del voraz cocodrilo, que se lo traguen y devoren, topa con el corazon de misericordiosas mujeres que lo salvan y lo educan. Desde tal hora todo es sobrenatural y

milagroso en la vida legendaria de aquel hombre. Los mares se abren para dar paso enjuto á Israel y se cierran para sumergir á los perseguidores de Israel; las nubes del cielo se convierten por la noche oscura y callada en columnas de fuego y las piedras y las arenas del estéril desierto en pedazos de pan; las zarzas del Oreb arden, las cimas del Sinaí relampaguean y truenan, las áridas peñas fluyen, los ángeles celestiales bajan, la voz divina retumba: que todo eso y mucho mas es necesario para fundar una sociedad en la infancia del género humano y en los comienzos y albores de la humana historia. Cambia, por completo, la misma obra y el obrero mismo en nuestro siglo. Aunque Bismarck tiene algo de la leyenda militar por el casco puntiagudo que ciñe su cabeza, y algo de la leyenda religiosa por la Biblia protestante que lleva bajo el brazo, no le creais capaz de apelar al milagro, ni de creer que, á la vuelta de cualquier encrucijada, topará con abismos dispuestos á tragarse de un bostezo á sus enemigos, ni con zarzas ardientes iluminadas para revelarle un código cualquiera. La idea positiva y de antemano calculada es todo su númen: la fuerza de un ejército disciplinado y numeroso, toda su confianza: la naturaleza implacable produciendo y devorando séres sin descanso, toda su escuela y su gran maestra; la indiferencia por los medios conducentes al triunfo toda su moral: la razon práctica toda su política; la experiencia todo su criterio: el fusil aguja todo su milagro: y su Dios un férreo emperador, caballero en cabalgadura, que sin tener gran cosa de apocalíptica, podria en humana sangre bañarse y romper con sus erraduras, que han destrozado tantos cráneos, múltiples y vividores mundos.

A cada edad del planeta corresponde un hombre de estado diverso. No podria dominar las sociedades asiáticas quien careciese de comunicacion directa y manifiesta con el cielo. Todos los gobernadores y regidores de pueblos primitivos son hijos ó parientes ó privados ó ministros de los antiguos dioses. El indio, identificado con la naturaleza, entrégase al español, porque confunde, sin poderlo remediar, en su ignorancia, el ginete con el caballo y los cree un mónstruo mitológico: la prevision de los eclipses con la profecía religiosa y las cree un divino privilegio: los tiros del arcabuz con los rayos del cielo y los cree un elemento celeste y una fuerza de la naturaleza en manos de hombres mayores que sus dioses.

En cuanto salís del Oriente y entrais en Occidente, la naturaleza de los hombres de estado cambia, como cambian la misma naturaleza material y el eterno tiempo. En el Asia Menor, los estadistas son ya reyes mas que sacerdotes, como

los dioses, á su vez, hombres mas que fuerzas del universo. Y cuando los mares se tranquilizan y serenan, los golfos y ensenadas se abren como senos amigos y amantes brazos; las islas surgen coronadas de florestas como las nereidas coronadas de nácares; los dioses toman, bajo el cincel de los escultores, la forma humana perfecta; los juegos olímpicos llenos de cítaras y de odas, suceden á los sacrificios humanos llenos de sangre: entre largos intercolumnios, á la puerta de los templos armoniosos, sobre la cincelada tribuna, en las asambleas republicanas, el hombre de estado aparece como un artista y como un héroe, que se ha sentado en las escuelas de Sócrates, que ha esgrimido una espada digna de fulgurar en Platea, que ha hablado con la elocuencia propia de la divina Agora, y que domina, con su cabeza cubierta del casco áureo, envidiado de Minerva por haberlo esculpido Fidias, á los enemigos en los campos de laureles, y á los oradores en las competencias de Atenas.

Cuando una clase domina en cualquier estado, el don de la política se refugia en ella, y los hombres mas aptos para dirigir los públicos negocios á ella pertenecen. Así en la Roma de la república parlamentaria y aristocrática el hombre de estado, por regla general, está entre los senadores y los patricios. Escipion africano, que venció la prepotencia cartaginesa, no solamente por su táctica militar, sino tambien por su arte político; Fabio Máximo, en quien se compadecian y aunaban por igual valor y prudencia; Caton, el viejo, que representaba la libertad privilegiada y tradicional, pertenecen todos al aristocrático patriciado, glorioso depositario de la tradicional ciencia política y del sentido verdaderamente romano. Luego, en el gran conflicto entre patricios, caballeros y plebeyos, es decir, entre la aristocracia, la clase media y el pueblo; todos los diversos partidos tuvieron grandes hombres, así en las armas como en las letras, pero no tuvieron grandes y preclaros estadistas. Ni los Gracos, tan semejantes á los tribunos atenienses: ni Mario, tan célebre por su valor como los primeros capitanes de los mejores tiempos; ni Sila, en su omnipotente dictadura; ni Ciceron, el orador extraordinario con su milagrosa palabra, lograron fundar el predominio de la clase por ellos defendida y representada sobre las demás clases sociales. Roto el equilibrio antiguo, irreconciliables los partidos que antes aparecian émulos y rivales, no adversarios y enemigos; el don de la política pasó á los conspiradores, empeñados en tramoyar terribles conjuraciones contra los comicios del pueblo y las asambleas del patriciado, para fundar una dictadura permanente con el triste y nefasto nombre de imperio.

Así la política romana se refugia en dos hombres extraordinarios, en César que funda y en Augusto que organiza la autoridad imperial. En el primero, junto á un génio militar de primer órden, brilla un génio político de primer órden tambien. La firmeza en los propósitos, la seguridad en los fines, el atrevimiento en las empresas, el disimulo cauteloso, la doblez hipócrita, la celeridad en los momentos supremos, la prevision de las contingencias futuras hacian de César el primero entre los generales del mundo. Tras de César vino Augusto, el taimado y protervo engañador. En él se personificaron todos los errores y todos los vicios conocidos en el mundo con el nombre de razon de estado. La mentira fué su Dios y el disimulo su carácter. Por este sentimiento de sí mismo, al morirse, á la hora de su agonía postrera, convocó en torno de su lecho á sus cortesanos, y viéndose pálido y demacrado, se compuso el rostro y se arregló los cabellos al espejo, como una cortesana, con artera sonrisa. Hipócrita, doble, astuto, falso, mentiroso, reveló á la posteridad y á la historia el juicio definitivo sobre sí mismo, que le pesaba en la conciencia. Republicano de nombre, dictador de veras; con todas las apariencias de la libertad en su gobierno y todas las fuerzas del despotismo en su persona; falsificando el tribunado, el consulado, la censura en una falsificacion gigantesca, para que Roma pasara de la república á la tiranía sin advertir su paso; la vida de Augusto fué una prolongada comedia. Así lo confesó públicamente, y así concluyó pidiendo, á guisa de consumado actor, el consabido aplauso á su profunda habilidad en la representacion de aquella farsa. Como tiene Roma tal duracion y permanencia en la vida y en las instituciones modernas, así como á la dictadura imperial le trasmitió la denominacion de cesarista y á las personas reales, á su vez la denominacion de augustas, ¡oh! trasmitió la mentira, el dolo, el engaño, la falsía, la traicion, el perjurio de Augusto como cualidades propias del hombre poseido por la dura é implacable divinidad antropófaga, que se llama la razon de estado.

Los hombres de tal temple han cambiado mucho porque han recibido el color, con que se presentan á la historia, de las múltiples y supremas circunstancias que los han rodeado. Unos han tomado la estatura colosal, que tienen hoy en el humano juicio, de una grande idea, como los Antoninos, por ejemplo, los cuales pueden considerarse con verdad como el estoicismo coronado; otros, grandes por sí, llenos de pensamientos y de afectos generosos, como Juliano el Apóstata, han obtenido una inmerecida reprobacion por haber opuesto su grandeza personal, como un dique á la impetuosa y benéfica corriente del progreso; pero todos han

tomado la mayor parte de su grandeza personal del medio en que han vivido. ¡Cuántos grandes generales, pensadores ilustres, consumados políticos, hombres de ánimo valeroso, con muchas cualidades para personificar la razon de estado, como Septimio Severo, por ejemplo, se han tristemente hundido en el concepto de la posteridad por no haber contrastado la decadencia irremediable de su tiempo!

En el seno de las sociedades primitivas, el hombre de estado es un revelador ó un profeta. La teocracia, personificará eternamente las sociedades recien nacidas, con la imaginacion muy despierta y la razon en gérmen. Así que las sociedades crecen, el sacerdocio pierde su poder político; y la autoridad civil se funda y establece. Tal sucede hasta en los pueblos mas religiosos. Aquella tribu de Judá, verdadera teocracia en sus orígenes, cuando llega, por virtud de su desarrollo, á una relativa madurez, separa los reyes de los profetas, y constituye una monarquía hasta cierto punto civil y laica. En cumplimiento de tan excelsa ley dominan los papas y los obispos en los períodos bárbaro y feudal de la moderna historia. Y esto explica sencillamente la influencia de los pontífices romanos sobre las tribus germánicas; el poder de los prelados católicos sobre los visigodos españoles; el pacto entre la Iglesia y Carlo-Magno, sobre cuyas bases, por tanto tiempo, descansa toda Europa; el génio avasallador de un Gregorio VII y de un Inocencio III, génio, cuyo esplendor desaparece y no vuelve, cuando los estados monárquicos surgen, las nacionalidades políticas nacen, los jurisconsultos predominan sobre los canonistas y los reyes sobre los señores, comenzando así nueva edad en los tiempos históricos y nuevas fases en el espíritu humano.

Sucede con los estadistas lo mismo que sucede con los oradores, escasean mucho en la historia. Entre tantos poetas y tantos filósofos perfectos en sus respectivas profesiones, como tiene Grecia, no cuenta nombre alguno de orador que poner junto al excelso nombre de su inmortal Demóstenes. Entre tantos jurisconsultos insignes y tantos primeros poetas, como tiene la colosal Roma, en la tribuna de los Rostros solo se alza una estátua capaz de coronarse con perdurables laureles, la estátua de Ciceron. Francia solo tiene dos oradores que levantar á la grande altura de los oradores antiguos: en el siglo décimo séptimo, Bossuet; y en el siglo décimo octavo, Mirabeau. Una de las mayores y mas preciadas riquezas morales de la Gran Bretaña se encierra en el número de sus oradores extraordinarios que apénas llegan á seis; y una de las esperanzas, que infunde á todos sus admiradores nuestra España, brota de la elocuencia incomparable que resuena en su magnífica tribuna. Presenta la historia mayor número de grandiosos estadistas que de

grandiosos oradores, por una razon muy sencilla, porque los estadistas responden á necesidades mas permanentes y apremiantes del humano linaje. Así la política moderna se ha forjado por una série de hombres extraordinarios, á quienes el espíritu de su tiempo se les subiera por completo á la mente, concentrándose en ella como se concentra la etérea luz en los soles. Así que acaban los pontífices políticos, empiezan los reyes políticos tambien. Estos, en el período teocrático y feudal, no habian hecho mas que servir á los papas y pelear con los nobles. A mediados del siglo décimo tercio, la monarquía se despide ostentosamente de la teocracia por medio de sus reyes santificados y beatos: San Fernando, San Luis, don Jaime el Conquistador, que ha hecho mayor número de milagros aun que los santos mismos. Pero, al finalizar el siglo décimo tercio, é iniciarse, por el movimiento natural de los tiempos al movimiento natural de las ideas paralelo, el siglo décimo cuarto, los reyes tienen que defender sus respectivas nacionalidades recien fundadas, y para defenderlas tienen que combatir la vieja tutela de la antigua teocracia. Por tal razon á los reyes predilectos de Roma suceden los reyes enemigos de Roma, en cambio brusco, que no se podria comprender, si de antemano, y por anticipacion, ¡ah! no se supiese que las ideas preceden á los hechos y á los hombres de estado los hombres de pensamiento. La gran protesta, que contra la unidad espiritual de Roma se inicia en el siglo duodécimo por la voz tonante de Abelardo, no llega, en verdad, á las instituciones, hasta fines del siglo décimo tercio, y comienzos del siglo décimo cuarto, en que Pedro el Magno de Aragon recoge allá en Sicilia el guante de Coradino para con él abofetear al pontificado; y Felipe el Hermoso de Francia disuelve las órdenes monásticas mas batalladoras y mas adictas á la persona del papa; y Sancho el Bravo de Castilla se burla de las excomuniones pontificias como cualquier impío de nuestra edad racionalista.

Coinciden, pues, los hombres de estado en las naciones que tienen el mismo desarrollo en la historia universal y que consiguen igual poder en la civilizacion moderna. Una reaccion feudal sucede á los esfuerzos de los grandes reyes que intentaron fundar la unidad de las naciones en la unidad de los estados; y esta reaccion la combaten los reyes revolucionarios, Pedro de Portugal, Pedro de Castilla, Pedro de Aragon. Y cuando la revolucion monárquica supera y vence á la reaccion feudal, da el reloj de los tiempos la hora suprema del establecimiento y organizacion de las grandes monarquías. Y por la sobra de malas artes y la falta completa de escrúpulos; por la ausencia de toda fidelidad á la palabra empeñada y al juramento prestado; por la doblez finísima y la crueldad refinada; por el em-

pleo de todos los medios, aun los mas reprobables, para conseguir todos los fines deseados; por la implacable ambicion, por la crueldad refinadísima, identifícanse los fundadores de la monarquía moderna, Fernando V de Castilla, Luis XI de Francia, Enrique VIII de Inglaterra, Maximiliano de Austria, Juan el Terrible de Rusia, como si fueran facetas varias de un mismo y solo espíritu.

Y luego, cuando las monarquías absolutas se han fundado, aseméjanse todos los reyes, que llevan el poder supremo á su expresion última, Felipe II de España, Isabel I de Inglaterra, Luis XIV de Francia, Sixto V de Roma, como en demostracion de que á la unidad del espíritu europeo ha de corresponder la unidad tambien de la política europea. Las ideas de su tiempo dominan aun á los hombres que se creen mas dominadores. Todo estadista, que coopera con su génio á una obra natural de la sociedad prevalece; y todo estadista que contraría ó contrasta la corriente social se frustra y se malogra.

Para testimoniar esta verdad, poned los ojos en dos hombres de estado, pertenecientes á los siglos últimos; y en dos hombres de estado, pertenecientes á nuestro mismo siglo: en Mazarino y Alberoni, en Meternich y Cavour. Italiano Mazarino é italiano Alberoni; favorito el uno de Mariana de Austria, que reinaba sobre la niñez de Luis XIV y favorito el otro de Isabel de Farnesio, que reinaba sobre la decrepitud de Felipe V; ambos á dos astutos, ambos á dos sapientísimos en política y en diplomacia, solo en fortuna se diferencian, favorable la del ministro francés y adversa la del ministro español, á pesar de alzarse contra el uno todas las pasiones de la Fronda y de someterse al otro la ciega obediencia grangeada para el poder supremo por nuestro letal absolutismo. Mazarino, con el parlamento por juez, los municipios en la rebelde Fronda, las provincias y estados en guerra, París sobre barricadas y en armas, los Condés en enemistad, el heredero de la corona en conjuraciones, los grandes en desasosiego irreconciliable, los pequeños en revolucion permanente; bajo un cielo lleno de sombras, sobre una tierra estremecida de sacudimientos, entre los fragmentos del trono destrozado por la discordia y las guerras de clase atizadas por los últimos espectros del soterrado feudalismo, somete lo mismo á París que á Burdeos insurrectas, debela en rápidas victorias la Borgoña y la Turena, el Languedoc y la Normandía, dejando fundada la unidad de Francia, y muriendo, á pesar de las cóleras suscitadas por su vida, en serena y honradísima muerte. Alberoni concibe los proyectos mas vastos y siente las ambiciones mas desapoderadas; el demonio de la reaccion europea, que dormia con Felipe II en la granítica tumba del Escorial, se apodera del cora-

zon y del ánimo de este primer ministro, que arrebata Sicilia á los reyes de Saboya, Cerdeña á los emperadores de Austria; que extiende la espada del emperador Cárlos V á un mismo tiempo sobre Italia y sobre Alemania; que conspira, como si las olas no hubieran deshecho la armada invencible, contra las libertades y la prepotencia de Inglaterra; que pacta con el Gran Turco, importándole poco, si llega hasta las puertas de Viena y deshace la obra de nuestro infante don Fernando; que suscita contra la casa de Orange, reinante por virtud del protestantismo, la sombra teocrática de los ultramontanos Estuardos; que arroja el chacal coronado del norte, Cárlos XII de Suecia, sobre una parte de los enemigos de sus planes; que paraliza la energía y accion de los autócratas de Rusia por temor á sus veleidades históricas; que busca en los recónditos senos de París, por la increible conjuracion de Cellamare, las pavesas de las ligas y las Frondas á ver si abrasan la regencia de los Orleanes: y con todos estos grandes proyectos y todos estos innumerables recursos, concluye, al fin y al cabo, en una desgracia y en una vergüenza irreparables, por haber suscitado la reaccion universal y opuéstose al curso progresivo de los tiempos.

É igual enseñanza encierra el ejemplo de Meternich y de Cavour. Hace treinta años el uno estaba en el zénit de la fortuna y el otro en los ocasos de la mas triste adversidad. Restaurado el sacro imperio romano en Alemania, triunfante la reaccion cesarista en París, devuelto al papa su feudo secular, sometida la rebelde Hungría por los ódios implacables de los croatas y de los rusos, vencido Cárlos Alberto en aquella Novara tan triste como Queronea ó Villalar, fusilada Milan, sumergido el cadáver de Venecia en sus lagunas, montando el feroz Nicolás la guardia en las puertas del infame palacio de los Austrias, parecia que la política de Meternich se apoderaba del mundo y restablecia la Santa Alianza de los déspotas contra los pueblos, con tanta mas fortuna cuanto que tenia por único enemigo aquellos diputados del parlamento de Saboya, reunidos, como una bandada de águilas heridas, en las cimas de los Alpes, á las cuales no habia llegado, como iluminadas por un eterno dia, el diluvio de sombras llovido sobre todos los progresos y todas las libertades por el nefasto espectro de la reaccion universal. Y sin embargo, el año cincuenta y nueve sobreviene; y la obra de Meternich se hunde, á pesar de su soberbia; y la obra de Cavour se corona con la diadema de la unidad de Italia y con el advenimiento de una revolucion progresiva en toda Europa.

El verdadero estadista debe servir al espíritu de su tiempo y servirlo por bue-

nos medios. Una tradicion nefasta, conocida con el siniestro nombre de maquiavelismo, ha infundido la engañosa idea, que atribuye á la política una irremediable inmoralidad, como si la razon y la justicia no fueran aquí, en el mundo social, fuerzas tan poderosas como los grandes agentes electro-químicos en el mundo material. El político de Florencia creyó la razon de estado una fatalidad tan grande como las fatalidades múltiples reinantes sobre la naturaleza; y así como á la religion y á la ciencia sustituyó una especie de astrología mágica y de quiromancia gigantesca, sustituyó al derecho la implacable divinidad de un estado, que solo se curaba de la victoria y no de la razon y de la justicia. Él quiso enseñar á los grandes á ser tiranos, á los pequeños á ser rebeldes, á los conspiradores á ser taimados, á los cortesanos á ser falsos, á los estadistas á ser violentos, y les dijo que no se curasen de ningun derecho con tal que consiguiesen fausto éxito, porque solo tiene coronas la fama y aplausos la humanidad para los triunfos de la fuerza. Este hombre no se desengañó, ni al ver como el tipo de todas las ambiciones, César Borgia, se habia hundido en oscuro calabozo, así que le faltara la sombra de su padre, Alejandro VI, el cual dominaba la tierra, no por el número de sus ejércitos ni por la extension de sus estados, sino por la entrega de las conciencias á la virtud sobrenatural de una idea. Y él mismo que renegó de todos los vencidos, y volvió las espaldas á todas las derrotas, y lisonjeó todas las fortunas, y redujo la sociedad á una inmensa batalla donde los partidos se devoran unos á otros en carnicería sin término y sin fin, como la lucha de las especies; despues de haber enseñado á todo el mundo á vencer y á dominar, solo sabe servir y ser criado sumiso de los últimos tiranos de su pátria.

No, la razon de estado no puede ser como una de las fuerzas ciegas del universo, las cuales no se curan de los séres, á quienes destruyen y devoran. No, el estadista no puede asemejarse á esos animales feroces, sin mas fin que conservar su sér á costa de los séres agenos, dispuestos solo al ataque y á la defensa; frente á los débiles audaz, y medroso frente á los fuertes; sin mas necesidades que la satisfaccion del hambre voraz por la cual conserva su individuo y del amor físico por el cual conserva su especie; siervo del instinto; entregado, bajo la fatalidad general del universo, á la fatalidad particular de su propia organizacion. Ese concepto del estadista pudo encarnarse allá, en las monarquías débiles, al punto y hora de vencer en abierta guerra material á los señores feudales, y en abierta guerra moral á los pontífices romanos. Los cánones del dolo, del perjurio, del asesinato, aplicados á una sociedad fundada en la servidumbre de los mas y con-

cluida y rematada por el derecho de uno solo, en verdad, no puede aplicarse á sociedades libres, donde prevalece por completo, sobre todas las otras categorías, la categoría del bien y de la justicia. Así como no tiene hoy aplicacion aquel antiguo manual del cortesano, que prolijamente adiestraba en el arte de doblar la rodilla y el espinazo á los poderosos, no tiene razon de ser, á su vez, el bárbaro catecismo de la crueldad y de la mentira. Aun las pasiones denominadas políticas, aquellas en las cuales entran como factores la emulacion personal y la envidia traidora, tienen que purificarse y engrandecerse mucho, si han de servir al impulso y al progreso de las sociedades modernas. A la competencia egoista entre los individuos, al amor desordenado de sí mismo, á la demente ambicion hay que sustituir, en siglo tan calumniado como el nuestro, pasiones mas nobles, la pasion por el bien de todos, para que resulte así el engrandecimiento primero de la pátria y la mejora y perfeccion despues de la humanidad. Los antiguos mismos, en cuanto veían cualquier desgraciado, víctima de las mundanas ambiciones, confiábanlo á los sacerdotes de Esculapio, los cuales cogíanlo por su cuenta y lo trasladaban presurosos á las ruinas de las montañas por los titanes sobrepuestas en su afan de tocar al cielo, á fin de que los desvariados aprendiesen por aquellas grietas oscuras y por aquellas rocas destrozadas, en cuántos abismos se precipitan y cuántas catástrofes traen los cegados por la pasion egoista de su propio engrandecimiento.

Ya sabemos que la voluntad se mueve por el cerebro y se agranda por la pasion; ya sabemos que las pasiones humanas representan en nuestra especie lo mismo que representan los instintos animales en especies inferiores; ya sabemos que mientras un bruto cualquiera se apropia solamente las materias indispensables á su habitacion y las sustancias indispensables á su alimento, el hombre siente no solo inclinaciones incontrastables á la propiedad, sino tambien á que la propiedad se trasmita y eternice como su espíritu y su nombre, allá en sus remotos descendientes; y por lo mismo que sabemos todo esto, sabemos tambien como las ambiciones humanas tienen muchos y muy vários factores; no solo aquel, tan sustancial, del deseo de dominio y superioridad sobre los demás hombres, sino tambien aquel que consiste, á su vez, en tendencias irremediables á granjearse la estimacion general de sus contemporáneos y á conseguir un renombre imperecedero en la posteridad. Pero ningun estadista de altura podrá desconocer que, si la ambicion hace circular en sus venas con mas fuerza la sangre y circular en su cerebro con mas celeridad las ideas, debe usar esta fuerza superior á la fuerza del

resto de los mortales, no en el recreo de un pasajero goce, sino en la consecucion de grandes bienes para sus semejantes y en el cumplimiento de luminosas ideas para su sociedad y para su tiempo: que si las conquistas de uno solo asombran, solamente los progresos morales que á todos importan, que á todos aprovechan, que á todos educan, mejorando la especie humana en su desarrollo y poniendo la divina justicia en las instituciones, encuentran ecos y mas ecos de resonante gloria, que se perpetúa en todos los anales y se trasmite á todas las generaciones.

El estadista siente su vocacion y revela sus aptitudes, como todos los llamados á grandes obras humanas, desde los albores primeros de su inteligencia y desde los impulsos primeros de su voluntad. El gran conflicto entre las ideas retrógradas y las ideas progresivas, propio de nuestro siglo de transicion, ha engendrado en verdad, dos clases de estadistas, bien diversas y contrarias; la clase de los estadistas conservadores y la clase de los estadistas revolucionarios. La primera, encargada por la Providencia de guardar la sociedad, tal como se la encuentra, mejorándola, si acaso muy paulatinamente, posee las facultades necesarias al fin para que ha sido creada: la mesura en su temperamento, la prudencia en su proceder, la parquedad en sus ideas, la experiencia de lo real en su sentido, el respeto á la tradicion en sus supersticiones, el culto á la estabilidad en sus afectos, la inercia en sus propósitos, el don de gobierno en su voluntad, todo lo indispensable al ministerio de conservacion en las sociedades humanas, inclinadas de suyo, por causa de su complicadísima complexion y del imperio de las costumbres, á la inmovilidad y al reposo. La otra clase de estadistas, los estadistas revolucionarios, necesitan algo del filósofo en sus ideales, del profeta en sus presentimientos, del héroe en su audacia, del legislador en sus programas, del tribuno en su palabra, del sacerdote en su fé, del mártir en su abnegacion, del poeta en sus inspiraciones, del redentor en sus combates, para corresponder al ministerio, que le ha confiado la Providencia, de impulsar hácia adelante la inerte sociedad.

Con frecuencia sucede que los encargados, por ministerio providencial, de reformar las sociedades humanas, resultan luego encargados, á su vez, de conservar, en virtud de las reformas cumplidas, los nuevos organismos necesarios al suelo recien formado por las erupciones de la revolucion. Y en verdad, no conozco facultades mas contradictorias y opuestas que las pedidas por el doble ministerio de conservacion y de reforma en las sociedades humanas. El profeta, que ha previsto con su mirada telescópica los sucesos recien dibujados en las lejanas pers-

pectivas de un apartado porvenir, tiene por necesidad que bajar de las cimas vertiginosas donde agitaba sus alas; que divertir la constante atencion de los cielos etéreos y luminosos donde resplandecian sus ideales; que acallar la elocuencia magnífica, brotada de sus lábios, á cuyas inflexiones caian sobre las conciencias fecunda lluvia de ideas; que reducir las teorías escritas en los infinitos espacios de su mente á los moldes angostos de una realidad tan triste y tan oscura como todas las realidades sociales, cuando se las compara con los abstractos arquetipos de la ciencia; y en esta increible transformacion, pedida por la naturaleza misma de las cosas é irremediable, cualesquiera que sean el estado social histórico y los progresos traidos por el innovador y por el apóstol, resulta este sin remedio, en una contradiccion aparente, que le pierde á los ojos vulgares de una generacion cegada por las nubes del combate diario, pero que le salva y le inmortaliza en el sereno juicio de la posteridad.

EL DESCAMISADO.

POR D. JOSÉ SELGAS.

I

Si hubiésemos de buscar el orígen del tipo moderno que se nos viene á las manos, pidiéndonos los rasgos mas salientes de su fisonomía, tendríamos que remontarnos al momento, ya bastante lejano, en que el hombre apareció sobre la tierra; mas aun, al momento en que se encontró dueño del Paraíso, porque en esa ocasion es cuando por primera vez se nos presenta el hombre sin camisa.

¡Y véase qué caprichos suelen tener los idiomas puestos en bocas humanas! Llama el diccionario descamisado, en su sentido propio, al que es tan pobre que no tiene sobre que caerse muerto, y cabalmente nadie mas rico que el primer hombre, que poseyó él solo los pingües beneficios del Paraíso, mejorado en tercio y quinto con toda la extension de la tierra.

Y aconteció, como la cosa mas natural del mundo, que desde el momento en que, por razones que no son de este sitio, aunque en verdad caben en todas par-

tes, perdió el perpétuo usufructo de lo que podemos llamar la casa solariega del linaje humano, y fué cuando, advirtiendo su completa desnudez, comenzó á sentir que no le llegaba la camisa al cuerpo.

Parece cosa averiguada que ese paño menor, tan íntimamente unido á la parte extrema de la personalidad humana, fué el primer movimiento, tímido si se quiere, pero al fin el primer movimiento del pudor, bella vergüenza en que el alma luego que deja de ser inocente intenta ocultarse y no hace mas que descubrirse, porque, bien mirado todo, el pudor es á la malicia lo que el remordimiento al delito.

No es cosa, ciertamente, de poner la camisa sobre la cabeza en señal de homenaje, pero tampoco seria conveniente echársela á la espalda como cosa de poco mas ó menos. Quiero decir, que la camisa empieza en una hoja de parra, y que en buena filosofía no es un mero detalle suntuario, sino mas bien un sentimiento y hasta un consuelo, como si dijésemos el paño de lágrimas de las flaquezas humanas. Existe, pues, cierta relacion psicológica entre la camisa y el alma. Y aquí recomiendo al lector que conserve en la memoria la última observacion hecha, porque sospecho que mas adelante ha de convenir tenerla presente.

Adan es el primer descamisado que la historia nos presenta, como si desde el principio se nos hubiese querido advertir, que ese debia ser, figuradamente hablando, el destino del hombre sobre la tierra. Y, ¡válgame Dios! qué esfuerzos hace el ingenio humano por ocultar la humildad de su persona hasta á sus propios ojos. No obstante la antigüedad del caso, el tipo auténtico de la nueva especie, que mueve á escribir estos renglones, no aparece hasta el último tercio del siglo próximo pasado, que asomó la cabeza en Francia bajo el nombre de *sans-culotte,* sin calzones, traduciendo al pié de la letra; *descamisado,* haciendo la traduccion mas completa, que es la generalmente admitida.

Eso sí, Robespierre no fué indiferente á cierta pulcritud esmerada en la compostura de su *toilette,* ni Saint Just se desdeñó de dar al aspecto suntuario de su persona el elegante abandono de estudiada *negligée;* ni en fin, Danton, hombre de grande estómago, hizo nunca ascos á las apetitosas sugestiones del *menú.* Puede decirse que aquella generacion descamisada no tenia al *confort,* por enemigo de la pátria; pues el mismo Marat, asta humana de la bandera de los harapos, se entregaba con frecuencia á las sensualidades del baño, sino en agua rosada, á lo menos en agua enrojecida por la sangre que hacia correr de la guillotina.

Cierto; mas fuera de esas genialidades particulares de aquellos *sans-culotte,*

los pingajos triunfaron en principio, la miseria externa, como dando testimonio de las miserias interiores, se puso en moda y los *descamisados hicieron furor*. No hay para que juzgarlos, puesto que ellos, que debieron conocerse bien, se condenaron á muerte sin apelacion y sucesivamente se fueron decapitando unos á otros.

A los noventa años, poco mas ó menos, el tipo se encuentra perfeccionado, y seria un error de señas ir á buscarlo á esas regiones donde la escasez ó la completa ausencia de los bienes de fortuna, ponen al hombre en la cumbre de aquel magisterio desde el cual se enseñan los codos. Las palabras, que al fin y al cabo no han hecho juramento solemne de conservar perpétuamente su sentido propio, gracias á la confusion de ideas, que reina y gobierna, esperimentan desviaciones que las apartan de su significacion verdadera; y las hay que, rompiendo completamente con la tradicion, que en materia de lenguaje es la etimología, parece que se complacen en representar la idea contraria de lo que, segun las leyes de la lengua, significan.

De esta especie de sentido contrapuesto participa como ninguna la voz *descamisado,* y es tal la fuerza de su concepto, permítaseme decirlo así, neológico, que ya no se usa como designacion de un estado individual de material desnudez sino como espresion de un desahogo particular del espíritu. No espresa la situacion externa del cuerpo, sino mas bien el aspecto interior del alma.

No son ociosas estas esplicaciones si hemos de comprender bien el tipo, que no de muy antiguo ha obtenido carta de naturaleza entre nosotros. Por eso han sido necesarias algunas palabras acerca de su orígen, y alguna indicacion aclaratoria acerca del sentido de su nombre.

II

Nace el *Descamisado* ni mas ni menos que el resto de los simples mortales, porque la naturaleza, mas democrática que los hombres, no le ha concedido privilegio ninguno. No pregunteis en qué cuna se mecieron los primeros años de su vida, pues humilde ó excelso, segun las vanidades del mundo, el linaje no ejerce influencia alguna en su naturaleza.

Tampoco es fácil reconocerlo á primera vista en el movimiento contínuo de la vida, porque su apariencia mas bien descubre al hombre entregado á la sabrosa indolencia de los goces materiales que al espíritu sombrío que busca en la destruccion universal los *ideales,* como ahora ridículamente se dice, de una creacion enteramente nueva.

Si en efecto la curiosidad de conocerlo nos mueve á buscarlo, no hay que perder el tiempo registrando los talleres, indagando en las fábricas, descendiendo á esas últimas regiones de la sociedad en que el hombre compra el sustento de su vida ignorada con el sudor de su frente, porque á este tipo que bosquejamos jamás se encuentra oculto bajo el polvo del trabajo.

No llameis á las puertas desvencijadas de esas viviendas reducidas á la estrechez de cuatro paredes desnudas, donde la familia tiembla de frio, se ahoga de calor ó se muere de hambre, porque el *descamisado* de nuestros dias entiende la vida de otra manera, y la penuria de la escasez y la dureza de la miseria son cosas que no le hacen maldita la gracia.

Si hemos de tropezar con él, hay que penetrar ya en este, ya en el otro círculo de recreo, con tal de que el aspecto de la casa revele cierta opulencia y ofrezca aquellas confortables comodidades que se han hecho indispensables para convertir en paraíso de delicias este mundo incorregible, empeñado en llamarse valle de lágrimas.

Si como es cosa corriente en las interioridades del edificio, adonde, dicho sea de paso, concurren tambien gentes, digámoslo así, sencillas, á quienes nadie señala con el dedo, hay una habitacion algo separada de las demás, y dispuesta de modo que los aficionados á las eventualidades de la suerte, busquen en los caprichos de la fortuna las satisfacciones de la vida, seguramente allí encontraremos el tipo de una de las ramas de la familia; quizá al embrion de la especie.

Juega, ya por placer, ya por costumbre, ya por necesidad, y en cualquiera de los tres casos es capaz de jugarse hasta la camisa que lleva puesta, contingencia que no lo pone nunca en el caso de quedarse sin ella, pues la circunstancia mas característica del *Descamisado* que describimos, es cabalmente, no solo la camisa, sino la camisa limpia, inmaculada, esquisita.

Allí se le encuentra, bajo ese exterior que descubre el desahogo del bienestar y la posicion fácilmente adquirida de los goces materiales, empeñados en ser el único destino del hombre sobre la tierra.

Exteriormente sino es siempre la opulencia deslumbradora de todas las vanidades satisfechas, es cuando menos el aspecto de esa holgura, ya que no envidiable, envidiada, con que cuentan los hombres felices que pueden decir, para mí se ha hecho el mundo.

Interiormente es un espíritu completamente desnudo, un alma, que si me es permitido decirlo así enseña por todas partes los codos, que atestiguan la desolada miseria en que vive.

Dios, entre las cuatro paredes de su entendimiento, no viene á ser mas que una mera abstraccion, una antigüalla, buena sin duda para dormir á los niños en la infancia del mundo.

La sociedad ya es otra cosa, por lo menos desde que Juan Jacobo Rousseau descubrió el contrato social. Es una compañía, hasta cierto punto anónima, representada por acciones de bancos y por acciones de guerra, donde se cotizan y negocian con la prima que permita el estado de los mercados, cuantas malas acciones se presenten al cambio. La empresa tiene por objeto definitivo la gran obra del siglo, la de vivir lo mejor posible.

El hombre no es á los ojos de este *Descamisado,* equívoco si se quiere, pero realmente auténtico, mas que uno de aquellos hermosos cuadrúpedos que segun Horacio formaban la piara de Epicuro.

Chevalier es un economista que ha dicho: «Nuestra civilizacion se vé obligada á hacer una triste confesion: en nuestros estados libres, que tanto se glorían de sus progresos, hay una clase de hombres cuya condicion es víctima de la abyeccion, y esta clase parece que tiende á propagarse mas de lo que se habia visto en la mayor parte de las ciudades antiguas.»

Otro economista de cuyo nombre no me acuerdo, observa que la miseria crece en la misma proporcion que el lujo.

Pues bien, el *Descamisado* ha venido á ser por el movimiento natural de las cosas el ejemplo personal de las averiguaciones hechas por la ciencia económica en el conjunto total de los pueblos civilizados.

Los economistas no se han fijado mas que en la multitud, y han separado lo que al mismo tiempo consideran inseparable, á saber, la miseria y el lujo, y han visto la miseria en unos y el lujo en otros, sin caer en la cuenta de que existe una nueva especie que facilita la realizacion del fenómeno económico dentro de cada individuo.

La miseria escondida en el fondo del alma, el lujo colgado, digámoslo así, por toda la exterioridad de la persona como una córte suntuosa en un dia de gala. Tal es el nuevo *Descamisado,* conforme al sentido, sino etimológico, filosófico sin duda alguna.

Mr. Chevalier tiene mucha razon al asegurar que esta clase tiende á propagarse mas de lo que se habia visto en la mayor parte de las ciudades antiguas.

Pero el sábio economista no ha visto mas allá de sus narices, (defecto de que suelen adolecer los sábios) pues no ha encontrado por una parte mas que la des-

nudez de los *descamisados* originarios, de los *descamisados* tradicionales, y por otra parte la opulencia deslumbradora á que han aspirado los hombres de todos los tiempos; mas no ha advertido que uno y otro estremo, por la ley de misteriosas atracciones se hallan ya confundidos en un mismo individuo.

El *Descamisado,* resulta que viene á ser el gran fenómeno económico de nuestros tiempos, y como la síntesis del estado moral y económico del mundo moderno.

Decir *descamisado,* es lo mismo que decir lujo y miseria.

III

De la sala de juego al salon de buen tono hay tan poca distancia que el *Descamisado* puede sin grande esfuerzo salvarla de un solo salto. No digo yo que se levante para recibirlo el arco de Tito, pero todas las manos se le tienden, todas las bocas le sonrien, y si como el destructor de Jerusalen no es precisamente la delicia del género humano, la gente que se viste tres veces al dia, no tiene inconveniente, ya que no en abrirle los brazos, por lo menos en abrirle de par en par las puertas del gran mundo.

En rigor el *Descamisado* se presenta de una manera irreprochable; están perfectamente tomadas todas las precauciones que la *toilette,* digámoslo así, oficial, exige; la camisa es blanca como la nieve, la corbata compite en blancura con la camisa, el frac incorregible, esto es, correcto; el aire suelto y desenfadado como corresponde al hombre que sabe perfectamente que ha nacido en su tiempo. En todo aquello que entra por los ojos nada hay que pedirle.

Su erudicion en punto á *menus* es realmente amena. No hay plato ni por nuevo ni por exquisito que no se halle anotado en el registro suculento de su paladar. Saborea las delicias de la mesa como quien sabe hacer los honores debidos á la digestion, y puede decirse, fuera de toda lisonja, que es un estómago sublime.

Príncipe ó duque, potentado ó simple particular, porque de todas clases se dan ejemplares, sigue sin rebozo las corrientes de su siglo, con tal de que la mesa sea apetitosa, el salon confortable, la vida muelle y regalada.

¿Qué hay que sacrificar á la realidad contínua de esas satisfacciones?... Pedidle sacrificios, en inteligencia de que no ha de escasearlos; lustre de la familia, amistad, favores alcanzados, respetos debidos... todo está pronto á sacrificarlo. Socialista activo en el fondo de su manera de ser, huye de todo trabajo útil y se declara individualmente en perfecta huelga.

Y es razonable. Separa con bastante acierto las debilidades de la materia, de las fortalezas del espíritu; deja al cuerpo que satisfaga todos los caprichos de sus apetitos, y echa sobre los hombros desnudos de su inteligencia la balumba de los grandes problemas. Es... lo diré en francés para mayor claridad, es lo que llamamos un *sprit fort;* pero téngase en cuenta que los *espíritus fuertes* son cabalmente los que tienen la carne mas flaca; ¡y eso que se dan tan buena vida!

Allí, en el casino, por ejemplo, junto á la chimenea, abandonado al muelle regazo de la butaca, exhalando en repetidas bocanadas de humo el jugoso perfume de suculento tabaco, con los piés casi á la altura de la cabeza, mediante la silla sobre la que los tiene colocados para mayor delicia, discute con énfasis trascendental los puntos mas salientes de las cuestiones sociales, puestas á la órden del dia por el furor inagotable de la controversia.

La libertad humana, los derechos del hombre, los títulos de las clases desheredadas á la posesion del mayorazgo universal, la ignominia del trabajo, las oscuridades de la propiedad... todo lo examina, lo expone y lo resuelve de plano, merced á la abundancia de lugares comunes con que la ignorancia invencible de que hablan los teólogos ha enriquecido el lenguaje de los sábios. Porque nuestro tipo es casi orador, semi-filósofo y hasta medio literato. ¿Por qué no? Cabalmente el *Descamisado* de que tratamos posee como única virtud, la cualidad intrínseca de ser coopartícipe privilegiado en la herencia del mundo; quiero decir, de serlo todo á medias.

¡La libertad humana!... ¿Quién—pregunta,—puede ponerle límites?... ¿Acaso la bestia salvaje ha de ser mas libre que nuestra especie? ¡Los derechos del hombre! Eso es definitivo. Todavía las leyes pretenden limitar el ejercicio ilegislable, imprescindible del *Yo* humano; pero la ciencia, señores, no hay que darle vueltas, acabará con la ley. En vano los escrúpulos supersticiosos de una moral añeja se obstinan en condenar el suicidio. ¡Qué aberracion! Cuando se le ha dicho al hombre que puede disponer libremente de su alma entregándola, ya á esta creencia, ya á la otra, ya á ninguna, se quiere impedir que disponga de su vida. ¡Las clases desheredadas! No puedo volver los ojos hácia esa parte de la sociedad sin que se aflija mi alma y me refugio indignado en el fondo de las mayores comodidades como una protesta viva. ¡El trabajo! ¡Ah! ¡Todavía existe esa palabra en el diccionario de las lenguas cultas! Yo pregunto: ¿Por qué la pobreza ha de ser un delito que se condene á la pena de trabajos forzados? ¡La propiedad! Sí, cierto, cuestion delicada, porque al fin beato el que posee, pero tambien tendrá su

término esa beatería, y entretanto, convengamos en principio en que todo es de todos.

Tal es el *Descamisado* por dentro en las grandes cuestiones del dia.

En los salones del buen tono sus tésis no participan de menor desnudez. El amor libre no le parece mas que una fórmula nueva, á la cual no hemos acostumbrado todavía el oido, y reclama en su apoyo todos los derechos de la naturaleza. No sabe por qué no ha de ser libre la aficion mas espontánea de que es capaz el mecanismo humano. La mujer,—dice con esquisita galantería,—no merece ser engañada nunca; permítasenos la libertad de dejar una por otra y no nos veremos en la necesidad de engañarlas. El amor no se puede tomar como la vida que ha de durar necesariamente hasta la muerte; y sin embargo ¡quién no cambia de vida!... ¿Es por ventura el amor una obligacion? Si lo fuese ¿qué mujer seria amada?

Por lo que hace á las costumbres es el defensor asíduo de cuantas debilidades caen en el platillo de las conversaciones.

Una infidelidad... ¡Phs! ¡Mire usted qué arco de iglesia! El mundo está aun lleno de preocupaciones. Ya no hay mas infieles que los moros. La mujer propia no es una esclava: y despues de todo, un marido que encuentre quien le ayude á llevar la cruz del matrimonio no tiene por qué quejarse.

Una traicion... ¡Bah!... El mundo está muy adelantado para que semejante cosa escandalice á nadie. El éxito es el juez definitivo: el fin justifica los medios.

En cuanto á los diferentes modos de vivir á que el hombre puede apelar, sostiene que no hay mas que uno, á saber: vivir bien, vivir lo mejor posible; buena casa, buena mesa, todas las comodidades del bienestar, un lujo desahogado, razonable. Su tésis económica es esta: que el dinero, sea el que quiera el orígen de que proceda, vale siempre lo mismo, que es absolutamente necesario para la vida, y que hay que buscarlo donde se halle, ó convertirse en monedero falso, sistema hasta cierto punto desacreditado.

En resúmen: el *Descamisado* es ese gran perdido, ese perdido fastuoso que nos encontramos en todas partes.

IV

Acaso se crea que son demasiado vagos los contornos en que hemos diluido el bosquejo de este tipo, que en último resultado se confunde con la especie, cono-

cida en todos los tiempos, de esos hombres que echan el cuerpo adelante al mismo tiempo que se echan el alma á la espalda. No me opongo á la fuerza de tan juiciosa observacion, pero téngase en cuenta que el nuevo sentido de la voz *descamisado* se ha hecho para designar en la presente época á esa especie de todos los tiempos.

Mas si se quieren líneas mas precisas que determinen bien el tipo original que la palabra por filosófica ampliacion determina, ahí está la historia que no nos dejará mentir, y que sin andarse con rodeos inútiles y con vanas salvedades retóricas, nos presenta de golpe y de cuerpo entero en su doble naturaleza jerárquica y descamisada el ejemplar auténtico del género verdaderamente descamisado.

A manera de anuncio del sér compuesto que, andando el tiempo habia de circular en el mundo como moneda corriente, aparecen á nuestros ojos unidos en una misma persona, en un solo individuo, el duque de Orleans y *Felipe Igualdad*. Marat no fué en sustancia mas que el embrion, el conato, la intuicion imperfecta, incompleta del tipo, la cuna de la especie. Tomó la natural desnudez con que todo nace por forma auténtica y definitiva de la regeneracion social, y elevó los harapos á la jerarquía de las ideas. Fué, si no hay inconveniente en que así se diga, el tipo inconsciente, espontáneo, la infancia del arte, el pedazo de mármol de que habia de salir despues la verdadera estátua, esto es, el *Descamisado* suntuoso, el que se codea en los salones con las mas altas jerarquías, el que viste soberbios uniformes, el que habita en palacios, tal vez el que ciñe corona.

La correccion no se detuvo mucho tiempo y la idea desnudamente expuesta por Marat encarnó bien pronto en *Felipe Igualdad* ¡oh pudor! conservando la camisa, no así como se quiera, sino exquisita, pulcra, intachable, dos por lo menos cada dia, una, si es preciso, para cada hora.

El infeliz que por las adversidades de la suerte se encuentra condenado á no tener camisa ¿qué ha de hacer mas que apetecerla? ¿Se resigna nadie á vivir sujeto á la triste condicion de que no le llegue nunca la camisa al cuerpo? Ese es el *descamisado* involuntario. Si al niño recien nacido por su desnudez originaria no se le puede llamar propiamente *descamisado,* por la misma razon no debe designarse con ese nombre al que no lleva camisa, sencillamente porque no la tiene.

No, ese no es un tipo moral que forme especie, y cuyos ejemplares obedezcan á leyes comunes; son casos aislados, fortuitos. La palabra no ha hecho fortuna, merced á tan mezquina significacion, porque entonces ¿qué palabra no seria célebre? Su valor consiste en la perspicacia con que su sentido designa, no la des-

nudez material del cuerpo, sino la desnudez moral del alma. A un cadáver no se le llama desalmado, á pesar de que no tiene alma, porque desalmado no es el que no la tiene, sino el que no quiere tenerla.

Del mismo modo cuando nos valemos de la palabra *descamisado,* mas que un órden de hechos pretendemos espresar un órden, digámoslo así, de ideas; mas que una clase de pobres desventurados, se nos representa una especie de dichosos aventureros. Así resulta que no es el desórden externo de la persona lo que determina y caracteriza el tipo, sino el desórden interno que se descubre al través de las galas del vestido.

Para determinar mas esta diferencia que salta á la vista, basta observar dos hechos constantes, que el movimiento agitado de la vida que traemos, nos pone de contínuo ante los ojos. Son dos hechos al parecer contradictorios y que en el fondo se corresponden. Obsérvese cuán penosamente, si llegan á conseguirlo, salen de pobres los que no tienen camisa, y véase de paso con cuánta facilidad prosperan los *descamisados.* A la vez que los primeros se ahogan en la estrechez de la miseria, los segundos se mueven en la holgura de la comodidad y del regalo.

No es el *sans-culotte* inculto, de aspecto patibulario, de semblante sombrío, que ha tomado su descontento por opinion, su fuerza por ley y su cólera por potestad. Nada de eso. Es el *sans-culotte* sí, pero culto, limpio, risueño, hasta afable... ¡qué digo!... tolerante, que toma las cosas como vienen, que vive arriba y piensa abajo, que medita hondamente en las necesidades de los pueblos porque en la descendencia corriente de las palabras, popularidad viene de pueblo; que adivina los caprichos de las multitudes para anticiparse á propagarlos; que profesa los errores mas halagüeños á la ignorancia del vulgo como gracia que concede ó como lisonja que tributa.

Por último, si es simple particular desdeña en principio las jerarquías, pero tiene su asiento en la mesa de los potentados.

Si es marqués, conde, duque, príncipe, desprecia sus títulos, pero los lleva.

No es posible describirlo con todos sus pormenores, porque en la mayor parte de ellos se confunde con el resto de los hombres; pero, no importa, porque es imposible desconocerlo.

UN BOCETO DE COSTUMBRES.

POR D. CÁRLOS FRONTAURA.

I

CONSEJO DE FAMILIA

Pues como os digo, estoy muy desengañado de este Madrid, que para mí, desde que no voy á la oficina, no tiene atractivo ninguno, y además, me persuado de que, viviendo en Madrid, he de gastar cuanto tengo, sin ahorrar un cuarto, porque cada vez es aquí mas cara la vida.

—Eso es verdad, que va la muchacha á la plaza con dos duros cada mañana, y el dia que menos gasta me devuelve un real ó dos, y lo regular es que le falte una peseta ó cinco reales.

—Pues ya ves si tengo razon. ¿Y el casero? Treinta duros todos los meses por un cuarto tercero en la calle de la Salud..... ¡Valiente salud puede uno tener, subiendo, dos ó tres veces al dia, ochenta escalones, y viviendo en estas habitaciones tan estrechas, y expuesto siempre á coger un aire colado en cuanto se abre la ventana del patio sin cuidar de cerrar el balcon del gabinete!...

—Sí, buen catarro he tenido yo todo el invierno.

—Y el año pasado Luisa la pulmonía, que milagro es que la veamos ahora sentada aquí con nosotros.

—Tienes razon, me estremezco cuando lo recuerdo.

—Pues hijo, tú eres el que dispone y manda. Yo, apénas me acuerdo de Villasanta, como salí de allí tan niña, y no he vuelto, pero tú has estado varias veces y debes saber bien si se vive regularmente en nuestro pueblo.

—Ya lo creo. No os vayais á figurar que es un villorrío. Es una poblacion muy bonita, con un paseo precioso y una fuente en medio, y unas acacias que, en verano, son lo que hay que ver. Hay tres iglesias y un convento de monjas claras, que se hacen allí unas procesiones por mayo, que de toda la provincia va gente el dia de la funcion, y unos bizcochos que llaman maimones, que no hay cosa mejor para el chocolate. En cuanto á alimentos, no hay en ninguna parte leche como la de aquellas cabras, que todo el dia están en el monte, y por la noche las traen, y da gloria ver los cántaros de leche que se venden en la plaza de Rompepiés, que así la llaman, por lo mal empedrada que está... Pero no os figureis que toda la ciudad está mal de empedrado. Las calles tienen sus aceras, no tan anchas como en Madrid, pero, vamos, lo suficiente para poder andar cómodamente.

—Pero en Villasanta no habrá reuniones, papá, no habrá mas que paletos, ¿verdad?

—Chica, ¿no os he dicho que es una ciudad y no un villorrío? Paletos no hay allí, lo que hay es muchísimo lujo. En el casino cada lunes y cada martes hay baile de confianza, y allí vereis boato y todo cuento. La última vez que fuí á Villasanta, cuando se murió mi encargado de cobrar la renta, me hicieron ir á un baile que dieron el casino, y estaba aquello que parecia propiamente un baile de palacio. ¡Qué vestidos de seda y de terciopelo arrastrando! ¡qué guantes hasta el codo con una hilera de botones relucientes! ¡qué collares y qué aderezos!... ¡Y ellos! ¡habia muchachos finísimos, vestidos, como unos diputados en dia de apertura de córtes, con sus fraques, sus chalecos blancos, sus sombreros de esos que se encogen y se estiran!... ¡Como que en Villasanta viven muchas familias principales! Allí teneis el marqués de Casa Gomez, que tiene cinco hijos de su primera mujer, dos varones y tres hembras, una casa poderosa, donde recuerdo que, decia mi padre, en tiempo de la primera guerra civil, era tanto el dinero que habia que hubo necesidad de apuntalarla, y el dinero no se contaba, se pesaba para abreviar. Fué el padre del marqués contratista de provisiones para el ejército, el hombre mas listo

que ha nacido, y otro calificativo nada honroso le aplicaban malas lenguas, de envidiosos, sin duda. En Villasanta viven tambien las que llaman las del Senador, que son la viuda y las cuñadas de don Froilan Diez de la Peregila, que fué senador hasta el 1868, y cuando vino la revolucion se retiró á Villasanta, y allí se murió de rabia, es decir de rabia de no poder, como él decia, poner en la ciudad una horca en cada calle. Era un hombre de un génio atroz. Ya vereis á su señora; cuando se casó con él contaba veinte años menos que don Froilan, pero él la tenia metida en un puño, y todavía es jóven, y mas jóvenes sus hermanas, y figuraos si habrá allí lujo que las del Senador los vestidos, los sombreros, los encajes, todo lo traen de Bayona, adonde van todos los veranos. Allí teneis tambien al coronel Rebenque: no sirve ya en el ejército, porque fué un año á los baños de Spa, y encontró una polaca que se enamoró de él, y se casaron, y se vinieron á Villasanta, donde el coronel tenia y tiene su casa solariega, y no han vuelto á salir de la ciudad. En fin, hay mucha gente principal, no faltan diversiones, y, como dicen las del Senador, es aquello una córte en pequeño. Y en cuanto á buena salud, con deciros que mi abuelo murió de 105 años, sin haber tenido un dolor de cabeza, y mi padre de 98 cumplidos, y el dia antes de morir habia andado tres leguas, y cazado quince pares de codornices, podeis apreciar si será aquello sano.

—Bueno, bueno. Pues no hay mas que hablar, vámonos á Villasanta. Las chicas lo mismo pueden casarse allí que en Madrid.

—No, lo mismo no, mejor. ¿Vosotras no tendreis novio?

—Ahora, no, papá.

—Es una ventaja. Así no os cuesta trabajo dejar este Madrid, donde todo es falacia cortesana, egoismo, y poca vergüenza. Yo estoy jubilado con mis veinte mil reales de haber que no me los puede quitar nadie, es decir, á no ser que venga el diluvio, como dice mi compañero don Camilo, desde que se ha hecho republicano, y con esos veinte mil y seis mil lo menos que puedo sacar á mis fincas en término de Villasanta, siendo yo mi propio administrador, y los cuponcillos de los ferros, que compré cuando andaban poco mas que tirados, antes de la restauracion, reuniremos unos cuarenta mil reales de renta, y podré ahorrar todos los años veinte lo menos. Esto no lo podemos hacer en Madrid, donde hasta ahora, hemos venido gastando todos los años los ingresos, y, en algunos, á estos han superado los gastos. Ansia tengo, mujer mia, hijos nuestros, de vivir tranquilamente, de no oir hablar de política, de no verme en apuros y en necesidad de pedir alguna que otra suma adelantada á cuenta de la renta, de respirar el aire puro

de aquel delicioso valle y de aquella orilla del caudaloso rio, y de estar, en fin, á mis anchas, vestido como quiera, y calzado con alpargatas ó zapatillas, desterrando estas horribles botas que me atormentan, haciendo lo que me dé la real gana, libre, feliz é independiente como el cartaginés, digo, como España antes de *abrirse al cartaginés incautamente.*

—¿Y yo, papá?...

—Tú, querido Antonio, trasladarás la matrícula á la universidad de Valladolid, que no está léjos de Villasanta, y allí acabarás tu carrera de abogado, y en concluyéndola, poco habré de poder si no logro que seas diputado perpétuo por Villasanta.

—¡Oh! sí, sí, me gusta el plan.

—Ya lo creo. A ver si vuelve á haber un ministro en nuestra familia.

—¿Hubo ya alguno, papá?

—Sí, pero nosotros no le hemos conocido, porque floreció en el siglo XV. Ya tendrás ocasion, hijo, de ver todos nuestros papeles, y por ellos comprenderás que nuestra familia fué de las mas ilustres. En Villasanta, en la parroquia de Santa Coleta, que es donde está el archivo, he de buscar mas antecedentes, y ¿quién sabe si hallaré coyuntura por donde hacer alguna reclamacion de intereses al Estado?... Porque mi familia tiene de antiguo muchos privilegios, capellanías, fueros y donaciones reales, que bueno seria averiguar cómo y cuándo han caducado. El marqués de Casa Gomez le sacó muchas talegas al Tesoro, á fuerza de rebuscar papeles viejos, que, vendidos al peso, no hubieran dado por ellos dos reales.

—¿Y cuándo el viaje, Serafin?

—Pues lo mas pronto que se pueda, mujer. Antes he de ir á ver en qué estado se halla la casa que allí poseo, y donde hemos de vivir, la casa de mis abuelos, arrendada ahora para las oficinas del batallon de la reserva y cuyo arriendo concluye este mes. Necesitaré que se hagan algunas reparaciones.

Aquello es un palacio, con dos patios, bodega, lagares, horno, huerta, jardin, granero, corrales, cuadras...

—¿Tendremos coche, papá?...

—Sí, no faltará quien me venda un coche de lance, y con poco se sostiene, porque las mulas serán las mismas de la labor... A los animales hay que hacerles trabajar, porque sino se vician, y no se puede con ellos.

—¡Qué gusto vivir en una casa propia!...

—¡Oh! es una gran ventaja.

—Sin este fisgoneo de la vecindad, que se entera de todo, y sabe lo que comemos, lo que entramos y salimos, y si viene gente á casa ó sino viene un alma.

—Allí, completa independencia.

—Oye, Serafin, ¿y estaremos allí seguros?

—¡Oh! ya lo creo, tú no te acuerdas, pero antes nadie cerraba las puertas de las casas, y no habia ejemplo de que faltase un alfiler. Ahora será lo mismo, poco mas ó menos. No hay ningun cuidado.

—Sin embargo, nosotros la cerraremos, si te parece.

—Haremos lo que hagan los demás. Otra vez os digo que no creais que es Villasanta un pueblo de cuatro vecinos. Tiene diez mil almas, guardia civil, el cuadro del batallon de reserva, la seccion de la remonta de caballería, administracion de estancadas, estacion telegráfica, un inspector y dos agentes de órden público, serenos, alguaciles, una córte en pequeño, como os he dicho.

—Nada, pues, á Villasanta.

—¿Lo aprobais?...

—Sí, sí.

—¿Vas con gusto, esposa mia?...

—Sí, puesto que tan ventajoso será, segun dices, vivir en ese pueblo.

—Ciudad, mujer, ciudad desde que estuvo allí Cárlos II con tercianas, segun lo reza la historia.

—¡Jesús! ¿hay tercianas?

—No, mujer, le dieron allí á Cárlos II, como le pudieron dar en Madrid ó en otra parte; mejor dicho, le dieron en el camino, porque por eso entró en Villasanta, y tuvo que guardar cama para curárselas, y ya vereis la casa donde estuvo, que era la del paje, de S. M. el conde de la Tenaza, que iba con él, y ahora es el meson de la Tenaza, en memoria del ilustre dueño.

—Pues no hay mas que hablar. Nos vamos á Villasanta.

—¿Estás conforme, Luisita?

—Ya lo creo.

—¿Y tú, Purita?...

—Sí, papá.

—Os consulto para que no digais que soy un padre de familia tiránico y absoluto.

—Todos estamos conformes, papá. Y yo á Valladolid, á concluir la carrera.

—Eso es.

—Y á ser diputado luego por Villasanta.

—Eso lo iré yo preparando diplomáticamente para cuando llegue la ocasion. Tú, mujer, y vosotras, niñas, á prepararlo todo para la traslacion. Yo iré el sábado á Villasanta y estaré un par de dias, y dentro de veinte ó treinta podremos marchar todos, enviando los muebles por delante, en pequeña velocidad, para que lleguen al mismo tiempo que nosotros. Me felicito de vuestra conformidad, y creo resuelto el problema de que gocemos una existencia tranquila, apacible, en medio de aquella pureza de costumbres de Villasanta, en trato íntimo con personas que no conocen siquiera todas estas pasiones que se agitan en este Madrid, donde no se sabe ya quien es amigo y quien enemigo, donde cada cual va á su negocio, aunque sea con perjuicio del prójimo, donde la vida cuesta un sentido, donde tienen su asiento la vanidad, la soberbia, y todo engaño y toda liviandad, donde ya no se casan los hombres, donde viven las gentes sin saberse cómo, donde todo es tramoya, disipacion y canto flamenco, donde veo ministros á los que fueron mis subalternos, á los que estudiaron conmigo y siempre eran reprobados, ocupando ahora altísimos puestos, y á los que no tenian una peseta, ni oficio ni beneficio, desempedrando las calles en magníficos trenes, que nadie sabe por qué artes mágicas han logrado tan repentina fortuna..... En esta Babel, nosotros, ¿qué papel haremos? Ninguno. Pues en Villasanta seremos una de las principales familias, y no se nos negará la consideracion que merecemos, y vosotras, niñas, os casareis con los mas ricos, y tú, mujer mia, serás la reina de la ciudad. Hé dicho. Se acabó el consejo de familia.

II

LA FAMILIA DE BUENO Y MALO

Don Serafin Bueno y Malo, que así se llamaba, por alianza de la familia de los Buenos con la de los Malos, de Villasanta, de cuyas familias no quedaban ya mas que don Serafin y su mujer, que era tambien su prima, y los hijos de su matrimonio, era uno de esos empleados beneméritos, de que hay pocos ejemplares, que, por sus pasos contados, habia ascendido en su carrera, sin saber, por milagro, lo que era cesantía, hasta una categoría superior, obteniendo de esta suerte las condiciones exigidas por la ley para la mas ventajosa jubilacion. No pensaba jubilarse don Serafin, pero entró en el ministerio un ministro reformista, y el anti-

guo empleado, ageno á la política, fué invitado cortésmente á presentar la dimision.

Don Serafin no entendia que un empleado, que cumplia con su deber, mandasen estos ó los otros, debia, en ningun caso, abandonar su destino, y desabridamente contestó que si se le queria echar á la calle, podia hacerlo el ministro, abusando de sus facultades, pero que irse él voluntariamente no lo haria en manera alguna. Y el ministro, en efecto, le echó á la calle declarándole cesante, sin la coletilla de quedar S. M. satisfecho de su celo é inteligencia, notoria injusticia porque ambas cualidades habia demostrado en el desempeño de los destinos que sirvió, y una probidad ejemplar, habiendo manejado cientos de millones del Estado en su larga carrera.

Herido el excelente funcionario, profundamente afectado de que así se premiaran sus servicios, renunció á volver á servir al Estado, y pidió la jubilacion, á la que dábanle derecho sus largos años de carrera. Pero, fuera de su empleo, obligado á holgar, teniendo el hábito del trabajo, acometióle abrumadora nostalgía, y conoció el hombre que, si se abandonaba á su tristeza, podria comprometer gravemente su salud ya quebrantada, y por esto pensó mudar de residencia, salir de Madrid donde le enojaba todo lo que veía ú oía, y, despues de bien madurado su proyecto, le comunicó á su familia, en la forma que ha visto el lector.

Y grande fué su satisfaccion por haber sido tan favorablemente acogido su proyecto, porque en caso contrario, habria renunciado á realizarlo, siendo como era el bueno de don Serafin Bueno, marido por todo extremo benévolo y complaciente y padre cariñosísimo.

Pero así su mujer, como sus hijas y su hijo, tenian razones para mostrar conformidad completa con la feliz idea del jefe de la familia.

Doña Francisca Malo de Bueno, prima y esposa de don Serafin, sentia tambien enojoso malestar y constante desazon desde que á su marido le habian quitado de una plumada el empleo. Ella consideraba como suyo el empleo de su compañero, y quitársele á este era quitársele á ella, y de tal suerte le preocupaba el suceso, que salia á la calle y creia que la miraban con lástima las gentes compasivas y con burlona insolencia las envidiosas, como gozándose en su contratiempo. Habia ocurrido que el dia siguiente al en que apareció el decreto en la *Gaceta*, los proveedores de los artículos de comer, beber y arder, como si se hubieran puesto de acuerdo, habian ido de mañana á presentar las cuentas respectivas, hecho casual, pero que hizo creer á doña Francisca que ya, por haber sido declara-

do cesante su marido, el comercio le retiraba su confianza, y los proveedores acudian á cobrar antes de que se acabase el dinero en aquella casa. Tambien habia coincidido la cesantía con la notificacion que el casero habia hecho á doña Francisca, por no hallarse en casa don Serafin, de que en lo sucesivo el alquiler mensual de la habitacion subiria cien reales mas, con motivo de haberse hecho alguna obra en la finca, y colocado fuentes en todos los cuartos.

El casero no pudo, por mas que hizo, disuadir á doña Francisca de la idea de que subia el precio del alquiler para que don Serafin dejase la habitacion, y tuvo que sufrir buena copia de frases duras con que la mujer del cesante le apostrofó, suponiendo que desconfiaba de la puntualidad en los pagos mensuales. Y tan ajeno estaba el dueño de la finca de semejante pensamiento que manifestó á doña Francisca que, para convencerla de su error, renunciaba al proyectado aumento de precio, galantería á que contestó la airada señora: —Aunque nos quiera usted dar de balde la casa, y dinero encima, la dejaremos.

Tenian doña Francisca y sus niñas unas amigas íntimas, mujer é hijas, de otro empleado que, por ser amigo del nuevo ministro, fué ascendido, y la buena señora no tuvo abnegacion bastante para no calificar duramente delante de sus amigas al ministro que cometió con don Serafin tan grande injusticia, y sus amigas, que tampoco eran discretas, quisieron defenderle, y tales elogios, á fuer de agradecidas, hicieron del tacto, del talento, de la bondad, de la rectitud del nuevo consejero de la Corona, que en aquel punto doña Francisca y sus chicas rompieron con sus amigas de toda la vida, y dijeron los vecinos que las dos madres y las cuatro hijas se habian dicho á voces las mas grandes injurias. Y así debió ser porque doña Francisca tuvo un arrebato tan fuerte que el médico, á quien hubo de llamarse, le calificó de principio de congestion cerebral.

Como tenian don Serafin y su mujer tantos conocimientos fueron bastantes las personas que les visitaron al saber la cesantía, y doña Francisca dió en pensar que muchas iban á gozarse en su daño y otras á curiosear, y volábase, como ella decia, cuando le preguntaban:—Pero, ¿cómo ha sido eso?—¿Qué ha pasado?—¿Por qué ha hecho eso el ministro?—Ustedes estarian tan agenos, ¿verdad?—Y ahora, ¿qué van ustedes á hacer?—Doña Francisca tenia que hacerse gran violencia para no decir una fresca á cada una de las preguntonas, porque, regularmente, ellas eran las que preguntaban, pero contestaba desabrida, y claramente dejaba ver su despecho y la indignacion de que estaba poseida.

De suerte que para doña Francisca era un gran consuelo y el único remedio

la salida de Madrid, despues de haber roto con sus íntimas amigas; de haber enfriado notablemente sus relaciones con la vecindad, con el casero, con los proveedores que surtian su despensa, con todo Madrid, porque doña Francisca no se explicaba como todo Madrid no habia protestado enérgicamente del atropello cometido por un ministro ignorante y osado contra uno de los funcionarios mas probos, mas útiles y mas antiguos, como don Serafin, á quien mas de doscientos ministros habian respetado, haciendo justicia á sus grandes méritos administrativos.

Las chicas Luisita y Purita, que tenian veinte años la primera y diez y ocho y medio la segunda, eran unas chicas como tantas que hay en Madrid, unas chicas guapitas, bien aderezadas y compuestas, que daba gusto verlas en las mañanas de mayo, en el Retiro, y en misa de doce, en San José, los dias festivos, y en Recoletos por las tardes, paseando con aquellas amiguitas íntimas, con quienes rompieron luego, siguiendo el ejemplo de las madres respectivas.

Luisita y Purita eran, pues, unas chicas muy estimables por sus cualidades físicas y morales, y si cada una hubiese contado con dote de un millon ó dos, seguramente habrian sido solicitadas por algunos buenos mozos, pero, hijas de un empleado que gozaba reputacion de estóica rectitud, nadie suponia que las muchachas contaran con otro aliciente que el de aquellas cualidades. Algun que otro jóven inexperto miró con aficion á Luisita; por ejemplo, un alférez de infantería, y algun otro, un aspirante á auxiliar quinto de la Deuda con 5.000 reales se enamoró locamente de Purita, y le escribió cartas en verso que contenian poesías de nuestros primeros poetas, firmadas por él, sin duda porque suponia á la niña de sus pensamientos poco versada en literatura, y consideraba que, aunque le dedicara todas las poesías de Zorrilla y de don Alberto Lista, jamás conoceria el descarado plagio la favorecida. Y así habria sido, en efecto, si Purita no hubiese cometido la indiscrecion de enseñar alguna de aquellas inspiradas composiciones amatorias á una de sus amigas, que, mas literata, puso ante los ojos de la novia del aspirante á su amor y á auxiliar quinto de la Deuda, un libro en el que pudo leer no solo aquella delicada poesía sino otras muchas de las que el jóven incauto *improvisaba* para apoderarse del sensible corazon de la hija menor de don Serafin.

Purita cogió todas las cartas del aspirante, y cuando este, al anochecer, como todos los dias, pasó por la acera de enfrente, mirando al balcon de su adorada, esta le arrojó, atado con un bramante, el paquete que contenia aquellas tiernas poesías y el retrato del *autor*, que se habia hecho fotografiar, de pié, de frac, con el pelo rizado y la rayita en medio, con un papel en la mano, en actitud de leer ó declamar.

Y el grandísimo estúpido habia hecho poner en la alfombra, esparcidos á sus piés, libros en que se leian en letras microscópicas Calderon, Fray Luis, Cervantes, Espronceda, Zorrilla, etc., etc.

Si cuando era un alto funcionario el padre de las chicas, estas habian logrado solamente fijar la atencion de un alférez triste y de un tristísimo aspirante á auxiliar quinto, ahora que el padre habia pasado al monton de las beneméritas clases pasivas, ¿qué proporciones ventajosas de casamiento podian prometerse Luisita y Purita en este Madrid donde son de tan difícil salida las muchachas que no tienen fortuna?

Otra cosa seria en la nueva residencia á donde se proponia llevarlas su padre. Allí serian ellas las mas bonitas, y sobre todo las mas elegantes; allí ocuparian el primer lugar en las reuniones, y harian gala, Luisita de su habilidad en tocar el piano, y Purita de la voz de contralto con que valiente acometia los mas complicados ejercicios de agilidad, interpretando corregidas y aumentadas, las mas bellas páginas musicales de Gounod, Meyerbeer, Rossini y Offembach. Allí, no habia duda, rendirian con sus encantos y exquisita distincion los corazones de los dos jóvenes mas ricos de la comarca, y acaso volverian de Villasanta casadas á Madrid, á hacer ostentacion de su triunfo, con lo cual se moririan de envidia sus antiguas amigas y de celos y desesperacion el triste alférez y el desvergonzado poeta huero.

Hé aquí por qué las chicas se conformaron con el pensamiento del señor don Serafin, y con verdadero apresuramiento pusieron manos á la obra de arreglar sus vestidos, adicionándoles faldas, cuerpos y túnicas, con objeto de presentar en Villasanta una variada coleccion de trajes de moda, que ellas serian las que la impusieran en aquella culta sociedad de buen tono, como acostumbradas al gusto cortesano, y prácticas en todo cuanto pudiera referirse al adorno y atavío del bello sexo. Una gran série de triunfos y satisfacciones del amor propio les esperaba, en su sentir, en Villasanta, y ya contaban con impaciencia los dias que habian de tardar en hacer su entrada en la ciudad y su aparicion en el primer baile que se diera en el casino, que, indudablemente, se daria en su obsequio, porque segun decia don Serafin, la junta del casino componíase de la juventud dorada de Villasanta, y esta juventud era por todo extremo galante con el bello sexo.

Antonio, el hijo de don Serafin, era un jóven de veintidos años cumplidos, estudiante de derecho, algo retrasado en sus estudios, por haber perdido algun año, que ya sentia el deseo de independencia y libertad y no se avenia de buen grado

á las reprensiones paternales y la vida de familia. Ganoso estaba el jovenzuelo de campar por su respeto, que ya no era ningun chiquillo, y dentro de poco seria un hombre político dispuesto á venir al congreso á emular las glorias de los Cánovas, Castelar, Rios Rosas, Pacheco, Lopez, Olózaga, Ayala y tantos oradores de universal reputacion.

Acogió, pues, con gran satisfaccion el propósito de su padre, holgóse mucho de ir á vivir solo, en Valladolid, y parecióle en extremo acertado el plan de don Serafin de prepararle el distrito de Villasanta para que le eligiera diputado en tiempo oportuno. Precisamente, el que á la sazon era diputado por dicho distrito podria vivir, á lo sumo, los tres años que á Antonio le faltaban para la edad reglamentaria, porque el pobre tenia una enfermedad de la laringe, y el médico que le asistia en Madrid, amigo de don Serafin, habia dicho que el enfermo podria ir tirando, dos ó tres años, pero la enfermedad acabaria tirándole al hoyo.

Como por encanto varió el aspecto de la casa de don Serafin, y todo fué júbilo en la familia del jubilado.

Doña Francisca, mujer de su casa, pulcra y cuidadosa, dedicóse á recoger todo lo que habia de trasladarse á Villasanta: colocó en cajones llenos de paja la loza y la cristalería, descolgó colgaduras, quitó visillos, enfundó las sillas, envolvió en mantas los espejos y los cuadros, separó los muebles viejos y derrengados y todo linaje de efectos inútiles para venderlos, dirigió la recomposicion de los colchones y el embalaje de los muebles en buen uso, llenó de ropa los mundos y los cofres, preservándola con alcánfor de toda contingencia, ayudó á las chicas en la confeccion y compostura de los trajes de baile, de visita, de paseo, de casa y de viaje, que habian de producir gran efecto, á no dudar, entre la aristocracia de Villasanta, y todo lo previno, y todo lo arregló con notable acierto para que nada hubiera que hacer á última hora.

Las chicas, además del arreglo de sus trajes, ocupáronse en recoger las flores contrahechas, los encajes, los pedazos de tela, los sombreros armados, las armaduras peladas de sombreros, las cintas, los imperdibles, las alhajillas con que solian adornar sus manos, sus cabellos, el pecho, la garganta, y las orejas, y un sinnúmero de baratijas de oro, de doublé, de plata, de concha, de cautchouc, de acero, de nikel, de nácar, de hueso, y todo lo metieron en cajas que habian servido para dulces, en otras que habian contenido *brevas* de Cabañas, y *Lóndres* de *Zumalacarregui*, y *entreactos* de *Espartero*, y registraron todos los rincones para que nada se olvidara de tantas ballenas, hebillas, botones, puntillas, carretes,

guantes, mitones, ovillos, frasquitos, tarros, peines, flechas, rizos, puños, cuellos, trozos de *crochet*, é infinidad de cosas mas, todas útiles y necesarias y todas revueltas en el mayor desórden en cajones y canastillas.

Don Serafin estuvo cuatro dias en Villasanta, visitó su casa, que desocuparia seguidamente el cuadro del batallon de la reserva, dispuso las reparaciones que habian de hacerse, y anunció su próximo establecimiento en aquella ciudad, con su familia, noticia que causó la mayor satisfaccion en todos los círculos, porque todo aquel vecindario habia estimado siempre á don Serafin como uno de los hijos predilectos de Villasanta, sabiendo sus grandes servicios, y sobre todo, su honradez acrisolada en tantos años de manejar los fondos del Tesoro público. Además, de antiguo eran gloria de aquella ciudad las familias de los Buenos y los Malos, en las que contaba la crónica que hubo ilustres capitanes, un tio de don Serafin lo habia sido de realistas, grandes estadistas, algun príncipe de la Iglesia, un ministro en el siglo quince, que lo mismo pudo ser gobernante del estado ó corchete del corregimiento, varios regidores perpétuos, un abad mitrado, una superiora de las Comendadoras, un virey y varios mártires de la libertad. ¿Cómo no habian de ser recibidos con júbilo por todos los naturales de Villasanta, don Serafin Bueno y doña Francisca Malo, que venian á recordar con su presencia en la noble é histórica ciudad glorias pasadas, que habian dado, en lo antiguo, gran importancia y notorio prestigio á la villa, que Cárlos II hizo ciudad por un movimiento expontáneo de su real munificencia?...

En la iglesia de Santa Coleta, aun se leía en algunas piedras el nombre de Bueno, que allí estaba sepultado junto á Malo, y así en las sepulturas de los Buenos como en las de los Malos, todavía, á pesar de los estragos que habian hecho el tiempo y las pisadas de diez generaciones, se podia distinguir el contorno de un casco, el pico de un águila, ó la garra de un leon, señales todas de la egregia prosapia de los Malos y los Buenos.

El cura de la iglesia dió á don Serafin noticia de aquellos Malos y Buenos, sepultados en el templo, y el jubilado visitó con emocion las piedras venerandas, orando sobre ellas, y haciendo filosóficas reflexiones sobre lo que son las vanidades de este mundo. Y encargó al párroco que dispusiera misa solemne en sufragio de todos los Malos y los Buenos de Villasanta, celebrándose el dia siguiente con asistencia de las personas notables de la ciudad, del alcalde y dos concejales y de numeroso pueblo, tocándose el órgano, y pronunciando la oracion fúnebre fray Antolin, ex-carmelita de 80 años, muy querido en Villasanta, que no habló de

otra cosa sino de lo perdido de los tiempos y de lo atrevidos que son los hombres, y las mujeres y los chicos, y terminó pidiendo un Padre Nuestro y un Ave María por los Buenos y los Malos.

Y todo el pueblo, que hasta entonces, no habia puesto atencion en las losas sepulcrales, detúvose delante de ellas, procurando descifrar la leyenda, sin lograr mas que leer *Malo* en unas y *Bueno* en otras, y eso porque sabia que el cura habia asegurado que *Malo* y *Bueno* decian las casi extinguidas letras talladas en la piedra. Y ya no se habló en los hogares del estado llano, en algunos dias, de otra cosa sino de que pronto vendria á vivir en Villasanta la familia de Malo y Bueno, que estaba enterrada en Santa Coleta.

Cada vez mas satisfecho de su buen pensamiento, regresó don Serafin á Madrid, dejando ya principiada la obra en la casa, que se concluiria en un par de semanas, *apalabradas* para domésticas dos muchachonas como dos granaderos, con unas caderas atroces, y unas espaldas y unos pechos en proporcion, guapas y vistosas, que doña Francisca y las chicas se encargarian de descortezar y pulir, y en poder del alcalde un escrito pidiendo vecindad en Villasanta para sí, su mujer é hijos, á fin de obtener todos los derechos de la ley.

—Indudablemente,—pensaba,—ha sido inspiracion del cielo la mia. Tantos años olvidado de esta gran ciudad, cuidándome solo de cobrar la rentilla que me querian dar y sin ocurrírseme que en Villasanta residia la felicidad. Todo lo que es de mi agrado lo tengo en este pueblo. Trato sencillo y franco, seguridad personal, devocion sin hipocresía, paz en las familias, respeto á la autoridad, cristiana conformidad de todos con la suerte que Dios les ha deparado, afecto á los nombres gloriosos históricos, amenísima tertulia en la botica de la plaza, tresillo en casa del coronel Rebenque, á céntimo el tanto, ¡y yo soy tan aficionado!... chocolate hecho á brazo, que yo no puedo sufrir el de máquina de Madrid, y en fin, la esperanza, por lo saludable de las condiciones climatológicas, de vivir tanto como mi abuelo, que esté en gloria. Locas de contento van á estar Paca y las chicas, con tantos honestos placeres como han de encontrar, placeres nuevos para ellas. A fin del mes que viene la romería al Santo Cristo del Encinar, que no queda un alma en Villasanta, porque todo el mundo va allá, luego la funcion de la Natividad de Nuestra Señora, que hay féria, corridas, teatro, y baile en el casino y en el ayuntamiento. Casi todos los domingos procesiones, por la tarde, y por la mañana misa mayor con sermon, como el que me predicó fray Antolin. ¡Cuándo digo que Paca y las chicas van á estar encantadas!... En cuanto nos vengamos

compraremos gallinas, para tener huevos frescos, que nunca se toman frescos en Madrid, y haremos un palomar y antes de un año tengo miles de parejas, y engordaremos nuestro par de lechones, que son un gran avio en una casa, habilitaremos una conejera, y tendremos unas cabras, y corderos, y ovejas. Y ya he escogido el sitio donde voy á hacer jardin, para que las chicas le cuiden. Y lo que es la huerta, ya haré yo de modo que me produzca verduras y fruta para todo el año. La han tenido abandonada, y es claro, los frutales no han dado de sí, y solamente se han cogido lechugas, segun dice el sargento primero del batallon de la reserva, y perejil. Hay que trabajar, eso sí, pero uno trabaja bien en cosa propia, y ese trabajo corporal me conviene grandemente despues de tantos años de oficina. ¡Oh! aun voy á tener que dar las gracias á ese ministrillo ignorante que me quitó el empleo. Acaso, intentando hacerme un flaco servicio, me ha hecho un gran bien, acaso me ha dado la felicidad.

III

Á SUS POSESIONES

SERAFIN BUENO Y MALO

SEÑORA É HIJOS

Se despiden para sus posesiones de Villasanta,
donde ofrecen á V. su casa.

Con esta tarjeta anunció el jubilado á sus amigos y conocidos el cambio de residencia, y si hubiese dicho sencillamente *se despiden para Villasanta,* nadie habria mostrado estrañeza, pero lo de *sus posesiones,* llamó la atencion de muchos que ignoraban completamente que don Serafin poseyese propiedades, de que nunca habia hablado.

Y desde aquel punto, comenzó á perder su prestigio y la reputacion de hombre probo, incorruptible, que gozaba don Serafin, llegándose á creer que las posesiones adquiridas lo habrian sido por medios poco legítimos, habiendo hecho el funcionario negocios pingües en el ejercicio de su cargo.

—¡Yo bien decia!—observaba uno de los piadosos amigos de don Serafin.—¡Era un hipocriton con mas camándulas y mas picardía!.. Teníanle todos por un infeliz, pero á mí no me engañaba con su laboriosidad y su mónita. Desde que supe que por las noches se iba solo á la oficina, y allí se estaba revolviendo papeles hasta las tantas, sospeché algun gatuperio. Y de fijo que no habrá dejado rastro por donde se puedan probar sus picardias, porque no es él tan inocente. ¡Ya habrá dejado bien atados todos los cabos!

—¡Parece imposible!—decia otro.—¡Un hombre tan severo que no disculpaba á sus subalternos la mas leve falta, que todo el mundo le presentaba como perfecto modelo de incorruptibilidad, que una vez, habiéndole regalado un particular interesado en un asunto de interés, sometido á su resolucion, cuatro capones y un pavo cebado, le denunció al juzgado de primera instancia como reo de tentativa de soborno!

—¡Yo no creo ya en nadie, ni en mí mismo,—decia otro,—habiendo resultado don Serafin un bribon que ha metido el brazo hasta el codo en las arcas del erario, pues por él únicamente hubiera yo puesto las manos en el fuego!

—¡Anda! ¡anda!—decia aquella íntima amiga de doña Francisca, oyendo lo que se propalaba de don Serafin, y creyéndolo ciegamente.—¡Si tendrá buen olfato el ministro que le dejó cesante! ¡Jesús! ¡Cuánto celebro haber roto con Paca y sus hijas! ¡Si no puede una fiarse de nadie, si donde menos se piensa se encuentra una con gentes que la comprometen!...

Alguna persona compasiva hubo que intentó defender á don Serafin, explicando que las posesiones de Villasanta, eran herencia de sus padres, y afirmando saber muy bien, que con su destino, no habia hecho nunca otra cosa que vivir modestamente, y que por tanto una calumnia miserable era todo cuanto se decia en su desprestigio.

Los que oyeron esta generosa defensa atribuyeron á quien la hacia noblemente cualidades parecidas á las de *Don Quijote de la Mancha,* y continuaron dejando correr, y procurando que corriera, la infame calumnia.

Llegó este rumor á oidos del gobierno, y sigilosamente procuró hallar modo de averiguar algo que pudiera justificar un proceso, mas que por hacer daño al empleado de tal manera ofendido, por demostrar su celo por los intereses del estado, y su tino y acierto en descubrir fraudes; pero, á pesar de la buena voluntad con que se buscaron pruebas, ó indicios siquiera, nada pudo hallarse, porque nada, en efecto, se podia encontrar, porque don Serafin habia sido realmente el funcionario de mas honrosa y limpia historia.

Si don Serafin hubiese podido adivinar que su tarjeta de despedida habia de dar pretexto á la malicia para forjar tanta infamia, seguramente habria inutilizado la tirada, como pensó hacerlo cuando llegó á ver una de las dichosas tarjetas. Pues ha de saberse que no fué él quien las redactó ni quien las mandó hacer en la litografía. Fué la pecadora doña Francisca, quien dió en la debilidad de ceder á los impulsos de la mas pueril vanidad al partir de Madrid.

—Gente hay tan falsa y tan mala,—decia doña Francisca,—que se regocija creyendo que porque Serafin se ha jubilado, nos vamos á morir de hambre. Pues no han de tener ese gusto, porque en la tarjeta verán que no nos vamos de Madrid, por haber venido á menos, que no nos vamos huyendo de acreedores, ni siquiera por economizar, verán que nos vamos porque vamos á nuestras *posesiones*. Y así se dice, y nosotros lo decimos con razon, porque en Villasanta tenemos casa propia y tenemos tierrecillas, y como las poseemos, son nuestras posesiones. Con que ya ves,—añadia hablando con su marido, que le habia hecho alguna observacion, por lo de las *posesiones*,—que no he puesto ningun disparate, sino la verdad. Y mira, hijo, francamente te lo digo, esa modestia que tienes, ese encogimiento con que siempre te has presentado en el mundo, te han perjudicado mas de lo que piensas. Ministro debias estar cansado de ser hace mucho tiempo, que otros, sin ningun mérito mas que su desparpajo y su poca vergüenza, Dios me perdone, lo han sido, y no se habrán reido poco de tí al verte tan humilde entrar á darles el parabien y á ponerte á sus órdenes. Hay que hacerse valer, y el que no hace por sí, hijo, se queda en la estacada, como te has quedado tú, que, gracias á tus años de servicio te queda un pasar, pero despues de haber perdido la vista y la salud y el buen humor, y recibiendo por premio un desengaño... En fin, ya no tiene remedio, y no hay que pensar en ello. Pero te lo repito, no te apures porque nos despedimos para nuestras *posesiones;* siquiera tengo el consuelo de que á alguno y á alguna, que se nos vendian como muy amigos, les ha de saber á cuerno quemado ver que no estamos como acaso querian vernos, con un trapo atrás y otro delante, comiéndonos de hambre los codos.

IV

INSTALACION EN VILLASANTA

La casa de don Serafin está situada precisamente á la entrada de una de las

varias puertas de la ciudad, que todavía conserva sus murallas, no por su utilidad, sino por su importancia histórica.

En la muralla misma está la casa, cuyos muros ofrecen el mismo color que los sillares de esta vetusta fortaleza, excepto en la portada, que el padre de don Serafin, con un gusto artístico deplorable, hizo blanquear, dando de esta suerte el mas singular aspecto al escudo de armas que campea sobre la puerta, á las cariátides, rosetones, emblemas y alegorías que la decoran, y revelan la respetable antigüedad de aquella mansion, que debió ser acaso la del gobernador de tan bien defendida plaza de guerra, personaje de gran cuenta y de los de horca y cuchillo.

El portal está empedrado, y tambien le blanqueó el padre de don Serafin, destruyendo el precioso artesonado de la techumbre; es ancho y tiene alrededor, no bancos á la moderna, sino sillares salientes que sirvieron, sin duda, de asiento y acaso de lecho, á los hombres de armas, en la época en que la vetusta ciudad era frecuentemente acometida de aleves enemigos, y no cesaba un punto la vigilancia de los defensores; y frente á la gruesa puerta principal hay otra puerta mas pequeña, pero no menos gruesa que da paso al patio, un patio espacioso con profusion de esbeltas columnas de piedra caliza que sostienen la galería superior, á la que da acceso una ancha escalera.

—¡Jesús! ¡Esto es un palacio!—esclamó doña Francisca al entrar en la casa de su marido.

—Pues, ¿qué creias?—dijo este.—Nuestra casa es la primera de Villasanta.

Y era verdad, porque entrando en la ciudad por el portillo, abierto en la muralla, era la primera que se encontraba, á la derecha.

Doña Francisca y las chicas y el chico quedaron realmente encantados de la casa palacio. Todo lo reconocieron minuciosamente, eligieron las habitaciones que habian de ocupar, muy satisfechas las chicas de tener cada una su departamento para sí, con su salon, su gabinete, su alcoba, su ropero, su tocador, como si cada una tuviese una casa entera.

No se cansaban de admirar aquella série de salones seguidos, que daba á la casa semejanza con un palacio real, aquella elevacion de techos, aquellas altas rejas, aquella grandiosidad del edificio todo, y sentian no haber venido antes á ocupar una residencia que era la única propia de su gloriosa estirpe. En Madrid, ¿quién reparaba en doña Francisca y sus hijas? Nadie, y nadie sospechaba seguramente, cuando las veía salir de misa de doce de San José, que aquellas tres mujeres, modestamente vestidas, eran casi casi unas señoras feudales, dueñas de

un palacio almenado, en el que acaso almorzó el Cid y merendó Isabel la Católica.

Don Serafin sentia la mayor alegría viendo á su mujer y sus hijas tan entusiasmadas con la nueva casa. Habia creido que les seria duro renunciar á la vida de Madrid, y no habia contado con la vanidad de la excelente esposa y las inexpertas muchachas, que, en viéndose en Villasanta, en aquel palacio antiguo, dieron en creer que eran principalísimas personas é imaginaron que les esperaba larga série de triunfos y satisfacciones para su amor propio.

Distribuyéronse las habitaciones, se colocaron los muebles y se advirtió que, despues de colocados todos, la casa parecia desalquilada, como que en solo dos salones cabian holgadamente los que habian llevado de su piso tercero de la calle de la Salud. Esta fué la primera contrariedad: pero todo se arreglaba comprando otros muebles. Precisamente en la plaza tenia una tienda de ellos, muy bien surtida, el señor Lorenzo, un hombre muy vividor, que fué famoso contrabandista hasta que un dia le pegaron un tiro los carabineros, y de resultas quedó con una pierna mas corta que la otra, y despues de curado, no quiso volver á meterse en aventuras, vino á Madrid, compró muebles y estableció en Villasanta un comercio que era antes desconocido. Convínose, pues, que el dia siguiente se llamaria al señor Lorenzo, y con él se ajustaria la adquisicion de lo que faltaba para decorar la casa.

Pero no fué esta, en verdad, la primera contrariedad: fué la segunda. La primera la proporcionaron á la estimable familia las dos domésticas que don Serafin habia dejado ajustadas. Entre las dos habian aderezado y compuesto la comida, y muy ufanas la presentaron en la mesa, esperando que los amos quedarian asombrados de tanta habilidad, y de seguro confesarian no haber comido jamás tan ricamente como el primer dia de su estancia en Villasanta.

Sin embargo, doña Francisca, que tenia sus pretensiones de entender en todo lo concerniente al arte culinario, y don Serafin y las chicas y el chico, encontraron la comida detestable, y náuseas sintió doña Francisca solo de ver el lomo frito, nadando en aceite, que por el color, parecia del velon, y las perdices oliendo á putrefactas.

La dueña de la casa se permitió alguna observacion acerca del extraño condimento de aquellos manjares, ofendiendo la susceptibilidad de las dos maritornes, que echaron un hocico de media vara, y una de ellas se atrevió á decir:

—Pues señora, como en Villasanta se come no se come en parte ninguna, y lo que hoy les hemos puesto á ustedes lo come aquí hasta el rey.

—¡Qué! ¿Está aquí el rey?—preguntó doña Francisca.

—Es un *dicir,* señora, y mire usted, que, no porque yo lo diga, pero aquí he guisado yo á las señoras *prencipales* y ninguna ha tenido que decir ni tanto así, y todas las *presonas,* que han comido mis guisos, se han relamido de gusto, sin agraviar á ustedes.

Ya iba á contestar doña Francisca, pero don Serafin cortó la cuestion discretamente, manifestando que en cada localidad hay sus usos y costumbres y que toda la comida era, en efecto, superior, pero estando él y su familia acostumbrados á otra cosa, no les gustaba lo que les habian ofrecido las excelentes cocineras. Fácil era el remedio; él, su mujer y sus hijos irian acostumbrándose á los guisos de Villasanta, y las criadas aprenderian á hacer los que les enseñaria en algunas lecciones la inteligente doña Francisca. De esta suerte, se adoptaria lo mas selecto de la cocina madrileña y de la cocina de Villasanta, y el resultado seria que en ninguna parte del mundo se comeria mejor, y las dos criadas vendrian á ser las mas perfectas cocineras de la ciudad y de la provincia.

Todas las familias principales enviaron á preguntar si habian llegado buenos don Serafin y familia, y todas anunciaron su visita para el dia siguiente, porque, habiendo llegado tarde los forasteros, no les quedaba en el primer dia tiempo mas que para descansar, y toda visita de cumplido hubiera sido importuna, por donde se persuadió la honesta familia de que la gente de Villasanta era muy discreta y considerada.

Llegó la noche, y entonces advirtieron doña Francisca y todos que para alumbrar aquellas habitaciones no bastaba un par de quinqués de petróleo. Era preciso colocar buen número de luces, en salones y galerías, á no ser que, al oscurecer, se cerrase la puerta de la casa, y toda la familia se reuniera en una sola habitacion. Este era un gasto que no habia previsto don Serafin, pero absolutamente necesario, pues de otra manera el antiguo palacio ofreceria un siniestro y medroso aspecto, en llegando la noche.

De este y otros detalles se trataria en los siguientes dias; todo no habia de hacerse en los primeros momentos.

Era tarde y convenia reposar.

Cada una de las niñas tomó una vela, otra tomó el estudiante, y doña Francisca y don Serafin se arreglaron una lamparilla, que ardiera toda la noche en la sala inmediata á la alcoba que habian elegido para los dos, porque es de saber que don Serafin y doña Francisca dormian juntos, juntos en el mismo lecho.

La alcoba, era bastante grande, pero la sala donde estaba la alcoba, era grandísima, era una sala por la que, decia doña Francisca, podian correr caballos.

—¿Sabes, hijo, que da miedo esta casa?...—dijo á su marido.

—Te parece porque no estás acostumbrada á dormir en habitaciones tan grandes, pero es mas sano que dormir en aquellas alcobas de Madrid, donde jamás entra el aire.

Doña Francisca puso la lamparilla sobre una mesa cerca de la puerta de la alcoba.

—¿Cerraremos,—preguntó,—la puerta de la alcoba?...

—Como quieras.

Cerró la puerta, que era de cristales, es decir, de vidrios desiguales, cada uno de su tamaño y de su color.

—¿Sabes, Serafin,—añadió,—que esta casa está muy mal de cerraduras y llaves?... Mañana tienes que llamar al cerrajero.

—Ya te he dicho que en Villasanta no hay cuidado. No se sabe aquí lo que es un robo.

—Rezaremos y á dormir.

No habian terminado el primer Padre nuestro cuando oyeron aullidos lastimeros.

—¡Serafin!—exclamó doña Francisca,—¿oyes esos aullidos?

—Sí, mujer.

—Alguien se va á morir.

—Todos.

—¿Cómo todos?...

—Claro, todos nos vamos á morir, unos antes y otros despues. Padre nuestro que estás en los cielos.....

A los aullidos del mastin se unieron los rebuznos de un jumento alborotador, pero unos rebuznos tristes, angustiosos, prolongados, que sonaban como eco fatídico y siniestro, en medio del silencio de la noche.

—Serafin, ¡por Dios!...—murmuró doña Francisca alarmada.

—No hagas caso. Es un burro.

—¡Jesús! tengo un miedo.

—¡Vaya! ¡vaya! no seas niña. A dormir.

Algunos veinte minutos estuvieron los esposos tranquilos, don Serafin casi dormido, y doña Francisca con los ojos muy abiertos. Pero de pronto, despertóse

el jubilado, á quien su mujer acababa de llamar, diciéndole al oido con angustioso acento:

—Serafin, por María Santísima, despierta.

—¿Qué es eso?...—preguntó sobresaltado.

—En la sala hay gente, Serafin. ¡La Vírgen nos favorezca!

—¿Qué ha de haber?...

Y no terminó la frase don Serafin, porque, efectivamente, en el mismo instante sonó un golpe en los cristales de la puerta.

—¡Caracoles!—dijo.

—¡Ay! Serafin, aquí nos degüellan á todos esta noche.

—Será... el viento,—murmuró el jubilado, mas muerto que vivo.

—¿Serán los espíritus?... Puede que tenga razon don Mateo, que tanto se enfadaba porque tú no creias en los espíritus.

Otro golpe en los cristales.

—¡Por Dios, Serafin! levántate.

—¿Para qué?...

—Para... ¡Jesús, María y José!... Yo estoy temblando...

—Voy, voy á levantarme... Debe ser el viento.

Otro golpe en los cristales.

—No, ¡por Dios! no te levantes,—murmuró doña Francisca.—yo no me quedo aquí sola.

Doña Francisca, en medio del terror que la embargaba, tuvo una gran idea. Ahuecando la voz, preguntó á su marido:

—¿Has cogido las pistolas?...

—¿Qué pistolas?...

—¡Por María Santísima!—dijo doña Francisca al oido del jubilado,—¡si lo digo para asustar á los ladrones!

—¡Ah!... Sí,—exclamó don Serafin alzando la voz.—¡Al que dé un paso le abraso!

Y al mismo tiempo, se oyó caer algo, y desapareció la ténue claridad que esparcia la lamparilla en la sala. La oscuridad fué completa.

—¡Muertos somos, Serafin!

Y se abrazó fuertemente doña Francisca á su marido.

Pero ya no se oyó ningun ruido.

—¡Han huido!—dijo doña Francisca, al cabo de diez minutos.

—Me han cogido miedo,—observó don Serafin.

—¡Dios mio! pero ¿y las niñas y el chico?... ¿Qué será de ellos, si los ladrones van á aquellas habitaciones?

Oyóse una detonacion espantosa, que á doña Francisca le pareció como un cañonazo y luego gritos angustiosos de *¡Favor! ¡Socorro! ¡Papá!...* Los atribulados padres reconocieron la voz de sus hijas.

—¡Vírgen Santísima! ¡las niñas!

Y la madre se arrojó de la cama, y, ya sin miedo, cogiendo de sobre la mesa la caja de fósforos, salió á la sala y corrió hácia donde creia que estaban sus hijas.

El amor maternal prestaba en aquel momento singular energía á la medrosa mujer. Para alumbrarse encendia fósforos, y al salir á la galería, que era preciso recorrer para llegar á las habitaciones de las chicas, vió con espanto allá en el otro extremo de la galería surgir otra luz que brilló un momento, y luego todo quedó en tinieblas, porque á doña Francisca se le apagó el fósforo y se le cayó la cajilla.

—¡Francisca! ¡Francisca!—gritaba don Serafin, que habia querido seguir á su mujer, y á oscuras no sabia por donde iba, y en vez de dirigirse al interior de la casa, se dirigia á una de las enormes ventanas del salon.

Doña Francisca que habia cobrado ánimo, oyendo la voz de su marido, gritó tambien:

—¡Serafin! ¡Favor! ¡Que nos matan!...

Y luego, los esposos, las chicas y el futuro diputado, gritaron con voces de alarma y angustia.

Y no se atrevian á moverse.

A los gritos de la familia atribulada contestaron con desaforados ladridos los perros de los corrales inmediatos.

Y en el punto mismo sonaron fuertes aldabonazos en la puerta de la casa feudal, aldabonazos que el eco repetia lúgubremente.

—Esto es horrible,—pensaba don Serafin, que, por mas vueltas que daba, no daba con la puerta de salida de la sala, y volvia siempre á la ventana, cuyas enormes puertas de madera tallada pudo abrir.

La noche estaba como boca de lobo.

Pegó el rostro á los vidrios, miró profundamente, y no vió nada, pero oyó que hablaban en la calle.

No podia entender lo que hablaban, porque los ladridos y las voces le impedian oir.

Sonaron mas aldabonazos, y silbidos prolongados, que debian ser señales de los facinerosos que estaban, sin duda, dentro y fuera de la casa.

Y don Serafin vió en la oscuridad brillar algunas luces que iban y venian, pero no se alejaban de frente de su palacio.

Una idea luminosa le ocurrió.

En Villasanta habia serenos; las luces que veía eran las de los farolillos de los serenos.

Y abrió las puertas de cristales de la alta reja, y asiéndose á los hierros, exclamó:

—¡Amigos!...

—¿Quién va?—gritó un sereno, viendo aquella figura blanca en la reja, y como si temiera que por entre los hierros iba á lanzarse á la calle.

—¿Son ustedes serenos?...—preguntó el aturdido don Serafin á los tres de los farolillos.

—*Pá* servir á Dios y á *ustez*,—dijo uno de ellos.—¿Qué les pasa á ustedes?...

—No sé, buen hombre, pero no se vayan ustedes. Debe haber gente estraña en la casa.

—Hemos oido un tiro y voces.

—Y yo no sé qué ha sido de mi mujer y mis hijas y mi hijo. Todos acaso han muerto. Ya no se oye nada.

—¿Quiere usted que avisemos al señor juez?..—preguntó otro de los serenos.

—¿Y al capitan de la guardia?—añadió otro.

Don Serafin, en esto, oyó la voz de su mujer que le llamaba desde dentro, y se apartó de la reja, á tiempo que ya doña Francisca, habiendo encontrado al fin la caja de fósforos que se le cayó de la mano, entraba en la sala, toda temblando de miedo.

Una y otro cobraron ánimo, al encontrarse; don Serafin tomó la caja de fósforos, encendió dos velas, dió una á su mujer, y llevando él la otra en la siniestra mano, y en la derecha un baston que habia sido de estoque y ya era solo una caña hueca, emprendieron el registro de la casa para averiguar la horrible realidad.

Salieron á la galería, y llegaron á las habitaciones que ocupaban las chicas: la puerta estaba cerrada, llamaron y nadie contestaba.

Doña Francisca temblaba, y no se atrevia á preguntar á su marido.

—¡Luisa!—exclamó don Serafin.—¿Estais ahí?... ¿os han robado?... ¿os han

muerto?... ¡Abrid, si podeis!... somos nosotros... vuestros amantísimos padres...

Y al otro lado de la puerta se oyó ruido como de mover muebles, como si cayeran sillas al suelo.

—¡María Santísima!—exclamó don Serafin,—¿quién está ahí dentro?...

—¡Dios mio!—murmuraba doña Francisca,—¡esto es horrible!

Y cuando eran ambos presa de una emocion que no puede esplicarse, delante de aquella puerta cerrada, otra impresion mas violenta vino á llenarles de espanto.

Su hijo, el futuro diputado ministerial por Villasanta, porque don Serafin queria que su hijo siempre fuera ministerial, en siendo diputado, venia de allá dentro huyendo como si le persiguieran, y traia heridas en el rostro, heridas leves pues consistian en profundos arañazos, pero que asustaron grandemente á los atribulados padres, al notar con horror la sangre que le brotaban.

—¡Jesús! ¡yo muero!—exclamó doña Francisca, ni mas ni menos que una dama de comedia.

Oyóse un portazo, y correr cerrojos y dar vuelta á una llave.

Don Serafin pidió explicaciones al muchacho que dió la siguiente:

—Oyendo ruido me levanté y salí del cuarto con luz, y en esa galería ví allá al otro extremo otra luz; la mia se me cayó, la otra se apagó tambien, y queriendo, en la oscuridad, volver á mi cuarto, me entré no sé donde y... los gatos me han puesto como están ustedes viendo.

—¿Los gatos?—preguntó con estrañeza doña Francisca.

—Sí, señora, los gatos han armado esta noche un estruendo atroz.

—¡Y han disparado un tiro!—añadió don Serafin.

Abrióse la puerta de la habitacion de las muchachas, y aparecieron estas envueltas en los cobertores de sus lechos. Habian oido el ruido, habian dado voces, y como nadie acudiera, se les ocurrió fortificar la entrada, poniendo delante de la puerta un sofá, una mesa, sillas, y hasta los colchones.

Todos, menos el futuro legislador, dirigiéronse al salon principal á esperar allí reunidos, que acabase de amanecer. El muchacho se encerró en su cuarto, sin permitir que su madre le rociara con árnica la cara, que tan mal tratada habia sido por los gatos, bien que doña Francisca creyó, luego que se hubo tranquilizado, que los arañazos que ostentaba su hijo mas parecian de gatas que de gatos.

Reunidos en el salon el matrimonio y las dos chicas, y puestas las velas en los candeleros, doña Francisca lanzó un chillido que puso en punta los escasos pelos de su esposo.

—¡Mirad! ¡Mirad!—exclamó con espanto, señalando al techo.

Miraron las chicas y chillaron tambien, como la madre; miró don Serafin, y quedó estupefacto.

Revoloteaban por el salon, tropezando en las molduras del antiguo y casi destruido artesonado, unos pajarracos, que doña Francisca creía buitres carnívoros ó terribles águilas.

—¡Válgame San Caralampio!—exclamó don Serafin.—esta casa es una ganga. No os asusteis, por Dios.—Y con el baston, que aun conservaba en la mano, comenzó á dar golpes al aire, con lo cual los murciélagos, que murciélagos eran alevosos, huyeron asustados y se guarecieron en el techo, mientras el jubilado se cansaba de sacudir una gran paliza á la atmósfera, hasta rendirse el brazo.

Las mujeres no esperaron allí el resultado del procedimiento que empleaba el jefe de la familia, y se encerraron en la alcoba.

Poco despues vino la clara luz del dia: don Serafin soltó el palo, abrió las ventanas, y cayó rendido en un sillon, rodeándole luego toda la familia.

Y no tardó mucho en saberse que los golpes y carreras que habian oido las chicas debian atribuirse á los gatos que entraban en un palomar, situado encima de sus habitaciones; que el tiro le disparó un vecino á un gato enorme que se le habia entrado en el gallinero, inmediato al corral del palacio de don Serafin, y que los que daban golpes en los cristales de la puerta de la alcoba del matrimonio, y apagaron la lamparilla de la sala, no eran trasgos ni fantasmas, sino sencillamente los dos murciélagos que anidaban en la techumbre del vasto salon de honor de la mansion solariega de los Buenos.

Lo que no se justificó tan aína fué el orígen del mapa-mundi que hicieron los gatos en la cara al espigado hijo de doña Francisca. Esta, que algo adivinó con su maternal instinto, creyó prudente no hablar del suceso, y las dos criadas, que sabian algo mas que doña Francisca, se callaron tambien, como unas prudentísimas mujeres que eran.

V

TIPOS DE VILLASANTA

En todas las casas de Villasanta no se habló de otra cosa que del alboroto habido en la casa de don Serafin aquella noche, y el suceso se aumentó y exageró de

tal manera, que todo el mundo entró en gran curiosidad, estimulada por los que daban la noticia, asegurando que en una de las rejas se habia visto á un hombre desnudo, á quien zurraban otros, que hácia el interior de la casa habian interrumpido el silencio de la noche terribles alaridos como de brujas, y otros dislates por el estilo.

El primero que se presentó á las cinco y media fué el juez municipal, que suplia al de primera instancia, ausente á la sazon.

Por los serenos y por la voz pública habia sabido que algo extraordinario ocurria en la casa del nuevo respetable vecino de Villasanta, y acudia, como amigo y como autoridad á enterarse del suceso.

Doña Francisca le contó lo ocurrido, que todo era muy natural, excepto los arañazos de los gatos á su hijo, y el juez se tranquilizó, bien que advirtió en don Serafin, la mujer y las chicas, cierto azoramiento y cierta inquietud, que le chocaron infinitamente, porque no comprendia que en poblacion tan pacífica y tranquila como Villasanta, pudiera nadie estar azorado ni inquieto.

La aristocracia de la ciudad visitó á la familia del jubilado el dia siguiente al de su llegada. Allí no se llamaba aristócrata solamente á la familia que se ufanaba con un título, ó rótulo de Castilla, mas ó menos ignorado, sino toda familia que gozaba buena posicion, aunque fuera de orígen oscuro, ó hubiese logrado la fortuna por medios poco lucidos, en puridad. Así llamaban familia aristocrática á la de un don Policarpo Garabato, cuyo abuelo era fama que habia salido al camino á desbalijar á los pasajeros, viéndose en grave peligro de que le apretaran el pescuezo, de lo que pudo librarse, merced á algun talego de onzas bien repartido; pero si el abuelo fué un salteador, en cambio el nieto es una persona bien mirada, que ni sale al camino, ni tuvo nunca que ver con la justicia, á no ser para que esta le ayudase á cobrar cantidades que él antes habia prestado á labradores y traginantes, con el módico interés de un setenta ú ochenta por ciento, medio mas cómodo y mas expédito de hacer dinero que el que empleó con éxito el abuelo. Y muchísimo mas dinero hubiera hecho seguramente el bueno de don Policarpo, sino hubiese habido en la ciudad muchos otros sugetos dedicados al mismo tráfico, es decir, á la usura, pero á la usura en gran escala, que es una especie de pulpo que, en apoderándose de un infeliz, le aprieta, hasta estrujarle. Pero ninguno tan experto como el nieto del salteador para dejar sin una peseta al labrador que acudia á su munificencia en año de mala cosecha. Remediábale, por de pronto, pero las escrituras de depósito, los pactos de retro, pactos con el demonio.

que dijo el inolvidable Ayala, llevaban al incauto á los tribunales y á la miseria, á poco que se descuidara, quedándose don Policarpo tan tranquilo, y haciéndose de las mejores fincas del término, amontonando onzas en sus arcas para seguir *socorriendo* de la misma suerte á los necesitados.

Este bienhechor, con su mujer y sus dos hijas, que parecian mas viejas que su madre, fué el primero que se presentó á visitar á la familia recien llegada y á ofrecerle sus servicios en todo y para todo, frase que le repitió cincuenta veces el don Policarpo y otras tantas la prestamista, que no hablaba mas que para repetir lo que decia su marido, con lo que bien puede figurarse el lector discreto lo amena que seria una conversacion con el marido cuando estaba presente la mujer.

Estando todavía de visita la familia de don Policarpo, entró aparatosamente el marqués de Casa Gomez, con sus tres hijas. Este marqués era un hombre largo, derecho, correcto, que no movia el cuello, que hablaba pausadamente y con gran afectacion, grandemente versado en materias diplomáticas, y que siempre tenia la vista fija en Rusia y en Inglaterra, augurando siempre los sucesos políticos, luego que se habian realizado. Por ejemplo, cuando estalló la guerra entre Francia y Prusia, el marqués de Casa Gomez dijo en el casino que ya habia él pronosticado que la guerra era inevitable, y cuando se recibia la noticia de las derrotas sufridas por el ejército francés, siempre afirmaba que, siguiendo en su casa, en el mapa, la marcha de los ejércitos, habia visto claramente que los franceses iban á llevar una zurra tremenda. Era un tipo ridículo, y el cacique mas odioso de cuantos hubo, hay y habrá en esta tierra de España. Era el marqués quien indicaba los nombres de los concejales, el que señalaba quienes habian de ser los diputados provinciales, el que repartia como pan bendito los nombramientos de vocales de las juntas de Instruccion pública, de Beneficencia, de Sanidad, de Monumentos históricos, de Pósitos, de todo, en fin, y en las elecciones de diputados y de senadores, se excedia á sí mismo preparando el terreno al candidato amigo y minándosele al contrario, dándose tal traza que, aunque cambiase la situacion política, la suya no cambiaba, de suerte que su influencia prevalecia lo mismo en tiempo de los moderados que cuando los progresistas gobernaban, ó cuando la revolucion triunfante todo lo echaba patas arriba.

Los que le habian visto entusiasta de los suaves procedimientos del insigne general Narvaez para reprimir sediciones, viéronle luego esparterista decidido y jefe de la milicia nacional de Villasanta, y aun volvió despues á ser moderado por los años 1867 y 68 hasta la revolucion de Setiembre, que fué Presidente del

comité revolucionario y de la Junta de armamento y defensa, y mas tarde en 1873, no le impidió su título de Castilla ponderar en el casino las excelencias de la República, cuyo advenimiento dijo haber pronosticado muchos años hacia. Y si alguna vez, el cura de Santa Coleta, que es el único á quien permite el marqués ciertas libertades, le reprocha sus cambios de postura y de principios políticos, el estirado, almidonado y estrambótico personaje le contesta invariablemente:—«Padre, usted es un santo, pero no sabe lo que es la diplomacia.» Y lo cierto es que el sistema de Casa-Gomez es sumamente útil para él: de esta suerte ha logrado en los ministerios que se le reconozcan créditos de legitimidad problemática, ha colocado á sus dos hijos, y los senadores y diputados de la provincia se le muestran propicios á apoyar siempre sus reclamaciones, y en verdad que no son pocas, y de tal naturaleza que hasta en compensacion de gastos hechos, segun él, por sus antepasados en tiempo de Cárlos I, ha sacado sumas de consideracion.

Un diplomático de su estatura, seis piés y algunas pulgadas, no podia menos de adornar su pecho con las mas estimadas condecoraciones, y así en toda procesion, fiesta oficial y apertura del instituto ó de alguna escuela, se presenta el hombre con la banda de Isabel la Católica, la cruz sencilla de Cárlos III, la del Mérito militar, la del Naval, y la de Cristo de Portugal, y su mas profunda preocupacion es cómo podrá alcanzar una condecoracion, por lo menos, de cada una de las naciones que componen este pícaro mundo. Seria feliz si pudiera colgarse un colmillo de elefante.

Las hijas del marqués son el principal ornamento de Villasanta. Una toca el piano, otra canta en italiano, en español, en caló y en latin, bien que esta lengua muerta solo la usa en las funciones de iglesia, y la tercera despunta por la literatura, habiendo perpetrado ya algunos sonetos con alevosía y ensañamiento, contra su padre, en los dias de este, contra algunos santos, en los dias de la respectiva fiesta, y contra todo lo divino y lo humano. El padre tiene el proyecto de pedir á los senadores y diputados de la provincia que soliciten de las córtes una ley concediendo una pension nacional á la poetisa, y disponiendo la impresion de los sonetos por cuenta del estado. Y es capaz de conseguirlo. Las tres chicas, que no son chicas porque la menor tiene veintitres años, son muy elegantes, se visten en París, es decir que de París les traen todo lo que constituye su ajuar, y miran con desdén á las demás que no se visten tan léjos, y por consiguiente, no son tan elegantes. Tambien les envian de París las composiciones químicas con que se blanquean la piel, que, á las veces, cuando entran en el baile del casino, parece pro-

piamente que vienen de un molino harinero. Las tres han estado á punto de casarse pero no se han casado. Una quedó con la ropa hecha; otra se libró providencialmente de una gran desventura, sabiendo á tiempo que su prometido, un americano, estaba casado con una mejicana pobre, que la habia dejado en Méjico hacia seis años, diciéndole que volveria, y no volvió, y la tercera, la poetisa, tenia concertado escaparse con un sobrino de don Policarpo, y no se escapó, gracias á que, entendiendo la trama el padre del raptor, arrimó á este una paliza, y le facturó luego para Madrid, donde al fin, se escapó con él la hija de su patrona, una bienhechora de la humanidad pobre, pues admitia huéspedes á ocho reales con principio, y raro era el que le pagaba.

El marqués no desconfia de que sus hijas se casen con grandes de España, ó embajadores; ellas sí que empiezan á desconfiar.

Iban á despedirse ya el prestamista, su mujer é hijas y el marqués y las suyas, cuando penetraron en el salon las del Senador, otras notabilidades de Villasanta, y ya no se despidieron las familias citadas. Las del marqués y las del Senador (Q. E. P. D.) no corrian bien, es decir que no se podian ver ni pintadas, y eso que todas estaban pintadas siempre. Las últimas presumian de mas elegantes que las primeras, porque, como he dicho, se surtian de trajes en Bayona, adonde iban todos los años un par de dias durante la temporada de baños, que ellas tomaban en la capital de Guipúzcoa, donde las conocen todas las pupileras, pues regularmente los quince dias que dura su permanencia en aquella ciudad, habitan en diez casas distintas, y salen riñendo con las diez pupileras. La viuda del Senador tiene una fama terrible; todo el mundo en Villasanta le atribuye haber indispuesto matrimonios, desviando del camino recto y seguro de la dicha conyugal á algunos maridos buenos mozos, y tambien la culpa de la perdicion de un capitan de caballería que, por ella, se batió en duelo con un amigo y compañero de armas que, rompiéndole de un balazo el brazo derecho, le dejó inútil para el servicio.

Las del Senador tienen tertulia diaria con juego de tresillo á céntimo el tanto, y de las ganancias se hace un fondo para costear un dia de gira en el Encinar cuando se ha reunido lo suficiente, y en estas giras ocurren siempre peripecias desagradables que dan por resultado que se rompan las relaciones entre algunas familias, bien que pasado algun tiempo, vuelven á hacer las amistades para deshacerlas despues. En fin, la del Senador, segun dicen los que la tratan con cierta indulgencia, es el demonio, y sus cuñadas le tienen dentro del cuerpo, y cortan

un pelo en el aire, y todas tres son capaces de sacar los dientes á un ahorcado, siendo extremadas en cuentos y enredos, de tal suerte que se las considera orígen de todas las desavenencias que existen en lo que se llama la aristocracia de Villasanta.

Presentóse luego el coronel Rebenque y su mujer la polaca, una mujer que lleva siempre un perro en brazos, y otro trincado con un cordon, y duerme con los dos, y tiene un cerdo de diez años, que va tras ella como un faldero, agradecido á que su ama le ha librado de la suerte de los de su clase, empeñándose en que muera de muerte natural. El coronel se ha acostumbrado á los gustos de su mujer, ha tomado aficion á los animales, y su casa la tiene llena de ellos, y el prójimo que se arriesga á visitar al coronel, corre peligro de que un mastin le muerda, de que un carnero terrible le embista, de que un gatazo enorme le saque los ojos, y de que un mono muy travieso le haga víctima de alguna travesura, quitándole la peluca, si la usa, ó el sombrero para tirárselo al pozo.

Estas y otras visitas entretuvieron todo el dia á la familia de don Serafin, aturdiendo á este y á su mujer, contando la historia pública y privada de todas las gentes de Villasanta, haciendo galantes ofrecimientos, y las mas capciosas preguntas y suposiciones sobre la gran fortuna de don Serafin, sobre los motivos de su cesantía y sobre la resolucion de retirarse á una ciudad de tan poca importancia como Villasanta, cuando las dos hermosas hijas del feliz matrimonio serian en Madrid el encanto de paseos, teatros y salones.

En resúmen, ni á don Serafin, ni á doña Francisca, ni á las chicas les gustó gran cosa el personal aristocrático de Villasanta, ni la familia del jubilado tuvo la suerte de agradar á las personas que la visitaron.

—Esta familia tiene sombra,—dijo el marqués de Casa Gomez.—Desde que conocí yo á don Serafin pensé, no sé por qué, pues no tenia ningun motivo, pensé, repito, que era un hombre misterioso. Y en efecto, en esa familia hay misterio.

Bastó esta observacion de un hombre tan perspicaz como el diplomático para que todo el mundo conviniese en que aquella familia no habria ido á Villasanta por el sencillo placer de gozar vida retirada y tranquila, sino por algun poderoso motivo que la obligaba á alejarse de la córte.

Habian notado tanto el prestamista como el marqués, como la del Senador, que don Serafin y su mujer parecian inquietos, fatigados, algo distraidos y preocupados, y que las chicas mostraban cierto aire de indiferencia, así como si tuvieran el pensamiento preocupado con otras cosas que con las que les referian sus nue-

vos convecinos. Y en verdad toda aquella apariencia de fatiga no tenia otro orígen que el insomnio y las emociones de la tenebrosa noche anterior.

VI

LA CALUMNIA

Hacia mas de un mes que habia llegado á Villasanta la familia de Bueno y Malo.

Un dia don Serafin quiso tener mas luz en una habitacion, donde, desde no se sabe cuando, habia una ventana tapiada, y cubierto el hueco por la parte interior con un armarito. Don Serafin, arrancó el armarito, y comenzó luego á abrir el hueco, quitando los ladrillos, y ¡oh prodigio! entre los ladrillos cayeron al suelo monedas de oro, onzas, medias onzas, ochentines, con asombro del jubilado, á quien faltó poco para desmayarse en aquel punto, y por si era ilusion de sus sentidos, aunque cogia y palpaba las monedas, llamó presuroso á doña Francisca, que tambien tuvo que apoyarse en la pared para no caer desvanecida sobre aquel inesperado tesoro.

Habia allí unos quince mil duros en monedas de oro, perfectamente colocadas entre los dobles ladrillos con que se habia cerrado la ventana.

Don Serafin y doña Francisca sintieron alegría ante aquel espectáculo, pero una alegría penosa, por decirlo así, no la alegría bienhechora que produce una gran satisfaccion recibida, sino una alegría mezclada de zozobra y de inquietud, como si aquel dinero no fuese legítimamente del dueño de la casa. Por la fecha de las monedas aquella suma estaba allí desde fines del siglo anterior y debió pertenecer á un ascendiente de don Serafin, de quien este sabia que fué un gran avaro, que murió solo, repentinamente, estando sus hijos ausentes en la córte. Era, pues, evidente que aquel dinero no tenia otro dueño que don Serafin.

Doña Francisca, que era menos pusilánime, trató en vano de calmar la asustadiza conciencia de su marido, haciéndole las mas preciosas reflexiones á fin de que no tuviera escrúpulo ninguno en recoger aquella gloria de dinero, y guardarlo en la gaveta, pero don Serafin, el pobre hombre, no creyó poder tranquilizarse sino hacia público su hallazgo, y tomaba consejo y oía el parecer de las personas discretas y desinteresadas en el asunto. Y sin decir nada á su mujer, el dia siguiente al del hallazgo, salió, fué al casino, y tomando asiento delante de

la mesa en que él y otros amigos solian tomar café diariamente, contó sencillamente lo que le habia ocurrido.

Los amigos, que eran el marqués de Casa Gomez, el coronel Rebenque y el prestamista don Policarpo, miráronse, y miraron á don Serafin. El don Policarpo, no pudo disimular su envidia; el marqués de Casa Gomez, exclamo:—¡Ya decia yo que usted no venia á Villasanta á humo de pajas!—Y el coronel Rebenque, encarándose con don Serafin, le dijo:—Mire usted, don Serafin, aquí ya estamos al cabo de la calle: nadie le dice á usted nada, nadie le pide tampoco, y nadie le ha preguntado cómo diablos ha podido usted hacer ese capitalazo que tiene, á pesar de tener tres hijos, de haber vivido en Madrid siempre, y de no haberle caido el premio grande de la lotería. ¿A qué nos viene usted ahora con ese cuento del hallazgo de las monedas de oro entre los ladrillos de la ventana? Para justificar así su fortuna, ¿no es verdad?

Don Serafin sintió que la sangre le subia á la garganta y le ahogaba.

—¿Cree usted que miento?—preguntó al marido de la polaca, casi sin poder articular las palabras.

—¡Hombre!—repuso groseramente Rebenque,—á ningun hombre le gusta que se le crea capaz de mamarse el dedo, y usted nos toma por tontos, me parece.

—Vamos,—dijo el marqués con tono conciliador,—la cosa no vale la pena de que dos amigos como ustedes vayan á reñir. Don Serafin sabe, sin duda, es claro que lo sabrá, que la gente murmura que tiene el riñon bien cubierto, y que atribuye el orígen de su fortuna...

—¿A qué?...—preguntó con ansiedad el jubilado.

—Pues hombre, á los negocios que ha hecho usted en su larga carrera de empleado.

—¡Jesús! ¿Yo negocios?...—exclamó con espanto el bueno de don Serafin.

—¡Caracoles!—dijo Rebenque,—¿por ventura es usted el primero que los hace, utilizando su posicion oficial?... Si eso ya no estraña á nadie. Y ha hecho usted bien, ¡voto al demonio! haciéndolos con tal habilidad que no se le ha podido probar el gatuperio.

Don Serafin clavó los ojos en el retirado, y, cogiendo de sobre la mesa el vaso en que habia tomado café el prestamista, lanzóle al rostro de aquel, exclamando:

—¡Miserable! ¡Miserable calumniador!

Rebenque se levantó, estendió los brazos y cayó sobre la mesa con gran estrépito. El golpe le habia quitado el sentido, y el cristal le habia abierto la frente.

Camareros y sócios del casino cogieron á don Serafin, que intentaba romper otro vaso sobre el cráneo del retirado, mientras otros acudian á recoger á este.

El juez, que allí se hallaba, detuvo á don Serafin, el médico acudió al coronel, y del casino salieron dos ó tres sugetos á llevar la noticia de tan grave suceso á todas partes, pronunciándose unánime la opinion contra don Serafin.

El marqués de Casa Gomez decia á todos los que le hablaban del suceso:

—Yo tenia previsto que ese hombre nos daria un disgusto.

Habiendo declarado el médico que el coronel Rebenque sanaria de su herida, el juez dejó en libertad á don Serafin, mediante la obligacion de no salir de la ciudad.

¿Cómo habia de salir el infeliz?

Postrado cayó en el lecho, con todos los síntomas de congestion cerebral, y dos dias estuvo el desgraciado, sin cesar el delirio y la angustia de una penosísima agonía.

En brazos de doña Francisca, y al lado de sus hijos, espiró el sin ventura, el que habia sido toda su vida hombre intachable, empleado íntegro y celoso y amantísimo padre de familia.

La calumnia le habia elegido para su víctima y un soplo de la calumnia le mató.

Ignorando lo que de él se decia en Madrid, desde que doña Francisca circuló aquellas malditas tarjetas, en que la familia *se despedia para sus posesiones,* fué el pobre hombre á buscar reposo en la tranquila ciudad, aparentemente tranquila, y, en realidad, un infierno de ódios, envidias, rencores y todo linaje de malas pasiones; y la calumnia, que no deja de perseguir á sus víctimas hasta destruirlas, siguióle hasta allí.

A los pocos dias de llegar á Villasanta la honrada familia, uno de los hijos del marqués de Casa Gomez llegó de Madrid, donde estaba empleado, y fué el instrumento de que se valió la calumnia. Dijo sencillamente lo que habia oido á personas de Madrid sobre la habilidad burocrática de don Serafin, y la maravillosa maña que se habia dado para llenarse de dinero, logrado, á no dudar, ilegítimamente, y de seguro, con grave daño del estado, y sobre todo para lograrlo por tan diestro modo que no habia habido medio de probar ninguno de los grandes *chanchullos* que habria hecho en su dilatada carrera.

. . . . . .

Doña Francisca y sus hijos no quisieron vivir mas tiempo en aquella ciudad.

y pasados nueve dias despues de la muerte del desgraciado don Serafin, cerraron la casa y volvieron á Madrid, donde viven, recordando siempre al que, por bueno y honrado, mejor premio merecia que el que suele otorgar el mundo á los que tienen esas cualidades unidas á la modestia y á la humildad.

La afligida viuda no se consuela nunca de haber cedido á la pueril vanidad de darse apariencias de persona de buena y holgada posicion.

La casa feudad de Villasanta no la han querido alquilar los herederos de don Serafin. El prestamista don Policarpo ha pretendido comprarla con intencion de registrar ladrillo por ladrillo y piedra por piedra, porque don Policarpo, mas perspicaz que todos sus convecinos, creyó real y efectivo el hallazgo que empezó á contar don Serafin en el casino.

El coronel Rebenque conserva en la frente la señal del golpe que le dió el jubilado. El marqués de Casa Gomez, dice que él siempre dijo que don Serafin no sabia donde se habia metido, y tiene razon. La viuda del Senador se ha casado con un escribiente del ayuntamiento y ha reñido con sus cuñadas, y las hijas del marqués, que no ven llegar los tres grandes de España, que su padre les ha prometido, piden en sus cortas oraciones que se les presenten á la mayor brevedad los tres maridos que necesitan, uno para cada una, se entiende.

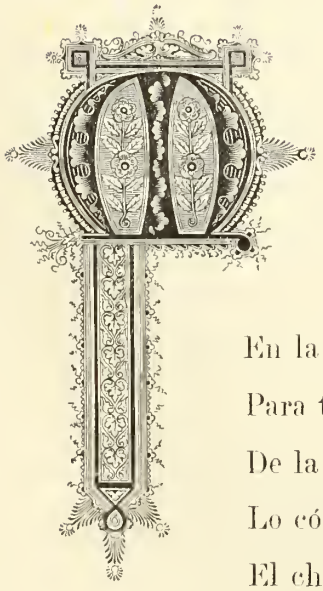
LA VERBENA.

(CUADRO POPULAR)

A MI ILUSTRE AMIGO PEDRO MANUEL ACUÑA.

POR D. ANTONIO F. GRILO.

I



usa del enamorado,
Dios de la histórica fiesta,
Númen de la serenata,
Protector de las verbenas,
Esparce colores nuevos
En la artística paleta
Para trasladar al lienzo
De la popular escena
Lo cómico con lo grave,
El chiste con la sentencia,
La lágrima con la nota
Y la forma con la idea,

Venid á correr conmigo
Las ya lujosas aceras
Que invade la muchedumbre
Alrededor de la iglesia.
La Vírgen de la «Paloma,»
O la del «Cármen» excelsa,
O el «San Antonio» bendito
Que allá en la Florida reina,
A impacientes y curiosos,
A casadas y doncellas,
A los viejos y á los niños,
A rubias como á morenas,
En bullicioso desórden,
En variedad pintoresca,
El recuerdo de otros años,
Una memoria, una fecha,
Una flor, una esperanza,
Una costumbre (la eterna),
Un santo, (el que se celebre),
Una Vírgen (la que sea),
Los identifica y junta,
Y los cita, y los congrega
Lo mismo al pié del alcázar,
Que en la ermita de la aldea.

II

¿Quién al volver la mirada
Hácia la niñez bendita
No vé una noche adorada?
¡Quién no tiene su velada,
Su velada favorita!!!

¿Quién no ha endulzado sus penas
Con recuerdos del hogar?
En esas noches serenas
¡Quién no ha llevado á un altar
O lágrimas ó azucenas!!!

¿Quién, por costumbre piadosa,
Allá en su pueblo querido,
No bebió con fé ardorosa
El manantial escondido
De una fuente milagrosa!!!

¡Noches de mi Andalucía
Que ya nunca volverán!!!
Al fondo del alma mia
¡Qué de cosas le decia
La velada de «San Juan!»

Hoy resbalan una á una
Esas horas por mi mente:
Mi ayer, mi madre, mi cuna,
El Bétis lleno de luna
Y la ribera de gente!

Suenan en mi corazon
Con su música mas grata
Los ecos de una cancion:
¡Y la alegre serenata
Que entraba por el balcon!!!

Aquellas memorias muertas.
Vivas están y despiertas
De mi pecho en lo mas hondo:
¡Y aquellas rejas abiertas...
Y albahaca y nardos por fondo!!!

Aquí la voz quejumbrosa
De lastimera guitarra.
Que en pesadumbres rebosa:
Allí la pléyade airosa
De estudiantina bizarra:

Mas allá miradas bellas
En ojos de serafines:
Y blancos, cual las estrellas,
Salpicando los jazmines
Las trenzas de las doncellas.

Allí la ondulante gasa,
Aquí el gracioso sombrero.
Allá la sombra que pasa.
Y el tostado buñolero
Con las manos en la masa!

¡Qué es ver la harina candente
Hervir en la pila honda

Y á fuego y mano obediente
Llenar, dorada y redonda,
La antigua y clásica fuente!

Al brotar la seguidilla,
La caña en las mesas brilla
Mas limpia y clara que el sol.
Donde está la manzanilla
Como el oro en el crisol.

Allí, sin poder valerse,
El tonel vivo, con faja,
Que al *levantarse* y *caerse,*
Echa al aire una navaja
Que busca donde meterse.

La gitana en los corrillos
Luce el garbo y la peineta:
Y entre coplas y estribillos,
Se casa con los palillos
La ya rota pandereta.

Aburrido y complaciente,
Alterna con los beodos
El képis omnipotente
Del municipal que siente
No hacer lo mismo que todos!

Soñolienta caravana
Semeja al ronco hervidero:
Y lucha, hasta la mañana,
Con la bomba veneciana
El candil del rosquillero!!!

III

Los tiempos se desvanecen;
Pasan costumbres y modas:
Las verbenas no perecen:
Aunque diferentes todas
Todas ellas se parecen!!!

En todas ellas palpita
Del pueblo el rumor sonoro:
Y con su Vírgen bendita
En todas hay una ermita
Trocada en áscua de oro!!!

Con vínculos inmortales
Todas tienen su consuelo,
Sus dichas tradicionales,
Sus fuegos artificiales
Y sus campanas á vuelo!

¡Cuánta niña enamorada
Que está de recuerdos llena,
Vió brillar desconsolada
Las tintas de la alborada
Que mataban la verbena!!!

Clavada en el firmamento,
¡Cuántas veces fué la luna
Testigo de un sentimiento!
¡Cuántas la aurora importuna
Selló el casto juramento!

A orillas del Manzanares
Aun resuenan los cantares
Por la ribera extendida
Que llevan tantos hogares
Al Patron de la Florida!

De los «Angeles» Señora
En la costa gaditana.
Tambien aquel pueblo adora
A su Vírgen soberana
En verbena encantadora!

Piden culto reverente
Con memoria sacrosanta,
Legado de gente en gente,
Valencia á su «San Vicente»
Y Córdoba á su «Fuensanta.»

Donde amanezca un hogar
Del sol á la ardiente luz;
En el valle, en el lugar;
Donde se eleve un altar
O se levante una cruz:

Donde la olvidada hiedra
Que entre los peñascos medra.
Cuelgue su penacho oscuro,
De un viejo claustro en el muro
O en una torre de piedra,

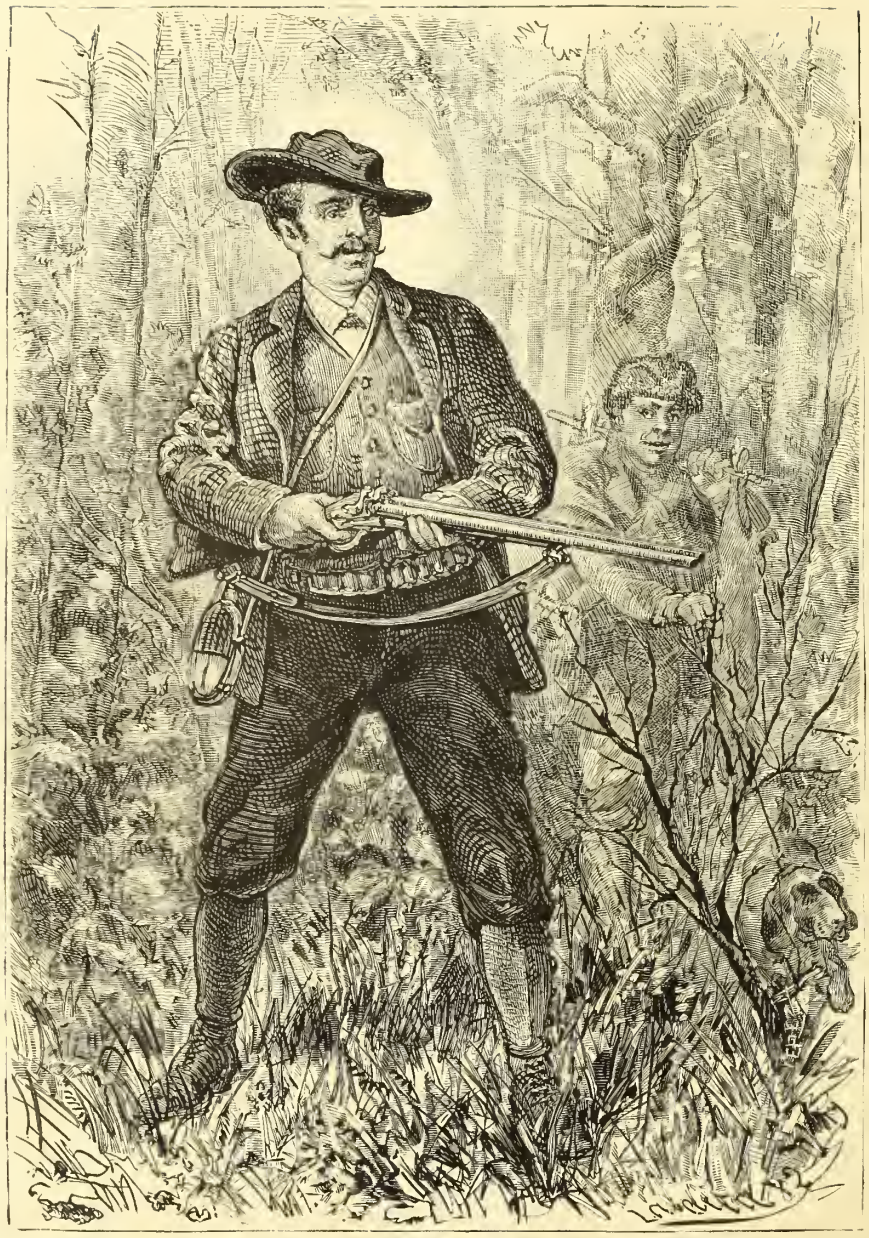
Donde esté la tradicion;
Donde brille el lontananza

De una eterna aspiracion:
Donde esté la devocion.
Escuela de la esperanza:

Donde vivas permanecen
Las plegarias que fermentan
Y en las almas se guarecen:
Donde hayan lábios que recen
Y corazones que sientan.

Auténtico y verdadero.
Con su mezcla de hidalguía.
De cristiano y pendenciero.
Allí estará el pueblo entero:
¡Allí está la pátria mia!!!

Allí estarán enlazadas
Con amorosa cadena
Las costumbres veneradas:
Allí estarán las veladas;
¡Allí estará la «Verbena!!!»

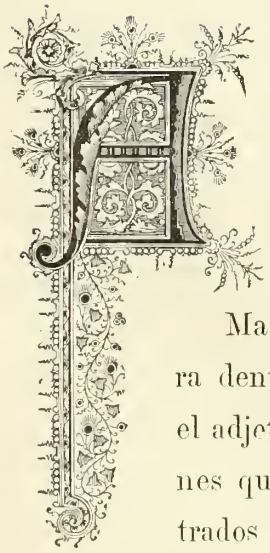


EL CAZADOR IMPENITENTE.

POR D. ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

Nembrot fué el cazador fuerte delante de Dios: el héroe de nuestro cuento lo fué delante de los hombres.

I



SEGURAN los gastrónomos, profundos saboreadores del arte culinario, que la cocina italiana tiene una sopa para cada dia del año; de modo que cuenta con trescientas sesenta y cinco variedades alimenticias para preparar el estómago á los horrores de la digestion.

Mas rica que la cocina italiana es la galería de tipos que encierra dentro de su marco cosmopolita la aficion á la venatoria, porque el adjetivo *cazador* tiene, metafóricamente hablando, mas ampliaciones que notas han puesto á el *Don Quijote de la Mancha* sus ilustrados comentadores.

Líbrenos Dios de incurrir en la pesadez insoportable para nuestros lectores, de consignar en esta narracion el interminable catálogo del cazador y sus derivados; dejemos, pues, en el fondo del tintero al cazador *teoría,* al *providencia,* al *mala sombra,* al *amigo de las innovaciones,* al *partidario de lo antiguo,* al *amante de los*

perros, al *que siempre mata,* al *defensor de los reclamos,* al *hormiguista,* al *egoista,* al *gloton* y á otros mil que como hemos dicho podríamos consignar, y no queremos decir tampoco nada del *matutero* porque de este tiene todo cazador un poco, aunque no sea mas que por dar fuerza y color de verdad á aquellos famosos versos que dicen:

Dulce y sabrosa.
Mas que la fruta del cercado ajeno.

Porque, seamos francos y confesemos ahora que nadie nos oye, que el cazar de *matute* es tan antiguo, tan primitivo, tan en armonía con la naturaleza humana y tan grato para el hombre como apetitoso para los animales: pues ya en tiempos de *El Génesis* existió en el Paraíso un *matutero* llamado Adan á quien Dios echó á cajas destempladas de aquel delicioso jardin por su poca abstinencia y por su no mucho respeto á lo que le habia prohibido.

Pero dejando al cazador *matutero,* terreno resbaladizo que podria conducirnos por las pendientes pecaminosas de la inmoralidad, ocupémonos solo del cazador *impenitente,* desaficionado incorregible, amante de la escopeta, del que mira la caza como una segunda naturaleza, del que vive para cazar, del verdadero aficionado, en fin, que siente circular por sus venas la caliente sangre cazadora.

Hoy que la aficion á oxigenar los pulmones con las purísimas brisas de los montes se ha desarrollado de un modo superlativo; hoy que se encuentran por todas partes cazadores elegantemente pertrechados, que llevan una escopeta por adorno y un perro por calamidad, que corre soplando como una locomotora quinientos metros delante de su amo; hoy que los médicos cuando no encuentran la *panácea* del mal que se les consulta, aconsejan á sus enfermos la caza como plan higiénico, aumentando los émulos de San Eustaquio, San Huberto y San Antolin de un modo fabuloso; hoy que va desapareciendo aquella raza á que pertenecieron Nembrot, don Fabila y Sancho IV, justo es que yo, cazador viejo y jubilado en el gremio, dedique unas cuantas páginas al héroe de la historia que nos ocupa.

Ruego á los lectores que no traten de vanidoso al que estas líneas escribe, si les asegura que la presente narracion no solo será útil á la humanidad por los ejemplos que de ella van á desprenderse, sino amena y entretenida para los profanos en el arte venatorio, por lo tanto, ruego á ustedes que me permitan terminar este pequeño *bombo* que me dedico con las célebres palabras de don Serapio, personaje de *El Café* de Moratin: *La comedia es buena, señores, créanme ustedes á*

mí: la comedia es buena. Solo que en vez de *comedia* debe decirse *el artículo es bueno.*

Entremos en materia.

II

El héroe de nuestro cuento, porque fué un héroe, se llamaba Alejandro y era hijo de Madrid, pero no tenemos ningun interés en conservarle su nombre de pila y su naturaleza: puede el lector si es aficionado á la caza y le conoce llevárselo á la provincia que se le antoje y ponerle el nombre que mas le agrade, en la seguridad de que por eso no hemos de armarle ningun litigio.

Alejandro mostró desde sus mas tiernos años una aficion decidida por la caza, mataba gorriones con cerbatana, cogia jilgueros, pardillos y verderones con liga; se exponia cien veces á romperse la crisma por apoderarse de un nido; con una caña y un trapo negro á la punta, hacia una guerra sin cuartel á los vencejos, los aviones y las golondrinas; se daba tal maña en coger las alondras con ballesta y en descubrir los agujeros de los grillos que llegó á ser la admiracion y el asombro de todos sus compañeros de la infancia.

Aquel muchacho, hermoso, sano, desarrollado, ligero y vivo tenia todos los instintos, toda la mala intencion del gato y se pasaba una hora inmóvil y en acecho por cazar un gorrion.

Uno de sus grandes placeres consistia en ir á cazar con su padre de morralero y compartir con el perro los *cobros* de las piezas que mataban.

A medida que crecia el cuerpo de Alejandro, crecia su aficion y sus instintos de *alimaña.*

La casualidad le proporcionó un baston-escopeta que no necesitaba mas que un poco de aire comprimido para despedir los proyectiles; esta escopeta sorda y prohibida por la ley fué en las manos de nuestro héroe un elemento de destruccion. Desde la ventana de su cuarto que daba á un jardin mataba todos los gatos que se atrevian á cruzar los tejados de enfrente.

Cuando concluyó con los gatos, buscó otras víctimas que sacrificar, tomando por blanco de su certera puntería, primero el lorito de una vecina, que suelto y atado por una pata á la barandilla del balcon pasaba el dia entretenido inocentemente en decir: *¡Eh, eh, que te la pegué!* El lorito dejó de pegársela á nadie y Alejandro, despues de la muerte del hijo de las selvas de América, dirigió los tiros de

su escopeta de aire á una ardilla, que encerrada en un cilindro giratorio de alambre, pasaba la vida dando vueltas como una manifestacion de la perversidad de los hombres.

En una palabra, Alejandro fué una calamidad para toda la *bicheria* del barrio.

A los trece años, su padre, viendo la aficion decidida del muchacho, le compró una escopeta de un cañon calibre 20, y le llevó de caza por primera vez al monte *Peregrinos* en Torrelodones.

Por el camino el padre le dió algunos consejos sobre la educacion del cazador y el manejo del arma. Alejandro escuchó al autor de sus dias con profunda atencion.

Llegaron al monte, *arreó* un conejo, apuntó Alejandro y el pobre herbívoro dió la *voltereta*.

El novel cazador experimentó en aquel momento emociones verdaderamente desconocidas: su padre celebró con gozo aquel *tenazon* digno de un maestro.

Poco despues, al hacer una *asomada* con toda la mala intencion del cazador práctico, volaron dos perdices. Alejandro derribó una y como la perdiz es la poesía de la caza, el placer, el entusiasmo, la alegría del neófito llegó á tal punto que su padre temia que le cogiera un accidente.

El maestro satisfecho del discípulo le dió en el alto de aquel cerro, bajo la anchurosa bóveda del cielo, la patente de cazador y Alejandro se creyó el muchacho mas feliz del universo.

III

Creemos útil decir algo de la posicion social de nuestro héroe.

Alejandro era hijo único de un padre rico, seguia una carrera literaria como la siguen muchos ricos, por lujo, por adorno y poder colocar en un cuadro el título de abogado.

Por otra parte, su padre era uno de esos hombres de buena pasta y condescendiente hasta dejárselo de sobra: que solo se habia ocupado en toda su vida en cazar y comerse las dos terceras partes de su renta y se daba por satisfecho con que su hijo sacara en los exámenes la nota de *aprobado*, es decir, la nota mas modesta de todas la notas, exceptuando la de *suspenso* con la que solia resignarse tambien de vez en cuando, sin que se turbaran ni sus sueños ni sus digestiones.

Con el tiempo Alejandro heredó la fortuna de su padre, esto era lógico. Quedó

solo y rico en el mundo, lo cual es una soledad muy agradable, y aquí es donde verdaderamente comienzan las hazañas, las heróicas proezas de nuestro famoso cazador.

Alejandro, al verse dueño de la fortuna de su padre, echó cuentas consigo mismo, y se dijo:

—Tengo veinte y cuatro años, salud inmejorable, músculos de acero, buenos pulmones y buenas piernas, soy solo en el mundo y poseo dos casas en Madrid que me producen, libres de gastos y contribuciones, cerca de siete mil duros al año; trabajando podria aumentar esta renta, pero tambien podria disminuirla porque los negocios de bolsa, que son los únicos que yo podria intentar tienen sus ventajas y sus contras: resuelvo, por lo tanto, no trabajar y dedicarme por completo á mi verdadera aficion, al único goce que me electriza, que me domina: la caza.

Tomada esta firme resolucion, encargó la administracion de sus dos casas á un amigo de su padre, hombre honradísimo, dió el cargo de ama de gobierno á su nodriza y tomó á un muchachote de criado, *perrero* y *morralero*, acompañante sumiso en sus expediciones de caza.

Este muchacho que se llamaba Jesús, fué un verdadero mártir, pero tiempo tendremos de conocerle y simpatizar con él, porque á Jesús le sucedia lo que á los hijos de la tia María Ignacia *que de puro desgraciados hacian gracia*.

Alejandro estableció su cuartel general en Madrid en la misma casa en que habia nacido y vivido con sus padres, dedicó una habitacion para las escopetas y pertrechos de caza, otra para *perrera* y se dijo:

—Puesto que todo lo tengo arreglado y Brígida cuidará de mi casa y don Canuto de mi renta, yo puedo dedicarme á cazar tranquilamente; todos los meses me pasaré tres ó cuatro dias en Madrid y el resto en los cazaderos; voy á darme la gran vida, á ser el hombre mas feliz de la creacion; el verdadero filósofo es aquel que da al cuerpo lo que le pide y pues el mio me pide cazar, á cazar y sea lo que Dios quiera.

Cuando Alejandro tomó á su criado Jesús le dijo con toda la gravedad de las circunstancias:

—Jesús, voy á indicarte tus deberes en esta casa; te advierto que yo tengo el carácter un poco arrebatado, pero soy mas bueno que el pan, como tendrás ocasion de apreciar por tí mismo: si me sirves bien, yo no seré ingrato contigo; escúchame con atencion y procura no olvidar nada de cuanto voy á decirte.

Jesús, con los brazos caidos, la boca y los ojos enormemente abiertos é inmó-

vil como un autómata, hacia esfuerzos por sonreirse con toda la buena fé de la estupidez.

—Jesús,—añadió Alejandro,—desde hoy tus obligaciones son las siguientes, procura retenerlas en la memoria: pasearás los perros cuando estemos en Madrid, una hora por la mañana y otra hora por la noche á las ocho; pero el dia que por un descuido tuyo se coman una morcilla municipal te reviento.

—¡Ji, ji, ji!—contestó Jesús riéndose á su modo.

—Despues de pasear los perros, limpiarás con esmero mis botas y mi ropa de calle, poniéndote luego á disposicion de doña Brígida, mi ama de gobierno, por si ella necesita que vayas á comprar algo: te enseñaré á limpiar las escopetas y á cargar cartuchos, vendrás conmigo de caza para llevarme el morral y cargar con las piezas que mate: en los viajes estará á tu cargo la maleta, los comestibles y los perros: cuando se estravie algo te reviento.

—¡Ji, ji, ji!—contestó Jesús.

—Puedes reirte todo lo que quieras pero procura que no llegue el dia que esa risa se convierta en llanto. Cuando yo caze, vendrás conmigo, como te he dicho, llevarás la mano que yo te indique sin hacer ni mas ni menos que lo que te encargue: cuando caiga una perdiz de *ala* ó de *torre,* tendrás especial cuidado en fijarte bien en el sitio en que dé el *gachapazo* y si por torpeza tuya desorientas á los perros indicándoles un sitio distinto de aquel en que cayera, te reviento.

—¡Ji, ji, ji!—repitió por tercera vez Jesús, pero con menos espansion que las dos anteriores pues iba comprendiendo la difícil mision que le habia tocado en la tierra.

—En una palabra,—añadió Alejandro,—harás todo aquello que yo te mande; serás mudo, sordo; no tendrás voluntad propia; y yo en pago de estos servicios te daré seis duros mensuales, comido y vestido; y si llegas á soportarme doce años te regalaré como premio de tus buenos servicios, mil duros.

—¡Mil duros!—exclamó Jesús retrocediendo espantado.—¡Mil duros!

Y dos enormes lágrimas asomaron á sus ojos.

¡Aberraciones de la naturaleza! El pobre muchacho se habia reido siempre que su amo le amenazaba con reventarle y se echaba á llorar en cuanto le ofrecia mil duros.

Hay criaturas que nacen destinadas á recibir palos, los golpes les producen menos efecto que los halagos.

IV

Pero digamos algo del desventurado Jesús.

Era un muchachote, un zagalon de diez y ocho años recien llegado de Galicia, con cara de luna llena y mofletes colorados como tomates; su frente era aplastada y ancha y su boca sin la menor espresion dejaba caer sus extremos hácia la barba, signo característico de la imbecilidad.

Sus ojos grises y apagados parecian fijarse sin ver nada, su cabeza era una especie de pelota prolongada por el cogote y cubierta de ásperos y abundantes pelos rojos. Se conocia que las paredes del cráneo que encerraban la masa encefálica de Jesús debian tener un grueso de tres pulgadas, dejando muy poca cabida para el cerebro por cuya razon las ideas no tenian espacio para revolverse dentro de aquel cráneo.

Al pobre Jesús no le cabian dos *cosas* en la cabeza, y habia probado muchas veces que cuando queria retenerlas luchaban la una con la otra hasta el punto de hacerse pedazos quedando ambas inservibles.

Pero la naturaleza, siempre sábia y justa, lo que le habia quitado de inteligencia se lo habia dado de resignacion y buena voluntad y el pobre muchacho lo sufria todo riéndose como un bienaventurado estúpido.

Jesús servia á la mesa de su amo. Una noche entró en el comedor llevando con mucho cuidado una fuente de carne en salsa.

Alejandro observó que por los bordes de la fuente chorreaban algunas gotas de salsa y dijo:

—¿Por qué no has limpiado esa salsa que cae?

—¿Por dónde, señorito?—preguntó Jesús.

—Por bajo, animal.

Jesús volvió la fuente de arriba abajo como podria haberlo hecho con un plato vacío, y es claro que la salsa y las tajadas cayeron sobre la mesa salpicando la pechera y el rostro de Alejandro que arrojó con rabia el pan que tenia en la mano al testuz de su criado.

Jesús comprendia que habia hecho una barbaridad de á fólio: se mordió el lábio inferior, abrió todo cuanto pudo sus ojos y sin apercibirse del panecillazo que le habia dado en la cara se quedó mirando á su amo, que al ver aquella estúpida fisonomía no pudo contener una carcajada.

El pobre Jesús era poco andarin y como todos los muchachos robustos sufria los afines de la salud manifestados en diviesos y sabañones, que le daban mucho que rascar y bastante que sentir.

La caza le gustaba mas en el plato que en el campo, pero era preciso resignarse y seguir á su incansable amo, dando *manos* arriba y abajo con el morral á la espalda y cargado muchas veces como una acémila con quince ó veinte piezas de caza.

En estos momentos angustiosos, Jesús para reanimar sus fuerzas pensaba en los mil duros que le habia ofrecido su amo y esto vigorizaba su robusto cuerpo de un modo prodigioso.

Además el pobre muchacho estaba muy contento de su amo, que á trueque de algunos pescozones y punteras repartidos alternativamente le alimentaba bien, le vestia mejor y no escaseaba las propinas.

Siempre que Alejandro y Jesús llevaban una *mano cerrada* el infeliz muchacho iba diciendo para su capote:

—Dios quiera que no *arranque* una liebre hácia mis piernas porque mi amo hace fuego á todo lo que corre y á todo lo que vuela, sin reparar lo que tiene delante.

Y efectivamente, al año de servicios Jesús habia recibido tres docenas de perdigones en las extremidades de su cuerpo, pero como cada perdigon que perforaba su carne le valia un duro, el muchacho se iba connaturalizando á las rociadas de la escopeta.

V

Así trascurrieron dos años, sin suceder nada digno de mencion; el pobre Jesús se afanaba por complacer á su amo, ya iba aprendiendo algo, se hacia como vulgarmente se dice á las mañas del cazador, pero sacaba la oreja de vez en cuando para no desmentir su probada imbecilidad.

Un dia se hallaban cazando en Valdelatas, y como Alejandro observó que Jesús llevaba colgados de un palo diez y seis conejos y dos liebres, compadecido del pobre muchacho, le dijo:

—Vete á casa, deja todo ese peso y vuelve al momento.

Jesús dió media vuelta y se alejó de su amo.

Pasó una hora, dos, tres, se hizo de noche y Alejandro de mal humor por la tardanza de su criado se dirigió á la casa del guarda.

—¿Y Jesús?—preguntó.

—No le hemos visto desde que salió con usted esta mañana.—contestó el guarda.

—¿Cómo que no? si le he dicho que viniera á traer los conejos.

—Pues no ha venido.

—Entonces de seguro le ha pasado algo.

Alejandro y el guarda estuvieron buscando á Jesús por el monte hasta las diez de la noche; á esa hora, viendo que eran inútiles sus pesquisas y no respondiendo nadie ni á las voces ni á los tiros disparados al aire, volvieron á casa persuadidos de que al pobre muchacho le habia sucedido alguna desgracia.

Al amanecer, Alejandro se despertó y oyó unos ronquidos sonoros y acompasados cuyos ecos le recordaban la robusta respiracion de una persona conocida.

Se incorporó, encendió la bujía y con ella en la mano salió de la alcoba.

En el sofá de la sala dormia profundamente Jesús esperando las órdenes de su amo.

Alejándro dejó la bujía sobre la mesa, cogió á Jesús por una oreja con gran detrimento de los sabañones y le levantó en vilo.

El criado dió un grito, puso una fisonomía imposible de describir: pero cuando reconoció á su amo, se echó á reir con toda la boca.

Esta risa formaba un contraste cómico con los enormes lagrimones que se desprendian de sus espantados ojos.

—Animal, ¿dónde has estado desde ayer al mediodía?—le preguntó Alejandro.

—¡Toma, en Madrid!

—¿Y á qué has ido á Madrid?

—¿No me dijo usted que llevara los conejos y las liebres á casa?

—Sí, pero... ¿los has llevado á la casa de Madrid?

—Sí, señor.

El pobre Jesús, por obedecer al pié de la letra las órdenes de su amo, habia hecho una caminata de seis leguas cargado como una acémila.

Alejandro compadecido de la estupidez de su criado, le cogió por la solapa de la chaqueta y le dijo:

—Desde hoy queda prohibido llamarte Jesús: es un nombre demasiado respetable para que lo lleve un espíritu de tu ralea; te llamarás Gedeon.

—¿Pero quién era ese Gedeon?—preguntó el muchacho, que no comprendia

el enojo de su amo, despues de la caminata que se habia echado al cuerpo por servirle.

—Gedeon era un animal en forma de hombre, una inteligencia estúpida, un bruto que al sacudirle caian bellotas de su cuerpo.

Y como al mismo tiempo Alejandro le zarandeaba, el pobre muchacho miró hácia el suelo como buscando las bellotas de que acababa de hablarle su amo.

Desde aquel dia el criado de nuestro héroe se llamó Gedeon, y así seguiremos llamándole nosotros en el trascurso de la presente historia.

VI

Era el mes de diciembre. Alejandro y Gedeon se hallaban cazando en la Alcarria, en *Monteredondo,* gran criadero de liebres y perdices.

Una noche cayó una de esas nevadas que trasforman la topografía del país cubriendo las sinuosidades del terreno.

Cuando Alejandro se levantó, al abrir la ventana de su cuarto, el horizonte que se extendia ante sus ojos era majestuoso.

El cazador *impenitente* permaneció algunos minutos contemplando el poético panorama y luego, frotándose las manos con marcadas muestras de alegría, se dirigió á la cocina donde la guardesa y Gedeon estaban preparándole las migas, su invariable desayuno.

—Hoy voy á hartarme de matar liebres,—dijo;—la ley prohibe cazar en dias de nieve; pero yo no entiendo de prohibiciones, cuando estoy en el monte.

Alejandro gozoso, satisfecho ante la perspectiva de caza que tenia delante, se comió con gran apetito un plato colmado de migas, se bebió un vaso de vino, encendió un cigarro y cogiendo la escopeta, dijo:

—Gedeon, ata los perros: hoy no los necesitamos para nada; luego coge el morral sin olvidarte del frasco de cognac.

Gedeon exhaló un suspiro. ¡Se hallaba tan bien en la cocina al amor de la lumbre!... Y por otra parte aquella nieve le hacia pensar en sus sabañones, le daba miedo; pero resignado como un filósofo con su suerte, cogió el morral y un palo y siguió á su amo, pensando que él seria el mas feliz de los hombres el dia en que su señorito se dejara de su maldita aficion á la caza.

Apénas habian andado quinientos pasos, Alejandro vió la huella de una liebre sobre la nieve y comenzó á seguirla con la escopeta preparada.

La huella del herbívoro se perdió junto á una gran maraña festoneada por la nieve.

—Aquí está,—dijo Alejandro.—Vamos Gedeon, entra por detrás de la mata dando palos; yo desde este alto domino el terreno y podré tirarle mejor.

Gedeon vió que iba á llenarse de nieve hasta las orejas: pero obedeció con la paciencia de un mártir.

Salió la liebre y la mató Alejandro exhalando un grito de gozo.

Gedeon cogió el caliente rumiante, lo *apioló,* operacion que le habia enseñado su amo, y ambos continuaron buscando huellas.

Así se mataron cinco liebres y tres perdices.

Alejandro estaba contento. Gedeon rabiando de sus sabañones, tiritando de frio y sin poderse explicar cómo su señorito, pudiendo estarse bien sentado al calor de la chimenea, se gozaba arrostrando la inclemencia de aquel horrible dia.

De pronto Gedeon, que iba detrás entregado á sus tristes reflexiones, se detuvo lanzando un grito de espanto: su amo habia desaparecido entre la nieve, se habia hundido hasta el cuello.

Gedeon quiso correr al auxilio de su amo: pero este que providencialmente al caer en un hoyo que habia igualado la nieve, llevando la escopeta colocada en el gancho del pecho, el arma se habia quedado enganchada por los dos extremos, y Alejandro se habia agarrado á ella con la desesperacion del náufrago que se ahoga.

El cazador no se explicaba esta casualidad que habia evitado el que se hundiera por completo en la nieve, y temiendo que á Gedeon le sucediera lo mismo, le gritó:

—¡No te acerques!

Gedeon se quedó parado: el pobre muchacho no comprendia la prohibicion de su amo; él calculaba muy natural auxiliarle en aquel trance aflictivo.

Mientras tanto Alejandro, agarrado á los cañones de la escopeta, colgado de ella por decirlo así, revolvia los piés á derecha é izquierda buscando un apoyo, pero todo era en vano: debajo de él solo existia el vacío, la muerte: comprendió que si se desprendia la escopeta irremisiblemente la ley de gravedad le arrastraria al fondo de aquel pozo y entonces su salvacion era imposible.

A pesar del peligro, estaba sereno y procuraba trasmitir su serenidad al pobre Gedeon, prohibiéndole que se acercara porque calculaba que al hacerlo sin las precauciones necesarias, en vez de auxiliarle, podia muy bien caer en el pozo de nieve y entonces se perdia toda esperanza de salvacion.

Gedeon, viendo á su amo en tan inminente peligro, se echó á llorar amargamente.

Gedeon,—le dijo Alejandro que tenia el rostro amoratado por el frio de la nieve y los titánicos esfuerzos que hacia manteniéndose colgado de la escopeta. —Gedeon, quítate la faja y tírame una punta para que yo la coja, pero sin acercarte mucho, no vayas á caer como yo.

Gedeon llevaba una enorme faja negra de estambre, se la quitó y le tiró una punta al amo quedándose él con la otra.

Alejandro sin soltar la escopeta con la mano derecha, cogió el extremo de la faja con la izquierda, diciendo:

—Sujeta con todas tus fuerzas el extremo de la faja y agárrate á ese chaparro: como sueltes me voy al fondo y me ahogo, no te digo mas.

—¡Yo no suelto, yo no suelto!—repitió llorando Gedeon que confiaba en la robustez de sus fuerzas.

Alejandro se pasó la faja por debajo de los brazos, se agarró luego con las dos manos sin soltar la escopeta y dando á su cuerpo un empuje violento y vigoroso, gritó:—¡Tira ahora, Gedeon, tira ahora!

Alejandro se hundió completamente en la nieve, pero el vigoroso esfuerzo de Gedeon le arrastró sacándole hasta los bordes del pozo.

Cuando Alejandro se vió fuera, se puso en pié con ligereza y dijo limpiándose la nieve del rostro y del cuerpo:—¡Gracias Gedeon, me has salvado la vida! cuando vayamos á Madrid, en pago del buen servicio que me has prestado te daré trescientos duros.

Gedeon bendijo desde el fondo de su alma la nevada y el pozo de nieve que le habian proporcionado aquella fortunilla.

VII

Despues de esta aventura *desventurada* regresaron á la casa del guarda.

Aquella noche Alejandro comenzó á sentirse molestado por una fuerte destemplanza y grandes dolores en el pecho y en los hombros, y comprendiendo que aquello podia ser el principio de una enfermedad, regresó á Madrid con gran alegría de Gedeon.

Y efectivamente, nuestro héroe llegó á su casa en bastante mal estado, se llamó al médico y durante un mes luchó entre la vida y la muerte.

La juventud y la robustez de su naturaleza le salvaron, pero los principios de un reumatismo quedaron en la sangre.

Cuando pasó el peligro, cuando entró en el período de la convalecencia, Alejandro encerrado en su gabinete, iba poco á poco fortaleciendo su cuerpo de los quebrantos que le habia causado el catarro pulmonal.

A medida que el cuerpo se fortalecia, Alejandro pensaba en la escopeta, en las nuevas campañas venatorias que estaba dispuesto á emprender.

Para matar las horas, que se le hacian interminables, leía con avidez un tomo de zoología y en particular la historia del subgénero perdiz.

De vez en cuando dejaba aquel tomo sobre sus rodillas y en voz alta exclamaba con el acento que indudablemente empleó Don Quijote para comentar los libros de caballería:

—Yo no podré llamarme cazador hasta que realice el plan que bulle en mi cerebro; yo quiero que las obras venatorias consignen mi nombre llevándole á la posteridad como consignaron el de otros cazadores famosos; para eso es preciso que yo haga algo mas de lo que he hecho hasta el presente, necesito crearme una fisonomía propia: otros se la crearon matando leones, panteras y elefantes, yo me la crearé matando perdices. La zoología consigna diez y siete variedades de gallináceas del subgénero perdiz; yo solo conozco una, quiero conocer las demás, vaya si las conoceré. Soy libre, independiente, rico, ¿quién podrá impedírmelo?

Y Alejandro, despues de dirigir una mirada amenazadora en derredor suyo y como si buscara enemigos á quienes combatir, encendia un cigarro y abriendo el tomo que tenia sobre las rodillas, y dejando asomar una sonrisa de satisfaccion á sus lábios, exclamaba:

—Será un viaje delicioso, escribiré mis impresiones, mis aventuras; seré útil á la humanidad y á la ciencia, recorreré el mundo con la escopeta al hombro y acompañado de mis leales amigos *Fanor* y *Gedeon* (*Fanor* era un perro); comenzaré por matar perdices *grises* en Francia y Alemania, *bartebelas* de doble tamaño en Grecia, *cambras* con collar en los ásperos barrancos de Berbería, *blancas perlinas* en las fecundas márgenes del Nilo, *encarnadas* en los Países Bajos, de *vientre amarillo* y brillantes como el oro bañado por los rayos del sol en las incultas selvas del Senegal, *torqueoladas magucopolas* en las incultas soledades de Bengala, *gulases* en la India, *deainan-ham* en los elevados montes de la Pasarangua, *bermejas* en las nevadas sierras de Coroman, *oculadas* en la ardiente Java; y

despues de recorrer el mundo y de reunir muertas por mi escopeta la mas rica coleccion del subgénero perdiz, regresaré á España y podré decir á los cazadores: ¡Pígmeos! ¡Átomos! ¿Qué habeis hecho vosotros para enorgulleceros con el nombre de cazador? Matar conejos, voltear liebres, cazar alondras con espejuelo, sorprender á la indolente codorniz, perseguir á la estúpida chocha; y todo esto bajo el hermoso cielo de España, sin correr el menor peligro, al lado de vuestra casa; y luego en los cafés, en los bazares de armas, pregonareis á voz en cuello vuestros méritos, vuestras proezas, y tendreis la poca vergüenza de decir que *la caza es la imágen de la guerra*. Para adquirir el título honroso de cazador de pura sangre, es preciso hacer lo que yo he hecho: matar perdices entre las garras de los tigres, de los leones y las trompas de los elefantes. ¡Sed como yo útiles y arrodillaos delante de las diez y siete especies de gallináceas del subgénero perdiz, muertas por mi mano, y regaladas á la Historia Natural para asombro de las generaciones venideras!...

Despues de este discurso Alejandro, satisfecho de sí mismo, cerraba los ojos y reclinando la cabeza sobre el respaldo de la butaca, veía revolotear con los ojos de la imaginacion las diez y siete especies consignadas en los tratados de zoología.

El pobre Gedeon escuchaba algunas veces desde la puerta los discursos de su amo, y exhalando un suspiro pensaba que no debia ser muy grato arrancar las perdices de las garras de los leones y los colmillos de los elefantes.

La enfermedad, en vez de aminorar, habia desarrollado la aficion de Alejandro. En vano su buena nodriza y su honrado administrador se desvelaban dándole consejos para que moderara su aficion ciega á la escopeta; nuestro héroe, ya lo hemos dicho, era un cazador *impenitente, perseverante, obstinado en la culpa hasta la muerte*.

—¡Ah! ¡Si este chico se enamorara de alguna muchacha!—solia exclamar doña Brígida.—¡Si tuviéramos la suerte de que se casara!

—¡Ah!—exclamaba á su vez don Canuto.—Eso seria una fortuna para sus intereses y para su salud, porque el matrimonio es un freno que domestica á los mas rebeldes.

La casualidad, siempre madre de grandes acontecimientos, estuvo á punto de favorecer los deseos del administrador y el ama de gobierno de Alejandro.

Una tarde Alejandro salió al balcon, y en vez de dirigir los ojos hácia la izquierda, los dirigió hácia la derecha y vió á una jóven que estaba colocando una hoja de escarola en los alambres de la jaula de un canario.

El cazador miró á aquella jóven, protectora de los animales, con bastante insistencia, y la encontró excesivamente bonita.

Aquella noche entre las perdices, las liebres y las chochas que pasaban por su imaginacion, pasó tambien la encantadora cabecita de su vecina.

Al dia siguiente, Alejandro se asomó al balcon: la dueña del canario se hallaba casualmente colgando la jaula para que su avecilla de color de oro pálido disfrutara de un rayo de sol.

El canario se puso á cantar en agradecimiento de las consideraciones que le tenia su ama, y este canto fué el pretexto para que los dos vecinos cambiaran algunas palabras.

A la hora del almuerzo Alejandro preguntó á su nodriza si conocia á la vecina del cuarto de al lado, y doña Brígida dió informes tan ventajosos de la dueña del canario que el cazador durante el almuerzo permaneció distraido.

Por primera vez cruzó la idea del matrimonio, haciéndole cosquillas, por el corazon de nuestro héroe.

Reasumiendo: Alejandro declaró en forma su amor á la vecina, esta declaracion tuvo buen éxito; durante quince dias el amor le hizo olvidar la escopeta, y doña Brígida, don Canuto y Gedeon estaban locos de contentos.

Como Alejandro era un hombre impresionable y vehemente, resolvió casarse por la posta, pidió la mano de la novia, encargó á un agente matrimonial los documentos necesarios para el caso; todo estaba dispuesto, solo faltaba ir á la calle de la Pasa con los testigos y recibir la bendicion del sacerdote al pié de los altares.

Pero estaba escrito: Alejandro recibió una carta la víspera del dia designado para entrar en el *gremio*.

La carta decia así:

«Querido Alejandro: Tenemos una *entrada* de chochas nunca vista: ayer maté diez y nueve, y estuve lo mas chambon que puedes imaginarte; te espero con impaciencia, vente porque de seguro no te verás nunca en otra.»

Alejandro dió un salto, llamó á Gedeon, dispuso con rapidez el equipaje y olvidándose de sus compromisos y de su novia, salia aquella misma tarde en el tren express del ferro-carril del Norte.

Esta expedicion duró todo el mes de diciembre. Alejandro mató muchas chochas, pero al regresar á Madrid doña Brígida con las lágrimas en los ojos, le dijo que la vecina se habia mudado de cuarto, y que lo mismo era hablar de él que hablarle del demonio.

Alejandro que no habia nacido para casarse, se encogió de hombros y dijo con imperturbable serenidad:

—Despues de todo, me alegro, porque aun soy demasiado jóven para contraer matrimonio.

VIII

La proyectada expedicion universal contra las perdices, volvió á preocupar á Alejandro.

Una mañana se hallaba tomando café en su gabinete y Gedeon de pié cerca de su amo esperaba sus órdenes.—Gedeon,—le dijo Alejandro,—estoy resuelto á emprender mi famosa expedicion contra las diez y siete especies de perdices conocidas y espero que tú me acompañes, quiero que compartas conmigo las grandes satisfacciones, los grandes peligros y las grandes penalidades que han de salirnos al encuentro.

Gedeon sintió por todo su cuerpo un escalofrio y se le puso la carne de gallina.

El pobre muchacho se reia con la boca y lloraba con el corazon.

—Saldremos de Madrid,—repuso Alejandro,—á mediados de marzo, cuando comience á preludiar el hermoso tiempo de la primavera; nuestro viaje durará cuatro ó cinco años, ¡ya verás qué agradablemente pasamos el tiempo!

Gedeon tuvo que apoyarse en una silla para no caerse.

—¡Qué espectáculos tan sublimes vamos á presenciar! oiremos durante la noche el silbido de las culebras, el rugido de las panteras y de los leones, el mugido del hipopótamo y del elefante, y toda esta armonía de la naturaleza arrullará nuestro sueño disfrutado dulcemente entre las movibles ramas de los gigantescos árboles de los bosques.

Gedeon sintió que el sudor corria gota á gota por todo su cuerpo.

—Presenciaremos esas majestuosas tempestades de los trópicos, veremos cruzar el rayo por el éter, inflamarse la atmósfera con las emanaciones de los volcanes; presenciaremos la irritada cólera de los mares, elevándonos unas veces hasta el cielo, y hundiéndonos otras hasta los profundos abismos: indudablemente tendremos que mantener luchas titánicas con los salvajes del centro del Africa, defender nuestros cuerpos de la famélica voracidad de los antropófagos, luchar con los hombres, con las fieras, con los elementos... ¡Ah! ¡qué placer tan grande!... ¡Esto ensancha el corazon!...

Gedeon miraba á su amo sin verle, porque poco á poco se iba apagando la luz de sus ojos.

—Tú irás armado, querido Gedeon, armado hasta los dientes; llevarás una carabina norte-americana del sistema *Menchister*, de diez y ocho tiros, un rewolver y un cuchillo de monte: yo te enseñaré en los ratos perdidos el manejo del arma y el modo de hacer la puntería. ¡Qué satisfaccion tan grande será para tí el llevar á cabo proezas que han de ser la gloria de tus descendientes, que han de consignar tu nombre en las páginas de oro de la historia!...

Gedeon sintió que se le desvanecia la cabeza y que todo daba vueltas en derredor suyo.

—Figúrate, querido Gedeon, un enorme cocodrilo que sale arrastrándose pausadamente de entre las espadañas que bordean un rio; se para delante de tí, abre su enorme boca capaz de tragarse á un buey, te enseña su triple fila de dientes que trituran el diamante, se va acercando poco á poco y relamiéndose el hocico como si ya te estuviera saboreando; pero tú impertérrito y firme le apuntas con serenidad al único punto vulnerable de su cuerpo: al ojo, das gusto al dedo y...

Gedeon no pudo mas y cayó tan largo como era á los piés de su amo.

Al pobre muchacho le habia hecho tal efecto la espantosa descripcion de Alejandro, que llegó á sentir por todo su cuerpo las mordeduras de la triple fila de dientes del cocodrilo y se desmayó.

Socorrieron al pobre Gedeon con los remedios caseros que se emplean en semejantes casos, y una vez restablecido, Alejandro le dijo:

—Veo que te ha impresionado mi relato, y eso me demuestra que tienes corazon y sensibilidad para apreciar las cosas. ¡Quien sabe si debajo de tu tosca corteza se oculta el alma de un viajero intrépido! La criatura no sabe nunca para lo que nace, el tiempo solo le revela la verdad.

Gedeon pensó que para lo que habia nacido, si su amo realizaba el descabellado viaje, era para morir sacrificado por una fiera ó por un antropófago, lo que le hacia poquísima gracia.

IX

En las horas que le dejaba libre la escopeta, Alejandro se entregaba con avidez á la lectura de la historia natural y de los grandes viajeros del universo.

Estudiaba con gran detenimiento los países que debia recorrer, hacia apuntes

detallados de todas aquellas cosas que podian serle útiles, formando un itinerario de las ciudades adonde su administrador debia remitirle fondos.

Mientras tanto doña Brígida le pedia á Dios con la fervorosa fé de un creyente que apartara del pensamiento de su hijo la descabellada idea del viaje; don Canuto suspiraba, y el pobre Gedeon pasaba las noches víctima de terribles pesadillas, viendo en el fondo de su alcoba garras de tigres, bocas de cocodrilos y trompas de elefantes; estas visiones le quitaban el sueño y le ponian los pelos de punta.

Un dia Gedeon se hallaba en la cocina, y como vivia sobresaltado, oyó un terrible campanillazo que le hizo dar un salto.

Era su amo que le llamaba.

Gedeon entró precipitadamente.

—¡Abrázame Gedeon,—le dijo Alejandro saliendo á su encuentro,—acabo de hacer un gran descubrimiento!

Gedeon abrazó á su amo, pero con algun recelo, pues iba temiendo que el juicio de su señorito no estaba muy firme.

—¿A tí te gustan los ajos?—le preguntó Alejandro.

Esta pregunta corroboró las sospechas de Gedeon, que sonriéndose á su modo, dijo:

—Sí, señor.

—Me alegro, porque te prevengo que he descubierto un subgénero de perdiz mas y para reunirla á mi coleccion iremos tambien á la Fócida, á esa famosa region de Grecia; allí conocerás á los descendientes de aquellos héroes que antes de comenzar una batalla ceñian á sus frentes el laurel de Apolo. Cuando recorramos el poético golfo de Corinto, ya te diré yo quién era Apolo y sus nueve hermanas, porque supongo que ahora no lo sabes.

—No señor, no conozco á ninguna de ellas,—contestó Gedeon ingénuamente.

—Visitaremos las marítimas costas de Chyra; sobre aquellas areniscas playas pasea la perdiz que he descubierto y que bien podremos llamar perdiz *focense*. Es la única de las especies conocidas que no se come, porque su carne tiene un olor nauseabundo á ajos podridos, que dan náuseas y producen cólicos; pero nosotros, querido Gedeon, la comeremos; por eso te he preguntado si te gustaban los ajos.

—Pero señor, ¿y si al comerla reventamos?—preguntó Gedeon.

—No importa; la comeremos, es preciso hacer sacrificios por la ciencia, ¿porque cómo quieres tú que yo describa el sabor de la perdiz *focense* sin haberla probado?

—Entonces la comerá usted solo, señorito.

—Ya te he dicho que desde el momento en que salgamos de Madrid serás un amigo, un compañero de viaje que compartirás conmigo las glorias y las fatigas, quiero que tu nombre llegue á la posteridad unido al mio.

Gedeon comprendió que no le quedaba otro remedio que ser el héroe por fuerza y dejar que su amo inmortalizara su nombre.

X

Llegó por fin el mes de marzo: comenzó la primavera á preludiar su poético reinado, se llenaron de blanca flor los almendros y de violados penachos las lilas.

Alejandro resolvió emprender el dia veinte la famosa expedicion.

Ni súplicas, ni lágrimas, ni consejos, le hicieron desistir, porque no basta para convencer á un cazador *impenitente* ni la elocuencia de Platon, ni la paciencia de Job, ni la dulzura de Virgilio.

Gedeon viendo á su amo disponer todo lo necesario para el viaje, estaba aturdido, daba vueltas por la casa como un palomino atontado, y cuando sus ocupaciones se lo permitian, se encerraba en su cuarto, se tendia en su cama, y derramando un mar de lágrimas, exclamaba:

—¡Se nos comen! ¡Se nos comen! El pedazo mas grande que va á quedar de nosotros será una oreja.

Tres dias antes de partir, Gedeon escribió una carta á su familia, que en una modesta aldea de *El Valle de Oro,* envidiaba la felicidad que al pobre Jesús le habia tocado en suerte en Madrid con un amo tan bueno y tan generoso.

La carta decia así:

«Mis queridos padres, hermanos, primos y demás parientes: Ante todo encargo á ustedes que saluden al señor cura en mi nombre y díganle de mi parte que me encomiende á Dios en sus oraciones, porque segun parece van á llover sobre mí todas aquellas plagas de Faraon, que nos contaba en la cuaresma desde el púlpito, haciéndonos llorar á todos los vecinos del pueblo, grandes y pequeños, hombres y mujeres.

»Sabrán ustedes que segun parece dentro de pocos dias nos vamos yo y el amo, sin otro objeto que el de matar perdices entre las garras de los tigres, las trompas de los elefantes, las bocas de los cocodrilos, y comeremos las *fócidas* podridas que saben á ajos, dan vómitos y dolor de tripas.

»Mi amo asegura que todo esto será muy bueno para mis hijos, cuando los tenga; pero yo para mí pienso que si los salvajes se comen el padre antes de tener hijos, no sé cómo puede ser bueno para los que aun no han nacido; pero él lo dice y será verdad, porque un criado humilde como yo debe ser obediente.

»Pero de todas estas cosas, el señor cura, que es un pozo de ciencia, les enterará á ustedes, pues yo con el tal viaje tengo la cabeza lo mismo que una olla de grillos y me suben del estómago ciertas cosas que me tienen muy removido.

»Dice mi amo que en este famoso viaje que vamos á emprender para gloria de Madrid y de Galicia, tan pronto tocaremos el cielo con las manos como los profundos abismos con los piés, y que todo irá bien si no nos rompemos el bautismo en una de estas subidas y bajadas.

»Como yo no sé adonde me llevan y no las tengo todas conmigo, por lo que pueda tronar y pensando como conviene á un hijo de mi tierra, he dejado todas mis economías, que suben á trescientos veinte y cuatro duros, en la Caja de Ahorros para que vayan ganando algo.

»Si muero nombro á mis padres herederos de ese capital, encargándoles dos misas de á peseta en la ermita del pueblo por el descanso de mi alma.

»Aunque tengo muchas cosas que decir á ustedes, no se me ocurre nada, solo que sepan que yo ya no me llamo Jesús sino Gedeon, porque dice mi amo que no debo llevar el nombre que me pusieron al bautizarme.

»Recen ustedes mucho por el pobre Gedeon, antes Jesús; si puedo ya les escribiré á ustedes, dándoles cuenta de mi persona, pues saben que les quiere mucho su hijo:—Jesús, Gedeon, Farrunco.»

Gedeon despues de escrita esta carta quedó mas tranquilo, la echó al correo y se dijo:

—Ahora sea lo que Dios quiera.

La carta de Gedeon llegó á la feliz aldea de *El Valle de Oro,* se leyó en familia á la sombra de un corpulento castaño; la presidencia la ocupaba el venerable cura.

A la primera vez no la entendió nadie, pero en cambio á la segunda la entendieron menos, y eso que el cura leia casi de corrido en su breviario; pero como entendieron perfectamente lo de la Caja de Ahorros, que era para ellos lo mas importante, guardaron la carta en el arca, se encogieron de hombros y dejaron al tiempo el cuidado de todo cuanto pudiera sucederle al pobre Gedeon.

Así las cosas, llegó la hora de la partida.

Doña Brígida lloraba como una Magdalena, viendo que iba á separarse de aquel á quien habia alimentado con el jugo de sus pechos.

Don Canuto daba vueltas por la casa, diciendo en voz baja:

—¡Es una calaverada! ¡Es una calaverada!

Por fin partieron Alejandro y Gedeon, el primero lleno de ardimiento y deseando matar las diez y siete especies conocidas del subgénero perdiz, y el segundo pensando en los antropófagos, en las garras de los leones, en los silbidos de las culebras de cascabel y en las trompas de los elefantes.

Alejandro salió de Madrid con la frente levantada como los héroes; Gedeon con la tímida sonrisa de los mártires en los lábios; el pobre muchacho llevaba el miedo en el corazon, las tinieblas en la mente y la estupidez en el semblante.

XI

Ya comprenderán nuestros lectores con cuánto placer seguiriamos á nuestros héroes describiendo detalladamente todas las portentosas aventuras que les sucedieron por Europa, Asia, Africa y América; pero para esto necesitaríamos una docena de tomos infólio que nosotros no tenemos tiempo para escribir en esta vida corta y finita, ni nuestros lectores paciencia para leer, aunque se hallaran tan desocupados como los reyes de piedra de la plaza de Oriente.

Forzoso será, por lo tanto, al menos por ahora, dejar en el mas profundo silencio las heróicas empresas, los gigantescos rasgos de valor que llevaron á cabo nuestros héroes.

A los dos meses de su salida de Madrid, don Canuto recibió una carta y un cajon. La carta era de Alejandro que le participaba que él y Gedeon gozaban de perfecta salud, y en el cajon encontró cuatro perdices disecadas, dos *grises* y dos *blancas perlinas* de Egipto.

La carta estaba fechada en el Cairo y describia algunas particularidades de la abundancia de perros vagamundos que circulan por las calles de aquella famosa ciudad de los Faraones.

Poco despues recibió otra carta y otro cajon con otro par de perdices muertas en las orillas del rio *Santo;* cuya inundacion habia sido aquel año tan famosa, que Gedeon, que la contemplaba desde una azotea, creyó que aquello era un segundo diluvio del que era imposible salvarse.

Sucesivamente y en períodos de tres ó cuatro meses don Canuto iba recibien-

do otras cartas y otros cajones de perdices disecadas de Alejandro, que el buen administrador iba colocando en el gabinete de su administrado bajo campanas de cristal.

La coleccion aumentaba: el espíritu de la nodriza y del administrador se iba tranquilizando, solo que por algunas palabras de la correspondencia de Alejandro sospechaban que les habian sucedido algunas aventuras desgraciadas.

Reasumiendo: trascurrieron seis años.

En el gabinete de Alejandro se hallaban colocados quince subgéneros de perdiz de las diez y siete conocidas en la zoología.

Don Canuto viendo aquel rico museo de diseccion, admirando aquellas gallináceas inmóviles que habian cantado sus amores en las regiones mas apartadas del universo, se frotaba las manos con satisfaccion, diciendo:

—Ya pronto dará la vuelta, pues solo faltan dos subgéneros *como él dice* en sus cartas. ¡Qué viaje, doña Brígida! ¡Qué viaje! ¡Ni los del capitan Cook se pueden comparar con él!

Y la verdad era que tanto don Canuto como doña Brígida se hallaban orgullosos de la heróica empresa de Alejandro.

Por fin se recibió una carta fechada en Tánger que decia:

«Realizado mi hermoso sueño, muertas y disecadas los dos subgéneros de perdiz que faltaban á mi coleccion, tan pronto como me restablezca regresaré á Madrid y tendré el gusto de darles un abrazo y hablarles de mis grandes aventuras.

»El pobre *Fanor* no existe, se lo ha merendado un cocodrilo; Gedeon y yo nos encontramos un poco averiados; de seguro que cuando nos vean ustedes entrar por la puerta no nos conocen: hemos sufrido mucho y hemos perdido algunos miembros de nuestros cuerpos.

»¡Pero qué importa! Nuestros nombres pasarán á la posteridad con aplauso y asombro de las generaciones venideras.»

Don Canuto y doña Brígida pensaban qué miembros serian los que habian perdido Alejandro y Gedeon y esto les preocupaba grandemente.

XII

Quince dias despues recibió don Canuto un parte telegráfico de Cádiz que decia lacónicamente:

«Mañana en el tren correo llegamos á esa.—Alejandro.»

Imposible seria describir la alegría de la nodriza y del administrador, hasta tal punto llegó que aquellos dos viejos se abrazaron con el entusiasmo de la juventud.

Doña Brígida dispuso un cocido de esos cuyo caldo resucita á un muerto, don Canuto arregló sus cuentas y dió un vistazo al gabinete de diseccion.

Aquella noche durmieron poco; una hora antes de la llegada del tren se hallaban en la estacion esperando á los intrépidos viajeros.

Un ómnibus á domicilio les esperaba para conducirles á casa.

Llegó el tren.

El administrador y la nodriza buscaron con las afanosas miradas del cariño á los que esperaban, y á no ser por una voz que pronunció sus nombres, los pobres viejos no encuentran á Alejandro ni á Gedeon.

—¡Eh, señora Brígida, don Canuto, aquí, somos nosotros!—gritaron desde la portezuela de un coche de primera.

Doña Brígida dió un grito y retrocedió.

De aquel coche bajaban dos hombres ó por mejor decir las dos terceras partes de ellos; á uno le faltaban las orejas y la nariz, vestia un traje abigarrado, estraño, especie de *poutpurri* universal y llevaba unas melenas rojas que le caian sobre la espalda; aquel hombre era Gedeon; al otro que le seguia le faltaba un ojo, un brazo y una pierna, cruzaban su rostro tres ó cuatro cicatrices; en cuanto á su traje tenia tambien una variedad pintoresca: este era Alejandro.

La gente comenzó á rodearlos con grandes muestras de curiosidad.

Mientras tanto doña Brígida y don Canuto, repuestos de la sorpresa, les abrazaban, les besaban y lloraban.

Dos mozos condujeron al ómnibus los trescientos mil cachivaches que llevaban los viajeros.

Como la gente les seguia en tropel ansiosa de contemplar aquellos dos séres extraños, Alejandro se volvió con tal ferocidad que la gente se contuvo retrocediendo.

—Mírenme ustedes bien, señores,—les dijo,—me llamo Alejandro, soy un cazador *impenitente,* que ha ido dejando por esos mundos pedazos de su carne y de sus huesos; este que ven ustedes es Gedeon, mi compañero de infortunio, á quien una mujer antropófaga se le comió la nariz, y un rey africano le cortó las orejas; ustedes podrán mirarnos con curiosidad, pero nosotros en cambio les miramos á ustedes con lástima, con compasion, como miran los gigantes á los pigmeos.

Y diciendo esto entró en el ómnibus con la altivez de un conquistador, aunque le costó algun trabajo, á causa de su pata de palo y su brazo de menos.

Alejandro traia cuatro enormes cajones llenos de armas y pertrechos de caza, verdadero museo, tan rico como original, donde se encontraba desde la rústica bolsa de piel de perro para las balas y el primitivo cuerno para la pólvora de los reyes *Mandingos* de la costa de Sierra Leona, hasta los mas refinados atavíos, ingleses, alemanes y norte-americanos.

Durante los ocho primeros dias de su llegada á Madrid, Alejandro se entretuvo en colocar lo mas artísticamente que le fué posible por las paredes de la sala y el gabinete, todos aquellos pertrechos, tan raros como originales, reunidos durante su famoso viaje.

Cuando terminó su obra, persuadido de que nadie tenia un museo venatorio mas rico que él y satisfecho de sí mismo, pasó la siguiente circular á la prensa madrileña:

SEÑOR DIRECTOR DEL PERIÓDICO...

«Muy señor mio y de toda mi consideracion: Un viajero universal que ha perdido en su expedicion un ojo, un brazo y una pierna, y ha logrado reunir á fuerza de ímprobos desvelos y penalidades la mas rica y completa coleccion del subgénero perdiz, tiene el honor de invitarle á un almuerzo para el jueves dia 15 del corriente á las doce de la mañana en esta su casa calle de Atocha número... y al mismo tiempo podrá usted examinar y apreciar con su reconocida inteligencia y no menos reconocida ilustracion las diez y siete especies de perdiz consignadas por los naturalistas en sus tratados de zoología.

»Aprovecho esta ocasion para ofrecer á usted, señor director, todos mis respetos y todas mis consideraciones. S. S. Q. B. S. M.—ALEJANDRO.»

Una docena de copias sacadas por don Canuto con letra clara é intachable limpieza fueron repartidas entre los periódicos mas populares de Madrid.

Llegó el dia del almuerzo, se almorzó bien, se brindó por la intrepidez del cazador *impenitente* y de su heróico criado Gedeon, se admiró el museo zoológico, las armas, los pertrechos de caza, en una palabra, Alejandro tuvo un verdadero éxito; los periodistas le abrazaron, le ofrecieron ser cada uno de ellos una trompa de la fama para esparcir por el mundo su glorioso nombre.

Excuso decir á ustedes que toda la prensa habló de Alejandro y Gedeon, que salieron sus retratos y sus biografías en las revistas ilustradas, y que durante un

mes fueron los héroes, los hombres á la moda y el pasto de la conversacion de los desocupados.

La verdad es que lo merecieron, porque empresas como la de Alejandro no las lleva á cabo todo el mundo.

Mientras tanto, don Canuto y doña Brígida rabiaban por saber cómo habia perdido Alejandro el brazo, la pierna y el ojo, pero nuestro héroe, que no queria desvirtuar sus portentosas aventuras, les dijo:

—Algun dia se publicarán mis memorias y entonces sabrán ustedes y sabrá el mundo, cosas que hoy ignoran; mientras tanto y para calmar la curiosidad de ustedes les diré que el ojo lo perdí en Asia, el brazo en América y la pierna en África.

—Pero señor, ¿cuando se quedó usted tuerto no perdió usted la aficion á la caza?—le dijo don Canuto.

—No: me mandé hacer una escopeta con la caja torcida hácia la izquierda, puesto que era el ojo derecho el que me faltaba, y seguí cazando.

—¿Y cuando perdió usted el brazo?

—Como era el izquierdo me hice un aparato con una horquilla para apoyar la escopeta y seguí cazando.

—¿Pero y al perder la pierna?—volvió á preguntar don Canuto.

Alejandro exhaló un suspiro, fijó una mirada en el administrador, y dijo con profundo y triste acento:

—Al perder la pierna pensé en Madrid, y le dije á Gedeon con los ojos llenos de lágrimas: «Amigo mio, esto se ha acabado, no es la fé la que me abandona, me siento con valor para recorrer el mundo en pos de otra especie del reino animal; pero la pérdida de la pierna derecha me imposibilita; es preciso resignarse, es necesario regresar á nuestra casa.»

Alejandro inclinó con profunda tristeza la frente sobre el pecho, y despues de una pausa, levantando la única mano que tenia hácia el cielo, exclamó:

—Tengo treinta y ocho años, la mejor edad para cazar, pero no hay remedio, es preciso *cortarse la coleta* como los toreros que se retiran.

—¿Y tú, pobre Gedeon, cómo perdistes las narices y las orejas?—preguntó doña Brígida.

—En África,—contestó Gedeon suspirando;—desgraciadamente se enamoró de mí una mujer salvaje, yo no quise acceder á sus deseos, y ella para probarme la firmeza de su amor, de un bocado me arrancó la nariz; pero apénas me habia

repuesto de aquella brutalidad femenina, el rey de la tribu, hombre excesivamente galante con las mujeres, me mandó cortar las orejas porque habia despreciado á una súbdita suya.

Y Gedeon dejando asomar dos lágrimas á sus ojos, añadió:

—Yo no siento mas sino que ahora cuando vaya á mi pueblo, me llamará todo el mundo Gedeon el desorejado, y este apodo no me lo quita ni á mí ni á mis hijos, si los tengo, ni el mismo emperador de la China en persona.

XIII

Alejandro, plenamente convencido de que habia quedado inútil para la caza, tuvo un gran pensamiento: casarse, dar al mundo una raza de cazadores *impenitentes* como él.

Solo una duda le asaltaba: si encontraria una mujer que se atreviera á casarse con él, tuerto, manco y cojo.

Pero, ¡oh, sublime abnegacion! ¡oh, rasgo digno de ser cantado por Homero! Como Alejandro tenia dos casas en Madrid, encontró una muchacha jóven, bonita y modesta que aceptó el único ojo, la única pierna y la única mano que le ofrecia el cazador *impenitente*.

Esta heróica muchacha se casó con Alejandro, y tuvieron muchos hijos, todos varones, todos cazadores *impenitentes, todos obstinados en la culpa,* porque sabido es que el hombre es el animal que menos escarmienta en cabeza agena.

Yo estoy seguro, querido lector, de que si eres un verdadero aficionado á la escopeta, habrás conocido ó conoces á algun descendiente del héroe de mi cuento, porque cuando se tiene la aficion á la caza bien sentada, cuando circula por las venas sangre cazadora, la *chifladura* es incurable, porque el cazador *impenitente* es *obstinado en la culpa hasta la muerte.*

. . . . . .

En cuanto al pobre Gedeon regresó á su *Valle de Oro* con una fortunilla de siete mil duros y aunque se hallaba *desnarigado* y *desorejado* encontró una fresca y rolliza *farruca* que se casó con él; tuvo muchos hijos para estender la estupidez del padre por el mundo, y cosa estraña, todos nacieron con narices y con orejas, lo cual causó grandes inquietudes á Gedeon sospechando si su mujer habria faltado á la fidelidad conyugal; porque él no podia esplicarse cómo de un padre sin orejas y sin narices, nacian hijos con narices y con orejas.

Pero afortunadamente el cura, que era un sábio, se encargó de disipar las nubes que oscurecian la limitada inteligencia de Gedeon.

¡Ah! Se me olvidaba decir á ustedes que por una casualidad ha caido en mis manos el manuscrito de los viajes del cazador *impenitente* y que cuando tenga tiempo y buen humor lo daré á luz para que sirva de solaz y esparcimiento á los émulos de San Eustaquio, San Huberto y San Antolin, tres buenos cazadores que se ganaron un rinconcito en el cielo matando reses en la tierra.

LA SEMANA SANTA EN SEVILLA.

POR D. NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.

CUADRO PRIMERO.

Por mas que se haya escrito sobre esta solemnidad religiosa, ni está ni estará jamás agotado un asunto, sobre el cual, no ya artículos sueltos, sino libros en fólio se pudieran escribir llenos de interés y amenidad, ora pintando el entusiasmo de la fé en los verdaderos creyentes, cuya raza, preciso es confesarlo, va disminuyendo de dia en dia; ora describiendo los *pasos* con sus bellísimas esculturas, el lujo de las imágenes, el traje de los penitentes, la suntuosidad de los monumentos y el carácter solemne que revisten todas las ceremonias eclesiásticas; ya hablando de la animacion del comercio que tan buen provecho saca de estas fiestas y solemnidades, reforzadas con los placeres de las profanas que les siguen como su apéndice y complemento; ya, en fin, notando el asombro y embeleso de los forasteros, especialmente, los de lejanas tierras, que van á la oriental Sevilla en busca de aromas, poesía é impresiones agradables.

Hoy por hoy, la ciudad del Bétis es la que lleva la palma por su gran saber y artístico entender en el modo de solemnizar este santo tiempo, y no es porque le

FUSTE

haya sido dada esta gracia de balde, ni en nuestros dias. De muy antiguo se consagró la piedad y el buen gusto de los sevillanos á representar los misterios y escenas de la pasion de Jesús, consumiendo en ello muchos caudales y empleando la habilidad de los mas consumados artistas; de suerte que si en otras ciudades, sirven de escándalo ó de irrision ante los ojos de una crítica severa, no se puede negar que en Sevilla se habia logrado á fuerza de arte, vencer las dificultades y escollos, propios de la representacion de misterios tan sublimes, sin caer en el otro extremo de lo ridículo.

Natural era, pues, que desarrollados los medios de comunicacion, se extendiese la voz y la fama, y entrase por esos mundos la curiosidad de presenciar una Semana Santa en Sevilla, como la hubo en tiempos pasados de asistir á un carnaval en Venecia y la hay ahora de gozar de una temporada en Niza ó en Lóndres.

Lógico era tambien, que los directores de los diarios y revistas, anduviesen con el ojo alerta para llenar sus columnas de reseñas, é *impresiones* de viajeros, asistentes á tan notables espectáculos, y en efecto, mas de una vez fuí encargado de dibujar á la pluma estos cuadros de dos caras, una de las cuales ostenta mucha piedad y devocion y otra una irreverencia concebible apénas en un pueblo católico.

Pero una cosa es describir aquello que se está acostumbrado á ver desde la infancia y otra lo que por vez primera nos sorprende. En ambos casos hay sus ventajas é inconvenientes. En el primero puede el autor ser mas exacto y minucioso, pero le falta el golpe de vista crítico y original del que juzga por sí y ante sí, sin que le hayan embotado la costumbre ni el juicio del vulgo.

De estos inconvenientes se halla libre esta reseña, puesto que si bien soy español y nacido en la ciudad que fundó Hércules, cercó Julio César, ganó San Fernando y bombardeó Espartero sin poder entrar en ella, al decir de los sevillanos por la proteccion que nos dispensaron sus dos patronas moderadas-históricas, Santas Justa y Rufina, hace muchos años que dejé las orillas encantadoras del Bétis: de manera, que cuando últimamente la visité por el tiempo Santo, cuanto veía, se hallaba revestido para mí de los caracteres de antiguo y conocido y de nuevo y sorprendente. A esta circunstancia vino á juntarse la de que un caballero castellano y devoto, que hacia el viaje á Sevilla como lo hiciera un peregrino á la Tierra Santa, me fué especialmente recomendado para que le acompañase y enseñase las maravillas de piedad y santo celo que en tales dias ofrecen las comunidades ó hermandades de la ciudad *Mariana* por antonomasia, á quien tal vez por esto llaman la tierra de María Santísima.

Pues, como digo de mi cuento, llegamos á la ciudad don Peregrino y yo en la noche del sábado vísperas del Domingo de Ramos. Anduvimos los principales hoteles y casas de huéspedes y todas se hallaban atestadas de forasteros. Al cabo se encontró un medio desvan en uno de los sitios mas céntricos, donde se alojó mi amigo por la módica suma de cinco duros diarios sin pitanza, cosa que le pareció un asalto de José María, sin mas diferencia de que este los hacia en Sierra-Morena y trabuco al ojo, y aquel le fué hecho con toda urbanidad y cortesía. Yo fuí á alojarme en casa de un antiguo amigo, padre de numerosa familia y conocido en Sevilla por su entusiasmo hácia las cosas de nuestra santa religion, no sin habernos dado cita para el dia siguiente muy de mañana, pues el cielo y el suelo estaban convidando á tales excursiones.

A orillas del manso Guadalquivir nos solazamos al dia siguiente con un vaso de pura y suculenta leche de vacas, en la agradable compañía de familias enteras que salen á respirar el perfumado ambiente. Damos un paseo por las Delicias, volvemos á desayunarnos, y comenzamos nuestras excursiones por los templos. La magnífica y severa catedral es el primero que nos seduce. Hállase ya *puesto* su altísimo y expléndido monumento, cubierto con unos grandes lienzos mientras se colocan las lámparas y cirios. Las gentes empiezan á congregarse en aquel vasto espacio, y por fin, escuchamos el canto de la pasion, como difícilmente se oye en templo alguno del universo. Los sacerdotes que ofician son verdaderos artistas irreemplazables por los mejores del teatro, y los recitativos del narrador, del que representa á Jesús, del que hace las veces de los jueces, y por último, el coro que representa al pueblo, son tan graves, solemnes, majestuosos y clásicos, que cerrando los ojos y trasportándose en imaginacion á la Judea, cree uno oir la misma voz del Nazareno, el acento de Pilatos y los ecos del pueblo deicida. No puede darse mayor congruencia y afinidad entre el argumento y la música, y el juez mas severo, no podrá menos de convenir en que mayor arte ni decoro, mayor propiedad ni perfeccion que la que preside á esta parte esencialísima del ceremonial en la gran basílica de Sevilla, ni puede conseguirse, ni siquiera imaginarse.

Presenciamos la continuacion de los oficios que realzan el acompañamiento grave, sonoro y armonioso del rey de los órganos, pulsado por uno de esos pontífices de la música sagrada de que tantos tesoros hay en España, y salimos á continuar nuestras excursiones.

En la tarde del domingo, *hace su estacion,* esta es la frase, la cofradía de San Juan de la Palma, saliendo de la iglesia de este nombre, sita en el barrio de la

Féria. Sus pasos representan, el primero, el prendimiento de Cristo, á que tambien llaman, del Silencio, y el segundo á la Vírgen María, acompañada de San Juan. Histórica ó cronológicamente considerados, debieran salir antes los que representan la entrada en Jerusalem y la Oracion del Huerto; pero las hermandades á quienes estos corresponden, tuvieron una existencia precaria, y unos años *se echaban á la calle* y otros no, segun los fondos. Ya por esta causa, ya porque los *sanjuanistas* tenian prescrito el derecho de salir á hora temprana en la tarde del domingo, generalmente rompe la marcha esta antigua cofradía. Cuando penetramos en el templo, estaban ya los dos pasos en las naves de la iglesia, uno frente al otro, recibiendo los últimos toques de perfeccion de mano de los sacristanes y camaristas, como son el arreglo de los floreros y velas de adorno que profusamente los embellecen, pues la *obra gruesa* de limpiar la cara á Herodes, componer las narices ó manos de algun sayon, y dar un baño de barniz al pedestal, se encomienda á algun escultor de la ciudad con la anticipacion debida.

A todo esto, la concurrencia, dentro y fuera de la iglesia, iba aumentando considerablemente. En la plaza contigua al templo veíase ya á la banda de música que debia cerrar la marcha, y junto á ella se formaban dos cuadrillas como de veinte esforzados atlantes, hijos de Galicia, que debian llevar sobre sus hombros los colosales *pasos*. El capataz ó *jefe del movimiento,* que en otros tiempos vestia su ropita de acristianar de paisano, estaba vestido con una especie de uniforme semejante al de los peones de la catedral en dia de fiestas de primera clase, y se ocupaba en arreglar las filas ó tandas segun la corpulencia de los cargadores. Por todas partes iban llegando nazarenos de túnicas blancas y negras. Los primeros la llevan blanca y abren la marcha, por asemejar su traje de penitente á la túnica de Cristo, como la nieve blanca, en señal de loco, *secundum scripturas,* y los de la segunda mitad, como en toda cofradía, llevan sus vestiduras negras como el manto de María, color simbólico de sus penas y viudez. Los mayordomos, hermanos mayores, diputados, cantores y sus acompañantes, el clero con capa y sobrepelliz, los acólitos, porta-mangas, cruceros, los hermanos de las bocinas y los de la canastilla, todos iban de acá para allá produciendo una confusion ordenada, como de gente avezada ya á tales funciones.

Yo no intento describir la Semana Santa *entre sacristias,* porque para esto necesitaria un volúmen. Aun fuera de bastidores, ó sea desde las calles y plazas, como uno de tantos, tendré que acortar el vuelo de la pluma. Así es, que dejo en el tintero la relacion de los accidentes, escenas y cuestiones técnicas ú oficiales,

sobre etiqueta, presidencia, precedencia y demás conflictos de órden que surgen en estos casos.

Pero dió la casualidad, que el cielo, que, hasta las dos de la tarde, habia mostrado su mejor y mas puro azul, quiso enturbiarse y encapotarse, olvidando sin duda, allá en las alturas, lo que en Sevilla se estaba tratando en favor, honor y aumento de la fé y honra de nuestra Santa Madre la Iglesia. Advierto á mis lectores, por via de paréntesis, que durante dos meses, no habia caido una mísera gota de agua llovediza, y excusado es decir, cómo estarian de humor los labradores.

Hallábase junto á nosotros una buena abuela, con su nieta, que en cuanto supo que amenazaba lluvia, se arrodilló, y exclamaba:

—¡Santo Cristo del prendimiento! ¡Por quien eres y lo que puedes, que no se diga que has dejado de salir, segun costumbre! Hace sesenta y cinco años que te sigo en tu estacion por esas calles, en descargo de mis pecados.....

—¡Señora! ¿Qué está usted diciendo?—interrumpió un hombre vestido á lo labriego y con una cara como un pan bendito.—¿Sabe usted la falta que nos hace un riego por esas tierras de Dios? ¡Vaya con la abuela y sus pecados! Pues, señora, me parece que ya tiene usted edad de recogerse á buena vida y no de venir á pedir...

—¡Déjela usted, hombre!—respondió un jóven que oyó la plática.—¿Cree usted que el Cristo del prendimiento va á escuchar á esta buena vieja ni á cuantos tienen interés en lucirse en esta cofradía? Lloverá ó no lloverá, segun la evaporacion que haya habido en la tierra.

En esto debieron caer, no gotas, sino goterones, porque el templo se vió invadido de gentes de todas clases buscando refugio. Los músicos y los gallegos fueron los únicos que quedaron á la intemperie, pues con ellos no rezaba el refran de:

El Domingo de Ramos
Quien no estrena, no tiene manos.

Como los vecinos de aquel barrrio son trabajadores, ninguno queria desafiar al elemento acuoso.

La iglesia se puso de bote en bote, y esto contribuyó á dificultar las operaciones que, en casos normales, se habrian hecho como en una bolsa. Oyéronse altercados y voces mas altas que lo que permite el diapason clerical. El hermano mayor, muy puesto de frac y corbata blanca, se hizo paso por entre la muchedumbre y salió á consultar la esfera celeste.

—¡Allá va don Pámfilo!—dijo un jóven que con otros, al parecer estudiantes, se hallaba cerca de nosotros.—Apuesto á que se figura, que en dando él la cara al viento, se van á disipar las nubes.

—Déjale en paz, hombre,—continuó otro.—Es el único dia del año en que luce y se da importancia. Si hoy no sale la cofradía, se cae muerto de repente. Su barbero, que es el que á mí me afeita, me dijo que en alisarle el rostro y rizarle el pelo, habia gastado todas las navajas y tenacillas de la barbería. Verdad es, que él tambien se gasta todo lo que gana por mangonear en las sesiones y cabildos de los hermanos capirotes.

—¡Caballeros, no murmurar!—dijo el tercero.—Estamos en tiempo santo, y en la casa del Señor; con que, ojo. Ustedes no saben el secreto de todo esto... ¡Ave María! ¡Don Capirote! ¡oh don Ca...!

—Calla, hombre, soy yo,—dijo un nazareno, vestido de blanco, que dió un codazo al pasar al interlocutor.

—¿Y quién eres tú?

—¿No me conoces?

—Álzate el capirucho.

A esta intimacion, el penitente se alzó el frontal, como lo hubiera hecho una máscara en carnestolendas.

—¡Vive Dios! ¡Quién demonio se habia de figurar!... ¿Y por qué te has vestido de payaso á lo religioso?

—Hombre, ya te diré. Estoy de prisa. Vete á la calle de las Sierpes, enfrente de la fonda de Europa, y lo sabrás todo.

—Pero, ¿sale ó no sale la cofradía?

—Eso depende. ¡Hasta luego!

Don Peregrino me tocó con el brazo y dijo *sotto voce:*—Vámonos, me siento incómodo.

—Eso quisiera yo,—respondí;—la atmósfera es sofocante; pero, ¿cómo romper por entre esa masa de fieles devotos? Esperemos un rato.

La conversacion interrumpida de los jóvenes, siguió de esta manera:

—¿Quién es ese?—preguntó uno.

—Un tuno de siete suelas. Tanta religion tiene él, como yo en las suelas de mi zapato. Pero está enamorado de una muchacha rica, cuyo padre se pirra por estas cosas de la iglesia, y se ha hecho hermano de todas las hermandades para congraciarse con el futuro suegro.

—¡Vamos! el hermano mayor don Pámfilo, como tú le llamas,—interrumpió uno de los jóvenes.

Un oleaje de la muchedumbre y las voces de: ¡Paso! ¡paso franco! puso término á este coloquio. Por un rompimiento de aquella masa, apareció un hermano capirote con el antifaz levantado, mostrando un rostro avinagrado y decisivo, y detrás iba el hermano mayor, sudando la gota gorda, dando en el suelo con la vara y exclamando:—¡La cruz á la calle! ¡pues no faltaba mas!

—Pero, señor,—responde el nazareno volviéndose hácia él.—¿Y el manto de Herodes?

—¡Qué manto, ni ocho cuartos! ¡La cruz á la calle! Aquí no manda nadie mas que yo.

—Es que va á tronar y el clero parroquial...

—No hay clero ni niño muerto. ¡Que truene ó que no truene la cruz á la calle, ó la pongo yo! ¡Ea! Hemos concluido.

Don Peregrino aprovechó aquella oportunidad y tirándome del brazo me sacó afuera. Estaba algo confuso con lo que habia visto y oido, pero con todo no quiso dejar el campo hasta ver en que paraba aquello.

Y ¡oh fortuna! parece que las nubes, olvidando los intereses y las penurias de los labradores, tuvieron á bien retirarse y dar gusto á la vieja y á tanta gente religiosa, y honrada, y desocupada, que estaba esperando en toda la extension de la carrera, el paso del rey Herodes con sus sayones ó alguaciles hechos presa del inocente cordero Jesús.

En efecto, la poblacion entera de Sevilla se desvive por estos espectáculos. Los propietarios de las casas por donde estas representaciones pueden verse como en palcos, tienen cuidado de aumentar el alquiler á los inquilinos, ó reservarse el derecho de alquilar balcones y ventanas durante la Semana Santa, á precios bien crecidos. El ayuntamiento y contratistas particulares, ponen tendidos, galerías ó sillas, segun las calles, para que los forasteros gocen del golpe de vista á toda su comodidad, y lo que es por esta vez, la curiosidad pública ganó la partida. Otro año tocará á los agricultores. Despues de todo, ¿quién los mete ó los obliga á trabajar, pudiendo ganarse la vida como don Pámfilo y consortes? Ellos no pueden decir: «Que llueva ó que no llueva, trigo en la era.» En cambio, dice el hermano mayor: «Que truene ó que no truene, la cruz en la calle.»

Y allí nos encontramos nosotros entre una turba-multa de gentuza y mujercilas, viejas y chiquillos, todos pertenecientes al barrio de la Féria, y muy distin-

ta de la que puebla las calles elegantes del tránsito, como son la de las Sierpes, plaza de San Francisco, calles de Génova y de Francos.

La cruz se plantó al fin en la calle y poco á poco fueron ordenándose los hermanos nazarenos, unos que salian de la iglesia, y no pocos que vimos salir de una taberna contigua con el antifaz enrollado en el cucurucho y unos rostros que parecian de matones ó perdona-vidas.

Cuando la mitad de la procesion estuvo fuera y se mostró el paso de Herodes al aire libre, allí eran de oir las exclamaciones y ocurrencias de la gente del pueblo que nos rodeaba.

—¡Anda, *arrastrao!*—dijo una mujer mirando al sátrapa.—Como la cara tuviste los hechos. ¡Malos *mengues* te *camelen!*

—¡Ay madre!—exclama una muchacha.—¡Mire el sayon que tira de la cuerda cómo se parece á padre!

—Sí, hija, una estampa; *¡tirao* le viera yo por una soga á los profundos del mar!

Estos y otros dichos, que la decencia no permite consignar, oimos en el corto espacio de tiempo que estuvo el paso del Cristo del Silencio á nuestra vista. Pero cuando apareció el de la Vírgen, faltaba el tiempo para tomar apuntes.

Un zagalonazo que estaba junto á nosotros, abrió los brazos en cruz y con una voz ronca y aguardentosa, exclamó:

—¡Voto á Cristo! (y lo echó redondo). ¡Qué hermosa viene María Santísima por delante!

—Niña,—exclama una vieja,—híncate en rodillas y pídele á María Santísima que te dé un novio que cuaje, que sea de la estampa de San Juan. ¡Mira qué real mozo, con su capa de grana y el dedito *levantao!...*

—Señora,—dijo á esto un hombre al parecer licenciado de ejército y con mas conchas que un galápago.—¿A qué no sabe usted por qué representan á San Juan con esa capa torera?

—¿Qué quiere usted que yo sepa? ¿Fué quizá el Cúchares de los apóstoles?

—No por cierto, y si usted no lo sabe, yo se lo diré, para que le agradezca el gran servicio que hizo en el cielo, ahí donde usted lo vé, que parece que no ha quebrado un plato.

—¡Ay! no me diga de San Juan, que es el santo de mi devocion. ¡Lo quiero mas que á esta hembra y á quien la engendró! ¡San Juan bendito, de mi alma: si pestañearas!

—Pues verá usted,—prosiguió el licenciado.—Habia prohibido el Señor que se diese entrada en el cielo á ningun andaluz, porque todo lo echaban á guasa y no habia seriedad posible en la córte celestial. Con todo eso, un dia logró engatusar á San Pedro uno, por mas señas, sevillano, del barrio de San Roque y criado en la *Dehesa de los gatos,* quiero decir, procurador. Alarmados los vecinos con la entrada de aquel mozo, trataron de engañarle por todos los medios posibles, á ver si se le podia traer fuera de puertas; pero el peje era muy largo para caer en tan pequeñas redes. Fué San Pedro, acongojado, á visitar á San Juan, contarle el caso y pedirle consejo, y despues de haberle oido con atencion, le respondió:—No temas, Perico, esto es negocio concluido. Ese hombre saldrá hoy mismo y yo soy el que le va á poner de patitas en la calle, pero se me ha de dar lo que yo pida.

—Eche usted por esa boca,—replicó Pedro.

—Pues lo que yo quiero son dos varas de percal encarnado y que se me haga *incontinenti* una capa torera.

Hízose en efecto, y con ella bajo el brazo, salió San Juan á la parte afuera, dejando encargado que entretuviesen al andaluz por allí cerca. De repente se oyen voces de *¡huí, toro!* y aparece San Juan frente á la puerta con la capa desplegada, haciendo veronicas. El andaluz que oye decir *toro,* sale como una exhalacion, gritando:—¿Dónde está ese bicho? ¿Dónde está ese bicho? Y apénas le vé en campo raso, se entra San Juan de un salto y pega San Pedro un portazo que todavía está sonando por los cielos.

—¡Si tiene la gracia del mundo!—dijo la mujer.—¡Miren qué bien *plantao* y qué dedito tan tieso lleva!... ¡Ay hija mia! reza una salve con ahinco á María Santísima, mientras yo le pido un yerno á esa cara de rosas.

—¡Cara de rosas!—exclamó una flamenca que oyó el piropo.—Hace un año que le pedí yo un marido á ese *descamisao,* y *ma salio* una serpiente.

—¡Vamos, vamos!—dijo un sacerdote de los que iban en la procesion.—Un poco mas de respeto á los santos.

—¡Señoras, atrás!—exclamó un hermano diputado de órden, á quienes el pueblo suele llamar *mandones.*—¡Atrás!—repitió empujando á la muchacha rudamente.

—¡Pues mire usted, don Capirucho, la cortesía que nos gasta!

—Es que el paso las va á aplastar si no se retiran.

—Bastante *ma aplastao* usted que *ma juntao* el *estigamo* con el espinazo.

—¡Perdone usted, cielo, que no habia visto esos dos soles!

—¡A buena hora, *resquebrajos!*—gritó la madre.—Podria usted haberse *tentao* el capirote y no á mi hija.

—¿Es usted la madre de este pimpollo?—preguntó el nazareno.

—*Pa* servir á usted y á Dios.

—Pues debia usted parir todos los dias.

—*Pa* darle á usted gusto, ¿no es verdad?

—No, señora, para alumbrar la tierra.

—¡Vaya que tiene el señor gana de bromas! Bien podria usted emplear el tiempo en otra cosa.

—¿En qué mejor que en contemplar esa cara de azucena?

—En cortarse las uñas, que las lleva usted muy largas.

—¡Y con coronilla, mamá!—prorumpió la chica riendo á trapo tendido.

A esta indirecta se escabulló el mandarin.

La procesion acabó de pasar al compás de una agradable música. Gran parte de los espectadores dieron á correr por calles transversales que les conducian á otros puntos de la carrera, donde se daban otro regalo á los ojos, y el barrio quedó desierto por entonces.

Yo propuse á don Peregrino fuésemos á visitar las calles mas concurridas, mas él dijo que tenia bastante de funcion religiosa por aquel dia, y con todo ello no podia afirmar que estuviese satisfecho.

Despedímonos, pues, hasta la mañana del martes, y ambos fuimos á descansar en el retiro de nuestros aposentos y á meditar sobre la fibra religiosa del católico pueblo sevillano.

COSTUMBRES Y CREENCIAS POPULARES DE ASTURIAS

POR D. JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

DIALECTO.—TRAJES.—LA DANZA PRIMA.—LA GIRALDILLA.—EL REBODO. LAS FILAS.—LA ESFOYAZA.—LA OBLADA.—LA CARRERA.—LAS ROMERÍAS.—LA HUESTE.—LAS XANAS.—LOS VAQUEIROS.

I

LIMITADO al N. por el Océano Cantábrico, al E. por la provincia de Santander, al S. por la de Leon, y al O. por la de Lugo, presentando la figura de una faja estrecha y larga, mas comprimida por el lado del E. que por su extremo occidental, dilátase el territorio del antiguo principado en una extension de cuarenta y dos leguas de E. á O. y quince de norte á S. en su mayor anchura. Fórmanle al mediodía inexpugnable muro, atravesando la parte septentrional de la península, uno de los brazos del Pirineo que, corriendo paralelamente al Océano, viene á formar la elevada cordillera del confin meridional, conocida en la Edad Media con el nombre de *Montes Herváceos,* natural muralla que apénas deja paso para las asturianas quebradas por el puerto de Pajares. Pirámides cónicas de ancha y dilatada base, con las cimas cubiertas de nieve, parecen gigantes ancianos de aquella primitiva naturaleza, guardando sus linderos desde

Cerrado y Leitariegos hasta Cabrales y Peñamellera. De su extendida falda se desprenden multitud de ramificaciones, llamadas en el país *cordales,* que forman cerca de su nacimiento estrechas y profundas hondonadas, vallados y desfiladeros; y al penetrar en lo interior, trocando su faz agreste é imponente por la dulce y amena de los prados, dejan entre sus elevaciones largas cañadas, frondosas como los valles de Andalucía, con pintorescos bancales y bosques de castaños y robles. Cruzando sus vertientes con las que se desprenden de esta gran cordillera del sur, presumiendo de rival, álzase un grupo de montañas independientes y aisladas, que parten desde Buron al O., y extendiendo sus varias ramificaciones hasta las playas del Océano, se mezcla con las de otra cordillera que, levantándose medrosa entre sus gigantescas hermanas, lentamente se alza desde Pravia para confundirse en breve, avergonzada de su osadía, con las empinadas sierras de Cabrales y Peñamellera. Entre sus rápidas ondulaciones al S. y los *cordales* quedan los mas deliciosos llanos que puede idear la poética fantasía. En medio de prados siempre frescos, serpentean por donde quiera pequeños rios, que así llevan agua deliciosa y pura, como dulce y arrullador es el murmullo de su corriente. Arroyos mil con bullidores tumbos de peña en peña se precipitan de las colinas, y despues de ofrecerlas fecundidad y vida cubriéndolas con su lujosa capa de perenne verdura, se confunden con los riachuelos para correr en busca de los cercanos mares, que los traen con magnífica grandeza. «La imaginacion del pintor y del poeta,—dice á propósito del panorama general de Asturias un notable escritor (1),—apénas acertaria á idear perspectivas tan hermosas como las que ofrece la vega de Mieres con sus matizadas llanuras; la de Grado con el puente de Peñaflor y los peñascos que la estrechan; el florido valle de Villaviciosa, ataviado con sus plantíos de manzanos, sus colinas cultivadas en bancales, sus sombrías arboledas y la via del *Puntal;* las cercanías de Pravia con sus agrupadas colinas vestidas de caseríos, por entre los que serpentea el *Nalon;* el valle de San Bartolomé de Miranda, recortado simétricamente por las hermosas montañas que le circundan á manera de anfiteatro, las enramadas y frondosas parroquias de Somio, Deva y Calbueñes, con su despejado horizonte, sus alegres lugares cercados de frutales y tierras de labor en graciosa alternativa; las risueñas riberas del Nalon en el Barco de Soto, y las del Narcea en Cornellana; y contrastando con estos sitios deleitosos el severo aspecto de las *Montañas* colosales de Caso, Ponga y Amieba, y las de Somiedo y Cabrales. Las inmensas moles que se elevan hacinadas desordenamente, revelan

(1) Diccionario geografico de Madoz.

en estos agrestes lugares los grandes trastornos del globo. Ya descuellan á manera de altísimas pirámides; ya, tomando la forma de antiguos y derruidos murallones, ponen un término á toda comunicacion; ó ya ofrecen conjunto informe de peñascos que, mal trabados entre sí, y abandonando en la apariencia su centro de gravedad, se abalanzan fuera de su nivel amenazando desplomarse. A una gran profundidad, se percibe apénas la senda estrecha y tortuosa por donde los rios que bañan sus cimientos, consiguiendo un paso difícil, precipitan su curso entre peñascos, cuyas angosturas redoblan el sordo rumor de sus aguas: tales son los Veyos de Ponga, las majadas de Ozania, las gargantas de Somiedo, las montañas de Cabrales, y los elevadísimos peñascos de Urrieles.»

Espesas y seculares selvas, y dilatados bosques de hayas, robles, plátanos y druídicas encinas recuerdan en aquellos parajes, y otros muchos de la cordillera meridional, los misterios de la primitiva religion de sus célticos moradores, mientras las alegres *camperas* de la costa dejan en sus arenisca llanadas ondular á trechos la blonda cabellera de las doradas mieses, que mecen blandamente las brisas aromadas con el azahar de los naranjos y limoneros resguardados en los ocultos valles.

Extenso y despejado horizonte confunde sus azules tintas con las verdosas del Océano, que borda de rizada espuma variadas costas sembradas de rocas y de islotes, en las que domina con su gigante mole el *Cabo de Peñas,* entre las rias de Avilés y de Perona. Pintorescos, si no ámplios y fáciles puertos, ofrecen, además de la ensenada de Gijon, deliciosas rias, tales como las de Navia, Pravia, Avilés, Llanes, Rivadesella y Villaviciosa, é inesperados y tranquilos lagos se forman en la parte oriental de la principal cordillera, sobre las mismas crestas de las montañas, como el de Nol, en la gran roca de Covadonga, y el de Camayor en Somiedo. Anchos sumideros naturales absorben el agua de las nieves para convertirlas mas adelante en fuentes y cascadas como las de Onís, Bobia, Reinaro, Covadonga, Deva, Quirós y Salas, ó bien forman profundas cuevas cubiertas de estalactitas, albergue de pastores muchas de ellas, y cuna la mas escondida, de la extensa monarquía que restauró Pelayo.

II

Por tan variada y extensa superficie dilátase la agrícola poblacion, cogiendo, á pesar de sus atrasadas prácticas, así el centeno que crece en sus montañas, como

el trigo en las llanuras, la *escanda* ó candeal, propio de aquella comarca, y el maíz de gruesas mazorcas, de que forman el sustancioso aunque desabrido pan de *borona* (1), y nutritivas pastas amasadas con leche de sus mansas vacas. Huertos salpicados por donde quiera alrededor de las campestres casas blancas y limpias, les ofrecen en jugosos frutales higos y cerezas, ciruelas y peras, albérchigos y granadas, entre los que se propagan con robusta vegetacion toda clase de legumbres y hortalizas.

La castaña del norte les rinde abundante fruto en espesos bosques, y madera de construccion para cubrir los suelos de las casas, mientras en sus inmensas *pomaradas,* que han sustituido á las antiguas viñas, crece la oriental manzana, de que extraen su agradable *sidra,* licor del que con razon se dice alegra el corazon sin turbar fácilmente la cabeza; y pródiga la naturaleza en aquel privilegiado suelo, ofrece en abundancia á sus habitantes sabrosa caza de volatería y montería, así como sus mares y rios abundante pesca, y las vertientes de las montañas lozanos y frescos pastos, que alimentan numerosos rebaños, piaras de *gochos* (2), y hermosas vacadas de mansas reses, que dan con sus leches y con sus carnes sabroso y abundante alimento.

Subdividida la propiedad en aquellas regiones hasta un extremo exagerado y aun perjudicial, propagada considerablemente la poblacion, pues vienen á resultar mas de 1,534 habitantes por cada legua cuadrada de las 341,80 (3) que mide su superficie, no hay terreno que haya dejado de cultivarse; y desde las faldas de las sierras hasta sus altas cimas ha penetrado la agricultura, haciendo en algunos puntos monótono el paisaje la constante verdura de las montañas. Lástima grande que á tantos elementos no ayude con todos sus esfuerzos la productiva industria fabril, que aunque no puede decirse se encuentra abandonada en Asturias, era susceptible de mas poderoso desarrollo allí donde pródiga la naturaleza ofrece con abundancia las primeras materias, poderosos motores, en sus grandes saltos de agua, y ricos criaderos de carbon de piedra, cerca de los cuales en abundantes minas, ofrecen saciar la ambicion del especulador filones de cobre y cobalto, hierro y calamina, plomo, antimonio, galena argentífera y cinabrio, y oro, del que

(1) Esta palabra con que se designa el pan de maíz y el maíz mismo, dice el señor Quadrado, y juzgamos acertada su conjetura, que tal vez se deriva del adjetivo latino *bruna*, que quiere decir cosa morena.

(2) Nombre que dan al ganado de cerda.

(3) Así resulta del «Estado demostrativo de la extension superficial de cada provincia en leguas cuadradas de 20 al grado, del número de habitantes que aparecen del censo de poblacion de 1857, y de la proporcion entre estos y aquella,» publicado por la comision de estadística general del reino en el Anuario de España correspondiente al año 1858.

en tiempos de la dominacion romana llevaban los señores del mundo mas de 20,000 libras anuales.

La division en concejos conserva todavía recuerdos y costumbres patriarcales, subdividiéndose aquellos en feligresías, y estas en lugares, y los lugares en casas solas ó agrupadas, salpicadas cual blancos nidos de palomas en las montañas y en el llano. (1) Cierto aseo y compostura y hasta en algunas cierto lujo, como con razon dice el señor Quadrado, las distingue de las modestas chozas de Castilla, y da una idea, no siempre exacta, de la comodidad y bienestar de sus habitantes. Rara vez la indigencia, continúa dicho señor, aunque harto comun en Asturias, presenta allí por fuera su deforme y repugnante aspecto. A los pintorescos grupos de edificios añaden gracia y novedad los *orrios* (2) ó graneros, aislados generalmente de las casas, construidos de madera, y levantados en alto sobre cuatro pilares algunos piés del suelo, para preservar los granos de la humedad.

III

Gozando los placeres de la vida doméstica, vive el montañés y el labrador asturiano, conservando así en su tipo como en sus costumbres restos marcados de su primitiva raza, y de una civilizacion distinta enteramente de la nuestra. Apegado á sus tradiciones y recuerdos históricos, cada asturiano es una crónica viviente de las mejores glorias de su pueblo. La piel blanca, el cabello rubio y los ojos azules que tanto abundan en aquella comarca, bien indican todavía las razas del norte, que allí permanecieron sin mezclarse con los tostados africanos de ne-

(1) La extension, límites y localidad de los 77 ayuntamientos ó concejos que reune Asturias varian infinitamente, así como sus recursos, vecindario y riqueza. Formados en distintas épocas, y habiendo obtenido sus cartas-pueblas conforme al desarrollo progresivo de la civilizacion, dada la importancia social á sus respectivos territorios, tienen una division informe é irregular, autorizada por la costumbre y sostenida por los intereses creados, pero que ya no puede avenirse, ni con los buenos principios administrativos, ni con la topografía del país. Ocupan la costa empezando por el E., los de Llanes, Rivadesella, Caravia, Colunga, Villaviciosa, Gijon, Carreño, Gozon, Avilés, Castrillon, Muros, Pravia, Cudillero, Valdés, Navia, Coaña, el Franco, Castropol y la Vega de Rivadeo. Desde el límite oriental, siguiendo toda la cordillera que corre por el S. y se inclina despues al O., hasta tocar en los confines de Galicia, se encuentran sucesivamente los de Rivadedeva, Peñamellera, Cabrales, Onis, Cangas de Onís, Amieba, Ponga, Caso, Aller, Lena, Quirós, Teverga, Somiedo, Cangas de Tineo, Leitariegos, Ibias, Grandas de Salime, Santa Eulalia de Oscos, San Martin de Oscos, Taramundi y San Tirso de Abrer. En el espacio orillado por esta línea de concejos y la que describen los de la costa, se encierran los de Parres, Cabranes, Piloña, Sariego, Nava, Bimenes, Labiana, Sobrescobio, Langreo, San Martin de Rey Aurelio, Siero, Noreña, Tudela, Mieres, Oviedo, Llanera, Corvera, Riosa, Morcin, Ribera de Arriba, Ribera de Abajo, Soto del Barco, las Regueras, Candamo, Illas, Proaza, Santo Adriano, Grado, Yernes y Tamera, Salas, Miranda, Tineo, Allende, Boal, Illano, Pesoz y Villanueva de Oscos, sobresaliendo entre las capitales de estos concejos, Oviedo, Gijon, Avilés, Villaviciosa y Luarca. *(Madoz. Diccionario Geográfico).*

(2) Del latin *horreum*, granero.

gros ojos y de rizada y oscura cabellera; sus bailes, de los que el principal es la tan renombrada danza prima, traen á la memoria los primitivos juegos guerreros de los antiguos astures.

Hablando de él, dice con oportunidad el señor Cavedo: (1)—«Este antiquísimo baile, si es que tal nombre merece, muy semejante á las danzas circulares de que habla Homero, era en otros tiempos un ejercicio gimnástico, que tenia por objeto agilitar los miembros, y consistia en asirse de las manos empuñando la lanza, moviendo los brazos, y formando un gran círculo que giraba sobre sí mismo. Acompañábanse con canciones guerreras y se terminaba con un simulacro de batalla. A la lanza de los *astures* han sustituido los asturianos un palo largo, arma terrible en sus robustas manos; y para que la semejanza fuese completa entre la danza de nuestros dias y la primitiva, solia terminar en reñida refriega, á la que se daba principio con los vítores que cada bando contendiente prodigaba á su respectivo concejo, por ejemplo: ¡Viva Pravia! ¡Viva Piloña! Las mujeres danzan separadas de los hombres, y en otros tiempo formaban su círculo ó rueda dentro de la de aquellos.» Efectivamente, el baile á que nos referimos, y cuyo mismo nombre está ya revelando su remota antigüedad, es la danza propia de un pueblo guerrero y de primitiva civilizacion. El colocar á las mujeres en el centro, como para defenderlas de los enemigos, lo monótono y acompasado de la canturia, con que van repitiendo sus melancólicos romances, y sobre todo el *ixuxu,* ese antiguo grito de guerra ó *hurra* de los astures, convertido tambien en exclamacion de contento, bien corroboran nuestra creencia. Al ver interrumpirse la danza por esta poderosa voz de alarma, se cree estar asistiendo á un baile céltico en el seno de sus seculares bosques, y que, sorprendidos por la presencia del enemigo, agrupados los guerreros al rededor de sus caros objetos, se lanzan al combate. Esas refriegas con que suele acabar la danza prima, es la tradicion conservada á través de los siglos, para revelar al observador la verdadera significacion de aquel histórico regocijo.

Desgraciadamente, á las antiguas canciones guerreras con que se acompañaban en sus danzas han sustituido mucho mas modernos romances, la mayor parte revelando no mayor distancia que el siglo XVI, pero todos ellos con ese inimitable sello popular, que está demostrando haber sido compuestos y adicionados por oscuros trovadores nacidos del pueblo mismo, dejando á sus obras con su propia rudeza, melancólica ternura y espontánea inspiracion, cualidades todas que nunca

(1) Album de un viaje por Asturias.

pueden confundirlas con otras de cultos ingenios. El romance de don Bueso, que en su asunto, sino en su diccion, parece remontarse al siglo XIV y es uno de los mas usados en el país, es una prueba de esta verdad, notándose, además, en él, cierto sabor caballeresco, propio de la época. Héle aquí:

Camina don Bueso
Mañanica fria
A tierra de moros
A buscar amiga;
Hallóla lavando
En la fuente fria:
—¿Qué haces ahí, mora,
O hija de judía?
—Si fueras cristiana
Yo te llevaria,
Y si fueras mora
Yo te dejaria.—
Montóla á caballo
Por ver qué decia:
Durante diez leguas
No hablara la niña.
—Reviente el caballo
Y quien le traía,
Que yo no soy mora
Ni hija de judía:
Soy una cristiana,
Estó aquí cativa
En poder de moros
Diez años habia.
. . . . . .
—¡Oh prados alegres
Donde, siendo niña,
Mi madre, la reina,
Sus paños tendia,
Donde el rey, mi padre,
Sus perros corria!
. . . . . .

Tambien es notable aquel otro, el mas comun de los que recitan en la danza prima, y que á pesar de estar formado con separados trozos, mal unidos, de diversas épocas, si bien no mas lejanas que el siglo XVII, deja entrever la fantástica

leyenda primitiva que, perdida en su antigua forma y diccion, sirvió de base á los modernos cantos, carácter propio de estas composiciones populares conservadas entre los asturianos:

—¡Ay, un galan d' esta villa!
¡Ay, un galan d' esta casa!
¡Ay, diga lo que 'l queria!
¡Ay, diga lo que 'l buscaba!
¡Ay, busco la blanca niña!
¡Ay, busco la niña blanca!
¡Ay, que no l' hay n' esta villa!
¡Ay, que no l' hay n' esta casa!
Si no era una mi prima,
Si no era una mi hermana;
¡Ay, del marido pedida!
¡Ay, del marido vedada!
¡Ay, bien qu' ora la castiga!
¡Ay, bien que la castigaba!
¡Ay, con varillas de oliva!
¡Ay, con varillas de malva!
¡Ay, que su amigo l' espera!
¡Ay, que su amigo l' aguarda!
Al pié de una fuente fria,
Al pié de una fuente clara,
Que por el oro corria,
Que por el oro manaba,
Ya su buen humor venia,
Ya su buen humor llegaba,
Por donde ora el sol salia,
Por donde ora el sol rayaba,
Y celos le despedia,
Y celos le demandaba.

Este mismo romance suele llevar á veces las siguientes adiciones. Despues del sexto verso:

«¡Ay! ¡Busco la niña blanca!
«La que el cabello tejia,
»La que el cabello trenzaba,
»Que tiene voz delgadica,
»Que tiene la voz delgada,

»Un niño en brazos traía,
»Un niño en brazos llevaba,
»Ramo de flores traía,
»Ramo de flores llevaba,
»Que en el mi jardin habia,
»Que en el mi jardin estaba.»

Alternando con los anteriores se escuchan otros fragmentos de romances del mismo género y orígen, como se vé por los que siguen:

Un amor que yo llamaba,
El se fuera y no tornaba;
Un amor que yo queria,
El se fuera y no venia.
. . . . . .

Alegres cartas m' enviaba,
Muy tiernas cartas m' envia:
¡No os caseis! la muy amada.
¡Que no os caseis! me decia.
. . . . . .

¡Ay, Antonio se llamaba!
¡Ay, Antonio se decia
Aquel que dióme la saya,
Aquel que dióme la cinta,
Aquel que andaba en la guerra,
Aquel que andaba en la armada
Con espada y con rodela,
Con rodela y con espada...
Quier que le sirva á la mesa,
Quier que le sirva en la sala.

Igualmente, y aunque de distinta cadencia, alargando las notas de la canturia, repiten tambien para la danza este antiguo cantar, del que puede decirse lo mismo que de los anteriores:

¡Ay, Juana, cuerpo garrido!
¡Ay, Juana, cuerpo galano!
¿Dónde le dejas al tu buen amigo?
¿Dónde le dejas al tu bien amado?
—Muerto le dejo á la orilla del rio,

Déjole muerto á la orilla del vado.
¿Cuánto me das volver he te le vivo?
¿Cuánto me das volver he te le sano?
—Dóite las armas y dóite el rocino,
Dóite las armas y dóite el caballo.

Otras danzas (1) mucho mas modernas, en que se reflejan las costumbres de los pueblos meridionales importadas por los marineros á las asturianas costas, pretenden, aunque en vano, desterrar la tradicional *prima* y sus romances, con nuevos cantares. Entre dichos bailes el principal es la *giraldilla,* cuyo nombre ya está indicando su orígen; en esta bulliciosa danza, donde las parejas se enlazan y saltan á la oriental manera, entonan coplas de melancólica ternura, alguna de las cuales parece contener una triste historia:

Arriba, Manolillo,
Arriba, Manolé;
De la quinta pasada
Ya te liberté.
De la que viene ahora
No sé si podré.
Arriba la cafetera,
La cafetera con el café.

Y al terminar el estribillo, la danza se hace mas agitada, como si tratase de aturdir la desgracia de la madre ó de la amante, que, sin medio de estorbarlo, vé partir á la guerra al hijo de sus entrañas ó al escogido de su corazon.

Tambien esta otra lleva el mismo sello de amorosa y resignada tristeza, y recuerda las frecuentes emigraciones de los asturianos á las playas de América. Es imposible escucharle en boca de un marinero sin sentirnos dominados por la emocion mas profunda:

Ya suenan las trompetas,
Los pitos y tambores:
Adios, María Dolores,

(1) Se ha notado, y con razon, por algunos escritores, que para la danza prima no se haga jamás uso del dialecto bable, y si del general idioma castellano; sin que pretendamos dilucidar este fenómeno, solo indicaremos que, no solo se observa en Asturias, sino en los demás paises que conservan dialectos, el tener traducidos sus antiguos cantares á la lengua comun. La fusion de las primitivas nacionalidades de nuestra peninsula en una sola, podria explicar satisfactoriamente que los castellanos, para mejor comprenderlos, fuesen vertiendo a su idioma los cantares del dialecto, y que los poseedores de este insensiblemente admitieran la version, no solo por respeto al idioma del estado, sino hasta por galanteria, para que mas fácilmente pudieran tomar parte en sus juegos sus hermanos de Castilla.

Que me voy á embarcar:
En un barco de flores,
Para la Habaná.
¡Ay flor de mis amores,
Ya no te veré mas!

Y es tan dulce la melodía con que la entonan, hay tanto sentimiento en aquellas notas, sin artificio, pero tan inmediatamente nacidas del corazon, que cuando se alejan llevadas por las marinas brisas, brota de lo mas hondo de nuestro pecho un sentimiento de profunda pena, que despierta la triste simpatía del dolor.

IV

Otro de los caracteres que mas distingue á los asturianos es el dialecto bable, recuerdo de la formacion del romance durante los siglos XII y XIII, que conservándose casi exento de la influencia arábiga, es un testimonio vivo de la gloriosa historia de aquella region, donde jamás pudieron penetrar las agarenas huestes. Como acertadamente escribe el señor Quadrado, siguiendo al autor del *Discurso preliminar de la coleccion de poemas asturianos* impresa en 1839, háblase allí todavía, con corta diferencia, tal como escribian Berceo, Segura y el Arcipreste de Hita, de cuya ingénua gracia y maliciosa agudeza se les alcanzan á menudo bastantes chispas á los naturales. Ya dicho dialecto ocupó dignamente la atencion de Jovellanos, como importante estudio para la historia de la lengua, la etimología de sus voces y la restauracion de muchas perdidas. Notable es tambien el citado discurso, cuya juiciosa crítica y castizo y elegante estilo bien revelan á su autor (1), por mas que modestamente ocultara su nombre.

En este tradicional dialecto ensayó la musa asturiana á formular su inspiracion, y á la verdad, supo hacerlo con tanto acierto como demuestran las siguientes coplas, y otras composiciones de diferentes épocas:

Ay, galan, ¿visti aquella?
Vila, y faley con ella.
Amor, el que yo amaba,
Amor, el que yo viera,
Fóse á la romería,
Fóse, ya non viniera.

(1) Don Antonio Cavedo.

Cartas las quel m' escribe
Rellataba so lletra:
Ven per acá, mio vida,
Ven per acá, mio prenda.
Camisa engodornida
¡Como te la tejera!
Camisa engodornada
¡Como la recosiera!
Non vos caseis, amiga,
Amiga y mas donceya:
Presto é la mio venida,
Mio venida presto era.
Darete un berdugadu
Para la saya nueva
De sayal regaladu,
Color de primavera.
Vuelvet' acá, rapaza,
Vuelvet' acá, donceya,
Y fugi de lla güeste (1)
Que anda 'n aquesta tierra.

La excesiva distribucion de la propiedad, á que nos referimos poco hace, es causa de que los labriegos y montañeses cultiven por sí mismos sus tierras, gozando las delicias de la vida doméstica, que van desapareciendo á medida que nos acercamos á las grandes poblaciones. Oigamos cómo describe los placeres de su modesta ventura un campesino en la notable composicion titulada: «La vida de la aldea,» inserta en dicha coleccion entre las de autores desconocidos, pero que se atribuye, como todas ellas, al señor Cavedo:

Cuando de la llabor con sustu y pena,
Farto de traballar, pero contentu,
Volvix pa casa á esmorullar la cena,
Aunque con bones ganes, non famientu,
Nin la conducta propia nin la ayena
Vienen entós á dame sentimientu;
Siéntome xunto á fuebu, y la reciella
Axúntase al olor de la escudiella.
Levántase en el llar la fogarada,
Que fai la leña seca de carbayu;

(1) Alude á las *huestes*, creencia supersticiosa de que hablaremos en breve.

Afuman les fariñes; currucada
Tuxa col cuyaron cabo el mio tayu,
Reparte á cada cual la so platada,
Y mirándome en tientes y al soslayu,
Convídame despues cola cuayada:
Doi á los ñeños, como lo que quiero,
Y á Dios que me lo dió rezo primero.
Ya fartuca la xente y placentera
Con ixuxus atmena la cocina:
Tuxa se pon alegre y gayaspera;
Reblinca el pequeñin: canta Xuanina
El *galan d' esta villa* á so manera,
Y yo enriestro panoyes entretantu,
Atentu á los treveyos y al so cantu.
Mas cuando ya va llarga la velada
Y el pigam me diz que non ye aína,
De la mano de Tuxa solliviada,
Esmúzome na cama fresquillina.
D' allí baxu la manta colorada
Oyo ruxir el viento na colina,
Dar bramidos el mar alborotadu,
Y la lluvia correr per mio teyadu.
¡Que gustu atapadiu y sin cudados,
Pensar'entós en probes caminantes
Pe los montes perdidos y moyados,
O acordarse d' aquellos ñavegantes
Q' entre vientos y peñes azotados,
Sin saber donde van, ciegos, errantes
Cuerren les tempestades per los mares,
Mientres seguru estoi é nos mios llares!
Estes coses pensando de parada
Quiciás cansadu de cabar tapinos,
Al sueñu mas sabrosu dan entrada.
Duermo; y cuando amana, los paxarinos
Puestos é no figar de la corrada
Empezando á facer gorgolitinos,
Despiértenme contentu y gayasperu
Con ganes de llabrar y dir al eru.

La copiaríamos toda, si hubiéramos de seguir nuestro deseo, y no temiéramos separarnos demasiado del principal objeto que nos guia. Bien demuestran esas octavas la dulzura del dialecto, y cuánto se presta á las modulaciones de la poe-

sía (1), así como el númen del poeta que con tal encanto supo describir los placeres del hogar doméstico de los campesinos asturianos.

Y no se crea que la vida del campo al proporcionarles tranquilos goces materiales, apague su inteligencia: robustos y ágiles, dados al trabajo, sóbrios, sufridos, firmes en sus propósitos, son penetrantes, están dotados de imaginacion y de no comun aptitud para las ciencias y las artes, y la altivez que les inspiran las glorias de su país y de sus ilustres antecesores, da cierta gravedad á sus palabras, que no evita el encontrar á veces su conversacion amenizada con agradables pero no punzantes sátiras. Civilizados mas de lo que generalmente se cree, casi no se halla un aldeano que no sepa leer y escribir; y su proverbial honradez llega á tal extremo, que los robos y asesinatos apénas se conocen en aquellas patriarcales montañas y estrechos valles, tan á propósito, entre individuos de peores instintos, para cometer toda clase de crímenes. Con harta frecuencia vénse acudir de los salpicados caseríos alegres mozas acompañadas de sus prometidos, que van á visitar la amiga ó la parienta, ó bien á misa á la lejana iglesia, sin que la mas ligera nube de impureza oscurezca la pura dicha de que van gozando, entregados á los planes de su risueño porvenir. Agradable impresion producen esas amantes parejas, libres por ventura del infestador aliento del vicio, luciendo sus vestidos de fiesta: los hombres con chaleco y chaqueta, ó roja almilla, encarnada faja de estambre, calzon y botin alto de paño pardo, dejando escapar el blanco remate de interior calzoncillo, zapatos de cuero, ó bien de madera en los malos dias de invierno, la montera de paño negro forrada de pana ó terciopelo del mismo color, tan característica de aquel país, y un largo y fuerte palo de encina por todas armas, pero que en sus robustas manos es tan terrible para la ofensa como útil para defender al asturiano, diestro en su difícil manejo: las apuestas labriegas con su

(1) Creemos importante para poder comprender mejor las bellezas del dialecto, transcribir la nota que acerca de su pronunciacion comparada con el castellano moderno y general, pone el señor Quadrado con vista del citado discurso preliminar. «La *j* suena como *y*, y algunas veces como *ch:* la *f* sustituye á la *h* aspirada, v. gr.: *fatar* por hablar, *fér* por hacer, y aun encabeza palabras que en castellano carecen de *h*, v. gr.: *fola* por ola. Antes del diptongo *ue* la *b* y la *h* toman el sonido de *g*, como *güerto*, huerto, *güe*, buey. La *o* á veces se convierte en *ue*, v. gr.: *güegos*, ojos, *fueya*, hoja, *cuerren*, corren: y otras por el contrario el *ue* en *o*, como *fonte*, *ponle*, *bono*. La *n* al principio de vocablo suena á menudo como *ñ*. La terminacion en *o* del singular de los nombres masculinos se pronuncia comunmente *u*, y la *a* del plural de los femeninos y del preterito imperfecto y presente de los verbos se cambia en *e*. Suprimen la *d* final, la *r* de los infinitivos aunque vayan seguidos de pronombres, la sílaba última de ciertos nombres, como *pa*, padre, *ma*, madre, *cay*, calle, y la de algunos verbos, como *lien*, *rien*, *tenim*, tenian, *faein*, hacian, *do*, doy, etc. Es muy original la terminacion en *go* que sustituye á la *ó* de la tercera persona de los pretéritos, v. gr.: *nacego* por nació, *rompego*, *saligo*, *sentigo*. El posesivo *mi* es *mió*, así en el masculino como en el femenino, y á veces lleva por delante el artículo como en el castellano *antiguo*, *la mió venida*, *la só casa*. El dativo *le* se traduce *i*, v. gr.: *dixoi*, díjole. El verbo *ser* en algunos tiempos y personas lleva delante la *y*, como *ye*, es, *yera*, era.»

corto zagalejo de bayeta encarnada ó amarilla, sobre el que se vé una raya de estameña negra que deja descubrir el zagalejo, cotilla roja, y camisa de largas mangas, sujeta al cuello y puños con botoncitos de cobre ó plata, y encima de la cotilla el airoso *dengue* negro con orla de terciopelo del mismo color, cuyas largas puntas, despues de cruzarse sobre el abultado pecho, van á atarse por la espalda en el talle, el pañuelo ajustado al rededor de la cara y atado encima de la cabeza, forman gracioso tocado, y adornan su cuello sartas de corales, de las que algunas veces penden medallas ó efigies de santos, hechas de plata. El traje de los aldeanos se engalana, en los que están solteros, con una pluma de pavo real y ramos de siempre-vivas en la montera, y cuelgan tambien del chaleco escapularios y cintas de varios colores, tocadas á la Vírgen de Covadonga ú otra devota imágen del país. Tambien las mujeres adornan su cuello con estas *medidas* ó *colonias*, así como suelen añadir al referido traje un jubon de anchas mangas, y tela igual á la saya exterior, que cuando no llevan puesto acostumbran atar á la cintura.

V

Las tradicionales costumbres del país, consérvanse todavía, en los caseríos que no están relacionados con las grandes capitales; algunas, caracterizando su antigüedad, entre las cuales no nos creemos dispensados de consignar la del *rebodo*, las *filas*, las *esfoyazas*, y las *obladas* de los entierros.

Dias antes de la nupcial ceremonia, la novia, acompañada de su madrina, recorre todos los caseríos del territorio en que vive, y al dar parte de su casamiento ofrece un polvo de tabaco de una caja de plata que en la mano lleva: el que acepta, queda obligado á contribuir para el dote con su presente, que consiste en grano, dinero ó ropa. Esto es lo que se conoce en el país con el nombre de rebodo. Tambien es notable otra costumbre que se observa en los casamientos. Terminado el banquete de bodas, que ha de celebrarse siempre en la casa de los padres de la desposada, se coloca el lecho en un carro de bueyes, adornado con cintas y flores, y alrededor todos los efectos del dote y menaje. De esta suerte, precedido de la gaita, y de coheteros que van poblando el aire con fuegos artificiales, dirigen el carro á la casa que van á habitar los novios, marchando detrás de estos y sus parientes, y allí se celebra la tornaboda con baile y cena. Es creencia entre las mozas del país, que las muchachas que hacen el viaje á Covadonga, y beben con verdadera fé del agua que brota bajo la cueva de la Vírgen, encuentran marido en el término de un año. A esta conseja alude el canto vulgar:

¡Oh Vírgen de Covadonga!
Bien de veras os lo digo:
Que no vengo mas á veros
Hasta que me deis marido.

Y cuando se ha visto realizada, pone al desposado en la galante obligacion de ir, durante el primer año de matrimonio, á orar con su esposa ante la Vírgen, llevando alguna ofrenda de flores ó de grano.

Pero donde mas se comprende la patriarcal fisonomía de aquel país es en *las filas* ó tertulias de las aldeas. Consisten en reunirse, durante las primeras horas de las noches de invierno, todas las mujeres á hilar, mientras los jóvenes las *galantean,* como acertadamente dicen las mujeres, y escuchan de los lábios de los ancianos antiguas y fantásticas leyendas, en que siempre hay moros encantados, y doncellicas robadas, y caballeros que las libertan; no siendo extraño oir entre aquellas historias la célebre batalla de Covadonga, que la tradicion conserva sin alterar en nada las relaciones de las crónicas; ó alguna otra gloriosa hazaña del *Infante,* que así llaman en toda Asturias al rey Don Pelayo. (1)

No menos gratas que *las filas* son para los campesinos las *esfoyazas,* reuniones nocturnas que tienen por objeto *enristrar,* ó sea despojar de las hojas inútiles las mazorcas de maíz, enlazando unas con otras para que mas fácilmente pueda secarse el grano, colgando al aire las *ristras*. Pero no es esta sencilla operacion lo que atrae en tanta multitud á los mozos y mozas de las cercanías; estimulan mas agradablemente su diligencia los cuentos con que se amenizan, y los cantos, bailes, y ligera refaccion de frutas y sidra con que termina la esfoyaza, prorogando hasta el amanecer el honesto solaz. A estas alegres fiestas se refiere en su composicion titulada *Píramo y Tisbe* el párroco de Prendes, poeta que floreció á mediados del siglo XVII, cuando dice:

La postrer nuiche ya de octubre yera,
Y acabose temprano la esfoyaza,
La xente veladora y placentera,
De comer la garúlla daba traza:
Habia de figos una goxa entera,
Peres del forno, gaxos de fogaza.
Y tiraban el fueyo con tarucos,
Fartos de reblincar los rapazucos.
. . . . . .

(1) El cronista Morales hizo ya esta observacion en el siglo XVI.

Llevantóse á isti tiempo Xuan García,
Que yera amu de casa y home honrado:
Sabia ller, y escribir tamien sabia,
Y aun daqué de llatin tenia 'studiado;
Y dixo: xente, á miu me parecia
Que dar gracias á Dios seria acertado,
Y dejar noramala los treveyos
Que suelen trer tras sí mil enguedeyos.

. . . . . .

La oblada es otra costumbre del país que bien recuerda su orígen romano. Consiste en una ofrenda, que conduce un pariente ó amigo íntimo del difunto en el entierro detrás del cadáver, depositándola, despues de cubierta la sepultura, encima de ella; la especie en que consiste esta ofrenda varía segun los concejos, desde un poco de grano hasta una ternera escogida, que, llevada por un criado, marcha delante del féretro. A propósito de los entierros en Asturias, hé aquí lo que añade el señor Cavedo: «El dia de difuntos, y el del primer aniversario, se repite la oblada y durante el primer año arde un cirio sobre la sepultura, mientras se dice la misa. En algunos concejos los parientes cercanos del difunto presentan tambien su oblada especial, la que, así como la de la casa mortuoria, se deja en la iglesia durante el funeral. A los concurrentes á este se da una comida todo la suntuosa que alcanza la familia del muerto, y á los pobres limosna. A la mesa asisten tambien los clérigos que se hubiesen reunido para las exequias, que suelen ser en gran número, y se termina el banquete cerrando las ventanas, colocando sobre la misma mesa que sirvió de altar, un crucifijo y dos bujías, y entonando el preste por el eterno descanso del muerto un responso, al que acompañan todos los asistentes; esta costumbre recuerda los banquetes fúnebres de los egipcios. Acabada la oracion se entregan á cada clérigo los honorarios que le tocan. Las plañideras de oficio, que por un salario seguian llorando al féretro, estuvieron en uso en Asturias hasta principios del presente siglo.»

Dedicados los aldeanos á las útiles tareas de la agricultura y ganadería, á la concurrencia á los mercados y á la casa concejil los dias de audiencia, así como á la pesca y navegacion los intrépidos hijos de la costa, con harta frecuencia emplean los domingos en batidas y monterías contra osos, lobos y animales dañinos, á cuyo fin se elige en los concejos anualmente un funcionario llamado *montero mayor*, que, como su nombre indica, dispone las batidas, y lleva como distintivo de su cargo un vígaro ó corneta de caza. Por toda recompensa solo tiene el privile-

gio de que la primera presa que se mate le corresponda, y una parte mayor que los demás en el reparto de las pieles, cuyo importe sin embargo no aprovecha, pues lo invierte en municiones para las cacerías venideras.

Pero donde se vé en delicioso conjunto el completo cuadro de las costumbres asturianas, es en los mercados, y principalmente en las romerías. Generalmente la devocion á alguna milagrosa efigie que se venera en apartado y tradicional santuario, llama á su alrededor á los pacíficos aldeanos, no siendo estraño verlos tambien concurrir con el mismo objeto delante de un antiguo palacio señorial, venerando el recuerdo de gloriosos hechos ó la tumba de algun esclarecido guerrero, que siempre el elemento histórico se vé predominar hasta en las comunes prácticas de las costumbres asturianas. Desde la noche que precede al dia de la romería, encienden en el frondoso bosque ó risueña pradera que se estiende delante de la ermita ó castillo, una inmensa hoguera, alrededor de la cual, ó en separados grupos, alternan los acompasados y lentos cantos de la *danza prima,* con los modernos de la *giralda,* y aun hoy algunos de la cercana Castilla. Fuegos artificiales comparten con las danzas la bulliciosa velada, formando estraña pero agradable armonía el pastoril eco de la *gaita,* la grave canturia de los antiguos romanos, el crujido de los cohetes y petardos, el estampido de las escopetas que los mozos disparan en la espansion de su sincero júbilo, y sobresaliendo sobre todos aquellos diferentes sonidos, el prolongado *ixuxu,* lanzado al aire con fuerte voz por los robustos pechos de aquellos montañeses, que guardan para sus momentos de mas placer el antiguo grito de guerra, como en perenne testimonio de su belicoso carácter. Iguales ó análogas diversiones se suceden durante el siguiente dia, no sin que antes hayan orado los fieles campesinos en la venerada iglesia, prolijamente adornada con flores y paños, y resplandeciente de luces en sus altares y bóvedas. Las familias y amigos alternan las danzas con meriendas ó comidas sobre la fresca yerba, y los jóvenes se ejercitan en juegos de destreza, entre los que ocupan el lugar preferente, como en todo pueblo primitivo, las animadas *carreras,* en las que el vencedor gana la *cuajada;* carreras que inspiraron al autor de la ya citada poesía en bable, (1) «La vida del campo,» las tres magníficas octavas descriptivas que copiamos á continuacion:

Como llozanos potros desbocados
Q' el vientu cortan sin tocar l' arena,

(1) Es sin disputa notable la analogía que encuentra el señor Quadrado entre esta palabra, con la que se designa el dialecto asturiano, y la francesa *babil* y la inglesa *babble*, que significa charla ó gerigonza.

Unos tras d' otros van precipitados,
El pechu francu, suelta la melena;
Los brazos fasta el codu remangados,
Del triunfo y la esperanza l' alma llena,
Sin zapatos, sin calces, sin ropía,
Mas llixeros que cuete en romería.
Nube de polvu entonces se llevanta,
Y n' ella envueltu el mozu que ya espera
Con fartu empeñu y con lliviana planta
El término tocar de su carrera,
Cede y s' atrasa el otru que se llanta
Metanos xunto á él y lu supera
En piernes y en alientos, y la grita
Y les palmades del que mira escita.
Y allega mas forzadu y mas arteru,
Sudarientu, lliviano, espolvoriadu,
A tocar é nos teyos el primeru,
Y allí mismo por todos declaradu
Ye el Rey de la *coida,* y gayasperu
Recibe de les manus d' una ñeña
Del vencimiento la esperada enseña.

La *coida* á que se refiere esta última octava, es el nombre que dan en el país á la recoleccion de frutas, en cuyas apacibles tardes se repiten, al terminar las faenas, los mismos cantares, danzas y corridas que se encuentran en las animadas romerías. Pero llega en estas un momento en que á la animacion sucede un silencio respetuoso.

—¡La procesion! ¡La procesion!—se oye gritar por todas partes.

Y en efecto: precedida de coheteros y tiradores, que sin cesar van haciendo disparos, adelanta la venerada efigie llevada en hombros de los devotos mozos, y á veces por las garridas aldeanas, mientras otras conducen delante de la imágen y al lado de la *gaita*, uno ó mas *ramos,* que al fin han de subastarse á la puerta de la iglesia, para invertir su importe en las preferentes atenciones del culto. Dan el nombre de *ramos* á un armazon á manera de paraguas, formado con palos, y sujeto á unas andas, el cual va cubierto con pañuelos y cintas de colores vários, joyas, medallas ó plumas, mezcladas con jamones, panes, tortas, gallinas ó bollos de boroña, todo lo cual se conoce con el nombre de adorno del ramo, y se ha costeado por las jóvenes de la aldea, á cuyo fin, dias antes recorren con él todas las casas, acompañado de una ó dos *gaitas.*

Entre los juegos que alternan con las carreras en las romerías, ó en cualquiera clase de pública diversion, se cuenta el de *bolos* y las *cucañas,* que por conocidos no describimos; así como en los puertos de mar las corridas de patos. Cuelgan para ellas en el centro de una cuerda sujeta á los extremos de los palos de dos barcos, una de aquellas acuáticas aves. Multitud de lanchas avanzan rápidamente á fuerza de remo para coger sus tripulantes el pato al pasar por debajo y entre las dos barcas; y en estas carreras marítimas, véuse con frecuencia caer al agua los atrevidos marineros, que sin embargo. en breve se cogen á las bandas de su lancha para volver á disputar el premio.

Las creencias en séres sobrenaturales, tan propias de todas las regiones del norte, mas arraigadas en Asturias son la del *mal de ojo,* las *huestes* y las *xanas.* A pesar de la ilustracion que hemos dicho se encuentra en aquel país, no faltan sencillos aldeanos que temen la mirada de ciertas personas, á las cuales suponen el maléfico poder de causar la muerte á los niños y á los animales domésticos. Dicen que los hombres ó mujeres en quienes concurre esa fatídica cualidad, llevan pintada en la pupila la figura de Satanás; y cuando á pesar de todos los amuletos y relicarios que le cuelgan, creen acometido al niño de mal de ojo, le dan agua que haya tenido en infusion asta de ciervo, medicamento eficacísimo, segun ellos, para la terrible dolencia.

Pero si caminando en negra noche veis vagar entre las montañas algunas luces que llevan los labradores, no espereis que vuestro guia continúe su camino en aquella direccion; y si curiosos por conocer la causa de su miedo se lo preguntais, os contestará que son las *huestes,* fantástica procesion de figuras blancas sin determinada forma, que llevando en la mano cirios verdes encendidos, vagan á las altas horas de la noche en derredor de las iglesias ó cementerios. En vano será que trateis de disuadirle haciéndole ver que las luces que suelen encontrarse en tales sitios son fosfóricas emanaciones de los huesos que en ellos se conservan: os replicará que anuncian la muerte de alguna persona notable, y que cuando esta es una jóven soltera, se la vé á ella misma convertida en blanco fantasma, con guirnalda de flores en la cabeza, rodeada de otras que ya dejaron de existir y que van entonando tristísimos cantos.

De mas alegre mision las *xanas,* hermosas ninfas de peregrina belleza, pero de cortísima estatura, pues dicen no pasan de un pié, habitan en palacios de cristal debajo de las fuentes solitarias, y despues de dar las doce de la noche, salen por el caño mismo de estas á lavar sus ropas, de extraordinaria blancura, aprove-

chando los dulces resplandores de la luna creciente. Y no haya miedo que las aldeanas eviten la frecuencia de estas montañesas ondinas. Si encontrase alguna en las lejanas fuentes rodeadas de árboles, cualidades ambas que buscan las *xanas,* y la niña conservase puro su cuerpo como su corazon, la *xana* le regalará madejas de hilo que, devanadas en direccion oriental, jamás terminan, ó le dará tesoros de los que guarda en sus grutas cristalinas, de hermosura sorprendente, aunque jamás visitadas por séres humanos. Tal es la poética tradicion de las *xanas,* que aunque con triste colorido, y objeto de terror mas que de alegría, se encuentran en las montañas del norte de Francia con el nombre de las *mujeres blancas,* y en Escocia, donde se las llama *lavanderas de noche.*

Al hablar de las costumbres del principado, no podemos dejar de hacer memoria de los *vaqueiros,* raza odiada que vive en lo mas alto de los montes, sin que ningun buen asturiano trabe amistad con sus individuos, ni aun roce con ellos sus vestidos, á no ser para socorrerlos, pues la santa virtud de la caridad se sobrepone en aquellos naturales á todo género de prevenciones. Esta raza, que no sabemos por qué lleva el expresado nombre, pues la ganadería así es comun á ella como á las demás gentes del país, mirada con tanta prevencion, que llega hasta el ódio el sentimiento que inspira, envuelve un recuerdo histórico que prueba el amor de los astures á su independencia y á las glorias de su país. Dicen que los individuos que á ella pertenecen son descendientes de los pocos cristianos que acompañaron al traidor don Oppas; y así como creen que los diablos se llevaron á este á los infiernos asido de los cabellos, (1) así tambien consideran que los *vaqueiros* pertenecen á una raza infame y maldita.

(1) En las figuras que adornan el arco de Santa Eulalia de Abamia, que representa el infierno, creen ver el desastroso fin del obispo don Oppas, que cautivado por Pelayo, fue de órden de este precipitado desde unas altas peñas y arrebatado por el diablo.

EL HACENDADO MEJICANO.

(CARACTERES EN ACCION)

LUZ, SU PADRE Y SU MARIDO.

POR D. JOSÉ ZORRILLA.

SÍNTESIS.

En Andalucía y Méjico
A Dios se encomienda todo:
Por ambos la Providencia
Vela sin cerrar el ojo.
Nadie jamás del mañana
Cuidó en un país ni en otro:
Mañana será otro dia
Y el hoy siempre ha sido corto.
Dios es quien los dias cuenta
Y pone á las vidas coto:
Y en Dios fiados viviendo,
La vida se pasa pronto.

Las tierras de España y Méjico
Las guardan Santiago apóstol,
La Vírgen de Guadalupe
Y los santos sus patronos:

Y como en ambos países
No hay aldea ni villorrio
El cual no esté de algun santo
Bajo el patrocinio próximo,

Y como cada mes de ellos
Trae cinco el martirologio
O el calendario, sus tierras
Son un perpétuo jolgorio:

Y á los cristianos que dejan
Por rezar de arar sus cotos,
Como á San Isidro á arárselos
Van los ángeles custodios.

Y en esto muestra bien Méjico
Que es hijo nuestro y católico;
Por no celebrar las fiestas
No se lo lleva el demonio.

Un dia no hay en el año
Sin misa, repiques y órgano,
Sermon, procesion, cohetes,
Gallos, baile, banca y toros;

Por donde quier que de Méjico
Se atraviesa territorio,
O se está en fiesta ó de fiesta
Se preparan requilorios.

Hijo de España. ¡Ah, buen hijo!
¡Mes y medio de reposo
Y diez y medio de fiesta
Por año! Como nosotros.

¡Viva la Vírgen y el Papa!
Dios da ochocientos por ocho.

¡Gloria á Dios! Él guarda el campo
Y el trigo se viene solo.

Bajo él nutre el sol vivífico
Las minas de plata y oro,
Y el dinero en él se acuña
Para que ruede redondo.

Así Méjico y España
Pensaban hasta hace poco,
Y á caracteres de entonces
Vamos á dar desarrollo.

Y van en estos artículos
A hablar y obrar por sí propios
Unos que ya perecieron
É imperecederos otros.

I

LUZ

Luz, vista á la luz espléndida
Con que el poeta la mira,
Es una hurí mejicana
De una beldad peregrina,
De una perfeccion extrema
Y de una gracia infinita:
Un ángel de amor dotado
De cualidades divinas,
Piedra imán de corazones
De atraccion poderosísima,
A cuya accion absorbente
No hay corazon que resista:
Máquina de fundir almas,
Que á fuego atroz las calcina,
A pison las abatana
Y á mazo las pulveriza.
Pero todos los poetas
Del mismo modo nos pintan
La heroina de sus cuentos
Jóven, vieja, fea ó linda.
Nosotros, echando á un lado
La amorosa teología
Y la amorosa poética,
Que á la mujer divinizan,
Que dicen de ella es verdad
Unas cosas preciosísimas,
Mas que solo son al cabo
Unas preciosas mentiras,
Diremos de Luz Merás
En cuatro frases sencillas

Lo que saber el lector
De Luz Merás necesita.
  Luz es una viuda jóven
Que en los veinte y cuatro frisa,
De educacion esmerada,
De buena estirpe nacida
Y en los Llanos por herencia.
Dueña de una de esas fincas
Cuyo estéril tepetate
Nutre á millares las pitas,
Y da al maguey tanto jugo
Como á sus cepas Castilla;
Siendo el magueyal en Méjico
Lo que en España las viñas.
No hay, pues, para que añadir
Que Luz Merás era rica:
Magueyales en los Llanos
Valen tanto como minas.
Mas Luz heredó su hacienda
De un inglés cuya familia
No anduvo jamás con él
En relacion ni armonía
Y de quien él con la franca
Espontaneidad que hechiza
En los ingleses, jamás
La dió la menor noticia.
Aquel inglés llegó á Méjico
(No importa el año ni el dia)
Con una gran cara séria
Encuadrada en dos patillas,
Cuyos dos rizos quebraban
Grandes picos de camisa,
Y una gran nariz, que sombra
Daba á su fisonomía.
Ejemplar de inglés, en suma,

Con todas los inequívocas
Marcas del inglés vaciado
En la inglesa estereotipia;
Que todas las cualidades
Y los defectos tenia
Del inglés: alma sincera
Y facha un tanto ridícula.
Su porte era grave y tieso,
Siempre de negro vestia:
Su limpieza era estremada
Y sus dos manos blanquísimas.
Este inglés, que agenció en Méjico
Dineros ó los traía,
Era un hombre de negocios
De legalidad estricta,
Que, exacto como un reló
Jamás faltaba á una cita,
Ni retractaba jamás
Su palabra una vez dicha.
El padre de Luz, hallándose
En situacion algo crítica
Y algo escaso de recursos
Por una de esas contínuas
Catástrofes pecuniarias
Que en esta tierra bellísima
Han producido sus muchas
Revoluciones políticas,
Acudió al inglés, quien prévio
Un papel de pocas líneas,
Cuyo sello un escribano
Legalizó con su firma,
Le abrió su caja de hierro.
Y en diez talegas muy limpias
Le dió diez mil pesos nuevos:
Y el papel de garantía

Colocando en donde estaban
Las talegas susodichas,
Le despidió con su inglesa
Gravedad característica.
Hé aquí cómo relaciones
Quedaron establecidas
Entre estos dos personajes
De esta relacion verídica.
Anduvo el tiempo; el inglés
Cada cuatro meses iba
A hacer al padre de Luz
En su hacienda una visita.
El padre en su gabinete
Al inglés introducia;
Tenian allí á solaz
Una plática brevísima.
Paseaban mientras llegaba
La hora de la comida,
Echaba el padre su siesta
Mientras el inglés leía,
Y á las cuatro de la tarde,
Trás de cortés despedida,
El inglés con su criado
A la ciudad se volvía.
En la primitiva época
De estas idas y venidas
Del buen inglés á su hacienda,
Luz era una muchachilla
Muy traviesa y muy alegre,
Mas peinada todavía,
De trenzas sueltas, de corto
Vestida; en fin, una niña.
Mas tiempo andando, en tres años
Que parecieron tres dias,
Con el precoz desarrollo

Peculiar en estos climas,
La niña pasó á mujer
Con rapidez imprevista,
Y la alegre muchachuela
Se hizo gentil señorita.
Los azares de una guerra
En que á nombre de guerrillas
Merodeaban por los campos
Los partidos en partidas,
No permitieron al padre
De Luz cosechas opimas
Coger, y en contribuciones
La escasa renta se le iba.
Cada cuatro meses, fijo
Como el sol, aparecia
El grave inglés en la hacienda
Y se llevaba otra firma
Del hacendado, debajo
De la cantidad inscrita
En la columna de réditos
A la escritura añadida.
El inglés tomaba en cuenta
Las circunstancias; legítimas
Estimaba las escusas
Del propietario, y partía.
Era un hombre razonable:
Ante la razon mas nímia
Del hacendado, cargaba
La cuenta, mas no insistia
En el cobro; el propietario
Haciendo al inglés justicia,
Fué por grados confianza
Acordándole mas íntima.
Le enteró de sus negocios,
Le dió parte de sus miras,

Esperanzas y proyectos
Para el porvenir; tenian
Que venir tiempos mejores
Sin duda, y al fin pacífica
La república, en dos años
Su hacienda se repondría.
El inglés oía impávido,
Como un suizo su consigna
Al entrar de centinela,
Lo que el viejo le decía;
Y sin permitirse dar
Su opinion, mientras pedida
Claramente no le fuera;
El mejicano seguía
Sosteniendo de su casa
El boato, con la misma
Administracion espléndida
Que en su buen tiempo. La rígida
Imparcialidad albiónica
Al inglés no permitia
Meterse en conciencia agena.
Ni trabas, ni cortapisas,
Poner á los gastos de otro;
Y á la insinuacion mas mínima
Del mejicano, su caja
De fierro otra vez abria.
El inglés, la nueva suma
Por él de nuevo pedida,
Le daba, con un artículo
Adicional y otra firma
Modificaba el contrato,
Y sin ceño ni sonrisa
Con sus sacos al guardarle
Para sí mismo decía:
«Yo no comprendo el carácter

»De esta gente; en Dios se fía,
»Y encomendándose á Dios,
»No mira por sí y se arruina.
»Lo veo, mas no concibo
»Que de este modo se viva.
»Pero él se entenderá; ya
»Es hombre, y mientras no pida
»Consejos él, no hay motivo
»Para que yo le dirija
»Observacion: de lo suyo
»Dispone: no es cuenta mia.»
Así se comprende en Lóndres
La imparcialidad estricta;
Y tal era del inglés
La árida filosofía.
Corrieron otros dos años;
Luz era ya una mocita
De diez y ocho, y como dicen
Los mejicanos, *chulísima.*
Su padre habia conservado
En medio de su desidia
Un solo afan, uno solo:
La educacion de su hija.
Luz, que se crió sin madre,
Pues casi recien nacida
La perdió, tuvo la suerte
De hallar madre en una tia
Que, en un cuerpo contrahecho
De conformacion raquítica,
Encerraba un alma noble
De inteligencia perspícua;
Y esta tia que de Luz
Era además la madrina,
La inculcó principios sanos
De una moral, mas que rígida,

Sensata, y de una evangélica
Y católica doctrina,
Mas que gazmoña ó hipócrita,
Social y caritativa:
La dió en fin la educacion
Que hace de una mujer linda
Hija buena, buena esposa.
Buena madre de familia
Y mujer de sociedad;
Y á la muerte de la tia
La administracion doméstica
Quedó á cargo de la chica.
Luz, primorosa en labores
Mujeriles, recibia
De su padre un complemento
De educacion semi-artística;
Y en la morada elegante
Que en la capital tenian,
Profesores la pagaba
De mérito y nombradía.
De música, de dibujo
Y otros estudios, que evitan
Que las muchachuelas entren
Antes de tiempo en la vida;
Que nutran antes de tiempo
Pasiones locas, que vician
Su corazon y del cuerpo
La robustez debilitan.
Por este tiempo el inglés,
Que habitacion prevenida
Tenia en la hacienda ya,
Permanencia en ella asídua
Hacia meses enteros;
Pasar sin él no podia
El padre de Luz, y aun ella

Estaba á él si no adherida
Acostumbrada. El inglés
Que tres ó cuatro caricias
La hizo en tres ó cuatro años,
Mientras que fué una chiquilla.
Cuando llegó á ser mujer
La otorgó la mas cumplida
Consideracion, tratándola
Con la mayor cortesía;
Y aun una atencion curiosa
Hubiera sin gran malicia
Tomado sus atenciones
Tal vez por galantería.
Tal era la situacion
Cuando los últimos dias
De febrero de ochocientos
Cincuenta y siete corrian,
El treinta y uno, despues
Del almuerzo, con su fria
Formalidad, el inglés
Pidió al padre una entrevista
En su cámara; y tomando
Uno enfrente de otro sillas,
Entablaron esta plática
Tal vez por ambos prevista,
Por el inglés esperada,
Del mejicano temida,
Y retrasada por ambos
Por razones muy distintas.

II

SU PADRE

DIÁLOGO

EL INGLÉS. Mañana el último plazo
Cumple de mi último préstamo:
Con capital é intereses
Debeis ciento diez mil pesos
A Williams Smith. Yo soy
Amigo y acreedor vuestro;
Vengo. amigo y acreedor.
A presentaros mi crédito:
Pero ni acreedor ni amigo
Acongojaros pretendo;
Acreedor, os pido cuentas;
Amigo, á todo me avengo.
¿Teneis los ciento diez mil
Que me debeis?

EL PADRE DE LUZ. Mas yo espero,
Williams.....

INGLÉS. *(Interrumpiéndole).* Sí ó no. ¿Teneis
Ciento diez mil?

PADRE. No los tengo.

INGLÉS. Bien; la hacienda de la cual
Hipoteca me habeis hecho,
Vale ciento treinta mil;
Daros sobre ella no puedo
Ni un centavo mas: en caso
De venta, á no hallar me arriesgo
Quien dé los ciento diez mil.

PADRE. ¡Me la vendeis!

INGLÉS. No digo eso;

Yo no os obligo á venderla;
Como acreedor puedo hacerlo,
Pues que no podeis pagarme:
Mas como amigo, no debo.
¿De arreglar este negocio
No habeis pensado algun medio?

PADRE. ¡Ninguno!

INGLÉS. Os compro la hacienda
Y os doy al contado el resto.

PADRE. ¡Ya montan los intereses
Mas que el capital!

INGLÉS. Lo siento;
Pero no es mia la culpa.
Aquí disfraza el comercio,
Con uno mensual, el doce,
Que cobra al año; yo entiendo
Que el doce es mitad de usura,
Mas si yo ese doce llevo,
Es porque de vuestra plaza
Cual está el uso lo acepto.

PADRE. Pues es una cosa triste.....

INGLÉS. No trato de entristeceros:
Yo soy hombre de conciencia:
Mas como no me entrometo
A aconsejar á un amigo
Que no me pide consejo,
Llegar á este último plazo
Os he dejado en silencio:
Y ni á amigo ni á deudor
Por el precipicio echo.
Rebajo de los quince años
Seis de los doce por ciento:
El capital con el seis
Monta ochenta mil quinientos.
¿Los teneis?

PADRE. No.

INGLÉS. Pues la hacienda
Compro y su valor completo
Desde ochenta mil y el pico
Hasta el total de su precio.

PADRE. ¿Y á Luz y á mí nos echais
Del solar de mis abuelos?

INGLÉS. Vivireis ambos conmigo:
Todo quedará en secreto;
Yo administraré la finca
Y os negociaré el dinero
Que os resta. Si vivo, es fácil
Con economía y tiempo
Que á comprármela volvais;
Me alegraré mucho de ello,
Y pondré esta condicion
En la escritura.

PADRE. Prefiero
Vender y perder.

INGLÉS. ¿Por qué?

PADRE. Porque siempre será ageno
El hogar que me cobije.

INGLÉS. Mientras uno de ambos muerto
No sea, aun es de los dos,
Pues aun á él guardais derecho.

PADRE. No quiero: vendo la hacienda.

INGLÉS. Haceis muy mal; y no creo
Que podais decir jamás
Que os puse yo en tal aprieto.

PADRE. No; mas no quiero deber
Mi existencia á un extranjero.

INGLÉS. Es orgullo é injusticia
De vuestra parte.

PADRE. Desciendo
De españoles y mi orgullo

Es de mi raza defecto.

INGLÉS. El orgullo que se apoya
En un noble fundamento,
Es dignidad: ese orgullo
Los ingleses lo tenemos
Como nadie; mas tenerle
Sin razon, es ser soberbio:
Y perdonadme, tener
Orgullo conmigo es necio:
Yo no le tuve con vos;
Además, yo no os ofrezco
Un favor, sino un negocio.

PADRE. No importa, la hacienda os vendo,
Pagadla como querais
Con seis ó doce por ciento.

Calló el buen padre de Luz
Entre apenado y colérico;
Y añadió el inglés, dejándole
Meditar unos momentos:
—Está bien; compro la hacienda
Rebajando el seis: empero
Antes de cerrar el trato
Voy otra propuesta á haceros.
Aunque inglés y comerciante,
Me late dentro del pecho
Un corazon tan leal
Como el del mas caballero.
Si vuestra hija por nadie
Tiene personal afecto,
Yo os la pido por esposa;
Y pues con ella os heredo,
La hacienda es de todos tres:
En los cincuenta mil pesos

Que os tengo que dar la doto,
Quedando en la hacienda impuestos.
Si Luz tiene un hijo mio,
Todo es del hijo; si muero...
Tengo un hermano en la India
Y otorgado testamento
Tenemos uno del otro
En favor, porque es el nuestro
Un capital mismo en giro
Puesto por ambos. Si muero
Repito, sin dejar hijos,
Mi hermano hereda: mas dejo
Dotada á Luz en cincuenta
Mil duros, que es lo que os resto.
Comprended mi idea: Luz
Tendrá siempre lo que es vuestro.
Con que pensadlo; teneis
Todavía el dia entero:
Mas no os andeis con repulgos,
Porque mañana, os advierto
Que, estando con mi conciencia
Tranquila, la ley teniendo
Y la razon de mi parte,
Ni á generoso ni á terco
Me habeis de ganar: mañana
Todo ha de quedar resuelto.
Mi proposicion es franca
Y no queda ya otro medio
De arreglarlo; elegid, pues,
La venta ó el casamiento.

Dijo el inglés, y tomando
Impávido su sombrero.
Saludó al padre de Luz
Y salió del aposento.

III

SU MARIDO

Fuera que reflexionara
Su padre, ó que la perspícua
Inteligencia de Luz
De la situacion en vista,
Tomara por sí el papel
De redentora y de víctima,
O que su fé no teniendo
Con nadie comprometida,
Tampoco con repugnancia
Viera la oferta humorística
Del inglés, ello es que en julio
Fué Luz su esposa legítima.
Y aunque á nadie dió detalles
Jamás de su vida íntima,
Su posicion en el mundo
Pareció al mundo magnífica.
Hizo el inglés de la hacienda
Crecer las rentas exíguas,
Y una mansion casi espléndida
En la ciudad, sostenia.
Abrió su salon á poco
A sociedad escogida,
Y Luz, reina de su casa,
A placer la dirigia.
Luz fué una de las señoras
En Méjico mejor quistas,
Su sociedad la mas culta,
Su reputacion purísima.
El inglés, que en cuanto cabe
En su gravedad, la mima

No con cariño estremoso
Mas con atencion solícita,
Labró á Luz una existencia
Tan dichosa, que su dicha
Dió causa á muchas casadas
De admiracion ó de envidia;
Y aunque la verdad Dios solo
Del corazon profundiza,
Luz no se mostró jamás
Ni triste ni arrepentida.
Su padre el cincuenta y nueve
Murió de una apoplegía:
El inglés en triste calma
Y Luz en dolor sumida,
De la capital se fueron
La pesadumbre justísima
De Luz á llorar en la honda
Soledad de la campiña.
Corrieron otros dos años
Y en la soledad tranquila,
Tranquila sino dichosa
La vida de Luz corria.
Al fin del sesenta y uno
A recoger una firma
De crédito al Director
De la inglesa compañía
Fué nuestro inglés á Pachuca:
Y pisando en una viga
Mal puesta, se hundió en silencio
Por un tiro de la mina.
Cuando empieza este relato
Llevaba Luz todavía
Luto por él; aunque la época
Era ya de él transcurrida.
Siendo el negocio del préstamo

Un secreto de familia,
Luz, del inglés, como esposa,
Siendo heredera legítima,
Y el hermano del difunto
No habiendo vuelto de la India,
Luz sin hijos de la hacienda
Está en posesion pacífica.
Tal es la historia de Luz,
Ahora falta en breves líneas
Señales de la persona
Dar de la hermosa viudita,
Para que el lector curioso
Conozca mejor de vista,
La mejicana á quien nuestra
Pluma aquí caracteriza.
Ahí va, pues su filiacion,
Como pudiera escribirla
En su propio pasaporte
La prusiana policía.
Toca su gentil cabeza
Cabello que á negro tira,
Pues solo al sol da cambiantes
De sus rubias medias tintas.
Castaño oscuro y sedoso,
Cuya madeja algo riza
En grandes ondas se quiebra
Cuando de amarres la libra.
Tez pálida, pero fresca,
Transparente y nacarina:
No de ese pálido mate
Que acusa carne enfermiza.
Frente tersa y espaciosa,
Boca fresca, nariz fina:
Ojos negros de mirada
Rápida, serena y límpida,

Cuyos transparentes párpados
Dejan ver de la pupila
La sombra oscura á través
De su piel delicadísima:
Y tan ricos de pestañas,
Que hacen sombra á las mejillas
Cuando los baja modesta,
Fatigada ó pensativa.
Su cabeza, en cuello grácil
Bien colocada, gravita
Sobre un cuerpo de estatura
Ni sobrada ni mezquina.
Sus proporciones exactas
De tal modo se combinan,
Que forman un todo bello,
Mas por su noble armonía
Que por el dibujo clásico
De las estátuas antiguas.
Luz, mas pequeña que grande,
Mas graciosa que bonita,
No es del Olímpico tipo
Del de la Vénus de Fidias,
Sino de aquel que Ticiano
Nos dejó en su Monna Lisa;
Toda gracia, toda fácil
Movilidad espresiva,
Que con cada movimiento
De luz y espresion varía.
Sus ebúrneas manos son
Tan pequeñas y pulidas,
Que á no ser primor tan raro
Rara imperfeccion serian.
Y sus piés son tan enanos,
Que cualquier princesa china
Para acreditar su orígen

De estirpe real, los querria:
Y calza tan pocos puntos
Que á no andar en tal estima
Semejante imperfeccion,
Por coja se la tendria.
Tal es Luz, beldad en Grecia
Casi desapercibida,
Mujer á quien casi adoran
Méjico y Andalucía.
Tal es Méjico, y así
Viven en aquellos climas
Estas gentes de carácter
Y de razas tan distintas.

BAILLE
DE
BOARDS
1861

EL SERENO.

POR D. LUIS RICARDO FORS.

o intentamos describir el sereno.

El sereno, por lo anómalo, es poco menos que indescriptible.

Además, seria faltar á las mas altas consideraciones sociales tratarlo como si fuera un tipo igual á los demás tipos que medran y se agitan en nuestra sociedad.

Cuando los españoles vivian bajo el paternal gobierno de la Sacra, Católica y Real Majestad de los monarcas absolutos de derecho divino, los serenos podian no ser considerados mas que como simples serenos. Hoy, en pleno régimen constitucional, en los tiempos del progreso, de las luces de gas, de los derechos individuales, de la música de Wagner y del extracto de carne Liebig, el sereno ha llegado á la categoría de una de las piedras fundamentales que sostienen el edificio admirable de las instituciones político-sociales de la tierra de los *pronunciamientos,* y de las *irregularidades,* y de los toros.

Niéguelo quien quiera.

El que así lo haga no tiene nocion exacta de la influencia de un sereno en los tiempos que alcanzamos, cuando se trata de la seguridad de la familia, la garantía del hogar, la prosperidad é iniciativa de los ciudadanos, los milagros del sufragio universal, la fuerza de los gobiernos y el encumbramiento y medro de todos cuantos en España se creen destinados á ocupar una poltrona ministerial, es decir, de todos los españoles.

Hay quien opina todavía que el sereno es un modesto empleado del municipio, pagado para vigilar las calles, cantar las horas de la noche y advertir al vecindario el estado de la atmósfera.

¡Error!

Esto pudo haber sido el sereno en los tiempos de oscurantismo, ó sea en las edades prehistóricas de la vida constitucional de nuestra pátria.

Hoy el sereno es otra cosa muy distinta.

Para algo debian servir las revoluciones y el espíritu civilizador de los modernos tiempos que nos han regalado los delirios de la internacional con sus huelgas infructíferas y las maquinaciones de los nihilistas con sus máquinas regicidas.

Desde que disfrutamos todas estas bienaventuranzas, el sereno ya no es simplemente sereno. Se ha trasformado en nublado.

Nos esplicaremos.

Vigilar las calles, es, en la época presente, cosa de poca importancia, puesto que cualquier siete-mesino sale á las tres de la madrugada de la cervecería ó del *postribulus*, (digámoslo en latin para mayor decoro,) rompiendo los bolsillos del pantalon con el peso de uno ó dos rewolvers de veinte y cinco tiros, con bayoneta y balas explosibles. Saber las horas de la noche por boca de pregonero, carece absolutamente de utilidad en unos tiempos en que cualquier auxiliar de una oficina del Estado con doce duros mensuales de sueldo, esposa, prole, suegra y cuñadas, tiene en su alcoba magnífico cronómetro ginebrino de seis mil reales de precio. ¡Saber el estado de la atmósfera! ¡Bah! ¿Para qué se necesita conocer tal frusleria, si al retirarse hoy un gomoso por la madrugada brilla la luna en el firmamento, y si cuando deja la cama á la una de la tarde puede disponer de una carretela para ir al paseo, á la oficina, á casa de la bailarina, ó á la *ruleta?*

Cuando el sereno servia exclusivamente para todas estas pequeñeces, cuando tan solo vigilaba las calles y cantaba las horas, y advertia el tiempo, ó iba en busca de la comadrona, ó acudia á la botica, el sereno era sereno. Y aun entonces, aun en aquellos dias del apogeo típico de sus primitivas funciones, la auto-

ridad y respetabilidad de aquel funcionario eran discutidas en epigramas tan intencionados como el que recordamos de don Nicolás Diaz de Benjumea:

Una noche de huracan y truenos
¡Sereno! iba cantando mi sereno.
Esto enseña, lector, que, en general,
No se debe creer nada oficial.

Cuando así se hablaba del sereno, precisamente en la época del pleno apogeo de sus funciones esenciales, puede presumirse lo que hoy se puede hablar al verlo convertido en instrumento electoral, gaceta de chismes, amenaza constante de malestar para no pocos, y servidor de los manejos de muchos.

No hay que considerar en nuestros tiempos al sereno en el ejercicio exclusivo de sus funciones antiguas, sino bajo muy distintos aspectos. Ya no sirve nuestro hombre como servia antes para dormitar junto á su farol y su chuzo en los portales de los edificios, ni para advertir su proximidad á los malhechores por medio de su canto, ni para distribuir al vecindario décimas macarrónicas en Pascua de Navidad.

Hoy se emplea el sereno en asuntos menos inocentes, por lo cual hemos dicho antes que de sereno se ha convertido en nublado.

Familia conocemos nosotros sumida en las privaciones de una miseria vergonzante cuyas horribles privaciones han impedido gratificar al sereno del barrio con la acostumbrada propina de fin de mes. Y desde aquel dia las iras del funcionario nocturno cayeron de tal modo sobre aquellas pobres gentes, que han acabado por ser sus verdaderas víctimas.

Una jóven de la familia en cuestion, bella y virtuosa, quiso salvar á su madre y hermanos de los horrores del hambre, renunciando á todas las ilusiones de la juventud, á todos los ensueños de amor y felicidad, ofreciéndose como víctima propiciatoria á una cofradía benéfica para el cuidado de enfermos, mediante una pension vitalicia fundada por un opulento filántropo. Acudió la jóven á la primera autoridad de la provincia para obtener el ingreso en la corporacion de que era patrono; el gobernador pasó la peticion á informe del alcalde de la ciudad, este la remitió al alcalde del barrio y este á su vez pidió informes al sereno, quien participó á su superior jerárquico que la jóven N. N. pertenecia á una familia de holgazanes cuya vida era tan desarreglada, que derrochaban cuanto se les daba.

Este informe del sereno corrió del alcalde de barrio al de la ciudad, y de este al gobernador civil, el cual resolvió la instancia escribiendo al márgen: *No há lugar á lo que se solicita, en vista de los malos antecedentes de la interesada.*

La jóven enfermó gravemente del disgusto, la familia llegó á todos los horrores de la miseria, y el sereno quedó vengado de los desgraciados que no pudieron arrojarle los ocho cuartos de propina.

Y no pára en esto solo la influencia del sereno, en los tiempos de las luces de gas.

Antes de dar comienzo al desempeño diario de sus funciones se constituye en vehículo de todas las maledicencias y chismorreos de la vecindad, trayendo y llevando cuantos rumores pueden desacreditar á las familias honradas ó favorecer á los perversos, segun la fantasía, ó la codicia, ó los rencores de las comadres del barrio.

Muchas veces el lector habrá visto pasar por nuestras calles, á las primeras horas de la noche, una comitiva de hombres armados de chuzo y provistos de linterna, andando con paso mesurado, ordenados por parejas ó de tres en tres, casi silenciosos y con aire ni marcial ni de paisano, que se deslizan entre los transeuntes con siniestro aspecto y como distintos del resto de los mortales por la práctica de funciones misteriosas.

Aquellos hombres son los serenos de la ciudad preparándose para empezar el servicio de vigilancia nocturna, disgregándose uno tras otro de la comitiva, á medida que ésta va pasando por la demarcacion de cada uno.

Una vez el sereno en el lugar de sus funciones espera tranquilamente que las puertas de las tiendas, primero, y las de las escaleras despues, vayan cerrándose unas tras otras para quedarse completamente solo en la via pública. Pero antes de que llegue esta hora el sereno celebra sus tertulias, averigua todos los chismes del barrio y comenta y graba en su memoria todas las historias sobre la vida de los vecinos.

Lo mas comun es ver al sereno llegarse al dintel de la tienda de comestibles, y allí dejar arrimados á la pared farol y chuzo, para liar tranquilamente un cigarrillo y trabar conversacion sobre los sucesos del dia.

—Buenas noches, señora Tomasa,—exclama con aires de confianza.

—Muy buenas se las dé Dios,—contesta una jamona metida en mas carnes de las que deseara la interesada.—¿Qué novedades trae usted? ¿Sabe usted cómo sigue la *comandanta* de la esquina?

—No sé nada. ¿Le ha sucedido alguna cosa?

—¡Pues hombre!—exclama asombrado el dependiente de la tienda, que desde el mostrador habia notado la llegada del sereno.—¡No se habla de otra cosa en el barrio! El mozo del boticario asegura que no le queda vida para dos dias. A lo que parece la paliza fué de padre y muy señor mio.

—Pero hombre, ¡qué paliza ni qué rábanos!—prorrumpe el funcionario municipal aguijoneado por la curiosidad,—¿quieren ustedes explicarme lo que sucede?

—¡Ea, señor Antonio!—dice la jamona con aire malicioso;—usted sabe mas que nosotros y quiere hacerse el desentendido, pero ya suponemos el *intringulis* del suceso.

—¡Vaya si lo sabemos!—interrumpe una muchacha que acaba de recibir del dependiente un cucurucho de arroz recien pesado.—Mi amo, que es el médico que la ha asistido y que tiene muy buen olfato, dice que no hay tal caida ni tal niño muerto, sino una paliza soberana, cuyas señales han quedado en todo el cuerpo de la buena señora. ¡Vaya unos maridos Nerones! ¡Pues si todas las veces que las señoras reciben visitas estando fuera sus maridos tuvieran que recibir palizas, yo les aseguro á ustedes que mi señorita no tendria hueso sano en el cuerpo! Señora Tomasa, apunte usted este arroz que me llevo, porque no he bajado los cuartos.

Sale la criada y apénas tiene tiempo de entrar en el portal del lado cuando la dueña del almacen se dirige con cara de vinagre al mozo del mostrador:

—Mira, Jacinto; esta vez es la última que se hace crédito á la mujer del médico. Ya debe tres pesetas menos seis cuartos y no lleva trazas de pensar en pagarlas por ahora. Yo no tengo tienda para llenar la barriga á nadie por su bonita cara.

—¡Bien dicho!—exclama el sereno,—esos señores que se dan tono y luego pagan al sereno dos reales todos los meses para que les vigile la calle mientras duermen, no merecen que se les tenga consideracion alguna.

—Y luego,—exclama la señora Tomasa,—si fueran gentes como una, pero ¡quiá! ¡Ay, sereno! ¡Si viera usted qué gentes! ¡Dan un ejemplo en el barrio!

—¿Qué me dirá usted á mí, que soy el que veo todas las noches las sombras chinescas y entradas y salidas de galanes y cartitas y señas por los balcones?

—Todas son unas...—y el mozo del mostrador no acabó la frase para prender un cigarrillo que acabó de liar en aquel momento.

—¡Y por lo visto,—agregó el sereno,—la *comandanta* hace como las demás, segun ha explicado la criada del médico!... Pues lo que es á esta, el primer dia

la entierran de una pulmonía cogida en el balcon mientras charla con un lechuguino que viene todas las noches á levantarle los cascos desde la calle... Se conoce que todas tiran por el mismo camino, porque el jueves pasado á eso de la una, mientras iba yo dando la segunda vuelta por el barrio, ví abrirse el balcon de los americanos de la casa amarilla y una de las muchachas echó una llave á un hombre que la recogió, abrió la puerta de la escalera, entró en la casa, y no le ví salir sino á la madrugada... Pero basta de conversacion, están dando las diez y voy á dar la vuelta por esos mundos por si al cabo se le ocurre venir por ellas... ¡Felices noches!

—¡Téngalas usted buenas, sereno!

La jamona dejó su silla, el mozo procedió á cerrar la tienda y el sereno se alejó pausadamente saludando á los que hallaba al paso, empujando las puertas cerradas, por si no lo estaban, y cantando la hora para noticia de los que la ignoraban.

Tal es la primera hora nocturna del sereno: averiguar vidas agenas, comentarlas, agravarlas y propalarlas.

Las restantes las emplea en llevar la alta y baja de los trasnochadores del barrio.

Él sabe la costumbre de cada vecino en cuanto á las horas de recogerse al hogar: conoce por los pasos los individuos que viven en su jurisdiccion; gradúa por el valor de las propinas la solicitud y amabilidad que emplea en el saludo, desde la oficiosidad de acompañarles y alumbrarles la acera con el farol, hasta la grosería de volverles las espaldas á su paso.

Es el sereno registro de todos los oficios, ocupaciones y empleos de las gentes de su barrio, y tiene en la memoria todas las filiaciones desde el general al barrendero, y de la marquesa á la fregona; sabe las enfermedades que todos ellos padecen con mas frecuencia, y lleva la estadística de todas las criaturas recien nacidas y de las que se hallan próximas á nacer.

Fuera de sus funciones nocturnas, sirve de palanca á las instituciones públicas.

El sereno no solo es voto en unas elecciones, sino máquina de votos, inapreciable en manos inteligentes. La experiencia ha enseñado la trascendencia del sereno en la lucha electoral. Se multiplica á sí mismo y multiplica á los demás, segun la voluntad de los fabricantes de concejales y diputados.

Se ofusca quien cree que el sereno puede ser, cuando mas, un solo voto en una maniobra electoral. Puede ser, y ordinariamente es, dos votos, diez votos, veinte votos, segun la habilidad de quien lo sabe multiplicar.

Imagínese el lector la significacion electoral de una compañía de serenos conocedores cada uno de su barrio respectivo. Supongamos que sean cien los individuos de esta compañía: haciendo votar á todos, obtendremos cuando menos cien votos.

Pero el sereno sabe todos los electores que hay en su barrio; sabe los que han fallecido, los que se encuentran ausentes, los que se hallan enfermos, los que jamás van á votar, y si todos estos llegan por ejemplo á veinte en cada barrio arrojan un total de dos mil votos en la jurisdiccion de la compañía. Entonces ésta, convenientemente disfrazada y protegida y amaestrada por sus jefes, vota por todos aquellos que no pueden ó no quieren votar, y en tal caso queda trasformada, para los efectos del escrutinio, de cien votos en dos mil y cien.

¡Maravillosos procedimientos de la civilizacion moderna! ¡Misterios de nuestras sociedades, que hacen depender muchas veces de la papeleta de un sereno la suerte de una provincia ó el órden de una nacion!

No en vano dijimos al principio que en nuestros dias el sereno se ha convertido en nublado. Y como no creemos en la bondad de unos tiempos, en que por medio de un sereno se puede falsear la voluntad de los pueblos, ó sembrar la maledicencia entre los ciudadanos, ó introducir la desgracia en las familias, esclamaremos á guisa de última pincelada en este boceto:

—¡Líbrenos Dios del sereno!

EL ANTICUARIO.

POR D. ENRIQUE RODRIGUEZ SOLÍS.

I

El geólogo, el numismático, el bibliófilo... tres personas distintas y un solo hombre verdadero, el *anticuario,* compendio y resúmen de los tres.

El anticuario puede dividirse, y se divide con efecto, en tres ramos principales: el erudito, el aficionado y el mercader.

El erudito hace de esta ciencia una religion, á la que consagra un verdadero culto, y quema ante ella el incienso de toda su fortuna. El aficionado ama la ciencia, pero no se sacrifica por ella. Respecto del mercader, la ciencia es para él un comercio, las antigüedades una especulacion, el arte una mercancía. El erudito es el creyente, el fanático, el mártir. El aficionado un adepto. El comerciante un Judas. Para el erudito todos los estudios, todos los sinsabores, todos los trabajos, todas las vigilias. Para el mercader todos los goces de la especulacion, todas las alegrías del cálculo, todas las ventajas de la compra-venta.

II

El erudito, encorvado sobre las polvorientas hojas de un antiguo libro, le acaricia como á una mujer hermosa y le sonríe como á un hijo querido, porque en las páginas de aquel viejo volúmen, adquirido á costa de las mas grandes penalidades, se hallan las famosas *poesías* ó *cantares* del célebre Arcipreste de Hita, como lo prueba una de las coplas, que á la letra dice:

«Porque de todo bien es comienzo é *raís* la Vírgen Santa María, por end yo *Juan Ruis arcipreste de Fita,* primero fis cantar de los sus gozos siete, que así dis.»

O el *Poema* ó *Libro de Alejandro,* códice de pergamino, en 4.° de 153 hojas útiles, cuya letra es como del siglo XIV, encuadernado en tabla, forrado de becerro encarnado con algunas labores, y una manecilla al frente para cerrarle, (1) su autor Juan Lorenzo Segura de Astorga, clérigo, segun se desprende de la última copla, que es la MMDX, en la cual despues de haber pedido á los lectores recen por él un *Pater noster,* escribe:

«Se quisierdes saber quien escrebió este ditado,
Joan Lorenzo, bon clérigo é ondrado,
Segura de Astorga, de mannos bien temprado;
En el dia del juicio Dios sea mio pagado. *Amen.*»

O la *Disciplina clericalis,* de Rabbí Moseh Sefardi, de Huesca, por otro nombre *Pedro Alfonso,* que así le mandó llamar en 1106, su padrino de pila el rey don Alonso el Batallador, libro notabilísimo, en cuyo prólogo se lee: *Deus in hoc opusculo sit mihi in adjutorium, qui me librum nunc componere et in latinum transferre compulit,* de lo cual se infiere que el autor escribió primero en arábigo ó hebreo, y que deseando luego vulgarizar su obra la tradujo al latin.

El anticuario erudito contempla en silencio la carcomida hoja de una espada tratando de adivinar si con efecto tiene en sus manos la famosa *colada* del insigne Cid Campeador. Vuelve los ojos á un tapíz que adorna su ancho salon, conquistado á fuerza de oro y de trabajos, y parece interrogar á los *chisperos* y á las *majas* que le adornan si fué el epigramático pincel de Goya quien los trazó en el lienzo. Torna el rostro, y al verse retratado en un diáfano cristal, se extasía re-

(1) Lo posee en su biblioteca el duque del Infantado.

cordando que segun todas las señales, este fué uno de los primitivos espejos fabricados en la hermosa Venecia. Sentado el anticuario erudito ante una gran mesa, repasa con orgullo cuantos objetos la ocupan, el papiro que perteneció á uno de los primeros faquires de la India; el grosero arco compuesto de los nervios y de las tripas de los animales muertos y de las ramas filamentosas y verdes de la madreselva; las hachas y los cuchillos de piedra, de la primera edad del hombre. Las conchas, los trozos de alfarería, el brazalete formado de un cordon triple, el del centro liso y los dos exteriores figurando una cuerda retorcida, cerrado por medio por una especie de gancho ó mas bien cuerda dentada, de bronce, pero revestido por el tiempo con una capa de esmalte, imposible de imitar hoy, y que pertenece á la edad de bronce. El *raspador* y el *alisador,* instrumentos rústicos con los cuales raspaban y alisaban las pieles de los animales los hombres de la edad de hierro. Los anzuelos fabricados de hueso, las monedas de bronce, no fabricadas con troquel, sino fundidas, muy semejantes á los ochavos morunos, con un busto groseramente hecho en un lado y en el otro un perro con cuernos. La espada de hoja de hierro y puño de bronce. Los collares, brazaletes, sortijas, cinturones, vasos de hierro y bronce y algunos de oro, ninguno de plata, y algunos objetos de marfil, parecidos á alfileres, y que las señoras debian emplear para sujetar sus cabellos, en la época de la edad de hierro. Mas léjos, el anticuario contempla en un rincon, cuidadosamente conservados, los arados de madera y hierro de la época primitiva; y luego, sobre un elegante velador, un cráneo y varios huesos petrificados, varias ánforas, varias urnas cinerarias y algunos barros saguntinos, restos indudables de los legionarios romanos. En otro rincon del gabinete un tríptico con pinturas de Alfonso Durero, y sobre él, el rico devocionario, con miniaturas imitando lirios, que usó la católica Isabel; y á su lado, formando lo que los franceses llaman *pendant,* la famosa *Biblia* que esgrimió como una arma de muerte entre sus convulsos dedos el fraile eremita Martin Lutero. En las paredes del salon, reunidos á costa de mil y mil esfuerzos, una *Concepcion* del gran Murillo, quizás la verdadera; una *Madonna,* de Leonardo de Vinci; una *Sacra Familia,* de Rafael; una dama veneciana, del Ticiano; el retrato de *Beatriz,* de Guido Reni; unas *Meninas,* de Velazquez; un retrato del cardenal *Portocarrero,* de Coello; *Una escena campestre,* de Van-Dyck y *Una maja* de Goya; y sobre ricos pedestales, verdaderas obras de arte, *La cabeza de San Pedro,* del gran Miguel Angel; una *Vírgen,* de Berruguete; una *Magdalena,* de Cánova; y un *Cristo yacente,* de Montañés.

III

El anticuario, especie de enciclopedia viviente, historia completa de la humanidad, arca de todos los conocimientos, archivo de todas las artes, será siempre digno de respeto y de consideracion y de gloria. En tanto que el otro, el mercader, será siempre objeto de burla, de censura y de escarnio. El uno atesora para la ciencia, y el otro para su bolsillo. El erudito ama el arte por el arte: y el otro por lo que le produce, y sin embargo los dos se completan.

Todo en el anticuario es viejo. Si tiene esposa la genealogía de ésta se perderá en la noche de los tiempos. Si tiene hijos serán contemporáneos de Noé. En cuanto á su edad no recordará de seguro cuando ha nacido, y en su interior sentirá no ser tan viejo como el mar. La ciencia le da vida, y el hallazgo de un objeto antiguo le rejuvenece. Si la gota le impide salir de paseo no le impedirá correr tras un libro, una moneda, ó un cuadro, hasta conseguirlo. Como aquel agente de negocios que se preciaba de muy listo y por ocuparse de los asuntos de los otros dejaba que su mujer fuese galanteada por todos, el anticuario todo lo abandona, todo lo olvida, familia, hijos, posicion, por el estudio de la ciencia y la adquisicion de un objeto raro ó de un mueble antiguo.

Nada tan bello como la pintura que de este tipo nos ha dejado el imponderable Víctor Hugo, la cual no resistimos al deseo de copiar:

«La única opinion del señor M... consistia en amar apasionadamente las plantas, y sobre todo los libros.

»No comprendia que los hombres se ocupasen de otra cosa que de contemplar arbustos y hojear libros antiguos.

»El tener libros no le impedia leer, y el ser botánico, no le impedia ser jardinero.

»No habia logrado amar tanto á una mujer como á una cebolla de tulipan, ni á un hombre tanto como á un ejemplar de Elzevir.

»Nunca salia sin llevar un libro bajo el brazo, y casi siempre volvia con dos.

»El único adorno de sus habitaciones eran herbarios en cuadros, y estampas de antiguos maestros.

»Su criada era tambien una variedad.

»Los cerebros absorbidos en una sábia meditacion, ó en una locura, ó lo que sucede con mayor frecuencia, en ambas cosas á la vez, solo son sensibles muy

lentamente á las realidades de la vida. Hasta su propio destino es cosa que se presenta lejana para ellos. De esas concentraciones resulta una pasividad, que si fuese razonada se asemejaria á la filosofía. Los tales cerebros declinan, descienden, se deslizan y aun se desploman, sin apercibirse de ello. Concluyen, es verdad, por despertar, pero tardíamente. Mientras tanto parece que son extraños al juego entablado entre su felicidad y su desgracia. Sus hábitos intelectuales tienen la oscilacion de un péndulo. Una vez montados en una ilusion siguen andando por mucho tiempo, aun cuando la ilusion haya desaparecido. Un reloj no se detiene en el momento mismo en que se pierde la llave.»

¡Magnífico retrato!

IV

Existe tambien un mentido anticuario, falsificador de objetos antiguos; es otra variedad de la especie.

Nosotros hemos oido hacer grandes elogios de cierto artista que ejecuta notables imitaciones de las épocas árabe y romana, las entierra en el jardin de su casa, y luego las vende como legítimas á los ingleses, suponiendo que han sido halladas en alguna excavacion reciente.

Existe tambien el escritor que para darse aires de sábio y de hombre de ciencia, afirma que ha sido hallado el esqueleto del rey de los cimbrios *Tentobochus* (siglo XVII), el cual medía seis metros de altura, y luego resulta que es el esqueleto de un elefante fósil!...

V

Como nuevos ejemplares de la gran familia del anticuario vamos á presentar á nuestros benévolos lectores al ignorante-ilustrado, y al ilustrado-ignorante, si es que estas dos palabras caben juntas; es decir, al hombre de carrera que desconoce el valor y la importancia de las obras antiguas, y al profano, al ignorante, que apasionado por la ciencia, admira y comprende el valor de los objetos antiguos. Ejemplo: Un amigo nuestro, entusiasta aficionado, visitó hace dos veranos la provincia de Zamora y se hospedó en el pueblo de V... en la casa del cura para el cual se habia procurado una gran recomendacion. La conversacion recayó bien pronto, como era natural, dada la manía de mi amigo, sobre el objeto que le lle-

vaba á aquellos apartados lugares, ó sea la adquisicion de libros, armas ú objetos antiguos. El cura entristecido se apresuró á manifestarle que en aquel pueblo no habia nada, absolutamente nada, digno de comprarse. Insistió mi amigo, y el cura, deseoso de que su huésped no se fuera sin algun objeto *viejo,* como él decia, le regaló unos *libracos* que tenia en el desvan expuestos á la voracidad de los ratones. Estos *libracos* eran un magnífico ejemplar de la *Historia del Emperador Cárlos V,* por fray Prudencio Sandoval, impreso en 1500, con soberbios grabados de la época, representando los personajes mas célebres de aquellos revueltos tiempos, Cárlos V, Enrique VIII, Lutero, etc., y una rara edicion de las *Fábulas de Esopo.* Mi amigo dió al ama cuatro duros por la molestia de bajarlos del desvan y sacó trescientos por aquellos *libracos,* cuyo valor y mérito desconocia un hombre de ciencia como el cura, y estimó bien pronto mi amigo, que era, puede decirse, un ignorante.

Otro caso, histórico tambien:

Al año siguiente, emprendió de nuevo mi amigo su acostumbrada expedicion, y al visitar la escuela del pueblo de H... halló á un niño castigado á llevar por coroza un magnífico capacete bilbilitano, ó de Calatayud, muy pesado, del siglo XV, que el señor maestro habia hecho pintar de colorado, y bajo cuyo peso la criatura lanzaba agudos ayes. Mi amigo propuso al maestro cambiarle el casco por otro objeto mas apropiado, á lo que accedió inmediatamente. Hoy el casco figura en la armería de un noble y ha valido á mi amigo una respetable suma. El maestro, á pesar de que por sus estudios estaba obligado á ello, no comprendió el mérito de aquella verdadera joya.

VI

En el anticuario se admiran los dos extremos. Tiene sus polos como el mundo, su verano y su invierno, su noche y su aurora, su alegría y su tristeza.

Segun los historiadores el célebre Carnot, era un hombre de pequeña estatura, con calzon corto, peinado á lo Rousseau, con un frac gris, que pasaba su tiempo en ir de la calle de San Florentin á las Tullerías, donde buscaba antigüedades. Cuando iba al ejército se quitaba el frac gris y se ponia el uniforme de general, y luego de ganada la batalla regresaba á París á continuar su tarea de buscar antigüedades. ¡Hé aquí la ciencia y la guerra unidas, en amoroso consorcio!

En el anticuario lo ridículo aparece al lado de lo trágico.

No es posible recordar sin reir á aquel célebre bibliófilo que ocupado en descifrar un antiguo manuscrito no advirtió que el gato ha devorado su almuerzo, y satisfecho con haber hallado el título de la obra y creyendo de buena fé que ha almorzado, se apresuró á pedir el postre á la criada; y no hay manera de recordar sin espanto al célebre convencional francés Mr. Berard, diputado del Oise, que pocas horas antes de votar la muerte de Luis XVI subió presuroso las escaleras de una pobre boardilla de la calle de San Lázaro, para admirar un cuadro de Rubens, hallado casualmente.

Concluyamos.

Si todos los fanatismos son graves, si el corazon humano, al igual de la ciencia, tiene pliegues, honduras y secretos á los cuales no es posible llegar, el anticuario merece disculpa porque su fanatismo á nadie perjudica, y antes por el contrario, sirve en gran manera al conocimiento de las épocas, al estudio de los tiempos y á la filosofía de la historia.

EL CACIQUE.

POR D. CÁRLOS M. OCHOA.

UIÉN no le conoce?

¿Quién no ha tenido ocasion de verle ejercitar su actividad, moverse siempre, intrigando en todo tiempo y bajo todas las situaciones políticas, y siendo una de las personas de mas viso de la localidad en que vive, y aun del distrito en que aquella localidad se halla enclavada?

Podemos dividir en cuatro órdenes la especie de los caciques.

Primero: El gran cacique, aquel cuya influencia está en las elevadas esferas de la gobernacion del Estado.

Segundo: El cacique provincial, concretado siempre á ejercer dominio y á explotar en su provecho y el de sus amigos, la provincia.

Tercero: El cacique de distrito, muñidor electoral, bien relacionado en la diputacion provincial, en la administracion económica de la provincia y que cuenta con la proteccion incondicional del diputado á córtes por su distrito.

Y cuarto: El cacique local, que casi siempre empuña la vara de alcalde, ó hace empuñarla á algun paniaguado suyo, mayor contribuyente del pueblo, si

bien la circunstancia de ejercer el cargo de primera autoridad en la localidad, le hace resultar favorecido en los impuestos, tributando por la mitad de lo que debiera tributar, invadiéndolo todo, gobernándolo á su manera y siempre en provecho propio.

Estos cuatro órdenes constituyen ese núcleo, conocido con el nombre de caciquismo, cuya funesta gestion político-administrativa, es orígen de contínuos trastornos en las poblaciones rurales, y causa de una série no interrumpida de injusticias y abusos de todo género.

No intenteis nunca averiguar, porque seria en vano, la idea política que tiene el cacique: todas son para él buenas y todos los gobiernos inmejorables, siempre que le aseguren intereses, que no son por cierto la satisfaccion del amor propio.

Dominado siempre por pequeñas pasiones, cifra su felicidad en poder hacer daño á sus enemigos, aprovechando para ello todos los medios por bajos y rastreros que sean.

Es un ente funesto en política, puesto que no considera esta sino como un medio para satisfacer ambiciones bastardas; y su escepticismo es de tal naturaleza, que con igual entusiasmo saluda á un gobierno monárquico, que se encasqueta el gorro frigio; teniendo siempre por norma de conducta el interés y ofreciéndose en subasta al que mas da.

Su influencia es tal, que llega á las mas altas esferas de gobernacion, impone condiciones á los hombres políticos importantes, y consigue inclinar á menudo en su favor y contra ley, la balanza de la justicia.

El gran cacique es el que, consiguiendo la dominacion de uno ó mas distritos, hácese fuerte con el gobierno que no le concede cuantas mercedes le pide, y que son: destinos para sus amigos, condonacion de contribuciones para sus electores, la facultad de nombrar los alcaldes y los ayuntamientos en sus distritos, estancar los expedientes sobre pago de bienes nacionales de aquellos de sus mas poderosos agentes electorales, satisfacer inmediatamente y contra toda equidad las deudas de bienes de propios y otras muchas cosas, que por ser de todos conocidas, no creemos necesario enumerar.

Casi en el mismo sentido puede bosquejarse el cacique de segundo órden ó sea el de la provincia, con la única diferencia de que la esfera de accion de éste, se circunscribe á la administracion provincial.

Allí tiene á su cargo el aprobar las cuentas municipales de tal ó cual ayuntamiento amigo, á pesar de los reparos que pudieran contener, ó el de impedir que

esas cuentas se exijan, haciendo pesar su influencia en el gobierno civil y en la administracion económica.

Muy parecida á la mision de este cacique, es la del cacique del distrito, ó sea el de tercera clase, si bien este explota su influencia además para satisfacer venganzas y resentimientos personales, para colocar á sus deudos, sin cuya circunstancia niega sus servicios y su gestion electoral dentro del distrito al que aspira á representar éste en las córtes ó en la provincia.

Casi siempre el cacique de distrito, lo es á su vez de localidad, y por consecuencia, al enumerar las cualidades mas salientes de éste, las hacemos á aquel aplicables, evitándonos una doble descripcion.

Generalmente en los pueblos se llama el cacique *don Fulano* ó *señor Fulano,* y muchas veces *el tio Fulano,* sin que esta última democrática denominacion, sea parte para que deje de tener las mismas cualidades y la misma influencia que los otros.

Odios de familia, encontrados intereses, el deseo de ejercer siempre los cargos de autoridad local, determinan el caciquismo de los pueblos; y los caciques locales, amparados en sus colegas de distrito, sumisos y obedientes siempre á los mismos y sostenidos por ellos, hácense guerra sin tregua ni cuartel, siendo conservadores cuando los contrarios son demócratas, y siendo demócratas y carlistas cuando los contrarios son conservadores.

El cacique local, arrienda siempre á sus parientes y amigos los servicios municipales; en los repartos han de resultar siempre los suyos favorecidos; es alcalde, y procura no rendir nunca cuentas; en el amillaramiento para pago de la contribucion territorial, siempre aparecen sus fincas con menor cantidad de la que tienen, y en la clasificacion como de ínfima calidad, y los servicios de bagajes y otros, pesan sobre los contrarios; si roturan éstos una linde ó se entran con el arado en una cañada ó camino, denuncia ó multa al canto, pero el cacique y los suyos están libres de estos percances. Llegado el momento de una eleccion, sabe perfectamente cambiar las urnas ó pucheros en que las papeletas se depositan, y que los votos, aun cuando sean contrarios á su patrono aparezcan en pro, y si alguno se atreve á protestar, lo encarcela por perturbador del órden. En una palabra, todo cuanto de personalismo, de egoista y de ruin pueda caber en la humana mente, todo se alberga en la del cacique local.

Aunque á grandes rasgos descrito el cacique, bajo sus diferentes aspectos, basta lo manifestado para formar idea de lo que en el órden político y administra-

tivo representan esas influencias bastardas, inspiradas siempre en personalísimas miras y nunca en aspiraciones patrióticas.

Cuando leemos en algun periódico de provincias, y esto es muy frecuente, lamentaciones y quejas lanzadas á los vientos de la publicidad, en nombre de los pueblos sacrificados, de los pueblos arruinados, de los pueblos desatendidos, no podemos menos de recordar la inmoral conducta de esos que se pretende presentar como víctimas de otros, y que lo son de sus propias malas artes.

Los pueblos que sacan á subasta los sufragios dando los votos al candidato que mas ofrece ó da; esos pueblos que no solo soportan sino que ayudan, por falta de energía acaso, la conducta de éste ó del otro cacique, y que hállanse propicios á servir los intereses del gobierno, siempre que éste deje de investigar convenientemente y si lo ha investigado deje de castigar ciertas *irregularidades* cometidas en la administracion del municipio; esos pueblos, repetimos, no tienen derecho á quejarse interin no apelen á otros procedimientos, y por norma de sus acciones tengan, en primer término, la moralidad y la justicia.

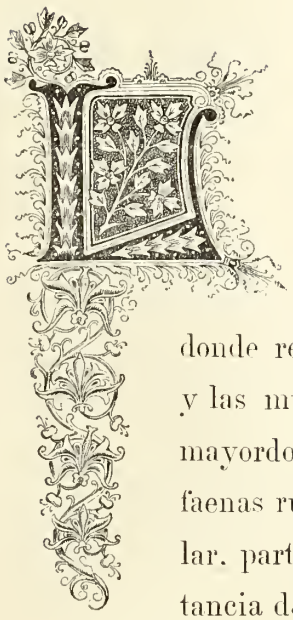
El caciquismo rural imperante, es causa de viciosos procedimientos en la administracion de los municipios, orígen de perturbaciones é irregularidades en las corporaciones provinciales y motor que determina en las oficinas del Estado el compadrazgo, el favoritismo, la injusticia y otros males que todos lamentamos y de que son culpables en primer término los que empiezan falseando la representacion nacional.

Hablaríamos con gusto de los medios que para extinguir el caciquismo por completo seria conveniente adoptar, pero además de faltarnos espacio para ello, la índole de esta coleccion no nos permite hacerlo.

Pero ya hemos dado á conocer al cacique bajo sus diferentes matices; hemos patentizado su famosísima y perturbadora influencia en la gobernacion del país, y por último hemos deducido la necesidad imperiosa de acabar con ese caciquismo imperante, causa de males que todos lamentamos.

LOS GAUCHOS.

POR D. ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.



LÁMASE *estancia* en el Rio de la Plata á un pedazo de tierra, comunmente de dos á tres leguas de largo y otras tantas de ancho, ocupadas por numerosos rebaños, vacunos, caballares y lanares: suele haber hasta 30.000 animales en una sola. En el centro hay una gran casa de material, donde reside el propietario con su familia, con los *peones (gauchos)*, y las mujeres propias y agenas de estos; ó un capataz, especie de mayordomo, encargado de la administracion y de hacer ejecutar las faenas rurales. Cuando la casa es pequeña, como sucede por lo regular, parte de los gauchos vive en *ranchos* (1) edificados á corta distancia de ella.

Las faenas de la estancia se reducen á cuidar del ganado y á matar diariamente cierta cantidad de reses, segun el mayor ó menor número de las que posee y necesita el establecimiento.

El trabajo de los peones se limita á enlazar, derribar y desollar las reses, en lo que han adquirido tal perfeccion con la práctica, que en pocos minutos las des-

(1) Chozas de barro y paja.

cuartizan y sacan el cuero sin el menor tajo ni partícula carnosa; lo estaquean, y preparan la carne en tiras delgadas para el *tasajo* ó *charque,* artículo que constituye uno de los principales ramos de exportacion.

Fuera de esto, no se crea que el cuidado del peon sobre el ganado es semejante al de los pastores en Europa. El gaucho se levanta antes que el sol, se dirige á los corrales, deja salir los rebaños, y cuando estos se han derramado por los campos, se vuelve tranquilamente á la casa á tomar *mate* y fumar hasta la hora del trabajo, si hay trabajo, que por lo regular nada mas tiene que hacer hasta que cae la tarde, y es preciso, no siempre, volver á recoger el ganado.

Como tiene una inclinacion muy regular al *dolce far niente* y aquel género de vida la desarrolla poderosamente, como necesita emplear en algo el tiempo para no consumirse de tédio, busca en el vino, en el juego, en el trato de sus iguales, un medio de recreacion y de soláz. La *pulpería* llena todos estos requisitos.

Es la pulpería generalmente un *rancho* miserable, situado á dos, á cuatro, á seis leguas de la estancia, donde se expende detestable vino, aguardiente, queso, etcétera; es el punto de reunion, el *rendez-vous,* á que asisten de diez leguas á la redonda, los gauchos mas cercanos de aquel *pago* ó departamento.

Allí entre el crujido de los vasos, el estruendo de las carcajadas, el murmullo de las guitarras, el *run run* de las chilenas, (1) el estridor de los puñales que se cruzan con demasiada frecuencia, y no en vano, se forman esas reputaciones colosales, esos hombres de alto prestigio entre el *gauchaje,* que mas tarde aparecen á su frente é imponen la ley á la sociedad culta é ilustrada de las ciudades.

Artigas, Quiroga, Rosas, todos los caudillos, se han apoyado mas de una vez sobre el sucio y grasiento mostrador de una pulpería, antes de arrellenarse en la silla del poder.

En estas reuniones se habla de las últimas carreras, y se arman otras nuevas, de las *Yerras,* (2) de los animales extraviados, de los asesinatos y pendencias que han tenido lugar en la semana, y de todo lo que es propio de su vida vagabunda y desocupada.

Siempre hay entre ellos un *pallador* ó cantor, que hace el gasto de la funcion, sin gastar él nada. En su lenguaje tosco y desaliñado, pero á menudo muy poético y vehemente, improvisa, acompañándose con la guitarra, cantos mas ó menos largos, cuyo asunto está tomado de la misma fuente de sus conversaciones, ó de

(1) Espuelas para domar.
(2) Fiesta para marcar el ganado.

las desgracias y trabajos de algun caudillo famoso, de los *malones* (1) de los indios, ó de sus propias aventuras.

Así el *gaucho,* en su estado de peon, es, á juicio nuestro, el tipo mas prominente que ofrece la sociabilidad argentina. (2) El que habita en los pueblos como el que tiene un pequeño patrimonio y vive independiente, aunque participan de la mayor parte de las cualidades que caracterizan al primero, ni tienen su expontaneidad, ni tantos puntos de contacto como él, con los habitantes de los demás países de América, donde existen condiciones de existencia análogas á la suya.

Arrancamos como punto de partida de las *estancias* para que se vea, como aislada, sin vecinos, casi sin comercio con el resto de los hombres, cada familia forma una pequeña colonia; como ese aislamiento detiene é impide los progresos de la civilizacion, que no puede acrecentarse sino á medida que la sociedad se hace mas numerosa, y los lazos que la unen mas íntimos y multiplicados; para que se note, de paso, cómo la soledad desenvuelve y cimenta en el hombre el sentimiento de la independencia y la libertad; cómo nutre esa altivez de carácter que en todos tiempos ha distinguido á los pueblos de raza castellana. (3)

Considerando al gaucho desde la cuna, se vé que, apénas puede sostenerse sobre el caballo, es decir, desde la edad de cinco ó seis años, éste es una parte integrante de su persona; desde que llega á la pubertad, le ensilla con el sol, y no se desmonta sino para comer, jugar y dormir; si como sucede á menudo, el dueño de la estancia donde ha nacido, aunque muy honrado en el fondo, es un infeliz cuya razon no ha podido ser cultivada, crece y llega á ser hombre, sin tener mas que una idea confusa y no muy buena de la divinidad; como se cria domando potros, degollando novillos, corriendo carreras que á veces le cuestan la vida, vagando solo en la inmensidad de los campos, sin mas armas que su lazo, sus bolas (4) y su puñal; cruzando á nado los rios mas caudalosos, prendido con una mano de las crines de su corcel, y con la otra nadando y empujándole contra la corriente; como se cria luchando con los animales feroces, y muy especialmente con los tigres, que suelen asaltarle al cruzar un bosque, y con mas frecuencia

(1) Expediciones contra los cristianos.

(2) Empleamos esta palabra en su aceptacion mas lata; no nos limitamos á lo que hoy se llama República Argentina.

(3) Humboldt, *Voy. aux reg. equinox.*, tomo III, página 18.

(4) El lazo es una cuerda trenzada, de treinta á cincuenta varas de largo, con una argolla en el extremo que sirve de contrapeso para lanzarle. Las bolas son tres esferas de hierro ó piedra, del tamaño del puño sujetas á un centro comun por cordeles, y que se arrojan á una gran distancia, cogiendo la mas pequeña y haciendo girar las otras dos por encima de la cabeza. Es increible la fuerza que llevan con el impulso del brazo y la velocidad del caballo.

en la márgen de los grandes rios; expuesto á las asechanzas de los *gauchos malos*, especie de bandidos, capaces de asesinarle por la chaqueta que lleva puesta, por las espuelas, ó el *poncho;* acostumbrado á soportar horas enteras los ardientes rayos del sol en el rigor del verano, y los helados cierzos del mas frio invierno; á dormir en todas las estaciones á la intemperie, bajo un *ombú,* ó una *tapera:* (1) á galopar tres dias y tres noches sin descansar, y á alimentarse únicamente de carne medio asada, sin sal, sin pan, sin mas principio ni postre; el gaucho reune en su carácter mucho de la energía independiente de la raza *guaraní,* y mucho de la fortaleza de hierro y extraordinario valor de los primeros conquistadores.

La necesidad de luchar brazo á brazo con una naturaleza exótica y grandiosa, los peligros siempre renacientes que le rodean, la costumbre de verter sangre diariamente, el desamparo y orfandad á que se vé reducido desde sus primeros años, le hacen reconcentrarse en su personalidad, desenvolver sus facultades físicas de un modo maravilloso, (2) y adquirir una indiferencia, verdaderamente admirable, para dar y recibir la muerte.

Como sus necesidades son muy limitadas y le bastan pocos dias de trabajo para satisfacerlas largo tiempo, como está seguro de encontrar otra *estancia* donde acomodarse cuando se le antoje dejar á su patron, por la escasez de brazos y hombres inteligentes en las faenas rurales, se acostumbra desde sus mas tiernos años á no depender de nadie y á considerar á sus superiores de igual á igual. No le dará el título de amo por todo el oro del mundo: *patron* á secas y gracias. ¡Ay del temerario que desconociendo su carácter, y confiado en su calidad de señor, le insultase, aunque fuese con motivo, sin prevenirse!... Antes de acabar la frase, una certera puñalada le dejaria tendido en tierra, y los demás compañeros facilitarian al asesino el mejor caballo para que huyera, si se hallaba en paraje donde pudiera alcanzarle la justicia.

El gaucho, aunque despejado, con muy felices disposiciones, y tambien noble y generoso, cuando todavía la desgracia no ha agriado su carácter, es supersticioso, desconfiado, muy reservado y lleno de antipatías contra el hombre de la ciudad, que tiene otras maneras, otros hábitos, otras ideas, que habla de distinto modo, y hasta usa otro traje. El le desdeña y menosprecia altamente, y no se toma el trabajo de ocultarlo.

Existe entre ambos una repulsion instintiva é involuntaria, porque el contras-

(1) Casa derribada en medio del campo.

(2) Vid. lo que cuenta Azara de los *raqueanos*. Descrip., tomo I, página 310.

te, en efecto, no puede ser mas chocante; comparemos un hombre vestido á la europea, con frac y pantalones, sombrero de castor y guantes, cortada su barba y cabellera, con otro cuya larga melena circunda su cuello, da una expresion feroz á su tostado semblante y un aire de melancólica altivez á su mirada fija é imponente, mientras cae sobre el pecho su prolongada barba, mas negra y reluciente que el ébano. Veámosle tal como apareceria á nuestros ojos, si nos trasladásemos á los campos de Buenos-Aires, Montevideo ó la Rioja. Contemplemos su sombrero de copa redonda y ancha ala, adornado de algunas flores, prenda de amor, ó plumas de pavo real; su chaqueta de grana ó paño, caprichosamente bordada; su *chiripá* (dos ó tres varas de seda ó bayeta) envuelto alrededor de la cintura, y ya recogido entre los muslos, ya suelto y á guisa de saya descendiendo hasta los tobillos sujeto por una banda ó *tirador*, donde guarda los avíos para fumar, el dinero, etc., y que sirve además para colocar atravesado, el enorme cuchillo, comunmente de vaina y cabo de plata, su compañero inseparable, que no abandona en ninguna ocasion ni circunstancia, y tan afilado *que puede un hombre afeitarse con él;* (1) contemplemos su ancho calzoncillo de lienzo, adornado en los extremos con un gran fleco ó *criváo* que, resguardando sus piernas, oculta á medias unas espuelas de plata colosales, y las blanquecinas botas de potro, formadas con la piel sobada de este animal, las cuales, partidas en la punta, dejan al descubierto los dedos de los piés para asegurarse mejor en el estribo, de forma triangular y tan pequeño que apénas cabe el dedo principal. Echemos, en fin, una última ojeada sobre el *poncho* que se mete por la cabeza, y que, doblando sobre los hombros de uno y otro lado para poder jugar los brazos, llega por delante hasta las rodillas, y acaba, junto con el estraño arreo de su caballo, que no describiremos porque nos parece inútil perder el tiempo en digresiones cuando no son necesarias, acaba por darle un aspecto verdaderamente raro y original.

En cuanto al idioma, es en el fondo el español, pero tan estropeado y diabólicamente pronunciado, enriquecido en algunas provincias con muchas voces derivadas del *quechuá, guaraní* y otras lenguas y dialectos indios como *chiripá, chapango,* (2) *pangaré,* (3) *ñacurutú,* (4) *vicharú,* (5) *guano,* (6) etc., con otras españolas, pero que no se usan jamás en este sentido por nadie que hable caste-

(1) Azara. Descrip., tomo I. página 307.
(2) Guitarra mala.
(3) Color de un caballo.
(4) Lechuza, feo.
(5) Ponchos de lana que se fabrican en Mendoza y San Juan.
(6) Sacar el guano, usar una cosa hasta inutilizarla.

llano; como *rancho,* (1) *quiebra,* (2) *nacion,* (3) *sumida,* (4) *armarse,* (5) *friza,* (6) *gateda,* (7) etc., con otras españolas y americanas, pero cuya pronunciacion y significacion son muy distintas, como *redetir,* (8) *Ay juná,* (9) *malevo,* (10) *tapera,* (11) *apedarse,* (12) *maturrango,* (13) *orejiar,* (14) *trajinista,* (15) *redota,* (16) *morao,* (17) *guasquearse,* (18) etc., etc., formando de todo esto una intrincada fraseología, que nosotros mismos, los de la ciudad, á veces no entendemos hasta haber andado algun tiempo por los campos.

Cúmplenos ahora para completar el cuadro que bosquejamos, manifestar como cuanto mas se aleja el gaucho del hombre civilizado, tanto mas se acerca al salvaje, y como en sus instintos, en su traje, costumbres é ideas, descubre á juicio nuestro, las afinidades que le ligan á él.

Casi sin entrar en mas investigaciones, todo cuanto vamos á decir se deduce de sus habitaciones. «Estas son, por lo general, unos *ranchos* ó chozas desparramadas por los campos, bajas y cubiertas de paja con las paredes de palos verticales juntos, clavados en tierra, y tapados sus claros con barro.» (19) ¿No veis aquí el primer signo, el primer anillo de la dilatada cadena que le une al hombre salvaje? ¿La primera causa de la desociacion y el aislamiento de la familia, libre de toda traba, sin necesidades como sin deseos, la mujer y los hijos vejetando como las plantas, y los hombres vagando de pulpería en pulpería para proporcionarse una sociedad facticia de algunas horas, porque el hogar doméstico los arroja, los expele, y les obliga á buscar en otra parte la distraccion y el empleo de su actividad, aunque sea para malgastarla entre los vasos, las carreras de caballos y las puñaladas?

---

(1) Choza de barro y paja.
(2) Valiente.
(3) Extranjero.
(4) Puñalada.
(5) Hacerse: unido con otras palabras este verbo, sirve para locuciones muy usuales entre ellos: armarse rico, armar una estancia, etc.
(6) Pellejo (sacarlo).
(7) Onza de oro.
(8) Gastar el dinero.
(9) Hidep... ¡Voto al diablo!
(10) Criminal, asesino.
(11) Casa arruinada.
(12) Embriagarse.
(13) Poco ginete, torpe: tambien se dice *matucho.*
(14) Pasar el tiempo.
(15) Calavera.
(16) Descalabro, desgracia.
(17) Ruin, villano, cobarde.
(18) Irse, huir.
(19) Azara, Descrip. é Hist., tomo I, página 302.

Hemos indicado ya la especie de instinto de locomocion, que le obliga á no permanecer mucho tiempo en un mismo paraje, y á dejar por el menor pretexto, á veces sin ninguno, la estancia donde reside; parece que su alma indómita, ansiosa de libertad, necesita á menudo perderse en la inmensidad de los desiertos; parece que halla un misterioso deleite inefable en la soledad, en el silencio, en el peligro, en los azares de los campos, en la pompa majestuosa de su imponente, lujosa y gigante naturaleza.

Así el gaucho, sin ser nómada, pasa la mayor parte de su vida errante de estancia en estancia y de pago en pago.

Es una de las máximas de nuestro protagonista, *que naide es mas que naide;* ya hemos visto mas arriba cómo se habitua desde la infancia á bastarse á sí mismo, á no tolerar que nadie le falte en lo mas mínimo y á hacerse la justicia por su mano. Hemos visto además, no solo su indiferencia, sino tambien la antipatía y ódio profundo que profesa á todo lo que viene de la ciudad, creyendo en su ignorancia que no hay en todo el globo un estado mas venturoso y envidiable que el suyo.

Roberston, señala como uno de los rasgos característicos de los salvajes su aficion al juego y la embriaguez, la destreza casi increible de sus sentidos, su incapacidad é insubordinacion para sujetarse á un plan en sus operaciones militares, la reserva que les hace no comunicarse sus ideas, ni pedirse mútuamente algun favor, de miedo de importunar y ser gravosos á los demás (1); cualidades todas que se realzan en el gaucho, que juega hasta la camisa, visita diariamente la pulpería, conoce en una inmensa extension de territorio por el gusto de la hierba, las ondulaciones del terreno, la proximidad de un bosque, ó un solo árbol, el color de la tierra, la direccion de los rios y otras causas que ignoramos, la distancia á que se halla del punto adonde se dirige, las circunstancias de la localidad que pisa; que distingue en las inmensas soledades de la Pampa, sobre la menuda hierba que la cubre, las huellas de un hombre, caballo ú otro animal, que ha pasado cuatro ó cinco dias antes; que siguiendo leguas enteras en su rastro sin perderlo, sabe calcular, á punto fijo, á una gran distancia, echándose en tierra y aplicando el oido, la causa del ruido imperceptible que se escucha, y distingue si es de animales ó de gentes, si son muchos ó pocos ginetes, si vienen despacio ó á galope, solos ó perseguidos, que no puede en la guerra sujetarse á los duros ejercicios de la milicia, y no es temible sino en los primeros choques ó en la *montonera* (guerra de recursos), de la cual las hordas de la Argelia, siempre presentes

(1) Roberston, libro IV, páginas 141, 269, 351 y 419.

y siempre intangibles por la superioridad de sus caballos, su destreza y el conocimiento práctico del terreno, dan la mas cabal idea; que prefiere, en fin, sujetarse al trabajo, atravesar un desierto solo, exponerse á la muerte, antes que importunar á sus compañeros para que remedien su necesidad ó se incomoden en acompañarle. Le pareceria ridículo y degradante.

Si de estos rasgos generales á toda la raza indígena, buscamos algunos especiales de las primitivas tribus ó parcialidades de nuestras provincias, las conexiones se aumentan á tal extremo, que no hay diferencia alguna entre ciertas cualidades y hábitos del indio y el gaucho, con la particularidad que en este último se han desarrollado con mas vigor y espontaneidad, acabando por sobrepujar á su modelo. (1)

No es extraño, por lo tanto, que esa influencia se revele hasta en su traje, hasta en los arreos de su caballo, hasta en las armas que usa. ¿Qué otra cosa es el *chiripá* que el *chamal* de los indios? ¿El *testero,* las plumas de avestruz, la *manea* (2), no son una imitacion de las prendas con que aquellos engalanan sus corceles? ¿Qué otra cosa es el *lazo,* qué otra cosa son las *bolas,* mas que los *laques* ó *libes* inventados por los patagones, segun algunos autores, y usados antes de la conquista por las tribus de la Banda Oriental, la Pampa y el Chaco?

Las ideas que emitimos en este artículo están en gérmen, y como otras muchas, son susceptibles de mas ámplio desarrollo. Bástanos á nosotros el haber señalado, descendiendo desde su orígen hasta las circunstancias al parecer mas insignificantes, el modo como ha nacido y se ha desenvuelto ese elemento bárbaro, pero lleno de vida y esperanzas en el porvenir, así como su carácter y la posicion que ocupa en nuestra sociedad: elemento que constituye, propiamente hablando, la mayoría de las provincias del Rio de la Plata.

La mayoría del Plata, repetimos, que se simboliza en el gaucho, tal como le hemos descrito; el cual en medio de su vida aventurera, abandonado desde la infancia á sus instintos y propias fuerzas; ignorante, audaz, rebelde á toda autoridad; mas extraviado por falsas ideas, que corrompido y malo; acostumbrado á conducirse en los actos mas triviales como en los mas solemnes de la vida, sin el freno de la sociedad y de las leyes; es el bárbaro en todo el sentimiento y la espontaneidad de la independencia individual.

(1) Véase lo que cuenta Guevara en la 1.ª parte de su historia, y Azara, (Descrip., página 151 hasta 176) de las cualidades físicas y morales, costumbres y creencias de los charruas, albayas, pampas, etc.

(2) El *testero* es una especie de adorno que se pone en la frente á los caballos, y la *manea* que sirve para sujetarlos, atándosela á los piés delanteros, se compone de dos ramales con un ojal y boton de la misma piel, sujetos á una argolla de bronce ó plata.

LA SEMANA SANTA EN SEVILLA.

POR D. NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.

CUADRO SEGUNDO. (*)

FUERA de los años en que el número de las cofradías es excesivo, el Lunes y Martes Santo se pasan sin novedad alguna que ofrecer á los incansables forasteros. Años ha habido en que el mismo Miércoles era dia quebrado para los curiosos. En estas ocasiones merece estudio el temple de los sevillanos. Si les hablais de negocios, responden:—Con estas fiestas no se hace nada.—Si de las funciones religiosas:—¡Ah!—exclaman tristemente,—esto no es ni sombra de lo que era. Todo va degenerando. Cuando el cabildo era el primer propietario de la ciudad, y de nueve mil casas, el clero era dueño de siete mil, entonces tenia que ver una Semana Santa. ¡Ya vé usted, hay iglesias que no tienen ni para la cera del monumento!

Por fortuna, el año de que hablamos fué uno de los mas espléndidos. Desde que Sevilla, por medio de las líneas férreas se puso en comunicacion con el resto

(*) Véase el cuadro primero en la página 104.

del mundo, la poblacion activa, comercial é industrial, entrevió lo mucho que convenia á sus intereses fomentar estas instituciones y sostener unas costumbres en que no ha tenido ni puede tener rival. Viejas hermandades cuyos pasos se apolillaban en oscuros desvanes, se dieron á la obra de resurreccion. La juventud rica del comercio fundó ó dió vida á confraternidades que se presentaban ostentando un lujo desusado. Los mantos y joyas de las vírgenes competian en lujo y representaban sumas enormes. La de la Angustia, por ejemplo, lució un manto de terciopelo bordado de estrellas de oro, que se estimaba en mas de cinco mil duros. Los trajes de los nazarenos, que antes eran de tela tosca, como percalina ó cólera, pasaron á ser de merino ó de terciopelo. La prensa comenzó sus reclamos y las tarifas económicas de ferro-carriles concluyeron por atraer á la ciudad del Bétis á muchas de las gentes mas distinguidas de España y á no pocas de las naciones extranjeras. Hoy es ya corriente anunciar con anticipacion, que el ministro tal y su familia han tomado habitaciones en tal hotel, y que el duque A... y el general B... se proponen visitar á Sevilla durante la Semana Santa y la féria. Por añadidura, no falta un poeta como Víctor Hugo ó un maestro como Verdi ó Wagner, un patricio como Garibaldi, un monarca ó un diplomático cual Bismarck, de quien se dice, por conducto fidedigno, que piensa ir á la ciudad invicta á restablecer su delicada salud, y presenciar de camino las fiestas profanas y religiosas. Y verdaderamente, considerado el caso bajo el punto de vista social ó comercial, no puede negarse el ingenio con que los sevillanos han logrado dar al orbe elegante lo que se llama una estacion, *season* ó temporada, que rivaliza con las mas notables del almanaque social del gran mundo. Lóndres tiene la suya que abraza fines de primavera y principios de verano. Niza y San Petersburgo se comparten el invierno. París no tiene época fija, porque todo el año es temporada en la ciudad de los placeres. El resto del año se lo disputan Trouville, Baden-Baden, Spa, Biarritz y la legion de puertos y refugios de enfermos y bañistas; pero en el cogollo ó riñon de la primavera en un clima meridional, cuando las flores y el azahar se encargan de embalsamar el ambiente, no hay mas que Sevilla para atraer y cautivar al cogollo de la sociedad rica y trashumante.

Yo aplaudo este triunfo y emulacion, y el arte y perseverancia con que se han popularizado fiestas y escenas que antes tenian poco interés y se hacian, digámoslo así, á puerta cerrada. El pueblo sevillano se encontró con esta tradicion antiquísima, que no conocia otro móvil que la piedad y el celo religioso. ¿Qué hacer con ella? Abolirla era imposible. El único recurso consistia en transformar-

la, modernizarla, llamar en su auxilio á todo cuanto puede halagar la vanidad, el interés, el orgullo y demás pasioncillas que, despues de todo, son el resorte de la mayoría de los hombres.

Digo esto, porque nadie habrá tan cándido que crea, que vienen los forasteros á recogerse en contemplacion mística de los dolores de la pasion y agonías del Calvario de Jesús. El aspecto de las calles y el de las procesiones rechazan semejante idea. Si alguna hermandad cumple con un fin puramente cristiano y religioso, es la de San Antonio Abad, que hace su estacion en la noche del Jueves y madrugada del Viernes Santo, y entonces están las calles casi desiertas, aunque no de escándalos y orgías. Pero arrojemos la pluma del moralista, y tomemos la del cronista imparcial.

El martes por la mañana teníamos un acto á que asistir, verdaderamente *sui-géneris*. Pocos se preocupan de la escena que este dia tiene lugar en la sala del Provisor de la catedral de Sevilla, y cuyo objeto es «tomar la hora» las cofradías. Ahora bien, conviene que el lector sepa como hay hermandades, que por haber salido á hacer su estacion con regularidad por muchos años, tienen por fundacion ó privilegio, ó bien han adquirido por prescripcion el derecho de salir en tal dia y á tal hora. Si acontece que un año es crecido el número de las que intentan «echar la cruz á la calle,» claro es que tiene que haber conflictos, porque las de estacion vespertina, pretenden salir lo mas tarde posible, á fin de que les coja la noche y puedan ostentar sus pasos iluminados; y las que la hacen de noche, quieren salir temprano, para que no les tome la luz del dia. Si cada cual tuviese su zona ó su carrera, como sucede en las otras procesiones, no habria cuestion de precedencia; pero como todas invariablemente han de venir al centro y atravesar las naves de la Iglesia Metropolitana, aquí te quiero ver, escopeta.

—Si usted quiere presenciar una escena curiosa,—me habia dicho un amigo, —váyase en la mañana del martes á la catedral, y éntrese por la puerta que está al pié de la Giralda y pregunte por la sala del Provisor.

—No lo echaré en saco roto,—respondí, y en efecto, en compañía de don Peregrino, nos personamos en dicho dia en la dicha sala, en cuyas gradas tomamos asiento como uno de tantos que allí habia, quienes de capa, quienes de levita, pero todos con un cartapacio, esperando á que el señor Provisor, que no tardó mucho en aparecer, diese principio á la sesion.

Debo advertir á mis lectores, que en este y otros semejantes casos, siempre acostumbro á llevar una cartera de regular tamaño, que me da aspecto de hombre

de negocios, ó por lo menos de persona de quien hay que guardarse, por aquello de que nadie sabe lo que se guisa dentro. Así es, que apenas tomamos asiento, el individuo que se hallaba á mi lado me preguntó:

—¿Es usted diputado de alguna cofradía?

—Sí, señor,—respondí con toda seriedad.

—¡Éramos pocos y parió mi abuela!—fué la contestacion del interpelante.

—Oiga usted,—repliqué, conteniendo como pude la risa que en los lábios me retozaba,—en las cosas del servicio de Dios, lo que abunda no daña. Tanto derecho tengo yo como usted para venir aquí y tomar la hora.

—Lo que yo tomaria de buena gana,—dijo un jovenzuelo que estaba en la grada frontera,—es un *soldado de Pavía* y unas *cañas* de Manzanilla...

—¡Silencio!—exclamó una especie de sacristan, tras del cual venia el venerable Provisor, hombre anciano, de fisonomía dulce y bondadosa, y no muy á propósito para dirigir y domeñar aquel congreso.

—Ábrese la sesion,—dijo con voz apénas perceptible.—El hermano mas próximo á mi derecha tiene la palabra.

—Señor Provisor,—dijo uno de la izquierda, levantándose, con aire de desparpajo.—Aquí no hay derechas ni izquierdas. Yo soy representante de una archi-cofradía mas antigua que la del hermano que se halla enfrente de mí, y me toca hablar primero.

—¿Qué archi-cofradía es la de vuestra merced?—preguntó el bueno del Provisor con la mayor dulzura.

—La de la Oracion del Huerto. Si hay aquí algun diputado que histórica y cronológicamente represente un acto de la Pasion de Nuestro Redentor Jesús, anterior al de la Oracion, entiéndase que yo me callo, me humillo y le cedo el puesto; pero mientras no, entiéndase bien, por nada ni por nadie cedo mi derecho.

—Y ¿qué pretende usted?—interrogó el Provisor.

—Que nuestra hermandad ponga la cruz en la calle el Jueves Santo á las cuatro de la tarde.

Describir las esclamaciones, carcajadas y tumulto con que fueron acogidas estas palabras por la concurrencia, seria poco menos que imposible. El presidente agitaba la campanilla en vano, y tuvo que valerse de la voz estentórea del sacristan, que hacia las veces de portero y secretario y clamaba:—¡Silencio, señores! ¡Orden! Callen todos y hable uno.

—Eso no puede ser,—gritó el jóven de la manzanilla.

—¡Señores!—rugió el diputado de la Oracion del Huerto, acompañando su rugido con unos ademanes que parecia querer tragarse á sus contrarios.

—¡Señores! digo yo,—exclamó otro individuo de enfrente:—¿En qué ciudad vivimos? ¿Entre qué gentes estamos? ¿Qué dirán los sábios de las naciones extranjeras, los historiadores que vienen á ver nuestras costumbres, si de ese modo hacemos un pisto de la pasion? La Oracion del Huerto debe salir antes del Prendimiento de Cristo, y sino que se quede en su casa.

—¡Bien, muy bien!—exclamaron todos, aplaudiendo frenéticos al orador.

—Pero, por nuestro Padre Jesús Nazareno,—gritó el preopinante.—¿Hay sentido comun en nuestras cofradías? ¿No hemos visto salir el Martes Santo á Jesús crucificado y herido por la lanza de Longinos? ¿No ha hecho mil veces su estacion el Paso de la Cena con los apóstoles, despues de Nuestro Señor de las tres caidas? La cuestion no es de argumento sino de antigüedad. Nuestra cofradía es la mas antigua que en Sevilla existe. Data nada menos que del siglo XVI, cuando Felipe II, de gloriosa memoria, vino á visitar nuestra ciudad, y aquí tengo los documentos de su fundacion que no me dejarán mentir. Véanse, léanse y hágase justicia, que pido y para ello...

—Esos documentos son falsos,—gritó uno de los concurrentes.

—Hermano,—dijo el Provisor,—no tenemos tiempo para entrar en honduras. La cofradía hará su estacion esta tarde á las tres, y no se me replique.

—¡Protesto!—gritó el representante.

—Se admite la protesta,—replicó el Provisor.

—Esto es atarle á uno las manos, meterlo en un saco y echarlo al rio. ¿Cómo es posible que salgamos á la calle dentro de cuatro horas? En Sevilla ni hay gobierno, ni cabeza, ni.....

—Señor Provisor,—dijo el secretario,—me parece que su reverencia ha cometido un error. Querrá decir, mañana miércoles.

—Eso quiero decir,—repuso tomando un buen polvo de rapé á cuatro dedos.—Hable ahora el hermano por turno. Eh, se entiende, por turno rigoroso de antigüedad.

A estas palabras se levantaron cuatro individuos, pretendiendo que la hermandad á cuyo seno pertenecian era la mas antigua. Tres de ellos agitaban en sus manos unos legajos con cubiertas de pergamino y cintas verdes, diciendo que allí podia verse la fecha de la fundacion.

—Señores,—dijo el cuarto,—yo no tengo necesidad de documentos, que entre

paréntesis tienen letra antigua y es preciso ser un paleo-calígrafo, como lo deben ser estos caballeros.....

—¿Qué ha dicho que somos?—preguntó uno de los aludidos.

—Algun insulto debe ser,—respondió otro,—porque eso de *pali-culi-gafo* no suena á cosa buena. Yo por mi parte se lo devuelvo y arrojo á la cara.

—Que se escriban esas palabras,—dijo el tercero.

—Que se escriban,—repitió el orador,—y sobre todo con letra antigua, puesto que se trata de cuestion de antigüedad.

—Yo, señor Provisor, voy á ser muy breve, pero muy claro. Voy á llamar al pan pan y al vino vino. Hay aquí ciertos diputados, (cuidado que no los nombro, ni intento hacer alusiones personales, porque las cosas, quiero decir, las cofradías, por lo que significan, por lo que son en sí, están á mayor altura y merecen mas consideracion que cuatro pelagatos que se introducen en ellas para farolear, mangonear y hacer su negocio). Yo creo que los que me escuchan, los señores que se sientan en estos escaños, los apoderados de instituciones tan venerandas, como que con ellas y por ellas y mediante ellas se mantiene fervorosa y entusiasta la antigua fé de nuestros padres, no están movidos por ningun interés mezquino, idea bastarda, cálculo egoista ni segunda intencion mundana ó mejor diré financiera. El que por tales móviles se rija ó dirija, que levante el dedo...

Pausa, mientras el orador se retuerce el bigote, atusa el pelo y mira en derredor con aire triunfal.

—Ya lo vé usía,—continúa,—ninguno levanta el dedo; prueba concluyente, de que aquí venimos todos animados de los mejores sentimientos. Y ¿cómo podria ser de otra manera? La católica, la religiosa Sevilla, en un tiempo emporio del comercio y de la industria...

—Permítame usted que le interrumpa,—dijo el Provisor,—pero me parece que está usted divagando y fuera de la cuestion. Aquí se viene á tomar la hora de salida de las cofradías: usted ha empezado diciendo que iba á ser breve y claro, y la verdad es, lo digo con sentimiento, que hasta ahora, no sabemos ni lo que usted quiere ni qué hermandad representa...

—¿Qué hermandad represento?—continuó el archi-parlante.—Otro que no fuera el que en este instante tiene la alta honra de emitir su voz, de dirigirse á usía y de ocupar la atencion de los dignos diputados que me escuchan, haria la historia al por menudo de las hermandades, cofradías y archi-cofradías que ha habido en Sevilla desde que abrazó la fé católico-apostólico-romana, para dejar pa-

tentemente consignada la antigüedad de la que, aunque pecador indigno, ha tenido á bien elegirme por su procurador y agente en este negocio. Yo no me tomaré este ímprobo é inútil trabajo, porque basta la enunciacion de su título, basta la indicacion de su argumento, basta la mas somera descripcion de la escena que reproduce en *su paso* de la pasion de nuestro Redentor divino, para que luego al punto, se comprenda su antigüedad, y el derecho que le asiste á escoger el dia y la hora mas cómoda de toda esta semana de espectáculos. Yo bien sé, y los señores diputados que con su acostumbrada benevolencia me escuchan no pueden negarme sin hacer traicion á sus conciencias, sin ahogar sus sentimientos, sin dejar de ser hombres probos y honrados como me complazco en creerlo; yo bien sé, repito, que el Jueves y el Viernes Santo son los dos dias que todas las hermandades apetecen para hacer sus estaciones por la ciudad. Nada mas natural y lógico. Sevilla, en estos dias, quiero decir, su poblacion y toda su forastería, se dan cita para estas tardes y las procesiones logran mayor lucimiento y esplendor. Pues bien, esta es la razon que me mueve á pedir para mi hermandad tan deseado privilegio.

—Pero, ¡por el santo Job, y las tres Marías!—volvió á interrumpir el bueno y longanísimo Provisor.—¿Podremos saber á qué hermandad pertenece usted y en cuyo interés muestra tanta facundia?

—Eso lo diré yo en breves palabras,—continuó el orador,—porque soy amigo del tiempo y conozco lo que vale. Tanto es así, que de todos los autores y escritores antiguos y modernos, el que mas me encanta y deleita, el que llevo siempre conmigo, es Salustio, y señores, ya saben ustedes que este gran hombre es el modelo de la concision. Pues bien, la hermandad que represento, como procurador, entiéndase bien, porque no pertenezco á otra hermandad sino á la social, ó á la gran familia humana, es tan antigua, que, como dije antes, solo la enunciacion de la escena que representa lo está diciendo á voces. Es, señor Provisor, la de los ladrones.

—¡De los ladrones!—repitió el presidente con extrañeza.

—¡Pido la palabra!—exclamó uno de los portadores de cartapacios.—En Sevilla no ha habido ni hay hermandad de ladrones. Yo tengo al dedillo la historia de todas las cofradías, y no hay ninguna con esa advocacion.

—Perdone el orador,—dijo el presidente,—eso de hermandad de ladrones me disuena. ¿Habla usted en sério ó en broma?

—Me esplicaré,—prosiguió el archi-parlante. que mostraba un desparpajo y campechanería, *hors ligne,* como dicen los franceses.—El *paso* ó argumento de

mi hermandad era el descendimiento de Cristo, cuya cofradía conocen cuantos me escuchan. Pero, ¿qué sucedió? Que con la penuria de los tiempos, la falta de dineros y por consiguiente de reparos y restauraciones de las esculturas, la Vírgen Santísima se desmejoró y las tres Marías se pusieron de suerte que no habia por donde cogerlas. Nicodemus se cayó de la cruz y se hizo polvo; la figura del Cristo, que era de pasta, empezó á carcomerse y deshacerse, de modo que se necesitaba hacer otras nuevas para presentarse en público con decoro. Solo quedaron las figuras de Dimas y Geta, ó sea del buen y del mal ladron, y como cada año aumentan los forasteros, y da la casualidad de que un devoto ha prometido costear los demás gastos de movilizacion de la cofradía, siempre que fuese necesario, hé aquí la razon de haber escogido por término medio el salir á la calle con lo único que ha quedado decente, que son los dos ladrones, y el motivo de venir yo aquí á pedir dia y hora con tanto derecho como el que más, porque, señores, no habrá quien me niegue, que en punto á antigüedad de hermandades ninguna puede competir con la de mis clientes de la cruz. La humanidad empezó su existencia con un robo, pues no hizo otra cosa Eva, apoderándose de la fruta de un árbol contra la voluntad y mandato de su dueño. Siguió su hijo Cain, que se dió á robar por los caminos...

—Camino lleva usted de no acabar en cien años,—interrumpió el Provisor,—si va á hacer la historia de todos los ladrones y sus hermandades, ó cuadrillas.

—No pienso tal,—replicó el procurador,—pero conste lo dicho, y si alguno se atreve á contestarme, aquí estoy yo para responderle.

—¿Hay quien tenga alguna objecion que oponer?—preguntó el presidente.

Todos los circunstantes guardaron silencio. Se miraban unos á otros como encandilados y permanecian mudos como estátuas en sus asientos.

—Visto que nadie replica,—continuó el Provisor,—la hermandad de... ¿de qué dijo usted?

—De los ladrones.

—La hermandad de los ladrones hará estacion el Viernes Santo á las cuatro horas de la tarde.

Dicho esto, se levantó el orador, hizo un reverente saludo, y de paso nos guiñó el ojo, como si quisiera decirnos que le siguiésemos.

Salimos detrás de él, y apénas nos hallamos al aire libre en las gradas de la catedral, se vino á nosotros sonriendo y preguntándonos, qué nos habia parecido la sesion.

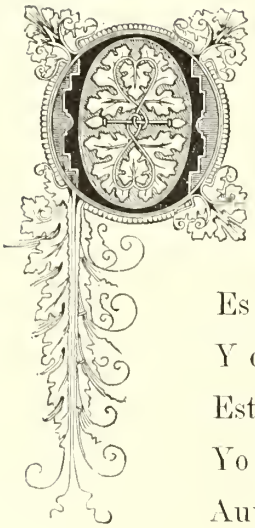
—La verdad,—dijo don Peregrino,—yo no sé como calificarla. A veces parecíame asunto formal y á veces pura pantomima. Usted sabrá mejor que nadie lo que hay en ello.

—Pues sepan ustedes que para farsantes, farsante y medio. Todos los años se repiten estas sesiones ridículas, donde se insultan y andan á la greña los diputados de cofradías. Yo no pertenezco á ninguna, ni soy representante, ni quien tal pensó. Pero me gusta pasar un buen rato á costa de los necios, y sabiendo que el Provisor es un bendito, y estas gentes ignorantes hasta dejarlo de sobra, me he venido á pasar la mañana alegremente con las flaquezas del prójimo, y á soltarles cuatro indirectas del padre Cobos.

—Humor se necesita,—respondí.—Tenia razon mi amigo, cuando me dijo viniese á presenciar una de las escenas mas cómicas y curiosas que pueden imaginarse, y crea usted, que si algun dia escribo los recuerdos de mi viaje, no olvidaré este extraño episodio de las fiestas de Semana Santa.

LAS CORRIDAS DE TOROS.

POR D. RICARDO SEPÚLVEDA.



LÉ. viva la gracia, viva el salero!
Es para un ramillete pintiparado.
—Pero ¿á quién te refieres?
—A aquel torero
Que en la esquina del Suizo nos ha mirado.
Es un valiente espada, de los mejores;
Y con toros de Salas hace primores:
Esto lo dice él mismo; pero distingo,
Yo sé lo muy medroso que está en la brega,
Aunque gana lo menos, cada domingo,
Media talega.

—

Por dos horas escasas de hacer que hacemos.
Gana mas que un Ministro de la Corona.
Y en dias de trabajo siempre le vemos
Luciendo la sandunga de su persona.

Pantalon ajustado, botas flamantes,
Y en la camisa algunos gordos brillantes;
Calañés ó pavero de lo mas caro,
Nada de corbatines ni de tirillas,
Y alguna vez, aunque esto va siendo raro,
Grandes patillas.

—

Tal vez me haya olvidado de algun detalle;
Mas de perfil, de espaldas y hasta de frente,
Así es cualquier torero visto en la calle,
Es decir, cuando suele ser mas valiente.
Tipo español de raza, de Baco *aluno,*
Es generoso á veces como ninguno;
Solo lleva zapatos cuando torea,
Y, pues son las corridas tan celebradas,
Justo es demos de ellas alguna idea
Con tres plumadas.

A LOS TOROS

Desde la Puerta del Sol,
Que es donde empieza el jaleo
De la corrida anunciada,
Dos horas antes lo menos,
Cruzan echando demonios
Mas de mil coches diversos,
Omnibus de bote en bote
Y averiados peseteros,
Que conducen á la plaza,
Entre gritos y entre ternos,

A los alegres vecinos
De la villa, y forasteros:
Muchachas muy sofocadas
Del calor y los aprietos,
Menestrales, horterillas,
Y modistas y extranjeros:
Niñas con mantilla blanca,
Cocineras con pañuelo,
Militares de paisano,
Chulos y niños de pecho;
Porque la española fiesta,
Tiene siempre el privilegio,
De traer juntas á todas
Las clases de nuestro pueblo.
Todo es ruido y algazara,
Y chistes, y chicoleos,
Y saltos dentro del coche
Y bastantes veces... vuelcos.
Entremos, pues, en un ómnibus,
Y, si es posible, sentémonos,
Para escuchar lo que dicen
Los que ocupan los asientos.

* * *

—¡Eh, aquí, á la plaza, á la plaza!
¡Que me marcho y que no vuelvo!
—¿Hay asiento?
—Arriba hay cinco.
¡Eh, á la plaza, caballero!
—Pero, mayoral, ¿marchamos?
—Pero, mayoral, ¿qué hacemos?
—En seguida, señorito;
Llegaremos en un credo.
—Sí, con el credo en la boca

Tendremos que ir.

—Por supuesto.

¡Eh, á la plaza... arre, beata,

Coronela, ríííííá... lucero!...

UN INGLÉS.—¿Estar muy léjos la *arena?*

UN CHULO.—¿Qué arena?

—Taurina...

—Cuerno.

—Justo, el cuerno, donde vamos.

—¡Ah! No señor, no está léjos;

En llegando, en seguidita

Se encuentra usté allí.

—Ya entiendo.

¿Y quién morir hoy?

—El toro.

—Yo no querer decir eso,

Sino quién ser las espadas.

—(Me paice á mí que le pego

A este tio). Pus... Lagarto,

Y luego y dimpués Frascuelo.

—¿Frascuelo ser picador?

—¿Picador?... Pues ya lo creo;

Y muy valiente, *sarasa*.

—¿Cómo ha dicho usté, *sereso?*

—¿Se *quié* usté quedar conmigo?

—Yo voy á un palco, y no puedo.

—Cállate, Juan; no te entiende.

—El demonio del abuelo...

—¿Qué has tomado?

—Dos del uno;

Como traigo á la Remedios...

—Yo tuve que ir á empeñar

Los tirantes y el chaleco.

—Pues yo, por *mor* de esta prójima,

Empeñé ayer el brasero.

Y así la traigo á los toros,
Y la convido á refresco,
Aunque mañana no coma
O duerma...
—Sí, ya, en el suelo.
—Pero es que los toros, chico,
Me causan á mí un efecto,
Que aunque no tenga dos reales
Para poner el puchero,
No pierdo ni una corrida.
—Ni tampoco yo la pierdo.

El Inglés.—¿De quién son los toros, *cóxen?*
—(Hombre, me carga este viejo).
Pues deben ser de... su padre
Y de su madre.
—¡Grosero!
—¿Qué ha dicho usté?... Si no fuera
Por los toros...
—¡Eh, qué es eso!
¡Haya paz!...
—Ahí viene Paco
Calderon, en un jamelgo.
—Y en aquel coche Lagarto.
—¡Viva la gracia, salero!
—Pues los de hoy son de Miura.
—Sí, señor, y de los buenos;
Y va á haber una *jindama*...

El Inglés.—¿Qué ser *jindama?*
—Ser... miedo.
—Vaya, ya llegamos: corre,
Porque hay que coger buen puesto,
Junto á la contrabarrera.
—Lo que es allí no me atrevo;
Y además voy con la *Chata,*
Que le gusta estar mas léjos.

EN LOS TOROS

—Adios, Manuel.
—Hola, amigo.
—¿Usted aquí, don Ignacio?
—Hombre, sí; en habiendo toros.
Con mi gota y con mis años
Vengo siempre.
—Buena entrada
Va á tener hoy don Casiano.
—¿Y qué tal los bichos?
—Buenos:
Estuve en el apartado.
Y son de libras, y pegan...
El Inglés.—¿Con qué pegar?
—Con un palo.
—¿Quién es ese?
—Es un inglés
Que se quiere ir enterando,
Y á todo el mundo pregunta...
Vamos á pasar buen rato.
—¿Qué asiento tiene usted, mister?
—Mire usted, creo que es palco.
—¿A ver?... Centro-grada, nueve...
¡Hombre, si estamos de lado!
—Me alegro. De esa manera
Usté poder explicando...
—Sí, señor, con mil amores.
—Con amor no es necesario.
—Venga usté á ver los toreros.
Que ya deben ir llegando.
—Ser muy bonitas las majas

Con esos pañuelos blancos
A la cabeza; me gustan.
—No son pañuelos.
—¿Ser trapos?
—No señor, son las mantillas.
—¿Van en mantillas?...
—¡Qué ganso!
Ahí tiene usté á Lagartijo.
¡Hola, Rafael! ¿Cómo vamos?

RAFAEL.—Estoy partido.

EL INGLÉS. —¡Carramba!
Pues no veo los pedazos.
Oiga, señor *Lagartica,*
¿Por qué llevar ese rabo
En la cabeza?...
—Es la moña.
—Estar usté mucho guapo.
—Ya ha llegado el presidente.
—Vaya, á la plaza, muchachos.
—Buena suerte.
—Muchas gracias.

EL INGLÉS.—Que no se rompa usted algo.

—Mucho, buen tino ha tenido
El presidente.
—Lagarto,
A ver si te luces, hombre.
—Trae aquí el capote, Pablo.
—Hola, tumbon.
—Adios, Chuchi.
—Salvador, mucho cuidado.
—¡Quién queria el agua... aguáááá!...
—Sentarse, señores, vamos.

—El primer toro: buen mozo.
¡Qué arrogante y qué parado!
—¡Buena vara!
—¿Quién ha sido?
—Calderon, que tiene un brazo...
El Inglés.—¿Es Calderon de la Barca?
—No señor, este es del barco.
—Chuchi, al toro... al toro...
El Inglés. —¿Un chucho?
Quién ser...
—El que va montado.
—Vaya un marronazo... ¡Pillo!
¡Tunante! ¡A la cárcel!
El Inglés. —¡Diablo!
¡Ir á la cárcel por eso!
—Mucho; buen quite.
—Ser bravo
Ese torero.
—Es Frascuelo.
—Pastor, no recortes tanto.
El Inglés.—Yo no veo que recorte
Nada...
—Para suerte, Paco:
Siempre cae de piés.
—Al toro,
Juaneca... Mucho... Caballos.
—Caballos... ¡Vaya un servicio!
—¡Qué herradero!
—¡Bruto, bárbaro!
El Inglés.—Se van á pegar.
—No hay miedo;
Ya están bien acostumbrados.
—Eh...
—Eh...
—Eh...

—¿Y las banderillas?
—Vamos, por fin han tocado.
—Ya salen los mozos *crudos*.
El Inglés.—Mejor dirá usté quemados.
—Mucho, buen par al relance.
El Inglés.—¿Y quién las ha puesto?
—El *Gallo*.
El Inglés.—¿El gallo?... Pues no le veo.
—¡Vaya un torito marrajo!
¡Cómo se entablera! Calma.
Que te va á dar un mal rato.
—Eh... Ya lo enganchó.
El Inglés. —¿Qué ha sido?
—No ha sido nada, un puntazo.
—Si no es por Frascuelo y Angel...
—Y *Cuatro-dedos*.
—¡Canastos!
¿Dice usté que cuatro dedos
Le ha entrado el asta?
—Al contrario.
—Ya va á matar Lagartijo.
El Inglés.—¿Y qué dice?...
—Está brindando.
—A ver si matas al toro
De un volapié hasta la mano.
—Buen pase de pecho; mucho.
Bien.—¿Ha visto usté qué cambio?
El Inglés.—¿Cambio? No señor, no he visto.
—Aun no, que no está cuadrado
El toro.
El Inglés. —¿Cuadrado el toro?
No lo estará en muchos años.
—Ahora, Rafael, aprovecha;
Anda, que tú eres el amo.
—¡Soberbio!

—¡Bien!

—¡Qué magnífico

Volapié le ha propinado!

—No necesita puntilla.

El Inglés.—¿Puntilla un toro?

—Un cigarro.

Mister, venga la petaca.

El Inglés.—¿Pero qué hace usté? Carrambo:

Vuélvame usté mi sombrero.

—Hombre, no: si voy á echárselo

Al matador.

—¿Qué, no tiene?

Deme usté, estoy resfriado.

—Allá va... ¡Rafael, Rafael!

El Inglés.—Usté tendrá que pagarlo.

—Ya tiene usté aquí el sombrero.

—Mire usté que pisoteado.

¿Y la petaca?...

—Eso no:

Porque ese ha sido un regalo

Que usté le hace.

—Muchas gracias:

Adios, señores, me marcho.

—Vaya usté con Dios, sarasa.

¡Qué baile!

—¡Vaya un bromazo!

—Sentarse, que sale el toro.

—Hombre, mire usté á aquel palco

Que pié asoma.

—Muy bonito.

—Eh, que se vé...

—Ese zapato...

—Allí se matan.

—No es nada.

—Hombre, vaya un naranjazo

Que le han pegado á aquel viejo.
—Pues allí siguen los palos.
—¡Pastillas y caramelos!
—¡Eh, los del agua, que mancho!
—Le digo á usté que esa ha sido
Recibiendo.
—No, *aguantando.*
—Que sí.
—Que no.
—Por supuesto:
Usté será de Lagarto,
Porque entiende usté de toros,
Como yo de pintar patos.
—Lagarto es mejor que nadie,
Siempre con los piés *paraos,*
y no como ese...
—Silencio.
—¿Escribe usté en *El Enano?*
—Oiga usté, que no permito
Esas bromitas; ¿estamos?
—¡Ay, qué miedo!... Usté perdone...
—Que le largo á usté un sopapo.
—¡Eh!... que se pegan; silencio.
—No lo entiende usté.
—Al cadalso.
—Allí está el doctor Garrido...
—¿No está en su farmacia?
—Claro.
—¿Tienes ahí la panacea?
—Hola, doctor, ¿cómo vamos?...
—Que salude...
—Que se vaya...
—Doctor, cura ese caballo.
—Doctor, cómprale naranjas
A ese chico.

—Escucha, Pablo;
Bríndale unas banderillas
A Garrido.
—Bien, muchacho;
Buen volapié ha sido ese.
—Rafael, suplica á tu hermano
Que dé al toro la puntilla...
¿No ves? Ya lo ha levantado.
—Una.
—Dos.
—¡Qué puntillero!
—Tres.
—¡Al corral!
—¡Fuera!
—¡Cuatróóó!
—¡Fuera enterradores!
—Vaya,
A la quinta has acertado.
A ver si el año que viene
Te contrata *el empresario.*

Y así, poco mas ó menos,
Continúa este bromazo,
Hasta que el último toro
Se lo llevan arrastrado.

DE LOS TOROS

Y despues de terminada
La corrida felizmente,
O de otra peor manera,

Como ocurre algunas veces,
Vuelven las gentes á casa,
Pero ya no tan alegres,
Sino mohinos y roncos
De gritar al presidente,
Y á los toreros maulones,
Como lo son casi siempre.
Cada cual defiende un lance
De capa, ó alguna suerte
Del torero predilecto,
Que tiene por mas valiente.
—Porque tambien en la plaza
Hay partidos, y eso es de *ene*.
Quién recuerda muy contento,
Que ha tropezado en un pliegue
De la capa de Frascuelo,
Y le ha visto hablar de frente:
O jurar á algun piquero,
O soplar á Villaverde:
Quién cuenta que se ha lucido
Diciendo veinte mil pestes
Al presidente porque
No mandó poner rehiletes;
Quién que ha dado un puro á Pablo,
Y así sucesivamente;
Afirmando todos que
Mas á los toros no vuelven
Hasta... la corrida próxima.
Que es lo que siempre sucede.
Y entre tanto los toreros,
Intactos ó con un siete
En la *taleguilla,* en coche
Van á ver á sus mujeres,
Que esperando su regreso
Están rezando impacientes,

Y á la Vírgen y á algun santo
Dos ó tres velas encienden.
Saliendo bien de la lidia,
Ya están los chicos corrientes,
Sin tener ocupaciones
Hasta... el domingo que viene;
Se quitan el trajecillo,
Y al *Imperial* á las nueve,
A contarse la corrida,
Mirando pasar la gente.
Es verdad que algunos de ellos
En la misma plaza mueren;
Mas son gajes del oficio,
Que con tanto gusto tienen:
Y mientras haya españoles,
Habrá toreros muy ternes,
Que, aprendiendo en los novillos
Que es donde todos aprenden,
A lidiar toros de libras
Y toda clase de reses,
Ponen despues unos palos,
Que sirven de mondadientes
Al bicho, pues se los ponen
En la boca muchas veces;
Y luego, con los de puntas
Y de cinco años se atreven,
Y sufren algun puntazo
En el sitio que mas duele;
Mas tarde, salir consiguen
A provincias, á Albacete
Por ejemplo, y á la postre
A la villa y córte vienen
Con un torero de invierno,
Que á torear se compromete
En verano, y ya está el chico

Dando que hablar á la gente,
Hasta que la *alternativa*
Una tarde le conceden,
Y contrata su cuadrilla,
Y es espada que promete;
Pero yo opino que, al cabo,
La aficion ha de perderse,
Y se acabarán los toros,
Y los toreros—se entiende:—
Quedando, á lo sumo, para
Que esta proeza recuerde,
Algun cuadro de Valdivia,
Ilustrando las paredes.

EL GOMOSO.

POR D. LUIS RICARDO FORS.

STE tipo es exclusivamente de hoy. Carece de equivalente entre los tipos de otros tiempos.

No es el lechuguino, ni el currutaco, ni el petrimetre, ni siquiera el *dandy*.

Todos estos denotan un sér que raya en lo ridículo por la exageracion de la moda en su vestido.

El gomoso lleva su exageracion y ridiculez no solo al modo de vestirse y presentarse, sino hasta á la manera de proceder y pensar.

Los antiguos currutacos y petrimetres eran risibles por fuera... Los gomosos lo son por fuera y por dentro.

No sabemos á punto fijo el orígen de la denominacion de gomoso, porque aun cuando se derive del *gommeux* francés, esto no explica la causa del calificativo.

Gomoso en español, ó *gommeux* en francés, nada nos dice sino cosa que destila goma. Tal idea, apropiada al tipo de que nos ocupamos, no expresa con propiedad y exactitud la vida, costumbres y extravagancias del gomoso.

Para formar concepto aproximado de ellas, es necesario examinar este tipo

cuando se presenta en público; seguirle hasta el menor de sus movimientos; apuntar aunque sea la mas insignificante de sus palabras.

El gomoso no puede confundirse con ningun otro tipo de los que pululan en la sociedad moderna.

Donde se vean hombres robustos, figuras de verdaderos hombres; en donde haya actitudes y costumbres varoniles; siempre que aparezca desarrollo en la estatura del sexo fuerte y que éste se presenta con todos los atributos de naturalidad, fuerza, sencillez, espontaneidad y desembarazo peculiares de los hombres, es inútil buscar gomosos.

El gomoso es la negacion de todas estas cosas.

Por regla general (y todas las reglas generales tienen excepcion), el gomoso es lo opuesto á toda apariencia de virilidad.

Basta analizar al gomoso, para convencerse de que esto es innegable.

Si el lector vive en Madrid y quiere hacer el estudio de los gomosos, no ha de tomarse mas trabajo que permanecer en la Carrera de San Jerónimo, delante los cristales de Lhardy ó en cualquiera de las Cuatro Esquinas; si se halla en Barcelona basta que se detenga en la esquina de la calle de Fernando y la Rambla; si en Sevilla, en la calle de las Sierpes frente al Casino Sevillano; si en Lisboa, en cualquiera *charutaria* del Chiado; si en París, en las arcadas del *Grand Hotel;* si en Lóndres, en el *crescent* de Picadilly ó en las salas de *Simmson's Divans* ó en los aparadores de *Regent Street;* si en la Habana, en las puertas del Louvre; si en Nueva-Yorck, en las esquinas de la Cuarta Avenida; si en Mónaco, frente las gradas del Casino; y en todos estos lugares y en otros equivalentes de otras mil poblaciones, puede estar seguro de que no pasará cinco minutos, sin que se ofrezca á sus miradas el tipo clásico del gomoso.

Sus señas son mortales.

A primera vista diríase que el sér que se va á examinar es un siete-mesino; una criatura contrahecha y enferniza. Pero no lo es.

Aquello que parece todo ésto, es la personificacion auténtica del gomoso.

Aquello es, como dirian los ciegos vendedores de calendarios, *el verdadero Zaragozano.*

Lo primero que llama la atencion, es que no hay un gomoso siquiera que lleve un sombrero á medida.

El sombrero de nuestro tipo, parece hecho casi siempre para sugetos mas chicos que él ó para cabezas mas pequeñas que la suya.

La ley de la *gomería* exige que el viento mas insignificante baste para llevarse aquella prenda de vestir. Sin embargo, esta contingencia acontece muy raramente, porque la etiqueta *gomistera* prescribe que el cráneo de nuestro héroe, su cabello y su sombrero constituyan tres cosas distintas y un solo conglomerado verdadero, por obra y gracia de cierto charol ó pringue que acaba por convertir la cabellera en parche y el sombrero en esclavo de los cabellos.

Lo repetimos: las señas son mortales y el gomoso no es susceptible de confusion con ningun otro sér humano.

Le acompaña indefectiblemente un bastoncillo cuyo puño hace cambiar cada mes, para que parezca siempre un baston nuevo; no puede ir sin guantes y raras veces sale á la calle sin corsé.

El gomoso debe ir prensado y enguantado, si no quiere faltar al santo y seña del gremio á que pertenece.

Sus manos han de competir con las de una muchacha y su cuerpo debe lucir la delgadez de cintura mas exagerada que sea posible.

Por esto el gomoso usa guantes hasta para ponerse las botinas y se lava cien veces al dia las manos con pasta de almendras y las cubre de cascarilla y leche cutánea.

Por esto el gomoso se encierra en un verdadero laberinto de ballenas ó se oprime y ahoga con ajustadísimas fajas y cinturones que estrujan su talle, le ponen los bofes en los lábios, agolpan la sangre á sus carrillos y le adelgazan por abajo tanto cuanto le abotargan por arriba, dando á su pecho, hombros y espaldas la apariencia de una joroba circular.

Imagine el lector la clase de martirio en que vive el gomoso, lanzándose por estos mundos de Dios duro y envarado como cachiporra de tambor mayor, merced á las operaciones de reforma corporal que sufre, para presentarse en público con todos los requisitos que caracterizan la benemérita órden de que forma parte.

Su tipo no puede despintarse ni confundirse.

Visto de léjos, siempre nos ha hecho el efecto de un tapon de botella sosteniéndose por la parte mas estrecha.

Visto de cerca, lo hemos considerado en todas ocasiones como un hombre reducido á la dósis mas homeopática posible de la seriedad del género humano, ó, en otros términos, nos ha parecido siempre una cantidad de ridiculez elevada á todas las potencias y ampliaciones de que sean capaces los mas sábios matemáticos de la tierra.

Podria definirse al gomoso diciendo que consiste en un pedazo de insipidez humana que, principiando por algunos ojos de gallo oprimidos en un par de botas, sube y se encarama hasta un mechon de pelos que se escapa por debajo de las alas de un sombrero.

La muestra seria siempre la prueba palpable de la definicion.

Anda el gomoso con un vaiven que no deja duda sobre el martirio de que es víctima. El calzado, la moda, el furor de mostrar unos piés distintos de los que realmente tiene, hacen de nuestro tipo un verdadero émulo de las damas chinas.

Toda su estatura es insignificante y cuando por rarísima excepcion su talla se parece á la de los hombres, aparece desfigurada por las opresiones á que el gomoso sujeta su cintura, ó desaparece por el aire afeminado de todo su sér, empaquetado entre las costuras de un traje destinado á presentar un cuerpo humano con formas completamente distintas de las que realmente tiene.

La exhibicion de su cuerpo es la mision sagrada del gomoso.

Invierno y verano se contonea con el mismo entusiasmo, mostrando por plazas y calles el perfil de su naturaleza artificial.

Los abrigos que guarecen del frio ó los tejidos ténues que contrarestan el calor, están para él prohibidos por completo.

El gomoso anda siempre á cuerpo gentil.

Luce su cintura aunque tirite de frio ó se exponga á una pulmonía, y no deja su corsé, sus fajas ó sus cinturones, aunque le ahogue el sol de la canícula ó le asfixie la temperatura del ecuador.

Tal es el gomoso visto por fuera.

Añádanse algunos toques mas á la pintura y nadie podrá desconocerlo.

Estos toques son imprescindibles porque forman las insignias consagradas por el gremio. Consisten en la flor que aparece por el ojal del pecho, las cortinillas de pelo charolado que caen sobre la frente, y el pañolito de puntas de colores y perfume de heno inglés ó plantas chinas, que asoma por el bolsillo del costado izquierdo.

¡Ecce Homo!

Esto acaba el retrato del gomoso en su parte de perspectiva.

Su vida, sus clases, su carácter y naturaleza no son menos dignas de darse á luz.

La vida del gomoso es el ócio.

Generalmente nuestro tipo es un vago, pero algunos de ellos trabajan; y como

estos ejemplares son rarísimos, constituyen la excepcion de la regla y no pueden aspirar á imprimir carácter en el gremio.

El gomoso clásico no sabe lo que es levantarse de la cama antes de mediodía.

Abandona el lecho, emplea de dos á tres horas en las operaciones de su reforma personal, y se lanza á la calle sobre las cuatro de la tarde en invierno y las seis en verano.

Apénas fuera, acude invariablemente al mismo punto de reunion en que sabe ha de hallar á sus colegas de *gomería*. Poco á poco va engrosando el grupo, y cuando los gomosos se consideran falange bastante numerosa, se dedican á hombrear.

El gomoso no se considera hombre sino en corporacion.

Solo, no sirve sino para recibir resignadamente un bofeton de cualquiera: acompañado es capaz de pegárselo al lucero del alba... si cree que el lucero del alba no ha de devolvérselo.

Nada hay mas digno de risa que esa turba de siete-mesinos de pelo charolado y violetas en el ojal, cuando se tropiezan con una muchacha tímida ó algun obrero de pocos años.

Allí de los piropos verdes para la primera y de las provocaciones para el segundo.

Pero aparece entre ellos un hombre y hace ademan de sacudir mofletes... Los gomosos se apartan prudentemente y, en menos tiempo del que se necesita para escribirlo, desaparecen del alcance de la mano de cualquiera que se pare delante de ellos.

De noche el gomoso suele usar baston de estoque y revolwer de seis tiros; pero á pesar de tales utensilios gratifica al sereno ó al vigilante del barrio, para que le custodien hasta la puerta de su domicilio.

El acto mas importante de la vida de nuestro héroe es la conquista del bello sexo.

El gomoso cree que su mision en la tierra es seducir todas las doncellas, pervertir todas las casadas y enloquecer todas las viudas. Cuantos actos realiza están encaminados á obtener el amor de las mujeres. No se viste sino para atraer las miradas de aquellas por su elegancia, ni habla sino para convencer al bello sexo de sus dotes de conquistador.

El gomoso ignora que la mujer aborrece el afeminamiento y adora la virilidad.

Cree que seduce, y aburre; piensa que le buscan, y le evitan; está convencido de que conquista, y repugna; y por esto, cuando se encuentra en lo mas elevado de sus ilusiones y juzga que las mujeres mas recatadas y mas difíciles están subyugadas á sus atractivos, suele dar en el gabinete de un médico especialista, que le convence dolorosamente de sus derrotas platónico-sensuales.

Si el gomoso no fuera digno de lástima, seria cosa de diversion.

Tiene figura de hombre y apénas llega á serlo; habla y no dice nada; trata de embellecerse y se hace grotesco; está entre hombres y le toman por mujer; alterna con mujeres y lo tratan como niño; el gomoso es un *quid pro quo* viviente, un error con forma humana, un sér inútil é inservible que come y se agita en el bullicio humano, porque sí.

Hay quien cree en la existencia de varias clases de gomosos, pero los que tal creen lo han examinado mal.

Se pretende que hay gomosos por naturaleza y gomosos por aficion.

Es un error.

Desde el momento en que el hombre se hace esclavo del corsé, y se pringa la frente con los mejungues que le abrillantan las cortinillas y rizitos de la misma, y se embadurna de *cold-cream*, y se baña en leche de Vénus, y se blanquea manos y cara con cascarilla de Yucatan ó polvos de arroz de Rimels, desde que hace todo ésto, y aprisiona sus piés en botitos dignos de los martirios de la inquisicion, y se contonea como muchacha por las calles, y habla con voz atiplada á todas horas, no se es mas que gomoso puro.

Cuando á tanto se llega, es que se ha perdido hasta el concepto de la virilidad. Es que se ha desconocido ya toda nocion de la dignidad y de la mision del hombre en la tierra.

Los individuos que se encuentran en tales condiciones no forman, ni pueden formar otra cosa, que una familia indivisa é indivisible.

La familia de los siete-mesinos afeminados.

Esta familia es la que encierra el proto-tipo de la gomería, porque retrata, asimila y comprende á todos los gomosos en una sola categoría de séres, que en todos los países, bajo todos los meridianos y en todas las zonas del globo, equivale al doctorado en imbecilidad humana.

CAFÉ
DE
FUSTÉ

EL MONTAÑÉS DE SEVILLA

ó

EL CAFÉ DE JULIO CÉSAR.

POR D. JOSÉ NAVARRETE.

HACE veinte y tantos años, en la mejor ciudad de aquella tierra

Donde está el rumbo á dos cuartos
Y la sal á muchos menos,

habia (y creo que aun existe) un café, llamado como indica el epígrafe de este artículo, sin duda porque á Sevilla

Julio César la cercó
De muros y torres altas,

á cuyo café concurrian, por tandas, los borrachos procedentes de todas las tiendas de montañés, desde las doce de la noche hasta las cinco de la mañana en verano, y hasta las seis en invierno.

El *Café de Julio César* estaba situado junto á una sombrerería, donde por un napoleon y el viejo se daba un sombrero nuevo, en la calle estrecha de Colon, por

la que se va desde la plaza de San Francisco á las gradas de la Catedral, y era un saloncillo de escasa holgura, bajo de techo y ahumado, cuya decoracion consistia en siete ú ocho mesas de pino, sucias y pringosas, rodeada cada una de cuatro banquillos, seis candiles colgados en la pared, el mostrador junto á un rincon y una ventana que solo se abria en ciertos momentos solemnes, como se verá luego.

Sobre una mesa del mostrador campeaba un gran anafe con una cafetera humeante encima, y en fila se veían las tazas y los platos de loza sevillana, que salian no mas que desconchados de la prueba de arrojarlos al suelo con violencia, y las copas y las botellas de aguardiente.

El café se confeccionaba fuera de la casa, para lo cual el dueño contrataba las borras y las sobras líquidas de otros establecimientos importantes. Respecto al aguardiente, baste con decir que se llamaba *arranca-gañote* ó *arrastra-gañote* por unos y por otros *la lata,* orígen, sin duda, de la frase usada hoy por el vulgo de Sevilla de *dar la lata*, que significa dar una desazon.

Los precios subian á una mota la taza de café, servida desde luego con leche y con el azúcar (sin cucharilla), y un cuarto la copa de aguardiente.

El amo, Jeromo, era un buen mozo, muy sério, con el pelo echado á la cara y sin ninguno mas en ésta; con fama de valiente, y constando en su hoja de servicios haber vendido boquerones en Málaga y pertenecido tres años al Fijo de Ceuta. Tenia por dependientes á dos chicos montañeses, colorados, lustrosos, y siempre en mangas de unas camisas muy sucias: se llamaban Perico y Ventura.

En la parroquia figuraban gitanos de la Cava de Triana, verduleros de la Macarena, barrileros de la Carretería, torerillos de San Bernardo, cocheros de los carruajes de Palacios y de Ferrer, y algunos señoritos, militares y paisanos del casino de la plaza del Duque, que, despues de correrla toda la noche, cenaban mariscos, riñones y manzanilla en las tiendas de Lorenzo, de Valvanera, ó de Montes, oyendo cantar á Silverio, á Piedra y á Sartorius, yendo despues al baile de Miguelito Barrera y por último á visitar los corredores y las alcobas de otros establecimientos de las calles de Velazquez y de Santa Justa y de los callejones de San Francisco de Paula, cayendo á las tres ó las cuatro de la madrugada en el *Café de Julio César* á tomar *la espuela,* ó sea la última copa de aguardiente.

Siendo la casa pequeña y reducidos los precios, lo que á Jeromo le convenia era despachar mucho, y para ello, que los concurrentes no se eternizaran en las mesas, contando valentías, ó templándose con la ronquera del alcohol, para cantar unas serranas como Paco el Sevillano, que es hoy el primer *cantaor* de polos,

cañas y seguidillas y que ya entonces, con su clara y extensa voz y su primoroso estilo, era el regocijo de la aficion y la esperanza de Molina y de Perico *er pelao*.

—Vamos, caballeros, vamos, que es tarde,—decia Jeromo con aquella gravedad del asno que le era peculiar, recorriendo el cafetin cuya atmósfera podia cortarse.—Vamos allá, vamos allá, que hay mucha gente esperando á la puerta.

Despues de una pausa, añadia dirigiéndose al montañesillo que estaba de entra y sal con las cafeteras:

—¿Has cobrado, niño?

En las primeras horas, solia el pueblo atender las intimaciones de Jeromo y despejar el salon; pero allá, á las tres ó las cuatro de la mañana, sobre todo si hacia frio, era imposible hacer salir de allí aquella *piara de curdas* (como decia un amigo mio,) que disputaban á gritos, golpeaban las mesas, se desafiaban, querian convidar á todo el mundo sin un ochavo, y ofrecian en suma, uno de los cuadros mas repugnantes que puedan imaginarse.

Cuando Jeromo (despues de hecha la recaudacion) conocia que por la buena tenia el pleito perdido, se retiraba detrás del mostrador y le decia á uno de los dependientes:

—Niño, el sahumerio.

El chiquillo cogia una cazuela que estaba en un rincon; echaba en ella con los dedos unas áscuas del anafe y sobre las áscuas unos polvos que tenia en un papel que sacaba del bolsillo y que levantaban en seguida una humareda espesa de un olor fuerte, acre, picante, nauseabundo, pegajoso, insoportable, y daba una vuelta por el saloncillo con la cazuela en la mano, agitándola, como quien inciensa, al pasar junto á cada mesa y aumentando la dósis de polvos cuando echaba poco humo.

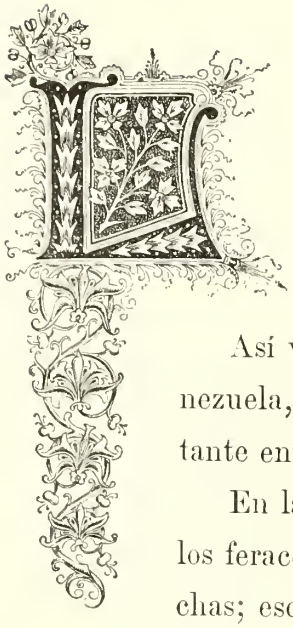
Era digno de pintarse el aspecto que ofrecia entonces el café: los borrachos empezaban á toser, á estornudar, á escupir, á lanzar imprecaciones, á dar arcadas, á pedir aire, á querer matar al montañés que les daba *er jumaso,* como ellos decian y que se retiraba detrás de Jeromo, que en aquellos momentos tenia siempre el cuchillo á mano; y por último, dándose empellones, se lanzaban en tropel á coger la puerta, so pena de ahogarse, echando ya algunos los hígados por la boca.

Despues abria el chiquillo la ventana y entraba otra tanda de borrachos.

Nadie pudo averiguar nunca qué sustancias químicas componian aquellos polvos infernales. Jeromo decia que le habia dado el secreto un boticario del Perchel; y seria conveniente conocerlo, porque el tal sahumerio lo están pidiendo á voces algunos lugares que no son el *Café de Julio César*.

LOS VENEZOLANOS.

POR D. MIGUEL TEJERA.



Los usos y costumbres de una nacion son indudablemente el resultado de las influencias que tienen sobre el hombre el clima, las producciones de la naturaleza, la situacion geográfica, las leyes, los gobiernos, y las relaciones con los demás habitantes de la tierra.

Así vemos las tres zonas en que naturalmente está dividida Venezuela, pobladas de gentes cuyos usos y costumbres difieren bastante entre sí.

En la zona agrícola, el hombre vive al abrigo de suaves climas; los feraces terrenos que posee, le dan tempranas y abundantes cosechas; escasa industria le basta á recoger cuantioso producto de las plantas generosas que prosperan en sus vírgenes comarcas, sin el trabajo de sus manos; y mas que los otros habitantes del país, puede estar en roce con los extranjeros que vienen á Venezuela.

A esta reunion de favorables circunstancias es á lo que se debe el que la mayoría de la poblacion habite esta hermosa parte del territorio de la República. En ella se hallan las principales ciudades y casi todas las industrias que dan vida al comercio interior y exterior.

Los hijos de estas regiones gustan de la sociedad; y así, se les vé plantar sus chozas cerca de las de sus vecinos en lugares convenientes, tanto para atender á sus plantaciones ó estar cerca del lugar de su trabajo, como para prestarse mútuo auxilio en caso de necesidad, y reunirse los dias feriados á bailar y divertirse al compás de sus guitarras y *maracas*. Se nota en ellos alguna falta de apego al trabajo, cosa que se comprende al considerar la facilidad con que adquieren la subsistencia. Son muy amigos de diversiones y les encanta la música, que, como dice Baralt, es «aficion y embeleso del venezolano.» Son crédulos, hospitalarios, valerosos, de clara inteligencia, y muy fáciles de impresionar por medio de la palabra; de suerte que casi todos los trastornos políticos que despues de la independencia han azotado á Venezuela, han tenido su base en la region agrícola del país, debido esto sin duda á la influencia ejercida sobre ellos por los hombres que han proclamado en el país doctrinas diversas.

En los centros de poblacion se conservan las costumbres de los antiguos colonizadores, con algunas modificaciones que necesariamente ha introducido el constante trato con los extranjeros y sobre todo el cambio de las instituciones despóticas y degradantes de la colonia, por las sábias leyes que inspira la libertad. Bajo la dominacion española era el pueblo absolutamente pobre, fanático, y mas que ésto, ignorante; las altas clases de la sociedad, supersticiosas, llenas de vanidad y sin instruccion alguna; apénas uno que otro virtuoso varon se dedicaba al estudio, y miraba con desden los títulos y miserias en que ponian todas sus aspiraciones aquellas desdichadas gentes. Hoy, no obstante las sangrientas y desastrosas luchas que ha soportado Venezuela, el pueblo tiene ideas generales de las cosas, aspira á instruirse, y acaso es uno de los menos fanáticos de América.

La alta sociedad no tiene hoy que envidiar en su cultura á la de los países mas adelantados: la finura de sus maneras, la franqueza de su trato y la cumplida caballerosidad y gentileza que presiden á todos sus procederes, hacen de ella el encanto de los extranjeros que la frecuentan, y la admiracion de los viajeros.

Pero hay algo que es mas honroso que todo esto para los habitantes de esta zona, y es el espíritu filantrópico que se descubre en toda clase de gentes. Inclinados por naturaleza á la práctica del bien, son caritativos, generosos, y miran

como un deber ofrecer sincera hospitalidad á quien la ha menester. En los viajes que hemos tenido ocasion de hacer por las principales poblaciones, ¡cuántas veces hemos admirado prácticas sublimes inspiradas por tan bellas cualidades! Estando en Ciudad de Cura, vimos caer de su caballo á un viajero, arrojando sangre por la boca; pocos instantes despues estaba rodeado de numerosas personas del vecindario, que se disputaban el gusto de ponerle á su cuidado. Llevóle al fin á su casa aquel que podia ofrecerle mas comodidades, y allí fué colmado de atenciones aquel desconocido, durante tres meses, como si fuera uno de los miembros de la familia.

En Valencia se enfermó gravemente uno de los amigos con quienes habíamos ido á aquella ciudad. Apénas llevábamos allí seis dias, y todas nuestras relaciones estaban reducidas á la señora de la casa en que nos habíamos alojado; mas, sabido por los vecinos lo que pasaba, vinieron á ofrecernos sus servicios, y no contentos con ésto, acudieron á la habitacion del enfermo, y ayudaron eficazmente á la bondadosa dueña de la casa, que trataba de que nada faltase á nuestro amigo.

Quisiéramos citar aquí muchos otros casos como estos que hemos presenciado; pero siendo para ello estrecho el espacio de que podemos disponer, nos abstenemos de hacerlo.

En tiempo del coloniaje y aun algunos años despues, tratábase á los jóvenes con suma dureza y barbaridad en las escuelas, colegios y aun en la casa paterna. Basados los padres y preceptores en aquel funesto adagio, de que *la letra con sangre entra,* castigaban con azotes y con palos las faltas de la juventud, y llegaba esta barbaridad á ejercerse hasta en mozos de veinte y mas años. Cuáles fuesen los frutos de semejante tratamiento, no hay para qué decirlo. Pero al fin, la libertad, «alma de lo bueno, de lo bello y de lo grande,» brilló al cabo sobre la pátria nuestra; y á su benéfica luz han desaparecido aquellos menguados hábitos de la esclavitud.

¡Cuán grande y generosa debió de ser aquella generacion de héroes, que, á pesar de haber crecido bajo tan funestas prácticas, pudo tener la virtud y constancia necesarias para redimir la pátria de la mas afrentosa servidumbre, y que sacándola oscura y ensangrentada, de manos de sus terribles dominadores, nos la legó libre, gloriosa y llena de las mas bellas esperanzas!

Antes amaba el hijo á su padre como á una especie de deidad amenazante, y casi puede decirse que solo le temía; hoy le profesa respeto y entrañable amor.

Nunca, en aquellos dias del pasado, se hubiera atrevido un jóven á manifestar á sus padres los secretos de su corazon; habia de buscar entre sus amigos, persona en quien depositar sus íntimos sentimientos, y á quien pedir consejo en los trances peligrosos en que á veces se empeña la incauta juventud.

Afortunadamente esto ha desaparecido, y al presente los padres son los mejores amigos de sus hijos, y casi siempre sus mas íntimos consejeros; reinan sobre ellos por el dulce imperio del amor, y cuando se ven en la dura necesidad de castigarlos, tratan de evitar toda pena corporal desde que el niño ha entrado en el uso de la razon; comprendiendo muy bien que no se inspiran sentimientos delicados, ni se inclina al cumplimiento del deber por medio de la dureza del castigo, sino despertando en los tiernos corazones aquellas ideas de dignidad y de decoro, que son la mas sólida base de la rectitud de la razon.

En el pueblo inculto, aun se hace uso de los azotes para castigar á los hijos, pero no con frecuencia; y se nota afortunadamente que esta odiosa costumbre va desapareciendo.

En los colegios particulares se conserva todavía el uso de la palmeta, pero no se aplica generalmente sino á los niños de ocho á doce años. Tambien se observa una decidida tendencia á extinguir esta especie de castigo, y es de esperar que dentro de pocos años ya no exista.

Los que habitan las llanuras son muy diferentes en todos sus hábitos. El clima abrasador en que viven, la lucha constante que sostienen con los elementos y las fieras, y las largas marchas que hacen desde muy temprana edad por las desiertas pampas, ya á pié, ya á caballo, les dan una fuerza muscular prodigiosa y una destreza y agilidad extraordinarias.

Hijo del cruzamiento de las razas española, indígena y africana, el *llanero* es de tez morena, de regular estatura, delgado, y de una musculatura muy bien desarrollada. El es, como ha dicho el señor J. M. Samper «el lazo de union entre la civilizacion y la barbárie, entre la ley que sujeta y la libertad sin freno moral; entre la sociedad con todas sus trabas convencionales mas ó menos artificiales, y la soledad imponente de los desiertos donde solo impera la naturaleza con su inmortal grandeza y su solemne majestad.»

El *llanero* es enemigo de residir en las ciudades; cuando se halla en ellas se juzga aprisionado. Solo le es grato vivir en sus desiertos, gozando de aquella grandiosa perspectiva que ofrecen las interminables llanuras cubiertas de gramíneas gigantescas. Amante de la soledad, construye su choza á orillas de los rios ó de

los caños, donde, con solemne pompa, alzan innumerables palmeras su magnífico follaje. Su compañero inseparable es el caballo: tómalo al atajo en las sabanas desde potro, lo doma con arte peregrina, y enseñándole á secundar todos sus esfuerzos en la terrible lucha que constantemente sostiene con las fieras, lo hace su verdadero amigo en el desierto.

Pobre en extremo, no siempre tiene los necesarios aparejos; así, se le vé á veces saltar sobre su caballo en pelo, y atravesar las llanuras á todo escape, enlazando con suma precision toros corpulentos y bravíos, ó derribándolos por la cola. Otras, se lanza en las ciénagas, en los caños ó en los rios caudalosos y los atraviesa á nado, defendiéndose con gran destreza y artificio del enjambre de caimanes y peligrosos cocodrilos que pueblan aquellas aguas. Sin embargo, en muchas ocasiones arrostra el *llanero* con todo linaje de peligros aun sin la compañía de su caballo, sin mas ayuda que su astucia y su vigorosa constitucion; y teniendo por únicas armas una lanza, un sable ó un cuchillo, triunfa de los feroces tigres que amenazan constantemente los ganados; y aun sin arma de ninguna especie aguarda tranquilamente la acometida del mas bravo toro, y haciendo uso de su *cobija* «lo capea con singular donaire y brio.»

Tal género de vida hace que el *llanero* sea por demás astuto y cauteloso, enemigo de toda sujecion y servidumbre.

«Ama, como su verdadera y única pátria, las llanuras. A ellas se acostumbra fácilmente el habitador de montañas, pero fuera de ellas sus hijos hallan estrecha la tierra, el agua desabrida, triste el cielo.»

«Injustamente se le ha comparado en todo con los beduinos. El *llanero* jamás hace traicion al que en él se confía, ni carece de fé y honor como aquellos bandidos del desierto: debajo de su techo recibe hospitalidad el viajero, y ordinariamente se le vé rechazar con noble orgullo el precio de un servicio. No puede decirse de él que sea generoso; mas nunca por amor al dinero se le ha visto prostituirse, como raza proscrita, á villanos oficios.» (1)

No es como muchos han querido pintarle, feroz en sus venganzas, ni desprovisto de toda piedad para con sus enemigos. Por naturaleza intrépido y lleno de un espíritu belicoso, es temible en la contienda, pero sabe perdonar á los rendidos. Si alguna vez comete con ellos actos de crueldad, débelo, no á su propia inclinacion, sino á la influencia que sobre él ejerza algun caudillo sanguinario. En su corazon afianza sus raíces la gratitud, como una planta bendita; y así vé-

(1) Baralt y Diaz, Resúmen de la historia de Venezuela.

sele consagrar con todo desprendimiento, á ser útil en lo posible á su bienhechor. «Como creyente, nace, vive y muere á su modo, sin cuidarse del cura ni del sacristan;» (1) y como ciudadano, mira con indiferencia las leyes, desprecia al que no puede soportar una vida como la suya; pero cuando llega la hora en que oye la voz de la libertad que le llama á sus filas, siempre le halla listo para sacrificarse por ella.

Sus costumbres y trabajos le hacen el soldado aguerrido de las llanuras. «Prácticos del terreno y la movilidad que les proporciona su ligero equipaje, los hombres de los llanos no pueden ser vencidos sino por hombres de los llanos, y Venezuela tiene en aquellas inmensas sabanas y en el pecho de sus valerosos hijos el mas firme baluarte de la independencia nacional.» (2)

Y ¡cosa admirable! A todas estas condiciones une el *llanero* la de ser poeta, músico y gracioso galanteador de la mujer.

A veces se le vé á la pálida luz de la luna y bajo alguna erguida palma, entonando peregrinas trovas al compás de su guitarra; otras, bajo su choza y en medio de sus *joropos* y *fandangos,* improvisa al son de su bandola, con admirable gracia y facilidad, largos romances ó chistosas coplas. Cuando marcha conduciendo los ganados, entona un canto dulce y melancólico que parece una tierna queja ó un lánguido suspiro, con el cual los guia por aquellas inmensas soledades. Diríase al ver la poderosa influencia que ejerce por este medio sobre su rebaño, que hay en la armonía de su voz algo de mágico.

Tal es el *llanero;* tipo original que reune á la vez las costumbres tártaras y árabes, y los sentimientos dignos que exigen la hospitalidad, la gratitud, el desprendimiento y el patriotismo.

En la zona de los bosques, el suelo agreste é inculto, cubierto de impenetrables selvas donde apénas se oye el rugido de las fieras, el silvido de los vientos, el murmurio de los torrentes ó el variado canto de las aves, tiene una gran semejanza con el hombre que la habita. Rudo é inculto, vive de la pesca, de la caza ó de las frutas silvestres que le ofrecen las vírgenes comarcas en que mora; y sin cuidados que le angustien, «pasa la vida dormitando al dulce murmurio de sus palmas.»

Unos construyen sus propias chozas á orillas de los rios y bajo la magnífica arboleda que las cubre; otros forman pequeños pueblecillos en apartados y deli-

(1) J. M. Samper.

(2) Codazzi, Geografía de Venezuela.

ciosos lugares, y se entretienen tejiendo *chinchorros* y hamacas que adornan elegantemente con ricas plumas de variados colores; otros, en fin, viven errantes en selvas desconocidas.

Los *guaharibos,* blancos de color y pequeños de estatura, moran en la fértil region donde tiene sus vertientes el caudaloso Orinoco. Los *piaroas, macos, mapoyes* y otros de condicion apacible y amigos de la agricultura, viven tranquilamente en las selvas del Sipapo, del Cuchivero, del Padamo y del Ventuari y otros, construyendo sus chozas, en aquella comarca verdaderamente privilegiada, en donde á la naturaleza le plugo establecer el sistema de aguas negras que no crian ningun insecto.

Los *guaicas,* tambien blancos, viven sobre el Ocamo, Matacuna y Manaviche; célebres por el uso del *curare,* y enemigos acérrimos de los *guaharibos.*

Tribus errantes habitan las márgenes del Caroni y el Caima, sin que tengan otros medios de subsistencia que la pesca, la caza ó las frutas silvestres. Otras se hallan diseminadas entre la sierra Imaca y el Cuyuní; y allá, en el pantanoso delta del Orinoco, vive la nacion *guarauna,* amiga del comercio y que comienza ya á reunirse en pequeños pueblos.

Numerosas tribus se hallan diseminadas á las orillas de los rios y en medio de las selvas.

Lástima es que los gobiernos que ha tenido hasta hoy Venezuela, hayan descuidado completamente la digna obra de civilizar por medios eficaces á esta parte de los habitantes de la República. Esos séres desdichados, cuya suerte se ha visto con tal indiferencia, reliquia verdadera de los antiguos poseedores de nuestro fecundo suelo, ¿son acaso indignos de que hagamos de ellos miembros útiles á la sociedad, ó creemos que deben civilizarse por sí mismos ó con el solo influjo que sobre ellos pueda ejercer uno que otro viajero que se interna en aquellas soledades?

En los años que tiene Venezuela de haberse constituido en nacion independiente, acaso ha venido á la mente de los gobernantes la idea justa de propender á la civilizacion de los bárbaros que aun habitan parte del país, como una esperanza bella, pero irrealizable.

¡Gloriosa administracion aquella bajo cuyos auspicios se lleve á cabo la civilizacion de esos indígenas, vistos hasta hoy, para mal de la pátria, con tanto abandono! Las generaciones venideras bendecirán su nombre con religiosa gratitud y tal obra será considerada para nuestra pátria como una segunda y no menos gloriosa emancipacion.

EL SACAMUELAS.

POR D. CECILIO NAVARRO.

I

TODO el que tiene comezon de hablar y habla sin ton ni son, ó mucho y sin sustancia, es lo que en buen castellano se llama charlatan.

En esta acepcion genérica, pueden ser charlatanes, sin permiso de nadie, cuantos tengan esa aptitud ó flujo de irse por la boca, como por ejemplo, el leguleyo, el politiqueante, el filosofastro, el medicastro, el poetastro, y demás profesores de la misma desinencia ó capacidad.

Pero el carácter típico, el tipo y aun prototipo histórico, el charlatan técnico, auténtico, licenciado, licencioso, es necesaria y fatalmente sacamuelas.

Este tipo, verdaderamente popular, sino elocuente, locuaz; sino discursista, verboso; sino razonador, palabrero; siempre un tipo perfectísimo, dentro de su misma imperfeccion, viene á ser un brote ubérrimo, *lujurioso* ó *lujuriante,* como se dice en galliparla, y de todas maneras un gérmen perdido por su misma fecundidad en el jardin de la oratoria.

Y no se hubiera perdido, sino que habria llegado á ser disertísimo orador, si como se consagró á sacar muelas, se hubiera consagrado el charlatan á meter ideas en la cabeza.

Pero es un tipo vano, vacío.

Y no puede ser otra cosa, si ha de ser charlatan en la máxima expresion ó profesion de sacamuelas.

El tipo no es ni puede ser exclusivamente español, es universal. Allí donde hay hombres, hay necesariamente muelas. No hay que seguir la induccion. ¿Habrá quien dude que donde hay muelas, surge naturalmente la necesidad de un profesor que saque las buenas y deje las malas?

Hásenos escapado aquí una equivocacion. No la salvamos, sin embargo: á veces se expresa mejor el concepto, diciéndolo al revés.

Sea de esto lo que quiera, el sacamuelas fué siempre una necesidad sentida, y lo que es necesario se cumple siempre en la historia, por decirlo así, diciéndolo tambien con ínfulas oratorias.

Hay, pues, y no puede menos de haber en todas partes, honorables sacamuelas.

Pero el tipo aleman se pierde, no ya por lo facundo, sino por lo vulgar ó regular, como quiera que es un profesor que saca muelas, como el herrero clavos: *zahnbrecher,* arrancador de dientes, nombre que, dicho sea de paso, seria bárbaro, si no fuera filosófico.

El tipo americano sabe mas que el español, pero habla ó perora mucho menos, defecto que ha de tenerse en cuenta para juzgar bien del mérito del sacamuelas.

El italiano es una afeminacion del tipo general, sin ciencia, ni puños, ni accidentes oratorios, bien que pretenda suplirlo todo con el acento dulzon de su garrulería.

El francés es el maestro de los sacamuelas: charlando mas que todos juntos, parece que habla bien, y es mentira; parece que sabe mucho, y no es verdad. Ignora menos que el español y el italiano; pero no sale del empirismo de raza.

Sin embargo, es un sacamuelas elegante, cortés, reverencioso hasta quebrarse por la espina; no habla nunca sino *comm' il faut,* no habla ni opera sin guantes, no obtura sino con oro, ni engarza sino con el mismo metal. Sobre todo, y esto es lo principal, saca siempre las muelas *sans eprouver aucune douleur,* es decir sin dolor... del sacamuelas.

No hemos tenido el gusto de observar el tipo inglés: háilo infaliblemente, su-

puesta su necesidad; sino que en esto como en todo, ha de ser una degeneracion del aleman, esto es, ha de entrar mejor en la familia, hablando un poco mas y sabiendo un poco menos que él.

Sea como quiera, no entra en nuestro plan el empeño de describir el tipo general en todas sus fases: solo nos proponemos reivindicar la gloria de nuestro tipo nacional, y aun así, Dios y ayuda, que esto de seguir á un charlatan es empeño temerario.

II

El sacamuelas español, á quien todos conocemos por su nombre, no se llama así ni mucho menos, técnicamente hablando; á lo menos no se conoce por él el mismo sacamuelas, ó no responde por este mal nombre.

Llámase técnicamente el sacamuelas, segun interpretacion auténtica, *dentista de SS. MM. y AA.*

Esto, en primer lugar, dentro de la monarquía, por supuesto; fuera de ella, el sacamuelas se las saca en primer lugar á la república, llamándose gallardamente *dentista presidencial,* ó mas gráficamente, *tricolor,* ó con mas libertad, igualdad y fraternidad, dentista de Pí ó de Castelar.

Caben luego otras denominaciones no menos gráficas, sino tan pretenciosas, y llámase á sí mismo el sacamuelas *profesor odontológico,* ó *cirujano dentífrico,* ó invadiendo toda la facultad, como leimos años atrás en un *Aviso al público, médico-cirujano de dentificacion.*

El sacamuelas, ó sea el dentista, por darles gusto en tecnología, sino siempre doctor, es casi siempre licenciado por París ó Nueva-Yorck, lo que en materia de dientes, vale tanto como decir, cuando se decia, por Salamanca ó Alcalá en derecho ó teología.

Y aun hay profesor de estos, que en su noble ambicion de adquirir mas y mas conocimientos para hacer luego todo el bien posible á la humanidad doliente, sacándoles las muelas, *sin experimentar ningun dolor,* no ha limitado sus viajes á aquellas dos metrópolis, sino que fué á Pekin y aun mas allá, volviendo al fin cargado, como noblemente se propuso, de conocimientos, té indio, hojas de loto y otras yerbas para el dolor de estómago del ilustrado público.

Aquí hay una invasion de facultades, por cuanto el sacamuelas no saca, sino que mete la pata en la jurisdiccion del médico.

Pero no hay tales carneros, al decir del mismo profesor, quien salvando su conciencia ó su responsabilidad, bien que nadie lo acusara, á lo menos en la ocasion á que aludimos, decia así á su respetable auditorio:

«El estómago es la cocina de este pequeño mundo humanitario; pero sin muelas que preparen el guisado, es inútil la cocina. Por consiguiente, señores y señoras, mios y mias, la dentificacion es un precioso aparato, anterior y superior al estómago física y moralmente. Y, una de dos, ó el estómago ha de reconocerse y declararse *á priori* dependiente de las muelas, ó tiene que irse con la música á otra parte.»

Aquí interrumpió el insigne gárrulo su bárbaro discurso, mas solo para despachar algunas cajas de té indio y otras yerbas, única solucion de continuidad admisible en su fluida facundia.

Y hecho esto, continuó persiguiendo la conclusion que buscaba, añadiendo con sin igual gallardía:

«Está, pues, en relacion directa é inmediata uno con otro aparato, y entra, por consecuencia obligada, en la competencia del dentista, si como *verbo y gracia,* sabe su obligacion, todo el conducto digestivo-intestinal, desde la boca hasta... perdonen ustedes el modo de señalar.»

Y para que no quedara duda del punto en que, segun él, terminaba su competencia, anunciaba *incontinenti* hojas de loto, como el mas precioso específico para curar las almorranas.

Claro es que entraba en su competencia, segun su arrastrada lógica; sino que este industrial vendia tambien pastillas de jabon de leche de almendra, de afrecho y otros extraños lacticinios, no sabemos por qué otra relacion ó dependencia odontológica.

Hay otros charlatanes, que al son de algun instrumento, por lo comun pulsátil, cuando no de viento, de vendabal, de piston, y siempre al compás de su asombrosa charla, venden en calles y plazas y en medio de un corro de público, ilustrado siempre, mil utensilios, trebejos y baratijas; pero estos charlatanes son de ínfima ralea, como quiera que no tienen título de sacamuelas, y no pueden por consiguiente alegar en su abono ni ciencia, ni arte, ni aun legítima charlatanería. ¿Cuándo, ni cómo, ni en qué pudiera equipararse á la culta y técnica locuacidad de un cirujano *dentífugo* ó *dentífrico* la bárbara peroracion de un ignaro y pedestre buhonero?

«¡Maldito charlatan!» decia con mucha sal y pimienta uno de estos cirujanos,

que estando un dia en uso de la palabra, se veía con frecuencia interrumpido por el abuso de otra mas chillona, pero nada odontológica. «¡Maldito charlatan!»

Y aun añadia dirigiéndose á lo mas granado y culto del ilustrado público:

«¡Cosas de España! Si hubiera aquí buen gobierno, prohibiria la autoridad hablar en público á los charlatanes en perjuicio de los que tenemos título profesional muy bien ganado.»

Es gallardía.

Pero no á humo de paja lo dijo quien lo dijo, pues este insigne charlatan con título profesional y todo, á quien nos guardaremos muy mucho de nombrar, porque tomaria infaliblemente la palabra para alusion personal y estaria hablando hasta el dia del juicio; éste, como todos los de su profesion, exhibe públicamente en cada sesion al aire libre. no ya solo sus títulos profesionales, expedidos en París ó Nueva-Yorck ó en la misma universidad de Oxford, sino tambien certificados tan fidedignos como honrosos, de admirables curaciones, y diplomas de cruces y calvarios, concedidos por reyes y emperadores y hasta por el mismo Pontífice Romano.

Y si no los exhiben en la rigorosa acepcion de la palabra, los presentan, que viene á ser lo mismo, los ofrecen en mano á la lectura del público ilustrado, aunque á la conveniente distancia ó altura para que no pueda leerlos el ilustrado público.

La intencion basta, cuando hay buena fé; y la buena fé de tan honorables profesores, sin contar con la nuestra, nos veda creer que sean papeles mojados.

III

Hay, y no puede menos de haber, segun digimos, sacamuelas en todas partes; sino que el sacamuelas, como los grandes cetáceos, no es pez que navegue en mares de poco fondo. Por eso, pues, si bien hace excursiones á los pueblos subalternos, cuando su propio instinto le advierte que hay que sacar algo, su residencia ordinaria es la capital.

Aquí tiene su laboratorio, ó técnicamente, su gabinete; gabinete ó laboratorio echado á los cuatro vientos de la publicidad y aun á los treinta y dos de la aguja de marear, con solo el soplo de un anuncio, que en letras de cuerpo entero dicen, como quien dijera: *Hipócrates, Príncipe de la medicina:*

LÚCAS GOMEZ, PROFESOR DENTÍFRICO.

Algunos, mas cultos, ponen: *Odeontológico.*

Otros, mas modestos, ponen simplemente: *Dentista,* despues del Lúcas Gomez, por supuesto.

Ninguno, ni por modesto ni por culto, pone jamás sacamuelas.

Como quiera que sea el gabinete por fuera, por dentro es el estudio del profesor: sino que el tal profesor no tiene que estudiar nada, por la sencilla y á la vez poderosa razon de sabérselo ya todo.

Con esto, no hay allí cosa de libro, ni hace maldita la falta: sino llaves maestras, tenazas, gatillos, perros, diablos, y demás instrumentos de sacar.

Esta cerrajería odontológica no es ni debe ser nunca numerosa; lo primero porque no lo exige la operacion de sacar, que facultativa y todo, consta solo de tres tirones, aunque hay ejemplos de mas; y lo segundo, porque ha de responder á la necesidad ó conveniencia de que el gabinete sea portátil.

En efecto, dentro de estos límites, todo el gabinete del sacamuelas, cabe en un coche de alquiler, que ya con este aparato primordial y algunos accesorios de efecto, viene á ser la tribuna del mas gárrulo de los oradores, y el verdadero trono, á veces con dosel y todo, del rey de los profesores públicos, del profesor de *odeontología.*

Y es de ver como se engrie, vestido de sociedad y aun de toda etiqueta, *secundum quid,* y hasta arrogante y gentil de su persona, aunque no tenga cinco piés, como quiera que está en alto y con ó sin perdon, á todos se los pasa por debajo de la pata; se engrie y con razon, porque está en berlina, es decir, en exhibicion, en exposicion universal, luciendo todas sus facultades y aptitudes, no ya solo de sacamuelas y *perorador,* que es un orador mas largo, sino hasta de prestidigitador; expediente con que abre la sesion, aunque esté solo, bien seguro de atraer muy luego público ilustrado con el incentivo, siempre aceptable, de un espectáculo *gratisdato.*

No por eso, sale de situacion ni deja de estar en carácter el licenciado sacamuelas, aunque á primera vista no se alcancen bien las relaciones de los dientes con los títeres.

En el coche, como en su propia cátedra, explica luego el profesor con pasmoso desenfado, osteología, odontología, veterinaria, en fin, aplicada al arte de sacar muelas.

Y las saca, uniendo la teoría á la práctica, porque al buen pagador no duelen prendas; las saca y las pone, limpia, fija y da esplendor, ni mas ni menos que la

Academia Española; aunque lo que es poner, no pone nada, sino en su gabinete, donde se dejó los dientes. Y ved qué cosa: estas piezas que con mejor derecho que el loto y el té indio entran en su competencia, no son hechas por el profesor, sino por un menestral acaso extraño á la profesion. Así es que muchos dignos sacamuelas se desdeñan de ponerlas y solo se consagran á sacar.

A vueltas de esto y lo otro y lo de mas allá, pondera sus largos estudios; la utilidad que han traido á la ciencia y á la humanidad, ambas dolientes, sus mas largos viajes; el primor de sus manos en esto de sacarlo todo, sin maldito el dolor; se despacha, en fin, á su gusto.

Y no acaba nunca; acaba, sí; pero como si no acabara, porque vuelve á empezar.

Y todo esto con fluidez vertiginosa, con habla desortografiada, con supresion de puntos y comas, sin mas interrupcion que las facultativas, gárrulas tambien, de sacar y meter, ó sea cobrar despues de los tres tirones.

No hay que extrañarlo: está en su cátedra, y además y sobre todo está en la leccion de todos los dias y naturalmente se la sabe de memoria.

Ni se dejó en el tintero de su abundosa elocuencia el justo encomio de su desinterés, que llega, con la cola á lo menos, á la abnegacion. Saca *gratis et amore* las muelas á los pobres de solemnidad, bien que saque lo que puede á los demás pobres pacientes; y no quiere sacar cosa de hueso á los ricos, sino en último extremo, pues dice en beneficio ageno y contra el suyo propio á voz en grito que toda extraccion inutiliza, no uno solo, sino dos preciosos instrumentos de masticacion, de nutricion y de vida, y debe aconsejarse su conservacion dentro de la moral *dentífrica*.

Hé aquí un desinterés que tiene tres bemoles, porque en efecto está dentro de la moral comun. Pero en la *dentífrica,* como muerto el perro, se acabó la rabia, no quiere el sacamuelas empezar por matar el perro de cuya rabia vive, y se esfuerza con la mayor *abnegacion* en vender antes todos sus paliativos, teniendo como tiene asegurado el duro de la extraccion.

IV

El gabinete odontológico, que cabe en un coche de alquiler, puede caber tambien en unas alforjas, reducido á su mínima expresion, sin que falte ninguno de sus hierros y demás menesteres de la profesion, cada y cuando el sacamuelas va á visitar su distrito.

El profesor, en esta otra exhibicion de facultades, no ha descendido en manera alguna; está á la misma altura física, moral é intelectual; pero su cátedra es ahora mas modesta: es una silla... de montar.

Es el mismo profesor, licenciado por Oxford, revalidado en Pekin, médico-cirujano de *dentificacion* de SS. MM. y AA.; solo que ahora va á cuatro piés... va á caballo.

Dejémoslo ir, que ya parecerá.

Cuando parezca, no hay que preguntar quién es; él mismo se anticipará con garbo de *sans façon,* que quiere decir sin vergüenza ni cortedad ninguna, y os entregará sus credenciales.

Las credenciales de un charlatan son prospectos, aunque con cierto aire ó corte de edictos ó proclamas.

Hé aquí una que nos viene de molde y hemos de insertar textualmente para que no se crea que recargamos el carácter, mal aconsejados por la envidia:

«Don Julian Martinez Rubio, cirujano dentífrico de SS. MM. y AA., premiado en París y Lóndres y otras exposiciones:

»Tiene el honor de ofrecer al ilustrado público de esta culta y morigerada poblacion sus filantrópicos servicios de dentificacion garantizados con el estudio y la experiencia de una larga carrera dentro y fuera de España.

»Extrae muelas, dientes y raigones subrepticios sin experimentar ningun dolor; corrige y perfecciona con toda perfeccion las desigualdades dentrífugas, limando salientes y arrancando sobrepuestos, sin dolor; empasta y obtura por todos los sistemas conocidos, á plata, á oro, á zinc, y por otro de su propia invencion, que es el mejor de todos ellos, por cuanto es una pasta mixta de ambos á tres elementos físicos sin cosa de mercurio ni otra sustancia inmoral ni corrosiva. Cura radicalmente la excoriacion escorbútica, las úlceras fungosas, las oftalmias mandibulares y demás desperfectos denticales; añade tambien sueltos á las piezas montadas sobre planchas ó bases de cuchú; y todo esto sin ningun dolor, como tiene acreditado y acredita diariamente en sus operaciones públicas y privadas, nacionales y extranjeras.

»Inventor tambien de un elixir vegetativo-animal de virtud maravillosa en la Academia de Medicina de París, cura instantinamente el mal olor de la boca, y fortalece la denticion mas endeble dejándola para siempre limpia y completamente masticable.

»Ofrece á mas, aunque agena á su profesion, una sustancia extraida de plan-

tas exóticas y elaborada en pastillas de á real para sacar de raíz toda clase de manchas de aceite, de sebo, de grasa, de mugre, de fruta, de tinta, de vino y demás licores maculares.

»El especialista solo permanecerá en esta culta y morigerada poblacion tres dias; lo que tiene el honor de advertir al ilustrado público, para que aproveche la favorable ocasion de servirse de sus servicios.

»Firmado.—Julian Martinez Rubio.»

Ante esta pieza, tan preciosa como auténtica, y tan auténtica como hecha de mano maestra, mano del mismo interesado, no es ya lícito darnos por sospechosos atribuyéndonos el empeño de exagerar el tipo ó cualquiera otra mira adversa á tan honorable clase, ni por envidia ni por ningun otro sentimiento de hostilidad.

Ni pudiéramos haber dicho menos, aun animados del mejor deseo, ateniéndonos extrictamente, como narradores de costumbres, á las inviolables reglas del arte, arte de hacer comedias y comedia de figuron, cuyo héroe es siempre el mismo figuron.

Tampoco pudiera resentirse justamente el sacamuelas, cuando en tan grata ó ingrata pintura nos ayuda al fin el mismo sacamuelas.

Y en su insigne trabajo, que habla solo por su gran colorido, expresion y movimiento, daríamos por terminado el nuestro, si á pesar de nuestra modestia y dudando siempre de nuestras propias fuerzas, no tuviéramos la pretension de hacer un verdadero cuadro; y para este empeño faltan aun algunos toques.

Hemos visto al sacamuelas ejercer en coche allá en las plazas públicas de la capital, y hay que verlo tambien ejercer á caballo en los pueblos subalternos, aunque no hemos de tomarnos el fatigoso trabajo de seguirlo á todos ellos, pues para muestra basta un pueblo, ó sea un boton, como reza el refran.

Ejerciendo á caballo el sacamuelas, no se da ya punto de reposo ni en manos ni en lengua, pues siempre hay que coger de una á otra cosecha, y en punto á muelas, se guardan en el lugar para él solo todas las que han madurado desde la visita anterior.

Que para coger la fruta se empine un hombre todo lo que pueda, cuando es el árbol alto, no tiene nada de extraño, es lo racional; lo extraño, lo absurdo es que, siendo bajo el árbol, tan bajo como un hombre ó una mujer, se suba el sacamuelas á un camello para coger su fruta.

¿Es que no puede ó que no debe descender al nivel de los demás?

—Baje usted de ese animal,—decia una tarde al mismo Martinez Rubio una tímida paciente;—baje usted y me la sacará mejor.

—¡Bueno fuera!—contestó casi dignamente el charlatan.—¡Bueno fuera que bajara yo á operar!

No es, pues, que no puede, sino que no debe descender.

Y acaso acaso sea tambien que no le sea del todo posible, embarazado como va entre todos los trastos de su gabinete; pues si bien no hemos tenido ocasion de ver donde duerme el sacamuelas ambulante, sí hemos visto donde come: come allí mismo donde almuerza... á caballo siempre.

Desde esta altura, que sigue siendo su cátedra, no menos digna que la otra, exhibe al público, siempre ilustrado, sus títulos, certificados y diplomas con la chusca precaucion ya conocida; tiene el honor de ofrecer sus excelentes servicios garantizados por años como los relojes mas pecadores que justos; corrige y perfecciona, empasta y obtura á plata, á oro y hasta á calderilla; cura *instantinamente* el mal olor de la boca, la excoriacion escorbútica, las úlceras fungosas, las oftalmias mandibulares y demás desperfectos *dentífricos*.

No hace nada de esto ni mucho menos; pero dice que lo hace, lo dice sin puntos ni comas, desbocado como un caballo, que no sea el suyo, el cual expuesto desde por la mañana hasta la noche á la lluvia, lluvia de palabras, y á todas las inclemencias de la charlatanería, no mueve en su asombro pié ni mano, como si fuera un manso y pacientísimo camello.

Pero si no hace nada de eso el charlatan, no deja de sacar muelas, mandíbulas y cuartos; y todo esto sin dolor.

¡Sin dolor! Esto nos trae á la memoria un paso de tragicomedia en cuya heróica accion fué protagonista el mismo sacamuelas, representante histórico y auténtico del tipo, y cuya catástrofe vamos á referir en cuatro rasgos para dar digno remate á este trabajo.

Tráenos tambien á la mano este oportuno epígrama:

—No hay dolor como el de muelas,
Cuando aprieta de verdad.
—Hay quien sin dolor las saca.
—Ese aprieta mucho mas.

V

Habia ido por casualidad ó de intento á un pueblo de Andalucía un ingeniero hidráulico, que no era en verdad hidráulico ni ingeniero, sino un charlatan, es-

pecie de sacamuelas del ingenio, por cuanto iba sacando muy ingeniosamente del pueblo todo lo que se habia propuesto.

El pueblo, aunque no á mucha distancia del rio, carecia de aguas potables, y las habia traido en abundancia hasta la misma plaza de la Constitucion, dirigiendo bien ó mal el acueducto y cobrando cuatro ó seis meses de honorarios, como tal facultativo, á razon de tres duros diarios.

Habia dirigido despues la visual á una moza del pueblo, propietaria de muy buenos fundos y no malas partes por su honestidad y belleza, y estaba á la sazon en vísperas de bodas.

A ver si este ingeniero hidráulico no era en cierto modo un sacamuelas. Y él, en verdad, las sacaba sin dolor.

Al dolor vamos.

Todo estaba preparado para tan feliz conyugio, que venia á ser un golpe de estado en el pueblo.

Pero como el diablo no duerme y es enemigo siempre de la dicha agena, ya que no pudo descomponerla, hubo de poner para retrasarla y ganar tiempo, toda su infernal rabia en una muela del novio.

En efecto, la muela del juicio se le habia vuelto loca de puro rabiar.

Pero si el diablo da la llaga, Dios da la medicina.

Aquí de nuestro héroe, caido como del cielo.

—«Don Julian Martinez Rubio, (decia el charlatan en la plaza recitando de memoria su técnico prospecto) médico-cirujano de dentificacion de SS. MM. y AA., premiado en París y Lóndres y otras exposiciones...»

—Pare usted esa jaca, compadre,—le gritó el alcalde á cierta distancia, bien que la jaca estuviera parada.

El orador no hizo caso de esta incongruencia y continuó en el uso de la palabra.

—«Tiene el honor de ofrecer al ilustrado público sus filarmónicos servicios garantizados por el estudio, y la experiencia de una larga carrera dentro y fuera de España.»

—Pare usted esa jaca,—repitió el alcalde.

—«Extrae muelas,—prosiguió el otro, gárrulo y palabrero,—extrae muelas, dientes, raigones subrepticios, corrige y perfecciona con toda perfeccion las desigualdades dentífricas, limando salientes y arrancando sobrepuesto; empasta y obtura por todos los sistemas conocidos y por conocer á plata, á oro, á zinc...»

—¡Que pare usted esa jaca!—volvió á repetir el alcalde, enseñando el baston de autoridad.

—«Yo ejerzo mi facultad con título profesional y por la gracia de Dios y la Constitucion de SS. MM. y AA., y en su virtud continúo sacando...»

—No se saca ya ni un pelo, cuanto menos un quijal á nadie de este mundo, tan y mientras no venga usted á sacarle el mismo juicio á mi mas estimado amigo.

—Pues no es eso sino continuar ejerciendo; estoy á las órdenes de usted, señor alcalde.

—Vamos allá.

—Quisiera saber préviamente,—dijo luego el charlatan,—qué casta de pájaro es el paciente, porque segun sea su casta, así será mi procedimiento científico y así tambien serán mis honorarios. A cada categoría de pacientes aplicamos su instrumento respectivo: al pobre de solemnidad, que es parroquiano gratis, las tenazas: al que puede dar mas de las gracias, los alicates: al que dar puede una peseta, el gatillo, y al que tiene para dar un duro, la llave inglesa. Ahora bien, vuelvo á preguntar: ¿Qué casta de pájaro es ese amigo?

—Es un pájaro de cuenta,—contestó enfáticamente el alcalde.

—Llave inglesa, pues.

—Y si tiene usted otra superior, aunque valga un duro mas...

—Superior no hay ya ninguna, á no ser las de San Pedro; pero por el duro mas, le aplicaré toda la superioridad de mi ciencia.

—A la mano de Dios.

Y llegamos á la casa de la novia, en cuya sala estaba el paciente, hundido en una poltrona con todo el abandono de quien tiene la salud atravesada por el agudo puñal de un dolor de muelas.

Con esto, ni él se fijó en el charlatan, ni el charlatan pudo fijarse en él, que tenia la dolorida cara entre las manos.

El cirujano de SS. MM. y AA. se inclinó profundamente al entrar, haciendo por la primera vez de su vida un saludo sin palabras, saludo inverosímil que falseaba el carácter, pero, con todo eso, no dejaba de estar en situacion.

Despues, armado de todas armas, digámoslo así, pues empuñaba la llave inglesa, llave que, como dijo el profesor, no reconoce superioridad sino en las de San Pedro, y seguido en primer término por la novia y la suegra, en segundo por el alcalde y en último por unos cuantos amigos de la casa, se acercó al paciente y tocándole en el hombro, le dijo cortésmente:

—Estoy á las órdenes de usted.

El paciente se incorporó al aviso, descubriéndose á la vez la cara.

—¡Ah!—exclamaron sorda y simultáneamente ambos á dos charlatanes.

Se habian reconocido.

Los circunstantes tomamos la exclamacion por un quejido refiriéndola al doliente; refiriéndola al sacamuelas, nos pareció hasta absurda, como quiera que él ejercia siempre sin dolor.

Con todo eso, no hicimos alto en tan ligero incidente, tanto mas cuanto los dos charlatanes, tomaron el prudente partido de disimular aprestándose el uno á operar y el otro á someterse al sacrificio.

—No le haga usted mucho daño,—encargó la flevil novia.

—Ni mucho ni poco,—añadió el alcalde, como reconviniendo;—está ajustado en un duro mas que no ha de hacerle ninguno.

—Ninguno,—contestó el sacamuelas con tan imperceptible sonrisa, que no alteró su heróica seriedad.

Y el maldito, á pesar del encargo de la novia y del recuerdo del alcalde, dió unos pasos retrógrados, dejó la llave inglesa en su estuche, tomó no ya el gatillo ni los perros alicates siquiera, sino la última categoría de sus instrumentos, las tenazas, y volvió cerca del paciente.

—¿Cuál es la muela dañada?—le preguntó con voz afectuosa, digámoslo así.

El doliente le indicó una de las del juicio.

El sacamuelas aplicó sus tenazas á otra que no tenia cosa de eso, esto es, cosa de daño, á la que no le dolia ni le habia dolido nunca, á la mas sana de todas, y muy luego vino afuera, aunque no á dos ni tres tirones.

Aunque el dolor fué supremo, hubo de sufrirlo el doliente sin proferir una queja, con un disimulo heróico; lo cual dió propicia ocasion al sacamuelas para confirmar con una prueba mas su prodigiosa habilidad en presencia de irrecusables testigos.

—¡Sin dolor!—dijo el ladino, mostrando la muela sana en sus pésimas tenazas.—¡Sin dolor!

—¡Del sacamuelas!—gritó ahora el doliente entre sollozos echando á rodar su disimulo.

Ante este descrédito, acabó de vengarse el sacamuelas revelando...

Pero esto no cabe en un cuadro ya acabado.

¿Qué nos importa que el seudo-ingeniero tuviera ó no obligaciones de conciencia con una hermana del sacamuelas?

VI

Cuatro palabras mas.

Los que sériamente se consagran al estudio de la odontología no deben darse aquí por aludidos; esos, como todos los hombres de ciencia, no son charlatanes, sino pensadores, ni por mas que saquen. son tampoco sacamuelas, son dentistas.

Hay dentistas alemanes doctorados en medicina y cirugía; no sino un dentista americano fué el que hizo en las muelas el primer ensayo anestésico para operar sin dolor; y hay bastantes dentistas españoles, que, sin ser inventores, realizan diariamente ese verdadero milagro, suspendiendo, mientras operan, la sensibilidad del paciente, no con el empirismo y garrulería del charlatan, sino con la ciencia y conciencia del modesto y reservado profesor.

Hecha esta necesaria salvedad, para la cual pedimos la palabra, despues de agotado el asunto, no tenemos mas que decir, á no ser tambien sacamuelas.

1861
BLANCHET

EL GRANERER.(*)

POR D. CRISTÓBAL PASCUAL Y GENÍS.

No canto del amor las gentilezas
Ni de Marte y Mercurio los cuidados,
Ni de nautas heróicos las proezas
Perdidas en islotes ignorados;
No mi musa con fáciles lindezas
Su voz ha de elevar á altos estrados,
Antes rasando el suelo de corrida
Al autor de la escoba ha de dar vida.

El *granerer,* oscuro y viejo tipo
Cuyo orígen se pierde en las edades,
Jamás se presentó al daguerreotipo
Del pintor de las grandes sociedades,
Y es que el pobre á mi ver no sufrió el hipo
De brillar como *artista* en las ciudades,

(*) Fabricante y vendedor de escobas.

Antes humilde, listo y consecuente,
Limpia á todo español desde Torrente.
Que su alcurnia es antigua así lo infiero
Sin revolver mohosos pergaminos,
Pues si el polvo no fuera lo primero,
No existieran el hombre y sus destinos;
Y como Adan fué polvo, harto ligero,
Y el polvo y el barrer son tan vecinos,
Concluyen con gran lógica mis trovas
Que en los tiempos de Adan ya habria escobas.
Mas no canto yo al arte informe y rudo
Que en manojos ató plantas ó varas,
Sino á la escoba *culta* que no dudo
Nació despues de industrias mas preclaras,
Porque es obvio que el hombre apénas pudo
Llegar á pelamangos, sin que avaras
Sus manos arrancasen á la tierra
El hierro que en sus sótanos encierra.
Despues alzó á Babel, mas el destino
Pronunciándose en contra del progreso
Al hombre le instruyó que en su camino
Jamás podrá avanzar si pierde el seso,
Y en castigo eternal del desatino
Que por grande cayó del propio peso,
Dispersó por senderos ignorados
A los hijos de Adan extraviados.
Desde entonces la raza que en España
Hizo pié tras los altos Pirineos,
Una vez con la fuerza, otras con maña,
Llenó la tradicion de mil trofeos,
Mas mezclada su fé con la fé extraña
De paganos y moros devaneos,
De aquel tipo y carácter primitivos
Los rasgos se guardaron menos vivos.
¡Pero Iberia triunfó!... y entonce Edeta

Sus hijos acercando al fuerte muro
Dióles su vega, encanto del poeta,
Y en ella un porvenir siempre seguro;
Sóbrios y activos, su mirada inquieta
Tendieron mas allá, y un cielo puro
Divisando entre el Sur y el Occidente,
Al borde se sentaron de un *Torrente*.

¡Gran villa por demás! su fértil vega
Dilatándose en cintas de esmeralda
A nuestra huerta su matíz allega
Ciñéndole á su ocaso doble falda;
Y cual esmaltes que el capricho agrega
Aquí la roja flor, y allí la gualda,
Sus aromas esparcen ondulantes
Bajo un cielo de hermosos cambiantes.

Sus blancas casas, de la paz espejo,
Templos son donde el culto es la limpieza
Brillante sobre el nítido azulejo
Que ni al mísero esquiva su belleza;
Allí el niño y el jóven como el viejo,
Al trabajo pidiendo su riqueza,
Descansan por momentos presurosos
Tornando á sus afanes codiciosos.

No hay que decir si enmedio el paraíso
Huríes faltarán de tal frescura
Que desde el níveo rostro al pié conciso
Sean sal del placer por su hermosura;
Baste añadir, que para ser preciso
El poeta que cante á una cintura,
Ha de ceñir el compendioso talle
De la hija de Torrente y de su valle.

¿Qué mucho si al pisar este terreno
Sembrado de peligros y de abrojos,
Todavía no he dicho nada bueno
Del tipo que iniciaron mis antojos?

Mas ya que al invadir cercado ageno
Halle en vez de una escusa mil enojos,
Dejo cual fiel pintor trazado el marco,
Y vuelvo á mi figura. Seré parco.
El *granerer* por rancias tradiciones
A sus padres y abuelos fiel en todo,
No ha caido por dicha en tentaciones
De buscarse la vida de otro modo;
Y aunque nunca les vió contar doblones,
En sus trece cerrado á piedra y lodo
Si nació *granerer, granerer* muere,
Y á sus hijos su oficio les transfiere.
En su rostro tostado y algo enjuto
No hay un pelo... de tonto, por supuesto,
Antes revelan su pergeño en bruto
Su alegre ojo y malicioso gesto,
Y ágil cual corzo, como el gato astuto,
Siempre á moverse con placer dispuesto,
Vive libre, feliz é independiente,
Por no pensar en serlo realmente.
Su casita le brinda en miniatura
Cocina, entrada, cuarto y deslunado,
Y una higuera ó moral, cuya espesura
Trepa á veces sombría hasta el tejado;
Mas allá caprichosa arquitectura
Dió renombre de hornillos á un tinglado
Donde en estío con gentíl donaire
Se guisa la *paella* al sol y al aire.
Pero ¿dó está el taller, dónde la tienda
Que atesora los muebles del barrido?
Inútil es que hallarlos se pretenda
Porque fuera un afan nunca cumplido:
El *granerer* es fábrica y trastienda,
Es mostrador, acémila y surtido,
Es pregon, comerciante y traginero,

Es todo donde está y en casa es cero.
¡Vedlo al partir!... Apénas de Morfeo
Sacude con el dia lo importuno,
El tálamo abandona de Himeneo
Por la mesa frugal del desayuno;
De un conato de almuerzo se hace reo,
Mas *en seco* dejándolo oportuno,
Carga el seron con palmas y herramientas
Y á Valencia se lanza echando cuentas.
Con su negro sombrero de anchas alas
O tal vez un chambergo muy raído,
El pantalon de *chin,* pobre de galas,
Alpargatas y *elástico* ceñido,
Cual magnate que pisa régias salas
Emprende su carrera de corrido,
Tocando en Alacuás y Chirivella,
O cruzando Patraix y Vistabella.
Mas cual suele gentíl el veterano
Marchar con el fusil muy mas airoso,
El *granerer* no suelta de la mano
La soguilla que teje laborioso,
Y sea en su camino, ó cuando en vano
Turba su grito el cívico reposo,
Protesta contra el ócio es su soguilla
Por la fé en el trabajo que en él brilla.
No es difícil creer que á cada instante
Ha de encontrar amigos, y aun amores,
Este tipo de alegre viandante
Que huella sin cesar las mismas flores,
Pero firme en su objeto culminante
Que es la ciudad do premian sus sudores,
Suelta un chiste, requiebra, jura ó calla
Sin que el pié le detengan voz ni valla.
Cada punto mas ágil y acucioso
Por vencer á sus cólegas mas listos,

A paso redoblado marcha ansioso
Tras de lucros escasos y previstos,
Mas el diablo que ódia su reposo
Le tienta con mil goces imprevistos
Y ante el templo humeante del dios Baco,
No puede resistir y se echa un taco.

Recuerda á su favor que en la alborada
Fué su almuerzo mas bien primera parte
Que comedia de efecto, y acabada
Con aquel buen sabor que exige el arte;
Y fiando á su faja otra jornada,
Y sorbiéndose un vaso á cada aparte,
Llega al final, y digno de mil bravos
Rescata de cien nudos cuatro ochavos.

Terminado su almuerzo por entregas
Torna á coger su trote á lo perruno,
Y con voces que en Francia fueran griegas
Empieza á proclamarse inoportuno:
Si entonces hácia él por tu mal llegas,
Verásle cual traduce el desayuno,
Lanzando el «*granereeer*...» con voz sonora
Cien veces nada mas en media hora.

Por Cuarte ó San Vicente entró la plaza
Y ya las mozas están en movimiento,
Pues aunque el paso afloje, el darle caza
Es negocio que pende del momento;
Si el callizo dobló, buscan la traza
De trasmitir su tiple al desatento,
Y si no lo consiguen, que es frecuente,
A otro cólega aguardan mas prudente.

Llega el crítico punto en que encarados
Fregona y escobero, es ya preciso
Ajustar del convenio los tratados
Del piso de la calle á un cuarto piso;
Allí es oir de acentos desgarrados

Salir casi arreglado un compromiso
Que al pié de la escalera se termina
En dimes y diretes de cocina.
Porque eso sí, la dignidad humana
No permite al Marqués de la Escobilla
Molestarse en subir una mañana
Ni escala, ni escalon, ni escalerilla,
Antes si advierte resistencia vana
En la que osada su soberbia humilla,
O le planta en su cara un buen desaire
O le pide la escoba por el aire.
Ya que bajó por una ú otra vía,
Abre el seron relleno de palmito,
Y el cordel que el manojo al mango lia
Deja á sus piés con gesto mas contrito,
Busca afanoso lo que al caso guia,
Saca el podon, la aguja, un podoncito
Y empuñando la escoba vergonzante
Le destoca sus barbas al instante.
Escoge de la palma mas mediana
Otro nuevo aderezo de á tres cuartos,
Y ajustándolo al mango cual campana,
Desarrolla los ásperos espartos;
De un garrote los lia, da con gana,
Y ciñendo el manojo en giros hartos,
Pasa el cabo, lo anuda, pule su obra,
Carga con su seron, escupe y cobra.
Otras veces luciendo sus quilates
En muestras primorosas ó sencillas,
Ostenta sin gastar escaparates
Escobas, escobones ó escobillas,
Y encomiando con gracia sus remates
A doncellas que fueron... criadillas,
Les ofrece por diez ó veinte ochavos
La palma... del barrido en sendos rabos.

Son las doce del dia... su paseo
En alza terminó, mas cuenta en baja
Su estómago cansado de bureo
Y los piés de correr no muy en caja;
Seis reales llenaron su deseo,
Y ojalá no sufrieran mas rebaja,
Pero es el caso que al oler lo enjuto
Segunda vez á Baco da tributo.

Alterando tal vez su itinerario,
Si el servicio requiere una contrata,
De su ruta revuelve el rumbo vário
A Cuarte, Chirivella ó á Mislata;
Trueca en palos su negro numerario,
Los ajusta al seron que le maltrata,
Y arrastrando una cruz de dos arrobas
Llega á casa sin blanca y sin escobas.

Come, *enfila* las palmas, y halagado
De su sed importuna al dulce instinto,
Con sus cólegas y otros congregado,
Huyendo de lo blanco da en lo tinto:
Allí es de oir su chiste descarnado
Junto al dintel del báquico recinto,
O embrollando la cuenta de un escote
Que se salda á favor de algun garrote.

Cuando llega el otoño que en España
Da al palmito lozano crecimiento,
Asaltan por cuadrillas la montaña
Por la palma obtener... del sufrimiento,
Pues no es raro que un chusco de mas maña,
Sin licencia de Rey ni Ayuntamiento,
Recoja con sus palmas las agenas,
Reduciendo á una sola tres faenas.

Acaso el egoismo de la hartura
Su hastío al esparcir por verdes prados,
Ignora la inminente desventura

Del oficio escobil y sus aliados,
Porque á fuerza de tanta peladura
Son ya tantos los montes repelados
Que solo por pelar queda algun punto
En Tous ó Guadasnar, Chiva ó Sagunto.
Mas previendo su fin el escobero,
Por un génio benéfico influido,
Se apresta á socorrer al compañero
Bajo bases que aun nadie ha infringido, (1)
Y despues de cumplir con grave esmero
Del social estatuto lo ofrecido,
A su hermano acompañan en la muerte
Los que en vida partieron su vil suerte.
Tal es del *granerer* el tipo andante,
Sano, alegre, sociable y satisfecho
Con ver á su familia harto abundante,
Creciendo en derredor so el blanco techo;
Conductor, cosechero y fabricante
El da forma al palmito sin provecho,
Y sostén del decoro en su llaneza
Es *hombre necesario*... á la limpieza.
A sus toscos trabajos mal premiados
Debe el sucio Madrid cien mil escobas,
Que en carros por Torrente sustentados
El aseo trasladan por arrobas:
¿Qué fuera de Castilla y sus estrados,
Si el héroe ignorado de estas trovas,
Abjurando sus limpias tradiciones,
Al polvo abandonase los salones?
¡Pero no haya temor!... Antes los rios
Torcerán hácia el monte sus corrientes,
Antes del *pollo* cesarán los pios

(1) En 6 de enero de 1851 crearon una sociedad de socorros mútuos, para el caso de enfermedad: y las curiosas y bien meditadas bases de sus estatutos, acreditan á un tiempo la prevision y filantropia de tan honrados menestrales.

Al ver un miriñaque de tres puentes.
Antes con dotes se hallarán desvíos.
Y han de faltar maridos complacientes.
Que falten á este *artista* en sus apuros
Su fé y un capital de quince duros.
Recibid, pues, mis plácemes sinceros
Alberics y Verdets, Moras, Marsillas,
Y otros muchos que el gremio de escoberos
Ordenásteis con reglas tan sencillas:
En trabajo y virtud sed los primeros,
Invada vuestra escoba ambas Castillas,
Y al son de panderetas y guitarras
Alegre vuestra voz las Albujarras. (1)

(1) Nombre del punto ó barrio en que terminan las seis calles de Torrente donde habitan los escoberos de aquella villa.

LA GRAMÁTICA PARDA.

POR D. JULIO NOMBELA.

I

ASOMBRA el cúmulo de esfuerzos, de trabajos, de privaciones, de desvelos y de heroismos que ha costado á la humanidad la pobre ciencia que posee.

Los mas insignificantes descubrimientos con que la mecánica atiende á las necesidades de la vida, son el producto de insomnios y de cálculos que dan escalofrios.

Cualquier operacion financiera, por menuda que sea, obliga al que la emprende á emborronar cuartillas con innumerables números.

La mas rudimentaria ecuacion matemática cuesta lo menos una jaqueca.

Y sin embargo, existe desde los tiempos mas antiguos una ciencia vulgar. que sigue á la otra como la sombra al cuerpo, unas veces detrás, otras delante, ora á un flanco, ora al otro, tímida ó descarada; pero ejerciendo una gran influencia, casi una tiranía; y logrando que en ocasiones las inteligencias mas eminentes, abandonen á la deidad que tantos sacrificios les ha exigido, para entregarse en cuerpo y alma á esa mísera mujerzuela, que puede mas con su maña y su astucia que aquella con su sabiduría y su nobleza.

Aludo al procedimiento humano que se llama *vivir sobre el país,* mas conocido por *gramática parda;* tan fácil de aprender, cuando hay disposiciones en el que quiere practicarlo, como beneficioso para el que le practica.

Aspira un jóven generoso á constituirse en defensor del perseguido ante la inexorable justicia y necesita consagrar los mejores años de su vida á un incesante estudio de la filosofía, de la legislacion, de la historia, de las costumbres. Debe añadir á estas teorías los poderosos elementos de una práctica asídua. Total: una fortuna empleada en adquirir tantos conocimientos, diez ó doce años de trabajo intelectual, y despues de esto puede muy bien, creyendo defender á un inocente, abogar por un malvado, que sin emplear capital, sin quemarse las cejas estudiando, ha ideado los medios de cometer un crímen disponiendo las cosas de manera, que siendo en realidad verdugo aparece como víctima.

Establecer una fábrica de monedas es para los gobiernos empresa árdua y difícil. Hay que fijar la ley de los metales preciosos, hay que buscar hábiles dibujantes, experimentados grabadores, fundidores idóneos, el auxilio de la mecánica es indispensable, la ciencia económica entra por mucho en la creacion de ese fecundo elemento del cambio. Se necesitan grandes sacrificios pecuniarios, inmensa actividad, exquisita precaucion para producir la moneda que ha de vivificar el comercio. Y sin embargo, un metal de escaso valor, unas malas herramientas, una cueva, la incierta luz de una vela de sebo, y unas cuantas personas listas, bastan para que un monedero falso produzca y haga circular monedas, tan perfectas al parecer, que pasan y enriquecen al que las elabora.

—No se esfuerce usted mucho en defenderme, decia un reo de este delito á su abogado. Lo que ha de procurar usted es que me echen cuanto antes á presidio. En la cárcel, como estoy de paso, no puedo utilizar mi habilidad: allá, tarde ó temprano, podré proporcionarme los medios de continuar mi industria en gran escala.

Claro es que para utilizarla, tenia que recurrir á la *gramática parda.*

Podria multiplicar los ejemplos hasta lo infinito, demostrando que suelen saber mas los que saben menos; paradoja que los efectos de la mencionada gramática convierten en axioma.

Ved al sábio inventor, que despues de una vida de lucha, muere olvidado en el hospital, mientras que un criado que tuvo, dando á alguna idea que cogió al vuelo forma práctica, se ha transformado en millonario y pasa en elegante landó al lado de las míseras y caritativas parihuelas que llevan al hoyo grande, al verdadero autor de su engrandecimiento.

Ved como el capitalista se arruina poco á poco acometiendo empresas basadas en soluciones matemáticas de problemas científicos, y como poco á poco se enriquece su portero, que comienza por cambiar en monedas de cobre las de plata á los domésticos que van á la compra, que presta luego con usura á los vecinos, que conociendo la aguja de marear, solo acomete empresas de segura ganancia, aun cuando tenga que dar un anestésico á su conciencia y que acaba por convertirse á los ojos del público en alma piadosa y caritativa, al socorrer al millonario arruinado.

¿Quiere decir, este exámen que hago de un hecho incontestable, que lo recuerdo para que se estudie y se practique? De ningun modo; le condeno, le execro; pero al fin es un hecho, y es necesario conocerle para condenarle y execrarle.

Como un humor maléfico, invade el cuerpo social y causa estragos en todos sus órganos. Tan pronto invade la cabeza como el corazon: ya se le vé explotar los sentimientos mas generosos, el amor, el patriotismo, la religion, la familia, como ingerirse en las necesidades mas vulgares de la vida. Ora aparece en el político, en el legislador, en el artista; ora en el comerciante, el artesano, y hasta el mendigo.

Y como esta ciencia, moneda falsa de la otra, polilla que devora, carcoma que destruye, es en último término, un elemento de destruccion social y un tipo característico humano, paréceme que la pintura que voy á hacer de uno de sus ejemplares mas acabados, no será ociosa para los lectores.

II

Conocido un tipo se conocen todos: el fondo es el mismo, la forma es la que varía.

Busquemos uno de los ejemplares mas característicos; una mujer del pueblo, sin educacion, sin cultura de ninguna clase, de esas que el vulgo pinta tan admirablemente cuando dice de ellas *que están dejadas de la mano de Dios.*

La he conocido, ha vivido en Madrid; y sin nada, ha gozado de todo con relacion á sus aspiraciones.

Su historia pareceria una novela, si la realidad no fuera superior á la ficcion.

Manuela, que así se llamaba, habia nacido en una mísera aldea de Galicia.

Allí donde por regla general son bellas las mujeres, la infeliz habia venido al mundo con un rostro tan feo, que espantaba. Ni el diablo, que segun dicen

presta una belleza especial á las muchachas, de los quince á los veinte siquiera, se habia tomado el trabajo de iluminarla con esa luz tentadora, fuego fátuo que apaga la verdadera luz. Las facciones mas caprichosamente feas, se juntaban en ella para producir un mónstruo. Su cabello era cerda, su cútis cordobán, sus ojos pequeños y verdosos: su rostro una sierra árida con pantanos y abismos, y por añadidura, unas viruelas que sufrió á los diez años acabaron la obra que en un momento de embriaguez habia formado la naturaleza.

A fuerza de ser fea, daba lástima.

Pero era tambien perezosa, descuidada, glotona, entrometida; y hasta sus mismos padres y vecinos, víctimas de los chismes y cuentos de que los hacia blanco, sentian hácia ella cierta aversion, que templaba la piedad que les merecia.

Ninguna utilidad prestaba á su familia. Si le confiaban la custodia del ganado, el lobo hacia de las suyas con los tiernos corderillos; si la enviaban al campo á cavar ó segar, estaba lista á la hora de comer y tarda á la de trabajar.

Pero ello es que la desgraciada muchacha, por efecto de una maña especial, se las arreglaba de tal modo que siempre el mejor bocado era para ella y no habia goce en la aldea del que no participase.

Se quedó huérfana y tan pobre, que tuvo que pedir limosna.

Como era robusta y podia trabajar, el alcalde que no queria pordioseros en sus dominios, la obligó á ponerse á servir. Estuvo algunos meses con unos labradores y ahorrando su soldada, reunió lo necesario para trasladarse á la ciudad mas inmediata, donde encontró una buena proporcion.

Una señora, celosa en alto grado, la tomó á su servicio. La fealdad de la chica, era el ideal de sus aspiraciones. Hasta entonces no le habia durado un mes entero la doméstica que mas tiempo habia parado en su casa. Bastaba una mirada de su marido á la maritornes, un elogio de sus cualidades, para que la plantase en la calle. Con Manuela cesaba todo peligro.

La muchacha comprendió el juego y se hizo valer. Su ama, que veía restablecida la paz en su hogar, porque en honor de la verdad sus celos eran infundados, procuró á toda costa conservarla.

Allí comprendió la doméstica, que dada su fealdad, no tenia mas que un medio para hallar en la vida un trovador que suspirase al pié de su reja: el de hacer ahorros.

—Me voy á ir de casa, señora,—decia de cuando en cuando á su ama.

—De ningun modo.

—Todas las que se van á Madrid á servir, ganan mucho dinero y pueden ahorrar para cuando son viejas.

—Te aumentaré el salario.

—En ese caso, me quedaré.

Esta escena se repetia cada seis meses.

A los ocho años Manuela habia reunido mas de diez oncejas, despues de haber estado bien comida, bien vestida y hasta mimada.

—En Madrid habrá tambien mujeres celosas,—pensó, y un dia, sin oir ruegos, cosió al justillo las monedas, tomó pasaje y despidiéndose de sus amos se encaminó á la córte.

III

Una cosa la desesperaba, no haber hallado un adorador.

—Y sin embargo, yo he de casarme,—se decia.

Con su natural fealdad, realzada por los años, ya tenia veinticinco, logró sin embargo, gracias á la gramática parda que habia encontrado en el fondo de su alma como filon escondido en el seno de escarpada sierra, tomar el aspecto de una mujer de juicio; y sin hacer gran cosa pasaba por activa, trabajadora, y como vulgarmente se dice, por mujer de su casa.

—Soy fea, es cierto,—se decia;—pero amen de que esta circunstancia me libra de infinitos disgustos, es una condicion que puede servirme de mucho.

Desde luego se agarró como tabla salvadora á esa triste pasion humana que se llama celos.

—Yo bien sé que mi cara no será del agrado de la señora,—decia cuando iba á vistas;—pero hasta ahora, me han preferido en muchas casas. Los hombres son muy caprichosos, y cuando una criada es guapa, como no falta la ocasion, hay siempre peligros... Unas veces el amo, otras el criado, otras los amigos... Yo doy gracias á Dios de que me haya hecho tan desgraciada por ese lado, así puedo servir honradamente y verme libre de asechanzas.

—Es verdad,—pensaban las amas de casa en quienes despertaba por lo menos la imaginacion una vaga sospecha.—¡Pero es tan fea!...—Y despues le decian: —Vuelva usted mañana, lo pensaré.

Al dia siguiente era admitida; y por este procedimiento llegó á los treinta y cinco, siempre ocupada y aumentando su capital que llegó á ser de ocho mil reales en una libreta de la Caja de Ahorros.

Omito pormenores que demostrarian hasta qué punto supo Manuela conseguir ventajas gracias á su gramática parda.

Tenia muchas amigas y todas eran guapas.

Estas la preferian como compañera en sus paseos, por la sencilla razon de que la fealdad de la amiga hacia resaltar su belleza; y además no tenian inconveniente en que fueran sus novios en su compañía.

De esta manera, unas veces como oscuro del claro, y otras porque ayudaba con su persona á salvar las apariencias, participaba Manuela de todas las diversiones, meriendas y regocijos de sus amigas y sus adoradores, y lograba á su gusto encender la discordia entre los novios, romper sus relaciones, reanudarlas y tener gran influencia en la esfera en que se movia.

Pero en el fondo sentia una gran mortificacion, su amor propio estaba profundamente herido y necesitaba á toda costa vengarse de las bellas, quitando el novio á la mas agraciada.

La víctima que eligió era una hermosa y honrada jóven de veintiseis á veintiocho años, que habia sido doncella en una casa en la que ella habia desempeñado las funciones de cocinera.

Remigia tenia dos debilidades, su familia y su guardaropa. Cuanto ganaba lo empleaba en enviar recursos á sus padres y en comprarse vestidos y adornos. Así es que no lograba ahorrar. Apesar de esto, su belleza, su buen corazon y su excelente conducta, le proporcionaron un novio, honrado carpintero, muy trabajador, muy juicioso y que habiendo querido con delirio á sus padres, ya difuntos, veía con buenos ojos el amor que la jóven profesaba á los suyos.

Las relaciones comenzaron cuando Remigia era compañera de Manuela en la misma casa, y en los primeros momentos, prestó á los jóvenes importantes servicios que le granjearon su afecto y su interés.

Cuando las dos se quedaban solas favorecia las clandestinas entrevistas de los enamorados y lo único que sentia era no poder acompañarlos en sus paseos domingueros. Ya se vé, cuando la una salia, tenia que quedarse la otra.

Remigia estaba muy contenta con sus amos y los amos estimaban á la jóven. Manuela logró que la despidiesen, confiando á sus señores en secreto las relaciones que sostenia con el carpintero y manifestándoles con hipócrita piedad, el temor que tenia de que se perdiese la pobre muchacha.

Los amos la exhortaron á dejar aquellas relaciones ó su servicio, Remigia optó por lo último y Manuela pudo desde entonces acompañar á los novios en sus paseos.

Hubo en aquellos amoríos lo que en todos, riñas, paces, dudas, confianza, y Manuela era siempre la que arreglaba las diferencias.

Como el carpintero ganaba poco y la doncella no ahorraba, veíanse obligados á aguardar mejores tiempos para casarse.

Siempre que esta conversacion salia á relucir, procuraba Manuela, sin herir á su amiga, hablar de su prevision y de sus ocho mil reales.

Remigia estuvo enferma tres semanas y con este motivo salió Manuela con el carpintero dos domingos.

—Háblale de mí,—le decia Remigia.

—No tengas cuidado,—contestaba su amiga,—aprovecharé el tiempo en recordarle lo mucho que vales.

Y en efecto, con maña le exponia los peligros de tomar por esposa á una mujer bonita, y por añadidura gastadora en adornos y trapos.

—No hallarás otra como ella,—le decia,—y estoy deseando que os caseis. Pero es preciso que tengas mucha calma y mucho ojo. Todos cuantos vean tu dicha, han de envidiártela; y si al menos pudieras establecerte y tener el taller en casa, menos malo. Así y todo, cuando fuera á la compra ó á cualquier recado, estarias con el alma en un hilo. Los hombres todos sois tan malos y á las bonitas ¡claro! les gusta que les regalen el oido. Pero en fin, ya se sabe lo que es ir á comprar, y puede calcularse si una mujer se entretiene ó no. Pero yéndote tú por la mañana al taller y estando allí trabaja que te trabaja todo el santo dia, has de pasar por fuerza malos ratos. ¿Qué hará ahora mi mujer? ¿Si habrá ido á verla algun amigo mio con cualquier pretexto? ¿Si le paseará la calle algun ladron de honras? ¡Ay, hijo! Como no tengas mucha filosofía, has de vivir en un contínuo infierno. Por supuesto sin razon, cavilaciones y nada mas, porque eso sí, Remigia es incapaz de faltarte por nada ni por nadie. Pero al mismo tiempo, tendrás que guardarla, que aunque una sea de mármol, hay moscones que andan al rededor un dia y otro dia y la ocasion por un lado, el capricho por otro, hacen perder el juicio á la mas santa. Y luego que dicen, y es verdad, nadie se libra de un mal cuarto de hora. En fin, tú no tienes motivos de alarmarte gracias á Dios; y eso que la aficion á trapos y á oropeles, ha perdido á mas de cuatro; pero en muchas ocasiones doy gracias al cielo porque me ha hecho tan fea como soy que con este defecto me libra de peligros y asechanzas.

Estas y otras reflexiones por el estilo, adornadas con el recuerdo de sus ocho mil reales, eran los buenos oficios que prestaba á su amiga.

Al mismo tiempo aconsejaba á Remigia que obligase á su novio á casarse con ella, toda vez que si no llevaba dote, tampoco le pedia regalo, y que la pobreza era la piedra de toque de los verdaderos afectos.

—Nada, nada... pon á prueba su cariño; dile que si no se casa contigo dentro de cuatro meses rompes con él.

—Pero mujer, si le quiero mas que á mi vida.

—Pues por lo mismo: si él es digno de tí, te complacerá; y si no te complace, le conoces y no pierdes el tiempo.

—Es que me moriria, si llegase á dudar de él.

—Pero como no te dará ocasion de dudar...

Al fin y al cabo la decidió á arrostrar la prueba.

Al mismo tiempo valiéndose de una tercera persona, hizo llegar á oidos del carpintero que le habia salido un novio rico á la Remigia y que esta, convencida de que no podia casarse con ella, le pediria que cuanto antes la llevase al altar, buscando en la necesaria negativa del jóven un pretexto para romper con él.

Salió todo como Manuela deseaba, y los novios riñeron en toda regla.

—¡Es un infame!—dijo él.

—¡Es una santa que no te la mereces!—exclamó la astuta doctora en gramática parda.

—¡Es un miserable!—sollozó ella.

—No lo creas; me he convencido de que te quiere de verdad,—le dijo á solas Manuela.

—Pues yo si él no viene á pedirme perdon, no vuelvo á hablarle.

—Harás bien.

—Como ella no me pruebe que no tiene otro novio y me pida perdon, no vuelvo ni á mirarla á la cara.

—Eso es lo que debes hacer.

Resúmen: pasaron dias, la mediadora ahondaba el abismo en vez de cerrarlo, y Remigia cayó en una profunda tristeza y su novio perdió el amor al trabajo y buscó un consuelo en la bebida.

Tan enferma se puso la jóven, que sus padres se la llevaron al pueblo.

Manuela, so pretexto de arreglar á los enamorados, paseaba con el carpintero, le obsequiaba con buenos cigarros, le daba dinero para que se divirtiera durante la semana, y procuraba cuando iban juntos que se embriagase á fin de despertar sus mas dormidas pasiones.

Logró por fin, Manuela, tener amante, y lo que es mas, lucirlo ante sus antiguas amigas.

Remigia llegó á saber la verdad y no pudiendo soportar tanta infamia, se encerró una noche en su cuarto con un brasero encendido y amaneció asfixiada.

Manuela abandonó el servicio, se fué á vivir con la víctima de su perfidia y en unos cuantos meses de francachelas se fueron los cuatrocientos duros que constituian sus ahorros.

—Me has arruinado,—dijo al carpintero,—y tienes que casarte conmigo.

Al oirla, el jóven ya envilecido por los vicios, la llenó de improperios; pero la gallega se lanzó á él como una furia, pudo arrojarle al suelo porque estaba bebido, y poniéndole una navaja al pecho:

—Jura,—le dijo,—que te casarás conmigo ó te mato.

El amante juró, y dos dias despues desapareció de Madrid, embarcándose para Cuba.

IV

Manuela, próxima á los cincuenta y sin un céntimo, comprendió que la pasion la habia cegado y resolvió tener calma de nuevo para seguir disfrutando de la vida.

En medio de su pobreza encontró dos armas poderosas para realizar sus designios.

Aunque habia sacado de la Caja de Ahorros todo su dinero, conservaba una libreta. Pretestando que la habia perdido, cumplió los requisitos que marcan los reglamentos de la Caja para obtener la duplicada y con ella retiró sus fondos del establecimiento.

—Por fortuna,—dijo á sus vecinas al verse abandonada,—aun conservo los medios de vivir con alguna decencia.

Les mostró la libreta y corrió la voz de que era rica.

Ocho mil reales es para un pobre una fortuna.

La otra arma que guardaba... ya la veremos á su tiempo.

—¡Yo he de casarme aun!—pensó la taimada.

El novio deseado se presentó: era un peon de albañil, de cincuenta y seis á cincuenta y ocho años, que viudo, con un hijo ya adulto, y sin trabajo, se decidió á darle su blanca mano, y esta sí que era blanca, pensando que con las dos mil pesetejas de su consorte podria asegurarse una buena vejez.

No era este el bello ideal de la pobre mujer, que habia guardado entre cenizas esa chispa que da vida y calor lo mismo al mas pulido marfil que al mas grosero barro; pero ya no podia detenerse á escoger.

La boda se celebró, y como ella era la rica, se impuso desde el primer momento á su marido y á su hijastro.

—Es verdad,—les dijo,—que yo tengo ocho mil reales, pero no hay que tocarlos hasta que el chico salga de quintas. Si yo me he casado contigo,—añadió encarándose á su hombre,—ha sido por afecto á tu hijo. Así, pues, á trabajar los dos para la casa, que harto hago yo con destinar mis ahorros á librar del servicio á este muchacho.

El padre agradeció aquella buena intencion; y en cuanto al chico, hasta le pareció encantadora su madrastra.

Manuela logró que el padre y el hijo tuvieran siempre trabajo: para ello puso en juego las relaciones de los amos en cuya casa habia servido.

Los dos debian entregarle el jornal los sábados, y mostrarse sumisos por añadidura. Al menor asomo de rebelion, sacaba del baul, cuya llave no soltaba jamás, la libreta y amenazaba con marcharse llevándose su capital.

—¡Qué diablo!—se decia el pobre albañil.—Es fea como un energúmeno y nos trata á zapatazos, ¡pero tambien si salva el chico de coger el chopo!... Nada, nada, hasta que se libre aguardaré... despues será otra cosa, y le pagaré con creces las palizas atrasadas que he dejado de darle.

Pasaron cinco años, el muchacho entró en quintas, sacó número alto y se libró.

—Ahora ya podemos vivir con mas desahogo,—dijo el albañil á su parienta.

—¿Piensas trabajar mas?

—Al contrario, ya estoy cansado y con ocho mil reales podemos poner alguna industria que nos dé de comer sin que yo con mis años me vea expuesto á caerme de un andamio.

—De ningun modo... á ese dinero no se toca... eres muy viejo, puedes morirte y entonces me vendrá de perilla.

A partir de esta conversacion, asaltó al pobre albañil como una pesadilla, una idea criminal.

—Yo me apoderaré de la libreta,—pensó,—la empeñaré y me daré antes de morir algun tiempo de buena vida.

Así lo hizo en efecto, aprovechando un descuido de su consorte. Una noche,

sábado por cierto, habia cenado bien, habia bebido mas de lo regular, y cayó profundamente dormida.

Su marido aguardó á que se durmiera tambien su hijo, sabia que su mujer ponia la llave del baul debajo de la almohada, y temblando pero resuelto, la sacó, abrió á tientas el cofre, encendió una cerilla, cogió la libreta, cerró, volvió la llave á su sitio, guardó cuidadosamente el producto de su hurto, y se acostó.

No pudo dormir; aunque aquello le pertenecia, al fin y al cabo habia cometido una mala accion, y era hombre de conciencia.

El domingo fué muy temprano á una casa de empeños.

—¿Podria usted darme algun dinero guardando en prenda esta libreta?—dijo al dueño del establecimiento.

—Se la ha encontrado usted,—le preguntó maliciosamente el prestamista.

—No señor,—contestó el albañil poniéndose colorado.

—¡Como está á nombre de una mujer!

—La mia.

—¡Ah! ya... Eso es otra cosa.

—Si quiere usted traeré la partida de casamiento.

—No señor, ¿usted sabe escribir?

—Muy mal, pero se entiende lo que escribo.

—¿Y cuánto quiere usted?

—¡Toma! Lo que usted pueda darme.

—¿Es empeñarla ó venderla lo que usted quiere?

—Lo que yo quiero es dinero.

—Pues entonces la venta es lo mas conveniente. Yo soy de los prestamistas mas honrados y equitativos, no cobro mas que un cinco por ciento de interés.

—No es mucho.

—Al mes.

—¡Ah! ¡Ya!

—Así y todo, podria usted tardar en desempeñar la libreta y le tiene mas cuenta que se la compre.

—Sea como usted dice.

—Le daré á usted por ella la mitad.

—¡Quiere usted callar!...

—Pues de no ser así, ya hemos hablado lo bastante.

—Pero hombre de Dios, la semana que viene puede usted realizarla, y en ocho dias ganar cuatro mil reales es una atrocidad.

—Pues gánelos usted.

—Tengo una urgencia, no avisé con oportunidad y por eso...

—Vaya, hombre, no me venga usted á mí con historias... Llevo cuarenta años viendo caras de pedigüeños y en cuanto oigo dos palabras ya sé del pié que cojea el que las dice. Si usted me vende la libreta es porque se la ha escamoteado á su mujer y aunque sabe usted que le costará una riña con ella, la arrostra usted con tal de disfrutar unos cuantos meses de holganza. Esto, suponiendo que sea verdad, lo que usted me ha contado y yo he creido, porque tiene usted cara de hombre de bien.

—Pues sí señor, es cierto,—balbuceó el albañil,—mi parienta es muy agarrada; teniendo dinero se empeña en que trabaje, comemos mal, vestimos peor, y yo me he dicho: que quieras ó no quieras, hemos de disfrutar de lo nuestro.

—Ya vé usted como dándole la mitad, me espongo á perder lo que le dé ó por lo menos á que su mujer de usted me arme un escándalo.

—Si tal hiciera, la daba una paliza.

—No señor, lo mejor es que se lleve usted la libreta y que me deje en paz.

—¿Con que no se alarga usted á los cinco mil?

—No doy un céntimo mas.

—¡Vaya!... Sea lo qué usted quiere.

—Aunque no me conviene este negocio, por complacer á usted...

—Ya está usted buen pez. Vengan, vengan esos dineros.

—Poco á poco, amiguito. En primer lugar necesito saber si la libreta es verdadera ó está falsificada.

—Me ofende usted.

—En los negocios no hay ofensa. Además tiene usted que firmar un documento en que declare, ante testigos que yo designaré, que me ha vendido usted la libreta en los ocho mil reales que representa, por órden y con expresa voluntad de su mujer.

—Lo que es eso no importa.

—Pero es que hasta mañana no puedo ir á enterarme á la Caja de Ahorros.

—Y yo necesito dinero hoy.

—Bien hombre, bien; le daré á usted á buena cuenta un par de duros y ma-

ñana por la tarde viene usted á firmar el documento y á llevarse los cuartos, si no hay algun tropiezo.

—¿Pero se queda usted con la libreta.

—Naturalmente.

—¿Y quién responde?

—Sin el contrato de venta ó el endoso, yo no puedo cobrarla. Aunque se la negara á usted, que eso no puede sospecharse de un hombre tan honrado como yo, con pedir un duplicado estaba usted al cabo de la calle.

—Tiene usted razon, vengan los cuarenta del pico y hasta mañana.

El albañil recogió los dos duros y al salir á la calle, sintió los primeros síntomas del arrepentimiento.

Para cobrar ánimos entró en una taberna y se regaló un par de copas.

—Si se ha enterado, me araña en cuanto me vea,—se dijo.

Antes de volver á su casa, buscó á su hijo; y al saber por él que *su tia,* así la llamaba el chico, habia ido á misa muy tranquila, se decidió á ir con él á su albergue.

Con efecto, Manuela no se habia apercibido del hurto.

Por la tarde se fueron á la Fuente de la Teja, merendaron y el albañil se tranquilizó un poco; pero tampoco pudo dormir.

—¡Cuando lo descubra será ella!—pensaba.

Toda la noche la pasó, tan pronto arrepintiéndose, como animándose á llevar á cabo su plan.

Al dia siguiente fué á ver al prestamista.

Este, habia preguntado en la Caja de Ahorros si la libreta era buena. Un empleado la examinó y declaró que en efecto habia sido expedida por la Caja.

—Aquí está ya el documento para que usted lo firme,—dijo el usurero al menestral,—y acto contínuo le entregaré el dinero.

El marido de Manuela se hizo leer el contrato y lo firmó.

Poco despues salió de la casa llevándose ciento noventa y ocho duros.

En vez de considerarse feliz, al verse en posesion de aquella cantidad, sentia que las monedas le abrasaban.

—He hecho mal,—pensaba,—he cometido una mala accion.

Desde aquel momento perdió la tranquilidad; y aunque para consolarse volvió al dia siguiente á casa del prestamista á deshacer el trato, al oir de sus lábios que no le convenia sino le daba cien duros por daños y perjuicios, resolvió no gastar un solo céntimo. La verdad es que comenzó á sufrir horriblemente.

El sueño huyó de sus ojos, le faltó el apetito, estaba taciturno, febril, y su mujer y su hijo conocieron que le sucedia algo extraordinario.

La misma observacion hicieron sus camaradas.

Llegó el sábado siguiente, y á poco de estar en su vivienda llamaron á la puerta.

—¿Quién es?—preguntó Manuela.

—Abra usted, buena mujer,—dijo un caballero,—soy el inspector de vigilancia del distrito.

Manuela abrió y penetraron en la estancia el caballero y dos guardias de órden público.

El albañil comenzó á temblar como un azogado.

—¿Qué se les ofrece á ustedes?

—¿No vive aquí Juan Sanchez?

—Sí, señor, es mi marido que está presente para servir á ustedes.

—Pues venimos por él.

—¿Por él?

—Sí, señora.

—¿Qué ha hecho?... ¡Habla tú, hombre! ¿Has tenido alguna riña?

—No, señora, no es por reñir por lo que vamos á llevarle preso... es por estafador...

—¡Él! ¿Pero qué te pasa? Habla, maldito, ¿has hecho alguna picardía?

—Ha vendido una libreta de la Caja de Ahorros, que ya estaba cobrada.

Oir esto Manuela, correr á su cofre, abrirlo, registrarle y comprender lo que pasaba, todo fué uno.

En aquel momento llegó el hijo del albañil y se enteró de lo que ocurria.

—Mi padre ha sido honrado toda su vida,—decia el muchacho.

—Lo ha sido y lo es,—dijo Manuela obedeciendo á una idea que le inspiró su gramática parda.—Esa libreta que ha vendido era mia y muy mia, yo misma se la he dado para que aunque perdiera algo, trajese dinero enseguida, y si alguien la ha cobrado ese será el estafador. ¡Pobre marido mio!—añadió dirigiéndose á él para abrazarle...—Vé, vé sin miedo con estos señores, que yo te sacaré enseguida y el juez y todo el mundo verá que á hombre de bien no te echa nadie la pata.

—Gracias, mujer,—le dijo en voz baja el pobre hombre.

—Trae el dinero que te han dado, tunante,—añadió ella en el mismo tono.

El albañil le dijo donde lo habia guardado y se dispuso á seguir al inspector,

—Vé tú con él, hijo mio,—le dijo Manuela,—y vuelve enseguida para que empecemos á dar pasos en su favor.

Cuando se quedó sola, corrió á buscar el dinero, y al hallarlo una sonrisa infernal iluminó su rostro.

—¡El que nace tonto!...—dijo, y sin acabar la frase, ocultó del mejor modo que pudo aquella cantidad.

Cuando volvió su hijastro se puso á llorar: y tal maña se dió, que el muchacho que estaba afligido, tuvo que dedicarse á consolarla.

—Lo que siento,—decia,—es que ya es tarde y mañana es domingo; hasta el lunes no podemos hacer nada por tu pobre padre.

Deseaba tiempo para buscar una solucion, y la suerte se puso de su lado.

El golpe que habia recibido su marido era terrible. La fiebre que le minaba, se convirtió en un ataque cerebral.

La misma noche de su arresto fué trasladado desde la cárcel á la sala de presos del Hospital, y cuantos esfuerzos hizo la ciencia para salvarle fueron inútiles. A las diez horas dejó de existir.

Esta inesperada solucion hizo variar de táctica á Manuela.

Llamada á declarar, aunque anegada en llanto, manifestó que su marido habia tenido un mal pensamiento, que demasiado sabia que el importe de la libreta habia sido cobrado con una duplicada, por haber estado algun tiempo extraviada la primitiva, y alegó en su favor para demostrar que el suceso la habia sorprendido, su repentina desaparicion al presentarse el inspector de vigilancia, motivada por el deseo de ver si estaba ó no en el baul la libreta, guardada como recuerdo de sus buenos tiempos.

La causa se sobreseyó: muerto el delincuente no habia medio de perseguir el delito. Pero esto no satisfizo al prestamista, buscó á Manuela, empleó todas sus mañas, y doctor en la ciencia en que comparada con él solo era bachillera la aprovechada gallega, logró sacarle la mitad de los doscientos duros á condicion de perdonarle el resto.

Con noventa y ocho duros no podia vivir mucho tiempo como era su deseo, y entonces resolvió quemar el último cartucho.

Ya era vieja y corria peligro de quedarse sola. Su hijastro era su única esperanza; con los ocho reales que ganaba podia mantenerla y hasta regalarla, pero lo mas natural era que buscase una media naranja y se fuera á otra parte con la música, es decir, con los monises.

Cuando desempeñaba las funciones de maritornes conoció á una paisana, tan paisana que era de su mismo pueblo, y por añadidura se llamaba como ella.

Un domingo que se reunieron para pasear, le contó que habia recibido de su pueblo una noticia triste.

El cura de la parroquia la habia escrito anunciándole la muerte de su único hermano, mayor que ella, y participándole que con este motivo doloroso heredaba la casa y el huerto de su familia. El buen eclesiástico añadia, que siendo la casa una de las mejores del pueblo, se habia presentado un indiano con deseo de comprarla, y que si ella queria podia alquilársela hasta tanto que regresase al pueblo y tomase una resolucion.

Hay, lo mismo en las populosas ciudades, que en las míseras aldeas, familias en las que se perpetúan ciertas enfermedades. En la de la paisana de Manuela, la tísis se desarrollaba como sus individuos y en lo mejor de la edad acababa con ellos.

Los padres de su amiga habian fallecido muy jóvenes, dejando á sus dos hijos con sus bienes, su enfermedad.

El hermano murió y la hermana, ya atacada tambien, no tardó mucho tiempo en seguirle.

Manuela la asistió en sus últimos momentos y heredó su ropa y sus cartas.

La del cura, le parecia que podia prestarle grandes servicios y la guardó con el mayor cuidado.

Un dia, al mes de haber muerto su padre en el Hospital, el hijastro se decidió á mudar de domicilio.

—No tiene gracia,—pensaba,—que lo que yo gano con el sudor de mi frente sirva para que se regale esa bruja. Está fuerte y puede trabajar, que se haga lavandera ó asistenta, ó que pida limosna. Ni es mi madre, ni cosa que lo valga.

Con estas ideas un domingo, se decidió á decírselas, y poco orador, como que era peon de albañil, comenzó con rodeos.

—Malos se van poniendo los tiempos, tia,—la dijo de pronto.

—¡Y tan malos!—refunfuñó Manuela.

—El dia menos pensado me quedo sin jornal, y aunque lo sienta por mí, mas lo sentiré por usted.

—Dios te pague la buena voluntad.

—Así es que convendria que fuese usted pensando...

—¿En tí, bribon? ¿Acaso no he pensado bastante? ¿Crees que ahora mismo no pienso?...

—Sí, lo creo, pero...

—Si me casé con tu padre, que esté en gloria, fué por tí, ya lo sabes...

—Usted lo ha dicho.

—Quise guardar mis ahorros para librarte de quintas.

—¡Pues diga usted que si caigo soldado me avío!

—¿Lo dices por la infamia que me han hecho sacando mi dinero con una superchería?

—¡Y tanto!

—Pero la intencion...

—Eso sí, la intencion era buena, al parecer.

—Todo por no haberme enseñado mis padres á leer y á escribir. Afortunadamente tú has aprendido.

—¡Cierto!

—Y con ese motivo, voy á darte á leer una carta que recibí hace algunos años y á hacerte una revelacion que hasta á tu mismo padre la oculté.

Y así diciendo, abrió su baul y sacó la famosa epístola de que he dado cuenta antes.

—Lee, hijo mio, lee en alta voz.

El mozo, no sin trabajo, descifró las palabras que habia trazado el cura.

Al saber que su... tia, como la llamaba, era propietaria de una casa y un huerto, se sintió avergonzado de haber querido abandonarla.

—Ya ves,—añadió Manuela limpiándose los ojos con una punta del delantal, —¡cuánta desgracia y cuánta fortuna!

—Pero esta carta es muy antigua.

—Desde que la escribió el señor cura, todo lo que hasta hoy han rentado mis bienes, lo ha ido depositando el indiano á quien se la alquilé en casa de un escribano del Concejo. Algun dia, me decia yo, tendré un hijo, el dinero se va volando, si lo recibo no trabajaré y lo mejor que puedo hacer es ir ahorrando la renta para la vejez. No es mucho lo que cobro, una onza al año; ya van once, con que ajusta la cuenta.

—¡Mire usted qué callado se lo tenia!

—El que no es previsor...

—Ya veo yo que sabe usted mas que Lepe, tia Manuela.

—Ahora voy á decirte lo que he hecho; el mismo dia que me casé con tu padre, escribí que era mi voluntad que hasta mi muerte pusiera el escribano á ré-

dito lo que fuera cobrando de alquiler, para que se entregara á la persona á quien yo dejase por heredero de todos mis bienes.

—¿Y qué ha pensado usted?

—¿No lo comprendes, tonto?... Un dia de estos, cuando podamos ahorrar algo, haré mi testamento y te nombraré á tí mi único heredero.

—Digo que es usted, tia, la mas buena de las mujeres.

—Solo te pido una cosa.

—¿Cuál?

—Que no me llames tia sino madre. Me parece que te doy pruebas de quererte como un hijo.

—¡Mucho que sí!—exclamó el chico conmovido.—Mas que madre es usted para mí,—y enjugándose con la manga de la chaqueta algunas lágrimas de gratitud que asomaron á sus ojos, añadió gimiendo:—¿Cómo cuánto valdrán el huerto y la casa?

—Figúrate, el cura dice y es verdad, que son de lo mejor del pueblo... ¡Para habitarla un indiano!...

—Eso pienso yo.

—Pon á la casa cincuenta onzas lo menos y tres ó cuatro al huerto.

—Cincuenta y cuatro y once, sesenta y cinco.

—Eso hoy por hoy, que luego cada año irá aumentando con la renta y el rédito. Si vivo diez años mas siquiera, de cien onzas no baja lo que cojes.

—Dios se lo pague á usted, tia... digo, madre.

—Por supuesto, que tendrás que ir allá.

—Eso no importa.

—Y otra cosa, hijo mio... mientras yo viva, es preciso que renuncies á casarte... Tienes veinte y cuatro años, diez mas para un hombre no es nada... Cuando yo estire la pata, no te faltará en mi tierra alguna moza que te lleve otro tanto, y con tres mil duritos...

—El caso es madre... que yo hablo hace tres meses con una chica, y la verdad, la quiero y pensaba casarme.

—Hazlo si quieres; pero te juro por quien soy que entonces dejo mi dinero para misas por mi alma.

—Bien está... la dejaré, y eso que francamente, la habia tomado ley. Pero lo que usted dice..... á los treinta y cuatro años aun tendré yo buen ver..... y con dinero...

No hablaron mas; pero desde aquel dia no hubo hijo verdadero mas solícito y cariñoso que aquel hijo de pega.

—Cuando me entregues tu jornal los sábados,—le dijo la Manuela,—guardaré yo cada semana dos realitos, y en cuanto se reuna lo preciso para pagar al escribano, iremos los dos juntos á hacer el testamento.

No habia duda.

El hijastro de la gallega, sino vaciló en permanecer soltero, luchó bastante antes de romper con su novia, y al fin y al cabo se decidió á confiarle lo que le habia dicho su madrastra, prometiéndole que si le esperaba, en cuanto se muriera y cogiese la herencia se casaria con ella.

Un año despues hizo Manuela el testamento en toda regla. Con la mayor serenidad declaró que dejaba todos sus bienes á su hijastro y no solo nombró al escribano que tenia su dinero, sino que describió con pelos y señales la casita y el huerto.

Todo le parecia poco al agraciado para atender, contemplar y hasta mimar á su generosa bienhechora.

Cuanto ganaba se lo entregaba; iba á la compra; por la noche, cuando volvia del trabajo, la ayudaba á hacer la cena; dormia en un mal jergon, para que ella se arrellanase sobre blando colchon de lana; la sacaba á paseo los dias de fiesta, y por atenderla, hasta descuidaba á su novia, que cansada de aquella vida le dejó al fin y se casó con otro.

En vez de ir á la taberna, compraba medio cuartillo y se lo bebia con la vieja.

Aquella union de madrastra é hijastro llamó la atencion de los vecinos, el dueño de una tienda de comestibles vió el testamento porque se le enseñó ella y desde entonces comenzó á llamarla señora Manuela.

Cundió la voz y no tardó en saberse en el barrio que era relativamente rica y que todo se lo dejaba á su hijastro.

No diez, sino quince años trascurrieron de este modo, durante los cuales la fea y vieja bachillera vivió como una reina.

En este tiempo gastó alegremente á escondidas de su heredero los ahorros que le habian quedado de la fechoría de su marido, y tomó en diversas ocasiones del tendero y de otras personas de la vecindad, hasta cuatro mil reales en pequeñas cantidades.

El chico, hecho ya un hombre, como que tenia treinta y nueve años, llegó á oficial, era muy diestro, ganaba buen jornal, y aun que deseaba tomar estado y

pasaba sus malos ratos en la soledad solteril, llevaba estas penalidades con paciencia, pensando que al fin y al cabo se resarciria.

Cada año que duraba la vieja era una onza mas.

V

Al fin y al cabo se murió de una pulmonía, y le hizo un entierro de tercera clase, que para un pobre era lo mismo que echar la casa por la ventana.

Pidió prestado algun dinero á cuenta de su herencia y lo gastó en la caja, en el carro, en la misa de cuerpo presente y en la sepultura.

Esta es la última prueba de cariño que dan con toda el alma los pobres á los séres queridos.

¿Pero qué le importaba aquel gasto, si iba á ser dueño de cuatro mil duros lo menos?

Los acreedores le presentaron los recibos firmados por testigos y con la cruz que usaba la Manuela como firma; y aunque sintió no haber sabido en vida aquellas picardihuelas, se las perdonó de buen grado.

Habló con el tendero, logró que recogiera todos los recibos y le declaró su único acreedor, pidiéndole además lo necesario para ir al pueblo á recoger la herencia.

—La gente de curia, y mas en los pueblos,—le dijo el tendero,—son muy listos, y si damos al que guarda el dinero de tu madrastra el tiempo necesario para reflexionar, nos arma un lio de mil diablos. Lo mejor es que yo te acompañe, caemos de improviso, el testamento canta, y si como deseas quieres quedarte allí, cobro lo que me debes, me pagas el viaje, y todos quedamos contentos.

¿Necesito contar cuál fué el resultado del viaje?

Ni habia tal escribano, ni tal casa, ni tal huerto, ni tales alquileres, ni réditos.

La casa á que aludia la carta del cura, estaba en poder de los herederos de la otra Manuela, que eran unos primos suyos por parte de madre; y el hijastro de la gallega y el tendero prestamista tuvieron que volverse corridos.

—¡Bribona! ¡Bribonaza!—exclamó el hijastro haciendo su epitafio.

A pesar de lo cual y gracias á su *gramática parda,* disfrutó en vida de todo, hasta del amor conyugal, hasta del amor filial, sin haber pagado á la naturaleza el terrible tributo de tan dulce afecto.

En cuanto á su heredero... todavía desquita cada semana de su jornal un duro para ir pagando al tendero los préstamos y el viaje.

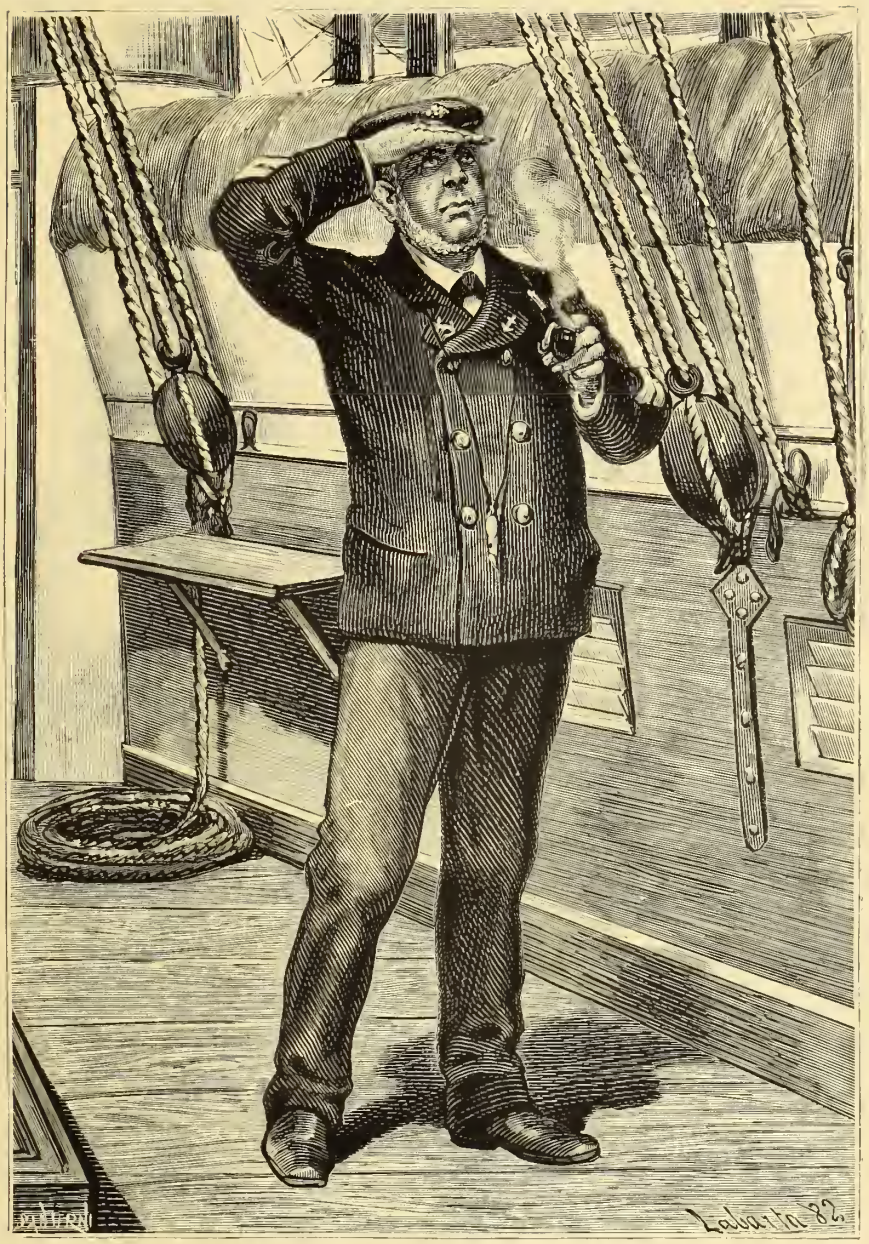
Su única ventaja, es que no aprendió la ciencia en que era maestra su tia; y como es hombre de bien, aunque desgraciado, no le falta trabajo, goza la estimacion de cuantos le conocen, y paga su culpa, la de haberse dejado engañar por ser codicioso.

EL CONTRAMAESTRE.

POR D. CESÁREO FERNANDEZ DURO.

Si alguna persona no familiarizada con los rumores de la playa abre el *Diccionario de la lengua castellana* deseosa de saber lo que *Contramaestre* significa, verá que es: «Oficial de mar que manda las maniobras del navío, y cuida de la marinería bajo las órdenes del oficial deguerra. *Navis, nautarumque subpræfectus.*» El *Diccionario marítimo español,* á seguida consultado, le informará además ser el *Contramaestre:* «Hombre de mar experto, examinado en su profesion y caracterizado en un rango superior á todas las clases de marinería, sobre la cual tiene una autoridad equivalente á la del sargento en la tropa.»

Si no satisfecha todavía acude á las ordenanzas y reglamentos de la marina militar, empeñada en investigar cuáles son en absoluto las funciones de este *oficial de mar,* de qué modo las desempeña, qué conocimientos abraza la pericia que debe acreditar en el exámen, sin dificultad averiguará que existe un cuerpo especial denominado de *Contramaestres de la Armada,* formado con aprendices navales, muchachos que cursan teórica y práctica en un buque-escuela del estado, y con otros hombres de mar que solicitan el ingreso y son aprobados en el referido



exámen. En este caso visten pantalon, chaleco, chaqueta ó levita, segun los casos, y gorra de paño azul, con botones dorados, de ancla; usan galones de oro en el antebrazo, que distinguen las categorías de tercero, segundo y primero; y cuelgan del cuello, pendiente de cordon negro de seda, un pito de plata de forma singular, de sonido muy agudo, que se modula con ciertos movimientos de la mano, y embarcan en los buques para hacer el servicio de instituto; los primeros contramaestres solo están por lo general en bajeles de gran porte, en que tienen á sus órdenes tres ó cuatro de las clases inferiores. En colectividad se nombran *oficiales de mar, de pito.* Respecto á las funciones se expresan muy pronto, con decir que el contramaestre dirige el cumplimiento de los mandatos superiores en la disposicion del buque y en las faenas que requieren su seguridad ó movimiento.

Tanto peor para la persona aludida si con estos datos elementales satisface la curiosidad; habrá formado vaga idea del cargo, no de la personalidad, que constituye uno de los tipos de mayor interés fisiológico y que ni se define por tanto con pocas palabras, ni es fácil con muchas, al menos para mí, bosquejarlo.

El contramaestre de nuestros dias viene á ser, en cierto modo, el último término de la série que empieza por el cómitre de las galeras de la Edad Media, que sigue con el guardian de nao en las armadas y flotas de Indias, que continúa con el contramaestre de navío en las escuadras distintivamente organizadas por Patiño y Ensenada; y solo en cierto modo digo, porque si bien tiene el actual con todos ellos el factor comun de clase; si es sucesor en el órden, léjos de multiplicar el valor de cada antecedente siguiendo la teoría matemática, está léjos de poseer el prestigio, la autoridad y sobre todo el saber que los anteriores gozaron y lucieron. Tanto como se diferenciaban la galera real, cubierta de oro y seda, dirigida por los hijos de los reyes ó la mas alta grandeza de España, é impulsada por la chusma, escoria de la sociedad, sin perder de vista en la navegacion la costa mediterránea; el enorme galeon, la nao de alto bordo, la carabela ligera, toscamente entablados, embadurnados de alquitran, surcando los mares en que los tripulantes intrépidos, por mas que libres, poco manejables, dibujaban en los mapas la figura de las Indias orientales y occidentales y el sembrado caprichoso de las islas que constituyen el llamado mundo marítimo entre unas y otras; tanto como tales embarcaciones se distinguieron á su tiempo del alteroso navío, magnífica representacion de la belleza y de la fuerza armonizadas, unidad táctica de la escuadra que habia de disputar en la mar el dominio de la tierra, tanto se apartan dentro de la generalidad de los hombres de mar, por especiales condiciones personales,

el cómitre, vestido de teleton y damasco, corriendo la crugía, dando el compás de la boga á son de pito y *mosqueando* con el corbacho ó la anguila las espaldas desnudas de los míseros forzados; el guardian afanoso por estivar bien y pronto los lingotes de plata y los tejuelos de oro extraidos de las minas del Perú y de Nueva-España con destino á la *Casa de Contratacion de las Indias* de Sevilla; el contramaestre discurriendo la manera de corregir, con la inclinacion de los palos y la variacion de los pesos de estiva, las *malas mañas* del navío en el gobierno, en el andar, en el balance y cabeceo. Examinando lo poco que nos dejaron escrito los antiguos de organizacion naval, se advierte como con el progreso de la construccion de las naves coinciden los de las reglas ideadas para manejarlas y dirigirlas de un punto á otro de la mar y la exigencia en los conocimientos y disciplina de los hombres que las tripulan. Ciñéndome al caso concreto del contramaestre, he de anotar lo que con un siglo de intérvalo dijeron el capitan Juan de Escalante, el doctor y almirante Diego García de Palacio y otro almirante anónimo, abrazando los reinados de Cárlos V á Felipe IV.

«El contramaestre es el cuarto de los cinco mandones de la nao y como lugarteniente del maestre, en cuya absencia representa su mesma persona en todos los casos y cosas que el maestre podia hacer estando en la nao, y todos los que fueren y estuvieren dentro de ella, fuera del capitan y piloto, están obligados á obedecerle en todo lo tocante á su oficio, sin le rebelar en cosa ninguna. Y á cargo del mesmo contramaestre es el aparejar la nao y estar y residir siempre en ella, guardándola y amparándola de todos los peligros é inconvenientes que en cualquiera manera le podrian subceder, y amarrándola y desamarrándola cuando y como conviniere, no rescibiendo ni dejando entrar dentro mas que lo que el maestre le mandare y ordenare, y avisándole siempre de todo lo que conviniere y fuere necesario para que su nao esteé mas segura y guardada, y dándole noticia de lo que en ella pasare, sin encubrir cosa que le importe saber, y haciéndolo así, cumplirá bien con su oficio.»

En la segunda época citada se dice:

«El contramaestre es oficio de importancia en esta república náutica: ha de ser persona de mucho trabajo y confianza, y que sepa leer y escribir, por si recibiere alguna cosa en el navío en ausencia del maestre. Gran marinero, y que de la mecánica de la mar sepa todo lo necesario, como dar carena, hacer cabrias, arbolar y desarbolar, y otro cualquier aparejo que se ofreciere arriba y abajo, porque si no lo sabe hacer, no lo sabrá mandar.»

Va esplicando despues lo que le incumbe en las maniobras, colocacion y cuidado de los pertrechos, amarras de la nao, distribucion y cargo de la marinería, y acaba encargando:

«Tendrá cuidado de salvar con su pito á la capitana, almiranta y demás navíos, á cada uno como le toca, y si no lo pudiera hacer por sotavento, sea por barlovento, que la cortesía por cualquiera parte es buena.»

«El guardian ha de ser hombre diligente, buen marinero, cuidadoso y de mucho trabajo; preside entre los grumetes y pajes, y como quien lidia con gente moza, ha de ser algo riguroso en castigarlos, porque le teman y obedezcan.»

Otro siglo adelante, al advenimiento de la dinastía borbónica en España, la armada, que habia llegado á lastimosa nulidad, se organizó por completo *á la francesa* rompiendo con los usos de antaño, creando el estado mayor ó cámara de popa de los bajeles y regimentando el servicio á bordo con deslinde de las diversas atribuciones. Entonces descendió el contramaestre desde la categoría de *mandon* ó jefe, á la de subordinado del último oficial, asimilada su clase á la de los sargentos primeros del ejército, aunque en el arreglo recibia de aumento muchas de las obligaciones que eran propias del antiguo maestre y se multiplicaban en consecuencia la responsabilidad y el trabajo del cargo. Por esto, porque no como quiera se desarraigan los hábitos adquiridos, y en razon á la importancia real y verdadera del oficio, contra el espíritu de la ordenanza vino la práctica consuetudinaria á crear jefatura efectiva para el contramaestre en la parte de proa, dividida ó segregada de la de popa en la organizacion, que recordaba la composicion en brazos del estado. Siguió, pues, siendo, la del contramaestre, persona de importancia en *la república náutica;* tuvo opcion á merecer grado, insignias y honores de oficial y jefe, hasta capitan de fragata, dentro de la clase, y la tradicion le conservó el derecho de ser denominado *nuestramo* (nuestro amo) por cuantos alberga la nave, de comandante á cocinero.

Sin otra alteracion trascurrió el siglo XVIII con los principios del que corre: el contramaestre á lo Felipe V asistió á los combates de San Vicente y Trafalgar; á la emancipacion de las colonias americanas; á la paralizacion de los trabajos de nuestros arsenales: á la miseria nacional protestada con la guerra de la Independencia, despues de la cual acarició la esperanza de renacimiento en era nueva. La era llegó en efecto, mas ¡cuán distinta de lo que se imaginaba! Las trasformaciones del material naval referidas, que la ciencia progresiva del ingeniero con inseguros pasos realizó en el espacio de cuatro siglos, fueron nada comparadas

con los efectos de su inventiva en los últimos cincuenta años. Un buen dia sustituyó á los cables de cáñamo de veinte á veinte y cuatro pulgadas de circunferencia con que los navíos se amarraban, exigiendo para su difícil y peligroso manejo *viradores, mojeles, boras, aforros, boyas, bitas,* y tiempo incalculable así para levar el ancla como para limpiar, secar y colocar el mismo cable en su lugar, la cadena de hierro engranada en el cabrestante, que con mayor seguridad, incomparable diligencia, manejo sencillo y costo inferior, llena el objeto del rígido mecanismo funicular.

Otro dia, los enormes toneles que llenaban la bodega destinados á contener poca y mal agua, cedieron una parte de su espacio á los aljibes de hierro que no obstante median mayor capacidad y conservaban al líquido las condiciones de trasparencia y salubridad. Despues lancha y botes colocados en el convés como cajas japonesas, uno dentro de otro, por resultado de faena larguísima necesitada de los cabrestantes y de todos los brazos del equipaje, tras de la preparacion especial de vergas y aparejos, tuvieron sitio respectivo en que se aseguran instantáneamente con los pescantes giratorios; y la aplicacion del vapor, tímidamente ensayada, fué cual varilla de hada cambiando de forma, de dimension, de objeto, no ya los pertrechos del buque, sino el buque mismo, de que llegó á señorearse dándole impulso y vida.

No hay que decir la impresion que en el contramaestre iban produciendo las innovaciones: era su especialidad la mecánica aplicada; su gala el vencer dificultades con escasos recursos; su mérito acudir á lo imprevisto con ingeniosísimos resortes de imaginacion, y paso á paso observaba que el velámen era relegado al puesto de auxiliar remoto; que las máquinas daban reposo á la inteligencia, y que el vapor, rotando la hélice, movia el timon, alimentaba la luz eléctrica, hacia potable el agua del mar, achicaba la sentina, cargaba y descargaba los objetos mas pesados y voluminosos, en una palabra, que maleando el hierro, con él forjaba vasos capaces de embarcar los mayores navíos de tres puentes que admiró en su tiempo, coraza con que revestirlos, cañones monstruosos que penetraban otras corazas, torpedos traidores y palos y cuerdas y todo lo que proveyeron antes los bosques, dando ocupacion al hacha del carpintero de ribera y al mallo del calafate.

Como las obras de Víctor Hugo no han llegado todavía á la camareta de proa, de los barcos españoles, no cabe en justicia calificar de plagiario á nuestro contramaestre al oirle exclamar con profunda amargura: *Esto matará aquello.* Su pers-

pícua observacion le enseña que donde hay maquinistas y máquinas, no podrá llamarse *nuestro amo* al que no las maneja ni las entiende, y aunque no sepa que la imprenta acabó con los pacientes calígrafos y los pintores que llenaban las hojas de los libros de horas de maravillosas miniaturas y letras de oro; que la fundicion eclipsó á los rejeros artistas de las catedrales, tiene aprendido que no hay salmones en el mar de las Antillas ni rabijuncos en el Mediterráneo. Prestemos atencion á la fórmula en que confidencialmente revela la filosofía de sus deducciones. Le está mostrando el condestable un cañon de nuevo invento acabado de instalar sobre el montaje, complicado mecanismo de ruedas dentadas, frenos, palancas y cigüeñales. Abierta la recámara por do entra el proyectil que llega por un canil fijo en los *baos* ó techo, pregunta:

—¿Qué piensa usted de todo esto, don Antonio?

—¿Qué diablos he de pensar? Que habiendo *hombres de vapor,* (1) es de esperar que lleguen á mandar los buques las mujeres.

—Dè todos modos siempre habrá contramaestres.

—¡Pues no! Ya los hay... con botitos de charol, que van á los cafés, leen *La Democracia,* arreglan la política y...

—¿Y qué?

—Y se marean.

Nuestramo Antonio tiene razon: si en lo sucesivo se conservan en los bajeles del estado funcionarios que toquen el pito y asuman el cargo y el nombre de contramaestres, en el espacio de una generacion conservarán todavía algo de las tradiciones y de la enseñanza de los genuinos contramaestres alquitranados; despues tendrán con ellos de comun el nombre. Esos marineros rudos, de inteligencia superior, de corazon de oro, se irán con las golondrinas de Becquer.

No por este juicio se sospeche que lo engendra el plurito, no raro, de estimar *que siempre lo pasado fué mejor,* nada de esto; ni pertenezco al número de los aferrados á la idea de la superioridad moral de nuestros abuelos, ni al de los que buenamente creen que los tataranietos han de tener una vértebra mas ó menos que nosotros. Admiro la catedral de Estrasburgo y el palacio de cristal de Lóndres: me gustan las aguas fuertes de Velazquez y los grabados en madera de Pannemacker; lo bello, lo bueno, lo grandioso, me cautivan cualquiera que sea la época de la factura y por tan *hombres* tengo á los vasallos de Salomon, como á los

(1) Así llaman los ingleses á unas maquinitas instaladas en la cubierta de los buques, que facilitan las faenas.

ciudadanos de la república una é indivisible de Danton, y á los súbditos de la graciosa majestad de Doña Victoria, reina de la Gran Bretaña y emperatriz de la India. Dándome á elegir, preferiria en viaje por tierra el ferro-carril á la mensajería acelerada, así como para visitar á Polinesia tomaria pasaje en vapor-correo que atravesara el canal de Suez, por mucha que fuera la elegancia y la poesía del velero *cliper* aparejado á montar el cabo de Buena Esperanza, cuanto mas una nao, fuera ella la carraca *Caca-fogo* de Portugal, con el príncipe de los contramaestres á bordo. La opinion concerniente á esta clase no es por tanto caprichosa; se funda en el estudio de una ley natural ineludible: como el francolin que habitába en las selvas del Manzanares cuando el segundo de los Felipes vino á fijar la córte á su sombra, se va el contramaestre viejo porque cambian las condiciones que lo formaron, ó si se quiere, el medio en que vivia: urge, pues, recoger los trozos mas salientes de la figura para que no se borre tambien de la memoria de las gentes.

—

Una playita de arena fina abrigada por rocas en que perpétuamente chocan las olas levantando penachos de blanquísima espuma: un promontorio en cuya cima resisten el ardiente soplo de la brisa las matas de taray, por la izquierda; por la derecha, á lo léjos, saliente punta que limita el perfil de la costa y que con el faro que sustenta guia al puerto contiguo las naves; al frente sin límite visible la mar, ora mansa, ora ondulosa, cuando no imponente por la fuerza y el ruido con que bate las piedras y se sube al promontorio mismo, forman el paisaje que al asomar la razon del niño que llamaremos Julian Chumacera, hiere la retina fijando su atencion.

En los primeros años ejercita este niño la vista, como las águilas, en discernir la gaviota de la vela allá en el horizonte, y el oido en dominar el estruendo del viento huracanado; mas tarde, con los piés en el agua, al registrar los senos de las rocas, hallando diversion en la captura de cangrejos y arranque de mejillones que al mismo tiempo le brindan desayuno, al paso que el ejercicio robustece los miembros y curten la piel el sol y el frio, la observacion continuada le enseña el fenómeno de las mareas y la fuerza de la resaca. Antes que distinga un buey de una cabra sabe diferenciar la direccion sueste de la noroeste, como al calamar del salmonete: mucho antes que el niño de la ciudad conozca el alfabeto, Julian, sin maestro, hace malla, da un *ballestrinque* (1) y se sube por un remo á la lancha varada en la arena.

(1) Cierto modo de amarrar una cuerda.

La educacion comienza despues, cuando luce los primeros calzones, hechos de una vela inservible de la embarcacion de su padre; empatar anzuelos, remendar redes, preparar carnada, desenredar el palangre, poner en canastas las sardinas, son ocupaciones preparatorias hasta el momento en que se le consiente embarcar en el bote, echar mano á la driza y achicar el agua. El dia en que por un momento y con recomendaciones se le entrega la caña del timon mientras los marineros arrizan la vela, y el que corre las seis millas de distancia hasta el puerto vecino, hacen época en su vida. En el segundo ha visto de cerca goletas, bergantines y fragatas que rebajan su querido bote á la categoría de cáscara de nuez y que con la altura de los palos despiertan la ambicion de salir hasta el extremo marcado por el movible cataviento. La idea bulle desde entonces en el cerebro de Julian al punto de hacerle desatender la corbina que pica en su aparejo: vocacion decidida. El padre espera no obstante á que cumpla los diez años, para instalarlo en el barco de cabotaje de un camarada, que conduce cada dos dias ladrillos, carbon y patatas, de puerto á puerto, y ya sea este barco falucho, tartana ó quechemarín, satisface por de pronto al aprendiz de hombre de mar, á cuyo cuidado le ponen la escoba, el lampazo y la hornilla del fogon, sin dejarle empero tocar por de pronto á la olla.

Por dicha, continuada otro año mas, le trae acceso á un buque de guerra que ha recalado por allí: Julian Chumacera con el título de paje y la racion de bizcocho ordinario, no se cambia por el arzobispo de Toledo. Allí sí que hay palos altos, botes hermosos, velas inmensas; y luego, qué gusto ver cómo se tienden sin mas que un trino del pito, y á otra pitada desaparecen por encanto, subiendo como hormigas, juntos los marineros á aferrarlas. Pues ¿y los cañones relucientes y las banderas y gallardetes, y la cámara con espejos y las charreteras de los oficiales? Verdad es que la recepcion que le disponen los otros pajes nada tiene de cariñosa acosándole á preguntas, soltando sobre él un chubasco de cuchufletas entre malas pasadas que le hacen caer de cabeza desde el coi ó descender sin gana por la escotilla de la despensa.

—Vamos á ver, Pastor,—le dice uno,—¿cuál de esos cabos es el chafaldete?

—¿A qué tocan?—dice otro en el momento en que el pito llama al basurero.

—¿De dónde habrá salido este animal de bellota,—exclama un tercero,—ignorando que á bordo no hay mas cuerdas que la de la campana y de la mecha?

—¡Si no conoce siquiera una salvachía!

—Pues ha de saber á lo que sabe un rebenque...

Julian lo aprende en efecto rascándose la parte mas carnosa de su cuerpo, pero no tarda mucho en estar al nivel de los nuevos camaradas, devolviendo broma por broma y golpe por golpe con satisfaccion del guardian, amigo de muchachos listos, por mas que de vez en cuando *amojele espeso* (1) en prueba de paternal solicitud hácia los educandos.

Aun en botánica hace progresos Julian, á costa de sus haberes, clasificando perfectamente la breva de Puerto Real, el higo de Lepe, naranja de Valencia, damasco de Chiclana, fresones de Ferrol, bergamotas de Vigo, en los estudios del litoral, que se ensanchan con el conocimiento de los dátiles de Berbería, guayabas de Canarias, plátanos de Puerto-Rico, chirimoyas de Méjico, aguacates de Venezuela, piñas de Cuba, nísperos del Japon, lechías de China, mangos de Luzon, lanzones de Mindanao, mangostanes de Joló, simples que le llevan á considerar los compuestos del zumo de la uva y de la caña de azúcar, cual se encuentra en Jerez, en Jamaica ó en Pisco.

Pasando por las plazas de grumete, juanetero y ayudante de timonel, á los veinte años llega á ser Chumacera un excelente marinero, estimado de sus superiores: con todo, ¡instabilidad de los juicios humanos! no está contento. Por evolucion de las ideas piensa que desde los barcos del Rey se vé léjos la tierra. La tierra, donde se dan todas aquellas cosas dichas y otras de que no hay que decir sino que á Julian no le disgustan. Solicita en consecuencia la dejacion del servicio para ofrecerlo voluntario á la navegacion mercantil mas ó menos lícita. El destino de la nave le tiene sin cuidado, el riesgo y el trabajo no le preocupan, lo esencial es correr mundo, y lo corre.

Es de consignar que los grandes espectáculos de la naturaleza no le impresionan mucho: cualquiera diria que el humeante penacho del Etna, los *fjords* de Noruega, el panorama de Funchal, el rio de Canton, le eran de mucho antes conocidos, tal es la indiferencia con que los mira; una *caza do pasto* en Lisboa, un *cofijans* (Cofee-House) en *Lievrepul* (Liverpool) despiertan preferentemente su atencion, no descuidada ciertamente en los atractivos de las hotentotas del Cabo, de las robustas y coloradas hijas del Eskalda, de las mulatas de Rio-Janeiro ó de las cholitas del Callao. Pasa un año de pesada navegacion que le produce seis onzas, seis dias de gran vida en tierra por desquite: quedando resto suficiente con que comprar tabaco, jabon, agujas é hilo, todo va bien: vuelta á empezar.

(1) *Amojelar*, de *mojel*, especie de trenza de cáñamo que servia para sujetar el cable con el virador, muy apropósito para sentar las costuras del pantalon de los muchachos con alguna desazon del individuo.

¡Cuántas hojas podrian llenarse con los episodios de la vida del marinero! Aquí no hacen al caso mas que los de transicion, así el lector curioso ha de buscarlos en otra parte, contentándose con saber que por causa de guerra con el inglés, la convocatoria de la matrícula llama otra vez al servicio de S. M. á Julian Chumacera, hijo de otro y de Manuela Matapon, licenciado de primera campaña voluntaria. La noticia llegó oportunamente, hallándole con tres dedos magullados, sin ocupacion y con la última peseta en el bolsillo.

En la segunda campaña obtiene las plazas de artillero de mar, gaviero, timonel, patron de la lancha, cabo de guardia, las principales á bordo; es hombre de confianza, el ojo derecho del contramaestre; y á resultas de un combate en que salta el primero al abordaje del enemigo, formada la tripulacion de popa á proa, despues de tocar los pitos á silencio, haciendo el comandante relacion de su mérito, que ha llegado á noticia del general de la escuadra, le pone por su mano el distintivo de oficial de mar, premio de la aptitud y la bravura. Allí acabó la perspectiva de futuras expediciones en embarcacion *marchante:* ha empuñado la caña de Indias, símbolo real de la autoridad que le perpetúa en el servicio naval militar.

Pasan, no obstante, muchos años antes de llegar á primer contramaestre ó contramaestre por antonomasia; cambia el petate desde la goleta á la fragata, gasta las macetas de aforrar en los talleres de recorrida de los arsenales y al recibir el nombramiento tiene el cabello gris y algunas cicatrices en el cuerpo. De alegre, decidor y bullanguero se ha tornado grave y poco comunicativo; sábese que en varias ocasiones ha salvado con inminente peligro de su vida la de media docena de personas, pero no hay que hablarle de esto ni hacer alusion á sus acciones de mar ó guerra. Las preguntas le ponen de mal humor y las elude bruscamente.

—Nuestramo Julian, ¿ha estado usted en Liorna?

—Sí.

—¿Qué hay allí de notable?

—Lo que en todas partes.

—¿Hace muchos años que empezó usted á navegar?

—He roido alguna galleta desde entonces.

El medio seguro de obligarle á referir algo es tildar á nuestramo Baltasar, nuestramo Pepe, el tuerto, cualquiera de los que le han servido de maestros; entonces encolerizado, perjurando que solamente de algun animal de alcatraz ó ma-

rinero del Papa procede la calumnia, explicará cómo dirigieron tal faena, cómo salieron de un trance, acabando por asegurar que no existe en la armada contramaestre que le descalce los zapatos. Los marineros predilectos conocen perfectamente el resorte, que no dejan de tocar cuando conviene.

Algunos ejemplares del tipo suele haber corpulentos, por excepcion: en general el contramaestre es enjuto, ágil, sanguíneo y nervioso; limpio en la persona, desaliñado y caprichoso en el traje, refractario á las prescripciones de la uniformidad. Nunca parece tan satisfecho como en los aguaceros de mar en que le es permitido subir á la cubierta con botas hasta la rodilla muy bien ensebadas, impermeable de lona que trasciende el aceite de linaza, y *sueste* (1) de lo mismo, que le presta apariencia de mascaron de la Edad Media. Cuando se hizo reglamentaria la levita, exclamaba un nuestramo mirando los faldones:—*Al mismísimo diablo no se le antojara aparejar urca de mi porte con alas y arrastraderas.*

En el teatro de sus funciones han de verse mejor que en conjunto de relacion los especiales rasgos de carácter, por lo que conviene seguir las vicisitudes de Julian Chumacera, elegido *contramaestre de cargo* del navío de setenta y cuatro cañones *Aquilon* (tambien tipo), que va á lanzarse al agua en el arsenal de Cartagena.

Las ratas y el contramaestre son los primeros habitantes que embarcan en bajel nuevo: aquellas sin órden de la Mayoría General del Departamento. Llámase *de cargo* el dicho contramaestre, porque al suyo y bajo responsabilidad personal empiezan á ponerse desde el momento los géneros, pertrechos y objetos diversos que han de contribuir á que el vaso de madera constituya habitacion para quinientos hombres, almacen de los víveres y agua, suficientes á alimentarlos durante el trascurso de tres meses, fortaleza en que montar poderosa artillería, pólvora, proyectiles y artificios de fuego, en cantidad de bastar á todo evento, palos, vergas, jarcias y velas de uso, que vienen á ser medio en que obra el viento como propulsor, dobles juegos de respeto, herramientas, materiales, un mundo en fin, ya que á un mundo en pequeña proporcion asemeja la majestuosa construccion destinada á prolongar por todo el ámbito del Océano el territorio de la pátria, mostrando su bandera.

Puestos uno al lado del otro estos objetos ocuparian seguramente la superficie entera de la plaza mayor de cualquiera de nuestras ciudades; á bordo se colocan metódicamente con tal órden y disposicion que todos y cualquiera de ellos se en-

(1) *Sueste*, casquete con una cola por la espalda para que escurra el agua.

cuentran á mano en el instante en que hacen falta, sorprendiendo el sistema á las mujeres mas hacendosas y hábiles en menaje, que no aciertan á comprender, por confesion propia, cómo en tan poco espacio caben tantas cosas.

Todas no pertenecen al cuidado exclusivo del contramaestre; el condestable y el maestre de víveres comparten con él la responsabilidad de custodia y consumo de las que pertenecen á sus oficios; mas el primero las embarca y emplaza pasando ya á bordo á la dependencia respectiva y quedando en la suya las tres cuartas partes del total. El *pliego de cargo,* así denominado aunque tenga mas volúmen que el Diccionario de la Lengua, empieza expresando:

Un buque con:

Tres palos machos y bauprés.

Un timon con:

Cinco machos de bronce.

Cuatro hembras de bronce en el codaste.

Y por este órden sigue especificando hasta concluir con: Tantas docenas de agujas de coser velas.

La cuenta corriente de este inmenso almacen de objetos que se gastan ó se rompen y se reemplazan, intervenida y ordenada por el contador y segundo comandante ocupan mucha parte del tiempo al contramaestre que aunque sabe leer casi de corrido y escribir algo mas que su nombre, no es muy experto en las operaciones aritméticas; tiene que fiar la redaccion de los documentos de descargo al escribiente del detall y la materialidad al *pañolero,* especie de guarda-almacen, que es marinero de su hechura; pero ni se equivoca en las cuentas, ni por rareza se ha dado caso de que en entrega ó recuento haya salido alcanzado contramaestre alguno, antes bien le sobran en cantidad numérica los efectos, y en especie aparecen varios que no han salido del arsenal ni se sabe cómo vinieron á bordo.

Los primeros cien hombres destinados al *Aquilon,* obedecen las indicaciones de nuestramo Julian, que observa cuidadosamente la disposicion de cada uno cambiándolos de comision y de sitio; vigila sobre todo á los que disponen las jarcias muertas que han de asegurar los palos, descubriendo en pocos dias cuál es marinero y cuál promete serlo: los primeros conquistan su predileccion, estos su benevolencia; cuando se hagan las propuestas de plazas preferentes tienen en él *padrino,* experimentándolo el dia en que el navío sale del arsenal al puerto completamente armado, en disposicion de atender á la organizacion disciplinaria y de dar la última mano á la de policía.

Es momento crítico en que nuestramo Chumacera fija sólidamente las bases del servicio por el sencillísimo procedimiento que sigue. Se trata, por ejemplo, de barrer la cubierta, operacion nada complicada. Nuestramo tiene designados desde que se montó la guardia once hombres al efecto y ordena al pañolero que no saque mas que diez escobas. Puesto al lado de estas, da el toque de pito que manda la operacion y como necesariamente queda sin escoba uno de los hombres, le aplica buenamente dos cañazos en parte blanda y un discurso esplicando que gran virtud es la diligencia en un navío de setenta y cuatro cañones. A la media hora se ofrece embarcar un bote, aferrar los toldos ó cualquier acto ordinario, y teniendo cuenta con el último que llega en cada caso, le aplica los dos cañazos y el discurso sentencioso. Con ocho dias de repeticion seguida y una de tarde en tarde, cuando menos se piensa, se tiene una tripulacion ejemplar. Es probado. Comunicó esta receta, con la vénia del comandante, á un alto magistrado de la córte que pasó en comision á Cartagena á estudiar las modificaciones que debieran aplicarse á los preceptos severos de las ordenanzas militares, y que se asombraba viendo que al toque de pito salian los hombres cual si llevaran detrás un toro de seis años.

Al señor Golilla se le hizo novedad le contaran que mas ofende al marinero palabra mala de oficial que cañazo de contramaestre, atendiendo á que la autoridad de aquel, originada de un Real Despacho, se impone por la fuerza y temor de la ordenanza, mientras la de este se admite como natural y necesaria y viene por procedencia tradicional de otro marinero de orígen á constituir superioridad patriarcal. La primera reviste contínua tirantez, la segunda se dulcifica por el consejo, la enseñanza y la solicitud. El oficial se mantiene dentro de las barreras del servicio; el contramaestre va á la cama del enfermo, se vale de mil medios que mejoren el plato del sano; le da un cigarro, sabiendo que no lo tiene. Mediador entre las clases extremas, es parte en los beneficios que alcanzan á la inferior; propone los ascensos, disculpa las faltas tolerables, infunde así en ella respeto amoroso, que en el concepto del magisterio se extiende hasta el guardia-marina, jóven aturdido, poco respetuoso de suyo: alcanza la atencion del oficial mismo y la consideracion del comandante. Cuando éste llama un individuo, se acercará sumiso con la gorra en la mano; llamándolo el contramaestre gritará: *¡Mande!* antes de aproximarse, y oyéndole decir: *¡Haber uno!* una docena procurarán con diligencia anticiparse.

Organizado el servicio y establecida la marcha normal, no se prodiga en la

cubierta nuestramo; desciende al cuarto piso del *Aquilon,* ó sea al sollado, donde por privilegio de clase goza la posesion en la misma proa de un camarote de seccion triangular que mide siete piés en el mayor lado: la luz natural no penetra allí jamás directamente; el aire llega á través de mangueras; la temperatura estando entre trópicos, asciende á 30 y 40 grados centígrados, á lo que hay que agregar por la proximidad del pañol, el perfume mezclado de sebo, alquitran y cucaracha. En el interior del camarote campea como adorno principal un cuadrito bien con la imágen del Santo Cristo de Candás, Cristo tan marinero que fué pescado en la mar con red, bien con la de Nuestra Señora del Mar, de Almería, la de Santa María del Socós, bendita monja que tenia permiso para pasear sobre el Mediterráneo y cogia debajo del brazo un bergantin si lo veía en peligro de zozobrar, ó la de otro santo patrono, siempre que pertenezca á la seccion marítima de la córte celestial. Chumacera es cristiano con pura y hermosa fé y aunque de vez en cuando se le escape un terno (los sabe en todas las lenguas del universo), sin blasonar de mogigato da en el corazon ferviente culto á María, estrella de la mar. Medrado estaria el grumete de último número que al pasar lista en la guardia de noche, olvidara el: *¡Viva la Virgen!* Al naufragar en la fragata *Preciosa,* Julian hizo voto á Nuestra Señora de una fragatita empavesada, que fué á colgar por su mano del techo de la iglesia de Begoña. Cuando el huracan le arrancó de la cubierta de la corbeta *Topacio,* sobre la isla Aneyada, ofreció tambien á su protectora una misa, que oyó en la iglesia del Cármen, de Cádiz, marchando descalzo desde el muelle llevando á hombros con sus compañeros la verga de trinquete.

No hay otro adorno en el camarote; una taquilla de pino guarda el pliego de cargo con el guarda-ropa, que no es de príncipe; y un caneco de ginebra ó de aguardiente de caña, como preservativo contra el reuma. Un *chinguirito* por la mañana neutraliza la humedad del baldeo y otro de plus café *aprieta* la digestion. Mas de cuatro ayudan con buen ánimo al contramaestre á darle un tiento al frasco en dias de temporal en que manda sacarlo á plaza. Penden de sendos clavos las botas y el impermeable, ocupando el mayor espacio la litera con colchoneta y almohada; sábanas no gasta nuestramo, ni le hacen falta pues que no se desnuda: es máxima suya que así como nadie conoce el momento de dar la vela para el otro mundo, el marinero no sabe tampoco la hora en que le llamarán y hay que estar siempre apercibido á una y otra cosa.

En esto de sentencias y refranes es Chumacera, como Sancho, saco sin fondo, salvo que los de nuestramo son embreados, como el lenguaje figurado que usa.

—¿Qué haces ahí?—pregunta á un grumete que encuentra al paso.

—Pues nada, nuestramo, esperando que toquen *á tomar los medios.*

—*Salta como gallina muerta,* mamalon. ¿A quién se le ocurre sentarse sobre un moton que está trabajando? «Nunca te fies de mujer que se calla, ni de moton que se queja.»

—Te voy á *amurar el foque,* socairero,—grita á otro que sorprende durmiendo la siesta en la mesa de guarnicion.—Ya podias saber que «camastron que se duerme se lo lleva la corriente.»

A puesta de sol sube ordinariamente Chumacera al castillo de proa á dar un vistazo general al aparejo y oir el parte de los gavieros que han verificado la descubierta; les da las instrucciones para el dia siguiente; ordena el reparo de cualquier desperfecto; enciende el cigarro y entonces, si está de buen humor, es la ocasion de hacerle hablar. Tan perdida tiene la aficion á la tierra que no baja nunca, á no estar en el arsenal ó en costa inhabitada, que en este caso no dejará de ir á ver si hay algo que pueda servir á bordo y no tenga dueño, porque nuestramo es una hormiguita. En otros casos dice que en tierra no se le ha perdido nada.

Cuéntase, por lo de guardar, que yendo en el *Aquilon* el virey de Nueva-España con su familia y acompañamiento, se antojó á la vireina distraer la monotonía de la navegacion celebrando la fiesta de la Vírgen con solemne funcion improvisada: queria vestir una imágen que por encargo se llevaba á Veracruz y lo hizo con trajes suyos, pero estando los cofres de los mas ricos en la bodega y no teniendo á mano con qué hacer el manto, acudió al comandante del navío, que no sabia qué contestar á la exigencia.—Que llamen al contramaestre,—dijo, por decir algo, y al presentarse en la puerta de la cámara:—Nuestramo,—añadió, —hace falta un manto para la Vírgen.—Chumacera estuvo un momento bajo la misma impresion que su jefe.—¡Un manto para la Vírgen!—repetia; de pronto soltó la frase usual:—¡Está muy bien!—y á los diez minutos volvió con dos varas de tisú, de verdadero tisú de plata. ¿Cómo poseía el pañol género tan preciado? A las preguntas reiteradas contó el buen Julian que habiendo logrado apagar el incendio de una urca dinamarquesa, le convidó á comer el capitan, á tiempo que estaban reconociendo los géneros averiados, y habiendo salido una pieza de tisú quemada por el lado, de modo que solo se podian aprovechar los retazos, el dicho capitan le regaló aquellos dos.

—¿Y para qué le iban á servir á usted?—preguntó el comandante.

—Para esto,—contestó con aplomo.

—Tiene razon, para esto; para el manto de la Vírgen,—exclamaron riendo los vireyes.

Nuestramo Julian regresó á su camarote haciendo letanías de los caprichos de las mujeres. Ignoro si en algun tiempo le dieron que sentir; lo que á bordo saben todos, es que mentarlas á nuestramo equivale á nombrar la cuerda en casa del ahorcado: la andanada de improperios que suelta no tiene fin ni cabo:—«Mujer, viento y ventura, pronto se muda.»—«¡Benditas sean ellas... en escabeche!»

La injusticia del solteron contramaestre se hace patente en el hecho de deber á una mujer la charretera. Escribiendo á la córte la vireina los acontecimientos del viaje, refiere el lance del manto de la Vírgen, que abultado y embellecido por los comentadores llega á oidos del ministro de Marina. Pídense de resultas los antecedentes del individuo, se presenta larga hoja de servicios sin tacha, recomendaciones y propuestas traspapeladas y extendido el despacho real, Julian asciende á don Julian, con alborozo de sus paniaguados.

Vuelve el *Aquilon* por entonces la proa al Oriente en demanda de la península ibérica, y cortando el meridiano de las islas Bermudas, el viento calmoso empieza á inclinarse al norte, por cuya direccion está fosco el horizonte.

—Eh, nuestramo,—interpela el oficial de guardia,—¿qué opina usted del tiempo? El barómetro no indica variacion notable.

—¡Hum! No entiendo de barómetros; lo que tengo aprendido es que por estos sitios: «A norte nuevo y á sur viejo, no les fies el pellejo.»

La exactitud del adagio no tarda en confirmarse; antes de una hora reina deshecho temporal. *¡Qué ventanía!* El navío *no cabe en la mar*. Se oye por las baterías la voz de *todo el mundo arriba;* el comandante toma la voz de mando, que es el caso en que hace oir su pito el contramaestre; se reduce el velámen, nuevas trincas sujetan á la artillería; corre el bajel con espantosa celeridad con sola la vela de trinquete y sucede un momento de reposo que aprovechan los marineros guareciéndose debajo del castillo.

—Esto se llama andar,—dice uno.

—A este paso no tardaremos efectivamente, en ver á Cabo Priosiño, ¿pero aguantará el trinquete?

—¿No ha de aguantar? Tres cosas hay de resistencia incalculable; palo de punta, vela en viento y mujer de...

—¡Eh! ¿Quién rebuzna ahí bajo?—interrumpe nuestramo Chumacera.—Vivo

á subir del pañol dos betas nuevas de á siete. Rubito,—prosigue, dirigiéndose á un medio mulato del condado de Niebla, gran marinero,—vas á coserme un brazalote á esa verga que está trabajando mas de su obligacion. Ayúdale tú, Chato, y cuidadito, hijos mios, agarrarse.

Los dos aludidos ven que se trata de jugar la vida á cara ó cruz; no vacilan, sin embargo, subiendo por la jarcia con la celeridad que la fuerza del viento consiente. Llegados al penol ó extremo de la verga, un horrible crujido esteriliza su voluntad, verga y vela se han hecho pedazos con que el ventarron azota á la cubierta, y no es esto lo peor, sino que atravesado el barco, los golpes de mar destrozan la obra muerta, arrancan de su sitio á las embarcaciones y con ellas arrastran unos cuantos hombres desdichados. Se tronca el mastelero de gavia abatiendo tras sí los mastelerillos de los otros palos; cae todo en el navío en confuso monton que embaraza el paso y en el balanceo magulla y hiere. Aquí es donde ha de notarse la sangre fria de Chumacera.

—¡Ea, muchachos, no hay que aturdirse, vengan hachas! ¡Tú, Edreira, pica aquel estay; Villajoyosa, salta á la batayola y záfame la burda; aquí diez hombres! ¡Talla, talla, talla, bueno; ya está en el agua el principal estorbo! Ahora, aclararme la cubierta.

En los dias de sol y brisa no se vé ni se oye al contramaestre; ahora no se aparta del palo mayor mas que para ir al de trinquete; ni duerme ni come mas que lo que allí le llevan. Roñoso de una filástica en lo ordinario, prodiga lo mejorcito del pañol, hachotes de cera, cabullería nueva, roldanas de bronce; que le pregunten para lo que sirve guardar las cosas. Cuando vuelve Julian al camarote, habiendo agotado el repertorio de las palabras mas dulces, repartidas á los marineros con el contenido del consabido caneco, del temporal no queda mas que la nota del cuadernillo de bitácora y el navío, bien con los masteleros de respeto, ó con bandolas, si la avería fué mas gruesa, navega seguramente. No ha omitido tampoco asistir al lado del capellan, al rezar el responso por los que se borran de la listilla de raciones.

«A mal tiempo, buena cara.» Aprovecha la ocasion explicando en los dias sucesivos á sus ahijados lo que pudiera suceder si en lugar de partirse la verga hubiera faltado el palo y cómo se remediaria este ó el otro accidente; explana el panegírico del Chato y el Rubito que tuvieron la sepultura del marinero cumpliendo como buenos; se hace expansivo, hasta el caso fenomenal de referir alguna de sus ocurrencias.

—Vamos á ver. ¿á que no acertais la mas rara de las expediciones á que yo he asistido?

—Cuente usted, nuestramo.

—Advierto que no hay cañonazos, ni tierras nuevas, ni naufragio, ni salvamento.

—¿Pues qué puede ser?

—La expedicion de la vacuna.

—¿Qué es eso de vacuna?

—Ahí vereis. Salimos de Cádiz llevando á bordo unos cuantos niños con un doctor, que se entretenia en irlos vacunando. En Canarias embarcamos veinte ó treinta muchachos mas con sus correspondientes niñeras: mas que fragata parecia aquello una casa-cuna flotante. Pues así, de brazo á brazo, llegó á Puerto-Rico la vacuna fresca y se propagó por toda la isla. Luego fuimos al continente, luego á Filipinas, y en todas partes nos recibian con campanas y cohetes.

—¿Y para eso solo iba una fragata con tanta gente y gastos? ¿No se podia enviar la vacuna por el correo?

—¡Ah cernícalo! ¡Cómo se conoce que no has aprendido el cuento del huevo de Colon! La expedicion, repito, es de las notables que ha enviado la nacion española, aunque no ande en boca de muchos, y el nombre del doctor, que era don Francisco Balmis, está escrito en el rol de los hombres benéficos.

Nuestramo calló la parte que tuvo en la empresa, haciendo embarcaderos donde no los habia, y preparando el buque para una mision tan agena á su instituto. Les encareció en cambio la inteligencia de otros contramaestres en casos de varada en que es preciso suspender el peso de cuatro ó cinco mil toneladas y discurrir la manera; y cuando perdido el bajel, se han de salvar los pesados objetos sumergidos en el fondo. Les refirió lo ocurrido á los holandeses en el cabo de Buena Esperanza, donde habiéndose hundido en parte la grada en que acababan de construir una fragata, se quebrantó y quedó como clavada, de forma que iban á desbaratarla, al arribar allí un contramaestre que ideó forma de lanzarla al agua. (1) Les entretuvo con la ocurrencia del arquitecto Fontana, aterrado ante la perspectiva de su descrédito en el fracaso de elevacion del obelisco egipcio en la plaza de San Pedro en Roma. Sabido es que por una pulgada no alcanzaba el monolito á montar la base, y que el bando publicado por órden del papa Sixto V conminando con pena de la vida al que hablara, mantenia á los espectadores en profun-

(1) Histórico.

do silencio. Uno gritó, sin embargo: *¡Agua á las cuerdas!* Recurso que no se le hubiera ocurrido al fontanero Fontana y que vino á salvar su reputacion; la contraccion del cáñamo humedecido bastó á poner en su sitio el obelisco. Se buscó inútilmente al autor de la idea, que habia escurrido el bulto temeroso de la ejecucion del bando; con todo, llegó á descubrirse que era un contramaestre de la costa. Por final de sesion contó don Julian la faena de subir la famosa campana de Toledo que, por menos conocida apuntaré yo en extracto, omitiendo pormenores técnicos aunque desaparezca el gracejo con que nuestramo excitaba la hilaridad de los marineros describiendo escenas tan interesantes como las de los señores del cabildo catedral que oyendo al contramaestre ser necesaria una *pluma,* se la presentaron de ganso y como rectificara, explicando que lo que queria eran *perchas,* al punto le mandaron llevar las que sirven para colgar la ropa.

La campana de referencia se fundió el año de 1753 por órden del infante cardenal, don Luis de Borbon, arzobispo de Toledo, con encargo de obtenerla con el mayor primor y hermosura, sin atencion al coste. Pesó 1.543 arrobas aparte del badajo, que resultó de 1.400 libras de metal. Para elevarla fué desde Cartagena el contramaestre alférez de fragata don Manuel Perez, acompañado de tres guardianes de navío y veinte y dos marineros. Llevó en carros, caballería y cuadernales, que pesaban 1.451 arrobas y cuyo trasporte ida y vuelta, costó 31.114 reales, y el dia 30 de setiembre de 1755 la dejó segura en su sitio, habiéndola entrado por la ventana sexta, comenzando á contar por la cara del norte, encima de la puerta de las Palmas, donde empezó el ascenso. La maniobra se ejecutó con órden, precision y celeridad, porque acudió tropa á formar cordon que contuviera á los curiosos y se echó pregon por boca del verdugo, aunque no tan severo como el de Roma.

Quedaron tan complacidos los señores capitulares que aparte de un expléndido refresco á los marineros acabada la maniobra, abono de gastos de viaje y alimentos, al despedirlos ofrecieron de gratificacion al contramaestre 12.000 reales, á cada guardian 750 y á los marineros 550, con lo que estos se volvieron muy contentos al departamento, asegurando al hablar de la campana:

«Que caben siete sastres
Y un zapatero,
Tambien la campanera
Y el campanero.»

Quince dias pasados de la narracion de nuestramo Julian, en la amanecida cantó el tope tierra por la proa y una vela por sotavento. En la tierra se reconoció la torre de Hércules; la vela, que estaba muy próxima, resultó ser fragata de guerra argelina. El pito de Chumacera dejó oir la indicacion de silencio; iba á decir cuatro palabras al alma el comandante: despues tocaron las cornetas zafarrancho de combate y de ola en ola repercutieron los cañonazos. Muchos ojos se fijaban en la bandera de Argel, codiciándola: no á fé los del contramaestre, atento tan solo al aparejo del navío. El médico estaba abajo aplicando vendajes y torniquetes á los heridos: á él le tocaba aplicar tambien remedio inmediato á un cabo cortado, á un cáncamo roto, á cualquier avería trascendental. La funcion fué breve; como el *Aquilon* portaba reducida superficie bélica por consecuencia del temporal referido, la fragata aprovechó la superioridad de marcha huyendo á todo trapo. Con el último disparo, ¡qué desgracia! acertó la bala en la serviola del navío y un astillazo desgarró el pecho del contramaestre.

—Vamos, muchachos, no hay que apurarse,—decia á los que le bajaban cuidadosamente al camarote,—algun dia tenia que suceder. Avise uno al capellan que quiero ponerme al habla con él, y otro diga al contador que tengo alguna cosa que comunicarle.

—¿Avisaremos tambien al médico?

—No es menester; dejadle que se entretenga con los que le necesitan.

El médico acudió no obstante, observando con pena que eran realmente inútiles los auxilios de la ciencia. La sesion con el capellan no fué muy larga y tocando el turno al contador, nuestramo Julian, hablando trabajosamente, expresó la última voluntad.

—Usted me ha de perdonar, señor contador, las molestias que le llevo causadas, y esta nueva, pero tengo ya *el práctico á bordo* y es preciso que haga testamento.

—Diga usted, don Julian, lo que se le ocurra, en que yo pueda servirle.

—Primero quisiera que le pidiera usted al señor comandante que me echen al agua.

—En cuanto á eso, como ahora mismo vamos á entrar en puerto, no hay que pensarlo; tendrá usted sepultura sagrada en el cementerio de Ferrol.

—Hubiera preferido la otra, en fin, ¡cómo ha de ser! Para el testamento, ya que hay testigos, sabrá usted que no tengo padre ni madre ni perrito que me ladre. Ahí en la taquilla está el pliego de cargo con las papeletas de exclusion y de consumo.

—No se ocupe usted de eso.

—¿No me he de ocupar? Todo está en regla. Tambien parecerán cosa de trescientos pesos, cinco mas ó menos. Quiero que de ellos se dé media onza para una misa á Nuestra Señora por bien de mi alma; un doblon á cada uno de los marineros que me lleven con los piés para avante. Al pañolero una onza y la ropa, por que se acuerde de los coscorrones que le tengo dados; el pito al timonel Pascual, que no tardará en usarlo; la pipa al gaviero del bauprés; el dinero que sobre despues de los gastos, al hospital de marineros de Nuestra Señora de Buen Aire, en Sevilla y..... no puedo mas. Si á alguno le he sentado la mano pesada, que me perdone... que lo he hecho por su bien..... y por el del servicio..... Caballeros... hasta el valle de Josafat.

Aquella noche, fondeado el *Aquilon* á la boca de la dársena de Ferrol, tenia en la cubierta de cuerpo presente al que fué alma de la proa. Ocho faroles alumbraban la caja, de que no se apartaban los marineros silenciosos. Abajo, en el sollado, el condestable, el carpintero, el calafate, como si digéramos, la familia del finado, discutian el epitafio que seria mas decente escribir en la lápida; la mayoría se inclinaba á poner: «Aquí yace D. Julian Chumacera, alférez de fragata, primer contramaestre del navío *Aquilon*. Dios lo tenga en su santa gloria.» A uno de ellos ocurrió consultar al pañolero, mas conocedor de los gustos y deseos del difunto. El pañolero compareció con los ojos hinchados como puños.

—Escucha, Martinez, lo que hemos apuntado aquí. ¿Qué te parece?

—Que sobran muchas letras.

—¿Pues qué pondrias tú?

—Yo, lo que hubiera puesto él:

AQUÍ YACE

EL CONTRAMAESTRE.

EL RANCHERO MEJICANO.

POR D. A. FERNANDEZ MERINO.

Las fiestas de la Independencia atraen y tal vez los amigos y compadres del tipo que presentamos, hallarian mal que dejara de acudir á ellas. Es muy conocido el bueno de don Calixto, como todos los *leperos* le llaman, rumboso como pocos y decidor cual ninguno; así es que sin remedio seria echado menos y su ausencia la atribuirian malas lenguas á causas, que es cierto existen, pero que él quiere á todo trance tener ocultas.

Por esto cuando aun faltaban lo menos tres horas para el dia, sacudió el sueño, y echándose fuera de la cama, donde deja á su graciosa consorte, vistióse precipitadamente, pasó á la cuadra, ensilló con rapidez al potro, que al sentirse tocar piafaba de impaciencia, y cabalgando veloz salió y un momento despues dejaba atrás su casa gozoso, no por dejarla, sino por lo mucho que pensaba divertirse en aquel dia.

Como es largo el camino que tiene que recorrer, para llegar hasta Méjico, sobre él le sorprende el dia y á su luz podemos verlo, cosa bien necesaria para ha-

cer conocimiento con nuestro hombre, tipo característico de aquella hermosísima tierra llamada la Nueva-España, y que por ningun concepto desmerece el sobrenombre que honrándola nos honra.

Pocas naciones del otro lado del Atlántico conservarán rasgos tan propios y peculiares que la revelen y acrediten como de descendencia española, y al decir esto bueno será advertir que nos referimos solo á los habitantes, impregnados por decirlo así de nuestro espíritu, que los lleva por consiguiente á todo lo bueno, pero tambien á todo lo malo que nosotros realizamos.

Cuantos tipos aparezcan allá, pueden referirse á familias y á clases que aquí son bien conocidas y sin gran esfuerzo por nuestra parte, sin duda, ni titubeo, no se nos ofrecerá á la vista, un carácter de aquella nueva república, que no tengamos con quien compararlo en nuestra vieja monarquía. Infinito número de aficionados á no hacer nada y vivir sobre el país, los conocemos; políticos revoltosos que con sin igual desenfado hablan de planes que tienen en su mente, gracias á los que se puede salvar la pátria, nos sobran como allá: militares que hicieron su carrera de una manera brillante porque siempre fueron muy adornados, sobran en ambas naciones: escritores que lo mismo declaman contra todo lo que se opone á la mas ámplia libertad, que hacen un panegírico de la inquisicion, tienen y tenemos: poetas que sin cesar hablan de la luz que brilla, del aire que sopla y de la flor que huele, abundan tanto en ambas naciones que podríamos cambiar millares contra millares, sin que se perdiera nada, y de este modo, para abreviar y resumiendo diremos, que tienen de cuanto tenemos y tenemos de cuanto tienen.

Esta manifestacion hace comprender desde luego que no carecen tampoco de ejemplares bien definidos que pueden ser asimilados perfectamente con nuestros hijos del mediodía, sin que nada les sobre ni les falte, pues en este punto podemos decir que aquellos son nuestros hijos legítimos, formas animadas por los mismos soplos y sacadas á la vida por un sol igual en brillantez y esplendores, pues en lo que á la poética tierra aquella se refiere, ninguna porcion le puede ser comparada como nuestra risueña Andalucía.

¿Quién desconoce ese tipo tan abundante en nuestras provincias del sur, cuyo génio inquieto le lleva á las mas descabelladas aventuras y cuyo carácter fogoso le ciega y arrastra sin saber á dónde, en el mayor número de los casos? ¿Quién no ha tenido ocasion de ver mas de una vez, y mas de ciento al hombre incapaz de hacer daño á nadie, pero que está en la firme creencia de que todos los demás le tiemblan, tan solo porque á ratos mira torvo y escupe por el colmillo? Creemos

que nadie lo desconoce y que muchas veces habrán pensado en el sér que se hallaria contento en la vida y recibiria feliz la muerte, si el breve plazo que se nos da para convencernos de lo imposible que es conocer al mundo lo pudiera pasar escuchando los lánguidos sones de una guitarra, en tanto que los ojos negros de una mujer hermosa lo contemplan. Abunda, por desgracia, entre nosotros y tiene perfecta equivalencia en el *ranchero* á quien tenemos camino de la capital, para asistir á unas fiestas que le enorgullecen y deleitan, pues segun dicen conmemoran la fecha del alzamiento de los mejicanos contra el yugo ominoso de España, sin fijarse que los que tal proeza realizaron eran tan españoles como son ellos y lo somos nosotros, pues ninguna crónica cuenta que un puñado de aztecas se refugiara en montaña alguna, que equivalga á nuestra Covadonga, y avanzaran desde allí practicando la reconquista, á fuerza de tiempo, de sangre y de constancia.

Esta cuestion no es del caso, y por tanto volvamos á don Calixto, á quien ya podemos ver gracias á la luz del hermoso dia que brilla y que dará lugar á que sean mas animadas las fiestas; pero se nos ocurre que antes debíamos decir qué es el ranchero y lo vamos á hacer deseosos de que ya que nuestro estudio carezca de otros méritos, tenga al menos el del órden, y no será poco si lo llegamos á conseguir.

Exuberante en fuerzas productivas aquel suelo, la agricultura es una de las principales fuentes de su riqueza, y las feraces campiñas que se dilatan ante la vista del observador, le hacen advertir cuán pródiga con ellas se mostró la madre naturaleza, y cuán escaso tiene que ser el trabajo del hombre para lograr sino lo que desea, pues esto en cualquier parte es imposible, al menos lo que le debe tener satisfecho. En acotadas porciones de terreno que alcanzan á leguas muchas veces, se da la mas completa variedad de frutos, sin que haya uno que deje de tener aplicacion, sin que uno solo deje de tener su precio en el mercado, hasta tal punto que una sola de estas *haciendas,* que así se llaman, basta para el sostenimiento de varias familias que se la tienen dividida en ranchos y cuyos jefes reciben por ende el nombre de rancheros.

Como el principio de todas las cosas es difícil, al comenzar su ruda tarea el ranchero vivió pobre y con fatiga, pero se afanó, trabajó con fé y con constancia y poco á poco, peso tras peso, formó una onza, y luego del mismo modo otra y otra, con lo que pudo pensar en tener mujer y la tuvo, teniendo mas tarde hijos, cosa en la que tal vez no hubiera pensado nunca. Sin ser ni mal marido ni mal padre, como la abundancia es madre de la comodidad, y cuando se tiene esta, acuden á

la imaginacion mil cosas que vale mas no acudieran, nuestro ranchero va creyendo firmemente que por cuanto todo lo tiene en su casa, debe buscar algo fuera de ella; su carácter siempre franco y alegre, le ayuda, dispone de algun dinero y esto le basta para que con todo lo que llevamos dicho surja del primitivo labrador un ranchero, ó lo que es lo mismo el don Calixto, de quien inmediatamente nos vamos á ocupar pues sigue avanzando al trote largo de su caballo y no queremos que se nos entre en la capital y lo perdamos de vista confundido entre la multitud que circula por las calles en dia tan señalado.

La dura labor del campo en la que el sol le hiere al descubierto, ha hecho que su rostro tome un color trigueño, al que mas sombrea una negra aunque poco poblada barba y un sedoso bigote que cubre su lábio superior, ocultando tambien en parte el color rojo del inferior; bajo sus arqueadas cejas lucen los ojos negros y rasgados, donde si no falta bondad, puede decirse que hay sobra de malicia: esta cara es el espejo de aquel alma, no le falta un detalle y su sonrisa socarrona acusa su desconfianza, su mirar atrevido la intension violenta y lo entreabierto de su boca el sin igual cuidado con que vive como hombre al que importan muy poco el mundo entero, con todos sus habitantes.

Cuando no tenia se veía satisfecho con muy poco, pero cuando sin ser rico pudo permitirse cierto lujo, no dejó de ostentarlo, así es que nos hallamos con don Calixto vestido segun su clase, pero orgulloso de lo que lleva porque es bueno. Su sombrero de anchas alas va bellamente adornado con galones de plata que despiden fulgores al ser heridos por la luz y alrededor de la copa va arrollada la toquilla simulando una culebra que se muerde la cola, siendo ambas extremidades de plata tambien y que mucho lucen por el especial cuidado que su dueño pone en llevar el fieltro inclinado al lado izquierdo, cosa que da mayor gracejo á su picaresco semblante.

El traje que viste es todo de finísimo ante, recargado de adornos, pues mas de cien pesos en pequeñas monedas de plata invirtió en la botonadura de su ancha *calzonera,* y monedas tambien aunque mayores forman los botones de su chaqueta y chaleco, por entre el que se vé arrugada y de mal córte, la finísima camisa de cambray, abrochada sobre el pecho con diamantes vistosísimos, cuya montura no será del mejor gusto, pero que son muy ricos; á este traje por cuanto va á caballo sirve de complemento las fuertes espuelas vaqueras, cuyas rodajas al andar mueven ruido, que á él le agrada y le contenta, y á cuyo son se contonea y mueve airosamente la cabeza.

El caballo vale la pena del sin igual cuidado que con él tiene su dueño: tanto este como todos los de su clase se esmeran con los nobles animales que sirven tanto en sus fiestas y regocijos, en las que con ellos se dan tono: es un potro negro como la noche, lucero, de patas finas que parecen de acero y que al andar miden con garbo la distancia que media desde el suelo á la cincha que tocan con su casco, levantando polvo que no le hiere, pues lo ahuyenta con su fogoso resoplido; en el hierro del freno, de bien pulido y limpio que está, se puede mirar cualquiera, y la silla llama la atencion tambien por su riqueza y atavío: á la cabeza de ella formada por una bola de plata lleva el fuerte cordel que le sirve de lazo y á los lados las ámplias pistoleras no vacías, pues bien sabe que todo es poco para discurrir por aquellos caminos, en los que le dan el alto al mas *planchado.*

De esta manera, tan clavado en la silla que bien pudiera justificar la idea de los indios al ver á los primeros españoles que allí fueran, de que hombre y caballo formaban un solo animal, híbrido y monstruoso, de que disponian aquellos hombres hijos de los dioses, nuestro don Calixto sigue avanzando y se relame saboreando de antemano los placeres y el holgorio que le aguardan en las fiestas, en compañía de sus amigos y en cierta casa que él conoce, sin que su mujer lo sepa, pues no es cosa de que se aventure á tener disgustos con la madre de sus hijos, que es una real hembra muy buena y muy campechana, pero que se quedó en el rancho por *mor* de los muchachos, como él dice, aunque otra cosa sea lo cierto.

Las idas y venidas á la ciudad le han hecho conocer la gente y ni don Calixto, ni ninguno de los de su clase pueden tragar al *pisaverde,* que habla blando y solo sirve de *cirinero* de alguna damisela de *pufe* y de *copete;* el mayor gusto de nuestro tipo está en avergonzarlo y correrlo con sus pullas y sus dichos oportunos muchas veces y nunca faltos de gracia, así es que el señorito huye su presencia, cosa difícil pues el ranchero como tiene con qué, lo mismo frecuenta la baja *pulquería* que el café mas de moda, y solo cuando tiene una fundada razon para ello se interna por calles donde de no ocurrirle nada á un transeunte, es buena señal del merecido crédito que tiene de hombre de pelo en pecho que no aguanta *chilindrina.*

Antes que todo es mejicano y no se le hable de nada que pueda creerse sea mejor que su pátria, pues no lo aguanta; no ha visto ni mas tierra que aquella, ni ha respirado otros aires, ni conoce otros tipos, pero con ella le basta para formar su juicio del que no hay que intentar siquiera se deshaga, pues es seguro

medio de que inmediatamente se pronuncien malas palabras y sigan las voces roncas y se termine con los golpes.

El ranchero ajusta las cuentas á su modo y saca en limpio que franceses, ingleses, italianos, españoles y de todas las demás naciones del mundo, acuden á su tierra no llevando consigo ni un centavo, ni aun equipaje, y que apénas pasados ocho ó diez años, aquellos *arrancados* como él los llama, se vuelven hechos unos caballeros con muchos miles de pesos, que van á gastarse en el seno de su familia ó en los antiguos lares que se vieron obligados á abandonar. ¿Por qué los dejaron? se pregunta el ranchero, que no vió mas que *maizales* y *magüelles,* y él mismo se contesta, porque no podian vivir allí. ¿Por qué se vinieron á mi tierra? se vuelve á preguntar, y dejando asomar al rostro una sonrisa de satisfaccion, se responde que porque aquellos estados hermosos, lo son tanto, que ninguno se les puede comparar. Cierto que la vida es allí mas cómoda y los medios para la satisfaccion de las necesidades, mas fáciles de conseguir, pero no es oro todo lo que reluce, como vulgarmente se dice, ni se planteó bien la cuestion para obtener el resultado que le enorgullece tanto. Si el ranchero que ha de tratar con él, estudiara la naturaleza del emigrante, se fijara en su condicion é investigara las causas que le obligaran á dejar sus casas, comprenderia que los cálculos que se hace no son fundados y que de cien individuos de los que abordan á aquellas poéticas playas, hay cincuenta que fueron arrojados de las suyas y que del resto la mayor parte son génios aventureros, enemigos del trabajo y celosos de las felices casualidades que se ofrecen en aquellas regiones no muy pervertidas todavía, tal vez porque no han llegado al *desideratum* de la civilizacion, como aquí se dice.

Es lo cierto que su cultura no alcanza á razonar de este modo y que sigue por tanto defendiendo su tésis con sin igual empeño y calor; que se obstina de una manera desesperada y que en mas de una ocasion ha sostenido luchas terribles en defensa de lo que él cree una verdad evangélica, luchas de las que han resultado considerables detrimentos para el que se atrevió á llevarle la contraria, que en los casos ocurridos fueron siempre algunos pisaverdes que se dieron hace años una vuelta por Europa, de la que apénas vieron nada, pero que no obstante afirman haberlo visto todo ó mejor dicho haber visto todo lo que dicen, que en cualquier caso seria mucho ver.

Al ranchero no le falta buen sentido y esto es causa de que mas se irrite al escuchar todo lo que en detrimento de su pátria, á la que tanto quiere, se cuenta, pues comprende que lo que escucha no son mas que vanas declamaciones con las

que quieren darse tono aquellos *francesados;* se irrita y opone razon á razon ó mejor á sin razon, pues no cree que haya mas suntuoso edificio que la catedral, ni mejores paseos que las *calzadas,* ni vista mas hermosa que la del Popocatepelc, ni mujeres mas lindas que las que allí se crian, y lo que es mas que no hay ni puede haber en toda la cristiandad una Vírgen que mas pueda que Nuestra Señora de Guadalupe: al decir esto se descubre con respeto, pero inmediatamente vuelve á apretarse el sombrero y recoge su *zarape* como pidiendo guerra, sin que haya en el mayor número de los casos quien la quiera sostener y si alguien se dispone, que se confiese primero, pues ya ha dejado lucir para despuntar el puro la ancha hoja de su *machete.*

Dándose aire de quien sabe lo que vale, nuestro ranchero discurre por la calle de Plateros ó se apuesta frente á la catedral y al acabarse una misa se recrea contemplando á las saladísimas mejicanas, que coquetamente envueltas en su rebozo pasan ante él dejando ver por debajo de su corta saya unos piés á los que se podria formar estuche con el cáliz de una magnolia. Llega un momento en que se da por satisfecho de que lo hayan visto y entonces él se dispone á ver. Como luego que dejó su caballo en seguro, se cuidó solo de su persona y se regaló con un almuerzo que no le recordó á su *parienta* y en el que no le faltaron ni las *tortillas,* ni los *tamales,* el estómago le pide líquido y él obsequioso, no quiere dejarle sentir necesidad en tan memorable dia, por lo que rara es la *pulquería* porque pasa, á donde no entre á hacer una visita; habla un poco con un amigo ó conocido de los toros, del maiz ó de los magüeyes y sale andando, cada vez mas de prisa, pues ya en la Alameda habrán comenzado los discursos y no quiere perder ninguno.

Llega, al fin, empuja, codea, aprieta, hasta que por último logra colocarse donde desea, y es casi siempre donde no le falta algun charro de su clase ó alguna graciosa *china,* que basta con que á uno le mire para que le haga bailar un *jarabe;* al principio escucha atento las peroraciones contra los *gachupines* y las aplaude con frenesí, porque, como dice, es muy republicano y muy independiente y los españoles son muy *suecos.* Despues á medida que el pulque lo ilumina, le entran ganas de ser orador, y dicho y hecho, no podrá subir al tablado, pero eso no importa, desde el sitio donde está y dirigiéndose á los que le rodean, dispara un discurso que es lo mejor que puede oirse; en confusion lastimosa habla de los vireyes y de Hidalgo, pone por las nubes á Zaragoza y estropea á los franceses, sin dejar de exclamar algunas veces: ¡Qué vengan! y hacer una demostracion

como si fuera á tragarse á todos los hijos de San Luis, que tuvieran semejante atrevimiento.

Termina al cabo la manifestacion; nuestro ranchero ha sabido captarse las simpatías con su oratoria y no se va solo: allí encontró á un compadre de anteriores tiempos, con el que despues de darse un estrechísimo abrazo, parten para tomar un trago y una vez sentados frente á frente, conversan de la Lupe, la *chinaca* mas salada que vieron ojos y la mujer de mas gracia que pisó la tierra y tales son los encomios, que entusiasmados deciden visitarla, y con efecto allá se dirigen ambos prestándose mútuo apoyo, que bien lo han menester.

Bastante léjos, allá muy cerca de la garita, vive efectivamente la Lupe, una morena con ojos como luceros, de hablar libre y ademanes desenvueltos, que al verlos llegar supone que va á ocurrir algo bueno y se pone alegre como unas pascuas. Echa los brazos al cuello de nuestro ranchero, lo estrecha contra su turgente seno y lo mira de la misma manera que debe hacerlo la culebra con el inocente pajarillo, para que caiga fascinado; siguen algunas explicaciones muy del caso, acerca de lo ocurrido en tiempo en que no se han visto, y el compadre que no es hombre que se descuida ha sabido componérsela de modo que poco despues llega un lepero con su jaranita ó vihuela y entre tan pocas personas tienen ustedes armada una fiesta en la que no falta el baile, pero nada de *eschotich* ni *monerías* sino *jarabe*, el baile puro del país, muy semejante á nuestros bailes del mediodía, de posturas y ademanes lascivos y voluptuosos, que atraen sin querer á la memoria, para unos, el recuerdo de las almeas orientales y, para otros, el de las graciosas gitanas de Triana ó del Perchel.

Si el baile no es como han supuesto muchos, un movimiento con que el hombre trata de imitar todo cuanto vé, siendo por consiguiente anterior á la música y habiendo consistido en un principio en la sucesion de pasos rápidos, saltos y carreras con que los que bailaban trataran de expresar la pasion de que estaban dominados, hay que conceder que el hombre cuando se regocijaba permanecia en quietud hasta tanto que se sintió arrastrado por los dones de la música que escuchaba, pero los aires populares mejicanos no son aires propios, en ellos se percibe algo que revelan fueron su gérmen las playeras y los jaleos de nuestra Andalucía, ligeramente modificados por razon del clima, de los usos ó de las costumbres: con la letra de sus cantares sucede lo mismo, intencionada y profunda, cada copla es una sentencia y alternan desde la picante que hace que la *leperita* se ruborice escuchando:

Desde que te ví venir
Le dije á mi corazon:
Qué bonita piedrecita
Para dar un tropezon.

Hasta la sentimental que revela tanto, diciendo:

Bajo de un árbol sin hojas
Me puse á considerar
¡Qué solo se queda un hombre
Cuando no tiene que dar!

Y de esta manera, trago mas trago, copla tras copla, la fiesta se prolonga hasta que el crepúsculo con sus tintas suaves comienza á empañar el dia y antes de que se encienda la luz, nuestro ranchero recuerda que tiene que hacer, se despide tiernamente de su dulce entretenimiento, á la que deja para un regalo; prueba con su dádiva al lepero que sentado en el suelo amenizó la reunion con los sones de su arábigo instrumento, que es un hombre generoso, y sale en compañía de su compadre que no le abandona, segun dice, porque sabe Dios cuando lo volverá á ver.

Como todavía quedan al ranchero algunas onzas, como el ranchero es hombre y por tanto ambicioso, piensa que muy bien, si la suerte le ayudara, podria salirle de balde la fiesta y no quiere marcharse sin probar fortuna: tan pronto concebido y manifestado este pensamiento, el compadre lo apoya y juntos se dirigen á un garito donde se ven todas las clases y todas las cataduras. El que talla tiene facha de maton, perdona-vidas, de los de mirar torvo á quienes no amedrenta nada y que por consiguiente vé llegar con toda calma á nuestro hombre que apénas puede tenerse en pié y que con ademan resuelto avanza, deja caer una onza sobre un caballo y vuela como si tuviera alas para ir á aumentar la fila de la banca: en la nueva talla favorece con igual cantidad á una sota, por ver si recupera la perdida, pero la suerte está en su contra y de este modo al poco rato, sale renegando con solo tres pesos en el bolsillo, cantidad que apénas le basta para pagar el gasto que en la posada hiciera su caballo: lo hace así, lo ensilla, le ajusta el freno y antes de poner el pié en el estribo, se acuerda de sus pistolas que echa de menos sin saber quién se las ha robado: mas despues de un rato de vano pen-

sar, se encoge de hombros con desden, salta sobre el noble potro y exclama con sonrisa forzada:

—¡Qué llevo yo que me roben!

Parte por el camino que trajo, y sea que el aire libre del campo lo repone ó que al sentirse á caballo renace en él nueva idea, piensa un poco en los acontecimientos del dia y no puede menos de renegar de las fiestas, de la Lupe, del pulque y de su compadre, prometiéndose no incurrir mas en aquellos desaliños..... hasta otra.

Hé aquí el ranchero tal como se le conoce, franco, sin reserva, pero ladino y prevenido siempre, amigo de la broma y de la jarana, expléndido como á quien poco cuesta ganarlo y dispuesto á todo, sea lo que sea, bueno ó malo, con tal de que se pueda lucir y hacer alarde de lo que tiene y algo mas.

Una de las notas esenciales de este tipo de la Nueva-España, es, digámoslo así, que imprime carácter, esto es, que el que por nacimiento ó por costumbre es ranchero, no deja nunca de serlo, aunque caprichos de la suerte lo saquen de su esfera primitiva. Sin embargo, el ranchero rara vez ha tenido salida para otra clase social que para la milicia, y en esta, justo es confesarlo, el ranchero ha hecho fortuna. Merced á la incesante lucha sostenida en aquel hermoso país desde el momento que se emancipara, no han sido pocos los que á mal con la vida pacífica del labrador en su rancho, se han lanzado al campo al frente de un puñado de valientes que han trabajado para él, en el mayor número de las veces, y al cabo de muy poco tiempo se han visto generales pero sin perder nada de su antiguo carácter, sino todo lo contrario, añadiendo á sus propias notas las que singularizan al soldado guerrillero, lográndose así un tipo digno de un estudio especial, que haremos con el tiempo.

EL ACTOR-CONSORTE.

POR D. JOSÉ FELIU Y CODINA.

I

SUPONGO fundadamente, amigo lector, que mas de cien veces habrás oido referir horrores de la vida interior é íntima del teatro. Y tú, si eres profano en el asunto, y no has penetrado por los vericuetos de ese mundo envarillado, que llaman escena, debes de haber creido á pié juntillas todo cuanto se les ha ocurrido decirte á sus expedicionarios y paseantes, y con particularidad á sus naturales, los que suelen hallar gusto, como todo habitante de una tierra ignota, en ponderar las especialidades de sus costumbres y su clima.

Te habrán dicho que es el teatro un lugar de sordo combate y de misterios latentes, cuyo menor peligro consiste en el escotillon que amenaza tragarte y sumirte en las profundidades del séptimo estado; que la intriga temerosa, la envidia explosiva y la pasion hipócrita, florecen allí como en terreno abonado; y que por la atmósfera ardiente, como por las capas subterráneas

del escenario, circulan vientos de tempestad y terremoto que un dia han de desplomar sobre el mísero viajante, toda la máquina de telones, bastidores y bambalinas que forman la constitucion de ese planeta, no salido de las manos de un Dios creador, sino de la sierra de un carpintero y de las brochas de un escenógrafo.

Yo he visto á muchos crédulos como tú, lector inocente, asustarse ante la perspectiva de un viaje por la escena, como pudiesen ante la de una exploracion por el polo ártico; yo he visto á muchos tentarse la ropa y encomendarse á Dios, al ir á penetrar en las angosturas de un escenario, lo mismo que si fueran á lanzarse en los riesgos del estrecho de Magallanes; y les he visto luego entrar recelosos, pisar de puntillas y revolverse azorados, cual si temieran que les cogiese algun airecillo traidor, de esos que la leyenda hace soplar entre caja y caja de bastidores, ó cuidadosos de respirar algun miasma palúdico emanado de la concha del apuntador y de los antros caóticos de la guardaropía.

Y este es el dia, lector benigno y mal avisado, en que yo te saque de tus errores y te abra los ojos á la luz de las candilejas, declarándote que en ese universo de madera y lienzo no reina el espanto tenebroso que te han pintado; motivo por el cual puedes recorrerlo sin zozobra y sin otra prevencion que el poquito de trastienda que Dios te haya concedido ó hayas tú sacado de tus expediciones por el mundo de veras, teatro de la verdadera comedia, cuyos actores no te han advertido que lo sean en los carteles de principios de temporada.

Entrate, pues, de rondon y sin cuidado, en todo escenario á donde te llame la vocacion, el interés ó el gusto. Allí no hay riesgos mayores que temer. Detrás de la puertecita guardada por un cancerbero que espera al cohecho y entredicha por el rótulo: *No se permite la entrada,* que nadie lee, ni menos respeta, no te amenazan otros daños que los mismos que te dejaste en la parte afuera del telon de boca. Una actriz que te enamore de verdad ó una bailarina que te enamore de mentirigillas; una *prima-donna* que te pida elogios para sus gallipavos, ó un actor de carácter, que te haga cómplice de sus inspiraciones alcohólicas; un tramoyista que desplome sobre tu sombrero todo el cordaje del telar, ó una trampa que te sepulte entre las maravillas ocultas de una comedia de mágia; un traspunte que te atropella por correr á dar una salida retardada, ó una asistencia que te abrase con la resina de fingir los relámpagos. Esto es todo: créeme, lector amigo, que esto es todo.

Las pasiones que rujen y las conspiraciones tenebrosas no existen mas que en tanto las ves tú desarrollarse, desde tu butaca. No he de ocultarte que existe ra-

zon de sobra para que las hubiera; pero no te dé cuidado; nuestros comediantes son casi todos unos pobrecillos incapaces de representar otras tragedias, que las que sus autores les escriben y sus consuetas les dictan. En cuanto se calla el Júpiter del tornavoz, todas sus trifulcas se apaciguan, y lo mismo es caer la cortina que les aisla del público espectador, que convertirse el campo de batalla en patio de vecindad. Envidias, y rencillas, y rabietas que se les comen vivitos y no les dejan echar un pelo sano, ¿cómo no han de tenerlas los pobrecitos de mi alma, si en su mayor parte son hechos de la peor madera de que se hacen hombres, y si la tierra que barbechan es fecunda á todo serlo, en ese fruto de bendicion que quita el seso y pudre la sangre? Pero pensar que de esto pueda alguna vez originarse una explosion, es ni mas ni menos que esperar erupciones del cisco de un brasero ó temer temporales en un botijo de agua chirle.

Todo el génio del actor,—cuando por acaso lo tiene,—halla desvaporizadero en los versos que el poeta cuelga de sus lábios; y no bien dejas tú de verle, aquel rey caballero, ó capitan invicto, ó marido ultrajado que te ha levantado consigo al séptimo cielo, desciende simplísimamente de su cúspide y se encamina á pié llano hácia su cuarto á murmurar como un remendon de portal, del que está murmurando de él en el cuarto contiguo. ¡No creas que entre ellos pueda amagarte alguna asechanza! ¡Si andan todos con el corazon en la mano! ¡Pues apénas se necesita destreza para acertar á recluirlo bien recluido!

Se entregan, los benditos del Señor, como chiquillos de la escuela. ¡Y les calumnian! ¡Pobre nidito de víboras desdentadas y sin ponzoña! A las veinte y cuatro horas,—y es plazo largo,—de andar metido entre ellos, ya se ha enterado uno al dedillo de cuantos dramas, comedias y sainetes se desenvuelven á la sombra de aquellos árboles de cardenillo y al amor de las baterías de gas; ya ha brotado la inquina del gracioso contra el característico, del galan jóven contra el primer galan, de la dama jóven contra la primera dama, del racionista contra el apuntador y de todos ellos contra el empresario. ¡Y si vieras qué formas tan sencillotas tiene todo esto de manifestarse! Esos afectos que otros séres mas enrevesados de la sociedad, suelen revestir de secreto inescrutable y de cavilosidades accesorias, no saben ellos esconderlos bajo media pulgada de tierra. Respiran por la llaga, por lo cual no se les turba nunca el resuello, y á poquito que les des coyuntura te cantan en la mano mas sueltos y desatados que un jilguero.

Eso sí, has de llevar con paciencia que tambien á tu costa respiren y canten; que no con aceptar el papel de confidente, te salvas de sus hablillas y murmura-

ciones. Sobre que el ser confidente suyo no es título de mérito, porque lo alcanza todo el mundo, ello es ley que hay que pagar escote irredimible á sus tijeras. Si eres autor, por lo que escribes, si eres crítico, por lo que juzgas, si eres enamorado, por lo que galanteas, es fuerza que han de dejarte sin alguna tirilla de tu pellejo, en una ú otra de las horas que el arte les deja libres para que se distraigan de sus sublimidades. Pero no te dé cuidado. ¡Si supieses cuán poco dañan sus murmuraciones, y qué obra de caridad evangélica se encierra en dejarles decir! Si aciertas á mantenerte no mas de centímetro y medio apartado de donde ellos buscan puntería, no temas que hagan blanco en tí, aunque usaran armas de precision, que no suelen usarlas ni mucho menos.

Y has de saber, querido lector, que todo lo que antecede he escrito con el objeto piadoso de llevarte tranquilo á hacer conocimiento con el personaje que te voy á presentar. Habias de subir en mi compañía á la altura del palco escénico, y por si eras de los tímidos y supersticiosos he querido poner en tu espíritu la confianza y el valor de los veteranos. Sentado en tu butaca de la platea no conocerias nunca á mi tipo, que aunque pertenece al teatro, nunca sale al proscenio, y pues ya te tengo curado de sustos y sabes que puedes echarte á nadar sin ayuda de salvavidas, sígueme, lector curioso, por las interioridades del escenario y ven á conocer al personaje con cuyo conocimiento me propongo aumentar el número de ocasiones que tengas tú para reirte en este mundo.

II

Comienza, lector, por imaginarte á Buffon ó á Darwin asombrados ante un caso raro. Imagínatelos que al acabar el trabajo de sus clasificaciones y despues de trazado un cuadro sinóptico de las especies y de los géneros, observan que uno de los séres superiores que han establecido en cómodo y señalado domicilio, va y coge por sí propio y se muda con todos los atributos de su jerarquía, tomando estancia en un cuadradillo bajo, que es como si dijéramos, la cueva del palacio levantado por el naturalista.

¿Te parece caso inverosímil? Tienes razon. En este mundo nuestro, donde cada mochuelo tiene su olivo media vara, por lo menos, mas alto de lo que le corresponde, declaro que es causa legítima de sorpresa, eso de ver á un hombre que se arrincona, que se encoge y se despoja de sus entorchados de general, para meterse en la línea de los reclutas. Y en el teatro, semillero de pretensiones, donde no

hay altura desde la cual no se sueñe con otra mayor, el hecho es para mas alto asombro, y aun, si no hubiese pruebas de evidencia, para cerrarse en una completa incredulidad.

Sin embargo, ello es positivo como que la tierra ha de comernos á todos, grandes y chicos, partes principales y partes de por medio. Allí, en aquel hervidero de vanidades *naives,* de que te he hablado, allí donde no hay enano que no pida once varas para su camisa, ni tartamudo que se contente con menos de quinientos versos para su papel, allí, en aquella constelacion de estrellas de primera magnitud, palidece un astrillo de luz prestada, ó mejor diré que gira un bólido de marcha tranquila, sin ponerse nunca al alcance del telescopio. Allí vive y pelecha el actor-consorte, bien hallado con su posicion subalterna, despojado de sus atributos y valido de su insignificancia, en la cual se funda todo su estado social.

Y hé aquí que por todo esto que te digo, no puedo, lector de mi alma, ponerte de buenas á primeras cara á cara con nuestro personaje. Como vive á la sombra y del calor de otro, hay que saludar á este antes que le saludemos á él; y de la misma manera que para subir al sobradillo es necesario pasar por el rellano del piso principal, así tambien para entrar en relaciones con el actor-consorte, hay que trabarlas de antemano con la actriz. Nuestro tipo tiene sinfonía, como las óperas antiguas, y prólogo de mano ajena, como los libros modernos.

Pero vamos adelante, que por el hilo sacaremos el ovillo y por la dama conoceremos al galan. La dama está en su cuarto del teatro, que es un camarin casi siempre menguado, recorrido á cierta altura de perchas que gimen bajo el peso de un vestuario completo y amueblado con muebles de distintos órdenes y categorías. En el fondo el tocador, y junto al tocador la dama; y en semicírculo ó en cuadro, alrededor de ella, cuantos contertulios cogen en el ámbito estrecho del camarin: el autor curtido que escribe para ella, conocedor de sus talentos ó de sus triquiñuelas; el autor bisoño que solicita ser estrenado; el actor que la adula á cuenta de que acepte un papel secundario en la funcion de su beneficio; tres, ó cuatro, ó mas ociosos que no llevan allí otro objeto que el de holgar; y cinco ó seis ó doce, ó mas, hasta lo infinito, galanteadores, pertenecientes á la clase de enamorados teatrales, que se pirran por el amor de *Margarita de Borgoña,* ó de *Alicia* del *Drama Nuevo,* ó de la cuitada *Teodora,* víctima infeliz de *El Gran Galeoto.*

Entre los individuos allí presentes, tú buscarás al que no está. Y mira por donde empezaremos á conocer á nuestro hombre. No está en el cuarto, porque él

suele aprovechar las horas de funcion, en los dias que esta es ordinaria, para escamotearse y salir á gozar de su libertad en cualquier sitio que no sea el cuarto de su mujer. Lo comun es que se pase las horas, ociosas como todas las suyas, atarugado en el *foyer* ó en un cuarto de otro teatro refiriendo todos los chismes y enredos del suyo, ó en cualquier café donde se disparate sobre comedias, ó á picos pardos, muy oculto como si á alguien le importara, ó donde haya tapete y cartas que den cuenta de la última quincena que la cónyuge le ganó.

No está, pues, como te decia, en el cuarto de la actriz, y en él, sin embargo, es donde se entera uno de que tal sugeto existe. Porque la dama, que sabe muy á ciencia cierta que tiene un marido,—aun cuando no sea mas que por lo que le cuesta,—y que se halla bien con poder lucir y emplear aquel objeto, que forma parte de su equipaje, no pierde ocasion de pronunciar el nombre del adlátere accesorio, á quien llama marido porque tenerle es cosa bien vista y socorrida, sobre todo en el teatro. Ella es quien da personalidad al consorte y quien le hace funcionar á los ojos del público que asiste á los espectáculos de telon adentro; y aquel esposo de cuyo nombre tienen los oidos llenos los concurrentes al camarin, desempeña siempre su parte sin aparecer, como esos personajes de comedia que nunca acaban de salir, aunque llevando y trayendo su nombre se hila, se enmaraña y se desenreda la madeja del argumento.

Pero sepamos á propósito de qué, le señala la dama esos papeles mudos é invisibles.

Cuando la empresa del teatro ó el director de escena, la agravían á ella, con desaire ó con ofensa, no haya miedo que se olvide á ella exclamar con voz enojada:—«¡Pues buena se va á armar cuando él lo sepa!»—Si durante el ensayo ó mientras aguarda que el traspunte le dé la salida, algun comparsa ó tramoyista la hiere los oidos con algun reniego ó palabrota, no dejará de volverse á quien tenga contiguo, para decirle doloridamente:—«¡Cómo se conoce que él no está aquí!»—Todos los celestinos y celestinas del teatro,—y en Dios y en mi ánima, que abundan,—han puesto en sus manos cartas con ofrecimientos mas ó menos platónicos,—generalmente menos,—y es invariable en ella rechazar el billete ó romperlo, exclamando como antes:—«¡Si se enterase él!»—Va á su cuarto el autor de la compañía,—ese infeliz á quien nunca creyérais autor de nada,—y la reparte un papel que no corresponde á la categoría de primera actriz, y ella, aun que no lo rehusa, advierte que lo rehusará, diciendo con mohin y displicencia:—«¡Veremos si él permite que yo haga eso!»—Si la ofrecen un ajuste, lo ha de

consultar con él; si un periodista la censura, refiere las hazañas que él hizo en cierto caso parecido... Y en fin, no se presenta lance ni ocasion imaginable, en que no sea por ella invocado el nombre socorrido de su esposo, el cual viene á ser en boca de la dama, como esos estribillos de las canciones largas, que aunque se dicen cuando se cantan, se suprimen al escribirlas y al leerlas, supliéndolos con aquel *etcétera* despues de cada estrofa que quiere decir al lector: Aquí viene aquello que usted ya sabe.

Pero no seria el teatro lo que es, lugar de convenciones por fuera y por dentro, si hubiese que poner fé ciega en todo lo que en él se vé y se escucha. El carácter y la respetabilidad de ese marido tan zarandeado, no tiene al cabo mayor consistencia que la del colorete que pone rubicundas las caras cetrinas, y la de las arrugas de tinta china que hace respetable á un barba cuchipandero. La dama habla del *damo,* lo mismo que recita un papel de su caudal, pero en realidad de sentimientos harto se la alcanza que no sirve aquel horno para tales bollos; ni entre los que la oyen rezar aquella letanía de un solo nombre, se encuentran muchos que crean en los milagros del santo al cual conocen higuera.

La actriz tiene su talento y su alma en su almario, y como tú comprenderás, lector de la mia, reune allá en sus adentros muy buenas razones para saber los puntos que calza su marido, amen del derecho en que ella muy santa y muy piadosamente se juzga para ocupar el sitio que él la abandona y para ser quien guarde las llaves de su albedrío, puesto que por ella es por quien brillan en su casa las dos llamas simultáneas del génio y de la hornilla. Consecuencia de esto es que ninguna de las atribuciones que la dama parece conceder á su marido, éste las posee en realidad. Todo lance, todo compromiso, todo conflicto de honor ó de arte en que la actriz se vé metida, encuentra resolucion y término segun á ella parece mejor; y ella es quien aleja galanteos, si los quiere léjos, y quien resguarda ó devuelve los papeles, y quien firma ó no firma las escrituras de ajuste. El consorte no hace á todo eso sino callarse muy calladito, tanto porque esta es la mision que comprende haber recibido de la generosa Providencia, como porque ya no tiene costumbre de que nadie le dé vela en los entierros de su mujer.

Las verdaderas funciones de su cargo son otras; porque es de saber que algunas tiene, y él se las sabe muy bien sabidas como que no son extensas, ni son difíciles, y se avienen con la disposicion natural que le inclinó á tomar el situado de actor-consorte.

En dias señalados, de funcion nueva, sabe que le toca no apartarse un minu-

to del camarin de su mujer; porque esas son noches de gran trajin en dicho sitio y él ha de sostener el esportillo de los parabienes y dejarse salpicar por la lluvia de entusiasmo que se vierte sobre la cabeza iluminada de la dama. Y aunque las frases sean algo calurosas, y los piropos atreviduelos, é insistentes los apretones de mano, él cuida de no picarse, ni atufarse, ni borrar de sus lábios la sonrisa que tiene esculpida como los serafines de retablo, y hay que verle dando gracias por lo que no reza con él y hacerse el orondo por la gloria que le alcanza de soslayo.

En otros dias, de funcion ordinaria, la dama está ronca, ó la tiran los nervios, ó la aqueja cualquier indisposicion de índole benigna, que aunque no la impida trabajar, la pone dengosa y alicaida. Entonces el marido no se aparta de su lado. Suele tener muy buena mano para batir los huevos crudos que aclaren la voz, ó para desleir las yemas en azúcar y leche, para que la conforten y alienten, y así entiende de pulsarla reloj en mano para observar si hay calentura,—que tiene contados y medidos los latidos de aquel pulso,—como de servirla tisanas y tilas, dejándolas en su punto de azucaradas y templándolas pacientemente á cucharaditas. ¡Si nadie sabe cómo quiere y cómo mima aquella alma amante, al filoncito rico de sus entretelas!

Pero cuando se halla nuestro hombre en lo sublime de su altura, es en las noches de beneficio de su cara mitad. Su tarea empieza unos dias antes, preparando el buen éxito de la funcion. Su mujer prepara el efecto artístico, él toma á su cargo la parte económica. Nunca se mete en la marcha del teatro, sino en esos dias de agitacion y cálculo. Quéjase de que no se ensaye bastante, refunfuña, porque no se saben los papeles, intriga porque se pinte una decoracion, no sale de la contaduría donde husmea todas las cuentas para orientarse, y si la dama sigue la costumbre modernísima de dedicar el beneficio, él, el marido en persona, es quien va con el ofrecimiento á desperezar y comprometer la munificencia del patrono. En llegando la noche de la funcion, yo no sé cómo mi hombre se multiplica. La actriz, ó porque no experimenta en realidad la codicia del producto metálico, ó porque comprende que no le cuadra manifestarla, se está en el cuarto displicente y agena á todo lo que tiene referencia con la solemnidad de que es heroína. El marido, en cambio, no se da punto de reposo, y en todas partes se le encuentra danzando, como si efectivamente se multiplicara al igual de esas peonzas que se descomponen en muchas cuando se sueltan á bailar. Se le encuentra en la taquilla y en la puerta, en la platea y en el escenario, en la administracion y en el cuar-

to de la beneficiada. En este último lugar tiene graves quehaceres que mudan de objeto y condicion segun adelanta la velada: antes del primer acto entra y sale sin descanso para anunciar á su mujer qué tal se presenta la entrada; en el primer intermedio llega con la noticia cierta del número de billetes vendidos y el de reales recaudados; en el tercero comparte con la agasajada las glorias de la ovacion, y en el último reparte los ramilletes de flores entre las demás actrices del teatro y desenreda las cintas de los pichones que lanzaron los palcos de proscenio. Si hubo versos, suele tambien celebrarlos compelido por su mujer.

Otras diligencias practica, propias del ritual de su cargo, que tienen igualmente dia determinado. Cobra los dias de nómina, con puntualidad religiosa, y firma con todas sus letras, y este es el acto mas importante de su oficio. Clama allá, por las Navidades, que su mujer se mata, porque pide la festividad de aquellos dias que el trabajo apriete. Asiste á las lecturas de obras nuevas con achaque de averiguar si es digno el papel de su mujer, pero en realidad para llevar á los círculos teatrales la primera embajada de si llevará silba ó aplauso la comedia que se va á estrenar.

Ahí tienes, lector, á nuestro hombre con sus rasgos salientes y su fisonomía peculiar. Fuera del teatro no le busques, porque no le reconocerías. Viste, pasea y fuma como cualquier otro adscrito á cualquier secta de las mil de ociosos que ha creado el hombre en sostén y defensa de la dignidad viril.

La última pincelada de este retrato, podrá darte, lector querido, si no la tuvieres aun, idea exacta de la importancia social y privada del actor-consorte. Si cae en tus manos la escritura de ajuste de una actriz que haya pasado por la vicaría, leerás entre las condiciones, una que dice: «La empresa satisfará dos billetes de primera clase para que D.ª N. N. se traslade desde tal punto al del cumplimiento de este contrato.»

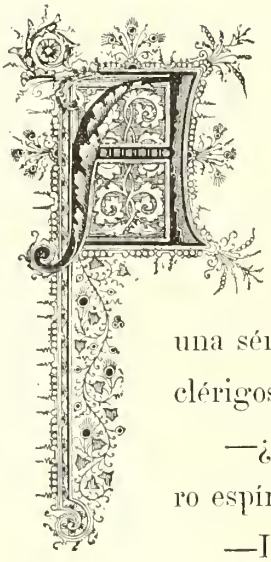
El primer billete es para la actriz: se cae de su peso.

El billete de plus es para el actor-consorte.

LA SEMANA SANTA EN SEVILLA.

POR D. NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.

CUADRO TERCERO. (*)



QUEL dia, como de costumbre, se habló en la mesa redonda de las festividades religiosas y del carácter que imprimen á la poblacion.

—La Semana Santa,—decia un andaluz,—se siente, se gusta, se huele y se respira en esta capital. Ella constituye una série afectiva y entusiasta cuyo influjo alcanza á viejos, jóvenes, clérigos, seglares, profanos, religiosos, incrédulos y creyentes.

—¿Y cree usted,—preguntó un extranjero,—que existe verdadero espíritu religioso en el fondo de este movimiento general?

—Le diré á usted,—contestó el andaluz,—esa es una cuestion muy peliaguda. A mi parecer no hay espíritu, sino sentimiento religioso, en las razas meridionales, y por esto se han apegado al catolicismo, que llama fuertemente á los sentidos, mientras que las razas del norte abrazaron la reforma, fria, severa y sencilla en las manifestaciones del culto externo. Pero preciso es confesar, que

(*) Vease el cuadro segundo en la página 183.

para las mujeres, el vulgo y las gentes de fantasía inquieta, que no pueden concentrarse en meditaciones puramente espirituales, nuestra religion ha llegado á un punto de estética culminante, que cautiva la atencion y embriaga los sentidos. Es cuestion de temperamento y de raza. El asunto fué discutido hasta el punto de ponerse todos de acuerdo, en que si el gobernador de la provincia prohibiese las sobredichas fiestas, habria una revolucion en la ciudad: pero que, si en vez de procesiones, ofreciese grandes paradas militares, fuegos de artificio, cucañas y corridas de toros gratis, el sentimiento religioso cederia el lugar al profano.

Aquella tarde no hizo estacion ninguna cofradía, y aprovechamos la noche para asistir al teatro, donde se representaba la pasion y muerte de nuestro Redentor, teniendo especial cuidado de colocarnos en el sitio mas barato, para notar la impresion que tales escenas causaban en las gentes del pueblo; pues claro está, que en los palcos, plateas y lunetas, se habla de modas mientras azotan á Jesús, ó de asuntos de amores ó historias escandalosas, mientras le crucifican. Es de advertir, que estos autos sacramentales no son representados por actores de primera línea, sino por compañías medianas ó malas, lo cual añade algunos grados mas á la profanacion.

El lavatorio de los piés de los apóstoles fué objeto de algunos chistes groseros, y Judas, Geta y los dos sayones que martirizan á Cristo, estuvieron á punto de ser descalabrados. Fortuna fué que el actor que representaba al Redentor tenia buenas formas y una fisonomía simpática, y así se redimió de otro Calvario por parte del público.

Pero todo esto podria calificarse de preludios. Al dia siguiente, miércoles, se entraba de lleno en el tema. Una familia de las mas antiguas de Sevilla, habia tenido la amabilidad de convidarnos para el almuerzo, ofreciéndose además á llevarnos á las dos solemnidades del dia, que eran el rompimiento del velo por la mañana y el *Miserere* de Eslava por la noche, en la catedral.

Antes de sentarnos á la mesa, conviene una breve descripcion de esta familia, de la que hay muchos ejemplares en la ciudad, *ab uno disce omnes*. El jefe habia sido en tiempos un comerciante afortunado y antes y siempre uno de los primeros contribuyentes á la propagacion del género humano, sin que la reduccion de su fortuna fuese bastante á detenerle en tan asídua tarea, pues si su mujer ó sus amigos le hablaban de este punto, decia, con toda mansedumbre, que Dios lo ordenaba así, y era preciso conformarse con la voluntad divina. Descontando las bajas que en la prole habian hecho las viruelas, el garrotillo y otras enfermedades,

aun le quedaban nueve hijos, el mayor de los cuales era clérigo, y monja la mas crecida de las hembras. Esto basta para dar á entender la religiosa inclinacion de aquella tribu.

En efecto, el padre, por nombre don Angel Millan, pero á quien llamaban el *Angélico milano,* por prestar dinero al veinte por ciento, era un católico tan fervoroso, que la mayor parte del dia la pasaba en los templos ó en prácticas devotas. Confesaba y comulgaba diariamente, ayudaba media docena de misas y concurria á los jubileos, novenas y septenarios con una puntualidad envidiable. Era, sobre todo, conocido por su devocion á Nuestro Padre Jesús del Gran Poder y María Santísima del Mayor Dolor y Traspaso, imágenes que se veneran en la iglesia de San Lorenzo, para fomento de cuyo culto habia gastado sumas considerables y siempre tenia abierta su bolsa, consiguiendo en cambio lo que se llama «vara alta» en la sacristía. Las funciones de primero de año y del Viernes Santo corrian siempre de su cuenta, y las alhajas que adornaban los pasos del Señor y de la Vírgen, eran debidas á su fervoroso desprendimiento. Por lo demás, hasta los nombres de los miembros de la familia denotaban su entusiasmo por la fé católica. Su mujer se llamaba Circuncision, la hija monja, la madre Epifanía, y las otras cuatro: Angustia, Traspaso, Dolores y Soledad. Cada una de estas era camarista de alguna imágen y hermana de alguna asociacion piadosa, y como no podian vestir de nazarenos y habia en la casa tanta devocion á las cosas de la iglesia de San Lorenzo, la madrugada del Viernes Santo iban las cuatro Millanas, descalzas, detrás del paso de María, desde la salida del templo hasta su regreso, con unas caras de compuncion, como si fueran en el duelo de algun pariente allegado, y creyendo á pié juntillas, que aquella mortificacion lavaba todos los pecados, hasta aquella fecha cometidos: que no debian ser muchos, por ser ellas de tan buena pasta, que poniendo á parte su inclinacion á los devaneos, propia de la edad, eran unas verdaderas almas benditas.

Así lo mostraba su conversacion durante el almuerzo, en la que entre otras cosas, aprendimos unas nuevas efemérides de modas y un almanaque singular de tocador.

Doña Circuncision empezó á regañar á sus hijas, porque iban de medio trapillo á la iglesia.

—A la casa de Dios se debe ir con lo mejor,—decia don Angel.

—¡Jesús! ¿Quién se compone para una funcion de páparos, y por la mañana? —exclamó Angustia.—Si Dios me conserva mis cinco sentidos estrenaré mi vestido para el *Miserere* de esta noche.

—Eso es, cuando no luce y va una por esa catedral como sardinas en banasta,—replicó la madre.

—Yo estrenaré el mio,—interrumpió Soledad,—el Jueves Santo, porque el año pasado lo estrené en el septenario de los Dolores, y se me hizo una piña de rodar por la iglesia. ¡Ay, Dios me libre!

—Pues yo me encapillé el mio el domingo de Ramos, que dicen que quien no estrena no tiene manos, y el año que viene, si Dios me da vida, me lo haré para San José.

—Pues, hija, cuando mas se luce es el Jueves Santo en la calle de las Sierpes y visitando los sagrarios,—dijo Traspaso.

—Para ese dia me pondré trenzas,—replicó Dolores.—Despues de todo, la cabeza es lo que mas se vé.

A cosa de las nueve de la mañana habian concluido los oficios domésticos, y nos encaminábamos en procesion hácia la gran basílica. Un inmenso lienzo blanco cubria casi dos tercios de la inmensa altura del altar mayor y era el blanco de las miradas de la concurrencia, agrupada en el crucero, y que con ser bastante numerosa apénas se parecia en aquellos ámbitos espaciosos. La familia de Millan, se arrellanó en uno de los extremos del coro, y ya á esta sazon tomaban sus puestos en los dos púlpitos y delante de un atril en el centro de la grada del altar, los tres sacerdotes que habian de cantar la pasion. Al lado de las jóvenes Millan, acertaron á hallarse tres amigas suyas, jóvenes de singular gracia y belleza, que iban acompañadas de una tia anciana, corta de vista y rezadora incansable. Don Angel, bien provistos los bolsillos de pequeños semaneros, comenzó á repartirlos entre sus hijas á tiempo en que el padre recitante comenzaba su solemne canto. Bien se echaba de ver, sin embargo, por la inquietud y miradas del bando femenino, que sus imaginaciones no estaban en Jerusalen.

En efecto, junto al grupo de las jóvenes se habian plantado dos estudiantes, que en otros tiempos habrian sido el clásico tipo de los de la tuna. Embozados ó mejor dicho, recogida la capa á la usanza torera, y manejando el sombrero como un quitasol, pertenecian á ese inmenso número de calaveras que frecuentan los templos en busca de aventuras de amores: pues no parece sino que el diablo, segun la expresion de los devotos, gusta mas de hacer presa de las almas, cuanto mas cerca las vé de Dios. Las jóvenes aparentaban mirar al libro y escuchar el canto sagrado: pero las miradas á hurtadillas á aquellos dos tentadores no tenian número y sus oidos estaban colgados del diálogo que á *mezza voce* sostenian.

Don Angel, embebido en sus meditaciones, se inclinaba de vez en cuando hácia sus hijas, diciendo:

—Niñas, ¿vais al tanto de la Pasion?

—¡Qué hemos de ir, papá,—dijo una de ellas,—si nos ha dado usted unos libros en latin!

—Hijas, las cosas de la iglesia suenan mejor en latin que en castellano.

—Así sale ello,—dijo á su compañero uno de los estudiantes.—Yo creo que Dios nos tiene abandonados en castigo de tantos gazafatones como le dicen las mujeres.

—Pues ahora vamos,—añadió don Angel,—por el paso de la traicion de Judas, y Judas se escribe lo mismo en español que en latin. ¡Mucho ojo!

—¿A que no sabes tú,—prosiguió el estudiante parlanchin,—por qué vendió Judas á su Maestro?

—Sobre eso hay opiniones,—replicó el interrogado.—En primer lugar, porque el diablo se le entró en el cuerpo y le tentó malamente.

—Dejémonos de cuentos, chico; es muy cómodo eso de cargar al diablo con la responsabilidad de todo lo malo que hacemos, como quien dice, para sacudirnos el polvo y limpiarnos de culpa.

—Tambien se dice, que entregó á Jesús para que se cumpliesen las profecías.

—Pues entonces hacen mal en pintarlo como un condenado. Si no hubiera sido por Judas no se habria verificado nuestra redencion. La verdad es, segun nuevos documentos, que Judas era casado, y su mujer una real moza, que lo tenia en un zapato. Parece ser, que un dia, se le presentó pidiéndole treinta dineros para comprar un vestido.

—Mujer, no los tengo,—respondió Judas.

—Pues búscalos.

—¡Imposible!

—Pues no faltará quien me los dé,—replicó en tono de amenaza.

—¡Qué habia de hacer el pobre hombre ante esta actitud decidida de su cara mitad! Vendió á su Maestro y habria vendido á su padre y á todo el género humano, porque no le salieran en la cabeza las consecuencias del enojo de su mujer. Desengáñate, que cualquier hombre puesto en tales circunstancias y con una mujer guapa á quien adora, habria hecho lo mismo que él.

Esta conversacion del estudiante ocasionaba explosiones en la risa comprimida de las hijas de don Angel y sus amigas, que en vano trataban de ocultar cubriéndose los rostros con los abanicos.

El bueno de don Angel, empapado en su latin, no observaba esta edificante escena. Volvió á inclinarse hácia el grupo y dijo:

—Ahora se está lavando las manos Pilatos. *Lavabit manus suas.*

—Ese es otro,—prosiguió el estudiante.—Por ser imperialista y no perder el destino de gobernador, firmó la sentencia de muerte de un justo. Yo, César, lo dejo cesante á vuelta de correo.

—Caballero,—dijo una amiga de las Millanas, señalando á la jóven Soledad, —á esta señorita le va á dar algo, si usted no pone freno en la lengua. Está usted haciendo el oficio de Satanás.

—Y usted el de la serpiente, cara de cielo estrellado. Merecia usted estar en un altar con dos lámparas.

—¡Chit!—interrumpió el camarada del estudiante hablador.—Ya se mueve el velo.

En efecto, un susurro general y un movimiento de curiosidad inquieta corrió por toda la línea. Los colegiales de San Miguel, encargados de rasgar y esconder el velo á toda carrera, por las dos puertas de la sacristía, estaban tomando posicion y asegurando el lienzo blanco con sus dedos lo cual semejaba como si le pellizcasen con tenazas. La idea de que pronto iban á retumbar bajo las bóvedas las atronadoras descargas, ponia á la parte jóven é infantil en un estado de excitacion indescriptible. Los ojos se hallaban fijos sobre el velo, cuya desaparicion es siempre objeto de asombro, pues llamando la atencion del público las primeras descargas, disparadas en las altas galerías, los colegiales aprovechan este momento para llevarse rápidamente las dos mitades, y por lo comun, pasa esta operacion inapercibida.

—Si yo fuera el señor arzobispo, daria una órden para este dia,—dijo el estudiante.

—¿Cuál?

—La de que saliesen fuera del templo las doncellas nerviosas, los niños y las casadas en estado interesante. El año pasado, mal parió aquí una buena mujer, á un ama se le cortó la leche, y á un gran número les pasa lo que á Sanchica, cuando le dieron nuevas de que su padre era gobernador. ¿Es usted fuerte, señorita? En un caso, aquí estoy yo: agárrese usted á mí, que estoy hecho á terremotos.

—¡Ay!—exclamó Soledad,—ya veo las escopetas. ¡Si estaremos aquí seguras!

—No haya miedo, señorita,—dijo el camarada,—se cargan sin bala.

—Sí, pero el diablo las mete.

—Lo que tiene usted que temer es á los forasteros,—añadió el parlanchin estudiante.—Hace dos años vino á la catedral un lugareño, ignorante de que esta funcion acaba á tiros, y creyendo al oir las descargas, que era una encerrona para asesinarlo, sacó un revolwer, y hubo que sudar para que no hiciera una de las suyas.

—Pues peor fué lo del año pasado,—continuó el colega.—Estaba aquí un constitucional, y creyendo que los tiros eran un pronunciamiento contra el gobierno, empezó á gritar:—¡Viva Sagasta! ¡Abajo Cánovas y Robledo!

—Ahora, hijas mias,—interrumpió el santo varon de don Angel, acercándose mas á su querida prole,—llega el momento de la muerte de nuestro Redentor, al ocurrir la cual tembló la tierra, se oscureció el sol, los muertos salieron de sus sepulturas, y el velo del templo se rasgó por medio, que es lo que hoy nos recuerda la Santa Madre Iglesia.

A esto iba creciendo el murmullo especialmente entre la gente menuda y lugareños, estimulados con la maniobra de los colegiales, cuyas manos asían fuertemente el lienzo. La incertidumbre era tambien otro estímulo á la inquietud, porque ignorando la altura á que el padre se hallaba en la lectura de la Pasion, esperaban oir á cada momento las descargas de fusilería.

Las hijas de don Angel y sus amigas parecian hechas de azogue.

—Caballero,—dijo una de estas al estudiante,—usted que sabe latin, avísenos cuando va á tronar. ¡Ay, yo no sirvo para esto!

—Hija,—dijo Angustia,—¡y yo, que me asusto de un cohete!

—El caso es,—observó el estudiante,—que para hacer las cosas mejor, han traido este año media docena de cañones Krupp, que nos van á dejar sordos.

—¡María Santísima!—exclamó Soledad.

El padre recitante entonó con voz sonora el *Velum templi,* casi acompañadas de una descarga, á que contestó otra en las galerías del ángulo opuesto, y mientras las gentes miraban en direccion al sonido de las detonaciones, el velo desaparecia del altar como por mágia. A estas descargas sucedieron otras, concluidas las cuales se oia llanto de niños, ladridos de perros, y el bulle bulle de los fieles, contando las impresiones recibidas, salpicado todo esto con un fuerte olor á pólvora, despedido por los tacos aun humeantes que caían de lo alto.

Una de las jóvenes apareció reclinada sobre el estudiante, quien la sostenia por la cintura y echaba aire en su rostro con el sombrero. Evidentemente era un

amago de síncope, que bien pronto se desvaneció por virtud y eficacia de algunas palabras dichas al oido.

El canto de la Pasion no habia llegado á su fin, pero la concurrencia abandonaba la iglesia dejando al padre con la palabra en la boca y dando muestras de ser consecuente con el programa. Aquellos fuegos artificiales marcan el fin del espectáculo de tal modo, que con el último escopetazo se extingue la última chispa de fervor religioso, y no hay quien se interese en oir como Joseph de Arimatea y Nicodemus bajaron á Cristo de la cruz, le envolvieron en un sudario y depositaron en el sepulcro.

Don Peregrino salió nuevamente poco satisfecho de lo que habia visto y oido, y muy maravillado, en cambio, al notar la falta de veneracion respetuosa que caracteriza todas las manifestaciones del culto.

Por la tarde acompañamos á las jóvenes á la calle de las Sierpes, donde habian asegurado unos asientos con el mayor interés. Supimos luego que les llevaba la curiosidad de ver de cerca al novio de una de sus amigas, que iba de hermano presidente de una cofradía. Esta noticia se sabia ya hacia seis meses, y se habia comentado de mil modos. La ansiedad y curiosidad de las niñas no tenia límites. Apénas se divisó el paso de la Vírgen, las cuatro se pusieron en pié y se les iban los ojos por ver al personaje.

—Niñas, el Ave María,—dijo doña Circuncision,—que ya se acerca Nuestra Señora.

—«Dios te salve, María,»—comenzó Soledad.—Miradle, allí viene.

—«Llena eres de gracia,»—murmuraba Angustia maquinalmente, sacando cuanto podia su graciosa cabecita, y preguntando:—¿Cuál es?

—«El Señor es contigo,»—continuaba Dolores.—¡El de la derecha, es claro, el principal!

—«Bendita tú eres,»—replicaba Soledad.—No, el principal es el que va enmedio. «Entre todas las mujeres.» ¿Es verdad, mamá? El que va enmedio es el que manda.

—«Y bendito es el fruto, de tu vientre, Jesús.» ¡Pero qué ridículo!—exclamó Angustia.—¡Mira qué guantes, que le sobran media vara en cada dedo!

—«¡Santa María!»—siguió Traspaso.

—«Madre de Dios.» ¡Y qué contoneos, parece que se columpia!—añadió otra de las hermanas, soltando el trapo á la risa. Y embutiendo entre frase y frase del Ave-María otra porcion de ocurrencias y burlas del estirado mayordomo, le corta-

ron un sayo como para dia de fiesta. Sobre todo, quedó en limpio que el novio de la amiga no era el presidente como esta les habia dicho, sino tal vez algun muñidor ó mandadero de la hermandad, que en este mundo siempre es bueno hacer favor al prójimo.

La concurrencia permaneció en su puesto esperando á otra cofradía que tambien hacia su estacion aquella tarde, y el diablo hizo que al ir pasando la primera mitad por delante de la llamada Cruz de la Cerrajería, llegaba la otra de vuelta é iba á atravesar la calle de las Sierpes, en direccion á la de Rioja. Los nazarenos de la segunda, vieron venir á la primera, y con una intencion muy cristiana, determinaron detenerse y estacionarse lo mas posible, tanto para lucir en aquel sitio elegante, donde pasan con las colas tendidas, cuanto por poner en ejercicio la paciencia de la otra.

Con esto intentaron burlarse de la que llegaba.

Pero los hermanos de esta, que adivinaron la broma, no se anduvieron en repulgos, y la cruz se entró cruzando la marcha de su antagonista, que equivalia á arrojar el guante y comenzar las vías de hecho. En efecto, despues de algunas vivas y breves palabras, se descapirotaron tres ó cuatro hermanos por ambas partes, y poniendo los cucuruchos en el suelo, la emprendieron á ciriazos unos con otros, ocasionando tumultos, carreras, gritos de niños y desmayos de jóvenes. La autoridad intervino al fin y se restableció el órden, pasando la primera cofradía, que tenia razon para desear el descanso.

Llegados á casa, apénas hubo tiempo para comer y disponerse para el *Miserere,* que empieza á las nueve en punto y dura una hora justa. En Sevilla hay una verdadera enfermedad contagiosa por esta pieza de música sagrada compuesta expresamente para el cabildo de su catedral, por el reputado don Hilarion Eslava, cuando era maestro de capilla de la misma.

—¡Ah! ¡El *Miserere!* ¿No ha oido usted el *Miserere* de Eslava? Pues es una de las grandes cosas de nuestra Semana Santa,—os dicen los sevillanos con la boca llena, aun cuando no tengan oido para retener la música de un solo versículo de este acto penitencial del santo rey David. En otros tiempos, cuando el cabildo apaleaba onzas, no habria tenido esta composicion tanta fama, porque habia una capilla de músicos y cantores que la hubieran ejecutado segun su leal saber y entender, como cosa corriente y de oficio. Desbaratada la capilla, para ejecutarle bien, fué preciso echar mano de las orquestas de teatro, y de algun cantante de gran aura popular. Estas circunstancias atraian gran número de curiosos,

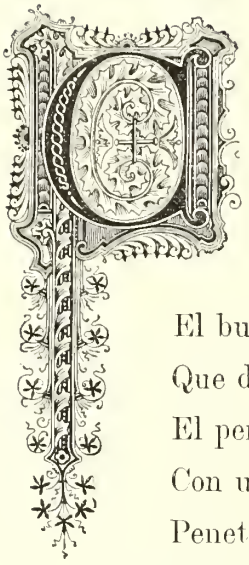
y no digo devotos, porque no es posible devocion en las condiciones que presenta el templo en dicha noche.

Las naves se ven atestadas con millares de personas, impidiendo á veces el paso por algunos lugares, mientras que en otros se forma una corriente de curiosos que circulan arriba y abajo en conversacion tirada como si se hallasen en un paseo. Allí concurre lo mas granado de la poblacion de Sevilla, y dentro del templo, sirviendo de marcas topográficas las columnas y capillas, dan citas amorosas los jóvenes á sus adorados tormentos, en quienes la relativa oscuridad de la basílica majestuosa, el sonido misterioso que producen voces é instrumentos en la acústica inimitable de la iglesia, y hasta el temor mismo de estar profanando con mundanos pensamientos la santidad del lugar, son otros tantos poéticos incentivos que trasportan las almas á mundos de placer desconocidos.

Don Peregrino tomó en su cartera muchas é interesantes notas de lo que vió y observó durante el canto de un salmo, único en su espíritu de humildad y de dolor por el pecado; mas son de naturaleza, que me parece mas prudente dejarlas dormir en el silencio del olvido.

EL PROLETARIO DEL CAMPO.

POR GUERRA JUNQUEIRO.



UBIERTOS entre nieve los anchos horizontes,
Despunta la mañana: el sol rompe en los montes
Sus rayos argentinos, chocando en la muralla
Cual flechas que se rompen contra acerada malla.
Dormida está la aldea. Tan solo allí se siente
Que á rumiar empieza tranquila y mansamente
El buey; el fuerte obrero; el animal amigo
Que da fruto á la viña y hace nacer el trigo.
El perro ladra hambriento. Rojiza la alborada
Con una luz siniestra, punzante como espada,
Penetra en la cabaña gritando al jornalero:
—¡Levanta! ¡Deja el sueño! ¡El pan es lo primero!
¡Camina, vé á ganarlo! Tan solo dan los cielos
Sosiego al potentado. Tu esposa, tus hijuelos
Carecen de alimento. ¡Levanta! ¡Vé! ¡Porfía!
Para ganar un pan apénas basta un dia.....

¿Te quejas? ¿Tienes sueño?... ¡Los párias, desgraciado,
Si quieren disfrutar de un sueño reposado,
Se tienden extenuados debajo de una losa,
Al pié de algun ciprés!...
Y el triste que reposa
Sobre el desnudo suelo, contesta así á la Aurora:
—¡Permíteme el sosiego tan solo de una hora;
Cayendo está la nieve, bramar escucho el viento!
—¡En pié!—repite ella.—¡No tardes ni un momento!
Levanta ya del lecho; que estando tú dormido,
Revuélcanse en el suelo, sin cama y sin vestido,
Los hijos de tu sangre; tus hijos, á los cuales
La muerte acecha ansiosa con gestos infernales:
Y cuando ya no tengan el pan que hoy se consume,
Verás morir á todos, como avecilla implume,
Por la horfandad dejada en solitario nido.
¡No te levantes! ¡Duerme! Que es gusto indefinido
El sueño de la Aurora... Mas en las horas muertas
De la callada noche, llamando va á las puertas
Una mujer senil. Mujer que en su presteza
Recorre los hogares en donde la pobreza
Domina por doquier. ¡Y esa mujer maldita
Que llegará, sabiendo que aquí miseria habita,
Al ver tus tiernos hijos sin pan y sin abrigo,
Dejándote dormir... los llevará consigo!
¡Y así será mejor!... ¿Qué vale el trabajar?
¿Qué vale el afanarse sin nunca descansar,
Criando un hijo amado que es nuestro corazon,
Para encorvar su espalda con el recio azadon
Que pesa mas que el brazo que debe manejarle?...
Si al fin las pesadumbres un dia han de matarle,
Herido como tú, al soplo de la nieve...
¡No te levantes, no!... ¡Que el hambre se los lleve!
Y el rudo proletario,
Mirando torvamente la cruz de su calvario,

Triste como Cain, mudo como el asombro,
Levántase de un salto con su azadon al hombro.
Para no ver sus hijos, no vuelve atrás los ojos:
Parte; la senda sigue de piedras y de abrojos,
Fija la vista al suelo cual hombre que procura
La paz que solo encierra la fria sepultura.
El bosque se sacude la nieve que en él brilla,
La luz volatiliza la negra pesadilla,
El ruiseñor entona su gorgear suave,
Eco fundido en luz, beso tornado en ave.
Murmura la floresta, se anima el paisaje;
Y el mísero aldeano, misántropo, salvaje,
Roido por la pena, minado por el frio,
Se pierde en la espesura, feroz, torvo, sombrío,
Entre la luz dudosa de nubes cenicientas
Preñadas con el rayo, la lluvia y las tormentas.

. . . . . .

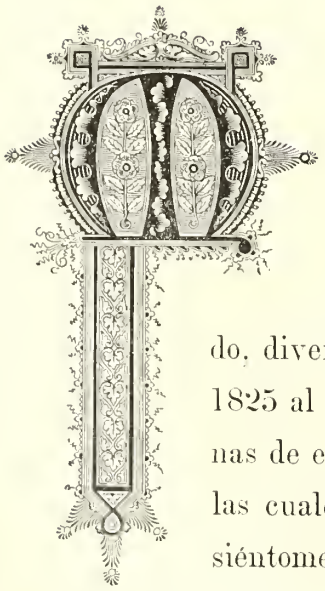
La aldea no es la paz, es símbolo de guerra.
De un lado está el labriego, del otro está la tierra.
El hombre agita el brazo y en él blande la azada.
¡Lucha sombría, heróica! Antes de madrugada
Ya labra fatigoso los campos y montañas,
Rompiendo del planeta las rígidas entrañas
Para robarle un pan. Duro como el deber,
Trabaja sin dormir, trabaja sin comer,
Trabaja noche y dia. Las mieses entre tanto
Agóstanse de sed; el sol les roba el llanto
Vertido por la noche. Entonce el campesino
Con fiebre abrasadora, escava el remolino
De arterias de la tierra: percíbese un rumor...
Borbota al fin el agua... ¡El hombre es vencedor!
La lucha no concluye. Al hierro del precito
La tierra opone, terca, su vientre de granito
Y esparce por los campos la yerba emponzoñada
Que bebe de las vides la sávia codiciada.....

Y el pária, brazo á brazo, combate torvo y fiero,
Como un Titan desnudo contra un Titan de acero.

El sol gravita á plomo su masa incandescente
Haciendo de la tierra grandiosa hoguera ardiente.
Deslízase entre breñas la sierpe maldecida;
El ave está en las ramas; la fiera en su guarida.
Las hojas de la selva, los secos matorrales,
Despiden chispeantes sus rayos de cristales.
Los pueblos de una luna, insectos voladores,
Con alas relucientes de nácar y fulgores,
Se agitan en mil curvas vibrantes, matizadas,
Cual ondas luminosas del zénit desgajadas;
Los tristes campesinos, transidos y dolientes,
Sufriendo silenciosos, sin paz, desfallecidos,
Cubiertos por el polvo y por la luz mordidos,
Rasgando están la tierra, su madre ingrata y dura
Y en sus entrañas abren la propia sepultura.
El pária no descansa. Enfermo y haraposo,
Trabaja, suda, cava; ahoga quejumbroso
La fiebre de la tarde, emanacion latente
Que en el vibrar del sol acósale inclemente.
Y al declinar el dia, su cuerpo hecho pedazos,
Despues de haber vendido la fuerza de sus brazos,
Cual bestia de reata al palo acostumbrada,
No tiene ni un placer que alegre su morada.
¡Su esposa moribunda! ¡Sus hijos sobre el suelo!
¡Las bocas sin un pan! ¡Las almas sin consuelo!

LOS ESTUDIANTES DE ANTAÑO.

POR D. FRANCISCO FORS DE CASAMAYOR.



TEZCLA de contínuos goces y de sinsabores ha sido en todos tiempos la vida del estudiante. Antaño como ogaño, tan solo la fuerza de voluntad y la audacia del escolar, pudieran sacarle en bien de las infinitas peripecias que atravesara su alegre y bulliciosa juventud. ¡Yo te saludo, divertida pléyade hopalandista, á que pertenecí por los años 1825 al 1833! ¡Yo te saludo con fruicion, y consigno en las páginas de este libro un vivo recuerdo de tus picarescas hazañas, en las cuales cúpome no pequeña parte de gloria! ¡Viejo como soy, siéntome rejuvenecer al echar una mirada retrospectiva á aquellos serenos dias, contados por otros tantos lances y travesuras, encubiertas entre los pliegues de la vieja sotana y el manteo! ¡Amores volanderos, horas robadas al estudio, escenas desagradables con la patrona, apuros bursátiles, *timbirimbas,* riñas con paisanos, severidades y censuras del cláustro universitario, la *tuna;* todo, todo se agolpa á la memoria, para comparar lo pasado con lo presente, y sentir todavía hoy un agradable recuerdo de lo que fué ayer!

HUST

En aquellos dias en que uno comenzaba bajo la férula de un capellan de la casa paterna ó de un pedagogo dómine, la gramática castellana, y luego con la ausiliar disciplina ó la palmeta, se le hacia declinar el *musa musæ,* el *dominus domini* ó el *templum templi,* del Antonio de Lebrija; en aquella época en que libre de anzuelos, acudia á las aulas de retórica y de filosofía, formaban ya sus padres cálculos y planes acerca el porvenir del hijo, y se abrian formales discusiones entre marido y mujer, para determinar la carrera que debia emprender aquel.

—Yo lo destinaria al estado eclesiástico,—decia la madre,—supuesto que en nuestra casa existe una capellanía de sangre que puede muy bien obtener un miembro de la familia.

—Eso no,—respondia el padre,—porque el chico es travieso y despunta para la carrera de las armas, y desarrollando sus bélicos instintos, puede llegar á ceñir la faja de general.

—¡Militares en casa! ¡De ninguna manera! ¡Buen pago les da la pátria! Díganlo nuestro amigo el alférez don Pedro Valiente, que ha quedado manco de resultas de un balazo, y el capitan don Trifon Espingarda, el de la pierna de palo. No, no está hecho el chico de mis entrañas para llevar el chopo, ni servir á nadie. Si el rey quiere soldados, que se los haga, ó que los compre.

—Pues entonces,—replicaba el padre,—lo mejor es dedicarlo á la medicina ó al foro...

—A esto último me atengo,—concluia la madre.

Y dicho y hecho, el hijo emprendia la carrera de leyes.

A mediados de octubre, ya empezaban á hacerse los preparativos para la marcha del jóven á la universidad. Se llamaba al sastre, se le confeccionaba el manteo y la sotana, se le compraba el tricúspide, se le proveía del eclesiástico alzacuello, de las necesarias medias de lana negra, de los zapatos de doble suela, con lazo ó con hebilla, y hete aquí uniformado por completo al novel estudiante de *Cervarie Lacetanorum.*

El dia de la marcha del futuro jurisconsulto, era dia de luto para la familia. La madre y las hermanas le abrazaban lloriqueando, mientras que el padre al tiempo de entregarle el dinero para el viaje y la primera mensualidad para la manutencion, le encarecia sobremanera que fuese juicioso y aplicado.

Encajonados como sardinas en tonel dentro una vieja y desvencijada galera, tirada por tres robustas mulas guiadas por un auriga de alpargata, polaina de

cuero, calzon corto, peli-lisa chaqueta de pana de indefinido color, faja encarnada, *barretina* idem, pipa en boca y vara en mano, salen catorce ó quince estudiantes al amanecer de uno de los últimos dias del mes de octubre por la antigua puerta de San Antonio de la ciudad de Barcelona, con direccion á la borbónica Cervera. Despues de dar el vehículo mil y mil saltos y tumbos por la malísima carretera Real, que á la sazon tenia honores de Arabia Petrea, y de pasar una primera noche toledana sobre éticos colchones plagados de un ejército de pulgas y chinches en el mal meson de la solitaria y bien llamada *Cova fumada,* donde le plugo hacer noche á nuestro calesero, emprendióse la segunda jornada al amanecer de una serena y fresquita mañana. Mientras que las mulas arrastraban el carruaje con sosegado y acompasado paso, al monótono sonido de sus campanillas y cascabeles, en el interior del vehículo, unos cantaban picarescas coplas punteando una barberil guitarra, otros estendian sobre sus rodillas el manteo, y sacando la baraja, jugábanse algunas monedas de luto, al tute y á la brisca y otros, en fin, cogiendo entre el dedo pulgar y el índice de la mano derecha dos relucientes piezas de cobre de á dos cuartos, echábanlas hasta el cielo del carruaje estableciendo de este modo el juego de las chapas, que solo terminó al llegar al medio dia á la posada situada en lo alto de la cuesta de Montmaneu, donde dos rollizas y frescas maritornes fueron objeto de mil pullas y piropos de la gente estudiantil, al servirles la comida.

Emprendida la marcha nuevamente, y mientras el carruaje se deslizaba por la dilatada cuesta que termina á las inmediaciones del sitio llamado *Los Condals,* viéronse de repente reflejar en lontananza los postrimeros rayos del sol poniente, en las doradas águilas que surmontan las cúpulas de las esbeltas torres de la universidad de Cervera, fundada por el V de los Felipes, en premio de la adhesion de sus moradores á la causa borbónica, á cuya ciudad concedióse al mismo tiempo el título de *Fidelísima.* (1)

Pasado el pequeño lugar de Bergós, ya se disfruta claramente de la panorámica vista de Cervera, sentada en parte sobre el alto antiguamente llamado *Coll de las Sabinas.* Algunas de sus calles, exceptuando la mayor, son angostas y tristes y están como engarzadas en la pendiente de la misma colina, que aparece ceñida de antiguas y casi desmoronadas murallas, con algunos restos de torres que se levantaron para su defensa. En la parte derecha de la poblacion y casi frente al mamelon llamado *Turó de las forcas,* (2) aparece en toda su extension la parte

(1) Dábase el apodo de *butifiers* á los *fidelísimos* moradores de Cervera.

(2) En la Edad Media se levantaba allí la horca. Por esto se dió á la colina el nombre de tal suplicio.

posterior del grandioso edificio de la universidad; en el centro el que fué de la Compañía de Jesús, con la estrella simbólica de la órden en su remate, (1) y en la extrema izquierda la suntuosa iglesia parroquial, cuya gigantesca torre tiene colosales proporciones.

Terminado el viaje, la primera diligencia del estudiante al pisar las calles de Cervera, era ir en busca de la casa de su patrona, si ya de antemano la tenia, y de no, procurar donde cómodamente aposentarse. Fácilmente y á moderado precio lo conseguia en aquel entonces, pues por solo doce pesetas mensuales la patrona le daba habitacion, le lavaba la ropa y le cocinaba, y como quiera que se juntaban cuatro ó cinco estudiantes en una misma casa, uno de ellos, era el cajero que cuidaba de entregar á la casera el dinero para el gasto diario de la mesa.

El mismo dia en que el estudiante quedaba matriculado, y que adquiria la cédula en crédito de *ir arreglado de traje,* ya empezaba á asistir á su respectiva cátedra.

Admirábale el aspecto de aquel edificio universitario, tan capaz y tan majestuoso, situado en frente de una línea de casas en su mayor parte viejas y de malísimo aspecto. Levantado en 1717, su fachada es toda de piedra de sillería, adornada con relieves y molduras de exquisito gusto. La puerta principal es notable, y está adornada con columnas, y con relieves de metal, entre los cuales se ostentan los escudos de las armas reales y las del Sumo Pontífice. En sus ángulos tiene cuatro torres de ciento ochenta y seis palmos de elevacion cada una, con ochenta de anchura. Consta de tres grandes patios, en los cuales todo era vida y animacion ayer, mientras hoy crece en ellos la yerba y reina el mas sepulcral silencio. Todo el interior del edificio está sostenido por arcos y medios arcos, que ascienden al número de trescientos ocho los primeros, y doscientos seis los segundos; habiendo entre la parte interior y exterior, ciento once balcones y ventanas en el piso bajo, y ciento ochenta y siete en el principal. Existen suntuosas salas para los actos académicos, entre las cuales es notable la del cláustro, y otras varias destinadas á exámenes. La iglesia ó teatro mayor, es espaciosa y de muy buen gusto, tan atrevida es su arquitectura, que causa admiracion al que la examina, pues se sostienen sobre elevados arcos muy sencillos, dos hermosas torres de mucha elevacion, una en cada lado de la iglesia, teniendo en su remate buenas campanas y reloj y ostentando en sus cúpulas las doradas águilas.

(1) Expulsados los jesuitas de España durante el reinado de Cárlos III, estableciose en este edificio el Real Colegio de San Cárlos Borromeo, en el cual solo tenian entrada catorce colegiales á saber: dos por cada uno de los siete obispados que habia en Cataluña. En él estuvo de colegial mientras cursó teología en la universidad de Cervera, el sábio y erudito filósofo de nuestro siglo el presbítero doctor don Jaime Balmes.

Este precioso edificio, como establecimiento literario, ha sido cuna de hombres eminentes en las letras. De esos hombres que por su saber y sus virtudes han honrado é ilustrado la literatura y el foro español, tales como los distinguidos doctores Finestres, Rey, Utjes. (1) Torrá, Balle, uno de los presidentes en 1812 de las Córtes generales y extraordinarias de Cádiz, celoso adalid del sistema prohibitivo en las de 1820, y por lo tanto defensor decidido de la industria y comercio de Cataluña; el célebre doctor don Ramon Lázaro de Dou, cancelario de la misma universidad, erudito autor de varias obras, entre ellas de la importante de *Derecho público*. Otros hombres no menos eminentes podríamos citar, así en la ciencia teológica y canónica como en la medicina, pero bástenos hacer especial mencion del gran filósofo y pensador del siglo, el Pbro. Dr. D. Jaime Balmes, una de nuestras predilectas glorias nacionales.

Dicho esto de paso, y volviendo al objeto de este artículo, cual es, retratar el tipo de los estudiantes de antaño en todas sus fases, diremos que, al pisar por primera vez un escolar los umbrales universitarios, los *veteranos* saludábanle cubriendo su flamante manteo de una lluvia de salivazos, mientras que no faltaba entre la turba jaranera quien gritando: *¡Blitiri! ¡blitiri!...* (novato) con pesada mano le abollara ó derribase su tricúspide, haciéndolo rodar por el suelo ó volar á manotadas, cual pelota por el aire, hasta que el manso neófito lograba recogerlo. Víctima de otras mil picardías era en el interior del hospedaje. Si acostado, se sentia por la noche la picazon de cierto polvillo que entre sábanas le esparcieran *ad hoc* sus compañeros y sino, se hundia en el limbo al peso de su cuerpo, hasta dar con los colchones en el suelo, por haberle quitado dos ó tres tablas de la cama; esto era ciertamente, *res notanda lapillo* en los fastos estudiantiles. No eran con todo de muy larga duracion semejantes trabajos y molestias para esperimentar al *novato,* porque cambiándose este de repente de manso en tremebundo, antes de terminar el curso escolar, ya se le declaraba veterano *sui juris*.

El estudiante de antaño á las seis en punto de la noche tenia que retirarse á su hospedaje á estudiar hasta las nueve. Durante las tres horas de vela, no le era permitido salir de casa, quedando sujeto á las visitas domiciliarias de la ronda de la universidad, que á lo mejor de la ocasion se presentaba de improviso precedida de su gran farol llevado por un alguacil, y de dos bedeles de teja y golilla y enorme pelucon. Para poder verificar la ronda semejantes sorpresas, las casas en que se hospedaban estudiantes, tenian órden de mantener las puertas entornadas.

(1) Utjes murió siendo rector de la misma universidad.

Si bien tales visitas aseguraban al juez universitario, si la clase escolar se entregaba ó no al estudio en las horas establecidas por reglamento, no podia menos ello de despertar las iras de los visitados. Recuerdo que en mi época estudiantil al salir una noche la ronda de nuestra casa, y al tenerla á cierta distancia, la despedimos á pedradas, corriendo enseguida á ocupar nuestros respectivos puestos al rededor de la mesa de estudio por si acaso volvia á presentarse; y recuerdo tambien con placer infinito la gran catástrofe que le causamos otra noche en un angosto callejon del extremo de la calle Mayor, contiguo al *Portal de la cadena,* en cuyo suelo plantamos tres ó cuatro órdenes de estacas á cada lado, atándoles cuerdas á un palmo de elevacion del suelo. Colocados nosotros en el fondo del callejon llamamos la atencion de la ronda remedando los ladridos del perro, el maullar del gato, acompañados de un bajo fundamental de asnalógicos rebuznos, capaces de despertar á los siete durmientes. A semejante estrépito vimos penetrar corriendo en la angosta via la cohorte de alguaciles y bedeles, los cuales enredados de piés en las tirantes cuerdas iban cayendo uno tras otro de bruces cual segadas espigas, descalabrándose las narices al besar el suelo. En medio de la algazara con que celebramos la victoria, aprovechándonos de la oscuridad de la noche, tomamos cada uno pipa para nuestra casa no sin despedirnos de los caidos, regalándoles un granizo de pedradas.

En una edad en que absolutamente libre el estudiante de cuidados, en nada sério se fija, y en que solo vé el porvenir del mas halagüeño color de rosa, en que todo le sonrie, y en que ninguna pena ha amargado todavía su existencia, fácil era que al entregarse al estudio cayese en las tentaciones á que está ocasionada la inexperiencia juvenil, máxime en una poblacion levítica cual fué por excelencia Cervera, desde la caida del sistema constitucional en 1823, hasta el fallecimiento de Fernando VII. Durante aquella década calomardina, no imperaron en el cláustro universitario mas que ideas absolutistas y requisitorias, procedimientos inquisitoriales, especialmente contra aquellos estudiantes que procedian de grandes poblaciones, y muy particularmente de Barcelona, á cuya capital oí con disgusto calificar de *prostituta Babilonia* á cierto ignorante capellan de misa y olla. ¿A qué pasatiempos debia entregarse el estudiante que no obstante ser aplicado le estaba prohibido pisar los umbrales de los dos pequeños cafetines con que contaba la ciudad, para disfrutar en ellos un rato de esparcimiento? (1) Careciendo,

(1) El uno era el de Selva, cuyo dueño era llamado *negro*, porque habia sido miliciano en 1820, y el otro el de *la Nasa* tenido tambien por sospechoso. En él. con grave peligro de las censuras universitarias, se arriesgaba penetrar alguno que otro estudiante por la noche.

pues, Cervera de toda diversion hasta el jóven mas estudioso caía algunas veces en la tentacion del juego, ó en amoríos con la patrona si era jóven y *aceptable,* y si jamona, con la hija si se dejaba querer. Esto sin perjuicio de obsequiar tambien alguna linda cervariense de mas elevado copete.

El juego era para el estudiante manantial de inesplicables sensaciones. En una mala mesa cubierta con un raido manteo, que suplia al verde tapete, y rodeada de una docena de amigos del banquero que con sotana y manteo puesto en facha, está barajando los cuarenta salmos (y no de David), se constituye la *timbirimba.* ¡Cuántas emociones, cuántos sobresaltos *al verlas venir!* ¡Qué silencio, qué vista tan fija para examinar la pinta, qué sonrisa en los lábios del que cobra, y qué palidez en el rostro del que pierde!... Sobre aquel negro tapete, unos dejan la subsistencia del mes, y otros se empeñan con la patrona, á la cual hacen el amor, ó bien riñen con el patron, á quien tiempo há que pidieron prestado y les amenaza con delatarlos al tribunal de censura de la universidad, si dentro un corto plazo no saldan la cuenta. Y llega á tal extremo la apurada situacion de alguno de los que pierden, que por no poder pagar la correspondencia al cartero, en los dias de correo, se esconden ó hacen negar, cuando le oyen subir por la escalera de la casa. En tales apuros, si no se recibia el auxilio de un compasivo compañero, forzoso era escribir á los padres, al tio, ó al hermano, haciéndole confesion general con promesa de la enmienda, diciendo como Ralph á Federico II de Prusia:—*Si ha giocato, si ha perduto, ecco il gran male.* (1)

Cuando no habia *timbirimba* por carencia de monises que jugar, se proyectaban y ejecutaban por el estudiante menos arriesgados pasatiempos. En el rigor del invierno, cuando mas arreciaba el frio, cuando grandes nevadas dificultaban el tránsito por las calles, se armaban tan fuertes peleas á nevazos, desde ventanas y balcones y en medio de la calle, donde con arremangada sotana ostentaba su briosa pujanza la clase hopalandista, que para que cesaran era preciso que hiciera pregonar un bando, prohibiéndolas, el gobernador militar y político de la ciudad.

La fama que gozaba cierto vinillo blanco del inmediato lugarejo de las Alujas atraía allí á veces la alegre estudiantina, que despues de beber y divertirse bromeando con las mozas del lugar, solia concluir la bulliciosa fiesta transformándose en campo de Agramante, donde ensartándose en disputas con los jóvenes de la localidad, venian unos y otros á las manos, hasta que felizmente lograba calmar los ánimos la intervencion del alcalde del lugar.

(1) En la ópera *Il Barone di Falcheim*, del maestro Paccini.

Aproximábase la Semana Santa. Celebrábase en ella la procesion llamada de los estudiantes, á la que estos concurrian con el cláustro universitario, y la del *Via-Crucis* al Campo-Santo. Formábase un coro estudiantil acompañado de flautas, fagotes y violoncello ó contrabajo, el cual ensayaba con algunos dias de anticipacion el *Miserere,* para cantarlo en la primera, y el *Jesus rex mittis,* para ejecutarse en la segunda, de la cual era fundador el famoso exorcista, doctor don Felipe Minguell, presbítero, catedrático de cánones, y vice-cancelario de la universidad. Este virtuoso sacerdote que presidia la religiosa romería y que anualmente pronunciaba en el Campo-Santo un devoto sermon en recuerdo de los difuntos que desde la guerra de la Independencia yacían en aquel sagrado recinto, mostraba vivísimo interés para que las dos procesiones se celebraran con la mayor brillantez posible. Poníase de acuerdo con los estudiantes mas filarmónicos de la universidad, invitándoles á que constituyeran el coro que anualmente concurria á las dos religiosas ceremonias, á lo que no podian ni debian negarse los invitados.

Bien presentes tengo en la memoria nuestros apuros para llenar debidamente el cometido. Con el objeto de salir bien de tan espinoso trance, y en la seguridad de que no seríamos descubiertos, echamos mano de algunas melodías tomadas de las óperas que por aquel tiempo se cantaban en Barcelona. Así es que una vez acomodamos con leves variaciones la música del andante del terceto de la *Vestale* de Paccini, sustituyendo á la letra:

«Gli affetti de padre,
Di figlia é d' amante,» etc., etc.

La del *Miserere mei Deus, secundum magnam misericordiam tuam;* además nos servimos para el canto del *Jesus rex mittis Jerusalem ingresus,* del *largo* del *duetto* del desafío de la ópera *Gabriella di Vergy* de Caraffa. ¡Qué horror!... ¡Qué sacrilegio! ¡La excomunion mas tremenda se lanzara sobre nuestras cabezas, si el cláustro llegara á descubrir el plagio!... ¡No habia remedio para nosotros! Indudablemente hubiéramos sido juzgados por el terrible tribunal de Censura por haber mezclado *sacræ cum profanæ...* Pero sucedió todo muy al revés, puesto que el plagiado místico canto, nos valió siempre el aprecio y las mayores distinciones del buen doctor Minguell, que á pesar de su rigorismo universitario tenia escelentes arranques, cuando se encariñaba por alguno.

Llegaba el 18 de junio, época en que habiendo terminado los exámenes de

fin de curso, cada *quisque* emprendia gozoso la marcha para los pátrios lares, donde durante el veraneo era objeto del amor de los padres, máxime si hallándose á mitad de la carrera, habia obtenido *nemine discrepante,* la láurea del *Bacallaureatus.*

Volvia octubre, despues de pasados, cual fugaz sueño, cuatro meses de vacaciones, consumidos en placenteras diversiones y veraniegas giras. Tornaba otra vez el momento del regreso á la fidelísima Cervera, á aquella vetusta ciudad que en la fiesta del *Corpus* ostenta satisfecha la bandera de los *butiflers,* conservada en el municipio, y desplegada en la procesion de aquel dia por un ginete, caballero en un flaco rocinante. (1) La bandera que recuerda la separacion de los cervarienses de la causa que tan noble como valerosamente defendieron la inmensa mayoría de los pueblos del Principado, y especialmente Barcelona, último baluarte de la libertad catalana, que sucumbió heróicamente tras prolongado y horroroso sitio, al ímpetu del colosal poder de Luis XIV. De aquel monarca, que solo merced á sus numerosas huestes lograra hacer ceñir la Corona Real de España á su nieto Felipe V; al jóven príncipe que en su despecho hizo entregar á las llamas por mano del verdugo el dia 13 de abril de 1716 en el salon de San Jorge del palacio de la Diputacion, los privilegios, libertades y franquicias de Cataluña.

La vista de aquel estandarte, signo de tiránica esclavitud, no podia menos de despertar tristes recuerdos en la memoria de muchísimos estudiantes catalanes, especialmente en los que procedian de Barcelona, y de avivar el sagrado fuego de la libertad que ya en secreto ardia en sus juveniles pechos. Moderaba algun tanto las sombrías tintas del negro cuadro del pasado, la halagüeña esperanza de un placentero porvenir. Sujetas con cadenas las cuchillas de las mesas, de los habitantes del Principado, entregadas por escarnio las encarnadas y nobles gramallas de sus concelleres para traje de los maceros de los municipios, desposeidas las ciudades de Barcelona, Gerona, Lérida y Tarragona de sus universidades, fuerza era esperar el dia de la justa reparacion de tanto ultraje, de tanto oprobio como el vencedor lanzó sobre el valiente y sufrido pueblo catalan. No estaba léjos el dia en que se habia de oir un *¡Fiat lux!* que con sus luminosos raudales, desterrara las tinieblas del oscurantismo en toda la península.

El estudiante de antaño pasaba ocho meses en la universidad instruyéndose en los libros de texto y en las esplicaciones de sus ilustrados profesores; de ma-

(1) Es la histórica enseña que enarbolaron los cervarienses al tomar partido por Felipe V durante la larga y terrible guerra de sucesion, contra el príncipe Cárlos de Austria, proclamado posteriormente emperador de Alemania.

nera, que al terminar la carrera si no era inaplicado, salia docto en la ciencia á cuyo estudio se habia dedicado.

Ya hemos visto cuáles eran, por lo general, sus pasatiempos. Solia, además, aprovechar las vacaciones de Pascua de Navidad, ó algunos dias de fin de curso, para correr la *tuna*. Vestido con el mismo traje escolar algun tanto reformado, y suprimida la sotana, con el manteo terciado y cubriendo la cabeza el tricúspide, ya viejo y recortado paulatinamente hasta asomar la copa, tañendo la guitarra ó la bandurria, y tocando el violin, la flauta, ó el clarinete, con acompañamiento de triángulo y pandereta, se recorrian los pueblos cantando alegres canciones, y pordioseando. Era de oir la salerosa jota y el bolero cantados y acompañados por tales instrumentos, tan pronto en la calle en medio de numeroso auditorio, como de noche bajo los balcones de una linda morena de brillantes ojos, mientras que el panderista echando al suelo su manteo, deslizaba suave y hábilmente los dedos por el parche de su pandereta adornada con infinidad de cintas y cascabeles y golpeándola con el puño, los codos, la cabeza, las rodillas y los piés, giraba airosamente el cuerpo cual ligero trompo, dando brincos y zapatetas, y al descansar de tan contínuo movimiento, de tanta agitacion, solia decir con muchísima gracia á cuantos formaban corro y á los transeuntes:

—¡Señores, echen ustedes un cuartito en esta pandereta, aunque sea mas negro que la cara de Judas!... ¡Niña bonita, venga aquí un ochavito, que tenemos un hambre mas larga que las piernas de un galgo!...

Con estas ó parecidas frases se iban recaudando abundantes limosnas, y hasta hubo poblacion en la que se invitó con mesa y alojamiento á la estudiantina.

Por el mes de febrero solian muchos estudiantes de antaño ir á la reputada féria del pueblo de Verdú, donde concurre tantísimo gentío de los pueblos mas distantes de Cataluña, y hasta de la frontera francesa, y en la cual se verifican muchas transacciones, en especial en numeroso ganado lanar, mular y caballar.

Unos emprendian aquella gira estudiantil, borricalmente montados sobre rucios matalones de dura albarda, y otros á pié. Tanto en la féria, como á la ida y vuelta de la misma, era un contínuo cantar y bromear. Si al pasar las alegres comitivas por la villa de Tárrega, acertaba asomar una linda muchacha á la puerta ó á la ventana de su casa, de fijo que el diluvio de galantes frases y requiebros que se le dirigian, obligábanla á retirarse sonrojada, entre aplausos y atronadores vivas.

Existe en Cervera una Plaza Mayor rodeada de soportales, en cuyo fondo se

halla la casa del ayuntamiento, construida toda de piedra de sillería, con relieves y molduras en la parte exterior. Sosteniendo sus balcones, aparecen unos grotescos y grandes mascarones tambien de piedra. A esta plaza en la cual se celebraban los mercados semanales, no faltaban por la mañana los estudiantes á su salida de la universidad. Allí solian comprar el melado y negro tabaco brasil que imperaba en aquella época y que vendian de *ocultis* los contrabandistas de Tárrega. Allí tenian lugar esas divertidísimas escenas del listo escolar con las vendedoras del mercado, á las cuales, para poder escamotear alguna rica pera de invierno, un puñado de nueces ó avellanas, ó hacer pasar de mano en mano unas cuantas pasas é higos secos, entreteníales con mil chistes y lindezas. Y mientras que al extremo opuesto del mercado otro regateaba á dos frescas y mofletudas aldeanas los ricos requesones conocidos por *brossats* en el país, no faltaba un perillan de sotana, que colocado á espaldas de las mismas, en un abrir y cerrar de ojos cosiera las faldas de la una con las de la otra ó las prendiera con alfileres, para que al separarse se rasgaran, lo cual era celebrado con general aplauso por los universitarios cuervos.

En los soportales de aquella misma plaza el italiano Romagnioli tenia un establecimiento de quincalla, que era el centro de la mas selecta juventud escolar, el sumidero de los diarios chismes, el archivo de historietas y episodios de toda clase, la oficina de nuevos y arriesgados proyectos y el laboratorio de amorosos galanteos. Aun cuando no existia entonces la libertad de imprenta y por lo tanto periódico alguno, la tienda de Romagnioli era la gaceta donde uno se imponia de cuanto pasaba en la localidad, tanto con respecto al cláustro de la universidad como en el interior de las familias mas notables.

Dos épocas tuvo el estudiante de Cervera en que, temporalmente, le fué forzoso suspender sus estudios. La una cuando la corta pero alarmante sublevacion carlista de 1828, que ocasionó la venida de Fernando VII á Cataluña, terminada con el fusilamiento del jefe del levantamiento, Rufí, Vidal, Ballester y otros varios cabecillas en Tarragona; y la otra en 1830.

En aquel año era por demás alarmante el estado de Europa. Acababa de verificarse en julio la revolucion de Francia, que habia derribado el trono de Cárlos X y levantado el de Luis Felipe de Orleans; Bélgica, se habia separado de la Holanda; la desventurada Polonia estaba luchando en abierta guerra con el coloso ruso, y Grecia á pesar del poder de la media luna, se habia constituido en reino. Las tentativas de los liberales, dentro y fuera de la península, tenian sobrexcita-

do al gobierno, hasta el ridículo extremo de que para serenar la tormenta cuyo lejano rugido oyera sin duda dia y noche, dejaba pasar el mes de noviembre de 1830 sin abrir las universidades. Al propio tiempo que se fundaba en Sevilla una escuela de tauromaquia, se ordenaba en enero de 1831 que fuesen cerradas las universidades, autorizando á los alumnos para estudiar privadamente.

Vino luego la peligrosa enfermedad del rey, la regencia interina de su esposa la reina doña María Cristina, los acontecimientos de la Granja, y por fin, el decreto de 7 de octubre de 1832, por el cual se mandaron abrir nuevamente las universidades, con el otro real decreto de 15 del propio mes concediendo amnistía para que los expatriados por causas políticas pudiesen regresar á España.

El cláustro universitario de Cervera era sumamente enemigo de toda idea liberal, y en su interior, de la magnánima señora que al volver á abrir el santuario de la ciencia á la juventud española, habia tambien concedido perdon y olvido de lo pasado á tantos expatriados como gemian en tierras extranjeras por sus opiniones políticas.

No pudo ver pues con indiferencia que los estudiantes de aquel centro literario felicitaran á S. M. la reina gobernadora por haber dictado ambos decretos; y así fué que al pedir ellos el correspondiente permiso al cláustro, se tratara de amedrentarlos oponiendo mil obstáculos y obligándoles á que fueran á firmar la exposicion en la casa del vice-cancelario, que entonces lo era el célebre presbítero doctor don Bartolomé Torrebadella, que mas adelante perteneció á la junta carlista de Berga, y á la ridícula universidad que se estableció allí con otros varios catedráticos. No pudiendo resistir el ímpetu de la opinion de los estudiantes, y en particular de los de leyes, que nombraron sus comisionados por cada curso para firmar la reverente exposicion á la reina, se tuvieron bien presentes los nombres de los que lo hicieron para agobiarlos en los exámenes de fin de curso y en el acto de tomar sus respectivas investiduras. Hay mas: se desplegaron aquel año toda clase de mortificaciones contra el pobre estudiante por efímero que fuese el motivo.

Queriendo conservar con todo rigor el reglamentario traje, se hacia comparecer á casa del vice-cancelario, á cuantos en vez del alzacuello eclesiástico usaban corbatin, á los que calzaban botas en vez de zapato con lazo ó hebilla, á los que llevaban sortijas en los dedos, y por último, se verificó una terrible *razzia* dentro de algunas aulas, donde penetró el juez universitario acompañado de los bedeles y de un alguacil armado de descomunales tijeras, con las cuales, de órden de

aquel, cortó sin atender recurso ni razon alguna, cuantos pantalones de los estudiantes asomaban por debajo la sotana.

En medio de tanta persecucion y tiranía, no desmayaba el buen humor del estudiante. Siempre alegre, siempre divertido, y á caza de lances y aventuras de toda clase, seguia impávido cuantas se le presentaban, sin empero dejar de cumplir sus obligaciones literarias.

Era yo el compañero, amigo inseparable y confidente mas íntimo de Eduardo, con el cual vivia. Ambos concluíamos en 1832 nuestra carrera y ambos frecuentábamos la casa de la señora viuda de N... Esta tenia una hija, jóven y agraciada. Su madre, despues de la muerte de su marido, se habia aficionado á la clase escolar y tenia tantos caprichos como semanas tiene el año; y la hija, que se parecia á la madre, no habia dejado de oir con agrado las declaraciones de amor de mas de un barbilampiño jóven escolar.

A mi amigo no le fué indiferente la niña, y esta no se mostró esquiva á sus palabras. Al cabo de pocos dias de hecha su declaracion, concertaron verse y hablarse á altas horas de la noche por una reja del piso bajo de la casa, que daba á la antigua muralla de la poblacion, sitio sumamente solitario.

Era á principios de primavera. Eduardo compareció á la cita en traje de paisano. Brillaba la luna, se dejaba oir el melodioso canto del ruiseñor en la arboleda bañada por el agua del pequeño rio que pasa lamiendo la colina del antiguo *Coll de las Sabinas*. ¿Se necesita acaso un rayo de luna para hacer el amor? Al contrario, yo creo que en la oscuridad puede entenderse uno mejor con una bella, sin la música de los pajarillos. Yo de mí sé decir que prefiero la de las ranas y de los grillos, porque aunque meten mas ruido, apagan mejor el rumorcillo de la conversacion y el débil sonido de los suspiros, que el gorjeo intermitente de los ruiseñores.

La niña estaba en la reja aguardando, la criada apostada en el interior del aposento haciendo centinela para avisar en caso de alarma. Todo iba á pedir de boca.

No quiero reproducir aquí las frases vanales, los diálogos insensatos que son el prefacio, prólogo ó introduccion de todas las galantes aventuras.

Pepina era una jóven tan bella como vanidosa, de limitado talento y de un carácter tan impresionable como voluble. En fin, era el tipo de la mujer veleta.

Se enamoró de Eduardo por capricho, y este se dejó querer por *conveniencia*. No tardó en comprender á aquella mujer, con su volubilidad, sus debilidades y sus ímpetus nerviosos, que sabia disfrazar de arranques sentimentales.

Hablan ciertas mujeres de pasion... de amor... y hablan alguna vez sériamente, como si amasen de veras, como si de veras padecieran, y hasta creen amar y creen sufrir... ¡Criaturas linfáticas y flexibles que tan fácilmente se conquistan como se pierden!

Pepina no era un tipo ideal, pero era jóven, era bella, era elegante, y á los veinte y un años fácilmente se olvida el idealismo delante de semejante realidad. Ella le hizo tales confidencias de lo que padecia en su interior, dióle tales seguridades de su amor é inquebrantable fidelidad, que fuera de sí Eduardo, al besar por entre los hierros de la reja su blanca mano repetidas veces, y novicio en el amor, se dejó llevar de su pasion prometiéndole eterna correspondencia y consolándola por completo de sus penas amorosas.

Aquella noche, al regresar á casa, embriagado de esperanzas y deseos, contóme su felicidad, de la cual yo me reía, dándole por única contestacion:

—¡Adelante, amigo mio! ¡Adelante!...

El pobre pasó toda la noche agitado, sin poder cerrar los ojos.

«Quella notte in sulle piume
Pien d' amore non dormí.»

A la mañana siguiente fué á ver á Pepina, y aprovechando un momento en que la madre conversaba con otras personas que estaban allí de visita, instó mi amigo á la primera para que le permitiese por la noche, cuando fuera á hablarla á la reja como en las anteriores, entrar por la puerta falsa de la barbacana en el cuarto bajo de su casa, pues de este modo no correrian peligro de ser interrumpidos en sus amorosos coloquios. Tanto instó, tanto rogó, y tantas fueron las protestas de amor de Eduardo, que al fin, no sin ruborizarse, cedió la niña, á condicion de estar presente en la entrevista la doncella de la casa.

Llegó la hora convenida. Apénas mi amigo habia con ligero traspié llegado frente la reja, cuando se abrió por la inteligenciada *fámula* la puerta que daba salida á la solitaria muralla.

Cuando lleno de entusiasmo se arrojaba mi amigo á los piés de la bella Pepina, y puesto de rodillas cubria de besos su blanca mano en muestra de ardiente amor y gratitud, cuando despues de levantado la estrechaba entre sus brazos, é imprimia el primer ósculo de amor en su rosada mejilla, entra de repente la vieja madre, que indudablemente estaria de acuerdo con la hija, y aparentando estremado enojo, reprende con severo acento y hasta golpea á Pepina, y en seguida,

volviéndose á Eduardo, lo llena de improperios no sin echarle en cara, al arrojarle de su casa, su bastardo procedimiento con una familia que le habia abierto las puertas del hogar y dispensado toda clase de consideraciones.

A los dos dias de semejante ocurrencia, por encargo que dirigió á Eduardo la misma madre de Pepina, fué aquel á verla. Recibióle la ladina viuda con mucho agasajo, manifestándole con notable calma, que despues de lo que habia pasado con su hija deseaba saber cuáles eran sus intenciones. Eduardo permanecia silencioso acariciando las borlas del manteo, y buscando la manera de escaparse por la tangente. Sabia por la doncella confidenta de Pepina, á la cual hizo cantar mediante algunas monedas, los antecedentes *di quella rea madre,* que habia concertado con la hija, que por cierto no era novata en amores, la sorpresa de las dos noches anteriores, para pescarle en las redes de la dulce pero onerosa coyunda de himeneo. Solo contestaba á las repetidas instancias de la madre con las truncadas frases de:

—¡Usted me honra demasiado!... Yo no soy digno de la mano de su hija... Soy muy jóven para casado... Carezco de posicion... y... mis padres no consentirian... carezco de fortuna.

A esto replicaba la madre, que, con un dote de diez á doce mil libras que tendria su hija, bien se podrian soportar las cargas matrimoniales. Mas ¡ni por esas! El pez no quiso picar el cebo, á pesar de los esfuerzos de la ladina viuda. Eduardo no salió de sus monosílabos, de sus fingidas toses, y de su firme negativa, mostrándose mas duro que un escollo. Visto lo cual, levantóse de repente la despechada señora, y mostrándole con la mano la puerta del aposento, le dijo:

—¡Jamás hubiera podido imaginar que desmintiera usted los nobles sentimientos de caballería, á la cual pertenece su familia!...

Y como quiera que Eduardo no aguardaba mas que aquel momento para salirse de tanto apuro, levantóse, tomó el sombrero y saludándola, contestóle sonriendo:

—Yo, señora, nunca he sido del arma de caballería, puesto que hasta el presente he pertenecido á las filas de los estudiantes de infantería.

Y al cerrar tras sí la puerta oyó los gritos de la vieja que bufaba de enojo y el llanto de la coqueta hija tan á tiempo castigada.

Ya no se habló mas de semejante aventura, pues á los pocos dias Eduardo y yo debíamos recibir, como otros varios compañeros, la investidura de licenciado en leyes. En el ínterin nos entregamos dia y noche al repaso de las asignaturas que habíamos cursado durante toda la carrera.

El dia en que el estudiante terminaba sus estudios, el dia en que se despojaba del manteo y la sotana, y arrojaba su tricúspide, era indudablemente el mas feliz de su vida. El escolar de Cervera daba con fruicion el eterno ¡adios! á la ciudad del frio, de las nieblas, de las escarchas y los hielos. A la ciudad en que despues de haber sufrido siete años de destierro, parecíale que recobraba la perdida libertad. Desde aquel dia ya nadie tenia derecho para dirigir pregunta alguna escolástica al nuevo graduado. En adelante va á ser todo un abogado; el hombre de la ley que hará oir su voz en los tribunales, en defensa del honor y de los intereses de las familias y de la vida de mas de un desgraciado criminal. Inmarcesible gloria y prez le aguarda al novel abogado, si tiene la dicha de obtener por su talento ó por su suerte numerosa clientela. De no, habrá adquirido un título universitario para perecer con él en la miseria, á no ser que haciéndose esclavo de la política, alcance, como muchos, ser empleado mamon del presupuesto del Estado.

LOS CABALLEROS DE INDUSTRIA.

CUADRO DE COSTUMBRES POPULARES

POR D. JUAN GARCÍA LUQUE.

I

DE LOS PERSONAJES DE ESTA ACCION, QUE HEMOS DE LLAMAR HERÓICA

PINTA, Sota, Reyes y Monte, venian á ser cuatro caballeros, mejorando los presentes, como que lo eran de industria, ó sea caballeros de á pié, por no decir perdidos; y Espada y Gallo no venian á ser tampoco muy ganados ni granados, aunque sí caballeros de la misma órden.

Dicho se está que ambos á cuatro, mas dos, eran seis pillos, y añadiremos que ejercian, digámoslo así, en esta villa y córte, y con provecho y honra, digámoslo así tambien: sino que la honra y el provecho de esta figura, es de la misma figura, y siendo de ella no era de nuestros personajes, ó vuestros, si los quereis.

El señor Gallo era el mas afortunado de todos, y con todo eso, mas parecia gallina y clueca, por lo sucio y desplumado, adjetivo que, aplicado á un tahur, vale por *descuartizado*.

Y ya pareció aquello, como si dijéramos: ¡Juego!... con cuya clave podeis ya abrir la timba, donde los vereis siempre alrededor del tapete.

Eran seis puntos: pero en esta ortografía, el punto vale mucho menos que la coma: la coma es el banquero de enero á enero.

El punto Gallo, no habia sido nunca coma; pero fué muchas veces, eso sí, un honrado padre de familia, ó capitan indefinido, ó empleado cesante, segun él así lo aseguraba, en voz doliente para implorar caridad, arbitrando así recursos que venian á ser muy luego *puestas* á la mayor de su fatal apellido.

Los otros sus comilitones, no habian sido nunca cesantes de tanta y tal categoría.

Sota y Reyes, Monte y Espada, solo dejaban de ser puntos para ser enterradores, seudopuntos, ó puntos falsos que levantan los muertos de la timba y... los entierran.

Tales eran los seis caballeros, (mejorando siempre los presentes) amigos íntimos (por supuesto) por la fuerza de las simpatías, menos cuando apuntaban en contra, que entonces necesaria y fatalmente habian de ser íntimos enemigos, ó unos caballos y otros sotas por la fuerza de las antipatías.

Con eso y todo, siempre flotaba encima del enhiesto Monte, como una blanca nube un poco sucia, un espíritu de absorbente unidad, que conservaba el carácter haciéndolos á todos caballeros... de industria.

II

TRÁTASE DE COSAS BUENAS Y MALAS Á GUSTO DEL CONSUMIDOR Ó CONSUMIDORA

El señor don Juan del Monte, uno de nuestros seis amigos íntimos, (en este cuento, se entiende) habia ya venido á la última miseria; habia empleado ya toda su puntuacion ortográfica, sin ver venir en seis meses mas carta que la contraria; habia sido expulsado del *monte* á la llanura, harto de leña y sin ella por amigo de hacerla en lo vedado; no sabia como Gallo ser empleado cesante, habia importunado á todos sus conocidos, y nadie lo conocia ya; despues de medio año de huésped petardista, no tenia ya literalmente donde caerse muerto, y en tal apuro fué á caer vivo...

No sabemos donde diablos fué á caer; el caso es que cayó.

Pero se levantó el dia siguiente con botas, que no tenia, con sombrero, que

no tenia, como quiera que él siempre se cobijó con gorra, y hasta con capa, que tampoco tenia, bien que siempre la tuviera, pero mucho mas allá de *Peñaranda*.

Hallado así ya, vino á perderse de nuevo; pero no hay que sentirlo porque dentro de dos ó tres meses lo encontraremos.

En efecto, no contemos los dias. Figuraos que ya han pasado los dos meses ó tres.

El amigo Pinta, que á la sazon ó desazon estaba, y tenia motivos para estar desesperado, pasaba por una de las travesías de la calle Ancha, y segun pasaba, iba mirando á los balcones, como si buscara algo.

Quizás fuera buscando el rótulo de un prestamista, aunque la verdad sea dicha, no sabemos qué diablos habia de empeñar mas, quien ni su misma entidad tenia desempeñada.

Pero es el caso, que miraba á los balcones, y mirando, mirando, vió el mas simpático de los anuncios, como que en tamañas letras comenzaba diciendo:

MONTE

Pinta, que como tahur de larga vista, vió ya venir la idem, dió unos pasos á la siniestra mano, á la que estaba la casa del feliz anuncio; solo que no llevando cosa de *hierro* consigo, hubo de detenerse con pesar al pié del Monte.

Pero habiendo estrechado así ya la distancia, pudo muy bien leer el resto del anuncio, que en mas pequeñas ó menos grandes letras, continuaba diciendo:

ACOMODADOR ESPECIALISTA

(¡Sic!)

—¡Hombre!—exclamó Pinta contemplando como estático aquella especialidad.—¿Qué especialista será este?—se preguntaba con sumo interés.—Este Monte no es un *monte;* es... un acomodador. ¡A propósito!—añadió mirándose el individuo, por demás *descuartizado*.

—Que me acomode, aunque sea de galopin en una cocina de casa grande.

Y esto diciendo, enderezó resueltamente á la casa, y tomando las escaleras, muy luego se vió en presencia del *especialista*.

—¡Monte!

—¡Pinta!

Dijeron y se abrazaron.

Despues de este fraternal saludo, y sentados *tête* á *tête* en sendas butacas de raso, digámoslo así, por lo raidas, entablaron el subsiguiente coloquio.

—¿Qué es de tu vida, amigo Monte?

—Voy pasando, amigo Pinta.

—Dichoso mil veces tú: yo, hijo mio, no paso ya en ninguna parte, bien que tenga, como sabes, todos los quilates de una moneda de ley. ¿Y cómo diablos pasas?

—¡Pshé! Acomodando.

—¡Pues acomódame!

—De menos nos hizo Dios, que nos hizo de tierra.

—De lodo nos hizo,—corrigió oportunamente Pinta.

—De lodo ó de tierra, el caso es que yo suelo hacer la fortuna del prójimo, y aun de la prójima, con solo tomar nota individual en mi diario, y exhibir oportunamente esos datos ó circunstancias personales.

—Pues escribe, escribe,—dijo Pinta ofreciéndole la pluma.

—Tienes que pagar derechos.

—Hombre, cuando me sirvas.

—Yo empiezo á servirte ya.

—Bien, cuando me acomodes.

—Entonces se paga aquí la media annata.

—Todo se pagará, hombre; mi firma responde.

—Pues firma.

Y Monte le dió un pequeño impreso que encabezaba así:

AGENCIA DE MATRIMONIOS

Y debajo campeaba como lema esta trilogía:

Eficacia, Moralidad, Reserva

—¡Hola! ¡Hola!—exclamó Pinta.—Ahora comprendo tu título de *especialista*. Y ahora es cuando confío en que me acomodes ventajosamente.

—Conque quieres casarte, ¿eh?—preguntó el casamentero.

—Aunque sea con la mujer de Satanás.

—¡Cuidado!—advirtió Monte, interrumpiendo al pretendiente.—El primer mote del lema de esta casa-modelo, es la moralidad.

—Es el segundo,—repuso Pinta, indicándole el lema escrito en todos los libros y documentos, puertas y ventanas, y en que la *eficacia* estaba antes que la *moralidad*.

—Eso es gusto... literario,—replicó el especialista;—pero en el fondo resalta, antes que todo, la moralidad. Y no tiene nada de moral eso de desear la mujer del prójimo, porque la mujer de Satanás está casada, y en tal oficina no se apadrina cosa de bigamia. Solteras hay demás de quien enamorarse.

—En buenhora, señor *especialista,* ó señor vicario, si quereis; yo soy tambien muy moral, y solo deseo lo lícito. Cásame, pues, con la hija mayor de Satanás, con tal que aporte al conyugio algo dorado, aunque sea á fuego.

—Los cuernos de su papá, sin duda.

—Vengan, como sean de oro.

—Dorado á fuego, ¿eh?

—Sí.

—Pues oye y elige.

Y el acomodador especialista abrió su diario, que en casos solemnes llamaba el libro mayor, y fué á leer sus concienzudos asientos, ó sean los datos personales de las amables inscritas; pero el codicioso pretendiente se echó encima del libro, y estorbó esta detallada y sabrosísima funcion.

Mas no ha de estorbarnos á nosotros el registro de un libro tan curioso, que lo hemos de hacer aquí, sin pasar mas adelante, por dar gusto á nuestros lectores y lectoras.

Advertimos, empero, que aquella famosa agencia tan *eficaz, moral y reservada,* no existe en la actualidad. Lo advertimos para evitar pasos en balde.

El libro diario ó mayor del especialista, era, en efecto, un espécimen en el género agencial. Todas sus páginas tenian en letras gordas el título de la especulacion, ó sea la razon social, y en letras menores, como ideológicamente debian ser, la moralidad y demás palabras sacramentales del insigne lema.

Despues seguian por conceptos las casillas de que estaban llenas correlativamente cada dos páginas fronteras, con este encabezamiento:

Nombres de las futuras.—Edad.—Estado.—Categoría.—Nombres de los padres ó tios.—Habitacion.—Señas.—Observaciones.

Para comprender la exactitud de esta filiacion universal, no hay mas que llenar estas casillas, copiando solo un artículo del famoso *mayor,* bien que hayamos de ver funcionar el *especialista,* aunque sea por digresion, sino hallamos otro recurso mas á mano.

Hé aquí el tratado textual:

Doña Angela Perez Rubio.—39 años.—140.000 reales en plata.—Doña Luisa, tia.—Calle de Hortaleza, 270, 3.°—Estatura regular, color moreno, pelo poco, cejas al pelo, boca grande, nariz á la boca, ojos saltones, cuello de cisne, pecho canívero, manos de cabritilla, conjunto pasable.—Señas particulares: un lunar en salva la parte.

Y cierra esta especie de biografía la siguiente observacion, por demás característica:

«Esta señora tiene dos hijos de distintos matrimonios, segun informes póstumos y fidedignos de mi especialidad; pero puede decir que es libre para contraer terceras nupcias, máxime cuando nadie puede decir nada contra su envidiable reputacion de reales vellon. 7.000 duros en plata. Mas informes el zapatero del portal.»

Nota (que hay tambien su nota, y muy oportuna por cierto). «Pagó los 20 reales vellon de inscripcion moral y reservada, quedando obligada á la *media annata,* caso de reincidencia legítima.»

Ahora bien; dejemos aquí el registro, que es bastante, y volvamos á lo que atrás quedó pendiente.

III

DONDE CONTINÚAN LAS ISMAS COSAS BUENAS Y MALAS

Pinta se echó, como dijimos, sobre el libro matrimonial, y tomándole la palabra, ó sea la lectura, al famoso *especialista,* leyó como de una vez los múltiples epígrafes; pero despreciándolos todos, hubo de fijar su codiciosa atencion en la casilla encabezada con esta filosófica y trascendental palabra: *Categoría.*

Y fué leyendo, ó mejor dicho devorando, columna abajo, motes:

—Diez mil, quince mil, ocho mil, veinte mil, siete mil, treinta mil, doce mil, cincuenta mil, diez y ocho mil, sesenta mil, siete mil, noventa mil, diez mil, ciento cuarenta mil, (reales, por supuesto).

—¡Esta, esta!—exclamó fuera de sí.—¡Esta es mi mujer!

En efecto, era el mote mayor.

—A ver si te acomodan sus circunstancias,—dijo el acomodador.

—¡Siete mil duros! Desde luego me acomodan, no habiendo en tu libro de oro otra futura de mas *categoría,*—contestó Pinta.

—Es *la punta* mayor, la banquera de este monte, como si dijéramos.

—Pues copo.

Y Pinta dobló la carta, ó sea la página, haciendo con la uña una señal en el mote.

—Moralidad ante todo,—dijo el especialista.—Oye sus circunstancias personales.

—¿Para qué? Las presumo, las adivino, las sé positivamente; esa señora es un ángel.

—En efecto, pero caido.

—Yo,—dijo el pretendiente golpeándose el pecho con un entusiasmo digno en verdad de mejor causa,—yo lo levantaré.

—Pues yo,—repuso el otro,—cumpliendo con mi deber de moralidad y reserva, he de leerte este asiento, aunque tú te tapes los oidos.

Y el especialista comenzó á leer:

—Doña Angela...

—¿No lo dije?—interrumpió el pretendiente.—Es un ángel.

—Sí, femenino: Perez y Rubio.

—¡Rubia!

—Rubio, hombre, Rubio, masculino.

—¿En qué quedamos?

—En que tu rubia es algo cobriza.

—Precisamente, ¡cómo que tiene tanta calderilla!...

—Plata es lo que tiene.

—Entonces es blanquísima como un peso duro.

—Como tú quieras,—dijo el acomodador.

Y siguió leyendo su asiento hasta las señas particulares.

—¡Mia, mia!—repitió el tahur de Pinta, con toda la satisfaccion del que se apropia la banca.

Y añadió con tono de conviccion:

—¿Quién puede poner tacha á una reputacion tan bien sentada? Mia, mia, mia.

—Poco á poco,—objetó el acomodador matrimonial;—falta ahora que tú le acomodes á ella.

—¡Vaya si le acomodaré!

—No confies tanto, buen mozo, que yo quise acomodarle antes que nadie, con mi derecho de prioridad *especialista,* y ella me dijo...

—¿Qué?

—¡Un absurdo... que no le acomodaba todo este acomodador!

—Y dijo muy bien; hay presentimientos, y ella me presentia á mí. Despues de todo, amigo especial ó especialista, si quieres, tú eres una entidad meramente objetiva, mientras yo...

Y Pinta se sonrió, poniéndose todo lo hermoso que le es permitido á un feo.

Despues de esta breve pausa, continuó en el mismo tono:

—Mientras yo soy un sugeto del tenor siguiente.

Y el tahur endilgó su biografía físico-moral, que el acomodador fué acomodando por conceptos ó casillas en su libro celebérrimo, dividido en dos partes ó *sexos,* textualmente.

Y por Dios que el asiento hubo de quedar como de perlas bajo la redaccion del modesto interesado, con sus veinte y cinco años (poco mas ó menos), su categoría de *caballero,* bien que omitiera la órden, ó sea la industria, su habitacion en la calle del Gato, su *conjunto* de buen mozo, aunque algo *moreno,* circunstancia simpática que subrayó el especialista, y sus señas particulares de una graciosa berruga, lunar, digámoslo así, tambien en salva la parte.

—Pues mañana sabrás el resultado,—dijo el acomodador, cerrando ya su libro de *ambos sexos.*

—¡Mañana!—exclamó el impaciente futuro.—¿Y por qué no es hoy mismo.

—Porque tengo mucho quehacer ahora.

—¡Hacer es esto, señor especialista!

—Sí, pero...

—No admito pero; es manzana. Corre, vé y dile...

—No puede ser ahora, hombre

—¿No? Y entonces, ¿dónde diablos está la eficacia adjunta á tu moralidad y reserva?

—¡Aquí está!

Y el acomodador se indicó la frente.

—En los piés ha de estar,—dijo Pinta.—Corre, vé y dile...

—¡Dale bola! Ni corro, ni voy, ni le digo nada hasta que cierre la oficina.

—Pues ciérrala, hombre, ciérrala.

—Los estatutos me lo prohiben hasta la hora señalada, porque pudiera venir en valde alguna futura, y perder yo la inscripcion ó la media annata, lo cual seria un cargo de conciencia para un especialista de mi moralidad.

—Pues úrgeme sobre manera casarme, antes hoy que mañana, no sea que me soplen la dama y... Dame las señas de su casa, iré yo allá.

—De ningun modo, porque perdiera yo las albricias ó sea vulgarmente la propina, en el caso de que fueras aceptable.

—Volveré luego para acompañarte.

—Tampoco. La primera condicion de esta agencia es la reserva.

—Es la tercera.

—Bien, la tercera es primera, despues de la primera y la segunda.

—¡Con que no hay remedio!—exclamó Pinta con despecho.—¡Con que he de esperar á mañana para casarme con esa plata! ¿Y dónde diablos almorzaré esta noche?

—Si esa es tu prisa,—dijo el amigo especial ó especialista,—vente esta noche á comer conmigo.

—¿Y podré entonces saber el resultado de tus eficacísimas, reservadas y morales diligencias?

—Si vienes tarde, sí.

—¡Vaya un conflicto!—exclamó Pinta bostezando de hambre.—Pero calle el hambre,—añadió como entusiasmado,—calle el hambre ante el amor... El amor es... ¡Siete mil duros en plata! ¡Oh! Tarde, tarde, vendré.

—No vayas tampoco á venir á media noche.

—No, al oscurecer.

Y Pinta se despidió del especialista paraninfo, no sin repetirle en recomendacion sus señas generales y particulares, diciendo chusca y formalmente á la vez:

—Buen mozo, veinte y cinco años, caballero de la órden de...

IV

DE SEIS MATRIMONIOS FELICES

Si tuviéramos el tiempo y espacio necesario para narrar detalladamente la historia de esta que hemos de llamar menguada luna de miel, habíamos de dar un buen rato á nuestros lectores; pero nos falta eso, y pasamos desde luego al asunto principal, diciendo que solo nuestros seis caballeros, incluso el acomodador, hubieron de acomodarse en un mes con otras tantas damas, pasadas, digámoslo así, por el oficio espinal del especialista.

No hemos de omitir tampoco, porque esta circunstancia es capital, que con tantos miles de reales y aun duros por categoría, las futuras, ya presentes, hubieron de dar gato por liebre á sus amantes, pues salvo Reyes, que sacó quinientos duros de dote, los demás, hasta el mismo acomodador, apénas pudieron sacar para los gastos de sus bodas.

—¿Pues y tu categoría de reales vellon tantos y cuantos?—preguntaba cada cual á su desnuda costilla.

—En el libro,—contestaban simplemente las esposas.

—¡En el libro! ¿Y cómo no está en el cofre?

—Porque hacia mas gracia allí.

—¡Voto á la sota de oros!

Y todo se volvia un as ó haz de bastos ó de leña.

—Nos has engañado, amigo Monte, con tu moralidad, reserva y eficacia,—decian luego al especialista sus dignosos codignos compañeros.

—Es verdad,—contestaba pesarosamente el aludido;—pero debeis salvar siquiera mi moralidad, puesto que yo tambien me he engañado á mí mismo con toda la reserva y eficacia de mi oficio.

Todo, sin embargo, puede arreglarse,—añadió despues de un rato de silencio, turbado apénas por alguna que otra maldicion.

—Si que puede,—añadieron los otros,—proclamando desde ahora nuestra antigua libertad.

—Nada de eso; somos ya hombres de estado, y hay que conservarlo por decoro de nuestros destinos.

—¿Qué destinos? ¡Mal hayas tú y la ralea de acomodadores!

Y Monte dió á cada cual el suyo en el desenvolvimiento de un magnífico plan, que todos aprobaron.

Lo que fuere sonará en el capítulo siguiente.

V

DONDE SE VERÁ QUE EL CRÉDITO SIGUE Á LA MORALIDAD

A los quince dias de esta sesion, á que siguieron otras ordinarias y extraordinarias, circulaba por la córte, impreso en letras de molde, el siguiente programa, anuncio ó manifiesto:

EL POTOSÍ

SOCIEDAD DE CRÉDITO, Ó SEA CAJA UNIVERSAL Y SEGURA PARA RECIBIR LOS AHORROS DE TODO EL MUNDO

Interés fijo en un 25 *por* 100 *anual.*

200.000.000 *de reales garantizan las operaciones de la Sociedad.*

CONSEJO ÍNTIMO

DIRECTOR GENERAL:

Excmo. Sr. D. Juan del Monte, alto empleado cesante y propietario.

DIRECTOR ADJUNTO:

Excmo. Sr. D. Fulano de la Pinta, caballero de la Orden de la Montera y propietario.

TESORERO:

Don Fulano de los Reyes, propietario.

VOCALES:

Ilmo. Sr. D. Fulanito del Gallo, propietario.
Ilmo. Sr. D. Zutano de la Sota, propietario.
Ilmo. Sr. D. Mengano de la Espada, propietario.
Ilmo. Sr. D. Perengano del Albur, propietario.

ABOGADO CONSULTOR:

Dr. D. Fulano de la Trastienda.

Seguia á esta ilustrísima y aun excelentísima lista de propietarios (caballeros todos de la Montera), una explicacion retórica del objeto de la sociedad, y á la explicacion una prueba matemática del interés de 25 por 100 ganancia fija y aun garantizada con los 200.000.000 reales vellon, que venian á representar las dichosas dotes conyugales, en esta forma y proporcion:

La de Reyes.	10.000
La de Pinta.	8.000
La de Gallo.	6.000
La de Sota.	5.000
La de Espada	4.000
La de Monte.	2.500
TOTAL.	35.500

Esta cantidad no era tampoco la garantía, pues solo aprontó al negocio cada uno 500 reales para montarlo decorosamente, digámoslo asi.

En cambio hé aquí la nómina de sueldos:

Director general.	50.000
Director adjunto.	40.000
Tesorero.	30.000
Vocales á 24.000.	96.000
Abogado consultor.	30.000
TOTAL.	246.000

Y cuenta que ni el primer mes dejaron de cobrar sus respectivos sueldos.

¿De dónde diablos salian estas misas?

De la caja social, que con el atractivo del 25 por 100 de interés fijo y garantizado por tantos millones, el mes primero de gestion tenia en su fondo 600.000 reales efectivos de imposicion; efectivos no, pero sí garantizados, que es lo mismo ó mejor.

—¡Qué barbaridad!—direis.

Lo es, en efecto; pero en el órden de los hechos hay estas barbaridades.

Y el segundo mes habia ya en caja 2.000.000 de reales tan efectivos como los otros.

¡Qué absurdo!

Ciertamente; pero hay absurdos reales.

Pues en esa progresion, ¿á cuánto ascenderian en cuatro años las imposiciones de los incautos en la honda caja de *El Potosí?*

No tuvo *El Potosí* tanta vida, que murió á los treinta meses de un ataque de plétora ó sea quiebra.

Pero esto pide una liquidacion aparte.

VI

DE COMO LA CABRA SIEMPRE TIRA AL MONTE

A los dos años y medio de gestion decia el director general á su cajero:

—¿Ha hecho usted esa liquidacion, señor Reyes?

—Aquí está, señor Monte.

Activo..	Rvn.	500.000.000
Pasivo..		700.000.000
Perdemos.		200.000.000

—¡Qué desgracia!

—Todo se perdió, menos el honor.

—¿Y á cuánto tocamos de pérdida?

El cajero hizo esta operacion aritmética:

—200.000.000 : 8 = 25.000.000, salvo error de pluma.

—Y ¿qué haremos en tan apurado caso?

—Declararnos en quiebra legal, puesto que todo se ha perdido, menos el honor, y retirarnos con nuestras pérdidas, aun cuando sea...

—Al extranjero,—interrumpió el director.

Y añadió esta graciosa epifonema:

—¡Cómo ha de ser!

—Paciencia y barajar,—dijo el otro, como para redondear el pensamiento.

—Cítese al Consejo íntimo y dése cuenta sin perder tiempo.

—No se perderá mas, señor director.

VII

DE LO QUE ERA EL HONOR DE ESTA SOCIEDAD DE CRÉDITO

A los ocho dias se retiraban con sus *pérdidas,* camino de Francia, todos los íntimos de *El Potosí,* resignados con su suerte y consolados con esta reflexion histórica:

¡Tout est perdu, hors, l' honneur!

Este honor era el dinero de los incautos imponentes.

LA HABANA DE ANTES.

POR D. LUIS V. BETANCOURT.

ONDE menos se piensa salta la liebre, anda diciendo el vulgo hace qué sé yo cuántos años, y tal verdad encierra esto, que de seguida voy á demostrarlo y va el lector á quedar convencido. Es el caso, que larga pieza de tiempo túvome sin sosiego el hambre de escribir un artículo sobre las costumbres de esta bendita ciudad, allá por la época en que eran mozos los padres de los que hoy son jóvenes; empero, como yo no hube ocasion de ser testigo de vista de lo que entonces tenia lugar, hé aquí el por qué de mis correrías por esos mundos, en busca de viejos y de viejas que se prestaran á hacerme relacion de las cosas de la Habana, en la época á que me refiero. No se crea que en mi vuelo observador haya pretendido remontarme al siglo pasado; antes lo que me viene en apetito es el tiempo transcurrido del año diez al cuarenta, y á estas tres décadas han estado siempre dirigidos los espejuelos de mi observacion.

Empujado, pues, por la manía de sacar trapillos al aire, y ganoso, como digo,

de poner cosas viejas á la luz del sol, dime en trabar amistad con las *antigüedades,* prefiriendo, por supuesto, á las hembras, pues no se me olvida que las mujeres todo lo recuerdan y lo cuentan todo. Entre estas tengo por amiga á una solterona, que jamás quiso ilustrarme sobre lo pasado, porque aun que yo juraba que ella era de cincuenta para arriba, nunca se dió por aludida, y contestábame que puesto que era *del dia,* ignoraba el contenido de la pregunta. Cien veces volvia á la carga, y cien veces era rechazado; y tanto se defendió el enemigo, que ni un adarme de esperanza me quedaba ya de que ella confesase la demanda, hasta que una noche.....

Una noche estábame de visita en la casa de mi perseguida solterona, que por mas señas se llamaba Mónica, y hablábamos del frio, del calor, de los transeuntes, de los vecinos, de todo, en fin, lo que la gente conversa, cuando no tiene so bre qué conversar; y ya me iba yo durmiendo de puro fastidiado, cuando vimos entrar de repente á una señora, que con los brazos en cruz y la cara llena de risa, se dirigia hácia donde se hallaba Mónica. Miróla Mónica, examinóla, y:

—¡Mateita!

—¡Mónica!

Gritaron ambas, volviendo á abrazarse despues de muchos años de separacion, en que cada una habia andado por su camino. Abrazáronse, como digo, besáronse, volvieron á abrazarse, y se arrellenaron en sus sillones, haciendo abstraccion completa de mi personalidad, y comenzando á charlar alegremente, como si nada tuvieran que esconder, inclusa la edad. Yo estaba contentísimo no solo viendo llegado el momento en que se iban á realizar mis sueños, sí que tambien al contemplar el cuadro peregrino que se presentaba á mi vista. Juntas las dos eran un motivo de estudio para el escritor de tipos. Era la Mónica una jamona de muy buenas carnes, alta de cuerpo, y de piel fresca y blanca. Canas, no las tenia, no por falta de comparecencia en tiempo y forma, como la de aquellos litigantes á quienes se les suele acusar la rebeldía, sino que como venian pintadas de negro, no las hubiera conocido ni la misma que las llevaba en la cabeza. La leche cutánea se habia hecho cargo de las arrugas, y de la cintura, el corsé. Peinaba á la moda; á la moda vestía, y aunque por la mañana aparentaba tener cuarenta años y por la noche treinta, en la iglesia de la Salud la fé de bautismo rezaba cincuenta; así es que por mas que se untaba cascarita para aparecer blanca y pomada para aparecer jóven, no era jóven blanca, sino vieja verde. De Mateita no podia decirse lo mismo: arrugada como chaqueta de muchacho, mas encorvada que ar-

bolillo bajo el peso del huracan, y carcomida y hecha trizas por la polilla del tiempo, podia pasar por madre de Mónica, aunque ambas eran contemporáneas. Un tuniquito de olan, tan corto que dejaba ver sus piés calzados con zapatos de dril negro y una manteleta á la antigua, cubrian aquel cuerpo hoy tan desprovisto de encantos, y que ayer habia hecho suspirar á mas de un mozo barbilampiño que se moria por sus pedazos. Era un gorro de dormir de un cura franciscano del año doce, perdido entre los papeles de un estudiante del nuevo plan; una momia de Egipto caminando en pleno siglo XIX. Mónica y Mateita parecian dos soldados que vuelven de la guerra, vencedor el uno y vencido el otro. Y así era en efecto, porque Mónica habia vencido al tiempo y el tiempo habia vencido á Mateita. Mateita no tenia dientes; Mónica los enseñaba postizos. Mateita no se cuidaba porque era casada y tenia ocho hijos: Mónica se cuidaba porque no era casada y no tenia ocho hijos. Mateita habia dejado en libre accion al reloj de su vida, Mónica lo habia atrasado y, si hubiera podido, hasta le habria roto el muelle real, para que no anduviera ni una hora mas. Una era la antigua Mateita, otra la Mónica reformada. Un poeta al verlas juntas habria dicho:—Hé aquí un invierno de cielo azul al lado de un invierno neblinoso.—Y un escritor satírico:—Hé aquí una vieja muchacha junto á una vieja anciana.—Por lo demás, segun hemos dicho, ambas eran cincuentonas.

Pues, como decia de mi cuento, pusiéronse mis dos antigüedades á conversar, sin parar mientes en mí que las oía, y gracias á lo cual puedo ahora referir algo sobre lo que tanto deseaba. Y aquí viene como de molde aquello que dije al principio de que: *donde menos se piensa, salta la liebre*, pues cuando menos las esperaba, vinieron las ansiadas confesiones.

Despues de mil preguntas y respuestas que yo no entendia, ni ellas tampoco, á causa de la precipitacion y desórden con que se sucedian unas á otras, restablecióse la calma, y aparecieron los recuerdos, propios de tales casos y personas.

—Pues, sí, hija,—exclamó Mateita,—lo que eres tú, no sales de los quince.

—¡Ay! ¡Jesús! No digas eso,—le contestó Mónica, arreglándose los rizos y poniendo los ojos de carnero moribundo.—¡Mira que los años no pasan por debajo de la mesa!

—¡Y es verdad! El tiempo se va volando. ¡Parece que fué ayer cuando nos conocimos!

—Vamos á ver, ¿á que tú no te acuerdas de la primera vez que nos vimos?

—Como si fuera ahora: en el teatro Principal, en uno de los beneficios de Covarrubias.

—Pues mira que te equivocaste, porque no fué en el teatro Principal, sino en el Diorama.

—No, señorita. ¿Qué me vienes tú á decir á mí?... Con que mi tio estaba colocado en la puerta, y por eso entrábamos nosotras todas las noches... por cierto que no perdí ni una funcion.

—Ya se vé, con Garay allí, que trabajaba divinamente, y con Covarrubias.....

—¿Y qué me dices de Hermosilla? ¿Y de Juan de Mata, que hacia siempre de barba? ¡Qué buena compañía! Porque mira: la Molina y sus tres hijas no podian ser mejores; de la Puerta, no se diga nada, y lo que era la Alberdi... todavía tengo yo guardados unos sonetos que le *sacaron* sus enamorados, cuando su beneficio.

—¿Y te acuerdas de la ópera que vino despues?

—¡Toma! Como que me moria por Fornasari, que era un tenor...

—A mí me gustaba mucho Montressor.

—¡Qué! Ese era bajo.

—Bajo ó no, lo que es como él no habrá allí ninguno; despues la Rossi.

—¿Qué sabes tú? ¿Dónde pudo llegar nunca la Rossi á donde llegaba la Pantanelli? Todavía recuerdo que cuando se fué íbamos todos en volanta acompañándola.

—Ahora que dices volanta, ¿á qué no te acuerdas de una cosa?

—¿De qué?

—De aquella ocasion que fuimos en volanta á Matanzas, y por poco nos quedamos en el camino.

—¡Vaya! Y que fué con nosotros Longo...

—¡Ay! No me recuerdes á Longo, condenada. Mira que cada vez que echo de menos aquellas canciones...

—Como que era el Perico de los cantores. Y que cuando tocaba la guitarra no habia quien le levantara el pañuelo.

—No, hija; allí estaba tambien Gogito, que no se dejaba tomar la delantera.

—Ya lo sé; y tampoco me olvido de Caneda, ni de Vicente Ramos, ni de Perico Arango.

—¡Ay *demongo!*

—¿Y qué me dejas para las tocadoras de arpa?

—¡Qué danzas aquellas tan bien tocadas! No habia á quien escoger: Virginia Pardí, Pilar Escobar, Paulita, Justa Valdés...

—Un sin fin, muchacha.

—Pero volviendo á las canciones, ¡cómo te gustaba cantar *El Destino,* y *La Existencia!*

—Sí, pero la que mas cantaba yo era aquella de:

«Por caprichos de muy poca monta
Mi muchacha conmigo peleó,
Y estuvimos sin vernos seis dias...»

—¿Por qué te gustaba tanto?

—Porque yo casi siempre estaba *peleada* con mi *cortejo,* y cuando venia se la cantaba.

—¡Y que entonces habia canciones por castigo! *El Bombito, Vigo en prision oscura, La amapola. La partida de Alfredo, La Paloma, La Armenta, La maldicion, El ciprés,* todas muy buenas.

—¿Te acuerdas de los bailecitos de todas las noches?

—¡Vamos! Y tú ibas á las *escuelas*...

—¡Como que sí iba! A la de Estéban Sanchez y á la de Muñoz, allá por San Isidro; y hasta á la de Soto y á la de Farruco, y eso que estaban mas allá del Campo de Marte. Por cierto que ¡yo no sé!... Ahora están hablando tanto contra las escuelas de baile, y lo que era entonces no daban que decir.

—¡Qué iban! ¡Si allí se aprendia por reglas, y no habia ese *rebumbio* que hay en la danza de este tiempo.

—Entonces sí era buena, con el paseo, la cadena, la media cadena, el sostenido y el cedazo; pero hoy no saben mas que abrazarse y dar vueltas.

—Lo que es yo, hija mia, no bailo.

—Pues á tí te gustaba bastante.

—Sí, pero en nuestro tiempo era distinto.

—Ya se vé que sí... Pero no digas el modo de bailar, muchacha. ¿Dónde van las danzas de hoy á tener el *señorío* y el compás de las antiguas?

—¡Es claro! Ninguna puede compararse al «Canelo,» «Si la mar fuera de tinta,» «El zungambelo,» «El forro de catre,» «Los papeles,» «Los guachinangos,» «El mandinga siguato...»

—¿Y el walz?

—¡Ah! El de «Ricardo» era de primera.

—¿Y «La Esperanza?» ¿Y «El Aleman?»

—La gente de hoy no sabe divertirse.

—¡Ay! Si volvieran aquellos tiempos...

Y siguieron recordando la pasada juventud y haciendo notar la diferencia que habia entre la Habana de entonces y la de hoy.

Y en casi todo tenian razon, porque la verdad es que parece cuento lo que en pocos años hemos variado, tanto material, como intelectual, como moralmente.

*
* *

En cuanto á lo material, el cambio ha sido completo. El Hoyo del Inglés, refugio de los muchachos que se *fugitivaban* de la escuela, se extendia lleno de lodo y manigua por las que hoy son calles de San Miguel y Aguila; los Barracones se derramaban por las que despues se llamaron del Prado y Consulado; y las *estancias* de Hano y Vega, Arteaga, Castro Palomino, Betancourt, los Sigleses y otras, se hallaban donde al presente se levanta el hermoso barrio de Colon. Todo lo que es poblado intramuros, era extramuros despoblado. De noche, el aspecto de estos últimos barrios ó mejor dicho de toda la Habana, no era alegre, por cierto, con sus calles oscuras, solitarias y de mal piso; sus dos ó tres volantas, que casualmente pasaban, como asombradas de verse fuera de casa á las ocho de la noche; sus tunales, uveros, maniguas, casas de guano, y cercas de tablas por todas partes y con su oscuridad y silencio de cementerio. La calle de San Miguel era la de moda para el paseo; y si la de San Rafael hubiera aparecido de repente, tal como está hoy, en aquellas soledades, con los coches, las luces de gas, los transeuntes, con toda esta vida que suele alegrar á la Habana moderna, habrian huido espantados aquellos habitantes, aturdidos por el estrépito, deslumbrados por la claridad y mareados por el incesante movimiento. Por lo que respecta á lo intelectual, el silencio era mas profundo, la soledad era mas aterradora, la sombra era mas oscura. Bibliotecas, no las habia, y si las hubo, cada cual guardaba la suya; los periódicos eran enanos, raquíticos, contrahechos, y fuera de las noticias de la guerra, maldito lo que se ocupaban del bien general; las escuelas se sostenian gracias á los gorros de papel, á las palmetas y á las correas, porque *Magister dixit* y *La letra con sangre entra;* latin por Nebrija, de memoria; el catecismo y la Historia

Sagrada al pié de la letra; gramática de Araujo; en la escritura, letra española; cuentas, hasta partir; las lecciones sin un punto, cantando, y vaya usted con Dios. Esto no fué parte para que de tanta oscuridad salieran hombres de inteligencia, de voluntad y de aplicacion, como salen chispas eléctricas de las nubes tempestuosas y oscuras. Luz, Varela, Caballero, Romay, Govántes, Bermúdez y otros, fueron los relámpagos de aquellas tinieblas.

Si aténdemos á lo moral, eran mas sencillas las costumbres, pero no por eso mas sanas. De féria en féria, de baile en baile, y hasta de velorio en velorio, se divertia de contínuo la juventud y salíase de quicio la vejez. El Angel con sus tortillas y su cangrejo; la Salud con sus fuegos de artificio; San Isidro, la Merced, Jesús María, todos los barrios tenian sus patronos, todos los patronos tenian sus fiestas, todas las fiestas tenian sus *cunas* y sus mesitas y sus convites y sus bailes; porque cuando se iba la *novena* venia la *octava,* y cuando no habia octava ni novena, se aparecian los altares de cruz y los velorios, resultando de todo esto un contínuo bailar y un contínuo cantar de enero á enero.

Las férias tenian siempre distraidos á los jóvenes de su estudio y á los viejos de sus ocupaciones; incitaban las mesitas de juego; arrastraba la música de las arpas, los violines y las guitarras, y la muchedumbre corria ansiosa á saborear esos placeres, que si á primera vista parecian inocentes, en resúmen no servian mas que para sembrar en el corazon el amor al juego y la aficion á la vagancia.

Los altares de cruz hacian gran acopio de enamorados, y con este lazo iban todos uncidos al carro del amo de la casa, que empezaba en fiesta nocturna gastando solo tres ó cuatro pesos, y hacia pasar el consabido *ramo* de mano en mano, para que cada noche tomara creces el asunto, concluyendo siempre en lujosos convites lo que humildemente habia empezado.

Los velorios eran un pretexto de llanto para reir; una cita de alegría entre cuatro velas de muerto; una reunion familiar delante de una tumba. Cuando moria uno, los amigos y hasta los desconocidos se creian con la obligacion y el derecho de asistir al velorio, y personas habia que buscaban entonces velorios, como hay algunas hoy que andan siempre oliendo donde guisan, ó espiando donde bailan. En el cuarto los dolientes lloraban al difunto, y en el comedor ó en el patio, las visitas celebraban la muerte. Una delgada pared separaba el dolor de la alegría. La alegría era aquella no moderada, sino estrepitosa é insultante. Allí se conversaba, se comian galletitas con queso, se enamoraba, se reía, se tomaba café, se decian adivinanzas, se jugaba á las prendas, se pintaban unos con otros

con corcho quemado cuando quedaban dormidos, se referian cuentos, se aplaudia, se hacia todo, en fin, menos acompañar á los dolientes y velar al muerto. Pálidos, ojerosos, cansados, despues de una noche de diversion se dirigian todos á la mañana siguiente al que despedia al duelo y le decian: *Le acompaño en su sentimiento,* como si hubieran estado llorando toda su vida. Y se retiraban muy satisfechos de su amor al prójimo y dispuestos á buscar otro muerto á quien velar y otra familia á quien acompañar en su sentimiento, es decir, otro velorio en que divertirse.

Yo respeto á los viejos en cuanto se dan á respetar; pero respóndanme francamente, si creen tener razon en querer que vuelvan los dias de ayer y si no se encuentran mejor en la Habana moderna.

Por fortuna, el progreso ha extendido sus alas blancas sobre nuestras cabezas, y ha cambiado la situacion. Las *estancias* han desaparecido para siempre, las lecciones de memoria y las correas se han ocultado, llenas de vergüenza, y las férias, los altares de cruz y los velorios pertenecen á la historia y están ya pasados en autoridad de cosa juzgada. Donde estaban los yermos, se han levantado los edificios y se han poblado los barrios; donde habia ignorancia han nacido las escuelas, se han aumentado las bibliotecas, se han multiplicado los periódicos; donde se extendia la oscuridad, ha alumbrado el gas, ha corrido la electricidad por el telégrafo, ha bramado el vapor en la locomotora, y el progreso nos quiere impulsar.

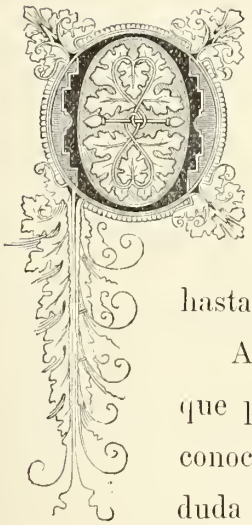
No significa esto que yo tenga á la Habana de hoy por una cosa del otro mundo; pero relativamente á la época á que me refiero, hemos adelantado. Quiera Dios que sigamos marchando un poco mejor y un poco mas aprisa.

En buena hora lo diga y el diablo sea sordo.

EL MOZO DE CAFÉ.

POR D. JUAN MENDEZ CUETO.

I



DIVIN café.....
Qu' ignorait Virgile et qu' adorait Voltaire.

¿Cómo podrian escribir antiguamente sin café?

Sin café no podrian escribir de ninguna manera; sino que lo suplian con el Corinto y el Falerno, con el Rhin y el Jerez, hasta que se inventó el café.

Aunque fué plantado en el paraíso terrenal por la misma mano que plantó el manzano, árbol de infeliz recordacion, el café no fué conocido por el hombre hasta mucho tiempo despues del diluvio. Sin duda renaceria de sus cenizas, digámoslo así, ó lo plantaria de nuevo Noé, opinion no inverosímil, puesto que el santo patriarca era muy dado á plantar muy buenas plantas, y ahí está la parra que no nos dejará mentir.

Salvado ya el diluvio, que era nuestra gran dificultad, la historia del café corre ya tan desembarazada y cierta como la del mismo Baco y demás dioses mayores y menores.

¿Es por ventura un dios?

Sí, padre.

Tiene como cualquiera otro dios, su culto, su sacerdocio, sus devotos y devotas, sus templos y altares en todos los pueblos grandes y aun en los pequeños que quieren tomar categoría y costumbres, ó humos de alta sociedad.

Es pues un dios el café; es el mismo Baco, pero vestido y adorado á la moderna; es un Baco que ha reñido con la taberna y se ha alojado en un palacio entre gente *comme il faut.*

Pero así como el dios Término no era en el órden natural sino un pedrusco, un mojon, que determinaba las lindes y guardaba la propiedad, el dios *Café* tampoco es más en ese órden que un simple árbol, cuyo fruto en infusion da el elixir divino, sin el cual no se puede escribir, ni pensar, ni comer, ni vivir.

En este concepto, su historia es mas sencilla.

II

La planta del café *(coffea arábica)* pertenece á la familia de las rubiáceas y es originaria de la Etiopía, habiéndose propagado su cultivo por la Arabia Feliz, las Antillas y la costa meridional del Asia.

Crece este arbusto hasta cinco ó seis metros de altura, y sus hojas se parecen, y no pueden menos de parecerse, á las hojas siempre vivas del laurel. Son árboles hermanos, ó primos cuando menos, destinados desde su orígen á la cabeza humana; sino que el uno obra por fuera y el otro por dentro.

En la insercion de las hojas brotan unos ramitos de blancas flores, con un cáliz de cinco dientes, una corola de cinco lóbulos y una baya adherente, que se asemeja á una cereza en color y magnitud, y encierra en un mucilago y viscoso uno ó dos granos de café.

Pero la virtud de este precioso fruto se perdia con el mismo fruto, como mil otras virtudes desconocidas aun se perderán en otras plantas, hasta bien entrado el siglo XV.

La leyenda atribuye el descubrimiento de esta virtud, que por su mismo orígen podríamos llamar teologal, al superior de un convento, que no sabiendo que hacer ya para que sus monjes no se durmieran en los oficios nocturnos, puso en infusion la semilla del café, y les hacia tragar todas las noches el amargo brevaje; que sin azúcar no es tal elixir el café.

Pero con este fraile sucedió lo que con Américo Vespucio. Este dió su nombre al mundo que habia descubierto Colon, y el fraile Coffea, dió el suyo á la planta cuya virtud habia observado el pastor que se lo dijo á él.

Fué, pues, un pastor, quien descubrió el café, notando por la esperiencia de todos los dias, que su rebaño estaba mas despierto y vivo cuando ramoneaba el fruto de esta planta. Aunque en rigor, tampoco fué el pastor del rebaño, sino el mismo rebaño el descubridor del café.

Hasta fines del siglo XV, no se comenzó á cultivar esta planta en la Arabia Feliz, pero luego se propagó rápidamente su cultivo, á pesar de la oposicion del Gran Turco, que lo prohibió bajo severas penas, como nocivo á la salud. ¿Cómo seria entonces la salud de los turcos?

Por fortuna de ellos, en 1554, Soliman, que fué un turco mas grande que sus predecesores, hizo justicia al café, y gracia de tomarlo á sus vasallos, no solo alzando la prohibicion, sino tambien obligando á su cultivo.

Y es mengua de nuestra cultura no haber conocido esta virtud sino un siglo despues que los turcos. Verdad es que una vez conocida en Francia, cundió rápidamente por todas las naciones de Europa y América.

Sin embargo, ni Europa ni América tomaron al principio el café sino como medicina, tal como se toma hoy dia en los pueblos pequeños. Como elixir para alegrar la vida, se tomó mucho despues, limitándose su uso á los príncipes, á los cortesanos, á los señores, á los literatos y poetas (en mesa ajena por supuesto).

Las familias desahogadas fueron luego admitiendo la costumbre aristocrática; pero las mas modestas y el pueblo especialmente quedaron excluidos de este goce, hasta que á fines del siglo XVII, llamó á una misma comunion á todo el mundo, sin distincion de clases, edades ni sexos, el culto del dios café en su verdadero templo, en el templo que lleva el mismo nombre del dios... en el *café*.

El primer café que se abrió al público fué en 1672, y fué establecido con real privilegio por un aventurero armenio, para la féria de San German en París.

A ejemplo de éste se abrieron otros muy luego, así en París, como en Marsella y otras capitales de Francia; y por el modelo de los de Francia se fueron despues abriendo, primero en Holanda y luego en Inglaterra, Alemania, Italia, España, etc.

El principal centro de la produccion del café fué siempre la Arabia Feliz, sobre todo en las cercanías de Moka y Aden, donde la felicidad de la Arabia llega al séptimo cielo, por el olor, color y sabor de su divino café.

«A pesar de los experimentos hechos por gran número de químicos,—dice un ilustre autor,—tenemos muy pocos datos ciertos sobre la verdadera composicion química del café, y estamos aun muy léjos de saber á qué principios puede atribuirse su accion sobre la economía animal.»

¡Qué atrasado de noticias está el ilustre autor! Nosotros con no saber una palabra de química, le diremos lo que ignora. El café se compone... de café, azúcar y unas gotas de ron, principios que sin dejar de ser tres, son un solo elixir verdadero. Este divino elixir despeja la inteligencia, abrillanta las ideas, mueve la voluntad, llama la inspiracion, así para concebir un poema heróico, como para redondear un negocio mercantil: alegra el corazon, sacude los nervios, embriaga todos los sentidos, sin perturbar nunca una facultad; cura, en fin, todas las dolencias del alma... y del cuerpo si le conviene.

¿Cómo se obra este prodigio?

Esto ya no es competencia nuestra, y abandonamos íntegra esta investigacion científica á los sábios que solo encuentran en el café ó técnicamente en la *cafeina* un alcaloide cristalizado en agujas blancas y sedosas, fusible, sublimable, amargo y hasta venenoso.

Ya hemos dicho de que se compone el café; pero si en sus comienzos no, no en el roce y contacto, en la fusion ó confusion ó lo que sea el trato de la vida moderna, al café le falta algo, si no se toma en su templo, en su altar, en la mesa del café, servido en toda regla por sus acólitos.

Hé aquí el tipo que vamos á reseñar.

III

El mozo de café no necesita ninguna iniciacion ni aptitud: ni hace el café ni lo sirve en rigor, se lo sirven á él ó él lo sirve por segunda mano: no hace mas que poner los utensilios y cobrar.

Pero en roce y comunicacion constante con toda clase de personas, ha de ser, necesariamente, atento y obsequioso.

Como el servicio es uno, el tipo del que lo presta es uno tambien, único, invariable. Las diferencias son accidentales, meramente exteriores: el tipo parisiense por ejemplo, parece un *petit maitre;* el tipo madrileño no parece sino lo que es... es un gallego; en el fondo un mismo tipo los dos, ó rasgos de una misma fisonomía: mozos de café.

Tambien son accidentales en el mozo las diferencias de servicio: el aleman y el inglés sirven tarde y en silencio; el francés y el italiano, son precipitados, cumplimienteros, locuaces; el español es como debe ser, ni tardío ni presuroso: sirve oportunamente, y fuera de las generales de la ley, no habla sino cuando le preguntan.

No le pregunteis al mozo de un café de primera ni siquiera cómo se hace el café; no os lo dirá: son detalles de cocina que no saben sino los mozos de cafetin. Estos os lo dirán todo con sus pelos y señales, ó moscas, si quereis.

Pero, ¡cosa extraña! El café no es parte integrante del café, segun el procedimiento que ven en la cocina los mozos de cafetin.

—¿Cómo haceis el café, Serapio?—preguntamos una vez á uno de estos para enviar la receta á nuestro pueblo.

—Yo no lo hago, señorito; pero, vamos, sé cómo se hace, que es lo mismo, porque lo veo diariamente en la cocina del *Gato*.

Este *Gato* era el cafetin, donde siempre lo daban por liebre.

—Bien: ¿cómo se hace?

—Muy sencillamente, señorito. Se pone el agua á hervir, luego que hierve se pone la achicoria, el acíbar, la pez y un par de áscuas de carbon, se tapa y se deja reposar, y... ya está.

—Pero, ¿y el café, cuándo lo echais?

—Ya lo hemos echado.

—¡Cuándo, que no lo he visto!

—¡Bah! Cuando echamos la achicoria...

El mozo de café viste siempre de negro y blanco, que son los colores de toda etiqueta; sino que el blanco es el mandil, trapo que rechazan de consuno la decencia y el buen gusto, y que está tan bien atado á la cintura del mozo que no se caerá ni á dos tirones. Al mozo le basta para su servicio una servilleta al hombro ó en la mano; pero este Madrid donde de todo se abusa sacó de la cocina el mandil, y con ser cosa tan fea, el mandil se va extendiendo á las provincias.

El mejor mozo, en Madrid (de café por supuesto este buen mozo), es el gallego ó asturiano (raza mas fina de gallegos). En primer lugar, por ser mas fiel; en segundo, por ser mas respetuoso; en tercero, por ser mas servicial; en cuarto, por ser mas económico; en quinto, por haber en Madrid mas gallegos que en la misma Galicia.

No está, por eso prohibido que sean castellanos y andaluces; pero parece que lo está, pues se ven muy pocos de esa procedencia.

Sea como quiera, dicen algunos que en Madrid es donde sirven peor los mozos de café.

No opinamos lo mismo; á nosotros nos han servido siempre bien.

Pero hasta estos mismos que saben servir muy bien, suelen servir muy mal á veces.

Es cuestion de propina.

La propina del mozo de café en Madrid es un abuso impuesto por la necesidad y autorizado ya por la costumbre. No pueden engordar, ni mucho menos, los pobres acólitos de estos templos con lo que les da el cafetero, ó sea el sacristan, que se reserva codicioso el pié de altar, digámoslo así. Hay mozos que sirven gratis, aunque no es todo devocion. Mas aun: hay quien da algo por servir.

Claro es que no podrian tener esta abnegacion, sino contaran con la propina, que hacen obligatoria en cierto modo, sin despojarla de su carácter espontáneo. Ellos no la piden; pero la hacen recordar.

¿De qué manera?

Héla aquí.

Entra un caballero á un café y va á sentarse á una mesa.

El mozo lo ha visto: le vuelve la espalda y lo deja pasar.

Lo ha conocido, y no lo ha visto mas que una vez; pero una vez sin propina. Lleva una señal.

¿Dónde?

En ninguna parte; pero va señalado.

El caballero da una palmada llamando.

El mozo, que estaba en pié, se sienta, ó se va mas léjos, diciendo entre dientes:

—¡Otra te ha de costar!

Despues de una pausa, mas ó menos larga, segun los nervios del paciente, el caballero, da dos palmadas, ruido que le entra por un oido al mozo y le sale por otro.

—Otra te ha de costar,—repite el gallego, salvo error, con una guasa al parecer andaluza.

Pasada otra pausa igual ó mayor, *secundum quid,* el caballero se impacienta y aplaude mas aína.

Entonces acude el mozo, diciendo simplemente:

—¿Qué va á ser?

—He llamado tres veces.

—No lo he oido ninguna.

—¡Café!—dice en voz de mando el caballero.

—¿En taza ó en vaso?—pregunta el guason.

—En taza.

El mozo le sirve vaso y se pierde, olvidándose de avisar.

Y vuelve el caballero á sus aplausos y abrenuncios, sin que ningun otro mozo pueda servirlo, porque no es de su seccion; y no es por esto, sino por la señal.

Cuando le parece al mozo de la seccion, da una vuelta por allí; el caballero reniega, y él siempre respetuoso y humilde, lo deja renegar, y cuando puede meter baza pregunta simplemente:

—¿No han servido aun al señor?

—¡Aun estoy esperando!

—Voy volando á avisar.

Y avisa, en efecto, entonces; pero sin volar, ni correr, ni aun siquiera trotar, sino á su paso de andadura.

Si es muy reincidente el caballero, pudiera ser tambien que cayera alguna mosca en el café.

Pero pagando estos derechos de consumo, en Madrid se sirve el café mejor que en ninguna parte de España.

En las demás partes, satisfechos ó resignados con su mezquino salario, los mozos de café ni siquiera hacen recordar la propina con sus morosidades; pero está probado que no rechazan la propina, cuando se les da.

Pero hay una propina inexcusable en todos los cafés, la cual, por obligada, pueden pedir los mozos, y la piden con todo su derecho, cuando no cae ella de por sí.

Es la propina de Navidad, fiesta que autoriza á todo el mundo á pedirla, aunque bajo el nombre mas honesto y aceptable de aguinaldo.

Los mozos de café tampoco tienen escalafon, ya que no se les exige aptitud ninguna para el servicio, como no sea la de conocer los vidrios, el manejo, el manoseo del cristal sin romperlo... ni mancharlo; aunque aquí, el que lo rompe paga.

Sin escalafon de ascensos el mozo sale como entra, es decir, seria capaz de morirse de viejo sin haber llegado á cafetero.

Hay, sin embargo, honrosas excepciones, aunque pocas; pero ni estos pocos

ascensós se dan por escalafon, sino por gracia; pues no obsta el servicio del café para dedicarse al juego, por ejemplo, de la lotería, y otros negocillos igualmente lícitos.

El mozo de café está siempre en ocasion propincua de ser agraciado por la lotería. El no juega, pero hace jugar, revende billetes á los parroquianos del café, con garantía, digámoslo así, prometiendo siempre el premio.

Nada pierde con prometerlo, cuando á nada le obliga su promesa, que al fin, no es mas que un buen deseo; pero se expone á ganar, porque acertando alguna vez entre las mil que yerra, el premiado se cree en el deber de recompensar á quien con tanta seguridad le ofreció la suerte; y la recompensa es proporcionada al premio, aunque siempre mas proporcionada al carácter del agraciado.

Suele tambien negociar con sus relaciones, porque el mozo de café, que tiene además del café, agrado y conducta, llega á ser un hombre de relaciones y algunas muy valiosas. Los mozos de la antigua Iberia, café político, antes que católico, como diria *El Siglo Futuro,* estaban relacionados hasta con ministros; diputados, generales y altos empleados eran para ellos *peccata minuta.*

Allí tomaba tambien café Frascuelo y compañía, ó técnicamente cuadrilla: figuráos si el mozo que lo sirviera tendria cesantes á sus amigos.

Los mozos de café son mozas en alguna parte; á lo menos, mozas eran, y muy guapas y obsequiosas por cierto, las que nos sirvieron en un café de Barcelona, el poco tiempo que por allá estuvimos.

Pero *las mozas de café han de ser mozos,* si ha de crear y mantener el cafetero el crédito de su establecimiento.

—Siéntate,—le dije á la buena moza que me sirvió allá la primera noche. Y se sentó á mi mesa sin hacerse de rogar. Comencé á hacerle preguntas para orientarme en un país que desconocia, y ella á contestarme con tanto interés, que no vió que hacia falta en otra mesa á donde la llamaban.

Cuando se apercibió de ello, iba yo tomando interés y le dije:—¡No vayas!

Y no fué. Hasta que el cafetero, despues de un buen espacio, se acercó á nuestra mesa, y tocándole en el hombro:

—¡Al servicio,—le dijo,—y menos palique! Dispense usted,—añadió dirigiéndose á mí,—es menester estar siempre encima de estas chicas para que no descuiden el servicio.

—Esto sucederá con frecuencia, amigo mio.

—Me he engañado en mis cálculos, pero yo pondré remedio, antes de arruinarme por ellas. *Las mozas de café han de ser mozos.*

KM
25
Fusté
Lobarta 1889

EL GUARDIA CIVIL.

POR D. MANUEL J. RENGIFO.

I

ALLA en aquellos tiempos de capa y espada, en que á la luz de las estrellas, único alumbrado público, tenia que andarse á cuchilladas al atravesar una calle de las grandes poblaciones, sin mas proteccion de autoridad pública que la de aquellos *alguaciles alguacilados,* de Quevedo, hombres de capa y espada tambien, pero que por ser aquella mas justa que pecadora, y esta mas pecadora que justa, tanto abrigaba la una como protejia la otra; *in illo tempore,* digo, habia, y á la luz del sol, mendigos muy devotos, que casi á las puertas de las ciudades, dejando en medio del camino su sombrero, y en medio del sombrero su rosario, se apostaban en los matorrales de la orilla y pedian á todo transeunte aislado, una limosna... por Dios no, por la boca de fuego que enseñaban: y mas allá, no muy léjos, pero ya en abierto despoblado, habia tambien en aquellos tiempos de rosario, aquella tropa ligera de á pié y de á caballo, en que se hizo célebre mas de un capitan, especie de resguardo que no dejaba por registrar un bolsillo del pobre

viandante que caía prisionero de guerra, ni menos un cofre del escaso equipaje que podia trasportarse á lomo, ó á lo mas en un carricoche.

Con estos riesgos infalibles y los tropiezos de una locomocion primitiva, no es maravilla que se vacilara en ir á recoger una herencia de Madrid á Alcalá de Henares, resolviendo al fin en éstos y otros casos de identidad, despues de consultar primero con la almohada, luego con toda la familia, despues con los mayores en edad, saber y gobierno, y últimamente con el confesor, perder la herencia, antes que exponerse temerariamente á perder la vida.

Y si, desoyendo consejo propio y ageno, se arriesgaba á un largo viaje, tan largo como desde aquí á Pekin, que diríamos hoy, y era entonces solo como desde Sevilla á Granada, desde Granada á Toledo, desde Toledo á Zaragoza, de Zaragoza á Valencia, no estaba el temerario tan dejado de la mano de Dios que á lo menos no se dispusiera á morir como buen cristiano, haciendo su testamento como *in articulo mortis*, confesando y comulgando y despidiéndose de sus deudos y amigos hasta el valle de Josafath.

Tampoco es maravilla, por lo mismo, que en aquel viejo mundo, que solo tenia movimiento de rotacion, ó sea sobre su eje, ó sea sobre sus talones, porque tales y tantos peligros le hacian aborrecer todo movimiento de traslacion, el que desde su pueblo iba á la capital y volvia, era un hombre corrido y mejor diríamos, corriente, corredor; el que habia ido á la costa, era ya un hombre de mundo; el que habia ido mas allá, era un prodigio; y venia haciendo gentes, como hombre inaudito y nunca visto, el que habia estado en *París de Francia*.

Un milagro de la ciencia y de la industria ha hecho que nos parezca ya un sueño hasta ridículo lo que era entonces lógico, necesario, fatal. ¿No es un milagro tender por toda la superficie de la tierra, un camino llano como la palma de la mano, perforando montes, rellenando abismos, cruzando rios, para abreviar y hasta casi suprimir el tiempo y el espacio?

Antes se necesitaba un mes para ir de Sevilla á Madrid: ahora se duerme uno en Madrid, se despierta en Zaragoza, come en Lérida, y cena en la capital del Principado.

Pero inútil seria ese prodigioso medio de locomocion que nos lleva y trae, como en alas del viento, si hubiera ahora como antes, en medio de la vía, un sombrero y en medio del sombrero un rosario, casi á las puertas de las ciudades, y ya en el despoblado tropa ligera de á pié y de á caballo, que no dejara por registrar bolsillo de viajero ni cofre de equipaje, que seria botin de guerra.

Y si no, recordad las muchas dificultades y no pocos peligros, ante los cuales tenia que detener su triunfal marcha la locomotora, durante la guerra de los carlistas, con ser estos tropa mas pesada, aunque no menos registrona. Fusilamientos de empleados, incendios de estaciones, levantamiento de rails, descarrilamiento de trenes, registro de bolsillos y equipajes...

No, no hubiera sido posible aprovecharnos de este gran invento, poderoso factor de nuestra riqueza y de nuestra cultura actual, sin haber exterminado los salteadores de caminos, y hasta la gente sospechosa en despoblado.

¿Y quién ha hecho ese importantísimo servicio á la causa de la civilizacion en que vivimos, protegiendo la seguridad personal, guardando los intereses públicos, garantizando vidas y haciendas contra los antiguos riesgos?

No nos incumbe averiguar aquí, por lo que hace á otros países: en España ha hecho ese gran servicio la *Guardia Civil.*

II

No hay en la historia de nuestro honorable ejército un cuerpo mas meritorio que la *Guardia Civil,* sea dicho sin agravio de los demás, todos dignísimos.

Débese esta excelencia á su doble carácter cívico-militar, que le permite reunir, á favor de una organizacion bien estudiada, lo mejor de la ordenanza y de la urbanidad.

La guardia civil, sin la ordenanza, seria un cuerpo de alguaciles ó cosa parecida: sin la urbanidad, seria un regimiento, ó diez regimientos mas.

Y no es sino lo que debe ser, puesta en su justo medio y respondiendo al fin de su instituto, mas social, menos belicoso ó rígido que el de cualquier otro cuerpo; una milicia que se calienta al hogar, como una familia, ó una gran familia armada para protejer á las demás donde no alcanza la vista ni el brazo de la autoridad.

Por los beneficios que dispensa, persiguiendo á los criminales y dejando expéditos los caminos y seguro contra toda violencia el despoblado, la guardia civil es tambien la institucion mas simpática á la gente honrada, por supuesto, que la de mal vivir no puede verla ni pintada, dándole con su antipatía testimonio inconsciente pero asaz valioso de su merecimiento.

Pero ved qué cosa: la policía que dentro de las poblaciones tiene el mismo instituto de perseguir gente *non sancta,* es un cuerpo odioso para todos. Y es que ser-

vil instrumento del poder que la mantiene, persigue muy á menudo á los hombres de bien por una causa política.

La guardia civil no pierde nunca su concepto de imparcial y severa ni su estimacion de honrada y digna, porque no deja de perseguir nunca, pero solo á los malhechores.

Es su deber escrito y se lo sabe de memoria.

El cumplimiento del deber es el honor militar.

Y el honor militar es el espíritu encarnado en esta institucion civil, brazo derecho y fuerte de nuestros tribunales de justicia, gloria de nuestro ejército, en lo que le respecta, y herencia de un gobierno, que solo por este título, mereceria bien de la pátria.

¡Lástima grande que alguna vez en nuestras revueltas políticas, gobiernos débiles y desatentados, posponiéndolo todo á su ambicion de mando, apartaran torpemente de su exclusivo instituto á la benemérita *guardia,* trayéndola á su alrededor para fortalecerse y conservar el poder!

Obligada á cumplir deberes, que no eran suyos, y siendo la obediencia honor, muy especialmente en frente del peligro, la guardia civil hubo de chocar con la opinion y arrostrar el enojo del pueblo, bien á pesar suyo.

Porque fué á su pesar, luego que las pasiones se calmaron y volvió ella á su peculiar servicio, quedó muy bien rehabilitada, y otra vez en la justa posesion del respeto, estimacion y amor, no mas que un momento suspendidos.

No es tampoco molesta la guardia civil en la prestacion de sus valiosos y meritísimos servicios. ¡Qué sierpe tan larga y embarazosa la de cualquier cuerpo de ejército yente ó viniente!

La guardia civil no tiene esa interminable cola; al contrario, su mérito está en sus múltiples fracciones, y solo tiene parejas. Así, con su escaso personal, cubre todo el servicio de España.

¡Y qué tejer y destejer en la tarea tambien interminable de enseñar y aprender el ejercicio al ronco son de cajas y trompetas!

Compuesta de veteranos ó de soldados cumplidos, la guardia civil nació enseñada ya, y enseñada sigue por mas que se remueve, estorbándole á ella, como á nosotros, el ronco son para estudiar procedimientos y urbanidad, cosa que no se aprendió en los cuerpos de procedencia.

La Revolucion de Setiembre, que recibió todo lo antiguo á beneficio de inventario, dando muy especialmente tajos y mandobles en el ejército, no sino con los

brazos abiertos recibió á la guardia civil, con ser creacion de un gobierno moderado. ¿No es esto una prueba mas de su gran merecimiento?

Acaso sea este el único punto en que están de acuerdo todos los partidos, desde el mas reaccionario hasta el mas radical.

Es, en efecto, una gran cosa, esta institucion armada, pero no hostil; cívica, pero no papal.

Con este doble carácter entre militar y civil, y hasta con jurisdiccion especial en despoblado, hubo allá, en la Edad Media, una especie de iglesia militante, cuyo instituto era tambien perseguir á los malhechores en los caminos reales y aun ahorcarlos dentro de su fuero.

Era esta especie de milicia silvestre, la *Santa Hermandad* de los cuadrilleros, ó mas técnicamente: *Cuadrilleros de la Santa Hermandad.*

Mas fuera por vicio de organizacion, fuera por su mismo pecado original, que la torcia á un fin político, con descuido y aun abandono de su deber ostensible, y no pocas veces con mal encubierta complicidad en las fechorías que debiera perseguir; fuera porque las costumbres no admitian aun la depuracion que con el séquito de mil virtudes y conveniencias públicas, pudieron ya admitir los nuestros: fuera, en fin, por lo que fuera, ello es lo cierto que aquella institucion no respondió nunca bien á las necesidades y exigencias del servicio; que abusó de su fuero y jurisdiccion de una manera tan arbitraria como torpe; que concitó contra sí el ódio de las gentes honradas, que en presencia de tales demasías, extorsiones y desafueros, hubieron de preferir tener ladrones á tener cuadrilleros de la *Santa Hermandad.*

Pecadora seria esta *Santa Hermandad,* cuando, con aplauso de sus contemporáneos, pudo decir nuestro inmortal Cervantes, por boca de su *Ingenioso Hidalgo:*

—Venid ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros de la *Santa Hermandad.*

III

El guardia civil es un soldado perfecto, *carré,* en expresion napoleónica, donde quiera que el servicio le exija virtudes militares; y es todo un caballero en sus relaciones sociales, dentro y fuera del servicio.

No podia ser de otra manera, dados sus antecedentes y consiguientes, sus años de servicio y su educacion, ó en una palabra, su solicitud, siempre dispuesta entre dos cuidados, entre dos estímulos, entre dos deberes ó séries de deberes: la ordenanza y la cartilla.

Dijimos anteriormente que la guardia civil, por lo que hace á su instruccion militar, habia nacido enseñada y sigue lo mismo por mas que se remueve llenando incesantemente sus bajas naturales.

Y en efecto, habiéndose creado con soldados que hicieron ya su campaña, y renovándose siempre con iguales elementos, tiene siempre en sí, como ciencia infusa, toda la instruccion militar que necesita, tanto mas, cuanto que todos ó casi todos los guardias fueron *clases* en el ejército.

Despues de esto, mas y mas ennoblecida con sus verdaderos méritos, no abre la institucion su seno á todos los pretendientes: y como no obstante el rigor de los requisitos, son muchos los que pretenden, con muy honrosas hojas de servicios, puede elegir, y elige efectivamente, entre lo bueno, lo mejor.

Hay simple guardia, que aparte de otros méritos de que dan notorio y fidedigno testimonio las cintas y medallas y cruces que en su pecho ostenta, se sabe de memoria toda la instruccion sin faltar punto ni coma, desde *el recluta que llegare á una compañía,* hasta la obligacion del capitan, hasta la obligacion del comandante, hasta la obligacion del coronel: todas las leyes penales, toda la documentacion de las oficinas de detall: porque este simple guardia, fué sargento encargado de la *coronela* de su regimiento. No hay para qué decir si sabrá este simple guardia llenar sus deberes militares.

Pero no hay que particularizar. Como todo lo asimila y adapta la costumbre, que es segunda naturaleza, el veterano, el soldado viejo, (que así se llama aun que sea jóven, el que ya no es quinto) se ha hecho ya tan personales y propias las funciones militares que no sinó parecen en él otras tantas funciones fisiológicas; y con el deber aprendido y la disciplina encarnada, esa disciplina que da la precision, la matemática de la exactitud, como las horas el reloj, el guardia, en su concepto de soldado, marcha como un reloj; es un reloj.

En cuanto á su carácter civil, el guardia no nace ya hecho, pero se hace muy pronto con el amor al oficio y á la cartilla.

¿Sabeis qué es la cartilla del guardia civil?

Es como el azúcar en el amargo café: es el contrapeso de la ordenanza: es su carta de recomendacion, de presentacion... es, en fin, un tratado de urbanidad.

La urbanidad es tambien moral en cierto modo.

No es moral teológica, ni filosófica, ni interna; es una moral exterior, de afuera, que se vé en el que la tiene. Está en las palabras, en los ademanes, en las formas, en las relaciones, en la sociabilidad.

Tomadas de coro las reglas de este pequeño código ni técnico, ni severo, ni penal, sino afectuoso, dulce, simpático, está en aptitud ya el *guardia* de conciliar la tirantez del oficio con los respetos y consideraciones que debe á todo el mundo, pudiendo, sin faltar á su deber, ser hasta cortés, y sino atento, y sino comedido, á lo menos prudente. Basta la prudencia para hacer recomendable y digno al que funciona con armas en la mano, al que, aun siendo civil, tiene fuero de guerra, tan ocasionado á abusos y demasías, cuando no lo tiene á raya la prudencia.

Pero tiene mas el guardia civil: tiene á la mano siempre toda la urbanidad, pues se sabe al dedillo todas las reglas de su cartilla.

No lo vereis nunca fumar por la calle, aunque vaya de paseo; ni menos donde el humo pueda incomodar, sin prévio permiso de los circunstantes.

Nunca le oireis groseros dicharachos de cuartel, ni menos, mucho menos, esas blasfemias tan comunes entre la soldadería.

Jamás habreis oido que se haya propasado un guardia con ninguna mujer, aun hallada en despoblado, ni que haya faltado al decoro debido á una señora con palabra alguna malsonante en su roce diario con toda clase de personas en las estaciones y trenes.

Entrar en una casa sin anunciarse y descubrirse y saludar, jamás. Y llamar soldadesca y vulgarmente, *patrona,* al ama de casa, nunca. El ama de la casa es siempre para él la *señora* de su casa, y como tal la trata.

Sentarse no se sentará sino lo autorizais con insistencia, porque la primera y la segunda vez, contestará que está como debe, de pié y cortésmente inclinado en actitud de recibir vuestras órdenes. Y donde quiera que le dirijais la palabra, si está sentado, luego al punto se levanta; si de pié, mas aína se apresta á vuestro obsequio.

No tutea á nadie con la abusiva franqueza, libertad ó licencia del soldado; el guardia, que en punto de urbanidad, es antes civil que militar, sabe el tratamiento que á cada cual corresponde, y si tutea al camarada, da merced á todo el mundo, salvo cuando ha de dar excelencia ó señoría.

Cuando va ó viene, fuera de servicio, vereis como siempre cede la derecha de la acera á las señoras, á los sacerdotes, á los ancianos, á todas las personas de respeto.

¡Lástima que muchas veces se engañe haciendo honor á quien no tiene cosa de eso; pero en punto de urbanidad, el guardia quiere pecar siempre mas bien por carta de mas que por carta de menos.

Tiene el guardia civil otro mérito, que no es ciertamente de guerra, sino exclusivamente personal, y lo acaba de hacer aceptable y simpático en el fuero ordinario ó comun, digámoslo así, especialmente entre las mujeres, y es la estampa, la presencia. Siendo uno de tantos requisitos para la admision en el benemérito cuerpo que supere en no sé cuántas pulgadas los cinco piés de rey de la estatura regular, el guardia civil, así como nace instruido en el ejercicio, nace tambien hecho un buen mozo. Y en verdad, no deja de ser una recomendacion esta ventaja, aun para los mismos hombres. Siempre vale mas el hombre que está arriba, que no el mequetrefe que está abajo.

IV

El soldado en tiempo de paz no añade un mérito mas en su hoja de servicios. Ha de encenderse la guerra para añadirlos; pero ¡ay! aquellos, como estos, siempre son méritos de sangre.

El guardia civil, al contrario, es un soldado de paz, y tiene una gran hoja de méritos, tan larga como brillante, porque son diarios sus servicios y no sangrientos sus méritos.

Capturas de reos sueltos reclamados por los tribunales; sorpresas de sospechosos que no van por buen camino; extincion de incendios, salvando vidas agenas, con peligro de la propia, auxilio en las inundaciones, luchando contra todas las inclemencias del cielo y de la tierra para disputarle víctimas á la misma muerte, siempre con menosprecio del peligro propio y con la heróica abnegacion de los mártires militares; noches de hielo en emboscada esperando al ladron ó al asesino para que esté segura la hacienda y tranquila la vida amenazada; dias de asfixia, respirando polvo y fuego, en despoblado, para que hasta la tímida doncella que haya de hacer su camino, pueda decir: *¡Ya no temo!* al ver brillar á lo léjos las armas del génio tutelar de los caminos.

Hé aquí entresacados los servicios diarios del guardia civil, y todos estos servicios no sino son méritos.

Acostumbrado á ellos, no se entusiasma al referirlos el jefe que en la hoja los consigna.

Ved qué modestia:

«Este individuo salvó un niño que habia caido en una balsa y á su madre que se tiró á salvarlo y se ahogaban los dos, en el cortijo de Alfaraz de esta provincia.»

Y sin embargo, hay aquí asunto é inspiracion para todo un drama.

Era ámplia y profunda aquella balsa como un pantano, como un brazo de mar; y estaba llena ó casi llena, porque el motor de la noria era un aparato de viento, y el viento, muy fuerte aquella tarde, volteaba sus aspas con celeridad vertiginosa.

Ramona Gutierrez, mujer del aparcero, estaba lavando, arrodillada sobre el ancho borde de la balsa, y el menor de sus hijos, pequeñuelo de cinco á seis años, jugueteaba en el alto terraplen, que conducia á pié llano desde el cortijo á la balsa.

De pronto oyóse un grito infantil y se vió caer algo pesado, que se tragó súbito el agua.

Era el párvulo.

La madre dió otro grito y se levantó de un salto como una leona.

—¡Miguel! ¡Hijo! ¡Hijo mio!...—gritó otra vez con ronca voz de acento inimitable, encorvándose y mirando con ojos que saltaban de sus órbitas al centro de las ondulaciones producidas en el agua por el cuerpo hundido...

El párvulo no reaparecia.

—¡Antonio! ¡Juan! ¡Dios mio!...—volvió á gritar la madre loca ya de dolor, y.....

Se arrojó al agua por el mismo punto.

El agua se la tragó tambien.

Pero volvió á la superficie muy luego, trayendo en los brazos á su hijo.

Con él abrazado volvió al fondo y volvió á subir y á bajar y á subir otra vez.

Nadie venia en su ayuda, á pesar de sus desgarradores gritos cada vez que sacaba fuera del agua la cabeza; y se ahogaban los dos...

Un tercer golpe se sintió en el agua, estrepitoso y violento, como si hubiera caido en ella algun gigante.

El agua no se tragó esta vez al que cayó.

Era un guardia civil.

Era Manuel Rodriguez Molina.

El desenlace de este interesante drama ya se sabe por la modesta nota; tan modesta que ni dice que el Rodriguez Molina se tiró á la balsa sin quitarse mas que el correaje, y que solo aceptó un vaso de vino, rechazando nobilísimamente la pobre propina que le ofreció de muy buena voluntad el agradecido aparcero, no por pobre, sino por indigna de un guardia civil como Manuel Rodriguez Molina.

A propósito de propinas, podemos referir un caso que honra igualmente á la benemérita *guardia* y que presenciamos nosotros en una inundacion de Sevilla.

Un simple guardia civil habia prestado un buen servicio á un comerciante, cuyo almacen no era sino una cisterna. El comerciante despues de darle las gracias sacó su portamonedas y le ofreció cinco duros en una pieza. El guardia la rechazó, no con grosería, pero sí con alguna rudeza. Creyendo que fuera codicia lo que no era sino decencia, el comerciante le ofreció abierto el portamonedas para que se despachara á su gusto.

Nunca hemos visto la expresion de la vergüenza mas elocuente que entonces: el guardia, sencillo y rudo, no tuvo palabras con que rechazar el agravio, pero se puso rojo como una amapola, trémulo como un azogado y se le saltaron las lágrimas.

El comerciante recogió velas al punto, reconociendo satisfactoriamente su inconveniencia. Quiso llevarlo á un café, y el guardia se escusó con el servicio.

—Acepte usted siquiera un cigarro mio,—le dijo echándole un brazo al cuello.

—Con mucho gusto,—contestó el guardia.

El uno y el otro sacaron sus petacas.

El guardia aceptó el cigarro del comerciante, pero el comerciante tuvo que aceptar el que le ofreció á su vez el guardia.

Fué un cambio, y quedaron en pata.

Otro guardia, en la misma inundacion, tuvo que aceptar una suma, muy importante, que el duque de Montpensier habia ofrecido, como premio, al que con riesgo de su vida salvara de inminente peligro á una niña abandonada en una casa arruinada por las aguas.

El guardia la habia salvado sin mas estímulo que el de su abnegacion, como quiera que ignoraba el ofrecimiento del duque.

Despues de haberlo aceptado, retuvo el dinero en la mano algunos momentos, pensando, sin duda, cómo saldria del compromiso sin desaire de S. E.

Luego preguntó al presidente de la comision de auxilios que le habia entregado la suma:

—¿Es esto *mio, mio?*

—Sin duda ninguna.

Dejó pasar otra pausa y añadió:

—¿De manera que puedo disponer de mi dinero segun me parezca conveniente?

—A su arbitrio.

—¡Pues allá va otra vez la cantidad!

—¿Para qué?

—Para el fondo de calamidades públicas.

—¡Viva la *Guardia Civil!*—dijo el presidente.

—¡Viva!—contestamos los circunstantes con verdadero entusiasmo.

V

Si hubiera en España mejores gobiernos que los que se estilan, dicho sea sin agraviar á ninguno, pues imparciales con todos, reconocemos franca y noblemente que todos... son peores, pudieran hacerse muchas cosas buenas; y una de ellas seria ciertamente el aumento de la guardia civil al doble de su personal. El que hoy tiene, no basta á satisfacer todas las necesidades y exigencias de un servicio que envuelve como una inmensa red todo el territorio español.

El servicio, sin embargo, se hace, y se hace bien; pero hay que agradecerlo, no á la prevision de los gobiernos, sino á la virtud de la misma institucion, que suple la falta de número con su actividad infatigable, con su firmísima constancia, con su fervoroso celo, con esa reparticion ó *ubicuidad* con que, sea siquiera con una pareja, se hace ver en todas partes.

Pero no basta hacerse ver en la persecucion de criminales: es preciso hacerse sentir. Y para esto le falta fuerza, número, plazas.

Por eso es posible aun, con mengua de nuestra cultura, que campee por sus respetos algun prófugo de justicia, volviendo á sus fechorías, y alarme de vez en cuando esta ó aquella provincia alguna partida de ladrones, jugando al escondite con la guardia civil.

¡Oh! Si este cuerpo tuviera doble fuerza para estrechar las mallas y fortalecer los nudos de su inmensa red, entonces cargados de oro y plata iríamos mas seguros por los caminos que por las calles de las ciudades, inclusa la villa y córte.

Y este precioso aumento pudiera hacerse hasta sin gravámen del erario público.

¿Cómo se haria este milagro?

De la manera mas sencilla y fácil del mundo: castigando el presupuesto de la guerra, suprimiendo en el ejército tantas plazas como se aumentaran en la guardia civil, ó mas ó menos, segun pudiera la compensacion.

La *guardia* quedaria redondeada, y cuadrado el ejército, porque justamente le sobra á éste lo que le falta á aquella.

Ya que no se haga esta compensacion por no ser mas que conveniente, debiera hacerse otra, que es justa. Considerando lo duro y fatigoso de un servicio sin solucion de continuidad, porque es de todos los dias y noches; considerando la alta importancia que para la seguridad personal y los intereses públicos y privados, tiene ese nunca bien alabado servicio; considerando que el guardia, por lo que tiene de civil, es un vecino honrado, ó padre de familia que apénas puede mantener la suya, mientras se mata guardando haciendas y vidas agenas; considerando esto y otras cosas mas, deberian aumentársele sus haberes, sin gravámen del erario, por supuesto, castigando siempre el presupuesto de la guerra.

No se vaya á creer por esto que somos enemigos del ejército; del presupuesto de la guerra, sí. Por eso quisiéramos castigarlo, no ya solo en beneficio de la guardia civil, sino tambien de los maestros de escuela.

Pero, segun andan los tiempos, hay que resignarse al *statu quo*, estado que es aquí de abandono.

A lo que no nos resignaríamos de ninguna manera, si nuestro cuerpo humano fuera el de la guardia civil, seria á la mortificacion, al verdadero martirio que le impone su absurda y condenable indumentaria.

Condenable por absurdo, esto es, por no responder á sus fines, es siempre la vestimenta ó uniforme de todos los cuerpos del ejército; pero en este cuadro no cabe mas que la guardia civil, y á ella sola debemos atenernos.

Aunque de paso, bien pudiéramos decir para que quede dicho, y no inoportunamente, que en nuestro ejército se pospone siempre en el vestir la comodidad, la conveniencia, á la estética, si hay estética en los ceñimientos y colorines.

La lógica, el buen sentido y hasta la seriedad exigen que para el traje militar se tomen las medidas al servicio, y á su gusto se elijan los colores; y esto precisamente es lo que vamos á hacer ahora: vestir y equipar á la guardia civil de una manera conveniente y racional.

¿Por dónde empezaremos á cortar?

Por lo sano, es decir, por la cabeza, que es lo principal.

Pues bien, el tricornio que desde su creacion usa la benemérita guardia, es la invencion mas estúpida que pudo entrar en cabeza humana. Bien que no es el tricornio el que entra en la cabeza, sino la cabeza la que entra en el tricornio.

Sea como quiera, es contraproducente, como los argumentos mal hechos, que

se vuelven contra quien los usa, y feo de por sí, desgraciado y hasta ridículo, amen de contraproducente.

No hay sino decir que es un sombrero que no es sombrero, el cual se llama así en castellano porque hace sombra para preservar del sol, y *chapeau* en francés porque preserva del agua. Pues no se pierde ni un rayo de sol ni menos una gota de lluvia con el dichoso tricornio, y mas puesto en batalla ó de través, como quiera que todos los rayos del sol hieren directamente los ojos y tuestan la cara del guardia civil, y todas las gotas de lluvia se escurren, y corren y entran sin ninguna dificultad por el corbatin hasta salir por los mismísimos talones.

El guardia civil, expuesto siempre á la intemperie, debiera usar un verdadero sombrero: la forma es indiferente; lo esencial, que tenga grandes alas y sea todo impermeable.

Nada de ceñiduras ni opresiones para el que haya de hacer servicios fatigosos. Afuera el corbatin y el abotonamiento. El corbatin debiera ser ligera corbata, casi una cinta; y la levita, abierta, con chaleco, sobre el cual pudiera solaparse á comodidad del interesado.

El pantalon no es lo mas á propósito para el servicio pedestre, habiendo de andar eternamente el guardia unos dias por fango, otros por polvo en carreteras y caminos, y otros dias entre riscos, otros entre matorrales, en persecucion de malhechores. El pantalon del guardia debiera ser calzon ámplio hasta la rodilla ó poco mas abajo, donde lo prendiera una polaina de cuero.

¿Qué diremos del correaje, esas dos cinchas cruzadas sobre el pecho, que resiste el pobre guardia civil, cuando una sola no puede resistir un caballo?

El correaje, de que se quejan con razon todos los soldados, donde no los oye la ordenanza, es la cruz mas pesada del servicio.

—¿Cómo se queda usted atrás?—decia un oficial suelto á su asistente, que se rezagaba subiendo, *pedibus andando* los dos, una abrupta y larga cuesta.

—Mi alférez,—contestó el asistente indicando las cruzadas correas que le oprimian el pecho,—como se quedó Nuestro Señor Jesucristo debajo de la cruz de los azotes.

Tan duro y pesado es el correaje. Fatiga en camino llano: quebranta y postra cuesta arriba; embaraza y retarda el servicio; y despues de todo, es supérfluo, inútil. Si su objeto es sostener la cartuchera y el sable, basta para eso el cinturon: la cintura puede sufrir la presion que no sufre el pecho sin ahogo.

Pero el cinturon del guardia debiera ser algo como canana para esquivar otro

embarazo, el de la cartuchera, que estorba, además de dificultar la carga en funcion de guerra.

Como si todo tendiera absurdamente á embarazar mas y mas á quien por sus especiales funciones debiera estar mas desembarazado, suelto y expédito, hasta el recado de escribir, de que debe estar provisto el guardia para sus procedimientos, es otra incomodidad, otro estorbo mas, como quiera que para este objeto lleva á la espalda una caja de cuero ó maleta, que aumentan todavía las correas y por consiguiente la impedimenta, digámoslo así.

¿Para qué son los fósforos de Cascante? diremos como el personaje de una comedia de Breton, que estaba á oscuras con una caja de cerillas en la mano.

Hoy dia se lleva, no ya recado de escribir, sino petaca y botiquin en una cartera de bolsillo.

VI

Para concluir:

El guardia civil es un tipo de doble carácter, honorable, digno y meritorio por uno y otro concepto.

Como militar, es franco, valiente y pundonoroso.

Como civil, atento, servicial y bien hablado.

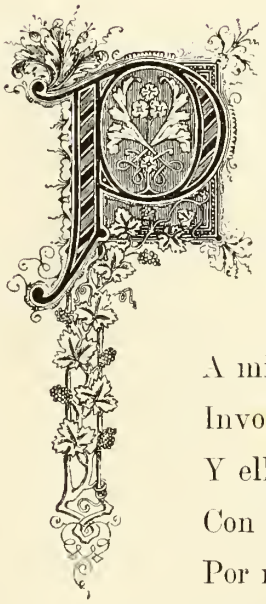
Recorriendo todos los caminos y todos los pueblos, para protejer la vida y los intereses de todos, con celo siempre, con abnegacion muchas veces, es un factor reconocido de la moralidad pública y de la cultura que alcanzamos, mereciendo bien, por consiguiente, primero, de los individuos, despues de las familias, y al fin, de la nacion entera.

Con tales y tantos títulos á la gratitud de los buenos, todos los hombres de bien lo estiman, lo respetan, le tienden mano de amigo.

Hay, sin embargo, quien le abomina y ódia á muerte; pero este ódio honra al guardia civil tanto como nuestra estimacion y respeto. Este es el ódio de los asesinos, de los salteadores, de los criminales, que ódian tambien á los magistrados de justicia, y hasta á la misma justicia.

EL USURERO.

POR D. MARIANO RAMIRO.



Por vocacion ó manía,
A escribir voy unos versos,
Que si el lector halla malos,
Yo los tendré por muy buenos,
Para tentar su paciencia
Y hacerle perder el tiempo.
A mi perezosa musa
Invoco, dando un bostezo,
Y ella acude soñolienta,
Con avinagrado gesto.
Por metro elijo el romance,
Que es fácil, sencillo y suelto,
Y por asunto,—perdonen
Ustedes,—al usurero.

* * *

El usurero es un tipo
Que me inspira sin esfuerzo:
Lo aborrezco, y me entusiasma.
Lo idolatro, y lo detesto.
Lo bendigo, y lo maltrato.
Y, por morderle, lo beso.
Por todas partes lo busco.
Por donde quiera lo encuentro.
Y cuando no, lo adivino,
Y muchas veces, lo huelo.
El es el fiero enemigo
Del que no tiene dinero.
Cercenador de jornales
Y cortapisa de sueldos,
Enciclopedia de leyes
Y fabricante de apremios;
Duende de los tribunales,
Forjador de enjuiciamientos,
Recipiente de entredichos.
Padre del tanto por ciento,
Calamidad de los hombres,
Epidemia de los pueblos.
El que á los buenos esplota.
El que desuella á los necios.
Y es con los cándidos, cuco.
Y es con los listos, camueso.
Y con lo ageno se nutre.
Y suspira por lo ageno.
Y come de lo que pilla.
Y engorda que es un contento.
Yo, que conozco sus mañas
Y rindo culto á su génio,

Hoy lo saco á la vergüenza,
Lo pregono, lo voceo,
Lo apostrofo, lo reclamo,
Lo calumnio, lo escarnezco,
Y una vez puesto en berlina,
Lo señalo con el dedo.
Y ahora, Judas, al oido
Voy á decirte en secreto
Por qué te zurro, te araño,
Te machuco, te revuelco,
Te atropello, te estrangulo,
Te pellizco y te aporreo:
Me prestastes cuatro duros,
Me reclamas cuatrocientos;
Tú medras multiplicando,
Yo agonizo sustrayendo:
Tú me quitas las pesetas
Y yo te quito el pellejo.
Tú me apremias, yo te exhibo:
Tú me estafas, yo me quejo;
Tú me insultas con tu prosa,
Yo te aplasto con mis versos,
Para ver si acorto el plazo
De tu visita al infierno.
Pero, en fin, hoy me has servido
De asunto, tema ó pretexto,
Para emborronar cuartillas
Y desahogar mi humor negro.
¡Ay!... ¡No le digas á nadie
Que no te pago, y te pego!

EL HACENDADO Y LA HACIENDA

EN LA AMÉRICA DEL SUR.

POR D. MIGUEL PORTUONDO Y LABRA.

OBADO al secreto de los mares por aquel hombre en quien la constancia vale bien por el don de la adivinacion, el nuevo mundo aun no ha sido del todo visto, aun no ha sido del todo bien comprendido. La hidrópica sed de riquezas que atenaza constantemente á los mortales ha llevado á muchos á surcar los mares procelosos donde no pocos hallaron holgada tumba para sus cuerpos aunque jamás fuera bastante grande para sepultar su ambicion, y de los que allá llegaron, los mas, vieron aquello con extrañeza, que pasó bien pronto, y diéronse luego á la busca y rebusca de lo que mas es causa de que el hombre se afane y luche.

Casi nada de lo que tenian ante la vista les logró detener, y con insaciable avidez procuraron internarse en el seno de la tierra, desgarraron el seno de la madre comun de que hemos surgido y que en un dia nos volverá á recibir en sus entrañas y buscaron y rebuscaron los preciados metales que mas se estiman porque son los que mas valor representan en el mercado del mundo.

Con ellos ha habido un tiempo en que se ha apagado el sol, pues gracias á la abundancia con que se exportaban pudo decirse que en esta pátria querida, pues nuestra lo es tambien, jamás se ponia el astro brillante que alumbra el dia. Otro mundo hubiera podido comprarse con los riquísimos tesoros extraidos de América, aun restan para que otro pudiera ser adquirido, y sin embargo aun no se ha explotado la fuente de riqueza que á mas hombres puede hacer ricos. Inexploradas todavía vastísimas porciones de terreno, ¿quién sabe lo que hay en ellas? El hombre procura siempre hallar lo que conoce, tiene miedo de aventurarse en lo desconocido y esta es la causa principal de la inaccion que en muchos se advierte; por otra parte, al ser dominadores parece que nos hemos querido vengar de cuando fuimos dominados, y recordando con pena como á nuestros antepasados los soberbios romanos condenaban á los duros trabajos de las minas, hemos condenado á otros á lo mismo, porque ya sabíamos de antemano lo que de ello podíamos conseguir.

En tanto, la naturaleza lucía sus esplendentes galas para las aves que se remontan al espacio, para las bestias que pastan en los bosques, pues aquel que se contentaba con menos, lo veía todo con sin igual indiferencia, de nada se inquietaba, y cien y cien veces alumbró el sol de su vida los quehaceres de los dias que habian pasado.

Mas van cambiando los tiempos y los hombres de la nueva generacion parece como que sienten otras necesidades, otros deseos, parece que sus almas buscan dentro de sí lo que antes buscaban en los extraños á costa de sus frágiles cuerpos, que quieren, no el reposo material que se consigue, al fin, con la riqueza, sino la calma del espíritu, que puede sin duda lograrse con la contemplacion, el estudio y la meditacion en presencia de los encantos naturales.

Van poco á poco perdiendo las selvas su virginidad, el hombre se interna en aquellos bosques salvajes, que tal es su imponente grandeza que no parece sino que resistieron las duras y fuertes corrientes del diluvio, estudia las particularidades sin número que le ofrecen lejanas tierras, climas distintos, países ignotos, y aporta el caudal de sus conocimientos, que aprovecha á mayor número, como antes otros aportaban sus riquezas, que satisfacian á muy pocos. Sin embargo, aun no puede decirse que las Américas sean conocidas por completo, ni aun en su menor parte: sucede con ellas hasta hoy, lo mismo que con la naturaleza humana, se estudia y estudia por una generacion y otra, y cada dia se le advierte una nueva faz, un escollo como punto oscuro, algo, en fin, que nos revela á cuán poco alcanza nuestra vista.

Damos sobrada importancia á lo que tenemos y descuidamos aquello que casi con seguridad sabemos que nos es fácil poseer: en ninguna parte tiene esto tan extricta comprobacion como en América, y de ella en ninguna tan grande como en la América del Sur. Tiene el Africa sus desiertos, el Asia sus ruinas y la América meridional sus pampas dilatadas, donde nadie sabe lo que hay, pampas por las que se cruza rápido con infinito temor por bajo aquellos árboles gigantes que parecen sostener aquel límpido cielo, hermoso cual ninguno. En ellas habitan cuando mas los gauchos, hombres de la naturaleza, de elevada talla y músculos de acero, condiciones que les bastan para conseguir lo que les es necesario. Indómitos y salvajes, en manadas formadas de incontable número de ellos, vagan á su merced veloces caballos que parecen alados, y fuertes toros que al menor ruido se amontonan en tropel.

Sobre ellos cruje no pocas veces el temible lazo del cazador feroz que los acecha y cuando uno ó varios han caido, ya no les hace falta mas, y se retiran contentos, hasta otro dia en que sintiendo idéntica necesidad volverán á hacer lo mismo. ¡Triste existencia en verdad, si se compara con la del hombre civilizado! Pero el gaucho vive contento en la libertad de sus selvas, nada le atormenta ni le inquieta y pasa así sus dias tranquilo, porque ignora las mas de las veces lo que hay mas allá de lo que posee.

Todo es comun; pero decimos mal, todo era comun. Sin haber tomado lecciones en parte ninguna, cual si naciera con él, el hombre siente que en su alma se despierta el deseo de la propiedad, quiere tener lo que pueda llamar suyo, lo que le pertenezca á él solo, y de aquí que faltos en un principio de leyes que regulen un derecho, el hombre se erige en dueño, y de aquí que la ocupacion sea el primitivo medio de adquirir el fundamento de la propiedad en todos los pueblos, cualquiera que sea su orígen, su procedencia ó su abolengo.

El americano errante observó que el europeo se fijaba en un punto, y cuando vamos á presentar un tipo, justo es que lo concretemos, que lo individualicemos, cuando en verdad puede ser determinado, cuando se fijó en una porcion de territorio del que podrá sacar para vivir con exclusion de todo otro, que es lo que restringiendo el sentido de la palabra ha dado lugar á la *hacienda,* como en América se llama por lo general á la propiedad rural. A los que viven en Europa les podrá parecer que harto conocen la hacienda, que por demás saben lo que puede ser, y no obstante, perdonen nuestros lectores el sobrado atrevimiento que nuestra frase implica, pero tal vez no tengan idea ni aun remota de ello: podrán, no

lo dudamos, saber á qué en nuestras regiones se llama hacienda y nos dirán, para probarlo, que por tal cosa entienden una extension de terreno de cientas ó doscientas fanegas de tierra de sembradío, de las que un reducido número se hallan destinadas á huerta, y se cultivan allí las verdes y tiernas legumbres y hortalizas, que formarán un dia platos delicados en la mesa del propietario: nos dirán que al lado de la huerta crecen risueñas vides, donde en otoño se doran las sabrosas uvas, que mas allá en primoroso y acicalado cuadro se siembran y crecen pintadas flores que recrean la vista y hacen las delicias de las damas que la heredad visitan, y que el resto por partes, si por partes, eso segun á labranza ó á barbecho se destinen, sirve para que en la tierra germine la semilla, base de nuestro sustento que dará á su tiempo granadas y doradas espigas, y que de los rastrojos que allí queden se alimenten dos ó tres yuntas de bueyes, dos ó tres parejas de mulas, animales todos que sirven para la labranza, que fueron comprados para este fin, que son perfectamente conocidos, que servirán mientras duren, y que en cuanto sus fuerzas comiencen á declinar serán vendidos á quien menos tenga ó irán al matadero para que un dia algun pobre tenga carne, que si no le alimenta le entretenga, pues antes que poderla llevar á su estómago habrá gastado todas las fuerzas de sus mandíbulas.

Sobre poco mas ó menos esto es lo que generalmente recibe el nombre de hacienda en Europa, aunque á decir verdad olvidábamos un detalle. Coronándolo todo, edificada en el lugar mas preeminente se alza una modesta y reducida casa de blanquísimas paredes, en cuya parte baja vive el guardia de aquella llamada entre nosotros inmensa propiedad; allí, al lado de anchurosa chimenea pasa dormitando, rodeado de su familia, las largas veladas de invierno cuando el frio hiela y la lluvia cae pausada, haciendo mas por la tierra que todo cuanto hace el trabajo humano: allí vegeta sin aspiraciones, allí crecen sus hijos, sin estímulo, un dia igual á los anteriores, modelo de los que están por venir, y de este modo pasará la fria estacion, comenzará la emigracion de las aves que huyeron á mas cálidos países y que volverán á formar su amante nido en el alero del tosco tejado, desde donde saludarán al sol que alegre nace y despedirán al sol que triste muere, los insectos comenzarán á zumbar entre las débiles cañas del trigo con las que juega el aire, y llegada la época de la recoleccion se alegrarán los contornos con los cantos alegres de los segadores que trabajarán allí algunos dias; el propietario visitará su hacienda llegando hasta ella en cómodo carruaje que lo conduce desde la próxima estacion del ferro-carril. En el piso alto de la casa tiene

sus habitaciones destinadas, lo mismo, exactamente igual que las que tiene en la ciudad: reposará allí unos dias, mas pronto se sentirá aburrido con la monótona vida que allí se hace, todo le cansará, en nada hallará gusto y se retirará mas que de prisa á esperar que, vendido el grano, pueda gozar de su producto y disfrutar con su importe.

Próxima á los pueblos comarcanos, la hacienda se mira solo como fuente de riquezas que se irán á consumir en otras partes, tal vez en el extranjero, tal vez en mesas suntuosas ó vicios mas censurables, y poco á poco, esquilmada, sin cuidar de su acrecentamiento, ni de sus mejoras, ni de su renuevo, irá muriendo, causando así la ruina del que en ella tenia su patrimonio, y del que con ella se sentia orgulloso.

No creemos haber omitido nada de lo necesario para que pueda formarse concepto de lo que entre nosotros se llama hacienda; no creemos que se nos haya escapado algo que la pueda hacer desmerecer, al efectuar la comparacion, antes al contrario: hemos procurado atenernos á la verdad para que el cuadro resulte exacto y nada le falte y se pueda formar juicio. Entre nosotros, las terribles leyes del economista Maltus, van siendo necesarias, la poblacion aumenta, todo se divide y subdivide, todo se alambica y por ende todo es pequeño, ruin ó mezquino.

Trasladémonos por el contrario á América y veremos cuán distinto es todo; por mas que grande, grandísima, sea la influencia que han determinado allí las costumbres europeas en los largos años que hemos dominado en ella, y gracias á los muchos que de nosotros se trasladan á aquellas feracísimas comarcas.

Cuando llegó el tiempo de la ocupacion, base primitiva como hemos dicho del mas tarde sagrado derecho de propiedad, nadie, á juzgar por lo que hoy se observa, se quedó corto, los mas fuertes ó los mas hábiles fueron los primeros, y solo procuraron hallar términos ó límites naturales, que demarcaron perfectamente lo que iba á ser de su dominio. En busca de esto, procuraron que aquel terreno del que se iban á llamar dueños, se apoyara de una parte en la falda de elevadísima montaña, y fuera costeado por muchos y profundos rios, vallas naturales, que ciertamente valen mas que los setos apretadísimos de espino, las plantas que aquí se usan, y que las tapias que el tiempo abate, y de las que el ladron se burla. Por otra parte, aunque difícil en muchos casos nunca es imposible que entre nosotros pueda ser acotada una propiedad, mas allí se tropezaba con la imposibilidad absoluta, creada por la ambicion humana: á cien ó doscientas, á quinientas, á mil fanegas, es fácil acotarlas, pero á millares de millares de hectáreas, no pueden aco-

tarse nunca y no menores cantidades de terreno constituyen las haciendas americanas.

¿Cómo ponerles límites? Imposible, volvemos á repetirlo; el hombre que las hacia suyas no contaba con fuerza ni con capital bastante para hacerlo, por esto, sin duda, en su codicia se extendió más y más hasta que él mismo se vió detenido con el cauce del torrente ó por el elevado pedregal, y lo que es más, por cuanto allí tambien se encuentra por la valla natural que forman los apretados troncos de añosos árboles, cuyas ramas se unen y confunden en abrazo prolongado y entre los que cierran los huecos lianas flexibles de todas clases que trepan por las ramas y pasan de unas á otras en laberínticas vueltas y revueltas, cerrando no ya el paso á los hombres, sino que tambien muchas veces á la luz.

De aquellos inmensos bosques los claros son inmensos á su vez, y estos claros constituyeron haciendas tan dilatadas que las cruzan rios tan frondosos que jamás la vista llega á descubrir la tierra, tapizada constantemente por yerba abundantísima, entre la que hombres y hombres se podrian esconder y no ser vistos. Allí, en aquellas vastas posesiones, la naturaleza luce y brilla con todas las esplendentes galas de que la embelleció el Criador; la mano del hombre no ha tomado parte en ninguno de los consecutivos trabajos que ha realizado el tiempo y que mas contribuyen á la magnificencia del paisaje, nada se ha hecho allí que no sea por las propias fuerzas de la vegetacion y el clima, y no obstante, no cabe mas hermosura, ni hermosura mayor puede ser apetecida.

Los árboles que nacieron allí sin que nadie los plantara se han despojado mil veces de su verde follaje para cubrirse con uno nuevo en la próxima primavera; las viejas hojas rodaron por el suelo impelidas suavemente por la brisa unas veces, levantadas otras en los aires por furiosos y revueltos torbellinos, hasta que desaguando las preñadas nubes las confundieron con el limo reducidas á polvo y sirvieron de abono á nuevos vástagos, cuyos gérmenes cayeron allí al acaso y que desarrollados llegaron no pasado mucho tiempo hasta poder besar las ramas elevadísimas de que se desprendieron. En los robustos troncos carcomidos hallan abrigo el hombre primitivo, que en presencia de aquella grandiosa naturaleza la adora, la fiera que jamás se doma y siempre daña, y el animal que podrá ser reducido á superior mandato, y prestar un dia servicios que jamás se recompensan; en las ramas andan tal multitud y variedad de pintadas y canoras aves que si contarlas es imposible, es sumamente difícil clasificarlas; saltan de las unas á las otras ágiles y traviesos cuadrumanos que el aire pueblan con sus gritos; y el con-

junto es de tal naturaleza que parece el sueño de un poeta y no realidad á la que puede llegarse.

De aquellos campos, como decimos, se hicieron las riquísimas haciendas americanas nunca conocidas en su totalidad por los que son sus propietarios, porque tal extension alcanzan que se hace imposible recorrerlas. Entre nosotros la mayor parte de la posesion está cultivada, allí por el contrario, permanece inculta: aquí casi siempre los productos que se recogen á costa de mil esfuerzos, trabajos y penalidades, sirven inmediatamente para satisfacer las necesidades del hombre: allí, sin que nada cueste conseguirlo, la tierra pródiga de sus dones suministra lo bastante para que miles y miles de animales puedan vivir y engordar, que es á lo que primero y principalmente están destinadas. Lo demás vendrá luego.

Nadie se cuida del cultivo de los pastos ni se preocupa de lo que pueda suceder, porque siempre existen, siempre abundan y aun sobran; entre ellos el ganado mas corpulento se oculta con suma facilidad, y las industrias á que principalmente se dedican en aquellas latitudes, se desarrollan y fomentan gracias á los dones naturales, pues el hombre, por regla general, trabaja poco, muy poco, casi nada. Entre las verdes y frescas yerbas crecen hermosísimas flores de las que nadie hace caso y que extasian sin embargo al europeo que las vé por vez primera, y de todas aquellas inmensas heredades solo mínima parte se halla destinada al cultivo, á la siembra de legumbres y cereales, que con la carne procuran á los poseedores y á su gente, sencillo, abundante y baratísimo sustento.

Aquellos dilatados desiertos, porque así pueden llamarse las *haciendas* que nos ocupan, se ven cruzados en todas direcciones por numerosos rebaños de toros, á los que nunca contó el dueño, y que cada dia aumenta y aumenta á pesar de las frecuentes *sacas* que en él se operan para llevarlos al mercado. Tranquilos pasean sin pastor que los guarde, sin gañanes que cuiden de recogerlos á debida hora: nacieron libres y libres viven, corriendo de acá para allá hasta que á cada cual llega su hora. Destinadas á la cria de ganados, este se multiplica allí sin que nada se haga en su favor, la naturaleza le ayuda tambien. El toro de la América es manso por regla general, la presencia del hombre le inquieta, pero es porque su instinto le hace comprender á qué fin lo destina el hombre.

Entre nosotros, ya lo hemos dicho, una reducida vivienda domina el todo: allí un espacioso caserío, se agrupa en el sitio mas á propósito, y agrandándose casi contínuamente llegan á formarse pueblos; allí vive el dueño con su numerosa familia, los trabajadores, vaqueros y tratantes, pues para todos hay vasta habitacion.

A espaldas de las casas se hallan las dependencias propias del tráfico que se ejerce y los anchurosos corrales que se necesitan para practicar las operaciones necesarias: desde el espacioso balcon que se extiende sobre ellos se abarca el mas hermoso panorama que puede soñarse y en su centro se abre el ancho patio en que crecen palmas y cocoteros; mas al sur, rodeado de vistosísimos árboles del pan, se vé cuidado jardin, lugar de recreo sobre el que, y suspendidas de los árboles, se columpian las hamacas.

Para la adquisicion del ganado primitivo, luego que quiere crearse una hacienda, hay un solo medio, la compra, y esta se hace de rebaños flacos y escuálidos que vienen de mas cálidas regiones, donde los extraordinarios ardores del sol secan los pastos y agotan harto pronto las fuentes cristalinas; así es que bien poco cuesta adquirir la base de una futura riqueza considerable: pastando libremente engorda, pero tambien tropiezan ellos con inconvenientes que en medio de todo ha sabido compensar la naturaleza.

Perdidos entre aquellas espesas florestas abundan los insectos de todas clases, y ninguno tan nocivo para el ganado como la *garrapata,* especie de arácnido que se multiplica de una manera prodigiosa, y mas y mas favorables parecen ser las condiciones de calor en que se halla el cuerpo del desgraciado animal á que se adhiere. Con una que logre saltar al hocico es bastante: pocos dias despues se vé que el toro languidece y se aplana, se llena de llagas y muere casi inevitablemente, mas como hemos indicado, la Providencia parece haberlo previsto todo, y semejante mal halla alivio en aquella naturaleza misma, donde vive el *garrapatero,* pájaro de no muy grandes dimensiones, semejante al mirlo, de plumaje negro tambien, que es el protector del toro, que cuida con esmero sin igual de preservarle de tan terrible daño. Cada cornupeto tiene el suyo al cual sufre con sin igual paciencia, como dándose cuenta del señalado favor que le presta: corre, salta, se inclina, se levanta, y siempre puede verse al pájaro bienhechor posado entre sus cuernos, con la vista fija, la mirada atenta, procurando descubrir al enemigo que parece destinado á destruir. Nunca su atencion es mas cuidadosa que cuando el toro pace: entonces no separa sus ojos penetrantes del lugar por donde va abriéndose paso su protegido, y no bien ha visto un solo insecto de los que tanto mal causan al ganado, cuando adivina la proximidad de un nido. Salta rápido de su observatorio y con una velocidad sin igual, picotea hasta hacer que desaparezcan todos, en tanto que el toro levanta el hocico y detiene su paso, esperando á que de nuevo venga á posarse sobre su testúz la caritativa y cariñosa ave.

¡Hermoso contraste que rara vez puede ser observado en la naturaleza humana! El animal favorece al animal sin abandonarlo un punto, comprende lo que le es nocivo y se lo evita, sin que á tal cosa le lleve la esperanza de un lucro; el hombre persigue al hombre, y lo agobia y lo escarnece hasta hacerlo muchas veces morir.

Uno de los mayores males que podrian tocarse en aquellas dilatadas haciendas dado cuanto dejamos apuntado, serian las mermas del ganado, ya fuera por las huidas que efectuaran, ya por los destrozos que en él causaran las fieras, que abundan en aquellas comarcas, pero para remediar estos dos males la buena fé de los hombres, que aun no es allí *rara avis*, ha suministrado un medio, el instinto de los animales ha suministrado el otro. Cuando flacos y hambrientos son adquiridos por dueños de frondosos pastos, aquellos animales procedentes de comarcas donde habrian de morir por falta de alimentacion, permanecen tranquilos durante muchos dias reponiendo sus fuerzas, pero luego que tal cosa han conseguido, al encontrarse fuertes y repuestos, el instinto les hace emprender la fuga buscando el lugar en que nacieron, y nada hay que los pueda contener: se abren paso por entre la maleza, corren, saltan arroyos y no paran hasta hallarse en aquellos sitios que les fueron ingratos, pero que sin duda por haber nacido allí, guardan de ellos buenos recuerdos. Toro que tan desaforada carrera emprendiera seria perdido indudablemente para el propietario, sino estando todos ellos sujetos á las mismas contingencias, procuraran evitar entre sí tan grave daño. A este fin, tan pronto como cada hacendado ha hecho una compra de ganado, le imprime á cada animal, gracias al fuego, una marca especial que siempre es la misma y conocida en todos los alrededores: no bien algun convecino vé entre los suyos algun toro que no es de su propiedad cuando lo laza y lo conduce cuidadosamente hasta el límite de su heredad, donde lo entrega al colindante que á su vez hace lo mismo hasta que al fin es devuelto el animal á su verdadero dueño. De esta manera muchas veces un toro ha sido devuelto á la hacienda de que se fugara, desde muchos millares de leguas.

No pocas veces los tigres y chacales, que comprenden ser segura la presa, hacen su guarida en el tronco carcomido de uno de aquellos corpulentos higuerones que no bastan á abarcar diez hombres cogidos de la mano, y favorecidos por la oscuridad salen á saciar su espantosa gula en los indefensos animales: pero estos denuncian bien pronto la presencia del terrible enemigo, y el experto mayoral lo advierte en seguida. No bien el rebaño se apercibe de que se halla en peligro, se

manifiesta inquieto, se arremolina y corre de un lado para otro, revelando un terror inaudito, un miedo cerval, é inmediatamente los hombres se aprestan, emprenden la persecucion y no tardan mucho en deshacerse del importuno y dañoso huésped.

Dada una general idea de lo que en América del Sur se llama hacienda, de lo que generalmente constituye allí una propiedad rural, justo es confesar que aun son pocas, á pesar de ser tan grande la extension de las pocas que hay; la mayor parte de aquellos frondosísimos parajes está aun por roturar: yacen éstos en el mayor abandono sin que nadie cuide de ellos ni se preocupe de su aprovechamiento. Selvas inmensas que aun no han sido holladas por la planta del hombre, sirven de abrigo y refugio á toda clase de animales que vagan libres, que por nadie son inquietados y que crecen y se multiplican sin traba ni estorbo ninguno.

Si comparamos la hacienda de aquel riquísimo mundo con la de este empobrecido, ya hallaremos grandísimas diferencias que fácilmente pueden ser apreciadas; allí todo es grande, sin vallas ni límites, existe aun algo de lo que caracteriza los pueblos primitivos, algo de lo que hallamos en las descripciones que antiguos autores nos hacen de los arcádicos tiempos, perdidos por nuestro mal en épocas lejanas que no volveremos á disfrutar.

* * *

En nuestros países, lo que propiamente se llamaba en otro tiempo gente del campo, va desapareciendo, signo indudable de decadencia segura y rápida. Ningun pueblo de los que han vivido sobre el haz de la tierra y cuyos hechos se hayan consignado en las páginas de la historia, ha faltado á esta ley, y cuando los grandes centros de poblacion se han colmado, cuando todos han querido vivir en ellos, no puede dudarse, la ruina es inmediata, cosa que es cierta como ninguna y harto á propósito para probar lo contrario.

En el comienzo de las sociedades puede observarse, sin gran esfuerzo para la investigacion, que el aglomeramiento ha sido rechazado con empeño y hasta con evidencia; cada uno ha querido lo suyo y lo ha buscado léjos de los demás; se sentian con amor al trabajo y lo hacian con empeño, limitándose cuando mas á satisfacer ámpliamente sus necesidades; no les preocupaba el amasar riquezas, y si á manos les venian empleábanlas en aumentar su propiedad, en ensanchar sus límites, en fomentar la produccion. Hoy, en los miserables caseríos, mezquinas

aldeas é insignificantes pueblos, no hay nada que determine un carácter propio é individual, que nos lleve á comprender qué cosa es cada cosa, sino que, por el contrario, hay la tendencia á la imitacion que desvirtúa, una idea fija que distrae, cuando no violenta, mortifica é impulsa al hombre al abandono de aquello en que no le fué mal por aquello en que no sabe si le irá bien.

El labrador se afana en esquilmar la tierra para conseguir mayor cantidad de frutos que le permitan, conservado año tras año un remanente, vivir algun tiempo sin ser labrador, y lo que es mas, que le pueda satisfacer para dejar el pueblo por la ciudad. Lo fáciles que son las comunicaciones en nuestro tiempo han permitido á los mas visitar la ciudad próxima, donde se lamenta lo léjos de la córte, ha visto en ella casas mas elegantes y mas cómodas, bellos cafés y suntuosos lugares de espectáculo, un lujo que le encanta y le fascina, y lamenta no disfrutar de aquello que tantos otros gozan. De aquí nace en el mayor número de los casos el afan que conduce á la perdicion, pero de un extremo al otro el salto no es violento, para aminorarlo establecen una dulce pendiente, causa de que en el mayor número de los casos se ofrezca lo que hemos lamentado en un principio: la pérdida del carácter propio.

El que haya nacido en la ciudad y se dirija á un pueblo con ánimo de admirar otros usos, otras costumbres, quedará seguramente chasqueado, sin que por esto dejen de encontrarse algunas excepciones. En el pueblo A ó B, por insignificante que sea, existen ya casinos, sociedades, bailes y paseos, donde malamente se parodia lo que en las ciudades sucede, no en la parte recomendable, sino en aquella que representa á la holganza y al vicio. Si un rico acomodado va por asuntos propios ó por recreo á la ciudad que tiene próxima, sin duda que el acaso ó la curiosidad le hará ver la biblioteca, la escuela, las librerías, y, sin embargo, cuando vuelva á su lugar no procurará que allí, para la ilustracion de todos, se creen centros de lectura, ni que se atiendan y fomenten las escuelas públicas, ni invertirá grande ni pequeña parte de su dinero en la compra de libros que le puedan ser útiles. Todo lo contrario: cuando á su vuelta le pregunten qué vió en la capital hablará de los bailes, y procurará que en el pueblo se establezca un salon para ellos, describirá los cafés y propondrá la creacion de un casino donde se juegue, y hasta sostendrá en el seno del Excmo. Ayuntamiento, de que forma parte, lo muy conveniente que es que se amenice la funcion del santo titular con una corrida de toros, que den juego, y causen la muerte de alguno; y todo esto, no se crea que es mas que porque vió hacer lo mismo en la ciudad.

Esta parodia, porque al fin no resultará otra cosa, le podrá satisfacer un mes, un año, pero luego se cansará, hasta que venga un dia en que cansado abandone el pueblo donde nació, la casa en que fué criado, y se traslade al fin á una poblacion en la que tenga la vida mas atractivos, de lo que únicamente resulta que á la muerte se la mira con mayor temor. Abandona la hacienda que heredó de sus padres, en mano de administradores que se enriquecerán á costa suya, no se cuidará de las labores que proporcionaban tan preciados frutos, y cada vez mirará con mas hastío y repugnancia aquello de que su fortuna dependia y que merma ahora en la ciudad, con gastos cada vez mayores é inútiles, en su mayor parte.

En América, por el contrario, la vida del campo existe, está bien definida, tiene sus caractéres propios, y lo que es mas, sus celosos partidarios que no la abandonarán por nada; pues aquellos pueblos son pueblos que nacen á la vida pública, digámoslo así, que aun distan mucho de la decadencia, y que por tanto, tienen goces sin necesidad del bullicio, de la aglomeracion, ni del forzado movimiento.

El hacendado americano no es nuestro hacendado, de la misma manera que la hacienda, cuyos contornos determinan las pampas, no es nuestra hacienda. Entre nosotros, un individuo que tenga propiedades rurales, casi nunca las conoce, porque pocas veces ha ido á ellas; si va, lo mira todo con sin igual desprecio, lo considera todo con despecho, nada hay que deje de encontrarlo tosco, burdo y sin encantos. Acostumbrado al aire viciado, á los rebuscados alimentos, y á los placeres, no halla nada en la naturaleza ni hay en él nada que sea natural. Por el contrario, en América, vereis siempre al propietario en su hacienda, y aunque sabe poco, sabe, sin embargo, lo bastante.

Para que mejor sea comprendido, hay necesidad de fijarnos en uno, pues visto él, puede decirse que se han visto todos. Recordamos el que nos hace falta, hemos vivido algun tiempo en su compañía, por lo que al hacer este trabajo podemos decir muy bien que copiamos del natural. Obligados durante nuestra permanencia en aquellas latitudes á separarnos de la poblacion en que habitábamos para atender al restablecimiento de nuestra quebrantada salud, nos fué recomendada una hacienda algo lejana, y tambien merecimos ser recomendado á su dueño. Precedidos de un guia hábil en los achaques de aquellas sendas y vericuetos, pues no es en punto de caminos en lo que mas la América se distingue, emprendimos nuestro viaje al tiempo en que llena la luna nos alumbrara por la noche,

pues en lo tocante al dia seguros estábamos de los reverberantes rayos del hermosísimo sol que allí luce. Atravesamos aquellas comarcas dilatadas, encontrando poquísimas personas á nuestro paso, y al fin, un dia, próximo al amanecer, divisamos ámplio y limpio caserío al que llegamos pocas horas despues.

Ladraron los perros á nuestra llegada, corrió un negro á participar la llegada de los que venian sin ser esperados, y momentos despues teníamos ante nuestra vista un moceton alto y fornido que nos saludó con una naturalidad tan exquisita que mejor nos supo que la mas rebuscada galantería. Enterado de lo que allí nos llevaba, por la carta que desde luego le presenté, volvióse hácia su propiedad, y señalándola nos dijo con un sin igual acento de cordialidad y de franqueza que nos encantó:

—¡Ahí tiene usted su casa!

Dimos las gracias lo mejor que nos fué dable, y siguiendo sus huellas entramos á la sala baja: mas como ya de la hacienda nos hemos ocupado, hacemos gracia de pesadas y difusas descripciones en cuanto á ella se refiera, concretándonos á nuestro hacendado, para cumplir con la parte del título que dimos á este trabajo.

Gozando contínuamente de los puros aires del campo, donde nada hay que pueda viciar la atmósfera, aquella gente se cria fuerte y vigorosa, y nuestro hombre, que cuando mas podria tener treinta y ocho ó cuarenta años, era una prueba fehaciente de ello. Sus ojos eran vivos, su semblante despejado, su andar sin embarazo, la frase sencilla, el acento claro; condiciones todas que nos llevan á simpatizar con el sugeto que las atesora. Sus quehaceres, no fueron, sin embargo, obstáculo para que nos desatendiera, gracias á su actividad prodigiosa. El hacendado americano que vive en sus dominios, que los vigila, que espera conseguir de ellos el mejor partido, no para ni descansa y él mismo atiende á todas las operaciones sin que jamás decaiga, ni se canse, ni se aburra.

Naturaleza de acero, resiste el duro trabajo en que se ha criado, á pesar de que el capital que ya tiene le bastaria para vivir con lujo y gastar trenes en cualquier parte: resiste sin remilgos los rigores del tiempo y en cada estacion se le vé siempre lo mismo. Franco, sin brusquedad, y atento sin afectacion lo vereis siempre deseoso de complacer y de favorecer á cuantos pueda: el engaño no cabe en su pecho, lo que le gusta lo dice, lo que no, lo rechaza; trata á todos con perfecta igualdad, pero aun confundido con su gente, con la que él paga, con la que á él le sirve, se advierte en seguida que es el amo.

Aunque descendiente de españoles, su tipo revela desde luego que por sus venas discurre sangre de los primitivos habitantes de aquellas regiones, hallados allí por los descubridores: el hacendado americano, es, por regla general, criollo, mezcla de dos naturalezas que han dado por resultado un tipo especial, en el cual se advierte la obstinacion del indio, la vehemencia del español; cuando quiere, adora; cuando ódia, es feroz y sanguinario, y no perdona jamás. Considerado en familia es buen esposo y buen padre: vé en la mujer la compañera que Dios le ha dado, sabe que le debe consideracion y ayuda: pero sabe tambien que puede contar con su trabajo: de aquí, sin duda, el errado concepto que nos hacen adquirir ciertas pinturas en las que vemos al hombre tendido á la sombra bienhechora del árbol secular, en tanto que la mujer se tuesta junto al hogar preparando el sustento. Ninguna idea tan equivocada como la que se puede formar en vista de esto; es precisamente todo lo contrario; apénas rompe sus luces el dia ya nuestro hacendado se levanta, distribuye su gente, da sus instrucciones, y recibe cuenta de cuanto antes mandara hacer. En la casa de la hacienda rara vez se halla cuadra: los caballos viven con entera libertad en el campo, á la intemperie, pero en aquellos países carecen de los bríos y de la fiereza que en los nuestros, así es que tan luego como se necesita uno, el hacendado mismo ó cualquiera de sus criados desata de su cintura el lazo, lo voltea sobre su cabeza y lánzalo contra el que mejor le parece, el cual queda sujeto enseguida por la cabeza ó por las patas: con admirable rapidez le pasa el freno, lo ensilla, y salta, quedando como enclavado en aquel puesto; recorre así su propiedad, se entera de todo, prevee el mal, procura evitarlo, y vuelve al mediar el dia habiendo trabajado no poco, pues si habia ganado á la vista para comprar, lo ha registrado, ha tratado con los vendedores, ha ajustado sus cuentas, ha hecho el abono y lo ha mandado introducir.

Si en vez de compra era *saca* lo que habia necesidad de efectuar, se dirige á los rebaños rodeado de su gente, ligero de ropa, cubierto con un ancho sombrero, y laza, tanto como cualquier otro, con una precision admirable y con un tino que da envidia. El lazo, de que tanto entre nosotros se habla, no es mas que una larga cuerda hecha de cuero torcido que remata en uno de sus extremos con tres ó mas ramales de que penden pesados plomos: para el manejo de esta arma se exigen dos condiciones esenciales: gran fuerza y gran tino, que indudablemente se adquiere con la práctica. Es de ver con qué agilidad, con qué destreza es manejado por aquellos hombres. El dia designado procura hacerse del caballo mas fuerte, que por regla general lo son todos, si bien casi ninguno tiene las formas airosas

de los caballos europeos: una vez sujeto el animal que ha de servirse, pásale en ancho freno y le ajusta la silla vaquera de elevada grupa y arzon aguzado: monta, ajusta sus piés en los estribos cubiertos, y se dirige veloz al lugar donde pasta el ganado.

Los animales al ver llegar al tropel de gente se arremolinan y huyen á la desbandada, mas de nada les sirve huir, pues unos tras otros, todos cuantos hacen falta son cogidos, gracias al lazo, y conducidos á los corrales, de donde en manadas son llevados á los mercados próximos. Trabajando de esta manera sin tregua, sin descanso, el hacendado sabe lo que tiene y procura fomentarlo; en tanto que su mujer, la madre de sus hijos, rodeada de las sirvientas, cuida de que nada falte y que todo esté dispuesto. ¡Hermosa vida de ayuda recíproca y de sostén mútuo, cuadros encantadores por su sencillez, cobijada por aquel hermosísimo cielo al que rara vez empañan las nubes!

No siempre es el pesado y duro trabajo lo que absorbe al hacendado que nos ocupa y exigencia inconsiderada seria la del que tal cosa pretendiera. Los domingos, los dias de fiesta se abandonan las rudas tareas, y la gente de una hacienda busca á la de otra, improvisando juntos agradables fiestas que en nada se parecen á las de la ciudad. La familia del amo confundida con los mozos y criados los animan, los incitan, y en semejante dia todo es bulla y algazara. El becerro jugueton, que apénas se separa de la madre, los divierte con sus saltos y carreras al verse acosado, corren caballos, luciendo así su grande habilidad y destreza, y cuando tan activos ejercicios los cansa ó los fatiga, reposan al lado de las mujeres que presencian su fiesta. Suena la guitarra plañidera, tañida con arte, y se entonan melancólicas canciones propias del país, de aquel pueblo que aun no ha perdido su carácter propio, y lo que es más, se alaba aun que no aspira á perderlo.

No pocas veces el hacendado tiene que dejar sus dominios y trasladarse á la poblacion, comienzo que ya es contrario á lo que entre nosotros sucede: aquí el hacendado va al campo por casualidad en ciertas y determinadas épocas del año, cuando cree necesaria su presencia de todo punto, y no bien llega cuando todo le cansa y desea volverse, y no para hasta que se vuelve, renegando y afirmando á veces que allí no se puede vivir, que todo es malo, que nada sirve, que todo es tosco y en una palabra, que es imposible que una persona regular pueda vivir en aquellos caserones desmantelados. El de América por el contrario, comienza por pensar con disgusto que tiene que ir á la ciudad, y cada dia aplaza para el siguiente su proyectado viaje, hasta que al fin no puede diferirlo, y lo emprende, siendo el viaje

lo que menos le impone, á pesar de no contar con ferro-carriles, ni con sillas de posta, ni coches, ni algun otro vehículo que haga cómoda y agradable su excursion. Cuenta solo con su caballo, que ya conoce el camino, y emprende la marcha, durante la cual habrá de recorrer cuando menos, cuarenta ó cincuenta leguas.

En aquellas comarcas no hay que contar para nada ni con las fondas, ni las ventas ó posadas que sembraban nuestros caminos antes del establecimiento de los ferro-carriles, pero el caminante halla algo mejor que todo eso, pues conocido ó no, tendrá en las haciendas porque pase seguro albergue, bien provista mesa y hasta agasajo, pues la llegada de un amigo es siempre motivo de júbilo y se la celebra con fiestas en las que nunca deja de correrse un toro. Prosigue su camino. y al fin llega tras varios dias á la ciudad, donde desde luego, declara que no puede vivir. que ignora cómo los demás pueden hacerlo. Todo lo encuentra pequeño. reducido, mezquino, las habitaciones de la posada le ahogan, pues á cuatro pasos que dé tropieza siempre con las paredes, las calles son por demás estrechas, el aire circula con dificultad. y va siempre impregnado de miasmas que lo vicían. Las costumbres de los habitantes se le hacen cada vez mas antipáticas, se ahoga en el café, donde nada es bueno, del teatro no entiende una palabra, y supone las mas de las veces, con razon, que tal escuela de costumbres no le hace maldita la falta, muy por el contrario, no puede menos de escandalizarse con lo que allí sucede.

Las poblaciones americanas sufren demasiado directamente el influjo de la civilizacion europea, y en ellas, uno nacido en nuestros países no echaria nada de menos.

Los usos, las costumbres, los trajes. las modas, la literatura, todo, todo es igual, grandemente opuesto por consiguiente á lo que en el campo sucede, todo lo cual sorprende y extraña á nuestro hacendado. por lo que permanece en la ciudad, como sobre brasas, sin parar. ni descansar. hasta que termina sus tareas. Cuando tal cosa ha sucedido es de ver la alegría que lo domina y lo posee: baja á la cuadra, ensilla por sí mismo su caballo, paga con escrupulosidad suma su gasto y emprende de nuevo el camino que le ha de llevar á su casa, de donde reniega haber salido. Tan pronto como se halla en el campo su pecho se ensancha. el aire puro vivifica sus pulmones y lo aspira con delicia: si se detiene en las haciendas que al paso encuentra, emplea en la conversacion fina y punzante sátira al ocuparse de cuanto vió y le sucedió en la capital, cosa que le sirve para ensalzar la vida que hace, para manifestarse dichoso y contento con lo que tiene, con la libertad de que disfruta y las satisfacciones que esperimenta.

Dichoso el que se da por satisfecho con lo que tiene, y esto, cual á ninguno, sucede al hacendado americano, que aun no siente su pecho aguijoneado por la ambicion ni se vé acosado por deseos de otra vida que le parezca mejor. Franco, natural, sencillo, afable, campechano, aquel hombre que todavía con propiedad puede llamarse de la naturaleza, vuelve al fin á su casa cansado, estropeado, pero bien pronto se repone y de nuevo se dedica á sus labores y tareas rodeado de los suyos, sin que á su alma acose mas pena que el pensar que cualquier asunto pueda obligarle á tener que dejar su hacienda y marchar á la ciudad.

EL PROTECCIONISTA.

POR D. LUIS RICARDO FORS.

ASASE el calificativo de *proteccionista,* segun el Diccionario mas reciente de la Real Academia Española, para designar á todo partidario del sistema económico llamado de proteccion, refiriéndose al comercio extranjero.

El Diccionario Enciclopédico de nuestra lengua, ordenado por el laborioso Fernandez Cuesta, dice que proteccionista es el afiliado al sistema relativo á la admision de mercaderías extranjeras en un país, mediante un derecho de entrada llamado protector; y que adopta un término medio entre la libertad absoluta y la prohibicion del comercio.

Si todo esto no basta para concebir por una simple definicion qué cosa sea el proteccionista, el gran Diccionario del erudito Littré explica que nuestro tipo es el partidario de un sistema relativo á la admision de las mercancías extranjeras en un país, segun el cual se gravan más ó menos las mismas á la entrada, para proteger el comercio interior contra una concurrencia que no podria sostener sin tal gravámen.

Sabida la definicion, sabríase qué cosa es un proteccionista si todos los que así se llaman se circunscribieran á lo que la definicion expresa: pero resulta en este particular que hay tantas clases de proteccionistas, como proteccionistas mismos.

Difícilmente se encontrarán dos individuos de esta escuela que tengan completa igualdad de creencias y aspiraciones: y aun suele darse ejemplo, asaz frecuente por desgracia, de que haya proteccionista que no sepa ni en qué consiste la proteccion, ni qué cosa sea el libre-cambio.

Es, pues, árduo y dificilísimo, sino imposible, dar conocimiento exacto de qué cosa sea un proteccionista, sin presentar á los ojos y consideracion del lector los diversos aspectos en que este tipo aparece en sociedad: los opuestos móviles que le impulsan: las causas de su afiliacion en la escuela proteccionista: el diverso criterio que ha formado de las leyes económicas: los gustos y afinidades que le dominan: los estudios que le caracterizan: y los grados de egoismo, ó de abnegacion, ó de indiferencia por los cuales mide los intereses y el fomento de su país.

Solo así puede adquirirse idea aproximada del verdadero carácter del proteccionista, del orígen y causa de sus aspiraciones y de la razon de sus ideales.

*
* *

El proteccionista español podria dividirse en tantas clases como regiones abraza nuestra península.

Para el cosechero de Jerez las leyes económicas han de proteger ante todo los vinos nacionales, aunque para ello sucumban los productos del resto de España. Para el labrador de Jaen deben ser sacrificadas todas las producciones nacionales en aras de los aceites de su provincia. Al valenciano le importa un comino que el libre-cambio arruine las demás comarcas, con tal de que los derechos fiscales garanticen el monopolio de las sederías de Valencia. Para el castellano no cabe duda de que todas las manufacturas de la pátria pueden ser inmoladas ante el beneficio de las harinas que afluyen á Valladolid y Santander. Los habitantes de Cantabria lo posponen todo á la proteccion de las industrias mineras. Málaga quiere que toda la riqueza española sea subordinada á la proteccion de sus cañaverales y azúcares. En cambio los catalanes suspiran y trabajan por la prohibicion de todos los productos de la industria extranjera á fin de que las manufacturas del Principado catalan se impongan por ley fatal é inexcusable á toda la na-

cion, aunque la nacion tenga que arruinarse, comprando caro y malo, en aras de la supremacía del país de la *barretina*. (1)

Como el tipo proteccionista por excelencia es el que abunda en Cataluña, puede muy bien dividirse la familia en dos grupos principales, á saber: el proteccionista español y el proteccionista catalan.

Este último constituye, como si dijéramos, la *fine fleur* del proteccionismo; es la *vera efigie* del género, en toda su pureza; forma lo que los ingleses llamarian: *the protectionist high life*.

Dentro de este grupo típico del proteccionismo, puede intentarse todavía una nueva subdivision, á saber: el proteccionista *de Barcelona* y el proteccionista *de fuera*.

Todo esto, con respecto á la procedencia y país del tipo que estudiamos.

En cuanto á los diversos criterios que á cada uno caracterizan, y circunscribiéndonos exclusivamente á los grados de su inteligencia, á la fuerza de sus convicciones, á la violencia de sus impulsos y hasta á la razon fundamental de figurar en el grupo, pueden los proteccionistas dividirse en proteccionistas de compromiso, de moda, de buena fé, de especulacion: y hasta los hay fanáticos inconscientes, como se dan casos de que los haya tambien que sean esencialmente librecambistas, y hasta de que no falten en la familia Grandes Sacerdotes del contrabando.

Algunas pinceladas retratarán mejor que todas las definiciones, estas diversas clases de proteccionistas.

* * *

Lo primero que el lector debe conocer en toda su desnudez, es el clamoreo proteccionista de los españoles.

No tenemos á mano un teléfono que reciba la impresion de todas las voces y razones de tales gentes, pero si lo tuviéramos y colocáramos junto al oido la trompetilla del aparato, escucharíamos estos ó parecidos argumentos de los que quieren hacer la felicidad de España por medio de los procedimientos proteccionistas:

Los Fabricantes Catalanes.—Es urgente que se rebajen los derechos sobre los carbones y que desaparezcan de una vez esos bestiales derechos con que se

(1) Gorro de forma parecida al que usan los napolitanos, aunque algo mayor. El color es generalmente rojo y una vez puesto, asemejase mucho á un gorro frigio.

gravan los hierros. ¡Abajo todos estos impuestos que impiden su libre introduccion!... Pero... eso sí, es necesario impedir á todo trance que las manufacturas extranjeras vengan á nuestros mercados á competir con nuestra industria.

Los Valencianos.—Hay que abolir los derechos sobre las primeras materias: reclamamos que no nos hagan pagar la seda que necesitamos de fuera para nuestras sederías... Pero ¡cuidado! Mucho cuidado en no consentir que entre en España un solo grano de arroz de la India.

Los Santanderinos.—¡Pícaros valencianos! ¡No dejarnos entrar el arroz para blanquearlo! Es necesario destruir los monopolios, pero mucho ojo con dar oidos á las quejas de los cubanos, porque hay que hacerles comer el malísimo pan que les enviamos. Entiéndase que si pudieran comprar mejor harina que la nuestra, perderíamos muchísimos millones.

Los Dueños de Fundiciones de Bilbao y otros puntos.—Ya es hora de que celebremos un tratado comercial con Inglaterra. España no puede soportar mas tiempo el monopolio catalan... pero es necesario que no se rebaje el derecho de entrada sobre los hierros, que hasta el libre-cambista Figuerola respetó.

Los Agricultores de Castilla.—¡Vengan tratados! ¡Muchos tratados que nos permitan vender con ventaja nuestros vinos! No hay que hacer caso de los catalanes. España debe rebajar inmediatamente sus aranceles... pero sin tocar á lo que pagan los trigos extranjeros, porque se abaratarian los nuestros.

Los Navieros Catalanes.—Conviene rebajar cuanto antes los derechos arancelarios del comercio entre la Península y Cuba. Es necesario, es indispensable que los azúcares cubanos entren en España exentos de gravámenes, para que nuestros buques tengan carga... pero hay que restablecer irremisiblemente el derecho diferencial de bandera.

Un Diputado Malagueño y... Liberal.—Yo amo la libertad y combato al proteccionismo porque es cosa de monopolio y retroceso. He vivido y moriré dentro del libre-cambio. No hay que oir á los catalanes, ni á los valencianos, ni á los harineros de Santander, ni á los fundidores de Bilbao. ¡No hay que oir á nadie! Lo que hay que hacer es rebajar los aranceles y reducir á la nada los derechos de aduanas..... pero sin tocar á los azúcares, como no sea para gravar mas todavía su importacion, porque lo contrario seria arruinar la industria malagueña.

Este es el cuadro.

¿No parecen estos clamores, mejor que los agravios del proteccionismo, las intemperancias del egoismo?

*
* *

Si el proteccionista se examina *al detall,* es decir, molécula por molécula del conjunto que compone la familia, se verá que en todas las minuciosidades y actos de su existencia responde á la aspiracion y creencias de la colectividad.

El proteccionismo *al menudeo* ofrece las mismas particularidades y anomalías del proteccionismo *al por mayor.*

Penetrad en uno de esos magníficos palacios de la industria en que se elaboran los paños, las indianas y otros cien tejidos con que se enorgullecen, justamente, nuestras provincias catalanas.

Allí, entre la confusion de miles de obreros, el contínuo ir y venir de las lanzaderas, el crujido de las cuerdas y correas, el golpear de los émbolos, el sordo hervidero de las calderas y el silvido estridente del vapor, observareis que el dueño del soberbio edificio, que el amo de toda aquella complicada máquina productora de géneros nacionales, corifeo intransigente de la proteccion á los tejidos, ha protegido el trabajo nacional, haciendo venir las máquinas tejedoras de Birmingham ó de Francia, comprando los poderosos motores á vapor en Manchester ó Liverpool, pidiendo sus químicos é ingenieros á Bélgica ó Alemania, y hasta sirviéndose para capataces de algunos obreros de la vecina República.

Esta es la proteccion que el fabricante de paños ó sederías ó géneros de punto, concede á las industrias mecánicas del país.

*
* *

Penetrando en las salas de los bazares ó en los pisos de los sastres de mayor *copete,* puede el lector convencerse del apoyo que á su vez reciben los productores de tejidos por parte de los constructores de maquinaria.

Este señor, buen mozo, rechoncho, con aire de hombre feliz, y humos de personaje acaudalado, es sócio comanditario de un establecimiento colosal que fabrica toda suerte de motores y maquinarias, desde la mas sencilla bomba de riego hasta el volante mas grandioso que pueda hacer girar el hélice de un navío.

Apénas el sastre le pregunta por la salud, aprovecha la ocasion para dolerse del estado de los negocios y quejarse de que el pícaro gobierno tarde en establecer la prohibicion mas terminante, para evitar la entrada en España de todo metal que pueda parecerse á aparato ó maquinaria.

—El país está perdido,—exclama.—Los que nos sacrificamos para hacer progresar la fabricacion estamos amenazados por la ruina mas inminente. ¡Esto se lo lleva la trampa! El gobierno se ha empeñado en no proteger la industria, y los constructores de máquinas caminamos á pasos agigantados á la miseria... ¡En fin! ¡Paciencia!... Tómeme usted la medida de un traje de última moda, pero sobre todo no caiga en la tentacion de ponerme géneros catalanes, porque tienen una vejez detestable. Deme usted paño de Sedan ó casimires ingleses. ¡Nada... nada de Sabadell, ni de Tarrasa! No quiero volver á usar esos trapos en toda la vida...

Y esta es la proteccion que el productor de máquinas, proteccionista *sin condiciones* (como los explotadores del sentimiento pátrio en la Habana), suele dispensar al productor de tejidos.

*
* *

Mil páginas como estas y otras mil mucho mayores, no serian suficientes para todos los ejemplos de la proteccion que los proteccionistas dispensan á sus cofrades de produccion y de teorías y de egoismo.

Si los publicáramos, veria el lector que el opulento minero que pide la prohibicion de entrada de los hierros, compra en París los coches en que pasea por los sitios de moda: que el constructor de carruajes, pide los muelles, llantas y otros accesorios á Alemania ó á Inglaterra; que el industrial mas enemigo del libre-cambio, amuebla sus aposentos con todos los caprichos del extranjero y cubre sus salones con los papeles ó tapicerías del otro lado de la frontera.

Este es el proteccionista.

Segun su teoría, es reo de alta traicion á la pátria todo el que no compra sus productos, aunque sean estos peores y mas caros que los de fuera.

Pero en cambio se cree dispensado de proteger todos aquellos que él no produce.

Y como no lo cree así, no los compra.

¡Justicia y lógica proteccionistas!

*
* *

Hemos dicho que existen proteccionistas de compromiso y de moda: que los hay de buena fé y de especulacion: que finalmente, no faltan entre ellos fanáticos inconscientes, y que no deja de haberlos que son libre-cambistas sin sospecharlo, y otros que medran con el contrabando... sospechándolo.

De todos ellos, el mas censurable es el de especulacion; el mas tonto, el de

compromiso; el mas inofensivo, el de moda; el mas ridículo, es el que es libre-cambista sin sospecharlo; los mas dignos de lástima, el de buena fé y el fanático; finalmente, los que merecen mayor escarmiento, los que medran con el contrabando.

El proteccionista de especulacion es el mas censurable, porque su fin exclusivo consiste en colocar sin concurrencia sus géneros, sin importársele de los que él no produce, ni de que el consumidor pueda comprar mejor y mas barato por el sistema de libre-introduccion.

El mas tonto de los proteccionistas es el de compromiso, porque la palabra sola indica que al serlo, no obedece á sus propias convicciones, sino á ciertas exigencias de sociedad que le hacen abdicar del propio raciocinio.

El proteccionista de moda es el mas inofensivo, porque tiene tanto apego á uno ú otro de los dos sistemas económicos, como los perros lo tenian al color verde ó al carmesí, en aquella época en que las damas del gran mundo daban en teñir el pelo de aquellos animales.

No hay duda que es ridículo en alto grado aquel proteccionista que profesa el libre-cambio sin sospecharlo; y son ridículos la mayoría de los proteccionistas, porque casi todos hacen raciocinios como el siguiente, que hemos oido á un fabricante de paños:

—Desengáñese usted,—nos decia gesticulando como un desesperado,—no existe otro gobierno en el orbe mas injusto que el de España. Aquí todo es desbarajuste. Figúrese usted que los fabricantes de paños en vez de ser protegidos como merecemos, por nuestros sacrificios, somos hostilizados y arruinados cada dia más. La industria nacional no será nada, mientras se permita importar ni siquiera una vara de paño extranjero: pero en cambio debe abolirse en las aduanas el derecho que paga la lana que necesitamos en nuestras fábricas, debe desaparecer el arancel que grava el carbon que hace hervir el agua de nuestras calderas y que encarece las materias químicas que necesitamos para preparar y teñir nuestros tejidos. Todo esto, desengáñese usted, debe desaparecer de las tarifas de aduanas, si quiere protegerse á la industria. Además, la fabricacion no será nada mientras no se borren de una plumada los absurdos derechos que en nuestro puerto se hace pagar á los barcos que traen todo ese carbon, y esa lana, y esos productos químicos que necesitamos los fabricantes, y que con tantos derechos y gabelas llegan muy caros á nuestras manos.

¿Tenemos razon en calificar de ridículo á esos proteccionistas que, sin sospecharlo, defienden el libre-cambio *enragé* en lo que les trae cuenta?...

Siguiendo la clasificacion que hemos establecido, repetimos que el proteccionista de buena fé es el mas digno de lástima, porque la merece quien pide que se encarezca lo mismo que necesita y ha de pagar con su trabajo.

Tambien es digno de compasion el fanático, porque no es otro que el de buena fé elevado á quinta potencia y obcecado por el paroxismo de la sinrazon.

El proteccionista que se protege hasta la defraudacion á la Hacienda, sale de nuestro cuadro y no debe comprenderse bajo el título de las presentes líneas.

Merece artículo aparte.

Entra en la familia de los contrabandistas y lo recomendamos al Resguardo de mar y tierra.

*
* *

Dos plumadas para concluir.

Al apuntar los diversos grupos de proteccionistas, hemos dicho que los habia *de Barcelona* y *de fuera*.

Estamos en lo mismo y por lo mismo reiteramos la subdivision.

En ambos grupos se comprenden casi todos los que antes hemos revistado y calificado.

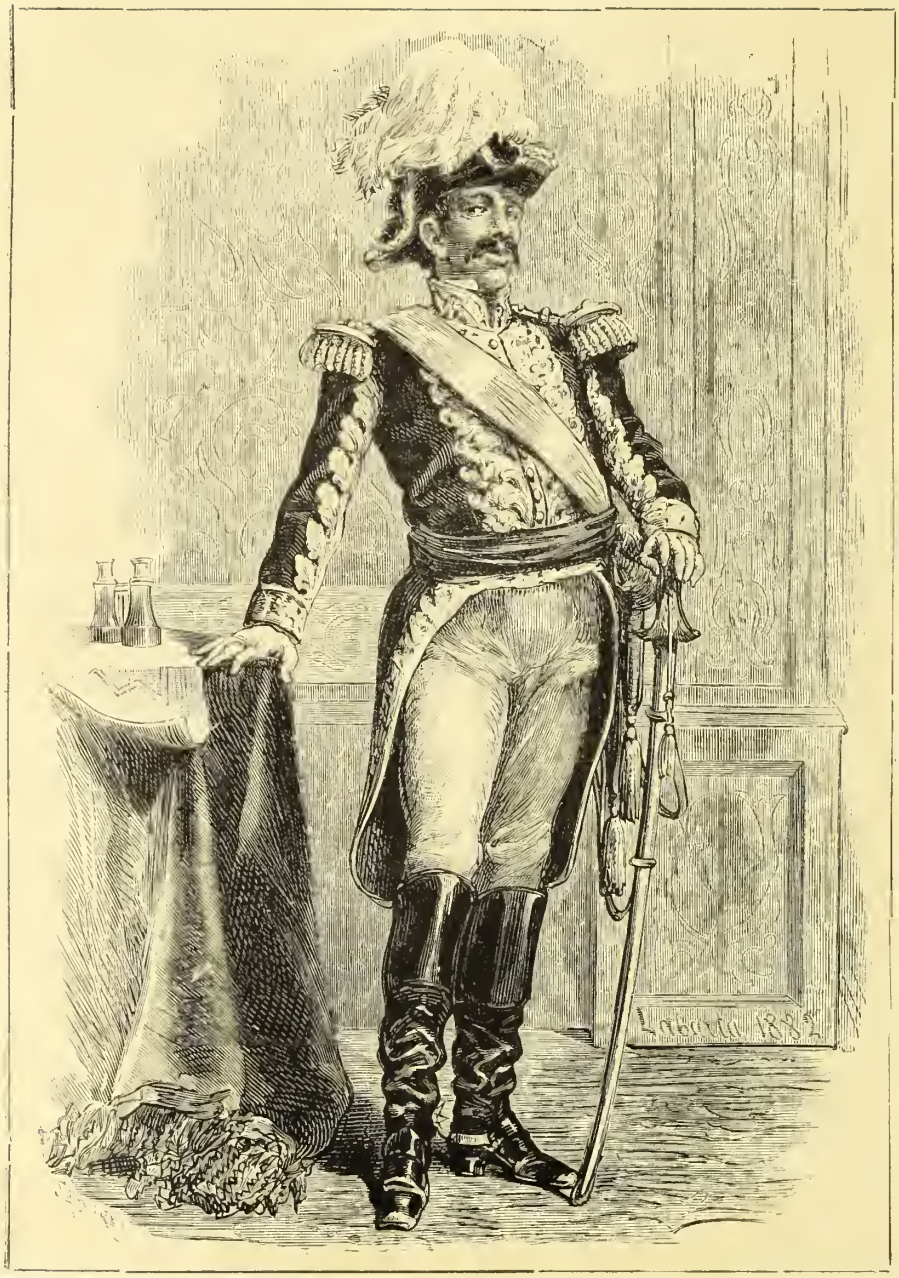
Entre los proteccionistas *de Barcelona,* están indispensablemente los de especulacion y los libre-cambistas sin sospecharlo; muy frecuentemente figuran tambien los de moda y los fanáticos y no pocas veces los Grandes Sacerdotes del contrabando.

Entre los proteccionistas *de fuera,* figuran casi todos los de compromiso, muchos de buena fé y no pocos de los de moda.

En ninguno de los grupos que conocemos hemos encontrado al proteccionista sério y útil al país.

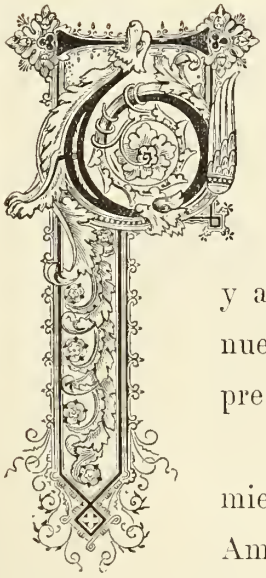
El proteccionista que ama la libertad y quiere que ésta rija en todas las manifestaciones de la vida, sin excluir las del comercio y de la industria; aquel que lleva su amor á la pátria hasta desear que sus productos sean protegidos cada dia menos, para que su perfeccion aumente y sus precios disminuyan, á ese proteccionista no le hemos hallado en ninguna parte.

Por esto no creemos que exista en España.



EL GENERAL DE AMÉRICA.

POR D. FRANCISCO X. BARAIBAR.



TAL vez quien nos conozca y haya tratado, podrá justificarnos algun vicio y no pocos defectos; pero jamás tendrá ni el mas ligero de los fundamentos para suponernos ingratos.

Esta mala condicion, peor que todas las que pueden contribuir á dar lugar á que un hombre se haga despreciable y aborrecible, falta en absoluto de nuestro pecho, y jamás, en nuestra ya larga vida, nos hemos inclinado á ella, porque siempre fuimos refractario á lo que hoy, por desgracia, abunda tanto.

Debiendo á esta gloriosa nacion de la vieja Europa el nacimiento no más, y todo lo que tenemos y poseemos á la risueña América, nada podemos decir en contra de aquel continente: únicamente nos sentimos llevados á lamentar sus males y á llorar sus penas.

Atentos á todo lo que ocurre en aquellas naciones, durante el tiempo que allí hemos permanecido, hemos podido comprobar con cuánta ligereza se habla y con cuánta rapidez se forman juicios de asuntos que no se conocen y de cuestiones que se desenvuelven en países que distan tanto del que nosotros habitamos. Grande

y terrible mal es este que con frecuencia lleva á escribir crónicas desatinadas en las que se hacen los mas absurdos paralelos y se emiten las mas descabelladas ideas.

No hace mucho tiempo que dominados por la sorpresa mas grande, leimos en un periódico que de buena y grande fama goza, un artículo debido á la pluma de sobresaliente escritor, que no sabiendo de América mas que lo que en libros y revistas se ha escrito, engolfóse de lleno en hábiles consideraciones histórico-políticas de muchísimo efecto y de grandísima trascendencia, para el que á ellas se limitara, pero que ninguna quedaba enhiesta tan pronto como con la realidad quisieran comprobarla.

Y es que no da lo mismo formar concepto mediante lo que oimos, que á poco rato resulta abultado por la imaginacion, y formar el criterio en presencia de los hechos mismos que esperamos nos sugieran alguna reflexion.

El escritor á que aludimos, grande amigo nuestro, por mas señas, clamaba á semejanza de los antiguos profetas, contra la corrupcion que en esta vieja Europa se advierte, contra la desmoralizacion que nos domina, y pasando revista particular y detallada á cada una de las naciones que hay por acá y de las que cada cual á su modo, contribuyen al equilibrio, veía á Rusia amenazada de una disolucion social hija de la reaccion natural y lógica que tiene que operarse, dada la extrema coaccion y violencia en que los soberanos de aquel imperio han tenido á su pueblo.

Decia de Alemania que era un imperio amasado con voluntades contrarias, pero que habian cedido por la alucinacion de un momento; que todo su poder estribaba en la existencia de dos hombres, de los que metafóricamente hablando, el uno habia aportado la cabeza, y el otro habia contribuido con su brazo, de modo que en el dia no lejano en que ambos ó cualquiera de estos dos hombres llegara á faltar, desapareceria la unidad del referido imperio, surgiendo de nuevo el considerable número de pequeñas nacionalidades que antes de la guerra de 1870, en que tan señaladas victorias consiguiera, componian la Alemania.

Ocupándose despues del Austria, augurábale precario destino, y no dejaba mejor parada á la mercantil Inglaterra, de la que sériamente afirmaba que dominada por el afan de lucro, empeñábase en promover disturbios fuera de casa, sin cuidarse de lo que en el interior tenia. Acusábala de gastar sus fuerzas en lejanos climas quedándose con tan pocas que resultaban de todo punto insuficientes para dominar los conflictos que en su seno ocurrian y veía para no lejana época que la

grandeza de Albion habia de quedar derretida en las espumosas ondas que se quiebran contra sus playas.

Todo esto que decia de los países del norte, resultaba pálido y frio al lado de lo que se le ocurrió ocupándose de los países pertenecientes á la raza latina. Al llegar á ocuparse de ellos, cual si su indignacion estuviera contenida desde hacia mucho tiempo, como si de su pecho rebosara el encono, estalló haciendo explosion sonadísima, y casi podemos decir que ni un hueso les dejó sano en su ya zarandeado cuerpo. ¡Pobre Italia! exclamaba al comenzar el párrafo, y á seguido renglon enumeraba todas las desventuras que pueden llevarnos á la mas profunda conmiseracion; veía amenazada la unidad que tantos siglos se tardara en realizar y aseguraba que envuelta en considerable número de conflictos inminentes, no le quedaba otro remedio sino perecer agobiada al esfuerzo de número mayor de enemigos que sobre ella habian de caer: sostenia que su política desastrosa hoy, inspiraria repugnancias seguramente á los antiguos genoveses y venecianos; que habian sido muchos los vientos que habia sembrado y que por consiguiente no le quedaba otro remedio que recoger tempestades. Aseguraba que Portugal era mas que nacion, una colonia inglesa, sin independencia, sin pensamientos propios, y que solo se sostenia gracias á las brillantes aptitudes que tienen los buenos portugueses para hacerse ilusiones.

Excusado nos parece manifestar que sus mas hondas lamentaciones las reservó, al hacer su artículo, para cuando llegó á ocuparse de nuestra hermosa pátria; con la celeridad que el águila vuela, pasó sobre nuestras pretéritas glorias, enumerándolas con orgullo una á una, sin olvidar nuestra constancia en repeler invasiones y nuestro teson para resistirlas; enumeró nuestros mas grandes hombres, desde los que nacidos en nuestro suelo merecieron ser dignidades en la soberbia Roma, hasta los que audaces y atrevidos han paseado nuestras banderas por el mundo todo, y á renglon seguido lloró sobre nuestras luchas intestinas, sobre nuestras discordias civiles y sobre estas divisiones y subdivisiones políticas que puestas en turno aguardan hambrientas el pedazo que los demás quieran arrojarle.

Despues de esta lúgubre revista, en la que campeaba el pesimismo mas refinado y de la que no pocos puntos eran controvertibles, nuestro amigo sacaba en conclusion, no como muchos creen en vista de tanta desmoralizacion, que está próximo el fin del mundo, sino que este, siguiendo una ley histórica que de antiguo se viene observando, cambia de faz, y de la misma manera que en remotas épocas fueron cuna y emporio de la civilizacion y de la cultura naciones antiguas

del Asia que hoy solo viven en la historia, y de las que las mas famosas ciudades yacen hoy en ruinas, formando sus restos cuevas donde anidan las fieras, así llegará un dia en que desmoronándose esta caduca Europa, la civilizacion pasará á América, donde se estacionará considerable número de siglos.

Esta peregrina idea que mas de una vez habíamos visto enunciada, podemos afirmar que no tiene otro fundamento que lo mucho que se ignora de aquellos países, á que segun aseveran trasmigrará la civilizacion con sus doradas alas, y además surge en la mente de muchos por un pesimismo arraigado en los que solo suponiendo mal, pueden explicarse ciertos fenómenos que hoy se verifican.

La historia no registra siglo de tanta grandeza como este en que nos ha tocado en suerte vivir: en ninguna época de las que sucesivamente han ido pasando, se han orillado tan graves conflictos de tan fácil modo como en la nuestra, y nunca ha sido el encono menor que ahora en que con nueva saña las naciones procuran aventajarse entre sí, no con los alardes de fuerzas que antes servian para destrozarlas, sino con obras del ingénio y adelantos de la industria, que las conservan y fomentan.

No podemos negar que cada dia se irán civilizando mas y mas las nacionalidades que con la emancipacion se han creado en América, mas no puede ocurrir nunca que lleguen al imperio en que hoy se encuentra Europa, dejándonos en el abatimiento terrible que nosotros dejamos al Asia, ó mejor dicho en la ruina en que vino á caer la parte del mundo señalada hoy como cuna del género humano.

Hasta las mas ricas y poderosas comarcas americanas tienen causas poderosísimas que cohiben su desenvolvimiento, y de ellas en su mayor número casi parece que están llamadas á desaparecer por el poder absorvente que tiene el mas grande y el mas fuerte. Antiguo axioma político fué el de que malo era dejar engrandecer al vecino, y dicho harto conocido el de que siempre es peligrosa la vecindad del fuerte y poderoso.

Aquellas repúblicas en su mayor número han olvidado tan prudentes y útiles advertencias hasta tal punto que ni siquiera parece que se acuerdan de ello, pues ya que es imposible evitar lo realizado hasta hoy, por ser empresa superior á sus fuerzas, debian al menos cuidarse en prevencion de lo que pudiera ocurrir mañana. Hacen todo lo contrario, y no parece sino que juraron al realizar su independencia no dejar las armas de la mano, segun lo que luchan, batallan y pelean; cuando no unas con otras, representando el papel de hermanas mal avenidas, la emprenden con ellas mismas y se desgarran el pecho, consumiendo estérilmente

su fuerza y dando lugar á la plaga mas odiosa de las modernas sociedades: al militarismo.

Desgracia y no pequeña ha sido para aquellas naciones no haber tenido cada una al tiempo de su constitucion, un hombre honrado, probo, leal é inteligente, que fijo solo en el bien de aquel pedazo de tierra en que habia nacido, encaminara rectamente sus intenciones al bien público. Antes al contrario, ninguna ha carecido de hombres á centenares, que fijándose solo en su propia conveniencia, no han descansado un solo instante, ni han tomado un momento de reposo persiguiendo con ánsia la idea descabellada de sobreponerse á todos sus conciudadanos. De esto ha resultado, que no ha pasado un año sin alguna revolucion ó pronunciamiento en que no pocos pierden miserablemente la vida sacrificados como corderos, sirviendo de carne de cañon al bando enemigo, que nunca defiende otra causa, sino el escalamiento del poder.

¿En qué consiste esto? nos hemos preguntado muchas veces, viendo sobre el terreno los males que ocasiona; y muy distintas han sido las contestaciones que nos hemos podido dar, segun del lado que hayamos considerado la cosa.

Recordando la mala política seguida allí por los descubridores, podríamos decir que aquella prohibicion que tuvieron los hijos del país, para desempeñar cargos públicos, habia sido causa sin duda de que al poderlos tener, los quieran todos; y si á esto se auna que las vivísimas imaginaciones de aquellos naturales del hermosísimo suelo americano, son heridas tal vez en demasía por los bordados, adornos y condecoraciones, tal vez nos explique aun mas el afan desmedido que en todos ellos se observa de llegar á ser generales.

Cuando aprovechándose de la confusion y desórden que en la metrópoli reinaban, quisieron sacudir el yugo, que les teníamos impuesto, no faltaron espíritus audaces y atrevidos que luego que dieron el entusiasta grito de libertad é independencia, lograron ver en torno suyo hombres dispuestos á secundar sus planes y á llevar á feliz término cuanto desde el principio se propusieran.

Entonces no faltaron hombres de corazon y de valor, hombres de principios y de sin igual constancia, que, aventurándose á jugar el todo por el todo, emprendieron una campaña en la que todas las desventajas se hallaban de parte suya. Los obstáculos que tenian que vencer eran insuperables y hubieran hecho desmayar á los que con menos fé se lanzaran en la que parecia temeraria empresa. Encuentros terribles, sorpresas inesperadas, lucha sin tregua ni descanso, vida agitadísima, todo, todo lo sufrieron con resignacion, no teniendo, en el mayor nú-

mero de los casos, ni techos que les guarecieran de las inclemencias del tiempo, ni alimentos que les fortificaran, ni vestidos que los cubrieran. Pero no sabemos qué de grande y elevada tiene la idea de pátria, que alienta, vigoriza y estimula: tiene esta palabra algo de magnético que infunde en los hombres un valor del que antes no se habian dado cuenta y que ni siquiera habian sospechado poseer.

Esto ocurrió con varios de los que primeramente se lanzaron á combatir por la independencia de aquel pedazo de tierra en que habian nacido. En aquellos primitivos guerrilleros que siempre á caballo no descansaban nunca y jamás se cuidaban de su persona, hay que suponer necesariamente grandísima buena fé é inmejorables deseos, y de entre ellos hay un ejemplo notable que debian haber seguido todos los demás: este ejemplo que tanto recomendamos, este ejemplo que podemos presentar como tipo del buen general americano, es el bien conocido Simon Bolivar.

Corazon grande y alma generosa, no bien hubo acabado sus estudios en Europa, marchó á su pátria, imbuido en los principios que habia predicado y acreditado la revolucion francesa. Constante en su deseo de liberar el territorio, de la dominacion española que sobre él pesaba, lanzóse al campo, y nada significaron para él los primeros descalabros que sufriera en la campaña, antes al contrario, sirvieron para estimularlo más y más, y sin parar un solo dia, organizando sus fuerzas al propio tiempo que las conducia al combate, obtuvo señaladas victorias no solo sobre los españoles, sino que tambien sobre las bandas de naturales que aquellos supieron armar en contra de los patriotas.

Político al mismo tiempo que guerrero, supo ir dando organizacion á lo que dominaba, y otra seria, sin duda, la suerte de las naciones aquellas, si en un todo se hubieran dejado conducir por las indicaciones del que con tanta justicia ha sido llamado el *Washington* de la América del Sur. Desinteresado cual ninguno, no solo aconsejaba el bien con sus predicaciones, sino que lo recomendaba con su ejemplo. Demasiado fácil es clamar que todos nuestros semejantes hagan esto ú aquello, pero es difícil en demasía llevar á sus ánimos con nuestras obras el convencimiento de que deben ejecutar aquello que les aconsejamos. Bolivar supo hacerlo: estaba convencido de lo que era conveniente y justo, y no bien hubo puesto el pié en su pátria, de regreso de Europa, cuando dió libertad á todos los negros que servian de esclavos en las vastísimas haciendas que constituian su patrimonio; siguió en esta senda y bien pronto de los fragmentos de naciones formó una sola, y más hubiera hecho si la envidia no se despertara en su contra en el famoso

congreso de Tacubaya, reunido por él para acordar una especie de federacion que uniera con estrecho lazo á todos los pueblos sur-americanos.

Ejemplo digno de ser imitado en aquellas dilatadas regiones en que operó de contínuo y en que valeroso siempre, supo sostener su causa, á pesar de las vicisitudes é inconstancia de la suerte que no siempre le fué favorable. Con bastante razon ha sido comparado con el incansable Sertorio; en perpétua agitacion siempre, cansó á sus enemigos cuando no pudo vencerlos, y de este modo, dia tras otro logró acrecentar su fama y engrosar sus filas. Pero cuando detenidamente se observa su manera de ser, y su manera de vivir; cuando se vé al punto extraordinario á que llegaba su audacia, cuando se atiende á la magnitud de su empresa y al ejército que conducia, compuesto en su mayor parte de extraños y heterogéneos elementos, ¿con quién mejor cabe compararlo que con Aníbal, el duro y tenaz cartaginés que varias veces logró poner en terrible aprieto á la soberbia Roma?

Lo cierto es que debe considerársele como verdadero tipo del general americano, al que debian haber imitado todos los demás. Tres veces el pueblo, que constantemente lo aclamaba, lo invistió del alto poder dictatorial, y tres veces supo renunciarlo creyendo su mision cumplida; supo desde luego hacer reduccion en los gastos, y principió disminuyendo el sueldo que le tenian señalado; rico, inmensamente rico cuando comenzó á mezclarse en política, no aumentó su fortuna, sino que antes al contrario, la mermó de una manera considerable, sacrificándolo todo á su grandiosa idea.

Si cada nacion de las que se constituyeron en el nuevo mundo, al hacerse independientes hubieran tenido un Bolivar, con seguridad que nuestro amigo al lamentarse del mal estado de Europa y vaticinar que la civilizacion trasmigraria á América, tendria razon; si en aquellas regiones hubieran abundado los generales como el *Washington* de la América del Sur, no tendríamos hoy tema para escribir este artículo; mas no ha sido así por desgracia, ni mucho menos. Bolivar no fué mas que uno.

Antes de bosquejar el tipo que nos hemos propuesto, es justo hacer una salvedad que desde luego evite que se den por ofendidos los que no deben pensar que nos referimos á ellos, y que se hieran susceptibilidades. Sabemos sobradamente que allí hay, entre la clase militar, hombres dignos, valientes y de valer en todos conceptos, que han hecho su carrera con brillantez, y que han llegado al feliz término de ella de una manera honrosa y digna. Pero creemos que estos mismos han

de ser los primeros en lamentar la senda peligrosísima que han seguido para llegar á un punto en el que se confunden con los que lo han asaltado, sin saber cómo, impulsados por fuerzas que engendró solo la suerte caprichosa.

Por mas que sea achaque general y comun en toda la raza latina, es lo cierto que en ninguna parte se vé de una manera tan clara y manifiesta como en América, esa série no interrumpida de guerras, turbulencias, agitaciones y pronunciamientos que asolan aquellas hermosísimas campiñas, llevan al sepulcro á tantos infelices y privan de brazos á la industria, á la agricultura y al comercio.

En los países donde de antiguo están reguladas las instituciones por una ley que los más acatan, solo queda la protesta de los menos, que fácilmente puede contenerse y aun repelerse, si llegara á ser preciso; mas en aquellos recientemente creados, que desde luego se dieron una constitucion que autoriza mayor número de aspiraciones, la protesta no es de principios, pues ya no cabe el planteamiento de nuevas formas de gobierno que autoricen mas ámplias libertades: allí la cuestion es de personas, y nada mas que de personas. Se procura que el *quítate tú para ponerme yo* tenga un fundamento, y para esto se apela á la sabida excusa de: *Tú lo haces mal y yo lo haré mejor.*

Cierto es que en un número considerable de casos ha habido razon para afirmar que cualquiera lo haria mejor que el que ocupa el poder, por ejemplo, cuando el tirano Rosas dominaba.

Mas no sucede siempre así, sino que por el contrario, en el mayor número de los casos, cuando todo marcharia bien si hubiera paz, cuando solo la tranquilidad es lo que hace falta, nunca se hace esperar un descontento que cansado de aguardar que le llegue el ambicionado turno, procura hacerse de un número grande ó chico de parciales, y saliéndose al campo comienza á cometer una série no interrumpida de tropelías, que dan por resultado inmediato el que su nombre sea conocido en breves dias. En cualquiera parte á este revoltoso se le daria el nombre de faccionario ó cabecilla, y cuando mas el de guerrillero, pero allí no sucede tal cosa, allí él mismo comienza por darse el pomposo título de general, que los demás le reconocen sin gran trabajo, y le prodigan sin inconveniente ninguno.

Salido de donde menos pudiera pensarse que salieran generales, el tipo que vamos á pintar y que puede servir de modelo de la mayoría, no es una ficcion. Sin grande esfuerzo ni trabajo podria encontrarse en todas las naciones de América que un dia fueron colonias españolas. Espíritu intranquilo, y mente calenturienta, sorprendióle detrás del sucio mostrador de la tienda en que servia, la noticia

de que por el campo vagaba una partida que se batia con las fuerzas del gobierno á fin de derribarlo y poner otro que fuera mejor.

Esta revelacion despertó en él la idea de que, en efecto, el gobierno aquel que por entonces regia los destinos de su país, no lo hacia del todo bien, por cuanto él se encontraba reducido á miserable condicion. Desde entonces, por la noche se dió á leer todas las proclamas y papeles que se imprimian fomentando la insurreccion.

Al poco tiempo pudo observar que no carecia de auditorio, pues el mozo del almacen y un primo suyo, dos rancheros y cuatro gañanes, dependientes todos de la misma casa donde él servia, acudian á escucharle con verdadero gusto. Al principio todos callaban, ninguno se atrevia á exponer su opinion, así como tampoco á hacer comentarios, mas cuando despues de repetidas lecturas, fueron aprendiendo términos convenientes y nombres propios, era de ver la frescura y desembarazo con que cada cual decia lo que se le antojaba. Nos parece excusado decir que todas las simpatías de aquel círculo eran para los sublevados, que á ellos se les daba la razon, y que á una voz lamentaban que no fueran mas en número para acabar mas pronto. Una noche al fin, el tendero que desde muchos dias atrás meditaba un audaz proyecto, se atrevió á exponerlo á sus compañeros, y dicho sea en verdad, fué acogido con sin iguales muestras de entusiasmo.

Se trataba nada menos que de lanzarse al campo para fomentar la revolucion: trazóse el plan, distribuyéronse los cargos y resultó que solo con ellos habia buen número de jefes y oficiales pero que soldados no tenian ninguno. Esto no importa, dijo el que desde aquel momento mismo se constituyó general, los soldados vendrán luego, y efectivamente, un mes mas tarde, despues de mil peripecias y cuidados, nuestro hombre se hallaba al frente de un centenar ó dos de individuos, que en su mayoría era cada cual lo peor de su casa, mal equipados, y si se quiere peor alimentados; lograron armarse aunque de una manera muy heterogénea, despues de las primeras escaramuzas que libraron, y una vez conseguido esto, fué de ver la prisa que tuvieron en darse á conocer, y en que sus proezas fueran admiradas.

Sin tregua ni descanso, recorriendo la comarca en todas direcciones, ausiliados poderosamente por el bien montado espionaje que los de su bando tenian, lograron sorprender algunas veces á las fuerzas del gobierno, obteniendo sobre ellos triunfos insignificantes, pero que ellos se cuidaron de aumentar á su capricho y antojo, de modo que parecia siempre que lo que se habia librado eran for-

midables batallas campales entre dos ejércitos igualmente numerosos y aguerridos.

No hubo lugar en que entraran y volvieran á salir sin haber dejado en él memoria terrible de su paso; parecia que todos los que no iban en su seguimiento dispuestos á dar cima á sus planes y á hacer lo que se les mandara, con alma y vida, eran enemigos suyos segun el modo con que se les trataba. Contribuciones, impuestos, exacciones, represalias durísimas, estos eran los hechos que lo caracterizaron en aquel primer período de su vida militar de que ya no se acuerda, pero que jamás olvidarán los que entonces le conocieron.

Uno de los mayores males en los tiempos modernos, no solo para las naciones de América sino para todas las que se hallan constituidas sobre la superficie de la tierra, es el de haber confundido lastimosamente la religion con la política, y haber hecho de la primera un instrumento para la segunda, segun la gente que ha manejado los negocios públicos.

Es una verdad de las mas crasas que la América latina no puede compararse con nacion ninguna como no sea con España, pues ellos lo mismo que nosotros, son españoles. Una rápida excursion que por allí se haga, convencerá inmediatamente de la verdad de lo que apuntamos, pues nuestro es su idioma, sus usos, sus costumbres, su génio, su religion, su manera de ser y en una palabra, el carácter, con todo lo bueno y lo malo que de ello ha de resultar necesariamente. De aquí que en lo que modernamente se llaman clases conservadoras estén profundamente arraigadas las creencias religiosas, y que dominados por predicaciones que no siempre dejan de ser inconvenientes se nieguen con férrea obstinacion á dar un paso hácia adelante permaneciendo en un retraimiento fatal y mirando con malos ojos no solo lo que malamente dan algunos en llamar progreso, sino tambien lo que por progreso, justo, racional y legítimo, debe tenerse.

Esto, que mas que á nada se debe á la falta de cultura, creen los del bando contrario que han de atribuir á la religion y de aquí la cruda guerra que en todas partes se hace hoy á este sentimiento, que como cualquiera otro, mas se irrita y exacerba cuanto mas se le persigue y castiga. Uno de los primeros cuidados del incivil americano, tan pronto como por sí y ante sí se constituye en general, es atacar todo lo que pueda referirse al sentimiento religioso, y hace cuarteles de las iglesias, y derriba á unas imágenes, y destruye otras; expolia los templos y los desposee, diciendo á cuantos le escuchan, y que por fuerza tienen que creerlo, que todo aquello lo hace porque es de la única manera que puede arreglarse el país, ponerlo en órden y que prospere.

Las alocuciones que dirige á sus gentes es fácil comprender como serán; modelos de mal gusto pero retumbantes, hieren los oidos de la tropa que siempre las saluda con vítores y aplausos: les promete poco menos que la gloria para el dia del triunfo no lejano, y asegura siempre en ellas que sus miras son las mas puras y sus intenciones las mas rectas. Bien estudiadas estas alocuciones puede hallarse en ellas sin grandes dificultades, gran exceso de malos y bastardos sentimientos, que es en suma lo que le domina; procura halagar los sentimientos de todos los que le siguen, y con sus actos y proezas hace de ellos mas que soldados, lobos carniceros.

En sus encuentros, no hay cuartel para nadie: al herido, se le remata; al prisionero, se le fusila; pero sin perder tiempo en formalidades, que despues de todo, han de resultar vanas; una vez que la suerte le ha sido favorable no hace lo que por su mal hizo Aníbal, y cual ningun otro sabe aprovecharse del triunfo, que segun sus principios, ninguno es tan completo como el que deja menos enemigos. Sin pararse en clase, ni en condicion, ni en sexo, ni en edades, fusila á cuantos caen bajo su mano, siendo de ver la saña que en ello pone extremada hasta un punto tal, que parece que mayor ha de ser su gloria cuánto mayor sea el número de personas que inmole.

Combatido por tantos puntos contrarios, las fuerzas del poder se agotan, y el gobierno flaquea, y cae al fin; sobrevienen disturbios sin cuento, parece que el país, tras aquella lucha tremenda y criminal, queda condenado á la mas horrible de las anarquías, mas al cabo, uno, el que contaba con mas fuerzas, tuvo mas suerte, ó fué mas audaz: logró recoger las riendas del estado, se entroniza en despótica dictadura y empieza á gobernar. Para asentar sólidamente su poder no puede menos de comprar algunas voluntades, en su mayor número las de aquellos que con él hicieron la campaña y le ayudaron á subir tan alto. Estos, seguramente, tendrán apadrinados y amigos, á los que por fuerza se repartirán destinos civiles, puestos importantes, aun cuando para ellos no tengan aptitud, gobiernos subalternos, á los que llegarán á creer ínsulas Baratarias, en las que sin disputa ninguna obrarán peor que el Sancho de nuestro inmortal Cervantes; pero para ellos, que siempre procuraron y consiguieron salir ilesos, para ellos, que pasan un dia y otro contando proezas que no acaban, hazañas en las que, segun dicen, corrieron mil veces el peligro de perder la vida, para ellos, decimos, no hay otro remedio que legalizar el título que desde el comienzo se dieran, y el dictador, que comprende que de este modo satisfará su amor propio y contentará su ambicion,

el dictador, que comprende que con esto solo le bastará para aquietar aquellos ánimos turbulentos y contenerlos al menos durante el tiempo que él necesita para hacer su negocio, no se para en barras, y con el desenfado de aquel á quien nada le importa, porque otro paga, un dia escribiendo, poco y mal, dará lugar á que al siguiente el periódico oficial de la República aparezca lleno de retumbantes nombramientos de generales á favor de este, del otro y del de mas allá, nombramientos que naturalmente se fundan todos en los sobresalientes hechos de armas realizados en aquella campaña que viene á poner término al lamentable estado en que los asuntos públicos se hallaban.

A partir del momento en que la situacion de nuestro antiguo tendero se legaliza, cambia su manera de ser notablemente, y comienza por dar de lado á sus antiguos camaradas, buscando al propio tiempo quien le escriba una floreada historia de su campaña, cosa que encuentra siempre, pues la paga bien.

Conténtase y se envanece con la biografía que le inventan, y su falta de pudor le lleva á juzgarse justamente comparado con Alejandro, Aníbal, César, Pelayo, Gonzalo de Córdoba, Napoleon, y demás grandes capitanes y sangrientos héroes de guerra, cuyos nombres nos ha conservado la historia. Además, su petulancia se excita al considerar que, si como soldado lo elevó su biógrafo tan alto, como político hizo otro tanto, de tal manera que se vé convertido en una excelsa figura, de tal magnitud, que todos en adelante tendrán por qué envidiarle.

Él nunca habia disfrutado de comodidades, pero un general vivo y efectivo no puede prescindir de ellas, y hé aquí que de la noche á la mañana lo encontramos instalado en una casa de lujosísima apariencia, que hace amueblar con todo el lujo y refinamiento que mueblistas y tapiceros se permiten cuando tienen ámplias facultades y saben de antemano que las cuentas les serán satisfechas al instante y sin titubear.

Donde mas agota todos sus recursos, y en lo que mas empeña su saber y poder, es en la confeccion de su uniforme, y es de ver cuántos figurines y modelos se hace presentar, decidiéndose al fin por el que le parece mas vistoso y llamativo: muchos bordados en la casaca, el mayor número que de ellos se pueda, alto cuello que no le permita ladear la cabeza, sino al contrario, llevarla tiesa y erguida, sombrero galoneado con grande lloron de plumas, espuelas de sueltas rodajas que suenan mucho al andar, y un sable largo, muy largo, hé aquí el gran uniforme de nuestro general, que ya no se lo quita para nada, y que hasta para dormir quisiera tener puesto. Entrégase á la buena vida, goza, disfruta y descansa

de sus pasadas correrías; pero al fin, su desmedida ambicion le lleva á encontrar monótona la vida, aspira á ser mas de lo que es, y á partir de un momento, su sueño acariciado es la presidencia de la República. Firme en su empeño, se acuerda de sus antiguos parciales, los excita, y al frente de ellos se lanza á la revolucion, alterando la provechosa calma y paz de que el país disfrutaba.

Nueva lucha, nuevos encuentros, nueva efusion de sangre, hasta que triunfa ó es fusilado: y mientras tanto surgen nuevos generales como el que presentamos, dispuestos siempre á hacer lo mismo. Hé aquí la historia constante de aquellas hermosas repúblicas, que serian felices sino predominara en ellas tanto el militarismo, pero que jamás podrán llegar á ser lo que nuestro amigo dice, á causa de la plaga de generales que las carcomen.

TIPOS NAVARROS.

POR D. A. SANCHEZ RAMON.

De Obanos á Pamplona no hay mas que seis leguas escasas de buena carretera.

Sin embargo, en la época en que yo hice esta breve excursion, la guerra civil ardia aun en Navarra, y era necesario, para no tener un mal encuentro con las partidas, abandonar el camino directo en la Venta del Portillo, tres leguas de Obanos, y recorriendo la altísima Sierra del Perdon por los puntos mas prominentes de su cumbre, ir á caer á Subiza, en su falda oriental, para desde allí, por Beriain y Noain, tomar otra vez la carretera casi á las mismas puertas de Pamplona.

El viaje lo verifiqué, pues, siguiendo este itinerario, en compañía de un capitan de Alcolea, herido en un brazo en uno de los últimos encuentros con los carlistas, y del bagajero, que á regañadientes nos conducia.

*
* *

Aun no he podido averiguar el orígen del nombre con que se distingue aquella sierra, pero yo supongo, y creo no equivocarme, que algun pecador empeder-

nido debió atreverse á visitarla en un dia de lluvia, viento, granizo, truenos y relámpagos, como me sucedió á mí, cruelísima penitencia á cuyo precio debieron perdonársele sus muchas culpas.

Y de aquí el nombre de *Sierra del Perdon*. Lo que sí puedo asegurar, es que bien pronto me arrepentí de haber dejado la carretera, cuyos inconvenientes y peligros parecíanme fiestas y agasajos en comparacion de las mil insoportables molestias que la penosa ascension de la montaña me produjo.

El granizo, de un tamaño mas que regular, nos azotaba el rostro hasta lastimarnos, los truenos y los relámpagos asustaban á nuestras asendereadas cabalgaduras, que clavaban los piés, negándose á dar un paso hácia adelante; y sobre todo, el viento, mejor dicho, el huracan, que sin descanso soplaba, parecia que á cada instante nos iba á arrojar, como leves plumas, contra las rocas.

Para mas seguridad, teníamos que descender de nuestros endebles cuártagos, no menos amenazados que nosotros, y aferrados á sus crines por el lado contrario á aquel de que soplaba el viento, aquí caigo, allá me levanto, hicimos las tres cuartas partes de nuestra caminata con mas facilidad de la que en un principio nos prometíamos.

*
* *

A eso del mediodía calmóse algun tanto el viento; un fugitivo rayo de sol, penosamente escapado por entre las nubes, vino á alegrarnos y á dar calor y vida á nuestros miembros, ateridos por la humedad.

Al mismo tiempo deshízose la niebla que hasta entonces nos habia rodeado, no dejándonos distinguir los objetos á dos pasos de distancia, y se desplegó súbitamente ante nosotros el panorama mas brillante y espléndido que yo recuerdo haber contemplado en mi vida.

A nuestros piés, y á una profundidad incalculable, extendíase una pintoresca llanura, una vega riquísima y feraz, de exuberante vegetacion, atravesada de levante á poniente por el Arga. Esparza, Arlegui, Las Salinas, Noain, Cordobilla, y otra multitud de pueblecitos que seria difícil enumerar, salpicaban por todas partes aquella verde extension, que despues de la tormenta brillaba bajo los rayos del sol como un riquísimo campo de esmeraldas.

Allá á lo léjos y limitando la llanura, distinguíase confusamente entre la niebla la plaza de toros de Pamplona y los negros muros de la ciudad, y á su lado,

como un gigante centinela, el monte de San Cristóbal, desde cuyas fortificaciones amenazaban constantemente los carlistas, por aquellos dias, á la valiente capital de Navarra.

Detrás de nosotros, hácia poniente, blanqueaban sobre el fondo oscuro del terreno los apiñados edificios de Puente la Reina: á la derecha, y al otro lado del rio, Artazu y Santa Bárbara en poder de los carlistas; frente á frente de Obanos, que no veíamos, escondido en un repliegue de la montaña, la alta cordillera en cuyo punto mas elevado se alzaban nuestros reductos San Guillermo é Infanta Isabel, que defendian á Puente, amenazando las posiciones del enemigo, y allá, en último término, acechaba Monte-Esquinza, confundiendo su imponente masa con las brumas del horizonte.

*
* *

A las dos de la tarde llegamos, por fin, á Subiza, descolgándonos, que no bajando, por aquella pendiente rápida, sembrada de agudos guijarros y de menuda arena, que no presentaban lugar seguro donde apoyar los piés.

Subiza es un pueblecito insignificante.

Veinte casas á medio derruir, sembradas acá y allá sin órden ni concierto en el declive de la sierra, estrechas y tortuosas veredas, pomposamente bautizadas con el nombre de *calles,* y una iglesia cuyos macizos y ennegrecidos muros le dan un marcado aspecto de castillo feudal, propio de la Edad Media.

Al entrar en el pueblo, acordéme del malogrado Eguilaz y de su zarzuela *El Molinero de Subiza.*

En cada casa me parecia ver un molino: pero la verdad es que no encontré ninguno en los varios puntos que recorrí.

*
* *

Nuestro primer cuidado cuando ya estuvimos en el pueblo, fué visitar al brigadier S... gobernador militar, tanto por la obligacion de hacerlo en que se hallaba mi compañero de viaje, cuanto porque necesitábamos nuevos bagajes que nos condujesen á Pamplona y una escolta que nos preservase de los peligros que nos amenazaban en el trozo de carretera que restaba hasta la capital.

El brigadier nos recibió afablemente dando órden al punto para que se nos

facilitaran los bagajes y poniendo á nuestra disposicion una escolta de lanceros del Rey al mando de un alférez: pero á la hora crítica de marchar, cuando ya el capitan y yo esperábamos en las afueras del pueblo, el subteniente encargado de mandar la fuerza sufrió no sé qué repentina indisposicion; el nombrado para sustituirlo no parecia por ninguna parte, y no hubo mas remedio que resignarse á permanecer en Subiza hasta que desaparecieran estos imprevistos obstáculos.

Volvimos al pueblo, y como los disgustos y contrariedades no habian logrado extinguir nuestro apetito, aguijoneado por seis mortales horas de peregrinacion por la sierra, entramos en un portalon destartalado, mugriento y de piso terroso, con dos bancos y cuatro mesas cojas de pino, que nos dijeron era el *café,* y sacamos las provisiones que á prevencion llevábamos, mientras la dueña del local nos servia un enorme jarro de *chacolí,* único producto que el consumidor podia hallar en el *establecimiento.*

Inútil me parece decir que en aquel *café* no habia café.

* * *

Una vez satisfecho el estómago, mi curiosidad no estaba igualmente satisfecha, y el recuerdo de Eguilaz y su popular zarzuela, no se apartaba un instante de mi imaginacion.

—Diga usted, ama,—interpelé á la dueña de la casa cuando se acercó á cobrar el importe del vino,—¿no hay molino en este pueblo?

—Ahora, no señor,—me contestó.—Si tiene usted algun grano que moler será necesario que lo lleve á Beriain ó á Las Salinas, como hacemos aquí.

—Dice usted que *ahora* no hay molino... ¿Luego lo ha habido?

—Sí señor; hasta que ocurrió la desgracia aquella.....

—¿Qué desgracia?

—La de la pobre María Polonia, la molinera.

—¿Y qué fué lo que le ocurrió?

—¡Ahí es nada! Que murió á manos de su marido á los dos meses de casada.

—¡Qué atrocidad! ¡Ese hombre seria una fiera!

—¡No diga usted eso, señorito! Cabalmente el infeliz Mariano estaba loco por su mujer...

—Pues no comprendo entonces como la mató.

—¡Ahí verá usted! El diablo que enreda las cosas á su modo. Verdaderamente aquello fué una lástima. ¡Maldita sea la guerra!...

—¡Ah! ¿Luego tuvo la culpa de esa desgracia la guerra?

—¡Ya lo creo! Figúrese usted que en cuanto Mariano supo que en Lerin (1) se habian levantado algunas partidas por don Cárlos, tomó el fusil y se fué allá con otros cuatro malas cabezas del pueblo.

—¿Y no hubo medio de impedir su marcha?

—¡Cá! En tratándose de la *causa* no atendió á razones. La pobre Polonia lloró, suplicó para detenerlo, ya vé usted, no hacia una semana que se habian casado, pero él, cada vez mas testarudo, se empeñó en marcharse, y no hubo fuerzas humanas que le detuvieran. Pasó un mes, sin que supiese nadie su paradero, hasta que por fin un mozo que se vino escapado de la faccion, dijo que Mariano estaba en el Pueyo, y en las cercanías de Tafalla, mandando una partida de treinta hombres.

Polonia, que desde la marcha de su marido no habia cesado de llorar noche y dia, en cuanto supo esto pareció consolarse algun tanto, y cuando ya todo el mundo se figuraba que se habia resignado á su suerte, una mañana apareció el molino cerrado y no se volvió á saber una palabra de Polonia, hasta dos meses mas tarde, cuando trajeron la noticia de su muerte.

—¿Y en dónde habia estado todo ese tiempo?

—Verá usted. Polonia, disfrazada de hombre con ropa de su marido, salió una noche de Subiza para dirigirse á donde le habian dicho que estaba Mariano; pero en el camino tuvo la desgracia de tropezar con Pedro Oses, que la obligó, creyéndola hombre, á reunirse con su partida, y se la llevó á Maquiriain.

Esto era el 20 de mayo al amanecer. En la tarde de aquel mismo dia llegó tambien al pueblo mas fuerza carlista, y tranquilamente se acostaron toda aquella noche, sin precaucion de ningun género, porque las columnas de los *guiris* estaban muy distantes de aquellos sitios, y nadie temia una sorpresa.

Pero como *el hombre propone y Dios dispone,* aun estaban los carlistas en el primer sueño, cuando un ruido espantoso los despierta, y á los gritos de:—¡A las armas! ¡Traicion! ¡Los *guiris!*...—se lanzan desnudos á la calle los mas animosos, otros escapan por los tejados, para defender su vida dentro de las casas. Era el *Cojo de Cirauqui,* con sus voluntarios, quien los habia sorprendido. La victoria fué completa para los liberales; hicieron ocho muertos, tres heridos y doce prisioneros, apoderándose, además, del caballo, de las botas y de la cartera de Oses,

(1) El dia 21 de abril de 1872 principió el levantamiento carlista de Navarra, en Lerin, poniéndose en armas (segun algunos) doce mil hombres en seis horas.

que milagrosamente escapó de las manos de Tirso Lacalle. Al sonar los primeros tiros, Polonia huyó á ocultarse en el campo por un corral de la casa donde se alojaba; pero no pudo conseguir su intento, y vióse envuelta en la refriega cuando menos lo esperaba. Apoderóse allí del capoton y del képis de un voluntario muerto, y, escondiendo su boina, se disfrazó perfectamente, y poco á poco vió el medio de introducirse en una casa.

¡Y esta fué su desgracia, señorito! Al mismo tiempo que ella entraba, un hombre le dió el: «¡Alto!» y la infeliz, que reconoció la voz de su marido, no tuvo ni aun tiempo de nombrarlo; porque inmediatamente aquel, viendo un képis de voluntario, disparó su carabina, y dejó á su infeliz mujer con la palabra en la boca.

—Y diga usted, ama,—pregunté á la narradora,—¿desde cuándo estaba Mariano en Maquiriain?

—Era el jefe de la partida que habia llegado la tarde anterior, para reunirse con Oses,—me contestó.

—¿Y cómo es que Mariano y Polonia no se habian encontrado antes de la sorpresa, hallándose los dos en el pueblo?

—¿No le dije á usted que cuando el enemigo arregla las cosas para que ocurra una desgracia, se sale con la suya? Mariano, apénas llegó á Maquiriain, se acostó porque estaba enfermo; lo cual unido á que Polonia procuraba alejarse de sus camaradas, siempre que podia, fué causa de que los esposos ni se viesen ni se reconocieran hasta el momento de la catástrofe.

—¿Y qué fué de Mariano?

—La verdad es que no se sabe, señorito. Unos dicen que logró escapar, otros, que le mataron allí mismo, y hay tambien quien asegura que cayó prisionero, y se lo llevaron á Tafalla, y de allí á Zaragoza.

El diálogo no pudo terminar mas á punto, porque en aquel momento un soldado vino á decirnos que la escolta esperaba.

*
* *

De Subiza á Pamplona no ocurrió nada de particular, si se exceptúan los sustos que nos proporcionaron dos ó tres grupos de pacíficos trabajadores, que sucesivamente fueron apareciendo por las inmediaciones de Noain.

Los dedos se nos figuraban carlistas, sino huéspedes.

Mi compañero de viaje, el capitan Arturo J...., encontró á su familia, que lo esperaba, á la salida de Pamplona.

A las ocho y media de la noche me paseaba ya por la plaza del Castillo, mientras los carlistas, como para festejar mi llegada, disparaban sus baterías desde San Cristóbal.

LA HAMACA.

POR D. DIEGO VICENTE TEJERA.

Que descansada vida
La del que huye el mundanal ruido...
Fray Luis de Leon.

En la hamaca la existencia
Dulcemente resbalando
Se desliza.
Culpable ó no mi indolencia,
Mi acento su influjo blando
Solemniza.

Goce el Sultan en reposo
Los infinitos placeres
Del haren,
Y en éxtasis voluptuoso,
Finjase entre sus mujeres
Un Eden.

No su fabulosa tierra
Envidio, ni su radiante
Cielo azul,

Ni los primores que encierra
El serrallo deslumbrante
De Stambul.

Y su poder no ambiciono,
Ni lo temo cuando estalla
Su furor,
Y humilla desde su trono
Al pueblo que tiembla y calla
De pavor.

Que es tan vívido el sol mio,
Tan espléndido mi suelo
Tropical,
Y en mi rústico bohío
Brindame próvido el Cielo
Dicha tal,

Que si el Turco sorprendiera
Los encantos de la oscura
Vida mia,
Su imperio al punto me diera
Por gustar de mi ventura
Solo un dia!

Sobre pintoresca loma,
En el centro del frondoso
Platanal,
Por cuyas cepas asoma
Fresco, limpio y bullicioso
Manantial,

Pobremente construido
Léjos del hombre, entre mares
De verdor,

Do solo suena á mi oido
De las seibas y palmares
El rumor,

Levanta su tosco muro
El hogar, donde, en sabrosa
Languidez,
Tan suaves goces apuro...
Que no más anhelar osa
Mi avidez.

¡Cuán grato es vivir en calma
Consigo mismo, sin penas
Que gemir,
Y en su mundo absorta el alma,
El curso del tiempo apénas
Percibir!

¡O del tiple al eco blando,
De amor fingidas congojas
Exhalar!
¡O adormecerse escuchando
El céfiro entre las hojas
Susurrar!

¿Qué me importa que opulento
Monarca falsas caricias
Compre ó no,
Si en el plácido aislamiento
De mi choza, mil delicias
Tengo yo?

Aquí, de perfumes llena,
La brisa el calor aplaca
Sin cesar,

Y mi conuco, sin pena.
Puedo, tendido en la hamaca,
Vigilar.

O del conuco me olvido,
Y sin deberes tiranos
Soy feliz,
Ya calme el tierno gemido
De mis tórtolas con granos
De maíz.

Ya de las piñas el zumo
Libe, ó la caña jugosa
Miel me dé,
Del tabaco aspire el humo
O la esencia deleitosa
Del café.

O me duermo al vaiven lento
De la hamaca, ó me recrea
Contemplar
Como al impulso del viento
El cañaveral ondea
Cual un mar.

O sorprendo al pajarillo
Su nido en la seiba añosa
Fabricando,
O admiro el cambiante brillo
Del sunsun sobre una rosa
Palpitando.

O la imágen me extasía
Del único sér que impera
Sobre mí:

De Amelia, la gloria mia,
Trigueña mas hechicera
Que una hurí.

¡Feliz quien, con embeleso,
Sueña en las dulces patrañas
Del amor,
Y duerme la siesta al beso
De las brisas, de las cañas
Al rumor!

Desprecie el remanso y cuide
De vencer el oleaje
Mundanal,
Quien, por su desgracia, olvide
Que es bien corto nuestro viaje
Terrenal.

Yo, que advierto cuán deprisa
Se cruza el piélago, apénas
Remaré,
Y al soplo de blanda brisa,
Por aguas siempre serenas
Bogaré.

Respete el rayo mi techo:
La fresca lluvia fecunde
Mi heredad:
Viva yo dentro del pecho
De Amelia; de amor me inunde
Su beldad:

Gima el bosque; suene el rio:
Ostente todas sus galas
El Abril:

Colúmpieme en mi bohío,
Y arrebátenme en sus alas
Sueños mil...

Y las mentiras del mundo
Jamás mi dulce reposo
Turbarán.
Y en mi retiro profundo
Seré siempre mas dichoso
Que un Sultan!

LOS PILLUELOS DE SEVILLA.

POR D. BENITO MAS Y PRAT.

ESDE que Miguel de Cervantes Saavedra escribió su famosa novela *Rinconete y Cortadillo,* verídico cuadro de costumbres truhanescas, que pinta á las mil maravillas las graves ocupaciones de los muchachos callejeros, el pilluelo de Sevilla adquirió cierta personalidad indisputable en el Baratillo y en el Barranco, y pudo señalarse con el dedo.

Los chicos esportilleros que se ocupaban en llevar en sus cestas y costales el producto de la compra de los aficionados á la azulada sardina, al robusto sábalo y á la rechoncha patata: que solian ofrecerse y se ofrecen aun al consumidor en los indicados sitios y en ciertas solemnidades, son los mismos que hoy se dedican á otras industrias mas fáciles y llevaderas, y usan, como aquellos, la gorrilla terciada, la camisa sucia, los piés descalzos y las uñas largas.

¿Ha habido progreso en sentido moral en estos pequeños desheredados de la falanje social, y lo que no han perdido en gracia y desenvoltura lo han ganado en honradez, instruccion y sanas costumbres?

Estudiémoslos, y podremos darnos alguna respuesta.

El pilluelo de hoy, procede como el del siglo XVII: no tiene casa ni hogar: esquiva toda ocupacion metódica y continuada: sirve muchas veces de instrumento á las asociaciones tenebrosas que se dedican al robo ó á la estafa y suele trabajar por su cuenta en la Féria y en el Barranco con el consabido costal y la histórica espuerta. Competidores de los hijos de Galicia en las cargas de menor calibre, se empujan en la estacion ó en las paradas de simones, solicitando llevar la maleta ó el saco de noche del viajero, y suelen de vez en cuando escabullirse, como el famoso cortador de antiparras de Cervantes, para mermar el saco del prójimo detrás de una esquina ó dar un avance á las provisiones de boca.

De la misma manera que su antecesor del siglo pasado ofrecia fuego al transeunte en su enorme torcidon encendido, ó penetraba en la botillería á presentar el ramo de *miramelindos* á la currutaca y al currutaco, ofrece hoy las cerillas del *Globo* ó presenta sus *bouquets* de camelias á nuestros pollos vestidos á la inglesa: aquellos no conocieron á sus padres; éstos no recuerdan mas caricias ni mas rostros maternales que los de las hermanas de Caridad ó los de las aristocráticas devotas de San Vicente de Paul.

Los grandes adelantos de la época apénas han influido en su aspecto ni en las inclinaciones de su ministerio truhanesco.

Si antes jugaban á cara ó á cruz en las gradas de la Catedral, en los escalones del Baratillo ó en los asientos adosados al muro plateresco de las Casas Consistoriales; si se deslizaban bajo los portales donde aun se refugia el tipo ya antidiluviano del covachuelista, hoy siguen los mismos juegos con las piezas de cinco céntimos en la plaza Nueva ó en el Duque: se han trocado las estampitas de don Crispin por los cromos alemanes y los astrosos naipes de Rinconete por las barajas sobrantes de Olea, que compran por cuatro cuartos en los casinos y en las casas de azar, á donde suelen conducir *caballos blancos* ó *habaneros*, como antes conducian *novatos* ó *indianos*.

Dicho sea en honor del progreso: los pilluelos del tiempo de Cervantes, ni aun los de la época de Costillares vendieron jamás billetes de lotería ni sobres de cartas para los soldados: estas industrias modernas pertenecen de derecho á los pilluelos de nuestro siglo, y no es nuestro ánimo deprimirlos ni menoscabarlos. La venta de los billetes de lotería tiene para ellos un notable aliciente. El ingenio puede revelarse con facilidad y la propina que representa la venta de un décimo, depende de un trabajo especialísimo en el que entra por mucho el arte de Lava-

ter y de Gall unidos en una pieza. El chico vendedor de billetes tiene que estudiar el carácter del comprador, adivinar cuáles son las combinaciones numéricas que le son simpáticas, saber hasta qué punto debe rogar, retirarse ó dejar como abandonado el billete: escudriñar, en fin, si le son propicias las imaginaciones del que ataca ó si el estado de su ánimo le permite soñar en el premio gordo, que él cuida de mostrarle en lontananza. Una pieza de perro grande, si el billete es de la lotería nacional, ó un perro chico, si el décimo pertenece al asilo del Pardo, son el premio de cada estudio fisonómico ó frenológico felizmente practicado.

Unicamente en este punto hallamos un rayo de moralidad que puede proyectarse sobre esas cabezas juveniles y picarescas. El pilluelo bajo este último aspecto no es mas que un comerciante que compra á algunas horas de fecha y que tiene que pagar su mercancía al lotero, reservándose el tanto por ciento del cambio. Por una caprichosa combinacion social, el juego, que suele ser venero de inmoralidad para el pilluelo en todas sus otras manifestaciones, viene á darle aquí motivo de regeneracion y leccion provechosa. Cuando no devuelve religiosamente el dinero de los billetes vendidos, flaquea su crédito comercial y no encuentra quien le abra nueva cuenta.

En el mismo caso se halla el revendedor de billetes de espectáculos, industria que les es asimismo peculiar y que se verifica en condiciones muy semejantes.

El principal escollo de estas ocupaciones subsiste á pesar de todo, si se atiende á que el hábito de *vaguear* no se quebranta con este comercio *sui géneris* y por todo extremo peligroso. Los comerciantes de billetes no trabajan y ganan poco: el vicio los persigue en su mismo mercado, y cuando los sorprende la juventud con su cortejo de pasiones, tienen el peor de los sibaritismos: el sibaritismo de la miseria.

Entonces se borran de nuevo las escasas diferencias que enlazan al pilluelo del presente y del pasado y entran unos y otros en el triste concierto de la culpa. Rateros, esportilleros y revendedores se confunden en ese tipo genérico conocido con el expresivo nombre de *granuja,* que escamotean con la misma facilidad un racimo de uvas, que un pañuelo perfumado; que lo mismo hace provision de cigarros, que de moneda falsa y terrones de azúcar.

Aquí podemos seguir el paralelo sin que encontremos la menor diferencia. El granuja del siglo XVII se levanta con el sol y duerme bajo el portal ó en el porche de la iglesia; el de nuestro siglo tiene tan solo una tendencia más, desea que el sitio en que ha de pernoctar pueda llamarse suyo, á la manera de aquel elefante

de madera de que nos habla Víctor Hugo al describir las costumbres del pilluelo Gavroche.

En Sevilla hay diversos ejemplos que demuestren esta tendencia, basada inconscientemente en algun aforismo de Proudhon. Los muchachos vagamundos de Sevilla han hallado un extraño albergue en lo mas céntrico de la capital: el tablado levantado para la música en la Plaza Nueva.

Desclavando ingeniosamente una tabla de sus costados y aprovechándose de aquella especie de foro teatral, se deslizan como gatos por la abertura practicable y toman tranquilamente la horizontal durante la noche en aquel cuartel de invierno. Los diálogos que suelen entablarse entre los huéspedes suelen ser entretenidos é interesantes. Aquella es su casa, la han tomado por derecho propio, de igual manera que Colon, Cortés y Pizarro tomaron posesion de las inmensas sabanas del nuevo mundo. Con el mismo derecho y por los mismos trámites tomó tambien plaza en unas colosales tinajas vacías de la calle de Varflora otra mesnada de granujillas, que habitan bajo sus cúpulas de barro, semejantes á las de un palacio encantado de sabandijas.

Cuando lleguen á la edad de la razon, ó mejor dicho, de las pasiones, tendrán acaso palacios mas cómodos y ventilados.

El Pópulo ó el Saladero.

Ellos se tienen la culpa... ¿Por qué nacieron sin madre?...

EL MAESTRO DE ESCUELA.

POR D. R. PEREZ PUICERBE.

PARA ocuparnos en reseñar la vida y vicisitudes del maestro de escuela, así como tambien para describir los distintos tipos que en la clase se presentan, es de todo punto necesario detenerse en analizar el estado de la enseñanza en las distintas épocas de la historia.

No somos aun muy viejos y todavía recordamos haber oido referir á nuestro padre, la estrañeza que causó en su pueblo el dia que en el Consejo anunció el alcalde que estaba para llegar un maestro de escuela, indudable señal del estado en que por aquellos benditos tiempos se encontraba la enseñanza.

Al comenzar el siglo actual es bien sabido cuán poco nos cuidábamos de la cultura del espíritu y reducidísimo era el número de los que sabian leer, menor aun el de los que sabian leer y escribir y á la suma de estos conocimientos inmensos añadian las cuatro reglas. Sin duda consideraban que para bien poco servia el saber, en una nacion en que se dejara morir de hambre á Cervantes y de la misma enfermedad á otros muchos génios cuya gloria preconizamos hoy por amor propio, pues nos hincha y enorgullece.

Entre nosotros lo que mas ha privado siempre ha sido la bulla y la algazara: nos habíamos acostumbrado á la guerra, y en verdad que ni los antiguos soldados pudieron pensar que les hiciera falta mas que tener brazo nervudo y poco apego á la vida. Cuando nó la guerra, los hombres se sentian inclinados á la agricultura y tampoco para ella eran necesarios conocimientos teóricos que fuera necesario aprender en los libros.

Ha dicho no sé quién, en no recuerdo qué obra, que los pueblos se sienten inclinados á lo que halaga su carácter ó les es mas fácil conseguir. Esto, que ya no se encuentra en la categoría de axioma, no necesita en modo alguno comprobacion ni demostracion: mas si por acaso hubiera algun espíritu rebelde, decidido sectario de las prácticas de Santo Tomás, le presentaríamos á nuestro país como prueba fehaciente de la premisa sentada.

Que el carácter español ha sido siempre pendenciero, es una verdad histórica de primer órden: y de aquí que el gusto que mas le halague sea el tener batallas que librar, como se dice ahora, ó encuentros que sostener para despues, si queda con vida, jactándose de ello aunque sea con una pierna ó un brazo de menos. Esta primera faz de la historia de nuestro pueblo tuvo que modificarse con el tiempo, si bien tal resultado no pudo conseguirse sino hasta despues de que, cansado de pegarse con los demás, se pegó consigo propio hasta cansarse tambien.

Sobrevino una época en que ya no fué posible permanecer constantemente armado para ganar lo necesario y entonces dijeron nuestros padres que habian empeorado los tiempos, que era necesario trabajar mucho para ganar muy poco, y se dieron á la agricultura, la mas sencilla de las ocupaciones, dado que en nuestro bendito país la tierra necesita bien poco para darlo todo. Alternaban con ella las artes liberales y los oficios, pero tampoco para estos era necesaria gran ilustracion y cultura, y en verdad que en presencia de los hechos no sabemos qué hacer, ni tampoco por qué opinion decidirnos.

Relativamente, el artesano de nuestros dias, que él pomposamente y sin que nada le autorice se llama artista, es mucho mas ilustrado y culto que el de los pasados tiempos; pero en verdad que aquel, ignorante de todo lo que no fuera su oficio, lo desempeñaba mejor que el que hoy sirve para todo ó cuando menos para la mayor parte de las cosas.

Mas volviendo á nuestro asunto, del que involuntariamente nos hemos separado, justo es, para comenzar, afirmar que pocos siglos habrán recibido su calificativo con mas justicia que el que corre: «Siglo de las luces» lo han llamado y

aunque tal determinacion es un tanto ambigua y podrá inducir á algunos de la edad venidera á creer que así fué calificado porque en él quedó proscrito el antiguo velon, que no alumbraba, saliendo á plaza el gas, el petróleo y la luz eléctrica que todo lo ilumina, otros les explicarán que no se referia tal dictado á nada material sino á lo puramente moral y psíquico.

El fanatismo que imperara tan vigorosamente en España durante los siglos medios, cortó las alas á nuestro espíritu, y si hubo algunos audaces y atrevidos que á pesar de todo quisieron levantar el vuelo, tuvieron por necesidad que trasponer los límites de los antiguamente dilatados dominios españoles, pues los hurones negros y los negros alcances de que ambas autoridades disponian, sabian sacarlos del centro de la tierra ó cogerlos en el aire, segun á dónde y cómo procuraran refugiarse.

De aquí que, para pena nuestra, puede observarse que los extranjeros se engalanan y enorgullecen con génios que no son suyos, con obras que debian ser nuestras, y que nos tachen con sonrisa despreciativa de ignorantes y oscurantistas. De aquí tambien que nuestra nacion sea la última que se haya puesto á compás con la marcha que las demás siguen y de que nuestro pueblo tenga, en el órden político, pretensiones que en modo alguno hay sobre qué fundarlas.

Muy pausadamente, y como de contrabando, penetró en nuestro suelo el espíritu enciclopedista á que tantos adelantos se deben en el pasado siglo: menores fueron aun los destellos que de la gran revolucion del siglo anterior llegaron hasta nosotros, pero ambas cosas son muy de tener presentes, para evaluar el progreso realizado en los años subsiguientes. Nuestro carácter altivo é independiente supo repeler y rechazar la invasion francesa; luchamos como buenos y arrojamos de nuestro suelo á un ejército amaestrado en los achaques de la guerra y que se habia paseado triunfante por el mundo todo; pero de aquella guerra surgió algo que despues nos ha favorecido; aquella campaña nos puso en trato con los que han esparcido la civilizacion en la época presente, y las puertas quedaron abiertas para que entrara cuando salieran ellos.

Esta innegable verdad, puede decirse hoy sin temor y sin miedo: en aquella época, enunciarla solo habria sido causa de que sobre nuestras cabezas cayeran las iras populares, de que se nos mirara con desconfianza, y, en fin, de que alcanzados por una disposicion de la Junta de Cádiz, tuviéramos que abandonar la pátria y refugiarnos en territorio extranjero hasta 1821, fecha en que otra disposicion legal permitió volver al país á los afrancesados. Hoy en que por suerte, ó

por desgracia, cada uno es dueño y libre de manifestar sus opiniones en semejantes asuntos, no tenemos por qué velar las nuestras y clara y públicamente las manifestamos: lágrimas y sangre nos costó la invasion francesa, pero que bendita sea, ya que fué sobrado motivo para que una vez mas luciéramos nuestro heroismo y fué causa de bastante importancia en el adelanto de nuestro país.

Cuando eran pocos los que se dedicaban á aprender no necesitamos decir que mucho menor era el número de los que estaban dedicados á enseñar. Los que por su elevada posicion social y grandes medios de fortuna podian costearlo, tomaban un profesor para sus hijos, ayo ó preceptor, que no solo cuidaba de lo que á la enseñanza de los niños se referia, sino que tambien de todo lo concerniente á ellos. Acompañábales constantemente á cualquier parte que fueran, procurando inculcarles los mas sanos y rígidos principios de religion y moral, siendo rigurosísimo en cuanto á esto toca, no porque así se lo dictara su conciencia en el mayor número de los casos, sino porque de tal manera, daba sumo contento y gusto á los padres, que era á los que antes que todo habia que agradar, por cuanto pagaban.

La ilustracion que estos profesores particulares podian dar, era bien limitada: lectura, escritura, un poco de gramática y otro poco de aritmética, y si era de los mas escogidos, aun solian añadir un poco de historia, si bien tan desfigurada que pocos la conocian.

Este ayo ó preceptor no pudo ser llamado nunca maestro de escuela, porque en realidad ni lo fué, ni la tuvo; tampoco puede ser considerado como gérmen ó embrion de nuestro tipo, pues el profesor particular, aunque con muy distinto carácter y hasta con bien distinta fama, subsiste hoy, vive y ejerce en nuestro tiempo, en el que, por mas señas, abunda demasiado. Guardaos muy bien de llamarle maestro de escuela ó simplemente maestro, porque se ofenderá; quiere que se le llame profesor, por cuanto, segun piensa, es esta una categoría mas elevada, un puesto para el que son necesarios mayores méritos.

Como en todas épocas hubo ricos y pobres y ya hemos dicho que solo los primeros podian permitirse el lujo de tener un maestro solo para sus hijos, á los pobres les fué necesario arbitrarse un medio de saber, cuando tenian afan de hacerlo: el hijo de todo aquel que no podia disponer de una fortuna que autorizara el gasto considerable que un profesor suponia, pero que se hallaba animado de los mejores deseos, no podia esperar á que fueran á enseñarle en su casa, ni pensar que á él solo le enseñaran yendo á la agena. Hubo pues necesidad de que se ar-

bitraran medios que pudieran conciliarlo todo, y de esta lucha entre la necesidad y el deseo surgió el *dómine*.

Al decir *dómine* no podemos menos de estremecernos, pues aun recordamos con cierto terror, que nuestros primeros pasos en las letras fueron dados bajo la terrible férula de uno de ellos. A ellos estaba encomendada la primera educacion: una habitacion de la casa en que vivia era la clase, y á ella concurrian ocho, diez ó mas discípulos, que, mediante una corta retribucion, recibian la enseñanza que les querian dar. Así tuvo lugar el aparecimiento de la escuela, que aun tardó muchos años en reglamentarse; y así apareció el maestro, cuya profesion habia de elevarse con el tiempo á la categoría de carrera.

Luego que los muchachos, de suyo traviesos en todos los tiempos y en todas las épocas, aprendian á estarse quietos en una clase preliminar, á la que aun podian llevar la merienda y donde los enseñaban solo á rezar aquellas larguísimas oraciones formuladas en castellano estropeado, los padres, que querian siguieran los hijos estudiando para llegar á ser facultativos, los llevaban á casa de uno de los mas acreditados dómines de la ciudad, si habia varios, ó bien á casa del cura en el pueblo, que en estos el párroco hacia el oficio de maestro, de la misma manera que el alcalde ó el fiel de fechos suelen desempeñar el de herrador ó carnicero.

Descrito un dómine, puede decirse, sin faltar en gran cosa á la verdad, que se han descrito todos: altos, secos, de ojos hundidos y hablar hueco, imponian á primera vista y cuando se les llegaba á conocer mas á fondo... entonces horrorizaban. Con dificultad podia presentarse un individuo de intenciones mas airosas que el dómine, cuando existia; su divisa comun era la tan sabida de «la letra con sangre entra» y por cierto, que no dejaba nunca de acreditarlo cumplidamente.

Uno mismo se dedicaba á veces á la enseñanza de las primeras letras y del latin y de la filosofía; no se paraba nunca á considerar la tierna edad del niño, ni la consideracion que el adolescente merece: para él no habia mas sino que todos habian de aprender fielmente lo que dijera y retenerlo con absoluta puntualidad en la memoria. ¡Pobre de aquel que dando su leccion incurriera en el tercer punto; desgraciado del que llegara á realizar la mas inocente de las travesuras: no habia remedio, ni compasion, ni misericordia, ni tampoco podian representar nada sus promesas ó sus lágrimas! El castigo era inevitable; no habia otro remedio que sufrirlo, mas hay que tener en cuenta que eran castigos horribles, que recordarlos solo hacen poner los pelos de punta.

Crugían en el aire las largas disciplinas y azotaban con fuerza las espaldas de la víctima, desnudas de antemano, ó bien la palmeta enrojecia las palmas de las tiernas manos: otras veces buscaban las posiciones mas violentas para tener en ellas á los pobres muchachos, que, si lloraban por el dolor ó la vergüenza, veían recargarse el castigo de tal modo, que nunca sabian qué hacer, pues si haciéndose superiores evitaban que el llanto mojara sus ojos, atribuíase á descaro ó á poca aprension y se aumentaba tambien la pena.

No se crea en modo alguno que el castigo estaba en relacion ni con la falta ni con el saber de quien lo aplicaba, ni tampoco con la ignorancia del que lo recibia. Nada de eso: las faltas que un chico podia cometer no justificaban nunca el ensañamiento del dómine, que mas que de maestro revelaba instintos de inquisidor; su saber era tan limitado, que reducirlo más hubiera sido llevarlo á una cantidad negativa; estaba siempre en la absoluta conviccion de que solo debia saberse latin; esto era lo único que él sabia, y por consiguiente, lo único que podia serle dable enseñar, si es que lo enseñaba; y si á la ignorancia del que se veía castigado se atiende, nada mas injusto, pues precisamente porque no sabia fué puesto bajo su direccion.

Pero este era el dómine, así fué el maestro de nuestros padres, tipo grabado aun en la memoria de todos los que pertenecen á la generacion anterior á la que ahora bulle; tipo del que ha surgido el maestro de escuela, no tal como hoy es, sino como fué, pues para bien de todos se ha ido progresando y nuestro tipo ha mejorado bastante.

En un principio y cuando los que habian de aprender no estaban aun decididos, y por mas señas que tardaron bastante tiempo en decidirse, la situacion del maestro de escuela fué no solo precaria, sino que tambien por demás angustiosa. Lo que hasta entonces nunca pudo ser considerado mas que como un oficio, vinieron disposiciones oficiales á elevarlo á la categoría de carrera y esto aumentaba la suma de los inconvenientes. Para dedicarse á la enseñanza, antes bastaba con tener algo que enseñar, buena voluntad y una dósis terrible de paciencia, pues sin ella, ni ahora ni nunca ha sido posible bregar con muchachos, á menos que no se tengan los instintos de Herodes: dado esto, aquellos que por aficion ó por otras circunstancias no habian conseguido mas que una ilustracion rudimentaria y ésta no bastaba para conseguir un título facultativo, como quisieran vivir de las letras se erigian en dómines y mal que bien podrian ir pasando y aun haciéndose célebres, pues como pocos eran los que se dedicaban al servicio, rara era

la generacion de que no tenian un discípulo que por lo bueno ó por lo malo llegara á hacerse notable, con lo que podia seguramente alabarse.

Cuando el dómine pasó á la historia, y para llegar á ser maestro de escuela hubo que gastar dinero desde luego y estudiar precisamente lo dispuesto por los planes de enseñanza vigentes; cuando para ejercer la profesion fué necesario, como en las demás facultades, no solo probar los conocimientos, sino que tambien comprar un título con el que se adquiriera aptitud, la cosa mereció pensarse, como debe suceder con todo aquello en que se aventura capital, inteligencia y, lo que vale mas aun, tiempo.

Ignoramos por qué, pero es lo cierto que entre nosotros esta profesion que desde todos puntos de vista es una de las que mas cuidados y atenciones merecen y exigen, ha sido siempre una de las que peor atendidas han estado. Se ha supuesto que el niño que sale de la escuela continúa sus estudios en otras clases superiores y atentos á esta infundada consideracion se ha descuidado lo que al maestro se refiere, titulándolos cuando aun su ilustracion es tan corta que no debian haber pasado de clase de escolares: leer, escribir, aritmética no del todo bien, hé aquí el caudal de conocimientos que en un principio era exigible á un maestro de escuela; con esto solo y un pobre é incómodo menaje, establecia su escuela teniendo que esperar á que los chicos fueran acudiendo, si la voluntad de Dios llegaba á permitir tal cosa.

El mayor número de los datos que aquí suministramos nos ha sido proporcionado por un antiguo maestro, retirado ya de la enseñanza y á la que ha sacrificado toda su actividad y toda su inteligencia. Inútil ya para ganarlo, vivia casi de la caridad de algunas almas piadosas que de vez en cuando le suministraban algun socorro. Como maestro de aquellos primeros que se establecieron con título, no habia que hablarle una palabra de adelantos modernos en la enseñanza, ni de las ciencias en general, pues sobre ignorarlos todos, era cosa que le indignaba sobremanera. No podia creer en modo alguno que hubiera ni pudiera haber nada superior á su método, ni que con nada pudiera conseguirse mejores resultados que con lo que él enseñaba; y si el infeliz se hubiera llamado á cuentas habria tenido que confesarse que no enseñó nunca nada. Era de ver el furor que le poseía en el momento en que, aun sin intencion de ofenderle, por supuesto, se hablaba en su presencia con encomio del estado en que hoy se halla la profesion á que habia pertenecido: él nada encuentra bien y sostiene que hoy se les hace perder á los chicos mucho tiempo, enseñándoles una porcion de cosas que para nada les pueden hacer falta.

Tan trascendental error ha sido causa de que por mucho mas tiempo se sostenga entre nosotros la ignorancia. Rutinario de por sí, el maestro repetia á todos los chicos, y siempre, la misma cosa durante todo el tiempo que permanecian bajo su direccion; y de aquí que, cuando salidos de la escuela los muchachos pasaban á un taller, pues aun no se habia despertado el desmedido afan de seguir carrera, al poco tiempo olvidaban lo que tan mal habian aprendido quedándose como si nunca fueran á la escuela.

Y no era esto lo único que hallamos digno de censura en aquellos tipos y en aquella época.

Así como la rutina era la sola norma de la enseñanza, así tambien los medios mas contraproducentes eran los mas usados para formar el carácter y el corazon del niño. Cuando empezaron á decaer los palmetazos y las disciplinas y fueron haciéndose mas raros los tirones de orejas y los pellizcos y bofetadas, el maestro puso en práctica los castigos afrentosos; y no contento con tenerlos en vigor en la vida ordinaria y familiar de la escuela, los ponia en ejecucion en las ocasiones mas solemnes, en las cuales el alumno acababa por familiarizarse con el castigo, contribuyendo á que su carácter tomara cierta indiferencia que le solia producir una base de cinismo y una ausencia de dignidad personal, fatalísimas en los dias mas adelantados de su existencia.

No es cosa muy antigua aquel espectáculo de los exámenes y otras solemnidades de la escuela, en las cuales junto al niño aplicado y sobresaliente, veíanse degradados con la ridícula cabeza del burro y en actitud humillante, á los que por falta de emulacion, ó por indiferencia absoluta hácia aquella clase de castigos, eran escarnio de sus compañeros, cuando no constituian para ellos un objeto de solaz y pasatiempo.

Malo, muy malo era todo esto, pero en verdad que bien merecen disculpa los maestros de aquella época. Ya hemos dicho en las condiciones en que se establecian, y antes de la nueva digresion que hemos hecho, los dejábamos esperando que se les presentaran los muchachos á quienes tenian que enseñar. Iban llegando en reducido número y muy paulatinamente, de tal modo, que un maestro que llegara á conseguir que á su escuela concurrieran catorce ó diez y seis muchachos, podia manifestarse orgulloso y aun darse por satisfecho, si bien la paga de cada uno era tan reducida y mezquina que vale mas no acordarse. Aun no habia llegado á establecerse lo que pudo ser llamado tarifa de los colegios y menos aun la que hoy normaliza la enseñanza por asignaturas.

Al principio el precio no era fijo ni igual para todos: el maestro comenzaba con dar uno, el que le parecia que se hallaba en relacion con la fortuna del padre de la criatura, mas éste, que suponia siempre que el enseñar á su hijo era cosa sumamente sencilla, regateaba y escatimaba cuanto podia, reduciendo la retribucion al maestro, que nunca, á nuestro modo de ver, seria bastante por bien pagado que estuviere. Aquel desgraciado, no mas que para sacar lo absolutamente necesario para vivir, tenia que pasar desde por la mañana hasta por la noche ocupado con los chicos, traviesos de suyo, que nunca se encuentran bien y que siempre han de estar inventando mil diabluras para mortificar al que creen su peor enemigo, por lo mismo que es quien les hace trabajar. El pobre maestro tenia que salir al frente de todas las reclamaciones paternales; unas fundadas en que el niño no aprendia, otras porque habia sufrido castigo, y muchas veces se les hacia víctima de las travesuras que cometieran fuera del establecimiento.

Era la vida de un mártir y la irrision de todos, pues aun en el lenguaje vulgar para significar un ente ridículo, escuálido y mal vestido, se dice que parece un maestro de escuela. La situacion descuidada en que se hallaban debíase, mas que nada, á la general falta de cultura que dominaba en el país y esta influía tambien en su corta y tarda retribucion que al mayor número les obligaba á vivir en la miseria.

A medida que la ilustracion se fué extendiendo, mejoraron las condiciones del sér que nos ocupa y pudo salir del abatimiento en que se encontraba: desde luego la primera mejora que pudo plantear fué la de fijar el precio y ya pudieron los colegios ser clasificados por él y decirse tal escuela es de á duro, tal otra de dos duros, sin pasar de aquí por supuesto, pues este era el máximum, y no se crea que el llevar mas ó menos caro representara mejor ó peor, mas ó menos completa educacion; nada de esto. El que un maestro pudiera elevar el precio de su enseñanza se debia principalmente al lugar de la poblacion en que se llegara á establecer. Así, por ejemplo, un maestro que viviera en un barrio lejano ó poco frecuentado, no podia llevar tan caro como el que habitara en el centro de la ciudad. Si bien es muy de tener en cuenta que con las escuelas sucede precisamente lo mismo que con las casas: cuanto mas grandes son, mayores cortinas necesitan: el establecimiento de enseñanza situado en lo mejor de la capital, tenia que ser muy lujoso, de mejores muebles y mas vistoso menaje. Por lo demás, en la época á que nos estamos refiriendo, todos los maestros eran iguales y ninguno salia de las rutinarias prácticas que de antiguo tenian establecidas.

Cuando verdaderamente ha mejorado la situacion del maestro de escuela, ha sido de pocos años á esta parte, si bien en este tiempo es cuando una clase de ellos han sufrido mas. El período de libertad de enseñanza que la revolucion nos trajera como mejora y adelanto, las demás libertades implantadas como subsiguientes, abrieron nuevas vias que antes se hallaban cerradas. Aun no sabemos cómo calificar este progreso, si bien ingénuamente confesamos que nos asusta el excesivo número de doctores y licenciados que pululan por todas partes: el afan que desde la época á que nos estamos refiriendo se despertó por seguir una carrera, fué grande, y de la misma manera que un tiempo parecia que nadie hallaba utilidad en el estudio, ahora se figuraron muchos que el estudio era el único medio de hacer fortuna, esto es, no se estudió sino el título facultativo que á poca costa se podia conseguir.

Tal fué la concurrencia, que muchos, desesperados al ver que no lograban nada, abandonaron las profesiones que habian emprendido, y muchos otros que creyeron haber ascendido, volvieron á descender. Mas claro, casi todos los que antes se dedicaban á la enseñanza se contentaban con su carrera, mas luego que vieron la facilidad de abrazar otras profesiones, lo hicieron creyendo que el horizonte se abriria para ellos, pero en su mayor número se vieron chasqueados, y plegando nuevamente el vuelo volvieron á las escuelas, pero elevándolas en categoría.

Dejaron de llamarse maestros de escuela y se titularon *profesores,* porque sin duda este dictado sonaba mejor á sus oidos, y tal vez por la misma causa lo que antes se llamaba *escuela* se llama ahora *colegio.* El maestro ya no es cualquier cosa, sino casi un personaje: casi siempre es doctor ó licenciado cuando menos, de tal modo á su lado pueden ampliarse los conocimientos de una manera asombrosa. En los mismos establecimientos se da la primera y la segunda enseñanza, cada una de las antiguas escuelas se ha convertido en verdaderos institutos y tienen, por consiguiente, su cuadro de profesores, de los que el maestro de otros tiempos es el director. Hecho todo un caballero, se presenta de un modo que no autoriza las bromas que antes se les daban, tal es su manera de vivir que no es posible el sarcasmo.

Pocos son ya los maestros que quedan limitándose á serlo de primera enseñanza: si alguno hay, tambien ha mejorado su suerte, pues sin que quepa dudarlo, la ilustracion ha hecho milagros.

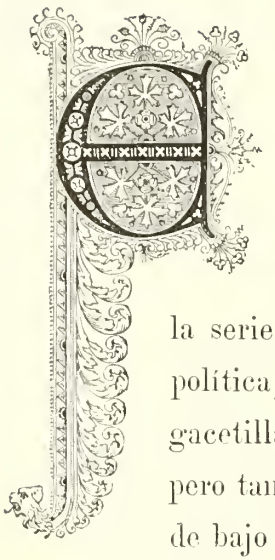
Réstanos hablar de los beneméritos de la clase; de aquellos con respecto á los

que puede exclamarse aun hoy: ¡Pobres maestros de escuela! Y son estos los que tras una vida de afanes y desvelos, los que despues de conseguir á fuerza de ímprobos trabajos una plaza de las que el Municipio ó la Diputacion costean, dan lugar á que con frecuencia se lea en los periódicos: «Al maestro de tal punto se le adeudan diez mensualidades.»

Mártires modernos, consumen su existencia sin fruto, y felices ellos, si al fin de tan desastrosa carrera, no tienen que lamentar ningun atropello.

EL GACETILLERO.

POR D. NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.



STE tipo es moderno en España, y tanto, que su existencia era completamente desconocida en el primer tercio de nuestro siglo. La prensa periódica comenzó á tomar sus vuelos desde 1843 hasta la insurreccion militar del Campo de Guardias; pero el tipo del gacetillero aun no se bosquejaba. Habia hasta entonces mas escritores que periódicos, reflejando éstos la seriedad de hombres graves y escogidos, que enseñaban ciencia política, si tal existe, y luchaban por ideas mas que por destinos. La gacetilla era una seccion de descanso del espíritu, llena de amenidad; pero tambien de pudor y de decoro. Contenia lo que hoy se comprende bajo el epígrafe de noticias várias ó generales; pero no era chismosa ni satírica, ni interesada, ni personal, y sobre todo, estaba escrita en español sano y robusto.

Un período de once años con el poder en manos de un solo partido, no es provechoso mas que para el bolsillo de los empleados. La prensa política se asfixia. Los periódicos de oposicion agotan el caudal de sus censuras y los ministeriales el repuesto del incienso. La monotonía, cortedad y falta de interés político, hay

que suplirlo con secciones várias. Entonces se apela á misceláneas, novelas, folletines, y por consecuencia, se dan grandes proporciones á la gacetilla, especie de mesa revuelta donde entran infinidad de asuntos y materias que mas tarde habian de llegar á ser objeto de publicaciones especiales.

El gacetillero empezó á tener importancia en esta época, y no se daba este cargo á gentes de poco mas ó menos. Se necesitaba originalidad é iniciativa y un estilo peculiar, ligero y animado en el confeccionador de esta seccion, que por añadidura debia ser hombre de extensas relaciones sociales, que diese noticias de primera mano y de buena tinta.

Pero esto duró poco. A la larga dominacion del partido moderado, sucedieron situaciones diversas, que trajeron hombres nuevos al poder. A cada cambio de personal, surgian como por encanto nuevos periódicos, y entonces empezaron á ver la luz los cómico-satíricos, casi olvidados desde las célebres campañas del *Guirigay, La Posdata,* y las populares capilladas de *Fray Gerundio. El Padre Cobos* inició una via nueva en este género, tan del gusto del público, que la gacetilla, antes séria del periódico político, empezó á imitar su estilo, distinguiéndose entre ellos *El Contemporáneo.*

A esta nueva faz corresponde el desarrollo del suelto político-satírico que hoy es la parte mas amena, original é interesante de los periódicos, así ministeriales como de oposicion. Cada órgano político de un partido cultiva con esmero esta seccion mordaz, cómica y batalladora, donde todo suceso y todo personaje aparece bajo distintos puntos de vista, mientras que la gacetilla, propiamente dicha, es un mosáico de recortes, con una muy pequeña parte de cosecha propia.

Así, pues, esta seccion va paulatinamente desapareciendo en los periódicos de Madrid. El gacetillero es un principiante sin sueldo, y si lo tiene es tan menguado, que apénas le basta para café y tabaco. Su trabajo se reduce á traducir del francés algunas anécdotas y trasquilar las columnas de los colegas de la córte y las provincias, extendiéndose de vez en cuando á ensalzar á un autor bastante galante para enviarle un ejemplar de su obra, y dar alguna noticia de las funciones ordinarias de tal ó cual teatro, sin comentario, que está reservado á un redactor especial, asistente á los estrenos de las producciones dramáticas.

Donde existe el verdadero tipo de gacetillero es en las capitales de provincia y poblaciones inferiores. La razon es óbvia. En estas localidades, la política deja de ser palpitante: se convierte en materia trasnochada y fiambre, despues que se han leido los partes telegráficos, y el aficionado á la cosa pública, está inva-

riablemente suscrito á uno ó dos periódicos de Madrid. La vida de la ciudad y los intereses de los vecinos, se hallan por consiguiente en primera línea, y los menores sucesos toman una importancia y relieve, que son altamente beneficiosos á la comunidad. El gacetillero, que en Madrid suele ser un pobre diablo, en una capital es un personaje á quien todos muestran consideracion por diversos motivos. Las jóvenes porque las nombre al describir cualquiera fiesta ó reunion, ó les dedique de vez en cuando alguna décima ó soneto, pues el encargado de la gacetilla ha de ser aspirante á poeta sin remedio. Los literatos, porque los llame «reputados, distinguidos é ilustrados publicistas,» los actores, cantantes y bailarinas porque ensalce sus piruetas, gorjeos y talentos artísticos: los dueños de hoteles porque pregone la elegancia y esmero del hospedaje: en suma, no hay quien viva con la opinion ó favor del público, que no le mire como el mediador indispensable.

La plaza de gacetillero es una canongía en provincias, cuando se llega á dominar el oficio; pero tambien hay que sufrir un largo y penoso aprendizaje.

Figúrese el lector un jóven, que estudia en la universidad ó instituto para una carrera, concluida la cual no sabe si tendrá que apelar á un oficio para comer. Tiene alguna imaginacion, lee cuanto cae en sus manos, presiente que ha nacido para algo, empieza por escribir alguna sátira contra los vicios sociales y cae sin saber cómo en el golfo del periodismo, elemento necesario para la expansion de su inteligencia.

Desde su trono de la gacetilla, donde empieza de meritorio, quiere reformar el mundo. Se figura su capital como un modelo de civilizacion y cultura que no tiene rival en el orbe. Tiene los ojos puestos en el ayuntamiento, en la policía, en las costumbres públicas y privadas y se hace un Caton moderno por pura aficion á la virtud. Llega el fin del mes y espera verse con un director agradecido, que va á colmarle de favores, empezando por un buen sueldo y acabando por convidarle á su mesa y cederle sus entradas en los teatros. La entrevista se verifica. El director toma la palabra, y le dice entre otras cosas lo siguiente:

—Amigo mio, usted es un jóven que promete, y llegará á ser algo con estudio, experiencia y perseverancia; pero por ahora no sabe usted la tierra que pisa. Aquí no se toma nada en sério. Los abusos que usted denuncia continúan sin enmienda y el resultado es, que diariamente recibo una porcion de cartas de personas que se dan de baja, ó me vienen con quejas y hasta con amenazas. Ni usted ni yo ganamos por ese camino. Hay que tener indulgencia y hacer la vista gor-

da y vivir con todo el mundo. Tenga usted siempre lista la pluma para el elogio y tarda y perezosa para la censura. Los hombres no son perfectos, y sin embargo, con el público hay que comer, y tratarle, por lo tanto, como buen amigo. El puesto que usted ocupa en mi redaccion es una mina, y así no extrañará que no le señale honorarios. ¡Honorarios! ¿Qué digo? Cuando yo era gacetillero pagaba una prima al director del periódico, y así debia ser por regla general. Con que ingeniarse y aprenda usted á explotarla.

Y no se dijo esto á tontas ni á locas. Al cabo de poco tiempo nuestro gacetillero vivia como aquellos caballeros andantes que nunca pagaron posada, ni sastre, pecho, ni alcabala alguna.

El barbero le hacia la barba gratis, calzábale *per amore* el zapatero, y no habia establecimiento donde no pudiese surtirse de lo necesario para la vida, sin pagar un céntimo y con un millon de gracias encima. ¿Pues quién podrá enumerar los regalos y atenciones de que es objeto en bodas, bautizos, bailes y reuniones, de parte de los agraciados é interesados, ni quién pintar el aire de autoridad y proteccion con que se entra en todas partes, creyéndose el personaje principal de toda escena? El gacetillero es amigo íntimo del género humano en masa, y trata á los mas altos personajes con una familiaridad, que el orgullo les perdona, porque todo otro sentimiento se acalla y rinde ante la satisfaccion de exhibirse al público.

El gacetillero veterano llega á gozar del ócio y del lucro sin mucho sudor de su frente. Para todos los casos, lances, accidentes que forman el material de la gacetilla, tiene sus moldes hechos de tal manera, que si se examinan periódicos atrasados se hallan las mismas frases y períodos, con solo la diferencia de los nombres propios. Esto sucede mas á menudo con las funciones de teatros, llegando á tal punto el sistema, que sabe hacer breves reseñas de espectáculos á que no ha asistido y á veces de funciones retiradas del cartel.

—«Los coros bien, la orquesta admirable en sus partes y en conjunto,»—ponia en cierta ocasion un gacetillero, refiriéndose á la ejecucion de una ópera italiana.

—¡Qué atrocidad!—exclama el director del periódico al leer el párrafo el siguiente dia.—¡Cabalmente presencié yo la funcion de anoche y aquello fué un escándalo, una profanacion!

—Váyase,—contestó el cronista,—por las veces que he dicho *que desafinan* sin poner los piés en el teatro.

Las triquiñuelas del oficio consisten en conocer el flaco de los vanidosos. Como estos no se contentan con la plantilla ordinaria y el estilo estereotipado del gacetillero, deja á cada cual que suene su trompeta y se despache á su gusto.

Entra un amigo en la redaccion, recien-llegado á la capital.

—Siéntate, perillan,—dice el gacetillero,—y anuncia que has llegado.

*
* *

—¿A dónde vas?—pregunta uno á otro amigo suyo, á quien encuentra en la calle.

—Voy á llevar un suelto á la redaccion.

—¿Cuánto te pagan?

—No, lo pago yo.

*
* *

—Señor don Juan, ya ha llegado á nuestro establecimiento el surtido de géneros de primavera que estábamos esperando. Sabe usted que los anuncios animan poco al público. Si usted quisiera...

—¡Ay, amigo, con mucho gusto; pero usted no desconoce que eso cuesta... un trabajo ímprobo!

—Ya nos arreglaremos.

A los pocos dias sale un suelto á toda orquesta, y el gacetillero hecho un figurin de última moda.

El estilo de *puff* á la norte-americana está ya patrocinado por los gacetilleros, que en ingenio no se quedan á la zaga de los yankees.

Hé aquí una muestra de este *modus vivendi et scribendi.*

Cantaba un jóven en una reunion.

—¡Calla!—exclama uno de los concurrentes.—¿De cuándo acá tiene tan buena voz Eduardo? ¡Esto sí que es un verdadero milagro!

—Pues yo sé el secreto,—contesta un individuo, dueño de la camisería del *Leon de oro,*—es que usa nuestros *cuellos Gayarre.*

El buen gacetillero es hombre que saca partido del atraso del país, y del desórden de la administracion, y cuando no tiene noticias las inventa.

El regente de la imprenta manda un recado á don Juan, diciéndole que se ha suprimido media columna y necesita indispensablemente original.

Don Juan toma la pluma, y hace caer del andamio á un albañil, fracturándole tres ó cuatro costillas. En seguida describe una riña imaginaria, y dirige cargos contra los agentes de órden público, por no haber intervenido en la chirrichofa. El resto se confecciona con la aparicion de un lobo rabioso en las montañas, y alguna amonestacion al ayuntamiento sobre el mal estado del empedrado público. Muchas veces falta la vida del santo del dia, y el gacetillero audaz hilvana en un santiamen los hechos y milagros de un escogido de Dios, confesor y mártir, bajo el imperio de ese inícuo de Diocleciano, que tantas almas mandó al cielo bajo su despótico reinado, y no pocas hace dar á las beatas y devotos un viaje en balde, en busca de indulgencias concedidas á los que rezaren un rosario delante de esta ó aquella imágen milagrosa.

Por último, á mal venir todos tienen el recurso de pegarla contra la mala calidad del tabaco, asunto tan ingeniosamente tratado, que pudiera hacerse de él una interesante enciclopedia de sátiras y epígramas, resultando una amena monografía para estudio de los ministros de Hacienda y contratistas de tagarninas.

Los gacetilleros de las capitales de Andalucía son maestros sín rivales en toda clase de *trinos* noticieros, y parece que tienen olfato de podencos para conocer los que vienen de la córte y del extranjero. En este punto en todas partes cuecen habas, y á calderadas donde los hombres parecen mas sérios y formales, pues hay periódico inglés, que todos los años escribe nada menos que un artículo de fondo en tono grave sobre cierta serpiente marina, que aparece periódicamente con el solo objeto de dar entretenimiento á los bañistas.

Los que carecen de experiencia, se ven expuestos á caidas como la de cierto principiante que rabiaba por echarla de listo. Hallándose en la redaccion el director, llegó un amigo suyo que entre otras cosas dijo:

—Por fin llega hoy el celebrado y famoso Pepe Roquetas.

—Pues no olvide usted de anunciarlo en la gacetilla,—observó el director.

Al dia siguiente apareció un párrafo como sigue:

«*Dámosle la bienvenida.* Ha llegado á esta capital nuestro querido é ilustrado amigo el señor don José Roquetas, hospedándose en una de las primeras fondas. Reciba nuestra mas cordial bienvenida y deseamos nos honre por largo tiempo con su estancia en esta ciudad.»

El tal Roquetas era un bandido perseguido hacia tiempo por la guardia civil y que en efecto, habia llegado escoltado por esta al presidio de aquella capital.

La existencia del gacetillero se perpetuará en provincias, así como está destinado á desaparecer en la córte. La seccion que venia á llenar es demasiado ínfima en carácter literario, para que su desempeño se confíe á personas de mérito, y cuando esto se verifica, el gacetillero pasa rápidamente á otras secciones mas importantes del periódico. Por otra parte, la fórmula autoritativa del plural en uso frecuente y combinada con cierta trasparencia de la personalidad del escritor, es una mezcla inconveniente que al cabo cede en descrédito del periódico.

LA ROMERÍA DE SAN ISIDRO.

POR D. RICARDO SEPÚLVEDA.

ANTAÑO Y OGAÑO

No es ilusion. Yo he leido que Madrid tuvo en sus mocedades una *vega florida,* y en esta vega hubo un *sotillo,* renombrado por sus misterios, donde el 1.° de Mayo se celebraba la fiesta de *Santiago el Verde;* que á esta fiesta, poetizada por Lope, Rojas, Calderon y otros ingenios de la villa, acudian sin excusa, desde el monarca hasta el último vasallo; en carroza las reales personas y la córte con las damas apergaminadas ó de mas pergaminos; en silla de manos el corregidor y algun abad mitrado ó consejero de Castilla; en mula señorial, enjaezada á la morisca, los hidalgos de gotera y gente moza de clase; á pié los escritores y artistas de la calle de Cantarranas, y en jumentos, formando cuadrillas alborotadas, los vecinos de las Vistillas, del Lavapiés, de la Carrera de San Francisco y barrios adyacentes.

Por aquella vega pasaba el Manzanares, rio murmurador é inquieto, de cortesanas aguas, casi navegables, que estuvo pidiendo puentes para darse tono en sus crecidas, hasta que Tirso le tapó la boca con su célebre sátira:

«No os corrais, el Manzanares;
Mas ¿cómo podeis correros,
Si llegais tan despeado
Y de *gota* estais muriendo?»

Y, sin embargo, es fama que las algas del rio velaban en agosto todos los años á mas de una seductora náyade, y que en sus orillas, esmaltadas de margaritas y berros, triscaron los rebaños de la arcadia madrileña. ¡Qué idilio tan precioso si lo viéramos hoy!

En aquella vega y al lado de aquel rio tuvieron el monarca su *Casa de Campo,* el arzobispo Sandoval la *Moncloa,* el duque de Alba la *Florida,* los magnates sus plácidos *retiros,* los mayorazgos sus huertas y jardines, las damas su parque del alcázar para dejarse ver en las mañanitas de abril y mayo, los bizarros galanes una *tela* junto á San Francisco, para lucir su destreza en la equitacion, en la sortija y en el arte de quebrar lanzas y rejoncillos, tendiendo un toro en la arena ó siendo volteados por la fiera. Por último, el alegre y decidor pueblo de la villa tenia para su solaz la Pradera del Corregidor con sus célebres verbenas, las alamedas y los bosques del Manzanares, la fuente de la *Teja* y los sotos de *Luzon,* de la *Villa* y de *Migas-calientes.*

Para que nada faltase al carácter peculiar de aquellos tiempos, la vega del Manzanares tuvo, como Córdoba y Montserrat, sus ermitas del *Angel,* de *San Dámaso,* de *San Antonio de la Florida,* de la *Vírgen del Puerto* y de San Isidro, con sus praderas adjuntas, donde cada año se celebraban, en los dias del Titular, las romerías bulliciosas que han llegado hasta nosotros palpitantes de interés y de atractivos.

La ermita de San Isidro existe en el mismo lugar.

De las antiguas posesiones, de aquellos bosques, alamedas y jardines, ¡pena me da decirlo! apénas se conserva vestigio. Quedan por excepcion los puentes de Toledo y de Segovia, luciendo su gallarda estructura sobre el cautivo lecho de un rio, que se ocultó de vergüenza al sentirse humillado por las lavanderas, el egregio Manzanares, que *mojó el blanco pié* de la Diana de Montemayor; quedan la Casa de Campo, la Moncloa y la Florida, y ocupan el mismo sitio que tuvieron antes las nuevas ermitas de la Vírgen del Puerto y San Antonio de la Florida.

Pero en cambio desaparecieron las mañanas de abril y mayo con sus intrigas y galanteos, la *tela* de justar, las florestas, viveros y jardines.

Queda, no obstante, y á esto venia á parar con esta excursion descriptiva, la pradera histórica de tupido césped, y en ella el recuerdo querido de las zarabandas, la tradicion de las verbenas y la vistosa y alegre romería que el pueblo de Madrid dedica todos los años á su amado patron el glorioso San Isidro.

Veámos, antes de describirla tal cómo es actualmente, lo que era la romería del Santo por los siglos XVI y XVII.

Apénas las últimas luminarias de la *albada* de San Isidro ocultaban sus destellos ante el brillante resplandor de la aurora del 15 de mayo, el ermitaño que era un labrador á la usanza del tiempo, medio clérigo, medio seglar, abria la puerta de la ermita, en cuyo dintel aguardaban llenos de recogimiento los capellanes de la Vírgen del Puerto y San Antonio de la Florida, encargados de decir las primeras misas; algunos mandaderos de los conventos de monjas, que madrugaban para recoger agua de la fuente de la *Salud* en sendas botellas, varios hermanos de las órdenes mendicantes con la alforja al hombro y el borriquillo al alcance de la suave vara de fresno, dispuestos á trasladar á sus santas casas el contenido de los puestos de comestibles y golosinas, si para ello dieran licencia los dueños; beatas madrugadoras, á quienes el histerismo místico tenia en perpétuo insomnio; algun embozado de porte altivo con la nariz al viento y la flamberga levantando por detrás los pliegues de la airosa capa; soldados de los tercios con licencia y en disponibilidad á media soldada, algun chulillo trasnochado de vigía para dar el alerta, y una turba de lazarillos y granujas como el que sirvió de tipo á Velazquez para su cuadro del *Ciego,* que existia en Palacio, en el despacho del subsecretario de Ultramar.

Entre ocho y nueve bajaban por la Cuesta de la Vega al Campo del Moro y la Pradera las damas mas renombradas de este Madrid, que en todos tiempos ha sido emporio de bellezas femeninas, unas en carrozas doradas con blasones aristocráticos y soberbios corceles; otras en mulas enjaezadas segun el estilo del tiempo de Isabel la Católica, otras en sillas de mano con las cortinas corridas para evitar el polvo, y otras á pié luciendo ese garbo cadencioso del andar español. que es la desesperacion de las mujeres nacidas en tierra extranjera. Los *lindos* y *sigiseos* ocupaban el puesto que la galantería les designaba, sirviendo á las damas de escuderos.

A derecha é izquierda del camino, una compacta fila de mendigos, tullidos y estropeados demandaba la caridad pública con tono plañidero y con acento gruñon y rudo, porque el pobre de aquel siglo era un compuesto de mendigo y bandido,

que así pedia limosna en latin macarrónico exclamando: *Facito'e caritatem,* como reclamaba la bolsa en castellano, gritando poco mas ó menos: *Boca abajo todo el mundo.*

Detrás de la nobleza venian la clase media y el pueblo, aquella presidida por estudiantinas bulliciosas, y este por comparsas de majos que tañian guitarras, bandurrias y mandolinas, acompañadas por el repiqueteo de los crótalos ó castañuelas de los barrios bajos.

El repostero mayor, no de palacio, sino de la pastelería del Meson de Paredes, donde Quevedo, Cervantes, Calderon y Lope acudian con frecuencia á saborear los hojaldres, que han llegado hasta nosotros con la fama literaria de la casa, existente aun, habia esparcido de antemano por aquellos campos, á sus dependientes cargados de empanadas de ternera, de cubilete, de picadillo y almendra, de huevos hilados, de perdices escabechadas, de conejos y cabritos asados y de *ropa vieja* á la castellana, porque en aquel entonces dominábamos todavía en Europa y no habia *menús* franceses en nuestras meriendas.

Tampoco se usaban tiendas de campaña. Bastaba á las necesidades de los romeros el puesto de viandas con el tenderete de lona, que hacia un poco de sombra, y para merendar ofrecia espléndido comedor la pradera esmaltada de flores.

Al escucharse el toque del *Angelus* en el convento de San Francisco, que repetian al unísono los monasterios de Atocha, San Jerónimo y Recoletos, todos los concurrentes á la romería se descubrian piadosamente, rezaban la oracion, y en seguida, formando corrillos, arreglaban sus mesas campestres sobre el mullido césped, sirviendo á veces los mantos de manteles, y almorzaban, comian ó merendaban, empezando invariablemente por la nacional ensalada de lechuga con cebolla y huevos duros. El peleon de Arganda, la *ratafia* y el *hipocrás* circulaban de mano en mano en tazas de Alcorcon ó en vasos de cristal y de cuero. Luego los señores bailaban con mucha tiesura la zarabanda, y el pueblo unas seguidillas primitivas parecidas á las *habas verdes.*

Y al toque de oracion, despues de santiguarse devotamente todos los circunstantes, cada cual desfilaba con su cada cual por diferentes caminos, recalando pocos en el *corral de la Pacheca,* que solia dar este dia funcion de noche, y yendo los mas á acostarse rendidos de cansancio.

Así terminaba la fiesta de San Isidro en los siglos pasados, sin escándalos y sin muertos. No se conocia la navaja. ¡Dichosa edad!

*
* *

Ahora es el pueblo el que principalmente frecuenta la histórica pradera del Manzanares, y en sus escondrijos, formados con tablas, esteras y desechos de cortinas ó telones, se atraca de buñuelos *freidos* á la vista, entre nubes de humo y abundante sudor, ó se administra enormes pedazos de... atun en escabeche conservado en *aguarrás,* vulgo vinagre.

Al amanecer empieza el movimiento de los romeros contemporáneos. No es ya la tradicion religiosa ó la devocion al glorioso San Isidro la que conduce á la mayor parte: es el deseo de divertirse y cometer toda clase de locuras casi en las barbas del Santo.

Una nube de carruajes de todos los tiempos y procedencias, desde el calesin carcomido hasta las *diligencias,* se lanzan á todo escape desde la Puerta del Sol, cuesta abajo por la de la Vega, ó se *desbocan* desde la plaza de la Cebada y sus contornos, por la fábrica del gas, hasta el puente de Toledo y ermita de San Isidro.

El jaleo fino, que se arma con tal motivo, principia desde la noche anterior, en que acampan en la pradera los fondistas, buñoleros, vendedores y *parientes* de la tia Javiera, tia de todo el que hace rosquillas, y matrona á quien siento no haber tenido el gusto de conocer, aunque solo sea por la inmensa fama que ha sabido conquistarse con su *buena pasta.* Lo mismo me sucedió con doña Mariquita, otra española que pasará á la posteridad por el renombre que alcanzó repartiendo *mojicones* á todos los que tomaban chocolate en su casa.

Pues, como decia, los coches son tomados por asalto. Se oyen en ellos dichos agudos, frases alegres, algunas capaces de enrojecer las mejillas de un cabo de gastadores; corren de mano en mano botas de lo tinto, y entre el chasquido de la fusta y los votos del mayoral, que no *rota* nunca mas que á sus caballerías, algun Tenorio moderno aprovecha los instantes de algazara para hablar al oido á la linda vecina, que la tiene casi cosida al *chaquet* (tan estrechos están los asientos), y la pobre muchacha se pone tan sofocada, que parece que la va á dar algo.

Durante el camino es á cada instante mas variada la coleccion de tipos que, á pié y en coche, se dirigen á la pradera. Parejas mas ó menos amarteladas, mamás mas ó menos gordas... de vista, grupos de jóvenes solteras mas ó menos cursis, forasteros mas ó menos incautos, y una procesion de pobres, ciegos, cojos,

mancos y fenómenos de la naturaleza, todos ellos mas ó menos artificiales. Es decir, que en el camino y en la romería hay sus *mas* y sus *menos*.

Una vez en la pradera es verdaderamente magnífico el espectáculo que allí se ofrece, sin contar el de las innumerables tiendas de *vinos* ó *binos*, que de todo se lee en el tránsito. Infinidad de puestos de comestibles y *bebestibles;* de juguetes y figuras de barro; de buñuelos y *leche de las Navas;* fondas con su mesa redonda, que siempre es cuadrada: entoldados para bailes sérios (no sé cómo se baila en *sério);* mucho *Tío Vivo,* y algun *tío* muerto en riña, como suele suceder; versos en algunas muestras; la iglesia llena de gente risueña, y el cementerio invadido por secciones de ambos sexos que no guardan toda la compostura debida; la fuente de la Salud atestada de devotos y devotas, que esperan obligar al novio á que se case pronto bebiendo un vasito, con lo cual consiguen tener un marido *pasado por agua;* escamoteos dignos de Macallister: parejas misteriosas tomando en un café la clásica tostada; mucha gente de bronce dispuesta á armar una *bronca* por si te miró ó le miraste...; varias meriendas sobre la empolvada alfombra; innumerables botijos, grandes y chicos, *de los que hacia el Santo cuando era niño;* mucho señorito *pitando;* mucho baile campestre y... algun agente municipal (que tambien se suele ver alguno). Hé aquí condensado en pocas palabras todo cuanto se observa al primero y segundo golpe de vista en esa animada zambra española que se llama la romería de San Isidro.

Despues... cuando llega la noche, y sin que ninguno de los romeros se haya apercibido de si ha sonado el toque del *Angelus* ó el de *Oraciones,* los concurrentes regresan á sus hogares, ellas con los vestidos rotos y las mejillas encendidas; ellos con el sombrero hácia atrás y deshecho el lazo de la corbata; todos con los bolsillos llenos de golosinas, las manos ocupadas con botijos y flautas, y algunos con el estómago inundado de *zumo,* que les obliga á caminar en línea curva constantemente.

Por último, la navaja, que, como ya he dicho, antiguamente brillaba por su ausencia, brilla ahora de vez en cuando para esconderse en el pecho de algun contrario.

Otros tiempos requieren otras costumbres.

LOS MONTAÑESES DE LEON.

POR D. JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

I

Cuando van desapareciendo con la adopcion de trajes y costumbres extranjeras, los tipos, costumbres y trajes nacionales que conservan la historia viva y elocuente de nuestro pasado, deber de los que se dedican á los estudios históricos es procurar conservarlos, así en las páginas del libro como del periódico y del folleto, para que queden consignados de una manera permanente por medio del admirable descubrimiento de Guttemberg, que hace vuelen las ideas á través de los siglos y de las distancias, como las semillas de las plantas que cruzan el espacio impulsadas por los vientos de la Providencia.

Penetrados de este pensamiento, hemos dado ya á conocer en otras poblaciones diversos tipos y costumbres españoles, y en el presente artículo intentamos bosquejar las que se refieren á las montañas de Leon, apénas conocidas y menos estudiadas por nuestros escritores.

Empecemos por el estudio de los trajes.

Murias de Paredes, comarca la mas riscosa de la provincia, con sus célebres y fragosas montañas de Babia, en los confines de Asturias, ofrece con los trajes que visten sus naturales, importante enseñanza por lo que respecta á la influencia que entre sí ejercen mútuamente pueblos vecinos y otros aunque lejanos, visitados frecuentemente por los hijos del país. Las contínuas emigraciones de aquellos montañeses á Extremadura, bien se nota en el traje de los hombres compuesto de calzon bombacho, botas de cuero á la andaluza bajo el calzon, grueso blanco zapato, faja de grana, chaleco generalmente azul, chaqueta corta negra y sombrero bajo de ala ancha, galoneado de terciopelo, con dos gruesas motas de seda en la copa y en la vuelta del lado izquierdo; así como la influencia de las provincias asturianas en el traje de las mujeres compuesto de largo zagalejo de vuelta cumplida, blanco chapin abrazando hasta la mitad de la pierna y abarcas, madreñas ó zapatos gruesos, graciosísimo dengue ó paletina corta, sujeta atrás sobre la cintura, airosas trenzas de pelo que bajan hasta la mitad del rodado ó zagalejo, escapándose bajo un pañuelo de flores atado airosamente á la cabeza; sendas arracadas y gargantilla con una cruz, cayendo sobre el pecho, emblema de la cristiana y salvadora creencia profundamente arraigada por fortuna entre aquellas honradas montañesas, altas, garridas, ligeras y de blanca tez, que enmedio de sus jarales y casi contínuas nieves, viven consagradas á las faenas domésticas, y al cuidado de sus hijos, separadas muchos meses de sus esposos, que buscan en Extremadura trabajo, ó venta para sus ganados.

Pero no hay uniformidad en los trajes de todas las comarcas de las montañas leonesas. Calzon negro y alto botin, chaqueta oscura de paño y sombrero análago á los de Murias, visten los cabreros riañeses, mientras sus mujeres llevan basquiña corta, generalmente de color verde, corpiño azul ceñido, dengue encarnado, *colonias,* ó cintas que caen por detrás de la cintura, y blanco pañuelo sujetando el cabello prendido con seductora coquetería.

Los riberianos del Orbigo, visten sayo abierto, doble chaleco de terciopelo con adornos en los ojales y botonadura de cadena; calzon con fuertes botones de metal, media blanca y polainas, y en la cabeza una montera de paño á manera de casco con vueltas de terciopelo. Análogo el traje de las mujeres á los de las maragatas, consiste en corto guardapiés negro galoneado de terciopelo; *manera* bordada de lo mismo, corpiño generalmente grana con filete negro sujeto con dos corchetes que se extienden de uno á otro lado del pecho, *collarada* y arracadas,

camisas de prolijos bordados, pelo en trenzas, y delantal con lujosas labores. Los de la comarca de la Bañeza, principalmente los riberianos del Eria, cercano de Tera, llevan sayo como los de Orbigo, aunque menos ajustado, y el chaleco que llaman *apretador,* cierra á la mitad del pecho para que luzca la camisa rizada en menudos pliegues, y el *cabezon* ó cuello laboreado con prolijidad. Ancho ceñidor de cuero oculta la trincha del calzon y el arranque del apretador, y termina el traje una pequeña montera, sujetando la garnacha que cae á la espalda, dejando escapar rizados mechones de pelo sobre las sienes. Las desposadas de esta region leonesa visten especial y vistoso traje, que consiste en corto *rodado* de color gegeralmente verde oscuro ribeteado de terciopelo, justillo de brocado ó de otra tela análoga, jubon de paño negro que deja entreveer la camisa de minuciosos bordados; taca blanca de lino, que despues de sujetar el pelo, cogido en pequeños rizos, forma un ligero rastrillo, cayendo luego en anchos pliegues sobre la espalda, largos pendientes, preciosa *collarada,* y una elegante *monterina* encima de la toca.

Alto y ancho *monteron,* con caras de terciopelo y motas á los extremos y adornado en el casco por galones, dan al tocado que lleva el verciano el aspecto de una especie de mitra. Larga chaqueta, chaleco oscuro, ancha camisa, calzon negro bajo, botin blanco de franela con botones á los lados, media igualmente blanca y gruesos zapatos, forman el traje de los del distrito de Ponferrada del Vierzo, en sus regiones próximas al renombrado Sil, de arenas de oro, que corre por sus estrechas y engargantados oteros y sus ásperas fragas. Bajo y airoso rodado, corpiño de seda, en las mas ricas de vivos colores, predominando generalmente el verde, sujeto al pecho con trenzas; largos cálamos, grandes aretes, pequeña cruz al cuello, holgadas y blancas mangas sujetas á la muñeca, y una tira roja, colocada á la manera italiana, constituyen el airoso traje de sus compañeras las villafranquinas del Vierzo, próximas al rio Burlica que fertiliza aquella region.

Los que viven en los partidos de Sahagun y Valencia, dedicados á la ganadería y en contacto por lo tanto con las comarcas andaluzas y extremeña, visten calzon pardo, medias y zapatos blancos con lazos azules, chaleco de pana azul turquí, botonadura de cadena y forro de lana roja, chaqueta parda y corta al hombro, fina camisa y á la cabeza un pañuelo á medio ceñir con las puntas colgando. Sus compañeras llevan basquiña regularmente de seda, de vivos colores, pañuelo blanco sobre corpiño de terciopelo negro, con alamares de plata en las mangas y otro pañuelo á la cabeza caido sobre los hombros con bordados de flores grandes, completando el traje ricos pendientes, medias caladas y zapato bajo.

De propósito hemos dejado para lo último á los maragatos, pues estos forman como una region separada dentro de la misma provincia de Leon, con especiales costumbres, que no son las que nos proponemos describir. Indicaremos, sin embargo, que el traje de los maragatos mucho mas conocido que los anteriores, consiste en amplio sombrero chambergo, saya ó almilla recordando los antiguos coletos, amplísimos bragos y altos zapatos blancos sobre medias siempre oscuras. Mas original el de la maragata y mucho menos conocido, fuera de aquellas regiones, consiste en ancho *tunicon* blanco, sujeto con hombreras de mucho vuelo á los costados y que forma amplios pliegues desde la cintura hasta el ruedo: dos grandes mandiles ó delantales cubren la falda delantera y la posterior, bordadas con prolijas labores, cuyos ceñidos mandiles se tejen al propósito; justillo con mangas abiertas bajo el hombro, sujetándose con cordones que llaman *agujetas,* abrigan escasamente el robusto brazo por la parte superior y dejan lucir las anchas mangas del *camison,* una collarada de gruesos corales intercalados de grandes y pesados relicarios, pasadores imitando bellotas y muchas medallas con santos de plata, sobredorada ordinariamente, cubren cuello y pecho; y arracadas del mismo gusto y el pelo partido en trenzas con lazos, que dicen *escachas,* completan el vistoso, aunque abigarrado traje, acaso el de mas antigua alcurnia que se conoce en España.

Tales son los principales datos indumentarios que el estudio de aquellas históricas comarcas nos ofrece. Veamos ahora algunos rasgos propios de las tradicionales costumbres de sus naturales, que se conservan, sino en la capital y pueblos cercanos, en las vecinas montañas.

II

Hospitalarios como las antiguas tribus de Oriente, jamás se hallan cerradas las puertas de estos montañeses para el forastero, el cual recibe de sus honrados huéspedes todo género de obsequios, prodigados con el mayor cariño y la mas encantadora sencillez.

Y no haya miedo de que las tristes noches del invierno le hagan pesadas las horas que tenga que pasar entre los francos y espansivos montañeses. Durante estas noches se reunen las mujeres en la casa mas espaciosa del lugar, donde hilan su copo de finísima lana merina, mientras ameniza aquel *filandon* (como se llaman estas tertulias ó reuniones) historias y cuentos maravillosos, narrados por las mas ancianas con encantadora ingenuidad y buena fé.

Los pocos hombres que, durante esta cruda estacion, no han abandonado sus hogares para llevar sus ganados á los abundosos pastos de las praderas extremeñas, acuden al fin de la velada, que termina por lo general con alegres danzas y cantares.

Separados al principio en dos hileras mozos y mozas, bien pronto se mezclan y confunden en resueltos y animados giros, mientras repiquetean las castañuelas entre los hábiles dedos de los bailarines, y los que descansan ó miran la danza sin tomar parte en ella entonan sendas coplas con dulce melodía, que así participan del sentimiento y apasionada languidez de las andaluzas, como de la vaguedad y ternura de las alemanas é irlandesas.

La letra de estos cantos que nadie les enseña, que componen y modelan como el ruiseñor sus trinos en la misteriosa y poética enramada, sin otro maestro que la naturaleza y Dios, están, lo mismo que su música, tan llenas de armonía y de pensamientos delicados y tiernos, que no podemos resistir al deseo de copiar aquí alguna de ellas.

Véase de qué manera pinta un amante la firmeza de su bien amado:

Eres como el ave Fénix,
Que cuando muere renace:
Fuego de amor en tu pecho
Hay siempre sin apagarse.

¡Cuánta resignacion, cuánto amor y cuánta grandeza encierra la siguiente!

Corazon que sufre y calla
No se encuentra donde quiera:
No hay corazon como el mio
Que sufre y calla su pena.

Como muestra de amorosa galantería, merece el honor de citarse la siguiente, que no desdeñaria el mas delicado cortesano:

Tus cejas son medias lunas,
Y tus ojos dos luceros,
Que alumbran de noche y dia
Siendo mas que los del cielo.

¿Y esta otra seguidilla?

El que estrellas estudia
Vé su destino;
Y yo estudio en tus ojos
Por ver el mio.

¡Qué triste conviccion y cuán apenado amor revela aquella otra que dice con no menos gallardía!

—¿Qué son celos?—pregunta
Un hombre sábio.
Y un rústico le dice:
—¡Ama, y sabráslo!

¡Y qué idea tan original de la esperanza encierra esta otra!

Es la esperanza un árbol
El mas frondoso,
Y de sus bellas ramas
Dependen todos.

Necesario seria escribir una obra entera, si hubiéramos de ir copiando las bellezas que se encuentran en aquel tesoro de popular poesía que por doquier se halla en las montañas de Leon.

III

Pero las tristes noches del invierno han pasado, y con la cercana primavera van siendo menos frecuentes las animadas monterías, para cuya direccion, durante la temporada de las nieves, se nombra todos los años en concejo un funcionario con el título de *juez de caza*.

Ya vuelven los montañeses con sus ganados al seno de sus familias. Las mujeres, los niños y los viejos, apoyados en los mozos que quedaron en la aldea para cuidar de la escasa labor, salen á recibir á los que arrojaron de sus hogares las primeras ráfagas del helado cierzo. Gritos de júbilo de los amantes, bendiciones de las madres, cariñosos abrazos de las esposas, infantiles voces repitiendo con ese encanto indefinible, que solo conocen los que tienen la dicha de serlo, el nombre de sus padres; y todo esto mezclado con el amoroso quejido de los perros, que se deshacen en caricias al encontrar á sus amos, y los alegres balidos de las ovejas al ver los verdes y nativos prados, forman tan deliciosos cuadros de tierna é ino-

cente dicha, que nunca iguales pudieron idearlos los mejores poetas bucólicos, ni el diestro pincel del pastoril Albano.

La noche de la llegada hay baile y cena opípara, con tan sencillos como limpios y abundantes manjares; y es de ver en ellos á las mujeres, luciendo con encantadora vanidad la joya ó el recuerdo que de lejanas tierras, trajo el marido ó el amante.

Pero empecemos á hablar de la hospitalidad, que no es de olvidar una costumbre tan agradable como las demás que llevamos descritas.

La noche del dia en que llega un forastero, recibe este lo que llaman el *beiche,* que no es otra cosa que una especie de serenata con baile al són de panderetas y castañuelas, haciéndole tomar parte en la animada fiesta, y corriendo, sino lo acepta, peligro de someterse á los *cacharrones,* que á compás recibe de las robustas manos de las mas garridas mozas.

Tras el baile, lo obsequian con *feimelos* (especie de buñuelos y natas), y la noche de su marcha le despiden de la misma manera, á lo que llaman *dar el gueiso.*

Durante la estacion del verano suben los montañeses con sus ganados, porque aprovechan los pastos de las altas cumbres; y en este tiempo habitan en unas casetas, llamadas *brañas,* que adornan cuidadosamente con frescos ramos, teniendo siempre para obsequiar al viajero feimelos y natas, presentados en limpios manteles con sabroso pan y cubiertos de boj, primorosamente labrados por los esposos ó por los amantes.

De tiempo en tiempo suelen abandonar las *brañas* para acudir á las romerías, animadas fiestas, en que despues de rezar como buenos cristianos al milagroso y devoto santo, se extienden por la cercanas praderas del Sanhiano, adornados todos ellos con sus mejores vestidos de fiesta y viéndose por donde quiera, ya bulliciosas danzas, ya respetables curas á quienes no haya miedo que al pasar dejen de saludar descubriéndose con la mayor reverencia, ya en los sobrados potros alegres *caballeros* llevando á la manera andaluza á su adorada á las ancas; ó mas allá los robustos mozos del concejo ejercitándose en la carrera ó al tiro de barra, por alcanzar de manos de una montañesa de fresca tez y adormecidos ojos, los bollos ó fruta que le guarda como premio del vencimiento.

Las costumbres de los montañeses de Leon, que dejamos apuntadas, que con escasas variantes son las de todo el país, toman la fisonomía propia de aquella antigua comarca, tan pintoresca, tan gloriosa, tan poética y tan olvidada.

EL DOMADOR ARGENTINO.

POR D. PEDRO ARNÓ.

Las escenas de la vida íntima de la República Argentina, llevan un sello de originalidad y de sencillez primitiva, que al contemplarlas la imaginacion se remonta sin esfuerzo á los tiempos bíblicos.

Las ciudades del litoral, como Buenos Aires, San Nicolás y Rosario de Santa Fé, son emporios comerciales á la manera que lo eran en remotas edades Tiro, Sidon y Biblos; y las llanuras interiores están cubiertas de ganados y pastores, como lo estaban antiguamente las regiones cananeas, los desiertos de la Arabia y las dilatadas márgenes del Tigris y del Éufrates.

La inmensidad de las pampas argentinas, y en especial la provincia de Buenos Aires, cubiertas de esmeralda y bañadas con los vívidos cambiantes de la luz de su esplendoroso cielo, se vén salpicadas del vellon de la mansa oveja. El buey pace tranquilo por manadas innumerables, abandonado á la intemperie; pero protegido por las dulzuras de un clima benigno. El *rancho,* que es la choza del pastor, ofrece al viajero aquella hospitalidad que los antiguos con-

virtieron en precepto religioso, y el *ombú* corpulento y solitario proyecta al lado de la choza su sombra bienhechora, para templar los rayos de un sol abrasador.

El pastor de la Arcadia entretenia sus ócios campestres con las modulaciones de la flauta primitiva, mientras retozaba la oveja y la trepadora cabra escalaba los riscos; y el campesino americano tañe la española guitarra acompañando un *cielito* ú otras canciones indígenas, que á pesar de su monotonía tienen un aire de ternura melancólica é indefinible.

Apénas habrá en el mundo otra region mas propia que aquella para el pastoreo. Constituye una llanura unida y casi nivelada con un imperceptible declive de noroeste á sudeste, que hace deslizar suavemente las aguas. Estas se pierden muchas veces antes de terminar su curso, infiltrándose en el terreno. Los pastos naturales brotan allí con fuerza y cubren en toda su extension el territorio pampeano, que se dilata en todos sentidos por centenares de leguas, como la inmensidad del mar. Toda la llanura está salpicada de pequeñas lagunas ó depósitos de aguas, que sirven de naturales abrevaderos á los animales.

Algunas de esas lagunas, como las Encadenadas, toman las proporciones de un lago, y no falta alguna que otra de agua salada, como la mar Chiquita, donde se cría en abundancia el *pejerrey* y la *curbina negra,* que dan vida á alguna colonia de pescadores, á la manera que el mar Muerto alimentaba aquellos humildes grupos entre los cuales Jesús eligió sus primeros y predilectos discípulos.

Los países pastores sienten poco la necesidad de las modernas vías de comunicacion. La riqueza que producen camina por sí misma, y atraviesa cómodamente las praderas naturales, cuyo derecho de propiedad se halla apénas bosquejado. «Las vacas, decia en cierta ocasion el original escritor argentino Sarmiento, son frutas de cuatro patas.» El camino les sirve á la vez de comedero. El pastor se vé obligado á llevar una vida semi-errante en busca de nuevos pastos y abrevaderos, á medida que éstos se agotan, ó que sus ganados se multiplican, ó cuando vienen años de sequía. Los animales de carga deben estar siempre dispuestos para transportarle con su familia y su ajuar á través de los desiertos, donde apénas se encuentra una que otra huella casi borrada de algun otro caminante.

En tiempo de los patriarcas, el asno era á la vez la cabalgadura y la acémila de aquellos pastores que llegaron á titularse reyes por su riqueza móvil, sus siervos y sus alianzas, sin considerarse sin embargo dueños del suelo que ocupaban. Los árabes y los africanos se servian y aun se sirven del camello, animal sóbrio

y resistente, propio para atravesar los ardientes desiertos donde moran aquellos pueblos.

En América el asno y el camello son reemplazados por el caballo. La inmensidad de la llanura, la blandura del suelo, los pastos abundantes y la distribucion de las aguadas, hacen al país admirablemente dispuesto para servir de teatro á la fogosidad del noble bruto, digno presente que hizo á la América un pueblo guerrero y conquistador.

Así, los pastores argentinos cruzan en todas direcciones los dilatados horizontes en veloces corceles. Los niños, desde su mas tierna edad, son consumados jinetes, y apénas hay mujer argentina que no pueda competir en destreza hípica con las antiguas amazonas, que, segun Herodoto, habitaban las regiones de la Escitia.

El caballo se cria allí en la mayor libertad. Su naturaleza bravía, que seria el espanto del hombre civilizado, es sometida y domeñada por el indígena sin mas fuerza que la de su brazo, sin mas artificio que la de su agilidad corporal, y sin mas instrumento que su astucia y energía.

En esta lucha que emprende el hombre cuerpo á cuerpo contra un animal salvaje, cuatro ó seis veces mas fuerte y corpulento, se vé resaltar verdaderamente la inmensa superioridad del sér racional, aun abandonado casi á sí mismo, y sin las influencias de la educacion, ni el auxilio de los medios y refinamientos que la civilizacion ha inventado.

Los historiadores han tratado de resolver hipotéticamente, de qué modo en los tiempos prehistóricos el hombre someteria los animales á su dominio y estableceria sobre ellos tal imperio, que ha dado por resultado que hoy sean sus dóciles instrumentos y sus amigos fieles, sirviéndole de cooperadores en sus mas grandes empresas. No hay que devanarse tanto los sesos. En cualquier establecimiento de campo de la república Argentina, ese problema histórico se resuelve diariamente á la luz del sol.

Es aquella una lucha superior á las del circo romano y á las de nuestras plazas de toros. El mas consumado artista ecuestre tiene allí que admirar. El domador argentino ejecuta sus operaciones con la estóica indiferencia del que desempeña sus ordinarias tareas. Viste el traje característico del país. Con su *poncho* al hombro, su holgado *chiripá* y su *tirador chapeado* en la cintura, presenta un aspecto por demás vistoso.

Lleva su pié desnudo, ó calzado con botas de potro al natural, y cubre su ca-

beza el sombrero negro de anchas alas con barbiquejo. El *facon,* especie de machete ó cuchillo grande, forma su arma inseparable, que le sirve para el ataque y la defensa; desempeña el papel de cubierto, para comer en corro el asado desde el mismo asador clavado en el suelo, y le auxilia en todas las faenas domésticas. La manea le sirve de *rebenque* ó látigo, y el lazo forma parte inseparable de los arreos de su caballo.

Llegado el momento de poner manos á la obra, de un brinco monta en su *mancarron,* donde queda como clavado, sueltan el potro indómito de sangre hirviente, y se lanza tras él á la carrera blandiendo el lazo, sujeto á la cincha por uno de sus extremos. Con su mirada penetrante domina la distancia y el empuje del bruto que va á domeñar, y arroja á través del espacio el lazo, cuyos círculos se abren y extienden para dejar caer el último manojo sobre el fugitivo animal. Enrédase el lazo entre sus piernas, revuélvese el bruto, arrastra este en su empuje al domador y su cabalgadura, que extreman la resistencia, y por fin, apretado el lazo por su misma tension, impide el movimiento del potro y le obliga á echarse al suelo.

En este estado, ha llegado ya el momento supremo. El domador se apea, conservando la tension del lazo para que el potro no pueda levantarse; pone á este su cabestro, que á veces es de cuerda hecha de tiras de cuero, y se sienta en el lomo del bravío animal, que en medio de la sujeccion empieza á dar muestras vivas de su impaciencia.

Ya bien asegurado en su posicion el domador, aflójase el lazo, y el potro al verse libre, relincha con fiereza, salta, sacude violentamente su carga importuna, se levanta de manos, corcobea, y por fin, arranca una carrera desesperada, frenética, ciega.

Vuela el fogoso é indómito animal, devorando el espacio con la velocidad del huracan. Sin tocar casi en el suelo, trágase leguas y leguas, echando por su boca borbotones de espuma; y solo le faltan las nervudas alas, para ser verdaderamente la vision fantástica de la mitología.

Por suerte aquellos inmensos campos no ofrecen obstáculos. Si hubiera una casa, un barranco, un peñasco, un árbol siquiera interpuesto en el camino, hombre y caballo quedarian en el choque aplastados y reducidos á informes añicos.

Pronto caballo y jinete desaparecen entre reflejos allá en los últimos límites del horizonte, para reaparecer despues. El potro está jadeante y bañado en sudor, pero no rendido. Relincha, masca el freno, se revuelve, y salta, y patea; levanta

sus manos como si buscara algun objeto en que desahogar su furor; pero nada basta á hacer vacilar al fiero domador, que parece una parte integrante del caballo, como creyeron los mejicanos de los primeros españoles que vieron montados.

Desesperado el bruto apela á un recurso extremo. Viendo que le es imposible sacudirse aquella incómoda carga, se echa y se revuelca; pero atento el jinete á todos sus movimientos, se apea de un brinco; el animal al hallarse libre se levanta, mas vuelve á encontrarse otra vez con su eterna carga á cuestas, y vuelve á emprender otra furiosa carrera, de la cual ya no volverá sino extenuado de fatiga, abatido, con las orejas agachadas y la cabeza baja en señal de resignacion.

El hombre ha salido vencedor, y puede ya entonar el canto de victoria. En adelante aquel indómito animal, sin perder su ardor ni su bravura, reconocerá la soberanía del hombre, se someterá por completo á su voluntad y será su fiel amigo.

Aquello ha sido una verdadera conquista; y no obstante ha creado un derecho legítimo reconocido por los vencidos.

Este derecho no es, sin embargo, el derecho de la fuerza; pues los animales mas corpulentos son mucho mas fuertes que el hombre.

Este derecho emana de la superioridad de la inteligencia, en virtud de la cual nosotros tenemos el dominio de los brutos, como Dios, que es la suprema sabiduría, tiene el dominio de todo el universo.

LA GENTE DE TEATRO.

POR D. EDUARDO DE PALACIO.

I

ÉL Ó LA CORISTA

OMPRENDO las desigualdades sociales, aunque mi dignidad se subleve contra varios privilegios, y pongo por caso la elevacion de un tonto en cualquier ramo que no sea el político, que es una excepcion de la regla; en política sirve el mas inocente casi tanto como el mas listo; uno dispone, y otro ejecuta.

La desigualdad justificada en el terreno artístico no solamente es explicable, sí que hasta ineludible.

Entre un tenor como Gayarre, y el pregonero municipal de cualquier aldea, ha de existir diferencia; ambos cantan y se ganan la vida haciendo uso de su respectiva voz; pero Gayarre pudiera ser cuando le acomodase el mónstruo de los pregoneros, y no hay pregonero en España capaz de ser Gayarre.

Desde el último individuo, ó individua, del cuerpo de coros hasta las primeras partes, median muchas pesetas de distancia.

El corista es parte tambien, pero telegráfico.

La proporcion entre ambas partes y sus haberes en nómina, ó mejor dicho, la desproporcion, irrita al individuo menos corista.

Y sin embargo, el individuo del cuerpo de coros es tan útil, tan necesario como la tiple, el tenor, el bajo, el barítono ó la contralto. ¡Ay de las empresas y de las partes principales el dia en que, despues de convencerse de que forman el mayor número, adoptasen el retraimiento los coristas de uno ó de otro sexo! No habria ópera ni zarzuelas posibles.

Y algo más.

Los muertos de lujo tendrian el desconsuelo de verse privados de los funerales coreados, que deben halagar mucho en esos momentos.

En las fiestas religiosas con que los pueblos obsequian á sus santos patronos, tributándoles sus respetos, no habria mas voz que la del párroco, el sacristan y el monago, que son pocas voces para llegar al cielo.

Los cuerpos de coros son tan indispensables como los cuerpos de ingenieros agrónomos, y de telégrafos, y los cuerpos bonitos que se vén por estos mundos; y á pesar de hallarnos convictos y confesos todos los amantes del arte musical de esta verdad, no estimamos en su justo valor los servicios del corista.

Las leyes del progreso se cumplen, nos civilizamos poco á poco, tendemos al al mejoramiento social, y pensamos en los sueldos de los funcionarios públicos, que cobran hoy cada cual y todos juntos mas que en principio de siglo todos los canónigos del orbe católico.

Cuando no tenemos que hacer, abogamos por las clases jornaleras y hasta nos ocupamos, de cuando en cuando, de la situacion de los profesores de instruccion primaria, de la mendicidad y de la proteccion para los animales.

De todo y de todas las clases sociales, menos de la de coristas.

Si reflexiona sobre lo rudo de la tarea, se extremece el mas descorazonado de los mortales.

El corista no se pertenece á sí mismo; se debe á la pátria, al arte patriótico ó italiano, segun cante zarzuela ú ópera: forma como individuo de una colectividad, la base sobre que descansan las *partituras* de los grandes maestros: aquel conjunto de voces, producto de otros tantos pares de pulmones, son los ecos que repiten el cántico de gloria de Bellini, Donizetti, Meyerbeer, etc.

No se puede hacer mas, por menos retribucion.

Los sueldos de los cantantes de *primo cartello,* se han multiplicado escandalosamente con relacion á los que se les abonaban en otro tiempo.

Este y el del toreo han sido los dos artes que mas se han elevado; hoy se paga muy caro al que da un *do* de pecho y al que da un *volapié*.

Es verdad que en otros dias no habia tantos toreros que diesen un *do* de pecho, ni tantos cantantes... ¡digo! al revés.

Ello es que las partes principales están hoy mejor retribuidas que en tiempos pasados, y los individuos del cuerpo de coros no ha adelantado un paso.

Cierto es que no cantan mas que en todas las noches que hay funcion y en los ensayos; que las empresas se encargan de vestirlos, y generalmente muy mal, para que se presenten en escena, pero no para que salgan á la calle; que suelen obsequiarlos con un beneficio, en cuya noche reparten lo menos á tres pesetas por individuo ó individua; que se los considera y se les atiende como si fueran partes principales y mas; porque se les concede para vestirse todos los trajes que les corresponden segun la obra, una sola habitacion para las hembras y otra para los varones, mediante lo cual están mas abrigados en invierno y cuando no hace frio, más; que los trajes se les hacen á medida, pero es á medida de la fantasía del maestro sastre de la casa, que corta las faldas y corpiños, calzones y casacas, calculando las proporciones de cada individuo por el color de la cara ó los rasgos de la fisonomía *del paciente*.

Disfrutan además de otras muchas ventajas, por ejemplo: una *prima donna* absoluta ó un primer tenor pueden resfriarse y hasta curarse con tranquilidad: la empresa se guardará muy bien de molestarle, ni hacer sino lo que desee el artista: á un individuo ó individua del cuerpo de coros les está prohibido sentirse enfermo.

El corista ha de sucumbir exhalando la última nota en las tablas.

Justicias de empresarios... humanos.

¿Quién sabe si entre aquella colectividad de voces que piden cantando un sueldo mezquino, habrá dos ó tres que tomarian con gusto, á cambio de la propia, para las grandes solemnidades, algunas partes de primísimo?

En el problema de la vida de cada ciudadano, es preciso tener en cuenta un sinnúmero de datos; hay quien nace predestinado para alcalde ó gobernador, y quien viene al mundo para ejercer la distinguida profesion de macero, aunque pudiera servir para ministro de Marina.

La voz necesita cultivo y alimentacion: por esto habrán oido ustedes elogiar algunas diciendo que son *pastosas, nutridas, de gran volúmen y afinacion;* son los calificativos que se estilan ahora: ¿con qué derecho se pueden pedir estas condiciones á una voz con patatas ó con garbanzos de á ocho?

He oido referir un hecho que para mí tiene gracia, y lamentaré que no la tenga para el lector.

Se ensayaba... no recuerdo qué obra en un teatro lírico, y el director de escena increpó duramente á un individuo del cuerpo de coros, porque teniendo que fingir una caida desde un puente á un colchon que pasaba sobre un rio, andaba con precauciones; y tanto llegó á irritar al buen hombre, que le contestó:

—Mire usted, señor director, yo me tiro para justificar tres pesetas de sueldo: págueme usted lo que al tenor, y verá usted como me suelto de cabeza desde el telar al foso, porque sé cumplir con mis deberes de doce reales.

Eso digo yo imitando al corista; que haya diferencias, porque en el arte no pueden negarse: pero no tan enormes, porque todos son hijos de Dios, segun parece.

II

EL CONSUETA

No canto las victorias de Jerjes, ni los triunfos de Alejandro, ni las glorias de César, ni á las ruinas de Troya, ni á las del teatro Romea, de Madrid, ni á las de la esquina de la calle del Arenal y la de las Fuentes, en la capital de España.

No hay ruinas venerables, ni héroes cuya grandeza merezca el público asombro, donde hay consuetas ó apuntadores.

El consueta, tipo espiritual, sér fantástico que existe sin ser visto ni oido, salvo algunas excepciones, por la multitud inexorable con el artista; entidad oculta como á las miradas del público al exámen de la crítica, por la infinita superioridad latente de su ministerio.

El consueta cuya fama inmortal se trasmitirá de generacion en generacion hasta el fin ó la *coda* de los siglos; el apuntador, cuya ciencia es privilegio de un puñado de individuos y no se aprende en aulas, ni se explica en ateneos; ese heróico sér, modesto como todo génio, es el objeto de mis investigaciones.

Nace, crece y se desarrolla, aunque esto último parezca imposible, sabiendo que pasa lo mejor de su vida sumido en la concha; caracol artístico á quien no llegan los plácemes y los aplausos de las muchedumbres, incapaces de comprender tanta abnegacion.

Un crítico muy instruido en asuntos teatrales me decia, que los consuetas, como los saludadores, son individuos que nacen con una gracia especial.

La verdad es que no todos los hombres sirven para consuetas: se necesitan condiciones excepcionales; paciencia, lectura correcta en toda clase de letras ó de notas, segun sea de verso ó de música, y sobre todo, extraordinaria gimnasia de la lengua y cierta media voz penetrante como la del *mosquito de trompetilla*, cuando entona esas playeras nocturnas randando á su víctima.

Las obras nuevas, los artistas líricos ó dramáticos nuevos en esta ó en otra plaza, todo está confiado al talento y á la honradez y caballerosidad sin par del consueta.

Desde su nacimiento, el drama, ó la partitura, quedan á merced del apuntador; algunas veces es el encargado de la primera lectura para que las partes que han de interpretar la obra, conozcan el conjunto y sus respectivos papeles ó *particellas*.

Durante los ensayos estudia con avidez el original ó copia corregida que ha de servirle, mientras indica á los artistas las equivocaciones que cometen.

Consulta con el autor, ó maestro que le represente, las dificultades que le ocurren, y en mas de una ocasion dirige interrogaciones que son advertencias de errores cometidos por el compositor al escribir la obra.

Solo, entre dos velas como un cadáver, sentado delante de una mesa con tapete verde, color indicado por el arte, pasa las mañanas, repitiendo con frecuencia escenas enteras, y actos de una obra, no por culpa suya, sino por torpeza ajena.

En noche de estreno, cuando la obra despues de *pasar al agujero* se halla en disposicion de soltársela al público, ó en noche de presentacion de un artista nuevo, el consueta es la clave artística: de su voluntad, de su pericia depende un triunfo para el autor ó para el intérprete de la produccion lírica ó dramática.

Pensar en esto estremece y consuela á un tiempo mismo; que el apuntador cierre el ejemplar ó la partitura: que la perspectiva de los piés chiquitines de una artista, ó los preludios de una pantorrilla para él desconocida, por pertenecer á una actriz ó á una *prima donna*, ó aun cuando sea contralto, nuevas, le impresionen y distraigan su atencion; que las ratas que habitan el foso, y que todas las noches, al ver aquellas piernas cuyo medio cuerpo superior correspondiente se oculta para ellas tras el firmamento del tablado, arderán en deseos de probar los piés del caballero, se aventuren á morderle: que ocurran, en fin, cualquiera de esos accidentes imprevistos, y que el consueta enmudezca, y adios obra, y artista nuevo, y éxito, y negocio para la empresa.

¡Cosa rara! No recuerda aficionado alguno á teatro, que haya sido suspendida la representacion de la obra anunciada, por enfermedad del consueta.

El apuntador es el amigo de todos; no hay parte principal ni aun *parte por medio,* combinacion que yo calculo tendrá la siguiente etimología, *partido por medio,* aludiendo al buen sueldo que disfrutan generalmente dichas partes, que no estime en lo que vale á tan importante sugeto.

Nadie está mal con el consueta.

Las empresas cambian de artistas, de peluqueros, de maquinistas, de todo, menos de apuntador.

¡Con qué entusiasmo le contemplo cuando saca las manos á modo de tortuga para arreglar la concha, ó se permite asomar un tanto la cabeza, antes de empezar á funcionar, para enterarse de la entrada que hay aquella noche!

Y á pesar de tantos merecimientos, no parece sino que el público le tiene mala voluntad, porque en cuanto oye su voz por acaso, cien voces protestan y le imponen silencio, diciendo con imperio:

—¡Mas bajo!

¡Qué injusticia social! ¡Mas bajo, él, que no tiene á nivel del tablado mas que la cabeza ó poco mas!

¡Tanto rigor con quien puede con un sencillo movimiento, hacer sonar la señal para que los maquinistas suelten la cortina y cortar el espectáculo!

En cambio de estos servicios nadie se acuerda del pobre y laborioso consueta: se habla de la Malibran, de Rubini, pero no de los apuntadores que los auxiliaron en sus primeros pasos escénicos: se cita á Bellini y á Rossini y á Meyerbeer, y los nombres de los artistas que estrenaron sus inmortales partituras, pero no se indican los nombres de los apuntadores en el estreno de aquellas obras maestras.

¡Siempre en la concha! Separados del público, separados por un aparato forrado de bayeta roja, y colocados bajo el nivel de los artistas, pasan la vida oscurecidos, sin ser espectadores y sin ser partes; verdaderas *partes por medio.*

Sin embargo, la humanidad empieza á hacer justicia á la clase: ya figuran sus nombres en las listas que se publican por carteles en principio de temporada teatral.

Es verdad que tambien figuran los de sastres y peluqueros, y dentro de poco se incluirán los de los acomodadores y hermanos cofrades de la *claque* en cada coliseo.

Es un alarde de soberbia de las empresas teatrales, y no justo tributo al inteligente consueta.

A uno de ellos, amigo mio, que perdió casi totalmente la vista, le decia para consolarle el empresario:

—No le importe á usted, Fulano; ya no se escriben obras como aquellas que usted leía; en fin, lo que yo puedo hacer por usted es que se traiga á su hijo, si sabe leer, y que el chico lea el ejemplar y usted apunte.

¡Si seria rana el empresario!

III

EL AVISADOR

A cada paso que se dé en el proscenio, se tropieza con un génio oscurecido por jugarretas de la fortuna ó por la injusticia humana.

El avisador es uno de esos tipos.

Hombre que en fuerza de ser avisado obtiene el título de avisador, con encargo de avisar á todos los artistas y artesanos de una compañía lírica, dramática ó coreográfica, para que acudan con puntualidad á llenar sus deberes para con el público y la empresa.

A su capacidad é incansables fuerzas activas, se encomiendan las tareas mas penosas; es un sér que vive corriendo, que alterna con todos los miembros de una compañía teatral, y sirve á todos, y todos le tratan con franqueza, y sin embargo, no sale de su clase humilde.

Ni el sueldo ni la consideracion que consigue, corresponden al trabajo que emplea diariamente en cumplir y atender á todas las obligaciones impuestas á su clase.

El público, que no pasa de telon adentro, ni puede penetrar en los misterios de ese maremagnum que llaman escenario, no comprenderá toda la importancia de ese artista, digámoslo así, que lleva el título de *Avisador,* ni apreciará los servicios que presta el activo agente á empresa, actores y al mismo público.

¡Con cuánta finura y humildad toca en la puerta del cuarto donde se viste, ó mejor dicho, donde se disfraza la *prima donna* ó la primera dama, para decirla:

—Signora Tal ó Cual, ó doña Tal ó Cual;—el nombre de la artista, porque él es harto respetuoso para atreverse á llamar Tal ó Cual á nadie, y menos á una señora que cobra un sueldo equivalente á doce docenas de avisadores.

La tiple ó la dama suelen responder ó hacen responder á su criada:

—¿Quién?

—Fulano,—responde el activo elemento de la organizacion teatral.

—¿Qué quiere usted?

—Mañana, á las doce y media, *Norma*, y á la una tiene usted *Il Barbiere;* ó: mañana, á las doce, *Tenorio;* á la una, *La camisa de la Lola*, y á las dos, lectura de *Mares de sangre*.

En otras ocasiones, y esto es lo mas corriente, cuando se trata de la primera artista, empieza el avisador por consultarla las horas en que la molesta menos ensayar, y con arreglo á lo que dispone la señora, se fijan los ensayos para el dia siguiente, de acuerdo tambien con el tenor ó el primer galan.

El avisador recorre todos los cuartos, hasta los almacenes de coristas inclusive, para comunicarles la órden del dia siguiente, resignándose á oir horrores de aquellas lenguas de poco sueldo, que protestan contra el abuso de la empresa, que los obliga á ensayar, haciéndoles perder una corrida de toros, ó desbaratando una huelga que tenian dispuesta.

El avisador calla ó añade algunos datos de la vida privada de la tiple ó del tenor, de la dama ó del primer actor, á cuya causa se debe que los ensayos empiecen mas tarde ó mas temprano.

Despues de este recorrido á las virtudes y merecimientos de unos y otros, continúa cada cual su tarea de vestirse ó desnudarse, y el avisador, ese hilo eléctrico, movible, que pone en comunicacion á la empresa con el último mono (lírico ó dramático), prosigue sus visitas á todos los artistas que toman parte en la funcion, y ensayan ó deben ensayar en la mañana siguiente.

El avisador es el encargado de recoger las partituras ó ejemplares de las obras para llevarlas al archivo, y para entregarlas al apuntador cuando han de ejecutarse.

Siendo tan necesario ese conductor de órdenes y ayudante de la empresa, su nombre no figura en los carteles al anunciarse la lista de las partes, y de los atrezistas, peluqueros y sastres de las compañías líricas ó dramáticas.

El avisador no es un hombre sin principios de instruccion: no puede carecer de estudios quien pasa la vida en una carrera.

Conozco á uno que entiende dos ó tres idiomas y escribe correctamente el castellano, cosa que no es muy comun entre los que se dedican al oficio de escritores: verdad es que el avisador á quien aludo es una excepcion de la clase, dicho sea esto sin menoscabo de ninguno de los individuos que la componen.

El avisador es el *artista* teatral mas desgraciado; la posteridad no le hace justicia, porque no le ha conocido ni de nombre. El descubrimiento del fonógrafo perfeccionado, servirá al tenor absoluto y al barítono constitucional, para legar á los siglos una romanza que los conserve vivos en la memoria de las generaciones.

A falta de un monumento material, ó de una obra tangible y visible, dejarán fragmentos *audibles;* pero el avisador, ¿qué lega á la multitud?

¡Benéfico y servicial por naturaleza, se vé en ocasiones obligado á ver y callar tales escenas en el vestuario!... Y al mismo tiempo abusan de él las primeras partes, y las segundas, y las últimas, ya confiándole el encargo de avisar en el café del teatro que lleven un *thé* á la tiple ó la dama jóven que padece de los nervios ó de los músculos, es igual; ó un *beefsteak* con patatas al bajo ó al gracioso, que tambien padecen; ya peleándose con el activo funcionario porque el director de escena ha dispuesto mas horas de ensayo que las convenientes, ó el sastre de la casa ha *sacado* un poco largo el traje de un artista subalterno, mientras otro se encuentra estrecho con el suyo.

¡Pobre avisador! ¡Qué ingrata es la humanidad teatral, y perdónese la hipótesis, con el complaciente servidor y apoderado de todos!

¡Ingratos! Aunque no recordaran mas que la alegría quincenal que les proporciona, debieran estarle todos reconocidos, por lo menos durante una temporada; la sorpresa feliz que lleva cuarto por cuarto á todos los artistas, cuando asoma la cabeza para decir:

—Señorita, ó señora, ó señor, ó señores;—segun el cuarto.—¡Mañana á las doce, nómina!

IV

EL DIRECTOR COREOGRAFICO

Le veo y me entusiasmo, tanta agilidad me estremece: tan descoyuntado de miembros y tan ligero de pantorrillas como no hay otro sér en el mundo: tan *gracioso* en sus movimientos, tan *fino* en sus maneras, tan jugueton con todo el cuerpo, tan elástico, tan *bello* como él no es el tenor, ni se le parece la misma tiple.

Y pensar que aquel hombre aéreo, vaporoso, de reducida cintura y oprimidos *pieses,* alto de pecho y negro de cogote, generalmente hablando: aquel sér natural, puede verse privado de tantas gracias é incapacitado para tantas habilidades gimnástico-coreográficas, espanta y conmueve á un tiempo mismo.

Cuando por fortuna suya y para bien del progreso humano, consigue renom-

bre y llega á cierto punto en la *espinosa* carrera (y la llamo espinosa porque en ella juegan las *espinillas),* entonces consigue el premio de sus afanes.

Una posicion menos académica, pero mas positiva, le ofrecen las empresas teatrales de importancia.

No aludo al *bolero* español, ni al maestro de baile de castañuelas ó *bailador* de intermedios en teatros de á real, con ó sin tostada, ó en cafés cantantes y bailables; estos no consiguen nunca pasar de sopa y cocido, cuando llegan, que suelen no llegar.

Me refiero á los directores del sublime género; del *género francés,* última palabra ó último *trenzado* del arte: al bailarin propiamente dicho, al que ya ha conseguido un nombre mas ó menos conocido á costa de inmensos sacrificios ó *batiments,* al que se eleva á la alta dignidad de director de baile; que saca *fantasías* de su cabeza, y lo mismo compone dos actos de baile, que tres, que trescientos.

¡Qué suma de aptitudes y conocimientos necesita! Ya lo conoce él mismo, y con razon se envanece de su valor artístico: una *pirueta* á tiempo salva una obra coreográfica; estos secretos del arte no puede ni sospecharlos el profano.

¡Cuán grande es el espectáculo que ofrece á los ignorantes el maestro director de baile, cuando compone sus poemas pedestres, cuando interpreta los pensamientos musicales, aplicando los *pasos* que le son propios!

Idioma incomprensible, para cualquier persona no bailable.

Establecido en el escenario durante un ensayo, rodeado de aéreas bailarinas vestidas de corto, y madres y hermanas de las bailarinas, no tan cortas de faldas; sentado delante de una mesita, una víctima toca el violin, para que el director coreográfico se penetre de la *partitura;* sobre la mesita, cubierta con bayeta verde, un atril y en él *los papeles* de música; á los lados dos velas de sebo ó esperma; y el maestro, allá en el fondo, resbalando los piés sobre el tablado, y meditabundo, como si estuviera cazando ideas artísticas: el cuadro, á media luz, esa luz indecisa que llega al escenario de un coliseo durante las horas del dia.

¡Qué poesía! ¡Cuánta belleza!

—¡Fulanita!—grita de pronto el maestro;—oye ú oiga usted,—segun la confianza que tiene con la artista.—Tú aquí,—y acompaña, asiéndola de un brazo, á la muchacha hasta dejarla *implantada* en el sitio conveniente.

Y luego añade:

—Menganita, tú allí... No, no,—se interrumpe, como si le hubiera asaltado una idea nueva.—Acá, y Zutanita que es mas alta, allá.

Generalmente á todas las bailarinas las habla en diminutivo, aunque alguna por sus proporciones físicas, edad, saber y gobierno, merezca mejor el aumentativo.

Empieza la explicacion del argumento y del diálogo.

—Silvio sale desesperado porque su Felisa no le quiere, ¿eh?

—Silvio soy yo, y vengo del foro rabiando con *chapé, fouetté* y una *pirueta*. Tú te acercas con interés en *paso de puntas,* y al llegar á mi lado, parece que me llamas y me dices: «¿Silvio, tú quieres bailar aquí conmigo?» Yo te respondo: «¡Déjame!» y me voy á la izquierda. Entonces se adelanta ésta, tú,—añade dirigiéndose á otra,—y... ¿cómo dice la música?—pregunta al *violin* de ensayo.

—¿Cuál?—pregunta el mártir con arco.

—Desde aquello de *ta-ra-ri ta-ra-ri-ra-ri....*—recita el director bailable.

El profesor de violin le complace.

—Bien, basta: tú Zutanita, sales y me tocas en el hombro izquierdo; yo te miro y tú das una vuelta de wals, en puntas al rededor de mí: yo te empujo, y tú me dices, con un tiempo de wals, así:—El maestro baila.—«¿No me quieres? Vamos á bailar tu y yo en este sitio pintoresco.»

Y así sucesivamente.

En las grandes agrupaciones, en los finales... ¡oh qué multitud de combinaciones discurre el director compositor y maestro!

A los ignorantes les parece que todas son iguales; pero es porque no penetran toda la filosofía coreográfica.

El maestro cuando deja de funcionar como parte ejecutante, es cuando llega al apogeo de su celebridad y de su gloria. Compone para que otro baile. Piensa, medita, estudia y se dedica á repasar las obras *didácticas* del arte.

Es el límite de las aspiraciones del bailarin: llegar á ser director y maestro, á entenderse y bailar solo.

PEREGRINOS Y PEREGRINACIONES.

POR D. J. RODRIGUEZ DE CASTRO.

PARTO conocida es la exclamacion del gran orador latino, y en verdad que dados los sucesos de nuestra época, á cada paso podria repetirse *¡O tempora, o mores!* Como necesariamente toda exclamacion debe tener un justificativo, al proferir, la que dejamos apuntada y que diariamente acude á nuestros lábios mas de cien veces, nos vemos en la necesidad de darle fundamento, no sea que entiendan muchos que pertenecemos al considerable grémio de ciertos eruditos, que solo conocen á Ciceron por esta frase, que hiciera célebre á su catilinaria.

Apénas dicho esto ya estamos arrepentidos; y es que una vez que de todos sea comprendida la exclamacion, una vez que lleguen á entender lo que quiere decir, cuando sepan que sirvió para lamentar la perversion de los tiempos presentes con los que ya pasaron, y que el mismo uso tiene ó puede tener hoy, seguros estamos de que hasta los mas optimistas se han de explicar

LINEA DEL NORTE
ROMA
DESPACHO DE

nuestro asombro, y comprender porque á cada momento la lanzamos; mas, necesario es detenerse y hacer alto, ya que por suerte, ó por desgracia, hemos comenzado.

Siempre fué grato para los amantes de la sociedad, saber que aun se hallan latentes los sentimientos religiosos reguladores del mayor número de los actos humanos, y freno seguro en el mayor número de los casos, de las malas pasiones que germinan en el pecho de los mortales. Grato fué siempre á los que procuran el bien de la humanidad saber que aun son corrientes las prácticas religiosas, seguro alivio de buen número de males que nos dominan; mas por desgracia, llegó un tiempo en que en todo y para todo la vista engaña y parece lo blanco negro, y lo opaco brillante, con lo que la confusion es tan grande, que apénas nos podemos entender en razon de la grandísima desconfianza que en todo reina y domina.

¡O tempora o mores! exclamamos al considerar que el carnaval es perpétuo, y que no se da un paso en la calle sin encontrar un disfráz que cubre lo que mejor es callar, y lo mismo hacemos notando cuán relajados están todos los vínculos que antes contribuian á hacer mas llevadera la vida: pero ingénuamente confesamos que nada nos sorprende tanto como el afan que en nuestro tiempo se advierte de falsificarlo todo. Los metales, las telas, los medicamentos, los documentos públicos, en una palabra, todos los productos de la industria y del arte, todo lo que una vez se ha visto ó ha aparecido sobre la superficie de la tierra, tiene ya en los dias que vivimos un similar, con lo que estos incalificables industriales se proponen explotar al público que en noventa y nueve por ciento de las veces, suele tomar gato por liebre, como vulgarmente se dice.

Esto es para entristecer, y seguros estamos de que nadie se alegrará de ello; no es posible hacerlo, porque si bien por el contraste cómico que resulta, todos nos reimos cuando á cualquier prójimo le sucede una desventura, sobreviene despues la consideracion del mal que debió causarle y nos ponemos sérios; y asaltándonos mas tarde el egoismo, se piensa que lo mismo puede pasarnos, y entonces es cuando sobrevienen las voces, imprecaciones y protestas contra aquello. El mal humor dura un rato, y despues nadie se vuelve á acordar de ello hasta que la funcion se repite.

La maldad humana se ha extendido á más y no solo ha falsificado cuanto se refiere ó puede referirse á la vida material: el afan de lucro ha inducido á los hombres á mayores delitos y en su constante deseo de prosperar han hecho mas;

han falsificado lo que á la vida moral del individuo toca, y han hecho surgir *doublé* de pasiones, afectos y sentimientos, siendo lo peor, que tanto abunda, que mas fácil es engañarse con él que con la moneda.

Si al encontrarse chasqueado con una prenda ú objeto cualquiera, el individuo se desespera y en su mal humor reniega y maldice de su suerte, ¿qué no ha de sucederle cuando en lo que halla la falsificacion es un afecto del que, privado, le resulta un vacío que rellena el desengaño? ¿Qué ha de sucederle cuando observa que lo circunda la falacia y el engaño, que lo acecha la mentira y que le hiere la falta de verdad con que los mercaderes de sentimientos abusan de los buenos que él tenia?

Triste cosa es, y con seguridad que no podrá darse peor: ya no cabe leer una obra sin que se dude de su autor legítimo, ni escuchar una predicacion sin que asalte la desconfianza de cuales serán los fines que se propone el que declama, y al que seguramente mueve mas la seguridad casi absoluta que tiene de hallar siempre secuaces, pues todavía, como ha dicho un celebérrimo autor, para consuelo de los que crean haber perdido la fé, aparecerá un padre de familia que cree que su dilatada prole puede aprender el francés en quince lecciones.

Cuando al rededor del caballo que monta un sacamuelas, charlatan, ó al rededor del coche de punto que le sirve de tribuna, vemos aglomerado gran golpe de gente, no podemos menos de considerar cuántos son los que no saben que hacer de su tiempo, pues nunca queremos calumniar á nadie, y desde luego afirmamos que muy pocos de los que escuchan, creen lo que está diciendo.

Así va el mundo: móviles distintos llevan á las predicaciones, y bien distintos son tambien los que procuran el auditorio: cada vez las diferencias se agrandan, y lo que ayer se hacia por una cosa, hoy se hace por otra: lo que hace veinte años tenia un carácter de todos y para todos conocible, hoy nadie podrá conocerlo ya.

Nunca creemos que nuestras quejas puedan tener mayor fundamento que hoy, que tanto se habla y tanto se dice de las peregrinaciones, asunto que tanto se presta á comentarios, y en el que no es poco lo que hay que decir, ni menos lo que hay que ver.

Los que crean que las peregrinaciones son nuevas, considerada bajo cualquiera de los aspectos que presentan, se hallan en un error, pues práctica ha sido de todas las religiones la de ir á esta ó á la otra parte, señaladas como lugar de devocion, en la que se realizaban, cuando no prodigios, verdaderos y considerables milagros.

Cierto es que el cristianismo es la religion que mas las ha favorecido, y que á su sombra se han llevado á cabo las mas numerosas; pero no fueron inventadas por la religion cristiana, que en esto, como en otros muchos de sus ritos, no hizo mas que aceptar prácticas de antiguo establecidas.

Los egipcios y los sirios tenian sus templos privilegiados; en ellos estaban los dioses que mas grandes favores otorgaban y desde apartadas comarcas, sin pararse á considerar los peligros que eran casi seguros en aquel tiempo, aventurándose por solos y abruptos caminos, partian á implorar lo que ellos creían y llamaban clemencia divina. Igual cosa sucedia entre los griegos, para los que los grandes templos alzados á sus deidades en el Asia Menor, eran lugares de peregrinacion en los que una vez llegados depositaban ofrendas y hacian sacrificios, volviéndose luego tranquilos y en la confianza de que al volver á sus casas hallarian ya en ellas aquello que habian ido á pedir.

El pueblo hebreo, en la ley que de mano de Dios recogiera Moisés, tenia establecidas tambien estas peregrinaciones, y obligados estaban á ir al templo en cierto tiempo, así como á celebrar la Pascua en Jerusalen; mas, justo es confesar, que prácticas semejantes estuvieron en vigor solo mientras los sentimientos religiosos no se entibiaron, mientras la fé no dejó caer su venda, pues á partir de este instante las peregrinaciones dejaron de hacerse ó cambiaron de forma y de carácter, como desgraciadamente nos sucede hoy.

En los primeros siglos de la religion, que por fortuna profesan la mayoría de los españoles, las peregrinaciones se vigorizaron de nuevo, y grande era la afluencia de romeros al número considerable de lugares de devocion que desde su principio tuvo el cristianismo, y grande el calor con que eran recomendados por todos los padres de la Iglesia.

San Juan Crisóstomo en sus homilias ensalza las peregrinaciones, á las tumbas de los Santos y los mártires, de las que dice son mas visitadas que las de los emperadores y reyes; y San Jerónimo afirma que no acabaria nunca si quisiera contar el número de santos obispos y sábios que han ido á Jerusalen, convencidos de que faltaba algo á su religion y á sus virtudes, si no adoraban al Salvador en aquellos lugares mismos donde el Evangelio, desde la cruz, vertió sus primeras luces.

Y bien cierto era; en aquellos primeros dias, cuando aun no se habian falseado ni la creencia, ni el dogma, ni el rito; cuando aun estaban latentes los recuerdos sangrientos del Gólgota, cuando la sencilla fé no habia sido combatida por la

ciencia artificiosa, entonces, sin mas esperanzas que la de hacer méritos que en su dia les abrieran las puertas del cielo, se emprendian difíciles viajes sembrados de inconvenientes y se iba con el alma tranquila y el corazon sencillo á visitar los lugares en que habian tenido efecto los mas señalados misterios de la reforma predicada por Nuestro Señor Jesucristo.

Avanzando en el tiempo, durante toda la Edad Media, y muy especialmente al acercarse el año mil, hubo verdadero furor por las peregrinaciones; pero justo es tener presente que entonces no era la sola fé quien los guiaba, sino que á ella se habia unido tambien algo de miedo. Al saber que el mundo se iba á concluir, que el último dia estaba muy próximo, todos se apresuraban á ponerse bien con Dios, y el miedo á la eterna condenacion, dió lugar á que infinito número de hombres, desposeyéndose de todo cuanto tenian, emprendieran el camino de aquel lugar santificado, para hacer penitencia y morir limpios de pecados.

Pasó el año mil y no ocurrió nada; todo siguió como antes, pero el fanatismo habia echado fuertes y profundas raíces, y las peregrinaciones seguian en auge, siendo ellas, por mas que puede aparecer extraña, una de las causas que motivaron las cruzadas. Dueños los árabes de todos los Santos Lugares, acogieron en un principio con gran consideracion y mucho cariño, á todos los peregrinos que iban allí, pues, gracias á ellos, conseguian pingües ganancias y provechos: mas como cada dia iban en aumento, como cada dia era mayor el número de aquellos visitantes, y sucedió que faltos de albergue tuvieron que pulular por todas partes, los árabes temieron que aquello no fuera el comienzo de una invasion y los principiaron á hostilizar, haciéndoles sufrir vejámenes sin cuento.

Habiendo comenzado porque todo lo encontraron harto caro, siguieron por no quererles vender nada aunque lo pagaran á buen precio, dando así lugar á que no fueran pocos los que sucumbieron de hambre y á consecuencia de las privaciones que de todo experimentaban. Siguieron por considerarles como enemigos, y los hostilizaron y maltrataron asesinando á muchos cuando no era peor la suerte que les reservaban, pues gran número de veces los retenian en calidad de prisioneros, y los obligaban á cometer profanaciones que eran como una satisfaccion que aquellos salvajes daban á su culto.

Tal estado de cosas no podia subsistir, ni los fuertes y poderosos podian ver con tranquila resignacion que los fieles devotos que emprendian un viaje tan largo con un fin religioso, eran atropellados y mucho menos que los sagrados sitios honrados por la memoria de nuestro Redentor servian de mala fé y burla. Las

quejas repetidas, excitaron los ánimos, las naciones católicas se conmovieron, y los antes inermes é inofensivos peregrinos trocáronse en guerreros fuertes y valerosos, que lucharon con la naturaleza y con los hombres, hasta dejar las cosas en el lugar que correspondia.

Los mas decididos campeones de las cruzadas no quisieron perder el carácter de peregrinos, que tanto por aquel entonces honraba, y á semejanza de lo que todos hacian al emprender la marcha al frente de sus ejércitos, se encomendaban á Dios en sus iglesias, y recibian de manos sacerdotales el bordon y demás insignias que podian acreditarles como penitentes contrictos que iban en demanda de perdon para sus culpas. Esto hicieron San Luis y Ricardo Corazon de Leon, y esto hicieron con ellos infinito número de grandes y nobles señores que fueron á romper sus armas bajo los muros de la Ciudad Santa.

Mas no se crea por todo lo que venimos diciendo que el único objeto de los peregrinos eran los Santos Lugares. Cada país tenia los suyos, y nunca faltaban en ellos penitentes, que no creyendo bastante la absolucion, buscaban algo que compensara en sacrificio el placer que pudieron hallar en el pecado, y trillados por ellos estaban los caminos de Nuestra Señora de Loreto, cerca de Roma, de Santiago, en España, y de San Martin de Tours, en Francia.

El clero no dejaba en modo alguno de favorecer estas peregrinaciones, en las que hallaba honra y provecho, y este favor mismo era causa de que cada vez se animara mas el deseo que, en parte, debia su nacimiento al fervor religioso, en parte al fanatismo, que sin duda ninguna, puede estimarse como la plaga mas grande de que ha adolecido la edad anterior á la nuestra.

De más han sabido siempre los que han predicado las peregrinaciones que son de todo punto innecesarias, de más saben que no consiste la penitencia en el martirio del cuerpo, y que despues de todo tal como se lo imponian no lo era, pero en todo tiempo han sentido vehemente necesidad de mantener su prestigio, cueste lo que cueste. Hoy para hacerlo tienen que mirarse mas, pues no cabe seducir hoy lo mismo que en los atrasados tiempos en que tambien se hacia creer que el mundo tocaba á su término, y porque además, en los dias que alcanzamos, ni los sentimientos son tan exaltados ni el fanatismo es tan grande.

En la Edad Media era comun y corriente ordenar que en penitencia se fuera en peregrinacion á Roma ó á cualquiera otro de los lugares recomendados, y no pocos iban hasta allá atosigados por el remordimiento de crímenes que cometieran á los que buscaban alivio y daban el que dejamos indicado, pues solo con él

les decian que llegarian á sentir su pecho libre de la broza que sobre él pesaba.

La dura y terrible condicion de los hijos del pueblo por aquel entonces, dió tambien lugar á que se aumentara considerablemente el número de peregrinos. Condenados de por vida á humillante servidumbre, aquellos hombres buscaban con ahinco medios de sacudirla, y siempre los peores por cuanto para hacerlo era necesario carecer de valor y de condiciones civiles, se dedicaban á peregrinos, deseosos de conseguir los privilegios é inmunidades que aquellos disfrutaban.

El peregrino era una persona sagrada; nadie podia sin incurrir en grave delito, ofenderla ni de palabras ni de obras, todos se apresuraban á hacerle cuanto bien podian: no habia una puerta que para él estuviera cerrada, y no bien entraba en una casa, todos los de ella estaban dispuestos á servirlo: le daban los mejores manjares que tenian y hasta llegaban á cederle su propia cama. Goces eran estos que incitaron á muchos hasta el punto de que dejaron sus habituales ocupaciones, en las que bien poco era lo que ganaban, por emprender aquellos viajes que en tal caso no tenian mas objeto que engañar á los demás.

Una vez puestos en la pendiente no era fácil contenerse, y habiéndose arbitrado el disfráz como *modus vivendi,* siguió siendo utilizado así hasta que se comprendió que bajo él podia ocultarse algo mas que un vago inhábil para el trabajo, y no fué raro entonces que bajo el hábito se ocultara un ladron que acechara al viandante en el camino para desbalijarlo, ó un asesino que con premeditacion quisiera vengar la ofensa que se le hubiera hecho.

Por lo que á la religion toca, las cosas cambiaron con la reforma, y á partir de aquel tiempo las peregrinaciones cesaron casi por completo; hijas en su mayor número de la supersticion, tuvieron que caer en desuso cuando la luz se abrió paso á través de las tinieblas en que habia vivido la humanidad: los hombres consideraron sus faltas de otro modo ó la absolucion de ellas fué mas fácil, pero es lo cierto que el peregrino se relegó como antigualla y ya no se encontraba al hombre de tostado rostro y luenga barba que envuelto en tosco sayo caminaba dias y noches sin pararse á tomar descanso, y cual si sobre él pesara la maldicion, que sobre él ha echado encima la fábula.

De cualquier modo; exceptuando al criminal que se disfrazaba de peregrino, todos los demás fueron guiados por verdadera devocion, por fanatismo, ó por adquirir los derechos y privilegios que como romeros tenian, estaban sujetos á mil fatigas, trabajos y penalidades, así como tambien corrian mil peligros, sin medios ninguno para conjurarlos. El sol, la lluvia, los frios, lo malo y difícil de los ca-

minos, el hambre, la sed. cuanto mal puede sufrir un hombre lo experimentaban y seguian adelante meses y meses, hasta llegar al término de su penitencial viaje. Esta es la verdad aun refiriéndose á las peregrinaciones que se llamaban simples, pues en gran número de casos recargábanse con la obligacion de llevar los piés desnudos ó la cabeza descubierta ó hacer la travesia arrastrando una cadena.

Todo esto no hemos podido menos de recordarlo hoy, en que sin que se sepa porqué, han vuelto á ponerse de moda las peregrinaciones. A primera vista este fenómeno no puede menos de extrañar: durante mucho tiempo han estado en desuso, nadie ha pensado en qué para redimir sus culpas ó delitos fuera necesario emprender un largo y penosísimo viaje, pero hé aquí que de buena á primera y sin causa justificativa ninguna, aparecen algunos, que cuando menos creen necesarias nuevas cruzadas y se agitan como energúmenos y gritan promoviendo trastornos y alteraciones; ponen en movimiento á unos cuantos, y aconsejan la peregrinacion como medida saludable. ¿Pero de qué?

No lo sabemos: para expresar afecto y simpatía al Vicario de Jesucristo en la tierra, no son en modo alguno necesarias las peregrinaciones ó tendrian que afirmar que durante mucho tiempo han sido muy pocos los que se le han profesado y que ahora solo se la profesan los pocos que van á Roma, único sitio á donde se dirigen.

Este órden de ideas, comprendemos que nos llevaria sobradamente léjos, por lo que gustosos, en bien de todos, lo abandonamos concretándonos á pintar como podamos al peregrino y á la peregrinacion de nuestros dias, ya que igual cosa hemos hecho con las de época pasada.

Nunca como hasta ahora fueron las peregrinaciones organizadas con anuncios, reclamos y pomposas manifestaciones que pueden hacer pensar desde luego en las manifestaciones políticas, ni jamás hasta los dias que alcanzamos se ha visto que los dispuestos á realizar un acto religioso, se dividan en bandos y disputen acerca de quienes son los que en verdad y con derecho los deben dirigir y guiar. Los verdaderos peregrinos no se ponian de acuerdo con nadie; emprendian su camino y si sobre él hallaban un hermano animado del mismo fin se unian fraternalmente compartiendo cuanto tuvieran y consolándose con justa y perfecta reciprocidad en sus cuitas y aflicciones. Ninguno de ellos temia ir solo, y jamás los grupos que formaron excedieron de cinco ó seis personas, hombres todos, pues la Iglesia con su prudencia y su caridad no pudo nunca recomendar á la mujer la peregri-

nacion, pues, dada su natural debilidad hubiera sido lo mismo que aconsejarle el suicidio.

Hoy se reunen á miles y va en peregrinacion á Roma, el que siempre se ha creido un Santo y en tal creencia sigue, el hipócrita que en nada cree y todo lo mira con sin igual desden, la dama aristocrática que no sabe en que pasar el tiempo, y la fanática que cree que no hay mas remedio que considerarse oveja y acudir al llamamiento del pastor.

A pié, sin pertrechos ningunos y descalzos las mas de las veces el antiguo romero emprendia su viaje sin cuidarse de más; hoy, por el contrario, luego que á centenares se han puesto de acuerdo y se han enterado bien de las prevenciones que les dejan hechas los jefes, los que se disponen á ir en peregrinacion se dirigen á la estacion del ferro-carril, sin que se les ocurra tocar antes en ninguna iglesia para encomendarse á Dios y recibir de manos del sacerdote las insignias que le han de dar á conocer como penitente.

Nada de mas vario aspecto, ni nada tan animado como el aspecto de un anden del ferro-carril, en el momento en que los peregrinos se disponen á marchar; todos alegres, felices y contentos se despiden de sus amigos y conocidos como si se tratara de emprender un viaje de puro placer, reciben los encargos que se les hacen, que por regla general, nunca son ni de bendiciones, ni de indulgencias, sino de telas, encajes y objetos por qué se recomiendan las poblaciones del tránsito.

Los mas prácticos procuran acomodarse del mejor modo posible y aun hay entre estos modernos peregrinos los que se afanan en ir en coches ocupados por damas y jóvenes, pues al fin se dicen que hay que conllevar lo mas dulcemente posible las molestias del camino. Otros preparan alguna novela ó varios números atrasados de la *Fé* ó del *Siglo Futuro,* para entretener los ratos en que el sueño se ausente de los párpados. Ninguno olvida hacerse de provisiones de boca cuanto mas suculentas mejor, así como tambien todos cargan con gruesas mantas de viaje, que en caso necesario les presten su abrigo, pues deben de calcular que no es cosa de ir á pescar una pulmonía.

Entre los peregrinos á la moda no faltan los que se proponen aprovecharse de la buena coyuntura que la ocasion les presenta de hacer una escursion artística á mitad de precio, y estos son fáciles de conocer, pues en vez de hojear el breviario ó cualquier otro libro de oraciones, hojean la guia de Italia ú otro libro donde estén catalogados y descritos los monumentos de aquella hermosa tierra.

A nuestro modo de ver estos son los únicos que debian quedar salvos en un

descarrilamiento, estos son los únicos tal vez exclusivamente que se proponen un fin moral, pues, ¿á qué ocultarlo por mas tiempo? las modernas peregrinaciones no son religiosas, sino políticas. Por eso es el afan de muchos en capitanearlas, el cuidado que se toman porque las empresas de ferro-carriles hagan la rebaja en el precio del pasaje, las luchas que sostienen y las mortificaciones que sufren.

Al fin aquel tren de placer se pone en movimiento saludado por los gritos de los que fueron á despedirlo y por las exclamaciones de gozo de los que saben de antemano lo mucho que se van á divertir. Coches cómodos que los arrastran con vertiginosa rapidez, paisajes admirables, paradas en los puntos donde pueden encontrar bien montadas fondas con todo lo necesario, esto es, lo que el peregrino moderno halla durante su viaje, cosas bien distintas en verdad de las que tenia el antiguo y verdadero romero.

Una vez llegados á la ciudad Eterna, las cosas son tambien muy distintas: apénas ponen el pié en tierra cien y cien individuos le cierran el paso ofreciéndole cómoda casa y abundante mesa, lo cual ocurria del mismo modo en las épocas antiguas que hemos procurado bosquejar, solo que entonces reunidos los peregrinos en los átrios de las iglesias, no faltaban almas caritativas que fueran en su busca para llevarlos á reposar, lo cual buena falta les hacia despues de las fatigas que llevaban esperimentadas. Hoy, como decimos, salen tambien á su encuentro, pero son *cicerones* y amos de fonda que sencillamente se proponen explotarlos, pues saben de antemano que algo llevan aquellos señores peregrinos que pueda quedar entre sus uñas. Antes el pobre tenia mas condiciones que ningun otro para emprender una peregrinacion, hoy para hacerlo se necesita tener algo que sobre y con lo que pueda pagarse el ahorro de fatigas que la industria moderna representa.

Citados un dia, son recibidos por el Santo Padre cuyo pié besan pero con poco fervor, pues lo que mas le distrae es la suntuosidad del Vaticano, la contemplacion del arte que allí rebosa y apénas salen se esparcen por las calles de la capital ávidos de conocerla y admirarla, en lo cual se cansan y fatigan hasta el punto de renegar de la idea que tuvieron y apetecer que llegue el momento anhelado de volver á sus casas, cosa que sube de punto, sí por algunas inconveniencias de su parte ó bien por estar realizando un acto contrario al espíritu de la época moderna, los censuran, vituperan ó acometen como perturbadores del órden público.

Vuelven al fin cansados y estropeados; ninguno recuerda á lo que fué, escepto aquellos que tontamente se figuran haber hecho un alarde de fuerzas; todos ha-

blan con encanto de Roma, de lo que vieron, gozaron y disfrutaron: ninguno se presenta con el aire contristo del penitente absuelto que no quiere volver á delinquir, todos hacen obstentacion de su empresa cual lo acostumbran esos *touristas* de primer año ó esos que, con una sombra de peligro que por vez primera hayan corrido en su vida, creen aventajar á César ó dejar como un chicuelo al mismo Napoleon.

Repitámoslo una vez más: lo que en una época era natural resulta en otra ridículo, lo que antes se hacia por religion, se hace ahora por política ó conveniencia. El peregrino de ayer murió, el de hoy no debia haber nacido.

EL TENOR DE ZARZUELA.

POR D. FRANCISCO FORS DE CASAMAYOR.

I

AL declinar la tarde de un templado y sereno dia de primavera, veíase desde los amenos y encantadores cármenes de la morisca Granada, que baña sus piés en las cristalinas aguas del Darro y del Genil, descender por las faldas de la Alpujarra algunos atezados labradores, que tras las rudas fatigas del campo, regresaban alegres á sus moradas. Disfrutábase á semejante hora del espectáculo encantador de la fértil y extensa Sierra-Nevada; de ese coloso, que parece querer asaltar el cielo con sus enhiestas cimas cubiertas de perennes nieves, con sus trozos poblados de bosques de encinas, robles, fresnos, castaños, alisos, tejos, y bojes; con sus dehesas de abundantes pastos, que alimentan numerosos ganados de todas clases, y con sus mil y mil plantas aromáticas y medicinales, que buscan ávidos, los herbolarios y botánicos. La lujosa vegetacion de aquella Sierra, desde cuyas cumbres se domina al Sud un horizonte de cincuenta y cuatro leguas, cuyo magnífico panorama se extiende por el mismo lado hasta las sierras

africanas; forma notable contraste con la de Elvira, siempre árida, siempre rebelde al cultivo, y en cuyo ingrato suelo no se crian flores, ni el estío dora mieses, ni maduran frutos para el sustento y regalo de los habitantes de la comarca.

Si verdaderamente era admirable la vista de Sierra-Nevada, de aquel robusto y formidable gigante de la creacion, en el instante en que el sol poniente bañaba con sus postrimeros rayos los muros de la maravillosa Alhambra y del Generalife, mansiones un dia de placeres, y hoy solo de históricos recuerdos, no lo era menos el cuadro encantador de la inmensa vega de la antigua ciudad de las mil torres, con sus deliciosas alamedas, sus sotos y floridos jardines, con su casi permanente verdor, y con la prodigiosa fertilidad de un suelo fecundizado con el riego de cien canales alimentados con las aguas del Darro y del Genil. Allá en la vasta extension de catorce leguas, así crece el naranjo de dorada fruta, como el amarillento limonero y el granado de nacarado y dulce grano, con otros cien frutales y múltiple variedad de ricas plantas, que cuando el otoño marchita la hoja de los árboles y los despoja de su verdura, ya el extenso suelo de aquella vega, verdeguea con otras nuevas, y con infinidad de tempranas flores que perfuman el ambiente con el aroma que exhalan de sus cálices.

Empezaba el crepúsculo vespertino á extender su parduzco manto sobre la ciudad, cuando un muchacho, cuya edad rayaba en los diez años, permanecia sentado sobre una gruesa piedra inmediata á una de sus puertas. Era de simpático rostro trigueño, de centellantes ojos negros, despejada frente, diminuta boca, naríz aguileña, y de laso y sedoso pelo de azabache. Con dulce y plañidero acento imploraba la caridad de los transeuntes, y raro era el que acertaba á pasar por allí sin hacérsela, porque Marcelino (este era el nombre del niño), en vez de ser uno de esos súcios y haraposos pordioseros, cuya repugnante vista desvia al que lo mira, se presentaba limpio y aseado con su modesto y remendado traje, y á intérvalos dejaba oir con melosa, flexible y atiplada voz, algunas lindas cantinelas, fruto de la propia y agena inspiracion. Con ellas cautivaba al auditorio, que, silencioso y formando rueda, le escuchaba embelesado y le aplaudia. Aquellas melodías, por lo comun, tiernas, melancólicas y expresivas de los sentimientos de un corazon oprimido, eran muy celebradas; y al terminarlas, el jóven cantor veia caer en el fondo del viejo calañés que tenia á sus piés, sendas monedas arrojadas por la caritativa mano de sus oyentes:

—¿Quién es ese niño, cuya simpática voz nos atrae?—solian preguntar los que por primera vez lo oian. El niño era un desgraciado huérfano, cuyo padre,

siendo teniente de infantería, pereció gloriosamente defendiendo la causa de la libertad contra la tiranía, en la terrible noche de Luchana, en la que el bizarro general Espartero libertó la invicta Bilbao.

No pudiendo la infeliz madre de Marcelino sobreponerse á la dolorosa pérdida de su querido esposo, cayó enferma de tal gravedad, que despues de apurar en su dolencia los escasos recursos de que disponia, vió reducido su cuerpo á un estado de parálisis, que hasta le impedia ocuparse en las labores propias de su sexo. En tan crítico como lamentable estado, no le faltaron á la pobre viuda algunas personas sensibles, que compadecidas de la miseria de la madre y del hijo, la socorrieron por algun tiempo.

Tenia Marcelino á la sazon ocho años y en tan precoz edad, empezaba á dar muestras de rara inteligencia y de las mas felices disposiciones para la música. Lo mismo era oir en la calle ó en el templo del Señor un canto melódico ó la mas pequeña frase musical, cuando en seguida lo repetia con la mayor exactitud. Percibia los acordes sonidos de una banda militar ejecutando una marcha guerrera: de seguro que Marcelino al dia siguiente la repetia nota por nota, puesto que su delicado oido retenia cualquier período, por difícil que fuera ejecutarlo. De ahí su aficion al canto, y el querer servirse de él, para hácer mas llevadera la suerte de su querida madre. Habíase formado una pequeña coleccion de canciones aprendidas de oido, con otras cantilenas y aires andaluces que él mismo se habia arreglado, y con este *gran repertorio* de música pidió permiso á su madre para constituirse en cantor callejero. En vano fué que esta reprobara semejante propósito, porque al ver Marcelino que disminuia el número de personas que hasta entonces les habian socorrido, y temiendo que su madre pereciera en la miseria, adujo tales razones para convencerla, la prodigó tales caricias y la cubrió de tantísimos besos, que conmovida la pobre paralítica, permitióle que por via de ensayo pusiera en ejecucion su proyecto.

Salió pues Marcelino cierta mañana muy temprano á la via pública llevando terciada á la espalda una vieja guitarra, en la cual punteaba cuatro fáciles acompañamientos. Paróse en la plaza de Vivarrambla y allí, despues de un breve preludio, cantó el famoso antiguo romance morisco sobre la pérdida de Alhama por los moros, cuyas primeras estrofas dicen:

Moro alcaide, moro alcaide,
El de la belluda barba,
El rey te manda prender

Por la pérdida de Alhama,
Y cortarte la cabeza
Y ponerla en el Alhambra.
Porque á tí te sea castigo,
Y otros tiemblan al mirarla,
Pues perdíste la tenencia
De una ciudad tan preciada, etc.

En seguida dejó oir el canto del moro Zaide cuando despues de desembarcar de su bajel, y al pié de la reja de la bella Zaida, entonaba á media noche acompañándose con los acordes de su laud, esta sentida cancion:

Lágrimas que no pudieron
Tanta dureza ablandar,
Yo las volveré á la mar,
Pues que de la mar salieron.
Hicieron en duras peñas
Mis lágrimas sentimiento,
Tanto, que de su tormento
Dieron unas y otras señas.
Y pues ellas no pudieron
Tanta dureza ablandar
Yo las volveré á la mar,
Pues que de la mar salieron.

Despues de haber divagado dos ó tres horas por la ciudad recogiendo gran cosecha de aplausos y monedas, regresaba á su casa rebosando de alegría, para depositar en poder de su madre el fruto de la primera excursion *artística*.

Desde aquel dia extendióse por Granada la fama del cantor Marcelino, del hijo de la pobre viuda imposibilitada, del niño que mantenia á su madre.

Pasara así mas de año y medio, cantando por plazas y calles, recogiendo abundante provecho, hasta el dia que lo vimos por primera vez extramuros de la ciudad. Ya entonces habia resuelto emprender otro rumbo. Aspiraba al verdadero título de artista. Pretendia entrar de *seise* en la capilla de música de la catedral. Valióse para conseguirlo de otro *seise* amigo suyo, el cual despues de presentarlo al maestro y de probarle este la voz, le concedió la plaza que apeteciera. Satisfecho cada dia mas el maestro de capilla, del argentino y extenso timbre de voz del nuevo *seise*, resolvió dedicarse asíduamente á su instruccion musical; y en

ella hizo aquél tan rápidos progresos, que á los pocos meses era repentista y desempeñaba la parte de tiple primero de la capilla. ¡Cuántas veces la sonora y melodiosa voz de Marcelino atraía á los fieles bajo las elevadas bóvedas del sagrado templo, ávidos de oirle entonar los religiosos himnos á la Divinidad!...

Embelesado el maestro con su predilecto *primer seise,* á mas de recompensarlo generosamente, instruíale en los secretos de la armonía y del contrapunto que mas tarde fué de mucho valor para el discípulo.

Habian transcurrido ya mas de cuatro años y medio, y se hallaba Marcelino en el período crítico en que la voz de los niños cantores experimenta notable cambio al entrar en la pubertad. Al reconocerlo él mismo, no le desconcertó y entristeció tanto el que su voz perdiera su timbre y flexibilidad, como el ver agravarse un dia y otro dia la enfermedad de su madre, cuya existencia se iba paulatinamente apagando y por la cual daria con el mayor placer la suya. Para atenderla y cuidarla, ya no asistia á la capilla, ni á las lecciones de su maestro. Fijo constantemente á la cabecera de la cama de la doliente, velaba su intranquilo sueño, observando con humedecidos ojos todos sus movimientos y procurando ocultarle las encendidas lágrimas que de vez en cuando desprendiéndose de las pupilas, surcaban sus megillas. ¡Cuán y cuán doloroso se le hacia, ver extinguirse una vida que le era tan querida! ¡Oh! esto era triste, desgarrador, para el corazon de Marcelino!... Llegó el momento fatal... La hora suprema de la separacion de aquellos dos séres, sonó por fin... Daba la media noche. Puesto Marcelino de hinojos, ora mentalmente junto al lecho de la mujer que le dió vida y mientras con una mano estrecha y besa la casi yerta de la enferma, coloca la otra sobre su corazon para contarle sus débiles latidos. De repente, deja de sentirlos... ¡Gran Dios! La infeliz viuda del que murió gloriosamente en Luchana ha volado á reunirse con su esposo dejando un desconsolado huérfano acá en la tierra, el cual es arrancado de la estancia mortuoria por la piedad del sacerdote que presenciaba aquella fúnebre escena.

II

Han pasado tres meses desde la muerte de la madre de Marcelino.

Habia en Granada cierta baronesa apasionada en extremo de la música. Admiradora del talento del jóven huérfano y compadecida de su crítica situacion, llamóle un dia á su casa y le habló de esta manera:

—Marcelino: tú has poseido una voz de tiple cual pocas se han oido. Si bien

es verdad que con el cambio de edad casi la has perdido: con todo; como tu maestro me ha asegurado, que tu órgano vocal bien conducido y cultivado por un hábil profesor de canto, puedes crear una excelente voz de tenor, yo me intereso por tí y he resuelto protejerte, asegurándote una pension para que pasando á Madrid á ponerte bajo la direccion de un hábil maestro puedas llegar á ser un aventajado artista que haga honor á su patria.

—Señora baronesa,—contestó Marcelino,—tal exceso de bondad me conmueve extremadamente y me confunde. Yo no deseo mas que corresponder á él con evidentes creces, y usted puede estar bien segura de mi eterna gratitud.

—Te hallas en edad apropósito para hacer carrera. Has cumplido solamente diez y siete años y mucho puedes aprender aun. Si bien Madrid está sembrado de infinitos escollos, en los que suele estrellarse la juventud, yo estoy convencida, fiando en tu buen juicio, de que sabrás evitarlos, para entrar un dia en el apetecido puesto en que deseo verte.

—¿Con qué podré pagar á la señora baronesa estos favores? Yo le aseguro por la memoria de mi muy querida é inolvidable madre, que no habrá usted protegido á un ingrato.

A los ocho dias de esta corta conversacion, la baronesa mandaba un completo equipaje á casa de Marcelino con varias cartas de recomendacion, entre estas una para cierto banquero de Madrid, del cual pudiese Marcelino tomar mensualmente el dinero que le fuera necesario para su manutencion.

Dispuestas así las cosas, partió Marcelino de Granada, despues de despedirse de su generosa protectora y de repetirle las mayores seguridades de que con su aplicacion y constancia en el estudio se aprovecharia de sus bondades. Llegado que hubo á la córte, presentó las cartas de recomendacion que tenia en su poder, y apénas hubo visitado á su banquero, informóse de cuales eran los mas reputados maestros de música. Con sorpresa supo que habia cierto caballero de notable cuna, el cual despues de haber pertenecido al ejército en clase de oficial de la antigua guardia Walona, al retirarse del servicio se habia dedicado al cultivo de la música y especialmente á la enseñanza del canto, tan solo por mera aficion: y que bajo el método especial que tenia establecido, habia alcanzado excelentes resultados. Hízose pues Marcelino presentar á tan hábil profesor por una de las personas á las cuales habia sido recomendado. Recibióle el antiguo oficial de Walonas cortés y cariñosamente. Sentóse al piano y despues de haberle probado muy detenidamente el timbre y extension de la voz, díjole así:

—No tengo el menor inconveniente en tomar á usted por discípulo para ver de reformar su voz, que actualmente es velada, desigual, y de incierto timbre, por efecto del pase de la edad infantil á la juventud. Sin embargo noto en ella, educándola bajo mi método, una tendencia á aparecer con tiempo y constancia en los ejercicios, una verdadera *tessitura* de tenor.

Difícil seria describir el alborozo de Marcelino al escuchar tan halagueño pronóstico. Parecia con aquellas palabras vuelto de muerte á vida. Al dar con inseguro acento las gracias al caballero maestro por su ofrecimiento, y al suplicarle que le indicara la suma con que debia retribuirle mensualmente, admiróse aun mas y mas cuando le contestó dicho señor:

—Yo no acepto retribucion alguna de mis discípulos, porque tengo mas que suficientemente para vivir con holgura. Cultivo el arte por mera pasion y mi mayor placer es poder ser de utilidad á los que se dedican á su estudio. La única recompensa á que aspiro por la enseñanza del canto, es la de poder ver brillar á mis alumnos en la escena, ó los círculos musicales de una inteligente sociedad artística.

Al dia siguiente de esta primera visita púsose Marcelino bajo la direccion de su nuevo maestro. Tanto, y tanto se aplicó, y tan provechosas le fueron aquellas lecciones, que antes de cumplir los veinte años, el órgano vocal del alumno se habia desarrollado, y regularizada la desigualdad de la cuerda, apareció con toda tersura la profetizada *tessitura* de tenor.

No ignoraba la noble dama granadina, protectora de Marcelino, los progresos de éste y el feliz resultado de sus estudios, y á pesar de que los habia terminado y que con autorizacion del maestro podia presentarse en la escena, continuó aquella prodigándole recursos hasta tanto que se escriturara de tenor en algun teatro.

Por aquellos dias, el pensamiento favorito, la idea fija entre algunos cultivadores del arte eufónico, era la creacion de la ópera española. Entre ellos los hubo que tanto por escrito como de palabra procuraron inculcar su utilidad, demostrando cuan fácil y melodiosa es para el canto, nuestra hermosa lengua, y cuan ricos somos al mismo tiempo de música puramente nacional, para poder sobre ella basar el edificio de la ópera española.

—Nosotros,—decian,—nada hemos tenido que envidiar á las demás naciones en el cultivo de las bellas artes de la pintura y de la arquitectura, de lo cual son irrecusable testimonio nuestros preciosos museos, nuestras catedrales é infinidad

de otros monumentos aclamados por los extranjeros. España, cuyo suelo ha producido tantos varones insignes en artes y ciencias, cuya fama guardan las imperecederas páginas de la historia; España, fecundo país para las grandes concepciones de música religiosa, como lo atestiguan las obras que recónditas guardan los archivos de las catedrales de Toledo, Sevilla, Búrgos, Valencia y otras varias, es doloroso que hasta ahora no haya tenido un creador de la ópera nacional, como los que ha habido para las de Italia, Alemania y Francia. Cuando estas naciones se envanecen con razon de poseerla, y cuando Inglaterra y la misma Rusia han hecho y están haciendo titánicos esfuerzos para adquirirla, nosotros que estamos en mejores condiciones que aquellas, carecemos de semejante género nacional.

Inspirados en estas ideas se arriesgaron algunos distinguidos compositores nacionales á escribir obras líricas para la escena que si bien no constituyen la verdadera ópera española, son una irrecusable muestra del génio de sus autores.

Infinitas composiciones existen hoy por hoy con el título de *zarzuelas* que se han dado á luz en nuestros teatros con general aplauso. A la aparicion de la titulada *El tio Caniyitas, El serpenton de la tia Norica,* y alguna otra de nuestro particular amigo el distingnido autor de la *Historia de la música española,* don Mariano Soriano Fuertes, casi simultaneamente aparecieron *Jugar con fuego,* del inteligente maestro Asenjo Barbieri, que por su contestura y por el tipo especial de su música es la que mas puede aproximarse á la ópera nacional. *Los Magyares, El valle de Andorra, Catalina, El dómino azul, El sargento Federico, Una vieja, La conquista de Madrid, El salto del pasiego, Por seguir á una mujer, etc.,* debidas al talento de reputados maestros españoles, si bien no carecen de mérito y conquistaron honra y provecho á sus autores, con todo, ninguna de ellas puede calificarse por su género de música, de ópera española, y están muy léjos de serlo. No obstante, el que mas destellos ofreció de su génio para poderla inaugurar, fué como queda dicho el maestro señor Asenjo Barbieri en su citada composicion *Jugar con fuego.*

Notable beneficio por cierto ha reportado la juventud española que se dedica al canto, de la aparicion de la zarzuela en nuestros teatros, por cuanto se han formado muchísimas compañías líricas de artistas nacionales, que no solo abastecen los teatros de zarzuela de la península, sí que tambien los de Portugal, Puerto-Rico, Isla de Cuba, Montevideo, Buenos-Aires, Perú, Chile y muchos otros de las antiguas colonias hispano-americanas.

Nuestro Marcelino, terminó precisamente sus estudios cuando mas aficion se

habia despertado en el público á las representaciones de zarzuela, y cuando con mas entusiasmo eran aplaudidas las de los maestros Barbieri, Gaztambide, Arrieta, Iradier y demás compositores. Las muchísimas y valiosas relaciones que mantenia en la córte, y su excelente voz, que se habia dejado oir en alguno de los círculos que frecuentaba, le procuraron ser escriturado en Madrid mismo, en clase de primer tenor absoluto y con muy buena paga. Cuantos conocian su delicado método del canto y sus maneras artísticas, no dudaban de su triunfo en la escena con tal copia de recursos.

Llegó el dia crítico del estreno. Marcelino se habia cambiado el apellido como suelen efectuarlo algunos artistas. La sala del teatro estaba llena de bote en bote. Lo mas escogido de la buena sociedad de la córte ocupaba palcos y butacas. Tampoco faltaba allí lo mas selecto del profesorado aquella noche. Iba á levantarse el telon. En el aposento del nuevo tenor hallábanse varios amigos que le animaban, sin que faltara el caballero maestro que tan desinteresada como hábilmente habia educado su voz. (1) La presencia de éste y el deseo de dividir con él la gloria del triunfo, apagó en Marcelino el marasmo que experimentaba en aquellos momentos, y cuando vinieron á avisarle para salir á la escena, sintióse animado de un valor inusitado para hacer frente al peligro.

Apénas apareció en las tablas y desplegó todo el lleno de sus facultades artísticas en una expresiva *romanza,* un torrente de aplausos resonó en todos los ámbitos del coliseo pidiendo la repeticion de la pieza y llamándole cuatro ó cinco veces al proscenio; en el resto de la zarzuela contó sus apariciones por otros tantos triunfos. Su anciano maestro lloraba de placer, altamente conmovido al abrazarle.

En medio de tantos agasajos y felicitaciones como se le tributaban y dirigian por cuantos entraban y salian de su aposento en los intermedios de la representacion, no dejó de recordar Marcelino á la noble granadina, cuya generosidad sin límites le habia proporcionado el esplendoroso triunfo de que era objeto aquella noche. Así es que al salir del teatro, tan pronto como entró en su casa, á pesar de ser en una hora muy adelantada, tomó la pluma para escribirle detalladamente el glorioso éxito de su estreno.

—¡Ah! ¡Cuánto placer,—exclamaba mentalmente,—experimentaria la noble baronesa, si presenciara mi triunfo escénico!

(1) Este maestro era el caballero don José de Reart, del cual fué discípulo de canto el artista señor Salas y otros varios.

Muy pocos dias despues de escrita la tal carta, quedó agradablemente sorprendido al recibir de la baronesa un billete anunciándole que acababa de llegar á Madrid, y que se hospedaba, con su hija Estefania, en la fonda de los Peninsulares, en la calle de Alcalá. Allí voló inmediatamente Marcelino. Al entrar en las habitaciones de la baronesa, recibió de ésta y de su linda hija, los mas sinceros plácemes, anunciándole la primera que habia determinado permanecer larga temporada en Madrid, para presenciar los triunfos de su protegido.

La gloria de Marcelino se acrecentaba á cada nueva zarzuela en que tomaba parte, y sus ovaciones eran tantas, que corrian parejas con las contínuas proposiciones de pingües contratos que le ofrecian varias empresas, ganosas de que actuara tan distinguido artista en sus teatros.

La baronesa, empero, que queria como hijo á Marcelino, le aconsejó que por de pronto no contragera compromiso alguno, pues deseaba que pasara con ella á Granada á descansar por algun tiempo de sus artísticas fatigas. Viuda la noble dama, y con una hija única, que solo contaba diez y siete años cumplidos, observó con cierto placer que Marcelino dedicaba todos sus obsequios á la jóven Estefania, y que ésta, en vez de mostrarse indiferenta ó esquiva, los recibia con agrado. Solo contaba la jóven trece años cuando Marcelino dejó Granada, y si bella era entonces aquella niña de rosada tez, blondos cabellos y azulados ojos, bellísima era ahora que sus formas se habian desarrollado, perfeccionando mas si cabe el simpático y encantador tipo de su persona.

Marcelino no pudo ver con indiferencia á Estefania. No conocia aun el amor, y sin embargo, sentia en su pecho el mágico efecto de la voraz llama que le consumia y que le arrastraba á aquella encantadora deidad; empero al reflexionar en su humilde posicion de novel artista, y en el respeto y gratitud debidos á su generosa protectora, forzoso le fué imponerse el deber de refrenar su pasion naciente. Esto no impedia que cuantos momentos le dejaban libres sus artísticas tareas, los pasaba gustoso al lado de la baronesa y de su linda hija. La vista de Marcelino habia hecho igualmente sentir á Estefania los efectos del primer amor. Suspiraba en silencio, y experimentaba ese dulce malestar inseparable de un corazon que ama en secreto, y que tan solo se muestra satisfecho junto al sér querido, cuya fascinadora mirada le encanta y le seduce.

Todo lo observaba la baronesa y aguardaba un momento oportuno para hacer cesar las ánsias, y los temores de aquellos, demostrándoles toda la intensidad de su maternal afecto. Pocos dias antes de terminar la contrata que tenia Marcelino

firmada con la empresa, le dirigió las siguientes palabras en presencia de Estefania:

—Cuando me propuse protegerte, bien segura estaba de que no te harias indigno de mí, y recuerdo perfectamente que en aquel entonces me dijiste, jurándomelo por la memoria de tu querida madre, que yo no protegia á un ingrato. Has cumplido fielmente tu palabra. Te has aplicado y ahora ya tienes una carrera artística y un seguro porvenir. Yo misma he querido juzgar de tus dotes y presenciar tus triunfos en la escena. Dentro de cuatro dias quedas libre de compromiso con tu empresario, y vas á acompañarme á Granada; empero, antes de verificarlo deseo que me digas franca y lealmente si á tu edad ha experimentado tu corazon alguna impresion amorosa; en una palabra, si has amado y amas actualmente.

Desconcertado quedó de repente el mancebo, mas repuesto en seguida algun tanto, contestóle con entrecortado acento:

—Yo, señora, reconozco y confieso que, si algo valgo, lo debo á usted, y por lo tanto, la gratitud me dice que seria grave é imperdonable falta no ser franco. Confiésole, pues, que de poco tiempo á esta parte amo en secreto un objeto encantador, del cual mi humilde condicion de artista me separa.

—¿Y quién es ese objeto? ¿Te corresponde acaso?

—¡Ah, señora! Si revelara su nombre, indudablemente experimentaria el desagrado de usted, aun cuando pueda asegurarle que jamás he dirigido siquiera una amorosa frase al bello objeto de mis ánsias, y por lo tanto ignoro si ella corresponde ó no á mi cariño.

Al pronunciar estas últimas palabras, con marcado acento, fijaba intencionadamente la vista en Estefania, la cual, con encendido rostro, inclinaba la cabeza sobre el pecho.

Al notarlo su madre, repuso:

—Y si yo te dijera, Marcelino, que el hijo de un valiente militar que derramó su sangre por su reina y por la patria, y que adquirió sus títulos nobiliarios con la espada, puede aspirar al amor de cualesquiera mujer por elevada que sea la alcurnia á que pertenezca; si yo te añadiera que el hombre que con solo su talento artístico y su constante aplicacion, ha sabido elevarse como tú á culminante altura en los primeros albores de su carrera, es muy digno del aprecio de la sociedad cuando se dedica al ejercicio de su profesion, ¿qué me contestarias?

Nada respondió Marcelino: miró en actitud suplicante á la baronesa y luego á Estefania.

Entonces la noble dama, volviéndose á su hija:

—¿No es verdad, hija mia,—díjole.—qué piensas como yo en semejante materia? ¿No es verdad qué á pesar de tu posicion, distinta de la de Marcelino, no dejarias de corresponder á su amor, porque el talento une las distancias, cuando va acompañado de nobles sentimientos?

—¡Oh! ¡Madre mia!—repuso la jóven, llorosa y conmovida, arrojándose en los brazos de la baronesa.

—Basta ya,—dijo esta mirando á la vez á los dos jóvenes,—vuestra actitud y vuestro silencio han sido para mí el lenguaje mas elocuente para revelarme la llama de amor que arde en vuestros pechos. Os habeis amado en silencio, y léjos de violentaros ni pensar oponerme en lo mas mínimo á vuestra pasion, solo deseo colmar vuestra felicidad. Mañana marcharemos á Granada; allí, y en el templo mismo donde se oyeron los primeros y dulces acentos de la voz del pequeño *seise*, al cual me decidí proteger, sereis unidos para siempre, y el nuevo tenor de zarzuela quedará de tal suerte escriturado para siempre en mi palacio.

Una semana despues, los tres viajeros llegaban á la morisca Granada. Al dia siguiente iban juntos al cementerio á orar y depositar una corona de siemprevivas en el sitio donde yacian los mortales restos de la madre de Marcelino.

Dispuestos en breves dias los preparativos para la boda, celebróse con gran pompa en la catedral y á presencia del anciano maestro de capilla, que fué el primer profesor de música del aplaudido tenor de zarzuela. El buen hombre no podia contener la satisfaccion que experimentaba y entre apretones de manos y sollozos de alegría, no cesaba de repetir á cada paso:

—Este es el dia mas feliz de mi vida, toda vez que el cielo me ha permitido ser testigo de la dicha de mi predilecto *primer seise*.

EL INDIO BOLIVIANO.

POR D. JOSÉ DOMINGO CORTES.

UBO un tiempo en que, en la vasta planicie de los Andes, donde los tres jigantes del mundo confunden con el cielo sus nevadas cimas, donde, circunscritas por pequeñas colinas, se descubren en lontananza y á través de los desiertos, pequeñas y brillantes manchas que son las cristalinas aguas que fijan la mansion misteriosa de los hijos del Sol, vivia un pueblo, del que salieron Manco-Capac y Mama-Oello, fundadores de un vasto imperio.

La tradicion, los monumentos jigantescos, como las pirámides de Egipto, atestiguan su poderío y civilizacion. Sus leyes, su religion, sus usos y costumbres, lo asemejan á Roma, al Egipto y á otros pueblos primitivos.

Este imperio conquistado por Pizarro doblegó su cuello para que el despotismo le pusiera la cadena de la esclavitud.

El aborigen de este imperio, el *indio aimará,* fué el que mas cruelmente sufrió las consecuencias de esta dominacion.

Durante tres centurias el indio fué obligado al duro trabajo de explotar las riquezas de su suelo vírgen; y solo así pudo satisfacer la ambicion de sus dominadores. No tuvo mas retribucion por este penoso trabajo, que el dominio de las tierras que cultivaba con el sudor de su frente, suficiente apénas para su escasa subsistencia y el pago de las contribuciones.

Puesto bajo la bárbara opresion y vigilancia de los caciques de sangre, era el sér mas desgraciado y abyecto en el coloniaje. Considerado como un medio de especulacion, labraba la tierra para los conquistadores; hacia las veces de bestia, trasportando en sus hombros pesadas cargas á grandes distancias y á través de pésimos caminos. Los obstáculos mas insuperables eran vencidos con el martirio de este miserable. Los servicios mas difíciles eran llenados por este desgraciado.

Ni un momento de placer, ni un instante de reposo. Siempre el trabajo que aniquila las fuerzas, siempre el sufrimiento que embrutece al hombre. Los castigos crueles, las reprensiones severas degradaron de tal suerte á este infeliz, que no sabemos, si el cafre ó el ilota inspiraron menos compasion.

Ser abyecto, sin los consuelos de la religion, sin el amparo de las leyes tutelares, sin la tutela, ni las dulzuras de la civilizacion, perdió hasta los sentimientos naturales del amor al prójimo, despertándole los del ódio y la venganza.

Dominado por el furor del salvaje, se levantó implacable, temerario, en 1780, y dejó impresos los horrores de la desolacion y del espanto en La Paz. ¡Lucha de castas terrible, amenazadora, que duró cien dias, y que sostuvo sin mas armas que su desesperacion, sin mas esfuerzos que su ódio, sin mas esperanza que el deseo insaciable de vengarse.

Su derrota le condujo á peor condicion. Dobló, impasible como el carnero, su cuello para que el verdugo lo cortara. Su sangre corrió enrojeciendo las acequias de la ciudad; se quemaron sus cabañas, se destruyeron sus sementeras.

Pero él presenció indiferente la ejecucion de Tupaccatarí, su caudillo, descuartizado vivo por cuatro caballos en los altos de la ciudad de La Paz: y miró tranquilo suspender á la mujer de aquél en la horca. Ni una lágrima, ni un suspiro arrancó el suplicio á estos; ni el dolor ni el miedo se revelaron en aquél.

Es que la supersticion de su creencia los iba á despertar de la tumba, para volver á la vida á combatir con mas pujanza.

Sí; la supersticion era la religion dominante, creia en los augures, y en los sueños; vaticinaba por los signos; leía en el porvenir, hablaba con los génios ocultos, idólatra de sus creencias, ahorcaba á los ancianos y á los moribundos an-

tes de que acabasen de morir. Su dios era el Sol. Sus vírgenes, como las vestales de Roma, guardaban el fuego sagrado. Tenia su calendario en las estaciones de la luna, ó las calculaba por las estrellas, era astrónomo como el árabe.

Mas civilizado que los aborígenes del Asia antigua, era digno de mejor suerte. Mas dócil, mas inteligente y menos feroz que los habitantes de otras primitivas comarcas, era digno de ser feliz; era digno de instruirse en las artes, y capaz de civilizarse.

Su música dulce y melodiosa encierra en el fondo de sus modulaciones los sentimientos mas tiernos y apasionados del dolor, los sufrimientos del alma, los ayes del corazon. Cuando sopla la zampoña, acompañándola con el gesto, con el movimiento, con el ademan y con el tambor, algo de triste, meláncolico y sombrío revela en esa música, armonía del corazon, cuyos ecos penetran hasta el fondo del alma y tocan los resortes de la tristeza.

Cuida el ganado, que abastece de carne á la poblacion, lo trasquila, hila la lana, teje sus vestidos, les da color, fabrica su sombrero y hace sus sandalias. Sus frugales alimentos, que él mismo cultiva, son la *cañagua,* la *quinua,* y la *coca,* hoja misteriosa que le vivifica y le da valor para los mas duros trabajos y para las marchas mas largas y difíciles. Anda diez y mas leguas siguiendo el paso de un caballo; sube á las montañas mas escarpadas sin fatigarse, soporta el hambre y la sed muchos dias con el solo alimento de la *coca.*

Habita en su humilde choza, en las regiones mas rígidas, al pié de los nevados y de las cordilleras.

Atraviesa en su pequeño esquife de *totora* el lago Titicaca, y se provee de abundante pesca.

Cria la alpaca, cuya lana es tan apetecida por el comercio. El asno y la llama son sus bestias de trasporte.

Busca la quina en el fondo de las montañas mas impenetrables, donde solo las fieras habitan: la corta, la saca en hombros hasta los pueblos cercanos, y de allí la conduce, en sus bestias, para la especulacion y el comercio.

De nadie necesita para vivir, todos tienen necesidad de él. Nació en el desierto para ser libre y vive esclavizado por la mano cruel de la tiranía.

Todos los caminos que atraviesan el territorio interior están abiertos por las fatigas de su trabajo personal. Sin herramientas y sin máquinas, ha allanado montañas, cubierto precipicios, escalonado sierras escarpadas, donde solo habitan las águilas.

Caminos, industria, comercio, todo es facilitado por el trabajo de este infatigable obrero; pero su miserable condicion siempre es la misma.

En la guerra de los quince años por la independencia, derramó su sangre con nuestros abuelos; murió como ellos en el martirio y como ellos tuvo sus glorias.

La España nos lo dejó con su miseria, con sus preocupaciones, con su servilismo, y mató su civilizacion naciente. A su vez la nueva patria ha cambiado de nombre á su verdugo llamándole corregidor, pero no le ha quitado los instrumentos del martirio. Lo ha puesto bajo la proteccion de los curas y corregidores. Véamos si mejora su condicion, si se dulcifica su suerte al respirar el aire de la libertad.

¡Triste es decirlo! Siempre la misma dura servidumbre pesa sobre este sér enervado por el trabajo, por el sufrimiento, por el dolor, por la miseria y por la ignorancia: las frecuentes suscriciones conocidas con el nombre de *derramas* para la recepcion de las autoridades, la misma contribucion y siempre anticipada, los servicios incesantes al gobernador, al corregidor y á los curas! No hay una escuela, un cuartel, ni una casa de gobierno; pero los corregidores trabajan sus chacras y sus casas; los curas cultivan los terrenos que llaman de la iglesia, y el templo está por caerse. Sin retribucion ninguna, el indio proporciona forraje, comestibles, combustibles para el ejército y las autoridades de tránsito. Sus bestias y él deben trasportar las cargas de los bagajes y municiones. Todo es del Estado, nada del indio; todo es del propietario, nada del colono.

El propietario ejerce sobre el indio un derecho de dominio absoluto. Lo fleta como á una bestia para el servicio doméstico con el nombre de *fongo* y recibe el *pré*.

¡Oh! Aquí es donde el envilecimiento del indio ha llegado á su término. Criado del último y mas ínfimo de los criados, sufre el mal trato de la cocinera, del ama de llaves, del mayordomo, de los niños del patron. Infatigable en su servicio, despierta al rayar la aurora, cuida de la limpieza de la casa: barre las inmundicias y las lleva sobre sus hombres.

El perro, el caballo, son tambien amos á quienes servir. En los momentos de descanso, se emplea en la ocupacion constante de acarrear agua. Viene la noche y el infeliz está de centinela en la puerta esperando á cuantos se recojen en la casa. Pasa la noche en vela, para volver á las faenas del dia anterior, con el mismo régimen y con su habitual voluntad, mientras que la rabia, los ultrajes de todos los individuos de la casa, estallan contra él.

Despues de ocho dias de subsidio, vuelve á su choza, ¿á gozar de los consue-

los de sus hijos y de su mujer? ¡Imposible! El cobro de la contribucion, la persecucion de los alcaldes lo obligan á nuevos viajes y á nuevas fatigas.

El indio conquistado el siglo XVI es el mismo indio del siglo XIX. Nada han hecho la patria, las leyes, ni la religion, para mejorar sus condiciones.

Despues de la benéfica ley del libertador Bolivar declarándolos propietarios, algunos gobiernos han dictado tambien medidas destinadas á mejorar su situacion; pero han sido ineficaces, porque sus opresores las han eludido.

Si al menos el cura de aldea, á quien está encomendada la salvacion de su alma, se doliera de este infeliz, instruyéndole en las máximas divinas del Evangelio; si en su mision sublime de ejercitar la caridad en su grado mas perfecto, se compadeciera de sus miserias, quizá mejoraría su suerte.

Pero, no. El indio es el que menos siente los consuelos de la religion, y el que mas sufre por conservarla con las gabelas de su bautismo, de su muerte, de su *alferezado*.

¡Oh! Cuánto pueden hacer la religion y la instruccion en provecho del indio!...

Cuando al atravesar el desierto se encuentra una de esas miserables chozas situadas en la falda de una colina, por donde atraviesa un riachuelo; cuando en sus alrededores se oye balar alegre á la oveja; cuando el humo se eleva sobre la cabaña y se siente el ladrido del perro, y se oye el canto que el pastorcillo entona, se cree á lo menos encontrar la felicidad del silencio, la tranquilidad del sosiego; pero léjos de eso, solo se descubren miseria, hambre y desnudez y se escuchan los lamentos de la madre, á quien han arrebatado á su hijo y cuyo marido ha sido asesinado.

Al menos el salvaje, hijo del desierto, es libre de disponer del suelo que pisa y de gozar del cariño de su hijo. Regresa de la caza á su cabaña con la aljaba y la flecha, contempla y besa á su hijo dormido en el seno de la madre, ¡y es feliz! Las fieras que habitan las selvas no han arrebatado al hijo del seno de la madre. Las fieras tambien acarician á sus cachorros.

El indio no es dueño de su trabajo, ni de la tierra que cultiva, ni del amor de su hijo.

Su abuelo, encorvado bajo el yugo del arado, surcó la tierra que cultivó su padre, y que él creyó dejar á su hijo; pero no es dueño de esa tierra!...

Esa pequeña casucha, cuyos árboles conoció desde su niñez, y que á la pálida luz de la luna, estando todos sentados sobre el verde césped y teniendo á su

perro enroscado á sus piés, le contó su padre haber sido cultivado por su abuelo, el establo en que por la noche encarrilaba sus ovejas, los sitios, los lugares donde iba á apacentarlas, van á desaparecer! ¡Ya no los legará á sus tiernos hijos!...

¡Qué triste es la condicion del pobre indio! Mas desgraciado que el proscrito, no tiene hogar en su patria! Mas miserable que el mendigo, trabaja y nunca prueba el pan de su subsistencia. Esto ha hecho nacer en el indio las mas repugnantes pasiones.

El indio es vigilante en su negocio y perezoso en el ageno; no conoce el bien, y pondera mas de lo que es el mal; siempre procura engañar, y se juzga engañado; es hijo del interés, y padre de la envidia: parece que regala y vende; es tan opuesto á la verdad, que con el semblante miente; se tiene por inocente y es la misma malicia; trata á la querida como señora, y á la mujer como esclava; parece casto y se duerme en la lascivia; cuando se le ruega se estira; si se le manda se finje cansado; á nadie quiere, y se trata mal á sí mismo; de todo recela, y aun de sí propio desconfia; de nadie habla bien, menos de Dios, y es porque no le conoce; persevera en la idolatría, y afecta religion; lo que en él parece culto, es ceremonia; hace á la devocion tercera para la embriaguez, y se vale de ésta para todas las atrocidades; parece que reza, y murmura; come de lo suyo lo que basta para vivir, y de lo ajeno hasta reventar; vive por vivir, y duerme sin cuidado; no conoce ningun sacramento, y de todo hace sacramento; cree todo lo falso y repugna todo lo verdadero; enferma como bruto y muere sin temor de Dios.

Los indios son aficionadísimos á pasar fiestas; el que no ha pasado ninguna, merece el desprecio y la befa, y se le conceptúa un holgazan; los curas han sabido arraigar profundamente esta preocupacion. Hay indios que gastan quinientos ó mas pesos solo en cohetes; la embriaguez dura tres ó cuatro dias; las fiestas son tan frecuentes, que algunos propietarios prediales encuentran gran dificultad para cultivar sus tierras.

La despedida de una persona que emprende un viaje, da ocasion, entre los indios y la clase media, á una embriaguez de tres, cuatro ó mas dias, sucediendo á veces que en tales festejos se invierte mas de lo que debe ganar el viajero; del mismo modo se celebra el regreso.

Los indios viven en chozas, que por lo comun se reducen á una sola habitacion, en que está toda la familia, lo cual suele ocasionar algunos delitos y no pocas enfermedades.

La carne de llama es su alimento; el vellon le sirve para hacer vestidos; los

huesos se emplean como instrumentos, y el estiércol como combustible, usado en las principales ciudades de La Paz, Oruro, Potosí y otras.

Entre las clases varias de indios es tal la diferencia de costumbres, que si quisiéramos señalarlas todas, seria preciso hacer tantas descripciones, cuantos son los distritos de Bolivia; nos contentaremos con mencionar los dos grupos mas notables.

El indio que habita la fria y elevada planicie del Norte y no cultiva la tierra sino como colono, manifiesta en su aspecto melancólico la sumision del siervo, y no tiene ninguna de las cualidades del hombre libre. El habitante del Sud encuentra mas vasto campo para el ejercicio de su voluntad, y sabe apreciar mejor la dignidad humana; dedicado ordinariamente á las ocupaciones de pastor, tiene el valor y la prevision del hombre que en mil lances de la vida no cuenta sino consigo mismo; cultivando un campo propio, aunque de mezquinas producciones, no está forzado á la sumision, y vé á los demás hombres como iguales; el que no es cultivador ó pastor, es arriero, y como todo el que viaja, eleva su carácter y extiende la esfera de sus conocimientos.

LA CAZA DEL TIGRE.

CUADRO AMERICANO DEDICADO Á MI BUEN AMIGO EL EXCMO. SR. TENIENTE GENERAL DON CÁRLOS DE YAUCH Y CONDAMY.

POR D. LUIS RICARDO FORS.

I

CRITICANDO uno de mis libros (1), aseguraba hace algun tiempo el redactor de uno de los primeros diarios madrileños (2), que las descripciones de mi obra le habian producido el efecto de un gran paisaje americano.

Este efecto era á mi ver debido al original de donde tomaba yo la inspiracion y el colorido; porque opino que es cosa fuera de duda, que la grandiosidad de la naturaleza americana tiene tanto poder de inspiracion y se impone al espíritu con impulsos é impresiones de tanta magnitud y de tal fuerza, que no hay boca de orador, ni pluma de literato, que al describirlos, pueda prescindir de reflejar en el auditorio ó en el lector, los efectos mas sorprendentes y fascinadores.

Es necesario haber vivido en aquellas lujuriantes comarcas, para llegar á comprender lo que jamás podrán inspirar las humildes cordilleras y la raquítica vegetacion del viejo continente. Hasta el rey de los astros, y las mas insignificantes

(1) *Gottschalk.*—Un tomo en 4.° con láminas. Habana 1880.

(2) Don Isidoro Fernandez Florez, en *El Liberal* del dia 4 de Agosto de 1880.

constelaciones, y la atmósfera misma que envuelve al planeta, ofrécense en el Nuevo-Mundo á la contemplacion del hombre, con mas vivos destellos, con mayor riqueza de color, con elementos mas poderosos de irradiacion y majestad: y esto aconte de tal suerte y hasta un grado tan culminante, que jamás pueda borrarse en la memoria humana la impresion de aquellos indescriptibles espectáculos. El efecto es siempre igual, ya se haya visto, por una vez siquiera, la frondosidad de una selva americana ó se haya elevado la idea hasta la omnipotencia suprema, admirando en los trópicos la transparencia y brillantez de aquella bóveda cuajada de focos de luz que inundan en claridad la tierra, ora se haya contemplado la naturaleza desde las cumbres del Chimborazo y el Illimani, ó se hayan cruzado las impetuosas corrientes del Plata ó el Marañon, ó se haya esperimentado el pavor de lo grandioso y desconocido al pié del Niágara ó del Tequendama.

Es todo aquello tan colosal y tan imposible de ser concebido por quien no lo ha visto y observado, que á mi entender nadie ha de conseguir, por otro medio, darse cuenta de la fuerza con qué llega á grabarse en el espíritu, ni el poder de inspiracion que presta á las plumas mas mal cortadas.

A esto atribuyo el efecto y las alabanzas que el público y la crítica han dispensado á muchas de mis descripciones, efecto que hoy me anima á trazar uno de los cuadros mas característicos que conozco de la vida americana.

La caza del tigre que intento describir en sus mas minuciosos detalles, dará á conocer al lector, no tan solamente las peripecias de la lucha contra el rey de las fieras que pueblan las selvas del Nuevo-Mundo, sino que á la vez será pintura fiel de aquella desventurada tierra paraguaya, á cuya libertad y organizacion presté un dia el pobre contingente de mi inteligencia y de mi brazo, tras las devastaciones de una guerra sin tregua y en la hora de todas las desgracias que llevó en sí, la ocupacion de ejércitos extranjeros, invasores y triunfantes.

Este relato retratará sin preocupaciones ni apasionamientos de ningun género, las costumbres y tipos de una raza digna de mejor suerte, que ayer luchó heróicamente para sostener la tiranía y los planes de un dictador vulgar é inhumano y que, hasta el presente, se ha agitado en estériles convulsiones por mano de algunos ambiciosos sin fé, sin patriotismo y sin aptitudes ni fuerzas, para regenerar á los paraguayos de sus desdichas.

Por dicha de éstos, parece que en el horizonte político de aquella nacion preséntanse indicios de mejores tiempos. Por fortuna puede presumirse que va á ini-

ciarse una era de regeneracion, tras las pasadas épocas de abyeccion, de cataclismos y de anarquía.

II

El dia 20 de marzo del año 1870 fué el designado para que el *Presidente,* vapor de la marina imperial brasilera, zarpase del puerto de Montevideo conduciendo á la capital del Paraguay el doctor don Adolfo Rodriguez, Enviado Plenipotenciario de la República Oriental, para tratar, en la Asuncion, con el general don Julio de Vedia y con el consejero Silva Paranhos, que respectivamente tenian los poderes de la República Argentina, y del emperador del Brasil.

Aprovechando aquella coincidencia y valiéndome de mis influencias con las autoridades, pude servirme del mismo buque que habia de conducir al Ministro uruguayo, y á las seis de la tarde de aquel dia, hallábame instalado á bordo del espresado vapor y departiendo amigablemente en cubierta con el comandante á cuyas órdenes iba á marchar.

El doctor Rodriguez no hizo esperarse mucho.

Llegó acompañado de su secretario señor Flangini y de las autoridades orientales y brasileras que fueron á despedirle. Despues de las ceremonias y frases de costumbre, retiróse la comitiva y el *Presidente* zarpó á las seis y cuarto.

Poco á poco fuimos alejándonos del puerto; desaparecieron sucesivamente de nuestros ojos los edificios de Montevideo y hasta la mole del Cerro, acabó de hacerse invisible con los últimos resplandores del dia.

Al cerrar la noche, el *Presidente* navegaba en pleno rio de la Plata, surcando las ondas de aquel rio-mar cuya pintoresca navegacion me habia encantado tantas veces.

Paulatinamente fué asomando la rojiza luna por entre los nubarrones que ocultaban el horizonte; sus reflejos daban á las aguas un tinte particular que disponia el ánimo á siniestras meditaciones, y cuando la imaginacion principiaba á lanzarse por las caprichosas sinuosidades de la fantasía, ante un mar teñido por una luz de fuego y alumbrado por un astro de sangre, volvióme á la realidad un negro colosal que puesto á mi lado, como por arte de encantamiento, díjome laconicamente:

—*O jantar acha-se na mesa.*

Me levanté y bajé al comedor.

Allí, en compañía del doctor Rodriguez, de su secretario y del comandante, saboreé una de esas abundantes comidas con qué los brasileros saben obsequiar á á sus convidados.

Vuelto á cubierta tras la comida, contemplé con mis compañeros de viaje el espléndido espectáculo del grandioso Plata, radiante de luz bajo los vivísimos rayos del astro de la noche, que en aquellos momentos hallábase en la plenitud de su brillantez y habia trasformado en pulidísima plata los sanguinolentos colores de sus destellos de pocos momentos antes.

No tardamos en dejar atrás las luces del ponton de la *Pamela,* puesto allí para avisar al navegante los peligros del banco en que se perdió, pocos años antes, el vapor *Falco.*

Impresionados por el espléndido panorama del rey de los rios, nos despedimos los tres pasajeros del *Presidente,* para tomar posesion de nuestros respectivos camarotes.

Instaléme en el mio cómodamente, merced á sus excelentes condiciones y arrullado por las acompasadas vueltas del hélice, dejeme paulatinamente aprisionar en las redes de Morfeo.

El dia siguiente llegamos muy temprano á la isla de Martin-García, testimonio perenne de la injusticia internacional que tolera en poder de los argentinos aquel pedazo de tierra uruguaya, tan visiblemente adherida á la Banda Oriental, que por sobre el brazo que le sirve de lazo de union á la misma, pueden navegar apénas insignificantes embarcaciones de poquísimo calado.

Pero Martin-García, es un excelente punto estratégico colocado en el fondo del Plata, en la confluencia de los rios Uruguay y Paraná, y esta causa sola, es la que ha movido á la República Argentina, á detentar aquel fragmento de pátria oriental.

Apénas la hubimos dejado por la popa del *Presidente,* penetramos en el Paraná, una de las mas importantes arterias del continente sud-americano. En un principio sus orillas son monótonas. Apénas se diferencian las llanuras inmensas de la provincia de Entre-Rios, que se extendian por el lado de estribor y las de la provincia de Buenos-Aires, que se dilataban por la parte de babor.

Despues de navegar algunas millas por entre ambos territorios, el rio fué variando paulatinamente de aspecto. Antes de medio dia, mis ojos se extasiaban en la magnificencia de una vegetacion admirable, surgida de las mismas ondas del rio que serpenteaba caprichosamente entre infinidad de islas, algunas de ellas de

muy considerable extension. En muchos puntos las inmensas planicies de la Confederacion Argentina desaparecian de mi vista, ocultas tras el follaje exuberante de aquellas arboledas, plantadas pintorescamente, á quisa de innumerables oasis en las ondas del Paraná.

Cuando estas deliciosas islas fueron haciéndose menos numerosas y á proporcion que iban escaseando, presentáronse á la vista de los pasajeros del *Presidente*, y por el lado de Entre-Rios, unas sabanas dilatadísimas que se confundian con el horizonte, cubiertas en toda su inmensidad de una especie de esparto á que dan los naturales el nombre de *paja totora*, el cual movido por el viento, como las olas de un mar de tintas verdosas y jaldes, producian á mi vista un efecto difícil de describir por sus contrastes y caprichosa movilidad.

En aquella altura del rio nótase, algo más que en las partes mas inferiores, la rapidez de la corriente; y desde aquel punto empezaron á llamar nuestra atencion las islas movientes ó *camalotes* que, en algunos pasos, hacen difícil y hasta peligrosa la navegacion.

Nada mas sorprendente, que ver venir por la proa del vapor un gran pedazo de terreno arrancado por la corriente á las orillas, y en él erguirse soberbios, corpulentos árboles, infinidad de robustas plantas y entre ellas, no pocas veces, animales de diversas clases, y en especial ovejas y terneros. Se han visto *camalotes* arrastrando vacas y caballos; y en las épocas de grandes crecidas del Paraná, se han deslizado sobre sus aguas pedazos de tierra, arrastrando cocodrilos y hasta tigres.

Durante aquella tarde pasó el *Presidente* por delante de las insignificantes poblaciones de Baradero y San Pedro, y por la noche el Ministro Oriental y yo, nos entregamos al juego de *ecarté* hasta la hora de apagar fuegos á bordo, en qué nos retiramos á nuestros camarotes.

El dia siguiente, 22 de marzo, todos nos dispusimos desde las primeras horas de la mañana á escribir á nuestras familias, aprovechando la proximidad del Rosario de Santa Fé, á cuyo puerto debíamos llegar antes del almuerzo. En efecto, escritas nuestras cartas, nos instalamos todos á cubierta, ansiando divisar cuanto antes la ciudad argentina.

Poco á poco, fuimos descubriendo la magnífica dilatacion del Paraná, verdadera laguna extensísima y pintoresca, sobre cuya orilla occidental se alza la segunda poblacion de la República Argentina. Aquel vasto seno recibe el nombre de *Laguna del Rosario* y la ciudad ofrece un puerto mas cómodo y seguro que el

de Buenos-Aires. A las ocho y media ancló en él el *Presidente* y poco despues fuí á tierra con el jóven señor Flangini, secretario del doctor Rodriguez.

Nuestro desembarco por poco nos costó la vida.

En aquellos dias, los partidarios de un caudillo del país llamado Mariano Cabal, tenian trastornada la provincia de Santa Fé; y como puede presumirse, el Rosario era presa de las fechorías de los alborotadores. Apénas á tierra, subimos las primeras pendientes de la ribera y no tardaron en llamarnos la atencion la falta de transeuntes por las calles y la circunstancia de que estuvieran cerradas casi todas, ó cuando más entornadas, las puertas de las tiendas y establecimientos. Penetramos por una de estas últimas, que era la de una especie de café y allí nos enteramos del estado de la poblacion; pedimos y tomamos no recuerdo que bebida, pagamos y emprendimos el regreso á bordo. En nuestro camino oimos detrás de nosotros dos ó tres detonaciones de arma de fuego y al volver la cara, para saber de donde partian, distinguimos, á menos de dos cuadras, un grupo de hombres con poncho y *chiripá*, disponiéndose á hacer fuego sobre nosotros. Casi al mismo tiempo sonó una descarga y las balas fueron á aplastarse en la pared junto á la cual yo me encontraba. Un pedazo que se desprendió de ésta, vino á dar con tal fuerza en mi rodilla, que por poco el dolor que me produjo la contusion, hízome caer al suelo. Mi compañero debió tal vez la vida á que, por hallarse mas cerca que yo de la esquina de la calle en que nos encontrábamos, la habia ya doblado cuando sonó la descarga. Ambos activamos la marcha cuanto nos fué posible, y á pesar del agudísimo dolor de mi rodilla, que me impedia andar con toda la diligencia que estaba en mi deseo, no tardamos muchos minutos en encontrarnos en el bote del *Presidente*, el cual nos trasportó rápidamente á bordo del vapor.

Una vez allí, el comandante colocó unos paños de árnica en mi contusion.

Mientras el doctor Rodriguez recibia las visitas de las autoridades del Rosario y oia las noticias que le daban de los detalles del motín, llegó, y ancló á sotavento del *Presidente*, el vapor de guerra *Pavon*, que el gobierno federal argentino enviaba al Rosario, para reprimir los disturbios.

Despues de medio dia levamos anclas, y siguiendo nuestro itinerario fuímos remontando las aguas de Paraná. Por la tarde pasamos frente al convento de San Lorenzo, y por la noche, volvimos el Ministro Oriental y yo, á matar el tédio con unas partidas de *ecarté* antes de entregarnos al sueño.

Algunas horas hacia que nos hallábamos dominados por él, cuando nos desper-

tamos en el mayor sobresalto, sacudidos fuertemente por una causa que al pronto no nos pudimos explicar.

En ropas menores salimos la mayor parte á cubierta, y entre ellos, yo, á pesar de que la sacudida me lanzó de la litera con mas dolor que contentamiento, y sin embargo de que la contusion que el dia antes recibí en el Rosario, me dolia mas de lo que yo deseara y de lo que me convenia en aquellos momentos.

El *Presidente* acababa de varar sobre un bajo de arena y se balanceaba con gran parte de su casco en seco, blandamente mecido por las aguas de Paraná que se deslizaban mansamente por sus costados.

La situacion era bastante comprometida.

No habia despuntado completamente el dia. Aun se hallaba la naturaleza cubierta por las últimas sombras de la noche, luchando con los primeros rayos del sol. Aquella luz vaga, indecisa, triste, hasta cierto punto siniestra, acababa de revestir la escena con caractéres de mas peligro del que realmente corríamos: y comprendiendo que mi presencia de nada servia en aquellos momentos, en que lo mas necesario eran maniobras y conocimientos marinos, y echando de ver que los golpes que habia recibido poco antes y la contusion de mi rodilla, mas pedian quietud que movimiento, volví á retirarme á mi camarote, deseoso de conciliar nuevamente el sueño en él y dejar á los hombres de mar, la tarea de sacar al *Presidente* de su atolladero.

Por fortuna no tardé en dormirme de nuevo, y cuando me desperté á la hora de los demás dias, las acompasadas convulsiones del hélice me advirtieron que el buque habia salido de su varadura y que continuaba tranquilamente la marcha, como si nada hubiese acontecido.

Aquel dia se acabó la carne á bordo y con el fin de hacer provision de ella, por la tarde fondeamos junto á una elevada barranca, sobre la cual divisábanse algunos miserables ranchos. Echáronse botes al agua y en ellos fuímos el doctor Rodriguez, su secretario y yo, junto con el mayordomo del *Presidente* y los hombres encargados de trasportar las reses.

Apénas en tierra, el calor era tan sofocante que no nos vimos con ánimo de subir la barranca, por encima de la cual asomaron, montados en sus inseparables caballos, algunos gauchos que se pusieron al habla con el mayordomo. De abajo arriba cerraron sus tratos, y dejando en aquel lugar á los hombres de la tripulacion, regresé á bordo medio achicharrado por el sol que caía pesadamente sobre nosotros en aquella costa de Entre-Rios.

Instalados bajo el toldo del vapor, presenciamos, mis compañeros de viaje y yo, las peripecias de enlazar y embarcar las reses y sobre todo las de subirlas á bordo, suspendidas de una cabria por las *guampas*. (1)

Terminadas las maniobras de aquel embarque de *provisiones*, zarpó nuevamente el *Presidente* y poco despues franqueamos la línea divisoria de Entre-Rios y Corrientes. En aquellas aguas tuvo lugar la batalla sangrienta de Riachuelo en que se derramó tanta sangre de paraguayos y aliados, en la campaña de éstos contra el dictador Lopez. Allí apareció á mi vista la isla llamada de Garibaldi, en conmemoracion de los actos heróicos del gran patriota italiano, al luchar en aquellos mismos sitios que yo contemplaba, por la libertad de los pueblos sud-americanos.

Alejados ya de aquellos lugares, y poco antes de que anocheciera, pasamos por frente de la Esquina, insignificante pueblo correntino, que pronto hicieron desaparecer de nuestra vista las sinuosidades del Paraná.

El dia siguiente fué el último de la navegacion por aquel rio. La latitud en que amanecimos, iba haciéndose cada vez mas sensible en los grados de calor que molestaban con creciente temperatura. No nos aliviaba ni aun el recurso de aligerarnos de ropa; todas nos parecian insoportables y al pasar por delante de la ciudad de Corrientes, nadie pensó en fondear y llegar á tierra, deseosos de adelantar en cuanto fuera posible el viaje y aguijoneados tambien por la curiosidad de penetrar en las aguas de aquel rio Paraguay, del cual tantas maravillas habíamos leido y escuchado, y que durante tanto tiempo, habia permanecido aislado y misterioso, como la verdadera China del Nuevo-Mundo.

A poco de haber dejado Corrientes por la banda de estribor, presentóse en la misma direccion del botalon de proa la isla del Cerrito, punto en el cual íbamos á dejar las aguas del Paraná, que seguia dilatándose á nuestra derecha para franquear aquel paso en que nos metíamos de lleno en plena jurisdiccion paraguaya.

Confieso que al deslizarse el *Presidente* entre la isla del Cerrito y las orillas guaranís de la derecha, sentí cierta emocion que me seria difícil explicar, hija tal vez de la idea algo pintoresca y misteriosa que tenia formada de la República de los célebres Francia y Lopez, ó quizás efecto de los presentimientos secretos de cuantos embates, triunfos y decepciones me esperaban, en aquel extraordinario país, tan rico y tan desventurado.

A las pocas millas de navegar el viajero por el Paraguay, puede ya conven-

(1) Nombre que dan á los cuernos del ganado vacuno, los naturales del país.

cerse de la verdad de cuanto se ha dicho acerca de la pintoresca y grandiosa naturaleza que le rodea.

Por su cauce, es aquel rio bastante menos considerable que el Paraná, en el cual desagua: pero el lujo de vegetacion que embellece las vírgenes comarcas del Chaco, por un lado, y por otro, los pintorescos puntos de vista que caracterizan el país guaraní, hacen del rio Paraguay una de las vias de navegacion mas originales, admirables é imponentes del continente americano.

Casi todo aquel dia permanecimos los pasajeros del *Presidente* clavados en cubierta, admirando el panorama deslumbrador de aquella naturaleza completamente nueva á nuestros ojos. No fueron bastantes á arrancarnos de nuestra contemplacion, ni la abrasadora atmósfera que quemaba nuestra epidermis y hacia dificultosa nuestra respiracion, ni las nubes de mosquitos que nos rodeaban, que cubren en miriadas de miriadas las orillas de aquel rio, y que se complacian, con verdadero ensañamiento, en atormentar nuestros rostros y nuestras manos.

La tarde redobló el martirio; y la invasion de aquellos insectos llegó á ser tan formidable al anochecer, que á todos nos hizo refugiar en nuestros camarotes, obligándonos á cerrarnos herméticamente en ellos, á pesar del calor sofocante que nos ahogaba.

Entre el martirio de ser asaetados ó el de la asfixia, nos decidimos por el último.

El dia siguiente 25 de marzo, fondeamos en Humaitá poco antes de la madrugada. Era la hora en que se podia respirar libremente y disfrutar de una atmósfera tolerable. Nos levantamos el doctor Rodriguez, su secretario y yo, y nos instalamos lo mas cómodamente posible á cubierta, sintiendo que la oscuridad nos impidiera gozar las maravillas de aquellos lugares.

Mientras el comandante del *Presidente* fué á tierra á presentarse al comandante militar de aquella célebre fortaleza y á recibir órdenes é instrucciones para el general en jefe de las tropas brasileras, que se encontraba en la Asuncion, nosotros tratábamos de darnos cuenta de aquellos sitios, tan célebres en la historia de la América contemporánea.

La confusa penumbra del crepúsculo nos impedia vislumbrar con exactitud los objetos. Alzabánse á nuestros ojos masas informes por un lado, que no eran sino la espesura de las selvas del Chaco. Por otro divisábamos alguna que otra mole de líneas mas definidas, pero tambien confusas, y que comprendimos ser los restos de aquellas imponentes fortalezas, con que el dictador paraguayo logró de-

tener por tanto tiempo los buques y los ejércitos combinados del Brasil, la República Argentina y el Uruguay.

Percibíamos de vez en cuando rumores y algazara como de campamento, otras veces llegaba á nuestros oidos el eco de algun clarin y relincho de caballos; pero la mayor parte del tiempo, reinaba una quietud apénas interrumpida por el choque del follaje sacudido por el viento, ó por el dulce murmurio de las aguas que se deslizaban tranquilamente por los costados del vapor.

Esta quietud fué interrumpida de un modo mas persistente por el acompasado choque de unos remos en la corriente. El ruido fué aproximándose, y á poco cesó en el mismo flanco del buque, porque el *escaler* (1) del *Presidente* acababa de conducir á bordo al comandante. Una vez éste en la cubierta, diéronse las órdenes para zarpar de nuevo y algunos momentos despues seguimos nuestro viaje.

El calor no dejó de hacerse sentir bien pronto, á medida que el dia avanzaba. A las diez de la mañana, pasamos por delante de Villafranca y á pesar de los ardores del sol, no quisimos abandonar la cubierta, deseosos de deleitarnos con la hermosura de aquel panorama.

Multitud de pájaros revoloteaban por las orillas del Paraguay y algunos de pintado plumaje llegaban á ponerse en los topes del vapor y en sus járcias. En las orillas veíamos asomar de vez en cuando las repugnantes cabezas de los *yacareys* ó cocodrilos del país, bastante menores que los de África, pero no menos temibles por su ferocidad y por su fuerza.

Cerca de uno que otro rancho, veíamos algunos paraguayos que se asomaban á contemplar la marcha del buque que nos conducia; pero nos llamó la atencion la coincidencia de que en ninguno de aquellos grupos de habitantes del Paraguay, vimos mas que mujeres y muchachos. No pudimos descubrir ni tan siquiera un hombre. Las paraguayas se nos presentaban en camisa y enaguas y los muchachos en cueros ó á lo mas, en camisa, con lo cual no formamos gran concepto de las comodidades de aquellas gentes.

Todo el dia nos lo pasamos contemplando los incidentes de aquella pintoresca tierra, y por la noche fondeamos en uno de los sitios mas peligrosos en la navegacion de aquel hermoso rio. Echamos anclas en el punto denominado Angostura y cuyo nombre espresa sobradamente la causa de habérsele bautizado con él.

Allí pasamos la noche esperando ávidamente la venida de aquel dia, que debia ser el término de nuestro viaje.

(1) Nombre que dan los marinos brasileros á los botes de los buques de mayor porte.

Amaneció el 26 de marzo y con los primeros reflejos del sol reanudó el *Presidente* su camino.

Aquella misma madrugada divisamos á lo léjos las Lomas Valentinas, teatro de una sangrienta batalla ganada por la Triple Alianza á los soldados de Lopez y en el cual algun tiempo despues habia de entregarme yo á las peripecias de la caza que es objeto de este artículo. Apénas habíamos examinado los estensos *bañados* y los respetables reductos que sirvieron de defensa á los paraguayos, se presentaron á nuestra vista los edificios de la Villeta, cuya poblacion dejamos muy pronto por la popa.

Rio arriba, y como cerrando bruscamente el paso al *Presidente,* alzóse ante nuestros asombrados ojos la mole cónica del *Lambaré.* Creimos los pasajeros, que el Paraguay salia maravillosamente á la tierra, cabe la base de aquel frondoso promontorio: parecíanos que el vapor iba á estrellarse en las faldas de la montaña, cuando de improviso abrióse por babor la escondida corriente del rio, que hasta aquel instante habia permanecido oculta por el violento recodo de su cauce. Viró entonces el buque por barlovento con una rapidez vertiginosa, rozando con el formidable dorso de algunos *yacareys* sorprendidos en su travesía por aquellas aguas.

Desde aquel momento puede decirse que habia concluido mi viaje. Pocos momentos despues pasó el buque frente al *mangrullo* (1), y algunos minutos mas tarde fondeó en la capital de la república del Paraguay. A las siete de la mañana ancló el *Presidente,* y trascurrida una hora hallábame instalado en la casa de un amigo mio que vivia en la calle del Atajo, de aquella buena ciudad de la Asuncion.

III

La Asuncion del Paraguay es una de las mas antiguas ciudades de la América, y la primera que consiguieron fundar los españoles en los países del Rio de la Plata.

El primer europeo que llegó al sitio en que está edificada, fué don Juan de Ayola en 1536, procedente de las colonias que infructuosamente pretendieron establecer don Juan Diaz de Solis y don Pedro Mendoza, en las márgenes de aquellos dilatados rios sud-americanos. Muerto Ayola, se enseñoreó de la Asuncion por

(1) Llámase en el Paraguay *mangrullo* á ciertos puestos elevadísimos, construidos sobre puntales, vigas y cañas *tacuaras*, en donde se colocan atalayas para descubrir desde lejos al enemigo.

el Rey de España, un bravo capitan llamado don Domingo Irala, el cual por sus dotes particulares, fué elegido por todos los colonos de aquella comarca. Bajo su mando, el campamento de la Asuncion no tardó en adquirir las apariencias de una verdadera ciudad, consiguiendo durante cuatro años el mayor desarrollo, hasta la llegada á ella del Adelantado don Álvaro Nuñez Cabeza de Vaca, cuyo arribo tuvo lugar el dia 11 de octubre de 1542.

La rigidez de aquel personaje ocasionó una revolucion, cuyos principales caudillos, el abogado Venegas y el militar Cabrera, embarcaron al Adelantado por la fuerza, enviándolo á España, hecho que dió orígen á la segunda eleccion de Irala. Muerto éste á los setenta y dos años de edad en 1557, designó, para que le sucediera, su yerno don Gonzalo de Mendoza; pero fallecido éste al año siguiente de 1558, estallaron sérios disturbios en la Asuncion y contendieron el mando Vergara, Cáceres y don Juan Ortiz de Zárate nombrado por el Visorrey del Perú y confirmado por la córte de España.

Gobernó Zárate con general descontento de todas las clases, y cuando mas inminente era la esplosion de disgusto de aquellos habitantes, vino á morir en 1575, designando por sucesor al que se casase con una hija suya de veinte años que residia en el Perú, y que sobre ser de peregrina hermosura, heredaba las cuantiosas riquezas del Adelantado.

Fué el preferido de la opulenta heredera don Juan Torres de Vera y Aragon, juez de Charrias, el cual, apénas posesionado del mando, delegó el gobierno en el capitan don Juan de Garay, dirigiéndose á España á recabar del Rey la confirmacion de su título de Adelantado. Durante su ausencia el animoso Garay hizo felices espediciones contra los indios, pero en una de ellas perdió la vida, y la confusion y el desórden se entronizaron en los asuntos del gobierno de aquellas comarcas.

Vuelto el Adelantado Vera, dedicóse con ahinco á restablecer el órden, á consolidar la administracion pública y dar seguridad á los españoles contra los indios; pero abrumado por tan pesada carga determinó resignar el gobierno, partiendo en 1591 para España.

Abandonados á sí propios, los colonos del Paraguay recurrieron nuevamente á la eleccion y escogieron para que les gobernase á Hernando Arias de Saavedra, hijo de un capitan de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca y nacido en la Asuncion. Fué el primer americano que llegó á ocupar un puesto importante y su eleccion fué aprobada por la corona. Su gobierno abraza de 1591 á 1620 y en él termina

la série de los conquistadores, pudiendo decirse que hasta esta época la autoridad de España no empezó á ejercerse en aquellas regiones de una manera pacífica y regular. Señalóse su gobierno con la fundacion de las célebres Misiones de jesuitas del Paraguay, que tan poderoso influjo ejercieron en la suerte de la Colonia.

A la muerte de Hernando Arias de Saavedra, uno de los mejores gobernantes, sino el mejor, que ha gozado la América en la época del coloniaje, el gobierno de España siguió lo que en vida le propuso aquel Adelantado, es decir; tuvo lugar la division del territorio de la Plata en dos provincias, quedando á cargo de dos gobernadores, uno de los cuales residió en la Asuncion, y el otro en Buenos Aires, que por su posicion á la entrada del anchuroso rio, iba adquiriendo cada dia mayor importancia.

La historia del Paraguay desde aquella innovacion en las jurisdicciones de los gobernadores del Plata, ofrece en general incidentes de escasa importancia, para ser consignados en una simple ojeada histórica sobre aquel país. Lo mas notable que debe consignarse fué la desaparicion y el fiasco dado por las Misiones jesuíticas, tras los dilatados años del poder omnímodo que ejerció allí la Compañía de Jesús.

Los gobernadores de la Asuncion gobernaron tranquilamente el Paraguay, hasta la época de la revolucion que produjo la independencia americana. Con motivo de las convulsiones y luchas de aquellos años y por efecto de los movimientos militares de los patriotas contra las tropas de la península, el general Belgrano fué lanzado en 1811, á la cabeza de algunas fuerzas de Buenos-Aires, contra los paraguayos, consiguiendo llegar hasta la llanura de Paraguary. Esta espedicion produjo dos tituladas batallas, cuya victoria se atribuyen los del Paraguay, pero ambas tienen visos de derrotas, sobre todo la primera que tuvo lugar en Tacuarí, puesto que no impidió la marcha de los soldados de Belgrano.

En el mismo año de estos sucesos, 1811, hubo en el Paraguay una revolucion de la cual salió el nombramiento de dos consejeros, para acompañar en sus funciones al nuevo gobernador español señor Velazco. Uno de estos consejeros fué el célebre doctor don José C. Francia. Así las cosas, llegó el año de 1813 en que Francia y Yedros fueron nombrados cónsules por el pueblo; murió á poco éste último; hay quien dice que asesinado por el primero; Francia convocó entonces un congreso y se hizo nombrar dictador por dos años. Despues se hizo nombrar con carácter vitalicio.

El dictador cerró el Paraguay á todas las naciones y ejerció el mas absoluto

despotismo. Murió en 1840 y á su muerte convocóse un congreso que eligió cónsules á don Cárlos A. Lopez y don Roque Alonso. Este fué arrojado brutalmente de sus funciones por el primero, quien convocando en 1844 al congreso, se hizo elegir presidente por diez años.

Siguió ejerciendo el poder dictatorial de Francia; durante su mando fué el terror de los paraguayos, y falleció en setiembre de 1852, dejando el mando á su hijo el general don Francisco Solano Lopez, hasta tanto que se celebrara un congreso que nombrara un presidente de la República.

El congreso se reunió el 16 de octubre siguiente, y nombró al general Lopez, el cual persiguió cruelmente á cuantos se opusieran á su eleccion. Ejerció la dictadura mas brutalmente, si cabe, que el doctor Francia y don Cárlos A. Lopez, y arrastró á su pátria á una encarnizada guerra contra el imperio del Brasil, la República Argentina y la Oriental del Uruguay aliadas, las cuales, tras una sangrienta y penosa campaña, acabaron con el despotismo y la vida de Francisco Solano Lopez; y establecieron bajo su protectorado colectivo un triunvirato compuesto de don Cárlos Loizaga, don Cirilo A. Rivarola y don Saturnino Bedoya.

Ausentóse este último sin tomar participacion efectiva en la gobernacion y reconstitucion del Paraguay, quedando reducido el *triunvirato* á la gestion de los *duumviros* Loizaga y Rivarola.

En el año de 1870 fué grande el descontento que la actitud del primero despertó en el país, el cual le consideraba un hombre retrógrado en sus aficiones, é instrumento del gobierno brasilero. Ello fué causa de que en setiembre estallara aquel descontento en forma de verdadero golpe de fuerza popular. Esta revolucion fué dirigida contra la Convencion encargada de la nueva constitucion de la República y contra Loizaga; y por encima de aquella y de éste, se sobrepuso el pueblo proclamando á Rivarola Gobernador Provisorio de la República.

Desde aquel entonces los motines y los crímenes políticos, han sido durante mucho tiempo el estado normal del país, hasta que los sucesos promovidos por el general don Bernardino Caballero, parecen destinados á asegurar la paz bajo el mando de aquel caudillo.

Sus actos han sido sancionados por el congreso que se reunió en 1.° de abril del corriente año de 1882, y ante él ha pedido el concurso de todos los paraguayos para regenerar, y salvar al país, mediante diez años de tranquilidad.

IV

Apénas llegado al Paraguay, conocedor de su historia, deseoso de estudiar sus costumbres, ávido de admirar su espléndida naturaleza, de analizar el carácter de sus habitantes y de conocer sus recursos propios y las riquezas naturales que encierra, díme á toda suerte de investigaciones, practiqué no pocas escursiones fuera de la capital, y frecuenté todas las clases de aquella poblacion abigarrada, desde las familias de indios que llegan á la Asuncion á comerciar con sus arcos y flechas y pieles de animales, hasta la muchedumbre de mercaderes de todos los pueblos del universo. que penetraron en aquel país detrás de los ejércitos de la Triple Alianza.

En una de mis excursiones, acompañado por un francés gran tirador de espada, y cuyo nombre es para mí un recuerdo doloroso, sentí vivísimos deseos de conocer uno de los detalles mas característicos de la vida americana en aquellos climas.

Cerca de los primeros ranchos que rodean la poblacion de Paraguary, experimenté una tarde la impresion de terror mas fuerte que recuerdo de todos mis viajes.

Era durante la época de la guerra franco-prusiana. Los ecos de la jigantesca lucha, que por aquellos tiempos tenia lugar en las comarcas del Rhin, llegaban al corazon de la América bastante adulterados por los relatos de los periódicos y los extractos del telégrafo, pero bastante elocuentes aun para conmover las fibras de los corazones europeos.

Monsieur Mecklein, que así se llamaba el compañero á quien me he referido, y que algunos años despues fué horriblemente despedazado por los indios salvajes del Chaco, era natural de la Alsacia, y hasta creo de la misma ciudad de Strasburg. Durante una de aquellas tardes incomparables que solo pueden disfrutarse en el Paraguay y entre los inmensos bosques de naranjos que embalsaman el ambiente á inmensas distancias, Mr. Mecklein me habia acompañado á una de mis favoritas excursiones por las picadas mas solitarias del monte y entre los potreros mas pintorescos y desconocidos de aquellas selvas, en su gran parte vírgenes de huella humana.

Mi compañero me hablaba, presa de la mayor agitacion, comentando las desastrosas noticias que acerca de los ejércitos franceses habian llegado á Paraguary

la tarde antes, por los pasajeros que habian venido en el ferro-carril de la Asuncion.

Hacíale yo observaciones á todas sus conjeturas y por ser de las mismas opiniones políticas, nos engolfábamos en hipótesis y consecuencias sobre los resultados de la guerra, dando por supuesta la caida del imperio napoleónico, que las las noticias vinieron á confirmar mas tarde.

Nuestros caballos marchaban tranquilamente al paso; salidos apénas de la selva, veíamos delante de nosotros la poblacion del Paraguary confundida por las primeras sombras del crepúsculo; el horizonte, oscurecido detrás de nosotros por tintes cenicientos, brillaba todavía enfrente nuestro, con los destellos rojizos del ástro que habia ya desaparecido detrás de los montes vecinos; una atmósfera tibia y plomiza nos rodeaba y en medio de la tranquilidad y silencio de la naturaleza, al pasar de la claridad del dia á las tinieblas de la noche, por poco fuimos desmontados mi compañero y yo; tales fueron los bruscos movimientos de nuestras cabalgaduras.

El caballo de mi amigo lanzó un agudo relincho, levantóse de manos y dió encabritado dos vueltas en redondo, tratando de emprender la carrera contra la direccion que llevábamos. Mi caballo tuvo que reducirse á dos ó tres saltos de carnero, pues por ser yo mas jinete que Mr. Mecklein, pude sujetarle mas pronto y mas fuertemente que aquél al suyo.

Espoleábamos entrambos á los corceles para obligarles á avanzar hácia Paraguary, pero no era posible vencer su resistencia, ni evitar que volvieran grupas, y emprendieran la fuga hácia la selva que poco antes habíamos abandonado.

En medio de la sorpresa que aquel accidente me producia, vinieron de pronto á herir mis oidos dos palabras de mi compañero, que me dejaron helado.

—¡El tigre!—exclamó Mecklein; y casi al mismo tiempo se apoderó de mí una especie de terror tan grande, que á poco mas de sentirlo me hubiera imposibilitado de dominar mi caballo.

Mirando á todas partes con los ojos de un hombre que por vez primera se halla en lance tan comprometido, traté de descubrir la fiera cuya presencia acababa de anunciarme mi compañero.

No supe distinguirla. Antes de que yo la viera ví á Macklein saltar de su cabalgadura, tirarla fuertemente de las riendas, y entregármelas diciendo:

—Tomad; cuidaos de los caballos y sobre todo evitad á toda costa que corran. Nuestra salvacion consiste en que no os movais de este sitio.

Y diciendo esto se apoderó de mi carabina Spencer, que llevaba en el arzon y con ella y con la suya, arrodillose á unos seis pasos de donde yo me encontraba con los caballos. Puso una de las carabinas en el suelo y amartillando la otra preparóse á hacer fuego.

He dicho antes que Mecklein era un excelente maestro de esgrima y he de agregar que era un notable tirador de pistola. Su fama como tal era indiscutible y universalmente reconocida en el Paraguay.

Cuando él apuntaba, su tiro no erraba jamás el blanco. Esta fué nuestra salvacion en aquel trance, en que por vez primera de mi existencia me ví frente á frente de un tigre, en el pleno goce de su libertad.

Mi angustia de aquellos momentos, puede comprenderla el lector sin que yo esfuerce gran cosa las expresiones para ponderarla. En un principio, fuese la sorpresa, ó la oscuridad, ó el cuidado que habia de poner en los caballos, ó el terror que me dominaba, no distinguí á nuestro terrible enemigo. Pero siguiendo las miradas de Mecklein, fijándome en todos sus gestos, y escudriñando el lugar á donde apuntaba el cañon de su *rifle,* pude descubrir un tigre que á pequeños saltos iba y venia de un extremo á otro de una línea como de diez á doce metros en frente á nosotros y como á distancia de mas de dos cuadras ó sea de doscientos á trescientos metros.

Mecklein permanecia impasible. Yo estaba suspenso de la menor de sus acciones y los caballos habian concluido por permanecer inmóviles, como si alguien les hubiera hecho conocer que importaba á la salvacion de todos, permanecer quietos.

De pronto la fiera interrumpió sus idas y venidas. Detúvose haciendo frente á donde nosotros nos hallábamos; bajó la cabeza, disminuyó su tamaño recogiéndose sobre sus patas y casi al mismo tiempo brilló el fulgor de un fogonazo, oyóse una detonacion y el tigre pegó un salto como de dos varas de altura, cayendo algunos pasos mas allá de donde antes estaba y revolcándose por el suelo, mientras lanzaba unos rugidos que inspiraban mas terror que su presencia misma.

Mecklein se levantó rápidamente, corrió hácia la fiera herida y á unos seis metros de ella disparó de nuevo su *rifle:* esta vez el soberbio animal, quedó instantáneamente inmóvil.

Yo me fuí acercando á él; montó nuevamente en su caballo, y despues de haber vencido la repugnancia de nuestros corceles en pasar cerca del cadáver de la fiera, llegamos á Paraguary, en donde mi compañero dispuso lo necesario para

que unos paraguayos fueran á buscar el tigre y lo *cuerearan,* para envenenar la piel y conservarla como recuerdo de aquella tarde.

La impresion que me causó lo sucedido, no me habria permitido dormir aquel dia, si Mecklein no me hubiera narrado cuanto habia aprendido y oido sobre el tigre, sus costumbres y su caza, durante el largo tiempo que habia permanecido en el Paraguay.

Fueron tales sus palabras, que hicieron nacer en mí el deseo de asistir á una caza del tigre y desde aquel momento me propuse cumplir mi propósito prometiéndome organizar una partida de caza tan pronto como mis ocupaciones me lo permitieran, despues de mi regreso á la Asuncion.

V

El tigre es universalmente considerado el animal mas fuerte y mas terrible á la vez, de todos los enemigos del hombre.

Por mas que los diversos viajeros y naturalistas que se han ocupado de él discrepan en algunos puntos referentes á las condiciones del mismo con referencia al clima en que vive y respecto á su domesticidad, todos han estado conformes en cederle el primer lugar entre todas las fieras por su ferocidad y su poder.

Prescindiendo ahora de algunas diversidades que ofrecen los individuos de esta familia, puede decirse que el tigre iguala y aun aventaja al leon en magnitud, aunque es mas delgado y esbelto. Tiene la cabeza mas redondeada, las piernas proporcionalmente mas largas, el hocico corto, sus mandíbulas armadas de dientes enormes y cortantes, que dan á su boca una fuerza prodigiosa; la lengua, cubierta de espinas encorvadas hácia la garganta, le dan la facultad de arrancar la piel con solo lamerla; las patas están armadas de poderosas uñas, sumamente puntiagudas y cortantes, que ora salen desgarradoras cuando el animal se irrita y hace presa, ora se encogen y ocultan entre los dedos cuando está en calma, todo lo cual demuestra la elasticidad de sus ligamentos.

El pelaje del tigre es de un amarillo vivo en la espalda y parte superior, y blanco en la inferior ó del vientre, con listas trasversales negras é irregulares en todas partes, lo cual le distingue muy particularmente de todas las demás especies de gatos. Su cola es negra en el extremo y alternativamente anillada de este color, sobre un fondo blanco en todo su trayecto.

Puede decirse, en suma, que el tigre es uno de los animales mas hermosos y elegantes que se conocen.

Vive muy particularmente en Oriente. Hállase sobre todo en la India y en su archipiélago, en los desiertos que separan la China de la Siberia Oriental, hasta el espacio que media entre los rios Istisch é Ischim y hasta el Ohí, aunque rara vez se le halla mas acá del Indo, del Oxo y del mar Caspio. Aunque su tierra clásica y peculiar parece como que sea el Asia, encuéntrasele tambien en África y con bastante abundancia en la América.

Es el tigre mas temible que el leon, porque para aproximarse á su presa emplea mucha mas astucia, mas audacia en atacarla, y tal valor en vencerla que solo cede á la muerte.

El leon anuncia su proximidad por medio de rugidos que amedrentan y paralizan á sus víctimas, al paso que el tigre se desliza sin ruido y las coge por sorpresa. Aquel se retira cuando halla resistencia; éste lucha hasta morir. Tales son las diferencias que caracterizan la cacareada generosidad del uno y la proverbial crueldad del otro.

El valor del tigre no tiene límites, lo mismo que su fuerza y agilidad. Lucha con todos los animales indistintamente y ataca al hombre con intrepidez; su carrera tiene la velocidad del rayo: se le ha visto salir de un bosque, apoderarse de un caballo en medio de un batallon ó de un ejército y llevárselo á la espesura, desapareciendo antes de que hubiera tiempo de perseguirle. Lo que mas habrá contribuido sin duda á la fama de crueldad de que goza el tigre, es el valor indómito con que desafía las armas del hombre, lo cual le hace, para nuestra especie, el animal mas terrible y el azote de los países en que existe.

Cuando trata de sorprender á una presa tímida que pudiera escapársele por medio de una carrera veloz, la cual el tigre no podria sostener por mucho tiempo, en tal caso se agacha y oculta entre los arbustos y bambús como suele hacer el leon. El sitio de su emboscada es comunmente junto á los pantanos ó los rios, donde las gacelas, los antílopes, los venados y otros animales, acuden á apagar su sed durante el calor del dia; y entonces, de un brinco prodigioso, se arroja sobre dichos animales, atérralos al primer choque, les quebranta el cráneo con su poderosa garra y los lleva al bosque, aunque se trate de un caballo ó un búfalo, corriendo con tanta ligereza como la del lobo que robó un débil corderillo. Satisfecha su hambre, no busca ya otra víctima, hasta que una nueva necesidad le obliga á empezar de nuevo la caza. Siendo mas atrevido que el leon, no espera la

venida de la noche para ocultarse entre las sombras, con el fin de dedicarse á sus ataques: lo mismo de dia, que entre la mas profunda oscuridad, persigue al hombre y á los demás animales.

Habita con preferencia en medio de los cañaverales que crecen á orillas de los rios ó en los países cubiertos por bañados ó lagunas; y como nada muy bien, acude á los islotes que hay en los primeros y desde ellos observa cuanto pasa en la corriente; para alimentarse va muy frecuentemente á buscar los cadáveres de hombres y animales que flotan sobre las aguas.

Cogido jóven y criado con suavidad, se domestica muy fácilmente, conoce á su dueño, le cobra apego y acaricia tanto como otros animales, á excepcion del perro. En cuanto á los demás hábitos del tigre, son exactamente los mismos que los del leon y demás variedades de gatos.

Afortunadamente para los habitantes de las comarcas en que existe, este animal multiplica poquísimo su especie. La hembra pare de tres á cinco hijuelos, pero si no pone el mayor cuidado en esconderlos en un lugar seguro, nunca deja el macho de devorarlos, destruyendo así su formidable posteridad. La madre los ama con ternura y su furor llega al extremo cuando alguno se los arrebata. Segun afirma Buffon, «desafía todos los peligros, sigue á los raptores cuando ha perdido toda esperanza de recobrar sus tigritos y sus espantosos rugidos hacen extremecer á cuantos de léjos los oyen.»

Traidos estos animales á Europa, mueren casi todos de tísis pulmonar. Hasta hoy se les ha visto procrear rarísimas veces en estado de cautividad.

Son muchas las preocupaciones que se tienen y los errores que se propalan sobre la naturaleza, costumbres y residencia del tigre. Buffon mismo ha dicho en diversos pasajes que este animal es indomesticable y cada dia las colecciones zoológicas que recorren las principales ciudades, son testimonio de tal error.

Hay quien cree que el tigre no existe en América, y sin embargo su caza es muy frecuente en aquella parte de nuestro planeta; los buques tras-atlánticos traen incesantemente cueros de tigres cazados en las comarcas de Entre-Rios, Corrientes y el Paraguay y yo mismo lo he visto y he asistido á su caza en este último país.

Que indudablemente el tigre de América no reune iguales caractéres que el del antiguo continente, esto soy el primero en afirmarlo. Ni su tamaño, ni su ferocidad, ni la hermosura de la piel, son condiciones que puedan compararse á los tigres de África y de la India, país clásico, este último, del tigre, en donde esta fiera se presenta en la completa plenitud de sus condiciones especiales.

Dice Buffon en su *Historia Natural de los animales silvestres,* que en América, en donde el clima es mas tolerable que en África, el tigre nada tiene de temible mas que el nombre. «Huye comunmente de los hombres, y en vez de acometer y hacer la guerra, se vale de la astucia para sorprender.» Y á continuacion, y á pesar de que en otro lugar de sus obras afirma que el tigre no puede domesticarse, hablando del de América asegura que «se puede domar como los demás animales y casi domesticar.»

No comprendo de donde Buffon puede haber sacado estas noticias, algunas de ellas contradictorias entre sí y otras completamente opuestas á la verdad.

En primer lugar habla de lo tolerable del clima americano con relacion á las costumbres del tigre, sin echar de ver que la América por su extension de Norte á Sur, mayor que todos los demás continentes, encierra todos los climas de la tierra, desde los helados del Sur de Patagonia y de los témpanos de la bahia de Hudson, hasta los abrasadores del Ecuador y del Paraguay. En esta última region es en donde he visto yo al animal de que me ocupo y puedo asegurar, sin peligro de equivocarme, que en ella no lo esperaria Buffon á pié firme y desarmado, confiando en su seguridad de que en América *huye el tigre de los hombres en vez de acometer.*

Que no siempre el tigre es acometedor, lo afirman algunos testimonios de cazadores y viajeros y lo prueba que, hablando del tigre del Indostan, que es el tipo mas acabado de los tigres, dice un autor que por su voz se pueden apreciar sus condiciones hostiles: «Cuando amenaza, dice, da un grito corto y fuerte y, por el contrario, cuando se acerca á alguno pacíficamente, produce una especie de resoplido que se parece bastante al estornudo.»

Lo cierto es que la gran diversidad de individuos pertenecientes al género *felis* (gatos) en el cual figura el tigre, contribuye á inducir en error acerca de existencia de este animal en tales ó cuales regiones del globo; porque es innegable, y en esto sigo la opinion de eminentes zoólogos, que el género *felis* es todavía un laberinto en el cual se pierde uno, cuando pretende separar por medio de distinciones precisas una multitud de especies, distinguiendo unas de las otras.

La inmensa variedad de animales que figuran en las diversas tribus del género de los gatos, justifica que unas veces se tomen unos por otros y que los que están poco avezados á estudios zoológicos, confundan gran cantidad de veces unos gatos con otros y hagan aparecer los unos en países que jamás han habitado y supriman á los otros de comarcas que son su residencia habitual.

Que esa variedad es inmensa y complicada, nos lo enseñan las mismas clasi-

ficaciones hechas hasta ahora por la ciencia. Aparecen en la primera seccion los *leones* ó gatos con pelo raso y uniforme y entre los cuales hay que tener en cuenta, como principales variedades, el leon jalde del Senegal, el de color isabela de la Arabia, y el leon amarillo parduzco que se encuentra en el Cabo. Además, en el mismo grupo figuran animales que á primera vista ofrecen diferencias marcadísimas; tales son el *chameau-tigre* descrito por el capitan Smee, el *puma* ó leon de América, que no es otra cosa que el *cuguar* de Buffon y que ha de ser indudablemente el *guazuara* de Azara y el *tigre rojo* de los peruanos. Y aun, en este grupo de gatos, deben sumarse el *felis* leonado de la Guyana y el *jaguarete* de Pison.

La segunda tribu es la de los tigres, en que forma el tigre real de la Islas Malayas, comprendiendo la variedad *ariman bessar* de los naturales, ó sea el *manjangede* de los javaneses. Sir Raffles menciona al tigre de Sumatra y acusa dos variedades: el tigre real y el gato-tigre de Bengala ó *rimobulu* de los malayos. Como variedad del tigre-gato de Bengala, señala aquel naturalista al tigre de la Rusia Asiática que vaga por las *stepas* en país del Iztysch y orillas del lago Baikal.

La tercera tribu hállase formada por los gatos panterinos y comprende las cuatro agrupaciones siguientes: Primero, la pantera de África, *felis pardus*, con sus variedades, que no son pocas; Segundo, pantera de Indias Orientales ó *felis chalybeata;* Tercero, el leopardo que existe en algunas regiones americanas y que muchos han confundido con el tigre; Cuarto, pantera del Norte que es el *felis orbis* descrito por Müller y que algunos representan con el nombre de *onza*. Existen en América no pocos ejemplares de animales comprendidos en las anteriores agrupaciones de esta tribu y en especial vagan por ella con abundancia los *jaguares,* que no son sino panteras á las cuales se conoce vulgarmente con el nombre de tigres de América, *felis uncia*.

La tribu cuarta la forman los *gatos-oceloídos* y figuran en ella el ocelote y *maracalla* de los brasileros; el *felis mareoura* de Wied, que vaga por los grandes bosques del Missouri en la América del Norte y en los de Parahiba en el imperio del Brasil; el *felis mitis* de Cuvier, que abunda muy especialmente en el Paraguay; el *margai* ó el *baracalla* que describe Azara entre los cuadrúpedos paraguayos y que se encuentra además en el Brasil y la Guyana; el gato del Brasil observado por Cuvier; el *gato elegante* de Lesson, en que se comprenden muchos tipos descritos por Hamilton Smith, y finalmente el gato de Grilfith *felis griffithii* que es peculiar de México.

La quinta tribu esta constituida por los *rimaus* ó gatos malayos.

La sexta es la llamada de los *guepars,* ó tigres cazadores, que se distinguen de todos los demás por su cabeza corta y muy redonda, por una especie de quedeja en el pescuezo y por la circunstancia muy característica, de que sus uñas no son retráctiles. Descuellan en esta tribu el *felis jubata* y el *felis guttata* de Screber, el *felis pardalis* de Appiano y el *yuze* de los persas.

La tribu séptima se compone de los gatos servales del Senegal y de la India.

La octava es la de los verdaderos gatos.

La novena y última es la tribu que comprende los linces y los lobos, animales asaz conocidos y que no son pertinentes con el objeto de estas líneas.

Tales son las variedades que ofrece el género *felis* ó de los gatos, cuyos individuos tienen, en muchos casos, grandes analogías y que sin duda han sido causa de la confusion y de los errores en que han caido los naturalistas y los viajeros, para atribuir á tales ó cuales comarcas del mundo, animales que tal vez no han existido jamás en ellas y para negar en las mismas la existencia de séres que las infestan.

Así ha acontecido con el tigre, que por sus muchos puntos de semejanza con otros gatos, se ha considerado erróneamente natural ó exótico de ciertos climas, segun los casos.

Por esto niegan unos la existencia del tigre en América; por esto otros la sostienen; y por esto, tal vez, dicen unos pocos que el tigre americano no es temible.

No es mi ánimo extenderme ahora en consideraciones y datos sobre lo que haya de verdad acerca de unas y otras afirmaciones. Lo que sí aseguro es que tigre ó no, el animal á cuya caza he asistido entre las selvas paraguayas, no es de aquellos que tendrian consideraciones á los naturalistas que niegan su ferocidad, si alguna vez los hubiesen encontrado á solas en los sitios en que yo los he encontrado.

VI

Vuelto de mi escursion á Paraguary, en donde Mr. Mecklein dió muerte á un tigre ante mis azorados ojos y despues de oir de su boca las interesantes peripecias á que da lugar una batida en forma contra aquella fiera, le manifesté mi propósito de asistir á una de aquellas y le pedí instrucciones sobre el modo de organizarla, ya que él, por su próximo viaje al Chaco, no podia hacerlo.

Antes de su marcha y para satisfacer mis deseos púsame en relacion con cierto italiano muy entendido en el asunto de que se trataba; y despidiéndose de mí, partió para la otra orilla del Paraguay, en donde apesar de su valor á toda prueba, pereció en un ataque de indios. En la refriega fué bárbaramente degollado por los salvajes del Chaco, aquel hombre á quien habian respetado las mas terribles fieras.

Despues de la partida del desventurado Mecklein, me ocupé sériamente de llevar á cabo mi empeño; y siguiendo las instrucciones del cazador italiano á quien me recomendó, traté de buscar gente para realizar una batida en regla.

Habia por aquel entonces en la Asuncion una especie de barracon ó casa de tablas en el sitio denominado la Ribera, sobre cuya puerta ostentábase un gran letrero que decia en enormes y chillones caractéres *All 'Isola di Caprera.* Aquello tenia tanto de *restaurant* y de café, como de figon y de taberna. Lo mismo se servia allí un soberbio plato de *risotto* ó *tagliarini*, ó se jugaba una partida de billar, ó se apuraban unas copas de *cognac,* ó se daban opíparas y delicadas comidas, que se tramaban motines y complots ó se hacian vibrar las navajas por cualquier palabra dicha en tono de insulto ó amenaza.

El dueño, sobre su negocio de café, bodegon y *restaurant,* era carnicero; y á algunas leguas de la Villeta poseía en Pikysyry una dilatada hacienda en la cual pacían sus ganados. Llamábase Salvador Cogliolo, era napolitano, habia figurado en las agitaciones políticas de Roma durante los años de 1848 y 1849 y su hermano, que á la sazon vivia con él, habia sido uno de los que acompañaron á Garibaldi en la legendaria jornada de *los mil.* Ambos Cogliolo eran hombres de gran corazon, valientes á toda prueba, y se hubieran hecho matar cien veces por mí, como lo demostraron en repetidas ocasiones: apénas tuvieron conocimiento de mi propósito de cazar el tigre, se apresuraron á ofrecérseme como dos de mis acompañantes y pusieron á mi disposicion la hacienda que antes he mencionado, porque se hallaba enclavada entre el rio y las cuchillas llamadas Lomas Valentinas, sitios en que frecuentemente vagaban los animales que yo anhelaba batir.

Acepté la oferta de los Cogliolo; agregóse á la expedicion un rico comerciante de la ciudad, tambien italiano y llamado don Luis Patri, un suizo muy amigo mio y de nombre Tiberio Pasini, unos dos ó tres italianos más entre ellos un genovés, verdadero coloso, llamado Domenico Serviglieri, mi criado correntino Hilario y sobre unos ocho ó diez gauchos de Entre-Rios y de Corrientes, acostumbrados á cazar la fiera que íbamos á perseguir.

En pocos dias estuvo organizada la comitiva que debia acompañarme; y despues de los mas indispensables preparativos para la marcha, empecé á preocuparme de la forma en que la expedicion tendria lugar y del carácter que habia de dar á la batida.

Aconsejábame el recomendado de Mecklein que partiéramos, como él decia, sin *programa de la funcion* y que nos dejáramos las peripecias y el éxito á la ventura sin ocuparnos de la conducta que seguiríamos hasta estar sobre el terreno: pero yo, que durante todos aquellos dias habia recogido cuantas noticias me fueran posibles de boca de los hombres avezados á la caza del tigre y que, además, conocia por lectura los medios y sistemas empleados en otros países, para aprisionar ó matar á la fiera, hallábame indeciso sobre la conducta que habia de seguir la expedicion.

El caso no era para menos, vista la variedad de procedimientos que se emplean en la caza del tigre.

Los cazadores de oficio, aquellos que viven de la venta de los cueros y que no cuentan con mas recursos que su propia persona, ni mas armas que un puñal y una carabina, ni mas compañía y ayuda que la serenidad y un valor á toda prueba, esos cazadores emplean muchos dias en rastrear un tigre y, cuando han dado con su rastro, lo acechan en escondrijos peligrosos, casi siempre cerca de los lugares á donde va á beber la fiera, á la cual envian una certera bala que le parte el corazon y que por lo mismo no agujerea su hermosa piel mas que por un solo lado, que es una de las cosas á que atiende el cazador de oficio, casi con tanto ó mas cuidado, como á salvar la propia vida.

En algunos países de Asia los naturales salen á cazar el tigre adelantándose en carretas tiradas por bueyes. Apénas le distinguen dejan que se aproxime al alcance de las carabinas y entonces las descargan casi á la vez, apuntando á la cabeza de la fiera á fin de que quede muerta en el acto, pues de no hacerlo así, se arroja sobre la carreta y despreciando, por un instinto que no se explica, á los animales que la arrastran, saltan sobre aquella y haciendo presa en algun cazador, lo desgarra y tiene con los restantes una lucha horrible, en que el hombre suele llevar la peor parte casi siempre.

Existen tambien los cazadores que emplean lazos y trampas, pero este procedimiento, sobre ofrecer pocos lances, es el de menos resultados, pues no siempre es fácil obligar al tigre á que acuda al lugar del engaño, sobre todo en países en que aquel animal no se encuentre con mucha frecuencia.

Mátase tambien el tigre de una manera que, á mi juicio, es indigna del hombre. Me refiero al empleo del veneno.

Hay países en que, cuando se descubre la proximidad del tigre, se ata al pié de un árbol ó en una estaca un carnero ó cualquiera otro animal por el estilo y cerca de él, y de una manera bien visible, colócase una gran vasija con agua saturada de arsénico. Llega la fiera, desgarra á su víctima y cuando se ha recreado con su sangre va á mitigar la sed que aquella le ha despertado, apurando con ansia el agua que ha de producirle la muerte.

En las comarcas del Indostan, no solo en la península del Ganges, sino en la Indo-China y en las islas de Sumatra y de la Sonda, países clásicos del tigre y en donde se verifica su caza en mas alta escala y con toda la grandiosidad y aparato que tan solemne lucha entre el hombre y aquel poderoso animal requieren, organízanse verdaderas batidas compuestas de jinetes y de infantes que se pertrechan de todas armas y se valen del ausilio de perros y hasta de elefantes.

Entre tantos sistemas, confieso que me hallaba perplejo en la eleccion del plan que iba á poner en práctica con mis compañeros de expedicion; pero aun en tal perplejidad eliminé desde un principio los que implicaran la menor traicion, como el sistema de los lazos y trampas y el del veneno.

Entre los demás me seducia el último de los que he apuntado, pero á falta de perros amaestrados y de elefantes, indiqué al recomendado de Mecklein que deseaba que la caza fuese una verdadera batida, un ojeo en forma, á pié ó á caballo, segun los sitios, y con todas las peripecias de una lucha cara á cara y con las naturales contingencias de semejante empresa.

Consultados los correntinos y entre-rianos que habian de acompañarnos y que ya eran conocedores de la clase de empresa que se intentaba, fué decidido que una vez llegados á la posesion de Cogliolo se verificaria un verdadero ojeo; y que una vez conocida la madriguera ó la *querencia* del tigre, se le atacaria por los expedicionarios en la forma que acostumbraban hacerlo cuando, yendo en comitiva, daban con el animal.

Tomada esta determinacion, en la que no tuvo poca parte Hilario, como *vaqueano* (1) del país y bastante acostumbrado á habérselas con fieras de aquella especie, fijóse el dia de la partida y el lugar en que debíamos reunirnos los expedicionarios, para emprender la marcha, no sin haber expedido al sitio de la cace-

(1) Llámase así al que es práctico ó conocedor de los accidentes de un país y sirve de guia en el mismo.

ría y con dos dias de anticipacion un *chasque* (1) que averiguase sobre el terreno, cuantos datos pudieran darle las gentes del país acerca de la existencia ó apariciones de algun tigre en aquellos lugares.

VII

En una fresca madrugada de diciembre de 1870, época calurosísima en aquellas latitudes, salí de la Asuncion, acompañado de toda la partida que habia logrado organizar para dar cumplimiento á mis propósitos de caza.

La expedicion se componia de diez y ocho personas, jinetes todos sobre excelentes caballos, célebres muchos de estos por sus condiciones de *parejeros* (2) y todos notables por los excelentes resultados que reunian para la peligrosa y cansada batida en que íbamos á emplearlos.

Apénas salidos de la ciudad y salvados los eriales que la rodean por el lugar en que termina la calle de Pilcomayo, penetramos en la senda que serpentea por entre bosques de naranjos y arboledas dilatadísimas de algarrobos, algo diferentes éstos de los de Europa, y cuyas vainas estrechas como las de las judías, son comidas con grande estima por los guaranís, muchos de los cuales las machacan para hacer la bebida llamada *chicha,* que no es desagradable y que embriaga cuando se bebe con exceso.

El camino que llevábamos nos condujo hasta las faldas del pintoresco Lambaré por la parte opuesta al rio Paraguay, lado por el cual lo habia ya admirado algunos meses antes, desde la cubierta del vapor *Presidente.* Tambien esta segunda vez me llamó la atencion su forma geométrica semejante á un cono perfecto, en el cual parece que se hubiesen incrustado las copas de los mas frondosos árboles, porque tal es su espesura, que mas bien parece la montaña un inmenso grupo de grandiosos y tupidos matorrales, antes que promontorio cubierto de arbolado.

La hora era á propósito para toda clase de fantasías y la exuberancia de aquella vegetacion, la forma extraña del monte, el fuertísimo olor de los azahares que embriagaba los sentidos, y las sombras caprichosas que en forma de torreones, fantasmas y telas vaporosas rompian el horizonte en que el sol empezaba á imprimir los rojizos tintes de la alborada, todo ello influia de tal suerte en la ima-

(1) *Chasque* se llama en el rio de la Plata al emisario, correo, ó propio que se envia con alguna carta ó comision.

(2) Llámase *parejero* en aquellos países al corcel corredor, acostumbrado á entrar en el juego de carreras. El *parejero* suele no emplearse en mas trabajo en el de contender en las apuestas de velocidad.

ginacion del caminante, que en su cerebro se desvanecian los conceptos de la realidad, para llenarlo de idealismos é imágenes á cuales mas extraordinarias.

Poco á poco los rayos solares fueron enseñoreándose del paisaje y una hora despues de nuestra salida de la ciudad, ya la atmósfera fué adquiriendo la ardiente pesadez de aquellos climas.

A las nueve de la mañana hicimos alto en un rancho de guaranís, sitio que diputamos á propósito para verificar nuestro almuerzo. De léjos miráronnos llegar sus habitantes, pero los vimos desaparecer á medida que nos aproximábamos y en el momento de apearnos de nuestras cabalgaduras, no habia frente á aquella misera morada sino tres muchachos de unos cuatro á ocho años: dos de ellos varones, una hembra y todos ellos completamente en cueros.

—*¿Mamó parejó?*— (1) nos dijo el mayor de ellos; y cuando me disponia á responderle, aparecieron en el umbral, dos mozas ataviadas á usanza del país.

Las preguntamos si podíamos llegarnos á preparar nuestro almuerzo, y entendiendo sin duda que les pedíamos comida, nos contestó la mayor de ellas, que no representaba mas allá de veinte y cinco años, diciéndonos secamente:

—*¡Dipori!* (2)

—*¿Añeté?* (3)—replicó mi criado Hilario.

Y la misma muchacha, sonriéndose con aire burlon, le respondió:

—¡Enteramente!

Enteramente es una expresion española que los guaranís emplean de contínuo, hasta cuando hablan en su lengua, para dar mayor fuerza afirmativa á lo que dicen. Ocasiones ha habido en que, en frases de quince ó diez y seis palabras, he contado cinco ó seis veces el adverbio *enteramente*.

Trabada ya conversacion con aquellas gentes y enteradas de que no pretendíamos que se nos diese almuerzo, sino que, antes al contrario, íbamos á preparar la comida que llevábamos, queriendo que nos acompañaran en ella, nos brindaron con su ayuda y hasta nos instaron á dejar nuestras cabalgaduras y á que entráramos á descansar en el rancho.

Desmontamos todos, y mientras Hilario y los correntinos se ocuparon en preparar la vituallas, yo penetré con Pasini, Patri y los hermanos Cogliolo en la habitacion de las guaranís.

El rancho era espacioso. En uno de sus rincones habia un arca de madera, so-

(1) En lengua guaraní significa: *¿á dónde vas?*

(2) En guaraní, *¡no hay!*

(3) ¿Es verdad?

bre la cual hubieran podido sentarse cómodamente cuatro ó cinco personas. En otro veíase una mesa y esparramados por el resto del local estaban una silla muy baja con asiento de cáñamo y cuatro ó cinco pedazos de troncos de árbol, á guisa de escabeles ó taburetes redondos, en que poder sentarse.

En las cuatro paredes aparecian enclavadas argollas de hierro, de las cuales pendian dos hamacas tejidas con cáñamo.

En el fondo del rancho y frente al de entrada, habia un ancho portal que daba acceso á una especie de corral ó cercado, techado en parte con hojas de bananero, paja totora y ramaje seco, entrelazadas unas cosas con otras. Debajo del cobertizo veíase un fogon ú hogar formado con grandes piedras, y no léjos de él estaba un enorme mortero abierto en el tronco de un árbol y en el cual hallábase machacando maíz una anciana, que luego supe ser la madre de las dos paraguayas que nos recibieron.

Acomodose una de éstas en la hamaca, apénas mis compañeros y yo hubimos penetrado en la choza ó rancho; y una vez tendida y en tanto que se balanceaba pausadamente, púsose á torcer tabaco para ofrecernos cigarros.

Su hermana me brindó con la otra hamaca, para que me instalase en ella, mientras se ocupaba en prepararnos algunas docenas de naranjas.

Eran los obsequios obligados del país.

Así como en el Rio de la Plata lo primero que se ofrece al viajero ó al visitante es el apetitoso *mate*, en el Paraguay se les brinda, antes que todo, el tabaco de amarillenta hoja ó la dulcísima y refrescante naranja.

El *mate* es allí lo secundario para el obsequio, por lo mismo que es lo mas comun y que la *yerba* es el producto principal y característico del país.

Apénas nuestras paraguayas hubieron terminado sus preparativos, empezamos á chupar gran número de naranjas y á aspirar el humo del fuertísimo tabaco del Paraguay. El sabor de éste es tan distinto del de los demás climas, que ni por su aroma, color, ni fuerza puede confundirse con ellos. Quien no lo haya probado, es indudable que saldrá con la boca inflamada la primera vez que lo fume; pero luego se acostumbrará fácilmente al sabor picante y algo dulce de aquella hoja. Esta es torcida con flojedad y al hilarse la tripa dentro de la capa que da forma al cigarro, queda elaborada con tanta blandura, que arde rápidamente y sin que se apague casi nunca.

Despues que mis amigos y yo dimos fin á las naranjas que nos ofrecieron las dueñas del rancho, nos enteraron de su historia.

Era exactamente igual á la de todas las mujeres paraguayas en aquella época. Sabida la de una, sabíanse las de todas.

De aquellas dos hermanas, una no recuerdo como se llamaba; la otra tenia por nombre Irene.

No conocian á su padre. No lo habian visto jamás. Su madre tampoco habia vuelto á saber de él, despues que la dejó con las dos hijas para ir á servir en la escolta del Supremo. (1) Su madre era aquella misma anciana que poco antes habia yo visto en el corral machacando maíz: habia criado y mantenido á ambas mozas mientras fueron niñas, y luego vivió á cargo de ellas, desde que apénas fueron mujeres, cada una de ellas tuvo su *caraí*. (2)

Es rara la jóven que á los once y hasta á los diez años no tiene en el Paraguay su marido, llamando así al *caraí* que las hace madres, sin que medien mas lazos que los de los puestos por la naturaleza.

Irene y su hermana habian tenido los hijos que á nuestra llegada nos habian dirigido la palabra en la puerta del rancho. Despues estalló la guerra contra los *cambais*; (3) el Supremo llamó á las armas á sus *maridos* como á todos los paraguayos y siguieron la suerte de la inmensa mayoría: morir acribillados por las balas de la Triple Alianza (4) en defensa del poder autócrata de Lopez.

Desde entonces aquella familia vivia de maíz sembrado en las cercanías del rancho, bebian frecuentemente *chicha* y el resto de su alimento se componia de frutas y algunas miserables legumbres.

Descritas las costumbres y el tipo de los habitantes de aquel rancho, quedan descritos los de todos cuantos vivian entonces diseminados por el territorio de la República, desde las márgenes del rio Apa al Paso de la Pátria, de Norte á Sur, y desde las aguas del Paraguay á las del Paraná, de Occidente á Oriente. Solo en la Asuncion, Villarrica y alguna que otra poblacion menos importante, podrian hallarse algunas diferencias.

El tipo y traje de la paraguaya es casi siempre el mismo, espléndidamente representados en aquellas mujeres halladas en nuestro camino.

Ambas eran altas, esbeltas, ricas en curvas, formas que mas parecian hechas á cincel de artistas que por obra de la naturaleza. Tenian el rostro rigurosamente

(1) Los paraguayos designaban con este título á sus dictadores, desde el doctor Francia.

(2) «Hombre,» en lengua guarani.

(3) Significa *negros*, nombre que por escarnio daban los paraguayos á los brasileros.

(4) De 1.200,000 habitantes que tenia el Paraguay antes de la guerra, quedaron apénas 30.000, casi todos mujeres y niños. Los hombres puede decirse que fueron exterminados.

oval, ojos rasgados y expresivos, los de Irene azules como el cielo, los de su hermana negros como un globo de azabache; nariz pequeña, recta y delgada; boca de lábios muy rojos y dientes pequeños y blanquísimos; el color de la tez trigueño, exactamente igual al de las sevillanas. El cabello de entrambas era abundante y rubio como el oro, reunido en dos gruesas trenzas que, enlazándose sobre el cuello, venian á formar un gracioso arco, luciendo sobre el fondo moreno que para mayor realce le prestaba el cutis.

El busto de aquellas graciosas cabezas se erguia encerrado por los bordes del airoso *tipoy*, camisa de escote rectangular, festonado en negro por un caprichoso bordado de algodon ó de lana, de dos ó tres dedos de ancho. Este *tipoy* se apoya por el pecho sobre el seno, cuya morbidez cubre y hace resaltar, y cae por la parte opuesta hasta media espalda, cuyas redondeadas formas deja al descubierto. Cíñese el *tipoy* con una blanquísima enagua que baja hasta el tobillo, dejando á la vista los piés, siempre desnudos, siempre limpios y siempre diminutos como los de una granadina.

Este traje que es el usual de las mujeres paraguayas, se completa muchas veces con una sábana en la cual se embozan graciosamente, haciendo que su parte superior siga el escote del *tipoy* y deje libres á la vista aquella torneada garganta y aquella deliciosa espalda, que dan al busto de las guaranís todas las apariencias de una estátua digna del cincel del mas inspirado artista.

Los adornos son casi siempre arracadas de oro puro: y es necesario que se halle la paragnaya en la mas extrema pobreza, para que no las lleve. Otras veces cubren sus dedos con infinitas sortijas, tambien de oro, formadas todas ellas por cuatro, seis y hasta diez aros unidos entre sí, por un lazo especial hecho á martillo. Tambien suelen usar unos collares de gruesas cuentas del citado metal, con los cuales dan sendas vueltas á su hermosísima garganta y completan el tocado con una peineta bastante alta, toda ella de oro puro, que se colocan con mucha gracia y muy torcida, entre el arranque de las dos trenzas de su cabellera. Las guaranís que así se atavían son mujeres que disfrutan algunas comodidades y se las designa con el nombre de *qüyguaberá*, que vale tanto en su lengua, como decir *peineta de oro*.

Ni Irene ni su hermana eran *qüyguaberás*, aun cuando por su belleza merecian serlo; pero no dejaban de lucir los grandes pendientes que caen sobre el cuello de todas las paraguayas.

Despues que nos sirvieron cigarros y naranjas y mientras Hilario y los cor-

rentinos preparaban el almuerzo y durante la conversacion que nos enteró de la historia y existencia de aquellas gentes, mis compañeros se habian instalado en la silla y los escabeles de aquella morada; Patri se habia aproximado á mecer la hamaca en que estaba tendida la mayor de las paraguayas, y la mas jóven, que tenia por nombre Irene, vino á acomodarse familiarmente á mi lado en la hamaca en que yo me columpiaba.

Estos y otros actos mayores de confianza son tan comunes en el Paraguay á la luz del dia y á la vista de todos, que no debe sorprender al lector hallarlos en este relato.

Llegó la hora del almuerzo. Todos hicimos honor á las provisiones y tras el descanso en que dejamos trascurrir las horas mas ardorosas del dia, volvimos á ensillar nuestras caballerías, despedímonos de las gentes del rancho y dimos continuacion á nuestra jornada.

Por entre caminos difíciles de describir, por la esplendidez de su panorama, llegamos á la Villeta.

Contemplé allí los horribles estragos hechos por la artillería de los aliados en los edificios de la poblacion, durante la pasada guerra; y convenciéndome una vez más del crímen de ésta, por la desolacion y miseria en que viven los ancianos, las mujeres y los niños que en escaso número forman el núcleo de los habitantes de la Villeta, salimos de ésta dejando el rio á nuestra derecha é internándonos por entre frondosos bosques de aromosos naranjos, apiñados algarrobos y jigantescos é imponentes ombús *tatarés,* cedros y lapachos.

Sorprendiéronme de vez en cuando verdaderos mónstruos de vejetacion; que de tales deben ser calificados el *uruadeiirai,* el *yrundei,* el *timbé,* el *papamundo* y otros, cuyas últimas ramas piérdense en las nubes, cabe cuyo follaje parecióme que podian cobijarse compañías enteras de soldados, cuyos troncos no hubieran rodeado muchos hombres y cuya sola presencia impone, sorprende, graba indeleblemente en la memoria el espectáculo de las mas grandes y hermosas manifestaciones de la naturaleza, y cuyo testimonio convence de la pequeñez de nuestros bosques europeos.

La madera del *uruadeiirai,* dice Azara, «se emplea en muebles preciosos, porque es durísima, de fondo amarillazo, con vetas tan vivas, negras, rojas y amarillas, que quizá ninguna madera le iguala en esto.» Y luego añade: «Verdad es que se confunden y oscurecen con el tiempo, pero se preservarian con algun barniz. Es árbol de primera magnitud y muy grueso como el otro *irimdei;* pero á

pesar de su dureza, le persiguen mas que á ninguno unos gusanos como el dedo; de modo que pocas veces pueden sacarse tablas que pasen de media vara de anchura.» Dice del *timbé* «que es un arbolon de primer órden, bastante sólido, no pesado y de madera que jamás se raja; por cuyos motivos la prefieren para canoas y para cajas de escopeta.» En cuanto al *papamundo,* afirma ser «de la mayor corpulencia, de bellas hojas, muy frondoso y de un fruto como ciruelas, que comen los de paladar grosero.»

Por entre aquellos espesos y admirables bosques, unas veces corriendo con rapidez sobre el tupido pasto de los deliciosos potreros, otras marchando cuidadosamente al paso por las angostas picadas y escabrosos recodos de la selva y, no pocas, tropezando en el cauce quebradísimo de los arroyos que como el Avay, (1) el Itororó (2) y el Ipané (3) arrastran sus aguas hasta perderse en el Paraguay, nos acercamos por fin á Pikysyry, comarca de triste recordacion para el pueblo paraguayo y todavía sembrada con miles de esqueletos, en aquellos dias de mi escursion: horribles testigos de la ferocidad humana, destrozados unos por la accion del tiempo y el choque de las balas, y otros conservados intactos entre los matorrales, el pasto y la hojarasca que cubren aquel feracísimo terreno.

Empiezan en aquel lugar las suaves pendientes que constituyen aquellas pintorescas ondulaciones del país, conocidas comunmente con el nombre de Lomas Valentinas, teatro de la mas empeñada y decisiva batalla que tuvo lugar durante la guerra de los aliados contra Lopez y que, aniquilando al ejército paraguayo, decidió el éxito de la guerra, á favor de los invasores. Allí están Itavaté y Cerro Leon, lugares en que quedó demostrado el poder de la Triple Alianza, la cobardía y falta de carácter de don Francisco Solano Lopez y que produjo la rendicion de Angostura, verdadero epílogo en que remató la homérica lucha del pueblo paraguayo.

He de confesar la preocupacion de mi ánimo al recorrer aquellos sitios empapados con sangre de tantos héroes y en los cuales resonaron los ayes de tantos moribundos, las imprecaciones de los vencidos y los gritos de alegría de los vencedores.

Mientras los cascos de mi caballo destrozaban cráneos y torax y millares de huesos, vagaban en mi imaginacion sangrientas imágenes y brotaban en mi cere-

(1) *I*, agua; *ava*, indio: arroyo del indio.
(2) *I*, agua; *tororó*, cascada.
(3) *I*, agua; *pané*, torcida: arroyo tortuoso.

bro luctuosas ideas de destruccion y vandalismo. Los ojos vagaban por aquel suelo cubierto de restos humanos, destrozos de armas y pertrechos, y en mis oidos zumbaban ruidos desconocidos y siniestros, mientras que por un efecto que no podria explicar, parecíame que las ventanas de mi nariz se contraian y dilataban sucesivamente como si llegara á ellas el humo embriagador de la pólvora ó el hedor repugnante de la sangre.

Seguido por tal cortejo de pensamientos y fantasías, llegué á la cumbre de la Loma, junto á los muros de la misma casa en que el Dictador Lopez abandonó á los suyos, huyendo cobardemente de las tropas aliadas, que consiguieron llegar á aquel sitio con todo género de privaciones y sacrificios, tras un mes, próximamente de combates diarios, desde los primeros dias de diciembre de 1868 hasta 27 del mismo.

Magnífico espectáculo fué el que se presentó á mis ojos desde la histórica altura en que me hallaba.

VIII

¡Espléndido panorama!

Pocos recuerdo en mi vida, tan variados y de tan imponente belleza y majestad.

La mano del hombre y la expontaneidad de la naturaleza habian trabajado de consuno para ofrecer un conjunto extraño de soledad y de poesía; de tristeza y de hermosura; de desolacion y de encanto irresistible.

Allá en el horizonte, cortando las luces postreras del firmamento, ondulaba la línea confusa, severa, inmensa é imponente de las selvas del misterioso Chaco. Delante de aquellas confusas espesuras serpenteaba, cual cinta de plata, la línea del Paraguay separando la region argentina, de la tierra guaraní.

En la márgen mas acá del rio, distinguíanse los destrozados terraplenes y casamatas de las baterías de la Angostura, y desde aquel punto extendíase la dilatadísima llanura que, desde las orillas de la corriente, termina al pié de Loma Valentina, de Itavaté, de Cerro Leon, de todas aquellas colinas cubiertas de arbolado y en las cuales fueron destrozados los restos del poder dictatorial de Lopez.

Aquella extensísima planicie que se dilataba ante mis ojos, cubierta entonces de tupido pasto, era surcada á lo largo de muchas millas por una raya de trazados angulosos, color sombrío y rojizo, mudo testigo de la defensa del pueblo pa-

raguayo, último resto de la inmensa trinchera con que el Dictador quiso poner valla á los ejércitos extranjeros. Línea rota en mil partes por las bayonetas aliadas y sembrada entonces de esqueletos, cureñas y otros despojos de la industria y de la saña humana.

La verde alfombra de la llanura era á trechos manchada por algunos bañados que reflejaban pálidamente la luz mortecina de la tarde y mas cerca de mí, enviábanme sus gratos perfumes los árboles de las laderas de la Loma. Por entre ellos estaban abiertas las picadas de estrechos boquerones que el dia de la lucha vomitaron primero la metralla y la muerte sobre brasileros y argentinos, así como despues arrojaron masas de soldados sobre los últimos defensores paraguayos de la salvaje autocracia de los Lopez.

Todo eran allí recuerdos dolorosos de las cruentas jornadas de 1868 entre las mas espléndidas magnificencias de la vegetacion y del ambiente tropicales.

Allí tuvo lugar uno de los mas sangrientos dramas de la moderna historia americana; una de las luchas mas pertinaces y obstinadas; uno de los mas desconocidos y grandiosos ejemplos del patriotismo.

Tras los contínuos combates que durante cada dia del mes de diciembre del referido año se verificaban en aquellos pintorescos lugares, llegó el 17 de dicho mes, en cuyo dia la caballería brasilera, mandada por el bizarro general Menna Barreto, hizo un peligroso reconocimiento de las posiciones de Lopez, sorprendiendo en el movimiento al regimiento número 45 de caballería paraguaya, que fué destruido por completo, salvándose tan solo el jefe y uno ó dos soldados. Casi al mismo tiempo recibió el marqués de Caxias, general en jefe de los aliados, la órden del emperador del Brasil mandándole que arriesgase hasta el último de los hombres que tenia á sus órdenes, para dar una solucion inmediata á la guerra. Aprestóse pues al golpe definitivo; y fuerte de 25,000 hombres el ejército brasilero, púsose en marcha y el dia 21, dividido en dos columnas, reconoció el frente de los paraguayos en Ita-Ivaté y tomó posiciones delante de los puntos mas fuertes de la extensa línea de defensa.

Mientras tanto Menna Barreto con su caballería, algunas piezas y pocos infantes, atacaba por retaguardia las trincheras de Lopez, barriéndola de enemigos, matando como 700 hombres, haciendo 200 prisioneros, casi todos ellos heridos, y apoderándose de toda la artillería que defendia la línea paraguaya hasta cerca una milla de la Angostura, formidable reducto en que se apoyaba la extremidad de la trinchera.

Algunos de los paraguayos derrotados en la izquierda de la trinchera de Pikysyry lograron incorporarse á Lopez y le reforzaron. A las tres de la tarde todo el ejército brasilero generalizó el ataque convergiendo sus esfuerzos contra el cuartel general del Dictador, desde cuyo punto estaba yo entonces contemplando el teatro de la pasada lucha.

Duró aquel recrudecimiento del combate mas de tres horas, durante las cuales los aliados se apoderaron de catorce piezas, incluso un poderoso Whitworth de treinta y dos. Los brasileros consiguieron introducirse por una picada muy oculta y casi llegaron á la casa de Lopez, pero la escolta de éste los cargó y pudo lograr rechazarlos. Las pérdidas de los que atacaban fueron inmensas, porque habian elegido para avanzar los únicos desfiladeros que existian frente á las líneas del Dictador, en vez de valerse de un rodeo, mediante el cual hubieran podido atacar en la formacion que se les hubiese antojado, con menos peligro sí, pero no con tanto heroismo. Lopez perdió aquel dia no solamente las fuerzas que defendian las trincheras de Pikysyry, sino tambien la mayor parte de las que tenia en Ita-Ivaté, por lo cual mandó bajar los refuerzos que habia en Cerro Leon y Caapucú y ordenó á su jefe de ingenieros Jorge Thompson, que á la sazon defendia las baterías de Angostura, que se abriese paso por entre los aliados y que con las tropas de su mando fuese á incorporársele.

Los brasileros perdieron 3,500 hombres entre muertos y heridos, figurando entre los últimos al Baron del Triunfo.

El 22 y 23 fueron empleados por los aliados en hacer noche y dia fuego de rifle sobre el cuartel general de Lopez, avanzando la division argentina desde las Palmas hasta reunirse á Caxias, el cual hizo venir tambien toda su artillería de campaña. El último de dichos dias, llegó de Cerro Leon un batallon paraguayo fuerte de 500 hombres y además otras tropas de refresco procedentes de Caapucú formando un batallon de infantería y un regimiento de caballería. Los marineros de los vapores fueron tambien casi todos desembarcados y se reconcentraron los destacamentos de algunas posiciones vecinas. Total de nuevas tropas: 3,000 soldados de todas armas.

Así las cosas, llegó el dia 25, en cuya mañana el Dictador recibió la siguiente intimacion firmada por los generales de los ejércitos aliados.

«Campamento frente á la »Loma Valentina, diciem- »bre 24 de 1868. (A las 6 de la »mañana.)»

«A. S. E. el señor mariscal Francisco Solano Lopez, Presidente de la República »del Paraguay, y General en Jefe de su ejército.»

«Los abajo firmados, generales en jefe de los ejércitos aliados y representan- »tes armados de sus gobiernos en la guerra á que fueron sus naciones provocadas »por V. E., entienden cumplir un deber imperioso que la religion, la humanidad »y la civilizacion les imponen, intimando á nombre de ellas á V. E. para que den- »tro del plazo de doce horas, contadas desde el momento en que la presente nota »le fuese entregada y sin que se suspendan durante ellas las hostilidades, de- »pongan las armas, terminando así ésta ya tan prolongada lucha.

»Los que firman saben cuales son los recursos de que puede V. E. disponer »hoy, tanto en relacion á la fuerza en las tres armas, como en lo relativo á muni- »ciones. Es natural que V. E. conozca á su turno la fuerza numérica de los ejér- »citos aliados, sus recursos de todo género y la facilidad que siempre tienen para »hacer que ellos sean permanentes. La sangre derramada en el puente Itororó y »en el arroyo Avay debia haber determinado á V. E. á economizar las vidas de »sus soldados en el 21 del corriente, no compeliéndolos á una resistencia inútil. »Sobre la cabeza de V. E. debe caer toda esa sangre, así como la que tuviere que »correr aun. si V. E. juzgare que su capricho debe ser superior á la salvacion »de lo que resta de la República del Paraguay. Si la obstinacion ciega é inexpli- »cable fuese considerada por V. E. preferida á millares de vidas que aun se pue- »den ahorrar, los abajo firmados responsabilizan la persona de V. E. para ante «la República del Paraguay, las naciones que ellos representan y el mundo civi- »lizado, por la sangre que á raudales va á correr, y por las desgracias que van á »aumentar las que ya pesan sobre este país.

»La respuesta de V. E. servirá de gobierno á los infrascritos, que tomarán »como negativa, si al fin del plazo marcado no hubieran recibido cualquier con- »testacion de la presente nota.»

(Firmados),

MARQUÉS DE CAXIAS.—JUAN A. GELLY Y OBES.—ENRIQUE CÁSTRO.

Con el envio de la nota anterior puede decirse que principiaba el desenlace de aquella sangrienta y dilatada jornada.

Al romper la madrugada del 25 de diciembre los brasileros iniciaron un horrible bombardeo con 46 piezas. Este fuego de cañon fué el mas nutrido y espantoso de toda la guerra. Los disparos eran certeros causando gran número de bajas y destrozos; y los proyectiles que se lanzaron contra el cuartel general, partieron el asta de la bandera que flameaba sobre la casa de Lopez y junto cuyas paredes, contemplaba yo aquel teatro de la pasada refriega; rompieron además una viga de aquel edificio y desmontaron no pocas piezas de las que todavía conservaban los paraguayos.

Por la tarde vió el Dictador algunas fuerzas de caballería á su retaguardia, y ordenó que fuese á combatirla su regimiento de dragones, que hasta entonces habia sufrido poquísimo: al principio repelieron algo á los brasileros: rodeados despues por el enemigo y completamente aniquilados, retiráronse en número de unos 50 hombres volviendo á donde estaba Lopez, que los habia observado sin poder mandarles tropas que los protegieran. A todo esto las bajas redujeron el contingente de los paraguayos á algo mas de 3,000 hombres, mientras que á los brasileros no les quedaban sanos 20,000 soldados de los 32,000 que tenian al principio de diciembre. La division argentina no habia entrado todavía en accion, y fué la destinada á dar á Lopez el golpe de gracia.

El dia siguiente continuaron con mas ó menos empeño el fuego de fusilería y las escaramuzas.

En la mañana del 27, despues de otro nutrido bombardeo, los aliados avanzaron sobre las líneas del Dictador, formando la vanguardia los argentinos. La línea era tan extensa que no presentaba gran resistencia, á menos que sus defensores se reconcentraran sobre el cuartel general (casa de Lopez), operacion que intentaron realmente, pero que no pudieron llevar á cabo por la impetuosidad y audacia con que llevaron el ataque los batallones argentinos. La bandera argentina fué la primera que ondeó en Ita-Ivaté.

Los paraguayos hicieron una resistencia desesperada y pelearon individualmente contra batallones enteros, hasta que no quedó uno solo. Su heroismo era digno de causa mas justa y mas sublime que la defensa de un dictador brutal y cobarde. Toda la artillería de Lopez estaba desmontada y las dos únicas piezas que aun hacian fuego, hallábanse colocadas sobre montones de tierra, á falta de cureñas. Los heridos que pudieron y como unos doscientos á trescientos hombres

sanos, se refugiaron en las selvas situadas á retaguardia de la casa de Lopez, pero se vieron luego rodeados por los enemigos y poco á poco fueron cayendo todos en su poder. Lopez, por su parte, apénas vió el avance resuelto de los aliados, se retiró con uno ó dos hombres en direccion á Cerro Leon, pasando por una picada abierta, practicable todavía á mis espaldas, y que habia hecho abrir para el caso de una fuga. Partió aquel déspota vulgar tan precipitadamente, que hasta á su funesta y célebre concubina doña Elisa Lynch dejó abandonada á su suerte, teniendo que vagar por entre las balas buscando por todos lados al fugitivo. Pero lo mismo que los generales Resquin y Caballero logró escapar y reunirse con él, del mismo modo que algunos hombres de caballería. Todos los bagajes de Lopez fueron tomados: sus carruajes, ropas, documentos, sombrero, el famoso poncho con franja de oro de que tanto se habló durante la campaña, y hasta algunas de sus esclavas, especie de serrallo que formaba parte de su séquito, todo cayó en poder de los aliados junto con los bagajes.

Algunos afortunados prisioneros brasileros fueron salvados por la rapidez del ataque, pues el Dictador habia hecho volver grupas á uno de sus ayudantes, para que aquellos fuesen pasados á cuchillo; pero el ayudante quedó en poder de los argentinos y los presos fueron salvados de una muerte segura.

Lopez habia hecho fusilar bárbaramente á su hermano Benigno el dia 25, y además al obispo, al general Berges, al coronel Alen, á la esposa del coronel Martinez y al general Barrios, casi todos miembros de su familia y personas las mas allegadas á su persona. A sus hermanas Inocencia y Rafaela las habia mandado antes á Cerro Leon, despues de haberlas hecho azotar cruelmente varias veces por sus soldados y de haberlas martirizado alimentándolas varios meses con un cuero de vaca.

En aquellas últimas horas de su dictadura habia llegado al paroxismo de la crueldad y ya no se cuidaba de disfrazar su repugnante cobardía. Durante toda la guerra nunca se habia Lopez expuesto al fuego de los enemigos, y si bien en aquellos últimos dias se le vió mas cerca del combate, tampoco expuso su persona, porque ó siempre se hallaba fuera de tiro ó protegido por los espesos muros de la casa en que se habia encerrado. Durante los últimos dias de diciembre juró repetidas veces á las tropas que permaneceria con ellas y vencería ó que moriria con ellas en Ita-Ivaté. Así fué que cuando se fugó, casi sin oler la pólvora, los soldados á pesar de creer siempre bien hecho lo que él hacia, sintiéronse disgustados y maldecian su falta de valor, del cual ellos daban á cada paso grandiosos ejemplos.

Apénas se formalizó el ataque en Ita-Ivaté, Lopez abandonó su casa y ordenó levantar una tienda en los montes, como una milla á retaguardia. Sin embargo, mientras los enemigos atacaban, él permanecia montado á caballo resguardado detrás de las tapias de su casa. Su escolta se mantenia á corta distancia, pero en vez de hallarse cubierta como él, resistia en sitio abierto el fuego de los aliados y sus hombres caian heridos ó muertos unos tras otros y sin dejar oir una queja ni una imprecacion.

De vez en cuando aquel jefe inepto y perverso los mandaba ir á combatir. diciéndoles simplemente:

—¡Váyanse á pelear!

A estas palabras aquellos autómatas avanzaban hácia el lugar de la refriega y si bien los mas prudentes volvian pronto, los más sucumbian valientemente, víctimas de su obediencia. El coronel Toledo, anciano de cerca setenta años y jefe de la escolta desde tiempo inmemorial, fué mandado á pelear armado de una lanza y pocos minutos mas tarde trajeron su cadáver. Casi toda la escolta y sus oficiales superiores fueron muertos ó gravemente heridos. Parecíase aquello á los últimos momentos de sacrificio de una nueva y extraña Guardia Imperial exterminada por los últimos botes de metralla en un segundo Waterlóo, al desplomarse el poder omnímodo del Dictador paraguayo.

Con la fuga de Lopez terminó la prolongada y sangrienta jornada conocida en la historia bajo el nombre de batalla de Lomas Valentinas. Toda la comarca de Pikysyry con sus llanuras, sus trincheras y colinas, todo quedó en poder de la Triple Alianza y desde aquel dia la existencia del Dictador fué una verdadera desbandada de sus parciales y familia, por entre las selvas y desfiladeros, hasta perecer á manos del último de los soldados brasileros, en las arenas del arroyo Aquidaban.

IX

No fué mi espíritu el único que se impresionó con la memoria de aquella exterminadora lucha, al llegar la comitiva á las Lomas Valentinas. Mis compañeros fueron tambien presa de aquellos recuerdos de exterminio y de ruina, cuyos vestigios pisoteaban nuestros caballos y cubrian toda la comarca desde las orillas del Paraguay, hasta el interior de los mismos bosques por entre cuyos senderos llegamos junto á los muros del que fué cuartel general del Dictador.

Despues de haber contemplado el vasto panorama que se ofreció á nuestros ojos y de habernos embebido en el recuerdo de la pasada guerra, tratamos de informarnos sobre la existencia del tigre en aquellos contornos.

En el caseron que habitó Lopez encontramos un viejo paraguayo que nos dió noticias acerca de lo que deseábamos.

Desde la última campaña, la presencia de la fiera en aquellos sitios fué mas frecuente que antes, tal vez por razon de los despojos de hombres y animales que por tanto tiempo cubrieron el terreno de la lucha. Díjonos que el tigre solia vagar por las dilatadas extensiones de pajonales que cubren la llanura, habiéndosele visto rondar junto á los bañados, durante el dia, y cerca de las habitaciones, durante la noche, en donde solia hacer presa en los caballos y vacas *tamberas* (1) que quedaban en los galpanes y corrales. (2)

Enterados de estos detalles poco precisos, determinamos descansar aquella noche en la casa de Salvador Cogliolo y á la madrugada siguiente dar principio al ojeo en todos aquellos contornos, para cerciorarnos de las correrías, hábitos y madriguera del animal, cuyo encuentro deseábamos.

Descendimos de la Loma y despues de recorrer una buena parte de aquellas llanuras cubiertas á grandes trechos por peligrosos bañados y donde quiera sembrada de restos de cadáveres, armas y recuerdos de la pasada guerra, llegamos al edificio del napolitano en donde habíamos de establecer nuestro cuartel general y centro de operaciones, mientras durase la expedicion que habíamos empezado.

Desensillados los caballos y asegurados en los galpones que rodeaban la casa, no sin dejar uno de los correntinos en acecho para evitar la aproximacion de algun animal dañino, recogímonos todos á descansar, unos en colgantes hamacas, otros en algun jergon de los peones (3) y otros, no pocos, en el *recado* (4) de sus propias cabalgaduras.

El cansancio del camino no me dió lugar á muchos pensamientos una vez acomodado en mi hamaca. Dormíme pronto y hubiera sido dilatado mi sueño, si

(1) Llamase *tambo* al lugar en que se expende leche, y ganado *tambero* el que se destina para ordeñar.

(2) El *galpon* es una especie de cobertizo en el cual atan los gauchos los caballos destinados al trabajo de las estancias ó haciendas y en el corral se encierran de noche las vacas tamberas y otros animales de uso domestico. Tanto el *galpon* como los corrales existen al rededor y á muy corta distancia de las viviendas del campo.

(3) Peon se llama á los gauchos empleados en cada *estancia* ó hacienda para el cuidado, recuento y muerte del ganado.

(4) Llaman los gauchos recado á todos los objetos que componen la montura y demás arreos del caballo. Con sus diversas partes como son los *lomillos*, *jerga*, *carana* y demás partes forman una cama bastante cómoda.

mucho antes de que despuntara el dia, no fuera Hilario á despertarme dándome el clásico *mate* (1) del país. Incorporéme y mientras apuraba seis ó siete *cuyas* de aquella sabrosa yerba, vestíme y púseme en disposicion de volver á montar á caballo. Así lo hicimos todos los de la comitiva; y llevando á nuestra cabeza al recomendado de Mecklein, cuyo nombre era Batista, y cuya jefatura le correspondia de derecho en aquella empresa, empezamos á bordear, al paso de nuestras cabalgaduras, los extensos bañados de aquella comarca, en donde nuestro guia creyó posible encontrar algun rastro ó despojo, que nos acusaran la proximidad ó el paso del tigre en tales sitios.

Formábamos juntos un apretado escuadron de bastante decision y fuerza para poder luchar contra la fiera con ventaja; y como en la comitiva venian, á mas de Batista, algunos correntinos y entre-rianos que habian cazado innumerables veces al tigre, podíamos arrostrar tranquilos la contingencia de hallar en nuestro camino á una pareja de aquellos animales, macho y hembra, que es, segun dijeron entonces los hombres prácticos en la materia, el peor lance que puede desearse en una batida como la que acabábamos de emprender.

No habia el sol asomado todavía su clarísima faz por entre las sombras de Oriente, cuando á pesar de las vueltas y revueltas que dimos por aquellas soledades, no nos fué dable encontrar á nuestro tránsito sino alguna que otra res de las de los rebaños de Cogliolo ó alguna *mulita* (2) huyendo ante nosotros, ó los *acutis* (3) pasando veloces por entre los cascos de nuestras cabalgaduras.

Convencido Batista de que era inútil buscar durante mas tiempo entre los pajonales en que se ocultaban nuestros caballos y por encima de los cuales sobresalíamos nosotros tan solamente desde el pecho para arriba, emprendió la marcha á lo largo de la inmensa trinchera cuyos restos, cubiertos de huesos humanos, nos sirvieron de guia para aproximarnos á la selva que cubre las Lomas Valentinas. Al llegar á ella alumbraba ya el sol aquel espléndido paisaje y desde entonces nuestro jefe dividió la comitiva en tres grupos, trazando á cada uno de ellos la direccion y conducta que habia de seguir dentro del monte.

(1) Es una yerba peculiar del Paraguay, la cual se seca y desmenuza para tomarla en infusion con agua caliente y azúcar. El agua, el azúcar y el *mate* se ponen en unas calabacitas especiales llamadas *cuyas*, y por el agujero de ellas se introduce un canuto de plata, abierto por un extremo y por el otro tapado con una especie de bolsita del mismo metal llena de agujeritos. Llámase esta pieza *bombilla* y por medio de ella se chupa la infusion teiforme del mate, el cual se llama *mate cimarron* cuando se toma sin azúcar. Esta bebida es alimenticia y sustituye al café y al té.

(2) Cuadrúpedo muy comun en el Rio de la Plata y de carne muy sabrosa, cubierto por una armadura que le cubre el lomo, que se compone de varias piezas y que tiene la dureza de la concha de las tortugas.

(3) Animal roedor, mayor que la rata y sin cola; notable por la gran velocidad de su carrera.

En el grupo del centro, mandado por Batista, íbamos Salvador Cogliolo, mi criado Hilario, yo y dos ó tres correntinos. El resto de la expedicion se dividió en otros dos pelotones que habian de explorar la selva por nuestros flancos, á dos ó trescientos metros de distancia de nosotros. El peloton de la derecha iba dirigido por el gigante Serviglieri y el del flanco izquierdo llevaba por jefe á uno de los correntinos, muy experimentado en aquel género de exploraciones.

La órden de Batista fué que el grupo que hallara indicios del tigre, ó al tigre mismo, tocara un silbato particular hecho con caña, y que una vez oida la seña, se replegasen los demás pelotones hácia donde se tocara aquel instrumento. El peloton del centro habia de distinguirse por un toque prolongado; el de Serviglieri por un toque largo y seguido de otro corto; y el de la izquierda por uno prolongado y dos breves.

Con tales instrucciones, nos separamos los cazadores y estuvimos vagando inútilmente por aquellas soledades hasta las once de la mañana, hora en que Batista hizo la seña convenida. Aparecieron á poco los otros dos pelotones y se procedió á la comida y al descanso.

Por la tarde recorrimos nuevamente el monte en la misma disposicion y con iguales prevenciones que por la mañana, sin que durante muchas horas fuese mejor nuestra fortuna. Desesperábamos ya de dar con rastro ni indicio alguno del animal, cuando al declinar el dia, en los momentos en que la luz penetraba ya confusa y vacilante por entre la espesura, llegó á nuestros oidos un rugido tremendo que asustó á nuestras cabalgaduras y nos indujo instintivamente (al menos á mí), á poner la mano en el gatillo de la carabina. Casi al instante mismo resonó un agudo silbido prolongado seguido de otro mas corto. Era Serviglieri y los suyos que nos llamaban y á toda prisa nos dirigimos hácia la derecha de la selva. Pronto oimos las voces de nuestros compañeros, á los cuales encontramos examinando los restos de un animal vacuno, ensangrentados aun y que demostraban la presencia del tigre en aquellos lugares. Mientras discutíamos y comentábamos el hallazgo, llegó el otro grupo de nuestros amigos, que venia atraido tambien por el silbato de Serviglieri.

Era ya muy tarde para intentar el ojeo en forma y Batista dispuso hacer alto en aquel lugar, pasando en él la noche la mayor parte de la expedicion, mientras cuatro ó cinco hombres salieran del monte y se apostaran en diversos puntos de la llanura, á fin de observar los movimientos del tigre. Era probable, segun nos dijo, que despues de devorar su presa saliese el animal en busca de agua que beber,

ya fuese entre los bañados que antes habíamos recorrido ó ya en las orillas del mismo Paraguay ó en las corrientes de los arroyos Ipané y Avay, no muy distantes de aquellos sitios. Convenia ante todo permanecer en aquel lugar, para no ser sorprendidos en nuestra marcha, dado caso de que el tigre se hubiese emboscado para atacarnos; al propio tiempo convenia averiguar el punto por donde salia del monte y el sitio por donde volvia á penetrar en él, para lo cual era indispensable destacar tres ó cuatro hombres de los que nos acompañaban, con encargo de ponerse en acecho entre los pajonales que rodeaban la selva. Así se hizo.

Una vez alejados los cuatro exploradores, los que constituíamos el grueso de la expedicion bajamos de nuestras cabalgaduras, las sujetamos fuertemente alrededor de un árbol corpulento y empezando á cortar y agrupar arbustos, maleza y alguna leña, prendimos fuego á cuatro hogueras formidables, tanto para alumbrarnos y proveer á nuestra cena, como para intimidar al tigre, caso de que se acercase é intentara acometernos. El fuego es la mejor defensa contra aquella fiera; y como las hogueras que habíamos dispuesto formaban un espacioso cuadrilátero en el cual piafaban nuestros caballos y podíamos dormir todos cómodamente, nos dispusimos á cenar y descansar, estableciendo el turno de la guardia que habíamos de hacer por parejas, tanto para que no se extinguiesen las fogatas, como para dar la voz de alarma en cualquiera contingencia que sobreviniese.

El lector podrá hacerse cargo de las ideas que me dominarian en aquellos momentos. Iba á satisfacer mis deseos de tanto tiempo. Dentro de pocas horas presenciaria una verdadera lucha entre el hombre y la mas fuerte y osada de las fieras. En aquellos lugares, tal vez á pocos metros de nosotros, se encontraba el tigre acechando la ocasion oportuna de atacarnos. No podia conciliar el sueño. La emocion, la curiosidad mas viva, tal vez el miedo... una série de impresiones y de impulsos, que nunca habia experimentado antes de aquella ocasion, venian á agitarme en mi lecho de hojas, haciéndome volver y revolver sobre aquella tierra en que tal vez el dia siguiente habia de ser lugar de una desgracia... Por fin el cansancio pudo mas que tales impresiones y pensamientos y acabé por quedar dormido.

Cuando desperté, ya los rayos solares lucian por entre el follaje que nos rodeaba. Las hogueras humeaban aun y los caballos piafaban con impaciencia.

El gigantesco Serviglieri advirtió que acababa de despertarme y la comitiva

vino á colocarse en derredor mio, mientras yo me incorporaba y pasaba mi *poncho* (1) por la cabeza.

Entonces, Batista espuso su plan de operaciones. Todos le escuchamos con la mas profunda atencion y de sus lábios aprendimos cada uno, las instrucciones que nos correspondia observar en la peligrosa tarea que habíamos empezado.

X

Desde aquel instante principiaba la verdadera campaña contra la fiera.

Podia decirse que desde entonces dábamos comienzo á la lucha y entrábamos en el peligro.

La grande experiencia que tenian en la caza del tigre Batista, Serviglieri y el correntino que habia estado á la cabeza de uno de los grupos de la expedicion, quedaron demostrados con la unanimidad de sus pareceres y precauciones y el acuerdo de cuanto hacian y nos advertian, para que la batida fuese coronada por el éxito mas lisonjero.

Convenia ante todo evitar todos los ruidos inútiles que pudiera atraer á nosotros la fiera y en la posibilidad de que ésta se hallase en el monte, dispusieron nuestros guias que, en lugar de llamar con el silbato á los cazadores que pasaron la noche acechando en la llanura, junto á la entrada del bosque, fuese uno de la comitiva á enterarse del resultado de sus observaciones. Todos los conocedores de los hábitos del tigre convinieron en que si este animal habia salido del monte, debíamos extendernos todos en guerrilla para sorprenderlo á la entrada de la selva cuando regresara á ella; pero que si nuestros exploradores no le habian visto salir, entonces era indudable que el animal habia apagado su sed en el mismo monte y por lo tanto debíamos ocuparnos en buscar todo rastro de agua, y emboscándonos junto á ella, para sorprender á la fiera cuando volviese á refrescarse despues de haber saciado nuevamente su apetito.

No tardaron en incorporársenos los hombres que habian estado en acecho y todos estuvieron contestes en decir que ningun dato inducia á presumir que el tigre saliera del monte durante la pasada noche ni en la madrugada.

Batista ordenó entonces que nos desayunáramos con queso, fiambre y algunos tragos de *cognac* ó aguardiente y que montáramos nuevamente en nuestros caba-

(1) Prenda del vestido de los gauchos. Consiste en un tejido de lana, recio para el invierno y ligero para el verano, que tiene un metro en cuadro. Tiene un corte en el centro por donde se introduce la cabeza, dejándolo caer sobre los hombros.

llos, prosiguiendo el ojeo interrumpido la noche anterior. Así se hizo, pero con la diferencia de que nuestra formacion, en vez de consistir en tres pelotones de exploradores, como el dia antes, tenia el carácter de una verdadera línea de batalla que se extendia de unos cien á ciento cincuenta metros, pues marchábamos los diez y ocho cazadores de la comitiva en un solo frente y distantes uno de otro de seis á ocho metros. En el centro de todos iba Batista y formando el extremo de cada flanco marchaban, á la derecha Serviglieri y á la izquierda el correntino cuyo nombre no me es posible recordar.

Varios huesos de animales distintos nos cercioraron de que aquellos lugares eran la residencia habitual de la fiera en cuya busca íbamos y aquellos indicios nos estimulaban más en nuestra empresa. seguros de que no habíamos de tardar mucho sin dar con el tigre ó con su madriguera.

Nuestro principal afan era encontrar algun bañado, laguna ó arroyo, porque tal hallazgo era para nuestros guias una prueba, casi infalible, de que la fiera se hallaria en el monte. Este hallazgo no se hizo esperar.

Serviglieri fué el primero que percibió un pequeño riachuelo de escaso caudal y que saltaba por un desnivel del terreno, á una altura de mas de cuatro ó cinco metros. Batista dispuso seguir aquel insignificante curso de agua, corriente arriba: y como era imposible salvar, desde donde estábamos, el ribazo de piedras que se elevaba delante de nosotros, volvimos grupas con direccion á la derecha, por donde el pequeño escuadron de cazadores fué á dar un rodeo bastante grande, para volver al mismo punto, por la parte superior desde donde se desprendian las aguas del pequeño arroyuelo.

A medida que llegábamos á la altura y segun íbamos avanzando, nuestras cabalgaduras fueron poniéndose inquietas y como recelosas del camino. El caballo es un sér cuyo instinto le advierte la aproximacion del tigre y por ésto la creciente excitacion de aquellos inteligentes animales produjo en nosotros la mas satisfactoria impresion, porque vino á convencernos con un nuevo indicio de la cercana existencia del enemigo que buscábamos.

Los accidentes del arroyo cuyo curso remontábamos, nos sirvieron de guia hasta llegar á una especie de plaza ó claro entre el monte, bastante espacioso para que en él hubiese podido acampar un batallon de soldados. Un pasto altísimo y de color muy vivo, cubria el suelo; los majestuosos y corpulentos árboles de la selva, formaban en torno de aquel delicioso lugar una elevadísima valla, que así lo protegian de los vientos, como de los rayos del sol; mientras permanecimos en él

creció la impaciencia é inquietud de nuestros caballos y gran número de huesos de bueyes y otros animales nos indujeron á pensar que no distaría gran trecho del potrero la guarida de la fiera.

Los dos hermanos Cogliolo, que desde que dimos en aquel delicioso sitio habian estado explorando toda la línea que formaba á su alrededor el monte, vinieron á advertirnos de que el bosque ofrecia una estrecha picadita por lo mas tupido de la selva y que, á su juicio, podia servir de paso al tigre, para dirigirse al rincon en que se ocultaba. Aceptáronse las indicaciones de los napolitanos y atravesando la blanda alfombra de aquella pintoresca plazoleta de la selva, penetramos por la picada referida á dos de fondo y no sin antes requerir las armas. A la cabeza de la comitiva iban Batista y Serviglieri, detrás iba yo con Salvador Cogliolo y el otro Cogliolo con Hilario venian detrás de mí. Los demás cazadores seguian por parejas, cerrando la retaguardia los correntinos y entre-rianos.

A pocos metros de haber penetrado por aquella sombría senda, los caballos se negaron á proseguir la marcha, poseidos de un terror que no podíamos vencer, ni aun castigándolos lo mas duramente que nos era posible con las ruedas de nuestras espuelas. Casi paso á paso, íbamos adelantando terreno hasta que á poca distancia notamos que la senda se ensanchaba. Con no pocos esfuerzos pudimos irnos aproximándonos á aquel lugar y no habíamos llegado á él, cuando al extremo del camino y como desafiándonos á que avanzase la comitiva, vimos erguirse sobre sus patas delanteras la redonda cabeza de un soberbio tigre.

Instintivamente detuvimos el paso á nuestras cabalgaduras y quedamos suspensos sin atrevernos á pronunciar palabra alguna esperando las órdenes del jefe de la batida. Con muchísimo menos tiempo del que es necesario para escribirlo, apénas apareció la fiera y se detuvieron nuestros caballos, Batista y Serviglieri se echaron las carabinas á la cara y retumbaron casi á la vez dos detonaciones: al mismo tiempo un espantoso rugido pobló los aires, mientras el tigre agonizaba revolcándose en su sangre.

El amigo de Mecklein dió órden para que desmontáramos y entregásemos los caballos á los que venian á retaguardia. Hízose la operacion rápidamente; saltamos de caballo, llevando con nosotros las carabinas y un facon al cinto: quedáronse con las cabalgaduras tres ó cuatro de los hombres de retaguardia: dirigímonos en pos de Batista y Serviglieri al lugar donde se hallaba el cuerpo de nuestra víctima y apénas salimos á una especie de claro en que terminaba la picada sobrecogionos un rugido espantoso.

—¡La hembra!—exclamó Serviglieri y casi al mismo instante presentóse á nuestra vista otro magnífico tigre, puesto de espaldas á un angosto boquete formado por dos peñascos, en gran parte cubiertos por los arbustos y matorrales que se entrelazaban en los troncos de los copudos *talas* y ombús.

Con muy breves palabras mandó Batista que se retirasen todos formando un semicírculo lo mas léjos posible de la fiera y lo mas ancho y dilatado que permitiese el terreno. Al mismo tiempo me llamó á mí y á Salvador Cogliolo y formando un grupo con nosotros, se colocó en el centro del semicírculo hecho por los demás.

Comprendí que aquellos momentos eran decisivos, que solo la serenidad es la garantía del cazador de tigres y me dominé todo lo posible tanto para ver tranquilamente las peripecias de lo que se preparaba, como para no vacilar cuando tuviera que apretar el gatillo de mi *rifle*.

Batista ordenó á los del semicírculo que apuntaran sin cesar al tigre y que disparasen todos sobre él cuando oyeran la voz de *¡fuego!* A Cogliolo y á mí nos mandó apoyar como él una rodilla en tierra, encoger nuestros cuerpos cuanto pudiésemos, apoyar la culata de los *rifles* en el suelo, y tener prontos entre los dientes nuestros facones, para clavarlos en la barriga del enemigo si acaso caia sobre nosotros.

En esta disposicion, de cara al rincon en que rugia el tigre, sobresaliendo por nuestras cabezas las bayonetas de las carabinas que apoyábamos en tierra, y prontos á echar mano de las armas blancas que apretaban nuestros dientes, constituíamos el centro de un semicírculo formado por diez ó doce carabinas, prontas á vomitar la muerte sobre la fiera que se lanzase contra cualquiera de nosotros.

El tigre se irguió dos ó tres veces llenando aquellos ámbitos con rugidos sordos y continuados. Sus ojos despedian verdaderos rayos; parecia que en el interior de su cabeza habia dos fraguas, cuyos fulgores se dirigian vivos y amenazadores contra nosotros. Sus lábios se contraian de un modo repugnante mostrando dos blanquísimas hileras de dientes, por entre las cuales asomaba de vez en cuando la lengua como para saborear de antemano los palpitantes despojos de nuestras carnes. Balancéabase el soberbio animal de un lado para otro y arqueaba el dorso como para prepararse al ataque, cuando Batista agitando su sombrero para excitar á la fiera, lanzó á su vez un rugido gutural y hosco. Al mismo tiempo calló el tigre; replegóse sobre sus patas traseras; pegó su cabeza sobre las garras de delante y cual si un muelle invisible y poderoso hubiera estado escondido debajo

de su cuerpo, lanzóse éste á mas de dos metros de altura extendiéndose en toda su longitud.

—¡Fuego!—gritó el cazador; y los estruendos de las armas retumbaron en el espacio, mientras el tigre caia desplomado junto á nosotros alcanzando con una de sus formidables garras la pierna de Batista.

Dolorosos rugidos de rabia y de dolor casi ensordecian nuestros oidos, hasta que lanzándose Cogliolo sobre la fiera le hundió dos veces el cuchillo en el corazon.

Yo me quité el sombrero: saqué el pañuelo de mi bolsillo y me limpié la frente. La tenia cubierta de sudor, como si hubiera corrido durante media legua de camino.

Pasini aplicó á la pierna de Batista unos pañuelos empapados en tintura de caléndula, en tanto que Hilario procedió á *cuerear* (1) el primer tigre para conservar su piel, que solamente presentaba dos agujeros de bala en la cabeza. El segundo que se habia muerto era una hembra y su piel quedó inservible. Además de los muchos balazos que tenia, estaba rajada por completo en la region del corazon, merced á las cuchilladas de Cogliolo.

Don Luis Patri me pidió la piel del primer tigre como recuerdo de la expedicion y yo no tuve inconveniente en cedérsela. Hilario la acomodó para llevarla á la Asuncion y despues de descansar un momento fuimos en busca de nuestros caballos, los cuales nos condujeron con prontitud á la casa de los napolitanos.

Allí permanecimos un dia para acabar de visitar aquellos pintorescos contornos, sin olvidar los curiosos restos del fuerte de Angostura. Satisfecha nuestra curiosidad y conocidas ya las peripecias de una batida al tigre, regresamos satisfechos á la Asuncion, en donde tuvimos ocasion de recordar y comentar infinitas veces aquella caza de la formidable fiera.

(1) Cuerear es en el Rio de la Plata la operacion de desollar una vaca o un toro, sirviendose de un simple cuchillo y sin hacer al cuero el menor corte ni agujero. Los gauchos hacen esta operacion con tal rapidez y limpieza, que solo viendolo puede creerse.

EL FILIBUSTERO.

(EL SEPARATISTA DE CUBA).

POR D. JOSÉ LOPEZ SEGARRA.

EXTRAÑA palabra introducida como tantas otras que quieren decir mucho, y sin embargo, no dicen nada, ó lo que es peor no expresan ni de buena ni de mala manera, aquello que con ellas se quiere significar, es la que sirve de epígrafe á este trabajo nuestro. Mas de una y mas de cien veces hemos oido declamar con mayor ó menor acierto acerca de la conveniencia de que se creara un idioma universal, merced al cual pudieran entenderse sin preparacion prévia, lo mismo los nacidos en el Congo con los que vieron la luz primera en la pérfida Albion, que los que nacieron en el ardiente África con los que de contínuo tiritan en las regiones polares; pero es lo cierto por desgracia que nada fijo ni positivo se ha logrado hasta ahora á pesar de las tentativas hechas y que el señor Soto Ochando, ardiente paladin de tan acariciada idea, bajó al sepulcro sin haber logrado otra cosa que darnos fehaciente prueba de su talento y de su ingenio.

Esto no obstante los hombres todos, convencidos de la necesidad en que se hallan de entenderse entre sí, van á pesar de todas las Academias que declaman contra hábito tan pernicioso, asimilándose cuantas palabras oyen acá y allá sin

cuidarse mas que de introducir ligeras variantes en la forma, y de aquí ese gran número de palabras que puede decirse sin faltar á la verdad que tienen carácter de cosmopolitismo.

Esto que en el fondo es bueno y quiera Dios que tal declaracion no traiga sobre nosotros alguna académica excomunion, tiene un gran inconveniente, cual es que no siempre es el término hábil para expresar una idea en un idioma distinto ó, lo que aun es peor, que el tiempo y el uso reforman la primera significacion al efectuarse el paso de una lengua á otra, y en tanto que en la primera conserva la acepcion directa, en las posteriores que se apoderan de ella cambia la significacion.

Hé aquí lo que con la palabra *Filibustero* ha pasado. Si en nuestro tiempo se pregunta á cualquiera, que es lo que con ella quiere decir: os contestará lisa y llanamente que es el sustantivo con que se indica á los que, en la hermosa Cuba, emplean todos los medios para conseguir la independencia de aquel floron de la ya marchitada corona de España. Mas fácil creemos que hubiera sido llamarlo de otra manera y ni siquiera cabe dudar que se hubiera hecho con mas acierto, pues bien léjos está, la palabra que impugnamos, de tener y aun poder llegar á expresar la idea, que habitualmente envolvemos al pronunciarla. Ignoramos, y ni aun siquiera para este trabajo es menester investigarlo, quien fué el primero que escribiendo castellano la empleó y si entonces lo hizo bien ó lo hizo mal, bástenos saber que por hoy puestas las cosas en claro, cuando se dice filibustero quiere decirse separatista, y tócanos á nosotros afirmar, que las dos palabras, no son sinónimas ni mucho menos, y lo que más, implican sentidos muy distintos por haber sido creada la primera en un tiempo en que existia lo que con ella se queria incluir y que hoy por nuestra fortuna no existe ni puede existir á Dios gracias.

Esta formal y solemne declaracion exige una prueba de nuestra parte y vamos á darla; pues seguros debemos estar que de otro modo no seríamos creidos. La palabra *Filibustero* la encontramos hoy en todos los idiomas, mas seguro puede y debe estarse, de que antes del siglo XVII, no se encontraba en ninguno; las palabras indudablemente aparecen ó se crean cuando hacen falta. Discurriendo muchos acerca del orígen que pueda haber tenido la que nos entretiene ahora han afirmado varios que se tomó de la palabra *flibot*, que así llamaban al buque ó embarcaciones de los piratas, que durante la segunda mitad del siglo XVII asolaron y saquearon las hermosas costas sur-americanas, extendiéndose al propio tiempo á

los de la parte central de aquel poético y rico continente y aun hasta Acapulco y la misma Veracruz. Esta afirmacion ha resultado gratuita con el tiempo; ningun buque llevó tal nombre, con lo que siguieron las conjeturas mas ó menos fundadas hasta que al fin se dió con lo cierto.

La palabra *Filibustero* procede del idioma Holandés y tiene en él su perfecto equivalente con la forma *vribuiter* que ha pasado al Aleman con la de *freibuter* y al Inglés con la de *freebooter* que en sentido general significa merodeador, pues se halla compuesto de los elementos *vry, frei* y *free* que significa en los citados idiomas respectivamente libre y de *bore* que á su vez significan botin con lo que tenemos que Filibustero, Flibuster, Vribuiter, Freibeuter y Freebooeter en español, francés, holandés, aleman ó ingles, significa libre botin á lo que es lo mismo, cometiendo una figura retórica, hombre que libremente hace botin, siendo justo señalar que libremente, en la locucion en que lo empleamos, significa cosa muy distinta de lo que en realidad debia, pero con respecto á esta palabra no debemos entrar en explicaciones, seguro de que hemos de ser comprendidos de los mas.

Dicho dejamos que las palabras aparecen cuando hacen falta y la de *Filibustero* efectivamente apareció cuando hubo merodeadores, que fiados en frágiles embarcaciones se aventuraron á hacer un capital de una manera que hoy nos ha de parecer seguramente extraña y rara, pues no hace falta en los venturosos tiempos que alcanzamos exponerse tanto para conseguir lo mismo sin ser por ello mas honrado. América ha sido desde su descubrimiento seguro refugio para los que en Europa no podian vivir y no han sido solo causa de emigracion lo agotado y explotado que está todo entre nosotros, sino que tambien lo fueron los crímenes, delitos y amaños para los que en cualquier parte sobra campo, dada la natural perversidad humana. No pocos salen de entre nosotros honrados y buenos sin mas defecto que la ciega credulidad, que los inclina á pensar que apénas llegados á aquellas floridas comarcas serán ricos como Creso, podrán dar festines como los de Lúculo y tener trenes mas suntuosos y de mas vista que cuantos tienen los monarcas modernos.

Por su mal y aun por el nuestro, esto no sucede la generalidad de las veces y los emigrantes se encuentran peor que estaban en su país natal; estos pueden dividirse en dos categorías, la de los que nacieron buenos y quieren morir sin haberlo dejado de ser, y la de los que habiendo nacido buenos, porque al nacer todos lo son, les importa muy poco morir tranquilamente en su cama con mas ó menos comodidades ó morir columpiados pendientes de una horca mas ó menos artística,

si bien dudamos que artística lo puede ser. Los primeros procuran ganarse la vida honradamente y trabajan en el buen sentido de la palabra; los segundos son mas partidarios de la holganza, no les importa nada tener sérias contestaciones con la justicia y trabajan tambien, pues á cualquier cosa se llama trabajar en nuestros dias.

Esto que como pensamos ha sucedido en todas las épocas, fué causa de una explosion en el siglo XVII y asociados no pocos holandeses, franceses é ingleses, se dieron á la piratería, constituyendo una clase que por buen número de años fué el terror de aquellos mares: seguramente con una buena y poderosa direccion se hubieran hecho dueños de toda la América del Sur, pues puede afirmarse que la llegaron á dominar tan por completo, que no bien veian los ribereños aparecer una vela en el horizonte, cuando apoderándose de ellos un terror pánico lo dejaban todo desierto internándose en el país con lo que, como se comprende, era bien poco lo que los piratas tenian que hacer para enriquecerse, que era todo su afan. Independientes de todo punto no reconocian mas ley que la que la voluntad les dictaba, ni mas regla que la inspirada por sus caprichos: únicamente se ajustaban á la norma prescrita por la sociedad el tiempo que duraban sus expediciones, observando entre sí una formalidad extrema y teniendo entonces su palabra tanto ó mas fuerza que la ley mejor observada.

La paciencia y la perseverancia de aquella gente era extremada; acechaban su presa como el tigre y nunca, ó al menos muy rara vez, caian sobre ella sin la seguridad de conseguir el triunfo por completo. Cuando lograban una buena presa la dividian de una manera proporcional á la clase de cada uno: tomaba seis partes el capitan del bastimento, daba tres y dos á los oficiales segun sus grados y una á los restantes con lo que todos quedaban tranquilos y contentos esperando otra buena ocasion que no tardaba en presentarse, dado el abandono en que por aquel tiempo se encontraba todo. Pero entre tanto que la suerte les deparaba una nueva ocasion de hacer proezas dábanse regalada vida, comian, bebian y disfrutaban sin tasa no hallándose nunca faltos de hermosas mujeres hechas prisioneras en los puntos á que llegaban y de las que, como todos se figuraran, conservaban las mejores.

Feroces y crueles en el combate, entraban en toda parte á sangre y á fuego sin respetar nada: poblacion por la que los piratas hubieran pasado tendria que conservar por mucho tiempo huella indeleble de su desgracia; si es que por acaso no era totalmente arruinada, cual aconteció con muchas entre ellas lo que hoy

se llama viejo Panamá, informe monton de ruinas desde que el aventurero *Morgan* desembarcara en ella con su gente, pero estos crímenes, aquellos desmanes terribles que espantan y horrorizan, desaparecian muchas veces gracias á la audacia y al valor que demostraban, pues en pocas ocasiones llegaron á elevar el bandidaje á la heroicidad.

En medio de toda aquella gente sin honor y sin conciencia, aquellos hombres que como única condicion recomendable tenian solo el valor que en una y cien ocasiones probaran cumplidamente aquellas turbas de foragidos á los que los crímenes mayores no imponian ni atemorizaban, eran fervorosos creyentes y seguro es que no dejaban pasar ni un solo dia sin cumplir sus prácticas piadosas y rezos como á cada uno se lo prescribia su rito. Eran de ver aquellos hombres de corazon empedernido, de rostros feroces y manos tintas en sangre húmeda aun, recitar los que pertenecian, segun ellos, á la comunion católica, el cántico de *Zacarías* el *Magnificat* y el *Miserere,* en tanto que los protestantes leian y releian con concentrada atencion los magníficos pasajes de la *Biblia* que han cuidado de desfigurar para que del mismo modo los entiendan todos.

En esto se parecen al mayor número de los bandidos y gentes de mal vivir; casi todos ellos son buenos y fervorosos creyentes; el bandolero de la *Calabria* reza por la mañana y por la noche, reza cuando está de acecho pidiendo entonces á Dios que le depare buena suerte, y no será extraño que suspenda sus oraciones para disparar un trabucazo sobre cualquier semejante suyo, á quien la desgracia encamine por allí; entre nosotros son bien sabidas las costumbres de los bandidos especialmente de los andaluces á los que nunca falta algun santo bajo cuya advocacion se ponen y que jamás olvidan llevar en el pecho pendiente del cuello, bendecida reliquia ó escapulario que lo preserve de todo mal. Mas de una vez la muerte ó captura de alguno de ellos se ha atribuido al malhado olvido del talisman religioso que por su mal dejaran precisamente en el mismo dia que les ocurriera la desgracia. Entre aquellos filibusteros que por entonces tenian tan esquilmadas las playas americanas, no faltaron jefes y hasta soldados de filas, pertenecientes á buenas y distinguidas familias, jóvenes ilusos ó mal aconsejados que se fueron allá buscando escandalosas aventuras ó que huyendo de la persecucion á que se hicieran acreedores por sus crímenes y delitos, fueron á dar en aquella miserable vida, que tuvieron que arrastrar hasta la muerte. De buen número de ellos nos ha conservado la historia el nombre y entre los que de padron de infamia sirvieron á sus familias no podemos menos de fijarnos en *Grammont* y *Susson,*

así como por su audacia y valor se citan á *Pedro Legrand* y á *Lery Scot*, y por crueldad y horribles sentimientos á *Montbars* y á *Nan el Olonois* que fué el primero que desembarcó en Cuba.

Los gobiernos á que pertenecian por entonces aquellos dominios, muy principalmente el de España, se vieron obligados á tomar muy sérias medidas gracias á las qué al cabo de algun tiempo fueron desapareciendo, volviendo á renacer la calma en el ánimo de los moradores de aquellas comarcas, que por tantos dias no habian podido hacerse de ellas.

Esta somera y sencilla relacion nos hace comprender lo que era el *Filibustero* de entonces: bandido mas que nada, pero bandido á quien no intimaban en modo alguno los peligros que hubiera que correr con tal de que sus deseos quedaran satisfechos. Como todos sabemos la piratería y el bandidaje en gran escala han tenido necesariamente que desaparecer no como muchos creen, porque la ilustracion y la cultura haya tenido parte en ello, no como afirman algunos porque los sentimientos se hayan dulcificado: pues en realidad si bien se estudia, nada de esto ha sucedido sino porque han variado lo que podemos llamar condiciones de vida para aquellas gentes.

Fijando la atencion en lo que en tierra ocurre, nos podremos convencer de cuan cierto es lo que apuntamos: perfeccionados los medios de comunicacion no cabe pensar que pueda ocurrir lo que no hace muchos años sucedia; lanzábanse al camino una porcion de hombres; lo peor de cada casa, como vulgarmente se decia, constituian una partida, elegian por jefe al que les parecia mas bravo, mas audaz, y era casi siempre el que mas crímenes habia cometido, lo obedecian ciegamente, si bien es muy de tener en cuenta que él se hacia obedecer con poderosísimas razones que llevaba perfectamente dispuestas en el arma terrible que pendia de la silla del brioso caballo que montaba y de este modo comenzaba sus fechorías. Buen número de ellas llevaban ya cometidas cuando tenian conocimiento de los sucesos las autoridades y ordenaban que fueran perseguidos. Organizábase la columna y con el indicado fin partian en direccion al sitio en que habia tenido lugar el último crímen, mas, fácil es comprender que ya no estaban allí; habian cometido un nuevo desman, partian de nuevo, y en estas idas y venidas quedaba desbalijado medio mundo, no pocos hombres muertos, muchas mujeres violadas y muchos hijos sin padre.

Hoy, merced á los adelantos de la industria y de las ciencias, el pensamiento se hace real mediante la electricidad, tan velozmente como la imaginacion lo

concibe, y no bien un suceso cualquiera se ha cometido, las pilas y alambres se encargan de trasmitir la noticia en todas direcciones; el vapor como medio de locomocion auxilia á las fuerzas perseguidoras, y en muy poco tiempo pueden las fuerzas trasladarse de un punto á otro por distantes que se hallen, pudiéndose de tal modo sorprender con menos trabajo y mayor seguridad á bandidos y malhechores.

Lo mismo que pasaba en tierra antes, ocurria tambien en el mar y del mismo modo han podido evitarse los graves y lastimosos inconvenientes con que se tropezaba: para surcar una cuantas millas en el mar en la direccion que fuera necesario menester, era contar de antemano con el favor de los elementos, no siempre propicios ni mucho menos, y aunque lo fueran casi siempre el tiempo invertido en la expedicion hacia imposible evitar y mucho menos reparar. Las poblaciones costeras no contaban con los medios de defensa de que disponen hoy; para recibir ayuda por la parte de tierra tenian que aguardar para recibirlo, por el mar les sucedia lo mismo y aun algo peor, de modo que con todo el descanso y gran facilidad los piratas podian llevar á cabo sus terribles hazañas y proezas burlando luego cuantas medidas fueran tomadas en su contra. Audaces hasta lo inverosímil, aquellos hombres demostraban un valor y una energía que solo se explica por la desesperacion que habia de causarles despues de su primer delito, pensando que ya no tenian mas remedio que perseverar en aquella desastrosa vida hasta morir, pues para ellos no habia ni perdon ni cuartel; una vez hechos prisioneros su suerte estaba decidida sin formacion de causa, muchas veces sin preguntarles el nombre eran ahorcados y pendientes de las antenas del buque que los apresara, sus cuerpos servian de trofeo hasta llegar á cualquier puerto donde los cadáveres daban patente testimonio de que eran menos los malvados que quedaban.

Hoy la piratería existe solo en la imaginacion de los autores de novelas marítimas, tal calamidad ha desaparecido, gracias á los medios que quedan enumerados, y por tanto, el filibustero, en el recto é histórico sentido de la palabra, ha pasado á la historia.

¿A qué es, pues, á lo que hoy se llama filibustero? Bien sabido es que con este nombre se designa al que trabaja por la emancipacion de Cuba, por lo que desde luego tal calificativo debe desecharse adoptándose en su lugar uno con el que se diga lo que en realidad quiere decirse. Por lo pronto afirmamos sin que pueda negarse que al revolucionario de Cuba se le ha llamado siempre así, desde

que la palabra existe, y en verdad que por nuestra desgracia en varias ocasiones ha podido ser aprovechada, pues varias han sido las sublevaciones ocurridas en aquella hermosa isla, restos. aunque grandiosos, de nuestro poderío en aquel considerable hemisferio.

Agena la cuestion á nuestro trabajo, no pueden ser nuestros designios entrar ahora á discutir cuales han sido las causas ocasionales de estas sublevaciones en nuestra hermosa Antilla: ávidos de una independencia que les ha de costar bien cara el dia que la consigan, se han lanzado al campo, se han internado en aquellos frondoros bosques y han resistido como leones, muchas veces por las mismas causas que resistia el filibustero.

Para mejor estudiar el separatista de Cuba nos vemos obligados á hacer una division capital, dado que es la colonia que no conserva verdaderos indígenas; la poblacion se compone de blancos descendientes de españoles, de negros exportados allí por la horrible trata prohibida hoy y mestizos ó criollos, resultado sino inmediato, atestiguable siempre, del cruce de ambas razas. De los primeros difícilmente sale ningun separatista, pues por lo regular es gente establecida que goza de legítimos y recomendables medios de subsistencia, que comprende sobradamente que promover trastornos y disturbios no es mas que irrogarse pérdidas por el pronto que se acrecentarán con el tiempo hasta llegar á un estado que no puede ser peor. Así, pues, el separatista surge casi siempre de las dos clases restantes, por mas que sean distintos los medios que los impulsan.

Disculpable es en el negro cualquier tentativa que haga para mejorar de condicion: nacido en la esclavitud, ha comenzado á ser maltratado apénas se desprendió de las entrañas maternas; ha visto siempre ultrajados y trabajando como bestias á los que le dieron el sér, de los que lo separaron bien pronto, creciendo así sin vínculos ni afecciones, sin cariño y sin cuidado. Mandados brutalmente, para ellos la voz preventiva ha sido siempre una injuria, la voz ejecutiva el chasquido del látigo que azotaba con furia sus espaldas. Hombres como nosotros, se han visto asimilados por nosotros mismos á los animales, hemos creado y atizado un ódio de raza y no ha pensado mas el infeliz que en su independencia y en su libertad; no le han preocupado mas que los medios de sacudir el yugo, pero para matar blancos.

De esta terrible aspiracion ha surgido la clase de los *Cimarrones,* negros huidos por un delito del ingenio donde trabajaban, y que escondidos en las fragosidades de aquellos montes donde un ejército puede perderse, han acechado á sus perse-

guidores con la astucia del tigre y los sanguinarios instintos de la hiena. Solos y aislados en un principio era muy poco lo que podian conseguir y su accion estaba limitada desde todos los puntos de vista; no creemos que en ocasion ninguna uno de aquellos desventurados pudiera pensar en Cuba libre, esta cuestion habia de preocuparle muy poco, dado que Cuba no era su pátria, pues arrancados siendo niños por feroces corsarios de la costa de África, casi ninguno podrá decir ya en qué comarca vió la luz primera.

Espíritus ambiciosos y egoistas, ingratos y desagradecidos en pugna con toda idea noble y levantada han concebido el proyecto de la independencia, que favorecerá á sus intereses segun creen y estos han aprovechado como elementos para sus fines á los primeros, han hecho de ellos la carne de cañon y la sacrifican á sus bastardas miras, procurando siempre que no le toquen nunca las pérdidas y que puedan galanamente disfrutar ventajas el dia que las haya.

Este es el verdadero tipo que nos proponemos describir y presentar y al que á su vez tenemos que dividir en dos clases bien distintas: el *separatista activo* y el *separatista pasivo,* existiendo tambien entre ambas clases un grupo al que podemos llamar *separatista platónico* del que tambien nos ocuparemos.

El *separatista activo,* es sin duda el mas notable; reclutando negros descontentos, sin credo político definido, ni otra idea que la de mandar y dominar por mas que no fuera sobre quien mas pesara el yugo, se lanza al campo y emprende una série de correrías, en las que acredita que mas quiere Cuba destruida que Cuba libre; no hay campo que no tale, ni plantivo que no destroce, ni ingenio al que no ponga fuego: mata á cuantos tiene gana y llegada la hora de un encuentro se bate, pero nunca al descubierto, siempre parapetado en los troncos de aquellos árboles gigantes, cuya sombra parece siempre dispuesta á cobijar escenas de amor y tiernos idilios, nunca dramas sangrientos, ni crímenes, ni errores.

Feroz por encono y sanguinario por venganza, en nada pára ni nada le detiene; su voluntad es absoluta y terrible: arrolla cuanto se le opone al paso y con promesas de una futura época de libertad y bienandanza, es mas tirano que todos los tiranos, y no parece sino que procura hacer ensayos para cuando llegue á ocupar uno de los puestos mas elevados de la futura República con que sueña. Estos sueños que se agitan en su mente conturbada, son siempre hijos de loca ambicion que le domina y nada mas; bien seguro que si le interrogais por qué se lanzó al campo os dirá que no pudiendo resistir la humillacion de ser colono quiere crearse una pátria, y no se fija en que las pátrias no se crean, sino que somos creados por

ellas, y que él aunque no quiera afirmará siempre sus aborígenes, y será español por sus usos y costumbres, su idioma, su naturaleza y todo. El dia que cualquiera de estos llegara á mandar, muy poco despues todos sus secuaces quedarian convencidos de cuán mentidas son sus palabras; escudado con los rigores del clima no pudo, segun dice, trabajar, y hay que desengañarse, si se lanzó á cruda guerra fué solo por ver si consigue que otros trabajen para que él goce.

En tanto dura su bandería disfruta y se aprovecha de cuanto puede, pues si pasados los ódios que encendieron la insurreccion ó gastados los ánimos que dieron lugar á ella no puede acogerse á una capitulacion é ingresar con grados y honores en el ejército de la península, se irá á vivir á los industriosos Estados Unidos del Norte ó se vendrá al bullicioso París á gozar de una renta que antes no tenia capital que la produjera. Él hacia gala cuando era revolucionario de despreciar todo aquello que no fuera esencialmente democrático, aborrecia y vituperaba las clases, constantemente declamaba contra ellas, no comprendia ó mejor dicho no queria comprender porque existian esas humillantes diferencias sociales que alejan á los unos de los otros, creando entre ellos barreras insuperables; mas cuando deja de ser revolucionario, manifiesta profundamente que no decia aquello mas que por despecho, y se opone á que lo llamen cabecilla, quiere recibir el dictado de general y se da importancia como uno de tantos y habla mal del mundo entero, pero muy especialmente de los que él ha dado en llamar compatriotas y que no son en suma mas que sus paisanos. Una amnistía que él será el primero en trabajar porque se conceda; le abrirá las puertas de aquella hermosísima tierra, y columpiándose indolente en la hamaca, á la sombra de los esbeltos platanales, pensará en tanto de ascender en el espacio las azuladas espirales del tabaco riquísimo que saborea, que es un tonto todo aquel que se empeñe en contiendas como no sea para provecho y lucro propio, que no obra bien el que por única mira no se propone su regalado bienestar y caiga el que caiga.

El *separatista pasivo;* esta variedad de la especie es mas perjudicial y mas mala; por lo pronto el individuo que pertenece á ella carece de valor para exponerse á recibir una bala, así como tambien de resistencia para soportar las fatigas de una ruda y penosa campaña en que es casi imposible poderse permitir momento de tregua ni reposo. Ama la llamada independencia y desea que se efectúe para lo cual no escasea medios ningunos, excepcion hecha por supuesto de todos aquellos que por una ú otra causa puedan dar lugar al deterioro de su persona. No hay club clandestino ni sociedad secreta á que deje de pertenecer y

allí maquina los mas descabellados planes y propone los medios mas absurdos para llegar á conseguir el fin propuesto. No pára, ni vive, ni descansa, está siempre en perpétua agitacion, fomenta el encono, aviva los ódios, explota las voluntades é incita á la revolucion, declamando que de aquella manera no se puede continuar, que hay que terminar de una vez y poner coto á la tiranía odiosa de tanto explotador como llega de la península. Colecta fondos de cuya distribucion se encarga, administrando así los intereses de la buena causa que no poco le aprovechan. Conspirador sempiterno, todo lo comenta y de todo procura enterarse. No da lugar jamás á la desconfianza, sino todo lo contrario: pone su mayor empeño en estar bien con todo el mundo, pues de este modo jamás tocará pérdidas y siempre le alcanzarán ventajas. Procura conservar su influencia á toda costa y á este fin hace á los suyos confidencias verdaderas ó falsas que dice haber recogido en los centros oficiales, con lo cual las partidas se mueven: si dan golpe y consiguen alguna ventaja se vanagloria de haber sido de los que procuraron el triunfo; sino aciertan porque nada habia en realidad, lo atribuye á un repentino cambio de plan en las fuerzas del gobierno.

Frecuenta las oficinas y los sitios públicos donde cámbia de contínuo de carácter adoptando el que cree convenirle mas, y á la menor sospecha de que puede llegar á ser perseguido, al mas ligero temor que le asalte, es de ver como se acoge á la benevolencia y protesta de su buena fé y fidelidad al gobierno: entonces los que llama suyos y aparecen favorecidos por él, son los perjudicados, porque á fin de quedar en paz y que nadie turbe su reposo ni le priven de sus comodidades, recurrirá á medios bajos y arteros, y en prueba de los buenos deseos que con respecto al gobierno le animan, hará alguna delacion y fuerzas dispuestas á batirse en el campo, serán sorprendidas y exterminadas: ó algun club ó reunion clandestino será denunciado y cogidos infraganti los individuos que los componen, se verán condenados á la deportacion ó á mas severas penas.

Pocas causas dejarán de tener individuos de esta clase, fervorosos partidarios de ellas en apariencia, pero falaces y traidores siempre, dispuestos solo al medro personal y á la ganancia, mas con tan hábil artificio preparado que nunca serán descubiertos como lo que son, y que jamás llegarán á tropezar en los escollos de los negocios á que se aventuran. Este filibustero es sin duda ninguna al que mas debe temerse, pues ambicionando siempre lo mismo y dado que jamás se escarmienta en cabeza propia, seguirá desempeñando su oficio y nada se le dará del descalabro que sufran las partidas en el campo, afirmará que son desgracias an-

turales é inevitables que no importan, ó deben importar muy poco si hay fé y constancia, y que por lo tanto se debe seguir adelante sin retroceder un punto porque el triunfo es seguro.

A esta clase pertenecen los mas de los separatistas ilustrados, sí los hay y son los que forman parte de las redacciones de los periódicos que defienden tan descabelladas ideas: ellos son los que publican esos artículos plañideros con ribetes de filosofía y altas consideraciones donde se dice desde el trípode, que la emancipacion es una ley histórica y que la colonia se emancipa: en confirmacion de su retumbante aserto presentan como ejemplo lo que ocurriera á la soberbia *Roma* sin fijarse en el ridículo que afrontan al quererse comparar con cualquiera de los pueblos independientes y libres que fueron apresados por las garras de las águilas romanas, sin fijarse cuanto cambian los tiempos y que al fin en aquellas remotas épocas, las naciones subyugadas no hicieron mas que volver á la libertad de que disfrutaran antes sin haber perdido nunca sus usos ni sus costumbres, y que esta misma libertad la reconquistaron gracias á su propio esfuerzo, sin luchar mas que contra los que á ellos eran completamente extraños. En Cuba no sucede ni puede suceder lo mismo; allí todo es español y querer la emancipacion de aquella nuestra provincia ultramarina, es un crímen de leso españolismo mas grande que lo seria querer que se hiciera independiente cualquiera de los reinos que constituyen hoy la unidad española, lo cual representa una gratitud para la cual no hay nombre.

El *separatista platónico;* nació en Cuba, pero apénas se acuerda de tan hermosa isla: gracias á una inmensa fortuna conseguida en el mayor número de los casos por los medios que hoy se apresura á condenar, pudo trasladarse desde sus primeros años á París ó á Madrid, donde se da vida de príncipe, gasta á manos llenas y pasa sus dias en la opulencia y en el sibaritismo mas refinado. Jamás se le importa nada de nadie, pero las noticias de la sublevacion le despiertan un tanto del letargo en que yace, recuerda entonces que nació en aquella parte de América y la ambicion de algo que no tiene, da lugar á que la causa se le haga simpática, manifestándolo con los socorros que envia y con el ánimo que procura infundir á los secuaces; mas llega un dia en que dominado por su eterna apatía y cansado de gastar dinero vuelva á su vida de siempre, pero sin dejar de pensar en el elevado puesto que ocuparia el dia en que Cuba fuera libre.

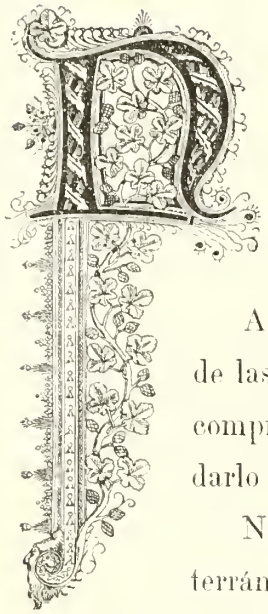
Dividimos á los filibusteros en tres clases, mas en el fondo resulta un tipo solo y único, el del hombre que se mueve llevado de su ambicion y de su egois-

mo, y que con tal de conseguir su fin no se pára en los medios: vanidoso y fanfarron que encuentra mal cuanto hacen los demás y cree que él como nadie bastaria para hacer un paraiso de lo que en realidad haria un objeto de tráfico.

Por ventura el filibustero no abunda; aun quedan en aquella hermosa isla no pocos que comprenden sus intereses y que, condenando con todas las fuerzas de su alma las agitaciones y trastornos, quitan toda la fuerza moral á los que se lanzan, fiados en vanas promesas, por lo que nunca podrán triunfar.

LOS PESCADORES DE LA COSTA DE MÁLAGA.

POR D. RAFAEL MARTOS GIMENEZ.



Ni el golfo de la bahía de Nápoles, ni el puerto de Lisboa, ni las puras y trasparentes aguas en que se retrata la reina del Adriático, reflejan un cielo de azul tan límpido y puro como el mar que baña las costas que de nuestro país abandonaron los árabes despues que todo.

Aquel cielo puede ser aventajado únicamente por el de los ojos de las mujeres hermosísimas que allí se crian, hay que verlo para comprenderlo, y despues de visto, se siente siempre y es imposible darlo al olvido.

Nada mas encantador ni de mas efecto que las costas del Mediterráneo, tranquilo y apacible mar, que mas que mar parece un lago. A no ser cuando soplan los duros, agitados y terribles aires, las ondas que bañan nuestras costas del Mediodía, permanecen en una calma perezosa, rizándose á impulsos de la ligera brisa que en ella forma caprichosos montículos de espuma blanquísima, que se deshace al caer sobre las menudas arenas de la playa.

Muchas veces nos hemos pasado horas enteras contemplando el bellísimo es-

pectáculo que desde el muelle se ofrece á nuestra vista y por mas que tal deleite repitamos, nunca resulta monótono, nunca causa enfado porque lo sublime encanta siempre: en no pocas ocasiones, cuando dejábamos que ansiosas vagaran nuestras miradas por aquella trasparente y movible superficie, allá en el horizonte en la línea aquella en que el cielo parece que se junta con el mar, divisábamos ligeros puntos negros que se movian de un lado para otro: menos conocedores otros, cualquiera que los hubiera contemplado, se les figuraría ver ballenas, focas ó cualquiera otras de las mal llamadas fieras marinas que se agitaban sobre las olas buscando al propio tiempo el aire respirable que les era necesario.

Desde un punto de vista y considerando con cuanta verdad se ha dicho que el pez grande se traga al chico, estos puntos negros á que nos venimos refiriendo pueden y deben ser considerados como verdaderos mónstruos marinos: los pescados al menos los tendrán por tales, al ver que ellos son los que sirven para retirarlos del líquido elemento en que nacieron; ellos son los que desde mas ó menos lejanos puntos de la costa los acarrean á tierra para dedicarlos á alimentar á los mortales ó, mas aun, para que recreen su paladar ó satisfagan sus gustos.

La industria de la pesca en un principio, como ha sucedido con todas las industrias, es hija de la necesidad: en los primeros dias el hombre procura coger los animales de la selva y los peces de las aguas para su alimento, sin dar mayor ó menor estima á este ó al otro: entonces el pescar no podia ser considerado como un oficio, era una ocupacion precisa; cuando se habia cogido lo bastante para satisfacer las necesidades del momento se dejaba y de este modo puede decirse que el hombre, solo muy tarde en el tiempo, pudo llamarse pescador.

Hoy por ejemplo es una ocupacion precisa y ya lo fué en una de las civilizaciones que han pasado. Poco trabajo costará encontrar lo muy desarrollado que tal oficio se encontraba en la antigua Grecia, cuando en poetas tan notables como Hesiodo y Homero, se encuentran descritos y detallados con todos los caractéres que en aquel tiempo tenian: en Roma, como tambien es sabido, aquellos orgullosos patricios que vivian en la holganza mas absoluta, aquellos ciudadanos que siempre lo encontraban todo hecho, tenian esclavos destinados á la pesca, esclavos cuyo único y exclusivo oficio era tender la red y manejar el harpon contra los peces que serian lujo y regalo mas tarde, en las mesas de sus amos.

Cuando en la época actual vimos celebrar con tanto encomio los festines, y ya que no tiempo y aire, con la trompa de la fama se invierten en su descripcion, columnas y columnas en los periódicos, no podemos menos de sonreirnos desdeñosa-

mente recordando lo que de la época romana se describe. Cuando oimos lamentar las penas y fatigas de los pescadores en la época actual, no podemos menos de comprender hasta que punto se ignora lo que la gastronomía obligaba á los de otros tiempos. En los dias que vivimos, por refinado que sea el gusto y grandes las riquezas de un individuo, se contenta con lo que el país produce y se queja en el mayor número de los casos de lo muy caro que cuesta todo, á pesar de las facilidades que para el trasporte de cualquier producto ha dado la industria moderna. Si llegamos á hacer comparaciones, fácil será comprender porque negamos que existan hoy verdaderos gastrónomos, y porque ciertos oficios carecen de importancia y se encuentran tan rebajados.

Al recordar lo que se cuenta de Lúculo y lo qué de Gabio Apicio se refiere, no podemos menos de considerar como á unos infelices á todos los condes y marqueses, capitalistas y banqueros que parece nos quieren eclipsar con su opulencia. Para que cualquiera de estos haga una invitacion, se hace suponer que la pensó con quince dias de anticipacion, que se encuentra dispuesto á hacer gastos extraordinarios y que teme que para el dia que fijó no pueda el mercado proporcionar aquello que comprende es del gusto de las personas á quien invito. Estos temores, estas dudas no alcanzan á los verdaderos gastrónomos citados, que no se paraban en nada, y que en casos determinados enriquecieron á un pescador con una sola compra que les hicieran.

En una ocasion, segun refieren las antiguas crónicas, el emperador Tiberio recibió en regalo un hermoso barbo que pesaba nada menos que cuatro libras y media, caso sumamente raro, por cuanto el pez de esta clase que mas habia llegado á pesar, fueron dos libras: el emperador quiso ver hasta donde llegaba la pasion de los que ya como gastrónomos eran señalados, y lo envió al mercado afirmando de antemano que lo comprarian solo Apicio ú Octavio. No se engañó efectivamente: antes al contrario, concurrieron ambos y se empeñaron en una subasta que hizo ascender el precio del descomunal pescado á cinco mil sextercios ó sea la enorme suma de diez mil seiscientos veinte y cuatro reales que pagó Octavio, rasgo que le hizo crecer mucho á los ojos de sus partidarios, pero que en realidad se hacia mas digno de la acre y punzante censura de Caton, que no podia menos de afirmar que era inminente la ruina de una ciudad en la que se vendia mas caro un pescado que un buey.

Feliz época aquella para los pescados en que á tan alto precio se pagaban sus mercancías, y en que estas mismas eran hasta causa de largos y penosos viajes

por parte de distinguidas personas, pues á mas del caso citado, merece especial mencion el que en los hechos á que la gastronomía le obligó, acrecen la fama de Apicio hecho con el que parece quiso tener la revancha de la mala pasada que le jugara Octavio apoderándose del barbo con que Tiberio los quiso probar á ámbos.

Las mas hermosas langostas que por entonces se cogian eran las de Minturno, punto á que se habia retirado Apicio para mejor gozar de ellas; mas no faltó quien la digera que en África se habian pescado de una magnitud tal que hasta entonces no se habian visto, é inmediatamente, sin diferir la ejecucion de su proyecto para el dia siguiente se embarca para el país que habia dado lugar á la mas grande gloria de Scipion. No bien hubo llegado supieron los pescadores el objeto de su venida y acudieron á ofrecerle langostas al lado de las que las mas grandes que pueden verse hoy pasarian solo por crias del mas reducido tamaño. Él, sin embargo, las queria mas grandes, se enteró de que no las habia, y sin desembarcar, sin hacer el menor descanso mandó cambiar el rumbo y se dirigió nuevamente á Minturno.

Estos pueden en verdad ser citados como verdaderos aficionados á la pesca, y estos son los que daban importancia real y efectiva á los pescadores. Indudablemente en la época en que nos tocó vivir no hay la refinacion del gusto que dominaba durante el imperio romano á los ricos potentados; hoy con todo el lujo y aparato que en sus mesas quieren ostentar los ricachones no lograrian obligar á que un acomodado romano se dignara volver la vista y los mas refinados paladares de nuestro tiempo, comparados con los de aquellos que sabian distinguir paladeándolas solamente cuando las ostras eran de Circei ó de las rocas de Lucrino ó del promontorio de Rutupo y distinguir cuando la lubina habia sido pescada en alta mar ó en la embocadura del Tiber ó rio arriba entre los puentes, dando mas precio á la que se encontraba en estas últimas condiciones, por cuanto el trabajo y las fatigas que habia tenido que sufrir para remontar la corriente, daban mayor finura y delicadeza á su carne.

En aquellos tiempos los pescadores merecian señalada mencion de cuantos gustaban regalarse el paladar, pues no parándose en gastos buscaban lo que les agradaba, por léjos que estuviera y puntos, que por nada se hubieran mencionado, se hicieron célebres por la caza y por la pesca que en ellos podia obtenerse. Para servir la mesa de aquellos que hicieron precisas las leyes suntuarias, estaban á contribucion todos los países, todos los mares y todos los rios. Se hacian

traer las murenas del estrecho de Sicilia ó de Tartesio, situada en nuestra Andalucía, las merluzas de Persimunta, que hoy se llama Posena, pequeña poblacion de Anatolia: las ostras que hoy tambien son tan rebuscadas y apetecidas para excitar el apetito, de Tarento, de Circei ó del lago Lucrino, el sollo de Rodas, el escaro de Sicilia, el rodaballo de Rávena, los erizos de Misena y de esta manera tenian segura fuente de riqueza los habitantes de muchos puntos, gracias al delicado paladar de aquellos sibaritas.

El pescador de aquel tiempo era un sér estimado, gracias al refinamiento de la época; su actividad era grande, tenia que serlo para poder atender y satisfacer los numerosos pedidos que contínuamente recibia, y no se descuidaba jamás, porque sabia sobradamente que su ganancia sobre ser grande era segura.

Hoy no sucede lo mismo, ni con mucho: lo que en un punto se pesca se consume en el mismo, y allí donde por falta de mar ó caudaloso rio no puede pescarse nada, el ferro-carril lleva los frutos del mar, pero en un estado que rara vez pueden ser comidos, originando en muchos casos mas pérdidas que ganancias y aun cuando resulten solo éstas, son tan reducidas que no alcanzan á servir de estímulo en manera alguna. Todo lo pescan todos, la red saca revueltos los peces grandes y chicos que aquellos no se comieron: los copos dejan sobre la arena los pescados finos y bastos, y los pescadores lo venden todo sin hacer separaciones, porque saben que los mismos que un dia comen merluza, al siguiente toman sollo ó calamares.

Ignoramos si por esta decadencia ó porque en ello influyen las condiciones de cada region, es lo cierto que el pescador de cada una tiene ley, usos y costumbres que los personifican y particularizan; que los distinguen á los unos de los otros. El pescador de nuestra costa cantábrica no se parece en modo alguno al que ejerce su oficio en las aguas que bañan las de la industriosa Cataluña, ni el de esta parte se asemeja al de las costas andaluzas, que es el tipo que nos proponemos describir.

Puede parecer largo y difuso el preámbulo de nuestro estudio, pero creemos que no importe á nuestros lectores; era casi necesario y sobre todo tenemos la seguridad de que nos lo dispensarán.

Entrando de lleno en nuestro asunto, nos parece razonable para la mejor inteligencia distinguir el pescador que pesca, del que vende; pues no todos hacen lo mismo á pesar de que ámbos reciben el mismo calificativo. Por supuesto que ya nuestros amables lectores habrán comprendido que hacemos una exclusion total y

absoluta del pescador de caña: éste en todas partes es lo mismo y tiene idéntico carácter, mas que pescador merece el título de aficionado á la pesca que puede ser sastre, barbero, zapatero ó cualquier cosa, hasta facultativo, pero siempre hombre de muchísima calma que corre gran riesgo al casarse, pues con su aficion manifiesta gran cachaza y paciencia para todo, aprovechando cuantos ratos le dejan libres sus ocupaciones principales, coge su larga caña que cimbra al cargarla al hombro y una pequeña cesta donde á mas de algunas provisiones con que tomar un bocado, lleva cebo con que engañar á los incautos pececillos, aunque muchas veces el tipo que nos ocupa, deberá pensar que en el fondo del mar tengan tambien colegios donde ilustrarle los pescados, pues pocos son los que acuden á picar la comida que envuelve el criminal anzuelo. Esto es que nuestro tipo despues de tomar posiciones, casi siempre en elevada peña, permanece sentado horas y horas, fija y atenta la mirada en el corcho que sobrenada; al menor movimiento de arríba hácia abajo que nota, tira de la caña con presteza y se encuentra con que el mayor número de las veces fueron ilusiones engañosas, no pocas por mas que tira, no puede sacar nada: las corrientes llevaron el anzuelo hasta una piedra, en la que se aferró ó fué mordido por un pez, que de fuerza mayor, se lo llevará consigo muriendo al fin bastante léjos del que pretendió cogerlo: los menos serán los que logren sacar algun insignificante pececillo, que ni aun repetido cien veces bastara satisfacer en una comida, ni á un individuo solo.

Este tipo que es burla y sarcasmo de cuantos le miran, pues muy pocos en número llegan á comprender su aficion, no entra en los límites de nuestro estudio: encaminado á prestar al pescador de verdad al que por único oficio tiene el de la pesca al que vive de ella ya cogiéndola, ya vendiéndola, y no al de toda ó cualquier parte si no al de Málaga, que creemos presente rasgos típicos que lo pueden diferenciar de los demás.

En aquel país el pescador mas que clase parece casta: el oficio se trasmite de padres á hijos, y del mismo modo que á esta clase no entra ninguno que no tenga en ella algun ascendiente, puede darse por seguro que tampoco ingresa en ella el que no los tenga. Esto que á primera vista pudiera parecer raro no lo es considerándolo detenidamente. El que es zapatero por ejemplo, y el que es albañil, ó carpintero ó cerrajero, no llevan nunca sus hijos al taller, se quedan en la casa al cuidado de la madre ó de la familia, y de este modo pueden despertarse en el muchacho otras aficiones que le impulsen por distinta senda de la que siguió el padre, pero esto no sucede con el pescador.

Teniendo que desempeñar su oficio en el mar, vive junto á él casi siempre en la playa en la modesta barraca donde guarda sus útiles y enseres: allí le acompaña su mujer, allí nacen sus hijos y desde sus mas tiernos dias acostumbran á dormirse arrullados por el batir de las olas. Cuando crecen aun sin poderse tener en pié se arrastran hasta la playa y juegan con la arena, se entretienen en buscar las pintadas conchas y los retorcidos caracoles; mayores ya, avanzan hasta la orilla y se divierten en aguardar la ola que muchas veces los alcanza y les baña los piés, y de esta manera poco á poco se van acostumbrando y mas su interés acrece apénas se aviva su deseo, teniendo constantemente ante la vista á sus padres aun á lo que sin fuerzas para ello les quieren ayudar.

Naturalmente resulta de esto que apénas puede dedicarse al oficio se dedica; mas, como para esto son necesarias fuerzas que aun no se tienen en los años juveniles, comienzan por lo que puede llamarse primer paso en la carrera y aprende á hacer redes á componer los deterioros que en las que sirven causan los arrecifes del fondo de los mares ó los peces que nacen con defensa natural para librarse de la traba que aquel tejido de cuerdas le opone. Sentado en la playa, resguardado del sol cuando abrasa, por una estera vieja que sujeta á dos cañas, que el mas ligero soplo de aire mueve, pasa las horas entregado á su monótona tarea, mientras entre dientes murmura el triste cantar en cualquiera de aquellos aires que claramente revelan, que los árabes dominaron allí por largo tiempo y que suavemente le acompaña el ruido del agua que lame perezosa las arenas de la orilla. Casi sin cambiar de posicion duerme la siesta, y el sol y el aire curten su rostro, lo ponen atezado y le hacen adquirir un tinte muy particular, parecido muy semejante al de los egipcios que pasan la vida en las orillas del Nilo.

Sus juegos son las ocupaciones que en pasados tiempos se recomendaban y aun se exigian para conseguir el desarrollo físico; el salto, la carrera, la lucha; y con efecto ellos tambien se desarrollan, consiguiendo una musculatura de acero y unos nervios vibrantes que envidiarian atletas del ponderado circo: adquieren, mediante ellos, fuerzas y agilidad, y mas acrece con el tirar de las cuerdas que arrastran la pesada red en que vienen los cautivos que servirán para su fortuna y alimento.

Su traje es ligero hasta tal punto que no puede serlo mas: un calzon de tela azul y una camiseta de lo mismo lo componen: en la cabeza las mas de las veces no llevan nada y si llevan, todo está reducido á un sombrero de palma con anchas alas ó de castor, pero tan estropeado que de él podia creerse como del oficio

que pasó de padres á hijos. No olvidarán nunca la faja de rabioso color, ancha y larga con que se dan mas de seis vueltas á la cintura y entre los pliegues de la que llevan oculta la brillante y afilada faca, herramienta terrible en manos de aquella gente, pues no es sino una degeneracion de la mora gumía, espeluznante hoja ya por la manera con que la esgrimen y que reunido todo da lugar á que cuantos presencian una riña si la ven entrar en el cuerpo de un infeliz, exclaman:

—¡Dios le haya perdonado!

Lanzarse á lo desconocido es un afan que seduce á todos los hombres, por lo mucho que lo desconocido seduce, y de aquí que á lo primero que aspira un pescador principiante de aquella costa es á tripular la barca que ha de remontar la red: la peticion de esto menudea tanto que al fin un dia el padre se decide y permite que lo acompañe el hijo de su alma, en cuyos ojos se mira, pues por mas que parezca brusco y ráfio, el pescador es sensible y aunque á su manera, sabe amar y ama. El instinto feroz y sanguinario que á veces parece que le domina no depende como pensando muy á la ligera suponen algunos, de su falta de cultura ó educacion ó del poco trato por el aislamiento en que vive: depende mas que nada de la hirviente sangre que circula por sus venas, caldeada de contínuo por aquel sol que abrasa, depende de aquellas fogosas pasiones que germinan en su seno, y tanto es así que inmediatamente de cometer un delito, cuando viene de realizar uno de los crímenes mas grandes, luego que fija su atencion sosiega y considera lo que acaba de hacer; llora, se arrepiente y se deja llevar como un niño. Muchas veces hemos visto maniatados caminando para la cárcel á hombres de esta clase, que nunca en su larga vida habian dado lugar ni al mas ligero de los escándalos, y que sin embargo, en un momento de obcecacion ó de arrebato se han ido á fondo dando muerte tal vez al mejor de sus amigos, al hombre con quien nunca se hubiera podido suponer que tuviera una riña. Y aquel hombre que en su furia habia matado á un semejante, aquel hombre, que en la ocasion aquella tuvo en jaque á una y aun á dos parejas de agentes de la autoridad; cuando vuelve á la razon, cuando pasa aquel acceso de furor que le dominó un instante, se deja prender y conducir como un niño, sin hacer la menor resistencia, y va luego sumiso y contrito á purgar su falta, estando diez años en un presidio del que saldrá pervertido, incapaz para continuar en su oficio y dispuesto á perseverar en la senda de la infamia y del crímen.

Pero abandonemos esta larga y confusa digresion y volvamos á nuestro asun-

to, esto es, sigamos ocupándonos de nuestro tipo á quien sus aficiones engendradas y alimentadas por lo que constantemente vé, llevan á conseguir que un dia se acceda á su peticion: toma parte en todos los necesarios preparativos, repasa las redes y las boyas, se hace cargo de los plomos y las cuerdas y una vez hecho esto con el calzado levantado hasta mas arriba de la rodilla, el pecho al aire y la cabeza descubierta, apoya sus espaldas como todos los demás á las bandas de la barca y de un lado y de otro la impelen dulcemente hácia la orilla sosteniéndola hasta que las ondas la hacen flotar. Una vez conseguido esto trepan hasta ella, empuñan los remos con vigorosa mano, y abren, gracias á su esfuerzo profundo, surco en las aguas por donde la barcaza se desliza meciéndose.

Avanzan sin descansar: aquellos hombres parecen de acero: parece que no experimentan ni la mas ligera ténue fatiga, y de este modo siguen y siguen hasta encontrarse fuera del puerto; mas allá, pero bastante del espacio en que por celebrarse las faenas propias de los muelles está libre de pescado: mas cuando llegan al sitio en que estos abundan; cuando se encuentran allí de donde nada puede ahuyentarlos, entonces hacen alto, varan y arreglan la red de tan hábil manera, que queda extendida en el fondo del mar y sujeta por las cuatro puntas á cuerdas que se sostienen en la barca.

A ellas se sujetan las boyas que sirven para indicar la direccion que traen, y una vez hecho esto la barca emprende el retorno hácia la orilla, trayendo consigo los cabos á que están sujetos ya no pocos peces.

La satisfaccion y la alegría mas grande se refleja en el semblante de todos. Al verlos venir de aquella manera cualquiera podria pensar que eran náufragos á quienes la tempestad deshiciera en alta mar y que asidos fuertemente á débil embarcacion logran á costa de afanes considerables y terribles fatigas dominar las olas y arribar á la hospitalaria playa donde les aguarda la salvacion.

Siempre que el hombre abriga alguna esperanza, procede del mismo modo y al volver el pescador a la orilla dejando echadas sus redes, confia en que mediante el trabajo que le falta realizar se verán colmados sus deseos, que la pesca será abundante y con sus productos podrá atender á la satisfaccion de sus necesidades y dar pan á sus hijuelos que ansiosos le esperan en la playa. Así es, que avanza impaciente sin tomar reposo, sin abandonar el remo un solo instante y boga y boga hasta que la quilla de su ligera embarcacion encalla en la menuda arena. Allí le aguardan ya sus buenos compañeros, que cogen las puntas de las cuerdas á que quedara la red afianzada y se organizan para tirar de ellas á una voz, en tan-

to que los tripulantes procuran varar la embarcacion. Una vez terminado esto, se abren en dos filas que cada vez van estrechando mas, tirando cada una de dos cuerdas.

Larga y penosa es la faena, mas al fin se divisa la última boya; al fin cada vez sienten mas fuerte el peso y á juzgar por él, aquel dia será grande la ganancia: la red debe venir repleta y en efecto no se han engañado. Poco tiempo despues asoman los cabos terminales, un momento mas y la presa estará ya sobre la arena. En derredor del sitio se aglomera mucha gente, que pasa el rato distraida contemplando la faena y holgándose con los dichos y ocurrencias de aquella gente que siempre, como se dice y es verdad, están de broma.

Cuando sale el copo comienza el vocerío y se constituye entonces un espectáculo de los mas animados que suelen verse, los pescados colean y saltan revueltos los grandes con los chicos, los finos con los bastos; alrededor de la red se agolpan los curiosos y con ellos los compradores que han de revender luego la mercancía por las calles de la poblacion; mas antes de hacer parte ninguna el capataz del copo con una vez que rara vez se engaña, procura calcular lo que ha salido, lo reduce á un peso, da á éste un precio y comienza luego la separacion necesaria: aquí se amontona la rica y fina pescada: allí el pintado salmonete, mas allá el blando calamar, en otro lado los pescados mayores, quedando al fin separados los peces chicos, entre los que tanto abundan en aquella costa el sábalo, boqueron, las sardinas y el pirel.

Comienza la venta de la que se encarga el patron, y en tanto los jabegeros tendidos aquí y acullá en la arena, fuman un cigarro con la mayor indiferencia sin preocuparse de nada y sin que nada les pueda molestar, quedándose dormidos el mayor número de las veces hasta que le vienen á despertar para partir las ganancias conseguidas. Se despereza entonces, procura sacudir el sueño y va con sus compañeras á sentarse alrededor del pintado pañuelo donde tiene el jefe amontonado el dinero. Sacan en primer lugar lo que todos dejan para la red y la barca, el aumento que recibe el capataz y lo demás lo parten como buenos hermanos, recogiendo cada cual su parte y retirándose luego.

Antes de llegar á la casa, aquel hombre que ha estado trabajando desde el alba en que comenzó su tarea hasta las cuatro de la tarde, en que la dejó terminada, irá á la taberna á tomar una copa y á contar algun sucedido, como él dice, pero de los que no pasaron nunca, porque el pescador, lo mismo que el cazador, es exagerado y embustero. No será raro que halleis, quien de entre ellos os sos-

tendrá que casi junto á la playa, allí en el apacible y tranquilo Mediterráneo ha visto ballenas mas grandes que un navío de tres puentes ó tiburones en manadas, al oir esto, se levantará en algunos el deseo de improvisar y apoyará lo que su compadre dijo, no porque lo crea cierto si no porque le servirá para contar mil proezas y aventuras como las de que sostuvo una lucha con un tiburon, y le dió muerte con su faca ó que, perseguido y acosado por un lobo marino lo dejó atrás á fuerza de remos. Cuanto mas beben mas charlan y mas mienten, no siendo raro que entre ellos surja algun altercado que indudablemente llegaria á tener fatales consecuencias; pero nunca falta quien medie, nunca falta quien proponga una amistosa avenencia que no deja jamás de realizarse, porque al fin y al cabo son buenos y la culpa de todo la tiene el pícaro vino de Andalucía, que tiene mucho cuerpo y se sube enseguida á la cabeza.

Despues de pasar alegre el rato nuestro pescador se irá á su casa, cenará tranquilo con su mujer y sus hijos, y dormirá hasta el dia siguiente en que se irá de nuevo á la playa á desempeñar la cotidiana tarea. Este es el tipo en tanto se entienda por pescador al que pesca, mas como tambien se da el mismo nombre al que vende el pescado y presenta un tipo característico, justo será que digamos algo de él, aun que sea poco.

En tanto que los que hemos procurado pintar tiran del copo los que esperan revender lo que salga, aguardan tendidos en la arena: una vez fuera la jábega cada cual segun sus fondos, compra aquello que cree, debe y puede tener mas salida segun tambien los barrios en que es conocido; los que discurren por las calles del centro de la poblacion cargarán con los de mas precio: los que salgan á vender por los barrios llevarán los boquerones tan nombrados, las sardinas y los jureles, regatearán el precio, lo escatimarán cuanto puedan y una vez listos emprenderán el camino de la ciudad, ajustando sus cuentas de antemano para saber á que precio revenderlo.

Apénas llegados á las primeras casas llevando pendientes de los brazos los redondos cenachos, comienzan á pregonar de una manera mas ó menos pintoresca su mercancía con una voz que se oye lo mismo en las habitaciones altas que en los cuartos interiores. Si el precio es caro lo omitirán en su pregon para dar lugar á que salgan á preguntárselo y poder entablar un animado diálogo, con la criada ó con la mujer del pueblo, en el que siempre saldrá ganando pues habrá vendido ó habrá dicho alguna cosa de las que son tan de su gusto. Si aquel dia el precio es bajo por la abundancia de pesca que hubo, será lo que mas recalque

en su pregon para animar á cuantos le escuchan y siempre de esta manera es de ver como gritan y se afanan y luchan dándose con frecuencia escenas de esta clase.

De una casa de buena apariencia sale una criada morena y agraciada, tipo tan comun en aquella tierra, y con delicado timbre grita:

—¡Eh, *pescaor!*

—¿Qué se ofrece?—responde nuestro tipo sin volver mas que la cabeza y dejando que en los brazos se columpien los cenachos.

—¿A cómo van los besugos?

—Los besugos no van, ¡salero! Soy yo quien los lleva.

—¡Bueno hombre! ¿Y á cómo los lleva usted?

—¿Pues no lo ha oido?

—Yo, no.

—Pues se lo voy á decir otra vez.

Aquí nuestro hombre, que está convencido de que pregona bien y de que tiene una voz con la que educado seria un gran barítono, lanza al aire su pregon lo mas recortado y floreado que puede, y mira luego con aire picaresco á la criada, que le escucha embobada, diciéndola:

—¿Lo ha oido usted ya?

—Sí, pero á tres reales son muy caros.

—*Pus* mas caro es el jamon.

—¿Quiére usted á dos reales por ellos?

—Mas me costaron á mí.

—Pues yo no los pago á tanto.

—Entonces lo dejaremos para otro dia.

—¡Adios!—le dice la criada.

El pescador sigue su camino, mas no se ha separado dos pasos del sitio en que estuvo, cuando se vuelve y grita:

—Oiga usted, mi alma, ¿lo quiere regalado?

—No, señor,—contesta la otra haciendo un gesto,—porque todavía tengo yo dinero para pagarlo.

—¿Pues á como lo paga lo último?

—A dos reales y medio.

El pescador titubea un momento, y al fin, dejando los cenachos en el suelo, dice:

—Llévelos usté, salero, no quiero que vaya disgustada.

Estas escenas se repiten, y aun se prolongan mas, cambiándose entre vendedor y comprador chistes y dichos picantes, oportunos unos, pero otros tan subidos de color, que harian enrojecer á un guardia civil.

A medida que el dia avanza van bajando los precios, pues en climas tan cálido como aquel, los infelices, aunque pierdan, tienen que venderlo todo en el dia para no perder mas. Esto les obliga tambien á andar sin descanso, así es que no bien han despachado vánse á su casa, separan las ganancias que consiguieron, apartan lo que al dia siguiente emplean en la compra y se duermen como unos benditos.

LOS MENDIGOS.

POR D. FEDERICO VILLABRILLE Y MARTA.

I

Nos hallamos en la calle de Segovia hácia su último extremo cerca del puente que lleva tambien por nombre el de la antiquísima ciudad del alcázar. Las viviendas que por allí abundan, exceptuando alguna que otra recientemente edificada, pertenecen en su mayor número á la época anterior á Felipe II, muchas de ellas puede decirse que están en carácter: son casas que estarian bien en villas donde no haya ni agricultura, ni industria, ni comercio; solo quedan mal miradas desde el momento en que en Madrid se encuentra la córte. única fuente de riqueza de la populosa capital de las Españas.

La remota época en que tales casas fueron construidas lo atestigua mas que su aspecto feo y sucio, mas que las grietas que hienden las fachadas, mas que las raras formas de los hierros de sus rejas y balcones, lo elevado de sus techos y lo amplio de sus habitaciones.

En nuestro tiempo cuando se levanta una finca hay gran cuidado de que quede bonita: las condiciones de solidez, comodidad é higiene se posponen de todo punto. Casas conocemos que á los dos años de haber sido terminadas tuvie-

ron que denunciarse y casi todas las edificadas en determinadas zonas mas que viviendas para personas, parecen palomares. Eso sí: es muy grande el cuidado que se tiene de que el portal quede con lujoso aspecto, que los adornos sean de mucha vista, que la escalera sea cómoda y alfombrada en muchos casos: que todas las puertas estén perfectamente pintadas y barnizadas, que en ninguna pieza falte chimenea aunque la que mas tenga dos varas ó tres en cuadro, y así sucesivamente hasta lograr que sea aquello una vivienda de muñecas.

Nuestros antepasados por el contrario comprendian perfectamente, que en las casas habian de vivir personas y á este fin las hacian como deben ser. Verdad es que las fachadas no tenian nada de bello, que eran destartaladas si se quiere, que los portales eran largos y estrechos sobre ser sucios, que las escaleras por ser tan malas, solo pueden ser comparadas en nuestro tiempo con las que conducen á la horca, que en punto á pintura y decorado de las habitaciones, se advertia solo un rudimentario estado de las artes y que dentro se echaban de menos muchas de las comodidades que nos ha aportado la civilizacion moderna.

A todo esto, como en el mundo nunca puede ser echada de menos la justa ley de las compensaciones, puede oponerse que las salas y alcobas eran amplias y de elevados techos, que en ellas no se ahogaban los moradores como hoy que en abriendo los brazos por cualquier parte tocan á las paredes, y mas que nada que el precio de los inquilinatos no era tan exhorbitante como hoy, de que al paso que vamos, llegará un dia en el que los pobres de la clase media tendrán que vivir al raso, dado que debajo de los puentes que cruzan al caudaloso Manzanares, no son muchas las personas que se pueden albergar.

En una de estas casas antiguas, situadas como hemos dicho en el último tercio de la calle de Segovia, de estrecho, sucio y oscuro portal que claramente presentaba indicios de no haber sido barrido nunca ó al menos desde hacia muchos años, nos vemos obligados á hacer entrar á nuestros lectores.

El antiguo rótulo de *nadie pase sin hablar al portero*, que tanto en Madrid llamaba la atencion, no podia haber sido verdad en aquella casa; no se advertia allí nada que pudiera indicar que en cualquier época habia portería, nada que revelara á ese sér que se preocupa de todo menos de aquello que real y positivamente le importa; nada, en fin, que pudiera atestiguar la existencia de ese cancerbero que estorba mas que sirve.

El que allí llegaba buscando á cualquier persona, tenia que recorrer uno por uno todos los cuartos, hasta hallar á quien deseaba: mas, llevamos nosotros la ven-

taja de saber de antemano á donde nos dirigimos. razon por la que despues de atravesar el mencionado portal, dejando atrás lo que solo por sarcasmo puede llamarse escalera principal, penetramos en un patio á cuyo fondo jamás llega el sol y la luz muy raramente, á causa de las paredes que lo limitan. En el fondo de él, que apénas caen cuatro gotas queda convertido en un muladar, hay una desvencijada escalera para subir por la cual hace falta sumo cuidado ó gran práctica, pues mas parece trampa dispuesta para que cualquiera cristiano se rompa al alma, que ascensor á las habitaciones interiores de aquel tugurio.

Al fin despues de pensarlo, que bien vale la pena, llegamos á una puerta sucia y desvencijada, y despues de franquearla nos encontramos en una espaciosa antesala en la que se ven dos entradas que dan á otras tantas habitaciones desmanteladas ambas y ambas iluminadas por la luz de dos vetustos candiles cualquiera de los que podria hacerle creer á un inglés raro y estrambótico, que habia servido á Diógenes para buscar al hombre que deseaba.

Como nuestro principal objeto es ver lo que allí pasa, permaneceremos en espera: la puerta ha quedado abierta y poco despues que nosotros entra un anciano tullido y maltratado que se apoya en dos muletas sin las que al parecer le seria imposible dar un paso, dado el considerable traque con que, hasta con ellas, le cuesta hacerlo. Sin embargo, apénas entra, las deja en un rincon, se retira como quien ha estado en cama mucho tiempo y con sin igual soltura sacude las piernas y da dos ó tres vueltas por la habitacion.

Inmediatamente despues y precedido de un perrillo asqueroso y flaco entra otro cuya vista solo, mueve á compasion: fáltanle ambos ojos y es manco: al sentir que ya en la habitacion suenan pasos saluda diciendo:

—Buenas noches compañero.

—¡Hola!—contesta el otro,—¿Qué tal ha ido?

—Así, así,—y diciendo esto se quita con gran habilidad unos bien dispuestos parches y pasándose repetidas veces la mano por los ojos, los deja ver en perfecto estado: el defecto de la mano era tambien una mentira.

Despues de amarrar el perrillo al pié de la mesa que ocupa el centro de la habitacion y que nos habíamos olvidado mencionar, pregunta á su compañero:

—¿Y cómo tan solo siendo ya tan tarde?

—Como es sábado...

—Habrán querido aprovechar hasta última hora.

—Eso, es, pero me parece que suenan pasos.

Efectivamente, se escuchaban pasos en la escalera y momentos despues se escucharon voces que reñian y disputaban.

—Ya está alí Roque,—dijo el que habia entrado primero,—y sin duda que viene peleándose con la Tola.

—Le habrá hecho alguna mala jugada como acostumbra.

—¡Y para que es tonto!

—Veamos lo que ha sucedido.

No bien acabada esta frase, penetraron en la habitacion dos séres repugnantes; eran hombre y mujer aunque juzgando solo por su fisonomía hubiera sido difícil determinar á que género pertenecian. Encorvado él por el peso de los años llevaba sobre los hombros una capa de la que no podia saberse cual era el paño primitivo: sin órden ninguno estaba plagada de remiendos, de tal magnitud algunos, que á su vez tenian otros, cada uno de su color. El pantalon y la chaqueta se encontraban en igual deplorable estado y con seguridad que un trapero de los de peor condicion no hubiera recogido ni el sombrero, ni la desgarrada camisa que llevaba tan negra ya, que debia hacer mas de un año que no se mudaba.

Ella era aun mas repugnante si se quiere: sus vestidos eran andrajos, sus pelos desgreñados aparecian en mechones por debajo del sucio pañuelo que cubria su cabeza: sobre los hombros y á guisa de manton ó chal llevaba un pedazo de *portier*, pero *portier* que en sus buenos tiempos, hacia muchos años ya, debia de servir en alguna buñolería ó bodegon, pues no de otra manera se explican las grandes manchas de aceite y grasa que lo sembraban.

Efectivamente y como desde luego indicaban las veces venian regañando: la cuestion subia de tono cuando aparecieron en la sala; en cuyo punto, recobrando una agilidad que fingian no tener, recobraron nuevos brios de tal manera que los que ya estaban allí tuvieron que mediar para que no llegaran á las manos.

—Esta es una mala vieja,—dijo el tio Roque,—á la que voy á romper un hueso.

—Eso seria un pueblo,—contestó la señalada haciendo un gesto horrible.

—Pues pueblo ó no, ahora lo vas á ver.

Diciendo esto el furioso Roque enarboló el palo y seguramente su amenaza hubiera tenido perfecto cumplimiento, á no interponerse de nuevo los circunstantes.

—Vamos á ver,—dijo uno de ellos.—¿Qué es lo que ha pasado?

—Ha pasado que esta infame quiere aprovecharse de todo lo que uno hace,—contestó el tio Roque.

—¡Mientes!—replicó la Tola.

—¡Digo mas verdad que tú, mala vieja!

Uno de los que en aquella ocasion se hallaban representando el papel de juez, se interpuso comprendiendo sin duda que se debia mas respeto al papel que se abrogaba, y dijo dándose importancia:

—Que hable primero uno y luego otro, así podremos entendernos y ver quién tiene la razon.

—Eso es lo mejor,—dijo la Tola, y como se dispusiera á emprender el relato de la cuestion aquella, la interrumpió su contrincante diciéndola:

—¡Calla víbora!—lo contaré yo.

—¿Y por qué has de ser tú?

—Porque no trataré de engañar á nadie.

—Pues si á engañar vamos, eso es lo que has hecho en toda tu vida,—dijo la Tola haciendo una mueca.

—Lo habré aprendido de tí.

—O del demonio con quien debes tener pacto.

—Es que el demonio en persona eres tú.

—¡Ojalá! Para que ahora mismo pudiera llevarte al infierno.

Viendo que aquello se ponia de modo que no se iba á concluir nunca, el que primeramente entrara en la estancia, aquel que llegó fingiéndose cojo y que luego que nadie le veia tiró con sin igual desenfado las muletas, puso órden de nuevo, procuró avenir á los contendientes y quedó acordado que el tio Roque, por cuanto era mas viejo, debia ser el que primero hablara.

Con efecto, el aludido comenzó á referir la causa original del disgusto que tanto habia dado que hablar, y que en suma no era otra que hallándose á la puerta de una iglesia la tia Tola habia llamado mas la atencion de una señora que, creyéndola sin duda mas necesitada, le dió dos reales, sin dar nada al tio Roque. Queria este una parte de la aristocrática limosna y negábase aquella con toda su alma, sosteniendo que nada dijo la caritativa señora, pero alegaba el narrador que esa costumbre hacia mucho tiempo que estaba establecida entre ellos, y que él mismo, en mas de una ocasion, habia dado á su compañera parte de lo que él habia recogido.

—¡Mientes!—exclamó con furia la aludida.

El tio Roque dió un paso atrás, y con voz en la que se advertia el despecho y la rabia que le dominaba, dijo:

—¿Con qué no te he dado yo parte?

—¡Nunca!

—¿Te atreves ó decir eso cuando aquí mismo, delante de esos amigos lo he hecho no hace muchos dias?

—¡Es cierto, es cierto!—dijeron los que allí estaban.

—Pero eso lo hizo,—contestó la Tola desesperada,—porque se lo dijeron.

—¿Quién me lo dijo?

—El caballero que te dió la peseta.

—¡A mí!

—Sí, á tí; porque al dártela te dijo para los dos.

—Pero tú no lo oiste.

—¡Sí que lo oí!

—Vamos á ver,—dijo el fingido cojo,—es una lástima que por una cosa que no vale la pena vayan á disgustarse dos buenos amigos, que tanto tiempo hace viven con nosotros en buena armonía. Para que esto se acabe creo que lo mejor será que la tia Tola le dé un real al tio Roque.

—¡Eso es, no faltaba mas! ¿Por qué se lo he de dar? ¿No es á mí sola á quien se los han dado?

—Bueno,—dijo el amigable componedor, pero otras veces él ha hecho lo mismo contigo y lo seguirá haciendo.

—Siempre ha de ser una la que pierda.

—Otra vez ganarás, mujer.

—Bueno,—añadió la Tola,—no quiero que nunca se diga que por causa mia ha habido un disgusto. Tome el tio Roque su real.

El interesado alargó presuroso la mano y cogió las monedas que tan de mala gana le daba su compañera y que ésta habia sacado de un mugriento bolsillo que llevaba oculto en el pecho.

II

En tanto que con gran trabajo se habia logrado poner término á la cuestion aquella, fueron llegando otros cuantos personajes, hasta formar un número de veinte ó veinte y cinco, todos de igual ó parecida catadura, tuertos, mancos, tullidos, ciegos, mudos, sordos, ó bien dejando ver asquerosas llagas ó deformidables repugnantes, pero que apénas entraban sufrian una completa metamórfosis, y quedaban tan ágiles y listos como el que más.

Nuestros lectores habrán adivinado ciertamente lo que era aquello; ni mas ni menos que una sociedad de mendigos, de pordioseros de esos que constantemente á todas horas y en todas partes, os persiguen con su constante lloriqueo para que les deis con que ayudar á mitigar sus desgracias.

Hemos dicho que era aquello una sociedad, pero nos vemos obligados á aclarar este vocablo. No se entienda que habia allí reglamentos ni estatutos que regularizaran los fines de los asociados.

Aquello era puramente una casa como hay varias en la que, llegada la noche, acudian á refugiarse los que viven durante el dia explotando la caridad pública: aquello era, propiamente hablando, un cuartel y en su extenso dormitorio, revueltos los hombres con las mujeres, pasaban el rato que media de sol á sol, pues con él se levantaban para dedicarse de nuevo á su lucrativa industria.

Tugurios insalubres albergan á lo mas malo y corrompido de la sociedad y con la de muchos que allí se asilan, podrian hacerse no pocas historias de crímenes. Nuestra aseveracion podria parecer exagerada, por lo que será bueno que hagamos el detalle de la clase en que nos hemos fijado para hacer este trabajo.

Cuando real y efectivamente el mendigo fuera un sér desgraciado; cuando real y efectivamente la desgracia de un hombre fuera tan grande que nada tuviera y sobre esto le fuera imposible ganarlo, solo entonces podríamos admitir que un sér procurara vivir con lo que sacara de excitar la caridad pública. Mas diariamente llegan á conocimiento del público casos y casos que dan lugar á que cada uno y todos se retraigan, cerrando los oidos á tanta lastimera historica con las que nos atolondran en medio de la calle.

Ni nuestra intencion, ni nuestro ánimo es ocuparnos en manera alguna de los pobres infelices que se ven privados absolutamente de todo, que no tienen para vivir y se dedican á pordiosear: tampoco queremos que ninguna de nuestras censuras caigan sobre los desventurados, que real y positivamente se encuentran físicamente imposibilitados como los ciegos, los mancos ó aquellos que están invadidos por cualquiera de esas enfermedades que mas que la compasion excitan la repugnancia. No los culpamos en modo alguno á ellos sino á los gobiernos á las autoridades que los dejan vagar á la ventura, sin tenderles una mano misericordiosa.

El mendigo, cualquiera que sea su clase, cualquiera que sea su condicion, fué reputado siempre como una plaga social, y por esta causa vemos que todas las legislaciones tomaron sus medidas para evitarla ó al menos para ponerle coto.

Cualquiera de los antiguos pueblos en que nos fijemos podrá servir de comprobacion á lo que acabamos de decir. En Egipto el mendigo era condenado á muerte y esta medida que á cualquiera puede parecerle un extremado rigor, tiene un fundamento racional que lo explica de una manera conveniente. En aquel pueblo rigorosísimo, las cosas se hallaban tan perfectamente dispuestas que no se comprendia la necesidad de que uno tuviera que molestar á otro para procurarse su subsistencia, y si alguno lo hacia, si la autoridad sorprendia á cualquiera que se dedicara á tal industria, lo calificaba inmediatamente de vago y lo castigaba severamente.

Pero hay necesidad de buscar una explicacion á tan severísima medida, que en modo alguno puede ser aplicada hoy: cierto que en nuestro tiempo se podria decir que no cabe tal extremo, porque repugna y con razon todo lo que no sea poner la pena en relacion con el delito; pero á mas de esto, el principal motivo para que de todo punto sea imposible obrar de tal manera, entre otras cosas es, que por incuria, por abandono ó por falta de medios, los gobiernos no procuran suplir lo que en la sociedad se echa de menos.

En Egipto, como hemos dicho no se comprendia de que nadie, tuviera que molestar á nadie, porque el que físicamente se veia imposibilitado de ganarlo, aquel que no podia asistir por sí á su subsistencia y necesidades inmediatas, lo alimentaba el Estado á sus expensas, dándole lo necesario en cómodos y bien dispuestos asilos sostenidos por el Erario, y en cuanto á que alguien tuviera que implorar la caridad pública por falta de trabajo, era cosa que ni se comprendia, ni podia explicarse; al que podia trabajar y no encontraba ocupacion con los particulares lo empleaba el Estado, cuidadoso siempre de la conservacion y engrandecimiento de las obras públicas. A ellas eran destinados todos cuantos carecian de otro trabajo, y de este modo además de evitar la vagancia autorizada en nuestro tiempo, se conseguian aquellas edificaciones que tras tantos siglos han llegado hasta nosotros.

En Grecia, tampoco pudo la mendicidad adquirir gran desarrollo, tampoco fué posible gracias á las disposiciones legales, fundadas siempre en el remedio á semejante mal que de ellas emanaba, pues nada en el mundo resultaria mas absurdo como la pretension de que nadie recurriera á la caridad por causa precisa ó por poco amor al trabajo si el Estado no cuida de reparar las faltas que pueden cometer los particulares. Así es que allí la esclavitud de un lado, que absorbia tanto desgraciado y de otro las reglamentaciones de los asilos, dieron por fin en tier-

ra con cuantos abusos pudieron originarse. El que pedia por no poder trabajar era socorrido, el que pedia por no tener trabajo se le daba ocupacion, el que reincidia perdia su libertad y era hecho esclavo. Fácil es comprender que nadie arrostraba semejante pena, fácil es comprender que con ella quedaba cerrada la puerta que á tantos abusos da lugar hoy.

En Roma tampoco pudo ser explotada la caridad pública, sino en los últimos tiempos cuando todo lo de aquella viril legislacion quedó relajado; pues en un principio la mendicidad estaba terminantemente prohibida, lo mismo que en todos los pueblos de la antigüedad. Verdad es que en la soberbia Roma no cabia tampoco el mendigo, dado que allí el que no era esclavo era ciudadano, á todos los primeros tenian que alimentarlos sus amos, todos los segundos eran alimentados por el Estado, provocándose así aquellos fabulosos repartos, dados los que provincias tan extensas como España y África fueran reputadas como graneros. En los últimos tiempos, ya cuando la poblacion se multiplica, las necesidades crecen y el vicio lo cubre todo, comienzan á aparecer los mendigos, y en bien puede decirse que en este particular los modernos no han inventado nada, sino que todo es una simple copia de lo que en Roma pasaba, siendo en ella tambien las mismas causas que entre nosotros.

Cuando verdaderamente puede decirse que la mendicidad alcanzó fabuloso desarrollo fué durante la Edad Media. La Iglesia habia predicado la caridad, habia excitado el sentimiento de los fieles; y entendiendo estos que por cada limosna recibirian una parte proporcional de gloria eterna, comenzaron por socorrer á cuantos podian, proporcionándoles una vida relativamente cómoda y holgada.

No dudamos de que tal vez los primeros que hicieron esto, esto es, los primeros que procuraron sostenerse de la caridad pública tal vez lo hicieron obligados por las circunstancias, tal vez se vieran en la dura necesidad de tenerlo que hacer así. Los que sin duda alguna han hecho mal siempre, son aquellos que sin pararse en quien, han socorrido á todos los que se les acercaban sin más ni más.

Indudablemente es muy cómodo vivir sin trabajar y no pocos debieron observar que el camino mas fácil para lograr esto era pedir limosna, dado que los que tal hacian no echaban nada de menos y entonces de esta consideracion sobrevino lo que puede llamarse prostitucion del oficio.

Siempre han existido séres vagabundos ineptos para todo, pero con dificultad se hubieran podido coleccionar tantos de un golpe de vista como en la época en que las órdenes religiosas distribuian la racion de sopa á todos aquellos que creian

necesitados. El interior de una iglesia no se veia nunca tan concurrido como los átrios de los conventos, en las horas que se hacia el reparto y nada nos ha podido deshonrar tanto como aquella multitud de todos sexos y edades que echados por tierra, burlándose de cuantos pasaban y cambiando entre sí frases obscenas, esperaban á que los alimentaran para seguir luego ocupados en no hacer nada.

Aquello era verdaderamente el colmo de la inmoralidad, mas todos aquellos eran mendigos que no se veian precisados á recurrir á ningun ardid; sabian que tenian la pitanza segura y esto les bastaba.

El mendigo en que nosotros nos hemos fijado; el mendigo que queremos presentar á nuestros lectores es de otro modo; es el que se ha echado á pedir por oficio y que por tanto se aplica á estudiar como podrá obtener mejor partido.

III

Casi se puede afirmar que el noventa y nueve por ciento de los mendigos con que tropezamos contínuamente, lo son solo porque están convencidos de que no hay ningun oficio tan lucrativo.

Pocos en número son los que en verdad no pueden hacer mas que pedir y estos son fáciles de contar; los que restan son mas que otra cosa séres abyectos que piden por no trabajar, pues si quisieran hacerlo lo harian. Mas para mejor inteligencia daremos órden á este estudio y expondremos ante todo una clase que á muchos extrañará hallar en nuestro estudio, pero que no tenemos otro remedio que incluirla omitiendo para ellos los epítetos mas demigrantes, solo por respeto á nuestros lectores.

Queremos referirnos á los que en el lenguaje moderno se ha dado en llamar profesores de esgrima; esto es, á tanto repugnante tipo como en los tiempos que corren están dispuestos á darle un sablazo al lucero del alba.

Sablazo en el idioma pintoresco de la gente de por el mundo, no es mas que la peticion brusca con que á cualquier hora os sorprende un *quidam* al que nunca habeis visto, pero que sin duda adivinó en vuestro rostro los buenos sentimientos que os animan.

Pocas palabras habrán sido aplicadas tan perfectamente como la de sablazo; nada hay que indique tanto el efecto que produce una peticion de esa naturaleza, y en Madrid son tantos los que viven de la esgrima que puede decirse que todos estamos acribillados. Para proezas tales son campos de Agramante la calle de Sevilla, la Puerta de Fornos ó la Puerta del Sol.

No extrañeis en modo alguno ver parados en cualquiera de estos sitios y á todas horas muchos tipos á quienes ya conoceis de vista; no querais tampoco saber que es lo que hacen allí. pues estais expuestos á que os lo demuestren prácticamente, pero con facilidad podreis saberlo. Permanecen con la vista atenta y apénas comprenden que uno de los transeuntes es á propósito se le acercan, lo saludan con mucha cortesía y terminan por pedirles alguna cosa con que remediar su desgraciada situacion del momento. A un tipo de estos, que por lo regular visten bien, que se expresan con buenos modos y que tienen el aire de una persona decente, no es posible darles cinco céntimos, ni diez, ni un real, sino de una peseta arriba.

Otros hay que juegan de otra manera; se dirigen á las personas que les son conocidas, y comienzan por decirle con ademan muy compungido, siendo las seis de la tarde:

—Todavía no he comido hoy.

El detenido por esta frase, al cual se le ha dicho ya repetidas veces, no puede menos de extrañarse y advertirlo al que le miente con tanto descaro; pero como sino hubiera escuchado observacion alguna, le añade:

—Que quiere usted, soy un hombre de bien, pero no cuento con el apoyo de nadie, no tengo quien me recomiende, no tengo quien en mi favor le hable al ministro, y como desgraciadamente en nuestro país no se atiende para nada á los méritos personales, me encuentro desvalido sin tener con qué comer, y lo que es peor aun, sin tener que darle á mi desvalida familia.

—Pero hombre,—le dice el acometido que ya sabe á qué atenerse,—una necesidad contínua no hay quien la remedie.

—Con medio duro me haria usted hombre,—replica el del sable, sin contestar directamente á lo que le dicen.

—Pues, amigo mio, me es imposible el favorecer á usted hoy, los tiempos están muy malos.

—Pero usted ha sido siempre muy bueno conmigo y no puede abandonarme.

—Ya le digo que lo siento, mas no me es posible.

Antes que dejar escapar la presa se intenta todo, y aquel vago desvergonzado, despues de lanzar un suspiro y mirar al cielo, exclama:

—¡Cómo ha de ser! Ya que no medio duro, hágame el favor de dejarme por hoy una peseta.

Esta es la peticion terrible, esta es á la que casi nadie resiste, porque en rea-

lidad no hay medio de resistirla: una peseta no puede decirse que no se lleva, y pocos serán los que en absoluto se nieguen á darla.

Algunos hay que comprendiendo el abuso dicen que no de una manera seca y categórica, que á cualquiera impondria y haria desistir de su empeño, pero ni por esas: cuando ven que tuvieron que bajar del medio duro hasta la peseta y que ésta les es negada, rebajan más, y si con los dos reales les sucediera lo mismo, piden el real, y es casi siempre seguro que sacan algo.

Eso sí; no bien ha vuelto la espalda el que los socorrió, cuando se rien descaramente de él y se mofan, marchándose á la taberna mas próxima á echar un trago, ya que gracias á ciertas medidas gubernativas no les es posible intentar doblar el capital, arriesgando á una carta lo que tienen.

Nuestros lectores comprenderán cuánta razon nos asiste, para decir que esta es la peor y mas abyecta clase de mendigos que se pueden encontrar: hombres que han recibido alguna educacion, hombres que podian servir de alguna cosa, prefieren perder la vergüenza para no trabajar y vivir... ociosos á costa de unos y otros. No se les da nada; por nada arrostran todas las situaciones, afrontando los desaires, y cuando dan un golpe en vago se contentan con decir:

—¡Otra vez será!

Refiriéndonos ahora á los mendigos de la clase que al principio hemos podido ver en la casa donde se albergan durante la noche, es fácil convencerse de que su mision es puramente la de engañar al público, pues solo de este modo es como pueden conseguir mejor su partido. Comprenden que por una manera errada de pensar, propia de nuestro tiempo, el hombre sano no inspira ni compasion, ni lástima, que no exita al sentimiento de los demás y á este fin simulan una portentosa série de imperfecciones y debilidades que mas sirven, cuanto mejor presentadas están.

Hombres que tienen buena y sana su vista, simulan con parches asquerosos que están ciegos y hacen alarde de ello ni mas ni menos que si se tratara de un mérito, y en efecto lo es para su oficio: todo el mundo compadece á los ciegos, todos se duelen de su mal y cada cual con lo que puede socorre al desventurado que en todos los tonos pregona que no lo puede ganar.

Otro simula una cojera que le hace inútil para todo; sin embargo, en un caso apurado podria muy bien servir de correo ó de telégrafo, pues es ágil y robusto y nada tiene sino el convencimiento de que es mucho mejor pedir que trabajar.

No faltan los mancos de ocasion ni los tullidos de conveniencia, ni los mudos

de necesidad, bagaje conveniente para las galeras de nuestros reyes ó huéspedes muy á propósito para los modernos presidios, y que gracias á una tolerancia que no se explica ó á una reglamentacion inmoral, pululan por esas calles mortificando á todos los transeuntes y explotando á los incautos.

Lo mas chocante es que á ninguno de estos mendigos falta ingenio ó imaginacion para urdir una historia conmovedora en extremo; le oireis decir al uno que perdió la vista en la explosion de un barreno, os contará otro, que la desgraciada caida de un caballo fué causa de la rotura de su brazo ó de su pierna; aquel os referirá como de resultas de cruel enfermedad quedó tullido para el resto de sus dias y otro, aunque por señas, os hará creer que es mudo y sordo de nacimiento.

Si del sexo masculino pasamos al femenino, encontraremos tambien y en abundancia tipos asquerosos y repugnantes; en la calle os detendrá la mujer de humildísimo aspecto, que con voz humildísima os dirá que es una pobre viuda con cuatro hijos á los que no tiene con que darles de comer, otra se os presentará con una criatura en brazos y llevando á otra de la mano; ambas lloran, ambas piden pan y esto lo hacen siempre sin cesar un momento, medio hábil para enternecer al transeunte; no faltarán tampoco las ciegas, ni las mancas, ni las tullidas, ni las mudas, dignas consortes de aquellos que primeramente hemos señalado.

Todos revueltos en miserables tugurios semejantes al que hemos descrito al principio, anidan en repugnante maridaje, y en tanto la autoridad no toma contra ellas providencia ninguna, sabiendo además que constituyen una plaga, sabiendo que muchos de ellos son verdaderos criminales, que tales disfraces arbitran para cometer delitos con mayor impunidad y buena prueba de ello tiene en que cuando alguna vez ha querido desplegar un alarde de rigor y deteniéndolos los ha conducido á los asilos, lo primero que han hecho ha sido escaparse para volver a su lucrativa tarea.

Hemos presentado hasta ahora la mendicidad abierta y descaradamente que se ejerce en las calles públicas, en las puertas de los templos, en las cercanías de los cementerios; nos queda que hablar de la mendicidad disimulada de la que autorizan los fundamentos.

No son pocos los que comprendiendo que el oficio está sujeto á una grandísima quiebra, cual es la de ser detenidos el dia en que los abusos se hagan muy manifiestos, acuden para salvar el escollo á que temen, demandando una licencia para tañer un instrumento. Entonces es frecuente verlos con guitarras rotas ó sin cuer-

das, violines que no saben manejar ó cualquiera otro de los que procuran arrancar un ruido. Al propio tiempo cantan de una manera desentonada, sin acierto ni compás, intercalando en versos imposibles la historia de sus desgracias para mover á compasion. El resultado como se vé, es el mismo: la diferencia está únicamente en la forma.

No pocos desengaños podrian tocarse si se estudiaran detenidamente los tipos que hemos presentado; algunos de ellos en vez de pedir podrian dar, y nada mas decimos por no fatigar demasiado la atencion de nuestros lectores.

LOS PEDIGÜEÑOS.

(CUADROS DE PERENNE ACTUALIDAD).

POR D. MARIANO RAMIRO.

No amaneci con cien duros,
Y al toque de la oracion
Me he quedado sin un cuarto
Y en ayunas, que es peor.
En lo que gasté el dinero
Apénas lo entiendo yo,
Pero si el lector es lince,
Podrá entenderlo.—¡Atencion!
—Estoy en paños menores;
Las siete marca el reloj.

* * *

—Tan... tan...
—¡Adelante!
—¿Aquí
Vive el caballero don?...

—Presente.

—Me alegro.

—Usted

Dirá á que debo el honor...

—A lo siguiente: me siento,

Porque con tanto escalon,

Y yo, que estoy de buen año,

Y este clima tan feroz...

Soy director de un diario

De inmensa circulacion

Entre unas cuantas beatas

Y el capellan y el rector,

Etcétera. Yo lo escribo

Y en él, entre col y col...

¿Me explico? Pero es el caso

Que mengua la suscricion,

Que mi voz no hay quien escuche,

Y voy perdiendo la voz

Y el tiempo, porque este pueblo

No le brinda proteccion

A las letras; es ingrato.

Es incrédulo y atroz!

Mi periódico se llama

La Alfalfa, y lo tragan los

Borregos de la manada

De que yo soy el pastor.

Pero los tiempos son malos,

Luego, ¡la contribucion!

¡Ya vé usted! Se ponen viejos

Los tipos y tambien yo,

Que soy un idem y es fuerza

Que haya una restauracion

General. A usted me envia

Doña María de la O

Y el prestamista don Judas

Y el provincial de Alcorcon...
Aquí tiene usted la lista...
—Entendido. Pues, señor,
Ahí van veinte y cinco duros.
¡Es poco! pido perdon,
Pero los tiempos, la crísis.
La guerra, los cambios...
—¡Oh!
—El oro está por las nubes.
—Luego, ¡la contribucion!
En fin gracias.
—Vaya usted...
—Beso su mano.
—¡Con Dios!

*
* *

—Buenos dias, caballero,
A saludarle subí
Para ponerme á sus órdenes.
Mi paisano Tamberlick
Me habló de usted, de su gusto
Por el *bel canto*. En Turin
Debuté el año sesenta;
Soy *prima donna,* y aquí
Vine á cantar este año
Música de *Meyerbir*.
Pero, ¡hay tantos que á mi oficio
Se consagran! Porque, en *fin,*
Todo es cantar, aunque sean
Palinodias. ¡Ay de mí!
—Señora, esa relacion
A pelo podrá venir
Pero no la entiendo.
—Entonces

Me explicaré. Soy feliz
Con poner bajo su amparo
Mi funcion de gracia; mil
Caballeros se disputan
El honor, en buena lid,
De beneficiarme.
—¡Cuerno!
¡Vaya un empeño cerril!
—Pero yo pensé en usted.
Y me dije para mí:
«Prefiero ese ciudadano,
Que tiene el bigote gris
Y vive en un cuarto piso
De la calle del Candil,
Porque una artista cual yo,
Que siempre está dando el *sí*
Con las reglas del oficio.
Y ha visitado á Pekin,
No ha de malgastar su tiempo
Dándole á un chisgaravís
La preferencia.» Por tanto,
En tafetan carmesí,
Con letra clara y de molde,
La *dedicatoria* aquí
Le traigo. No es compromiso.
¡Qué ha de ser! ¡No sé fingir!
Es que usted se lo merece,
Yo vivo... lo dice ahí
La adjunta tarjeta.
—Bueno,
Acepto, que es con buen fin;
Ahí van veinticinco duros
A cuenta, quiero decir,
En señal, porque esa suma
Es sobrada baladí

Para un artista cual vos,
Que canta de abril á abril
Hasta en la uña, y me manda
El señor de Tamberlick,
Sugeto que no conozco,
Pero es lo mismo, y así
Tutti contenti.
—¡*Mio caro!*
¡Mil gracias! El calesin
Me aguarda... Con que le espero...
¡Oh, no deje usted de ir.
—¡Qué he de dejar! A sus piés...
(¿No hay quien me preste un fusil?)

. . .

—¿Dá usted permiso?
—¡Demonio,
Otra te pego! ¿Quién va?
—Somos una comision
De señoras.
—Esperar
Que me ponga presentable
En lo posible... un gaban
Me encajo. Pasen ustedes.
—¿Vive aquí el señor de tal?
—Como que soy yo.
—Venimos
En comision.
—Bueno.
—A
Rogarle que se suscriba
Con alguna cantidad
A cierta empresa que el cielo
Le abrirá de par en par.

—Algo es eso; me figuro
Que será algun hospital,
Alguna escuela ó asilo
De paz y de caridad.
—No señor. Esos asuntos
Ya pasan de lo vulgar.
Nuestro proyecto es mas útil,
Mas del buen género y más...
Figúrese usted; se trata
De una capilla rural
Para un santo que está en boga;
Vino de Francia. Aquí está
Su nombre, algo revesado,
Pero de buen tono. La
Condesa mi prima, el duque
Y el baron y el general,
La marquesita, el vizconde,
El intendente, el dean
Y toda la clase, opinan
Que el producto de un bazar
Y ciertas insinuaciones,
Y una suscricion, darán
El dinero, pues nosotros
No debemos poner más
Que mucha conversacion
Y la mejor voluntad,
En fin, lo que se da gratis;
Porque tener que soltar
La mosca, ya eso es harina
¿Estamos? de otro costal.
Nosotros damos la idea
Y el dinero los demás;
Esto es fácil y barato,
Cómodo y estomacal.
Tenemos de usted noticias

Que acreditan su piedad
Y... aquí está la lista: ahora,
Caballero, usted dirá.
—¡Qué he de decir! Que agradezco
La preferencia que dan
Ustedes á mi bolsillo
Cuando se toca á gastar;
¡Una capilla! Eso es poco,
Hagan una catedral,
Que ese santo revesado
Que no se puede nombrar
En castellano, sin duda
Se merece mucho mas.
Vayan veinticinco duros
Y las gracias.
—¡Qué bondad!
¡Cuánta virtud! Este rasgo
Mañana público harán
Veinticinco gacetillas
A peso en papel, cabal.
Con que usted lo pase bien.
—Cuidado con tropezar...
—Ya sabemos el camino
Para otra vez.
—¡Oh, si tal!
Ustedes me honrarán siempre.
(Me marcho á Madagascar).

* * *

—Caballero... aquí me cuelo
¿Estamos seguros? ¿Es
La casa de confianza
Y hablar con usted podré
Sin riesgo de que lo sepa

La humanidad?

—¿Pero quién

Es usted? ¿Qué trae?

—¡Chiton!

No hay que alzar la voz, porque

Si el gobierno se percibe

De que existo, á somaten

Va á tocar para pillarme.

¡Soy Trabuco!

—¡Me asusté!

—Sí, señor, ¡yo soy Trabuco!

—Y, á mí ¿qué me cuenta usted?

—Pues le contaré mi historia:

Nací el año veinte y tres,

Me casé el cincuenta y dos,

Tengo una tia en Jaen,

Mi mujer se llama Paca

Y yo, lo diré otra vez,

¡Soy Trabuco!

—Señor mio...

—Por favor, ¡cállese usted!

Que si el gobierno sospecha...

Yo represento un papel

Muy principal en la historia

De las barricadas, y es

Tal mi fama, que no cabe

En la estrecha redondez

De la tierra. ¡Soy Trabuco!

—Y van cuatro. Bien, ¿y qué?

—¡Hable usted bajo! Si saben...

—Pero, hombre, ¡qué han de saber!

—Que soy Trabuco, el gobierno

Me extrangula por los piés.

¡Yo fuí el que armó la gorda!

¡Yo fuí el que armó el belen!

Y cuando en punto me pongo
De caramelo, ¡ni diez
Batallones me resisten!
Si ahora me escondo es porque...
—¡Ya! Porque no está usted en punto
De caramelo.
—¡Eso es!
Prosigo: yo fuí... Es el caso,
Que por confidencias sé
Que un fiel correligionario
Y amigo tengo en usted,
Y como *la idea* no excluye
La precision de comer,
Y tengo buen apetito,
Yo vengo á que usted me dé
Para la mesa y tabaco
Por lo que resta de mes,
Y estamos á dos.
—¡Canarios!
Señor Trabuco, esta vez
Se disparó usted de un modo
Que me ha partido.
—Eso es
Aprension. Conque lo dicho:
Yo me largo á Santander
A alborotar el cotarro.
—¿De veras? ¿Se marcha usted?
—¡A escape! Mas el gobierno...
—¡Oh, no lo sabrá! Pues bien,
Vayan veinticinco duros
Y comience usted á correr.
Váyase pronto, cristiano.
Porque el gobierno, el reten,
Y el ejército, y la escuadra
¡Qué se yo! Le van hacer

Un flaco servicio.

—¡Abur!

Sepa usted la seña: es

¡Chachiporra! Y se responde

Con sigilo: *¡Chachipé!*

¡Soy Trabuco! Hasta la vista.

—¡Me ha pegado á la pared!

*
* *

Amanecí con cien duros,

Y al toque de la oracion

Me he quedado sin un cuarto

Y en ayunas, que es peor.

Tal me han puesto, que me acosa

A mi vez la tentacion

De salir por esas calles

Diciendo con triste voz:

—¡Una limosna, señores,

Dádme, por amor de Dios!

LA CORRESPONDENCIA
MEXICANA

EL VENDEDOR DE PERIÓDICOS.

POR D. RICARDO SEPÚLVEDA.

REGUNTO:

¿Representa este tipo un paso mas en el camino del progreso, ó por el contrario pone de relieve la decadencia de la época que atravesamos?

Me inclino mas á esto último.

No niego que exista el progreso, pero afirmo teniendo de mi parte las primeras cabezas de... nuestros dias, que el período histórico actual es de transicion, y por lo tanto nada hay en él de notable, nada de *superior calidad.*

Vamos de un punto á otro entre hacinados materiales, pero todo es confuso é incompleto como la pieza de tela, hecha trozos, que ha de formar un gaban, por ejemplo.

Y ahora me ocurre que el progreso es el primer sastre de la humanidad.

Él presenta modelos; nos vestimos á su gusto, y unas veces vamos hechos unos figurines y otras hechos unos figurones. No obstante hay modas que nunca se aceptan.

Presenta, como si digéramos, en el terreno político una reforma, la monarquía democrática, un gaban nuevo. Unos se lo ponen, otros no. Sin embargo, la moda se aclimata, porque el gaban de los antiguos monárquicos ya no está visible.

Ofrece luego otro *córte bonito:* la *Internacional.* Este ya no es gaban, sino chaqueta... y aunque los que visten chaqueta la reciben bien, esta será una de las modas inadmisibles.

No lo juraria á pesar de esto. Estamos en época de reformas, en época en que los trajes aun no están de *prueba.* No obstante, tiene que llegar el dia de la *prueba,* que será un *dia de prueba* en toda la extension de la palabra.

Pero no quiero divagar.

Mi objeto ha sido solo demostrar que, aunque tropezamos, estamos en ese período de transicion, en esos dias en que esperamos la ropa nueva y tenemos que vestir con la vieja, sucia y destrozada.

Progresamos como el que para llegar á un punto determinado, toma por un atajo lleno de malezas y de peligros.

Esto es, progresamos, pero descendemos.

* * *

Hecha esta digresion, bien se me puede permitir que diga en voz alta que el tipo del vendedor de periódicos representa una de las fases de decadencia visible en la época actual del progreso.

La política ha descendido. No se cierne ya en serenas regiones. Ha mojado ya sus alas en el cieno. Ha llegado á echarse por los suelos, puesto que sale á venderse por dos cuartos en las calles.

La literatura se ha rebajado tambien hasta el punto de hacer la competencia á los ciegos, que ofrecen por dos cuartos, á los transeuntes, romances nada edificantes en su parte moral y un mucho ametralladores en su parte literaria.

Las artes tampoco muestran actualmente destellos de vida.

Las ciencias trabajan, hilvanan.

Todo parece aletargado.

Sin embargo, el ave Fénix renacerá de sus cenizas, con mayor brillo, con mayor vida.

Hacemos el trabajo de las hormigas. Recogemos para el invierno.

Era, pues, en este período cuando debia aparecer el vendedor de periódicos: era en esta época de transicion cuando, debilitado y empobrecido todo, debia nacer el tipo que presento á mis lectores, digno de la época, á la altura de las circunstancias.

Cuando la política y la literatura están por los suelos, es natural que, el primer niño desarrapado que pase por la calle, alce del suelo el papel en que están impresas unas y otras ideas, unos y otros principios, y lo venda á los transeuntes por una moneda de cobre.

A mucha oferta, poca demanda. Si la política y la literatura se hacen callejeras y entran en las casas por debajo de la puerta sin respetar la inviolabilidad del domicilio, si persiguen por las calles á los ciudadanos honrados y pacíficos, si se hacen entre sí la competencia solicitando la compra de la mercancía por menos precio unos que otros, si de tal modo se prodigan las teorías políticas y las audacias y desvergüenzas literarias, justo es que el público desdeñe la oferta, lógico que la mercadería no tenga ningun valor.

Quisiera saber lo que opinaria el ilustre Guttemberg si viera ahora para lo que sirve su invento.

Pero... vamos andando y andar es progresar.

Veamos, pues, lo que es el tipo que sirve de título á este artículo, al uso moderno.

El vendedor de periódicos es un nombre genérico que comprende á una clase determinada de la sociedad y aun de la *suciedad*.

Es á veces un moceton, robusto y coloradote, que, poco hábil ó bastante holgazan para dedicarse á otro trabajo, prefiere esta casi-ocupacion un tanto lucrativa para él, si se tiene en cuenta que muchos de estos no tienen familia ni hogar y emplean sus ganancias en la satisfaccion de sus mas premiosas necesidades del momento, logrando así vivir sin trabajar, porque no creo que haya quien sostenga que es una profesion ó un oficio de vender periódicos.

Pero esto que es la regla general, tiene como todas esas reglas sus excepciones.

Para cada regla que llega á ser *general*, siempre hay algunas que solo son *brigadieres* ó *mariscales*.

Hay familias que, reducidas á la miseria por las veleidades de la fortuna, encuentran en esta manera de vivir el medio de llevarse á la boca un pedazo de pan.

Muchas veces he comprado *La Correspondencia* á una pobre niña, que mal arrebujada en un manton, la ofrece con lágrimas en los ojos á los transeuntes. Lo poco que gana, vendiendo algunos *veinticincos* de periódicos, es lo único con que cuenta para vivir su anciana madre postrada en el lecho.

Bajo este punto de vista los periódicos callejeros hacen un bien.

No es solo esa niña. Hay tambien muchachos de cinco ó seis años que en un punto determinado, tiritando de frio en las crudas noches de invierno, venden periódicos dando voces apénas perceptibles. Estos niños, solos en medio de la calle, expuestos á ser atropellados á cada momento, apénas consiguen fijar la atencion del que, bien embozado en su capa, cruza junto á ellos sin acordarse de que hay séres que sufren, sin pensar que puede contribuir al sustento de una familia dando á aquel muchacho los dos cuartos que pide por el periódico.

Mujeres ancianas, viejos valetudinarios, pobres cesantes y otras víctimas de la desgracia, aparecen tambien de noche en sitios determinados, junto á una esquina, en el umbral de una puerta ofreciendo en voz baja la mercancía.

¡Cuántos de estos infelices vuelven á su casa angustiados por no haber podido despachar los ejemplares que tomaron!

¡Cuántos otros habrá que pasarán la noche en la calle!

* * *

Pero si eso es cierto, tambien lo es que lo que abunda es regla general.

Chicos desarrapados, mozos holgazanes, gente de mal vivir, en una palabra, que lo mismo venden un periódico que *extraen* un reloj, *sin dolor;* muchachas desenvueltas, ayudantas de los tomadores del dos, viejas viciosas... de todo hay en la viña del Señor.

Este batallon de vendedores acude en tropel donde quiera que hay un periódico callejero ó una hoja volante que vender.

Ellos se instalan en las cercanías de la *administracion* una hora antes de la salida del número y allí, tirados por el suelo, revolcándose ó jugando al *chito* ó al *inglés,* dirigiéndose requiebros é insultos, pegándose de vez en cuando y haciendo el juicio crítico de los periódicos que venden, esperan á que se les llame y entonces se precipitan en masa á pedir los ejemplares que tienen por costumbre.

—Un veinticinco,—dice uno.

—A mí déme usted nueve hojas.

—Yo quiero seis como el *Chato*.

—Yo medio veinticinco.

Y todos entregan la peseta que cuesta el *veinticinco* ó los ochavos que se necesitan para reunir ocho cuartos, precio de seis hojas, porque es tal la confianza que inspiran, que se les obliga á pagar el pedido por adelantado.

Digno de verse es el aspecto que presenta la calle Mayor por las noches, momentos antes de salir *La Correspondencia*. Los centenares de vendedores que acuden á aquella calle se extienden luego en guerrilla por todas las de Madrid corriendo con toda la fuerza de sus talones, para llegar al *puesto* antes que otros compañeros.

Es una verdadera irrupcion de... vendedores; un diluvio de voces. Hay momento en que se oye al mismo tiempo un solo grito en todo Madrid:

—*¡¡¡La Correspondencia de España!!!*

Pasado el furor nocturno, al dia siguiente, ya mas apaciguados, venden en sus puestos los periódicos ó atraviesan las calles voceando los diarios de la mañana, aunque no con el estruendo de por la noche.

En todas las calles de Madrid tienen los *vendedores de periódicos* su comercio abierto en el hueco de una reja ó en la entrada de un café.

En ese comercio, que constituye toda su fortuna, colocan en simétrica formacion los números de los varios periódicos á cuya venta se dedican, presentando la caricatura, si la traen, ó solo el título cuando carecen de aquel llamativo aliciente.

Junto á los periódicos, en un mostrador diminuto, tienen cajas de fósforos, librillos de fumar, y algunos hasta venden folletos, libros, almanaques y fotografías.

Estos ya puede decirse que pertenecen á la aristocracia de la clase.

A cualquier hora que cruce el transeunte por delante de uno de estos puestos, verá junto á esa tienda callejera, al lado de ese comercio al por menor, bien un muchacho desgreñado y sucio que dormita sobre los papeles, bien una vieja seca y amarilla, mal arropada, con un pañuelo á la cabeza y una saya hecha girones.

Allí se pasan el dia relevándose unos á otros los individuos de la familia.

*
* *

Digamos ahora algo de sus costumbres.

El vendedor de periódicos, ese tipo que pertenece á la clase de gentes sin ofi-

cio ni beneficio, empieza su carrera uniéndose á otros compañeros de la misma estofa. No me refiero ahora á los séres desgraciados de quienes antes hablé.

Los vendedores forman una sociedad y existe entre ellos gran compañerismo.

Están dirigidos por un capataz, el *decano* de los vendedores, quien los organiza, los castiga, les señala el precio que deben pagar por cada veinticinco de un periódico y nadie desobedece sus órdenes.

Se han dado casos en que, insurreccionados los vendedores han movido escándalos en una plazuela, y cuando las reprensiones y amenazas de los agentes de órden público han sido insuficientes para hacerles entrar en razon, ha bastado una palabra ó un taco redondo del capataz para que todos callaran y se restableciese la calma.

Entran á formar parte en esa sociedad muchachos jóvenes, adiestrados en el escamoteo, mujeres casi niñas, que no han recibido mas educacion que la de la calle.

Sin exagerar, puede asegurarse cual ha de ser el porvenir de estos jóvenes.

Ellos llegan á ser tomadores del dos: ellas se pierden muy pronto en el camino de la prostitucion.

Alguno de estos pilluelos han logrado ser revendedores de billetes de los teatros.

Alguna tambien ha cambiado de posicion *revendiendo* su cuerpo.

Existe una taberna en el *Rastro* donde siempre es seguro encontrar á estos vendedores.

Allí se reunen chicos y grandes, ciegos y tullidos, allí gastan lo poco que ganan, allí se dan cuenta de la hoja próxima á publicarse, del periódico que va á aparecer.

Si alguno no tiene dinero, entre todos le reunen lo necesario para que pueda *echar un veinticinco*.

Todos se conocen por sus apodos ó motes que unos á otros se ponen.

Así es muy general oir diálogos como el siguiente:

—En cuanto vea á la *Chata* la rompo la *geta*.

—Cállate, que por ahí viene el *Turco*.

—¿Cuántas *Correspondencias echas hoy?*

—Lo mismo que el *Cojo*.

—Yo no tengo un *calé*. Jugando al *chito* lo he perdido.

—Vaya, pues ahí tienes *pa que eches hoy medio*.

—Gracias, *Manco*.

Y así sucesivamente.

Forman, pues, como se vé, una asociacion especial, con su vocabulario especial, sus costumbres especiales y su compañerismo especial tambien, porque los que se ayudan entre sí cuando uno está falto de dinero, se rompen la cabeza al poco rato, volviendo al cuarto de hora á ser tan amigos como antes.

*
* *

En cuanto á las ideas políticas, á la ilustracion de este tipo, excusado es decir que no tiene ninguna.

En política, se inclina naturalmente á la república mas roja, porque con esta forma de gobierno creen poder salir de pobres.

La bandera republicana se ha visto casi siempre sostenida por hombres como estos, sin ilustracion, sin familia, sin sentimientos.

No entienden lo que es república federal y la aclaman instintivamente, porque opinan, tal vez con fundamento, que en ese rio revuelto habrá ganancia de pescadores.

Quizás por esto tambien no creo yo posible, por ahora, el advenimiento de la república.

Pienso, al ver cuales son sus mas ardientes partidarios, como un amigo mio que ha dicho hablando de los republicanos: «Yo me descubro con respeto ante la bandera republicana, pero miro de reojo al abanderado.»

Prescindiendo de esto, no son republicanos de conviccion, porque no conocen lo que defienden.

El vendedor de periódicos está dispuesto siempre á mezclarse en todas las manifestaciones políticas.

Si los carlistas le ofrecen ganar algunos cuartos, será carlista, si es otro partido, lo mismo.

Pertenece el vendedor á esa desgraciada parte del pueblo, impresionable y crédula que ayuda los manejos de un partido á la ambicion de un espíritu revoltoso, á esa masa de hombres que aparecen como por ensalmo al pié de una barricada para servir de carne de cañon.

En cuanto á su ilustracion, casi ninguno de ellos sabe leer ni escribir.

Se enteran, preguntando en la redaccion, de lo que trae el periódico ó la hoja

que les dan y pregonan el artículo variando su sentido ó su objeto, unas veces intencionalmente para vender más y mejor, otras sin comprender lo que dicen.

¡Cuántas veces ha caido el público en la red comprando una hoja ó un *extraordinario,* donde, segun el vendedor habia una noticia interesante!...

¡Cuántos tambien he oido destrozar títulos de artículos y nombres de personajes! ¡Recuerdo que hace poco tiempo, una vieja decia en la Puerta del Sol, al vender una hoja, en que se hablaba de los asesinos del general Prim:

—Señorito, *¡los asesinos del general Prim!* en dos cuartos.

*
* *

Voy á concluir diciendo algo de la historia de este tipo.

La venta de periódicos en las calles no es muy antigua.

Los ciegos hacian antes el gasto. Ellos vendian romances y empezaron luego á pregonar extraordinarios de la *Gaceta.*

Hay quien asegura que mas adelante el *Guirigay* fué el primer periódico que se vendia de contrabando, acercándose el ex-pendedor misteriosamente al transeunte.

Mas tarde afirman algunos que se hizo lo mismo con *Fray Gerundio.*

Sin embargo, el primer periódico que se vendió en Madrid públicamente en la Puerta del Sol, fué *Las Novedades,* fundado por don Angel Fernandez de los Rios.

Iniciada la costumbre, siguió despues *La Correspondencia de España,* cuando la autógrafa se convirtió en tipográfica.

Otro periódico de Villergas, *El Látigo,* fué el primero de los satíricos que ya recorrió las calles públicamente, pero vivió poco.

Cuando esta costumbre se desarrolló en alto grado fué á la aparicion del *Cascabel,* que se extendió por todo Madrid y toda España. Siguió el *Gil Blas* y despues ya seria el cuento de nunca acabar referir los innumerables diarios y semanarios políticos, satíricos, ilustrados con caricaturas, de grandes y pequeñas dimensiones que han seguido la tendencia, creando esa clase, que de esto vive, y que se llama el vendedor de periódicos.

*
* *

Hé aquí á grandes rasgos lo que es el tipo que encabeza este artículo.

Tipo *sui generis,* producto natural de la época en que nos ha tocado nacer,

me permito decir que no ha de ser un tipo constante, sino de los llamados á perderse, quizás no muy tarde.

Cuando la sociedad entre en caja, cuando la política vuelva á remontarse á mas limpias regiones, cuando la literatura, y las artes, y las ciencias, despierten de su letargo y adquieran la energía que les falta, cuando termine ese período de transicion, en que todo parece condenado á morir, porque todo es bajo, y pequeño, y raquítico, entonces el vendedor de periódicos no tendrá razon de ser.

Si no fuera así, me extremezco al pensar en el porvenir que nos aguardaria.

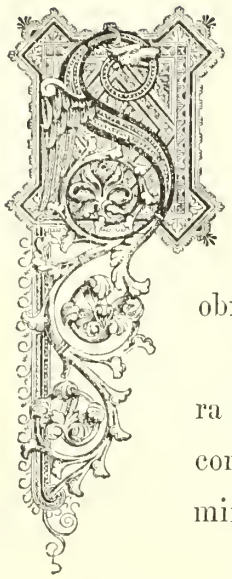
Vendria el desquiciamiento general.

Y aquello seria... *¡la mar!* Como ahora decimos.

DON CRÍTICO.

POR D. J. NOMBELA Y CAMPOS.

I



SENTADO en un ancho sillon, calados los anteojos é inclinados en direccion á un libro de flamante cubierta, estudia el cerebro de don Crítico la manera mas apropiada para herir mortalmente, hasta llegar con la aguzada punta de su mordaz sátira á la médula de los huesos del incauto autor, que abandona su obra á los rigores de la venta y á las inclemencias de la crítica...

De cuando en cuando alza la cabeza el doctor catedrático y mira por encima de los anteojos el monton de libros que ha destruido con su pluma y el monton de libros que destruirá dentro de pocos minutos.

Y como descanso empieza á pensar y á meditar en las ideas que visten aquellos libros, para acabar por combatir libros é ideas.

—Poesías,—exclama,—en todas ellas veo la afectacion, el predominio del consonante, palabras bien enlazadas, una guirnalda de palabras de flores. ¿Pero y

los frutos? Filosofía: lenguaje ininteligible, repeticion de los mismos conceptos, deseo de singularizarse sin conseguirlo, afan de crear, y de ser maestro. La novela no sale de sus estrechos límites, el drama hace de los hombres un conjunto de polichinelas; y el discurso hueco y pomposo en el cual se mira y se considera como arte el enlace de los períodos, de manera que halaguen el oido, merece ser rechazado y combatido por toda persona de mediano sentido comun.

Se detiene un momento y una idea diabólica surge en su mente.

—¿Qué obra es la que ha hecho el hombre en el mundo?—se pregunta,—Hesiodo, Homero, Píndaro, Horacio, Virgilio, Petrarca, Dante, Heine, Byron, Derzawin, Pouchskine, Espronceda, han escrito poesías defectuosas é inútiles en su mayor parte; Platon, Aristóteles, Sócrates, Séneca, Kant, Hegel, Krause, Bonnet, Comte no han adelantado nada con sus filosofías. Las novelas de Boccacio, Cervantes, Goethe y Goldsmith son insuficientes. ¿Se ha escrito un drama modelo? Es cierto que hay grandes dramaturgos: Víctor Hugo, Shakespeare y Esquilo, pero el gran drama aun no existe. ¿Pues y la perfeccion en la oratoria? Demóstenes, es tan orador como Ciceron, Ciceron lo es tanto como Pitt, ¿pero acaso no se puede ser mas orador que Pitt, Ciceron y Demóstenes?

Y la prueba de la insuficiencia de los medios de expresion del hombre,—continúa,—está en que en ninguno de los géneros, en ninguno de los *vientos del espíritu* él ha llegado á la perfeccion aisladamente, sin el apoyo de los demás.

El gran drama que se ha escrito no es un drama, es un poema. El gran poema que se ha escrito no es un poema es un drama. La gran novela que se ha escrito no es novela, es un tratado de filosofía. La gran filosofía que han pensado los hombres no es un escrito filosófico, es una novela.

Cervantes es mas filósofo que Voltaire porque no es filósofo, Dante es mas dramaturgo que Shakespeare porque no es dramaturgo, Shakespeare es mas poeta que Dante porque no es poeta y Voltaire es mas novelista que Cervantes porque no es novelista.

La gran obra, la obra maestra, la obra del siglo consiste pues, en asimilar los elementos, en restar todos los defectos de los diversos factores y en dejar las bellezas del producto.

La gran obra la he de hacer yo,—grita entusiasmado,—obra exenta de crítica, obra-revolucion ante la cual se postraran los génios, porque será el Helicon de los grandes hombres y la cátedra de la humanidad.

II

Don Crítico escribió el libro que deseaba, pero dos años mortales le costó su difícil empeño, dos años de estudios, dos años de no criticar; parece imposible que el espíritu ofensivo durmiera tanto tiempo para dejar despierto al defensivo.

En los círculos literarios era muy comentada y discutida la retirada honrosa que del campo de la crítica hiciera nuestro héroe, con el objeto de enseñar á los incipientes y barbilampiños literatos de que manera habian de vaciar sus creaciones y como habian de moldear sus ideas.

Pero es el caso, que conforme don Crítico iba adelantando en su obra, su familia á quien como buen filósofo, habia olvidado, y los numerosos amigos que frecuentaban su domicilio, notaron que el sábio y erudito literato que tamaña obra se proponia, disparataba á veces como pudiera hacerlo un aislado de un manicomio. Perdia la salud y por mas de que su cariñosa esposa le rogaba que dejara á otro el desempeño de su difícil cometido; y de que no faltase desinteresado amigo que le aconsejara con metafórico lenguaje que no envileciera sus grandes ideas, dándolas forma corpórea, sensual y puramente plástica, don Crítico continuó escribiendo y corrigiendo lo que escribia, con criterio tan estrecho, que al cabo de los dos años apénas tenia en disposicion de publicar quince ó veinte cuartillas.

No inquietaba esta falta de original al autor de la gran obra, pues afirmaba, y no sin razon, que los temas tratados en pocas palabras tienen mas de fondo que de forma; y como las intenciones y los propósitos del atrevido reformador eran sobreponer la expresion de la idea á la idea de la expresion, consideraba suficientes las cuartillas emborronadas para llenar con ellas un tomo.

—Mañana termino mi obra,—anunció don Crítico en su cuotidiana tertulia, donde todos los dias perdia lastimosamente tres ó cuatro horas.

—Mañana tendremos el gusto de admirarla,—exclamó un aspirante á discípulo del aspirante á maestro.

Y todos los contertulios quedaron en silencio, deseando los unos aplaudir el original-tratado-poema-drama-novela, y poner en las nubes á su autor; llenos de envidia los más, al suponer que la fama de aquel hombre universal iba á borrar, como por ensalmo, todos los nombres célebres é iba á derribar los pedestales sobre los cuales esperaban, como supremo ideal, ver su figura de bronce ó de piedra; y creyéndole loco algunos, pedian desde el fondo de su alma, á voz en grito, que se sometiera al tratamiento de un doctor en medicina, el doctor en utopias.

Cuando se retiró don Crítico y cuando despidió en la puerta de su casa á los consabidos satélites, sin los cuales no puede marchar un astro de cierto viso é importancia, dispúsose á trabajar y á terminar con digno remate su piramidal escrito.

—Yo consideraba al hombre como pequeño,—vociferaba con desentonadas voces al colocarse frente á frente de su pupitre,—yo le creia un pigneo, pero ahora, ahora que comprendo la grandeza de sus miras, ahora que aprecio los méritos que atesora, me enorgullezco. El hombre cuando puede como yo avasallar al espíritu y colocarlo de una manera suprasensible sobre una hoja de papel, es un Dios. La inteligencia se embota cuando la consagra el individuo á resolver problemas matemáticos, á abrir caminos, á inventar máquinas, á luchar á brazo partido con el alma de la materia, la electricidad. El sér humano no es grande entonces, porque las acciones y reacciones que origina aniquilan su individualidad. Una chispa de esa fuerza eléctrica que ha encadenado basta para acabar con su existencia laboriosa; una rueda de una máquina puede en un segundo romper el engranaje de una vida; el mar traga un buque; la naturaleza borra su camino; y un pequeño error matemático, una sencilla tergiversacion de cifras da al traste con todos los resultados del problema. El dueño de la materia siendo su esclavo cuando puede ser dictador de su espíritu, que no le engañó, que le obedece, que le ayuda, que le alienta, que si no es su hijo es su hermano, porque la idea creada, suma de la inspiracion y del esfuerzo intelectual, del *yo impotencia* y del *yo dinámico* desciende de una union tan estrecha que no pueden desligarse las moléculas que aprisionan los dos cónyuges, padres del pensamiento, de orígen, como vemos, hermafrodita.

III

La esposa de don Crítico llamó dos, tres y cuatro veces á su esposo, que sentado delante de su mesa se hallaba sumido en un sopor inexplicable; luego tuvo miedo y llamó en su auxilio á los amigos que esperaban en la sala la lectura del anunciado libro.

—¡Mi marido no responde!—exclamó sollozando,—mi marido ha muerto quizás. ¡Maldita filosofía que así me ha arrebatado el cariño y la existencia del único hombre á quien he amado en mi vida!

—¿Ha muerto? ¡No es posible!—gritaron los amigos,—su nombre es inmortal, quedará escrito en la historia.

Pero la pobre mujer á quien no consolaban los atinados raciocinios de los circunstantes:

—¡Un médico!—gritó,—¡un médico!

Y á los pocos minutos apareció elegantemente vestido, con un clavel en el ojal de la levita, un jóven doctor y algo más, de muchas damas elegantes; mas conocido en los círculos y reuniones de la buena sociedad, que en los hospitales y casas de socorro.

—¡Doctor, por Dios!—exclamó la desgraciada esposa,—salvad á mi marido, si es posible, salvadle.

—Considerad,—interrumpió un castizo y correcto hablista, discípulo del enfermo,—que el señor á quien vais á asistir es el famoso don Crítico, víctima de un accidente, despues de haber finalizado una obra tan grande de suyo, que basta una página para cambiar el aspecto del haz de la tierra.

Don Crítico, no muerto como se creia; al oir tanto grito y tantos lamentos, levantó la cabeza, alzóse del sillon y apretando los dientes é hinchándosele los ojos, quiso abalanzarse al doctor, lo cual no llegó á suceder, gracias á la actitud defensiva que tomó el discípulo de Galeno.

Cuando llegó la reaccion volvió á sentarse en su sillon el enfermo y comenzó á verter abundantes lágrimas.

—¡Doctor, doctor! ¿Qué tiene mi esposo?—interrogó ávidamente la buena señora.

El médico con acento misterioso y como queriendo dar gran importancia á sus palabras, contestó:

—Vuestro esposo está loco.

—¡Loco, loco, don Crítico! ¡Mentira! ¡Es una infamia, es una atrocidad suponer eso! Se llama loco al génio, se dice que la filosofía es una locura,—gritaron los filósofos,—¡guerra á la ciencia!

El doctor saludó con una estudiada cortesía y á pesar de las declaraciones de los hombres de saber, don Crítico ingresó en un manicomio.

IV

El doctor del establecimiento era, aparte de su ciencia indiscutible, un hombre práctico. Hizo poesías en sus verdes años, pero desengañado de tan poco lucrativa ocupacion, penetró en las aulas de San Cárlos, de las que salió con una

reputacion hecha de sábio y de hábil médico. Entró en la secta (permítasenos la palabra), de los alienistas, y conquistó fama por haberse separado de la escuela de algunos doctores tan empeñados en hallar la locura por doquiera; doctores que acabarán todos sin excepcion, confundidos con sus enfermos.

Este director, cuyo nombre ni recuerdo ni hace al caso, logró, que no es poco, curar radicalmente á nuestro don Crítico de su reblandecimiento de sesera á fuerza de buenos alimentos, de Jerez y Málaga, *Deus ex machina* de la filosofía positivista.

Don Crítico salió, pues, vivo y sano de aquella mansion, en la cual, segun el parecer de un distinguido escritor merecen estar todos los hombres que no llevan en los piés el difamante grillete del presidiario.

Su obra, entre tanto, habíase publicado: algunas revistas se ocuparon de ella con elogio, otras la censuraron, y en cuanto al público en general no paró mientes en ella. Sin embargo, los amigos del doctor, accediendo á los ruegos de su ya consolada esposa, nada le hablaron sobre su libro, del cual no se acordaba el filósofo.

—Volveré á criticar como antes;—tales fueron las primeras palabras bien coordinadas que pronunció.

Y dicho y hecho. Hojeó los tratados nuevos, los nuevos folletos, los volúmenes de historia recientes, las novelas en boga, los innumerables tomos de poesías, y creyó ver en todos los libros un cúmulo de defectos. Las obras, segun él, no eran mas que defectos andando que tomaban vida perenal y ficticia, que anhelaban ser algo y no eran nada. Vió solo las debilidades de los grandes hombres, las contradicciones constantes, el ridículo jugando con el sublime, el tono enfático que reemplaza á la verdad, la charlatanería elocuente del hombre-biblioteca; vió, en fin, lo que se vé siempre, la crítica; llámese Aristófanes, Juvenal, Rabelais, Quevedo, Voltaire ó don Crítico.

Otra vez la idea de producir una obra modelo vino á atormentarle.

—Todo lo que se ha escrito no vale nada,—dijo.

Y cogiendo un folleto olvidado sobre su mesa lo hojeó.

Pasó una página y al acabarla lanzó una maldicion, pasó otra que rasgó con ira, ante las demás se sonrió, prorumpiendo al terminar su lectura en una descomunal carcajada.

—¡Se han podido escribir en tan poco espacio mas disparates!—gritó.

Tomó la pluma y con estilo sazonado de sátira, en el cual bullia el talento

puesto al servicio de la mala intencion, hizo una crítica de aquella obra, ¡qué crítica! Era, podemos asegurarlo, la obra maestra del famoso escritor.

En ella se censuraban los conceptos rebuscados, la falta de originalidad, la premiosidad, las ideas mal concebidas y peor desarrolladas. Aquella obra era una plaga y él el insecto que chupaba la sangre.

—¿Quién ha podido escribir este mamarracho?—vociferó riendo.—Veamos el nombre del autor.

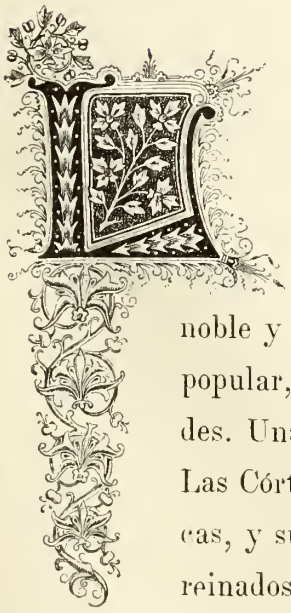
Y fijó su mirada en la cubierta, en la que con letras grandes se veian escritas las siguientes palabras:

La obra maestra. Tratado–drama–poema–novela, por don Crítico.

FUSTÉ
1881

EL CANDIDATO PARA DIPUTADO Á CÓRTES.

POR D. PEDRO ARNÓ.



Las antiguas Córtes de la Monarquía Española eran esencialmente distintas de las modernas.

Aquellas nacieron con los vicios inherentes á su época. En ellas campeaban los privilegios y se establecia la separacion de las clases ó gerarquías sociales. Los brazos noble y eclesiástico tenian sus representaciones, separados del brazo popular, que se componia de los procuradores de las villas y ciudades. Una gran parte del pueblo español carecia de representacion. Las Córtes solo se juntaban cuando eran convocadas por los monarcas, y sus atribuciones eran por demás limitadas. En los últimos reinados su influencia habia decaido de tal manera, que ni se opusieron á la destruccion de los antiguos fueros, ni á las exacciones de los gobiernos, ni á los abusos de los privados. Los nobles se habian convertido en cortesanos, los clérigos habian renunciado á defender los intereses generales para consagrarse á los intereses del altar y al establecimiento de la dominacion teocrática, y los procuradores en Córtes habian sido corrompidos por la dádiva ó atemorizados por las persecuciones. Ultimamente hasta esta sombra de representacion habia caido en desuso.

En medio de tan profunda decadencia, vino la invasion francesa á exaltar hasta el heroismo el amor pátrio de los españoles.

Huérfana la nacion de gobiernos y de instituciones propias, nacieron las modernas Córtes que vinieron á representar la union de todos los pueblos españoles, para acometer la empresa de librar la pátria de sus invasores y fundar de nuevo un órden social. El año 1812 es, por consiguiente, el punto de partida de una nueva época de la historia pátria.

Así la institucion de las Córtes modernas, nacida al calor de la mas brillante de nuestras luchas nacionales, se halla rodeada de la aureola de un prestigio muy parecido á la veneracion.

En aquella famosa época, el imperio español comprendia aun la mayor parte del Nuevo Mundo. Hombres de ambos hemisferios y de todos los climas fueron convocados en el estrecho recinto de la invicta Cádiz, para defender la mas santa de las causas.

Las provincias peninsulares, holladas en toda su extension por los cascos de los caballos del conquistador, enviaban á aquel baluarte de nuestra independencia sus hombres mas eminentes. Allí se encontraron el clásico Martinez de la Rosa, el divino Argüelles, el ilustre Jovellanos, el laureado Quintana, el historiador Toreno, el economista Flores Estrada y otros varones ilustres, cuyos pechos no alimentaban mas aspiracion que libertar la pátria de la codicia y las depredaciones del extranjero, y constituirle en una libre, poderosa y feliz nacion.

¡Tiempos grandiosos aquellos, en que la Nacion Española habia quedado reducida á una microscópica isla, y sin embargo, en su asediado recinto se dictaban leyes para ambos mundos! ¡Tiempos heróicos aquellos en qué el voto popular se ejercia en medio del fragor de los combates, y los representantes del pueblo se filtraban como espectros entre mil peligros á través de los ejércitos enemigos, para acudir al llamamiento del patriotismo y cumplir el mandato de la voluntad nacional! ¡Tiempos sublimes aquellos en que se proclamaba el derecho á despecho de la fuerza triunfante, y en qué se dictaba el célebre código del año 1812, mientras las bombas francesas estallaban á los piés de nuestros legisladores!

Entonces creyeron los políticos españoles haber regenerado la pátria y haber hecho una obra inmortal. Ni las persecuciones, ni los calabozos, bastaban para quebrantar por un momento su invencible constancia, y su ferviente amor á las instituciones que habian sido su obra.

¡Mas, oh fatalidad! ¡El hombre en su orgullo insensato cree levantar imperecederos monumentos, cuando alza columnas de barro que derriba el huracan de las revoluciones ó destruye la carcoma del tiempo! Por dos veces la hidra del absolutismo ha pisoteado aquellas venerandas reliquias, símbolo de tan gloriosos recuerdos. Las revoluciones y motines se han sucedido, y las guerras civiles han empapado en sangre nuestro suelo. Al código de 1812, ha sucedido el de 1837; á éste, el de 1845: luego el proyecto de 1854; en seguida la constitucion de 1869, y últimamente la de 1876.

Las grandes figuras de la independencia ya no existen, y los hombres políticos se han ido empequeñeciendo cada vez mas. A la fé inquebrantable, ha sucedido el escepticismo; á los principios, los intereses; al patriotismo, la ambicion: á la lucha leal, la intriga sorda; al mérito, el favoritismo: al trabajo, la empleomanía; á la representacion genuina del pueblo, los candidatos oficiales; á la literatura, la insípida garrulería; y á los oradores, los declamadores y los charlatanes. Hasta los conspiradores han degenerado en *petardistas de portal.*

Aquellas grandes figuras que á principios del siglo fundaban la libertad pátria, han sido reemplazadas por verdaderas caricaturas; y la cima del poder hoy solo se alcanza por el camino de las abdicaciones, de la cábala y de la apostasía.

Todo hombre que aspira á tener importancia política, empieza por pretender ser diputado, porque el escaño del Congreso es un escabel desde el cual se sube á todas partes.

Los abogados sin pleitos, los militares ambiciosos, los negociantes poco afortunados, los ingenieros sin empresas, los poetas tronados, los atildados académicos, los leguleyos de aldea, los monagos de las iglesias y los aventureros de todas layas y condiciones, aspiran á dar al país leyes gratis, poniendo muchas veces dinero de su bolsillo encima.

Brotan por todos los ámbitos de nuestro suelo, como la zizaña brota expontáneamente entre el trigo, ejércitos de candidatos, que caen sobre el país como nubes de langosta.

El cargo de diputado es gratuito, y sin embargo es el mas codiciado; el cargo de diputado nada produce, y no obstante vemos que los diputados se hacen grandes posiciones. Este es un enigma digno de ser descifrado.

Como por ese sistema parlamentario de marca inglesa, el voto del diputado sostiene ó derriba los gobiernos, ese voto puede ser objeto de un lucrativo y disimulado comercio.

Si el voto no da sueldo, da influencia que puede muy bien ser aprovechada para los negocios. Con influencia se conquistan altos empleos en la política y la administracion, se obtienen ventajosas contratas y concesiones magníficas, se activan expedientes arrinconados, se tapan ciertas faltas ó delitos y hasta se ocultan ciertas *irregularidades*.

Madrid es un pueblo burocrático, donde van á parar por el mecanismo de nuestra organizacion y de nuestra política, todas las pretensiones, todas las solicitudes, todos los pleitos, donde van á terminar en definitiva todos los negocios y donde tienen que resolverse todos los problemas de la vida social de la nacion. Creer que los madrileños se han de ocupar todos los dias expontáneamente de las veinte mil y una cuestiones y asuntos de una multitud de rincones de España que no conocen ni han oido nombrar, seria creer que son tontos; y la prueba que no lo son, ni por el pelo, está en que existen en todos los ministerios miles y miles de empolvados expedientes, que hace años duermen tranquilamente el sueño del olvido.

Cualquiera que pretenda algo en Madrid no debe consultar nunca si su pretension es justa ó injusta, racional ó absurda; lo único que debe consultar es si las influencias con que cuenta son bastante poderosas para arrollar los obstáculos que se opongan. Las influencias y empeños todo lo mueven, y sin ellas no hay estímulo ni fuerza que empuje la administracion.

Todo aquel que tiene negocios pendientes, necesita un agente que pueda imponerse; y como el diputado da el voto al gobierno y el elector se lo da al diputado, de ahí que el diputado sea el natural agente de negocios del elector y del distrito.

Lo que acontece respecto de las localidades y de los electores, sucede tambien con relacion á los diferentes gremios de que se compone la sociedad. Uno pretente ir á las Córtes á representar la clase militar, otro la de los médicos, éste la de los proletarios, aquél la de los comerciantes, proponiéndose cada uno de estos representantes defender los intereses de su gremio, tratar de obtener concesiones y beneficios para la comunidad que representa, y apoyar todas las pretensiones individuales y colectivas de sus colegas.

Convertidos los diputados en agentes de negocios, en representantes de miras individuales y en gerentes de intereses de localidad ó de clase, el carácter del legislador queda completamente bastardeado, empequeñecido, contrahecho, falsificado. La mayor parte de los españoles que vivimos en provincias, no vemos

en nuestra candidez al diputado mas que en el parlamento, ó estudiando los grandes problemas sociales sobre que han de versar las leyes, ó preparándose para la lucha atlética, en que por medio de su elocuencia va á sacar triunfante la verdad y la justicia; pero los que ven las cosas de cerca saben que las escenas parlamentarias son actos de una comedia preparada de antemano, que los grandes discursos solo sirven para la satisfaccion del amor propio ó para provocar los aplausos de la multitud, y que en las discusiones de las Córtes nadie convence á nadie, porque las mayorías y las minorías van allí regimentadas con su santo y seña y votan segun los compromisos contraidos de antemano. Estos compromisos se forman en los cabildeos é intrigas á que da lugar la gestion de sus negocios particulares, en los despachos y antesalas de los ministerios.

Como un diputado podria pesar poco por no tener mas que un voto, se juntan diez, ó veinte, ó treinta, si es necesario, hacen sociedad para apoyar mútuamente sus pretensiones, escogen á uno de ellos para gerente de la sociedad, y constituyen uno de esos grupos que se imponen á los gobiernos ó que, maniobrando hábilmente y haciendo maravillas de equilibrio entre el ministerio y la oposicion. han logrado mas de una vez contraer alianzas en condiciones muy ventajosas para sus miembros.

Así, pues, el primer problema que debe proponerse resolver, todo aspirante á político, es la manera de conseguir la alta investidura de representante del pueblo ó lo que es lo mismo de diputado á Córtes; y desde el momento en que tal cosa se proponga, sienta plaza de candidato.

En este caso entra en cuentas consigo mismo, y echa de ver desde luego que para ser diputado necesita serlo por alguna parte. Lo que procede, pues, es buscar esa ínsula Barataría que se llama distrito electoral, á la cual se llega por muy variados caminos, aun cuando todos sean igualmente escabrosos.

La historia de un candidato, desde que se echa á nadar por esos mares procelosos y agitados de la política en busca de distrito, hasta que consigue la apoteósis del triunfo ó las amarguras del desengaño, los antecedentes que le acompañan, la série de vicisitudes que tiene que pasar, los sustos y desaires que recibe y los diversos papeles que representa en la farsa electoral, darian sobrante materia para trazar una verdadera epopeya, que escrita por una pluma ejercitada, formaria un vivo monumento de la corrupcion y de los vicios mas íntimos de la sociedad en que vivimos; seria la Odisea deforme de estos tiempos, en que se ven formando repulsivo contraste cosas tan grandes al lado de tan repugnantes miserias,

El tipo del candidato presenta muchas variedades. Hay el candidato de partido, que va siendo escaso; la notabilidad de aldea, que tambien abunda poco: el candidato feudal, conservado en algunos distritos por la tradicion; el candidato cunero, que empieza por buscar su distrito en el mapa: y el candidato camaleon, que es el que con mas abundancia pulula por todas partes. Estas dos últimas variedades son las mas comunes en nuestros tiempos, encontrándose muchas veces reunidas en un solo individuo.

Vamos á presentar uno de los modelos, para que lo clasifique quien esté familiarizado con la ciencia de Cuvier y de Linneo. Es un verdadero tipo, que caracteriza nuestra época, que hemos conocido personalmente, y que quizás se honre con la amistad de alguno de nuestros lectores. Tal vez con el tiempo llegue á ser ministro de la Corona ó consiga hacerse interesante en la emigracion, pues en nuestra tierra, de la poltrona ministerial al destierro no hay mas que un paso.

Aun cuando nuestro héroe tiene su nombre de pila y hasta se permite el lujo de tener apellido desde que nació, le bautizaremos de nuevo llamándole Juan Bambolla, porque en nuestra proverbial circunspeccion, no nos gusta señalar á nadie con el dedo.

Juan Bambolla nació en un pueblo de escaso vecindario, aprendió á leer mal y escribir peor, llegó á saber aritmética casi lo suficiente para ajustar la cuenta de la lavandera, y estudió un poco de historia en las novelas de Fernandez y Gonzalez y en algunos dramas de Zorrilla.

En estas lecturas echó de ver que su nombre coincidia con él de muchos personajes ilustres, como Juan sin Tierra, Juan de Juanes, Juan Tenorio, Juan Bravo, Juan de Austria y Juan de Lanuza. Experimentó una secreta fruicion, al enterarse de que Juanes se llamaron no pocos papas y algunos de nuestros antiguos reyes, y de que Juan se llamó el último rey de Sajonia. Aun fué mayor su entusiasmo, al venirle á las mientes que el desgraciado Juan Prim ha sido una de las figuras que mas ha dado que hablar á la historia contemporánea. En fin, Bambolla se acordaba de todos los Juanes célebres; pero jamás tuvo la humorada de recordar al no menos renombrado Juan Lanas.

Persuadido nuestro protagonista de que su nombre le daba autorizacion para aspirar á todo, desde sacristan hasta papa y desde ranchero hasta rey, emprendió la marcha hácia la córte, cabalgando en un jumento que tomó prestado sin permiso de su dueño, y llevando en el bolsillo la suma de veinte cuartos. Estaba tan

firmemente decidido á hacer reconocer á todo el mundo sus derechos, como el turco, por medio del alfanje, la verdad del Coran.

Durante mucho tiempo hizo la vida de un perfecto bohemio. Un dia comia el rancho en un cuartel, otro dia pescaba una buena comida de convite, hoy duerme en los bancos de las plazuelas, ayer se alojaba en un meson, donde se recogen los mendigos de oficio á pasar el balance de las ganancias del dia, y á ponerse alegres á la salud de sus buenos y caritativos clientes.

Un dia encontró un billete de banco de diez duros al volver una esquina, y exclamó con el estoicismo del hombre que marcha seguro y tranquilo hácia un porvenir cierto:

—¡Mi fortuna empieza!

Fuese al rastro y compró una maleta vieja que le costó diez reales, llenóla de piedras y pingajos para que abultase, y con ella en la mano se instaló en una casa de huéspedes de medio pelo.

Ya tienen ustedes á nuestro hombre hecho un personaje. Tiene relativamente buena cama, buena mesa, se permite poseer hasta una pesada maleta, y lo que es más, ¡nueve duros y medio en el bolsillo!

Los que no conocen la córte, no pueden imaginarse lo que es un bohemio con semejantes elementos. Bismark, con todo su principado, no le iguala.

Si con medio duro se proporcionó todo lo que va referido, ¿qué maravillas no haria con los nueve y medio restantes? Vistióse con elegancia, frecuentó los cafés, se metió en las redacciones de los periódicos, y hasta se permitió echarse una novia, hija única de un comerciante retirado de los negocios.

Juan Bambolla se puso un dia á meditar, y comprendió que todo su capital no era bastante para abrirle todavía las puertas de los salones; pero le franqueaba la entrada en clubs demagógicos, donde sus pocos recursos serian una recomendacion, mientras su audacia y verbosidad harian lo demás.

Al poco tiempo asistió á una reunion de barrio. Componíase la reunion de federales avanzados hasta tocar la pared de enfrente. Allí se proclamó el socialismo y la Internacional, algunos dieron vivas á los nihilistas y otros excesos. Se lanzaron invectivas contra diversas clases sociales é instituciones, se apostrofó igualmente á Figueras que á Pí y Margall, se proclamó la destitucion de estos jefes del partido, y se acordó que era inútil y atentatorio á la libertad humana todo linaje de autoridad. En consecuencia, fué resuelto que se celebrasen las reuniones sin presidente, y que cada uno de los congregados, en uso de su sagra-

do, absoluto, inviolable, ilegislable é inalienable derecho, dijese todo aquello que le diese la gana, en la forma y tiempo que se le antojase.

Armóse allí una marimorena que prometia acabar enseñándose á volar á los bancos, cuando Juan Bambolla se encarama en una silla, impone atencion á todos ahuecando la voz, y lanza sobre la agitada muchedumbre un discurso de guardacanton, en que declara que la propiedad es un robo y el robo una propiedad, que la herencia es una infamia, que toda autoridad es una tiranía y que los reyes son los vampiros de los pueblos. Agrega que los trabajadores deben gobernar á los amos y que es necesario que cuanto antes venga la liquidacion social, para que los descamisados, á quienes se ha robado la camisa, se conviertan en propietarios y puedan echar todos los dias una gallina en el puchero. Finalmente, concluye manifestando que es indispensable cortar veinte mil cabezas para purificar la atmósfera política, que la dinamita debe cauterizar las llagas sociales, y el petróleo debe rociar los edificios públicos, para que el fulgor de su incendio ilumine el gran dia de la regeneracion social.

A cada frase, frenéticos aplausos interrumpian el discurso de Juan Bambolla, que hubiera sido coronado de flores, si aquellos buenos ciudadanos de la república universal hubiesen tenido á mano el jardin de algun rico que desnudar.

Juan fué desde entonces un héroe popular. Aclamado protector y redentor del pueblo, todos se disputaban el honor de estrecharle la mano. El club le engalanó con el título de ciudadano benemérito de la pátria, y por fin, fué comisionado para representar el barrio ante el comité de distrito.

Como se vé, la fortuna empezaba á sonreirle. Su crédito crecia al compás de su importancia política, y envuelto en el aura popular, esperaba trepar á los mas encumbrados puestos políticos, así que se presentase la primera revolucion.

Un dia averiguó por casualidad que tenia un pariente con una brillante posicion en Madrid, y se dispuso á hacerle una visita.

Llamábase el aludido pariente don Pantaleon Miguez de Urdaeta, era gentil hombre de Su Majestad, y una porcion de otras yerbas y campanillas. Su fortuna política tenia por base el haber tomado una parte activa en los hechos que dieron por resultado la restauracion. Era diputado, y dirigia en el Congreso un grupito que no era *el del reloj*. Habia sido canovista, pero á su debido tiempo hizo una evolucion, que le puso en buenas condiciones para ingresar en las filas del fusionismo.

Los diputados que acaudillaba no estaban del todo contentos de la gestion de

los negocios comunes, y empezaban á desgranarse; mas don Pantaleon, viendo mermar su prestigio é importancia política, meditaba en el modo de rehacerse, cuando cayó en su casa como llovido del cielo nuestro amigo Bambolla.

Despues de darse mútuamente á conocer, mediaron entre ambos las naturales expansiones propias de parientes que se ven por primera vez en la vida, y un tiroteo de preguntas y respuestas en averiguacion del estado y peripecias de todos los parientes, allegados y conocidos, puso término á esta parte del diálogo.

Por fin, don Pantaleon, que venia á ser tio de Bambolla, dijo á éste:

—Vamos, Juan, ¿te gustaria ser diputado?

—Y ¿cómo se consigue esa breva, señor don Pantaleon?

—Eso no te dé cuidado, que todo ello queda á mi cargo. Sigue mis consejos, cumple bien todas mis instrucciones, marcha siempre por mi camino, que yo te protegeré y te haré hombre de provecho.

—Puede usted contar conmigo en todo y para todo.

—Así me gustan los hombres: decididos. ¿Te has dedicado algo á la política?

—¡Ya lo creo! Soy miembro del Comité federal de la Latina.

—Eso no vale nada, porque ese partido no es de porvenir, al menos por ahora. Tiempo tendrás de meterte entre ellos, si algun dia pueden dar algo de sí.

—Como tengo tambien tiempo de dejarles, sobre todo si se trata de tomar posiciones mas ventajosas. Lo que yo anhelo, señor don Pantaleon, es poner mis piés en un camino que conduzca á alguna parte.

—Desde luego tienes que hacerte ministerial. El gobierno necesita adictos, y con él puede irse por ahora á todas partes. Te tengo ya un distrito, que será para tí la viña del Señor. Desde hoy eres candidato de *Piernas Quebradas,* y tú has de ser su diputado, ó no quedará teja en los tejados, y se vendrá el mundo abajo, y nos oirán los sordos.

—¿Y donde se encuentra ese distrito, querido tio?

—Ya lo sabrás á su debido tiempo; y sobre todo, siempre te queda para averiguarlo el recurso del mapa, y el diccionario de don Pascual, que te dirá cuanto sea menester. Lo que ahora conviene es que te presentes á don Práxedes, quien ya está prevenido de que yo necesito diez distritos para mis amigos, so pena de hacer un acto político y dejar al gobierno medio descalabrado.

—¿Y con qué pretexto me voy á presentar á Sagasta?

—Yo te doy un *besa la mano,* en que te declaro uno de mis amigos políticos, te presentas, haces algunas protestas de ministerialismo, sin olvidarte de la frase

sacramental aquella de *la libertad hermanada con el órden y el respeto á las altas instituciones,* y por fin, le pides el apoyo del gobierno para el distrito de Piernas Quebradas.

—Apuntaré el nombre del distrito, no sea que se me vaya á olvidar. Pero, ¿y si el Presidente huele que estoy metido hasta los huesos en el zarandeo federal, ¿no me echará con cajas destempladas?

—Veo que eres todavía muy cándido, querido Juan. El gobierno tiene mas interés en atraer á los enemigos, que en contentar á los amigos. Por el contrario, será de buen efecto que dés á entender con habilidad y disimulo, que si el gobierno no te apoya, te tendrá en frente como enemigo implacable. Eres muy novicio en estos negocios.

Despues de recibir la prometida esquela y despedirse, Bambolla sale de la casa de su pariente con la cabeza erguida y mirando de soslayo á todos los que pasan, y se dirige á la calle de Alcalá.

Al llegar frente á la Aduana, encuentra á uno de sus conocidos de la víspera que le detiene.

—¿A donde vas tan entonado, querido Bambolla?

—Soy candidato por el distrito de Piernas Quebradas.

—¿Candidato? ¡Será para maestro de baile?

—Candidato para diputado á Córtes: y me ofendes si lo tomas á chanza,—contesta Juan un poco amoscado.

—¿Y donde está el distrito de Piernas Quebradas?

—Eso ya se averiguará, pues no falta en España quien lo sabe.

—Vaya, Juan, tú estás lelo. ¿Con qué influencias cuentas tú para salir diputado?

—Con las de personajes muy poderosos, y sobre todo con el apoyo del gobierno, que es lo mas importante.

—¡Pues qué! ¿Has renunciado ya á la pirotécnica de los fósforos, de la dinamita y del petróleo?

—Soy ministerial. El hombre debe reconocer sus errores y volver sobre sus pasos. *La libertad hermanada con el órden* es el desideratum de las sociedades modernas.

—Pues yo me he hecho posibilista, porque, francamente hablando, el partido de Castelar es el partido del porvenir.

—Si tú estás por el porvenir, yo prefiero el presente.

—Cada cual mira las cosas bajo su punto de vista. Castelar y Sagasta están hoy de acuerdo; y como el partido posibilista es pequeño y está hoy muy próximo al poder, puede uno colocarse en situacion mas ventajosa. Házte posibilista, y apoyaremos tu candidatura, y hasta te conseguiremos el apoyo del gobierno.

—No me conviene por ahora, ya hablaremos mas tarde.

Los dos amigos se despidieron y nuestro candidato se dirigió á la Presidencia. Allí pasó una escena que, á pesar de ser la milésima edicion de las que pasan todos los dias, no acostumbran ponerse en letras de molde por considerarse como secretos de gabinete.

Al dia siguiente Juan Bambolla fué á dar cuenta á su pariente de la conferencia tenida con el Presidente del Consejo de Ministros.

Parece que el resultado no era decisivo. Habia otro candidato en puerta, tan ministerial como Bambolla, y que además tenia en su favor una carta de uno de los caciques del distrito. ¡Grande, terrible conflicto para el jefe del ministerio, que no podia menos que vacilar, como una balanza cuyos platillos tienen iguales pesos!

El candidato manifestó á su tio que por consejos superiores era indispensable ir al distrito, trabajarlo y conseguir algunas adhesiones, con lo cual se obtendria el deseado apoyo oficial; pero don Pantaleon resentido no se avenia á recibir el desaire de no ser atendida su recomendacion, y decia á su sobrino:

—No seas tonto, Juan. Lo que se quiere es que te alejes de Madrid, para ver si en tu ausencia te soplan la dama. Afortunadamente tienes tu tio aquí, que velará por tus intereses y por tu triunfo.

Al fin se acordó entre los dos que Juan saldria con algunas cartas de recomendacion para el distrito, mientras don Pantaleon pesaria sobre el gobierno con toda su influencia y la de sus amigos, en favor de su pariente.

Partió Juan en direccion á Villatuerta, cabeza del distrito de Piernas Quebradas, llevando entre otras una carta para un estanquero protegido de don Pantaleon. Ese estanquero habia sido capitan de cuerpos francos, y lo mismo servia para acaudillar una procesion, que un motin. Convocó una reunion de sus amigos y satélites, les presentó y recomendó el candidato, ponderó los bienes que reportarian todos de su eleccion, y dejó la palabra á Juan para que les dijera el resto, quien lo hizo de esta manera:

«Señores:

»Ya sabeis que este hermoso distrito de Piernas Quebradas, y en especial

la magnífica poblacion de Villatuerta, ha merecido siempre mis simpatías y mi entusiasmo.

»Desde el momento en que me elijais diputado, y aun antes de serlo, me consagraré á vuestros intereses, y á vuestra proteccion.

»Haré que el gobierno os perdone las contribuciones y los apremios, que os reparta trigo para la siembra, que dote á las doncellas casaderas y dé buenos empleos á sus maridos.

»Haré que os quiten los consumos y los portazgos, que os hagan buenos caminos y os pongan puentes en los arroyos.

»No os faltarán ferro-carriles, ni escuelas gratis, ni toros, y hasta el cura tendrá casa nueva.

»Tambien haré que no caigan pedriscos en los campos, que tengais magníficas cosechas y que trabajando poco ganeis buenos jornales.

»El dinero andará á puntapiés, los perros no rabiarán, ganarán los pleitos todos los que los tengan, y hasta las madres podrán dormir tranquilas, pues los chicos no llorarán ni estarán nunca enfermos.

»Se os repartirán los bienes de propios, el gobierno mandará hacer casas para los que no las tengan, y por fin no os morireis en toda vuestra vida.

»No tengo mas que deciros, porque mis antecedentes y mi consecuencia me abonan. Pronto tendreis lugar de convenceros de que, siendo diputado, haré mil veces mas de lo que prometo.»

Despues de esta arenga, el estanquero exclamó con voz estentórea:

—¡Viva don Juan Bambolla!

—¡Viva!—contestaron todos con entusiasmo.

—¡Viva nuestro futuro diputado!

—¡Viva!

Una murga que se hallaba á la puerta del local de la reunion, rompió entonces con el himno de Riego, el cual exaltó de tal manera á los chiquillos, que empezaron á dar sendas voces, y á hacer cabriolas y vueltas de carnero en mitad de la calle.

Al oir la zambra, el alcalde se alarmó creyendo que se trataba de alguna revolucion, empuñó su vara, y acompañado del alguacil y la pareja de guardias, se presentó en escena mandando poner presos hasta los postes de las esquinas.

Juan Bambolla se armó de valor y energía, y gritando con toda la fuerza de sus pulmones, exclamó:

—Oiga usted, don alcalde ó don palurdo, ¿quién le manda meterse en casa agena, cargado de pretensiones y con su corchete al lado, para venir á interrumpir una reunion hecha con autorizacion de gobierno? ¿Sabe usted con quién está hablando? ¡Soy el candidato para diputado, á quien por disposicion del gobierno debeis votar, á pesar de los pesares y caiga el que caiga, so pena de echaros encima una trailla de podencos que os doblen y os amansen á fuerza de multas y apremios, y os *empapelen* desde la coronilla á las plantas de los piés!

Inútiles fueron la fuerza y la lógica de los argumentos de Bambolla. El alcalde era bastante duro de mollera, no se mostró dispuesto á dejarse convencer y persistió en sus trece.

—¡A la cárcel todo el mundo, y usted el primero, don Bellaco! Que viene aquí á alborotar el cotarro, á soliviantar á los mozos del pueblo, y á *preturbar* el *órdigo* con embelecos y *discurserias,* como si estuviese en el *congrueso* de los *Madriles.* ¡No se ha de decir del alcalde de Villatuerta, que ha doblado la vara de la justicia y que ha *premitido* las *permisiones* de cuatro perdidos que todo lo quieren revolver!

—¡Nos hemos de ver las caras, don pelafustan!—contesta Bambolla desesperado por la persistencia del alcalde.—En menos tiempo que lo cuenta un mudo, se va á ver usted destituido y enjaulado, ó he de perder el nombre que tengo, señor alcalde de Monterilla.

—Yo no soy de Monterilla, sino de Villatuerta; ¿estamos? Y cuidado con sacar apodos, porque si se me sube la mosca á las narices, le he de hacer remachar una barra de grillos.

Mientras duraba la disputa, los concurrentes habian ido desfilando con disimulo, y al fin solo quedaban el candidato, el estanquero y el alcalde con su acompañamiento.

Juan Bambolla no tuvo otro remedio que dejarse llevar preso, si bien le soltaron pronto para evitar el tener que mantenerle y darle alojamiento. Así que se halló en libertad, escribió á don Pantaleon dándole cuenta de la mala partida que le jugó el alcalde.

El candidato llevaba consigo otra carta para un rico propietario, que tenia en el país mucha influencia y contaba sobre todo con muchos arrendatarios de cuyos votos podia disponer.

En la entrevista que con tal motivo se celebró, Juan le entregó la carta diciendo:

—Tengo la satisfaccion de entregarle esta carta de su antiguo amigo don Pantaleon, que es mi tio y protector. Yo pienso presentarme candidato para diputado en este distrito, y me permito contar para ello con el apoyo y proteccion de usted, que es considerado como el hombre mas influyente del distrito.

El propietario recibió sin pestañear esta descarga á boca de jarro, y contestó con toda seriedad:

—¿Y con qué elementos cuenta usted para triunfar?

—Con muchos en el distrito y poderosas influencias en Madrid; pero sobre todo con el apoyo oficial.

—Vamos, esto ya es algo; mas, ¿tiene usted la seguridad que el gobierno le apoyará?

—Completa.

—¿Y de qué el apoyo será exclusivamente para usted?

—Extraño mucho la pregunta. ¿Acaso un gobierno puede tener dos candidatos para un mismo distrito, exponiéndose de ese modo á perder la eleccion?

—Aunque parece inverosímil, no falta quien lo da á entender. Hay otro candidato que anda recorriendo el distrito, y manifestando como usted que tiene el apoyo del gobierno, del gobernador de la provincia, de la diputacion, del obispo de esta diócesis y hasta del gran turco.

—Ese es un impostor ridículo, un farsante, un hombre indigno, que estaria mejor trabajando en las minas de azufre, que recorriendo distritos electorales.

—¿Quién nos asegura que es usted el que tiene verdaderamente el apoyo del gobierno?

—Señor mio, yo no estoy acostumbrado á mentir.

—Pero pueden haberle engañado.

—Tampoco puede ser, porque seria necesario suponer que mi tio, amigo de usted y uno de los hombres mas respetables y dignos de España, es un farsante vulgar; y que el ilustre jefe del gobierno, con quien he conferenciado personalmente, fuese un veleta.

—Lo mismo que usted dice, ha manifestado el otro; pero vamos al grano. ¿Tiene usted algun documento para justificar que puede contar con el apoyo del gobierno?

—No lo tengo en este momento, pero puedo tenerlo pronto si quiero.

—Pues, cuando usted pueda probar que tiene exclusivamente el apoyo oficial. cuente con todos mis elementos; en la inteligencia de que los servicios, con servicios se pagan.

—En cuanto á esto no hay que hablar. Me consagraré enteramente á los intereses del distrito y especialmente á los de mis electores; pero ¿por qué no se decide desde luego á trabajar por mi candidatura?

—Si usted es de oposicion, ó aun cuando no lo sea no tiene el apoyo del gobierno, no sale diputado, y por consiguiente, malgasto mi influencia, me toma ojeriza el diputado triunfante, comprometo á todos mis amigos y me hostilizan desde el diputado al último corchete. Aun cuando usted siendo de oposicion saliera triunfante por un milagro, no me podria ser útil, porque lógicamente el gobierno solo debe hacer concesiones á los amigos que le dan su voto y su prestigio. Yo necesito influencias muy eficaces acerca del gobierno.

—Las tendrá, como se resuelva á votarme. Usted no sabe las poderosas cuñas que yo poseo en Madrid. ¿Quiére que mañana mismo le consiga un estanco para algun sobrino?

—Le diré á usted. Yo tengo un pleito con un vecino, cuyo expediente necesito que se pierda.

—¿No es mas que eso? Pegando fuego al archivo del tribunal; es negocio concluido.

—Tengo además en el Ministerio de Fomento un expediente sobre aprovechamiento de aguas, y quiero que se resuelva pronto y favorablemente.

—Pierda usted cuidado. Tendrá agua aunque quiera para ahogarse con toda su familia.

—¡Para ahogarme!—exclamó el propietario sobresaltado, recordando las últimas inundaciones.

—Perdone usted. Quise decir para bañarse,—contestó Bambolla con naturalidad.

—¡Ah! Bien. Pues como iba diciendo, tambien tengo un muchacho que está por entrar en quinta, y quisiera librarle haciendo que me le declarasen inútil.

—Nada mas fácil. Precisamente soy íntimo amigo de todos los médicos encargados del reconocimiento de los reclutas. Haremos que le declaren por unanimidad manco ó tuerto, y no hay mas que pedir.

—Otra cosa importante es para mí el asunto del ferro-carril.

—¡Ah, ya! Vamos; quiere usted que el gobierno le haga un ferro-carril desde

Villatuerta á su hacienda, para que le traigan todos los dias verduras frescas.

—No, no es eso...

—¡Ah! Bien, ya entiendo, es lo otro. Desde luego se lo prometo. Se hará con toda seguridad, puede usted vivir completamente tranquilo.

—Pero...

—¡No hablemos mas! Usted me da sus votos y despues puede pedir lo que guste.

—Pero el apoyo oficial...

—Lo tengo, lo tengo, se lo puedo asegurar.

—¿Me presentará los documentos?

—Cuanto antes.

—Ya vé usted... sin esta condicion no podria ayudarle. Mi hacienda, el porvenir de mis hijos, es antes que todo.

—Adios, mi amigo, que tengo prisa.

Juan Bambolla encaminó sus pasos á otras dos casas influyentes, para cuyos dueños le habian facilitado tambien cartas de recomendacion, y sostuvo diálogos muy semejantes á los anteriores, despues de lo cual regresó al pueblo bastante preocupado.

—Pues señor,—dijo para sus adentros,—esto es un embolismo, una madeja que nadie es capaz de desenredar. En Madrid me dicen:—«Busque usted adhesiones y le daremos el apoyo oficial.» Y aquí me contestan:—«Traiga usted el apoyo del gobierno y le daremos nuestra adhesion y nuestro voto.» Esto es jugar con uno, como si fuera una pelota. Me parece que no me he quedado corto en promesas, y estoy tan dispuesto á prometer, que si alguno de esos patanes pretende ser obispo, le ofrezco una mitra para él y un marquesado para su mujer.

Juan tenia el negocio bastante mal parado, pero afortunadamente su pariente trabajaba con ahinco en Madrid, y haciendo pesar en la balanza una espada vencedora mas gloriosa que la de Breno, consiguió que Bambolla fuese declarado candidato oficial. Por consecuencia, el alcalde de Villatuerta fué suspendido, por no haberse afeitado para presidir una sesion del ayuntamiento, y el estanquero presidió una de las mesas electorales.

Estas ventajas produjeron un cambio radical en la posicion de Juan Bambolla, que fué considerado ya el mas sério de los candidatos y recibió numerosas adhesiones; pero algunas cabezas calientes empezaron á motejarle de candidato cunero y se constituyeron en comité para hacer propaganda en favor de su rival, que se habia declarado demócrata.

Hasta entonces nuestro héroe no habia tenido ni amigos ni enemigos; pero armado con el apoyo del gobierno y contando ya seguros los votos de todos aquellos que se van al sol que mas calienta, empezó la oposicion ruda y enérgica.

Coaligáronse carlistas y federales con todos los matices que presenta la democracia; y tan abigarrado conjunto empezó á trabajar, disponiéndose á conseguir el triunfo por todos los medios.

Las autoridades de todo el distrito, al secreto impulso de órdenes recibidas de los centros provinciales y nacionales, organizaron el triunfo del pariente de don Pantaleon, previendo todas las dificultades.

Llegó la época. Los electores entraban á votar uno por uno y se les escamoteaban las papeletas en el acto de depositarlas en la urna, se hacia votar á muchos varias veces y en distintos puntos, y se levantaban protestas de una y otra parte.

El segundo dia de la votacion todos los miembros del comité multicoloro recibieron de Madrid un telégrama, que hablaba de traiciones, declaraba disuelta la alianza de las oposiciones, é intimaba á los coaligados la ruptura del monstruoso consorcio que habian hecho republicanos y carlistas.

Este telégrama cayó como una bomba en el campo de la oposicion, y produjo una anarquía indescriptible. Muchos electores se retiraron á sus casas sin votar, y otros dieron sus votos al candidato del gobierno; mas á última hora se descubrió que el telégrama era falso, y que todo se reducia á un ardid de los partidarios de Bambolla.

Esta superchería produjo una conmocion semejante á la de una descarga eléctrica. La oposicion irritada se rehace y se dispone para la lucha del último dia; redobla sus esfuerzos, y manda emisarios por todas partes en busca de votos.

Los principales opositores, despechados por haberse abusado de su credulidad y dispuestos á imponerse todo género de sacrificios personales y pecuniarios para salir triunfantes, hacen repartir sendos vasos de moscatel para excitar el entusiasmo; convidan á los electores á comer, repartiéndoles vales para la comida, juntos con las papeletas de la candidatura, y ofrecen veinte, treinta, cincuenta y hasta cien reales por cada voto, segun las necesidades del mercado electoral.

Reina por todas partes gran movimiento y animacion, con el ir y venir de emisarios y electores, el despacho de las tabernas, el reparto de papeletas, el acopio y preparacion que hacen los marmitones para las comidas, y la diligencia de los agentes de la autoridad para mantener el órden, turbado de cuando en cuando

por uno que otro altercado de color algo subido, no pocos palos y un par de puñaladas de las que no tienen vuelta.

Los ministeriales se defienden con ardor. Algunos electores influyentes de la oposicion han sido presos por presuntos delitos, los empleados van á votar regimentados y menudean las amenazas que aterran y las promesas que estimulan.

A última hora la lucha es mas viva, mas violenta que nunca. Los ministeriales llevan alguna desventaja. Una partida de hombres desconocidos ha robado una de las urnas, que los individuos de la mesa, y algunos electores han defendido hasta sonar algun tiro de rewolver.

Llega por fin la noche y se cierra la eleccion. Viene el escrutinio. En una de las urnas se encuentra una papeleta que dice: *Vale por una comida de elector,* lo cual da lugar á algunas chanzonetas. Un emisario llega conduciendo el acta y demás documentos de la eleccion, de un pueblo del distrito que los brutos de los geógrafos se han olvidado de poner en todos los mapas.

Resultado final: el gobierno triunfa y Juan Bambolla queda electo diputado. Suceden grandes aclamaciones. La murga que en otros tiempos el imprudente alcalde dispersara, se reune de nuevo para celebrar la victoria y nuestro héroe recibe las mayores ovaciones y las mas ardientes pruebas de adhesion al despedirse para la córte.

Convertido el candidato en diputado, ha terminado nuestra mision. Antes podíamos seguirle con la pluma en sus diversas peripecias, hacer nuestras apreciaciones y hasta dejar escapar alguna pulla; pero hoy Juan Bambolla es diputado, y como tal es inviolable é irresponsable, *lo mismo que el rey,* segun dijo no sé quién, y por lo tanto las castañas queman y no hay que meterse en honduras.

Aquí habia dado por concluido este artículo, pero casualmente fué á verme un amigo de confianza, que ha sido diputado y está muy al corriente de los asuntos electorales. No pude resistir la manía que domina á la generalidad de los escritores y le leí el artículo, que tuvo la deferencia de escuchar con la mayor atencion. Al concluir me dijo en el seno de la confianza:

—Creia yo encontrar algo nuevo en su tipo, pero me he equivocado. La pintura que usted ha hecho no tiene originalidad alguna. Es un extracto de lo que pasa todos los dias, de lo que sabe hasta el vulgo. Las ideas que expresan sus personajes son las que todo el mundo tiene y expresa en sus conversaciones diarias, como eco fiel de la marcha política de los negocios. El trabajo de usted no revela, pues, gran inventiva, ni creo que cause grande impresion.

Quedéme turbado y pensativo.

Segun la manifestacion de mi amigo, los vicios políticos y sociales están ya tan profundamente arraigados en nuestra sociedad, que nadie se fija en ellos. Se han connaturalizado y encarnado en nuestro sér, y pasan en todas partes sin reparos, como una moneda corriente.

Yo que tengo todavía la insólita candidez de tener ideales, ilusiones, sueños dorados si se quiere, y aparto con horror los ojos de esas monstruosas realidades que pervienten el sentimiento moral, hollan la dignidad del hombre, corrompen las sociedades y oscurecen los horizontes políticos del porvenir, he necesitado hacer un enorme sacrificio, un esfuerzo superior á mí mismo, para prescindir de cuanto siento y pienso é identificarme con las ideas y sentimientos que he pretendido fotografiar. Me ha sido preciso fingirme situaciones diametralmente opuestas á mi modo de ser, y despues de tan violento trabajo y de tanto torturar mi mente, no he escrito mas que lo que habria referido expontáneamente el mas vulgar de los agentes electorales, en un rato de aquella alegre expansion que da un vaso del tinto, apurado en compañía de algunos amigos. Triste condicion la del hombre, que piensa y escribe, al verse obligado á hacer tales esfuerzos intelectuales para, parecerse á una vulgaridad de mal género.

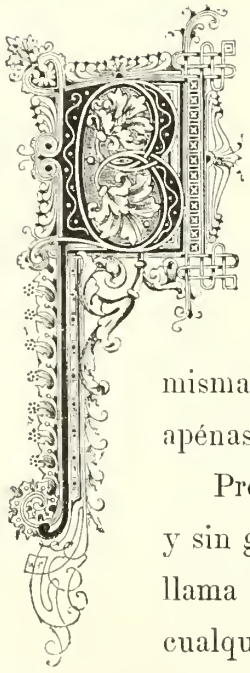
Como quiera que sea, lo cierto es que hay algo profundamente perturbador en el seno de las sociedades. Los vicios se perpetuan y la corrupcion crece. Estos defectos deben reconocer causas independientes de la naturaleza del hombre, la cual no cambia de unos á otros tiempos.

La causa de tamaños males no puede residir mas que en los sistemas políticos imperantes. Hay en ellos algo que atacar y destruir con resolucion y valentía; pero ¿quién pone el cascabel al gato? ¿Quién se mete á redentor para luego salir machucado?

Embarcaos en esa empresa, jóvenes de buena voluntad, que yo soy viejo y me quedo en casa.

EL TOMADOR.

POR D. JOAQUIN MENDOZA CÁCERES.



UEN tipo! Y sin embargo no puede faltar en una galería de modelos como ésta de que forma parte y líbrenos Dios de afirmar con esto que la clase de tomadores, timadores y demás que le son afines, está tan generalizada que no hay mas que extender la mano para coger uno; nada de esto, es mucho más lo que se dice que lo que realmente hay, pero por esta misma causa las quejas son mayores, porque, despues de todo, ellos apénas quieren, pueden aprovecharse de un incauto, y hacer presa.

Procurando definirlo de modo que pueda comprenderse desde luego y sin gran esfuerzo lo que es nuestro tipo, diremos que tomador se llama solo el que con arte y habilidad procura apoderarse de lo que cualquier sugeto lleva encima sin que lo sienta, ó advierta el caso, y aun podríamos añadir que lo realiza de tal manera que si el robado se queja, puede quedar en ridículo.

Esto dicho, veamos de donde sale el tomador ó para expresarnos mejor, que

causas son las que lo motivan ú originan, pues no es expontáneo, ni mucho menos; siempre nos hemos reido de las vanas y pueriles declamaciones de algunos moralistas que afirman y sostienen con una gravedad digna de mejor causa, que en ciertos individuos predominan de una manera tal ciertos instintos, que cediendo irremisiblemente á ellos, cometen actos censurables que al fin los llevan á su desgracia.

Boileau, el mas notable sin duda de los satíricos franceses, dijo ya hace muchos años en una de sus mas famosas composiciones, ocupándose del hombre:

«De tous les animaux qui s'elevent en l'air
Qui marchent sur la terre ou magent dans la mer,
De Paris au Perou, du Japon jusqu á Rome,
Le plus sot animal, á mon avis, c'est l'homme.»

Y ciertamente que tenia razon, pues pocos séres de los que pueblan el mundo, estarán tan propensos como él á cometer mayor cúmulo de inconveniencias y errores, siendo lo peor del caso, que casi siempre redundan en perjuicio suyo. Nosotros hemos dicho que habrá pocos séres de tan perversos instintos como el hombre y para prueba de que no es falto de verdad lo que decimos, no hay mas que fijarnos en lo que con los niños sucede. Le entregais un juguete, y por fino ó caprichoso que sea, vereis que lo que en primer término desea es romperlo ó destrozarlo; le poneis unas botas nuevas, pues observar como desea encontrar al paso un charco ó una corriente de agua en la que sumergir los piés; pasa por una fachada de una casa recien pintada ó acabada de estucar, y cediendo á un vehemente deseo de hacer daño, la araña con un palo ó la tizna con un carbon; encuentra en su camino un perro ó un gato y lo apalea despiadadamente sin miramientos ningunos, sin considerar que nada le hizo y que ninguna defensa tiene.

Podia sin duda objetarse que tales actos los hace porque es un niño, pero dejadlo que crezca, dejad que el hombre se forme y vereis cometer actos que mas y mas acreditan la perversion de sus instintos.

Cediendo á las exigencias con que transige las mas de las veces, no por virtud, sino por egoismo, el hombre se modifica cuando está educado, mas sino se hace esto, si se olvida de ponerle el freno que le hace falta, se desborda, como asolador torrente y llega á ser perjudicial hasta un extremo incalculable. Entonces y solo entonces, cuando los instintos se agitan y las malas pasiones bullen; entonces es cuando los moralistas, al menos algunos de ellos, tienden á disculparlo suponien-

do que el hombre es dañino, cede fatalmente á sus instintos ó al menos á los que son causa de que se manifieste como perjudicial, ora matando, ora robando ó embrollándolo todo.

No hay nada de esto, ó al menos así pensamos nosotros; el hombre cediendo á todos sus instintos, seria siempre malo; la educacion, mejora sus condiciones, la cultura lo pulimenta y le hace perder sus malos hábitos, de aquí que la primera causa eficiente del tomador, sea la mala ó ninguna educacion que recibe.

Con efecto; hay muchos individuos á quienes la Providencia no debia acordar la dicha de ser padres; en la sociedad moderna ninguno puede presentar causa razonable ó fundada para disculpar el que sus hijos queden sin educarse y sin embargo, hay muchos, muchísimos, que los ven crecer con sin igual indiferencia, como si tal cosa, no piensan en los males que se pueden acarrear y atraer sobre la sociedad, y con el ánimo mas sereno, sin sentir el mas ligero peso sobre la conciencia, sigue imperturbable, como si todas las que hicieran fueran obras meritorias.

El egoismo de muchos de ellos, es causa tambien de no pocos males; con una socarronería imperturbable se repiten frecuentemente, *que en la casa de Juan Pobre el que no trabaja, no come,* y apénas el muchacho puede correr por esas calles, y vocear atolondrando á todos los transeuntes, le procuran algun periódico que vender ó décimos de lotería, ó cosa por el estilo.

Contínuamente en la calle, tratando con rapazuelos de su clase, sin nadie que vigile sus conversaciones, ni ponga coto á sus vicios, que el abandono comienza á hacer germinar, crece el muchacho sin que aprenda nada útil ó conveniente para el dia de mañana, en que con seguridad, no le pueden bastar las miserables ganancias que con su mercancía consigue.

Estas miserables ganancias son, sin embargo, en el mayor número de los casos, las que originan disgustos y disturbios que empeoran la situacion.

Apénas acaba el hijo de entregarle el fruto conseguido durante todo el dia, cuando despues de repasado y despues de regañarle porque siempre se le antoja poco, lo manda acostar con brusco modo, órden que la infeliz criatura no se hace repetir, pues ya sabe por experiencia que á la segunda vez que su padre le dirija la palabra, lo hará acompañándola de un puntapié ó de un bofeton del que mal de su grado, conservará señales para cuatro ó cinco dias.

Inmediatamente despues á pesar de las protestas de su mujer, nuestro hombre se pone en pié, y se prepara para salir, sea cualquiera la hora de la noche que

sea; el hijo aun despierto devorando su despecho y su rabia, puede oir que entre su madre y su padre se entabla un diálogo, en que aquella le echa en cara su holgazanería y sus vicios, le suplica que no vaya á gastar á la taberna lo que el chico ha ganado y que se necesita para comer el dia siguiente.

Arrecia la disputa, menudean las palabras mas repugnantes y no pocas veces la mano del marido deja caer pesadamente sobre la infeliz mujer.

Despues de la reyerta y mientras el hijo devora en secreto su ira y la madre cae abatida de pena, bañada en sus lágrimas y algunas veces en su sangre, sale el desnaturalizado padre á la calle y vase, como su mujer le habia censurado, á la taberna á gastar la miseria ganada por su hijo que, mortificado por su impotencia, ha escuchado la anterior disputa.

Piensa de la mala manera que es de suponer y cediendo al fin al cansancio que le rinde, el sueño cierra sus ojos.

Apénas pasadas tres horas, despierta sobresaltado por el terrible ruido que en la habitacion se escucha. Es su padre que vuelve ébrio por completo y que de nuevo la emprende con su mujer, primero de palabra y mas tarde de obra, golpeándola y maltratándola. Procura mediar, y tambien á él le alcanzan algunos palos, con lo que su despecho se aumenta y su corazon se endurece.

Este pernicioso ejemplo, que con demasiada frecuencia se repite, hace pensar al muchacho, que ya razona; y si al dia siguiente encuentra ocasion de gastar algo de su ganancia, y cuenta que no tendrá que pensar mucho para hallarla, lo gasta aun sabiendo que despues le costará una paliza; y el temor á ellas concluye al fin por hacer que no vuelva, el dia en que ha sido mayor su gasto y haciendo él su cuenta, comprende que en relacion una cosa con la otra, aquella noche su padre lo desollará vivo.

De entre las muchas causas que pueden dar lugar al aparecimiento del tomador, esta que acabamos de señalar es la que mas frecuentemente los produce; el abandono y la falta de educacion; censurables extremos en que gran parte tienen las autoridades, poco atentas á un bien crecido número de focos perniciosos, focos de males y trastornos para la sociedad en general.

*
* *

Cuando el muchacho se vé solo, cuando ha perdido el temor á las reprimendas de su padre, al que ni vé ni entiende, porque si alcanza á divisarlo en el extremo de

una calle, corre por otra, entonces se acostumbra á gastar, y apénas el dinero le cae en la mano cuando vuela sin saber por donde. Asociado con ese sinnúmero de pilletes que pupulan en bandadas por las calles, pasan dias, y en cada uno las necesidades acrecen y, lo que es más, no falta entre aquella gente quienes las haga acrecer con objeto de lograr el fin que se proponen.

Este fin, como es fácil comprenderlo, no es otro que inducirlo al crímen, que incitarlo al mal, y son mil los medios de que se valen para lograr que ingresen en una de esas asociaciones compuestas de considerable número de individuos cuyo único medio de subsistencia depende de las distracciones que los demás cometan.

Sentado á la mesa de una taberna, se vé muchas veces á uno de esos tipos repugnantes de ajustado pantalon, chaqueta corta á lo torero y gorra de seda, que, dando chupadas al chicote que ya le quema los dedos, procura convencer al mozalvete, que tiene todavía miedo á la justicia. Con el acento propio de los chulos de esta tierra en la que viene á albergarse lo peor de cada casa, comienza por decirle:

—Pues yo creo, que eres ya muy grande para vender periódicos.

—*Mayormente* yo lo digo tambien,—contesta el muchacho,—pero ya ves tú ¿qué quieres que haga?

—Toma, pues otra cosa en que se gane mas.

—Yo bien quisiera, pero ¿cómo?

El *gancho* desentendiéndose de esta pregunta, continúa fijo en su objeto.

—Porque ya ves tú, los hombres necesitan dinero, porque al fin y al cabo necesitan alternar, y luego las mujeres. Mira tú, la *Lola* te mira con buenos ojos, pero ¿cómo quieres llevarla al café, ni á los toros, ni al teatro? En ninguno de estos sitios se entra gratis, con que, espavílate muchacho y no seas tonto, te hacen falta cuartos.

—¿Y qué voy á hacer?

—Pues vénte con nosotros.

—Sí, pero un dia me ponen á la sombra y ya ves tú...

—Ríete, tonto, pronto se sale, ya ves yo he estado cuatro ó cinco veces, y total igual: he descansado algunos dias y luego tan listo como antes.

—Bueno, todo lo que tú quieras,—replica el mozuelo,—pero para hacer lo que tú haces, hace falta tener condiciones, y yo no sirvo.

—Eso dicen todos, pero luego aprenden, con que vamos, lila, decídete y no seas primo.

—Bien hombre, pero ¿qué hay que hacer?

—Pues por lo pronto, nada, venirte conmigo, ayudarme, ver lo que yo hago, aprender, y hacerte hombre; con qué ¡choca esos cinco!

Se estrechan la mano, con lo cual queda firmado el pacto; pacto satánico, pacto endiablado que celebrándose, en realidad ha venido á sustituir á los que entre el hombre y el demonio se fingian las imaginaciones de nuestros antepasados.

Desde aquel dia, juntos, inseparables siempre, se les vé vagando por los sitios mas concurridos, acechando la ocasion para aligerar á un prójimo del peso que lleva en los bolsillos.

Tan pronto como con suma ligereza y grande habilidad el ya esperto consigue recoger algo, lo pasa á su compañero, quien, no bien lo ha cogido, escapa á huir, de modo, que si por una desventura, el tomador es cogido con las manos en la masa, como vulgarmente suele decirse, si el robado es bastante listo para sorprenderlo infraganti y lo apostrofa con dureza, promuévese un escándalo mayúsculo entre uno que acusa y el otro que se defiende; sobreviene la pareja de órden público al ver que la gente se amontona y ambos, el robado, que se encuentra sin reloj ó sin portamonedas, y el ladron, son conducidos á la prevencion del distrito ó al juzgado de guardia, teniendo lugar en cualquiera de estos dos sitios una escena de las mas irritantes que puedan darse.

El juez y el inspector, conocen perfectamente al ratero, saben casi con seguridad, tienen la perfecta evidencia de que el que se queja tiene razon, que el acusado lo es sin duda con justicia; lo mandan registrar, lo hacen escrupulosamente y no le encuentran absolutamente nada que pueda levantar la mas ligera sospecha y á todo esto el tomador con un cínico descaro no deja de repetir:

—Este caballero se ha equivocado, vamos, ó me acusa por hacerme extorsion, ni yo le he visto nunca, ni me he acercado á él, ni quiero.

—Sí, señor,—dice el que se encontró robado,—este fué; á mi lado no habia nadie mas que este hombre y yo le cogí la mano y hasta le ví en ellas mi reloj.

—Pero diga usted, ¿y donde le he puesto entonces?

—Yo que sé, se lo habrá usted dado á algun compinche.

—¡Vamos, hombre! Pues si usted mismo ha dicho que no habia nadie á nuestro lado.

Intervienen el juez y el inspector, cualquiera de los que declara que con arreglo á la ley no puede detener á aquel hombre á menos que el acusador no lo

mande hacer bajo su responsabilidad, cosa á la que nunca se atreven porque el efecto seria contraproducente, dado que no tiene prueba ninguna del delito que imputa, y que ya conoce mas de un caso en que despues de haberse quedado un sugeto sin reloj, le ha costado la cuestion un ojo de la cara.

Rabia, protesta, se irrita, pero no consigue nada; el tomador es puesto en libertad y sale manifestándose ofendido y exclamando:

—¡Que á un hombre de bien le pasen estas cosas!

No bien con idas y venidas contínuas ha logrado desorientar á los que hubieran podido proponerse seguir su pista, cuando se dirige al sitio en que de antemano sabe que le aguarda su cómplice, el aprendiz que poco á poco se va imponiendo de cuanto hay que hacer en este lucrativo oficio que tiene tambien sus contras, las que por mas que varian en número, pueden reducirse á dos efectos de bien distintas causas.

Lo mismo el principiante que el mas experto en el arte abominable de tomador, no son siempre lo bastante hábiles para realizar su empeño con maestría tanta que pase inadvertido, y cuando esto ocurre, lo mismo que cuando dan con un sugeto sobrado prevenido ó demasiado sensible, físicamente hablando, ocurre que paga lo que debe, pero solo por el momento y este es el mal, pues de cualquiera de las contingencias que le puedan sobrevenir, se repone pronto y en vez de enmendarse por escarmiento siquiera, sigue en la mala senda que emprendiera.

Si el robado sabe á que atenerse, no se queja ni prorumpe en gritos, sino que administra una paliza que lo pone negro: si es de los que ignoran aun, y llaman á la pareja antes que el tomador haya podido realizar la operacion que lo salva, entonces va á la cárcel, pero de una parte el arte que se da para trabajar el sumario de la causa, lo que le ayuda su *amigo* el escribano y las recomendaciones que tiene, dan lugar á que pronto lo pongan en la calle, y como si tal cosa.

Una de las cosas que el tomador ha llegado á aprender es la desconfianza que el traje inspira; de aquí que no podais suponer hallarlo solo bajo la blusa del menestral ó bajo la chaqueta del artesano, debeis temerlo tambien bajo la levita del caballero y lo mismo bajo cualquier uniforme que crea lo garantiza un tanto.

Si algun consuelo puede tenerse ante el temor que la existencia de esta gente inspira, es el de que al fin y al cabo, morirá en presidio.

Labatta
SADERNI

LOS GITANOS DE GRANADA.

POR D. M. RODRIGUEZ Y ALÉS.

SIEMPRE hablamos mal y fueron acres nuestras censuras con aquellos que, pudiendo ó no, emprenden un viaje de placer al extranjero y vuelven jactándose de que han visitado las primeras capitales de Europa.

Examinar á la mayor parte de los que os dicen que han estado en el extranjero y vereis con gran sorpresa que apénas si conocen nuestro idioma, primera razon para que haya sido infructuosa la visita, dado que del mayor número de las cosas ni siquiera se podrán dar cuenta. De aquí que con aire muy finchado solo os hablen de los *boulevards*, de la plaza de la Concordia y de la Morgue, pues además de lo que llevamos dicho, para ciertos caballeros todo el extranjero es París, pero cierto París; ó sea aquella parte de la capital de Francia en que solo se consigue gastar dinero en fútiles y peligrosas diversiones que en modo alguno pueden llenar el corazon de un hombre serio.

Cuando vuelven de estas excursiones resultan inaguantables, nada encuentran bueno ni aun medio regular siquiera; quieren á toda costa justificar la estúpida

expresion de Dumas (padre), de que el África comienza en los Pirineos y sostienen con aire trágico-doctoral que España es el país mas atrasado del mundo y, lo que es aun peor, que no se puede vivir en él.

Bueno es advertir que la mayor parte de estos caballeritos, apénas si chapurrean el francés por mas que en cuanto trasponen los Pirineos se esfuerzan en hacerse comprender en este idioma... ¡Oh vergüenza para desacreditar á su pátria!

Verdad es que muchas veces, justo castigo á su perversidad, se encuentran chasqueados al hallarse algunos extranjeros que les dan severísimas lecciones, pues amando á su pátria no pueden por menos de repugnar los que no hacen lo mismo con la suya, y porque creen despues de todo que cuanto dicen es vana y estúpida lisonja que no les puede merecer valor alguno.

Para él no hay aquí nada bueno, cosa en la qué muchísimos extranjeros le podrian desmentir; mas como no es el objeto de nuestro artículo hacer una defensa de España, que ya de por sí se encuentra bien defendida, vamos, á los que habiendo nacido en ella la desconocen sin embargo, á enseñarles algo de lo que podia y debia ser en realidad objeto de su estudio.

De los pueblos salidos del Ásia, y que en sus constantes emigraciones han venido á habitar las naciones europeas, ninguno tan curioso ni tan digno de fijar la atencion como el gitano. El nombre que les damos, es hijo de la errada idea en que durante mucho tiempo se ha estado de que procedian del Egipto. Hoy que gracias á los adelantos hechos en etnografía y en historia puede claramente determinarse cual es el orígen, subsiste tal denominacion para diferenciarles de los indígenas del país en que viven, como subsiste tambien la de bohemios con que en otras naciones se les conoce solo porque habiendo aparecido en Bohemia hácia mediados del siglo XIV, fué desde este punto de donde se extendieron á los demás en que hoy habitan.

Haciendo caso omiso de los gitanos que viven en otros países, cuyos usos prácticas y costumbres no conocemos, fijémonos en los que pululan por Granada, manifestando ante todo que cuanto digamos puede y debe extenderse á los de las demás provincias andaluzas, por ser muy semejantes entre sí.

Frente al palacio de la Audiencia situado en Granada en la Plaza Nueva, comienza la cuesta que conduce al Sacro Monte, camino habitado por los gitanos y el que basta recorrer una vez para apreciar la exterioridad de ellos, elemento mas que suficiente para que no puedan ser confundidos con nadie.

El gitano es de mediana estatura, de bronceado cutis y negros ojos de mirar

profundo. Su acento en cuanto habla castellano ó si emplea la jerga india en que se expresa, es propio de los andaluces, si bien mas acentuado, traicionado así su orígen, probando su ascendencia asiática y recordándonos la languidez natural en los hijos de las riberas del Nilo ó de las extensas llanuras de la India. Sus hábitos y sus prácticas lo manifiestan así tambien: y en su frugalidad y poco cuidado, nada ni por nada prueba de claro y distinto modo, hasta que punto ha influido en él la vida nómada y errante de sus atenciones.

Si el gitano forma un tipo claro y perfectamente definido, no lo es menos la gitana, que sin que haya lugar á la menor ni mas remota duda, formaria un tipo perfecto de belleza si fuese mas limpia. La gitana es de correctas y proporcionadas formas, rostro oval y cutis aunque moreno de una textura y suavidad sin igual. Sus grandes ojos negros cuando miran acarician, y en su acento hay una blandura que... mas volvamos á repetirlo, es desaseada hasta un extremo que solo puede comprenderse cuando se la ha visto.

Que viva en una casa lo mismo que si vive en una choza, su aspecto es igual, su ajuar reducidísimo; es siempre la familia que está dispuesta á la marcha, hoy están aquí, mañana no la vemos donde estarán y de aquí que mejor que en ninguna parte se encuentren sentados en el suelo; en el suelo comen y en el suelo duermen; así es que en la necesidad de hacer un viaje, pronto, inmediatamente tienen el equipaje hecho. Nos recuerda esto la graciosísima salida de una gitana que habiendo sido demandada ante el tribunal compareció y reconocia honradamente la deuda, mas compelida al pago como el acreedor no quisiera otorgarle ya mas plazos, el juez le amenazó con decretar el embargo.

Escuchar la amenaza aquella flamenca pura y echar á reir con todas las fuerzas de su alma, fué cosa que coincidieron en el momento por lo que extrañada la autoridad, le preguntó fosca cual era la causa de su risa, á lo que contestó con muchísimo gracejo:

—Mire osté, señó, hace tres ó cuatro dias que me levanté muy de mañana y queriendo que los chorés tuvieran la sopa hecha pá cuando se levantaran, cogí la alcuza pá bajar por cuatro cuartos de aceite. Al pasar, mi hijo Tolo, que duerme en el suelo tenia una mano extendía y yo se la pisé sin querer, por lo que despertó sobresaltao el alma mia: y al verme con la alcuza en la mano me dijo con el corazon encogío:—¿Qué es eso mare, nos muamos?

Excusamos manifestar cuanto la ocurrencia hizo reir á los que la escucharon ocurrencia que de la misma manera que sirve para aprobar el reducidísimo mobi-

liario de esta gente, sirve tambien para probar la viveza de imaginacion que los distingue. Ingeniosos y oportunos, tienen una feliz ocurrencia á cada instante y aunque faltos de cultura su conversacion agrada y entretiene. Uno de los rasgos mas característicos de estos individuos, el que los personaliza é individualiza, pues por él solo tienen comparacion con los judíos, es el del aislamiento en que viven. El gitano ciertamente no tiene pátria en las naciones en que vive, se encuentra como desterrado, no tiene constitucion ni territorio, mas conserva su independencia; no tiene nacion, pero tiene nacionalidad; jamás ha buscado la alianza de los pueblos entre que vive, seguro medio para que fueran mejor mirados que lo están; una gitana no escucharia los amores del que no sea de su raza, ni se casará mas que con el gitano: éste en justa reciprocidad, no tomará mujer mas que entre aquellas que tienen su misma ascendencia.

Verdad es que solo la gitana podria responder dentro del matrimonio á las costumbres que de antiguo tiene formadas este pueblo. En las alianzas gitanas, pues así mas que matrimonios pueden ser llamadas las de una gente poco aficionada á entrar en la iglesia, se observa algo muy propio de todos los pueblos primitivos, que no ha podido perder el que nos ocupa, á pesar del espacio considerable de tiempo que lleva viviendo con nosotros.

En el matrimonio gitano el marido aparece como dueño y señor absoluto. Él es quien menos trabaja, quien menos se afana, el que de mas comodidades y reposo goza, así es que con mucha frecuencia podeis verlo tendido en el fondo de su choza, mientras la mujer lava ó amasa, y aun es mas: si alcanzais á ver una familia gitana que viaja, lo mas frecuente, lo ordinario es que la mujer vaya á pié, llevando sobre la cabeza en un envoltorio de trapos todo el ajuar, que cargue en uno de los brazos al pequeñuelo que cria y que de la otra mano lleve al que ya puede andar, en tanto que el gitano va campanudamente montado en el burro, lanzando al aire con indulgencia suma las bocanadas de humo que arranca del grueso cigarro que fuma.

Esquiladores, cerrajeros de viejo que podemos decir y chalanes, ellos en su mayor parte viven al azar, sin residencia fija y, mas que nada, solo dicen que han hecho un buen negocio cuando han engañado á alguien. Uno que no sea gitano de aquella tierra ignorará seguramente los medios, mas es cierto y bien probado lo tienen, que á cualquiera, por experto y listo que sea, un gitano puede muy bien hacerle tomar una bestia que á primera vista parece una gran cosa, pero que antes de tomar el primer pienso que le dé su nuevo poseedor caerá muerta,

Cuantas artimañas sean necesarias sabrán ponerlas en juego, para conseguir su objeto: pintan y trasforman los caballos, aderezan los burros y pícanlos de tal modo que corren como si tuvieran alas. Si el comprador asustado al ver aquel esperpento se hace atrás asustado y con visibles señales de mal humor pregunta:

—¿Cómo quiere usted que compre esto?

El gitano con toda seguridad se manifestará extrañado de aquella pregunta, que no alcanza á comprender y dirá con aire en el que se puede entrever la ironía:

—¿Pues y que tiene?

—¡Qué ha de tener! No lo está usted viendo, si parece que se está muriendo ó que se va á morir, es viejo, está lleno de mataduras, no puede andar...

—Perdone usted hombre, pero eso es no comprender lo que se tiene entre manos; eso es no ver claro; cierto que el animal al parecer es lo que usted dice, pero no es mas que porque está muy trabajado; déle usted bien de comer y un poco de descanso dos dias nada mas, y verá usted al tercero que pieza.

Añaden á esto tales cosas y tales frases encartan, que embaucan y seducen cayendo los incautos en el garlito, haciendo una compra que ni se explica ni se comprende, pero que la hacen y para nada les sirve.

Ellas trabajan tambien; en el matrimonio gitano no se comprende que el marido trabaje para la mujer; ambos trabajan para ambos, y esto que podia parecer muy poco delicado, muy poco galante con respecto al hombre lo hallamos nosotros mucho mas lógico, mucho mas conducente á que en estos matrimonios se turbe la paz con menos frecuencia. La gitana hace canastas, cambia y vende ropa, echa las cartas y dice la buenaventura demostrando un ingenio poco comun.

Si muchos consideran este tipo que hemos presentado, aplicándoles la forma social que á la generalidad se nos impone, lo hallará ciertamente desventurado, pero fíjense bien nuestros lectores y verán cuan felices pueden ser en la libertad é independencia de que disfrutan, en la falta de cuidados que los oprima y en las pocas trabas que la sociedad les impone.

LA FIESTA DEL SANTO.

POR D. ENRIQUE DE SALAZAR.

I

DONDE SE ME HACE UNA PREGUNTA CHUSCA Y UNA CONCESION OMNÍMODA.

BA yo de camino una tarde de verano.

Llegué á un pueblo del tránsito (cuyo nombre se han comido en mis apuntes los ratones), la víspera de su patrono, santo que yo llamaria Sans-Façons, si no se llamara él San Roque, y quise descansar el dia siguiente.

Despues de limpiarme el polvo, refrescarme, comer y fumar, sal como á estudiar la historia monumental de la villa, que villa era y es ni mas ni menos que la córte, y en pocos minutos pasé y aun repasé todas las hojas de aquel libro de piedra-barro, viniendo luego á sentarme á la *Plaza* de la Constitucion, plaza que por un resabio de tradicion seguia llamándose *Real*.

Desde luego advertí algo extraordinario en el pueblo, pues andaban los hombres desocupados de este al otro corrillo, las mujeres se sentaban mano sobre mano á la puerta de sus casas en sabrosa plática con sus vecinas, y los muchachos pululaban corriendo en turbamulta con gritería de todos los diablos. El júbilo, pues, se reflejaba perfectamente en la semilla y lavada fisonomía del vecindario, bien

que no completo el júbilo, porque el máximun de este afecto, como la ropa limpia, se guarda en los lugares para los dias clásicos.

La iglesia estaba (y estará aun, si no se la han llevado á otra parte), sita en la misma plaza, y pude, por tanto, hacer otras observaciones que confirmaron mi sospecha. Quien aprestaba ramas verdes; quien colchas de lana roja; quien bancos de pino negro, ó sucio si quereis mas exactitud descriptiva; quien cuadros de asunto místico y marco pajizo á guisa de dorado, iluminados con almagra.

Las señas pues eran mortales: gran funcion se preparaba.

Pasó algun tiempo, y todas las miradas de los desocupados, que formaban los grupos subversivos, por decirlo así, se fijaron en mi aislada persona, hasta que destacándose del corro mas antiguo ó anticuado uno como alcalde y otro como alguacil, enderezaron hácia mí su andar resuelto.

Llegaron uno tras otro á mi retiro ostentando sendas varas de almendro y jurisdiccion al mismo tiempo; y mientras los del corro estrechaban con cierto disimulo la distancia que nos separaba, su merced del alcalde me disparó á quemaropa el siguiente escopetazo:

—¿Es usté mu burlon?

—¿Y eso?—le contesté mal herido.

—Lo digo al tanto, porque las burlas son... burlas, y el Santo es... el Santo, y yo... soy el arcalde costuticional, y como dice Bartolo, que sabe mu bien lo que se dice, *santos santis son tratandis.*

—Pero, señor alcalde...

—No hay pero que valga. Aquí no queremos chuscos el dia del Santo Patrono.

—¡Acabará su merced!

—Lo dicho dicho.

—Descuide su merced, señor alcalde, que yo solemnemente prometo no reirme ni de Bartolo.

—Y le irá bien, porque allí donde usté lo vé vestío de lana no es borrego, que estuvo en peligro eminente de cantar misa, para lo cual estudió gramática, presodia y demás tiologias, si bien por una entriega, no pasó de la ipístola, y eso canta.

—Prometo otra vez mas, señor alcalde, tratarlo como se merece, pues sé yo tambien que los *santos santis son tratandis.*

—Estonces... A ver, Paulo,—dijo su merced volviéndose á su alguacil,—

dale permiso para que pueda ver, como cualisquiera otro vecino de esta vecindá, los codetes y demás cosas que hemos de tirar.

El alguacil me autorizó solemnemente y partió detrás de su merced.

Su merced se restituyó á su grupo, donde, segun pude traducir telegráficamente, dió cuenta de su mision á los comitentes, entre los cuales se distinguia uno como presidente de aquel concejo al aire libre, hombre desafeitado, amen de feo, y sabihondo como un teólogo, segun y como alzaba el índice para argüir, diciendo recio para que yo lo oyera:

—*Santos santis son tratandis.*

Con esto me dió ya su nombre, amen de su oficio; aunque no hubiera sido menester que se mentara para conocerlo, porque en su ropa verdi-parda, sus medias verdi-negras, y sus blanqui-sucias alpargatas se revelaba el Bartolo del sacristan, amen.

El crepúsculo se iba condensando ya en sombras, y creí conveniente retirarme á mi posada, que por cierto se llamaba de la *Pulga,* no sé porque en singular: hácia ella pues enderecé mis pasos con ánimo de acostarme, dejando al sacristan, alcalde y demás funcionarios, aunque tenia permiso para ver todas las cosas que tiraran.

II

EN QUE HAY UN PROGRAMA, BANDOS, JUICIOS Y CIEN DISPARATES MAS.

Y me acosté, molido como estaba.

Pero no bien hube medido el lecho, que dicho sea de paso, no ajustaba muy bien en la medida, tuve que levantarme otra vez con erupcion cutánea, porque si bien el lecho era corto y el cuarto estrecho y el ambiente escaso, las pulgas, chinches y demás parásitos no tenian nada de eso.

Reclineme entre dos sillas, que puse en medio del cuarto, luego fuí junto á la puerta, despues junto á la ventana... á todas partes llegaban las avanzadas. Tuve en fin que desalojar el punto y bajar á sentarme en un poyo á la puerta de la casa.

Notaba cierta ebullicion en la calle, y no era extraño: el alcalde vivia en la casa contígua, y víspera del santo, su merced era necesario en todos los actos públicos y hasta en los privados.

Por casualidad ó por costumbre acaso, estaba tambien sentado á la puerta de su casa en otro sitial como el mio, pero unido el suyo á un pesebre, donde juzgaba con toda la solemnidad de un oidor en su estrado, y en uno de los que pudiéramos llamar entreactos, trabé conversacion con él lo cual, dicho sea en honra de su sociabilidad, no me costó mucho empeño. No hice mas que evocar una reminiscencia religiosa sobre el milagroso patrocinio de San Roque en épocas climatéricas, y esto solo bastó para que me pusiera en autos de todo.

Supe por este medio y fidedigno conducto el programa de la funcion, que voy á insertar aquí porque no deja de ser fastuoso, y textualmente para no quitarle nada de su grato sabor:

1.° »Repique general de la campana y codetes á las ánimas de esta noche.

2.° »Idem por idem á las Aves Marías de mañana, dia del Santo bendito.

3.° »Misa mayor con música del maestro Lucas y sermon que pedricará el padre cura y oficiará Bartolo, con existencia de todo el ayuntamiento de mi mando.

4.° »Al mediodía opípera comida de cochifrito y demás ecéteras de vino y aguardiente que corren de mi cuenta, aunque lo paga el santo por gastos de curto y clero.

5.° »A las cuatro, procesion parroquial con la mesma existencia de mi mando y repique general de la campana.

6.° »A las seis un paso de comedia en la Plaza Real.

7.° »En fin y últimamente la danza de las devotas del Santo bendito.»

Hé ahí el programa: á fé que no lo dará mas completo para el santo de su devocion ningun aspirante á presidente de ministros.

—¿Y quién va á ejecutar el paso?—le pregunté.

—Pues, ¿quién ha de ser sino él?—me contestó el alcalde con aire de extrañar mi ignorancia.

—¿Y quién es ese caballero?

—No es caballero, sino sacristan. Pero es sugeto de mucha literatura, como que estudió en sus tiempos, segun le dije ya, todas las virtudes tiologales y cardenales. Él sin copiar de ningun libro, y tiene hasta quince ú veinte, nos ha compuesto el paso y es el alma de la funcion, porque, la verdad, para estas cosas, es maestro de cerimonias.

En esto llegó una buena mujer solicitando por la intercesion del Santo la excarcelacion de su marido, el cual segun entendí yo, que por mi proximidad po-

dia dar fé de los autos del alcalde como su fiel de fechos, estaba preso por no leve delito. Ablandado su merced por las súplicas de la mujer, bien hubiera querido poner al reo en libertad, mayormente cuando, con las ocupaciones del programa, no habia tenido aun lugar de empapelarlo; pero estaba irresoluto, como quien tuviera cerca de sí el fuero de una jurisdiccion privilegiada, muy superior á la suya.

—En fin y urtimamente,—dijo como inhibiéndose,—yo no puedo hacer nada en cosa tan agravante: lo que diga la *señá* Josefa.

Y la llamó.

Era la *señá* Josefa una mujer de esas que pueden alegar cierto derecho para dominar á sus maridos, cuando los maridos son de los que llaman bonachones. A la sazon no era ni hermosa, ni fea, ni vieja, ni jóven; pero veinte años atrás habria sido seguramente una arrogante moza. Diz que el sacristan, que estudiaba para Dios, odiando el mundo y la carne, hubo de abandonar la teología entregándose al diablo en cuanto vió á la Pepa, la cual se casó con el alcalde por razon de establo ó de conveniencia, como quiera que el alcalde era el mas rico ganadero y acaudalado del lugar.

La *señá* Josefa oyó dos veces á su marido llamarla y se hizo la sueca porque la llamara tres.

Por fin se dignó salir y puesta en autos, dijo al alguacil con ese imperio que da la costumbre de mandar en firme:

—A ver, Paulo, echa á Clofás á la calle.

—Eso no es ley, *señá* Josefa,—se atrevió á decir un quidam que parecia el agraviado.

—A ver, Paulo,—repitió la alcaldesa,—mete á Grabiel en chirona si güerve á desatacarme.

Gabriel no la *desatacó* ya ni mucho menos, al son de tal amago; Pablo fué á cumplimentar el primer auto, y la alcaldesa desapareció otra vez, lanzando un solemne eructo, golpe de situacion, sino de estado, que extremeció de respeto y saludable temor á todos los circunstantes.

A poco llegó el sacristan con su cara desafeitada y fea, mandando al alcalde hiciera publicar un bando de buen gobierno para que en todo el dia siguiente no anduvieran por la *Plaza Real* los asnos de los vecinos:

—¿Y por donde han de pasar?—interrogó en confusion su merced.

—Por la calle del Tajo, en un momento á la balsa.

—Es mucho rodeo.

—Mas vale que rodeen los animales para ir al agua, que no que ocurra un azurdo que intercete y agüe la funcion.

—Sí, pero esas cosas son... no son de ley.

—¡Bueno fuera que quisieras tú enseñarme á mí lo que es ó no es de ley! Pero si el refran lo dice: El mayor mal de los males...

—¡Ea! ¡génio de pólvora! Si no lo dije por tanto; es que... ya sabes que la Pepa no quiso en otra ocasion...

—No era dia del Santo.

—No, ciertamente, pero... en fin y urtimamente, lo que diga la Pepa.

Bartolo apeló á su autoridad, y antes de un *paternoster,* estaba ya á sus órdenes el alguacil, á quien con voz magistral dió de palabra el bando, banda ó pregon siguiente:

«El alcalde de S. M. de esta villa (q. D. g.)

»Hace saber:

»Que en todo el dia de mañana, dia del Santo bendito, no pisarán la Plaza Real los asnos de los vecinos sopena de un ducado para el cepillo. Para el agua echarán por el Tajo á caer á la balsa bajo el rigor del ducado y demás censuras de mi vara para dicho cepillo.

»Quedan comprendidos en la misma categoría de los asnos, los puercos, bueyes y demás animales cuadrúpedos, inclusas las gallinas, que tambien estorban.

»Los animales que contravengan pagarán la misma multa sus dueños, sean ó no cuadrúpedos.»

El alguacil tomó de coro este exabrupto y fué por las calles pregonándolo con su voz aguardentosa, timbre de todos los alguaciles de residencia inferior; y yo, al ver sancionada la exclusion de todos los asnos de la plaza pública, desesperara de ver el paso de comedia que habia de hacer el señor Bartolo, á no contar con una excepcion siquiera.

Sentóse luego no muy distante de mí, y aunque no se dignara mirarme por de pronto, hice yo todo lo posible por entrometerme y trabamos al fin conversacion.

Hablamos primero y forzosamente de moral y religion no lo que estaba él á la altura de los Alpes, por no mentar aquí los cerros de Ubeda; despues de literatura, en lo que estaba al mismo nivel; luego de política, ramificacion de la misma cordillera, y últimamente de los usos y costumbres del pueblo.

—Extraño, señor Bartolo,—díjele con curiosidad,—no ver figurar en la comision activa de esta gran funcion, ni al médico, ni al secretario del concejo, ni al maestro de escuela, quienes por sus talentos y aptitudes parecen llamados á intervenir con lucimiento en estas solemnidades.

—¡Bah!—exclamó Bartolo con desden.—Muchos son los llamados y pocos los escogidos, como dice el refran.

No dijo mas, ni mas era menester decir para dejarlos á todos fuera de combate, digámoslo así.

Callé convencido y aplastado bajo el peso de su sentencia, que, con ser evangélica, él llamaba refran, y así permanecí buen espacio hasta que otro episodio vino á sacarme de mi abstraccion.

Pablo el alguacil, ó por no salir de carácter, el *alguacil Paulo,* condujo luego ante su merced á dos mujeres, una de las cuales habia ultrajado á la otra.

El alcalde, aunque ganadero y labrador, renunciara de buen grado á todas las lluvias del año porque si con una gota se aguara la funcion del Santo Roque, hubo de tomar tal pesadumbre, que sin consultar esta vez con la superioridad inmediata, dictó auto de prision contra la culpable; pero diciendo al paño á su compadre:

—Intercede tú conmigo para que no llegue la sangre al rio.

—Vamos, señor alcalde,—dijo el sacristan dándose por entendido.—¿Qué se diria de su merced si en vísperas del Santo bendito, dia de *gaudeamus* general hubiera en la cárcel un reo, y más una rea? *Reges per me reinan;* la vara en una mano y la caridad en otra, mayormente en estos dias, como dice el apóstol.

Y encarándose con la mujer ultrajada, añadió con toda esta gallardía:

—A ver, Maruja ¿qué te ha dicho esa loca?

—Me ha dicho que soy una gran...

—Pues díselo tú á ella, y... *Pax Christi.*

—Eso es,—dijo el alcalde autorizando el juicio.

Maruja le dijo á Rita, lo que Rita le habia dicho á Maruja, y fuéronse reconciliadas las grandísimas... puercas, quedándonos nosotros *in statu quo.*

Acto contínuo comparecieron ante su merced hasta unos diez á doce mozos en solicitud de vénia para salir de ronda, por ser noche de tañer y cantar en las puertas de sus novias; y aunque el auto de este otro juicio era de fórmula, no se atrevió el alcalde á dictarlo de su propia autoridad, contestando como siempre:

—Son cosas estas que pueden traer compromisos al Santo... es decir que pue-

den aguar la funcion, porque con el vinillo y los celos y celosías, las rondas suelen acabar como el rosario de la aurora... Pero en fin y urtimamente, lo que diga la *señá* Josefa.

La *señá* Josefa salió, no sin hacerse de rogar ó llamar hasta tres veces, segun su costumbre de decoro jurisdiccional, y en vista de autos, desestimó la instancia diciendo que *nones*, porque no le daba la real gana.

—La noche es para dormir y no para rondas nocturnas. Yo ya pasé, y la que no haya pasado que se fastidie, que yo no he de hacer capa para que otras se diviertan: con qué á dormir y mañana será otro dia; dia de rebocijo será, y así vayan lo uno por lo otro.

Dijo; y lanzando otro eructo por el decoro mismo, diónos la espalda con garbosa vuelta y desapareció por donde vino.

La alcaldesa pronunció en definitiva, y el alcalde, á guisa de alguacil, se dispuso ya á pasar á los mozos por autoridad de cosa juzgada. Pero los mozos, que tenian ya templada la guitarra, y mas aun el corazon para la amorosa ronda, se empeñaron conmigo, yo con el alcalde, el alcalde con el sacristan y el sacristan con la alcaldesa, la cual volvió otorgando su vénia, pero con estas precisas condiciones:

«No beber vino con aguardiente, sino lo uno ú lo otro de por sí solo, y en cantidad rigular, á efeuto de que no se suba el husmo al campanario y haiga cuistion de palos, y deligencias de justicia por lo consiguiente.

»No cantar cosa de copla malina ú deshonesta, ni mas cantares de amorío que los que diga el señor Bartolo.

»No hacer mas que una ronda á dos á lo mas, recogiéndose á la hora que Dios manda para estar espabilaos el dia de San Gaudiamos ú San Roque por mal nombre. Y decetra.»

Los mozos aceptaron con gran contentamiento hasta la última de las prescritas condiciones, y partieron con el señor Bartolo, quien aceptando tambien por su parte la que le atañia en la ronda, entró ante todo con ellos á inspirarse en una casa de la esquina, cuya puerta estaba adornada con un verde ramo, símbolo popular del...

Vino luego la hora de las ánimas, y tuvo lugar el artículo del programa con el repique general de la campana mayor y menor, pues siendo única, podia tener y tenia en efecto ambos tamaños, y con cohetes ó *codetes,* si mas finos los quereis.

Y era de ver entonces la animacion de todo el mundo, es decir, de todo el pueblo, pues pululando gente como hormigas, parte subieron á los terrados, parte bajaron á la plaza, y el resto ni subió ni bajó, sino que me estuve quedo en el sofá susodicho. Pero viéndome solo, me retiré de la calle y fuíme dentro á hacer otro ensayo de dormir.

Ya dormian todos sin duda allá á la media noche, y yo me daba á todos los diablos con dar vueltas y aun saltos en el potro de mi lecho.

Pasó otra hora mas, y no por falta de insectos, mas por sobra de cansancio, cerrando iba ya los ojos, cuando por mal de mis pecados me cayeron encima de la cabeza todos los tiestos de este cacharro, ó lo que sea esta copla:

Niña que te estás durmiéndote,
Abre y oye las orejas,
Me harás el favor de quererme
Y yo ante la faz de la iglesia.

Bien hubiera querido yo ¡ay de mí! llamar en auxilio al alcalde; pero recordé que hasta el dia siguiente no regia el bando ó pregon de marras, y estando por otra parte competentemente autorizado para sufrir todas las cosas que tiraran, tuve que sufrir la coz preinserta, exabrupto sin duda del Bartolo, númen inspirador de aquella malhadada ronda.

Y no bien me hube aliviado de tan rudo descalabro, cuando me descalabraron otra vez con esta otra cosa que tiraron:

Me lo dirás, si me quieres,
Y irás por el coro abajo,
Que para derechos de estola
No me hacen falta cuartos.

¡Ira de Dios!... El olor mas y mas parroquial de esta especie de segunda monicion me puso ante los insomnos ojos la desafeitada y fea fisonomía del desdichado sacristan, y en mi despecho hube de buscar á tientas algo que tirarle yo á él, y... solo encontré las pistolas.

Por fortuna, la *señá* Josefa, enojada por la infraccion de sus órdenes pues ya era mas que hora *rigular* de recogerse, abrió una de sus ventanas y echando afuera el busto y algo mas, magüer que en camisa estaba, lanzó primero un gran eructo como anunciando su airada y superior jurisdiccion.

—¡Paulo!—gritó despues roncamente á guisa de mujer acatarrada.

Y no quedó un alma en la calle: tal y tanto era el prestigio de su autoridad en aquel pueblo.

III

DONDE OIMOS MISA MAYOR CON SERMON, MÚSICA, EPISODIOS Y OTROS EXCESOS.

A las ocho de la mañana me despertó el repique general de la campana, no habiendo oido el *idem por idem* de las *Aves-Marías*, segundo artículo del programa, porque tras del insomnio de aquella noche de perros, me quedé dormido como un muerto.

Vestíme á la ligera, y despues de tomarme una jícara de almagra, que al fin pagué por chocolate, me fuí á la iglesia á oir la misa mayor, que como la campana, podia ser tambien menor.

El sacristan estaba en su puesto con su misma cara fea, pero no ya desafeitada: era este dia de barba y el sacristan se la hizo ó hizo hacer, como cada hijo de vecino.

Pero por mas que se exhibia grave y respetuoso, siempre era á mis ojos una explosion de risa, obligada á estar séria bajo una sotana tan mugrienta, estrecha y corta como la del dómine de Quevedo.

Comenzóse, pues, la misa, con *existencia* de todo el ayuntamiento, cuyos individuos, raidos como el sacristan, por lo afeitados, pero no tan foscos, si bien graves, sudarian hasta el quilo, abrigados como estaban en sendas cumplidas capas ni mas ni menos que por Navidades.

Y yo me desternillaba de risa, bien que la tuviera vedada, no de ver al sacristan, con su exterior sacro-profano, ni á los encapados en plena estacion estiva, ni la burda tapicería de las paredes, ni el forraje desparramado por el pavimento; sino de ver en primer término un como hereje volteriano, que con un desenfado irreverente y absurdo, templaba una bárbara ó bérbera guitarra en actitud y aptitud de romper el aire, amen de las cuerdas y el excomulgado instrumento.

—¿Qué diablos va á hacer ese judío?—pregunté á un adlátere.

—No es judío,—me contestó simplemente.

—¿Pues qué es?

—El maestro Lucas.

—Pero, ¿qué va á hacer el maestro Lucas en este sagrado recinto?

—A *solenizar* la misa acompañando al señor Bartolo. ¡Oh! Si no fuera por el maestro, no tendríamos música en la misa mayor los dias de fiesta. Es hombre muy hábil en punto de puntear la guitarra.

—Y en punto de rapar tambien. ¿No es el barbero del lugar?

—¡Barbero! ¡Barbero!... Aunque parece barbero, no es sino *cerujano*.

—¿*Cerujano* es?

—Y muy *lucho*.

—¡Hola!

—Solo con una navaja de afeitar hace él mas avío en siendo que sea punto y vez de rajar, que seis dotores *desaminados* con todas las *melecinas* de sus libros.

—Lo creo.

—Créalo usted, que es punto de fé.

—¿Usted tambien puntea?

—Un poco.

—Ya se conoce.

Con estas y las otras, quiero decir con la música y mi risa, llegó el sacristan á la epístola, y no bien la encabezó, tomando una por otra, cuando el padre cura, que como pastor de aquellas ovejas, tratábalas con la mayor franqueza, le advirtió el *quid pro quo* desde el altar, diciéndole:

—No es esa, no es esa.

—¡Ah!—exclamó sin correrse el sacristan.

Y pasando algunas hojas del misal, cantó ya con toda la seguridad y certeza de su ciencia diciendo:

Allí por *illi, Cid* por *sed, Muley* por *nunc ei, miqui* por *mihi, cojos* por *cujus, ajos* por *ejus, beati serviles* por *beati servi illi. Et sic de ceteris.*

No podia ser de otra manera. Díjome ponderando sus letras que habia estudiado ocho años de latin, y ocho años de latin son, en todas las aulas, cinco lo menos de calabazas.

Pasada la epístola y el evangelio, el padre cura, que no teniendo en su parroquia mas clero que el de su propia tonsura, tenia por ello necesidad de ser múltiple, dejó solo el altar y subió al púlpito, predicando oportunamente sobre la peste, de que era y es patrono San Roque, y le avivaba el ingrato recuerdo un olor acre, denso y general, aunque prohibido por irreverente.

Habló luego del juicio final pintando de almagra el cuadro, digámoslo así, para que no desdijera de los otros y cerró por fin su plática deseando la gloria á todos los que le escuchaban, con cuya condicion excluyó de ella al sacristan, que falto de sueño y de respeto tambien, aunque sin perder el equilibrio, se habia dormido en su banco y roncaba impíamente.

No, empero, fué menester que lo despertara nadie, como tan ducho por muy larga experiencia en graduar estos entreactos para no faltar á las oportunidades de su oficio; así, pues, apénas el preste hubo iniciado el credo, cuando saltó el oficiante con su voz *solene* siempre, aunque repullada ahora, sin esperar siquiera el preludio de la orquesta.

Y así, sin nada de particular, prosiguió el cura diciendo su misa, y el sacristan rompiendo su laringe y el barbero su guitarra y ambos á dos, y por respeto no á tres, los tímpanos del pobre forastero.

—¡Afuera ese párvulo! ¡Qué se corre esa vela! ¡Echar ese perro! ¡Cerrar esa puerta!...

Con toda esta franqueza solia amenizar Bartolo la funcion de iglesia, á vueltas de su canto mas bien montuoso que llano, ni mas ni menos que si estuviera en la plaza.

Y como si estuviera en su estrado, alguna autoridad solia decir tambien familiarmente:

—Paulo, desocupa ese banco... Daca esa estera. ¿Cobrastes aquello?

La voz de esta autoridad, aunque acatarrada, me pareció femenina. Sin embargo, no podia asegurarlo. Un signo característico y exclusivamente personal, signo ruidoso y atroz como un eructo de decoro jurisdiccional, vino á sacarme de dudas. Era la *señá* Josefa.

La funcion se prolongaba ya mucho con tanta solemnidad y la impaciencia se reflejaba en la enjuta y raida cara de Bartolo, quien sin duda hacia ya falta en otra de sus muchas incumbencias. No pudiendo abandonar el coro, hubo de cometer al maese Lucas algun desempeño urgente, pues hablándole al oido, se levantó de repente el cirujano con su guitarra, sin prima ya, ni segunda, ni tercera, desercion excusable, porque ya estaba casi consumado el sacrificio.

IV

DE COMO SE COMIERON Y BEBIERON EL 4.° ARTÍCULO DEL PROGRAMA, SIN ACORDARSE DE MÍ.

Llegó el mediodía y la gente convidada se agolpó como por resorte á la puerta del alcalde, con el buen fin de comerse el 4.° artículo del programa.

Pero ocurria una gran dificultad: los hombres acudieron con todas sus mujeres y sus hijos todos: y tantas y tantas eran que no cabian ni de pié en la gran cocina de la casa.

Aquí del sacristan: fecundo en expedientes como un escribano, dió solucion muy luego á aquel conflicto.

—¡Allá el refectorio!—dijo.

Y decirlo y estar ya la mesa en lo ancho del corral, obra fué de un *sursum corda*.

—¿Estamos aquí bien, compadre?—preguntó al alcalde esperando merecer sus plácemes.

—Yo, por mí,—contestó su merced,—donde está el pienso, allí cómo. Pero por los demás... En fin y urtimamente, lo que diga la Pepa.

La Pepa vino y dijo que sí, pues segun malas lenguas nunca decia que no á Bartolo, y mucho menos ahora que estaban la mesa y comensales en su lugar.

En virtud de su aprobacion y estando en punto ya el guisote, acomodáronse en el mas bello desórden hombres y mujeres, grandes y pequeños, alrededor de la mesa, que no era mas grande que un pesebre y comieron en comun ó sea en un mismo lebrillo con sabor de rechuparse los dedos, únicos tenedores que allí se manejaban.

La comida se componia de un cochifrito de no sé cuantos corderos por principio, con entremeses de rábanos, aceitunas y rabiosas guindillas, y por postres frutas del tiempo, mas una ensalada de vino con muchísimo caldo.

—Bartolomé,—decia la alcaldesa eructando ahora de ahita.—Bartolomé daca ese rábano.

¡Bartolomé! Hé aquí un nombre positivamente feo y aun antipático que tenia cierta belleza y aun atraccion en boca de la Pepa. No sé porque el *me* tenia algo de *mio*.

—Daca ese rábano.

—Toma un manojo,—contestó Bartolomé echándole en la falda una gabilla.

—Déjale esa magra á mi Rita,—decia por otra parte un comensal á otro.

—¡Bah!—contestaba éste—me tocó á mí y no la suelto.

—Porque me la has quitado.

—Mientes, mala lengua.

—Mira quien habla.

—Yo no le he dicho á nadie todavía.

—Pues yo sí le dije anoche á tu Maruja que era una gran...

—¿A qué te tiro?...

—¡Hé! A tirar coces á la... sala,—interrumpió Bartolo, como quiera que estaban en el corral.

Y añadió esta sentencia, que en otra parte hubiera podido ser un epígrama.

—Para nada hace mas falta la política que para comer.

En efecto, la *política* ha venido á ser un comestible.

Y siguió su curso el cochifrito y los rábanos y la ensalada y los eructos, coreados ya por una y otra banda.

¿Y el alcalde?

El bueno del alcalde, ante la autoridad absorvente y permanente de la *señá* Josefa, no tenia voz ni voto; pero buen apetito sí.

¿Y el padre cura?

Yo que veía los toros desde léjos desde un próximo postigo de mi posada, pues no era de los llamados ni menos de los escogidos, como alguno que me está oyendo, certifico y juro, si no es en vano, que no estaba en aquel lugar el padre cura: estaria tal vez en la cocina con su ama de gobierno.

Y corrobora mi sospecha, no solo el decoro de esta oportuna reserva, sino tambien el hecho de apartar la *señá* Josefa dos colmados platos de cada servicio, mas el caldo de ensalada correspondiente, que remitia adentro con esta fórmula.

—Paulo, pá el curto y clero.

Y por Dios que se alegraba el sacristan de la ausencia de su párroco, porque en su presencia no se hallaba á sus anchas el gran monago, viéndose á cada paso obligado á confesar, aunque no explícitamente, que su merced sabia mas teología que él.

Pero fuera del cura, á nadie ya cedia ventaja ni al mismo maestro Lucas con ser flebotómano y quirurgo sobre veterinario y rapista; cuanto menos al secreta-

rio y maestro de escuela, bípedos de pluma exclusivamente. Así, pues, renegaba, no sin razon, de Cervantes, que no tuvo ni un mal recuerdo para su clase, cuando tal y tanto se acordó de maese Nicolás, tan inferior á maese Lucas, como este al maestro y aun dotor Bartolo.

Desde el aviso aquel que, sobre comer políticamente diera á los comensales Bartolo, permanecieron ya todos tan silenciosos como si estuvieran *pensando;* y no ofreciendo esto pábulo á mi curiosidad, ni apuntes á mi cartera, me alejé, aunque no mucho, del postigo, dejando á los *pensadores* como atados á la mesa, que á mí me pareció pesebre.

De allí á espacio de una hora volví á mi observatorio, y ya estaba el sacristan solo, ó *solido,* como él decia, con mas literatura. Estando *solido,* claro es que continuaba *pensando.* Y tanto hubo de pensar, que aun en medio de la popular muchedumbre, continuó *solido* el resto de la tarde y toda la noche. Era animal de carga, es decir, de mucho pienso.

V

DE LO QUE PASA EN UN PASO DE COMEDIA TAN CHUSCO QUE NO HAY MAS QUE VER.

Despues del 4.° vino el 5.° artículo del programa, el cual no era ya comestible ni bebestible, como tampoco el 6.° que es... no cocear.

Todo el ayuntamiento encapado y con cirios procedia delante; todo el clero con el santo detrás; todo el sacristan con el santo y la limosna detrás y delante y á los lados. *Paulo* iba enmedio tirando cohetes; los muchachos tomaban las alturas tirando piedras, y el maestro Lucas rasguñaba impíamente su guitarra tirando torrentes de armonía por aquellos ámbitos.

Para que nada faltara á este conjunto, el sacristan múltiple en procesion como un maestre de campo en batalla, cantaba con su excomulgada voz al áspero son del bérbero instrumento:

—*In exitu Israel de Egipto, domus Jacob de populo barbaro.*

Sino que el gran prevaricador aplicándole sus ocho años de latin, leia gallardamente:

«Inés y tú Israel vé á Egipto; doma el jaco del populo barbaro.»

El párroco miraba al cielo con expresion de hacer esta plegaria:

—¡Señor, perdónale su literatura, pues no sabe lo que se pesca!

En el órden susodicho dió la procesion una vuelta por la calle Real, colgada con los tapices que habian servido ya en la iglesia, á donde volvió al cabo de dos horas, no porque la calle fuera larga, mas porque se detenia el Santo como á descansar á la puerta de todos los devotos que podian ó querian darle limosna.

Cuando desembarazados del Santo bendito, salieron del templo los procesionales, estaba ya la plaza hecha teatro: el sacristan la habia trasformado sin faltar á su sacristía. No fué un milagro de San Roque, sino del mismo Bartolo.

El teatro era un tablado de cuatro grandes mesas juntas por escenario, y otra mesa mas, á la espalda, con un cobertizo y cortinajes de esteras, á modo de pabellon, por vestuario. Como el escenario habia de verse por los tres lados restantes, no admitia cosa de decoracion y quedaba todo al aire libre.

Enfrente de esta especie de patíbulo se extendian en desimétricas séries: primero los bancos del ayuntamiento, que así servian para Dios como para el diablo, y detrás de ellos hasta un centenar de sillas, con un arca, que á modo de sofá, ocupaba la familia del maestro Lucas.

Muy luego se poblaron los asientos con un abigarramiento de público, ganoso de presenciar el gran espectáculo, que amen de gratis, iba á ser dirigido y aun ejecutado por el señor Bartolo, en quien todos reconocian casi tanta literatura como él se adjudicaba. Y en comezon de ver el paso de comedia en dos jornadas, hecho, sin copiar de ningun libro por el ingenio de la villa, hasta los viejos ya se impacientaban: no hay para que ponderar la comenzon de los mozos, ni menos la de las mozas, mas impacientes de suyo.

Sin duda hubo de conocerlo así la alcaldesa, quien ejerciendo jurisdiccion hasta en la iglesia y hasta el campanario que es cosa mas alta, mandó á un monaguillo que adelantara la hora, y las cinco sonaron á las cuatro y tres cuartos en un como cencerro ó tiesto del horario público.

A la vez, y como para anunciar á los espectadores que se iba á levantar el telon, dado que lo hubiera, tiraron escopetazos y cohetes y no sé cuántas cosas más.

Desojábame yo buscando por todas partes á los actores, y llegué á temer al fin, acordándome del bando ó pregon de marras, que huyendo de la *Plaza Real,* se fueran por el Tajo á caer á la balsa. Mas poco duró mi temor, pues no bien hubo estallado el último cohete, he aquí en escena á Bartolo, á Lucas y á la *señá* Josefa.

¡Válgales Dios por los aplausos que les tiraron! Mas parecian reos sobre el

cadalso que cómicos en su terreno, es decir en sus tablas: tal fué el garrulo y vocinglero guirigay de aquella impresionable *ignominia,* como se llama entre bastidores al paraíso perdido.

Y no habia modo ni ocasion de inaugurar el paso de comedia al son de aquella interminable y desentonada sinfonía, que con ser de honoríficos aplausos, no era sino un acabamiento de mundo.

Por fortuna, á la autoridad que sabe consolidar su prestigio bástale solo un gesto para sofocar un tumulto.

—A ver, Paulo,—gritó la alcaldesa avanzando hasta el proscenio.—¡Rómpele la calavera á uno ú á una bajo mi *responsibilidá.*

La calma se restableció súbitamente, sin que Pablo hiciera ninguna calaverada, bien que él no habia de ser el *responsible.*

Y comenzó el paso de comedia.

La primera dama ó sea la *señá* Josefa va á ser pronto mamá, segun las apariencias, harto y por demás abultadas; el primer galan, que es el alcalde; sintiendo como suyos los dolores de la parturienta, que es aquí tambien su fiel esposa, ha traido en su auxilio al primer cirujano, que no es otro que maese Lucas, y al primer Bartolo nada menos que con el santo óleo.

Como se vé, pues, el estado de la dama no puede ser mas interesante ni mas crítico.

Y para estar en situacion, segun las oportunas instrucciones del director escénico, *Doña Venustia,* como se llamaba en tablas la *señá* Josefa, se lamentaba con todo el poder de sus pulmones, que á decir verdad, no los tenia tísicos ni mucho menos, paseándose y sentándose alternativamente con las manos en los hipocondrios, á guisa de mujer que rabia.

Ya en peligro de muerte, el padre Bartolo la oye en confesion, que ella hace á veces echando por la boca sapos y culebras la muy pecadora; y despues la absuelve y la olea. El cirujano la asiste á su vez casi con todas las reglas y procedimientos del arte, dándole antes un vaso de *agua,* que por *ardiente* no puede apurar *Doña Venustia;* el esposo lloriquea haciendo reir hasta á los bancos, y la esposa da á luz por fin... un burrucho.

Ante tan fausto alumbramiento rompió el público en entusiastas vítores, parecidos á la algarada de una kábila. Y es que se le escapó el trampantojo, porque lo cierto era que Bartolo, no *Doña Venustia,* fué quien parió el burrucho, como quier que so capa lo llevara.

Sea de esto lo que fuera, Bartolo tomó luego en sus brazos al recien nacido y lo exhibió en presentacion solemne al respetable público, que de muy buena gana lo hubiera prohijado, á no estar ya en tan buenas manos.

La algarabía siguió como una marejada hasta otro gesto de la alcaldesa, que ya restablecida, mandó otra vez á *Paulo* descalabrar á uno ó á una bajo su *responsibilidá.*

A favor del nuevo y respetuoso silencio el actor del paso se adelantó hasta el proscenio y alzando su voz de trompeta dijo con toda la solemnidad de las circunstancias:

—Sepan ustedes, caballeros y caballeras, como se han pasado ya tres dias con sus noches desde la natividad del primogénito. Ahora empieza la segunda jornada para acristianarlo.

—¡Eso no! ¡No lo permito!—gritó á la sazon el párroco, que reservadamente veia la funcion desde el canal de la iglesia.

Y esto diciendo enderezó resueltamente hácia el teatro, repitiendo en son de santa ira:

—¡No, no lo permito! ¡De ningun modo autorizaré ese gran sacrilegio, ese herético bautizo, ese acristianamiento de Satanás!

—Se bautizará *sub conditionis,*—replicó el sacristan midiendo su teología con la del cura.

—Esa condicion no puede tener aplicacion cuando el sugeto es fenómeno de la naturaleza.

—Niego la mayor.

—¡Hombre de Dios! No niegue usted la evidencia.

—La niego, porque usted mismo bautizó, *sub conditionis,* no hace mucho tiempo un párvulo, hijo de quien no quiero mentar, el cual párvulo era fenomenal, puesto que tenia un rabico.

—No era rabico.

—Rabo ó cola, fenómeno era.

—Pero á lo menos no era burrucho.

—Era judío, que es peor.

—Era una criatura de Dios.

—Niego la consecuencia.

—Eso es negar la luz del dia.

—Esto es apretar el ergo.

—No disparate usted, hombre emparetado.

—Argumento al canto. Todo animal es criatura de Dios; es así que este burrucho...

—¡Anatema! ¡Anatema!

—Ergo, ergo... La razon no quiere fuerza. Ergo...

—¡No sea usted bárbaro!

—¡Bárbaro yo!—exclamó el ergotista abriendo en despecho los brazos y dejando caer el párvulo.

Sucedió un momento de angustiosa crísis; crísis tácita, pero preñada de rayos y truenos como una tempestad inminente.

Despues de una breve pausa, considerando incompatibles la ofensa y su ministerie el incomparable Bartolo hizo pública dimision de su cargo.

El ergo de este último argumento si que hizo fuerza al párroco; pero no debiendo permitir tamaño escándalo, persistió en sus piadosos abrenuncios.

Sin embargo, falto de autoridad para dominar la situacion, llamó en su auxilio al alcalde, diciéndole en grande apuro:

—Ruego á usted por el Santo bendito, tenga á bien preceptuar que no pase adelante el diabólico paso del burrucho, máxime cuando la accion tiene aquí su literario desenlace. Tambien quisiera, pero esto es secundario, que interpusiera usted su autoridad para que el señor Bartolo retire su dimision y no me deje solo en la parroquia.

—Peliagudo es el caso, padre cura,—contestó el alcalde estirándose el lábio inferior, en expresion de embarazo, mientras en grupo separado sostenia sus opiniones Bartolo, negando otra vez la mayor, la menor y la conclusion.—Sí, señor, muy peliagudo, porque los *espetadores* quieren mas burrucho, y el autor, como todos sabemos, es hombre de talento, y usted le ha dicho... que es un... bárbaro.

—Distingo, señor alcalde; yo no le he dicho que es, sino que no sea bárbaro, en lo cual reconozco ya su talento, si bien en ocasion próxima de barbaridad. No bautice en su paso á ese hijo de doña Venustia y de usted y no habrá en Bartolomé barbaridad ninguna.

—Padre cura, yo no entiendo de teología.

—Es lógica.

—¿*Lóngica* es?

—Rudimentaria.

—Entonces... tampoco la entiendo.

—¿Es decir que se sustrae usted á este otro paso de conciliacion?

—¡Yo!... ¿Qué quisiera yo, padre cura, sino que se acabaran en paz y honra del Santo patrono todos los pasos? Pero él tiene su génio... ella el suyo... yo el mio... y usted, padre cura, tiene siempre el *guisopo* en una mano y las *anastemas* en otra.

—Es mi deber de pastor.

—Sí, pero las ovejas son ovejas, y los carneros... carneros. Quiero decir, padre cura, que yo... no digo nada: entiéndase usted con la Pepa y á ver si arreglamos esto.

El párroco que como director de conciencia de la Pepa la conocia á fondo con sus vicios y virtudes, ejercitó este recurso y fué á poner tambien su causa en manos de la alcaldesa.

Esta que estaba ya cansada de farsa, no solo por lo trabajoso del parto, sino tambien por sus preparativos en medio de tanta funcion de paz y de guerra, defirió sin resistencia á la solicitud del párroco, proveyendo en su virtud que teniendo que convalecer de aquel trabajo, quedara en él el desenlace del paso, y que Bartolo (me) siguiera siendo... lo que era.

Proveyó además que *Paulo* cargara con el burrucho y lo llevara á su casa, á á donde ella tambien se restituyó, enjugándose la sudor con el canto de la mantilla.

El sacristan estuvo á lo mandado, porque era ya auto de la Pepa y se retiró por otra parte con maese Lucas, á quien probó con argumentos de tres *aes* que en punto de teología sabia mas que Melchor Cano, así como en latinidad podia dar quince y raya al mismo Antonio de Nebrija.

Y el bueno del cura, satisfecho de tan favorable desenlace, tomó un polvo y volvió á su canal con la misma resolucion de cortar por lo sano los malos pasos de Bartolo, hombre en quien, como dijo al alcalde, reconocia el mas claro talento en ocasion próxima de barbaridad. El párroco habia sido en sus verdes años sopista de la tuna y aun revelaba en su donaire los primeros pasos de su carrera. No tenia mucho de Salomon, pero lo era al lado de Bartolo, que tenia hasta las orejas del hijo de *Doña Venustia*.

Mucho sintieron los espectadores un contratiempo que vino á amargarles el mas sabroso y regalado plato de la fiesta, el plato del burrucho; tanto que se hubieran levantado en son de guerra ó motin á un ¡sus! de Bartolo ó á un bélico eructo de la Pepa. Pero nadie los levantó y permanecieron sentados.

Pasado el momento crítico no los hubiera levantado ni la peste de San Roque; pues siendo ya la hora de la *subasta y danza* del Santo bendito, muy luego olvidaron aquello para acordarse de esto.

Y hé aquí el último artículo del programa, que con vuestro beneplácito dejaremos para capítulo aparte.

VI

DE LA SUBASTA Y DANZA DEL SANTO BENDITO.

Dado por concluido el paso de comedia allí donde lo cortara la censura eclesiástica, se armó tal baraunda en la plaza, que no parecia sino que, amen del paso, se habia acabado tambien el pueblo: las sillas, los bancos, las mesas, los hombres, las mujeres, los muchachos, todo rodaba allí envuelto, revuelto en un gatuperio de mil diablos.

Yo, por mí, quise acogerme á lo inmune para ponerme en cobro, y enderecé á la iglesia, madre de todos los pecadores, cuya entrada se abria sobre una escalinata de hasta cinco gradas de aljezon y laja. No sé si por curiosidad ó por recelo volví la cabeza al campo de Agramante al verme en la última escalera, y como por encanto habia ya desaparecido todo, es decir, no habia desaparecido nada, pero afectaba distinta forma el conjunto. Colocadas circularmente las sillas, inclusa el arca del maestro Lucas, el teatro se habia trasformado en circo, quedando en la arena Bartolo, armado de sus utensilios y dominando la situación con sus acertadas disposiciones.

Sentados ya todos y en silencio, no sin que *Paulo* sacudiera dos ó tres veces sobre uno ó una la *responsilibilidá* de la alcaldesa, desembrazó el invicto Bartolo una pequeña mesa que traia, y cubriéndola con un paño negro, ribeteado con cinta amarilla y recamado profusamente con gotazos de blanca cera, puso encima una alcancia ó cepillo de cuestacion, capaz de tres celemines de cebada con la correspondiente paja.

Era la tal urna una preciosidad artística, debida sin duda al mismísimo Bartolo, maestro de artes tambien, que en sus ratos de ocio solia hacer estas y otras preciosidades. Estaba pintada con sangre de mora, pulimentada con goma de ciruelo y claveteada con tachones dorados, que no eran dorados ni tachones, pero relucian sobre la mora. No cumplia nada menos al decoro de la cofradía; si bien

para mi gusto el principal adorno de esta preciosa obra estaba en sus literaturas.

En efecto, sobre una especie de medallon, círculo ó circunloquio que habia quedado sin pintar y tenia por consiguiente el mismo color de la tabla, leíase este rótulo de tinta negra:

COFRE DIA DELO SER MANOS DE SAN ROCE.

Despues, y á modo de greca abrazaba los cuatro lados este otro lema:

Piad osa limosna—para cultivar al Santo—mil agrosoy bend ito—Vartolo mey Corneja, mayor domo.

Creemos que el lector será tambien de nuestro gusto.

Mientras Bartolo *mey Corneja* preparaba sus trebejos y disfraz de pastor, pisó la arena del circo el otro atleta, no menos invicto y fué á sentarse al arca de su pertenencia en medio de su amable familia, y asiendo por tercera vez su excomulgada guitarra, templó, punteó y quedó luego en silencio, mirando subordinadamente á su compadre como si quisiera decirle.

—Espero sus órdenes.

Así las cosas, tomó Bartolo su cayado, miró en torno de sí con cierto aire de superioridad incontestable y avanzó hasta el centro del redondel permitiéndose, con aplauso de los circunstantes, todas las libertades ó desahogos naturales de quien estuviera en su propio corral.

Al mismo tiempo saltó la valla un mozo y se fué derecho á él.

—Dios guarde á usted ganadero.

—Y á usted tambien, marchante.

—Venia de trato.

—A la hora de Dios.

—Y haremos negocio, si usted quiere.

—Yo siempre estoy queriendo.

—¿Tiene usted buenas cabras?

—Como terneras; cabras de vientre y de ubre: menos de tres chotos no parirá ninguna de ellas.

—¿Y á como se llaman?

—A cincuenta vendí ayer á un marchante cien cabezas; pero hoy no venderé ni una cola un real menos de cincuenta y cuatro.

—Y esa peseta de más...

—Es la del Santo.

—Pero cargando con todas las cabras,

—En ese caso, haré por mí alguna rebaja y allá se entienda él con el sacristan.

El público celebró el chiste con grandes risotadas, y continuó el juego.

—Ea, pues vamos á verlas,—repuso el marchante.

—Vamos allá.

—En esto entró otro marchante y otro y otro hasta que entraron por fin todos los mozos bailarines, haciendo sucesivamente igual ó parecido ajuste.

El resultado fué que cada uno queria todas las cabras para sí alegando sus razones, que sometieron con chillona algarabía á la buena conciencia del pastor.

Bartolo, que siempre estaba en carácter, los dejó á todos iguales resolviendo el litigio... en favor del ganadero.

—Yo por mí,—dijo resueltamente,—no me caso con nadie sino con mis intereses; porque, como dijo el otro, primero el oro y despues el decoro; y quien tiene mas doblones, mas razon tiene ó razones.

—Pues ea,—contestaron los marchantes dando por buena la mala sentencia del juez de paz;—comience usted á sacar cabras, que por falta de dinero no ha de quedar ninguna en el corral.

—Pues sean del mejor postor,—repuso Bartolo,—y á quien Dios se las dé San Roque se las bendiga.

Y enderezando hácia el ruedo en que estaban ya juntas todas las muchachas núbiles, enganchó del cuello en su cayado á la que le pareció mejor y la trajo y puso en medio de los marchantes.

Los marchantes la reconocieron á su sabor y con intencion mas picaresca de lo que era de esperar, sin que la cabra rehuyera ni mucho menos y sin que nadie protestara, reconociendo todos el derecho de los que pagando no querian recibir gato por liebre; y hecho el reconocimiento pidieron el precio.

—Cincuenta reales,—contestó el cabrero.

—Cincuenta y cuartillo doy yo.

—Yo cincuenta y medio.

—¿Hay quien dé mas?

—Cincuenta y tres cuartillos.

—Cincuenta y uno.

—¿Hay quien dé mas?

Los postores se aguantaron no gustándolos mucho aquella cabra.

—¿No hay quien dé mas?—interrogó otra vez el ganadero ponderando el

vientre y ubres del animal.—¡Cincuenta y uno! ¡Qué se va á rematar! ¡A la una!... ¡A las dos!... ¡A las tres!... Amigo mio de usted es la cabra. Venga el dinero y San Roque se la bendiga.

Y mirando al maestro Lucas, rompió toda la guitarra, como si dijéramos, toda la orquesta, y apartáronse los marchantes quedando solo en el baile el mejor postor y su cabra.

Al mismo tiempo caian los ocho cuartos y medio en el cepillo de la *Cofre dia delo ser manos de San Roce, para cultivar al Santo mil agrosoy bend ito, Bartolo mey Corneja, mayor domo*; no los cincuenta del precio de tasacion, porque esto era una ficcion poética para dar verosimilitud á este segundo paso.

Despues de esta que llamaban impíamente *danza del Santo bendito,* venia otra subasta ó remate, y otra luego, y luego otra, hasta que bailaban todas las cabras, que merecian ciertamente los elogios del pastor, á lo menos en cuanto á vientre y ubres, pues hubo alguna que valió nada menos que treinta cuartos sobre los cincuenta reales de la ficcion poética: verdad es tambien que hubo otra que no valió mas que un cuartillo.

Las cabras que cada postor iba comprando, quedaban despues de la danza del Santo bendito, separadas del rebaño, formando una punta aparte. Concluida la subasta, cada cual llevaba á pacer las suyas á un inmediato puesto de garbanzos tostados, revueltos con pasas, volviendo luego á bailar otra vez, pero ya sin *Cofre dia,* es decir, sin cultivo, mas claro aun, sin Bartolo.

El maestro Lucas, que habia hecho el curioso descubrimiento de conservar las cuerdas de su guitarra con unturas de aguardiente, solia pedir de vez en cuando media azumbre para remojar la prima, que le servian con mucho gusto las cabras.

VII

DE UNA DESPEDIDA CURIOSA, AUNQUE BASTANTE SUCIA.

La tarde se iba ya, y yo tenia que aprovechar las horas frescas para proseguir mi viaje, mayormente cuando habiéndose desarrollado felizmente en todas sus soluciones el celebérrimo programa, habia ya visto y oido todas las cosas que tiraron, para lo cual estaba completamente autorizado.

Fuíme, pues, á mi posada, teniendo en el tránsito la honra de saludar á la

sinpar alcaldesa, que sentada en el portal de su casa se limpiaba las narices sonándose sin cosa de pañuelo, ó como si dijéramos con el de cinco puntas

Cuando salia de la posada, cabalgando ya, estaba su merced (¡Dios la perdone!) reparando con una gran tajada del sobrante cochifrito, sus fuerzas debilitadas por el trabajo de marras.

—Salud, *señá* Josefa,—le dije en despedida.

—¡Cómo! ¡Tan pronto!—me contestó levantándose.

Y con gentil desenfado asió las bridas del caballo con resolucion de hacer la última *alcaldesada*.

—Vine solamente á descansar de mi viaje, y logrado ya mi objeto, mas una diversion con que no contaba, tengo que continuar sin mas demora.

—¿Qué le ha parecido á usted la funcion del Santo.

—De muchísimo gusto, especialmente el paso de comedia en que ha hecho usted un papel tan principal.

—Doña Venustia,—dijo la alcaldesa con cierto orgullo.

—¡Lástima que no hayan podido ustedes acabar el paso con el bautizo del fruto de sus amores.

—¿Qué quiere usted señor caballero? Se *interpusio* el padre cura con su *escrupul* de *concencia*, y no creí *oprontuno* reñir el *plúbico* con la *autoridá clesiástica*, aunque si *habiéramos dao* la batalla, la *autoridá ceril* es mas fuerte y *habiera* sido yo trunfo. Pero, ¿qué quiere usted? es *melester* mirar *pa* arriba y *pa* abajo y dar á Dios lo que es de Dios y al *Cersa* lo que es del *Cersa*, como dice el *Catacismo*.

—Es verdad.

—Pero ahora que recuerdo,—añadió con extrañeza,—¿cómo es, señor caballero, que no se ha *dinado* usted *existir* al convite?

—Y, ¿cómo es que no se ha dignado usted convidarme?

—Eso es mentira, caballero, porque yo sé tambien de puntos y comas de *pulítica*, cuando es melester, y se lo encargué á Bartolo.

—Entonces fué Bartolo quien no se dignó convidarme.

—¡Qué caramba de olvido!

Y la alcaldesa lo echó macho, es decir, *carambo*.

Y añadió con amable desenfado:

—¿Y por que no se metió usted en corro sin *repurgos?* Yo con tanto tragin, ni me acordé mas del santo de su nombre. Pero, ¿qué remedio? lo roto es lo que

se remienda: tome usted esta tajada y así no podrá decir que se va sin catar á *San Gaudiamos,* como dice Bartolomé.

Y la empecatada me ofreció en sus mondos dedos el mas de una vez mordido cochifrito.

—Gracias, alcaldesa,—le contesté repetidamente, recordando con náuseas el pañuelo de sus narices.

—¡Qué gracias ni que berenjenas!—repuso ella insistiendo.—Las gracias se dan despues de comer.

—Es que le agradezco á usted su fineza lo mismo que si me la comiera.

—Es que no quiero yo que se vaya usted sin comérsela.

La grandísima puerca queria hacerme tragar á la fuerza el vomitivo.

—Señora, por el Santo bendito,—le supliqué con angustia,—tenga usted la caridad de no insistir, porque...

—¿Por qué?

—Porque no me es posible complacerla.

—¿Me va usted á dejar fea?

—Nada de eso; yo no puedo dejarla sino como es.

—A otro perro con ese hueso.

—Eso digo yo.

—Le *paezo* á usted hermosa.

—Sin duda.

—Pues entonces muerda usted.

Y la maldita empinó mas la tajada.

—Señora, acabo de comer ahora mismo.

—Mentira; sé yo cuando comió usted, y debe ya tener hambre. Vamos, un bocado no mas: tengo las manos limpias.

—Me consta.

—Entonces, *majaero,* no se haga usted de rogar tanto.

Y tanto insistió aquella excomulgada, que tuve al fin que morder la tajada del cochifrito, bien que no lo tragara, pues lo retuve en la boca hasta doblar galopando la inmediata esquina, donde le eché fuera con todas las vísceras del cuerpo.

Y sin detenerme ya mas, seguí escapado hasta ponerme fuera de alcance de su omnímoda jurisdiccion, dando á todos los diablos á la *señá* Josefa, al alcalde, al alguacil, al maestro Lucas y al sacristan. Amen.

EL LIBRERO DE VIEJO.

POR D. ADOLFO R. DE GÓNGORA.

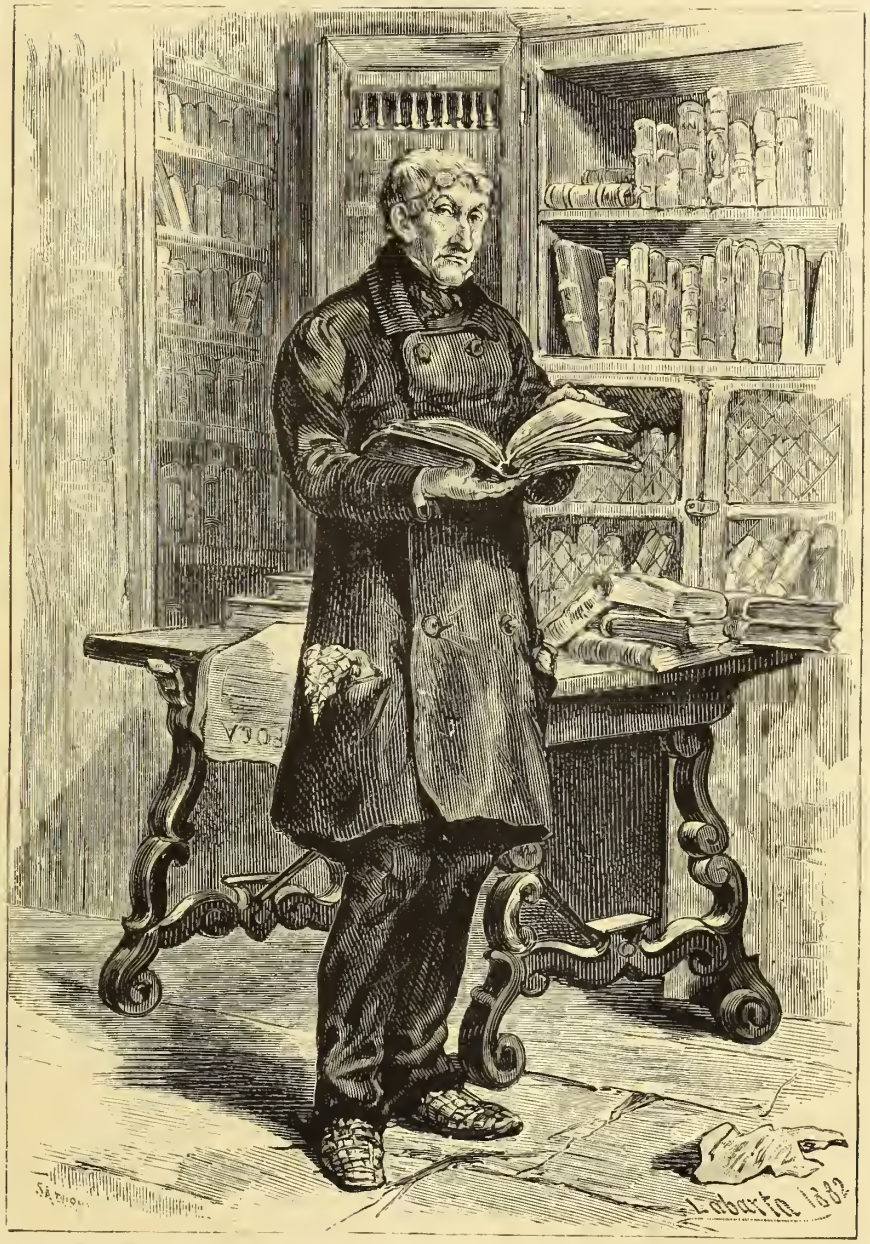
I

El librero es un industrial que puede dividirse en tres, bien que algunos autores quisieran dividirlo en cuatro, ó mas francamente en cuartos; pero en el órden dialéctico que nos proponemos seguir en este artículo, no queremos partirlo mas que en dos: el librero de nuevo y el de viejo.

Y ved que paradoja: todo en su género, vale mas nuevo que viejo, y es racional que así sea. Pues con los libreros sucede al revés: el viejo vale mas que el nuevo.

Aunque, si el librero de nuevo está en libertad de tener la edad que quiera, el librero de viejo es viejo necesariamente; cuando llega á tomar carácter, cuando puede ya hombrear con los mas flamantes, bien que conservando siempre, como una tradicion honrosa, digámoslo así, su antigua personalidad.

El librero de nuevo es un comerciante como cualquiera otro: adquiere ó fabrica el género en condiciones económicas, y lo vende cargando lícitamente el


L. Doart fe. 1882

precio de coste con el legítimo interés del capital. Tiene, como todos los que comercian honradamente, cincuenta probabilidades de hacer fortuna contra otras cincuenta de no hacerla, y entretanto vive en un justo equilibrio de bienestar que es la dichosa medianía de los que, sin ser ricos ni pobres, están simplemente acomodados.

Pero es un tipo comun, ordinario, hasta vulgar.

No así el librero de viejo. Este arrastrado industrial, este curioso tipo fiero, sórdido, buscon, pobre, como un mendigo; calculador, como un banquero; avaro, como un judío; es el arquetipo del gremio, y sino fuera absurda, imposible, hasta inmoral una fulguracion de sombras, seria tambien el génio de la librería.

No es génio, pero es el verdadero alquimista, el hombre ó busto de la piedra filosofal.

El librero de viejo no adquiere ni fabrica el género; pero tiene noventa y nueve probabilidades, con noventa y nueve céntimos mas, de enriquecerse, y se enriquece al fin infaliblemente, segun se infiere de un cálculo que solo deja un céntimo de azar, si bien sigue siendo pobre, despues de haberse enriquecido.

No fabrica el género, porque lo compra; ni lo adquiere porque no lo compra.

Esto parece oscuro y no puede estar mas claro.

En efecto, no lo compra porque no lo paga; lo paga, sí, pero con lesion enorme, enormísima, colosal.

De manera que podria yo, por ejemplo, reclamar todos mis libros al amparo del derecho, como sino los hubiera comprado quien los compró, por menos de la centésima parte de su justo precio.

Y este es el librero de viejo; tipo que vamos á describir prescindiendo del otro, que no tiene carácter, ó desaparece ante los salientes rasgos de esta gran caricatura.

II

El librero de viejo, como quien no hace la cosa, se establece primero en un portal; luego entra más, y despues va subiendo hasta tomar toda la casa, habiendo ascendido por riguroso escalafon todas estas categorías: sub-portero, portero, almacenista, inquilino del entresuelo, señor del principal, propietario de la casa.

El librero de viejo parece en su puesto un haragan, y es hombre diligentísimo; parece corto y no es sino muy largo; hombre de conciencia no parece, por mas que el muy pecador diga que es justo cada y cuando ajusta... ó ajusticia.

Lo que si hace muy bien es tomar el justo medio, puesto que á todo ha de atender, fundiendo en una aptitud especial su actividad y su indolencia para esperar sin perjuicio de la busca, para buscar sin perjuicio de la espera.

Apénas sabe leer y escribir; pero sabe todo lo que necesita, ni una letra mas ni una letra menos. Sabe leer los títulos de los libros, como si dijéramos, las etiquetas de sus géneros, y sabe escribir sin cosa de ortografía, repulgo que estorba para llevar las cuentas, especialmente cuando se llevan por partida sencilla, partida que hace á todo, así á los libros como á las libras.

Lee tambien periódicos, pero no los del dia, sino los del anterior, pues no está suscrito á ninguno; está suscrito, sí, pero no en la administracion, sino en el café, donde le salen casi gratis.

III

No siempre encuentra el librero de viejo la sustancia que busca en los diarios, principalmente en *La Correspondencia* y algun otro avisador ó noticiero; pero con que la encuentre un par de veces al año, va el negocio viento en popa.

Cuando encuentra el suspirado anuncio ó aviso, ó la mas ligera noticia que pueda ponerlo en camino recto ó tortuoso, de su objeto, se regocija con íntima fruicion, tan íntima, que ni aun asoma al exterior. Y con esta calma, ó lo que sea esta disposicion mercantilesca, toma nota sin ortografía, que no le hace maldita la falta y piensa, no en la mala excepcion de la palabra; piensa no piensa.

Pero ¿qué noticias son esas que tanto regocijan al buscon?

No pueden ser noticias mas tristes: la muerte de algun catedrático, ó abogado, ó literato, ó párroco, ó erudito, ó siquiera poeta, un hombre en fin, de carrera, de letras, de libros, de librería.

Ya veis como esto lleva camino, y en breve habeis de ver como el negocio es seguro.

En efecto, en cualquier parte del mundo civilizado, un hombre de letras, deja ya á sus hijos por herencia no ya solo todo el pan que necesitan, sino tambien la casa en que viven, amen del indispensable *chalet* ó casa de recreo.

En España ¡ay! en esta amada y pícara España, basta tener letras para estar incapacitado de tener más.

Así es que al morir el hombre de carrera, no puede, mal que le pese, dejar á la familia mas que lo que tiene: lo que tiene no es una casa ni un *chalet,* ni siquiera pan; es su librería, mala ó buena.

El librero no ha menester mas que dar un vistazo á la librería del difunto para calcular sus volúmenes, cien mas, cien menos, puesto que no ha de pagarlos por su número ó cantidad, sino por su calidad; y siendo esta mala desde luego, sabe muy bien lo que puede dar por ellos en monton, y lo que ganar puede, revendiéndolos al por menor y con todos los quilates de buena calidad que les quita para comprarlos.

Con todo eso, piensa detenidamente, repasando datos para no soltar prenda de que pueda arrepentirse. Su pensamiento es un cálculo, y el cálculo se le presenta siempre en esta fórmula aritmética:

Quien compra 4.000 duros por 200, gana 3.800.

—Es buen negocio,—dice con fruicion en sus adentros,—puedo dar hasta trescientos.

Y dirigiéndose ya á la víctima, sola y desamparada, abre las negociaciones, diciéndole con tortuosa y pérfida sagacidad, despues de tomar el sombrero:

—Pues, señora, usted dispense por la molestia; pero no es esto lo que me habian dicho. Me aseguraron que era esta una biblioteca selecta y veo que libros como estos están tirados en nuestros baratillos.

—Mi marido era un hombre muy competente en la materia y solo obras selectas adquiria.

—Pero muy antiguas.

—¡Pero, por Dios!—exclama anhelosa la víctima;—no se vaya usted sin ofrecer.

—Señora,—contesta el librero con fria indiferencia,—en todo caso, á usted tocaria antes pedir.

La desconsolada viuda cruza los brazos sobre el pecho, exhala un profundo suspiro y dice mirando al cielo:

—¡Si supiera usted las privaciones que se imponia el difunto, que en paz descanse, para adquirir estos libros que al fin tan poco valen! ¡Si supiera usted, como, falta de recursos, no puedo atender ya á la educacion de mis hijos! ¡Si supiera usted, que, consumidos nuestros escasos ahorros en la enfermedad de mi esposo, vendrá muy pronto el dia en que nos falte hasta el pan!...

La pobre viuda se acongoja y acaba entre sollozos el concepto reducido á una salvedad para pedir mucho.

El avaro se encoge de hombros y permanece indiferente y frio.

Despues de una pausa tan larga como solemne, dice el librero rompiéndola.

—Usted dirá...

—Siquiera la mitad de lo que costó,—dice la viuda.

—¿Y cuánto costó?

—¡Mucho! Mucho costó, segun las privaciones que ocasionaron; pero pongamos solo dos mil duros.

El librero se echa á reir y la viuda á llorar.

Despues de otra pausa, breve ahora, dice resueltamente el librero:

—No me conviene el negocio, y solo ya por compasion voy á ofrecer. Cuatro mil reales á granel.

—Pero eso no es justo. Dé usted siquiera diez,—dice la infeliz al ver que se va.

—Cuatro.

—Siquiera ocho.

—Cuatro.

—Seis siquiera.

—Cinco, y no hablemos mas.

—En hora buena.

Y se cierra el trato.

Y se consuma el sacrificio, sin hablar una palabra mas, en un silencio aterrador.

Y el librero de viejo se lleva dos mil volúmenes nuevos y selectos, en silencio y entre sombras, como si fuera un ladron.

Si la viuda lo hubiera dejado partir sin aceptar, el librero le hubiera enviado sucesivamente tres íntimos á comprar como por cuenta de ellos, no de él: uno ofreciendo cincuenta duros menos, otro los doscientos cincuenta y el último cincuenta mas.

El procedimiento es eficacísimo, y rara vez se escapa la víctima.

IV

Los demás negocios del librero de viejo son de menos cuantía, porque son de menudeo; pero como muchos pocos, ya no hacen poco, sino mucho, y todas las operaciones de la casa, grandes ó pequeñas, están en la lesion ó proporcion de

lucro, viene á resultar al fin del año un negocio, que si fué múltiple, está sumado ya en cantidad homogénea representando una ganancia enormísima.

Es, verbigracia, un estudiante rico, pero no está en fondos hoy, aunque le sobren mañana, como quiera que está esperando letra á su órden y á la vista.

Tiene este el compromiso de honor de gastarse aquella noche un duro, que no tiene, y el mismo honor del compromiso, lo obliga á llevar sus libros de texto al trapero.

Sus libros valen muy bien cuatro duros; sino que la codicia del trapero no da por ellos mas que cuatro pesetas.

—Pero, hombre de Dios,—le dice el indignado estudiante con el tono de quien le dijera hombre del diablo.—¿Cómo he de aceptar cuatro pesetas, si necesito cuando menos cinco para salir de un compromiso de honor?

—Y, á mí que me cuenta usted.

—Con que, ¡no hay remedio!

—Remedio tiene todo, eche usted en la balanza mas libros y...

—No me queda mas que uno, muy bueno, eso sí; pero lo necesito para el repaso, si he de entrar en exámenes.

—Vuelva usted por ellos, cuando cobre algun dinero.

—En buen hora.

El estudiante va y toma echando en la balanza del trapero el libro que le quedaba, y recibiendo las cinco pesetas del ajuste.

Ahora es un buen estudiante: es pobre, pero sin ciertos compromisos que podríamos llamar voluntarios, porque ciertos compromisos, como las letras de cambio, no deben aceptarse sin fondos del librador, ha podido ahorrar hasta un duro, que lleva durmiendo en el bolsillo.

Pasa por delante de escaparates lujusos y no los mira; por delante las fondas y no entra, por delante del estanco nacional y se tapa las narices, no sabemos si por ódio al tabaco ó por temor al veneno.

Llega á un baratillo de libros y se pára.

Mira y hojea algunos libros y pregunta:

—¿Cuánto vale éste?

—Veinticuatro reales.

—¡Qué escándalo!

—Es de texto.

—No puedo comprarlo á ese precio.

—Pues, ¿cuánto daria usted por él?

—Cuatro pesetas.

—Lléveselo usted.

Hé aquí un negocio pequeño, y sin embargo, trae al cuervo comun nada menos que el 300 por 100 de utilidad á la semana.

V

Preséntase ahora un personaje estropeado como un cesante, pero digno como si hubiera cesado de mandar una provincia.

Llama aparte al librero, como con rubor de ser ya tan desdichado, y le susurra al oido.

A cierta distancia, no sino parece que solloza, conmovido por una grande pena.

¿Qué mas pena ya en el mundo, que perder una hija sin tener con que darle sepultura?

Para esta gran necesidad que revela á este enemigo del alma para que no desestime el recurso, pídele una cantidad, y ofrece en venta una Biblia, las Partidas, y una Historia Universal de Cantú.

El librero oculta su contento bajo el velo impenetrable de una seriedad estereotipada.

—Para eso estoy aquí,—dice al fin;—pero no puedo hacer cosa de ajuste antes de ver el género, ni menos anticipar un céntimo de real. Uno es compadecerse, y otro arriesgarse á... En fin, traígase los libros, porque yo no puedo abandonar el puesto por tan poco, los veremos y mal ha de ser que no nos entendamos con buena voluntad por ambas partes.

El buen señor hace hasta tres viajes y trae por sí mismo los libros con fuerza de espíritu, mas bien que de materia..

—Y bien,—pregunta el librero entrando en trato.—¿Cuánto quiere usted por estos librotes?

—Necesito,—contesta con angustiosa impaciencia el desdichado padre,—necesito veinte ó treinta duros.

—Mucho dinero es ese.

—¿Qué menos para el entierro, el médico y el luto?

—No haremos nada.

—¡Cómo!—exclama el infeliz padre con supremo acento:—es preciso que hagamos y pronto: me está esperando mi hija muerta.

—Yo no me precipito en los negocios, señor mio, y mucho menos cuando no me gustan.

—Pues, ¿qué le gustaria á usted darme?

—Me gustaria darle... lo justo... media onza.

Críspase el buen señor como si fuera á lanzarse sobre él; pero se reprime casi simultáneamente y cae desplomado en un banco, hundiendo la frente entre las manos.

El librero lo da ya por rendido, mas por si no lo está del todo, le da el último golpe, que es de sagacidad, recordándole la fatiga de otros tres viajes.

—Nada se ha perdido,—dice con cierto aire de ingenuidad;—no nos hemos entendido porque á mí no me gusta su precio, ni á usted el mio. Pues se lleva usted sus libros y... en paz. Pero si mejor pensado—añadió con peor intencion, —se aviene usted y quiere la media onza... aquí la tiene usted y en oro de ley.

El padre á quien esperaba la hija muerta, se levanta resueltamente, toma la media onza, y acercándose al oido del mercachifle le dice algo breve, acerado, incisivo, como un ultraje, y se va.

Pero el mercachifle no se ofende por tan poca cosa.

VI

Y todavía hace este sastre ropa mas ajustada á la medida: claro es que ha de subir el coste de las hechuras.

Preséntase en el puesto un quidam receloso: saca sin desembozarse un infolio, y sin hablar palabra se lo ofrece al traficante, quien desde luego lo mira de reojo.

—¿Cuánto quiere usted por este librote?—le pregunta, despues de haberlo hojeado á la ligera.

—Quinientos reales,—contesta el otro sordamente.

—¿No mas?—dice el librero con chiste, que no parece suyo.

—Es un libro raro.

El librero se fija ahora en la anteportada, y dice luego mirando al supuesto propietario:

—Me parece que este libro no es... bien adquirido.

El otro se desconcierta y balbucea algunas palabras, que lo dejan mas en descubierto.

—Dígolo,—continúa diciendo el buscon,—porque hay aquí un sello mal raspado y... lo dicho este libro es robado. A la cárcel irá usted. A ver un municipal.

El quidam pone piés en polvorosa y deja abandonado el libro raro en manos del librero, que se guarda mucho de perseguir al ladron, porque no le tiene cuenta. Si diera este escándalo, intervendria la autoridad y echaria mano antes que al ladron, al cuerpo del delito, viniendo á ser él así, el perro del hortelano.

Lo que hace es arrancar totalmente la anteportada del libro, dejándolo ya así en disposicion de que lo compren sin cosa de escrúpulo.

VII

En resúmen.

El buscon de libros es un industrial que compra siempre por viejo y malo, y siempre vende por nuevo y bueno, siendo el mismísimo género de ilícito comercio.

Vende tambien género malo y viejo positivamente, cuando verdaderamente es malo y viejo en su orígen.

Pero viene á salirle la misma cuenta, por cuanto, si vende este género á cuatro reales libra ó libro, por ejemplo, no le cuesta á él un céntimo mas de cuatro cuartos.

Y todavía, puede vender y vende efectivamente á menos precio el libro, cuando no le cuesta á maldito el céntimo á él.

¿Los hurta?

Nada de eso: viénenle á las manos, como en las grandes sumas de enteros los quebrados, siguiendo el monton. ¿Qué estimacion tienen los céntimos que siguen á una partida de miles de duros? Esto sin contar los libros raros.

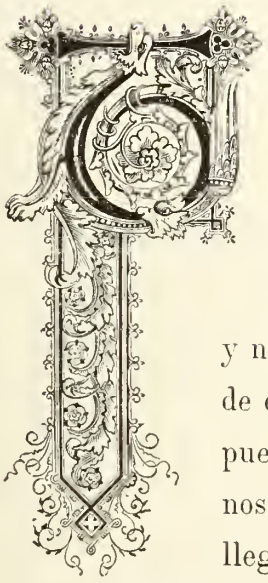
Hay que confesar que, con no saber leer ni escribir, como dijimos y hemos visto, es un hombre de gran saber, como quiera que sabe lo que no á todos es dado saber; enriquecerse.

Los autores que, por razon de método, quisieran dividir en cuatro al librero, quisieran aun subdividir al buscon en otros tantos cuartos.

Nosotros no hilamos tan delgado llevando la sutileza al extremo, y lo dejamos solo partido, puesto que en dos dividimos el tipo en el exordio.

EL TRAPERO.

POR D. J. L. GINESTÁ.



TANTO es lo que se ha escrito acerca de los oficios de dia que con justísima razon temeríamos ocuparnos de uno mismo dos veces, causa porque vamos á procurar bosquejar un oficio de noche siquier la escasa luz de que á tales horas se disfruta nos vede apreciarlo en todos sus detalles.

Oficios son el de carpintero, cerrajero, albañil y tantos otros y no obstante si quisiéramos hacer un artículo sobre cualquiera de ellos nos habíamos de ver negros, como vulgarmente se dice, pues las contingencias son comunes á todos y cual mas cual menos ninguno carece de largo aprendizaje sin el que no se puede llegar á oficial para mas tarde, cuando no solo los conocimientos sino que tambien la fortuna ayude salir á maestro, si es que antes no han tenido la desgracia de inutilizarse en el duro trabajo que desempeñan ó caerse de un andamio, contrariedad á que tantos están expuestos y de la que no se pueden considerar libres á pesar de lo mucho que se ha declamado contra el olvido de lo que disponen las ordenanzas municipales de todos los países civilizados; pero en

lo que ciertamente nosotros no nos parecemos á ellos. Además cada uno de estos oficios tiene por campo de accion los reducidos términos de un establecimiento, donde desde por la mañana hasta por la noche los infelices jornaleros sudan el quilo para conseguir al fin de diez mortales horas de trabajo el sustento de su familia, que con todo y por su mal, no podria ser ni muy abundante ni muy nutritivo.

Esto sucede en todos los oficios; razon porque tienen muy poca cuenta, sobre todo en los primeros años en que se desempeñan, que son precisamente en los que los mozos están mas fuertes y vigorosos. No por esto seremos nosotros los que aconsejemos que se dejen de emprender, pues despues de todo, malos están, pero mucho peor se encuentra cualquier carrera.

¿Pues qué hacer entonces? se nos preguntará.

Grande es nuestra insuficencia para dar un consejo: lo confesamos sin rubor, y lo que es más, renunciamos á darlo, placer del que no se querrian privar muchos en este tiempo en que todos quieren saberlo todo.

Nosotros, mas modestos, declaramos que de tal manera se han puesto los tiempos que ya no se sabe que hacer ni qué partido tomar. En vista de esto, algunas veces nos hemos sentido inclinados á tener envidia al tipo á quien tenemos el gusto de presentar á ustedes, y al que muchos de los lectores habrán visto con repugnancia.

¿Y por qué? Seguros estamos de que pocos serán los que categórica y fundadamente pueden contestarnos.

El trapero, despues de cuanto se ha dicho en su contra, es un sér que procura allegar primeras materias para un sinnúmero de industrias que han surgido del seno de la civilizacion moderna.

Esta consideracion bastaria para que muchos idealistas formaran con mas ó menos trabajo un poema, al que con seguridad darian por título *El ave de noche*.

Nosotros, que estamos convencidos de que pasó la época de las puras abstracciones é idealidades, y que por ende no las emprendemos jamás, nos apartaremos de la tal idea y vamos á limitarnos á decir cuanto del trapero pueda decirse. Desde el punto de vista general que todo oficio puede ser considerado, declaramos ingénuamente que pocos serán tan socorridos como éste. Todos los sexos, todas las edades son aptos para desempeñarle.

Desde el moceton fuerte y robusto capaz de tirar una casa de un puñetazo, hasta el infirme y achacoso anciano que casi no sirve para otra cosa; desde la

niña, pasando por la mujer hecha, hasta la anciana que camina agobiada por el peso de los años, cualquiera sirve para el oficio, y lo que es más, desde el primer dia, pues tan poco es lo que tiene que aprender, que casi sin lecciones puede desempeñarlo cualquiera. Eso sí, del mismo modo que todos esperamos que el alba envíe su luz para emprender las habituales tareas que están á nuestro cuidado, el trapero, por el contrario, tiene que esperar á que la noche tienda sus alas, para poder ejercer las suyas.

Por regla general, cuando nó fuera de puertas, el trapero vive en los barrios extremos donde al propio tiempo que mas ámplias las casas son mas baratas.

Solo por equivocacion hemos podido llamar casas, pues en realidad son tugurios sin aire, sin luz y sin ninguna de las condiciones que pueden hacer posible la vida entre cuatro paredes, que los humanos llaman vivienda. Allí, en aquella especie de antro, que desde la calle puede ser registrado, preparan sus comodidades y sírveles un rincon de hogar, otro de gallinero y otro para alcoba, sirviendo lo restante para cuanto la familia puede desear y apetecer.

¡Muebles! Dios los dé. Dos ó tres sillas que hace ya muchísimos años pasaron de la categoría de regulares, una mesa que está de pié, gracias al sosten que la presta la mugrienta pared contra la que se apoya, y candil que apénas arde, componen todo el ajuar, en el que muy poco se paran los dueños, absortos solo en los productos de su industria, que tambien se hallan acinados á la vista.

Sobre estos campean las herramientas del trabajo reducidas á unas espuertas de raras y caprichosas formas, y un palo grueso y nudoso, á uno de cuyos extremos se articula un garfio. Hasta por esto resulta barato el oficio. Cualquiera otro que se emprenda hará consumir grandes sumas en útiles y artefactos, pero este no hay que pensar en ello.

El oficio en sí lleva hasta la posibilidad de encontrar al acaso las herramientas que hacen falta, pues nadie ignora que diariamente se tiran desechadas de las casas espuertas que valen mucho mas que las que lleva el trapero; y en cuanto á garfios si no los hubiera tales como se creen necesarios, cualquiera dispone de diez por lo menos, pues lo que menos los preocupa ni puede preocuparles es la limpieza de sus siempre sucias manos.

Como decíamos y segun es práctica de antiguo establecida, creemos que tal vez desde que apareció el oficio, luego que la noche impera en el espacio, hombre mujer y chiquillos, todos, en una palabra, se lanzan á la calle fijos los ojos en el suelo constantemente, no porque á ellos les obligue la modestia, ni porque la

luz de las estrellas les ofenda ó no les importe, ni tampoco porque teman tropezar y caer contra las piedras, esto que sucediera suponemos que no le haria gran gracia, pero seguramente les hará menos no hallar lo que con tanto anhelo buscan.

¿Pero qué buscan? preguntan algunos. Pues carísimo lector el trapero lo busca todo, absolutamente todo: para él no hay desperdicio y le vereis recoger desde el insignificante pedazo de tela que sirvió sabe Dios para que, hasta lo que la desgracia hiciera dejar caer en la calle á algun prójimo distraido. Ayudado por la luz del sucio y mugriento farolillo, todo lo repasa y mira, todo lo revuelve y no deposita en medio de la calle ninguna maritornes un monton de basura que él no escudriñe atento para sacar el mayor y mejor partido posible: papel, trapo, cajas de lata que un dia contuvieron conservas, pedazos de hierro, marañas de pelo, tablas, palos de silla, restos de estera, todo en fin va poco á poco llenando la ancha cesta que carga á sus espaldas, y bajo cuyo peso anonadado, emprende el camino de su casa tan pronto como comienza á rayar el alba.

Fatigado de su expedicion no bien se halla dentro de su guarida cuando se hecha á reposar: seis ú ocho horas le bastan para reposar, y una vez pasadas pónese á la mas árdua y pesada de sus faenas la de clasificar lo que trajo. Con minucioso cuidado separa primero toda clase de papel que amontona en el lugar conveniente, y despues hace una perfecta clasificacion de los trapos segun que sean de lana, hilo ó algodon; segun que sean de color ó blancos ó hasta segun de tamaño, todo lo cual tiene su clara y perfecta explicacion.

Cuando tenga arrobas de papel las venderá, para que nuevamente los batanes lo rehagan haciéndonos gracias á los considerables progresos de la industria moderna, que volvamos á comprar lo que un dia tiramos. El mismo destino tendrán los trapos si bien de estos los mas finos, irán á dar á manos de las que fabrican hilas que luego venden en las boticas ó serán adquiridos por manos menos interesadas que con ellos harán lo mismo para responder al llamamiento de las casas de socorros y hospitales. Con los retazos de paño irá á surtir á las zurcidoras ó servirán para hacer tapetes caprichosos, que mas tarde venderán á buen precio: todo lo cual como se comprende redunda en beneficio del trapero que poquito á poquito aumenta sus ganancias.

Las latas convertidas en apartadores y tapaderas se venderán en el rastro, los pedazos de hierro irán á las fundiciones, las tablas y palos á las carbonerías donde de ellas harán astillas para encender, y de este modo todo absolutamente todo

tiene perfecta aplicacion y no hay nada de que no pueda conseguir grande utilidad y ganancia.

Ave nocturna, todo lo pasea y todo lo recorre; vuela de monton en monton y raro es de los dedicados á este oficio el que no encuentra algo que no buscaba. pues no siempre todo lo que se tira es basura.

Muchas veces hallan mas de lo que quieren y nunca se cuidan de quien será su dueño, ni de á quien lo deberán devolver: una vez que la cosa haya caido en sus manos les pertenece y cuidarán únicamente de conseguir con ella los mas lucrativos resultados.

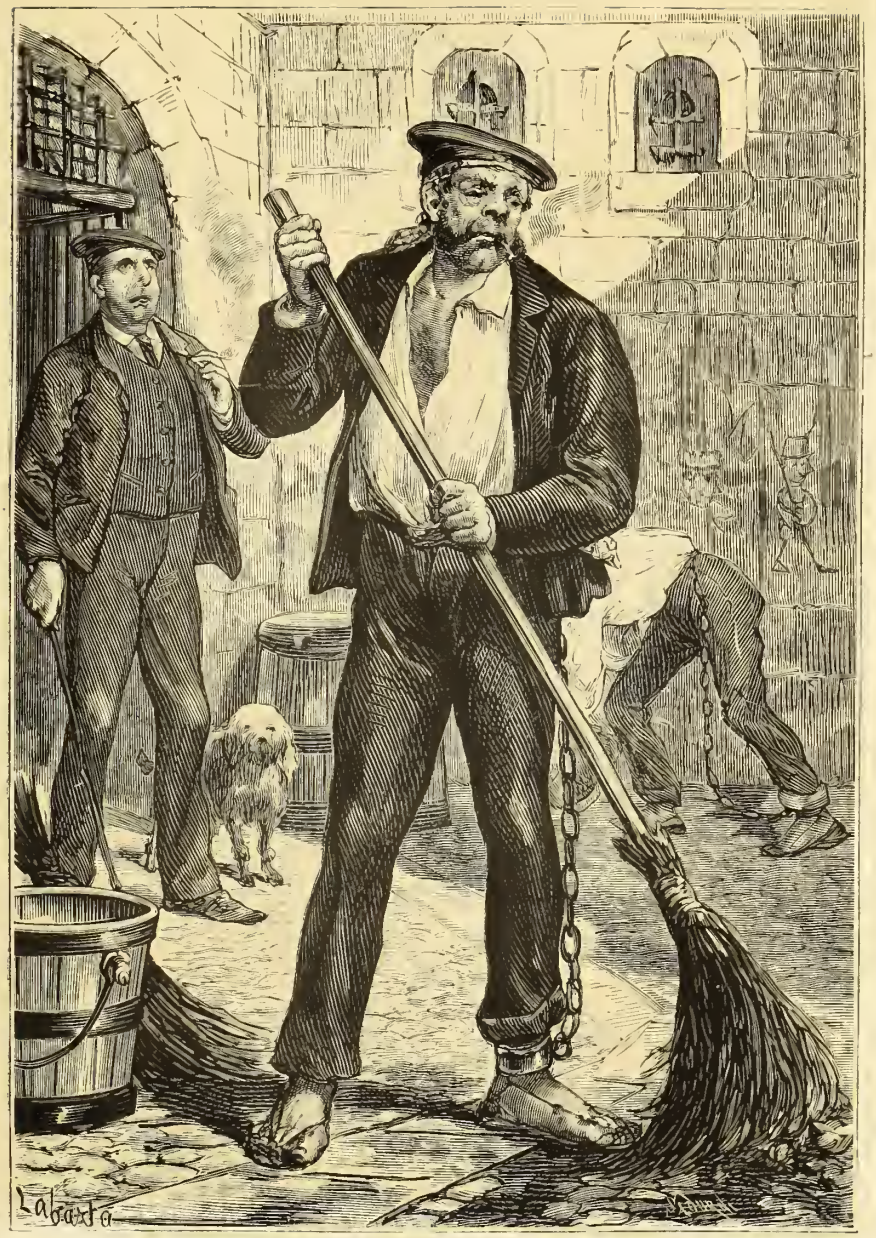
Es lo peor, que no siempre saben aprovecharse, pues no es raro que por sus manos pasen papeles de mérito inestimable que ellos venderán por arrobas solamente, otros se cuidarán de aprovecharlo y lo que él dió por insignificante cantidad valdrá á otros montones de oro, y sin embargo, los que por esto crean que el oficio es lucrativo se equivocan; sobre fácil de aprender y aun mas sencillo de ejecutar, consígense en él ganancias que á muchos han hecho ricos, pero que encariñados en su oficio nunca lo abandonan, nunca dejan de ser traperos.

EL PRESIDIARIO.

POR D. L. MALDONADO VICENTI.

En una obra cuyo título es LOS ESPAÑOLES AMERICANOS Y LUSITANOS, PINTADOS POR SÍ MISMOS, podrá extrañar que nos ocupemos del presidiario? Creemos que no, por cuanto en todas las naciones que este título implica, habrá, como en todas partes sucede, hombres buenos y malos y achaque dado á que se nos tachara de presuntuosos. seria querer que las páginas de este libro fotografiaran solo á los hombres honrados, entendiendo por tales á los que andan libremente por esos mundos de Dios, dado que, la primera definicion que podemos dar del presidiario. es la de que así se llama todo hombre que está en presidio.

El órden lógico de este trabajo, nos obliga en primer lugar á que antes de todo digamos lo que es ó lo que se entiende por un presidio, y en verdad, que por lo que á nuestro país se refiere, la cosa no es tan sencilla como á primera vista parece. En Francia, en Inglaterra, en los Estados Unidos, en cuaquier parte, en fin, que no sea España, saldríamos mas pronto del paso diciendo: que un pre-


Labarta

sidio era el establecimiento destinado por el gobierno para castigar con la falta de libertad los abusos de derecho que los ciudadanos cometieran, y para procurar al mismo tiempo la correccion y enmienda. Pero España es España, y no sin razon se la señala como el país de los imposibles y de las anomalías y la citada definicion, no puede darse de ninguno de nuestros establecimientos penales, so pena de incurrir en error de tamaña magnitud que se nos pueda decir á voces, que nuestro objeto principal fué, al escribir este trabajo, engañar villanamente al público. Por esto, en primer lugar, tenemos que proceder con mucho tiento, con mucho tacto y tino á fin de no incurrir en faltas y ligerezas que redundaran en perjuicio de todos. Y cuenta que al tener que decir esto, lo sentimos con toda nuestra alma y experimentamos de lleno, lo muy amargas que son las verdades. Pero como vulgarmente se dice al que Dios se la dé, que San Pedro se la bendiga.

Sin haber sido presidiario nunca: cosa que en voz muy alta y en todos los tonos podemos decir sin temor de que se nos contradiga, hemos visitado algunos establecimiento penales de nuestro país; así es que con pleno conocimiento de causa nos podemos ocupar de ellos y de sus moradores, sintiendo únicamente que muchas de las cosas que vamos á decir no sean nuevas, pues hartos estamos buen número de españoles de censurarlas, y cansada hasta el hastío se halla la opinion pública de señalarlas, pero como si tal cosa; parece que nadie lo oye, parece mejor dicho, que nadie lo quiere oir á pesar de ser cosa que á todos por igual nos toca.

En nuestro país diciendo las cosas tal y como deben ser, puede afirmarse que un presidio es el sitio donde los que cometieron un delito, toman lecciones para cometer otros, en los que nunca pensaron ni aun pudieron pensar. En nuestro país un presidio es la escuela de todos los vicios y de todas las maldades, es el lugar donde se pervierten todos los instintos y se aguzan los sentidos para el mal; es el lugar donde á la sombra y bien ó mal alimentados, viven unos cuantos criminales que pudieron ser al fin cogidos y que son sentenciados, mas que á expiar un delito, á vivir algun tiempo divirtiéndose en el mismo sitio sin cuidados ni quebraderos de cabeza. Una visita á Ceuta ó á Cartagena, pueden bastar para convencer á los incrédulos de la verdad de cuanto decimos.

Viviendo en los citados puntos se está expuesto á ver en la calle, en el café ó en cualquier sitio de los destinados á diversiones públicas, á muchos caballeros al parecer, que no son sino presidiarios que aguardan allí un poco de tiempo para

volver á sus antiguas fechorías en Sierra-Nevada ó en los Montes de Toledo, campo de sus antiguas hazañas donde seguramente son echados de menos con verdadera satisfaccion. Y no se crea que esta libertad que inconscientemente se les otorga se debe á que hayan observado una ejemplar conducta, no se crea tampoco que tales franquicias se deben á la condicion de la persona ni tampoco á las altas recomendaciones que emanen ó puedan emanar de elevados centros, aunque de esto se den frecuentes casos; esta omnímoda libertad tan contraria en absoluto á lo que debia ser, se debe á lo corruptibles que por desgracia somos, se debe á una censurable fragilidad de que adolecemos, y mas que nada á una falta de moralidad que debe humillarnos, pues en el fondo no es mas que la corrupcion que los propios presidiarios procuran, y tal libertad se consigue untando la mano como aquí decimos. Gracias á esto un presidiario se puede considerar como un deportado y no faltan, sino que todo lo contrario, sobran muchas que atribuyen el hallarse allí, á sus opiniones políticas contrarias en un todo al gobierno.

Mal tan grande seria sumamente fácil de remediar, consiguiendo que no fueran los presidios escuelas de inmoralidad y escándalo, atentatorias á todo lo bueno y respetable por cuantos casos á millares pueden presentarse de hombres que, cegados por la pasion y en un momento de arrebato, cometieron un delito, pero que siempre hasta entonces habian sido honrados y buenos: sentenciados por cualquier tribunal de justicia á purgar su crímen fueron á un presidio y al salir encontráronse inhábiles para todo lo que fuera legal y lícito, habian perdido sus hábitos de trabajo, se habian hecho vagos y por el contrario habian adquirido perversas costumbres en las que no podian menos de perserverar y seguir en ellas hasta el fin de sus dias, si es que antes de este término fatal no eran cogidos de nuevo y enviados á terminar su educacion criminal.

Hace ya mucho tiempo que semejante mal se encuentra arraigado y él es la causa eficiente de tanto tipo como pulula por ahí, y de los que solo dos presentaremos á nuestros lectores: el que fué bueno y salió malo, y el que entró malo y salió peor.

Un honrado artesano de irreprochable conducta, que nunca se habia ocupado mas que de su trabajo y de atender al cuidado y á las necesidades de su familia, tuvo la desgracia de encontrar una noche cuando se retiraba á su casa á un compañero suyo, que habia consumido ya parte de su jornal en la taberna, y que en mal estado, sin saber lo que se decia, ni lo que hacia, insultaba á todos cuantos acertaban á pasar por su lado.

Como no podia ser menos, nuestro hombre fué injuriado y escarnecido de tal modo, que no tuvo mas remedio que pararse y llamar la atencion de aquel energúmeno sobre lo que le estaba diciendo, mas no consiguió nada sino que por el contrario, aumentaron las injurias, quiso pasar á vias de hecho y en justa y racional venganza, al agredido dióle un empellon que bastó para que rodara por el suelo, infiriéndose al caer una profunda herida en la cabeza.

Crecieron las voces y el tumulto, y á los gritos del caido y tambien al socorro que imploraban los transeuntes, acudieron los agentes de la autoridad, que sin enterarse de lo que habia sucedido, sin escuchar una razon siquiera, prendieron al agresor injuriándolo y maltratándolo.

Al otro dia supieron todos que estaba en la cárcel, y que se le formaba causa por la riña habida con un compañero suyo y por desacato á la autoridad.

Vale mas no haber nacido que caer en nuestro país en manos de los curiales; cual aves de rapiña se ceban inconsideradamente en la presa que les cae, y pobre de la que no tiene carne bastante para saciar sus apetitos, porque entonces su fin será terrible. El sumario de la causa se embrollará cada vez mas, la causa toda se seguirá de oficio sin un letrado que la dirija, sin un procurador que la vigile hasta el momento en que elevada á plenario la den á defensa, y entonces ésta se hace segun la expresion gráfica que para ello se emplea, *por la carpeta,* sin estudiarla, sin pararse en los muchos detalles que pueden existir en aquellos autos para salvar al infeliz aquel. Como la vista pública no es obligatoria, se omite tambien, y de este modo cuando llega el dia de la sentencia aquel infeliz, que por lo menos lleva ya un año ó año y medio en la cárcel, sale condenado á presidio.

Veamos ante todo esta primera parte de su purgatorio en la que ya seguramente hay que tener presentes muchas cosas que influirán en su vida futura. Despues de la incomunicacion á que se le tuvo sometido hasta que el juez á cuyo distrito correspondia la causa le hubo tomado indagatoria, dejósele salir al patio de la cárcel donde estaban no pocos hombres, habiendo entre ellos ladrones, asesinos, falsarios y toda clase de gente, en una palabra.

Al hacer su aparicion lo miraron con gran indiferencia, mas cuando se hubieron apercibido de que era un infeliz en toda la extension de la palabra, cuando supieron que no era un criminal terrible de esos que por desgracia abundan tanto, y que solo por una irremediable desgracia se encontraba allí aquel infeliz, lo rodearon, analizándolo con detencion y cuidado, cosa que le mortificaba bas-

tante, al que nunca habia sido objeto de la curiosidad de nadie. Entonces tuvo lugar la primera escena.

—¿Por qué me miran ustedes tanto?—preguntó con voz breve.

—Pues, porque eres muy guapo,—le contestó el mas audaz.

—Eso es lo que á nadie le importa.

—Dejad al *chibato*,—añadió otro.

—Pues que pague lo que debe,—dijo el que primero habia hablado.

—¿Y qué es lo que debo yo?—preguntó alarmado nuestro tipo.

—Pues casi nada,—le contestó uno ya viejo de faz patibularia.—En primer lugar la convidada y luego lo que caiga.

El desgraciado que experimentaba gran contrariedad por hallarse rodeado de la gente aquella, al escuchar la pretension que tenian, no pudo menos de contestar con mal modo:

—Yo no tengo nada que pagar.

—Eso será lo que tase un sastre,—le dijo el que parecia capitanear la turba.

Despues de esto se fueron retirando poco á poco, mirándolo y sonriéndose al propio tiempo con aire malicioso, cosas que acabaron de exasperar á nuestro tipo, y de las que no pudo consolarse, cuando á la hora de la comida llegaron á verle su infeliz mujer con sus hijos. Antes al contrario, su quebranto fué mayor, su pena mas honda al verlos en aquel sitio deshonrado al que habia sido conducido por una desgracia, pero que de más comprendia que la sociedad no lo echaria en olvido, sino que todo lo contrario, sin enunciar las causas se limitaria á decir que habia estado preso.

Cuando volvió al patio no faltó de entre todos aquellos á quienes mal de su grado tenia que ver como compañeros, uno que acercándosele como por casualidad y como si quisiera evitar el que los demás se apercibieran del paso que daba, llamó su atencion, diciéndole:

—Ola, amigo, ¿se ha comido ya?

—Ya se ha comido,—le contestó sin moverse.

—¿Y le dejaron algunos cuartos?

—Esto es lo que á nadie le importa,—respondió con ademan brusco y procurando alejarse de aquel sitio manifestando desconfianza.

El que se le acercara, que sin duda no era un hombre ni criminal ni pervertido, insistió en querer entrar en conversacion con él á cuyo fin siguió sus pasos diciéndo que una desgracia muy semejante á la suya le tenia allí encerrado, que

sabia por tanto á qué atenerse y que por lo mismo no queria que se viera expuesto á lo que él tuvo que sufrir.

—¿Pero qué es lo que me va á suceder?—le preguntó desconfiado todavía.

—Que tendrá usted que sufrir mil injurias y vejaciones.

—¿Qué injurias y vejaciones son esas?

—Mejor es que no se las diga,—respondió su interlocutor. Efectivamente, hacia bien en callarlas, como nosotros hacemos, por no faltar al respeto y al decoro que á nuestros lectores debemos, mas como aquel silencio infundiese mayor sospecha en nuestro conocido, le contestó con aire indiferente y encogiéndose de hombros:

—¡Yo me defenderé!

—Considere, camarada, que son muchos, y usted uno solo, y que por mas que alguno quisiera tomar su partido seria de todo punto inútil, porque nada podria conseguirse sino perjudicarnos nosotros mismos.

—Pero al ver que me atacan por una causa tan injusta, los jefes de esta cárcel me...

Aquel desconocido se le echó á reir, pero manifestando en su risa que habia dicho una grandísima tontería. Como ambos guardaran silencio, nuestro detenido preguntó:

—¡Qué! ¿No me defenderian ni impondrian castigo á los que me hubieran atacado?

—Escuche, amigo mio; usted no sabe donde ha caido: aquí, ataque formal no lo aguarde nunca porque no lo tendrá, pero en cambio no lo dejarán parar ni un momento siquiera; lo molestarán de mil maneras, no dejándole siquiera un momento de reposo; estudiarán lo que os pueda parecer mas repugnante y os lo harán por sucio y asqueroso que sea, y más y más aumentarán esta tortura si os quejais á los jefes, y por casualidad le imponen á uno un castigo por vuestra causa.

—Pero, señor,—exclamó dolido nuestro tipo,—¿es posible que uno tenga que sufrir todo esto?

—Y tan posible, amigo mio.

—¿Usted lo sufrió tambien?

—Estuve muy á pique; porque indignado como está usted, me quise resistir tambien, pero al fin tuve que ceder.

—¿Y en qué cedió?

—Pues en hacer lo que me pedian.

—¿Y qué le pidieron?

—Pues lo que piden á todos, el pago del aguardiente un dia.

—¿Pero si yo he oido decir que en las cárceles no se permite la entrada de ninguna clase de bebidas?

—Eso se dice por ahí fuera, pero aquí vemos otra cosa.

El desgraciado que nos ocupa y al que hemos tomado como tipo del presidiario bueno, comprendió al fin que aquel hombre le hablaba con sinceridad, pues de no ser así hubiera ido á hacer causa comun con los demás, dado que por seguro tenian que lo habrian de obligar, así es que dulcificando poco á poco su tono, le preguntó:

—¿Y pagando esa convidada dejarán de molestarme?

—Podeis tenerlo por seguro, yo os lo digo.

—¿Y cuánto hay que dar?

—Tres pesetas dí yo y quedaron tan contentos...

—¿Y á quién se le entregan?

—Esperad un momento, yo me acercaré y les diré que al fin he podido convenceros; ellos se acercarán y todo quedará arreglado en un instante.

—Como querais,—respondió nuestro tipo, y lo dejó marchar.

Efectivamente, aquel mediador oficioso se dirigió al grupo que formaban los demás presos, habló con ellos y no debió ser desagradable lo que les dijo, pues todos dejaron ver en su rostro la misma satisfaccion. Poco á poco se le fueron acercando y cuando les hubo repetido que daria las tres pesetas para el aguardiente á porfía querian todos estrecharle la mano, quedando así establecida una amistad de la que bien pronto le dieron pruebas, pues cada cual le contó su historia procurando distraerlo, pero mas que esto consiguieron atormentarlo, haciéndole escuchar cosas estupendas, de las que él no podia tener ni la mas ligera ó remota idea.

Al dia siguiente, la puerta de aquel patio fatal se abrió, dejando paso á otro infeliz, que, como él, nunca habia estado en la cárcel, y que por lo mismo no pudo ocultar la extraña sensacion que aquella vista le hacia experimentar.

No bien hubo entrado le rodearon los demás y lo mismo que con él habian hecho, comenzaron á acosarlo; el infeliz se resistia, pues á todos debia doler aquella bárbara imposicion que no representaba otra cosa sino el afan de divertirse á costa del infeliz que, por una desgracia ó por otra, habia delinquido. Como su ne-

gativa fué rotunda y manifestaba insistir en ella, comenzaron las agresiones y la indignacion de nuestro tipo próxima á estallar, tuvo que reprimirse considerando que manifestarse su partidario seria lo mismo que rebelarse contra lo acordado por aquella gente y crearse enemigos entre ellos, que eran fuertes, dado el número.

Esta consideracion misma le hizo guardar silencio con respecto al segundo que entró y con el tercero, hasta que al fin se acostumbró á las prácticas aquellas y hasta tomó parte en las que sucesivamente se fueron imponiendo. La corrupcion comenzaba: la ociosidad y la mala compañía empezaba á surtir su efecto, y aquel hombre que por el débil y el desvalido se hubiera sacrificado siempre, atacaba ahora al desvalido y al débil para procurarse como los demás una satisfaccion, con una bebida que nunca le habia gustado.

Pasaron dias y dias; sus sentimientos se iban embotando cada vez mas; ya no le producian triste efecto las visitas de su mujer, ni de sus hijos; los veia si se quiere hasta con indiferencia, se comia lo que le llevaban y volvia cuanto antes al patio para seguir con sus compañeros entregado á juegos que, estando prohibidos para los que gozan de libertad, han de estarlo mas para los encarcelados, pero que sin embargo se ejercitan en ellos á ciencia y paciencia de los que podrian evitarlos.

Sentenciado al fin, comunicáronle un dia la noticia de que al siguiente partiria para Ceuta: la recibió con calma, aunque, acordándose luego de sus hijos, sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Acudieron los compañeros procurando consolarle y una vez obtenido esto empezaron sus juegos como si nada pasara; verdad es que tal acontecimiento lo esperaba ya hacia tiempo y sabia por su familia y por los agentes de la curia, que era casi inevitable.

La despedida de los séres queridos fué bien triste, mas él por todo consuelo les decia:

—No os apureis, del presidio se vuelve.—Y con el dorso de su mano procuraba secar las lágrimas que en abundancia caian de sus ojos. Marchó al fin; las parejas de la guardia civil lo fueron conduciendo de una en otra hasta Cádiz, y allí lo embarcaron como fardo en direccion á Ceuta, que siempre para él solo nombrarlo habia sido objeto de terror y que aun lo era, pues no sabia lo que allí le estaria esperando. Cuando miraba hácia atrás y veia su pasado honrado y puro, al recordar la buena vida que hasta entonces habia llevado, no podia menos de renegar de la existencia y maldecir de su suerte que tanto le habia hecho desme-

recer y si abandonando este pensar que le mortificaba tanto, miraba hácia delante consideraba con mayor tristura que le aguardaban cuatro años de martirio encerrado con gentes de todas clases, y durante los que le era de todo punto imposible hacer nada bueno por su familia, ni atender á su cuidado, ni velar por sus hijos, y ni aun correr al lado de sus lechos para recoger en caso desgraciado el último aliento que la muerte les hiciera lanzar. Agobiado por tan tristes pensamientos, enfermo por el mareo que el mar le hacia experimentar, siguió hasta su destino y apénas hubo desembarcado, á él, lo mismo que á los demás que le acompañaban, los condujeron al presidio entre doble fila de soldados; tomaron su filiacion y diéronle un número. Su nombre quedó perdido: en adelante no se llamaria Fulano de tal, sino que lo conocerian por número tantos.

Al ingresar en el presidio tuvo que sufrir de los que ya estaban allí empedernidos, vejaciones é imposiciones, lo mismo que cuando ingresó en la cárcel, su despecho y su rabia fueron grandes, pero no tuvo mas remedio que dominarse hasta que se acostumbró.

¿Cuál fué su vida dentro del presidio? ¿Cuál es la que llevan todos los allí encerrados?

Triste es decirlo, pero no hay otro remedio si queremos decir la verdad. Nada hay en nuestros establecimientos penales que manifieste son lugares de correccion y enmienda, nada que pueda hacer indicar que los allí recluidos son séres que dejan en el mundo familias á cuya subsistencia están obligados á atender y para lo que hay necesidad de proporcionarles un trabajo con el que al propio tiempo puedan satisfacer al Estado de los gastos que irrogan. Todo esto parece completamente olvidado entre nosotros y el presidiario es agregado allí cuando mas á una brigada de las que se emplean en acarrear piedras y materiales para las obras de la plaza, pero aun hay algo peor que esto, por lo que al bien público se refiere. El encierro no es general: en los presidios que tenemos, tambien se distingue al que tiene bienes de fortuna del que no los tiene, y mientras que éste pasa las noches tirado en un inmundo jergon, aburrido de no hacer nada porque solo piensa y se ejercita en educarse en el mal, para lo que tiene sobradas ocasiones, aquel puede vagar libremente á cualquier hora del dia ó de la noche por las calles de la poblacion, vivir donde mas le acomode, darse el trato que quiera y hacer lo que mas le convenga ó mejor le parezca.

Sumado todo esto, da lugar á que el que una vez ha estado en presidio no sirva ya para nada; se esteriliza y embrutece su imaginacion, se apagan sus senti-

mientos, se hace indiferente á todo y siente que se despierta en su alma gran ódio hácia la humanidad, ódio que todos los dias crece y que no se estingue jamás.

Por regla general el mayor contingente para los presidios resulta de tantos y tantos como sin apoyo ni vigilancia de nadie, viven y crecen sin educacion, sin arte ni oficio en que ganarse la subsistencia y que como es muy natural y no debe extrañar á nadie, llega un dia en que, experimentando imperiosas necesidades, roba ó comete cualquiera otro delito: por esto los presidios debian estar mejor atendidos y dispuestos de tal manera que los que ingresaran en ellos pudieran salir aptos para algo que no fuera el delito ó el crímen, mas no solo no es así por desgracia, sino que el que en ellos ingresa bueno, como á nuestro tipo sucede, sale malo porque en ellos, sobre agriárseles el carácter y recoger en su seno el gérmen de muchas malas pasiones, aprenderá á tirar el cuchillo, sirviéndose á falta de los verdaderos, del mango de las cucharas de madera endurecidos y afilados al fuego; aprenderá á jugar á las cartas, pero no juegos lícitos y decorosos sino bajos y perjudiciales y aun estos no de un modo limpio y decente, sino con todas las trampas y fullerías que puedan soñarse; aprenderá á falsificar documentos y marcas, firmas y letras y aun se ejercitará en el interior de la casa en todos estos oficios que le harán olvidar el suyo, si es que lo tenia, ó al menos posponerlo, pues no faltará quien bien á las claras le demuestre que son mas lucrativos.

Reflejo fiel y exacto de lo que es el presidiario, dados nuestros presidios, hemos procurado presentar de relieve á todo lo que se espone el hombre que habiendo sido bueno va á ellos por cualquier desgracia en las que mas que nada puede haber influido su temperamento; hemos procurado determinar los frutos que de la incuria y abandono se consiguen, y como por pena que tiende á mejorar á un hombre, se le pervierte para el resto de sus dias.

Mas breves seremos al ocuparnos del que con razon podemos llamar presidiario de oficio. Por regla general este es siempre un hombre al que la mas suave ley de vagos le cogería sin duda de medio á medio. Dedicado desde que tuvo uso de razon á lo que muy propiamente puede llamarse oficios extra-legales, y aun con mas propiedad ocupaciones fuera de ley, si no en una en otra cae, porque tiene que caer, y en la primera ocasion tal vez le ocurra lo que al tipo que acabamos de pintar; mas como todo cuanto sea cárcel ó presidio se adopta perfectamente á su naturaleza, se familiariza con ella bien pronto y aprovecha las lecciones que allí recibe, á las mil maravillas. Las primeras veces que á este tipo se le priva de

libertad, los que le echan de menos y son de su clase, dicen con aire picaresco á quien por ellos le pregunta que está estudiando ó que está en la universidad y con efecto; ninguna frase es tan oportuna, pues efectivamente no hace otra cosa, pero con el fin de perjudicar á sus semejantes.

Solo muy pocos cursos le bastan para salir un consumado maestro y entonces es temible, pues no solo aprenderá á burlar á sus prójimos sino que sabrá manejar á la gente de curia y sacar partido de los tribunales de justicia, pues ya conoce todos los medios habidos y por haber para eludir responsabilidades y ocultar la verdad.

Este, sin duda porque las aficiones le tiran mas ó porque los años le embotan y dan lugar á que cometa torpezas, muere donde parecia haber nacido, en presidio, en cualquiera de ellos, pues con seguridad que al tiempo de su fallecimiento ya los conocia todos.

Tipos son estos que no nacen, sino que se hacen; y lo verdaderamente triste es que se hacen por la incuria y abandono en que la sociedad deja á buen número de sus individuos.

EL CONTRATISTA DE OBRAS LITERARIAS.

POR D. M. SAAVEDRA.

OCAS cosas habrá en el mundo que ilustren y enseñen tanto como los viajes, pues indudablemente el método *real objetivo* es una gran cosa, razon porque sin duda en nuestro país ha tenido tan pocos partidarios. Por extensas y largas que sean las descripciones, no alcanzarán nunca á que se forme verdadera idea de las cosas, dado que son bien pobres todos los idiomas, para que con palabras puedan enunciarse conceptos ciertos de cuanto existe, y porque nunca la imaginacion se contenta con aquello que se le hace ver por referencia, sino que lo agranda, lo aminora, le añade ó le quita, segun sus gustos, encontrándose mas tarde con un doloroso desengaño, por no ser cierto cuanto se habia figurado.

Recordaremos siempre á un provinciano, que llegado á Madrid por la mañana, se volvió á su casa en la noche del mismo dia, diciendo que esto no era córte ni cortijo siquiera, sino un mal corral de vacas, donde habia exactamente lo mismo que en su tierra, y que para esto, no valia la pena que le habia costa-

do ir ahorrando poco á poco para el viaje, y emprenderlo luego exponiéndose á las mil contingencias y peligros que son del caso. El pobre creyó sin duda, que en Madrid no habia casas sino que todo eran palacios, que las calles eran alfombradas, que no habia mendigos y hasta que los hombres y las mujeres eran de otra manera, con lo cual llevóse un solemnísimo chasco.

Para evitar accidentes de esta naturaleza, lo mejor, es ir á ver las cosas sin juicio prévio y todavía recomendamos mas esto, cuando se trate de tipos ó personajes, pues entonces si que es de todo punto insuficiente y vano, que hablando de esta ó la otra persona, especialmente si nos referimos á su carácter, se diga que lo tiene duro, que es de génio atrabiliario, ó cosas por el estilo, que en manera alguna pueden servir para que se comprenda como es el sugeto de quien se habla, máxime cuando en el mundo cada cual se define las cosas á su modo, segun su particular manera de ser, y lo que á éste parece tosco, para aquel resulta fino como la seda, y lo que es para uno duro, para el de enfrente es blando y suave.

Si se quiere llegar á conocer á una persona, hay que tratarla ó al menos reducirla á un tipo de los que ya nos son tan conocidos, que no cabe el poderla confundir, sino que aparece á la imaginacion tal cual es, por no ser posible que tenga ni mas ni menos condiciones que las que le están de todo punto reconocidas, ó bien porque siendo única en su género, hasta el dia, sea ella la que dé el molde á que sin duda se ajustarán las que vengan mas tarde, que es lo que en la ocasion presente nos sucede.

No conocíamos, y lo que es más, no habíamos podido soñar que existiera el tipo á quien para mayor claridad hemos calificado de *contratista de obras literarias:* lo conocimos por acaso, y no diremos por desgracia, pues siempre hemos creido sobrada suerte la de aquel que puede realizar estudios que fácilmente le lleven á distinguir el animal dañino, del útil y favorable al hombre. No creemos que aun haya formado clase nuestro tipo y desgracia, desgracia, desgracia, diremos con el profeta de las lamentaciones, el dia que la forme, pues entonces seguramente que no morirá lo que se llama literatura, dado que á esta palabra se ha dado un sentido muy general y lato, pero morirán los escritores, como en otro tiempo morian los infelices trabajadores de las minas, no tanto por las excesivas fatigas de su ocupacion, sino por los malos tratamientos de los inhumanos capataces.

De las clases desventuradas de nuestro país, la que mas lo es sin duda, es la

de los escritores, sin que para ellos haya brillado una vez sola el iris de paz, ni esperanza de ventura: en cualquier período de nuestra historia, el escritor ha sido un sér desgraciado que parece haber nacido con una maldicion, que le persigue en su cumplimiento hasta la muerte. Si dudara alguno de esto que decimos, ó lo creyera exagerado, que repase los mas gloriosos nombres de nuestra historia literaria y pronto quedará convencido de ello. El desventurado escritor español de nuestro mas floreciente período, para ver impresa su obra, para ver conseguido este pueril deseo, tenia que ponerla bajo el patrocinio de uno de los nobles mas en boga, que habia sin duda llegado al puesto que ocupaba, merced al considerable número de hombres que matara ó á la mayor ó menor importancia de las intrigas en que habia tomado parte: no siempre la veia impresa á pesar de esto; tenia que sufrir advertencias inoportunas, muchas veces acceder á las estúpidas indicaciones de aquel á quien escogia por padrino, que no pocas eran de tal naturaleza que á hombres de piedra harian reventar de rabia, pero en fin, de cualquier manera imprimiérase ó no, al cabo se moria de hambre. Por supuesto que hablamos de aquellos espíritus rectos y timoratos que seguian la corriente, sin hacer la mas mínima manifestacion de que suponia algo en contra de la veneranda fé de los que mas podian, porque si incurrian en tamaño atrevimiento, si se deslizaban en lo mas mínimo, eran presos y quemados vivos y se acababa mas pronto. Despues de glorias tales, apareció para mayor felicidad, la benemérita clase de los editores... muy señores nuestros.

Con el fin de que nada pudiera ser echado de menos y todo fuera completo, para que el calvario no careciera de ninguna estacion sangrienta y el escritor pudiera penar de antemano todas las culpas y pecados, no solo suyas sino cada cual por separado las de todos los de la clase entera á que pertenecen, y aun muchas, casi todas, las de otras clases que nunca penan ni purgan nada, por mas que desde que nacieran no debian hacer otra cosa, apareció el tipo que como verán nuestros lectores es por demás curioso y le sobran condiciones para que llame la atencion de cualquiera.

Siguiendo una práctica de antiguo establecida, como nos viéramos obligados á emprender un viaje á Barcelona, no quedó un amigo nuestro ó persona meramente conocida, á la que no preguntáramos si tenia relaciones en la capital del Principado catalan, á fin de recoger el mayor número de cartas de recomendacion, que nunca sobran en verdad, por mas que en el mayor número de los casos muchas de ellas sean inútiles.

Sea lo que se quiera, es muy cierto que en aquella ocasion fuimos afortunados y que nos pusimos en marcha relativamente tranquilos, pues llevábamos la seguridad de encontrar allí alguien que nos atendiera y á los que no le fuéramos siempre completamente desconocidas; llevábamos cartas para banqueros, comerciantes, médicos, abogados é industriales, pero confesamos que ninguna nos llamaba tanto la atencion y que en ninguna fundábamos tanta esperanza como en la que nos diera el amanuense de un distinguido novelista dirigida al *señor Torres,* reputadísimo escritor residente en Barcelona, del que no habíamos leido ninguna obra, pero que nos constaba eran muchas las que de él se habian publicado, pues las habíamos visto no solo en los escaparates de todas las librerías, sino en los puestos de libros viejos, en las bibliotecas, en las casas particulares y para terminar, en todas partes. Confesamos sin reserva ninguna, que al señor Torres profesábamos casi un culto, reconociendo *á priori* que debia ser un hombre de muchísimo génio y de vastísima erudicion: del señor Torres habíamos, solo visto, como hemos dicho, muchas novelas y, segun los periódicos, á su bien cortada pluma se debian: *El castillo de las siete torres y dos atalayas. La mancha en el corazon ó los crímenes de cinco individuos de la misma familia. El padre muerto ó la hija enterrada por su hermano,* obras en las que nuestro autor invertiria sus ratos perdidos, pues seguramente los ganados los empleó en las de mas importancia, cuales eran: *Historias particulares de todas las naciones y reyes que florecieron en los tiempos prehistóricos. Ilustraciones á obras de autores clásicos,* y aun: *Notas á las poesías de algunos autores griegos, cuyos códices no han podido ser leidos,* y otras muchas cuya enumeracion seria larga y penosa en los actuales momentos, por mas que nunca llegaria á ser completa la lista que hiciéramos, dado que creemos necesaria por lo menos la memoria de tres hombres, para retener todo lo que el señor Torres habia escrito y nosotros confesamos no tener mas que la de uno y esa mala.

Díganos cualquier cristiano, y aunque no lo sea no importa, con tal de que lo haga en idioma que lo entendamos, si cabe honor mayor, ¿si es posible mas grande honra para un aficionado á las ciencias y á las bellas letras, que ir á tratar á hombre tan eminente? Díganos cualquiera, aun los mas sibaritas en esto del trato y de las relaciones, ¿si es posible mayor satisfaccion que la de hacer presente sus respetos á hombre que tanto merece y tanto representa? Pues dicho sea de paso, todo esto y más nos habíamos creido que merecia el señor Torres á quien fuimos á visitar pocas horas despues de nuestra llegada, sin permitirnos

reposo alguno, ni distraer mas tiempo que el absolutamente indispensable para cambiar de traje y presentarnos como se debe.

Barcelona no puede negarse que aventaja mucho en construcciones á Madrid: las casas allí, sobre mucho mas ámplias y cómodas, son mas elegantes y sobre todo mas baratas, así es que con lo que en la córte cuesta un mediano cuarto, en una calle de tercero ó cuarto órden, allí se paga un semi-palacio, y semi-palacio era y aun algo mas, el que habitaba nuestro señor Torres, á quien ya ardíamos en deseos de ver. Llegamos al fin á la puerta del piso que el portero nos indicara, no recordamos en qué idioma, y tiramos suavemente de la campanilla, procurando que sonara solo lo bastante para que se dejara oir: creimos que todo un batallon venia para abrir, pero contra nuestra creencia, apénas abierta la puerta, se dejó ver una criada, eso sí, una criada mónstruosa, terrible, titánica... colosal.

Hice las indispensables preguntas y con objeto de abreviar, diremos que momentos despues nos hallábamos en presencia de nuestro hombre, que nos recibió con exquisita amabilidad y suma galantería; con objeto de darnos á conocer, le entregamos la carta á él dirigida, pudiendo examinar á nuestro sabor, en tanto la leia, la figura del sér que nos inspiraba tanto respeto y la estancia en que ambos nos encontrábamos.

El afamado autor, podria tener unos cuarenta años, sus cabellos lo mismo que su perilla y bigotes bastante espesos y poblados, tiraban ya al gris, aunque no tanto que fuera imposible comprender que habian sido rubios, muy rubios: las formas de su cuerpo de muy poca estatura, estaban envueltas en una ancha bata, bajo la que desaparecian, y en la cabeza tenia, no puesto, sino encasquetado, un gorro de forma tan peregrina, que no queremos describir, y que, hablando francamente, no tenemos con qué comparar. El despacho en que fuimos recibidos, no ofrecia particularidad ninguna; libros, muchos libros por todas partes; bien es cierto que solo con los suyos hubiera podido llenar la casa; una mesa, tras ella un cómodo sillon y tres sillas finas, que el lector puede darles la forma que quiera, con tal de que en el referente al precio no las haga subir de tres pesetas, y pare usted de contar. Fácil es comprender que nada de lo dicho habia llamado nuestra atencion; el lujo y eso que se llama *confort,* estaria en otras habitaciones de las que cuidaran las señoras, pues el despacho de los hombres de letras, como lo sean verdaderamente, no está ni bien puesto ni bien cuidado, y lo que es más, ni falta que hace. Confieso que en lo único que me fijé fué en una banca de esas que hay

en las clases de escritura, de las escuelas de los pueblos, y que al entrar ví colocada en la pieza que servia de antedespacho sin que pudiera explicarme al pronto que objeto tenia semejante mueble en aquella casa, ni para qué estaba colocado en aquel sitio, pues no nos atrevíamos á suponer que tan afamado escritor se hubiera dedicado á la reforma de letras (caligráficas) en 15 lecciones.

El señor Torres leyó la carta sosegadamente, me manifestó sumo gusto en mi visita y á renglon seguido, despues de ofrecerme un asiento, emprendimos una de esas conversaciones en las que no se dice absolutamente nada, pues solo se habla del tiempo, de la atmósfera, de la salud pública en el imperio chino y otras trivialidades semejantes que sirven no obstante para cumplir con el deber inútil de las visitas. En ellas estábamos cuando habiéndose escuchado un ligero ruido á la parte de afuera, nuestro sábio gritó:

—¡Martinez!

—Señor,—contestaron desde la pieza inmediata.

—¿Qué hizo usted esta mañana?

—Un capítulo de la novela.

—¿Cuál de ellos?

—El indicado por usted donde la marquesa se bebe la disolucion de fósforos, y su amante, el bandido gaditano, se muere de repente.

—Está bien, está bien.—replicó el autor,—ocúpese usted esta tarde del reparto de historia y procure usted que en dos capítulos quepa todo lo referente á la crítica y comparacion de los Concilios de Toledo.

El que hablaba desde afuera, á quien yo no habia visto, guardó silencio: para mí lo que habia escuchado era de todo punto ininteligible, pero como en el mundo el que no se consuela es porque no quiere, tuve á bien consolarme diciendo, *inpecto* yo no tengo obligacion de saberlo todo.

Continué mi interrumpida conversacion con el señor Torres, sin que en lo mas mínimo hubiera decaido mi ilusion hasta entonces, cuando al poco rato se presentó en escena un hombre jóven todavía, de ancha y despejada frente, en la mirada del que se advertian los vivos destellos de una clara inteligencia.

—¿Qué desea usted?—le preguntó mi hombre con mal modo.

—Saber lo que hago esta tarde, don Ramon.

Despues de mirar prolongadamente al techo, pasarse la mano por la barba dos ó tres veces, toser otras tantas y cambiar de posicion en el asiento algunas mas, mi émulo del Tostado ahuecando la voz, le dijo con aire de importancia:

—Es menester acabar la historia del arte antiguo, pues ya el editor me da prisa; procure usted meter en ochenta cuartillas lo que falta y que estén terminadas para antes de las ocho.

—Mire usted don Ramon,—replicó el jóven, revelando en sus facciones extraordinaria sorpresa,—que solo habíamos llegado á Praxiteles...

—Pues por eso hombre, hable usted de Milon de Crotona y asunto concluido, —y añadiendo un ademan imperioso, para indicar que no admitia réplica, salióse el jóven y nuevamente quedé solo con aquel hombre que cada vez me parecia mas extraordinario.

No dejó él de advertirlo y haciendo vagar por sus lábios una significativa sonrisa me dijo con aire doctoral:

—Donde usted me vé, tengo á los editores aquí,—y me mostraba el puño cerrado.

—Poder del génio,—le contesté yo.

—Y á los escritores aquí,—y dió con el pié un fuerte golpe en el suelo.

—Sin duda por la misma causa,—le repliqué.

—Yo no sé por lo que será, pero lo que he dicho es lo cierto, como lo es tambien que aparezco autor de ochenta y dos obras.

—¿Pero no lo es usted en realidad?—le pregunté admirado.

—Lo soy y no lo soy; sin duda que usted no conoce la nueva, útil y ventajosa industria á que yo me he dedicado, pero ya llegará á sus noticias y se convencerá usted de que el talento tiene muchas manifestaciones.

Comprendí que ya mi visita iba siendo larga y pesada, que aquel señor necesitaba su tiempo, me despedí cortésmente y salí: en la banca del antedespacho que tanto me llamara la atencion al entrar, ví encorvados á seis hombres, que escribian sin tomar aliento, sin permitirse descanso y que ni aun levantaron la cabeza al sentir nuestros pasos.

. . . . . .

El señor Torres, es un tipo, me dije al encontrarme en la calle y con lo que habia visto y despues supe, puedo presentar á ustedes la fotografía moral de aquel hombre, para que no lo olviden y siempre huyen de él. El invencible miedo del editor á lanzar una obra, al frente de la cual no vaya una firma conocida, le ha dado sér; lo ha hecho surgír de entre los escritores adocenados, que un dia tuvieron la suerte de que se agotara la edicion de una obra suya. El editor no se fijó en las causas que habian producido aquel fenómeno, ni se preocupó de que el

público la habia consumido, vió solo el negocio, se regocijó de que el dinero cayera en su arca, como llovido y decretó que si Torres no era el mejor autor del mundo, cosa que á él no le importaba, era al menos el mas lucrativo y que mas le convenia para la prosperidad de su casa. Torres escribió otra obra, que se publicó por entregas como la anterior, dos periodistas amigos suyos, le hicieran el favor de darle bombo, dijeron que era un modelo de imaginacion y buen decir y desde entonces no hubo biblioteca de portería ó de boardilla en la que se dejara de adquirir sus obras.

Los demás editores envidiaban al afortunado y solicitaron á Torres, que no tuvo inconveniente en acudir y encargarse de la obra que apetecia el que tenia que pagarle, y de esta manera fué haciéndose de una clientela, á la que en modo alguno podia atender por sí solo y á la que efectivamente no atendia.

Entre tanto, muchos con mejores disposiciones que él, hallaban todas las puertas cerradas y eran vanos todos los esfuerzos que hacian para lograr que se abrieran; un dia uno de aquellos infelices que conocia á Torres, se quejó á él de su mala suerte y dándosela entonces de protector, lo asoció á sus tareas, acudiendo en vista de aquello, á su mente, la diabólica idea de formar un taller donde se construyeran obras literarias, y que lo mismo que en las fábricas sucede, todos los productos llevaran no el nombre de quien los elabora, sino el del fabricante que absorve la personalidad de todos por un odioso, pero indiscutible, privilegio que tiene el capital.

No obstante, la industria de Torres es mas odiosa: el fabricante siquiera suministra las primeras materias y aporta las máquinas y herramientas para el trabajo, pero el *contratista de obras literarias,* que comienza á dibujarse en el siempre sombrío cielo del escritor, pasa la vida ponderando sus talentos al editor, proponiéndole obras que encomia de antemano, y al uno le habla de la novela que ha imaginado y que hará furor, y al otro presenta el plan de una historia muy necesaria como obra de consulta, y de este modo reune y acapara seis, ocho, diez obras de una vez dando él solo alimento á muchas prensas de varias casas editoriales.

Conoce á no pocos que sufren de necesidad, que padecen horribles privaciones, que están los infelices desesperados, que no pueden aguantar más y se moriran de hambre sin remedio, porque no encuentran trabajo á pesar del talento que tienen y le reconocen, y de las buenas disposiciones que han manifestado.

A estos desgraciados procura atraérselos el contratista de obras literarias, prestamista que da una miseria, quedándose con el inapreciable tesoro de la inteli-

gencia del pobre: en un principio se acredita de generoso, reconociéndose talento y aptitud, pero inmediatamente, parece como que se goza en recordarle su precaria situacion y de este modo, lo coloca al borde del precipicio con la punta de la espada al pecho y el mísero se humilla y accede, y desde el dia siguiente queda en acudir al taller y efectivamente acude sin saber lo que le aguarda.

Comienza á trabajar á las ocho de la mañana y lo sigue haciendo hasta las doce, en que sale con obligacion de volver á las dos de la tarde y continuar la ímproba tarea hasta las seis, en que se retira para descansar hasta el dia siguiente, en que volverá á hacer lo mismo.

Como el contratista se atreve á todo sin que haya nada que se le pueda resistir, el infeliz sacrificado, en unos ratos tiene que hacer novelas de las que se espenden á cuartillo de real la entrega, otros historia de cualquier cosa ó diccionario de cualquier clase, con lo cual no consigue ni puede conseguir hacer nada bueno, pierde lo poco que sabia, adultera los hechos y termina acostumbrándose á no procurar otra cosa sino llenar cuartillas, muchas cuartillas que el editor paga para cobrarlas despues al público, que es en último término el responsable de que se planteen y ejerzan ciertas industrias, que seguramente debian estar perseguidas por la ley, pues algunas lo están ya, y sin embargo irrogan muchos menos perjuicios.

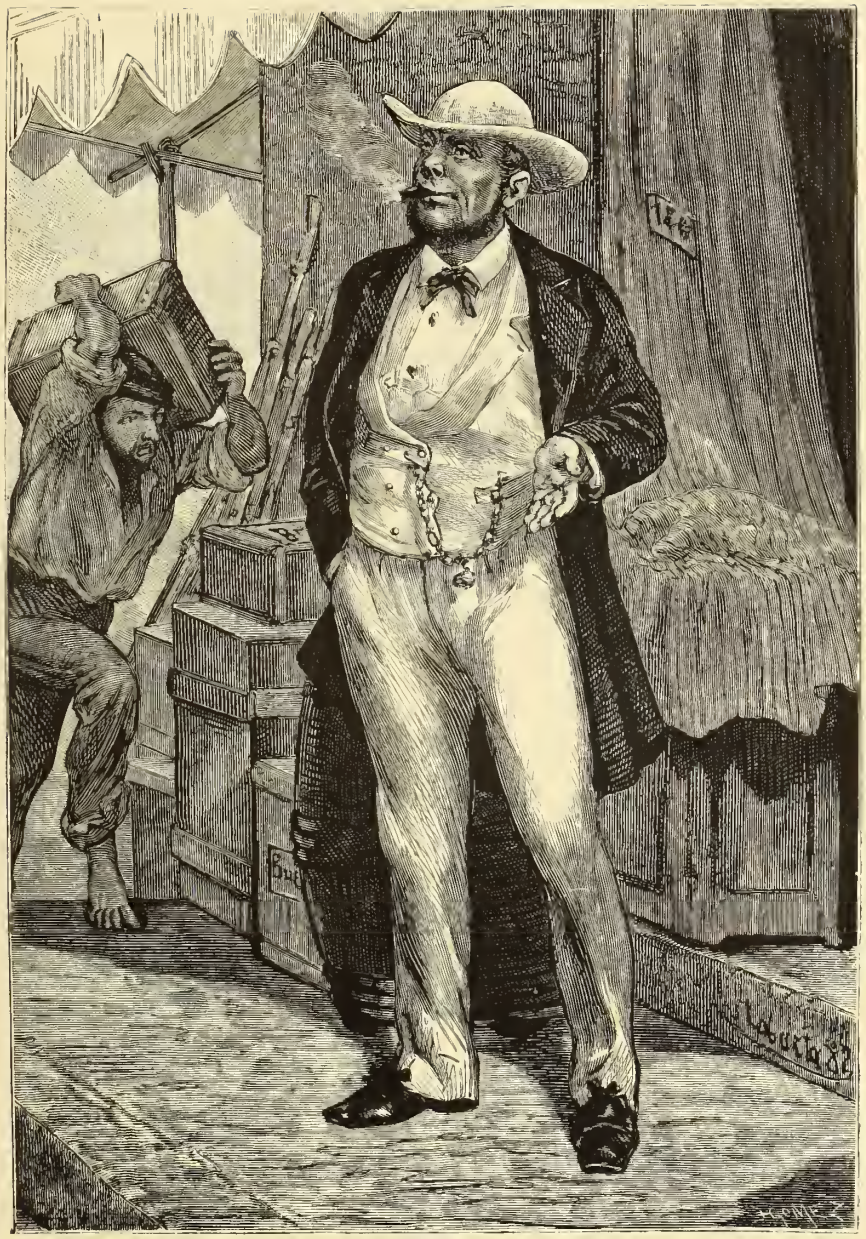
Presentado este tipo que por mas que no abunda es real y existe, se explicarán muchos de nuestros lectores como ciertas medianías que solo saben la historia de España, que aprendieron en Fernandez y Gonzalez, y la de Francia que les enseñó Dumas, producen obras y obras, y se crean una reputacion y hasta se forman una fortuna explotando á varios infelices cuyo sudor exprimen y á los que pagan con una miseria.

EL INDIANO.

POR D. J. B. HARO.

Un error del célebre navegante y descubridor, que acredita de bien patente manera cuanto sus cálculos se fundaban en el acaso soñado por su exuberante imaginacion, y una corruptela del lenguaje, á que son tan dados los hijos del pueblo, han dado lugar al sentido indirecto que la palabra *indiano* tiene entre nosotros, de la misma manera que errado tambien es el concepto que mas allá de los mares se tiene de la península.

Si pudieran sumarse con exactitud todas las riquezas que de América se han conseguido, darian ciertamente una suma fabulosa que seria imposible reunir; pero si con ellas quisiera pagarse la vida de tantos como han ido allá, la sangre que en aquellos campos se ha vertido, en verdad que no alcanzarian ni para pagar la décima parte, por poco que fuera el precio que á cada hombre se quisiera conceder. De aquellos primeros aventureros porque aun no pueden llamarse especuladores, pocos muy pocos, fueron los que volvieron á la pátria.



Aislados allí un año y otro, ignoraban si aun les quedaban en la patria séres queridos que los recibieran con los brazos abiertos, y el temor de hallarse solos y abandonados al regresar, los retenia en el campo de sus glorias ó desventuras donde con igual facilidad perdian una fortuna, que la volvian á rehacer.

Aunque casi como regla general puede tenerse, esto que someramente apuntamos, no dejó de tener sus excepciones, y algunos, cansados de la agitadísima vida que por tanto tiempo habian llevado, y hallándose con qué, mas prudentes y precavidos, tenian con que pasar los últimos años de su existencia en paz y sin necesidad de trabajar, volvieron y preconizaron las excelencias del suelo americano. Segun ellos, no habia mas que llegar allí y repentinamente se encontraba uno rico; el oro brotaba de la tierra como fruto corriente, la plata discurria á raudales por cauces que naturalmente se habian abierto, las piedras preciosas se encontraban con suma facilidad entre agujas que forman las orillas de los rios y siguiendo de este modo sus hiperbólicas descripciones, afirmaban que en la conquista, llegóse á entrar en poblacion cuyas calles se hallaban empedradas con tejos de oro. Este fasto ni siquiera soñado por los mas ambiciosos y exaltados se abultaban cada vez mas al correr de boca en boca y como por entonces se hallaba tan esquilmado nuestro suelo, era tan considerable la falta de brazos y tan pocas las ganas de trabajar, dados los malos hábitos que en las campañas se habian adquirido, impulsaban á innumerables gentes á embarcarse con rumbo á la tan ponderada tierra de promision en la que todo habian de encontrarlo con facilidad suma.

Los puertos de Cádiz, Santander y Barcelona se veian siempre atestados de gente que esperaban anhelosos, la partida de las carabelas, de aquellas cáscaras de nuez en qué seguramente no nos aventuraríamos hoy á dar un paseo entre muelles, y que por entonces eran los barcos destinados á hacer la travesía. Golpes, riñas y hasta verdaderas batallas llegaron á darse en las orillas del mar, pues todos querian ser los que primeramente se embarcaran; y todos tarde ó temprano partian, cual encaminándose á este punto, cual al otro, si bien siempre se ha podido observar que mayor número de españoles se han dirigido á la América del Sur, que á la Central ó á la del Norte, fenómeno que no cabe explicarse sino atendiendo á erradas ideas que se han venido trasmitiendo con respecto á la mayor ó menor salubridad de unas comarcas ú otras.

Hemos dicho que el designio de los que iban entonces, lo mismo que el de los que van ahora, fué, ha sido y será, el de enriquecerse: mas en aquellos primeros

tiempos que siguieron á la conquista no habia mas remedio que esperanzarse en la guerra, en el botin y en el pillaje; estas fueron y no otras las fuentes de riqueza que explotaron los que primeramente fueron.

Pasado el tiempo en que la guerra fué la principal ocupacion del español que llegaba allí; una vez que el gobierno español fué dueño de todos aquellos países en los que implantó sus leyes y su gobierno, fué necesario que cada cual se arbitrara un modo de vivir y en los primeros años esto fué aun bastante fácil. Rico por naturaleza aquel suelo y perfectamente admitida la esclavitud por entonces, poco tiempo bastaba á un ambicioso para ahorrar lo bastante con que crearse una hacienda, ó labrarse una base para comprar y vender, con lo cual podia perfectamente volver á la península y deslumbrar con sus riquezas.

Tal vez porque aquel clima lo da, y á ello contribuye el temperamento, harto sabido es que el americano persevera muy poco en el trabajo, se cansa pronto del que no es duro, y el que lo es, no lo emprende jamás. Es mas aficionado á la holganza, gusta mas de admirar aquella riquísima naturaleza, que de explotarla y sin duda de esto nacen muchas otras condiciones que tambien le perjudican. Aficionados á bullas, fiestas y algazaras, casi se encuentran hoy á la misma altura que estaban cuando sacudieron el dominio de la metrópoli. Un paseo por cualquier poblacion americana, indica claramente que los españoles han dominado allí largo espacio de tiempo, las calles estrechas y tortuosas, apénas si permiten el paso de la reverberante luz de aquel sol que abrasa; las iglesias y los antiguos conventos abundan, y en muchas de las antiguas capitales de la metrópoli no hay catedrales como las que allí existen.

Lo mismo que en las ciudades españolas sucede, en el centro de las de allende el mar, lo que está establecido allí es casi todo español, peninsular, que dicen ellos. De este tomemos un tipo ó dos, pues mas tarde al volver á España quedarán convertidos en indianos ó *fúcares* como malamente se les llamaba en otro tiempo para indicar su opulencia porque Fúcar era el apellido de aquellos hermanos flamencos que en el siglo XVII tenian sus ricas casas de recreo en el céntrico sitio que hoy ocupa la calle que en Madrid lleva tal nombre.

Huido de la pátria por el delito que cometieran, aunque para terminar mas pronto podemos repetirlo, llegados allí por el afan de ser ricos, el peninsular, luego que con las armas en la mano no pudo trabajar para hacer su fortuna, las trocó por otros medios que tambien pueden ser llamados armas, pues casi siempre ha dominado en sus miras la soberbia y la ambicion. Una de las cosas que tambien es

muy necesario tener presente es la de que entre los españoles que han ido allí, pocos han sido los hombres de carrera, casi ningunos. Faltos de ilustracion y de educacion en el mayor número de los casos, no han podido abundar en ellos los buenos sentimientos ni las intenciones rectas, sino que fijos en el fin que allí los llevaba han procurado conseguirlo sin pararse en los medios. El ex-soldado metido á comerciante, resultó un tipo terrible; acostumbrado á sufrir privaciones, las siguió experimentando por ahorrar y no bien apuntaban las primeras luces del dia cuando ya de pié comenzaba su ruda faena en la tienda en que habia entrado de comerciante. Su principal, no lo miraba como á un hombre sino como á una bestia de carga, y él sufria y callaba, seguro de que al fin habia de llegar un dia en que pudiera resollar; un dia en que fuera rico.

Comenzó ganando cuatro onzas mensuales é íntegras, al terminar cada mes, envolvíalas en el mayor número de trapos posibles y guardábalas con sin igual cuidado en el fondo del desvencijado baul que encerraba sus humildes vestiduras.

De este modo pasó un año y luego otro y otro sin salir de su paso, hasta que por fin se hartó de dinero su amo y le anunció que dejaba la tienda, pero que en su deseo de favorecer á la dependencia que tan bien le habia servido, queria dejársela por un módico traspaso. Solo dos de los dependientes que como fardos llegaron un dia facturados á la tierra aquella, pudieron hacer frente á las exigencias que tenia el ya enriquecido; ambos sacaron sus ahorros de los respectivos escondites, y no reservando casi nada, quedáronse con el comercio.

Eran jóvenes aun y la tienda estaba por suerte bien acreditada, lo que formaba dos elementos para abrigar fundadas esperanzas de una futura fortuna. Se afanaron como negros, trataron á la dependencia mucho peor aun de lo que ellos habian sido tratados, y siguieron realizando operaciones sin fijarse jamás en si eran limpias ó eran sucias, con tal que les produjeran resultados.

Detrás del mostrador ven, los que de tales deseos están animados, una presa segura en todo aquel que entra á comprar alguna cosa; y procuran sacar el mejor partido posible explotando su credulidad ó su ignorancia. Cuando tras muchos afanes y siguiendo la vida de siempre, esto es, no permitiéndose ni el menor gasto supérfluo, vistiendo mal y comiendo peor, pueden distraer algunos fondos, no los dejan parar ni un solo momento y procuran aplicarlos á lo que mas produzcan, por lo que bien pronto se les vé convertidos en usureros y de estos, que nunca pueden ser buenos, forman la peor clase.

Allí lo mismo que aquí el agricultor que una vez pide dinero ó réditos para

completar las labores de una cosecha, está irremisiblemente perdido, el interés devengado, que es siempre exorbitante, se acumula al capital y no pasan muchos años sin que la finca caiga en poder de aquel que fingió favorecerle. De este modo y gracias siempre á operaciones semejantes, el *peninsular* llega á labrarse una fortuna; mas, como es natural, segun su suerte, esta es mas ó menos considerable.

Cuando al finalizar un año se encuentran con la cantidad que se habia propuesto conseguir, aun sin darse por satisfechos, comienzan á acariciar la idea de volver á la pátria, donde el que mas y el que menos dejó algun sér querido, con el cual no ha sostenido correspondencia ninguna desde que marchó á América y el que en vista de tan prolongado silencio le llora ya por muerto. Esta manera de obrar, general y corriente entre los que marchan á ser peninsulares en América para convertirse en indianos al regresar á España, ha dado ocasion de que se crea que el hijo ingrato, ó el infiel esposo, ó el protervo hermano que desapareció un dia, y cuyo paradero se ignora, está en América disfrutando de una fortuna y que aparecerá un dia colmando de gozo á todos. No siempre sucede así en ninguno de los extremos apuntados, pues todos no marchan al nuevo continente, ni todos hacen fortuna, y aun cuando la hagan no vuelven la mayor parte, pues muchos de entre ellos al propio tiempo que una fortuna, se crean una familia y los nuevos vínculos lo sostienen, mas sólidamente que los antiguos, que rompieron con tanta facilidad.

Necesario es á nuestro fin que vuelvan algunos de estos peninsulares enriquecidos y con efecto, como anteriormente hemos dicho, luego que sus esperanzas se han realizado, ya que no sea posible ver colmadas sus aspiraciones, procuran realizar sus existencias de la mejor manera posible y tales mañas se dan que tambien ganan, venden sus propiedades rústicas los unos, y otros recogiendo sus ahorros de tan largo tiempo, dan vuelta para la pátria, no sin que antes, por seguros conductos, hayan situado sus capitales en casas fuertes, y de reconocido arraigo.

Como no todos los que vuelven lo hacen con el mismo capital, justo es que consideremos á dos; fijándonos en el que puede agenciarse un millon de pesos y en el que solo pudo recabar, á pesar de sus afanes, cuarenta ó cincuenta mil. El dinero establece, digámoslo así, esenciales diferencias, crea gustos y despierta aspiraciones. El acaudalado, el millonario, luego que llega á las costas de que partió, no se dirige en modo alguno al lugar de su nacimiento; piensa en él, pero irá mas tarde. Sus deseos son de brillar y lucir, hacerse lugar entre la gente de

pró y verdadero valimiento, conquistar con su dinero una posicion, moralmente hablando, y como corolario de todo esto, la política le seduce, los altos cargos oficiales le encantan y las condecoraciones le trastornan. Así es que inmediatamente se dirige á la córte, alójase en el hotel mas suntuoso, y se da bien pronto á conocer como indiano, no por lo que despilfarre, que en hacer tal cosa siempre es parco, sino por la vana y hasta ridícula ostentacion que hace de su dinero, así como tambien por sus raros modales, resultado de su afan por señalarse y distinguirse y aun por su mala educacion, pues cosa es esta que ni con dinero se compra, ni está con él en relacion directa.

El dinero es precioso talisman, al que nada resiste y á pesar de su aire extravagante y de sus modales groseros, no le faltarán relaciones, ni convites, ni salones en que pasar sus ócios, y de tal son para él todas las horas del dia. En el casino, del que seguramente se hará socio, adquirirá conocimiento con éste y el otro que es diputado, con aquel, que fué ministro de una situacion caida y al que no dejará de hacer algun favor que otro pecuniario, se entiende que el favorecido toma por paga, aunque módica, por oirlo barbarizar.

Cuantos le ven, comprenden que sus principios no son nada esmerados, que su educacion deja mucho que desear, pero tiene dinero y esto basta, es hombre que puede servir en un apuro, como se dice hoy; fórmula sacramental á que la gente de poca conciencia concede gran importancia.

No falta quien le aconseje que emprende una negociacion con la bolsa, cosa de la que él maldito si entiende una palabra, pero con la suerte que Dios se sirvió darle, nada le sale mal y prospera que es una bendicion, hasta el punto que ya dos ó tres veces ha sido nombrado en comision para ver al ministro de Hacienda y arreglar alguna de las cuestiones que frecuentemente ocasionan los asuntos bursátiles. Se ha hecho visible al fin, se afilia luego á un partido político, no al qne le lleven sus simpatías, ni al que le inclinan sus ideas, sino al que comprende que se halla mas próximo al poder, á reserva, si se equivoca de dar un cuarto de conversion y ponerse al sol que mas caliente.

Tócale por fin el turno á su partido y es de ver entonces como se mueve y agita, cuan grande es la actividad que despliega. Quiere á todo trance un alto puesto, pues segun afirma en alta voz, un hombre de sus circunstancias no puede entrar en la administracion por la puerta, tiene que hacerlo por la ventana. Escuchándole puede creerse que es una verdadera enciclopedia; cree servir lo mismo para la *Direccion de Rentas,* que para la de *Instruccion pública,* que para la

Subsecretaría de Estado, y efectivamente lo mismo sirve, por cuanto en ninguno de los sitios serviria para nada, pero como él constituye uno de esos compromisos que los partidos políticos se crean, no hay mas remedio que atenderlo, y un dia, con estupefaccion general, se sabe que el rico indiano, ha sido nombrado para tal ó cual cosa, y desde el siguiente, los periódicos de oposicion al gobierno comienzan á señalar verdaderas atrocidades á las que todos se hacen sordos y él mucho más, que desde el puesto en que se halla sigue realizando operaciones de bolsa que nunca le son perjudiciales.

De este modo, gracias á su dinero y á la audacia que se permite sostener, gracias á su influencia política y á los amigos que por su posicion tiene el indiano, que tanta suerte tuvo en América y que aun en España la ha seguido teniendo, llega á establecer una importante casa de banca, fomenta su crédito y se hace dueño de la situacion, muriendo casi de viejo en medio de la mas grande opulencia.

El otro indiano, el que volvió con solo cuarenta ó cincuenta mil duros, ahorrados á costa de privaciones sin cuento y de ímprobo y constante trabajo, luego que desembarcó fué á su pueblo y hallóse solo; su familia habia muerto años atrás. Visitó las tumbas en que yacian, mandó colocar lápidas que recordaran sus nombres y cansado de la monotonía del lugar, donde por mucho tiempo fué objeto de la curiosidad de las gentes que nunca lo llamaban por su nombre sino por el *indiano,* se marcha á la capital de la provincia y allí, por no estar parado, piensa dedicarse nuevamente al comercio, no solo para entretener el tiempo que se le hace harto largo y pesado, sino para ver si por lo menos consigue obtener ganancias que le permitan cubrir gastos, evitándole tener que tocar al capital conseguido á costa de tantos desvelos y tantos afanes.

Procura hallar un local en sitio céntrico, establece su tienda y abre comercio de paños y demás telas que es en lo que hizo su aprendizaje y de lo que mas entiende; desde el primer dia el público todo, llamará á aquel establecimiento el del *indiano,* si es que á él mismo no se le ocurrió poner tal nombre en la muestra que colocó sobre la puerta. Cierto que en España no puede hacer los mismos negocios que en América hacia, que las ganancias no son pingües aquí como allí, mas, acostumbrado desde sus mas tiernos años á hacerlo todo muy poco á poco no siente impaciencia, y en verdad que no tiene motivo para experimentarla, pues ganó no solo para lo que se propuso, sino para ir añadiendo á lo que trajo de allá.

Célibe y solo, llega un dia en qué, por mas que pueda parecer extraño, comienza

á sentir necesidades de otra naturaleza; hay en la vecindad una viuda de un comerciante, que sigue con su tienda abierta, y que posee lo bastante para que ningun hombre tenga que alimentarla, y no sabemos que es lo que le seduce mas al *indiano*, si esta condicion ó el buen ver de dicha señora, que tiene, á pesar de sus cuarenta años cumplidos; pero es lo cierto que al fin se casan, se funden en uno los capitales, se ensancha la tienda y se extiende el comercio, con lo cual si su apellido no se extingue, si por permision de Dios sobreviene prole, tendrá que gastar y derrochar con lo que á fuerza de tantos desvelos y sudores ganaron sus padres.

Hemos procurado pintar al indiano tal como es nacido, en humilde cuna, de padres que por lo regular no pudieron atender ni cuidar su educacion, sintieron un dia anhelo de riquezas y marchó á buscarlas; las halló en mayor ó en menor cantidad, no siempre en relacion con sus aptitudes, sino las más con relacion á su suerte; y al volver, segun la inclinacion de cada uno, éste busca el lujo, la opulencia ó el afan de figurar, aquel la tranquilidad del hogar, su reposo ó su sosiego, pero cualquiera que sea la via que siga el *indiano,* estará caracterizado por condiciones que lo individualizan perfectamente y entre las que se advierten la fatuidad, la ignorancia y la avaricia.

EL CIEGO.

POR D. CECILIO NAVARRO.

I

L hombre mas desdichado del mundo, tan desdichado que merece compasion hasta de los mismos infelices, víctimas de todos los infortunios, es sin ninguna duda el ciego.

O no sabe lo que es la luz, porque nació ya ciego, ó no puede mas que recordarla, porque cegó despues de haberla visto; y es difícil decidir cual es el peor de estos estados. Y es que los dos son peores, si se nos permite esta salida de tono.

Si no vió jamás la luz, ha de sentir siempre el vértigo de quien se asoma á un abismo. El ciego está en un abismo; pero el abismo es él, inmensurable vacío, vacío lleno de sombras, de oscuridad, de tinieblas... ¿Hay desdicha mayor que no haber visto nunca mas que ese horror contínuo, esa eterna, universal, implacable negacion?

Si vió la luz y la perdieron sus ojos, recuerda en las memorias del alma que el cielo es azul, áureos sus soles y estrellas, nacarada la luna, alegre la aurora, melancólico el ocaso, grandioso el mar, florida la tierra, gallardo el hombre, her-

mosa la mujer, divino todo... ¿Hay ya mas desconsuelo que echar sobre todo un manto negro?

De cualquier modo, sepa ó no sepa como es la luz, el ciego es un infeliz que siempre tiene sed, sed de los ojos, secos arenales que se tragarian un diluvio; pero un diluvio de luz, toda la luz del sol.

Ni es fácil decidir tampoco cual ciego es mas infeliz, si el rico ó el pobre, si el que no puede ver la misma opulencia que goza, ó el que no vé la opulencia que no puede gozar.

El rico y el pobre, á cual mas infeliz, son en verdad pordioseros, mendigos, menesterosos de una limosna que nadie les da. ¿Quién ha de darles luz?

¡Cuán desdichados son los pobres ciegos!

No les negueis vuestra conmiseracion; y ya que no ven la luz, vean siquiera la caridad.

La caridad, como la fé, como la esperanza, es lo único que puede verse á oscuras.

Porque no es la luz del sol.

Es la luz de Dios.

II

Despues de estos honores, debidos, como un rendimiento de justísimo respeto á la mayor de las desdichas, hay que bajar un punto ó dos para ponernos á tono de romance, tono obligado en un artículo de ciegos, pobres por supuesto, que los ricos no tienen fisonomía, ó no dan espresion ninguna á la fisonomía del tipo callejero ó pupular que intentamos describir.

Y ya en este tono, entraremos en materia con ciertas precauciones para seguir sin riesgo los pasos de estos pobres, que como tales ciegos podrian llevarnos, sin querer, á un precipicio.

Los tiempos de progreso que alcanzamos van borrando rasgos de todas las fisonomías.

No es esto decir que el progreso haya suprimido ciegos: tampoco los ha aumentado; pero ha creado oficios que antes no conocia el gremio, facultades ó profesiones *ciegas,* digámoslo así, lo cual viene á ser lo mismo.

Antiguamente no habia mas que tres ciegos... los ciegos eran como siempre innúmeros; pero todos cabian dentro de tres clases: la del romance, la de la música y la de la caridad.

Ahora tenemos hasta vistas de aduanas ciegos; ciegos absurdos ciertamente. tan absurdos como los oidores sordos. Sin embargo, hay oidores sordos, ó dormidos á lo menos.

Si valieran los títulos literarios, ninguno podria ponerse delante del ciego romancero; pero en rigor cronólogico, ni el romancero ni el músico pueden ponerse delante del mendigo, que merece aquí la prelacion á título de su respetable antigüedad.

En efecto, los primeros ciegos que hubo en el mundo debieron ser necesariamente pordioseros en época en que no habia aun cosa de romance, guitarra ni lotería nacional.

Estos ciegos son los mas ineptos de todos, como quiera que no saben mas que pedir, cosa de suyo facilísima; dar es mas difícil. Alguno de ellos supo, sin embargo, hacer algo mas: supo hacer la guerra de Troya; y si no la hizo él, hizo la Iliada, que es algo mas.

Fuera de este mendigo, los demás ciegos de su gremio ó categoría no han hecho cosa de provecho, á no ser algunos ahorros, dicho sea en honor de la caridad pública y con perdon de los mismos ciegos.

Sino que en estos tiempos de mentida libertad no pueden los pobres ciegos hacer uso de la suya, como en otros de feliz recordacion para pedir limosna donde, cuando y como quieran: ahora, para ser ciegos, se necesita permiso de la autoridad.

Los ciegos de solemnidad, digámoslo así, toman puntos, como los combatientes posiciones estratégicas. Pero los puntos tomados con mas resolucion de mantenerlos, son el átrio ó pórtico de las iglesias. Algunos, mas audaces que los primeros, toman la pila del agua bendita; otros, mas audaces que los segundos, suelen tomar las capillas mas devotas; y ya en sus puntos, toman los pobres todo lo que les dan.

Si alguno, pasando de estos límites, toma algo mas de lo que se le da, es un ciego indigno de serlo, es un ciego que vé, y de cuyo gremio, que hay todo un gremio de ciegos que no lo son, no hemos de ocuparnos, sino en último lugar.

Los ciegos de solemnidad no son de suyo músicos; pero teniendo obligacion de serlo por órden superior, tañen casi todos una vihuela, que no es ya instrumento músico, como quiera que, amen de rota, apénas tiene una cuerda, y peor si tiene mas, porque no tiene obligacion de estar templada.

A tanto no llega ya la tiranía oficial como á obligarle á esta templanza... ó templamiento.

Dejemos, pues, á estos pobres en su triste y necesario desentono y vamos con la música á otra parte.

III

Dícese que los ciegos, á fuerza de observacion y ejercicio, suelen suplir, en lo posible, el sentido que les falta con las sobras de los demás.

Y es cierto, á lo menos en cuanto al oido y al tacto. ¿No los habeis visto leer con los dedos?

Tambien tienen otra compensacion de órden mas elevado; y es una memoria prodigiosa. Leedles un pliego entero de coplas, un par de veces ó tres, y ya se las saben de coro; pero si entre ellos hay un génio, y perdónesenos el modo de señalar, á ese le basta una sola audicion para recitarlas al pié de la letra y con la canturia de gesta, que es el modo dórico del arte, y os interrumpirá diciendo como el otro. ¡Yo tambien soy pintor! esto es, ciego de romance.

Y con esto ya lo tenemos en escena.

Trae en una mano un garrote tamaño, especie de sentido tactil con que suple tambien el que le falta para no topar con los transeuntes; y es difícil que tope, no porque él huya de ellos, pues se va derecho al bulto, sino porque ellos huyen de él al aviso de un sentido que suele ser bastante duro.

Y en la otra mano trae, segun los va pregonando todos estos documentos:

Relacion y curioso romance del Guapo Francisco Estéban.

Los Doce Pares de Francia.

Historia de Pierres y Magalona.

Los Amantes de Teruel.

Receta para conocer por el nombre el pié de que cojean las mujeres.

Las Tentaciones de San Antonio Abad.

Trovas de un novio á su novia.

Modo honesto y cortés de escribir cartas.

Milagros de San Vicente Ferrer.

Lo que han de hacer las doncellas desgraciadas para dejar de serlo.

Libritos de cuentas ajustadas.

El paso que acaba de pasar ahora entre un amante y su manceba.

Los gozos de San José.

La carta que escribe un reo en capilla á sus padres.

Cartillas y silabarios.

Villancicos para la noche de Navidad.

Si se ayuda ó no el ciego con sus sentidos supletorios, no hay mas que observar el acierto con que sirve los pedidos, sin que le suceda nunca el *quid pro quo* de dar milagros por tentaciones, ni siquiera pares por nones. Dirian que no es ciego, ó un ciego que vé por otra parte. Y es el tacto.

Y él mismo lo certifica.

—Usted es tan ciego como yo.

—No, hija mia; no veo gota.

—Pues, ¿cómo atina usted con mi romance?

—Porque sé tentar.

Tambien sabe de memoria todas las historias, trovas y romances que lleva, y de memoria los recita en calles y plazas sin equivocacion sustancial en el fondo, ni métrica en la forma; pues teniendo barruntos de poeta, sabe coger al vuelo un asonante y mucho mas un ripio, cuando hay alguna fuga de palabras en el original ó mejor dicho en la copia.

Con esto, son interminables sus parlamentos, de tal manera que antes se cansan los romances y se le acaban huyendo de las suyas á otras manos, que el hilo de su poetal costura.

Hay que conceder que no recita del todo mal, como sea ciego de carrera, digámoslo así, pues tiene mucha intencion para hacer resaltar la del autor, especialmente si el asunto es maligno ó picaresco.

Con esta gracia, aunque ya de segunda mano, hace reir á su auditorio, compuesto siempre de personajes dignos ó condignos, entre los que son partes obligadas, el mozo de quintas, el mozo de cordel, la moza de cántaro, la moza del partido y demás mozas y mozos *ejusden furfuris*.

La hilaridad del auditorio llega á su grado máximo, cuando toca el turno de relacion á la curiosa *Receta para conocer por el* nombre á las mujeres, aludiendo por casualidad á alguna homónima de las circunstantes.

«No te fies de las Juanas
Pues son como las Ineses
Las que son como las Libias
Tan libianas como infieles.

»Las Marías son celosas,
Callejeras las Luisas,
Muy alegres las Malenas
Y santurronas las Brígidas.»

Y así ó como así continúa pasando revista de policía á todas las mujeres, ó sea á sus nombres de pila, para dar á conocer al público el pié de que cojean.

No hay para que decir cuanto celebran las aludidas verse públicamente retratadas, ni menos cuantas recetas despacha el ciego, sin interrumpir una relacion tan sabrosa como productiva.

Cuando oye en los coloquios del corro, algun nombre de mujer que no tiene en su santoral, lo suple *de proprio marte* endilgando un *impromptu,* no indigno del escabeche original; sin que tema abusar de este recurso, teniendo en su favor todas las licencias poéticas, por parte de las musas, y todas las morales por parte de las demás mozas.

—Práxedes, tú no estás en el calendario del ciego.

—Sí que está.

—Pues, ¿cómo no me mienta usted?

—Sí, hija, te mentí ya, y ahora te volveré á mentar.

Y la mienta metiéndola en el molde de sus coplas, que admite como ripios todos los nombres femeninos.

—¿Dice usted,—interpela una resuelta,—que las Luisas son celosas?

—Las Marías.

—Y yo, ¿qué soy?

—Tú lo dirás.

—¡Vaya una gracia!

—Quiero decir que he de saber antes tu nombre.

—Susana.

—¡Ah! ¡Susana!... Pues, Susana, tú eres una gran... pícara.

Y echa por lo vedado sin agravio de la interesada y con plácemes y carcajadas del vulgo.

Y á propósito asegunda con una copla que se saca como del bolsillo:

«Las Susanas son de todo
Menos honestas ú castas,
Pues tan solo hubo una buena
Y ya se perdió la casta.»

IV

Con todo eso, el ciego de romances no es el poeta del gremio; el poeta de los ciegos es el músico.

Ni podia ser otra cosa: la música y la poesía vienen siendo hermanas desde que les parió su madre; y no les es lícito renegar de su fraternidad por cuestion de ojos: cada cual vé lo que puede y no lo que quiere.

El ciego tiene especialísima aptitud para la música, el que la tiene por supuesto, que no todos los ciegos están organizados para los tonos, aunque sean ciegos, cualidad que no es la aptitud misma. Le es indiferente el instrumento, pues así toma el violin, el violon ó la guitarra, como la embocadura á la flauta, y así rasca ó puntea como sopla.

Y ¿por qué es músico el ciego con esa especialidad?

Lo ignoramos y confesamos nuestra ignorancia ingénuamente. Sabemos que es poeta, porque es músico; pero no sabemos porque es músico, como no sea por ser poeta.

Bien pudiera ser que la necesidad de estar siempre dentro de sí en esa soledad que engendran siempre las tinieblas, engendre á su vez esa otra necesidad de salir fuera, sea siquiera por los tonos, y que la precision de aguzar un sentido, adelgace el oido hasta dejarlo finísimo. Con esto tendria ya el ciego aptitudes especiales.

Sea de ello lo que quiera, el ciego de la música se pierde en la noche de los tiempos, y de las ciudades tambien; y, armado de su instrumento, favorecido por su musa, que debe ser la décima, y bien ó mal guiado por su lazarillo, viene tañendo y cantando hasta nuestros dias.

Con sus tonos y sus coplas viene tambien este ciego siguiendo los adelantos y corrientes de los tiempos y por reducirnos á época y teatro conocidos, desde el hermano *Paulo,* antiguo apóstol del Lavapiés, hasta Perico el ciego, hay un movimiento de progreso, sino político, grosero, como progreso al fin *ciego,* que no pueden negar los que tienen ojos.

Dentro de este período, que abarca algunos siglos, son etapas de ese itinerario:

Las Siete Palabras de Cristo.

Los Salmos penitenciales.

La Pasion.

El Pan Celestial.
Los Pastores de Belen.
Los Ángeles del pesebre.
Requiebros á la Reina de los Ángeles.
Gozos y dolores de la Vírgen María.
Loa del Santo Oficio.
Cántigas piadosas.
El alma enamorada de su esposo.
Las Monjas de Santa Clara.
Un fraile y una beata.
El Rosario de la Aurora.
Mambrú se fué á la guerra.
Tonada de Juan Soldado.
Seguidillas para danza.
Coplitas al rey José.
Vivan las caenas.
El himno de Riego.
Los Negros.
El Trágala.
Los Chapelgurris.
Constitucion ó muerte.
La Espada de Luchana.
El Espadon.
Los Polacos.
La Gorda.
La Flaca.
La Monja Milagrera.
La Federal.
Lo de Marras...

Todas estas etapas de progreso *ciego,* por decirlo así, no son sino poemas, compuestos por los *trovadores* del gremio y cantados en nuestras calles y plazas al dulce son de una cascada guitarra, de un violin viejo ó de un violon nunca nuevo.

Como espécimen del género, vamos á insertar algunas coplas de Perico el ciego, que viene á ser el Cátulo ó Marcial de la *ceguedad* castellana.

«Llevadme á otro mundo, cielos,
Que estoy harto de sufrir;
Mas si el otro es como este,
Cielos, bien estoy aquí.

»Son las leyes telarañas
Donde las moscas se cogen:
El débil se prende en ellas;
El fuerte siempre las rompe.

»Siempre los hijos de gata
Van detrás de los ratones:
Tú eres hija de tu madre
Y vas detrás de los hombres.

»Una onza de fortuna
Vale al fin diez y seis duros,
Y una arroba de talento
No vale siquiera uno.»

Perico el ciego hubo de invadir tambien el campo de la política con el mismo desenfado con que escaló el Parnaso; y era de oirlo á las altas horas de la noche, echar pullas al gobierno y requiebros á la libertad, al son siempre de su muy bien templada guitarra.

«El poder está en un monte,
El monte es el Tibidabo:
Yo no sé quien es el Cristo
Pero sé quien es el diablo.

»Quitadme todos los bienes,
Pero no la libertad:
Todos los bienes son males,
Cuando preso el hombre está.

»Quieren meterme á la sombra
Porque digo las verdades;
Y si yo ya estoy metido
No me meterá ya nadie.

»Ni los pastores son lobos,
Ni los hombres son corderos;
Pero yo que canto claro,
Yo si soy Perico el ciego.»

Por esta libertad de meter la pata en campo tan ageno á su oficio de ciego, en una época en que ni los que tenian mas larga vista podian llevar la mano á lo vedado, fué perseguido por desafecto á lo entonces existente, adquiriendo una celebridad que no habia logrado nunca ningun pobre cantor del gremio.

Pero una golondrina no hace verano, y Perico el ciego no es sino un rasgo saliente de una fisonomía de suyo mas grosera ó menos política; aunque intencion satírica y picaresca contra todo lo existente, menos contra el Santo-Oficio, no faltó nunca á sus dignos predecesores.

V

El ciego de lotería es un ciego de creacion moderna, de nueva invencion. Y no hemos dicho ningun disparate: suprimid la lotería y queda suprimido este ciego. La lotería no ha inventado los ciegos, que estaban inventados ellos ya; pero ha creado los billetes que, entre otros, venden los ciegos, y con esto ha creado tambien el tipo.

Este ciego es muy inhábil tambien: no sabe romancear, ni tañer, ni cantar; y con todo eso, puede decirse que es el mas afortunado, como quiera que, á creerlo, lleva siempre la suerte en la mano.

No son ciertamente negativas todas sus aptitudes, pues tiene las que necesita para el buen desempeño de su oficio. Su memoria no es romancera ni música, pero es numérica; y retener números es algo mas que tener bemoles.

Además, teniendo ya el tacto hecho, tacto de piés, de todo el cuerpo, va resueltamente por todas partes siguiendo las aceras, cruzando calles, rehuyendo encuentros, sin mas lazarillo que su palo de tiento que le precede golpeando.

En cuestion de tacto es ciego que vé por los dedos; de tal manera que al vender un billete, que entrega sin confundirlo con otros, conoce la moneda que le dan, sea de oro ó plata, y da él á su vez la vuelta, cuando aquella es superior al importe, consciente de lo que vuelve en plata ó calderilla.

Y sigue su odisea por todas las partes del mundo que le es conocido, pregonando sus números y tentando la codicia de los jugadores con dichos ó dicharachos de los mas faustos augurios.

—El 8,949.—El 21,572.—El 30,824...

—La suerte llevo en la mano, jugadores.

—¿A quién le doy el premio gordo?

—Mirad que la ocasion es calva.

—La suerte de 100,000 duros.

Este pobre ciego, que lleva siempre la suerte en la mano, ofreciéndola á quien se la quiera llevar, suele hacerla alguna vez; aunque, entretanto, tiene que guardar el ayuno mas dias de los que reza el calendario, envidiando la suerte del romancero y del músico y hasta la del mendigo; pero siempre tiene expedito este último recurso, que á hurtadillas por no tener número, suele simultanear con su oficio en dias de prueba. Este número que le falta no es de la lotería, sino del permiso oficial.

—¡Paciencia hasta que Dios quiera!—exclama resignado sin abandonar el oficio.

Y alguna vez quiere Dios que sea una verdad lo que tantas veces fué mentira: que lleva la suerte en la mano, la suerte de otro ciertamente, porque el pobre ciego, con barajar tantos billetes de lotería, no va interesado en el juego; mas no embargante, tócanle siquiera las sobras del festin.

En efecto, ¿quién, favorecido por la suerte, no se acuerda del pobre ciego por cuyo conducto hubo de tocarle el premio gordo?

El pobre ciego suele asegurar el pan de la vejez con la generosa donacion del agraciado, y esta esperanza lo mantiene en un oficio tan flaco ya de suyo.

VI

Hay varios otros rasgos de la misma fisonomía, rasgos de media tinta, que no imprimen carácter al tipo general.

En efecto, estos rasgos, que son *ciegos* tambien, pecan contra el tipo primordial característico por carta de mas ó por carta de menos, siendo verdaderos artistas ó ganapanes. Los artistas son los músicos de capilla y los de orquesta ambulante; y los ganapanes, los que se ganan la vida en oficios mecánicos, aplicados á ellos como mera fuerza motriz, como fuerza bruta, en una palabra, como fuerza *ciega*. ¿En que, pues se parecen estos ciegos al gárrulo romancero, al picaresco poeta y cantor de canto llano, ni aun al eterno murmurador de paternostres, salves y Ave-Marías, ó sea al mendigo ciego?

Solo en una triste negacion: en tener á oscuras los ojos, que es como no tenerlos.

Pero hay otra clase de ciegos que constituyen por sí solos todo un tipo, y son los reyes ó príncipes de estas tinieblas, como quiera que no son ciegos, ó son unos ciegos que ven y aun ciegos de larga vista.

Rectificando el concepto, aunque manteniendo nuestra intencion, pudiéramos decir que son ciegos que no ven gota á la luz del dia, y ven en la oscuridad de la negra noche hasta una hormiga negra sobre una piedra negra, como diria un musulman.

Estos ciegos no lo son de nacimiento: todos ellos tuvieron la desgracia de perder la vista en la flor de su edad, unos en la guerra, otros en la paz, todos en servicio de la pátria.

Aunque son gárrulos como los romanceros y bien templados de voz como los cantores de los gremios respectivos, no tienen aptitud ninguna como tales ciegos, pero como hombres de larga vista, tienen la preciosa habilidad, no solo de ganar muy bien el pan del dia, sino de asegurar el pan de la vejez (con su vino, por supuesto).

En el órden religioso; como en el social, son unos grandes pecadores, pues tienen muchas faltas que taparse: ellos, sin embargo, confiando en la misericordia de Dios y en la caridad de los hombres, no se tapan mas que los ojos.

¿Para qué?

Pues para no ver, dirá algun malicioso.

Nada de eso: para que no los vean.

Las liebres perseguidas, en llegando á esconder la cabeza bajo un terruño á propósito, quedan tan descuidadas creyéndose ya á buen recaudo, porque entienden en su poco seso que porque ellas no ven al cazador, el cazador no les vé á ellas todo el cuerpo, que dejaron en descubierto.

Los seudociegos hacen lo que las liebres; sino que ellos ven por debajo de la venda.

Tampoco los persigue nadie, y por eso están bajo su venda á mejor recaudo y mas tranquilos que las liebres.

Todos los ciegos auténticos, luego que han tomado el tino á las calles, á fuerza de tropezar y caer y extraviarse, prefieren el palo de tiento con que golpean el suelo y los piés del transeunte, al pícaro lazarillo, que es un cuidado más, deudo ó extraño. Y van á la mano de Dios, solos y señeros, como aquellos

que no temen hacerse sospechosos de vista, porque los pobres son ciegos de verdad.

Pero los de mentirigillas, los que temen con razon inspirar estas sospechas, toman, para alejarlas de sí, las mas prudentes precauciones y no van sino muy bien provistos de todo lo necesario para ser ciegos.

Dicho se está que por mas que tengan tomado el tiento á todas las encrucijadas, no pueden prescindir de la venda negra ó mas bien parche verde, ni menos del lazarillo, ó mas bien *lazarilla*, diminutivo aquí impropio, porque nunca es lázara pequeña.

Dijimos ha poco y repetimos que el seudociego, aunque gárrulo y bien templado de voz, no tiene aptitud ninguna como tal ciego; pero que como hombre de larga vista, tiene la preciosa habilidad, no ya solo de ganar el pan del dia, sino tambien, y esto es lo admirable y célebre, de asegurar el pan de la vejez (con su vino, por supuesto).

Pero no dijimos lo mejor; no por olvido ciertamente, pues ya contábamos con ello desde que tomamos la pluma, sino por exigencias retóricas de la narracion.

Hay que respetar las leyes hasta en el modo de hablar, con ser lo mas expontáneo y libre y lo mas propio de uno, para no decir antes lo que debe decirse despues, ni despues lo que debe decirse antes, sino cada cosa en su punto.

Lo mejor, pues, es el oficio de este insigne haragan. Y parece lo peor, porque no es sino oficio de mendigo.

Ahora bien ¿cómo puede hacer el milagro de vivir en holgada vida un miserable ciego, que aunque no sea ciego, está obligado á serlo?

VII

Algunos soldados ó miembros de cuerpos ó instituciones mas ó menos militantes, los seudociegos, ó ciegos que ven por debajo de la venda, ó ciegos que no son ciegos, saben mejor que todos elegir y tomar, si es preciso, al asalto las posiciones mas estratégicas de las ciudades populosas. Quien toma un ángulo saliente, quien un reducto, quien todo un rebellin. Y nadie puede pasar por las posiciones tomadas sin recibir á quema ropa las lamentosas descargas de estos centinelas que con ser ciegos, toman muy bien la puntería.

En vano es defenderse ni escudarse contra tiros tan certeros y dirigidos todos al mismo corazon: hay que entregarse ó huir; y si son muchos los que huyen

hasta ponerse fuera de alcance, no son pocos los que se entregan, mereciendo todos los saludos y honores de ordenanza.

Pero vengamos á cuentas ó á reducir á números el resultado, tomando nosotros ahora una de estas posiciones, bien mantenida por supuesto, para que sirva de base á nuestro cálculo.

Por una calle frecuentada de una ciudad populosa, bien pueden pasar hasta 4,000 transeuntes al dia. Suponiendo que solo diez por ciento tengan voluntad y un cuarto que dar, tenemos un resultado que podemos expresar en esta fórmula aritmética:

```
4000
10
-------
40000 | 170
 60   |-----
        2
```

Esto es, reduciendo ahora á plata el resultado, 47 reales diarios.

Ved si con dos duros diarios, aun sin contar el pico, para mayor exactitud de cálculo, puede darse buena vida un ciego que, despues de todo, vé todo lo que le da la gana.

¿Creeis que exageramos?

Pues oid por conclusion una brevísima historia.

Erase un ciego que veia todo lo que pasaba en Madrid.

Venia no se sabe de donde, aunque su acento bien claro decia que era hijo de mi tierra, que es la de María Santísima.

Sin embargo, él no venia de allí, directamente á lo menos, pues habia defendido la independencia española en el ejército del Norte, como decia mas claro el mismo interesado, y confirmaba hasta cierto punto alguna prenda de uniforme, bien ó mal avenida con su ropa de paisano.

Tomó posicion favorable en un reducto de la Carrera de San Jerónimo, y allí permaneció manteniéndola, con tanto valor como constancia, por espacio de treinta años, aunque llevado y traido diariamente, primero por un lazarillo, y despues por una Lázara grande, como quiera que no veia sino por debajo de la venda.

Verdad es que no hacia el servicio á pié firme, sino muy bien sentado en su silla de tigera que Lázara llevaba y traia al mismo tiempo que al ciego.

Aunque se llamaba Pepe, nadie lo conocia ni lo llamaba sino por *Hogaza,* mal nombre á que el mismo Pepe habia dado motivo ú ocasion con la eterna fór-

mula de su demanda, enderezada á enternecer mas y mas los corazones de los caritativos transeuntes.

En efecto, con ser la suya una de las posiciones mas estratégicas de aquel campo de batalla, como escogida por hombre tan competente, siempre le faltaba un cuarto para una hogaza.

—Vaya usted á comprarla, hermano,—le decian con no poca frecuencia las almas piadosas poniéndole el déficit en la palma de la mano; sino que volvia á faltarle el mismo cuarto, en cuanto pasaban las piadosas almas.

Un dia no faltó ya el cuarto, sino el mismo ciego á quien venia faltándole por espacio de tantos años para comprar una mísera hogaza, que al parecer no llegó á comprar nunca.

El ciego habia desaparecido.

¡Pobre ciego! ¿Dónde habria ido á parar?

Segun las crónicas, habia ido á parar á Sevilla, donde al frente de una tahona de su exclusiva propiedad, y en amor y compañía de cierta Lola, porque ya no necesitaba Lázaras ni lazarillos, se llamaba solemnemente, no Pepe, ni menos *Hogaza*, sino el *Señon José*.

Andando el tiempo acertaban á pasar por allí algunos viandantes, que metiéndose en esa camisa de once varas en que caben todos los que no tienen derecho á meterse en ella, solian evocar reminiscencias de Madrid á vista del tahonero de Sevilla, y le preguntaban francamente si el ciego aquel de la Carrera tenia algo de comun con su merced.

—Nada absolutamente,—contestaba imperturbable el *Señon José* á todos los intrusos preguntones.

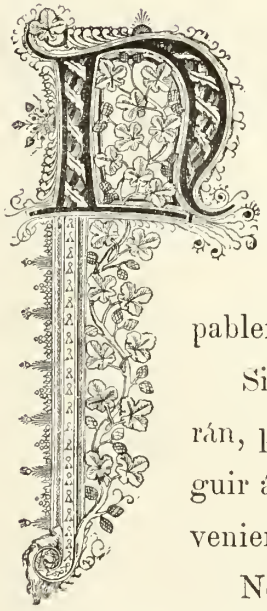
Y añadia con toda la sal de su tierra:

—Aquel ciego era ciego, y yo, gracias á Dios, veo y ví siempre desde que nací.

No queremos destruir el efecto con una palabra mas por nuestra parte.

EL AYUDA DE CÁMARA.

POR D. A. FERNANDEZ MERINO.



Poco pocas veces hemos padecido craso error al encontrar en la calle á muchos que por su aire, sus maneras, su traje y sus modales se nos antojaban perfectos caballeros y que por tales los hubiéramos seguido teniendo sino fuera muy poco lo que basta en este pícaro mundo para demostrar clara y palpablemente que el hábito no hace al monje.

Sin embargo, muchos serán los que como nosotros se equivocarán, pues vivimos en un tiempo en que se hace imposible distinguir á las gentes por la ropa que llevan, causa de no pocas inconveniencias que diariamente se lamentan.

No quiera Dios que nunca por esto que decimos se entienda que nuestro deseo es de que se uniformen las clases sociales como se hace con los distintos cuerpos del ejército, pues con esto nada se enmendaría ni nada podria conseguirse, máxime cuando siempre sucederia lo mismo, el hombre rara vez atina con el oficio para que ha nacido, razon porque en la tragi-comedia que se llama

vida humana abundan mas que otros, los incidentes cómicos, resultado del contraste de lo que es, con lo que debia suceder.

A estas consideraciones preliminares nos vemos llevados al considerar el tipo que nos proponemos presentar á nuestros lectores, vario en su clase y manifestaciones hasta el punto de que, no uno, sino centenares de estudios podrian hacerse. Ya antes que la nuestra, ha ocupado la atencion de muchos el *Ayuda de Cámara,* pues no es poco el que se haya dicho que á sus ojos no hay hombre grande. Las páginas inmortales de una obra clásica en la literatura española y clásica en la literatura francesa, presentan un acabado retrato de los ayudas de cámara en los tiempos pasados y Gil Blas de Santillana, es el modelo mas perfecto de los que por una cantidad determinada y por los gajes que puedan conseguir, que siempre suben á más, se plegan á las exigencias de otro, los sirven convirtiéndose en su sombra, satisfacen sus caprichos, contribuyen á que den cima á sus empresas y lo que es aun peor, se apoderan de sus secretos.

Antes el ayuda de cámara se obtenia casi siempre del mozo lugareño, que despues de haber estudiado latin y humanidades con el párroco de su pueblo ó con algun dómine, salia á estudiar á cualquiera de las universidades del reino. Siendo pobre, no habia mas remedio que servir para ganarse el sustento, en tanto que un título académico bastaba para colocarlo en mejor posicion. A esta clase pertenecen el mayor número de los que nos presentan los autores clásicos, á la misma corresponde nuestro Gil Blas; mas con harta frecuencia sucedia que no podian servir á otros y servirse á sí mismo á un tiempo, y el ayuda de cámara permanecia en su oficio, hasta que la edad ó los achaques le hacian pasar á la de escudero de alguna dama principal ó paje ó rodrigon de niñas mozas, que no pocas veces ocultaban busconas, que siempre las hubo.

Al que nunca ha servido, por mas que nunca tuviera tampoco quien le fuera á servir, se le antoja que desempeñar un cargo como el que nos ocupa, es lo último que hay que hacer en la vida y quizás, y aun sin quizás, tenga razon. Pero si preguntamos á un verdadero ayuda de cámara, por cual trocaría su oficio, dirá seguramente que por ninguno y no se crea esto como resultado de su ignorancia, pues, listos y ladinos cual muy pocos, podrian desempeñar puestos distinguidos si sintieran el mas ligero amor por el trabajo que edifica y ennoblece.

Gil Blas, montó en su mula con los ojos húmedos por las lágrimas que le arrancara la despedida y consejos de su tio; Gil Blas partió de la casa con ánimo decidido de hacerse un hombre de provecho, y sin embargo, cuando despues de

las mil peripecias que el hado sembró en su vida, consiguió hacerse ayuda de cámara ó criado de confianza, no quiso salir de tal estado en el que si bien es cierto fueron muchas las contras, ascienden á mas las ventajas. Como él otros muchos trocaron la esperanza de un porvenir mas cómodo, por la existencia regalona que siempre tuvo el ayuda de cámara.

En los tiempos modernos nuestro tipo es un criado que ha llegado á lo que mas podia llegar. Comenzó su carrera sin duda desempeñando bajos oficios, y poco á poco cuando fué perdiendo sus toscas maneras y sus modales groseros, cuando el trato con la gente le hizo adquirir formas y despertó su ambicion, y quiso dejar la blusa por el chaquet ó por el frac, pensó que ningun cargo le vendria tan bien como el de ayuda de cámara y con efecto comenzó á solicitarlo hasta que lo obtuvo.

Han cambiado los tiempos y con ello se han operado no pocos trastornos: en nuestros dias el ayuda de cámara no podrá compartir mesa y cuidados con el ama del orondo canónigo, ni podrá por listo que sea sustituir al médico á quien sirva, ni se irá en pos del hombre de guerra, ni en caso alguno podrá ser solicitado de accesor por purpurado arzobispo, y es que muchos de los que en lo antiguo podian permitirse el lujo de un ayuda de cámara, hoy apénas si puede tener criada, porque todo ha encarecido y con ello á Dios gracias ha ido subiendo el estipendio de los que por su buena ó mala suerte tienen que servir á otros.

Escaso y mezquino era el sueldo que nuestro buen Gil Blas cobró en las distintas casas en que estuvo, y si posible fuera enterarle de lo que hoy sucede, estamos seguros que supondria llegado el tiempo en que un criado podia cobrar la asignacion de un príncipe. Esto es lo cierto; facultativo hay en la época que alcanzamos que no llega ni con mucho á ganar lo que un fámulo de alta gerarquía y cualquiera de éstos puede realizar ahorros que, en su dia, le permitan vivir cómodamente sin trabajar, mientras otros se mueren de fatiga sin haber logrado mas que ir saliendo con miseria, á pesar de su probada y constante economía.

Para comprender al ayuda de cámara moderno, hay que verlo desde el momento en que comienza á solicitar el cargo. Nos hallábamos en una ocasion de visita en la casa de un señalado personaje, cuando se presentó en el despacho un señor magníficamente portado; su levita de fino paño é irreprochable corte, no hacia una arruga, sus ajustados guantes no tenian el menor deterioro y se veia flamante su sombrero de copa: se expresaba tan bien y eran tan distinguidas sus maneras, que creimos era algun político que venia á pedir el voto, ó algun lite-

rato que venia á pedir permiso para frecuentar la biblioteca particular de la casa, pero nos llevamos un solemne chasco: aquel sugeto era ni mas ni menos que un ayuda de cámara cesante, porque el señor á quien servia habia salido de España para desempeñar un alto puesto diplomático, y que se presentaba para solicitar allí igual puesto. Tuve que retirarme antes que la conferencia terminara, y no me enteré de sus pretensiones, mas como mi curiosidad habia quedado excitada, no pude menos de indagar y logré saber lo bastante para poderlo presentar en este dia.

Ya lo hemos dicho: en nuestro tiempo el ayuda de cámara sale de la muy notable clase de criados; pero, ¡cómo se modifica! ¡cómo cambia! ¡cómo influye en él la clase, condicion y naturaleza de la persona á quien sirve, y que es en suma quien le hace el gusto, quien le crea las opiniones!

El ayuda de cámara de un hombre político es sin duda el peor de los enemigos que tiene el partido en que su amo milita, y no porque él deje de seguir sus huellas, sino porque con sobrada razon se ha dicho que lo que mas perjudica es un aplauso estemporáneo: aquel fámulo de confianza es con quien el elevado personaje se desahoga en sus ratos de cólera ó con quien esparce el ánimo en sus ratos de satisfaccion y dueño de sus confianzas, aumentado el caudal de sus conocimientos con lo que escucha á las visitas que frecuentan la casa, sale luego y contoneándose como para aumentar su importancia, lanzando al aire con sin igual desenfado las bocanadas de humo que aspira del veguero que hurtó á su amo, hace suyas las frases y los pensamientos, simula que se le ocurren las mas extrambóticas combinaciones, entabla discusion sobre cualquier punto, y cuando se mira derrotado, que es casi siempre porque no alcanza á más su suficiencia, pone término brusco y quiere tapar la boca de todos, exclamando con aire magistral:

—Mi amo lo ha dicho.

Figúrense nuestros lectores que esto nunca es cierto, pues siempre el ayuda de cámara del hombre político habrá contado lo que se le antojó ó lo que pudo entender y nunca aquello que en realidad fué dicho, y de aquí naturalmente se siguen unas cuantas interpretaciones y dichos de que acaba la prensa por hacerse cargo, siguiendo no pocos perjuicios á quien únicamente cometió el delito de tener confianza con su ayuda de cámara.

Si el partido político de su amo está en auge, nuestro tipo es una gran influencia, pues al levantarse el amo, cuando almuerza, cuando come, en fin, á todas horas, se hablará del asunto hasta que lo consiga, y una vez conseguido para

el son los gajes, los regalos y las satisfacciones: si está en la oposicion es un peligro, pero entonces procura consolar con esperanzas; habla como si fuera un ministro, se da importancia y siempre acrece su influencia.

El ayuda de cámara del sietemesino calavera ó del dandy á la moda es mas terrible aun: procura imitar á su amo y aprovecha con fruto las lecciones que toma al ser cómplice en un buen número de intrigas amorosas: se hace en un principio el terror de las doncellas de labor, que al fin concluyen por asediarlo y adorarlo: viste con casi perfecta elegancia, tiene reloj y algunas joyas, gasta sin reparo, y condiciones son estas á las que resisten muy pocas mujeres de la edad moderna. Su amo, que no puede ocuparse de nada, se lo tiene abandonado todo, y él hace y deshace como verdadero propietario: él sabe cuando debe considerar como provechos trajes enteros y cuando debe guardar lo que su amo *olvidó*.

Si bien es cierto que sus ganancias son grandes, no lo es menos que su oficio es mas comprometido: él se vé constantemente expuesto por causa de muchas de las aventuras de su amo; él tiene que conocer quien es adverso ó favorable al que le paga: reñir con el sinnúmero de acreedores que lo asedian, hacer frente á los usureros que lo persiguen y vivir en contínua agitacion, en perpétua lucha para poder salir adelante pero en cambio no parece criado, es un jefe en toda la extension de la palabra, él manda y gobierna, él dispone y arregla y organiza á su gusto, porque el señorito, que en él depositó toda su confianza, no lo puede aguantar, pero no se atreve á despedirlo.

El militar de alta graduacion tiene tambien casi siempre su ayuda de cámara, no menos notable que los anteriores, y el mas sufrido de la clase, pues aguanta con harta frecuencia las genialidades de su amo que no puede perder nunca su trato de cuartel: es tambien de los que menos provechos cuenta, pero es de los que mas descansados viven, pues cortos y ligeros son los quehaceres de una casa que para estar en carácter ha de semejarse un tanto á un campo de batalla. La señora suele mortificarlo, pues es aficionada á batallas, y á falta de con quien librarlas tiene siempre al ayuda de cámara de su marido, que con razon puede decir siempre que sale de Herodes para entrar en Pilatos.

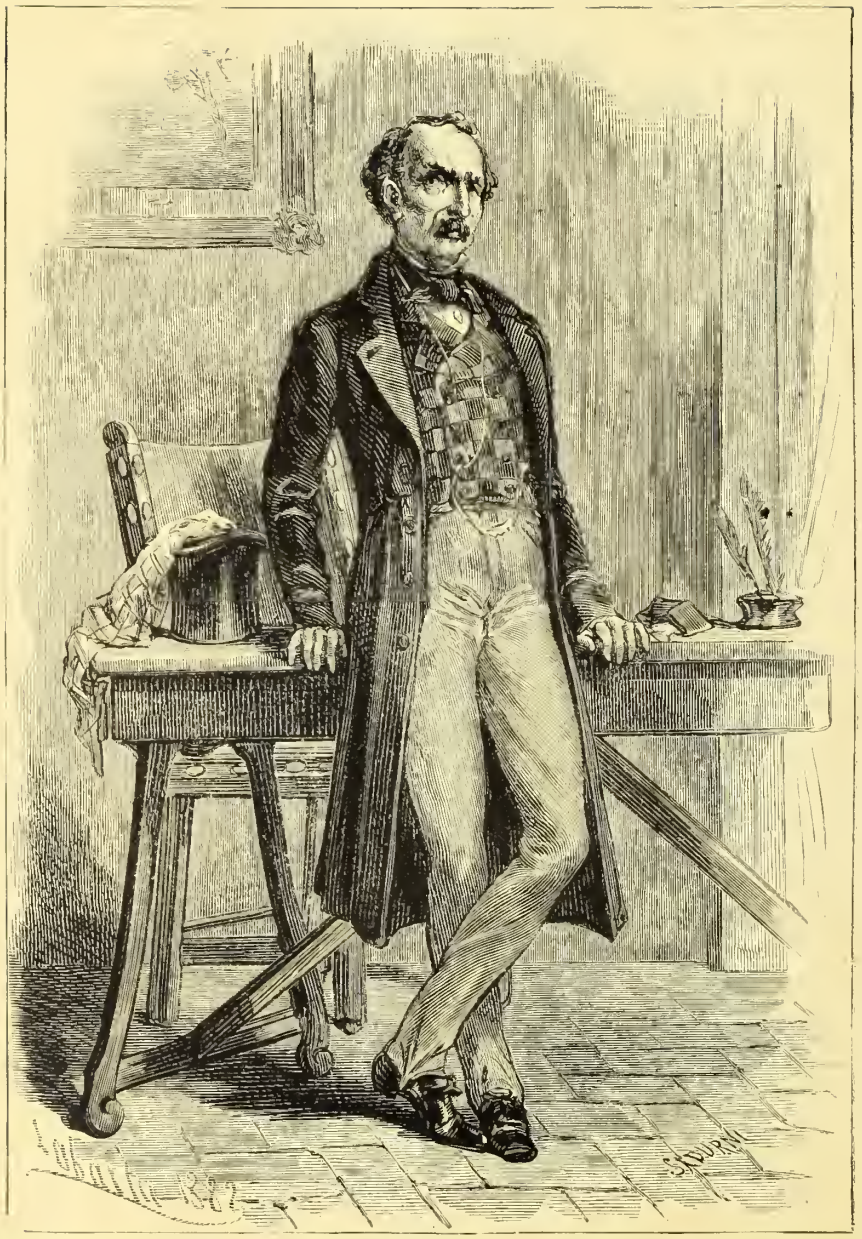
Como puesto mas elevado, como *desideratum* en la clase, el ayuda de cámara despues de haber servido á no pocos señores y haber pasado por muchas vicisitudes, suele conseguir á fuerza de recomendaciones que lo reciban en una de las aristocráticas casas de que tanto nombre gozan. Pueden muy bien estos puestos ser comparados con los pingües beneficios y ricas prebendas de que en otro tiem-

po disponia la Iglesia. Allí el ayuda de cámara no tiene que hacer mas que permanecer al cuidado del señor; vigilar la puerta de su despacho y trasmitir las órdenes que reciba. Por lo demás, su sueldo es crecido, sus provechos muchos, tiene criados que le sirvan y manda con tanto desenfado que mayor no puede ser. Él es quien impone al amo de todo lo que acontece, quien le da cuenta de lo que pasa en la casa, y quien le sirve de confidente secreto, gracias al que la señora ni aun sospecha de lo que pasa por fuera. Nadie mas que él sabrá que el amo tiene dos casas, y él solo cobrará de ambas, mas como todo lo que tiene ventajas tiene tambien inconvenientes, un ayuda de cámara de esta especie nunca es mirado con buenos ojos, y la esposa desconfía de él y el hijo lo odia con encono, y todos lo persiguen y lo calumnian, consiguiendo no pocas veces derribarlo del trono que con astucia y maña se habia sabido levantar.

No pocas veces la envidia es el principal agente que impulsa á los otros para que con él obren de una manera tan odiosa, pero si se apercibe á tiempo sabrá con muchísima diplomacia destruir todas las maquinaciones y aun obtener ventajas, pues las presentará como injustos é infundados ataques á una persona que es fiel para que el amo no sepa lo que sucede.

Lo que mas acrecienta y ayuda el poder de un hombre de esta clase, es su propia servicialidad bajo la que no pocas veces se ocultan las miras interesadas y el afan de lucrar. Cuando son muchos los años de servicio que lleva un ayuda de cámara, es terrible: serviria en todo y para todo al amo de la casa, hará lo mismo con la señora y cubrirá favoreciéndolos, si es preciso, los vicios del hijo: será el confidente de todos; no habrá ninguno que le haya dejado de comunicar algun secreto de los que implican faltas y estos precisamente serán los que le den poder y valer: comprende que todos han de temerle y se aprovecha de ello; todos están seguros de que los puede perder y ninguno quiere malquistarse y lo miman y halagan y por sus faltas aumenta las ya crecidas ganancias que consigue. Haga lo que haga, nadie osará decirle nada: el señor teme con fundamento que á oidos de su esposa lleguen ciertos pecadillos que por mas de un concepto le conviene tener ocultos; ella siente lo que podria ocurrir si por perjudicarla dijera á su marido que algunos amigos la visitan precisamente cuando él está fuera de casa y en cuanto al hijo calla, es porque mas de una vez, gracias al ayuda de cámara, se vió libre de algun apuro.

Tal es nuestro tipo; y para concluir diremos que con ellos se realiza tambien la verdad de *tal para cual,* ó *á tal amo tal criado.*



EL HOMBRE DE MUNDO.

POR D. FEDERICO VALCÁRCEL.

I

DE COMO ES SIEMPRE OPORTUNO EL PREMIO GORDO.

No hace mucho tiempo residía en la coronada villa un hombre singular que con no tener mas que cuarenta años, hacia ya por decirlo así cincuenta que estaba cansado del mundo y aun diera otros tantos á Dios ó al diablo por encontrar otra villa siquier descoronada fuera de este pícaro mundo, á donde poder retirarse con su caudal de experiencia, sino de reales vellon, léjos, muy léjos de hombres y de cosas, ó sea de hombres y mujeres, á pasar en el olvido el resto de sus dias, amargados por estas mismas cosas y otras muchas mas.

En hecho de verdad, la verdad es que no era la villa lo que le faltaba, que siempre hay un rincon de limbo, esto es, de mundo que no esté en el mundo, á donde retirarse, sobre todo con aspiraciones tan modestas, en no faltando harina. Dicho se está que lo que le faltaba á nuestro hombre no era sino trigo. Y apurando el concepto aun pudiéramos decir que no era esto tampoco, toda vez que la falta de trigo supone otra anterior y superior, ó sea la falta de dinero.

¡Dinero! hé aquí la idea generadora, matriz, madre de toda accion ó combinacion verdaderamente filosófica ó filosofal mas propiamente, como quiera que todos nos movemos detrás de la dichosa piedra dentro de la filosofía verdadera.

En busca de tan torcidos recursos, derechos siempre en la curia anduvo nuestro hombre todos los pasos de su asendereada vida, sin que le fuera dado topar con la pecúnia cosa muy á propósito para el tal encuentro por cuanto tiene forma de becerro. Hasta que un dia (ó noche que no hemos de hilar tan delgado que vayamos á garantir las menudencias), tomó á la desesperada un lote de la Nacional, por señas de un mísero ahorro que no le sobraba ciertamente, y por uno de esos palos de ciego que suele dar la fortuna, loca amen de ciega, fué tan afortunado esta vez el pobre diablo que lo descalabró el premio gordo con una inverosimilitud de millares de duros.

Lo descalabró decimos y no decimos mal, porque el agraciado jugador hubo de perder el juicio á la sorpresa de nueva tan contundente.

El caso no era para menos: habíanle caido encima quinientas arrobas de plata, ó disminuyendo el peso, aunque no la intensidad, treinta y dos arrobas de oro.

Con todo eso, no estuvo loco mucho tiempo, pues siendo un hecho psicológico que los grandes exabruptos así sirven para torcer como para enderezar juicios, nuestro loco no tuvo mas que contar sus cuentos para quedar sano y salvo y aun diz que jóven y hermoso.

Esto último es probado. Dadme á mí quinientas arrobas de plata ó siquiera treinta y dos de oro y ya no me queda una cana. En cuanto á lo de hermoso, no creo que nadie osara llamarme feo, principalmente entre las hermosas, cuyo voto me bastaría.

Llenos ya de salud todos sus bolsillos, le era ya muy fácil al héroe de esta epopeya encontrar, no ya el rincon de marras, sino tambien el mismo paraíso perdido. Y firme en su antiguo propósito de retirarse del mundo, del demonio y de la carne, que ambos á tres, si así puede decirse, lo habian tentado bastante, aunque no sin enseñarle mucho, sacudió el polvo de sus zapatos, pues botinas no se estilaban entonces y salió de la coronada villa, sin descabalar su premio gordo que íntegro dejó en una casa de banca tomando solo á cuenta algunos réditos.

II

DONDE ENCUENTRA EL HOMBRE EL RINCON DE MUNDO QUE BUSCABA.

Así como olvidó la córte el agraciado en cuanto le volvió la espalda, olvidó tam-

bien á Valencia, su amada pátria, donde no conocia á nadie, ó mas exactamente, nadie lo conocia á él; olvidó igualmente á Barcelona, donde un mercader, deudo suyo, hubo de ejecutarlo por cobro de maravedices; y pasando de largo por Granada, donde lo persiguió por sospechoso la injusticia de los hombres, y por Sevilla donde lo persiguiera la justicia de las mujeres, fué á parar á un pueblo de la raya de Portugal, como quien no quisiera ser español ni portugués, ó quien quisiera ser acaso ambas cosas á la vez, pero resuelto á perderse allí en las sombras del olvido como un pájaro nocturno que no quiere sociedad con los pájaros y pájaras del dia.

Al año de estar allí, era ya el primer terrateniente del país en diez leguas á la redonda, y nada le hubiera faltado para su completo bienestar, á tener una entidad más, esto es, otra entidad distinta de la suya, pero bien adherida á ella, por testigo de su dicha.

Si pudiéramos decir *testiga,* como otros dicen *rea,* habríamos expresado perfectamente la idea, porque el testigo que necesitaba el dichoso hombre era gramaticalmente hembra, es decir mujer, ó mas cultamente esposa.

Claro es que no tenia lo que le faltaba; pero esta falta no lo inquietaba gran cosa, pues en este punto tenia el hombre su opinion formada y aun formulada, que es algo más, como quiera que venia estudiando el tema de mucho tiempo atrás en el gran libro del mundo, libro en fólio mayor de interminables páginas, por cuya razon no acaba nunca de estudiarse.

Su opinion pues estaba encarnada ó descarnada en esta aridísima fórmula.

«El hombre, rico ó pobre, se basta á sí mismo.»

Nosotros, en cuanto al pobre, hubiéramos extremado el apotegma. En efecto, el hombre sin valor entendido, no ya solo se basta, sino que se sobra á sí mismo. ¿Para que diablos se quiere? Pero el rico, el hombre contante y sonante, afloja siempre la tirantez de los principios. Difícilmente se encontrará haciendo de soltero ni menos de solteron, en cuyo presupuesto de gastos no figura en cifra y con todas sus letras la partida de alfileres; alfileres que suelen ser zarcillos de oro ó de *doublé,* segun los ingresos; y sino zarcillos, brazaletes collares ú otras zarandejas que no usa nuestro feo sexo.

En el presupuesto de tan prudente varon no figurará cosa de alfiler de uso sospechoso; pero apostaríamos los mismos zarcillos á que el agraciado de ahora no era tan radical en este punto como el desdichado de marras; pues no hay soltero, máxime si es solteron, á no estar *descuartizado,* que deje de sentir de dia y de

noche dicha necesidad ó sea la falta de la dichosa *testiga* con perdon de la Academia. Sino que nuestro héroe, á quien si hemos de mentar á cada paso llamaremos desde ahora don Prudencio, desconfiaba prudentemente de todas las mujeres, ganado con que habia perdido, aunque no siempre; y por eso se habria seguramente resuelto á morir célibe, si solo hubiera mujeres de córte, de capital, de pícaro mundo. Hubiérala él querido de limbo, de lugar de un pueblo que no fuera del mundo, por decirlo así: mas claro, la hubiera querido polla, pava, inocentona para poder educarla á su sabor.

No habiendo podido encontrar aun esta especie de arquetipo de primitiva inocencia, se mantenia en sus trece, ó sea en su fórmula de celibato; pero ya mas bien por sistema, por teoría ó ciencia que por conciencia, pues allá en sus adentros bien sentia ó presentia que no se habia de bastar siempre á sí mismo.

Por lo demás, era intransigente dentro de sus principios de conducta aconsejados por larga y triste experiencia.

Diz que sabedoras del mérito personal de este becerro de oro mas de una y aun de dos duquesas no sabemos si *in partibus,* pero duquesas positivamente, hubieron de pretender su mano, mano que sosteniendo la metáfora debiéramos llamar pezuña, y con este propósito detuviéronse en el pueblo algunos dias, como fatigadas del camino á su paso para las termas vecinas; sino que el becerro, á fuer de hombre corrido, hubo de darles sendas cornadas, ó calabazas por no sostener ya mas nosotros tan récia y bárbara metáfora.

Pasado algun tiempo, despues de estas y otras calabazas, rasgos característicos de su fisonomía social ó insocial (y poned donde podias tales protuberancias), hubo de ver don Prudencio una manzana de oro, no en el jardin de las Hespéridas, sino en el llamado de las Ánimas, ó sea en el huerto del párroco, moza (la manzana, no el párroco), moza de algunos quince abriles, ó diez y seis á lo más, tan bella como tímida, y tan vergonzosica, que luego de haber deslumbrado al solteron con las estrellas de sus ojos las eclipsó graciosamente con las sombras de sus negras, largas y honestísimas pestañas.

Don Prudencio la miró á espacio y de frente como quiera que ella no lo miraba ya á él.

Con todo eso, encogióse luego de hombros, haciendo un gesto de expresion indefinible, como obligado á decir que el hombre, pobre ó rico, se basta á sí mismo y le volvió la espalda bruscamente.

Pero siguió viéndola y luego pensando en ella.

¿Qué pensaba?

El dato es interesante, pero nos falta. Vaya usted á saber lo que pensaba un hombre tan corrido y sobre todo tan reservado y prudente.

Solo nos consta que volvió á su casa pensativo, que cenó bien y se acostó; sino que no pudo dormir, ó no durmió tanto ni tan bien como las demás noches.

Fatigado al fin de su insomnio y de su malestar bien que nada le doliera, se incorporó en el lecho, encendió una bujía y habiendo de entretenerse en algo, tomó por pasatiempo su vieja y sobada cartera, libro de heterogéneas memorias, donde incólumes unas, testados otros, dormian todos los recuerdos é impresiones de su vida.

Cuentas de sastre y de modista; señas de habitacion, despues de sospechosas iniciales; fechas sin duda memorables por lo abultadas y concisas; aforismos higiénicos y máximas morales... estos y otros *ejusdem furfuris,* eran los apuntes que llenaban aquel gran gatuperio que don Prudencio comenzó á hojear desde la primera página.

Todos los sospechosos estaban ya cruzados de antemano, y con todo eso, volvió á cruzarlos don Prudencio, sonriendo á veces, sin sonreir las mas, y aun hubo de hacer alguna que otra cruz con gesto de amarga expresion.

Entre los indiferentes, y por tanto incólumes apuntes, habia las siguientes máximas, que don Prudencio fué leyendo y aun estudiando una por una.

«Los hombres que se casan son los que por lo regular saben arrepentirse.»—*Sócrates.*

Despues de meditar un buen espacio sobre la moral de esta sentencia, tomó la pluma don Prudencio y la borró, como quien no está ó no quisiera estar ya conforme con ella.

«¿Por qué no has sancionado alguna pena para los célibes?—Porque el matrimonio es ya de suyo una carga muy pesada.»—*Licurgo.*

Don Prudencio no borró esta otra máxima; pero modificó su sentido adicionándola así:

«Para quien no sabe tomarlo con todas las precauciones, que sugiere la prudencia.»

Y siguió leyendo:

«El hombre no debe casarse nunca; en la juventud por temprano; en la vejez por tarde.»—*Diógenes.*

—Luego la edad viril,—arguyó don Prudencio en voz alta como si estuviera enfrente del filósofo cínico,—es la edad oportuna para casarse.

«La mujer es siempre mejor ó peor que el hombre.»—*La Bruyere.*

Esta sentencia quedó intacta.

«Hay pocas mujeres honradas que no estén cansadas de serlo.»—*La Rochefoucauld.*

—En las grandes capitales,—añadió don Prudencio con toda conviccion,—es probado.

«Si elejís mujer hermosa, te será infiel: y si la elijes fea le serás tú á ella.»—*Antístenes.*

—¡Qué alambicar de filósofos!—exclamó el presunto esposo con cierto enfado tan pueril como gracioso.

«Dos dias satisfactorios se pasan con la propia mujer: uno cuando se recibe y otro cuando se entierra.»—*Hiponax.*

—¡Qué barbaridad! ¡Y yo que creia que no podia ser necio ningun sábio!... Solo cuando yo lo apunté allá en mis verdes años pudo caerme en gracia este disparate.

«La belleza es una tiranía de poca duracion.»—*Sócrates.*

—Para lo que ha de vivir ya este pobre viejo,...—murmuró el riquísimo provecto.

«Mienten las mujeres con tanta gracia que hasta les hace gracia la mentira.»—*Byron.*

—Es verdad.

«Las mujeres fingen mas que mienten, mientras los hombres mienten mas que fingen.»

—Es verdad.

«La mujer es un manjar digno de los dioses, cuando no lo guisa el diablo.»—*Shakespeare.*

—Es verdad,—repitió nuestro héroe reprimiendo la risa.

«Mas vale un hombre que te haga mal, que una mujer que te haga bien.»—*Eclesiástico.*

—Esto es mentira,—dijo don Prudencio con impiedad inconsciente, como quiera que no era muy fuerte en Escritura.

«Toda malicia es poca comparada con la malicia de la mujer.»—*Id.*

—¡Qué barbaridad!—exclamó don Prudencio con la misma irreverencia, aun-

que inconsciente siempre.—Ni tanto ni tampoco. Despues de todo el hombre hace á la mujer.

Y cerró su cartera con cierto enfado cómico ó pueril.

III

DE LO QUE ERA LA MANZANA DE ORO.

La mañana siguiente, el ama de gobierno, quintañona tan fosca como solícita por la salud de don Prudencio, habiéndose apercibido de su insomnio, hubo de preguntarle á tenor de ello.

—Esta noche, señor,—le dijo,—no se ha dormido mucho.

—¿Eh?—se limitó á decir don Prudencio, temeroso de que hubiera sorprendido su secreto, con lo cual no contestó á la pregunta, sino que preguntó á su vez.

—Ví muy á deshora luz por la rendija,—repuso la dueña.

—Sí, me he desvelado esta noche.

—¿Quiére usted que le traiga adormideras del huerto de las Ánimas?

Don Prudencio miró atentamente á la dueña y contestó, despues de un hondo suspiro:

—No, esto no se cura con yerbas.

En efecto: *nullis amor,* dice Séneca, *est medicabilis herbis.*

—Pues carne, señor amo,—añadió la vieja, no se sabe si con intencion ó sin ella.

—Por eso estoy mas bien,—dijo don Prudencio en el mismo tono indefinible.

—Carne, buen vino y *laus Deo,* aseguran á Morfeo, como reza el refran.

—Pues sírvame usted el almuerzo.

Don Prudencio almorzó bien, comió y cenó mejor; pero no durmió mas tranquilo aquella noche, ni las siguientes tampoco.

Urgía, pues, poner remedio al insistente insomnio yendo al huerto de las Ánimas, ó sea del padre cura, en busca de adormideras ó mas francamente manzanas.

Y pues que urgía procedió el interesado con el mayor interés, aunque sin salir de su paso, á tomar informes de la núbil, á quien sin haber jugado nunca á la lotería, le iba á tocar tambien el premio gordo.

Era la susodicha manzana de oro una niña de cabellos de ángel y ojos al pelo, esto es, una rubia de ojos azules como una vírgen cristiana, y esbelta, aunque llenita como una hada moruna, y pasaba, no sin razon, por la mas honesta y recatada doncella del pueblo, como quiera que habia recibido la mas severa y piadosa crianza, bajo la férula de su reverendo tio, párroco del lugar y deudo de su madre, la cual servia á su merced en calidad de ama de llaves.

Sabíase de coro todas las oraciones del ejercicio cuotidiano, mas algunas otras en latin de las horas canónicas, iba á misa conventual todos los *dias diarios,* pleonasmo no inútil aquí, ya que tan gráficamente expresa la reincidencia ó asiduidad y confesaba, aunque inocente, todos los domingos, como una gran pecadora.

Atento á labores femeniles, no tenia nada que envidiar á la mas provecta educanda de colegio; que así hacia un par de calcetas de lana burda para su señor tio, ó zurcía, cuando no remendaba la basquiña de su señora madre, como bordaba en fina seda una túnica para el Niño Dios ó una toca para su Santa Madre.

Y si en esto de coser y cantar era habilísima como una colegiala, sin haber salido nunca del lugar, no era sino primorosa como una monja en lo de hacer golosinas.

Cosa de danza, no sabia ni debia saber la sobrina de su tio, cuyas opiniones en este punto, como en todos, aceptaba de buen grado, condenando como su merced esta invencion de Satanás. Ni menos sabia solfear maldito el aire ó ária de ópera ó zarzuela, reclamo del mismo enemigo del alma y fruta prohibida en aquel paraíso terrenal; pero á sus solas, no dejaba de entonar el canto llano.

Menos aun sabia la inocente y cándida doncella qué fruta era el amor, pues bien que á todos los mozos del lugar se les fueron los ojos detrás de ella, rústicos como eran, no pensaron nunca en coger una flor que, por tierna y delicada, se hubiera deshojado entre sus manos.

Y como los mozos no la amaban, ó no se lo decian, que para el caso es lo mismo, ella tampoco amaba mas que á su madre y á su tio, individuos que, por identidad de traje, tenia ella por de su propio sexo.

Mirar ella de frente á un hombre, hubiera sido gran pecado en su inmaculada conciencia; de soslayo y aun así Dios y ayuda, pues de ello hubo de acusarse en confesion, aunque solo una vez ó dos ó tres; secreto que, supuesta la inviolabilidad del sacramento por parte del confesor, no sabemos como diablos ha llegado hasta nosotros.

Era, en pocas palabras, limpia como una patena, hablando técnicamente, buena como el pan bendito, mansa y sumisa como una esposa de Cristo.

Todo esto hubo de averiguar don Prudencio, dentro siempre de su propia concha, ó sea sin preguntar á nadie directa y torpemente; y aun supo mucho más y favorable todo, como quiera que se lo dijo la fama; y la fama, que sobre ser mujer tiene cien lenguas, habla siempre, en buena ó mala parte, mas de lo que debe.

IV

DE LO QUE VERÁ EL CURIOSO LECTOR.

Bien que supiera ya nuestro héroe á que atenerse, pues le habian salido á pedir de boca sus investigaciones, no quiso correr por la pendiente, yendo, sin embargo, hácia su objeto con esa especie de compás mayor que se llama en la lengua del Bocaccio *pian piano*.

Era hombre de mundo, habia corrido ya bastante, se llamaba don Prudencio, y todo esto le imponia deberes de reserva y prevencion para no contradecirse á sí mismo.

¿Me convendrá á mí esta muchacha?

Hé aquí una pregunta que se hacia don Prudencio todas las noches al acostarse y á la que no se contestaba nunca, aunque pensara en ella mucho, puesto que le sobraba tiempo y ocasion para ello, pues Morfeo no acudia, á pesar de la receta de la dueña.

Con todo eso, es decir, sin contestarse á su pregunta, salió un dia de su retraimiento y allá, fué á casa del cura, no á otra sino á pagarle la visita de que le era deudor desde la llegada al pueblo: nada mas justo ni justificado.

Despues, aprovechando el ofrecimiento de cortesía ó de expontaneidad, supuesta la franqueza de su merced del párroco, hubo de frecuentar la casa, sin correrse ni mucho menos en la frecuencia, pues no sino los domingos iba por allá, tendiendo siempre, aunque mañosamente, á su propósito de investigacion; y cuando al cabo de cabos adquirió la íntima conviccion de que Inmaculata, que tan limpio era el nombre bautismal de la doncella, no tenia cosa de telaraña ni polvo ni sombra en su conciencia, en punto á moral, y en otros puntos que así hacia á sala como á cocina, á abanico como á escoba, lo cual vale tanto como decir que era tan apta para un fregado como para un barrido, llamó en reserva al párroco y le dijo exabrupto:

—Tengo quinientas arrobas de plata, ó sean treinta y dos de oro, ó si sabe usted contar doscientos mil duros de capital efectivo.

El pobre del párroco que, sin levantarse de su poltrona de baqueta, habia retrocedido un paso, por decirlo así, á cada uno de estos bárbaros conceptos, especie de trinidad diabólica, que sin dejar de ser trina, era en el fondo una, pues plata, oro ó moneda no era sino un escándalo de dinero, no halló á mano que decir y se santiguó piadosamente.

—Son cuatro millones,—añadió enfáticamente don Prudencio abusando de su posicion.

El párroco se santiguó otra vez en silencio; y don Prudencio que se gozaba en su asombro llevó su crueldad hasta el punto de preguntarle sonriendo:

—¿Qué dice usted á eso?

—Digo,—contestó al fin el párroco,—que es mucho dinero ese para un hombre solo.

¡Contestacion admirable en su misma sencillez! Tiene ó toda la rectitud de la ingenuidad ó todos los recodos de la doblez, de la malicia, del cálculo.

Nosotros, pobres cantores de gesta, no hubiéramos sido osados á tomarlo en mala parte; pero don Prudencio que era hombre de mundo además de don Prudencio, se sonrió victoriosamente, tomando la aparente ingenuidad por indirecta, y la indirecta por feliz augurio de su triunfo.

—Ciertamente,—repuso,—es mucho dinero para un hombre solo, y por eso, no siendo yo uno de esos egoistas que todo lo quieren para sí solos, he pensado en elegir compañera que lo disfrute conmigo en paz y gracia de Dios.

—Ha pensado usted muy bien, señor don Prudencio; sino que en este pequeño vecindario quizás no haya para elegir mas que una... ó dos.

—Cuente, padre cura, que no soy yo mahometano para elegir tres ó cuatro.

—No lo dije por tanto, señor don Prudencio; decir quise que no hay en este rincon muchas mujeres dignas de la eleccion.

—Como haya una, sobran todas las demás.

—Pues una... no dejará de haberla.

—Pues esa, señor cura, con el asenso de usted, ha de ser la madre de mis hijos.

—¿Eh?—preguntó su merced desentendiéndose con cierto decoro retórico, de una intencion que era la suya propia.

—Eso mismo,—contestó el otro, desentendiéndose á su vez de estos repulgos. —Lo tengo ya resuelto.

—¿Resuelto lo tiene usted?

—Sin duda.

—¿Qué?

—¡Pardiez! Pues eso mismo, hombre de Dios.

El párroco juzgó ya peligroso su desentendimiento, y entendiéndolo ya todo, entró de lleno en la cuestion.

—En hora buena,—dijo con cierta sonrisita: en hora buena: si se aman ustedes...

—Por mi parte, sí,—contestó resueltamente don Prudencio,—no sé si ella...

—Ella soy yo.

—No estoy conforme.

—Lo digo al tanto de su obediencia y sumision á mi voluntad, como que la pobre no ha conocido otro padre.

—Con todo eso, señor cura, yo no quiero obligarla.

—¿Qué es obligar? Demás me sé yo, señor don Prudencio, que Inmaculata tiene á usted en el mejor predicamento y que aun presunta su dicha en el honesto conyugio de un hombre á quien recomiendan tales y tantas virtudes.

—No es oro todo lo que reluce, padre cura.

El bueno del párroco no entendió la figura, con ser la acusacion de una conciencia, y se desconcertó un momento; mas conociendo que si oro no era todo lo que relucia, siempre quedaria algo y aun algos, muy luego se rehizo y contestó oportunamente como siempre:

—No importa, señor mio; mi sobrina no ha de querer á usted por el oro, sino por sus buenas prendas.

—En hora buena. Pero sin haber yo dicho una palabra ni media á nadie sobre mis intenciones, ¿cómo puede ella saber?...

—No he dicho que lo sepa, sino que lo presiente. En esto del amor hay corazonadas muy seguras.

—Veo que es usted hombre de mundo.

—De confesionario no mas.

—Sea como quiera, hay que consultar préviamente la voluntad de la moza para que luego no se llame á engaño. Sobre todo ¿á qué exponerme yo á un desaire sin orillar antes ciertas dificultades, tales como mi edad machucha, mi triste figura?...

—Perdone usted, señor don Prudencio: en cuanto á lo primero, sepa usted

que nuestra Santa Madre Iglesia no pregunta por la edad á los contrayentes; y en cuanto á lo segundo, ó sea á lo de su triste figura, aunque pudiera ser mas alegre, no es tan triste como usted supone, y sobre ello nada dice tampoco nuestra Santa Madre.

—Pero podria decir la hija.

—¿Qué sabe ella de eso?

—Sin embargo, insisto.

—En hora buena.

—Ahora ruego á usted, padre cura, se sirva aplicar una misa por mi intencion,—dijo don Prudencio levantándose y poniéndole una onza de oro en la palma de la mano.

—¡Oh!—exclamó con asombro el bueno del párroco, que las habia dicho hasta á tres reales.—Con tanta piedad ¿cómo no ha de ser usted afortunado?

—A Dios rogando y con el mazo dando.

—Es un gran proverbio. Pero ¿parte usted ya?

—Sí, tengo que hacer, y usted tambien tiene que hacer algo ahora.

—Cuente usted con los buenos oficios de éste, su mas atento amigo, seguro servidor y capellan que su mano besa.

Y el párroco lo acompañó hasta la puerta de la calle.

V

DONDE SE CELEBRA CONSEJO DE FAMILIA

—¡Escolástica!—gritó el cura luego que se restituyó á su aposento llamando á quien llamaba.

Una mujer diminuta, gordiflona y rubicunda acudió como rodando.

Era ese segundo tomo de teología moral que está en órden y categoría entre el párroco, que es el primero, y el sacristan, que es el segundo..... era, pues, el ama del cura.

—Siéntate cómodamente, que tenemos que hablar mucho.

—¿Qué ocurre de malo?

—No es sino muy bueno.

—A la mano de Dios.

Dejó el cura pasar en silencio una gran pausa, que pudiéramos llamar de efec-

to, y cuando fué á estallar la impaciencia de la dueña, dijo con toda esta sorna:

—¿Conoces tú á don Prudencio Gomez?

—¡Bah! Pues, ¿no viene á casa todos los domingos y aun hoy ha venido con ser martes?

—No has comprendido mi intencion, mujer.

—Pues pregúntamelo otra vez, hombre.

—¿Sabes quien es don Prudencio?

—Sé que es un hombre bastante adusto y...

—¡Escolástica! Ten caridad del prójimo por amor de Dios.

—Francamente, no me gustan los solterones.

—Pues vé como dispone Dios las cosas, y adora su providencia. Nosotros le gustamos tanto á él que va á hacernos felices.

—¡Tan adusto siempre y tan ruín!

—¡Caridad, Escolástica!

—¿No es así?

—Es millonario y no sino muy generoso.

—¿Con qué tiene mas de las fincas que compró?

El párroco se sonrió, seguro del efecto y contestó con toda esta gallardía:

—Tiene quinientas arrobas de plata, ó sean treinta y dos de oro, ó lo que es igual doscientos mil duros efectivos.

Escolástica quedó como aplastada bajo tanto peso.

—Ahora bien,—repitió el párroco,—¿sabes quien es don Prudencio?

El ama no pudo articular todavía una palabra; y no contestando ella, se contestó él mismo.

—Es un señor riquísimo, explendido, piadoso, honorable afabilísimo y sobre todo enamorado de tu hija.

—¿Qué me cuentas?

—Lo que estás oyendo.

—Pero, ¿cómo es tan reservado con la niña que jamás le echó una flor siquiera?

—¡Bah! Si al fin le echa todos sus millones, bien pueden dispensársele las flores.

—Pero, ¿cómo no me pide su blanca mano?

—Calma, que todo se andará, mujer: no quieras sacar de quicio las cosas, tanto mas cuando que las dirige la misma prudencia en persona. En ese camino

ha dado ya el primer paso cerca de mí, sabiendo la autoridad que tengo en la familia. Despues cumplirá contigo; pero antes, como hombre digno de su nombre, quiere dar otro paso prévio, pues como dice el refran, para hacer una pepitoria de gallina, lo primero es tener gallina.

—No te entiendo.

—Quiero decir que ante todo hay que consultar la voluntad de la interesada.

—En cuanto á eso, ella hará lo que se le mande.

—Sin embargo, es una condicion que impone el pretendiente y hay que cumplirla, siquiera por no disgustarlo.

—Sea como quiere.

—Pues llenemos el trámite.

Y los dos á una voz llamaron á Inmaculata.

Muy luego se presentó la doncella, blanca como un copo de nieve, olorosa como un nardo, espléndida como una estrella, melancólica como un suspiro, tímida y vergonzosica como el mismo pudor.

—Siéntate,—mandáronle á una voz tambien las dos autoridades.

Y obedeciendo al mandato, la niña vino á sentarse entre una y otra.

El piadoso párroco creyó que ante todo debia examinarla de doctrina cristiana, *pro fórmula* sin duda, pues harto le constaba que su alumna se sabrá de memoria todo el Ripalda; pero el ama, toma la palabra con su autoridad de madre y se fué derecha al grano, dejando al cura las hojas, digámoslo así, por no mentar aquí la paja.

—Hija mia,—le dijo,—ha llegado la ocasion de tomar estado y de tomarlo bien, ó elegir como Dios manda y la Iglesia nos propone, porque la ocasion es calva, como dijo San Buenaventura, y hay que cogerla por los cabellos, como dice tu tio.

—Yo no he dicho eso, mujer ni San Buenaventura lo otro,—dijo el párroco con bondadoso enfado, al ver que Escolástica se iba por los Cerros de Ubeda.

—Pues habla tú,—repuso el ama con enfado no ya tan bondadoso.

—Déjame pues hablar sin interrumpirme hasta que te llegue el turno.

El párroco volvió á su doctrina y entrándose por los sacramentos, no paró hasta llegar al séptimo, que era el punto cardinal de tan solemne exámen; y haciendo aquí una pausa, solo para tomar un polvo, preguntó á la doncella sonriendo:

—Ahora bien, ¿sabrias tú decirme que es matrimonio?

La doncella no contestó á esta pregunta, pero bajó la vista y se ruborizó intensamente, lo cual era contestar en cierto modo.

La madre, empero, que no lo entendió así, creyó oportuno suplir el silencio de la hija y saltó diciendo:

—Basta con que sepa que es amor.

—No basta,—contestó severamente el párroco.

—No todas las mujeres han de ser teólogas.

—Pero buenas cristianas, sí.

—Sin duda, pero del amor al matrimonio no hay ya mas que un paso.

—Veámoslo, pues,—dijo el cura sonriendo.—¿Qué es amor, Inmaculata?

—¿Amor?

—Sí.

—Pues el amor es... no sé qué... que viene de... no sé donde... y nos impulsa á... que sé yo...

—¡Jesús, María y Josef! ¡Cuántos disparates!—exclamó la madre desconsolada.

—Poco á poco, Escolástica,—dijo el cura saboreando otro polvo.—No se explicó mejor con toda su teología sobre tan difícil punto el mismo fray Dubose en su libro de *La mujer honesta*. Y no hemos de exigir que sepan mas de amor terreno los ángeles que los frailes.

Y dirigiéndose ahora á la doncella, añadió:

—¡Perfectamente, Inmaculata! un paso mas y ya estamos en el matrimonio, segun dice tu madre. Dime, pues, ¿que es matrimonio?

La niña contestó ahora de corrido:

—Un conjunto de todos los bienes sin mezcla de mal alguno.

—Eso es la gloria, hija.

—Un conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno.

—Eso es el infierno, hija mia. ¡Y con eso sales ahora!—arguyó la madre meneando la cabeza con expresion de lástima.—¿Cómo has de casarte, si no sabes lo que es matrimonio?

—Sí lo sabe,—redarguyó el padre cura,—pues sustancialmente gloria ó infierno es, segun que los esposos se lleven ó no amorosa y cuerdamente, como Cristo con su iglesia ó como la iglesia con Cristo.

Con todo eso, el bueno del párroco hubo de explicar canónicamente el punto de doctrina á la inconsciente examinanda.

—Ahora bien,—añadió luego,—¿tienes vocacion al estado conyugal?

Inmaculata se encogió de hombros como si no entendiera el preguntado, ruborizándose otra vez como si lo hubiera entendido.

—Eso sí,—contestó la madre por la hija.

—Adelante, pues,—dijo sonriendo el examinador.

Y continuó su interrogatorio.

—¿Amas á tu futuro?

—Pero, señor,—contestó la cándida ruborizándose por tercera vez,—esa pregunta no está en el catecismo.

—Pero es de rúbrica, hija mia,—repuso el párroco,—y es preciso contestar con toda verdad. Contesta, pues.

—Pero, señor, ¿qué es futuro?

—Futuro es,—se anticipó á explicar doña Escolástica,—un hombre que gusta ó debe gustar por sus buenas cualidades á una niña bien criada que le da ó debe darle palabra de casamiento.

—Ahora bien,—preguntó sin mas rodeos el párroco,—¿Amas á don Prudencio?

La presunta novia no contestó de palabra; pero se ruborizó por última vez y sonriendo graciosamente echó una lagrimica.

—A la mano de Dios,—dijo el párroco dándose por entendido.

—No la examines mas,—añadió la madre,—toda vez que en punto de doctrina, sabe lo mas esencial.

—Falta mi bendicion.

La novia cayó de rodillas; el párroco la cruzó y con esto se levantó la sesion.

VI

DEL PENSAMIENTO MAS NEGRO QUE PUEDE OCURRIR Á HOMBRE BLANCO.

El dia siguiente volvió don Prudencio *pian piano* á casa del señor cura, á quien halló en compañía de su canónica dueña, departiendo mano á mano sobre la felicidad que se les entraba por las puertas.

Ambos á dos, cura y dueña, recibieron con los brazos abiertos á su futuro, tan perfecto y aun *plus quam perfecto,* haciéndole desde luego participio de presente ó sea miembro de la familia.

Hubo con tan fausto motivo tortas y pan pintado, golosinas á que contra su costumbre hizo honor el pretendiente por estar hechas de mano maestra, como quiera que Inmaculata se pintaba sola en esto de hacer pan como unas hostias, pastas y demás dulcecicos. Cosa de licor no quiso gustar don Prudencio, sino es la lágrima que quedó en el fondo de la copa, apurada á sus instancias por la novia, quien solo por darle gusto la primera vez de su vida lo gustaba.

No embargante, don Prudencio estuvo en este gaudeamus de familia todo lo alegre que permitia lo triste de su figura y todo lo expansivo que puede estar un hombre que va despacio por haber corrido ya demasiado.

Obtenido, en fin, el asenso de los mayores y el *sí* sostenido de la menor, se retiró asaz de complacido para volver otra vez como volvió aquel mismo dia, permitiéndose la misma expansion y franqueza y continuando ya las dos visitas diarias á gusto y contentamiento de todos.

Y no era él por cierto quien menos plácemes y enhorabuenas se daba por el acierto de una eleccion tan bien hecha, porque, en efecto, el corazon de la niña era blando como la cera, y al poco tiempo de trato y manoseo, si no tomais su mala parte esta figura retórica, estaba ya amoldado al génio, á las rarezas, si se quiere, al modo de ser de don Prudencio.

Habíase aplazado la boda hasta la construccion de una casa, que fuera como la digna concha de tan preciosa perla, y no indigna de don Prudencio, que sino perla, tampoco era un diamante en bruto, sino tallado y muy bien tallado para estar metido en su estuche.

Pero como el dinero hace milagros, muy luego surgió la casa, como quien dice de la nada, con su salas y retretes, sus azoteas y galerías, sus patios y jardines, sus celosías y verjas: ni oratorio faltaba en aquella especie de fortaleza, como si el pensamiento de su alcaide hubiera sido que de todo hubiera dentro para no tener que salir á fuera para nada.

En cuanto á la futura, se sabia ya de memoria toda la filosofía moral de su presunto cónyuge, y estaba muy bien dispuesta á aceptarla sin violencia, tanto mas cuanto que su carácter recatado, hijo de su educacion monástica, no era refractorio á la clausura y mas en un convento donde no habia de regir cosa de abstinencia.

¿Y para qué estas precauciones con mujer tan cándida y sencilla?

Lo ignoramos. Solo nos consta que don Prudencio, por resabios, sin duda, de su vida airada, ó *aireada* mas bien, si esto da idea de su experiencia de hombre

corrido, era pesimista con respecto á la mujer, aunque admitiendo como excepcion única la que en breve iba á ser suya, reduciendo en este punto toda su filosofía á estas breves fórmulas:

Las mujeres son peores que los hombres.

Los hombres son peores que las mujeres.

Conclusion: poco ó ningun trato con mujeres ni con hombres.

Por eso, cuando ya estuvo la casa amueblada y proveida en materia de bucólica de todo cuanto Dios crió para regalo del hombre en su doble acepcion de varon y hembra, que es el hombre casado, no el hermafrodita, hubo de pararse don Prudencio; paróse á pensar muy despacio sobre un artículo de primera necesidad tambien, al cual hubo de dar mil vueltas en su cabeza sin saber por donde agarrarlo.

—Es un mal,—decia para sí,—es un mal... necesario.

No era la guerra, sin embargo, lo que definia, ó lo era en último término, mas su primero era el artículo de criados... machos, por supuesto, que hembras no le daban ninguna inquietud dentro de ciertas precauciones.

—No puedo,—añadia,—no puedo prescindir de esta necesidad, y aunque tome la menor cantidad posible de este artículo, siempre queda el mismo mal: un criado. ¿Cómo diablos me las arreglaria yo para elegir con acierto? Viejo, nos serviria mal; jóven, podria servir demasiado bien á mi... ¡Oh! ¡Sé yo tantos casos históricos de estos absurdos amores!... Nada, nada, Prudencio, ni jóven ni viejo... Pero ¿y el caballo? ¿y los perros? ¿y el jardin? ¿y tanto y tanto servicio doméstico propio del criado?

Despues de una gran pausa, dióse don Prudencio una palmada en la frente, como si sorprendiera una mosca; sino que la mosca de don Prudencio era el pensamiento mas negro que puede ocurrir á un hombre blanco.

Nuestro héroe no reveló á nadie su idea, como quiera que estaba solo; pero aplaudiéndose á sí mismo, fué á su despacho, tomó la pluma y escribió la carta mas singular del mundo; carta que él mismo fué á poner muy bien sellada en el correo.

Con tal y tanta reserva, tendreis, suaves lectores, que acompañarnos á Cádiz, si teneis curiosidad de leerla.

VII

DE CÓMO EN CÁDIZ SE RECIBIÓ UNA CARTA DEL TENOR SIGUIENTE.

«*Sres. N. y compañía del comercio.*

»Muy señores mios: Sírvanse ustedes remitirme á la mayor brevedad posible, para mi servicio doméstico, un negro de mediana edad, que sea tan negro como el mismo diablo y algo mas feo, si puede ser, cargándome en cuenta por esta importante comision Rvn. 4,000.

»Se repite de ustedes, etc.»

Riéronse á mandíbulas batientes los comerciantes de Cádiz ante tan negra y chusca ocurrencia; y aunque de primeras hubieron de tomarla á chanza, rectificaron despues séria ó mercantilmente, como quiera que sabian muy bien que don Prudencio Gomez no era hombre de burlas, aunque sí de genio excéntrico; que con ocasion del ajuar de su nueva casa, habia hecho en la de ellos largas cuentas, y que en esto de saldarlas nunca habia resultado en su contra el finiquito.

Con tales antecedentes, la excentricidad de don Prudencio no era sino un negocio de Rvn. 4,000, que cargaban desde luego y en la seguridad de remitirle el negro pedido, á cuyo efecto dieron nota á un corredor, gracioso ya de suyo y habilísimo en toda clase de correrías.

En virtud de sus eficaces gestiones, era contestada á los tres dias la famosa carta con esta otra no menos famosa.

«*Señor don Prudencio Gomez.*

»Muy señor y amigo nuestro: Por medio de nuestro dependiente Lucas Blanco, tenemos el gusto de remitir á usted el adjunto negro, segun se sirvió pedirnos para su servicio doméstico. No es de temer nos devuelva el género, porque el tal negrito, escogido entre todos los que hacen escala en este puerto, es efectivamente tan negro como el mismo diablo y no ha sido posible encontrarlo algo mas feo.

»Esperando, pues, que su mérito personal llene satisfactoriamente los deseos de usted, que respetamos en toda su excentricidad, nos abonamos con cargo á su cuenta los reales vellon 4,000 en concepto de comision.

»Se repiten muy suyos, etc.»

Siguiendo el curso de esta carta y los pasos del *adjunto negro,* llevado como

de la mano por el dependiente Lucas Blanco pronto estaremos de vuelta en el pueblo y aun en la casa nupcial, donde hemos de hacer punto y aparte ó sea un punto de reposo, para tomar aliento y preparar un desenlace, que si Dios no lo remedia, va á ser del mismo color que el negro.

VIII

HOMO SUM, ET NIHIL HUMANI Á ME ALIENUM PUTO.

Ahora bien, reanudando el hilo de esta historia, diremos para acabar pronto, pues rápido, segun los críticos, ha de ser siempre el desenlace, que don Prudencio, teniendo ya dispuestos todos los bienes y males necesarios para entrar en estado, se desposó en gracia de Dios con su Inmaculata, que Inmaculata se encastilló en su palacio, y que el palacio era servido y guardado por el negro cuya fealdad sublime ó suprema ahuyentaba no solo á los niños y mujeres, medrosos ya de suyo, sino tambien á los hombres mas enteros y curados de espanto.

Tan satisfactoriamente hubieron de desempeñar su comision los señores N. y Compañía de Cádiz, que cuando don Prudencio presentó el género á la novia, la cándida y tímida niña fué acometida de un desmayo, creyendo en su ingenuidad que el mismo demonio iba por mal de sus pecados á llevársela, á los profundos infiernos. Y él ama del cura se santiguó hasta tres veces, retrocediendo con pavor de toda su ánima ante una vision tan horrorosa. Y aun el mismo cura, con ser tan caritativo, hubo de asegurar por sus órdenes que era cosa mala el tal negrito, por lo cual hubo de sacudirle encima el hisopo rociándolo con agua bendita: tal y tanta era la fealdad de aquel condenado.

Solo don Prudencio, en vista de efectos que á pedir de boca le salian, se sonreia so capa, aplaudiendo otra vez su negra ocurrencia.

Bien hubiera querido Inmaculata que apartara de su vista para siempre tan repulsivo doméstico, aprestándose ella misma á cuidar del jardin, aunque no el caballo ni los perros; pero don Prudencio, fiel á su propósito fué inflexible en este punto de gobierno, y la novia tuvo que aceptar *velis nolis* el servicio de aquel enemigo del alma, como lo llamaba doña Escolástica.

Por lo demás, todos eran felices, ya celebrada la boda: Inmaculata con su marido, el marido con su esposa, el ama con los dos, el cura con los tres y hasta el negro con los cuatro.

Así, en dulce luna de miel, se fueron deslizando suavemente un mes tras otro hasta nueve, y que iba á aumentarse la felicidad comun con un acontecimiento inminente.

En efecto, la jóven y bella esposa iba á ser madre muy pronto, lo que haria necesario y fatalmente que el esposo fuera padre.

El tierno sentimiento de la paternidad latia con tanta fuerza en el corazon de don Prudencio, que este lo amaba todo ya, con ser tan desabrido; y en el exceso de su amor, amor rejuvenecido, pueril y hasta insensato, cuando se le hablaba del hijo ó hija ó lo que saliera, abrazaba y besaba, no ya solo á su casta esposa, sino tambien al cura, al negro y hasta á su misma suegra: no podia llevarse ya mas léjos la insensatez; ni hay tampoco necesidad de añadir más para dejar probado el gran sentimiento de la paternidad. Pero por via de retórica, sí que hemos de añadir otro rasgo.

Tomando en cuenta don Prudencio, siempre consecuente con su nombre, la invencible aversion de su casta esposa al negro y feísimo criado, temió no sin razon un mal parto si permanecia á la vista en tan críticas circunstancias; y con prudente prevision, celebrada por la suegra y por el cura, hubo de alejar al negro dándole comision por algunos dias fuera de casa.

Con estas y otras precauciones, llegó esa hora tremenda en que las futuras madres se encomiendan de todo corazon á la Vírgen de los Dolores, dolores que en esta sazon ó desazon sentia don Prudencio en su mismo vientre. Y era de ver á Inmaculata, tan niña, tan bella y poderosa, hacer cruces y santiguadas y ofrecer piadosos votos y rezar salves y paternostres.

El fausto alumbramiento fué y debió ser trabajosísimo. Don Prudencio temió quedarse viudo, y se retiró desconsolado á su aposento, viéndolo ya todo negro.

Por fin á las altas horas de la noche, salió ella bien de su cuidado.

—¡Prudencio! ¡Prudencio!—gritó precipitándose la suegra por ganar las albricias.

Don Prudencio fué corriendo y atropellándolo todo como un toro suelto en ansia de estrechar entre sus brazos el fruto de sus amores.

—¡Maldicion!—exclamó con voz de trueno al ver el dichoso fruto.

Era un robusto y hermosísimo negrito.

Don Prudencio se arrojó por la ventana.

No le quedaba otra salida.

EL TUGURIO.

POR D. LUIS RICARDO FORS.

ARPABA apénas el vapor *Segovia* aguas abajo del rio Guadalquivir, cuando despues de abandonar la cubierta de aquel buque, y de despedir á un cariñoso amigo de muchos años, un ligero bote me conducia á tierra.

Desembarqué en el muelle mas próximo á la Torre del Oro, encaminé los pasos por la puerta de Triana y calle de San Pablo y seguí por todo lo largo de la de Rioja, con intencion de penetrar en la de las Sierpes.

Sucedia esto durante una calorosa mañana del mes de junio de 1878.

Sevilla estaba amenazada, segun decir de las gentes, por la invasion del cólera morbo asiático.

No sé qué casos habian denunciado los periódicos, acaecidos en los barrios apartados de la Macarena y de la Féria.

No recuerdo qué síntomas se habian presentado amenazadores, en algunos lugares de Andalucía.

Lo cierto es que aquellos casos y estos síntomas acabaron por alarmar la poblacion y no habia en ella quien no temiera verse presa de la terrible enfermedad.

Desaparecieron de la ciudad del Bétis los pudientes; vivieron entre zozobras y preservativos los que carecian de recursos ó de libertad para emprender viajes; y decidieron los concejales de la pátria de Murillo y Daoiz apelar á cuantas medidas recomiendan los preceptos de una rigorosa higiene.

Apénas llegaba yo de mi camino al sitio que designan los sevillanos con el nombre de Cruz de la Cerrajería, vine á dar con el secretario del municipio hispalense, que entonces, y creo que aun ahora, lo era don Ramon Salvatella.

Enteróme en pocas palabras el funcionario municipal, de la excursion que, durante las altas horas de la noche de aquel dia, proponíase llevar á cabo, por los rincones mas desaseados de la poblacion, el excelentísimo señor don José Morales y Gutierrez, alcalde constitucional de la ciudad, con el fin de conocer y remediar por sí mismo los focos de infeccion, de miseria y de inmoralidad en que se hacinan las clases mas desvalidas ó mas criminales que contiene la reina de Andalucía.

Invitóme á tomar parte en la expedicion, como director de uno de los diarios que á la sazon se publicaban en Sevilla.

Acepté el convite.

Deseoso de sorprender y estudiar las miserias de aquella tierra tan risueña, tan rica y tan perfumada, consideré una fortuna la invitacion de mi amigo el celoso y activo señor Salvatella y prometíle no faltar al sitio de la cita.

Era este la propia morada del alcalde, en la calle del Amor de Dios y á pocos metros de la deliciosa y olvidada alameda de Hércules.

Allí me encontraba ya á eso de la media noche, dispuesto al exámen de unas clases sociales que solo de nombre conocia.

Un *break* nos condujo á todos los reunidos hasta el lugar conocido por los Humeros.

Allí, una vez pusimos pié á tierra, se incorporaron al alcalde constitucional, al secretario del ayuntamiento, al médico de la alcaldía, al comandante de la guardia municipal y á los demás que formábamos la comitiva, el alcalde del barrio, el sereno de la misma demarcacion y otros cuatro ó cinco delegados de la autoridad popular.

Conocida la existencia de una casa de última categoría entre las que reciben

gentes para pasar la noche, dirigímonos á ella silenciosamente y nos presentamos sin aviso prévio ante su portal, que era el de un casuchon bajo y de siniestro aspecto.

Teníalo no solo por el desaseo de su fachada, sino por lo sombrío de su entrada, la cual mas parecia boca de espantosa caverna, que acceso á una morada humana.

Por aquella puerta, agujero, boquete ó como quiera llamársele, se penetraba en una especie de corredor ó pasadizo oscuro, nauseabundo, en el fondo del cual lucía apénas el agonizante resplandor de un empañado farolillo y cuyo piso, sin ladrillos, losas, hormigon, ni afirmado alguno, estaba formado por una tierra húmeda y grasienta, en la cual sentia yo pegarse, como sobre una masa resinosa, las suelas de mi calzado.

Llegados al extremo del corredor dimos con una especie de marimacho, no sé si soñoliento ó un tanto peneque.

Su voz y su aliento eran aguardentosos y lo demás de su filiacion era de tal naturaleza, que si por sus faldas parecia que aquel sér era femenino, por su rostro y maneras tenia todas las apariencias de varon y aun no de los menos nervudos y malcarados.

Intentó aquel Cerbero indescifrable oponerse á nuestro paso, pero al reconocer la autoridad de los visitantes apartó su cuerpo y franqueó la entrada del recinto, el cual, á la escasa luz que nos alumbraba, parecióme no ser otra cosa sino un especie de patio ó de corral angosto, formado por dos paredones desconchados y sombríos, en los cuales noté mas de una docena de puertas, á la sazon todas cerradas.

El alcalde constitucional dió órden al sereno para que avanzase y con el regaton de su chuzo fuera llamando en todas ellas, con el objeto de examinar las condiciones higiénicas de los aposentos que constituian aquella especie de posada ó de pocilga pública.

La primera puerta á que nos acercamos no ofreció resistencia alguna.

Abrióse al solo empuje que le dió el sereno y apénas nos asomamos á su dintel, ofendiónos la repugnante impresion de una atmósfera tibia y acre que nos obligó á retirar de golpe.

Con el amparo de nuestros pañuelos en la boca y narices, intentamos nuevamente acercarnos al aposento, cuyas tinieblas eran apénas disipadas por los destellos de la linterna del guarda nocturno que nos acompañaba.

Segun nos dijo la guardadora del establecimiento, aquella habitacion era la mejor y la mas cara de la casa: cobraba seis cuartos por dejar dormir en ella.

¡Cómo serian las demás!

En un espacio de cuatro metros de anchura por otros muy escasos de fondo, apareció á mis ojos una negruzca cama de tablas con un colchon hecho girones.

Mas allá, en el suelo y en el ángulo mas apartado de la puerta, divisé un asqueroso jergon, que mas que tal, tenia apariencia de revuelto monton de hedionda paja.

Una anciana cadavérica y casi sin fuerzas para articular palabra alguna, yacía en el rincon; mientras que sobre la cama trataban de tapar sus carnes con algunos pingajos de indefinible color, una mujer y un hombre completamente desnudos.

De la vieja, supimos que hacia mas de una semana hallábase en aquel sitio, presa de una fiebre incesante y mortal.

De la pareja que yacía en la cama, averiguó el alcalde, de boca del varon, que era aquel un gitano recien llegado de Utrera *por mor* de negociar unos *chusqueles* (1) y que su compañera era una *chavaliya* de su *conosencia* á la cual habia *convidao* á dormir *en blando*.

Despues de aquella, pasamos á otra estancia.

La oscuridad y la fetidez de la atmósfera eran las mismas; el espacio menor; el espectáculo muy distinto.

Parecia cosa de milagro que en aquel reducidísimo sitio pudieran respirar y revolverse, sin luz ni ventilacion alguna, las gentes que se ofrecieron hacinadas en monton ante nuestros ojos.

La miseria y la impureza, puestas de concierto para presentar su mas repugnante aspecto, no hubieran conseguido un cuadro mas irritante, mas vergonzoso, ni mas digno de compasion.

Carecia el aposento de mueble ni ajuar alguno.

No habia en aquellas paredes y techo ni una ventana, ni una claraboya, ni una hendrija que diera acceso á la luz ó que ayudara á renovar el ambiente, viciado por la respiracion de tantos séres, por la mugre de tantos harapos y por los miasmas de tantas impurezas.

La superficie de aquel piso puede decirse que constituia un verdadero mosáico de girones y cabezas, de trapos y de piernas, de ropas y de brazos.

En una área casi cuadrada y por demás reducida, en donde con dificultad hubiera podido vegetar un hombre en pésimas condiciones de higiene, veia yo

(1) Perros.

confundirse y agitarse mas de una docena de personas, tendidas sobre el húmedo y nauseabundo suelo, vestidas unas con mugrientos andrajos, otras desnudas para resistir mejor el calor exorbitante de aquel foco de infeccion y, todas ellas, confundidas y apretadas sin tener en cuenta los sexos, ni las edades, ni otra consideracion alguna de pudor ó de salud.

Junto á la cabeza nevada de un miserable anciano, asomaba asqueroso y abultado, el abdómen de una mujer corpulenta y de lustrosas carnes, apénas cubiertas por los girones de una rogiza manta; á sus piés yacía abrazado un matrimonio jóven que apuraba en aquel purgatorio social las heces del proletariado; junto á ellos resplandecia, como dentro de una aureola de inocencia y de luz, la preciosa cabeza de una criatura, entrada apénas en los umbrales de la vida por aquella horrible puerta de la miseria y del vicio; y entre los rizados bucles de aquel ángel de pureza, perdíanse los afilados dedos de una blanquísima mano que, por entre pliegues de ropas nauseabundas y destrozadas, extendia una jóven de poquísimas primaveras, la cual, asustada de nuestra aparicion, abria desmesuradamente los rasgados ojos, negros y brillantes, fijándolos con visible asombro ora en el alcalde, ora en las diversas personas de la comitiva.

Hombres y mujeres, viejos y niños, inocentes y culpables, sanos y enfermos, hé aquí los componentes de aquel fétido monton humano en que tantas criaturas envenenaban el cuerpo y pudrian el alma, revolviéndose, y agitándose como en un antro satánico y asqueroso de miseria y de prostitucion.

Tras de aquel recinto vimos otro, y despues otro, y luego otro, hasta no sé cuantos, llevándonos el elegante *break* del alcalde de la pintoresca y bulliciosa Sevilla, de tugurio en tugurio, de pocilga en pocilga, de foco en foco de degradacion y de inmundicia.

Recorrimos en tal empresa la Macarena, el Pumarejo, San Bernardo, Triana, y la Carreteria, y hasta la Calzada.

Doquier nos convencimos de la colosal empresa que habia de acometer el municipio de la ciudad de San Fernando, para librarla de los focos de infeccion que encerraba en su seno y que tan fatales habian de ser para la poblacion entera, si por desgracia se cernia sobre ella y tomaba cuerpo el terrible azote del Gauges, cuya inminencia se temia entonces.

Pero la impresion mas indeleble, mas repugnante y mas triste que recibimos en nuestra correría, tuvo lugar en Triana; en un tugurio que visitamos en una calle cuyo nombre no recuerdo ahora, situada allá, muy próxima á las últimas

casas de la calle de Castilla, en direccion al camino de la famosa Cartuja, que hoy posee el inteligente y laborioso marqués de Pickman.

Mientras inspeccionábamos los repugnantes tabucos de una desmantelada mansion de mendigos y rateros, llegaban desde el exterior hasta nosotros tales miasmas y tanta fetidez, que no nos fué posible permanecer mas tiempo en aquel antro de pestilencia, sin tratar de inquirir el orígen de donde aquellos procedian.

Condújonos un granuja á una especie de huerto ó cercado que habia en el fondo del caseron y que, á pesar de hallarse al aire libre, envenenaba la atmósfera con emanaciones imposibles de expresar.

Aquel huerto, mas que huerto, era estercolero.

En toda su superficie se elevaban altos montones de todo linaje de basuras; y entre ellos, no se hallaba media vara de terreno en que no existiese un hoyo ó excavacion destinada á recibir los excrementos de aquella guarida de ladrones con apariencia de pordioseros.

No hay pluma que pueda trasladar al papel tanta infeccion y tanta hediondez.

Sobrecogidos de malestar por lo que veíamos y medio desvanecidos por sus mefíticos efectos, nos disponíamos á abandonar aquellos asquerosos lugares, cuando el rapaz que nos sirvió de guia, preguntónos si queríamos ver *la sala* de la *Tia Chirula.*

Deseó el alcalde saber quien era la *Tia Chirula,* y contestóle el pilluelo ser una bruja que desde muchísimos años vivia en un rincon de aquel huerto, sin que nadie tuviera memoria de haberla vista fuera de él. Quisimos conocerla: el granuja nos llevó á través de aquellos pozos y montones de estiercol, basura y excrementos, y en un extremo, junto á una desmoronada tapia, divisamos algo como choza ó cobertizo formado con cañas y podridas esteras. Debajo de tal conjunto informe, miserable y sin nombre, en aquel rincon que el pilluelo habia llamado *la sala* de la *Tia Chirula,* vimos incorporarse una anciana de ojos saltones y desencajados y de cabellera blanca, escasa y desgreñada, á la cual hallamos recostada y completamente hundida entre las inmundicias de un verdadero muladar.

Toda suerte de basuras rodeaban su cuerpo. Las carnes de éste, cubiertas en muy pocos trechos, ofrecian un color parduzco y cierto lustre viscoso y húmedo, constituyendo el mas asqueroso é indescriptible conjunto de inmundicia con forma humana.

En sus manos tenia aquella desgraciada algunos trozos de vegetales secos y amarillentos y entre sus mandíbulas, casi desencajadas, notamos que trituraba ó exprimía algo, que, á nuestro entender, debia haber salido del monton de basura en que yacía.

La *Tia Chirula* era la encarnacion mas acabada del idiotismo, de la miseria y del embrutecimiento.

Su aspecto era tan nauseabundo, tan repugnante y lastimero á la vez, que al contemplarlo sentíase oprimido el corazon, revuelto el estómago, preñados los ojos de lágrimas y la mente sobrecogida y angustiada por la idea de las grandes llagas que carcomen la humanidad.

Yo he visto grandes desgracias, males cruentos, dolores y martirios capaces de hacer vacilar á los espíritus mas fuertes; pero de todo lo mas tristemente abyecto y repugnante que he contemplado en mis viajes por ambos mundos, nada ha podido igualar el espectáculo de aquel sér medio mujer y medio bruto. Nada se ha grabado tan profundamente en mi cerebro como la imágen de aquella existencia identificada con la podredumbre y la fetidez de un estercolero; confundida con él en una naturaleza sola; nutrida por los gases y jugos de una letrina.

El recuerdo de la *Tia Chirula* no se describe.

Se siente y se llora.

Es una de las fases que, en el seno de las ciudades mas ricas y bulliciosas y esplendentes, ofrece la vida oculta y olvidada de los tugurios.

En ellos se revuelcan, entre un fango comun, la miseria y la prostitucion, en tanto que á pocos pasos bailan y gozan los poderosos y los felices.

¡Antonomías sociales!

El alcalde de Sevilla tomó los nombres de todas aquellas gentes que vió arrastrarse, entre blasfemias ó entre gemidos, en los tugurios de la tierra, de la luz, de la hermosura y los perfumes; ordenó blanquear aquellos edificios; recomendó la mayor higiene y vigilancia á sus dueños; pero... nada más.

El cólera no vino por fortuna; pasó el peligro; los males descubiertos en aquella visita de inspeccion fueron olvidados pronto en los centros oficiales; y así era lógico que sucediera, dada la clásica idiosincracia española.

En la tierra de los toros y de la costumbre de *hacer tiempo,* nadie se acuerda de Santa Bárbara mas que cuando truena.

Por esto seguimos en nuestra decadencia, y crecen y se hacen crónicos nuestros males y preocupaciones, y, como dijo el poeta:

El mundo, en tanto, sin cesar navega
Por el piélago inmenso del vacio.

Y si alguna alma generosa se acuerda de los desvalidos y trata de cauterizar los cánceres sociales, no falta quien haga burla de sus generosos propósitos, ó cuando menos los califique como el ministro Sully calificó las generosas ideas del gran Enrique IV: de *beaux rêves de bonheur*.

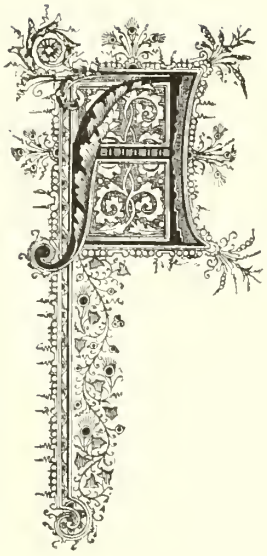
Por esto cada vez y cada dia se rie más y mejor en la comedia humana.

Por esto, sin duda, sigue el tugurio en el fondo de nuestras mas populosas ciudades, ofreciendo el espectáculo que conocemos por propia y triste experiencia y del cual son pálido reflejo estos renglones.

EL MENDIGO.

POR D. DIEGO VICENTE TEJERA.

I



la lóbrega plaza
Con paso incierto,
Acércase el mendigo
Triste y hambriento.
¡Noche de angustia!
Pesados nubarrones
El viento empuja.

Por las desiertas calles
La vista tiende.
Nadie que lo socorra...
¡Nadie aparece!
¡Mendigo! Espera:
A los buenos que sufren
Dios nunca deja.

En la pared apoya
Su frente pálida,
Y á su mustia mejilla
Salta una lágrima.
¡Mísero anciano!
El ábrego se mofa
De sus harapos.

Mas ¿por qué se alza y tiembla
Y exhala un grito?
¿Por qué anima sus ojos
Súbito brillo?
¿Qué escucha atento?...
La dulce voz de un arpa
Suena á lo léjos.

Es una melodía
Tierna y extraña,
Que despierta en su mente
Memorias vagas,
Bellas visiones,
Ensueños de otros dias
Encantadores.

En las ondas del aire
Palpita trémula:
Ruega, sonríe, llora,
Canta, se queja,
En himno ardiente
Prorumpe, se sublima,
Desmaya y muere.

¡Sí! ¡No hay duda! Son esas
Las mismas notas
Que oyó vibrar un tiempo

Con calma absorta,
Cuando al oido
Se las enviaba un ángel
¡Entre suspiros!...

II

¡Una noche muy bella!
¡Noche de amores!
Era blanca la luna
Mas que otras noches.
Allá en los campos
Se deslizaban céfiros
Embalsamados.

¡Una noche muy pura!
¡Noche de dichas!
Retozaban dichosas,
Fuentes y brisas,
Y allá, en el bosque,
Dichosos gorjeaban
Los ruiseñores.

¿A donde, con tal prisa
Corre el mancebo,
Inquieta la mirada,
Suelto el cabello?
Védlo anhelante,
Al fulgor de la luna
Cruzar el valle.

Cercada de naranjos
Y de jazmines,
La mansion de su novia
Presto distingue.

No léjos de ella,
Recátase el amante
Y espera... espera...

Siglos son los minutos...
¿Vendrá la amada?
¿Sonará en el silencio
La voz de un arpa,
Señal precisa
De que la niña hermosa
Vendrá á la cita?

Pero escuchad al jóven
Lanzar un grito,
Mientras sus ojos cruza
Súbito brillo!
¡No! ¡No es un sueño!
¡El arpa melodiosa
Vibra á lo léjos!...

. . . . . .

III

Y se muere el anciano
De hambre y de frio,
Sin que nadie le preste
Ningun auxilio!
¡Oh! ¡Ten paciencia!
El arpa otra vez dice
Que tu ángel llega.

Aparece una pobre
Niña, tañendo,
Y en las piedras tendido,
Contempla al viejo,

Sobre él se inclina,
Y nota con espanto
Que no respira.

¡Oh niña de alma noble!
Tú que no tienes
Mas que el pan que al mendigo
Llorando ofreces,
Cesa de hablarle:
¡Ya no siente el anciano
Frio ni hambre!

Hace poco sufria
Con tal vehemencia,
Que nadie sufrió nunca
Mas cruda pena:
Sufria tanto,
Que se creyó del cielo
Desamparado!

Pero Dios, niña buena,
Por él velaba...
Y tú misma le diste
Dulce esperanza:
Que tu arpa, ¡oh niña!
Le anunció que su esposa
Preste vendria.

¡Y la esposa ha venido!
Vino hace poco,
Y, llena de ternura,
Besó su rostro,
Y él, sonriendo,
Cayó alegre en sus brazos
Y... ¡ya se fueron!...

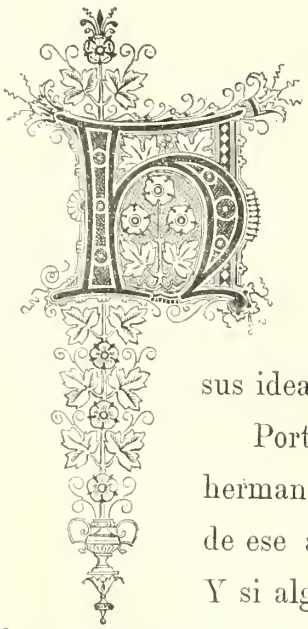
. . . . . .

La luna entre las nubes
Abrióse paso,
Y bañó con luz débil
Un triste cuadro:
En una esquina,
Postrada ante un cadáver,
Reza una niña.

EL FADISTA.

POR D. ENRIQUE RODRIGUEZ SOLÍS.

I



ACE pocos años que el qué estas líneas escribe, por razones políticas que no son del momento, resolvió trasladarse á Portugal, la noble nacion vecina á nuestra querida España, que ya en los comienzos de este siglo habia otorgado á su inolvidable padre una tranquilidad de que por sus ideas liberales no podia gozar en su pátria.

Portugal, no es posible desconocerlo, ni menos dudarlo, es el hermano menor de España, y ambos forman las ramas principales de ese árbol frondoso y robusto que se llama Península Ibérica. Y si alguien lo duda estudie la historia y verá que Portugal, tiene las costumbres de España, así como España tiene el habla de Portugal; verá que las aguas del Miño apagan la sed de ambos pueblos, que las ondas del Duero mecen los buques de ambos países, que los vientos del Océano agitan la bandera de las dos naciones, que las corrientes del caudaloso Tajo saludan cada dia á Portugal en nombre de España, y por último, que Portugal ama tanto la independencia

Bianco
1881
BRANGUL

como España la libertad. Verá que la historia consigna que ambos pueblos marchan unidos á la reconquista de su independencia con el heróico pastor Viriato, esa gran figura que cuanto mas se estudia mas se admira, y cuyo recuerdo vivirá tanto como vivan Portugal y España. Verá que la historia nos presenta juntos en el camino del Nuevo Mundo, pues si Colon descubre á Cuba, Vasco de Gama halló las Indias Orientales; y si Hernan Cortés conquista á Méjico, Fernando de Magallanes encuentra el archipiélago Filipino. Verá que trascurren los años y que el Ogro de Córcega, el Gran Capitan del siglo, Napoleon en fin, intentó subyugar á la vieja Lusitania y á la antigua Iberia, y que ambos pueblos reunen sus fuerzas y esgrimiendo sus invencibles armas derrotan las águilas imperiales en Pombal y en Bailen, en Rediña y en Zaragoza. Verá que si Portugal se envanece con la gloria de Camoens, España se honra en la de Cervantes, cuyas dos vidas, como las de los dos pueblos en que han nacido, presentan un parecido tan exacto que no parecen sino gotas desprendidas de una misma fuente, pues si poeta y soldado es Luis de Camoens, soldado y poeta es Miguel de Cervantes; si héroe y mártir es Camoens en África y Mozambique, mártir y héroe es Cervantes en Argel y en Lepanto; si pobre y en el olvido muere Camoens, olvidado y miserable muere Cervantes; y si en pago de tanta ingratitud dota Camoens á Portugal de su magnífica obra *Os Lusiadas,* Cervantes dota á España, en pago de su abandono, del inmortal *Don Quijote,* obras ambas tan grandes, tan sublimes, tan colosales, que mientras la lengua portuguesa exista y el idioma castellano no se pierda, vivirán estos dos pueblos hermanados, merced á esos génios imponderables que se llaman Camoens y Cervantes.

II

Pero sin pensar, y arrebatados por el entusiasmo que siempre nos han inspirado *Os Lusiadas* y *Don Quijote,* nos hemos alejado del asunto que motiva el presente trabajo, ó lo que es igual, de la descripcion del famoso tipo portugués *O fadista.*

El *fado* es el canto popular de la nacion portuguesa, y si los cantos populares, como ha dicho un ilustrado escritor, representan de una manera fiel el carácter moral de un pueblo, el *fado* sintetiza de un modo admirable al pueblo lusitano, pueblo de costumbres verdaderamente patriarcales, metódico, tranquilo, grave, trabajador, exento de emociones, poco amigo de trastornos, un tanto quizás sol-

dado taciturno, pero amante de la familia y del hogar como ningun otro pueblo de la tierra,

Durante mi estancia en Portugal la suerte me deparó un hogar noble y cariñoso. La casa en que me hospedaba era la de un distinguido periodista lusitano muerto en la flor de la juventud, al cual habia yo tenido la suerte de conocer y tratar en Madrid. Tanto habia hablado de mí á su familia, que á mi llegada me encontré en ella no ya como un amigo, sino como un nuevo hijo.

Una noche departíamos amigablemente con su bondadosa madre y su ilustrada hermana sobre literatura y artes, y la conversacion vino á recaer sobre los cantos populares de España que tanto habian entusiasmado á mi amigo durante su viaje por nuestra pátria.

—Nosotros tenemos tambien un canto popular, una música verdaderamente nacional,—exclamó Margarita, la hermana de mi amigo.

—El *fado,* me apresuré á decir.

—¡Ah! ¿Lo sabia usted?—replicó la jóven entre sorprendida y risueña.

—Sí por cierto; y sé más; sé que el *fado* oido de los hermosos lábios de una portuguesa es á la vez un canto dulce y gentil, sentido y gracioso, si bien algo melancólico.

—¡Magnífico!—exclamó mi amigo.

—Y sé por último, que la letra pertenece á esa poesía popular, de autor ignorado, á ese inspirado trovador popular que nadie conoce, pero que escribe versos tan bellos, tan sentidos, tan inspirados, tan filosóficos, que los llamados poetas admiran sin lograr imitarlos.

—Margarita,—se apresuró á decir mi amigo,—es necesario que te sientes al piano y demuestres á Enrique la certeza de sus palabras.

La hermosa jóven sin hacerse rogar tomó asiento al piano que rodeamos su madre, su hermano, un íntimo amigo de la familia, compañero nuestro en el periodismo, y yo.

III

La música comenzó...

¿Quién ignora que la música segun la feliz expresion de un distinguido publicista no es solamente un recreo, sino un beneficio; que ella adormece el dolor, y templa la pena; que al par que despierta el valor, excita el placer; que ella con-

suela al trabajador y hace sus ejercicios menos penosos; que es el lenguaje de los sentimientos dulces, y de los arranques belicosos; que se une á nuestros pensamientos mas íntimos por el recuerdo de las impresiones de la niñez, por la serenata al pié de la reja de la mujer amada, por el clarin guerrero que llama al hombre á la conquista de su libertad?... Y elevándonos á mayor altura, ¿quién se atrevería á desconocer que la música ha influido poderosamente en varias naciones en la moral de las clases obreras, estrechando los vínculos del hijo en la familia y del hombre en la pátria?

A estas filosofías me entregaba yo cuando Margarita preludiaba las primeras notas del *fado*. De pronto su voz clara y armoniosa, lanzó al viento los siguientes cantares llenos de una poesía encantadora:

«Son varios los destinos de la tierra,
Diversos entre sí;
Corren al mar las aguas fugitivas
Y yo corro hácia tí.

»Cuando ví la luz lloraba,
Lloraba porque nací,
No llorara si supiera
Que habia de verte á tí.

»La flor nace en tu jardin
Y la naranja en tu huerta,
Los suspiros en tu pecho
Y en tu frente la inocencia.

»No hay tesoro cual suspiro
De ardiente y leal amor,
Que los tesoros se compran
Pero los suspiros no.

»Tengo dentro de mi pecho
Muy cerca del corazon
Un letrerito que dice:
¡*Morir, sí; olvidarte, no*!»

El *fado* sonaba en mi oido dulce y festivo, sencillo y gracioso.

Margarita se levantó del piano y todos nos apresuramos á felicitarla y aplaudirla. Su triunfo fué tan grande como merecido, y la ovacion que la tributamos tan grande como justa.

—Es preciso,—dijo Alfredo, nuestro compañero,—que mañana Santos y yo le llevemos á usted á oir á Joaquin el *fadista* mas célebre de Lisboa.

Así terminó aquella hermosa velada.

IV

Con efecto, al siguiente dia fuimos en busca de Joaquin, el gran *fadista* portugués.

Y ahora, á su vista, y tratando de recordar las noticias y datos que me suministraron mis dos amigos, y las observaciones que yo hice, procuraré describir el *fadista* Joaquin, á quien hallamos cerca de Belen, uno de los barrios mas lindos de Lisboa, en una *casa de pasto* (tienda de vinos), debajo de una gran parra, sentado sobre el pico de una mesa, con el cigarro en la boca, caido sobre el lábio, y la vihuela en el brazo, tal y como le representa nuestro grabado.

El *bom* Joaquin era un mozo de 25 á 30 años, ajado por la crápula y la orgía: llevaba una chaqueta y un pantalon de corte especial, y en la cabeza el indispensable gorro de algodon. Cuando nosotros llegamos se hallaba en esa actitud indolente del que todo lo posee, ó del que nada necesita, contemplando melancólicamente la guitarra, quizás para componer alguna nueva cancion, ó para llorar la pérdida del vino que habia desaparecido de la botella que tenia á su lado. Al oir de lábios de mis amigos nuestra pretension, que era la de oirle cantar y tocar, y al ver la mesa cubierta de blanco mantel, de humeantes chuletas y multitud de botellas de rico *Oporto* y sabroso *Madera,* el fadista se hirguió altanero, alzó orgulloso la frente, relucieron sus ojos, su boca lanzó atrevidas frases y sonoras carcajadas, y se dispuso á hacernos oir las mas picarescas canciones de su inagotable musa.

A medida que apuraba sorbos de vino su rostro adquirió tintas mas rojas, sus risas eran mas desordenadas, sus guiños mas atrevidos, sus coplas y sus movimientos mas escandalosos.

Joaquin era el bello ideal del *fadista,* uno de los tipos mas populares de Portugal.

Al *fadista* se le halla siempre en los pintorescos alrededores de la hermosa Lisboa, porque es un artista de corazon, y lo mismo aparece en Belen que en Nueva Cintra, igual en Alcántara que en Cacilhas, lo propio junto á las soberbias quintas de *Pombal,* de las *Larangeiras* ó del *Bispo,* esas quintas deliciosas llenas de exquisitas frutas y de variadas flores, de las que ha dicho Campoamor que en ellas los sueños son pasiones, que en Collares ó en Cintra.

Siguiendo las huellas de un ilustre escritor, diremos que el *fadista* es un tro-

vador del vicio en la juventud, alabardero de los teatros, y asíduo concurrente á la plaza de toros del campo de Santa Ana en la edad adulta, y centinela y guardian de las tabernas en la vejez. El *fadista,* ni envidioso ni envidiado, ni pobre ni rico, pasa su vida en el ocio y en la orgía. Frecuenta las tabernas, visita los lupanares, entra en las iglesias, acude á las bodas, y lo propio sirve para un fregado que para un barrido, como vulgarmente se dice. Completaremos su retrato diciendo, que es generoso y algo desconfiado, fanático y libre pensador, prudente y valeroso, artista y maton, y que con el mismo fervor que oye una misa empuña el *ferro* (cuchillo), y despacha á cualquier prójimo; que es un hábil guitarrista y un cantador incansable de coplas, que segun asegura saca de su *misma cabeza,* y por lo tanto el convidado indispensable, el personaje principal de toda boda. Una palabra más y concluimos.

El *fadista* es un bebedor admirable, y su cuerpo al igual del famoso tonel de las Danaides no tiene fondo.

El tipo del *fadista* lo mismo que el de la *ovarina,* vendedora de pescado, ó pescadora de *Ovar*, graciosa, fina, y generalmente bonita, vestida con ligera saya de bayeta, *colletinho* ajustado, un *lenzuelo* de color de grana ceñido graciosamente al seno, una cesta redonda sobre la cabeza llena de pescado vivito, y la airosa pierna al aire, son hoy universalmente conocidos merced al inimitable lápiz del gran artista portugués Bordallo Pinheiro.

Y aquí terminamos nuestro trabajo, que esperamos que nuestros ilustrados lectores acojan benévolamente, copiando las únicas canciones susceptibles de trascribir, que oimos de los lábios del célebre *fadista* Joaquin:

«El que mucho posee mucho gasta:
Al que poco tiene poco le basta,
A quien nada tiene
Dios le mantiene.

»Al irme de Portugal
Tres cosas te he de pedir.
Gran firmeza, lealtad,
Y honradez en el vivir.»

Se nos olvidaba. En Lisboa, y en todo Portugal, se vende un libro curiosísimo que recomendamos á los señores bibliófilos y anticuarios, y que lleva por título: *Almanach do bom fadista.*

A la verdad creemos que ni la literatura podia aspirar á menos, ni el *fadista* á más.

EL EMIGRANTE DE ESPAÑA.

(EL COLONO EN AMÉRICA)

POR D. J. DE VARGAS.

GRAVE problema de economía política es el de la emigracion: y sobre si han de evitarla ó nó los gobiernos, se han ocupado y ocupan los hombres versados en la citada ciencia.

Sea de ello lo que fuere, pocos países en verdad reunen tantas condiciones como el nuestro para que sea fácil evitar el que sus hijos vayan las mas de las veces á morir de mala manera en lejanas playas. La poblacion que habita en nuestra península no es excesiva y las condiciones de nuestro suelo feraz y fertil, á poco que fueran trabajadas con constancia, darian mas que suficiente para que todos vivieran con holgura. Uno de los antiguos graneros del soberbio imperio romano no cabe creer que sea tan grande su decadencia y agotamiento que no baste ya á levantar las exíguas exigencias de los que en él habitan y si con efecto la tierra ya, contra lo que creemos, no diera lo suficiente, gracias á los progresos y adelantos de la industria moderna, pueden abrirse nuevas fuentes de riqueza, pueden arbitrarse medios que lleven á la prosperidad moral y material del país conteniendo á los nacidos en él, reteniéndolos é impidiendo que vayan á morir como hemos dicho, despues de arrastrar una vida de privaciones y de fatigas.

Bien sabido es que los puntos de que mas gente emigra son Galicia y Asturias, regiones las mas pobladas de nuestra España; naturales que adolecen de un defecto que en ellos, más que en ningunos otros, ha llegado á ser proverbial. El gallego y el asturiano sueñan con el oro, lo anhelan, lloran por él, mas no como muchos que lo quieren por lo que el oro representa, por las necesidades que satisface, por las comodidades que reporta, no, el gallego y el asturiano, hablando en tésis general, quieren el oro por el oro mismo y cuando lo tienen puede decirse que no les sirve mas que para satisfacer una soñada aspiracion de su alma, la de tenerlo: una vez que lo posea lo guardará, lo conservará hasta el fin de sus dias, sin que uno solo siquiera haya dejado de trabajar por aumentar el capital que ya para él constituia la primera moneda. Por conseguir ésta se afanó durante largos años, luchó y perseveró á costa de todas sus fuerzas y de su reposo y de salud y en cuando la llegó á tener, vió que era poco, guardóla y siguió trabajando por tener otra y otra, y cien más, y luego pensó en el millar de millares, y en los millones mas tarde.

En las largas noches de invierno cuando el frio mortifica y la lluvia cae pausadamente, una vez vueltos del trabajo los mozos de aquellas pobres pero risueñas aldeas se refugian junto al fuego, y como tan uniforme y monótona es la vida que hacen, pasan el rato en tanto el calor los conforta y el sueño los vence en hacer castillos en el aire que les hacen poner tristes casi siempre y que con frecuencia les hacen exclamar:

—¡Si yo fuera rico!

No falta muchas veces quien evoque el recuerdo de un hijo de la aldea, que como por encanto desapareció de ella cuando apénas contaba veinte años, y que al cabo de otros veinte volvió á parecer, pero muy distinto y cambiado de lo que era cuando se le echó de menos.

Cuando marchó no tenia para comprar un sombrero, á pesar de lo poco que allí cuestan, y cuando se apareció de nuevo, favoreció á sus parientes, compró tierras, bueyes y hasta la casa en que habia nacido.

Como la curiosidad está vivamente excitada y todos quieren saber el misterioso secreto, merced al cual se enriqueció el paisano, no falta entre ellos quien pregunta de que medios se valió para llegar al soñado *desideratum* á que todos aspiran, y entonces se les dice con aire retumbante que estuvo en América.

—América, América,—contesta alguno,—¿y qué es eso?

Esta pregunta es ya contestada prévia preparacion, con lo cual resulta una

especie de Jauja, Eden encantado donde parece prohibido trabajar y donde no bien ha llegado uno, cuando se encuentra rico sin más ni más.

Tan pronto como del cerebro de uno de aquellos asturianos ó gallegos se apodera la mencionada idea, no la abandona jamás hasta que por desgracia suya trata de abandonar su tierra para realizarla.

¿Donde está América, esa tierra de promision, donde todo es ventura y bienandanza, donde se encuentra? Léjos, muy léjos, y para llegar á ella hay que atravesar el mar. Esto es lo grave. Si por tierra se pudiera ir, si fuera posible llegar á ella andando, la cosa era bien distinta, pues entonces, en aquel momento, sin descansar de las fatigas del dia, emprendieran la marcha y sin parar un momento verian realizado su intento ó moririan en el camino.

Pero hay que embarcarse y las gestiones y diligencias que practica para conseguirlo le hace caer en manos de uno de esos reclutadores que cobran una comision para fletar gallegos ó asturianos ó catalanes con rumbo al Nuevo Mundo.

Cuando aquel agente de embarques, verdadero contratista de carne humana, comprende que tiene reunido un número suficiente de alucinados, da al que parece mas listo una carta con la cual se presenta en Santander ó en la Coruña al sugeto á quien va dirigida, que no es mas sino otro agente, de mas elevada gerarquía. Desde el momento en que se ha puesto en contacto con él, aquella pobre gente queda reglamentada de una manera casi militar; todos los dias tienen que presentarse al agente, quien les da una miseria para que puedan comer y buscar donde dormir.

Llega por fin un momento en que hay que proceder al trato; entonces se entera nuestro tipo de cuantos son los que en definitiva están dispuestos á marchar pues sucede con frecuencia que de estas partidas no faltan varios que se arrepientan, esto es, que desertan de las filas, irrogando una insignificante pérdida á la terrible compañía que se ha hecho cargo de ellos y que puede ser perfectamente comparada con una de aquellas que se establecieron para esplotar los *trozos de ébano,* pérdida que por otra parte no les resulta, por cuanto buen cuidado tienen de dividirla á prorata, aumentada por supuesto y cargada en cuenta á los demás infelices.

Pronúnciales un largo discurso encaminado á probarles lo bien y lo cómodamente que van á hacer la travesía; la dicha y el contento que van á disfrutar durante toda ella, precursora de la gloria mayor de verse al poco tiempo dueños de una fortuna considerable, conseguida con muy poco trabajo.

Los futuros emigrantes al oir esto sienten que el corazon se les salta dentro del pecho y quisieran ser pájaros para llegar allá mas pronto, pero casi enseguida sobreviene la segunda parte del discurso que es la mas lastimosa y la que da lugar á que el dolor les nuble la vista, pues ha llegado el comisionado á un punto que no esperaban ó que al menos habian olvidado, acariciando tanta hermosa idea como el primer trozo del discurso hiciera surgir en la mente de aquellos infelices. El comisionado les ha hablado del pago del pasaje que es caro por cuanto se trata de ir á tan lejanas tierras, pago necesario é indispensable que se ha de hacer anticipadamente, porque así lo exige el capitan del buque que los ha de conducir. Todos, por boca del que mas avispado parece, confiesan que no tienen un céntimo, y lo que es aun peor, ni de donde les venga, afirman que se habian creido otra cosa, que se figuraron que podrian pagarlo despues con lo que allí ganaran y que por eso vinieron. Ruegan luego al pérfido instrumento, que vea la mejor manera de arreglar la cuestion aquella para que no queden fallidas sus esperanzas.

Con áspero y desabrido tono, contesta el comisionado que hará lo que pueda y los infelices se retiran tristes y cariacontecidos, sin saber lo que les pasa y creyendo que el mundo se les ha venido encima, mas no pierden del todo la esperanza, pues aquel señor á quien conocian en el pueblo y que tan eficazmente los habia recomendado, les dijo: que aunque se presentaran algunas dificultades su amigo de Santander ó de la Coruña, procuraria arreglarlas y vencerlas.

Con todo, en la noche les es casi imposible conciliar el sueño, pues no cesan de repetirse que si aquello no se arregla no podrán marchar á América, perdiendo dolorosamente todo lo que esto significa: tendrán que volver de nuevo á sus rudas y pesadas ocupaciones, á mal comer y mal dormir, sin poder abrigar la esperanza de mejorar ni de que aun llegue el dia en que tranquilamente pueda contemplar su capital, sin ocuparse de si hace frio ó calor, de si llueve ó está sereno.

En tan triste pensar le sorprende el dia y no bien le parece que es ya hora conveniente, se reune con sus amigos y compañeros y marcha á la casa del comisionado. Este los recibe con malos modos, con seca y dura frase, pero al fin concluye por anunciarles que á duras penas ha podido conseguir que el capitan del buque los trasporte siempre que ellos se comprometan á firmar un documento por el que se obliguen á pagarle cuando lleguen. Tal trato les hace ver el cielo abierto, acceden á todo, firman lo que les ponen delante y pocos dias despues hacinados como fardos en el entrepuente de un buque parten para lo que ellos creen tierra de promision.

Los primeros dias de navegacion son horribles; no acostumbrados á tal género de travesía se trastornan y marean, son la burla y el hazme reir de toda la gente de abordo, nadie los cuida ni los atiende y los infelices que no pueden ni aun sufrir la vista de los alimentos, contraen enfermedades de las que no pocos sucumben. Los que sobreviven contemplan con honda pena como son los cadáveres arrojados al agua y aun escuchan con horror la broma y chacota de los marineros.

Comiendo solo un miserable rancho, bebiendo agua salobre la mayor parte del tiempo, haciéndolos trabajar y obligándoles á que sirvan á los demás, siguen dias y dias hasta que por fin pasados veinte y tantos del nefando en que por su mal abandonaran la tranquila aldea en que habian vivido, llegan á las risueñas playas del nuevo mundo donde esperan encontrar la paz, la ventura y la felicidad con las riquezas.

El aspecto de las comarcas aquellas les hace abrigar la esperanza de ver realizados sus deseos. Aquel cielo explendente y puro, no parece que pueda cobijar mas que dichas y alegrías; aquella tierra cuya exuberancia está atestiguada por la fuerza de la vegetacion que atónitos contemplan, debe ser harto ductil al trabajo y conseguirse de ella todo cuanto pueda desearse. Sienten que el alma se les ensancha, mas algo les desanima, el carecer de indicaciones precisas para saber á donde tienen que dirigirse, esto les desconcierta y les lleva á preguntar al capitan que desde luego se encarga de hallarles colocacion.

En los antiguos tiempos, cuando á las costas de país amigo ó conocido arribaba buque pirata, que en alta mar se hubiera hecho de presa, ó cuando anclaba en la bahía embarcacion de guerra que hubiera tomado parte en cualquier expedicion haciendo prisioneros á los que, en gracia de la vida, reducian á la esclavitud, acudian presurosos á la playa todos los que tenian necesidad de esclavos, y no bien fueran aquellos desembarcados y expuestos á las ávidas y codiciosas miradas de los que los deseaban, comenzaba el horrible trato, y aquella mercancía tan despreciada era objeto de mil alzas y bajas segun la mayor ó menor demanda. Seguian los infelices apresados la misma ley que las cosas puramente materiales tras lo cual quedaban reducidos á un sufrimiento eterno al que era preferible la muerte.

Historiadores políticos y filósofos á porfía, han condenado tan bárbaras costumbres, han hablado mal, como no podia ser menos de aquellos ruinosos tiempos en que habia hombres tan desgraciados que podian quedar convertidos en ob-

jetos de comercio ó en medios de adquirir, como sucedia con los bienes inmuebles y con las bestias de carga y todos se han congratulado de alcanzar tiempos en que la personalidad humana se tiene en mas elevado concepto.

Mas tal cosa sucede porque no se han fijado en lo triste, muy triste que es la condicion del emigrante.

Puede censurársele á este el afan de riquezas que le llevó á dejar su casa, mas bien visto en el fondo, esto no es mas que la constante aficion del hombre de mejorar y mas que nada por punible que fuera su lecho, por censurable que fuera su conducta, nunca habria motivo bastante para que se les hiciera experimentar los numerosos y grandes sufrimientos á que se les condena.

Al ofrecerles el capitan del buque en que han sido conducidos, que buscaria y hallaria para ellos una colocacion, sabe de antemano lo que se ha dicho, pues inmediatamente que salta en tierra tiene ya muchos conocidos que le aguardan y preguntan con solicitud si trae hombres. A su contestacion afirmativa se inquiere la clase y condicion de cada uno de ellos y *los gastos que trae cada cual.* Esta frase que subrayamos no es poco lo que representa, pues desde luego indica lo que el amo tendrá que pagar por el criado antes que entre á su servicio. El capitan presenta documentos con los que acredita que cada uno de los hombres que forman el cargamento le adeuda doscientos duros que es en lo que se ajustó el pasaje y en lo que están incluidos todos los gastos que se han hecho, y esto bien puede ser considerado como un precio; al desembarcar los infelices tienen ya amos, cada cual puede escoger el que mas le agrade, unos los llevan al campo donde tendrán que ocuparse en las labores de la tierra, otros irán á tiendas de telas ó géneros comestibles y los habrá tambien que no sirviendo para otra cosa, á juzgar por la presencia que es lo que mas se estima, serán cogidos para mozos de servicio é irán á ganar una mensualidad miserable trabajando de dia y de noche.

De nada les servirá protestar si las colocaciones que se le presentan no les agradan, inútil será que en su desencanto reniegue, se arrepienta y hasta llore. ¡Qué ha de hacer el infeliz! Léjos de su pátria, ausente de su familia, sin amigos ni conocidos no tiene mas remedio que ceder á la dura é imperiosa necesidad, terrible maestra que nos enseña muchas cosas contra nuestra voluntad. El infeliz emigrante, tiene que optar pronto por cualquier cosa, tiene que decidirse sin mas remedio, pues de lo contrario el hombre por un lado le hace horribles muecas con su descarnada faz y del otro el capitan le acosa, pues quiere cobrar lo que *para su bien* le anticipó y le amenaza con los tribunales y con la cárcel fun-

dándose en que por el pagaré que tiene en su poder se obligó solemnemente á satisfacerle la suma, tan pronto como llegará á tierra de América.

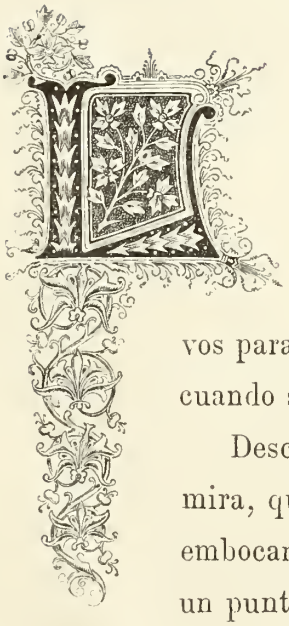
Volvemos á repetirlo, no tiene mas remedio que aceptar lo que se le presenta que nunca es bueno y pocas veces regular, y aun así tiene que confesarse desde luego deudor á su amo de la suma que este reembolsa al capitan, con lo cual queda empleado. ¿Qué vida es la que hace desde entonces? Si su amo tiene alguna pingüe hacienda de las que allí alcanzan tan considerable extension se verá reducido á desempeñar las mismas faenas de que hastiado, le llevaron á dejar su tierra. No bien haya amanecido tendrá que dejar la miserable cama si es que no duerme al raso acostado sobre la húmeda yerba, y permanecerá trabajando sin descanso hasta que el dia niegue sus luces: con escasa y poco sana alimentacion, expuesto á los ardores de aquel sol, sufriendo aquellas repentinas lluvias, su salud se resentirá bien pronto y morirá rápidamente, pues á los estragos materiales se unirá la nostalgía que ha de sentir cualquiera aunque vaya á hermosísimo país, si es en él mal tratado.

Si por suerte suya no fué al campo sino que lo escogió quien tenia un establecimiento mercantil, trabajará en él de la misma manera, sufriendo constantemente malos tratos, y despues de muchos años, durante los que ni un solo dia habrá dejado de imponerse privaciones, tal vez logre reunir con que poner una pequeña tienda donde seguir vegetando. Casi lo mismo que un poco de actividad é iniciativa hubiera conseguido en su pátria querida, á la que en el mayor número de los casos no vuelve á ver.

Seducidos por fútiles palabras y engañosas promesas dejaron lo cierto que tenian para aventurarse en lo dudoso que le ofrecieron. Alucinado por la palabra *colono* creyó sin duda que al llegar hallaria medios para ejércitar un trabajo independiente que le permitiera ahorrar, mas llevóse solemne chasco; á América no van como *colonos,* van contratados como *trabajadores* y reputándose allí que fueran porque no tenian otro remedio, los acojen y los obliga, y en una palabra no hallan nada absolutamente, nada de lo que les habian prometido. Lo que con tanto afan y esfuerzo ganan, lo guardan y procuran conservarlo, se hacen duros de corazon, avaros, ciegos á toda necesidad que pudieron remediar, sordos á toda súplica; rara vez recuerdan á su pueblo, á su familia, ni á sus amigos, mas en las raras cartas que escriben siempre repiten á los que van dirigidas; no os dejeis engañar, ni creais nada de lo que os digan; América está peor que esa y como en todas partes, hay necesidad de mucho trabajo para escasa recompensa.

EL CANTAOR DE FLAMENCO.

POR D. FRANCISCO DE P. MONROY.



Lo primero que indefectiblemente hace cualquier extranjero ó provinciano que llega á Madrid, coronada villa, capital de las Españas, es visitar la Puerta del Sol, lugar que no se ha dejado de describir por cuantos bueno ó malo han escrito. La Puerta del Sol tiene muchos mas atractivos para el que no lo ha visto, que para el que la vé; cosa bien clara cuando se sabe lo mucho que la imaginacion abulta.

Descrita sin pasion, la anchurosa plaza no es mas, si bien se mira, que un espacio situado en el centro de la villa, en el cual desembocan las calles mas principales; arterias que vierten la gente en un punto comun para que de allí vuelva nuevamente á los extremos.

Cualquier extranjero ó provinciano que llegue á Madrid, luego que se haya convencido que la Puerta del Sol no tiene nada de particular, y se fije por hacer algo en la gente que la frecuenta, tal vez lo que mas llame su atencion sea el constante grupo reunido de ordinario, é interceptando el paso las mas de las ve-

ces en la ancha acera que se extiende delante del café Imperial, gente que á juzgar por su traje parece pertenecer toda á la misma clase, y que, sin embargo, forma parte de varias, por mas que en el fondo se den la mano y tengan entre sí alguna relacion mas cercana ó mas próxima.

Con efecto, al primer golpe de vista cualquiera dirá que todos los que visten estrecho pantalon acampanado, chaqueta corta, muy corta, tal vez demasiado corta, ciñe su cuerpo, procurando hacerlo esbelto, aunque no lo sea, con roja faja, y cubre su cabeza con pintorero sombrero de anchas alas, pertenecen á una misma clase, máxime cuando en la parte posterior de la cabeza dejan ver trenzado mechon de pelo. Pues se engaña de todo punto el que tal afirmacion haga, pues bajo este traje es cierto que se oculta desde el matador de cartel que tiene cuadrilla formal y es torero de verano hasta el matachin toreador de invierno, que cuenta cien proezas diarias sin haber realizado ninguna; desde el banderillero con ajuste hasta el mulillero que sirve en la plaza para conducir el *ganao* de arrastre, y no es solo esto, sino que tambien se presenta con el mismo traje el chalan que comercia en ganado caballar y mular, el que no es nada y aspira á torero, el empleado en el matadero el que revende carnes, y por último hasta nuestro tipo, hasta el *cantaor* de flamenco, contratado en alguno de los cafés establecidos en Madrid, donde, si no se hace, se parodia al menos algo de lo que ocurre en los colmados y hosterías andaluzas.

El *cantaor* de flamenco, pues así él mismo se llama con sin igual orgullo, ha nacido generalmente bajo el esplendente sol de Andalucía, donde la gracia y el salero rebosan por todas partes; de fijo que si tratais de fijar la filiacion de los de tal clase os dirá que pasó sus primeros dias en la reina de aquel antiguo reino en la hermosísima Sevilla, y mas que en la poblacion, en el renombrado barrio de Triana, donde ya dió más de una prueba de lo que de él se podia esperar. Si no es de Sevilla puede apostarse, sin temor de perder, que vió la primera luz en Málaga, y que discurrió en sus juveniles años por las tortuosas calles del Perchel y si aun no se hubiera acertado, que lo veo muy raro, seguramente que es de Cádiz, pues sin que pueda decirse por qué, los tres citados puntos son los llamados á suministrar los *cantaores* y *cantaoras* de más renombre y de más fama.

Vestido como hemos dicho de una manera tal que fácilmente se le puede confundir con el torero, nuestro tipo tiene gran semejanza con él desde mas de un punto de vista. Excepcion hecha del corto rato que trabaja ¿en qué ha de ocupar el tiempo? ¿En qué ha de gastar el dinero que con tanta facilidad gana? Sin fa-

milia y sin hogar, el mayor número de ellos consumen su tiempo en orgías y borracheras de las que no pocas veces resultan riñas, que cuando no, les hacen perder la vida, les cuesta la libertad por algun tiempo; y con aquello que les podia servir para asegurarse una cómoda existencia en el tiempo en que no pueda ganar satisfacen fútiles y vanales placeres y caprichos en los que pierden la salud y consumen la vida tontamente.

Alegre, gracioso y decidor casi nunca se le vé solo, tiene su camarilla que de contínuo lo sigue á todas partes, y lo sirven, lo miman y lo adulan, porque un hombre de esta clase es siempre rumboso, y jamás cierra su bolsillo á los que son sus amigos ó dicen serlo. Antes al contrario, siempre franco á su lado no quiere nunca penas, y como él mismo dice da comida de su cuerpo se la da al que se la pida. De aquí las dilapidaciones que le arruinan y que le hacen rentar siempre sin un cuarto; de aquí tambien su corta y efímera existencia.

El *canto* le seduce y causa su delicia; la profesion que tiene la siguió porque era una exigencia de su propia naturaleza y tan orgulloso se muestra con ella que para él un hombre que no sepa modular unas playeras ó entonar unas seguidillas es un sér al que le falta algo. Cuando pasa por la calle va convencido de que todo el mundo lo admira, y en parte no le falta razon, pues *cantaor* ha habido que llegó hasta donde pocos llegan, y que fué escuchado con curiosidad y encanto en suntuosísimos salones: de ellos los ha habido amados por ricas elegantes y bellas damas y aunque no todos puedan registrar en su futura historia dicha tan grande, es seguro que aspiran á ella por lo cual es de ver como se contornean y estiran para que si estupendas historias no se cuenta de ellos como ciertas, que haya al menos motivos para que se les pueda suponer.

Sus cariños son fugaces, caprichos pasajeros que se van como vienen, pues corazones gastados en su mayor número poco ó nada fructifica en ellos. Lo que ayer le seducia hoy le causa hastío y mañana lo habrá dado al olvido con seguridad. Tal es su vida pública, pero aun nos queda verlo en el verdadero lugar de su accion, allí donde luce sus habilidades y la curiosidad de los más y el encanto de no pocos.

Mucho mas ceñudo su traje, ostentando estrecha y fina bota donde sobran los adornos que con profusion la recargan, completamente afeitado y peinado hasta con acicalamiento, apénas dan las ocho de la noche se dirige al antiguo circo de Paul que desde que en él estuvo la bolsa se llama de la bolsa y que es el local donde desde hace tiempo vienen contratadas las compañías de *cante* que se reclu-

tan en Andalucía, pues ya apénas si pasa un año sin que tengamos una novedad en el género que se anuncia por carteles en gruesos caractéres para que todos puedan entenderse. Antes el *cante* flamenco estaba reducido al café de Naranjero, donde concurre la gente de bronce ó donde como un amigo nuestro decia con mucha oportunidad no llevando zamarra y gorra de pelo, habia que cortarse la cabeza para entrar y llevarla debajo del brazo; los gustos cambian con el tiempo y ya la música de Triana y del Perchel tiene un local designado en el que la ópera de nuevo género, la ópera *inminentemente española* se escucha sentado en butacas como la italiana. El *cantaor* al entrar excita la curiosidad de todos los concurrentes que ocupan ya las localidades y que se levantan ó estiran el cuello para mejor verle ó contemplarle.

Indiferente á cuanto le rodea á juzgar por su apariencia tranquila, el orgullo lo ahoga, y la satisfaccion mas viva puede leerse en su rostro, no siendo para menos, pues jamás pudo soñar que hombres y mujeres llegaran á admirarlo como lo admiran. Es de ver la calma y parsimonia con que trago á trago saborea la taza de café que se ha hecho servir, en tanto que, dándose toda la importancia que le han hecho adquirir, contesta á los saludos y felicitaciones de los amigos que se le acercan, y cuenta que tiene amigos en todas las clases sociales desde las más altas á las más bajas, pero él se cree superior á todos y lo mismo escucha la palabra del duque que la del chulo.

El público que paga se impacienta fácilmente y el de tales *coliseos* manifiesta su impaciencia de tal manera que es sobrado comprometido dejarla que suba de punto, así es que tan pronto como se revelan las primeras señales el *cantaor* se despacha y precedido de sus compañeros y del indispensable *tocaor* de guitarra se dirige al clásico tablado donde toma asiento en una de las sillas allí colocadas. El se atrae todas las miradas y su turno es esperado por el inteligente público con verdadero anhelo que solo parece tener tregua cuando contempla los convulsos y lascivos movimientos de la *bailaora,* que al dulce compás de la suave guitarra, se agita en uno de esos bailes que acreditan el abolengo morisco de que los andaluces pueden hacer gala.

Por último, lo vamos á escuchar: él como preferido avanza la silla casi hasta el borde del tablado; el *tocaor* hace lo mismo con la suya, se pone á su lado lo mas cerca posible, afina el instrumento hasta que el héroe de la funcion le dice que está bien, y luego tan pronto comienzan á dejar oir los dulces sones, lleva el compás con un bastoncillo corto, marcando el golpe en el palo de la silla en que

se halla sentado. Se arregla el cuello de la camisa, tose, escupe, mira á todos lados, prueba por lo bajo la voz, y á renglon seguido comiénzalo cantar, haciéndolo preceder de una especie de gorgorito interminable, que cualquiera, ageno á las *fioritures* de su arte creeria que provienen mas de un hombre á quien se azota, de un hombre que trata de divertir á los que para divertirse han pagado.

Hecho este alarde de pecho y de garganta que ya le vale aplausos, comienza la copla larga, tierna, sentimental, que tiene algo del lamento dulce de un pecho enamorado, y no bien la finaliza el público lo saluda con aplausos y vítores, gritos de satisfaccion y entusiasmo, á los que apénas si se digna contestar, mas cediendo á los reiterados deseos de la gente que no cesa de aplaudir, la repite volviendo á escuchar de nuevo bravos y vítores, con los que le saludan los entusiastas y de nuevo las muestras de satisfaccion mas grata se advierte en el auditorio.

Durante el rato que la funcion dura, nuestro tipo da muestras tres ó cuatro veces de su habilidad, y en cada una de ellas no falta nunca algun obsequioso que le remite cuatro ó seis cañas de manzanilla, de todas las cuales prueba, mas tanto gustar compone una cantidad de líquido respetable que tarda poco en subírsele á la cabeza, con lo que muy pocas veces sale de haber cumplido su obligacion completamente tranquilo.

Luego que ha terminado la tarea que le impone su contrata, y que por lo regular le vale seis ú ocho duros, tiene algo que hacer, pues nunca falta una cena de gente de posicion, que quieren amenizarla escuchando á aquella maravilla y á la que nuestro hombre concurre, alternando con todos y cobrando luego no pequeña suma, pues con el *cantaor* nadie es mezquino.

Otras veces no es la orgía de gente bien educada que se olvida á ratos de su clase la que le consume la mayor parte de las horas en que el sol no luce sino una bacanal desenfrenada de toreros y gente de pelo en pecho, en la que se divierte más, consiguiendo el mismo resultado ó si cabe mejor, pues torero hay que excede en rumbo al título de Castilla mas encopetado.

Haciendo esta vida, fácil es comprender que el *cantaor* de flamenco no duerme nunca de noche sino de dia. Levántase á las dos de la tarde, almuerza lo que se le antoja, é inmediatamente lo tendreis en la puerta del café Imperial donde *hace tiempo* para ir á cumplir con su obligacion, y entre tanto no pasa mujer de clase alguna á la que deje de decir un chiste de mas ó menos subido color que hace reir á todos sus adláteres y que á él le enorgullece.

Cuatro años de esta vida bastan, como es fácil comprender, para que nuestro tipo quede inutilizado en su oficio, y entonces ¿qué remedio le queda? Ninguno: pues inhábil para trabajar, no sirve para hacer nada. Entonces nadie lo mira ni lo atiende, ni lo obsequia ni lo favorece; todos huyen de él, pues saben que nunca se acerca sino para pedir alguna cosa. Poco tiempo, sin embargo, sufrirá desaires y desdenes: la crápula y la vida disipada agotan bien pronto la existencia, y el *cantaor* de flamenco muere sin dejar mas que un fugaz recuerdo que se desvanece al muy poco tiempo.

FIN DEL TOMO PRIMERO Y ÚLTIMO.

INDICE

DE LOS TÍTULOS Y AUTORES DE ESTA OBRA.

	Páginas.
Prólogo.—Nicolás Diaz de Benjumea y Luis Ricardo Fors.	v
El Hombre de Estado.—Emilio Castelar.	11
El Descamisado.—José Selgas.	25
Un Boceto de Costumbres.—Cárlos Frontaura.	35
La Verbena. (Cuadro popular).—Antonio F. Grilo.	69
El Cazador.—Enrique Perez Escrich.	77
La Semana Santa en Sevilla (cuadro primero).—Nicolás Diaz de Benjumea.	104
Costumbres y Creencias Populares de Asturias.—Juan de Dios de la Rada y Delgado.	114
El Hacendado mejicano.—José Zorrilla.	135
El Sereno.—Luis Ricardo Fors.	157
El Anticuario.—E. Rodriguez Solís.	164
El Cacique.—C. Ochoa.	171
Los Gauchos.—Alejandro Magariños Cervantes.	175
La Semana Santa en Sevilla (cuadro segundo).—Nicolás Diaz de Benjumea.	183
Las Corridas de Toros.—Ricardo Sepúlveda.	192
El Gomoso.—Luis Ricardo Fors.	207
El Montañés de Sevilla.—José Navarrete.	213
Los Venezolanos.—M. Tejera.	216
El Sacamuelas.—Cecilio Navarro.	223
El Granerer.—Cristóbal Pascual.	237
La Gramática Parda.—Julio Nombela, (padre).	247
El Contramaestre.—Cesáreo Fernandez Duro.	268
El Ranchero Mejicano.—A. Fernandez Merino.	289
El Actor Consorte.—José Feliu y Codina.	299
La Semana Santa en Sevilla (cuadro tercero).—Nicolás Diaz de Benjumea.	308
El Proletario del Campo.—Guerra Junqueiro.	318
Los Estudiantes de Antaño.—Francisco Fors de Casamayor.	322
Los Caballeros de Industria.—Juan García Luque.	338
La Habana de Antes.—Luis V. Betancourt.	351
El Mozo de Café.—Juan Mendez Cueto.	359

Páginas.

El Guardia Civil.—Manuel J. Rengifo. 367
El Usurero.—Mariano Ramiro. 381
El Hacendado y la Hacienda.—Miguel Portuondo y Labra. 384
El Proteccionista.—Luis Ricardo Fors. 401
El General de América.—Francisco X. Baraibar. 409
Tipos Navarros.—A. Sanchez Ramon. 422
La Hamaca.—Diego Vicente Tejera. 429
Los Pilluelos de Sevilla.—Benito Mas y Prat. 435
El Maestro de Escuela.—R. Perez Puigcerbé. 439
El Gacetillero.—Nicolás Diaz de Benjumea.. 450
La Romería de San Isidro.—Ricardo Sepúlveda. 457
Los Montañeses de Leon.—Juan de Dios de la Rada y Delgado. 463
El Domador Argentino.—Pedro Arnó. 470
La Gente de Teatro.—Eduardo de Palacio. 475
Peregrinos y Peregrinaciones.—J. Rodriguez de Castro. 486
El Tenor de Zarzuela.—Francisco Fors de Casamayor. 497
El Indio Boliviano.—José Domingo Cortés. 509
La Caza del Tigre.—Luis Ricardo Fors. 516
El Filibustero Cubano.—José Lopez Segarra. 565
Los Pescadores de la costa de Málaga.—Rafael Martos Gimenez.. 578
Los Mendigos.—F. Villabrille Marta. 591
Los Pedigueños.—Mariano Ramiro. 605
El Vendedor de Periódicos.—Ricardo Sepúlveda. 615
Don Crítico.—J. Nombela y Campos.. 624
El Candidato para Diputado á Córtes.—Pedro Arnó. 631
El Tomador.—Joaquin Mendoza Cáceres. 650
Los Gitanos de Granada.—M. Rodriguez y Ales. 657
La Fiesta del Santo.—Enrique de Salazar. 662
El Librero.—Adolfo R. de Góngora. 688
El Trapero.—J. L. Ginestá. 697
El Presidiario.—L. Maldonado Vicente. 702
El Contratista de Obras Literarias.—M. Saavedra.. 713
El Indiano.—J. B. Haro.. 722
El Ciego.—Cecilio Navarro. 730
El Ayuda de Cámara.—A. Fernandez Merino. 745
El Hombre de Mundo.—Federico Valcárcel. 751
El Tugurio.—Luis Ricardo Fors.. 772
El Mendigo.—Diego Vicente Tejera. 780
El Fadista.—Enrique Rodriguez Solís. 786
El Emigrante de España.—J. de Vargas.. 792
El Cantaor de Flamenco.—Francisco de P. Monroy.. 799

FIN DEL ÍNDICE.

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS

	PÁGINAS.
Portada	1.ª
El Cazador	77
El Nazareno	104
El Sereno	157
El Gaucho	175
El Torero	192
El Café de Julio César	213
El Granerer	237
El Contramaestre	268
Los Estudiantes de Antaño	322
El Guardia Civil	367
El General Americano	409
Los Montañeses de Leon	463
Los Peregrinos	486
El Filibustero Cubano	565
Los Mendigos	591
El Vendedor de Periódicos	615
El Diputado á Córtes	631
Los Gitanos	657
El Librero	688
El Presidiario	702
El Indiano	722
El Ciego	730
El Hombre de Mundo	751
El Fadista	786

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO-EDITORIAL DE JUAN PONS

Olmo, 13, Barcelona

SUSCRICION PERMANENTE

á las siguientes obras ilustradas con láminas del **Sr. Planas**

y editadas por esta empresa editorial

Los Tribunales Secretos, por Feval. 2 t. . . 132 rs.
Historia de los Papas y los Reyes, por Mauricio de La Chatre. 4 tomos, precio.. . 272 »
Historia de la Prostitucion, por P. Dufour. (Primera parte.) 2 tomos. . . . . 100 »
Los Misterios de París, por Eugenio Sue. Segunda edicion. 2 tomos fólio menor. 100 »
El hijo del Diablo, por Feval. 2 tomos. . . 78 »
Historia Crítica de la Inquisicion de España, por don Juan A. Llorente. 2 tomos.. . 72 »
El Parnaso Español, por don Francisco de Quevedo. 1 tomo. . . . . 47 »
Memorias de un marido, por E. Sué. 1 tomo 52 »
Historia de los Estados-Unidos, por D. José Comas. 1 tomo. . . . . 40 »
Historia de las Antillas, por J. Comas. 1 t. 37 »
Historia de un jóven pobre, por Feuillet. 1 t. 10 »
Los derechos del Hombre, por Pelletan. 2 t.. 8 »
Idea general de la Revolucion en el siglo diez y nueve, por P. J. Proudhon. 1 tomo. . 12 »
Ignacio el estudiante, ó un deber político, por Antonio I. Fornesa. 2 tomos. . . . . 56 »
El Expósito del Ródano, novela moral por D. Víctor Roselló. 1 tomo. . . . . 44 »
Rosa, la Cigarrera de Madrid, por D.ª Faustina Saez de Melgar. 2 tomos.. . . . 46 »
Matilde ó la mujer del gran mundo, por Eugenio Sue. 2 tomos. . . . . 45 »
Historias extraordinarias, por Edgar Poe, Hoffman, etc. 1 tomo. . . . . 72 »
El Conde de Monte-Cristo, por Dumas. 2 t. 58 »
La Condesa de Monte-Cristo, por Boys. 2 t. 38 »
Los hijos de Familia, por E. Sué. 2 tomos.. 40 »
La Soberanía Nacional ó el último suspiro de un trono, por D. J. Belza. 2 tomos. . 49 »
Jaime el Barbudo, por Sales Mayo. 1 tomo. 26 »
Miserias imperiales, por el mismo. 1 tomo. 39 »
¡Pobre Madre!... por D. J. Belza. 2 tomos. . 52 »
La Vieja del Candilejo, Por L. Mejias. 2 t. 40 »
Las Siete Virtudes, Por Fernando G. Bedogal. 1 t . . . . . 20 »
Luisa ó la Providencia, J. Feneiro y Peralta. 1 t. . . . . 15 »
Veleidad y Amor, C. Soler y Arqués 1 t. . 22 »
Las Grandes Damas, por A. Houssaye. 4 t. 24 »
Historia de XX siglos. Los hijos del Pueblo, por Eugenio Sué. 4 tomos. . . . . 142 »
Roma contemporánea. Edmundo About. 1 t. 8 »
Las Mil y una Noches de París, por id. 4 t. 24 »
Las mujeres de París, por id. 4 tomos. . . 24 rs.
El Amor, como es él, por id. 1 tomo. . . . 6 »
Isabel Primera, Francisco J. Orellana. 2 t. 96 »
Memorias de un Confesor, 1 tomo. . . . . 4 »
Cartagena, por S. Gimenez. 1 tomo. . . . 4 »
Historia del amor, por A. Peratoner. 2 t. . 144 »
Misterios de la Inquisicion de España, por Mr. de Fereal. 2 tomos. . . . . 53 »
El Fraile, por Lewis. 1 tomo. . . . . 16 »
Historia de la Prostitucion (1600 á 1876) por Amancio Peratoner. 2 tomos. . . . . 127 »
La Vanidad de una Madre, por E. Sue. 2 t.. 35 »
La Guerra de Oriente, tamaño fólio. 3 t. . 148 »
La Hija Maldita, por E. Richebourg. 2 t. . 59 »
Los Misterios de París, por Eugenio Sué.— Tercera edicion. 2 tomos. . . . . 62 »
Voluptas, estudio de malas costumbres por Gerardo Blanco. 1 tomo. . . . . 4 »
La Venganza de una Madre, por A. Dumas. Tercera edicion. 2 tomos. . . . . 52 »
La Aurora Boreal, por Rochefort. 1 tomo.. 10 »
Historias Extraordinarias. 2.ª edicion. 2 ts. 56 »
La Mujer de un Jugador, por Dumas. 1 t. . 20 »
Un Caballero Particular, Paul de Kock. 1 t. 16 »
Historia del Bandolerismo y de la Camorra, por Mañé y Flaquer. 1 tomo. . . . . 40 »
Tres Perlas Literarias, por Dumas, Feuillet y Kock. 2 tomos. . . . . 44 »
Historia de la Insurreccion de Cuba, por don Emilio A. Soulère. 2 tomos fólio. . . 124 »
Historia Universal de la Mujer, por D. Vicente Ortiz de la Puebla. 2 t. fólio. . . 140 »
Historia de los Frailes y de sus Conventos, por D. Antonio R. Zorrilla. 2 t. fólio. . 106 »
Las Mujeres Españolas, Americanas y Lusitanas pintadas por sí mismas, escrita por las principales literatas y bajo la direccion de Doña Faustina Saez de Melgar. Consta de un tomo en fóleo, ilustrada con treinta magníficas láminas dibujadas por D. E. Planas, precio. 121
Los Hombres Españoles, Americanos y Lusitanos pintados por sí mismos, escrita por los mas reputados literatos y bajo la direccion de D. Nicolás Diaz de Benjumea. Consta de 1 tomo en fóleo ilustrado con 26 magníficas láminas. Precio. . . . . 114 »

EN PRENSA.

Historia de los Célebres Cornudos, por Enrique de Kock. Version castellana de Don Cecilio Navarro.

n

BOSTON PUBLIC LIBRARY
3 9999 08599 247 5
19 1935